

Rafael Masada

Ayacucho de mis entrañas

El imperio de la sombra y los hijos de la luz



Rafael Masada

Ayacucho de mis entrañas

El imperio de la sombra y los hijos de la luz

2^{da} Edición electrónica: 2016

1^{ra} Edición electrónica: 2014
2^{da} Edición electrónica: 2016

© **Rafael Masada**, 2014

Ediciones Literatura y algo más, 2016

Licencia de Creative Commons
Ayacucho de mis entrañas by **Rafael Masada** is licensed under a Creative Commons
Reconocimiento - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional License
No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas

***A nuestra juventud,
para que no se deje
arrastrar tras ilusiones
y decida qué hacer.***

***A todos aquellos,
hombres y mujeres,
que luchan por la libertad.***

***En memoria a los caídos,
quienes entregaron sus vidas
sin pedir ni esperar nada a cambio.***

«No te envanezcas al partir para la guerra, hazlo a la vuelta.»

1

Aún era de noche cuando alcanzaron la cumbre. Tras largos días de caminata y polémica, se sentían algo fatigados; cruzando valles y montañas habían llegado a las cercanías del terruño añorado. Una ráfaga de satisfacción los arrancó de la somnolencia cuando observaron las tenues luces que, ahí abajo, a duras penas se abrían paso a través de la niebla; sutiles destellos que semejaban el revoloteo de pequeñas luciérnagas esparciendo su suspiro fosforescente blanco verdoso que inundaba la ciudad en aquella hoya que la acoge; titilar discursivo que le daba un soplo de vida a esa capital de Departamento cuyo nombre tradicional se conoce, paradójicamente, como *Rincón de muertos*. La Muy Noble y Leal.

Días atrás, Sebastián y Leoncio, en contra de la raída costumbre de desplazarse sólo de noche, habían salido un atardecer con todas sus pertenencias cargadas a las espaldas.

A poco de la partida, los recuerdos ya pesaban más que el par de mudas de ropa, el pellejo de carnero y el plástico contra la lluvia; más que los cachivaches de cocina; más que el charqui, el queso, la cancha, la papa seca, las botellas de plástico con agua y las otras menudencias de acopio.

Unas 2 horas más tarde, pasaron delante del cerco de piedra que tan sólo ayer les ayudó a concentrar y resguardar el ganado luego del pastoreo. Mirando a los cerros se sacaron el sombrero en señal de despedida y dejaron la pampa para subir hacia la altura aún más fría.

El cerco de piedra, solitario, quedó imperturbable y mudo a sus espaldas. Era un cerco con tradición casi milenaria, sus piedras habían sido amontonadas a 2 aguas formando una V invertida; las piedras provenían de los alrededores y cercanías. Los antiguos, que levantaron la muralla hasta un poco más arriba de la cintura para un campesino de estatura promedia, ni alto ni bajo, utilizaron los desni-

veles del terreno para hacer frontera en una esquina, la del suroeste, donde se levanta un peñasco de 4 ó 5 metros de altura como si fuera un chichón que se alza sobre la herida planicie cubierta por pequeños rizos empedrados. La muralla externa del cerco abarca un perímetro equiparable al de un estadio de fútbol, posee 3 grandes divisiones con trazos desiguales que separan, en irregular paralelo, el lado ancho de su interior corriendo de sur a norte; sobre el rectángulo del extremo norte, perpendicular al muro que lo separa del rectángulo del centro y hacia la esquina del oeste, se habían añadido 3 pequeños corrales para separar y albergar animales menores, sean en número o en tamaño: gallinas, burros, mulas y uno que otro caballo; las ovejas y carneros se agrupaban en el resto del tercio; el rectángulo del medio se usa para acoger a las vacas, toros y bueyes, y en el tercio del sur a las llamas y alpacas.

En paralelo a la cara oeste del cerco se apiña una hilera de casas de adobe, una decena, aunque sólo 4 de ellas conservaban el nombre y un maltratado techo de ichu mientras que las demás son, prácticamente, ruinas que habían visto mejores tiempos; de las 4 mejores, sólo una conserva puerta y ventana y delante de ella quedan los rastros maltrechos de un solar delimitado con estacas y alambre de púas de donde aún colgaban desteñidas tiras hechas de bolsas de plástico y que en tiempos remotos habían servido para ahuyentar a las pocas aves que hubieran querido hacerse con las escasas legumbres y hortalizas que podrían haber crecido sobre ese rincón olvidado del mundo.

La comunidad, que usaba por derecho propio esa heredad para el pastoreo y resguardo de su ganado, quedaba a 2 horas de camino a paso normal, más al suroeste.

¿Cuánto tormento habían padecido, cuántas lágrimas y cuántos illas habían ofrendado los lugareños a sus sagrados Apu y Wamani implorando por lluvia, agua y pasto; por buen intercambio o venta de sus productos y ganado; cuánto para que se multiplique la gente y haya comida? ¿Cuánta sangre había derramado la comunidad, antes y después de la invasión de los españoles, para defender y recuperar su derecho de herencia, tenencia y pastoreo? ¿Cuántas veces había sido derribado y vuelto a alzar aquel cerco? Y no sólo las inclemencias del tiempo corroían su pétrea esencia.

Desde la pampa, donde se encuentra el cerco, se tiene una vista espectacular del entorno; el terreno discurre apacible hacia el abra donde, a derecha e izquierda se levantan 2 imponentes montañas como senos maternos que resguardan el camino del hijo predilecto; más allá, al fondo, se yergue en media luna la cordillera nevada a cuyos pies descansa la comunidad que los alojó como a naturales

durante 2 lustros y poco más.

El retorno y reencuentro sería otro, más adelante. Ha llegado la hora de partir, se dijeron, y lo hicieron en calma con paso firme y sereno sobre ese terreno verdoso oscuro desteñado y colmado de ichu, de pasto lánguido, de matorrales y piedras sin sendero ni camino.

La pampa, muy extensa, corre en paralelo a una cadena corcovada de montañas peladas que con su apariencia mohosa se confunde con el verde añejo del valle. Iban de subida.

El nevado, la comunidad, el abra, el cerco, la llanura y un montón de años quedaron a sus espaldas en corto tiempo; se encaminaban hacia el norte para reencontrarse con su destino, no obstante, por el momento, se dirigían al este, hacia el nacimiento del sol.

El primer poblado que divisaron antes de la caída de la noche fue Acallario. Hacía poco que el sol se había ocultado tras la montaña que guarecía sus espaldas; habían subido hasta los 4,800 y vuelto a bajar hacia los 4,200 metros sobre el nivel del mar, y desde la colina de enfrente veían el último resplandor del día desfallecer sobre la calamina y los escasos rojizos tejados de casuchas diseminadas sobre un terreno irregular que trepaba por la ladera del monte. Poco a poco se recogían sus habitantes llegando de todos los lados, cercanos y lejanos, después del trajín de un día rutinario.

Sin dejar de ver el ajetreo, torcieron algo hacia la izquierda, esquivaron una arbolada y caminaron hasta que la noche se los permitió.

Para pasar la noche se acomodaron a los pies de unos matorrales que se levantaban delante de una pared casi vertical del macizo. Acomodaron los pellejos y se echaron. Repasaron los planes del recorrido y los lineamientos generales del contenido de la disertación que Sebastián había preparado. La noche era fresca, sin estrellas y con nubes bajas. Y la pasaron entre duerme y vela.

2

Al día siguiente se prepararon para retomar la marcha después de desayunar con algo del charqui, un par de papas secas y con un buen mordisco al quesito salado.

Desaguaron, evacuaron el vientre y volvieron a subir hacia el norreste. La ruta estaba tranquila, un viento calmoso y fresco los acompañaba mientras el sol se animaba a trepar por el horizonte, iluminando sin dar calor. La mañana transcurría en calma, la pendiente era ligera y el panorama de acuarela.

—Por estos parajes habrían andado los chancas correteando a punta de pedrada y mazazo a los incas que metían sus narices en otros poderíos... —comentó Leoncio con aire irónico y matizando cada una de sus palabras.

—Sí, caballero, así habría sido —respondió Sebastián acomodándose el poncho y presto a dar una larga explicación—. El Imperio Wari, después de casi 5 siglos de historia, languideció y fue derrotado dando paso a la bronca entre chancas e incas; bronca que terminó con la victoria de los incas dirigidos por Cusi Yupanqui, quien pasaría a llamarse *Pachacútec* que, como sabemos, es un vocablo quechua que significa *transformador del mundo*. Así, luego de la derrota de chancas, pocras, wankas y ankaras, se inició la gran expansión de los incas.

—Así de fácil, ¿no? —objetó Leoncio, y añadió luego de una pequeña pausa—. La historia del mundo andino elaborada fundamentalmente desde el punto de vista del ganador, desde la perspectiva del que está en el Poder o del que llega a él; la versión de los triunfadores centrando la atención en el desarrollo de los acontecimientos según el accionar de los llamados *grandes hombres*. O sea, según la historia tradicional tal como la enseñan en el colegio, ¿verdad?

—No, no es así de fácil —replicó Sebastián sonriendo—, está bien que hagas de abogado del diablo, pero no te pases de vivo que recién quería empezar; quería darle una forma de introducción ligera. Es de suponer que la historia del Imperio Wari no concluyó en un simple languidecimiento así como así nomás. Y no sólo he dicho que languideció, además he dicho que fue *derrotado... deeee-rrooo-tado*, ¿entiendes?

—Sí, claro que entiendo, pero no me refiero únicamente al caso de la historia del Imperio Wari. Así que mejor deberías partir de los inicios, ¿no te parece? Y si no me equivoco, eso fue lo que acordamos anoche en la conversación de repaso.

—Sí, sería mucho mejor, creo que tienes razón —dijo Sebastián casi murmurando mientras, pensativo, se rascaba la nuca—. Bueno, deja reposar tu sapiencia y escucha con paciencia. Veamos. Con la llegada de los primeros grupos humanos que habían venido en oleadas desde el Norte, que poblaron primero la Costa y luego el territorio andino, se inicia nuestra edad de piedra, más o menos, hace 22,000 años y se desenvuelve un largo proceso lítico que duró, más o menos, hasta el año 2000 antes de nuestra era donde, a grosso modo, se puede establecer la consolidación de la agricultura como modo de producción que se habría iniciado unos 4,000 años antes y entrelazado los primeros 2 milenios con el período lítico hasta que se impuso sobre él antes de consolidarse. ¿Te satisface así, en general? O quieres que inicie explicando las diferentes teorías que intentan reconstruir el de dónde y el cómo llegaron las primeras inmigraciones que se establecieron sobre esto que hoy denominamos con orgullo *nuestro suelo*; como por ejemplo, la hipótesis más difundida y casi por todos aceptada y compartida de que el hombre llegó a nuestras tierras desde el Asia atravesando a pie el hoy llamado Estrecho de Bering persiguiendo la gigantesca fauna del período y como parte de un fenómeno similar a las corrientes migratorias de animales que cruzaron de un continente a otro cuando a fines del Pleistoceno se dio el último gran enfriamiento de la Tierra, aumentó el espesor del casco polar, bajó el nivel de las aguas del mar y así se dieron las condiciones que facilitaron la travesía del hombre primitivo hace, más o menos, 40,000 años. O si quieres, y para que no me interrumpas, también te expongo la complementaria hipótesis de la llegada, por vía marítima hace 5,000 ó 3,000 años, de grupos procedentes de Melanesia y Polinesia arrastrados por las corrientes oceánicas; o aquella otra, también plausible, que habla sobre la migración norteamericana, en especial desde México, hace 4,500 ó 4,000 años. ¿Eh, qué te parece?

—Ya está bien —dijo Leoncio haciéndole señales con las manos para que se calmara—, no te arañes y sigue sin olvidar que esas otras hipótesis, son sólo eso, hipótesis complementarias que vienen a incrementar lo que ya se venía desarrollando; por lo demás, la referencia a que el predecesor del hombre andino habría llegado a América desde el Asia explicaría de pasada nuestra fisonomía paleomongoloide y la referencia a Melanesia y Polinesia explicaría que el poncho y el quipus no son invención incaica; así que sigue nomás, pero recuerda que la exposición no la estás preparando para mí, ¿no?

—Eso ya lo sé. Bueno, entonces sigo. Estos primeros hombres, hembras y machos se sobreentiende, eran recolectores, cazadores y pescadores que antes de subir a los Andes recorrieron las costas de nuestro mar; eran nómadas que deambulaban por el territorio en bandas unidas por vínculos de sangre y por un fuerte sentido de grupo que enfrenta los retos de la naturaleza para subsistir y sobrevivir buscando alimento, agua dulce y protección; desarrollaron la observación de la naturaleza y sus fenómenos, algunos de los cuales los cautivaban y otros les producían pánico; sabían cómo hacer fuego para, por ejemplo, cocer el pescado; sabían utilizar y elaborar rudimentarios instrumentos de piedra; habían aprendido a cubrir su desnudez con piel de animales; aprendieron a vivir en cuevas o en cualquier tipo de refugio y abrigo natural, y siguieron el curso de los ríos, localizaron lagos y lagunas y descubrieron fuentes subterráneas de agua; así, poco a poco, se asentaron alrededor de las fuentes de agua dulce, primero a lo largo de la Costa y luego en diferentes zonas de los Andes. De la misma manera, en su lucha por el espacio, la existencia en la naturaleza y el dominio de ésta, estos hombres y mujeres, fueron desarrollando un conjunto de ideas fundamentales que, aunque rudimentarias, surgían, por un lado, de la producción de medios de existencia, es decir, de la obtención de alimentos, vestido, vivienda y del perfeccionamiento de los instrumentos para conseguir o producir lo que necesitaban; y por otro, de la reproducción de la vida inmediata para garantizar la continuación de la especie; en este caso y dicho sea de paso, nuestros antiguos practicaron la promiscuidad sexual sin restricciones...

—Aunque hay especialistas que niegan esa conducta natural y espontánea de los tiempos primeros de la evolución, dizque para ahorrar esa vergüenza a la humanidad —añadió Leoncio dando un manotazo al aire.

—Así dicen —asintió Sebastián, y luego de tomar aliento prosiguió—, pero no pueden negar algo que posiblemente fue heredado del reino animal dentro del proceso evolutivo y mucho menos si tenemos en cuenta que en esos tiempos aún no existían los usos y costumbres que hicieron que se establezcan e impongan las normas y leyes que prohibieron la promiscuidad y otras aberraciones; lo que no quiere decir que en la actualidad no existan, basta ver a los curitas y su rebaño de críos. Bueno, pero eso no es esencial...

—Disculpa la interrupción —dijo Leoncio levantando las manos al cielo.

—No importa, ya vas a ver —replicó Sebastián sonriendo—. Lo que quiero destacar en este punto es que, como parte de las ideas fundamentales que desarrollaron nuestros antiguos, empezaron a

elaborar creencias y explicaciones míticas sobre el origen de la vida, sobre el origen de ellos mismos y sobre todo aquello que los rodeaba en la tierra y en el firmamento. Primero se desarrolló el grupo, luego se formó la tribu, dentro de ella, se desarrollaron las variadísimas formas de la familia y se acumularon usos y costumbres de trabajo y socialización; se desarrollaron diferentes grupos humanos con características culturales propias en estrecha ligazón y acorde al medio ambiente en que se desenvolvían e iban dominando, se desarrolló más de un idioma; dentro de cada uno de los grupos humanos surgieron una serie de intereses comunes que debían mantener y proteger repeliendo los contrarios, debían y tenían que defenderlos de los ataques tanto de adentro como de afuera; se desarrolló la pugna tanto al interior del grupo como entre los diversos grupos, lo mismo que se dieron alianzas entre individuos y grupos en coherencia con todo aquello que tenían, que querían mantener o deseaban conquistar para garantizar la existencia, subsistencia y supervivencia no sólo del grupo sino también de la especie. Así, el sello que los caracterizó fue el actuar conscientemente en beneficio de la mayoría lidiando con todo aquello que los afectase; se protegieron del clima y de la intemperie. Como ya dije, buscaron y encontraron agua dulce y alimento; se adaptaron a los cambios de la naturaleza por más violentos que éstos hayan sido buscando nuevas vías y adoptando conductas racionales en defensa de sus intereses comunes; sobrevivieron a la agresión de la fuerza de la naturaleza no por ser la especie más fuerte, que no lo era, sino porque se adaptaron a los cambios, tal como se puede apreciar en los vestigios dejados por los grupos primitivos de recolectores y cazadores que habitaron los Andes en los primeros 15,000 años de poblamiento de esta región.

—No sobrevive el más fuerte sino el que mejor se adapta a los cambios —reiteró Leoncio.

—Eso. Y hablando de restos arqueológicos, hay que decir que los más antiguos encontrados en nuestras tierras corresponden a lo que se les ha dado por llamar *El Hombre de Pacaicasa*, quien, según las evidencias al día de hoy, habría sido el precursor de la cultura andina y habitó hace aproximadamente 20,000 años, entre las Cordilleras Occidental y Central, a 2,850 metros sobre el nivel del mar, en la cueva Pikimachay, en lo que hoy es el distrito de Pacaicasa en la provincia de Huanta; y lo denominan Hombre de Pacaicasa, aunque sólo se trata de poco más de 250 utensilios, 100 lascas y uno que otro hueso de animales ya desaparecidos. Este hallazgo nos lleva a deducir no sólo las migraciones, de una parte de la población, producidas desde la Costa hacia los Andes por la subida del nivel de las aguas como consecuencia de la desglaciación; por inundaciones o sequías;

por razones climáticas o por catástrofes de origen telúrico en general; por escasez de agua, alimento, abrigo o por las causas que fueren, sino que también nos demuestra que con la práctica, ojo, estoy diciendo con la práctica, nuestros antiguos adquirieron el conocimiento necesario para usar la piedra como materia prima para transformarla y fabricar sus primeros instrumentos de caza y recolección...

Sebastián hizo una pausa para acomodarse la carga sobre la espalda y después de aclarar la voz continuó.

—A pesar de las pruebas aportadas por los mejores arqueólogos, como siempre, claro está, hay un par de necios que niegan la existencia del llamado Hombre de Pacaicasa y la importancia de los descubrimientos realizados en la cueva de Pikimachay aduciendo que el material encontrado no es otra cosa que fragmentos rocosos desgajados de la misma cueva, argumento de lo más chabacano que se podría utilizar sólo para favorecer la hipótesis de que el habitante más antiguo del Perú es el llamado *Hombre de la cueva de Guitarrero I* ubicada en tierras de la comunidad de Shupluy, un poco al sur del antiguo pueblo de Yungay, con una antigüedad que, según algunos especialistas, fluctúa entre los 13,000 y 15,000 años; y alientan esa estúpida disputa sin tener en cuenta asuntos más importantes y trascendentales que la antigüedad de las cuevas sin llegar a preguntarse cómo y de dónde llegaron esos hombres para habitar cualquiera de las 2 cuevas, o cualquier otra zona andina, y por qué.

—Por lo tanto —intervino Leoncio casi sin quererlo—, fundamentalmente, no se trata de averiguar en dónde se encontraron los restos humanos más antiguos del Perú, puesto que con el avance de la ciencia y de la tecnología siempre se descubrirá algo más antiguo que lo hasta hoy descubierto; de lo que se trata es de analizar el cómo, el dónde y el por qué se desplazaron grupos humanos hacia los Andes o hacia cualquier otro sitio. ¿O es que algunos en el fondo piensan que el hombre andino cayó del cielo y apareció aquí surgiendo de la nada?

—Y habrás notado que de hecho ya doy por descartada aquella tesis que afirma que el hombre entró desde el norte directamente por los Andes; así que dejemos a los necios con sus necedades. Bueno, por otro lado, también hay algunos investigadores y estudiosos que, suponiéndose más clarividentes que otros, no niegan pero sí cuestionan la antigüedad de los restos hallados en la cueva de Pikimachay reduciéndola en varios miles de años; despotrican contra la calidad de las puntas líticas y añaden o quitan restos óseos de animales ya desaparecidos, amén de dizque huesos humanos como un radio, falanges, una mandíbula de niño y costillas. Pero, al margen de toda esa especulación, propia de una buena parte de especialistas que analizan y procesan la información únicamente con los limitados mé-

todos que les proporciona su específica rama científica, no ven o no quieren vincular la información obtenida a través de los objetos que hallan con el conjunto del largo proceso social que los produjo y que es un acontecimiento que tiene al hombre y no al objeto como personaje principal o centro del discurrir histórico; por lo tanto, podemos colegir, sin temor a equivocarnos, que la cueva de Pikimachay y la zona que la rodea presentaban las más favorables condiciones para la existencia, subsistencia, supervivencia y desarrollo de quienes vinieron a ocuparla huyendo de desastres, calamidades o de sucesos naturales extremadamente fuertes que amenazaban su existencia y desarrollo; o que llegaron allí simplemente subiendo desde la Costa siguiendo el curso de los ríos y en busca de fuentes de agua dulce por el motivo que fuere; y esto es demostrable puesto que la cueva de Pikimachay fue reiteradamente ocupada y utilizada por más de 1,000 largos años, lo que quedaría demostrado por la diferencia de antigüedad del material encontrado en el conjunto de la zona, es decir en la cueva y sus alrededores. Así pues, 2 cosas a destacar, primero, en general, a pesar de las diferencias que hay entre los entendidos, el asunto es que la ocupación humana de Pikimachay es, hasta ahora, remarco, hasta ahora, la más antigua encontrada en los Andes mal grado los proclives a que lo fuera la cueva de Guitarrero; lo cual, y esto hay que recalcar 1,000 veces, de ninguna manera pretende concluir que antes de Pikimachay, en cualquier otro sitio de los Andes, no hubiera existido un humano procedente de la Costa...

—Posiblemente lo hubo, lo único que falta es descubrirlo —interrumpió Leoncio.

—...y, segundo, en particular, y esto es lo más importante a remarcar, como todo en la historia de la humanidad, nuestros antiguos, a lo largo de los siglos, en sus primeros 15,000 años de recorrer los Andes en busca de alimentos, es decir, de frutos silvestres, de flores, de raíces, de animales para cazar y pescar, se encaminaron hacia un proceso de formación social y lo desarrollaron obteniendo su primera fuente de conocimiento en esas formas primitivas de trabajo y ese conocimiento adquirido lo desplegaron al usar la piedra según sus necesidades, creando, así, un conjunto de técnicas para transformarla en el objeto que necesitaban y según el uso que le daban en su actividad diaria; y, así, fueron perfeccionando no sólo la selección de la piedra según su dureza, blandura, duración y otras varias cualidades, sino que desarrollaron un conjunto de técnicas como la percusión, el picado, la presión y abrasión; o sea que, desarrollando esa activa inquietud por descubrir cosas nuevas, nuestros antiguos dieron un gigantesco salto al pasar del uso de rudimentarios instrumentos de piedra sin pulimentar al uso de técnicas que perfeccionaron

y transmitieron de generación en generación dando lugar a que ese conocimiento acumulado no se pierda sino que, por el contrario, se perennice y perfeccione...

—Bien, —dijo Leoncio haciendo gestos de aprobación afirmando con rápidos movimientos de cabeza—. ¡Eso es! Cuando a la gente sencilla se le explica las ideas con claridad, entonces las pueden entender y asimilar mejor. A ver, sigue.

—Bueno —prosiguió Sebastián después de hacer un alto para quitarse una piedrecilla de entre la medio descosida suela del zapato izquierdo y que venía molestándole hacía un buen rato—, dicho sea de paso y entre paréntesis, la piedra siempre jugó un papel importante en todo el mundo, en todos los tiempos, en todas las culturas y, en general, en la historia de la humanidad yendo mucho más allá del uso práctico de supervivencia y transformación de la naturaleza, elevando su uso a niveles culturales al manufacturar esculturas, al construir altares y losas donde cincelaron las ideas que tenían acerca de la naturaleza, del mundo en que vivían, de los dioses que inventaban y de ellos mismos desarrollando así el arte, por ejemplo; o el papel que las piedras jugaban en las diferentes creencias y ritos, como los de iniciación, por ejemplo, cuando el iniciado tenía que pisar una piedra con el pie derecho al mismo tiempo que le decían: *Pisa esa piedra y sé tan fuerte como ella*; o, en otro caso, cuando los juramentos se hacían sobre una sólida piedra en la creencia que la dureza y firmeza de ella fortalecía las intenciones y daba eternidad a las promesas...

—Espera, espera, aguanta la carretilla con tus piedras, Sebastián, que te cuento un pasaje del Antiguo Testamento a modo de recreación. Escucha con atención antes de que sigas y a ver si la paras. En el Antiguo Testamento —continuó Leoncio después de acomodarse la manta con una sonrisa que descubría cierta ironía— se escribe que Yahvé llamó a Gedeón para darle un trabajito. Disfrazado de Ángel, Yahvé le dice a Gedeón: *Yahvé está contigo, valiente guerrero*. Y el valiente guerrero le responde: *Por favor, mi señor, si Yahvé está con nosotros, ¿por qué nos sucede todo esto? ¿Dónde están los milagros que nos cuentan nuestros padres? Dicen que Yahvé los hizo subir de Egipto. Sin embargo, ahora nos abandona y nos entrega en manos de los madianitas*. Esto, dicho al estilo de las introducciones ligeras que a ti te gustan. Bien, en ese momento, Yahvé, que seguía de incógnito, se da la vuelta y le dice: *Vete con esa fuerza que tienes y salvarás a Israel de la mano de Madián. ¿No soy yo el que te envía?* Eso según una versión, pero otra afirma que dijo: *Anda y con tu valor salvarás a Israel de los madianitas. Soy yo quien te envía*. Hay una diferencia de versiones, ¿no?

—Sí, claro, una habla de fuerza y otra de valor; en una termina

con una pregunta y en la otra con una afirmación.

—Así es, bien, el asunto es que el rollo de los patas se desenvuelve y así, en un espacio X y en un tiempo Y discurre un acontecimiento Z en donde el señor Gedeón en 2 campañas asegura la libertad de su pueblo; en esto también hay la *otra versión*, pero dejemos eso, si no, nos vamos a ir por lo truculento. Bien, en la primera campaña, por un acuerdo entre Yahvé y Gedeón, que contaba con un ejército de 32,000 hombres, hacen una cepillada, a la que el gran Yahvé llama *selección*, y dejan sólo a 300 combatientes como clara señal de que la victoria no será obra de los combatientes sino que correspondía a la grandeza de Yahvé. Se escribe lo siguiente: *Demasiado numeroso es el pueblo que te acompaña para que ponga yo a Madián en sus manos; no se vaya a enorgullecer de ello a mi costa diciendo: ¡Mi propia mano me ha salvado!* Así que, siguiendo la recomendación del Único, Gedeón dividió a sus 300 hombres en 3 grupos y les pasó trompetas y jarrones vacíos dentro de los cuales había antorchas encendidas. Los 3 grupos rodearon el campamento enemigo y en el cambio de guardia de medianoche Gedeón dio la orden, convenida de antemano, y los 300 combatientes rompieron los jarrones, sacaron las antorchas y se pusieron a tocar las trompetas como locos; eso generó que en el campamento del enemigo se arme la pelotera y por la gran confusión empezaron a matarse entre ellos; algunos escaparon, fueron perseguidos y etcétera, etcétera. Bien, tiempo después, y por otra esquina, en la segunda campaña se dio un enfrentamiento entre los 300 hombres de Gedeón, después de la primera campaña seguían siendo 300 los elegidos, y los 15,000 de otro bando contrario. ¿Y qué pasó?

—No sé.

—Por supuesto que ganó el señor Gedeón pero, evidentemente, ayudado por la mano de dios; algo parecido al más famoso gol del gordito Maradona. Pero la cosa no queda ahí, como todo está en movimiento, la cosa se desarrolla. Luego de varios combates victoriosos contra los madianitas y después de castigar implacablemente a los pueblos que no quisieron colaborar en la persecución, la gente del pueblo propuso a nuestro personaje, ¡no!, al personaje Gedeón del Antiguo Testamento, que sea su Rey y le dicen: *Ya que nos salvaste de los madianitas, sé tú nuestro Rey*, y después de ti tu hijo y los descendientes de tu hijo. Pero Gedeón se niega diciendo: *Yahvé tiene que ser el Rey de ustedes*; y a cambio de esa estoica sacada de cuerpo a tan alta responsabilidad y para convertirse en algo así como una especie de consejero después de haber sido el guía absoluto de sus seguidores, pide que cada uno le entregue parte del botín tomado a los vencidos. Y los muy acomodaticios se lo dan con mucho

gusto. Con ese dinero, el tipo se hizo construir un ídolo que puso en su ciudad y de todas partes de Israel la gente empezó a ir a ese lugar en peregrinación y así empezaron a apartarse del gran Yahvé. Pero, ojo, según el relato, los madianitas fueron humillados de tal manera que en Israel hubo un acuerdo de paz que duró como 40 largos años.

—Todos los acuerdos de paz se cargan sobre las espaldas de los derrotados —sentenció Sebastián con un gesto de disgusto.

—Y los que se dan por derrotados siempre olvidan esa pequeña demoledora realidad. Bien, sigamos. Nuestro valiente Gedeón, que fue el sexto juez de los hebreos, vivió tranquilo, gozando de la buena vida; y, del montón de mujeres que poseía, llegó a tener, según el librito, un total de 70 hijos. El gallito se murió después de una dichosa vejez y al poco tiempo los israelitas volvieron a prostituirse tras la idolatría y se olvidaron del gran Yahvé, su dios, el Único. Lo interesante es que quienes escribieron el librito destacan que los israelitas necesitaban formar una nación, lo que vendría a ser un gran avance si se toma en cuenta la anarquía que reinaba entre las tribus hebreas que estaban desunidas y desorganizadas; pero al mismo tiempo, los redactores del Antiguo Testamento, estaban tan desilusionados de sus gobernantes que pensaban que todo tiempo pasado era mejor; soñaban con aquel tiempo en el cual no había reyes ni administración y que, por ser el pueblo de Yahvé, no debía tener jefes permanentes y si les pasaba algo o estaban en peligro, el buenazo de Yahvé haría aparecer al libertador que mejor se le antojara y ya está, asunto arreglado. Para mayores precisiones, no hay que olvidar que los escritos que conforman el Pentateuco, con sus 613 preceptos, así como los llamados libros de Josué, de los Jueces, de Samuel y de los Reyes que conforman la primera parte y los inicios de la segunda del Antiguo Testamento, fueron recreados entre los años 700 y 600 antes de nuestra era, en los tiempos de los Reyes Ezequías y Josías, por un grupo de personas que en muchos de los casos no tenían contacto unos con los otros; y que esos relatos fueron reescritos, corregidos y modificados al gusto de los tiempos y necesidades teniendo como base algunas tradiciones transmitidas oralmente y un cúmulo de mitos y leyendas ideados dentro de una profunda reforma religiosa que tenía el objetivo de centralizar el poder religioso de los sacerdotes en el templo de Jerusalén; y esto a causa de la profunda transformación social por la que pasaban los israelitas, donde las tribus nómadas, divididas y desorganizadas, dejaban atrás los largos siglos de recorrer las estepas junto con sus rebaños para transformarse paulatinamente en pequeños agricultores con toda la crisis de valores que ello les producía.

—Y toda crisis, que expresa la quiebra de viejos principios que

se caen a pedazos, genera una tendencia a la protesta y el desorden —opinó Sebastián.

—Y según la cúpula sacerdotal, a mi entender, consideraba que esos relatos deberían ayudar a elevar la fe y la moralidad contrarrestando la tendencia hacia la idolatría y la influencia de los paganos con sus fiestas atractivas y lujuriosas. Además, al mismo tiempo que los israelitas se prestaban para una alienación cultural y religiosa, eran gobernados por una casta de sacerdotes y Reyes que a fin de cuentas no eran más que una sarta de opresores y explotadores y de ahí el desencanto que el pueblo sentía por ellos; así que los sacerdotes tuvieron que inventarse una serie de personajes que surgieran del mismo pueblo para que los represente y, a través de supuestas hazañas y grandes victorias, brinde al campesino de carne y hueso satisfacciones alistándolo para entrar en una nueva etapa de su historia.

—La misma maña del Vaticano y sus proxenetas aficionados a la beatificación —exclamó Sebastián al tiempo que apartaba de un puntapié una rama caída.

—Por otro lado —continuó Leoncio conteniendo la risa a duras penas—, en esos relatos, los redactores de las fábulas destacan que el oro corrompe, permite el lujo y la lujuria; despierta ambiciones y tentaciones. Hoy en día bien se puede reemplazar la palabra oro por el concepto Poder. Los redactores también señalan y resaltan, sin miramientos, los límites de los hombres famosos y lo frágiles que son, salvo excepciones honrosas, añadido yo; es más, con ese ejemplo, acentúan la idea de que el Poder desvía a muchos líderes del pueblo y hace de ellos nuevos opresores o nuevos ricos sin conciencia; en la actualidad tenemos, por ejemplo, a los Ortega en Nicaragua, a Lula y su heredera en Brasil, a Evo en Bolivia y a una retahíla de pandilleros parecidos. Bien, pero la cosa tampoco queda ahí. Como ya dije, nuestro valiente y polígamo Gedeón tuvo un montón de mujeres y le parieron 70 hijos; pero como no le bastaba, con su esclava tuvo un hijo más al que llamaron Abimelec.

—¡Pucha! —exclamó Sebastián poniéndose de lado y acelerando un poco la marcha—, que si no serás pendejo.

—Espera, espera —le dijo Leoncio jalándole una esquina del poncho—, ándate despacio, engrasa el eje de tu carretilla y no me hagas tanta bullanguilla que el nombrecillo no alude al hombrecillo que tú tanto te imaginas, aunque ése, cuya imagen en tu mente da vueltillas, también disfruta de un nombre hebreo; que, para colmo de remate, significa: *mi padre es Él* o sea *mi padre es Yahvé*; es un nombre que aparece en el mapa de los pueblos, en el génesis, como hijo de Jectán, descendiente de Eber, descendiente de Selaj, descendiente de Arfadax, descendiente de Sem, que era uno de los tantos

hijos de Noé y que se dispersaron por la Tierra después del diluvio. Así que no te me arrugues y pisa el freno de tu carretilla pues, como tú dices, recién estoy empezando y ya viene lo de tus piedritas.

—Escucho.

—Bien —continuó Leoncio—, a este Abimelec, hijo de Gedeón y de su esclava, se le despiertan las ambiciones personales y, para reinar sobre Israel, lleva a cabo una matanza. Abimelec reúne a los hermanos de su madre, la esclava y querida de Gedeón, una de las preferidas, mas no la única de entre las muchas, y les pregunta: ¿Qué es mejor para ustedes, que los gobiernen 70 hombres, todos hijos de Gedeón, o que los mande un solo hombre? Y añade: *Recuerden, además, que yo soy de la misma sangre que ustedes. Vivazo, ¿no?*

—Así es, y ¿cómo sigue?

—¿Te imaginas qué hace el pata?

—No sé, ¿me dices o lo adivino? —preguntó Sebastián mostrando cara de impaciente.

—Tranquilo, muchacho —continuó Leoncio con su relato sin dejar de sonreír—, el buenazo de Abi, con una sarta de aventureros, marcha sobre la casa de su padre y asesina a todos sus hermanos y ¿cómo lo hace? Los mata sobre una misma piedra, salvo a uno, un tal Jotam, que se libró de la carnicería. ¡He ahí! Ahí tienes otra piedra y su significado, en este caso, la traición de un angurriente de poder que lo lleva al crimen y asesina a los de su misma sangre para asegurarse el mando, el reinado, el Poder sin interesarle un pepino el interés y la necesidad colectiva de su pueblo, el de las mayorías; sólo le interesa su figurita y su pellejito, la gloria y el renombre, la pleitesía y el reconocimiento obtuso; pura mierda erigida sobre un pedestal bañado en la sangre de sus hermanos...

—¡Qué pendejo! ¡Qué pendejo! —mascullaba Sebastián dejando traslucir sus verdosos dientes tras una ligera sonrisa.

—Espera, espera, compadre, no te precipites y déjame continuar.

—¡Disculpa!

—Bien, así las cosas, después de la matanza, don Abi se asegura con el Poder y gobierna impune durante 3 años —continuó Leoncio luego de darle un pequeño empujón a Sebastián con el hombro—. Pero, siempre hay un pero, el sobreviviente, ese tal Jotam, le arma lentamente el desmascaramiento y la sublevación. Aunque Abimelec gana unas cuantas escaramuzas, al final pierde y lo que relatan en el librito es bien chévere, presta atención. Abi marcha sobre Tebes, si no me equivoco, ése es el nombre que dan al lugar, y ahí, en medio de la ciudad, había una torre donde todos los habitantes de la ciudad se habían encerrado. Abimelec llegó hasta la torre y se acercó a la puerta para prenderle fuego pero una mujer, desde lo alto de la

torre, le arroja una piedra de molino a la cabeza y le parte el cráneo. El pobre de Abi, tumbado en el suelo y manando sangre, sobre el pucho llama al muchacho que llevaba sus armas y le dice: *Desenvaina tu espada y mátame, para que no digan de mí: Lo ha matado una mujer*. El escudero hizo lo que su señor le ordenó para ahorrarle la vergüenza, lo atravesó, lo mató; y la gente de Israel vio que Abi estaba bien muertito así que cada uno se volvió para su casa. Claro que esto, según el librito de las fábulas, no pasó así como así, fue la manito del buenazo de Yahvé la que todo el tiempo estuvo detrás de los acontecimientos. Escriben: *Así, devolvió Yahvé a Abimelec el mal que había hecho a su padre, matando a sus 70 hermanos*. Aparte de que los redactores de espejismos eran malos en matemáticas, ya que si quitas al sobreviviente fueron 69 los hermanos que Abi asesinó y si lo sumas a él, llegas a la vana conclusión de que don Gedeón no tuvo 70 hijos sino 71. Pero como fuere, ahí tienes otra vez una piedrita; esta vez de molino y redentora. ¿Qué tal si cambias la palabra *Yahvé* por pueblo, *padre* por principios y *hermanos* por camaradas y le das a la frase una nueva estructura? y así ya sabes quién es quién, ¿no te parece?

—¡Qué pendejo! ¡Qué pendejo!

—Oye, don Huevas, ¿no tienes otro léxico para expresar tus emociones?

—Disculpa.

—¡Y dale con lo mismo, qué falta de imaginación! ¡Qué pendejo! y ¡disculpa! ¿Un disco rayado ó 2 aspectos de la misma zoncera?

—¡Lo siento!

—Ajá, lo siento —repitió Leoncio imitando el tono falsete de Sebastián—, he ahí una variación tónica que limpia una sana reflexión; pero no importa, disculpado estás, sin embargo hay algo más. En ese relato del Antiguo Testamento, se inserta una fábula antigua poniéndola en boca de Jotam para criticar violentamente el poder de los reyes, y el de sus semejantes, ávidos de adoración y pleitesía, individuos arrogantes y despectivos, atiborrados de ambiciones personales y lujuria; lo que sin lugar a dudas podemos aplicarle al que hoy se cree infalible y dueño de la verdad absoluta mientras hace bulla, genera desconcierto y maldice la soledad de su celda y la negritud de su sombra.

—¿Y qué dice la fábula?

—La fábula dice o se refiere a los árboles que se pusieron en camino para buscar un Rey a quien ungir y le dijeron al olivo: Sé tú nuestro Rey y el olivo les respondió: ¿Voy a renunciar al aceite con el que gracias a mí son honrados los dioses y los hombres, para ir a mecirme por encima de los árboles? Le dijeron lo mismo a la higuera

y ésta respondió: ¿Voy a renunciar a mi dulzura y a mi sabroso fruto, para ir a meceme por encima de los árboles? Le dijeron a la vid y ésta respondió: ¿Voy a renunciar a mi mosto, que alegra a los dioses y a los hombres, para ir a meceme por encima de los árboles? Al final, a los árboles no les quedó otra alternativa, se acercaron a la zarza y le dijeron: Sé tú nuestro Rey y ésta respondió: Si con sinceridad vienen a ungirme a mí para reinar sobre ustedes, acérquense y cobíjense a mi sombra; así no fuera, brote de la zarza fuego que devore los cedros del Líbano.

Leoncio hizo una pausa mientras se adelantaba un paso corto a Sebastián, giró la cabeza un poco hacia la derecha y mirándole a los ojos le preguntó:

—Ahora sí que ya no dices ¡qué pendejo! ¿No?

—Estoy tratando de entender qué es lo que quieres decir —replicó Sebastián rascándose la nuca.

—La moraleja es sencilla y más que evidente, simplemente trata el hecho de que los más inútiles son los que pretenden dirigir aprovechándose del desasosiego y la zozobra de los demás. Eso, en nuestro caso, hoy en día, podría hacer alusión, por un lado, a que sólo los árboles caídos y la maleza se dejan mangonear por una zarza o un sátrapa felón; y, por otro, podría hacer alusión a los rastros aspirantes al título de *Jefe* que vienen moviéndose entre 2 aguas o ríos. Ahí tienes algo con qué completar tu discurso. Tienes un dios que arma las cosas de tal manera que se asegura el reconocimiento y la autoridad personal, a prueba de dudas y murmuraciones, mientras supone, convencido, que tal o cual plan sale bien porque él lo concibió, y si no cuaja en la práctica es culpa de los demás por aplicarlo mal; tienes un Gedeón, o a un esperpento similar, que con la fama se echa a la cama para usufructuar, promover idolatría y concederse lujuria; tienes la traición de Abimelec, o de su análogo, y la fábula de la zarza. En resumen, tienes una trinidad, es decir, 3 infames modelos que se concretan en Uno, más la fábula; lo demás es veracidad y no sólo cuento del Antiguo Testamento, es realidad palpable a lo largo de toda nuestra historia donde además, de cuando en cuando, se hace visible el uso y abuso de la piedra, incluyendo la piedra filosofal.

—¡Qué pendejo! ¡Qué pendejo!

Sin darse cuenta habían bajado y vuelto a subir 3 veces oscilando entre los 4,200 y los 4,050 metros sobre el nivel del mar encontrándose, ahora, sobre una agradable meseta a 4,160 metros. Las bajadas no habían representado mayor problema, el declive era alargado y favorecía el descenso, pero las subidas eran empinadas y escabrosas por lo que de cuando en cuando tenían que detenerse para tomar

aire y relajar los músculos.

Interrumpían la charla y hacían largos silencios para despejar y ordenar las ideas, para acomodarse el quipe con su carga a la espalda y el chullo bajo el sombrero; para quitar una que otra piedrecilla de la suela de los maltratados zapatos y soltar una palabrota; para beber un trago de agua y orinar con despaciedad; para ponerse unas cuantas hojas más de coca en la boca y chacchar para aligerar el hambre y el cansancio.

A pesar de los largos años de andanza por los mismos y similares parajes, aún no se les acomodaba el corazón al esfuerzo o sería que los años aumentaban su huella tras una juventud largamente perdida. Sentían el pulso de las arterias golpear con fuerza a los lados del cuello y un recio martillar dentro de las sienes; sentían ese maldito e incontrolable zumbido que dentro de los oídos estrangula la paciencia y hace perder la calma.

Cierto era que podían subir ligero y que, en caso de necesidad, lo suficientemente rápido, pero con el corazón en la mano, los pulmones a punto de escupirlos y los muslos traqueteando.

Esta vez no tenían emergencia ni apuro, aún era de día y en varios kilómetros a la redonda no había ni un alma. El trajín lo asumían como deporte y a pesar de estar bañados en sudor preparaban sus asuntos con prudencia y buen humor, por qué perderlo.

La meseta les brindaba un panorama exquisito, era como si un poeta novicio, desencantado del poema escrito, hubiera estrujado el papel como papiro hierático y arrepentido por arrojarlo al tacho de los escritos infecundos lo hubiera del fondo rescatado, a medias desarraigado y tembloroso otra vez sobre el escritorio depositado; no vaya a ser que tal vez en un futuro incierto utilice lo escrito.

Visto con el vuelo y los ojos del cóndor, ante sus enternecidas miradas discurría un territorio marrón y pedrusco, hado solitario; quebradas y cerros parecían azularse en cuanto más de ellos se alejaban, un laberinto de vericuetos los esperaba. Caminaban.

A pesar del poco oxígeno en el aire, se sentían, ahí en la cima, muy ligeros de cuerpo y alma. El cielo estaba claro en el norte y sólo allá, bien lejos, al sur, sobre los picos de los últimos cerros había una mancha negra que les echaba sombra.

Transpiraban, ellos, no los cerros. El frío les había arrancado desde el fondo del alma una retahíla de maldiciones e insultos. Se sentían cansados pero contentos.

Caminaron lado a lado a lo largo de la planicie sin pronunciar palabra, simplemente auscultaban la desdichada voz del viento; era extraño, pero siempre les pareció que el viento de los Andes se quejaba, incluso cuando era impío y violento sonaba a infortunio y sufri-

miento, a lamento y abatimiento. Les parecía extraño, muy extraño pero compartían esa sensación.

Llegando al borde de la meseta vieron la pronunciada pendiente de bajada, calcularon por dónde descender y después de quitarse el quipe, dejarlo en el suelo y volver a beber unos cuantos sorbos de agua, se sentaron para descansar.

Pronto tuvieron que volver a ponerse la manta con su carga pues el viento golpeaba inclemente sobre sus mojadas espaldas y no era honesto ni necesario un sacrificio con riesgo de resfrío y pulmonía.

Observaban la cañada y las colinas de enfrente absortos en escudriñar ese mosaico de piedras, arbustos, grietas y corcoveos con que se levantaba la tierra sobre sus propias entrañas formando caprichosas figuras para descarriar la imaginación y mostrar dioses ebrios e imbéciles tumbados panza arriba en espera de lisonja y ofrendas; supuestas deidades que ya tendrían el culo ampollado de tanto esperar tiempos mejores.

Pasado y presente corrían delante de los ojos de Sebastián y Leoncio; percibían esas tierras sometidas y abandonadas dentro de este mundo ancho y ajeno. Sin embargo, sabían que el futuro estaba ahí; entre tanto vericuelo y recoveco andaba el hombre escribiendo su propia historia.

Regresando a la realidad revisaron mentalmente la carga dentro del quipe. Agua les quedaba poca y aunque los víveres no escaseaban, ya debían ir pensando en hacer acopio; no es que habían descuidado la menudencia sino que sabían que les alcanzaría aún para 3 días y con ahorrancia para 4. Permanecieron sentados un largo rato.

—¿En qué me quedé? —Preguntó Sebastián rompiendo el silencio.

—En el génesis —respondió Leoncio arrastrando las últimas sílabas—, en el principio, en la Edad de Piedra y una cueva. En un paréntesis y tu piedrita de las promesas.

—Y ese fue un paréntesis que aprovechaste para meter tu cucharón en el Antiguo Testamento y remover pescado encerrado —replicó Sebastián frotándose las rodillas bajo el poncho y dispuesto a continuar con mayor ímpetu después de una pequeña pausa—. Entonces reengancho... A ver. ¡Ah, sí! Bueno, los descubrimientos efectuados en la cueva Pikimachay aportan irrefutables evidencias sobre la llegada del hombre a los Andes y su desarrollo. Pero, ahora sí y de ahí su importancia, gracias a los restos encontrados en y alrededor de la cueva de Guitarrero, también está demostrado que entre los años 8500 y 7500 antes de nuestra era, los habitantes de los Andes ya habían aprendido, aunque en forma aislada y sin perder su conduc-

ta nómada, a sembrar semillas y mejorar la cosecha al entender la necesidad de sacar la hierba mala. Cultivaron, entre otros, oca, olluco, pallar, maíz, lúcuma, zapallo, frijol y ají. La domesticación de la quinua y probablemente de la papa no sería lograda sino hacia el año 5000 antes de nuestra era y, mucho después, la del algodón, con el cual desarrollaron la técnica del trenzado para hacer su vestido y con ello, a la postre, pasar al tejido.

—Entonces —aportó Leoncio—, se podría decir que la importancia de la cueva de Guitarrero radica en que pone al descubierto las primeras pruebas del surgimiento del agricultor y la agricultura en su forma originaria, primitiva.

—Exactamente, y no hay que olvidar que esos pobladores siguieron movilizándose, de cueva en cueva, no sólo por el hábitat sino también en busca de animales para cazarlos y que también, mucho después, iniciarían el lento proceso de domesticación de animales que al parecer se inició con el cuy y el guanaco a partir, más o menos, del año 5500 antes de nuestra era; es interesante anotar que nuestros antepasados, luego de un largo proceso de observación de los hábitos, costumbres y capacidad de adaptación de las especies, pusieron en práctica sus conocimientos para crear nuevas especies y domesticarlas; se sabe, por ejemplo, que en la región del Titicaca descubrieron el guanaco como camélido salvaje y de él crearon la llama; y, en la región de Junín, crearon la alpaca a partir de la vicuña. Simplemente genial.

—El asunto de las fechas —interrumpió Leoncio—, es siempre un problema dada la arrogante y vana disputa entre los especialistas que no buscan el consenso científico sino la primacía que los encumbré. Sin embargo, en algún sitio hay todo un listado donde se expone cuándo y qué plantas y animales fueron domesticados; es un listado que abarca varios miles de años y se basa en los restos encontrados en las cuevas andinas. Y, para evitar dificultades en la precisión de fechas, hay que centrarse en los hechos; me parece que eso es lo relevante y esencial.

—Sí, pero creo que entre nosotros podemos y debemos señalar las fechas para ver si estamos moviéndonos dentro de los márgenes reales aceptables...

—Tienes razón —concordó Leoncio—, sólo me refería a la exposición central.

—Bueno, de acuerdo. Sigamos. En aquellos lugares donde estos grupos nómadas encontraban alimento y agua dulce pero no existían cuevas, tuvieron que ingeniárselas para construir transitoriamente algo similar a las cuevas a las que se habían acostumbrado. Posteriormente, el hombre andino, habría dejado las cuevas para, con el

tiempo, construir y vivir en viviendas de un solo cuarto con paredes forradas de piedra; mientras que los pobladores de la Costa, donde no encontraron cuevas o abrigos naturales, construyeron chozas cónicas hechas a base de troncos y juncos que recogían de las cercanías y podían armar y desarmar para llevarlas consigo si fuera necesario...

—O simplemente podían reproducirlas en cualquier otro lugar durante sus desplazamientos —añadió Leoncio.

—Por otro lado —continuó Sebastián moviendo afirmativamente la cabeza—, el hombre, tanto de la Costa como de la Sierra, como ya dije, observaba cautivado la naturaleza y, en el transcurso de miles de años, fueron descubriendo, poco a poco, que en la naturaleza algunos fenómenos se repetían rutinariamente e influían, a favor o en contra, en el crecimiento y desarrollo de las plantas; en la vida y hábitos de los animales; en el comportamiento de las aguas de la tierra y el cielo que, para bien o para mal, actuaban sobre la tierra, las plantas, los animales y ellos mismos. Pero también observaron, y con mucha atención, el comportamiento y la influencia de los astros durante el día y la noche. Aprendieron a entender dónde y cuándo se desarrollaba una planta así como dónde y cuándo no; aprendieron a entender y tomaron conciencia de los reiterativos ciclos reproductivos de la flora y fauna; además fueron comprendiendo que, aparte de los ciclos normales que proporcionaban bienestar, también se daban situaciones extremas como las sequías y las inundaciones, que acarrearán desgracias. Así, nuestros antiguos, en un lento y largo proceso, tomaron conciencia no sólo de la repetición cíclica de los fenómenos naturales sino también de la estrecha relación e interacción de unos con otros como, por ejemplo, la variedad de la fauna y su relación con la variedad de la flora; la relación entre el volumen de la población animal y la cantidad y variedad de alimento a su alcance; lo mismo que la dependencia de ambos, flora y fauna, de la presencia y cantidad de agua, determinando e influyendo ésta en la existencia, la calidad y la cantidad de ambas. Así fue cómo nuestros antepasados empezaron a conocer y manejar las leyes de la naturaleza pasando de ese modo a desarrollar la agricultura y posteriormente la ganadería.

—Así que desde el principio y con el tiempo —dijo Leoncio queriendo enfatizar sus palabras—, la humanidad aprendió que la práctica es el único criterio de la verdad.

—Aunque prácticamente, con el tiempo y para su desgracia, lo olvidará —replicó Sebastián con ironía—. Pero sigo, al principio, se dice, la primitiva división del trabajo dentro del grupo o clan y dentro de la tribu, que era la unión de varios clanes, se estableció espontáneamente, por necesidad y casualidad histórica, entre los hombres y las mujeres. Durante un largo período, los hombres siguieron desa-

rollando el papel de recolectores, cazadores y pescadores en procura de alimentos y en procura de los instrumentos de trabajo; y las mujeres empezaron a desenvolver el trabajo agrícola junto a la cría de los hijos, la atención del hábitat y la preparación de los alimentos así como de la administración, control y distribución, según la abundancia o escasez, de las provisiones mientras, poco a poco, dejaron de acompañar a los hombres en las diferentes faenas.

—Ese tema es algo que habrá que analizar con mucho cuidado. ¿Hasta qué punto habrá tenido la maternidad algo que ver con ese fenómeno? —se preguntó Leoncio.

—Lo que la mujer introdujo al mundo fue la agricultura y no el pecado —sentenció Sebastián—. Pero como fuere, el asunto es que lentamente surgió y se abrió paso la agricultura, luego la irrigación para mejorar la producción y así comenzó también espontáneamente la propiedad común de la tierra.

—¡Eso es lo más importante!

—Cierto —remachó Sebastián—. Dentro del ciclo evolutivo y de desarrollo, la división del trabajo crecerá, se diversificará y alcanzará nuevos y superiores niveles con la disolución de los vínculos tribales y la constitución y aparición de variadas formas de la familia hasta alcanzar la monogamia; se desarrollará el trueque, el excedente de los productos agrícolas y su apropiación; los oficios manuales, la propiedad privada; las casas de piedra y luego las casas de adobe, los núcleos de vivienda, los centros de culto, los centros urbanos y la diferenciación entre el hombre del campo y el hombre de la ciudad; y con la aparición de las clases sociales y del Estado, la división del trabajo alcanzará su carácter social, a fin de cuentas, como consecuencia del surgimiento, desarrollo, profundización y diferenciación de la agricultura, la ganadería, los oficios manuales, la textilería, la alfarería, la construcción, el comercio y un montón de etcéteras.

—Un período bastante largo y complejo en el desarrollo de la humanidad expresado en un par de palabras —exclamó Leoncio después de dar un silbido.

—Si habría que precisar y concretar más, debo decir que la causa principal de la primera gran división social del trabajo, en nuestro caso, fue la separación entre los oficios manuales y la agricultura. Y, generalizando un poco, debo decir que, en el desarrollo de la humanidad, es precisamente la habilidad desarrollada en la producción de los alimentos y de los medios de existencia la que determina el dominio del hombre sobre la naturaleza y su superioridad sobre los otros seres, haciendo que el progreso de la humanidad coincida con las épocas donde se amplían y desarrollan las diferentes fuentes de existencia. Por lo tanto, podemos decir que el desarrollo histórico de

nuestros antiguos no tiene por qué haber sido de otra manera...

Sebastián, que hacía un buen rato venía jugando con su bolsa de plástico, metió la mano dentro de ella y extrajo un puñado de hojas de coca que ofreció a Leoncio, quien recibió las hojas dándole las gracias con una sonrisa y un ligero movimiento del mentón hacia el cielo.

Ambos escupieron un gastado amasijo verdoso de hojas de coca y saliva, se introdujeron paulatinamente unas cuantas hojas frescas dentro de la boca, aspiraron con fuerza algo de la fresca del aire y se pusieron a chacchar con lentitud milenaria.

Sebastián, medio distraído, se preguntó si Leoncio, después de tantos años de amistad, después de tantos años de alegrías y penurias compartidas, tendría opiniones divergentes a las suyas, y sin darse respuesta continuó con la preparación del contenido de su exposición.

—Como ya dije, inicialmente, la dedicación al trabajo agrícola no representó un cambio en las costumbres nómadas del clan y la tribu; esto sucederá más adelante con el desarrollo de la agricultura, la adición de la ganadería y la pesca con anzuelo al notar que la calidad y la cantidad del alimento mejoraban, lo mismo que las condiciones de vida y con ello el aumento de la población. Según el montón de testimonios encontrados a lo largo y ancho del territorio nacional, tanto en la Costa como en los Andes, se puede decir que el mejoramiento y perfeccionamiento de la piedra como instrumento de caza y pesca ya se había alcanzado hacia el año 10000 antes de nuestra era y la confección de anzuelos hechos a base de conchas, hacia el año 6000, también antes de nuestra era; y con la domesticación de las plantas y el desarrollo de la agricultura, se dará paso a las conquistas tecnológicas que permitirán a los campesinos crear la textilera y la cerámica, la construcción de centros religiosos y la edificación de viviendas, de aldeas y centros urbanos cuyo desarrollo marca el ingreso a una nueva etapa: a la construcción de la civilización.

—Momentito —exclamó Leoncio levantando el dedo índice de la mano izquierda hacia el cielo—, en algún momento hay que señalar que la palabra civilización suena a margarita muy bonita, pero su esencia es contradictoria puesto que el progreso de la civilización es también el progreso de la desigualdad dado que todas las instituciones que brotan con la *civilización* cambian y se transforman en lo contrario de su finalidad originaria, convirtiéndose en instrumento de opresión y explotación.

—Y habrá que trabajar mucho y fuerte para levantarnos por encima de las miserias creadas por la civilización —completó Sebastián—. No hay que olvidar que la agudización de la opresión y explotación exacerbará la desigualdad hasta tal punto que necesariamente la

desigualdad también trocará en su contrario, es decir en igualdad; pero no en la igualdad espontánea del hombre primitivo sino en una igualdad superior, labrada por las manos y el cerebro del hombre como hacedor de la historia.

—Aunque para ello, en una primera fase, habrá que pasar por la opresión de los oprimidos sobre los opresores; fase en la cual aún persiste la necesidad del Estado, pero de un nuevo Estado que vele por la propiedad común sobre los medios de producción, por la igualdad del trabajo y por la igualdad en la distribución de los productos. Ésta es una fase en la cual el derecho burgués, que se basa en el reconocimiento de la propiedad privada de los individuos sobre los medios de producción, no se puede suprimir por completo; lo es, parcialmente, en la medida que la propiedad privada se convierte en propiedad común; pero persiste como regulador de la distribución de los productos y de la distribución del trabajo entre los miembros de la sociedad de ahí que *el que no trabaja, no come y a igual cantidad de trabajo, igual cantidad de productos*, lo que de hecho establece una desigualdad. Y a condición de comprender e interpretar correctamente el significado del vocablo igualdad como la destrucción de las clases se podrá pasar, en una segunda fase, a concretar esa igualdad de todos los miembros de la sociedad en relación a la posesión de los medios de producción, lo que no es otra cosa sino la igualdad de trabajo y la igualdad de salario, para pasar de la igualdad formal a la igualdad de hecho siguiendo el principio *de cada uno, según su capacidad; a cada uno, según su necesidad*.

—Así es, pero ahora no nos desviemos del tema y déjame continuar —pidió Sebastián colocando suavemente una mano sobre el hombro de Leoncio—. Nuestros antiguos tuvieron que transitar un larguísimo proceso de casi 19,000 años para pasar del salvajismo a la barbarie y de ésta a la civilización venciendo un sinnúmero de dificultades para alcanzar un elevado dominio sobre la naturaleza. Se descubre el estaño, el cobre, el oro y la plata, entre otros metales; la artesanía alcanza niveles superiores y la aleación de metales da un mayor impulso a la inventiva del hombre, se fabrican nuevos y mejores instrumentos de trabajo, adornos, utensilios y armas de guerra. Surge la minería y la metalurgia. El sedentarismo derrota al nomadismo, las ciudades crecen y luego luchan entre ellas para expandir su territorio y unos pueblos someten a otros apropiándose de sus riquezas, explotando a los vencidos y viviendo de éstos. La estratificación social se diferenciará más y más. Habiéndose impuesto lo nuevo sobre los grupos de cazadores y recolectores, ya no sólo se trataba de campesinos sino también de artesanos, de especialistas en diferentes ramas, de sacerdotes, de administradores y soberanos a los que se

les sumarán los llamados mitimaes, que eran prisioneros de guerra convertidos en esclavos. Surgen los imperios y la caída de éstos...

—En la producción social de su vida —dijo Leoncio levantando los dedos índices hacia el firmamento—, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad...

—...relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Y fin de la cita, don Jodido —dijo Sebastián dándole un codazo a Leoncio—. Cosa que tú siempre has dicho que es parcial...

—Y lo es —ratificó Leoncio—, si se queda ahí y no se toma en cuenta el choque de las ideas, generadas por esa base real, y el papel que la actividad consciente del hombre juega en los procesos de transformación social.

—Lo cual —dijo Sebastián dispuesto a continuar con el desarrollo de sus ideas—, no es más que una expresión de que la historia de los pueblos la hacen ellos mismos desarrollando su capacidad para mejorar y aumentar la producción, aumentando las posibilidades de subsistencia y mejorando las condiciones de vida mostrando, inicialmente, una continua superación de los pueblos en forma colectiva, y esto hay que remarcarlo varias veces, inicialmente en forma colectiva; pero en algún momento de la historia, los hombres empiezan a diferenciarse, como ya dije, entre los del campo y la ciudad, entre los dedicados a la agricultura y los dedicados a los oficios manuales; y así pasarán los diferentes grupos a defender su tradición y sus intereses particulares. Así, la guerra de expansión y dominación irrumpirá en la escena de nuestra historia. Cada cosa nueva que surge se impone venciendo a aquéllas que entraban e impiden su desarrollo, lo cual no quiere decir de ninguna manera que las viejas formas desaparezcan definitivamente de golpe, por el contrario, al menor descuido retornan con mayor fuerza y brío produciendo un gran retroceso con la pérdida de todo lo nuevo y mejor que se haya podido conquistar...

En un espontáneo impulso, se levantaron, dieron unos saltitos para acomodar las cosas al interior del quipe y emprendieron el descenso según lo habían planeado.

Acometieron la bajada siguiendo una huella casi olvidada por los caminantes y por donde cascajo, tallos moribundos y arbustos enanos y marchitos salpicaban los efluvios de su trazo.

Uno detrás del otro bajaban prestando atención al lugar donde ponían el pie para no resbalar. Cuando se acostumbraron a trotar, reiniciaron la conversación un poco a gritos pero con despaiedad y calma.

—Uno de los rastros que se podría seguir, por lo que expresa, me parece —dijo Sebastián con intención de repetir parte de su ex-

posición y dando un salto hacia atrás en el tiempo para engazarla con una nueva etapa de la historia—, es la temprana aparición en escena de las expresiones plásticas del arte. Por ejemplo, la pintura rupestre encontrada en las paredes de las cuevas y en los lugares de abrigo que habitaron nuestros antiguos nos describe gráficamente su actividad económica fundamental y sus quehaceres domésticos tanto dentro como fuera de su hábitat. Y pienso que es interesante seguir esa huella porque no sólo es bella expresión artística, donde el hombre fijó gráficamente aquello que llamó su atención, sino porque, como antiquísima predecesora de la escritura, es vestigio imperecedero del proceso de nuestra evolución; queda registro de sus usos y costumbres generales como cazadores y recolectores en relación con el medio ambiente que los rodeaba; hay representaciones de siluetas humanas, de animales, de plantas y nos muestran de qué se alimentaban, así como los avances de nuestros antiguos en el uso, modificación y fabricación de las herramientas de piedra que utilizaban.

—También dejaron grandes huellas en los petroglifos y en las esculturas de piedra —añadió Leoncio.

—Eso. A lo largo de la evolución y desarrollo de nuestros antiguos, quedaron registradas numerosas muestras de su arte pero éste recién alcanzará un nivel alto con la aparición de la cerámica y de la textilera donde inmortalizaron sus esquemas de ideas que simbolizaban su realidad. El desarrollo tecnológico y la domesticación de las plantas, como la del algodón, por ejemplo, llevan a que en una etapa superior germine la textilera, la que junto con la cerámica representan los avances sustanciales que marcarían el paso a una nueva etapa de desarrollo sociocultural así como la adaptación a los grandes cambios ambientales. Algunos estudiosos, siguiendo el proceso histórico, señalan un período entre 1250 y 850 antes de nuestra era, más o menos, donde hay un desarrollo de la cerámica en forma rústica, con colores pero sin dibujos sobre todo en el Valle de Virú y el área de Guanape al sur de Trujillo. A partir de ahí y hasta el año 300 antes de nuestra era se desarrolla la cultura chavín cuyo nombre se toma del lugar de procedencia: Chavín de Huantar, al este de Huaraz. Esta cultura se expande por todo el Norte tanto en la Costa como en la Sierra y es considerado un *Horizonte* debido a la gran influencia artística y religiosa; es en este período donde se da un gran desarrollo en la agricultura, la cerámica y el tejido y constituiría un período de tránsito entre la barbarie y la civilización. Es alrededor del año 300 antes de nuestra era que la cultura chavín desaparece misteriosamente; hasta el momento nadie da una aclaración plausible, aunque en los últimos tiempos algunos atribuyen las causas a catástrofes naturales. Bueno, en los siguientes 500 años se desarrollan otras cul-

turas como la Salinar en el valle de Chicama o la de Paracas al sur de Lima en las cuales se dan saltos considerables en la manufactura de cerámica con técnicas avanzadas de cocido; y los textiles de Paracas alcanzan una finura tal que hoy se puede decir que eran los mejores de toda la cultura prehispánica, no como estos raídos ponchos que llevamos encima...

La peor parte de la estrecha pendiente se había diluido en un terreno rocoso y amplio lo que le permitió a Sebastián adelantarse un poco y ponerse al lado de Leoncio para dejar de gritar contra el viento y seguir desplegando sus ideas con más calma.

—...Bueno, se dice que, más o menos, desde el año 100 antes de nuestra era hasta el año 700 de nuestra era, había varias regiones con un fuerte desarrollo independiente. Se argumenta que en esos tiempos 2 culturas fueron las más importantes: la Mochica en el Trujillo de hoy y la Nazca al sur de la Lima actual, donde la cerámica, los tejidos y los trabajos en metal alcanzaron un alto grado de desarrollo. Y algo a destacar, también se siguió desarrollando la arquitectura con la construcción de pirámides por parte de los mochicas, y los nazcas hicieron sus famosos petroglifos conocidos como Las Líneas de Nazca. Dentro de ese período de culturas regionales es donde aparece la cultura wari, que se desarrolló a partir de la región del actual Ayacucho desde el año 500 hasta 1000, según unos, o desde 600 hasta 1100 ó 1200, según otros. Al decir de algunos arqueólogos, Wari se origina mediante el contacto y la relación con las culturas Nazca y Tiahuanaco del Altiplano, que había alcanzado una enorme influencia dentro del territorio que actualmente abarca el sur del Perú, el Norte de Chile y una buena parte de Bolivia. Y he aquí una diferencia a señalar: la expansión Wari no sólo se limitó a la difusión de la religión y la influencia artística, como era el caso de las culturas anteriores, sino que los wari fueron conquistadores militares, construyeron y mantuvieron postas militares a lo largo de todo el territorio bajo su autoridad; rastros de ello se encuentran en Piquillacta cerca del Cusco, en Cajamarquilla cerca de Lima y en Wilkawain cerca de Huaraz.

—Disculpa, Sebastián, pero creo que necesariamente debes señalar que los wari subyugaron a las naciones que conquistaron y prohibieron cualquier tradición existente.

—Sí, así es y esto hay que remarcarlo: prohibieron las tradiciones. Pero volveré a ello luego. El desarrollo wari se da en medio de la estructuración de un imperio andino, anterior al Imperio Incaico y posterior al de Chavín; es un imperio que logra establecer un dominio político de Norte a Sur, que va desde el actual Lambayeque hasta la actual Arequipa y su capital era la ciudad de Wari, de la que supongo no te habrás olvidado.

—No, no lo he hecho. Cómo podría olvidarla con tantas veces que hemos pasado por ahí —dijo Leoncio al tiempo que quitaba de un zapatazo una penca caída sobre la huella a la que habían entrado en la parte plana del descenso.

—Cuando estudiamos, y de esto hace ya buen tiempo, esa parte de la historia —continuó Sebastián—, vimos que el Imperio Wari siguió desarrollando básicamente una actividad agropecuaria de subsistencia pero introdujo un amplio sector de actividad económica cuyo fundamento fue la producción artesanal, en serie, de cerámica, tejido, armas y chucherías que intercambiaban por alimentos así como por otras mercancías y materia prima, con otras regiones.

—Así es —le interrumpió Leoncio pensando en voz alta y casi sin darse cuenta—, el intercambio es una experiencia muy importante que debe tenerse en cuenta todo el tiempo. Para eso estudiamos, para sacar conclusiones y no sólo para alardear de que conocemos algo, sigue.

—Entonces también recuerdas que esa actividad fue de naturaleza urbana y tuvo a la ciudad como el centro de su dinamismo y fuerza, y es lo que la llevó a tener control sobre la población rural y campesina. Eso de los centros urbanos también es importante, ¿no?

—¡Sí, claro!

—Bueno, Wari fue un asentamiento urbano muy bien planificado, dividido en sectores y barrios donde su población estaba concentrada según su especialización en diferentes oficios artesanales o por la función pública que desempeñaban; además, algunos antropólogos y estudiosos han encontrado e identificado junto a las viviendas de diverso tipo una compleja red de canalización para agua, lugares donde se depositaban los alimentos, templos, cementerios, plazas y vías de circulación que comunicaban todo el conjunto urbano; era una ciudad tan grande que se dice que en ella vivían más de 50,000 personas. La piedra fue el material más usado en la construcción de la ciudad, de los muros de las viviendas, de las grandes murallas de protección y de cualquier cosa que utilizaban dentro o fuera de las viviendas. En Wari se desarrolló un régimen estatal que ejerció el dominio colonial sobre diferentes regiones e implantó el patrón urbano, el control militar y su ideología en todos los pueblos conquistados. Sin embargo, y a pesar de todo, los wari fueron derrotados y su cultura se desvaneció.

—¡Y dale con tus desvanecimientos de mierda! —dijo Leoncio casi gritando y sin disimular su pequeño enojo.

—¿Y? ¿Qué quieres que haga? —replicó rápidamente Sebastián sin perder la calma—, las leyes de la naturaleza son así y si en el acontecer histórico de las sociedades es decisivo el actuar del ser

humano, en determinadas circunstancias, la mismísima naturaleza cumple un rol protagónico con sus diferentes fenómenos, tales como los climáticos, geológicos, hidrológicos y todos los demás que se te puedan ocurrir y que, además, insisto, en determinadas circunstancias, pasan a cumplir transitoriamente un papel principal. Te guste o no, es así y ya está. De lo contrario no se entenderá la dialéctica de la naturaleza; no se entenderán los saltos cuantitativos y cualitativos; no se entenderán la necesidad, la causalidad ni la casualidad tanto en la naturaleza como en la sociedad; no se entenderán las transformaciones del movimiento que son inherentes por naturaleza a la materia en movimiento y a fin de cuentas, no se entenderá nada de lo que queremos explicar, nada de la historia de nuestro pueblo y finalmente nos perderemos en la más pura y chabacana de las elucubraciones. Por lo demás, el hombre mismo es producto del capricho de la naturaleza. ¡Así que no molestes, carajo!

Leoncio, ya calmado, empezó a reírse después de rodear con su brazo derecho los amplios hombros de Sebastián y de atraerlo hacia sí; luego lo soltó, le dio una ligera palmada en la parte trasera del sombrero lo que hizo que éste se inclinara hacia delante tapándole la vista, y luego de esperar a que se lo vuelva a calar empezó a hablar con voz amistosa y cordial.

—Esta última afirmación que haces, mi querido don Pelotas, es una supuesta verdad elaborada sobre la base de una infinidad de supuestos y falsedades. No se trata de ningún *capricho* de la naturaleza. La evolución del hombre debe entenderse correctamente como necesidad y causalidad dialécticas de la naturaleza, lo que incluso es aplicable a la aparición o presencia de los llamados grandes hombres, aunque muchos de ellos no pasan de ser una sarta de mediocres; pero con relación al hombre mismo, dentro de la evolución, hay una particularidad que no se puede olvidar y es que, hace decenas de millones de años, se inició un larguísimo proceso durante el cual los primates empezaron a diferenciarse hasta que de una de sus ramas surgió el homínido que es la especie de la cual, tras millones de años de evolución, surgiría el hombre actual. Algunos de los primates, que vivían en los árboles, a consecuencia de la carestía de alimentos y ante el cambio de las condiciones naturales, tuvieron que bajar al suelo y en esas nuevas circunstancias se vieron necesitados u obligados a usar sistemáticamente piedras, palos, huesos y seguramente otros adminículos para defenderse de otras fieras, para conseguir alimento y más adelante para atacar a otros animales; esa necesidad de emplear sistemáticamente las piedras y otras cosas los llevó, a su vez, a la necesidad de trabajar los materiales que encontraban en la naturaleza y empezaron a fabricar instrumentos; ello desembocó en

un cambio sustancial del uso y la función de las extremidades anteriores que fueron adaptándose a las nuevas operaciones que realizaban convirtiéndose así en instrumentos naturales de la actividad laboral; esto influyó en el cerebro y su perfeccionamiento al igual que en todo el organismo; entonces surge la necesidad de comunicarse y con ello se desarrolla el lenguaje; es decir, primero el trabajo y después, y junto con él, la palabra articulada hacen que el cerebro del ya extraordinariamente desarrollado mono antropomorfo se vaya transformando gradualmente en cerebro humano...

De pronto, en la soledad del paraje se escuchó un atronador icarajo! que cortó el monólogo de Leoncio.

Era Sebastián. Poco faltó para que cayera de bruces después de pisar el canto de una piedra al borde de la huella.

Curvado hacia delante, dio 6 ó 7 pasos cortos y rápidos tratando de que el peso de la carga no lo tire por tierra; y entre risas y maldiciones recuperó el equilibrio.

Leoncio había corrido tras él tratando de agarrarlo por la manta pero su ayuda no fue necesaria. Rieron.

Aprovecharon el relajo para orinar y otear los alrededores de la quebrada. Luego de un corto silencio, reemprendida ya la caminata, Leoncio continuó.

—Por supuesto que el lenguaje fue precedido de un larguísimo período de desarrollo de las reacciones sonoras y motrices de los animales. Posteriormente, con el lenguaje articulado, el hombre, el ser humano, designa los objetos, sus propiedades y relaciones y es un importantísimo medio de comunicación mutua entre los hombres; por lo tanto, el lenguaje articulado es instrumento de su pensamiento y el significado de la palabra refleja el objeto y es una imagen sensorial o mental y la oración es la forma material, la portadora de un pensamiento, de un juicio más o menos acabado y así se pasa de la contemplación viva, de la cognición sensorial al pensamiento generalizado abstracto; por lo que la conciencia pudo surgir sólo como una función del cerebro complejamente organizado formándose bajo el influjo del trabajo y el lenguaje. Hay una relación, una conexión estrecha entre lenguaje, conciencia y realidad, por lo tanto se puede decir que, hasta cierto punto, el trabajo ha creado al propio hombre; el cerebro, como tal, no puede pensar como lo hacen los seres humanos, le enseña a hacerlo la sociedad; no es en el cerebro, como tal, donde radican las causas de que surjan en el hombre las sensaciones, los pensamientos y los sentimientos; el cerebro deviene órgano de la conciencia sólo en las condiciones de vida social, en las condiciones en que el hombre transforma la realidad. La conciencia se remonta en su genealogía a las formas biológicas de la psique, pero no es un

producto de la naturaleza sino un fenómeno social e histórico; de ahí que el hombre no es, como tú dices, un capricho de la naturaleza sino una creación del trabajo...

—¡Ya lo sé, señor! —dijo Sebastián levantándose el sombrero al tiempo que le hacía una reverencia a Leoncio.

—Y si ya lo sabes, por qué no lo dices, pucha que si a ti no se te pica no sueltas la lengua ni el lenguaje.

—¡Te digo que ya lo sé, carajo! Pero las cosas hay que explicarlas bonito para que la gente sencilla las entienda...

—Cierto —le cortó Leoncio devolviéndole el gesto y una sonrisa—, cierto mi querido Sebastián, pero eso no es pretexto para hablar como si se tratara de un crucigrama donde cada quien tiene que llenar los lugares que dejas en blanco.

—¡Bueno, ya está, ya entendí; así que deja de molestar que sigo con la preparación de la exposición!

Sebastián, que se había adelantado unos pasos después del aterrizaje frustrado, regresó al lado de Leoncio y de un golpecito con el canto de la mano le hizo volar el sombrero hacia atrás y, sin esperar a que éste lo recoja del suelo, siguió hablando acompasando sus palabras con un melódico movimiento de manos.

—Los wari, derrotados, desaparecieron de circulación, se hundió su Imperio y durante unos 300 ó 400 años sobrevino un período donde se desarrollaron los llamados Estados Regionales que reemplazaron a los wari. Por ejemplo, uno de los más conocidos fue el Reino Chimú, en el actual Trujillo y muy popular a causa de esa inmensa ciudad de adobe llamada Chan Chan. Contemporánea a Chimú fue la cultura chachapoyas que se concentró por el Río Utcubumba al sur del actual departamento de Amazonas; pero también lo fueron la etnia de Chancay al norte de Lima y la Ica-Chincha al sur; lo mismo que las tribus asentadas alrededor de la hoya del Lago Titicaca y en gran parte del Altiplano, además de otras culturas de las que ya no me acuerdo. Y así llegamos adonde partimos, a los chancas en el área de Apurímac y Ayacucho y al Reino del Cusco, que fueron los predecesores del Imperio Incaico...

—¡Ah! ¿Sí? ¡Qué bien! Pero, dime don Contreras, ¿quién derrotó a los wari? —preguntó Leoncio insistente y burlón.

—Pucha, que si no serás...

A pesar de las pullas mutuas y constantes, no se sentían ofendidos y sonreían; daban saltitos, tropezaban con una que otra piedra real o imaginaria, se daban palmaditas en el hombro, se jalaban del poncho o de la manga de la chompa que sobresalía de entre la manga de la casaca, volvían a sonreír y hacían como si nada hubiera pasado

pero prestaban mutua atención a cada una de las palabras dichas y, en el camino, las iban asimilando con respeto y alegría.

Se decían a sí mismos que aún tenían mucho que aprender. Sebastián iba constatando que sí tenían algunas divergencias en la forma de ver y analizar algunos temas, pero en lo fundamental coincidían; el acuerdo no era total y eso, pensaba, a pesar de las décadas de estudio y debate. Y estaba bien que así sea.

Habían cambiado momentáneamente de tema y se pusieron a recordar anécdotas pasadas. Así, habla que te habla y sin sentirlo, habían bajado y vuelto a subir hasta alcanzar una nueva cumbre; ahí, arriba, callaron y se pusieron a contemplar los cambios en el cielo azul intenso que ahora estaba moteado con copos de algodón blanquísimo que formaban figuras caprichosas; el viento acarrearaba el frío y una vez más tuvieron que acomodarse el chullo debajo del sombrero para cubrirse mejor las orejas. Decidieron descender un poco para escapar del gélido barrido del viento sobre la cumbre.

Divisaron una gran piedra al costado de una zanja hecha por el correr del agua de lluvia, hacia allí fueron de prisa corriendo con una sonrisa casi infantil.

Se sentaron después de desanudar la manta con el equipaje y sacarse el poncho. Como el suelo estaba algo húmedo, habían buscado y encontrado una piedra algo plana y con el canto escarbaron lo suficiente como para quitar la humedad de la superficie, pusieron los ponchos sobre la zona despejada y se sentaron con la espalda recostada sobre la gran piedra que por ese lado tenía la cara cruzada por profundas arrugas.

El sol de media tarde, en la relativa quietud de aquel rincón y al amparo que brindaba la roca, les calentaba el rostro a duras penas. Allá, abajo, un hilillo de agua serpenteaba apacible la hondonada.

Abrieron las mantas, desataron parte de la hatería y de un recipiente de plástico azul marchito sacaron un par de lonjas de charqui que se pusieron a masticar escuchando con atención la grácil voz del río que escalaba por la quebrada.

—Sebastián —dijo Leoncio rompiendo la monotonía del silencio luego de un rato largo y ofreciéndole unas cuantas hojas de coca—, antes de que sigamos con la preparación de tu exposición, déjame reflexionar un poco; hay algunas cosas que pienso sería necesario recortar para profundizar otras y así centrarnos en lo fundamental, en aquello que ayude a reflexionar para alcanzar conclusiones certeras. Por lo demás, mira con qué rapidez está cambiando el semblante del cielo; esos nubarrones, que parecen estar bastante lejos, se nos van a echar encima si el viento sigue soplando por la derecha.

Dicho lo último se levantaron, se pusieron los ponchos, cargaron

el quipe a sus espaldas y entrecruzando las puntas opuestas de la manta hicieron el nudo a la altura del pecho asegurando su estabilidad y después de orinar se quedaron de pie un minuto largo.

Al parecer les había pasado por la cabeza la misma idea pues se miraron y rieron al mismo tiempo; pensaron que la secuencia entre colocarse la manta a la espalda y orinar debió ser a la inversa pero así lo habían hecho y lo festejaron.

Al frente, en la cumbre de la montaña, al otro lado de la hondonada, se podían adivinar los últimos reflejos del sol sobre la calamina de algunos techos. Ccatapata estaba aún algo distante pero a la vista; descendieron por la ladera del cerro y en paralelo a la quebrada iniciaron la bajada en silencio.

Bastarían unos 4 ó 5 kilómetros para bajar de los 4,200 que habían alcanzado hasta los 3,700 metros sobre el nivel del mar; una buena pendiente difícil de acometer en forma lineal y que presentaba encabritados cortes con subidas y bajadas que imponían un toque de amenaza sobre sus rodillas y muslos.

Luego de algo más de 2 horas de andanza, ya tenían casi a tiro de piedra el río que debían cruzar para poder subir rumbo a Ccatapata, rodearla y seguir hasta encontrar cobijo para pasar la noche; pero por la zona a la que llegaron no había forma de trepar el corte que se levantaba frente a ellos al otro lado de la orilla, así que tiraron hacia la izquierda con la intención de no perder de vista la vertiente.

No pudieron avanzar mucho antes de que las primeras gotas de agua les dieran el aviso para sacar los plásticos para protegerse contra la lluvia y apenas si tuvieron tiempo de ponérselos pues algo parecido a una serie de baldazos de agua se les echó encima junto con la oscuridad.

Después de casi media hora de trote corto y apresurado, por pura casualidad y al final medio a tientas, llegaron a lo que pensaron sería un ocasional refugio para caminantes; entraron riendo y a tropezones, pues cada quien quería ser el primero y si no dieron con los carrillos o las nalgas por los suelos fue porque un relámpago les iluminó el interior y pudieron sostenerse de un palo plantado en el centro de la reducida y precaria estancia.

Sacarse de encima el plástico, la manta con su equipaje y el poncho fue todo en uno mientras los sombreros ya habían aterrizado en alguna oscura esquina; se frotaron las manos, se pusieron a dar saltitos pero perdieron el buen ritmo a causa de un trueno que había reventado justo encima de la cañada y casi los deja sordos de espanto.

Después de soltar unas cuantas maldiciones y mirar el cubículo con la palma de las manos se posesionaron de un rincón. A tientas desataron las mantas, sacaron los pellejos y los acomodaron sobre el

suelo a la izquierda de la entrada ya que en ese momento el viento seguía soplando hacia la derecha.

Se sacaron los zapatos y las medias que hacían agua. Se cambiaron los pantalones que estaban empapados y se calzaron con las ojotas que llevaban de repuesto por si había que salir a la carrera, por quién sabe qué motivos.

Se acomodaron echados de costado, espalda contra espalda, para darse mutuo calor; hicieron un pequeño balance del tiempo hasta ahí transcurrido, murmuraron algunas cosas vagas y difusas entre las tinieblas de la somnolencia y se les apagó la conciencia hasta más allá del alba.

3

Después del repentino sacudón, se le disparó a Sebastián el primer carajo del día seguido por un no menos disonante ¡ya nos jodimos! en el mismo momento que trastabillaba y caía de espaldas al suelo tras el intento fallido de incorporarse sin haber salido completamente del turbulento sueño que lo ofuscaba.

—¡Calma, muchacho —le dijo con aprehensión Leoncio mientras le presionaba el hombro derecho contra el suelo para impedir que vuelva a levantarse—, estamos en otros tiempos; calma hermanito, calma!

—¡Ese perro de mierda nos va a vender!

—¡Te estoy diciendo que te calmes, carajo!

Esta vez los ladridos no formaban parte del sueño que de vez en cuando perturbaban la tranquilidad del dormir de Sebastián; efectivamente, afuera sí había un perro y ladraba como si oliera al mismísimo diablo, que según los creyentes dicen que huele a insepulto.

Pasado el sobresalto del primer momento, metieron rápidamente los pellejos dentro de las mantas que habían dejado abiertas la noche anterior y las cerraron con un par de nudos atropellados

Salieron uno detrás del otro, despacio, con los brazos separados a los lados del cuerpo mostrando que no tenían cosa alguna que esconder; con una mano cargaban la manta y el poncho y con la otra arrastraban el plástico.

El perro, del tamaño de un medio zapallo de los buenos pero poco grandes, más parecía una broma de la naturaleza que una fiera aguerrida, pero con todo, al verlos salir del refugio, aumentó su bramido por encima de los 70 decibeles mientras iba reculando como quien se escapa a lo macho, es decir, buscando amparo en alguien que lo frene antes de rendir a su adversario a mordiscones en medio de la lucha por la defensa del predio.

Su ama, una campesina a mitad del recorrido entre los 30 y 40 años muy mal llevados se agachó, levantó un cascajo y lo arrojó contra la fiera sacándola del apuro ante tamaña responsabilidad y restituyendo la calma en el paisaje.

En medio de la lluvia y la oscuridad, Sebastián y Leoncio, se habían desviado del cauce del río y habían llegado a una chacrita enclavada sobre una pequeña planicie rodeada de matorrales, arbustos y

unos cuantos árboles de copa frondosa; lo que creyeron que era un refugio para viajeros de paso resultó ser un depósito de acopio que estaba vacío y solitario como la mujer que tenían al frente.

Cuando se acercaron a la mujer, ésta retrocedió un par de pasos y casi se cae al tropezar con una rama caída tras el aguacero de la noche anterior; para cuando se estabilizó sobre sus ojotas, ellos ya se habían detenido.

Pidieron disculpas por invadir sus predios, por usar su propiedad y por asustarla sin querer; luego se presentaron, dijeron de dónde venían y hacia dónde se dirigían; preguntaron si a cambio de su hospitalidad podían ayudarla con alguno de los quehaceres diarios en el campo, pero ella lo negó arguyendo que su marido, sus primos y tíos vendrían dentro de un rato, que ya regresan de la feria del día anterior.

¡Ojo, nos da el aviso de que no está sola y son un montón las personas que aquí moran! Pensaron con ironía Leoncio y Sebastián casi al unísono, dándose cuenta de que tan sólo se trataba de un treta rápidamente urdida por el temor y recelo que sentía la mujer, así que no dijeron ni hicieron nada que la inquietase más; intuían que mentía puesto que conocían la zona bastante bien, sabían casi de memoria el calendario de las ferias y el lugar donde éstas se desarrollaban; estuvieron presentes en la última, en la que cada año la gente se junta para limpiar los canales de irrigación y que 3 semanas atrás se había llevado a cabo no muy lejos de ahí; por lo tanto, lo más probable era que el marido y sus otros familiares, de existir, estarían participando en alguna faena colectiva de fin de semana en algún lugar del distrito, así que demorarían algo en regresar o, en caso contrario, podría ser que recién hubieran partido.

Sin embargo, lo que más les llamaba la atención, y les parecía extraño, era el por qué la mujer, contrariando las costumbres, no había acompañado a los suyos. Así que, guardando distancias, le preguntaron si se podían quedar un poco y así poder descansar.

—¡Bueno, pues! —dijo y les dio las espaldas alejándose hacia una de las casuchas.

Mientras tanto, como quien no quiere la cosa, el chuchito, moviendo la cola con desesperación, les olfateaba los pies con alternancia y contumacia dando brincos, reculando y lanzando ataques, en silencio y agazapado, contra fantasmas imaginarios hasta que se cansó y se tumbó sobre el suelo sin quitarles la vista de encima.

Aprovechando la apática presencia del astro rey, pusieron los pantalones, las medias y los zapatos sobre una gran piedra, a ver si terminaban de secarse; aunque el Sol, más que presente y ardiente, parecía tan sólo estar pintado y colgado entre las opacidades del

firmamento.

Leoncio y Sebastián, después de intercambiar un par de ideas, se fueron a buscar leña pero como para cojudo no se estudia, así lo dijeron entre risas, tuvieron que regresar dirigiéndose a la casa de la campesina para preguntarle si les podía dar un par de machetes o hachas.

Se detuvieron como a unos 5 metros de la entrada y a viva voz hicieron su pregunta; les golpeó el silencio por respuesta.

Dejaron transcurrir algunos minutos y volvieron a preguntar. El silencio se hizo persistente, así que decidieron recolectar a mano limpia lo que pudieran; por lo demás, todo estaría mojado y era seguro que no encontrarían leña seca.

Luego de dar unos cuantos pasos escucharon que cerca a sus espaldas caía algo pesado sobre el suelo. Al darse la vuelta vieron a la mujer con una guagua prendida de uno de sus senos y a un par de, literalmente, mocosas bien agarradas a la pollera materna.

Una de las niñas tenía el ojo izquierdo bastante hinchado, purulento y media cara enrojecida por la infección. En el mejor de los casos tendría 3 añitos. Se acercaron y examinaron con atención el ojo de la niña sin decir palabra alguna. Luego de breves minutos preguntaron a la campesina si tenía el fogón prendido y una aguja; cuando la mujer movió la cabeza afirmativamente le pidieron que ponga unos 3 largos minutos la punta de la aguja bajo la llama del fogón y que luego la traiga.

Mientras la mujer cumplía con lo pedido, ellos se pusieron de acuerdo en el modo de proceder.

Cuando tuvieron la aguja en la mano le pidieron a la mujer que caliente un poco de agua y la traiga en un jarro limpio junto con un trapo recién lavado. Y en cuanto la mujer entró en la casa, Sebastián tapó con la palma de la mano la boca de la criatura y Leoncio pinchó con la aguja debajo del punto ennegrecido al final de la ceja, hizo un movimiento circular y levantando la punta de la aguja dejó al descubierto una astilla de madera que extrajo con cuidado, luego presionó sobre la herida con los dedos gordos de las manos para sacar la mayor cantidad de pus posible antes de que regrese la madre.

Cuando ésta regresó trayendo el agua y el trapo, la criatura bebreaba sin consuelo, la mujer abrió tanto los ojos que parecía tener 2 huevos fritos bajo la frente, pero se quedó parada delante de ellos sin chistar.

Lavaron la cara y limpiaron los mocos de la bebe y se la entregaron a la madre enseñándole la causa del mal. Agarraron unos baldes que estaban recostados contra la pared cerca de la puerta de la casucha, avanzaron unos pasos, recogieron el hacha y se fueron temiendo

que por la espalda les empiece a llover piedra.

Unas cuantas horas más tarde emprendieron el retorno después de que se hubieron dado un baño a medias en las heladas aguas del río. Llegaron con 2 baldes llenos de agua y 3 pequeños atados de leña húmeda. Dejaron todo cerca de una ennegrecida puerta que parecía ser la entrada principal de la cocina y se alejaron hacia uno de sus costados donde un frondoso árbol daba refugio; se sentaron sobre una piedra que al pie del árbol hacía el papel de batán y banca al mismo tiempo y sacaron de la bolsita de plástico que llevaban en el bolsillo de la casaca unas cuantas hojas de coca para masticar en silencio.

Era un poco más del mediodía cuando recordaron que no habían probado bocado alguno desde la tarde del día anterior; también recordaron que habían dejado las provisiones dentro de las mantas frente al depósito donde pernoctaron.

—¡El perro! —exclamaron al unísono recordando al chuchito.

Se levantaron y corrieron en busca del equipaje.

A la fiera de pacotilla la encontraron tendida con cara de inocente sobre uno de los ponchos; no había podido abrir las mantas pero se había entretenido arrastrando los ponchos sobre el lodazal y los charcos de agua, mientras que los plásticos contra la lluvia, cosa rara de las circunstancias, se habían salvado de la travesura perruna y estaban incólumes.

Metieron en el quipe las botellas de plástico que habían llenado con agua del río, cogieron sus pertenencias y regresaron a la piedra y el cedro.

Dormitaron un poco y luego se levantaron para ir a recoger el resto de la leña que no habían podido traer por cargar los baldes con agua.

Cuando regresaron vieron sobre la piedra 2 pocillos hondos, humeantes y rebosantes con una sopa de verduras. Se sentaron y se pusieron a tomar la sopa saboreándola con despaciedad; antes de que la terminen llegó la mujer trayéndoles otros pocillos hondos llenos de papas cocidas, un poco de charqui y un sancochado de verduras tiernas.

La mujer esperó a que dieran buena cuenta de las últimas verduras de la sopa, les cambió los pocillos y se retiró sin decir palabra alguna. Le sonrieron.

Más tarde, queriendo dar un paseo digestivo, descubrieron tras la casucha principal una pequeña huerta que se pusieron a desyerbar; ordenaron el montón de cosas que en el colindante patio trasero estaban desperdigadas y cuando terminaron de apilar los últimos trastos empezaba lentamente a pardearse la tarde. Se retiraron al refugio.

Con la poca luz que le quedaba al día acomodaron los pellejos sobre el mismo lugar de la noche anterior y se sentaron con la espalda contra la pared.

Luego de un corto momento descubrieron que su huraña benefactora les había dejado 4 velas, una caja de fósforos con unas cuantas cerillas, 2 despostillados tazones junto a un jarro lleno de agua que estaba ligeramente tibia y unos puñados de hojas de coca envueltos en retazos de hojas de un diario capitalino cuya fecha delataba unos 2 años de antigüedad. El par de noticias que la censura del amarillento dejaba pasar ya las conocían.

Oscureció y encendieron la primera vela.

—Mira Sebastián, he reflexionado algo más que un poco sobre tu exposición —dijo Leoncio con ánimo de retomar el hilo y el sentido de la conversación del día anterior.

—¿Y, cómo la encuentras?

—Está bien, sin embargo has olvidado hablar de la civilización Caral, de su antigüedad e importancia. En general, has mencionado lo fundamental pero se extiende demasiado sobre lo que podríamos denominar anecdótico para nuestro interés. Pero al margen de eso, quiero señalarte 2 cuestiones. La primera idea, la cual debemos esforzarnos por difundir como obligación insoslayable, se refiere a la necesidad de ser consecuentes y claros en nuestros propios pensamientos sin sentirnos turbados por el temor a equivocarnos o a cometer un error. A ti, cuando te pones nervioso, aún te asoman pálidos rezagos de la vieja costumbre de algunos que cambiaban de idea ante la primera paliza crítica que les metían; aún te asoman rezagos disimulados de aquella estúpida manía con la que algunos fingían una autocrítica dándose golpecitos de pecho mientras maldecían su propio nacimiento y existencia; y digo fingían porque en el fondo, quienes practicaban esa lisonjera modalidad para encubrir las apariencias, no cambiaban de actitud y en la práctica seguían metiendo la pata sin dar una verdadera muestra de un sano y verdadero sentido de autocrítica y capacidad para enmendar los errores que hubieran cometido.

—No entiendo a qué te refieres.

—¡Claro que me entiendes, no te hagas el loco, Sebastián!

—Dame un ejemplo y te entenderé mejor.

—Lo de los rezagos claro que lo entiendes y no te hagas el cojudo porque sobre ello hemos conversado harto durante los últimos años y sabes muy bien que es un punto que debemos tocar durante los próximos meses; así que bórrate esa sonrisita cachacienta de la cara. Y el ejemplo que pides es parte de la segunda cuestión y aquí

te va. Cuando hablas sobre la nación Chavín, dices que desapareció misteriosamente y que una de las razones es atribuible a catástrofes naturales; y cuando hablas sobre la nación Wari, dices que fue derrotada y que su cultura se desvaneció. Al margen de que no hablas de nación tal o cual sino de cultura tal o cual, cuando te pico un poco, te vas por la tangente y no aportas ningún argumento válido.

—Pero hablé sobre las leyes de la naturaleza, como...

—Cierto, lo mencionaste en general, pero reculaste sin discutir y tratando de cruzar sin sobresaltos por aguas mansas. Lo que yo veo, por un lado, y esto también ya lo hemos discutido durante largo tiempo, es que hay una mezcla de conceptos que llevan a confusión y me refiero a que en las escuelas, en los colegios y hasta en algunas universidades, se habla de cultura tal o cual pero no especifican que eran pueblos y naciones que desarrollaban *una cultura* tal o cual, aunque tampoco la definen con precisión; y la misma deformación se encuentra en mucha gente, incluyendo investigadores sociales y políticos. Por lo tanto, la pregunta que se presenta de golpe ante tu exposición es: ¿Qué se desvanece? ¿La nación? ¿O la cultura? O lo que quieres decir es que desaparece la nación y con ello se desvanece su cultura. ¿Es cierto? ¿Es así? ¡Ponte a pensar!

—Pero...

—Déjame seguir, por favor. Además, ¿cómo es eso de que pueblos y naciones desaparecen así como así? ¿Cómo es posible que se desvanezcan sin mayor trámite? ¿Es que un pueblo, una nación puede esfumarse en el aire así, de pronto y sin dejar rastro? Lo factible sería que en un lugar determinado todos los moradores de ese lugar hayan encontrado una muerte súbita a causa de una epidemia, de cualquier catástrofe natural extremadamente violenta o a causa de una guerra o de cualquier otro tipo de violencia social; y sí que ha pasado y es demostrable, pero éstos son casos excepcionales y mínimos. Sin embargo, en la gran mayoría de casos registrados por la historia, se puede ver que por más que una gran parte de población haya sido exterminada, como ya dije, a causa de catástrofes naturales, de guerras o epidemias, siempre hay una parte, aunque sea muy pequeña, que sobrevive y continúa viviendo; que sigue un desarrollo independiente o ligado en armonía a otro pueblo o sometido a su dominación. En la historia de la humanidad se puede apreciar que hubo naciones que, como estrellas fugaces, desaparecieron del escenario cotidiano pero la cultura que crearon pervivió en otras naciones y éstas se encargaron de desarrollarla a niveles más altos; de la misma forma hubo culturas que desaparecieron y las naciones que les sobrevivieron adoptaron otras culturas; también hay casos de mezcla y sincretismo de naciones y mezcla y sincretismo de culturas y dentro

de cada uno de ellos también hay diferencias y particularidades; hay naciones en formación y las hay en extinción. Y entrando ya propiamente al tema de la cultura, se puede decir que hay viejas y nuevas culturas; que dentro de una misma nación hay diferentes culturas: la de los opresores y la de los oprimidos.

—Entonces —dijo Sebastián olvidando lo que antes había querido decir—, para salir de dudas, primero tendríamos que definir lo que entendemos por cultura.

—Ciertamente, y deberíamos partir de la convicción de que la cultura no es un producto espiritual aislado que surge al margen de una determinada base material. Cierto es que la cultura tiene un aspecto material y otro espiritual pero ambos conforman una unidad que surge y se desarrolla ligada a los cambios cuantitativos y cualitativos del desarrollo económico y social; depende de ellos y al mismo tiempo, en un proceso de interacción, también influye sobre los mismos, siguiendo ambos un proceso histórico natural; así, si la cultura depende de las condiciones materiales y éstas están en constante desarrollo, entonces se puede colegir que la cultura, siendo un reflejo de las condiciones materiales que la generan, también está en constante desarrollo; y si a su vez, concebimos que la cultura, como parte de la superestructura, influye y actúa en gran medida sobre las condiciones materiales que la generan, entonces podremos comprender por qué en determinada fase del desarrollo económico-social, cuando las relaciones de producción dejan de corresponder a la productividad y empiezan a trabarla, no sólo se da una pugna entre lo nuevo y lo viejo, es decir entre las fuerzas que pugnan por el desarrollo económico, político y social y las fuerzas que entraban ese desarrollo tratando de perennizar lo caduco y retrógrado, sino que esa pugna se da también entre la vieja cultura dominante y la nueva cultura que influye sobre la base material y provoca los cambios sociales, los cambios en su base económica y los cambios en la política como expresión concentrada de la economía.

—Pero el mismo fenómeno también se da a la inversa. ¿O no? —preguntó Sebastián.

—Sí, claro. Lo que quiere decir que tras el triunfo de lo nuevo, lo viejo, expresado en la vieja cultura aún perviviente, se esforzará al máximo por entrar y echar por tierra los logros alcanzados por lo nuevo; y será así durante un largo período de pugna con restauraciones y contrarrestaciones entre lo nuevo y lo viejo.

Leoncio tosió un par de veces y luego continuó.

—Entonces, hay que tener mucho cuidado al utilizar el concepto cultura restringiéndolo a la acepción de los antropólogos tradicionales que decían estudiar las extrañas costumbres de los pueblos primiti-

vos como un conjunto de acondicionamientos externos a ellos, que no nacían de ellos mismos y que le fijaban pautas de conducta; es decir, que la cultura era considerada como un fenómeno externo al ser humano que la vive, de tal manera que éste es tratado como objeto de la cultura y no como el sujeto que la crea según el medio material en que se desenvuelve. Aunque las definiciones dadas por historiadores, arqueólogos, antropólogos, etnólogos, sociólogos y lingüistas sobre el concepto cultura se han desarrollado adaptándose lo mejor que pueden a la época, aún, en su gran mayoría, no han logrado remontar el positivismo y el idealismo que corrompe esas ramas de la ciencia. Sin embargo, debo recordarte que en algún momento, entre los últimos años de la década del 60 y los primeros de la del 70, los antropólogos más avanzados de este país postulaban que el concepto cultura en la antropología debería abarcar la totalidad de la conducta social y que sus causas están en ella misma, en los elementos que la constituyen; que las costumbres, como conducta social, derivan de la actividad productiva del hombre y su relación con la naturaleza; es decir, del trabajo y del objeto de trabajo de cuya relación deriva la producción; del nivel de los instrumentos de trabajo que en su conjunto constituyen los medios de producción y de su estrecha relación con la fuerza de trabajo de la población que constituye las fuerzas productivas; con lo cual, llegaron a establecer que las relaciones sociales entabladas por los individuos eran aquellas establecidas por las relaciones de producción; todo lo cual determinaría el modo de producción de una sociedad dada en un momento dado de su historia y sobre el cual se levantaba una superestructura con sus instituciones, con su ideología y su cultura como parte de ella. Estos poquísimos antropólogos avanzados entendían la cultura como un concepto que define la conducta social a lo largo de su desarrollo, con las características que te acabo de mencionar, y les era útil para diferenciar las conductas particulares de unos pueblos y otros.

—Un buen paso dado por algunos que adoptaron un excelente método científico para analizar nuestra particular historia social —exclamó Sebastián.

—Cierto, un buen paso dentro de un camino correcto, pero lamentablemente lo abandonarían por quién sabe qué motivos.

Leoncio enmudeció unos breves segundo para reflexionar y luego reinició con el desarrollo de sus ideas.

—Bien, pero al margen de estos ilustres científicos, la mayoría de estudiosos de la materia que estás exponiendo registran nuestra historia como algo lineal y hablan de *horizontes e intermedios*; y dicen, por ejemplo, que *el Intermedio Tardío nace a consecuencia de la muerte del Horizonte Medio*, usan términos como, agonizar, desva-

necer, desaparecer y otras imprecisiones parecidas sin explicar cómo y por qué se dio el tránsito entre uno y el otro. Ojo, estoy diciendo *algunos* pero precisamente a esos cojudos se les da la preferencia en los programas de educación en todo el país; peroran sobre la *grandeza* de los incas y otras huevadas pero no dicen nada o muy poco sobre lo funesto que el Imperio Incaico, y los imperios anteriores a él, fueron para los pueblos y las naciones por ellos sojuzgados. Para esos expertos en subjetivismo histórico, todo es estático, todo está compartimentado y encasillado; no existe el cambio, el desarrollo, la transformación, la interacción, la acción recíproca ni la interrelación entre hombres, grupos sociales, clases sociales, entre sociedades, naciones, Estados; presentan la historia como algo inerte, estancado, sin movimiento ni desarrollo. Debemos preguntarnos por qué unos pueblos, unas naciones desarrollaron grandes culturas y otros pueblos, otras naciones pasaron casi desapercibidos. Si se quita la base económica, la base social y política del discurrir de la humanidad, entonces se castra el contenido de la historia de las sociedades y se la presenta como una serie de acontecimientos que tenían que suceder por voluntad divina o por la voluntad y capricho de algún individuo talentoso o listo...

—Y pare usted de joder —ironizó Sebastián.

—Algunos pensarán de esa manera. Pero no, no es así. Lo determinante, ojo, lo determinante en la historia de las sociedades no son los hechos anecdóticos, ni la crónica y su discurrir y mucho menos el caprichoso papel de algún hueveras que pretende pasar por genio; no, señor, lo determinante es la producción material, las relaciones económicas y sociales que ella genera y el papel de la conciencia social, de las ideas, de la ideología y el factor subjetivo en el desenvolvimiento de la sociedad, cualquiera que ésta sea; y la cultura, junto con las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas, filosóficas y otras tantas, son una parte de esa inmensa superestructura que se levanta sobre una base material, palpable, real. Ahí están los hechos, hay que interpretarlos, analizarlos y sintetizarlos.

Leoncio movió las manos delante de su rostro como si quisiera espantar un par de inexistentes bichos o como si quisiera atrapar el par de ideas que se le escapaban de la mente. Continuó.

—Además, al estudiar la historia social del Perú, que es lo que tú pretendes hacer con tu exposición, debemos ser conscientes de que sin la ayuda de la Economía no podremos comprender correctamente nuestro proceso histórico ni los problemas a resolver. Si bien es cierto que la economía no explica la totalidad de un fenómeno y de sus consecuencias, sí explica sus raíces; y entre los problemas de la economía peruana, lo que más destaca es el problema agrario ya que,

como lo vienes explicando, nuestros antiguos se vincularon a la tierra a través de la agricultura; y precisamente de ese vínculo a la tierra es de donde nace no sólo el conjunto de conocimientos adquiridos por nuestros antepasados, que fueron heredados y transmitidos de generación en generación, sino casi la totalidad de los mitos, las creencias, los ritos, las ceremonias, los valores, las normas, las reglas, los usos, las costumbres, las tradiciones, los simbolismos, las artes y, en general, la visión de todos los elementos que les rodeaban y que a lo largo de la historia, junto con el lenguaje, de una u otra manera, por las buenas o por las malas, se han desarrollado y perviven dentro de una simbiosis donde se destaca que el problema agrario, el problema de la propiedad de la tierra sigue siendo la raíz de toda la organización económica, social y política no sólo de los Andes sino de todo el Perú.

—Por ello es que no debemos olvidar la interacción que hay entre la base material y la conciencia social —resumió Sebastián.

—Cierto, pero tampoco debemos olvidar que son los hombres mismos los que hacen su historia; es la acción de la masa y no la simple y aislada acción de un individuo; es la conciencia del hombre, su actividad consciente, su organización y su comprensión de la necesidad histórica los que determinan el ritmo y el contenido del proceso histórico social. Esto, y no una supuesta voluntad divina o personal, es lo definitivo. Reitero, la formación económico-social, la sustitución de los modos de producción, es la base sobre la que se sustenta el proceso histórico, pero ello no excluye el reconocer que son las formas ideológicas las que introducen en la conciencia del hombre la idea del conflicto que existe en la base material y lo impulsan a una lucha por resolverlo.

—¿Y el papel del individuo en la historia? —preguntó Sebastián.

—¡Pero si lo acabo de decir, hombre! —exclamó Leoncio dándole un ligero golpe con el codo a Sebastián—. Ello implica, principalmente, el reconocimiento del papel decisivo de las masas y de las clases en la historia; y, además, en determinadas condiciones, claro está, el éxito de la actividad de las personalidades históricas relevantes en las cuestiones sociales y cómo se convierten en realidad sus objetivos y propósitos cuando expresan la necesidad histórica y actúan junto con las masas, atrayéndolas, guiándolas, y no al margen de ellas. Eso quiere decir que al valorar la actuación social del individuo, hay que saber qué condiciones aseguran el éxito de esa actividad, qué garantía que esa actividad no sea un hecho aislado que marcha en contra o al margen de la necesidad histórica. Por lo tanto, vistas así las cosas, por un lado, los estúpidos que sostienen que las ideologías han muerto o que la época de las ideologías ha llegado a su fin no son más que eso, individuos faltos de inteligencia; y por otro lado, no se

trata de tal o cual *cultura* sino de pueblos y naciones que sobre una determinada base material desarrollaron una cultura tal o cual.

Leoncio interrumpió la explicación de sus ideas para acomodarse sobre el pellejo y meter los pies bajo el poncho que lo cubría.

—Pues bien —dijo levantando ligeramente el tono de su voz—. Teniendo una idea algo más clara sobre el significado de cultura, ahora se nos presenta el problema de comprender el significado de pueblo y de nación, conceptos aún más complicados que el de cultura; pero hagamos el intento de llegar a un consenso. La mayoría de las personas usan el concepto pueblo como sinónimo de ciudadanía, de población, lo usan para señalar el conjunto de individuos que viven dentro de las fronteras de un país, de un Estado. Por ejemplo, se habla del pueblo del Perú para referirse a todos los peruanos, lo que evidentemente, científicamente hablado, es una generalización aprovechada fundamentalmente para esconder las marcadas contradicciones que existen entre las diferentes clases sociales que habitan el país. Pero para expresar esa idea, o ese pensamiento, existen términos como ciudadanos, pobladores, habitantes y otros muchos más. Y de la misma forma se confunde el concepto pueblo con nación y éste a su vez con Estado. Veamos, dentro de las categorías sociológicas, ojo, repito, dentro de las categorías sociológicas, se podría decir que, para el régimen de comunidad primitiva donde aún no habían aparecido las marcadas diferencias sociales, el uso del término pueblo o población carece de importancia porque tiene otra acepción: la de denominar el conjunto de miembros de un grupo humano asentado en tal o cual lugar; por ejemplo, en nuestro caso, los mochés, los mochicas, los limas, los icas, los nazca, los paracas, los sechín, los chavín, que al margen de si pertenecían a una misma etnia o a etnias diferentes, al margen de si eran naciones o naciones en formación, se les puede anteponer el vocablo pueblo; es decir, pueblo moche, pueblo mochica, pueblo lima, pueblo ica...

—Lo mismo que pueblo peruano —le interrumpió Sebastián sonriendo.

—Pues no, don Cachaciento, no es lo mismo que decir pueblo peruano y no sólo porque lo que ya te expliqué antes sobre las diferencias de clases en el caso del Perú actual, sino porque en el caso de los pueblos originarios inicialmente no existían fronteras que demarcaban los límites de su territorio y la acepción pueblo, en ese caso, tan sólo denomina el lugar donde fueron hallados los restos materiales dejados por esos grupos humanos y que proporcionaron la información necesaria para establecer históricamente su paso por un lugar determinado, o el lugar de su asentamiento y posterior expansión, si es que la hubo, así como sus expresiones culturales; por ejemplo, el

caso de los moches entre el valle de Chicama y Moche; el caso de los icas entre los valles de Pisco, Nazca y Chincha y así sucesivamente. Y ojo, no olvidar, dentro del desarrollo del régimen de comunidad primitiva. ¿Por qué es importante señalar esto? Porque según los estudios arqueológicos y antropológicos, se puede determinar que en un mismo espacio, en un mismo territorio, se sucedieron, en el tiempo, diferentes pobladores, diferentes pueblos, diferentes grupos sociales, que dieron origen a nuevas formas culturales heredando y desarrollando las expresiones culturales de los pueblos que anteriormente habían habitado ese territorio y que fueron parcialmente eliminados, reducidos, sometidos, sojuzgados, esclavizados, asimilados, o lo que fuere; pero, lo que queda claro es que, en esos tiempos primarios, los pueblos dominantes transferían sus elementos culturales a los pueblos dominados y, a la vez, recibían de éstos los suyos.

—Cierto —exclamó Sebastián.

—Otra cosa, y bien diferente, es que con el desarrollo de la agricultura incipiente y de la actividad productiva en general, algunos de esos pueblos, juntos o individualmente, se desarrollaron hasta conformar naciones; por ejemplo, la nación Chimú, conformada principalmente por el pueblo moche, ubicado en el hoy departamento La Libertad, y el pueblo mochica, en el hoy Lambayeque; o las otras grandes naciones como la Chavín, Lima, Ica, Chanca, Kolla e Inca. Y si vamos más allá, llegaremos a ver la conformación de Imperios como el Imperio Chavín, el Wari o el Incaico. Por otro lado, el concepto pueblo adquiere su acepción actual con la división del trabajo, con la apropiación del conocimiento y de los excedentes de la producción; en el caso de nuestra historia, con el poder alcanzado por los Sumos Sacerdotes, la divinización del Poder y la estratificación social. Así, el contenido científico del concepto pueblo tiene diferente significado en diversos países y en distintos períodos de la historia de cada país y no es otro sino aquel que designa, en el momento histórico o presente que se analice, a la parte de la población, de las capas, de las clases sociales que son la mayoría y que padecen la explotación y opresión por parte de la población, de las capas, de las clases sociales que son la minoría, que estando en el Poder, o no, se oponen al desarrollo de las fuerzas productivas, se oponen al desarrollo de lo nuevo...

Leoncio tosió varias veces para aclararse la voz, cosa que hacía con relativa frecuencia pues el tono de su voz perdía fuerza en las conversaciones largas; se acomodó sobre el pellejo después de estirar las piernas y tomó algunas hojas frescas de coca mientras Sebastián daba cuenta del último sorbo de agua que quedaba en la jarra. Masticó quedo durante un momento corto, y aprovechó el silencio para enlazar un poco más sus pensamientos; luego continuó.

—Pues bien, ahora nos queda el más complicado de los 3 conceptos que estamos tratando de analizar, el de nación. No lo sé con exactitud, pero me parece que hay una gran mayoría de personas que desde nuestro punto de vista aceptan la definición de nación como aquella comunidad humana estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y psicología, la cual está manifestada en la comunidad de cultura, y que basta con que falte uno de estos rasgos para que la nación deje de serlo. Sin embargo, estrictamente hablando, para mí, personalmente, esa definición es incompleta y amañada porque no contempla la universalidad del fenómeno; es totalmente inútil en la actualidad e inaplicable para los tiempos primeros y sobre los cuales estamos conversando. En el mejor de los casos, dentro de un determinado contexto en el proceso de desarrollo de la historia, habrá tenido un relativo y discutible sentido político, pero ningún valor teórico y mucho menos científico.

—¿Por qué? —preguntó Sebastián cambiando de posición.

—Me explico. Esa definición de nación, posiblemente no era una definición sacada debajo de la manga ni un malabarismo verbal del momento; es posible, sí. Pero respondía a una interesada meditación y a un particular estudio que pretendía reflejar, dentro del concepto nación, el nivel de desarrollo económico y social alcanzado por la humanidad con la aparición y desarrollo del capitalismo y del proletariado en una parte del mundo. Eso por un lado. Por otro lado, esa definición fue ideada para tratar de resolver algunos de los conflictos internos de su tiempo por lo que, con conocimiento de causa, sólo incluía una mínima parte de la historia de los pueblos de la antigüedad y no preveía, no podía o no quería prever, los acelerados cambios que siguieron a la creación de esa definición; mucho menos los actuales. Peor aún, y para ser sincero, yo pienso que se parte de la definición y luego se hacen algunos razonamientos para ajustar el análisis a la definición; cuando lo que se tiene que hacer es precisamente lo contrario: partiendo del análisis del proceso histórico de las sociedades hay que llegar a una síntesis que se establezca como definición ya que las definiciones deben ser el resultado de los análisis y no el punto de partida de éstos.

—Es evidente que a tanto no se podía llegar; sin embargo, se trataba de analizar un contexto determinado buscando los caminos para solucionar la tarea principal en aquella situación concreta. Fueron las necesidades concretas del momento las que dieron nacimiento a esa definición —dijo Sebastián de la manera más concisa posible.

—Según tu opinión. Pero, para salir al paso de un entuerto creado en un asunto delicado y trascendental, tanto en lo ideológico como

en lo político, uno no debe ni puede desenvainar y apelar a las manidas necesidades concretas del momento cepillándose olímpicamente la base económica y las condiciones de producción o poniéndolas al mismo nivel de cualquiera de las otras características; y no hay que olvidar que la economía política no trata de cosas, sino de relaciones entre personas y, en última instancia, entre clases.

Leoncio había levantado las manos al aire y acompañaba con ellas la cadencia de su voz arrastrando lentamente las últimas palabras. Escupió un salivazo verdoso con aire de disgusto y continuó.

—Por lo demás, un concepto, como abstracción que trata de reflejar la realidad lo más fielmente posible, no puede centrarse en la particularidad de las cosas y fenómenos en sí sino en la validez universal de su contenido; es decir, que partiendo del entendimiento de que los conceptos, sobre la base de la práctica, son producto del conocimiento como reflejo del mundo en el pensar, se entiende que el concepto destaca lo general y de ahí se va a lo particular y singular para luego otra vez recorrer el camino inverso, siendo esto precisamente lo que determina el movimiento vívido del concepto, lo que lo hace flexible, móvil, relativo y en constante desarrollo evitando que se marchite y se convierta en algo fósil...

—En otras palabras —aportó Sebastián con satisfacción—, si aceptamos que el movimiento del conocimiento humano parte siempre del conocimiento de lo particular e individual para llegar gradualmente a conocer lo universal y general y establecerlo como concepto, también hay que aceptar que lo universal está en lo particular, como lo general en lo individual, y que la aplicación concreta de una ley general nos permite comprender una realidad concreta...

—Y, a su vez, prever su futuro hasta donde ello sea factible —sugirió Leoncio echando una mirada inquisitoria e irónica sobre Sebastián—. Por lo tanto, si ésta es la forma correcta de entender el vocablo concepto, entonces me pregunto: ¿es aplicable el contenido de esa definición de nación para los tiempos iniciales que estamos tratando? Y contesto: si se toma tal definición al pie de la letra, no, no es aplicable; esa definición simplemente no ayuda, no es válida. Si amplió el radio de acción y me pregunto: ¿son aplicables el contenido y los alcances de esa definición de nación en los tiempos actuales? Diré que puedo sostener categóricamente que no. Si se toma al pie de la letra esa definición y la aplicamos a la situación concreta, en la práctica, podremos ver que no es válido emplear su contenido ni sus alcances para comprender el contenido y los alcances del concepto nación en la actualidad. Se puede decir, simplemente, que esa definición no nos es útil; que no sirve a pesar de que se afirme que la nación, como todo fenómeno histórico, se halla sujeta a la ley del cambio y que

tiene su historia, así como su comienzo y su fin. Y en ambos casos, en los tiempos primeros y en la actualidad, a pesar de las abismales diferencias, la cosa se complica más aún si el contenido y los alcances del concepto nación se ligan al tema de los derechos de soberanía, independencia y autodecisión o autodeterminación de los pueblos, de las naciones y de los Estados; y la cosa se complica todavía más si le añadimos 2 cuestiones; la primera, el problema de las etnias, dentro de las minorías nacionales, tanto en los tiempos actuales como en los tiempos de nuestros antiguos; y la segunda, el hecho de que el capitalismo mismo, y mucho más aún con la llamada globalización, destruye las barreras nacionales sustituyéndolas por los antagonismos de clase. Entonces, obligatoriamente uno se pregunta: ¿qué hacer?

Leoncio guardó silencio por un instante. Tomó una bocanada de aire, giró la cabeza casi al compás y vaivén de las pálidas sombras que se producían a la luz de la vela y, luego de inclinar su rostro, fijó la mirada en los ojos de Sebastián.

—Sinceramente, yo pienso que hay que volver a tallar el concepto de nación —dijo con una voz arropada por la emoción—, y hay que hacerlo con cuidado.

—Pero —inquirió Sebastián algo inquieto— tú mismo acabas de decir, y así lo hemos estudiado, que los conceptos se hallan sujetos a un continuo cambio, a un proceso de nacimiento y muerte; así que es posible que esa definición sí haya sido válida para interpretar un determinado momento histórico sin necesidad de abarcar lo sucedido, históricamente, valga la redundancia, en la antigüedad y dejando las puertas abiertas para, más tarde, ver cómo se desarrolla el concepto nación.

—Yo no lo creo así, Sebastián —dijo Leoncio remarcando cada una de sus palabras—, no me parece acertado fijarse, aisladamente, en un período de la historia sin tener en cuenta sus antecedentes, sin tener en cuenta el surgimiento del fenómeno social específico que trata de analizarse, sin tener en cuenta su desarrollo y devenir. Sin contemplar detenidamente el proceso histórico de la formación, del nacimiento y desarrollo de los pueblos, no llegaremos a comprender el concepto de nación y mucho menos sus perspectivas de desarrollo, transformación o desaparición en un futuro bastante lejano...

—Pero, hombre, no seas terco —le interrumpió Sebastián como quien piensa en voz alta—. En la argumentación de la definición de marra, está bien clarito que la nación no es simplemente una categoría histórica; aclara, con mucha precisión, que es una categoría histórica de una determinada época, de la época del capitalismo ascensional y con ello ya está estableciendo el punto de formación de una nación. Y, si quieres que sea más exacto, te lo cito. Dice: *El*

proceso de liquidación del feudalismo y de desarrollo del capitalismo es, al mismo tiempo, el proceso en que los hombres se constituyen en naciones...

—Y mi discrepancia —continuó Leoncio haciendo como si no hubiera escuchado lo dicho por Sebastián— radica en que esa definición afirma categóricamente que la aparición del capitalismo es el punto de partida de una nación; lo que quiere decir que antes de la aparición del capitalismo, no existía nada, pero nada, a lo que pueda haberse denominado nación...

Leoncio se levantó en silencio y para desentumecer las piernas empezó a dar algunas vueltas alrededor del palo que se levantaba henchido en medio de la estancia. A poco se detuvo y fijó la mirada en algún punto de la pared por encima de la cabeza de Sebastián, como si ahí estuvieran escritas las dudas de éste y él se esforzaba por descifrarlas con la ayuda de la tenue luz que, esparcida por la vela, pugnaba por disipar la caprichosa y persistente sombra.

—Por si no te has enterado y aún lo ignoras —dijo Leoncio sin disimular una cierta ironía—, el autor de esa definición, una década y poco después, se apresuró a decir que su punto de vista, aquel que acabas de citar y repetir como un papagayo, ya estaba superado; que aunque en su tiempo había sido justo, ya estaba superado.

—¿Cómo dices? —exclamó Sebastián con un aspecto tal que, a pesar de la penumbra, delataba sorpresa y desilusión.

—Exactamente lo que acabas de oír. Y si quieres que te facilite el título de la obra y el número de la página donde queda registrado el cambiazo del autor de esa tesis sobre nación, te puedes quedar bien sentadito pues no tengo la más mínima intención de quitarte el gusto de que lo descubras por tu propia cuenta. ¿Y sabes qué? —continuó Leoncio mientras levantaba una mano como señal para pedirle a Sebastián que no le impida continuar hablando—. ¿Sabes cuál fue el argumento básico de nuestro campeón para justificar su cambio de parecer? ¡Seguro que ya lo adivinas! Apelaba, nada más y nada menos, al cambio de condiciones y circunstancias históricas y políticas, así de simple y ejemplar para sus incondicionales ayayeros; una vez más las tan manoseadas *necesidades concretas del momento*. Y de pasada te aclaro que no tengo nada en contra de aquella frase que evidentemente expresa una realidad inevitable y a prueba de dudas; simplemente sucede que me da repugnancia el hecho de que algunos conocidos personajes prostituyen esa frase con el protervo objetivo de justificar sus inconsistencias ideológicas y sus debilidades políticas al tiempo que pretender hacer pasar como justas y correctas sus más despreciables felonías.

En ese instante el ambiente se tornó nada festivo. Se diría que

con el develamiento hecho por Leoncio había enturbiado un tanto la conversación.

Había sacado a luz lo que otros llamarían el As bajo la manga.

Tenía pensado reservarse la información hasta el final de la sustentación de sus ideas, por si Sebastián lo había olvidado o por si no la conocía.

Un As, sí, Leoncio conocía sus consecuencias, y bien. Muchas veces había sido testigo presencial al observar a quienes lo usaban como artimaña para desbaratar los argumentos de los llamados ratones de biblioteca que siempre se pavoneaban de tener conocimientos profundos y que cuando se veían entre las cuerdas o con la espalda contra la pared hacían la estúpida pregunta de ¿quién lo dice? o ¿dónde está escrito?

Para no empobrecer la reflexión, cambió de parecer y soltó la guadaña antes de empezar con la explicación de fondo. Era mejor.

Ambos se sentían hermanados y enlazados por ideas llenas de promesas y buenos augurios; por ideales que coloreaban el horizonte con pinceladas claras, definidas, vívidas y optimistas.

A ninguno de los dos se le habría ocurrido la peregrina idea de enzarzarse en un duelo verbal por algo que estaban estudiando y sobre lo cual aún tenían mucho que aprender.

Y sin embargo, se podía percibir un hálito de tensión ante posibles desavenencias.

Desde afuera les llegaba el frío en oleadas y de cuando en cuando los estremecía, creían estar acostumbrados. También a discutir.

—Bien —continuó Leoncio después de sentarse y advertir a Sebastián que podría llegar a aburrirse si la explicación del fundamento de sus conclusiones se extendía en demasía y le pidió que, de ser así, se lo hiciera saber para suprimir detalles o cortar el rollo—. Veamos, la definición de nación que tratamos de dilucidar arranca por establecer que se trata de una determinada comunidad humana estable donde no interesa la raza ni la tribu a la que sus miembros pertenecen, y de antemano le fija el adjetivo *estable*, es decir, firme, constante y permanente, que es lo que expresa el vocablo estable, como condición final pero no única ya que tal o cual comunidad estable de hombres ha de haberse formado y surgido históricamente, además, sobre la base de una comunidad de idioma, territorio, vida económica y cultural. Entonces, veamos esa definición por partes. Pero, ojo, retén en la memoria que del saque nos aclara que no importa para nada la cuestión de raza, tribu, etnia ni nada parecido. Cuestión que para mí, dentro del proceso evolutivo de una nación, sí que tiene importancia y ya te diré por qué.

Ambos se reacomodaron sobre sus pellejos, flexionaron las pier-

nas varias veces y se cubrieron con los ponchos lo mejor que pudieron.

—Para validar —reinició Leoncio— la no importancia de las razas, tribus y etnias que jugaron un papel en la construcción de las naciones se argumenta, por ejemplo, que la nación francesa fue formada por bretones, romanos, germanos, galos y otras tribus más; que la nación italiana fue constituida por árabes, etruscos, romanos, griegos y germanos, entre otros; y el mismo patrón se puede ver, según el autor de la definición en cuestión, en la formación de la nación inglesa, de la alemana y de otras tantas naciones formadas históricamente por una gran variedad de tribus. Es decir, para tal definición, no tiene importancia alguna qué ni cuáles razas, tribus o etnias formaron tal o cual nación sino el que ésta se haya formado históricamente; o sea, el cómo sin prestar particular interés, reitero, a cuáles etnias participaron en la constitución de tal o cual nación y menos aún si algunas de ellas aún perviven, como tal o evolucionada, dentro de ésta.

—¿Razas? —inquirió Sebastián utilizando un tono de voz bastante neutro.

—Lo de raza lo dejamos de lado pues ha muerto de muerte natural y se queda en la biología o por algunos otros rincones —respondió Leoncio sonriendo ante la silente complicidad de Sebastián—. Bien, a modo de contrapartida y para reafirmar que la nación es una comunidad estable de hombres históricamente formada, se afirma que los grandes Estados de Ciro o de Alejandro no podían ser llamados naciones aunque se habían formado en el transcurso de la historia y habían sido integrados por diversas razas y tribus.

—Y dale con la raza, ¿no era que se había muerto?

—En este caso, yo sólo estoy repitiendo.

—Ajá, otro papagayo que ingresa a nuestro zoológico universal —apuntó Sebastián con ironía.

—Ya, don Picapedrero, aguanta tu carretilla que ya entendí —replicó Leoncio mientras ambos reían y se moldeaba una ligera distensión—. Pero déjame seguir, compadre. El autor sostiene que los Estados de Ciro y Alejandro no eran naciones; afirma que eran conglomerados de grupos, accidentales y mal vinculados, que se disgregaban o se unían según los éxitos o derrotas de tal o cual conquistador. El autor usa esos ejemplos para reforzar la implicancia, la particularidad e importancia que se le da al vocablo estable y de pasada introduce el concepto Estado, no olvidar este detalle. ¿Por qué? Porque si nos limitamos al pedazo de texto que acabas de citar, nos quedamos a medio camino de la idea principal, y que a mi modesto entender es la clave para oler el sancochado en que cae o que a propósito fabrica nuestro paladín. A tu pedacito de cita, esa parte

que dice que el desarrollo del capitalismo es el proceso en que los hombres se constituyen en naciones, le sigue la afirmación de que, presta atención, allí, o sea en Europa Occidental, la formación de naciones significaba su transformación en *Estados nacionales independientes* y lo remarca afirmando que las naciones inglesa, francesa, etcétera, son, al mismo tiempo, los Estados inglés, francés, etcétera. Esto es lo importante y hay que destacarlo, dice: la transformación de naciones en Estados nacionales independientes. No olvidar. Bien, luego menciona que, en la Europa Oriental, las cosas ocurren de un modo algo distinto y lo sustenta expresando que mientras en el Oeste las naciones se desarrollan en Estados, en el Este se forman *Estados multinacionales*, Estados integrados por varias nacionalidades. Ojo, establece una diferencia entre los Estados del Oeste y los del Este; se supone que se refiere a las naciones transformadas en Estados nacionales independientes, y a los Estados multinacionales. Pues bien, todo esto está argumentado con algunos ejemplos concretos para reforzar su tesis y reiterar, categórico, que este modo peculiar de formación de Estados, en el Este, sólo podía tener lugar en las condiciones de un feudalismo todavía sin liquidar, en las condiciones de un capitalismo débilmente desarrollado, en que las nacionalidades relegadas a segundo plano no habían conseguido aún consolidarse económicamente como naciones integrales. ¿Me sigues?

—Hasta ahora no dices nada nuevo, seguimos en la cita —respondió Sebastián sacando las manos debajo del poncho y levantándolas en ademán de atrapar algo que cae del techo.

—Espera, pues —replicó Leoncio dándole un empujón con el hombro—. Y no alborotes que ya llegamos a la última etapa antes del principio. El autor sigue con su impronta y dice que *el capitalismo* comienza a desarrollarse también en los Estados del Este. Que allí se desarrollan el comercio y las vías de comunicación, que surgen las grandes ciudades, etcétera, etcétera y concluye que también en el Este las naciones se consolidan económicamente. Y que, irrumpiendo en la vida apacible de las *nacionalidades postergadas*, el capitalismo las hace agitarse y las pone en movimiento. Otro ojo, introduce otra idea, la de nacionalidades postergadas. Y aquí otro detalle, dice que el desarrollo de la prensa y el teatro contribuyen a reforzar los *sentimientos nacionales*, eso de sentimientos nacionales lo pone entre comillas y continúa afirmando que los intelectuales que surgen en las nacionalidades postergadas se penetran de la *idea nacional*, también entre comillas, y actúan en la misma dirección.

—¿En qué dirección? —inquirió Sebastián simulando falta de entendimiento.

—¿Cómo que en qué dirección? —respondió Leoncio sin darse

cuenta de la treta—. Pues en aquella dirección de agitación y movimiento a la que *el capitalismo* empuja a las nacionalidades postergadas dentro de las naciones económicamente consolidadas, siguiendo el paso, el ritmo, el son y la música de las naciones transformadas en Estados nacionales independientes...

—¿No te da la impresión —interrumpió Sebastián— que en un horizonte difuso se mezclan nación y Estado?

—¿Cómo? ¿Recién te llega el olor del sancochado?

—Es que hoy sopla un ventarrón desde el Norte y no se sabe si el viento del Este prevalecerá sobre el viento del Oeste, o si el viento del Oeste prevalecerá sobre el viento del Este...

—¡Si no serás jodido! Bien —continuó Leoncio haciendo como si no hubiera entendido—, pero la cosa no queda ahí; el autor dice que las naciones postergadas que despiertan a una vida propia, ya no se constituyen en Estados nacionales independientes porque tropiezan con la poderosísima resistencia que les oponen las capas dirigentes de las naciones dominantes, las cuales se hallan desde hace largo tiempo a la cabeza del Estado. Y sentencia: ¡Han llegado tarde! Así las cosas, sigue con su análisis sobre el llamado movimiento nacional y concluye que bajo el capitalismo ascensional, *la lucha nacional es una lucha entre las clases burguesas*; y que en su esencia, esta lucha sigue siendo siempre una lucha burguesa, conveniente y grata principalmente para la burguesía. Añade que los destinos del movimiento nacional, que, repite, es en sustancia un movimiento burgués, están naturalmente vinculados a los destinos de la burguesía; es decir, que la caída definitiva del movimiento nacional sólo es posible con la caída de la burguesía y que el proletariado debe luchar contra la política de opresión de las nacionalidades proclamando el derecho de las naciones a la autodeterminación como punto indispensable para resolver la cuestión nacional. ¡Tremenda huevada para los tiempos actuales! No se trata de una simple autodeterminación. Dado que la cuestión nacional es un problema de la lucha de clases, su solución exige barrer tanto la opresión imperialista, la externa, como la de sus representantes en nuestro suelo, la interna y no se limita exclusivamente a lo externo, a la opresión imperialista. Y, por lo demás, en nuestro caso, la cuestión nacional, dada la peculiar forma de desarrollo capitalista que se da aquí, no sólo está estrechamente ligada al problema de la tierra sino que se basa en ella; por lo tanto, son 2 problemas, el nacional y el de la tierra, que no pueden ser separados de ningún modo; y sin la solución de ambos no se puede transformar la sociedad. Y de no ser así, lo que se promueve es ponerse a la cola de alguno de los sectores de la gran burguesía. Por otro lado, el autor de la definición especifica que, para las naciones que prefieran permanecer dentro

del marco de un Estado multinacional, la solución no es una autonomía nacional sino una autonomía regional y que ésta no agrupa a los hombres por naciones sino que agrupa a una población determinada en un territorio determinado; regiones donde no hay homogeneidad nacional completa pues hay enclavadas minorías nacionales; a fin de cuentas, regiones en las que se rompen las barreras nacionales y se da paso al deslindamiento por clases. Finalmente, se propone articular a las minorías nacionales en una unión nacional basada en la igualdad nacional de derechos, de las minorías nacionales se entiende, en todas sus formas. Punto y cierre de repeticiones papagayas.

—En este último punto —interrumpió Sebastián—, nosotros planteamos más o menos lo mismo.

—En este último punto —remarcó Leoncio—, nosotros planteábamos más o menos lo mismo porque hay algunos que nunca analizan nada, simplemente siguen el viento sin tener en cuenta las especificaciones. En nuestro caso no se promueve el separatismo ni se parte del enunciado del autor que ofrece una inespecífica *autonomía* regional para las naciones que *prefieran* permanecer dentro del marco de un Estado multinacional. No, nada de eso. En nuestro caso se trata de establecer una sola República, una República unida, una República popular que una a todas las naciones y minorías nacionales dentro del irrestricto cumplimiento de igualdad de derechos y libertades dentro de un régimen unitario y, a la vez, estratégicamente descentralizado en regiones autónomas donde se aplique un *plan central único* dado que, dentro de la unidad, la autonomía implica el desarrollo de características comunes. Ése es el principio de la territorialidad y su forma orgánica, la región.

—¡Ajá! —fue el comentario conciso de Sebastián.

—Ahora bien, hechas estas primeras necesarias aclaraciones sobre la parte que define nación como una comunidad humana históricamente formada y estable, continuemos con las otras 4 grandes especificaciones y sus particularidades. Veamos. El idioma, o la comunidad de idioma, y con ello, de pasada, una de las características que, según la definición, marca la diferencia entre nación y Estado; conceptos que, como ya dije antes, equivocadamente se usan y aplican como si fueran sinónimos. La definición de nación que estoy tratando de recordarte ampliamente, a pesar de que hace tiempo ya la discutimos a profundidad, conlleva, en relación al idioma, la especificación de que para un Estado, aunque esté conformado por una comunidad estable de hombres, no es obligatoria la existencia de un idioma común pero sí lo es para que exista una nación. En la sustentación de esta parte de la definición se afirma que una nación tiene necesariamente un idioma común y que no hay nación que hable a

la vez diversos idiomas, lo que para mí, históricamente hablando, no es dialéctico; pero, añade, ello no quiere decir que diversas naciones hablen el mismo idioma sin llegar a constituir una sola nación. Como ejemplo se menciona, entre otros, el caso de los estadounidenses, ingleses e irlandeses o el de los daneses y noruegos; y nosotros podríamos añadir a los portugueses y brasileños y a los españoles con su español y las naciones que pueblan la mayoría de países de Centroamérica y Sudamérica, que hablan castellano. ¿Y por qué las naciones que hablan un mismo idioma no llegan a constituir una sola nación? Porque, según la definición, estas naciones que hablan un mismo idioma no viven conjuntamente sino en distintos territorios como el caso de los ingleses y los estadounidenses, que hablan el mismo idioma pero habitan distintos territorios...

—Pero en Sudamérica no sólo hablamos oficialmente un mismo idioma, aparte de Brasil, Surinam y las Guayanas, sino que compartimos un mismo territorio, casi todo un continente.

—Así es, mi estimado Sebastián, pero esta parte de la definición está condicionada por la existencia de un territorio común dentro del cual los hombres hayan convivido y desarrollado prolongadas y duraderas relaciones regulares a lo largo de muchísimas generaciones, aunque no se especifica cuántas generaciones, pues sólo dice de generación en generación y se pone como ejemplo el hecho de que los ingleses que emigraron hacia Norteamérica, a lo largo del tiempo, en un nuevo territorio, formaron una nueva nación; es decir, la estadounidense y con ello se afirma que la diversidad de territorios habría conducido a la diversidad de naciones. Como contrapartida y para querer demostrar lo mismo desde el lado opuesto, se da otro ejemplo: el caso de los judíos, quienes no podrían ser considerados como nación no sólo por no tener un idioma único sino por no poseer un territorio delimitado en 1913, el año en que esa definición sale a la luz...

—Sí, claro —replicó Sebastián—, la peculiaridad del desarrollo histórico de ingleses y estadounidenses se entiende; pero, en nuestro caso, la llamada diversidad de territorios se circunscribe a la formación y corrimiento de fronteras sobre un mismo territorio; y, si vemos el derrotero histórico del Imperio Incaico, de la Conquista y de la Independencia, constataremos que la mayoría de países en América Latina tienen, además del territorio, una historia común y con los mismos idiomas, el quechua y el castellano, a pesar de sus múltiples variaciones. Y en el caso de los judíos, ahora tienen el Estado de Israel...

—Así es, ambas cosas son ciertas. Pero si miras el Estado de Israel con los ojos de la definición, podrías ver un país que, a pesar de

contar con un territorio, aunque parte de sus fronteras aún no son claras ni precisas, carece de una nación pues sus habitantes proceden de diferentes partes del mundo y si en ellos queda algo de común, sería la religión, el mismo origen y algunos vestigios del carácter nacional teñido de ritos religiosos fosilizados y vetustos vestigios psicológicos que paulatinamente fueron cediendo ante los golpes del medio circundante en sus lugares de procedencia, según la definición de nación que estamos tratando, claro está.

—¡Lo que es una tontería mayor si la comparamos con la historia universal y con el derrotero seguido por nuestros pueblos y naciones hasta la actualidad!

—¡Exacto! Para mí —afirmó Leoncio—, ese país, a pesar de todas sus plagas, está conformado por sucesivas oleadas de retorno de la diáspora; el retorno de una nación en el exilio que nunca dejó desfallecer ni su ideal ni su meta. Pero eso es harina de otro costal, así como la actual situación de los palestinos, de los curdos, de los armenios y de los libaneses, entre otros, y que tal vez podríamos recapitular en otro momento.

—No estaría demás —dijo Sebastián.

—Cierto, pero ahora vamos de regreso a lo nuestro y la definición de nación. Ya tenemos lo referido al idioma y al territorio. Ahora veamos lo referente a la comunidad de vida económica. En este punto se habla de un vínculo económico, dentro del territorio habitado por una comunidad de hombres estable e históricamente formada, que une, en un todo único, las diversas partes de la nación; y se ponen 2 ejemplos, el primero se relaciona al caso de los ingleses y estadounidenses que ya mencioné y se afirma que, como entre ambos no hay un vínculo económico unificador, entonces no forman una nación sino 2 naciones distintas. Se habla de un vínculo económico unificador, pero no se dice unificador de qué ni para qué ni mucho menos por y para quién o quiénes. Siguiendo con el ejemplo de los ingleses y estadounidenses, el autor de la definición dice que estos últimos no merecerían el nombre de nación si los diversos confines de Estados Unidos no estuviesen ligados entre sí en una unidad económica gracias a la división del trabajo establecida entre ellos y al desarrollo de las vías de comunicación; además, al final de la frase, mete un etcétera que podría abarcar cualquier otra cosa que define o caracteriza un país según su acepción jurídico-política o, en el mejor de los casos, a un Estado nación según lo especificado en el tratado de Westfalia de 1648, en el que se da inicio a un nuevo orden basado en el concepto de soberanía nacional. Bien, el segundo ejemplo está relacionado a la historia de Georgia y sus principados hasta antes de la segunda mitad del Siglo XIX. Estos principados, se dice, no tenían ninguna vida

económica común y se la pasaron siglos guerreando entre sí hasta la caída del régimen de servidumbre y el desarrollo de la vida económica del país con el nacimiento del capitalismo, el desarrollo de las vías de comunicación y la división del trabajo entre las distintas regiones, lo que rompe el aislamiento económico de los principados y los une en un todo ligado económicamente...

—Lo que nos explicita, una vez más, que el concepto nación surge con el capitalismo...

—Según esa definición —replicó enfático Leoncio—. Pero, ¿es eso cierto? A mi entender, no. La nación irrumpe en la historia mucho antes que el capitalismo. Y no sólo eso, si vamos un poquito más allá del nebuloso horizonte de la definición y juntamos todo aquello de vida económica común, división del trabajo, desarrollo de vías de comunicación y ruptura del aislamiento económico, entonces la pregunta que surge con el alba sería: ¿hasta qué punto la llamada globalización confirma o niega esa suposición?

—La globalización confirmaría el nacimiento de la nación global —dijo Sebastián reprimiendo a duras penas una carcajada.

—¡Seguro! Y del barrio virtual, también —respondió Leoncio reforzando la burla de Sebastián—. Pero sigamos. La siguiente característica de esa definición de nación es la comunidad de psicología o el carácter nacional que el autor pone entre comillas; lo que tarde o temprano nos llevará a ver el nacionalismo y, otra vez, la cuestión nacional. La definición de marras afirma que las naciones no sólo se distinguen unas de otras por sus particulares condiciones de vida sino también por la fisonomía espiritual expresada en las particularidades de la cultura nacional que va cambiando según cambian las condiciones de existencia. Esto no es difícil de entender si recordamos lo que hemos visto sobre el concepto cultura. Pues bien, hasta aquí la argumentación sobre todos los rasgos distintivos de la definición: Nación es una comunidad humana estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura; sólo la presencia conjunta de todos estos rasgos distintivos forma la nación y basta con que falte uno de ellos para que la nación deje de serlo...

Leoncio parecía sosegado y sonrió cuando Sebastián le dijo que frenara la catarsis, que iba a ver si llueve.

Afuera fulguraba la luna creando largas sombras sinuosas y volubles que se evadían de la oscuridad. Mientras Sebastián hacía aguas, aspiró a fondo un poco de la tierna y apacible noche.

Regresó. Pidió a Leoncio que continuara, después de haber reemplazado la agónica vela. Se acomodó sobre el pellejo y bajo el

poncho.

—Bien, sigamos —dijo Leoncio—. A modo de reflexión y dando un gran salto en el proceso de evolución del hombre, recordemos algunas cosas que vimos sobre la historia universal. Los valles regados por los Ríos Tigris y Éufrates formaban una región extremadamente fértil y propensa para la agricultura lo que facilitó el desarrollo de lo que con el tiempo llegaría a denominarse Mesopotamia. El Nilo en África y el Indo en el subcontinente hindú hicieron otro tanto para el establecimiento de grupos humanos ligados a la tierra; los desbordes de estos ríos inundaban grandes zonas donde depositaban sedimentos fértiles que permitieron la aparición y el desarrollo de la agricultura y de la ganadería así como el posterior surgimiento y desarrollo del urbanismo en torno a los ríos y a lo largo y ancho de sus valles, dando lugar al desarrollo de pequeñas y grandes civilizaciones. Con el tiempo, un grave problema colateral fue, es y seguirá siendo que con el desarrollo del bienestar, o de la pobreza según el momento histórico, aumentaba la población y con ello crecían las ciudades; y cuando estos y otros ríos se desbordaban, acarreaban tremendas desgracias puesto que las riadas se llevaban de encuentro casas, sembríos, ganado y miles de vidas humanas, además de inducir desplazamientos masivos de población, fenómeno que se repite obstinadamente con cierta regularidad...

—Aunque en el caso del Nilo —acotó Sebastián—, por el momento, el desborde de sus aguas está bajo control gracias a la construcción de inmensas represas a lo largo de su recorrido, lo que a su vez, lamentablemente, es perjudicial porque ocasiona una gran caída en la productividad de la tierra.

—Indiscutible —aceptó Leoncio—. Bien, sigo. En Mesopotamia, que estuvo ubicada dentro de las actuales tierras de Iraq entre los Ríos Tigris y Éufrates, la agricultura y la ganadería se impusieron sobre la recolección, la caza y el pastoreo nómada y primitivo entre los años 6000 y 5000 antes de nuestra era. Sobre ese territorio, con el desarrollo de las técnicas de producción, se desarrollaron las ciudades y 2,000 años después crearon la escritura cuneiforme adelantándose en varios decenios a los jeroglíficos egipcios; también inventaron la rueda y el torno alfarero; la aritmética, la geometría y el álgebra; concebían un sistema solar con 5 planetas visibles; inventaron el reloj de 12 horas, 60 minutos y 60 segundos y el calendario de 12 meses, que se usa hasta hoy. Las ciudades progresaron enormemente tras los avances en el uso de la arcilla y el mejoramiento de las técnicas de fabricación de objetos de cerámica y, en especial, con el uso y desarrollo de las técnicas de regadío. A lo largo y ancho del territorio se formaron un conjunto de ciudades Estado independientes que eran

grandes centros mercantiles con grandes templos; templos que eran pirámides escalonadas para observar los astros y hogar del dios de la ciudad. Más adelante, estas pirámides inspirarían la leyenda de la Torre de Babel. En estas ciudades Estado se desarrolló una religión politeísta, dándose a la vez un detalle muy interesante: el que los lazos de religión empezaron a sustituir los lazos de parentesco como base de la sociedad. Todas estas ciudades estaban gobernadas por aquel a quien se llamaba el señor de la ciudad y que era responsable del culto, de la economía, de la administración y demás cosas; cargo que con el tiempo sería ocupado por sacerdotes y más adelante por reyes sacerdotes. Hay expansión, se desarrolla el comercio y aparecen las ciudades amuralladas...

—Con lo cual —agregó Sebastián— se puede suponer que las guerras entre ellas fueron frecuentes, de lo contrario no hubieran tenido necesidad de construir esas grandes y milenarias murallas de protección.

—Se arguye —continuó Leoncio después de mover afirmativamente la cabeza—, que los primeros habitantes de Mesopotamia fueron los sumerios. Se lo afirma así a secas; y, como siempre, esa tonta afirmación generó discusión entre los especialistas que sostienen que los sumerios fueron consecuencia de una evolución in situ de la población de Uruk, ciudad que con los sumerios llegó a ser la primera ciudad Estado, y aquellos especialistas que aseveran que los sumerios vinieron de afuera o que son descendientes de tribus extranjeras. Sea como fuere, por un lado, se puede demostrar que, dentro de la cadena evolutiva, de una o de otra manera, la población original de Uruk, antes de la aparición de los sumerios como tales en escena, tuvieron que haber venido de afuera, de algún otro sitio, puesto que no cayeron del cielo ni nadie los puso ahí como si fueran piezas de un inmenso tablero de ajedrez; por otro lado, antes de que los llamados sumerios se forjen a sí mismos como pueblo y luego como nación, en toda la parte sur de Mesopotamia ya existían asentamientos humanos que habían pasado de ser tribus nómadas a ser tribus sedentarias desde hacía varios miles de años. Fue al interior de esas ciudades primitivas donde lentamente se produjeron cambios en las estructuras sociales a causa del crecimiento de la población y con la diferenciación en cuanto a su participación y especialización en la producción; y los sumerios, precisamente, no son otra cosa más que un producto social de ese desarrollo urbano. Ojo, del desarrollo urbano a lo largo de más de 3,000 años dividido por los especialistas en por lo menos 4 ó 5 períodos, si mal no recuerdo.

—Dicho sea de pasada —volvió a intervenir Sebastián—, el nombre sumerio les es endilgado por los semitas acadios ya que los lla-

mados sumerios se llamaban a sí mismos sag-giga, que se traduce como pueblo de cabezas negras...

—Cierto. Y si se toma en cuenta las características de la lengua sumeria, para dilucidar cómo se desarrollaron o de dónde procedían los sumerios, se puede ver que hay una continuidad evolutiva de varios milenios. Pero al diablo con esas discusiones bizantinas, el hecho es que la antigua Mesopotamia abarca desde la prehistoria hasta su caída a manos de los persas, pasando por un montón de Reinos e Imperios como, para citar sólo algunos, el Sumerio, el Acadio, el Babilónico en todas sus variantes, el Asirio, el Caldeo, etcétera; un territorio que muestra un desarrollo como unidad histórica a lo largo de varios miles de años; una zona en la que, con el establecimiento de la agricultura y la ganadería unos 6,000 años antes de nuestra era, se dio un gran salto en el desarrollo de nuevas técnicas de producción, lo que a su vez trajo el desarrollo de ciudades y con ellas la llegada de la civilización y de ahí es que se considera a los sumerios como la primera y más antigua de las civilizaciones hasta hoy conocidas; lo que viene después es un espectacular desarrollo jalonado por una organización social jerarquizada y diferenciada donde las revueltas internas y las agresiones externas son una constante. Los límites de las ciudades primero y luego de los Reinos e Imperios se expanden y contraen al son de las guerras; caen unos para levantar cabeza otra vez siglos después, otros caerán para quedarse en el llano y otros serán borrados del mapa y de la historia; los unos impondrán al vencido su idioma, sus valores, sus dioses, sus usos y costumbres; los otros se asentarán definitivamente en el territorio del vencido identificándose con las costumbres, las supersticiones, el idioma, la vida y las creencias del pueblo que gobernaban; y a pesar de tantas idas y venidas, se puede establecer con meridiana claridad que todo eso es un proceso que representa miles de años de continuidad, de unidad histórica. Punto. Vistas así las cosas, ¿a quién diablos le interesa si los sumerios fueron los primeros habitantes de Mesopotamia o no?

—La historia y el conocimiento no pueden ser tan estrechos ni mezquinos como para limitarse a disputas que se circunscriben a derechos de autor o paternidad y dejan de lado la continuidad y el curso del movimiento histórico —agregó Sebastián.

—Así es. Y ya que mencioné a los asirios, vamos un poquito más atrás. Sin quitarle importancia a todo lo anteriormente sucedido, viajemos históricamente a un tiempo ubicado alrededor de 11,000 años antes de nuestra era o un poquito más atrás. Bien, llegamos y nos ubicamos sobre un pequeño espacio establecido en torno a los actuales territorios de Jordania, Israel, Líbano, Siria y los territorios palestinos. Tomemos como referencia inicial que allí se desarrolla la tribu

natufiense y que se expande por toda la zona, desde el Éufrates hasta el hoy conocido Egipto, para dar inicio a los primeros establecimientos sedentarios y la domesticación del perro, por ejemplo. Se les da el nombre de natufiense en base al descubrimiento del yacimiento de Uadi-en-Natuf situado en el actual Israel y que serían los antecesores tanto de quienes derrotaron y destronaron a los sumerios como de aquellos que derrotaron a éstos; es decir, la tribu natufiense fue la antecesora de los acadios y de quienes a ellos derrotaron. Por esos tiempos, las tribus semitas, que eran nómadas, se extendieron por toda la zona dando origen a diferentes grupos como los israelitas, los arameos, los amorreos y los fenicios, entre otros muchos. Pues bien, ahora demos un salto para adelante. ¿Qué otros detalles importantes se pueden mencionar? El que los pueblos sumerios, como ya te dije, se organizaron en ciudades Estados y poco a poco comenzaron a organizarse en unidades políticas mayores hasta formar una multiplicidad de reinos; conquistaron otros pueblos e integraron a su panteón a los dioses particulares de los pueblos conquistados con lo que cada vez se hacían más politeístas...

—Pero también guerreaban entre ellos por motivos de tierras, agua e impuestos, por el control de las rutas de comercio y por la hegemonía económica dentro de las mismas ciudades entre el Palacio y el Templo —dijo Sebastián queriendo redondear la idea.

—Sí, y eso se convertiría en una constante. Bien, hacia el año 3000 antes de nuestra era, que es más o menos el tiempo en que se ubica el teatro de operaciones al que hemos saltado, la tribu semita más importante era la de los acadios, que provenían del desierto al sur de la actual Siria, y que bajando por la cuenca del Éufrates llegaron a tierra de los sumerios, donde se establecieron para luego hacerse con el Poder en la ciudad de Kish donde fundaron la nueva capital bajo el nombre de Agadé y a partir de ahí emprendieron una guerra de conquista llegando no sólo a tomar y posesionarse de todas las ciudades sumerias y de toda Mesopotamia sino que siguieron sin parar, pasando por Jerusalén, hasta lo que hoy se conoce como Siria para de allí seguir hasta el Asia Menor. Así las cosas, en Mesopotamia, hacia el año 2350 antes de nuestra era, con los semitas acadios apareció el primer gran Imperio de la historia, que abarcó desde el actual Golfo Pérsico hasta las costas del Mediterráneo. Mas este primer Imperio será desbaratado 150 años después; había crecido tanto que ya no podían gobernar ni organizar el abastecimiento de todo lo necesario a la población en las ciudades conquistadas. A esa crisis general hay que sumarle las constantes intrigas palaciegas, que desataron disputas por las rutas de comercio entre los diferentes grupos de poder, tanto en el centro mismo como entre los Gobiernos

de las colonias...

—Es decir, un zafarrancho de todos contra todos —resumió Sebastián.

—Sí, un zafarrancho —repitió Leoncio—. Bien, dentro de este desolador panorama, destaquemos las constantes revueltas internas y las invasiones de otros pueblos nómadas, como la de los amorreos y en especial la de los gutis, que tenían influencia semita. A fin de cuentas, los gutis primero se impusieron sobre las ciudades Estado de la región principal, es decir, en torno a la capital Agadé, que fue arrasada hasta no dejar memoria de su ubicación; luego cortaron las redes de transporte y comunicación y sembraron pánico con el fin de no permitir que los semitas acadios y sumerios se reorganizaran; y, posteriormente, tomaron el control total de las ciudades Estado y desmantelaron el Imperio Acadio.

—También —dijo Sebastián arrastrando las sílabas como si escarbaba en un recuerdo—, habíamos visto que los gutis se habían integrado rápidamente a la cultura sumeria; y que algunos dicen que los gutis son los ancestros de los curdos.

—Lo leímos, sí. Y es importante que lo menciones y que lo tengamos en cuenta pues tiene mucho que ver con toda esa vaina de territorio, idioma, cultura, psicología y qué sé yo. Bien, el asunto es que los gutis se impusieron en Mesopotamia durante más o menos un siglo hasta su caída tras la resurrección política de los sumerios en Ur que, aunque no terminaron de reorganizarse en medio del caos reinante en la zona, lograron desplazar a los gutis. Cabe destacar que el Imperio Acadio había dejado una profunda huella en la mentalidad mesopotámica ya que durante los siglos posteriores los diferentes grandes nuevos imperios lo usarán como modelo y seguirán sus pasos. Bien, luego de la caída de los acadios, de los gutis y del intento de levantar cabeza de los sumerios, se instalaron los amorreos, que también eran semitas de Canaán. Poco más de 100 años después, estas tribus fueron expulsadas dando paso a un largo período de renacimiento de las ciudades Estado sumerias con los casitas y la Tercera Dinastía de Ur. Con ellos se establece una dinastía hereditaria y se separan el poder civil y el poder militar; pero dentro de los 2, o detrás de los 2 poderes, el poder religioso seguía dominando; se centralizó la administración y se desarrolló una importante burocracia con funcionarios especializados; se creó un sistema de medidas estándar y se ideó un nuevo calendario; se dividió el territorio en regiones a cargo de 2 gobernadores, uno militar y otro civil; los esclavos de guerra, en gran parte, asumían el papel de los artesanos; se creó el primer código de leyes que establecía derechos legales del ciudadano y diferenciaba a los hombres libres de los esclavos; se creó restricciones

y se reafirmó una nueva división según el status económico de cada individuo. A fin de cuentas, todo esto y un montón de cosas más hacen que se superen todas las épocas anteriores con la creación de un Imperio mucho más extenso que el de los acadios...

—Pero... —pensó Sebastián en voz alta.

—Pero hay un problema. No sólo se centraliza la administración sino también la economía, lo que a la postre provoca la caída de este nuevo Imperio; la división del territorio en regiones no evitó la centralización administrativa ni mucho menos la económica. Como la producción agrícola estaba controlada por el Estado, que se reservaba una parte importante de las cosechas para el mantenimiento de los templos, los agricultores sufrían una gran presión que, después de un largo período de relativa calma, desencadenó un gran descontento; y entre idas y venidas y golpes aquí y allá, 100 años después, regresaron los semitas amorreos que, aprovechándose de la situación, poco a poco volvieron a conquistar todas las tierras de Mesopotamia y con ello fue liquidado definitivamente el mundo de los sumerios, como nación, pero, y esto no debemos olvidar, hay que destacar que, al igual que la de los acadios pero a nivel superior, la influencia de los sumerios de la Tercera Dinastía de Ur fue tal, que los pueblos, las naciones, los reinos y los imperios posteriores que se asentaron en sus territorios terminaron adoptando su cultura. Un especial asunto a destacar con gran énfasis es que la lengua sumeria primaria había desaparecido; que la lengua acadia evolucionó para formar la lengua babilónica y que los acadios tradujeron la lengua sumeria a su lengua ya que ambas utilizaban la escritura cuneiforme...

—Por lo tanto —dijo Sebastián mientras espantaba un bicho que revoloteaba cerca de su nariz—, la cultura creada por los sumerios les sobrevivió en la medida en que se convirtió en prototipo o modelo para los imperios que le siguieron, sobre todo por los babilonios y asirios. Y fueron para Mesopotamia como los griegos y romanos para los europeos.

—Exactamente. Y para mí es una parte interesante de la historia porque, entre otras cosas, se puede ver con toda nitidez que la sociedad sumeria y quienes adoptaron su cultura dependían de la concepción religiosa que tenían del mundo. Aquí un ingrediente más para tomar en cuenta, la religión.

—A ver cómo la empalmas —dijo Sebastián mostrando mucho interés y a la expectativa.

—Presta atención —replicó Leoncio algo sorprendido por el desafío—. Los primeros sumerios, los de los inicios, a causa de las grandes catástrofes naturales como sequías e inundaciones, creyeron darse cuenta de que no eran el centro del Universo sino que estaban hechos

para servir a sus dioses, para que éstos sean benévolos con ellos. De ahí que se puede entender el gran poder, la influencia y el dominio de los sacerdotes sobre el pueblo llano. Más adelante, las tierras del Templo eran las tierras de los dioses y por lo tanto el Templo se apropiaba de las tierras que mejores cosechas daban; junto a ello, tenían los más grandes y ricos almacenes para acopiar todas las donaciones, voluntarias o no, del pueblo. Gracias a la gran centralización administrativa y económica, el clero y el Templo, por el control que ejercían sobre el Estado, de hecho se convertían en una unidad económica autónoma que organizaba y manejaba sus propias tierras, el comercio y su burocracia sin tener que dar cuenta de ello a nadie. Y si a ello le sumamos el hecho de que, por lo general, el que gobernaba la ciudad, al que llamaban el señor de la ciudad, era un sacerdote supremo que regía directamente, o era el que determinaba las decisiones del monarca cuando lo había y no era él mismo, entonces aparecerá ante nuestros ojos el panorama completo de la influencia del Templo y la religión sobre la sociedad toda.

—Dicho en apretado.

—Por lo demás —continuó Leoncio como si no hubiese oído el comentario de Sebastián—, los sacerdotes supremos también eran jefes militares absolutos que eran auxiliados por una aristocracia constituida por burócratas y otros sacerdotes. El sacerdote supremo controlaba los ritos religiosos al milímetro, tanto como que los templos estaban ligados al Poder estatal. El sacerdote supremo, como soberano, era considerado como un intermediario entre los dioses y los hombres. Todo esto puede explicar, también, el hecho de que la supremacía que una ciudad Estado pretendía tener sobre otra, y cuyos límites estaban definidos por canales y mojones, desencadenara en guerras milenarias por el control de las riquezas. Por otro lado, se afirma que los sumerios fueron los primeros en escribir sobre sus creencias y que fueron la inspiración para gran parte de la mitología, de la religión y de la astrología. A pesar de que cada ciudad Estado tenía sus propios dioses, muchas de las veces los mismos pero con nombres diferentes, en general, éstos no eran otra cosa más que el reflejo personificado del sol, de la luna, de las estrellas, del cielo, del viento, del agua; lo mismo que de los árboles y de todas las cosas que ellos mismos hacían, como el amor y la guerra. Es decir, que todo lo que los rodeaba lo veían como la magia de los espíritus, magia que era la única explicación que querían darse para expresar el cómo funcionaban las cosas que hacían y las cosas que los rodeaban. Ligaban todo lo que veían o hacían con las divinidades, por ejemplo, cómo ellos usaban el barro para todo lo que construían, entonces pensaban que su dios creador había hecho al hombre de barro. Otra cuestión

sobre las creencias interesante para recordar.

—El chisme me parece conocido —acotó Sebastián con una sonrisa de medio lado.

—Miles de años antes de lo que acabo de mencionar, a inicios del Siglo VI antes de nuestra era, existía una aldea que estaba a orillas del mar y que luego llegaría a desarrollarse hasta convertirse en la famosa ciudad Ur de los sumerios, aunque en la actualidad está bastante lejos de él porque el mar se ha retirado. Por los restos arqueológicos encontrados en la zona, se sabe que en dicha aldea, después de la cerámica, había surgido la cestería y, después de la cestería, la elaboración de tejidos lo que junto a otros restos arqueológicos inducen a pensar a los estudiosos que en esa aldea había existido una importante comunidad de comerciantes que llegaron a recorrer por el mar las costas de Arabia. Otra de las conclusiones a las que llegan es que esa aldea, durante un indefinido período, había quedado sumergida bajo el agua a causa de inundaciones y que ése sería el origen del mito sobre el diluvio universal, una leyenda épica acadia que aparentemente sufrió modificación al transmitirse de boca en boca y de generación en generación durante varios milenios hasta que se la encontró en un manuscrito firmado y datado por un copista que vivió alrededor del año 1600 y pico antes de nuestra era. Se trata de un poema que relata la bronca entre el dios principal de la aldea y los dioses menores que le servían. El poema relata que los dioses menores llevan a cabo una huelga y queman sus instrumentos de trabajo protestando por el arduo y pesado trabajo que venían haciendo a lo largo de miles de años sin ningún tipo de ayuda. El dios principal llama a los dioses mayores y los exhorta para que encuentren una solución al problema de los dioses menores. Después de ligera reflexión y poca discusión, los dioses mayores llegan a unos acuerdos; por un lado, aplacar la medida de lucha y, por otro, crear ayuda para que los dioses menores sigan cumpliendo con su obligación y genuflexión. En concordancia con estos acuerdos, primero toman preso al dios menor cabecilla del motín y luego lo matan. Y para materializar su plan de ayuda a los dioses menores, mezclan la sangre del cabecilla asesinado con arcilla y hacen unos ladrillos de adobe con todo el procedimiento conocido: mezclar, batir, poner a secar, hornear y así, de estos adobes, crean al varón, a la mujer y, claro, a la humanidad. De esta manera, los dioses menores recibieron la ayuda necesaria para seguir cumpliendo con sus obligaciones; se puede indicar que tales acuerdos condujeron a la paz. Pero, ¿qué pasa más tarde? Después de 1,000 y tantos años de la creación de la humanidad, la población se había multiplicado tanto que cada quien, con sus rezos, creaba dioses personales de todo tipo y éstos crecían agitados y sin paz; con

los disturbios ensordecedores, el dios principal no podía dormir en paz y en un arrebatado de rabia divina ordena que se desate una plaga para acabar con los bullangueros. Los dioses mayores advierten a la humanidad de lo que podría pasarle si sigue así y le recomienda que centralice sus rezos en el dios de la plaga, que le ofrezcan sacrificios y dejen de lado a sus dioses personales; con esto, la humanidad deja de alborotar durante un buen tiempo. Pero 1,000 años más tarde la humanidad, que había vuelto a multiplicarse, no se ponía de acuerdo en los ritos y se reiniciaron los rezos a los diferentes dioses y el ruido que causaban con ello volvió a molestar al dios principal.

—Y otra vez la pataleta del número Uno.

—Así es. El dios principal ordena a uno de los dioses mayores que convenza al dios de la lluvia para que éste contenga las aguas del cielo y genere una sequía para reducir el número de habitantes. Y se produce un largo período de sequía. Los dioses mayores vuelven a dar el consejo de que se concentren en la adoración del dios responsable. Después de muchos rezos y un buen tiempo, el dios de la lluvia se arrepiente de su maldad, deja caer otra vez la lluvia y la humanidad se recupera de las penurias vividas. Pasan otros 1,000 años y la población vuelve a aumentar lo mismo que el gran ruido que causaban; y ya sabemos lo que va a pasar..

—Otro berrinche del dios principal y un nuevo intento para aplacar el ruido —completó Sebastián.

—Sí. El mejor de los mejores, el más grande de entre todos, se cuida de que los dioses mayores, o uno de ellos, le arruine el plan y solito decide declarar un embargo general de toda la naturaleza y encarga que un par de dioses, de sus incondicionales para mayor precisión, debían guardar el cielo, la tierra, los océanos y las aguas dulces del subsuelo para que los humanos no tengan a su alcance ningún medio de alimentación. Pero el plan de hambruna general también fracasa porque uno de los dioses mayores libera un montón de peces con los que alimenta a la humanidad.

—Siempre aparece un tarado que jode la fiesta repartiendo pescado —comentó Sebastián entre risas.

—Así que otra vez empieza el despelote de nunca acabar y el dios principal, convencido de la traición de los dioses mayores y menores, toma otra vez el asunto en sus propias manos. Cansado de la situación, se pone furioso y en un estallido de cólera providencial idea una gran inundación para borrar a la humanidad de la faz de la Tierra. Bien, al parecer, según el poema, la planificación marcha a pedir de boca pero hay un dios mayor, uno de esos reculados que nunca faltan, que avisa de estos planes a un tal Atrahasis, que es un humano que vive todos los años que abarca el poema, varios miles. Puesto en

alerta, el viejito Atrahasis planea la forma de sobrevivir con su familia, y para llevar a cabo su plan de emergencia construye un barco, junta todo tipo de animales y plantas, los mete en el barco, sella las puertas con brea y espera pacientemente. Un día cualquiera se desata una torrencial lluvia. Después de 7 días, con sus noches, se calman los cielos y la inundación en la zona empieza a disminuir y el barquito de Atrahasis, que es un nombre acadio y que, dicho sea de paso, los sumerios y los babilonios usan otros nombres para relatar un similar mito, o chisme como tú dices, llega a buen puerto y desembarca con su familia; junta leña, hace fuego y ofrece en sacrificio uno de sus mejores animales para agradecer a los dioses pues la pasaron bastante mal durante el diluvio por la falta de alimentos y el hambre.

—Imagínate a los pobrecillos dioses después de tanto ajeteo, les prenden incienso bajo la nariz para que se contenten con el aroma de la sangre y la carne chamuscada —dijo Sebastián soltando una sonora carcajada.

—Pasa el tiempo y bajo los pilares de Atrahasis y su familia la humanidad resurge con las mismas taras de antes: rezos y más rezos, bulla y más bulla. Después de un montón de líos entre los dioses menores, que necesitaban a la humanidad para que los ayude con sus labores, y los dioses mayores y, entre éstos y el dios principal, llegaron a un acuerdo político para concluir con el despelote iniciado por la humanidad y para que el dios principal tenga un trato menos drástico con los humanos centrándose en resolver los nuevos y complejos problemas derivados de la batahola. Así, acuerdan que una de las diosas ordene que 1/3 de las mujeres se quede estéril y que un demonio del mundo del subsuelo, de tiempo en tiempo, se lleve a unos cuantos de los recién nacidos. Así, el mandón principal pudo recuperar la paz y el sueño, y colorín colorado este mito se ha acabado.

—Y el principal alcanzó la reconciliación de la paz y el sueño con la esterilidad y su impotencia —resumió Sebastián con voz grave.

—Si tú lo dices —convino Leoncio con una sonrisa—. Pero el asunto es que la transmisión de este poema épico siguió propalándose ya no sólo en Mesopotamia sino que cubrió zonas como Grecia y otras más donde sufrió una serie de modificaciones hasta que alguien tuvo la peregrina idea de inmortalizar, de puño y letra, la versión final del mito llamado Diluvio Universal como parte del génesis. Así que, si comparamos toda esa mitología con los mitos y leyendas que aún fluyen alrededor del mundo, entonces podríamos entender mejor los procesos seguidos por las religiones en su evolución...

—Desde sus inicios y en constante desarrollo —añadió Sebastián.

—Y, además, prever y entender las causas de la desintegración e inevitable desaparición de las religiones —redondeó Leoncio—. Pero

bien, sigamos. Los pueblos de la antigüedad que poblaban la zona, que después llegaría a ser conocida como Mesopotamia, casi desde sus inicios y más aún con el desarrollo tecnológico, crearon una cosmogonía donde inicialmente la tierra y el cielo estaban unidos en una montaña que emergió del Océano. Según las creencias de estos pueblos, los dioses engendraron hijos que a su vez engendraron otros hijos y que al nacer, unos y otros, separaban las cosas, por ejemplo el cielo de la tierra y crearon el horizonte; las aguas del mar, la de los ríos, la niebla, el alba o el día y así sucesivamente hasta que, después del caos original, el todo quedó dividido en cielo, tierra, océano terrestre e inframundo con una infinidad de dioses para cada uno de los fenómenos y cosas que los rodeaba. Los dioses, pensaban los súbditos, tenían los mismos sentimientos que los humanos y por eso cuando estaban frustrados o enojados, se manifestaban a través de terremotos, sequías, lluvias torrenciales o cualquier otra catástrofe natural y había que dar donativos y ofrendas para que los dioses sean benévolos con ellos...

—Idea que refleja que los hombres no tenían la más mínima idea de que todos los logros alcanzados en el desarrollo tecnológico y social era producto de ellos mismos.

—Exactamente, y los sacerdotes se encargaban de que el pueblo así lo creyera. Y todo eso también fue heredado y desarrollado por todos los Reinos e Imperios que se sucedieron hasta llegar al Imperio de Babilonia, que luego sucumbiría ante la conquista persa; sin olvidar al Imperio Asirio, claro. Si no perdemos el rastro del desarrollo histórico, se puede decir que primero fueron creadas las divinidades sumerias, cuya mitología fue más tarde adaptada por los pueblos semitas, a saber, los acadios, los babilonios, los asirios, los arameos y los caldeos...

—Y se esparce por el mundo entero.

—O mejor sería decir que los mitos y leyendas surgen, por aquí y acullá, siguiendo casi los mismos patrones. No hay que olvidar que la religión, como tal, no es algo innato en el hombre; cuando el hombre nace, no hay en él ninguna conciencia ni sentimiento religioso que lo acompañe. Inicialmente, en el proceso de la evolución del hombre, hubo un largo período de desarrollo sin religión. Tampoco se puede suponer que la religión aparece casualmente como consecuencia del simple engaño por parte de unos cuantos embaucadores que se aprovechaban de la inocencia e ignorancia de otros hombres, a pesar de que es cierto que la ignorancia es un fiel aliado de la religión y el engaño su complemento indispensable. La ignorancia es un fenómeno subjetivo. En la conciencia, en los sentimientos, en las emociones de los hombres se encuentran las raíces gnoseológicas de la religión, lo

cual explica únicamente la posibilidad de su aparición; pero la transformación de esa posibilidad en realidad depende de las condiciones materiales del hombre...

—Por lo que la religión surge como una forma de conciencia que refleja en forma fantástica y tergiversada la dependencia del hombre de las fuerzas externas que lo dominan —resumió Sebastián.

—Sí, y las ideas religiosas —continuó Leoncio—, que reflejan la supeditación del hombre a las fuerzas externas, también provocan sus correspondientes reacciones, por lo cual, los hombres buscan atraer la buena voluntad de esas fuerzas naturales de las que se sienten dependientes, adorándolas para que alejen de ellos cualquier clase de desgracia y, por el contrario, las dirijan sobre sus enemigos.

—Y surge así el culto religioso —dijo Sebastián.

—Y esta forma particular de actividad determinó la aparición de sus distintos servidores; es decir, la aparición de sacerdotes, clérigos, curanderos, brujos, chamanes y una retahíla de pendejos que se consideran los intermediarios entre los hombres y los dioses. Por lo que, y esto es lo más importante, la aparición de la primera forma de los ideólogos, los sacerdotes, coincide con las primeras formas embrionarias de la división entre el trabajo intelectual y el manual.

—Y los ritos religiosos —añadió Sebastián en tono concluyente—, llevados a cabo colectivamente y repetidos siempre de igual o similar manera, obran como las manifestaciones externas de la religión que atraen y vinculan a las masas, las embriagan y les adormecen los sentidos.

—Sí. Bien, pasemos al siguiente tema. Otro punto especial a destacar, aparte de la religión, es el problema del idioma. Para no ir más atrás, diré que los sumerios habían evolucionado con su propio idioma; un idioma considerado por los especialistas como un lenguaje aislado porque no pertenece a ninguna familia lingüística conocida, y para demostrar ello dan un montón de explicaciones que no vienen al caso. Lo relevante es que se desarrolló en una zona donde el idioma imperante era el semita, que pertenece a los idiomas afroasiáticos que era y es hablado por un conjunto heterogéneo de etnias, pueblos y naciones; algunos de esos idiomas han desaparecido y los restantes han evolucionado hasta convertirse en lo que hoy son. Pero bien, con todo, los sumerios inventaron los jeroglíficos pictóricos que más tarde se convertirían en escritura cuneiforme y que viene a ser uno de los lenguajes escritos más antiguos hasta hoy conocidos, si no el primero. El Norte de Sumeria estaba habitado desde hacía miles de años por tribus semitas, algunas de las cuales fueron absorbidas culturalmente por los sumerios en un lento proceso de mestizaje; cuando los acadios se hacen con el Poder, tenían ya asimilada parte

de la cultura sumeria pero habían conservado su peculiar variación de la lengua semita, variación hoy extinta, que con la expansión de su imperio lograron imponer en todo su territorio, mientras que, para la escritura, adoptaron la cuneiforme sumeria y la desarrollaron hasta convertirla en un sistema silábico completo que llegará a ser usado en su forma moderna por babilonios y asirios. Cuando entran en escena los casitas y se da el llamado renacimiento sumerio con la Tercera Dinastía de Ur, éstos siguen usando el idioma acadio ya desarrollado con préstamos del sumerio y del arameo; se dice que había hasta 5 dialectos del acadio. Luego, cuando los amorreos nómadas aprovechan las debilidades del Imperio de la Tercera Dinastía de Ur para hacerse con el control de Mesopotamia durante 4 siglos, en la población ya había una mezcla acadio-amorrita puesto que una parte de los amorreos, los sedentarios, hacía años que vivían en tierras sumerias. Los amorreos crearon un montón de reinos con reyes que se presentaban como pastores y guías de su pueblo...

—Y como aún les quedaba el alma nómada, todo lo reducían a pastores y ganado —acotó Sebastián mientras se disponía a mascar hojas nuevas de coca.

—Así es, pero aguanta que aún estamos en lo del idioma —replicó Leoncio dirigiendo su mano hacia las hojas de coca—. El amorreo era una lengua semítica occidental muy parecida a las lenguas cananeas pero poco conocida y de poca importancia, así que con el tiempo no les quedó otra cosa más que usar un motoso dialecto acadio con construcciones semitas cananeas. En el Iraq actual, como en una veintena de países más, se habla árabe, una lengua de la familia semítica como todas las que la precedieron y que como tal, como árabe propiamente dicho, se estructuró entre los Siglos I y III de nuestra era y alcanza su forma clásica recién a partir del Siglo VIII, mucho después de la aparición de la versión final del Corán a mediados del Siglo VII. Mucho después del surgimiento del Islam y del desarrollo de normas gramaticales junto con un proceso de unificación y normalización de la lengua árabe culta y erudita, se establece el árabe moderno adaptado a la vida moderna y a la influencia de la llamada civilización occidental. Hay un árabe estándar, que se lee y escribe en todos esos países, y numerosos dialectos en los que se habla y que a veces son incomprensibles para las diferentes naciones entre sí debido a las diferencias lexicales y fonológicas a pesar de la similitud en el plano sintáctico y del montón de préstamos de palabras persas, griegas, turcas, francesas, bereberes, curdas y otras más que ya ni me acuerdo...

—Y así damos un salto con la garrocha idiomática de la prehistoria a los tiempos modernos...

—¡Carajo, Sebastián! Sólo hago esa comparación, que tiene continuidad histórica, para tratar de entender e interpretar un poco mejor la historia de los pueblos y de las naciones de esa zona, lo que a su vez nos podría dar una visión algo más completa para poder entender qué es una nación y, de pasada, también nos ayudaría a entender los acontecimientos actuales de la zona. Y valga la redundancia, sobre esa base se puede entender mejor cómo se inventaron los mitos y leyendas que se cuentan en el Antiguo Testamento. Pues bien, puesta la base, ahora demos un par de pasos sobre el globo terráqueo y un saltito en el tiempo. Acompáñame a Grecia...

—Momentito —dijo Sebastián mientras se levantaba y tendía la mano a Leoncio—, adonde tú me vas a acompañar ahora es afuera para dar unos cuantos pasos y saltitos aquí y ahora, antes de que este frío agarrote el hercúleo cuerpo que nunca tuve y antes de que se me estrujen los riñones como si estuvieran hechos para jugo de limones.

Se envolvieron en los ponchos y salieron a dar un paseo en silencio. Ambos caminaban a paso largo y de cuando en cuando se detenían para dar saltitos sobre el mismo sitio; querían levantar las rodillas por lo menos hasta la altura de la cintura, pero rara vez lo conseguían. ¡Cuerpo de Hércules! Sí, cómo no, pensaban sonriendo. Sus largas sombras hacían travesuras a espaldas de ellos. Vieron las estrellas en cielo despejado; qué tal espectáculo, cuántas estrellas juntas. Cuánta sabiduría han proporcionado al hombre, pensó Leoncio. Volvieron a entrar.

Se pusieron frente a frente de cuclillas, un buen rato, antes de regresar a los pellejos para sentarse y protegerse del frío con los ponchos, secos, sucios y con olor a perro.

El chuchito había aparecido poco antes moviendo la cola como si fuera un rotor de turbina, olisqueaba por todos lados y cuando se detenía cerca de ellos se dejaba acariciar la cabecita y el lomo; cuando se acostumbró al nuevo ambiente, se echó bajo un pliegue del poncho de Leoncio. De rato en rato tiritaba y gruñía.

—La Península griega —dijo Leoncio sin haber perdido el hilo de su pensamiento— estuvo ligada a las islas del Egeo desde el neolítico, lo que posteriormente vendría a contribuir al desarrollo de una civilización ligada al mar gracias a la gran cantidad de puertos naturales distribuidos a lo largo de la costa. Tierra adentro, la Península está dividida por un sistema de montañas y valles profundos que contribuyeron a dividir los asentamientos humanos en pequeñas unidades políticas y económicas independientes entre sí. Lo que hoy conocemos como Grecia se conocía antiguamente como Hélade y los especialistas dicen que la evolución, más o menos natural, de los primeros

asentamientos humanos desde el paleolítico había alcanzado un alto nivel en los inicios del Siglo III antes de nuestra era, con la llamada civilización del Egeo y que ésta estaba dividida en 2 grupos principales: los pueblos y naciones de la civilización cretense o minoica, la civilización más avanzada ubicada en la Isla de Creta, y la de los pueblos y naciones de la civilización heládica asentada en el Peloponeso y cuyos grandes centros estaban en Micenas, Tirinto y Pilos.

—Pero, como siempre —dijo Sebastián recordando parte de lo que habían estudiado—, los especialistas tampoco se ponen de acuerdo en si la evolución natural de los primeros asentamientos humanos ubicados en la porción continental de la Península Balcánica que hoy se conoce como Grecia dio origen al pueblo aqueo o si éste fue un pueblo indoeuropeo procedente de alguna parte de la cuenca del Danubio en la parte alta de los Balcanes.

—Así es —continuó Leoncio dándole la razón—. Otra disputa pueril e insulsa. Pero como fuere, el hecho es que el pueblo aqueo, nombre utilizado en la *Ilíada* para señalar a los griegos en general, hacia el año 1800 antes de nuestra era, había fundado los llamados reinos de Micenas y Tirinto y 400 años más tarde pasaron a conquistar la Isla de Creta. Micenas y Tirinto son descritos por los especialistas, desde el inicio, como reinos; pero, en el más estricto sentido de la palabra, para mí, esa tipificación es dudosa, puesto que inicialmente, en los tiempos de la prehistoria, la organización social se basaba en las formas gentilicias donde los individuos estaban unidos por lazos de parentesco consanguíneo a lo largo de un encadenamiento de generaciones cuyos rastros genealógicos se perdían en las lejanías del tiempo pero que se mantenían ligados, primero, a la procedencia común del grupo, luego, a las hermandades, que era la unión de grupos emparentados, y que más tarde pasaban a formar una tribu de hermandades emparentadas y, de ahí, a una confederación de tribus. Evidentemente no siempre ésta era una organización lineal; en algunos lugares de Grecia, como en otras partes del mundo, podía faltar la hermandad o la confederación de tribus, pero en todo caso la gens, en general, era la unidad orgánica del desarrollo natural de la sociedad. Las tribus formaron pueblos donde tanto las gens como las hermandades y las diferentes tribus inicialmente conservaban una completa independencia; pero a la postre estos pueblos se fusionan en uno solo que adopta una Constitución con un sistema de derecho popular que estaba por encima de las costumbres legales de las tribus y de las gens y al cual cada individuo quedaba sometido sin reserva en sus sentimientos, ideas y actos. Este pueblo se organiza y lucha por un ideal y un interés común, construye ciudades amuralladas dentro de las cuales la población crecía con el aumento del

ganado y el desarrollo de la agricultura; y la producción llegaría a desarrollarse tanto que la fuerza de trabajo podía producir más de lo que se necesitaba para el sustento, con lo que aparecieron los medios para sostener más fuerza de trabajo, lo que a su vez hizo que ésta se convierta en un valor.

—Lo que lentamente va a generar el primer gran desmadre —sentenció Sebastián levantando las manos hacia el techo.

—Más adelante —continuó Leoncio haciendo ligeros movimientos de cabeza de arriba a abajo—, en esas ciudades amuralladas, surgen los oficios manuales, las diferencias de fortuna y los primeros elementos aristocráticos en el seno de la antigua democracia primitiva. Tiempo ya que habían cesado los antiguos vínculos gentilicios para formarse uniones locales basadas en comunidades territoriales autónomas con organización y tropas propias. Los vínculos de sangre, los tribales y los vínculos familiares habían dado paso a los vínculos territoriales que a la postre generarían la fusión de territorios y regiones motivados por la intensificación del intercambio comercial y el desarrollo de las vías de comunicación; por el gradual crecimiento de la circulación de mercancías y la concentración de los pequeños mercados locales en un solo mercado general. Y por el mismo motivo, los distintos pueblos sostenían incesantes guerras por la posesión de los mejores territorios y por el botín que pudieran pescar además de los prisioneros de guerra que podían esclavizar ya que en determinado momento la esclavitud se convirtió en una institución reconocida. La guerra era tan antigua como la existencia simultánea de varios grupos sociales en contacto; un hecho tan antiguo como el hombre mismo y estos enfrentamientos producían prisioneros de guerra a los que, muy al principio, en los inicios, se los comían porque no sabían qué hacer con ellos; más adelante simplemente los mataban pero después, dado el nivel de desarrollo que había alcanzado la situación económica, se dieron cuenta que podían utilizar el trabajo de los prisioneros de guerra, convirtiéndose éstos también en un valor, por lo que se les dejó vivir y así se inventó la esclavitud.

—Pero eso fue mucho más tarde —anotó Sebastián.

—Cierto, y donde deseo centrar la atención es en la cuestión de la jerarquía y por qué digo que es difícil usar el término reino. En aquellos tiempos iniciales, en el proceso de organización de los pueblos, todos los varones adultos eran guerreros pues no había una fuerza pública separada del pueblo y que pudiera oponérsele; estos guerreros y el pueblo en general estaban dirigidos por un jefe militar que no era un rey ni un monarca en el sentido actual de la palabra pues tenía atribuciones limitadas y era nombrado y depuesto, si el caso así lo requería, por un consejo conformado por los jefes de las gens y, cuando

éstas eran muchas, se formaba un grupo de individuos electos. Así, el jefe militar por ellos elegido, no sólo se ocupaba de las cuestiones militares sino también de las cuestiones religiosas y de las judiciales como representante supremo de la tribu o de la federación de tribus, y más adelante como representante de todo el pueblo, de la nación; pueblo que a la postre se dividiría en 3 clases: los nobles, los agricultores y los artesanos; por eso, según mi opinión, para aquellos tiempos, resulta inapropiado hablar de reinos y monarcas...

—Dentro del proceso histórico, éstos surgirán más adelante, con el desarrollo de las condiciones de vida materiales, del régimen de producción y la circulación —dijo Sebastián como quien aporta a concluir una idea.

—Así es. Pues bien, dando un paso adelante en la historia de Grecia, se puede ver que la cultura y el comercio cretense habrían dominado el Mediterráneo hasta después del año 1500 de nuestra era, siendo luego relevados por los aqueos de Micenas, quienes expresarían la continuación de la civilización heládica. Los cretenses habían sido los primeros en navegar por el Mediterráneo, llegaron a tener una poderosa flota, y comerciaron con los pueblos ubicados en las actuales tierras de España e Italia; su poderío marítimo se extendió desde Roda y Chipre hasta los puertos fenicios, pueblo del que, dicho sea de paso, copiaron su escritura lineal y su alfabeto para adaptarlo a la lengua griega; y, por otro lado, viajando tierra adentro, aprendieron y copiaron la arquitectura de los semitas babilonios.

—Se dice que los aqueos habían hecho una conquista pacífica de Creta sin alterar su estructura social y cultural y que se produjo una mutua influencia hasta la fusión total de ambas en una sola —apuntó Sebastián.

—Inicialmente —prosiguió Leoncio sin inmutarse—, los aqueos estaban organizados en grupos ligados por el parentesco formando clanes que luego se agruparían en tribus y fraternidades, siguiendo el patrón que acabo de mencionarte; con el tiempo desarrollaron un proceso de urbanización en el cual se agruparon varias aldeas hasta formar ciudades como, por ejemplo, Esparta y Atenas. En Esparta, la autoridad del jefe militar fue reemplazada por la de la aristocracia terrateniente, pero esto también sucedió mucho más adelante. El vertiginoso aumento de la población, la creciente escasez de alimentos, el florecimiento de la artesanía y el comercio y otros factores conllevaron una nueva oleada colonizadora con la consiguiente fundación de colonias; así que los supuestamente pacíficos conquistadores que acabas de mencionar, poco a poco, descubrieron y desarrollaron su carácter expansionista hasta llegar a controlar y ampliar las rutas comerciales hacia el Asia, el Egeo, Egipto, la Península Ibérica y la

Itálica. A lo largo de la formación de Grecia, se distinguen una Continental y otra Marítima. Como resultado de esa política expansionista por el control de las rutas del comercio marítimo y mayores zonas de influencia, se producen guerras reales y supuestas como la mítica guerra de Troya, descrita, de ida y de vuelta, por Homero en los poemas épicos más antiguos de la literatura escrita en Occidente: La Ilíada y La Odisea; y digo mítica porque las excavaciones arqueológicas en la colina donde se creía que estaba la ciudad de Troya han puesto al descubierto sucesivas capas superpuestas de hasta 10 ciudades habitadas en épocas distintas que van desde la llamada era prehistórica hasta ciudades con asentamientos griegos y romanos y no se puede establecer con precisión cuál de ellas fue la Troya de Homero...

—Así que...

—Así que lo más probable es que sus hermosos poemas épicos se hayan basado en algún conflicto bélico real adornado con todas las inquietudes del momento, como, por ejemplo, la aparición de la familia monogámica, aunque la monogamia sólo sea obligatoria para la mujer mas no para el hombre; o el predominio del varón sobre la mujer con el dramático fin del clan consanguíneo por línea materna y el derecho paterno, que hereda su fortuna a los hijos, lo cual facilita la acumulación de las riquezas en la familia directa e inmediata y hace de ésta un poder contrario a la del clan, causa su descomposición y da pie al surgimiento de la propiedad privada. Sobre el fin de la hegemonía aquea o micénica discuten aún los especialistas...

—No había por qué esperar otra cosa...

—Claro que no. Unos dicen que fue a causa de la invasión por parte de los dorios, que ya se encontraban en territorio griego, y otros dicen que se debió a levantamientos internos, a terremotos o a nuevas invasiones por parte de otros pueblos procedentes de la parte alta de la Península Balcánica.

—También puede ser una mezcla de todo.

—Puede ser. Pero lo cierto y verificable es que sí se produjeron una serie de migraciones de algunas tribus del Norte que hablaban una lengua indoeuropea y que posiblemente, a su vez, habían sido invadidas y desalojadas de sus lugares de origen y llegaron a Grecia siguiendo la cuenca del Río Danubio. Los más conocidos son los dorios, los jonios y los eolios, quienes en diferentes momentos y circunstancias ingresaron a Grecia y se establecieron en diferentes lugares; los dorios, al final de un largo proceso, en el Peloponeso, especialmente en Esparta; los jonios, que asimilaron la cultura de los pueblos y naciones heládicos, en Ática, especialmente en Atenas y en las Islas Cícladas; y los eolios, que se asentaron en Tesalia. Cuando la población dórico parlante entró en tierras griegas, primero

se estableció en la Zona Norte de ésta y durante siglos cohabitó con los micénicos y sólo después también ocupó el Peloponeso, Rodas y el Asia Menor, lugares donde en tiempos posteriores se levantaría la Hexápolis dórica...

—Las 6 ciudades que le dieron renombre y rivalizarían con las ciudades jónicas del Asia Menor, ¿verdad? —preguntó Sebastián hurgado en sus recuerdos.

—Exactamente. Con el tiempo, el pueblo dorio desplazó, sometió, asimiló o redujo a servidumbre a parte de la población aquea antes ahí establecida y cambió no sólo el dialecto del micénico al dórico sino que modificó parte del comportamiento social; esto se puede afirmar en base a los restos arqueológicos que dejan a la luz el hecho de que alrededor del año 1000 antes de nuestra era se habría producido un gran cambio en la cultura material, hipótesis basada en el descubrimiento de nuevas armas, del uso del hierro, y de cambios en las prácticas funerarias que van desde el uso de tumbas para el enterramiento tanto individual como colectivo y la cremación; cambios todos éstos que se atribuyen a los usos y costumbres del pueblo dorio. El idioma griego evolucionaría desde el interior de Grecia con la influencia de los dialectos traídos por otras tribus de habla indoeuropea, familia lingüística a la cual pertenece el griego.

—Y después de andar a zancadas por la historia, regresamos a la vaina del idioma —dijo Sebastián pensando en voz alta.

—Aguanta tu carro, compadre —replicó Leoncio, mientras se levantaba para reemplazar la mortecina vela por una nueva, y después de sentarse continuó—. Bien, con la prosperidad comercial ganada a raíz del surgimiento de colonias, en la costa del Egeo y sus islas, se desarrollaron numerosas ciudades Estado, que en toda Grecia habrían llegado a ser más de 700 a finales del Siglo VIII antes de nuestra era, y estaban separadas, unas de otras, a causa de la misma geografía y de la complejidad de pueblos y naciones que frecuentemente se enfrentaron entre sí a lo largo de siglos.

—Y por si da la casualidad de que alguien no lo sabe y requiere explicación —dijo Sebastián entre risas y aspavientos—, una ciudad Estado es un Estado que solamente consta de una ciudad como el caso actual de la Ciudad del Vaticano.

—Muy sabio —retrucó Leoncio sonriendo—. Pero lo que me gustaría remarcar es que la prosperidad económica también trajo consigo el ansia de independencia política por parte de las colonias con respecto a su metrópoli, incluso por la vía armada, lo que a su vez repercutió en el desarrollo de los ejércitos y las técnicas militares. Mientras, en general, un sistema de Gobierno monárquico cedía su lugar a uno aristocrático, en Esparta se mantuvo una doble monar-

quía que después de las Guerras Médicas desarrolló una organización militar que le sería característico en lo sucesivo. Por supuesto que las Guerras Médicas no tenían nada que ver con medicina ni con médicos sino que se trataba del enfrentamiento entre griegos y persas, a quienes los griegos llamaban medos. Finalmente, ganaron los griegos y emprendieron reformas constitucionales como consecuencia de la transformación de la estructura social; los nobles, cuyo Poder descansaba en la propiedad territorial, pasaron a un segundo plano cediendo momentáneamente el Poder a la clase media constituida por marinos, comerciantes y artesanos con el ateniense Pericles a la cabeza. Atenas pasa a ser hegemónica y, basada en su poderío militar, especialmente el naval, se convierte en el Estado más influyente de Grecia; de ahí lo que algunos historiadores denominan la edad de oro de Atenas, tiempos aquellos en los que se construyeron los hoy tan famosos edificios conocidos como el Partenón, el Erecteión y otros más; donde las letras y las artes alcanzan gran resplandor; donde Hipócrates funda la ciencia médica; donde el teatro griego alcanza su máxima expresión con las obras trágicas de hombres como Esquilo, Sófocles y Eurípides, y el autor de comedias Aristófanes; donde aparecen los primeros historiadores como Herodoto y Tucídides y, por supuesto, el filósofo Sócrates...

—Y donde surgen un montón de etcéteras más —señaló Sebastián para cortar la larga lista que presentía venir.

—Bien, ya entendí. Luego vienen las guerras entre 2 Imperios, Atenas y Esparta. Primero fue la denominada Guerra del Peloponeso y luego la Guerra de Corinto. En medio de la primera tromba de destrucción y muerte, Pericles lanza a las masas su oración o discurso más conocido en el cual ensalza el retrato idealizado que tenía de la democracia ateniense; pone el énfasis en el poderío de la ciudad y en la libertad que disfrutaban los ciudadanos pues, dice, a todo el mundo asiste, de acuerdo con nuestras leyes, la igualdad de derechos; y en cuanto a los caídos en batalla, alabando el pundonor con que actuaron en el momento de la acción, añade: dieron, en efecto, su vida por la comunidad, cosechando en particular una alabanza imperecedera y la más célebre tumba; no sólo el lugar en que yacen, sino aquella otra en la que por siempre les sobrevive su gloria en cualquier ocasión que se presente, de dicho o de hecho. Porque de los hombres ilustres tumba es la tierra toda, y no sólo la señala una inscripción sepulcral en su ciudad, sino que incluso en los países extraños pervive el recuerdo que, aún no escrito, está grabado en el alma de cada uno más que en algo material. Pero el rollo no le sirvió de mucho pues al final ganó Esparta, que promueve la oligarquía de los llamados *Treinta Tiranos* para gobernar Atenas, pero, a su vez, el sabor a triunfo no

le duró mucho a causa de falta de unidad política y de los continuos levantamientos internos surgidos a raíz del descontento popular contra la tiranía, contra los impuestos, contra el ensanchamiento de las desigualdades de clases, contra la concentración de las riquezas en pocas manos y la miseria económica generada por las constantes guerras y, se dice, por un no menos saludable terremoto que destruyó el gimnasio matando a toda la efebía de Esparta; entre paréntesis, como tú dices, por si esto último requiere explicación: el gimnasio era el lugar donde se practicaba la gimnasia, lógicamente, pero el detalle está en que todos los deportes que ahí se practicaban, como, por ejemplo, la lucha, la carrera, el salto, el lanzamiento de disco y jabalina, junto con otros deportes más, estaban diseñados para desarrollar la fuerza física y la elasticidad como parte de la preparación normal para el oficio de las armas; el centro, la esencia del cultivo de los deportes en la Grecia antigua, era la obligatoria preparación militar para el varón de entre 18 y 20 años, a quien se le llamaba efebo, que en griego significa adolescente; y la efebía era la institución que formaba a los efebos en el arte de la guerra. Sin embargo, al margen de lo anecdótico, en este caso, fueron la falta de unidad política y los levantamientos internos los que finalmente lograron debilitar y quebrar el Imperio Espartano desde adentro.

—Y en eso es en lo que hay que centrarse, en lo interno. ¿O no?

—No sólo. Si miras lo que actualmente está pasando en algunos países, verás que no siempre es así. En la investigación histórica no hay que olvidar que, como en todo lo demás, los factores externos e internos son aspectos de una misma contradicción, de una de las muchas contradicciones. Debemos recordar que la naturaleza de un proceso está determinada fundamentalmente por el aspecto principal de su contradicción, por el aspecto que ocupa la posición predominante. En algunos momentos, en este caso estamos hablando de los factores externos e internos, parecen estar en equilibrio, pero esa situación es transitoria, temporal y relativa; mientras que la desigualdad es su estado fundamental. Uno de los aspectos, en este caso el factor externo o el factor interno, ha de ser principal y el otro secundario; en un momento determinado el factor interno será el aspecto principal de la contradicción y el factor externo será el aspecto secundario; pero, según el desarrollo y la particularidad del proceso histórico, esta situación habrá de trastocarse y los papeles se invertirán pasando el factor externo a ser el aspecto principal de la contradicción y el aspecto interno pasará a ser el aspecto secundario. Así, la naturaleza de un proceso histórico cambia porque la fuerza de cada aspecto ha crecido o disminuido en su lucha contra el otro durante su desarrollo. Esto es aplicación de lo que llamamos la ley de

la contradicción en las cosas, que es la ley fundamental del desarrollo no sólo de la naturaleza y de la sociedad sino también del pensamiento. Los factores internos y externos no son más que 2 aspectos de una de las tantas contradicciones que se dan en cualquier proceso. La contradicción, guste o no, existe en todos los procesos de las cosas objetivas y del pensamiento subjetivo y los recorre desde el comienzo hasta el fin, es lo que le da el carácter absoluto a la contradicción; es lo que define su universalidad. Mientras que la particularidad o relatividad de la contradicción está determinada por las respectivas características de cada contradicción y de cada uno de sus aspectos, y es precisamente esto a lo que hay que prestar atención cuando estudiamos y queremos distinguir entre la contradicción principal y las contradicciones no principales así como entre el aspecto principal y el aspecto no principal de la contradicción...

—Así, al estudiar la universalidad de la contradicción y la lucha de los contrarios, debemos prestar atención a distinguir entre las diferentes formas de lucha. De otro modo, cometeremos errores. Fin de la cita —interrumpió Sebastián con un resuello.

—¡Bravo, geniecillo, sabelotodo y recitador! Sólo que esa parte de la cita ya no viene al caso —replicó Leoncio con una media sonrisa antes de continuar—. Bien, en el caso del Imperio Espartano, para mí, el factor interno fue el determinante de su quiebra. Pero hay otro punto que es importante y que tampoco debemos olvidar. Y es que, en la historia de la sociedad, sus actores son todos hombres y mujeres dotados de conciencia, que movidos por la reflexión o por la pasión actúan persiguiendo determinados fines; esto quiere decir que siempre hay una intención consciente y un fin deseado en su actuar...

—¿Pero? Siempre hay un pero que valga.

—Pero esta situación no altera para nada el hecho de que el *curso de la historia* se rige por leyes generales de carácter interno y, al igual que en la naturaleza, en la superficie y en conjunto se presenta un aparente azar, sobre todo en épocas y acontecimientos *aislados*, donde, pese a los objetivos conscientemente deseados de los individuos, rara vez sobreviene lo que se desea; y en la mayoría de los casos, los muchos objetivos perseguidos se entrecruzan unos con otros y se contradicen, sobre todo cuando son irrealizables o cuando los medios de que se dispone son insuficientes para llevarlos a cabo. Los encononrazos entre las innumerables voluntades y actos individuales crean en el campo de la historia un estado de cosas muy análogo al que impera en la naturaleza inconsciente. Los fines que se persiguen con los actos son obra de la voluntad, pero los resultados que en la realidad se derivan de ellos no lo son, y aun cuando parezcan ajustarse de momento al fin perseguido, a la larga encierran consecuencias

muy distintas a las apetecidas. Por eso, en conjunto, los acontecimientos históricos también parecen estar presididos por el azar. Pero allí, donde en la superficie de las cosas parece reinar la casualidad, ésta se halla siempre gobernada por leyes internas ocultas que hay que descubrir. Por ello, como ya dije antes, no debemos olvidar la interacción existente entre la base material y la conciencia social, no podemos olvidar que son los hombres mismos los que hacen su historia; que es la acción de la masa y no la simple y aislada acción de un individuo la que hace la historia; que el pueblo, y sólo el pueblo, es la fuerza motriz que hace la historia mundial y que la conciencia del hombre, su actividad consciente, su organización y su comprensión de la necesidad histórica determinan *el ritmo y el contenido* del proceso histórico social siguiendo sus leyes generales.

—Y si se logra elucidar las leyes particulares de una sociedad determinada, fácilmente se pueden conocer las leyes generales de esa sociedad —apuntaló Sebastián desempolvando su bagaje de citas.

—Si no serás... —dijo Leoncio sin terminar la frase mientras se acomodaba el borde del poncho a la altura de los hombros—. Regresemos a lo nuestro en Grecia. Luego aparecen en escena los macedonios, primero con Filipo II y después con Alejandro III el Magno, y logran dominar, someter y colonizar Grecia. Macedonia se convirtió en la principal potencia de Grecia y pasó a expandirse a lo largo y ancho de un amplísimo territorio, generando así, lentamente a lo largo de 3 siglos, la decadencia y el fin de la era Helenística donde se habían fusionado la cultura griega y la mesoriental. Se dice que Alejandro Magno se hizo famoso como estrategia militar al derrotar al Imperio Persa luego de consolidar la unificación de varias ciudades Estado de la antigua Grecia. El dominio hegemónico de los macedonios se extendió por todos los dominios del Imperio Persa, pasando por Anatolia, Siria, Fenicia, Judea, Gaza, Egipto, Bactriana y Mesopotamia; expandió las fronteras de Macedonia hasta la región del Punjab, una amplia zona conformada por 5 ríos tributarios del Río Indo y que actualmente está dividida entre la India y Paquistán. A la muerte de Alejandro se producen una serie de conflictos y enfrentamientos internos entre sus sucesores por el control del Imperio que a la postre terminó fraccionado en varios reinos independientes sin unidad ni cohesión para hacer frente a los persas que resurgieron...

—Y a los romanos que entraron con fuerza en la escena mundial —agregó Sebastián.

—Así es. Más adelante se suceden las Guerras Púnicas, guerras liberadas entre Roma y Cartago, los mayores Estados esclavistas de la antigüedad, por el dominio en la parte occidental del Mediterráneo y por la conquista de nuevos territorios y esclavos. Cartago inicial-

mente fue una ciudad pequeña, ubicada en la Costa Norte de África cerca de la actual ciudad de Túnez, en el país del mismo nombre, que fue fundada por los semitas fenicios venidos de la antigua ciudad de Tiro, ubicada en la fenicia meridional, actualmente al sur del Líbano cerca de Israel. De Tiro salieron los barcos con los fenicios que colonizaron las orillas del Mediterráneo para expandir y dominar el comercio marítimo creando un sinnúmero de factorías. Los fenicios de Cartago se especializaron en el comercio marítimo a través del cual se aseguraban las materias primas y los recursos necesarios para subsistir y desarrollar, además de promover el desarrollo intensivo de la agricultura con el uso del hierro. Lentamente fueron ocupando casi toda la región costera del Norte de África partiendo de la actual Túnez, luego cruzaron el mar y llegaron al sur de la actual España pasando por Sicilia, Cerdeña e Ibiza creando un imperio mercantil a lo largo de varios siglos; este crecimiento territorial y comercial fue la causa de sucesivas guerras con las ciudades griegas a lo largo de todo el Mediterráneo por nuevas zonas de influencia y en especial para asegurar y controlar la ruta hacia Fenicia; conflictos armados a través de los cuales Cartago logra imponerse como la primera potencia económica y militar del Mediterráneo Central y Sudoccidental, y pararon momentáneamente la expansión helénica, la expansión griega, apoyándose en las alianzas formadas por los fenicios con pueblos nativos en las colonias helénicas. En ese período se desarrolla una gran difusión de la cultura fenicia tanto como la de su alfabeto, lengua y religión y a su vez se genera un proceso de modernización con la introducción de nuevas técnicas en la producción.

—¿En qué año andamos? —preguntó Sebastián un poco abrumado por las vueltas y revueltas históricas de Leoncio.

—Estoy hablando de un período que transcurre entre los Siglos V y III antes de nuestra era y después de 400 años de la fundación de Cartago, o de la Ciudad Nueva, según su traducción al castellano, acaecida más o menos 150 años después de la llegada de los primeros fenicios a esa parte de África. Bien, tras la caída de Tiro bajo dominio asirio en el Siglo VII antes de nuestra era, se produjo un gran desplazamiento de la población fenicia hacia Cartago generando un importante crecimiento demográfico. Cartago desarrolló un gran Estado evolucionando su sistema de Gobierno desde una tiranía con características monárquicas hasta establecerse como un sistema republicano, llegando a ser una ciudad más próspera y rica que Roma, con quien se enfrentó por la hegemonía en el Mediterráneo Occidental durante más de 100 años, con 3 Guerras Púnicas de por medio, desde 264 hasta 146 antes de nuestra era. Púnico era el nombre que los romanos daban al oriundo de Cartago en referencia

al origen fenicio de sus ancestros; por eso, desde el punto de vista de los romanos, se conoce en la historia estos conflictos, entre romanos y cartaginenses, como Guerras Púnicas; mientras que en la literatura cartaginense se las conoce como Guerras Romanas. ¿Y qué nombre se asocia con estas guerras?

—El de Aníbal —dijo Sebastián acomodando la espalda contra la pared.

—Exactamente, aunque primero fue el de su padre, Amílcar Barca, quien dirigió la Primera Guerra Púnica y se aseguró el dominio de Sicilia quitándosela a los romanos para perderla 23 años después de iniciada la guerra. Cartago y Roma, inicialmente, tenían buenas relaciones. Tenían un tratado comercial que con renovación y todo duró más de 200 años; incluso tuvieron una alianza militar que los llevó a derrotar al griego Pirro de Epiro y con ello se deshicieron de la Magna Grecia, la hegemonía colonial griega al sur de la Península italiana y Sicilia. Esta alianza estaba cimentada en la necesidad de combatir a un enemigo común, los griegos, así que cuando éstos salieron de circulación se acabó la alianza y empezaron las disputas entre Roma y Cartago con el desenlace de la Primera Guerra Púnica. Este Amílcar Barca se hizo más o menos famoso al derrotar una revuelta de sus mercenarios, después del descalabro sufrido en Sicilia, y con el dominio de un amplio territorio en la Península Ibérica tratando de recuperar las pérdidas territoriales anteriores. A la muerte de su padre y posterior asesinato de su cuñado, que había sucedido al suegro, Aníbal Barca enfrenta la Segunda Guerra Púnica. Aníbal había ampliado las conquistas de su cuñado en tierras ibéricas hasta tener al Río Ebro como frontera, lo cual fue mal visto por Roma, que se declaró protectora de las ciudades griegas que tenían un área de penetración comercial que alcanzaba la Costa Este de la Península. Aníbal toma una de esas ciudades ligadas al comercio griego y esto es usado por Roma como pretexto para declararle la guerra un año después.

—Como telón de fondo siempre se encuentra el control sobre las aduanas, sobre el comercio exterior, y el control sobre todas las importantes vías de comunicación marítimas, terrestres, fluviales y, en la actualidad, también las aéreas.

—Además, habría que añadir el control sobre las grandes ciudades, igual que hoy en caso de guerra, donde según tu debilidad o fuerza estás lejos o cerca de ellas. Pero bien, sigamos. Con idas y venidas después de 17 años de guerra en tierras ibéricas, itálicas y africanas, Aníbal decide celebrar conversaciones que conduzcan a un acuerdo de paz con los romanos ya que pensaba que era inútil seguir resistiendo y se rinde; con lo cual Cartago pierde todas sus colonias en África, así como toda su flota militar; además, le obligan a aceptar

nuevas fronteras, amén de las reparaciones en moneda de plata al peso y un montón de cosas más. De esta manera, Cartago queda de rodillas y hecha pedazos mientras que Roma, en 170 años, de ser una pequeña ciudad del Tíber se transforma en el centro de la más grande potencia mundial de la antigüedad y cuya influencia cultural dejó rastros que perduran hasta el día de hoy para beneplácito de la casta de glorificadores del Imperio Romano y sus símiles.

—Pero la cosa no quedó ahí, ¿verdad?

—Sí, la cosa no quedó ahí. Cartago trató de rehacer su economía en base al comercio y la expansión de su agricultura, y como esto no le gustó al grupo aristocrático conservador romano, que veía por todas partes el menoscabo de sus riquezas e intereses, empezaron a pedir a gritos la completa destrucción de Cartago. Así, dicho y hecho, declaran la Tercera Guerra Púnica y cuyo final supuso el fin del Poder cartaginés; la ciudad fue arrasada, su población exterminada y los sobrevivientes vendidos como esclavos. Año 146 antes de nuestra era. A pesar de todo, la cultura cartaginense sobrevivió durante los primeros siglos en numerosas ciudades coloniales bajo el Poder romano, como se puede aún ver en las Islas Cerdeña e Ibiza así como en la Península Ibérica y sobre todo en las costas de Argelia y Marruecos; incluso la lengua fenicia se mantuvo en la llamada zona metropolitana cartaginesa durante todo el Imperio Romano demostrando la fuerza de las naciones y sus idiomas...

—Les guste o no a algunos mamarrachos con ínfulas lingüísticas —sentenció Sebastián con aplomo.

Leoncio guardó unos segundos de silencio, tiempo en que no sabía si sentirse incómodo o contento por los redondeos que Sebastián hacía de su relato. Cerró los ojos y al abrirlos notó que la luz de la vela se abría paso entre la penumbra. Sonrió y movió el mentón de abajo para arriba varias veces. Lo comprendió y se dio por satisfecho. Está bien, se dijo en silencio.

—Terminó la derrota de Cartago —continuó Leoncio haciendo como si no hubiera oído lo dicho por Sebastián—, y casi al mismo tiempo tanto Macedonia como Grecia pasaron a ser parte del Imperio Romano. Y aquí, como anotación aparte, para disgusto de algunos sabios, debo decir que Grecia fue conquistada y pisoteada por Roma, pero la cultura griega llegó a modificar profundamente la cultura romana. Y así, la historia siguió desarrollándose hasta el Imperio Griego Medieval y el Imperio Griego de Bizancio, que sería uno de los Imperios más grandes de la historia de Oriente como parte del Imperio Romano y duraría más de 1,000 años, desde el Siglo V hasta el Siglo XV, aunque a fin de cuentas cayó bajo dominio otomano. Y así, etcétera, etcétera y etcétera hasta el día de hoy que, para nuestro tema

del momento, no tiene relevancia. Dentro de este contexto histórico, hay que ver que a pesar de todas las broncas internas y externas, el sentimiento de unidad de los griegos, cuya meta era crear una nación que una a todos los griegos encauzándolos hacia un destino común y un Estado que una a todas las naciones griegas, se mantuvo gracias a los cultos panhelénicos, las fiestas y los juegos...

—Que hoy conocemos como Juegos Olímpicos, ¿cierto? —dijo Sebastián.

—Cierto. A los griegos les gustaba el deporte y la juerga; no sólo eran guerreros, también eran deportistas, jaraneros y crédulos. El Oráculo de Apolo en Delfos fue el principal centro religioso de Grecia; el que iba a consultar el futuro se encontraba con una sacerdotisa que después de ingerir ciertas drogas entraba en trance y pronunciaba un montón de palabras incoherentes que cada quién podía interpretar según su gusto o necesidad. Pero eso no es todo, el reino de sus dioses estaba conformado, como ellos, por un linaje muy ramificado con infinitas relaciones de parentesco. Se puede ver, con toda claridad, que el mundo de los dioses griegos era la reproducción mitológica de la sociedad esclavista griega, surgida del sistema tribal, de su historia y de su modo de vida; una serie de leyendas familiares llenas de tropelías como incesto, pederastia, violación, adulterio, parricidio, asesinato, secuestro, destierro, odio, castigo, humillación, venganza y de cuando en cuando también presenta, a la volada, algo más o menos normal; claro está, según los parámetros establecidos por los usos y las costumbres de la época.

—Entonces —dijo Sebastián—, se podría decir que con el surgimiento de la sociedad esclavista se transforman los dioses y las creencias del clan y de la tribu en un sistema de ideas religiosas que reflejan las relaciones sociales de esclavitud y que cumplen funciones necesarias para la clase dominante.

—Así es. Y hay que añadir que la norma de la sociedad esclavista fue la carencia de una religión única ya que la masa de esclavos era reclutada, por lo general, entre los prisioneros de guerra que pertenecían a pueblos distintos y eran traídos desde territorios lejanos; tenían diferentes lenguas y costumbres y veneraban dioses distintos y no querían renunciar a la religión de sus antepasados ni pueblos de origen. Esto se puede ver muy bien, por ejemplo, en el antiguo Egipto, donde se creó un poder despótico centralizado como consecuencia de la conquista y la unión de diferentes comunidades territoriales, los dioses de cada una de esas comunidades se subordinaron a los dioses de la comunidad triunfante que se convirtieron así en los principales dioses del Estado; así, pues, se puede apreciar cómo surge la jerarquía de los dioses, el entrelazamiento de las actividades estatales y

religiosas y cómo la casta de los sacerdotes se asegura una enorme influencia sobre los asuntos del Estado...

—Y el Estado afirma su autoridad con ayuda de la religión...

—Y los sacerdotes —añadió Leoncio—, con la religión, el Templo y todos sus artilugios, seguían teniendo la sartén por el mango...

—Pero la religión dominante servía como vínculo de unión entre los esclavistas...

—Pero los esclavistas consideraban bestias y no hombres a los esclavos por lo que no juzgaban necesario difundir entre ellos su propia religión...

—Entonces —empezó a conciliar Sebastián—, para los esclavistas, los esclavos quedan fuera de la religión y de la moral y consideran la coerción económica como medio suficiente para someterlos...

—Sí —afirmó Leoncio—. Y no será sino hasta una parte avanzada de la historia del esclavismo romano cuando se dan cuenta de que necesitaban una religión para todo el Estado, capaz de contribuir a la unión de todas las provincias en una sólida comunidad; pero la tentativa de reunir y agrupar mecánicamente, en una sola religión, a todos los dioses locales, no condujo a Roma a la tan esperada unidad espiritual...

—Porque para que una nueva religión surja —acotó Sebastián—, se difunda y penetre entre las masas, debe adaptarse a sus necesidades...

—Porque en la sociedad esclavista la masa estaba compuesta de esclavos, libertos, artesanos y campesinos es que se engendra una nueva religión; especialmente entre los esclavos que habían sufrido un sinnúmero de derrotas en sus tentativas por liberarse de la opresión, y el cristianismo les prometía recompensar en el otro mundo los sufrimientos terrenales...

—Porque Espartaco fue derrotado, triunfó Cristo...

—Porque el engendro del cristianismo —replicó Leoncio—, su difusión y su posterior transformación en la religión estatal dominante refleja la crisis del régimen esclavista...

—Y los esclavos —dijo Sebastián—, al no lograr liberarse, dirigen sus miradas al cielo...

—Y los esclavistas comprendieron que, a pesar de haber derrotado las insurrecciones de los esclavos, ya no les era suficiente el uso de la violencia y fue entonces cuando apareció la necesidad de una religión que, siendo también la de los esclavos, sirviese a los intereses de los esclavistas; es entonces cuando el cristianismo, antes aherrojado, es sometido a reelaboración, se adapta a las necesidades de la clase dominante y se eleva a rango de religión estatal...

—Pero...

—Pero ni un sólo pero más, Sebastián —exclamó Leoncio algo impaciente—, que estamos apartándonos del tema en el tiempo y ya veremos este asunto más adelante, con los romanos.

—Lo siento —dijo Sebastián esbozando una complaciente sonrisa.

—Bien, ¿y dónde me quedé?

—En los dioses griegos —le ayudó Sebastián.

—¡Ajá! Gracias. Bien, entonces continúo. Aunque los griegos tienen sus dioses distribuidos en el cielo, la tierra, las aguas y el inframundo, la mitología griega, ambientada fundamentalmente en el mar, por razones más que evidentes, parte del culto a la naturaleza y dota a sus dioses y semidioses de un carácter humano, por decir algo. Es interesante notar que esta mitología surge en los tiempos de las gens y de las hermandades o fraternidades donde, por ejemplo, la mujer aún tenía un papel preponderante como en el tiempo del matriarcado o por lo menos cuando era más estimada aunque luego será humillada por el predominio del hombre y la competencia de las esclavas en la cama. Sin embargo, hay que destacar que los mitos no se crean basándose en situaciones determinadas surgidas de contradicciones concretas, por lo tanto, no son un reflejo científico de la realidad. El mito no refleja para nada la realidad, es algo que describe, imaginariamente, la conquista de las fuerzas de la naturaleza por el hombre; es una representación idealizada de sus deseos, en el mito existe sólo una identidad imaginaria y no concreta entre los aspectos que constituyen la contradicción...

—Pero acabas de decir que el mundo de los dioses griegos era la reproducción de la sociedad esclavista griega —inquirió Sebastián algo distraído.

—Lo que he dicho, mi querido despistado, es que el mundo de los dioses griegos era la reproducción mitológica de la sociedad esclavista; he dicho reproducción mitológica, m-i-t-o-l-ó-g-i-c-a, y ahora lo que trato de explicar es qué diablos es el mito, ¿entiendes?

—Sí, claro. Ya caigo —dijo Sebastián a modo de disculpa mientras la opacidad disimulaba su sonrojo.

—Bien. Ya he mencionado que los griegos, y lo mismo sería mencionar, por qué no, a otros pueblos, tenían una meta y ésta era crear una nación que una a todos los griegos encauzándolos hacia un destino común y un Estado que una a todas las naciones griegas; y también he dicho que ese sentimiento de unidad se mantuvo gracias a los cultos panhelénicos, es decir a los usos y costumbres de toda Grecia, a las fiestas y a los juegos olímpicos y todo ello era una identidad que sí se reflejaba en transformaciones reales...

—Se concluye hasta por el nombre mismo —acotó Sebastián otra vez atento—, en griego pan significa todo y Hélade es lo que nosotros

llamamos Grecia. Cultos panhelénicos, los cultos de toda Grecia.

—Bien, pero, ¿qué es lo más importante? Para mí, dado el asunto sobre el que me explayo, lo más importante es que en la historia de Grecia se puede apreciar con mucha nitidez lo siguiente: A pesar de que las primeras ciudades Estado helénicas mantenían su autonomía, seguían un desarrollo similar en su evolución política. Inicialmente los grupos se organizaban en clanes unidos por lazos de parentesco donde la riqueza era un bien común; era un grupo formado por todos los familiares del *basileus*, que era así como llamaban al jefe del clan, que además de ser el jefe militar dirigía la producción y se encargaba de la distribución. Aunque el jefe tenía autoridad absoluta, la propiedad y la riqueza eran un bien común; un bien colectivo y esto era lo que daba vigor a la organización gentilicia. Pero más adelante, a partir del derecho paterno con herencia de la fortuna por los hijos, empieza la decadencia pues facilita la acumulación de las riquezas en pocas manos y la propiedad pasa a ser privada, lo que a su vez repercute sobre la constitución social con la aparición de una nobleza hereditaria y de una monarquía, además de la esclavitud que inicialmente sólo comprendía a los prisioneros de guerra pero luego pasó a la esclavitud de los campesinos sin tierra y hasta a los mismos miembros de la tribu. También podemos notar que las guerras entre tribus degeneran en sistemáticos robos y agresiones por medio de la violencia para apoderarse de tierras, ganados, tesoros y esclavos, con lo cual estas fechorías llegan a convertirse en una industria generadora de más riqueza. Así, la antigua sociedad de las gens, de las tribus y de los pueblos donde surge la nación empieza a ser minada por los intereses más viles, por la codicia, la avaricia, la avidez por los goces y el robo egoísta de la propiedad común. El robo, la violencia, la perfidia y la traición conducen a la perdición de la antigua sociedad sin clases dando paso a la sociedad de clases; a la nueva sociedad civilizada que a lo largo de su historia nunca ha sido más que el desarrollo de una ínfima minoría a expensas de una inmensa mayoría de explotados y oprimidos...

—Fin de la cita —sentenció Sebastián agarrándole el guiso a triunfo cada vez que pescaba una frase hecha.

—¡No jodas! Con el tiempo las monarquías fueron sustituidas por oligarquías de aristócratas, ya que las familias nobles compraban las tierras y éstas eran la base de todo su poder y riqueza. Más adelante las oligarquías helénicas fueron sustituidas por plebeyos enriquecidos o aristócratas contrarios a la aristocracia y sus representantes, a quienes llamaban tiranos. La aparición de las tiranías se debió sobre todo a un factor económico. El descontento popular surgido frente a las aristocracias se había convertido en un importante factor político

a causa del aumento de la esclavitud de los campesinos sin tierras; la colonización y el comercio habían acelerado el desarrollo de una próspera clase de comerciantes que supieron aprovecharse del gran descontento para reclamar el reparto del Poder con los aristócratas de las ciudades Estado. Se constata una clara especialización del trabajo que favorece la acumulación de excedentes y el intercambio. La base económica era la agricultura, que se complementaba con la ganadería, y la propiedad de la tierra era la base del Poder. De esta manera, las tribus, los pueblos, las naciones andaban desarticuladas y enfrentadas entre sí pues faltaba la institución que asegurase las nuevas riquezas de los individuos junto a la propiedad privada consagrando ésta como el fin más elevado de la humanidad y todo ello junto con el reconocimiento de las nuevas pendencieras formas de adquirir propiedad y la acumulación cada vez más acelerada de riquezas; es decir, faltaba la institución que garantice a perpetuidad la naciente división de la sociedad en clases y el derecho de la clase poseedora a explotar y dominar a la clase no poseedora. Para ello se transforman los órganos de la constitución gentil y el derecho popular en órganos de administración con una fuerza armada, mal llamada pública, que podía ser usada contra el mismo pueblo, usurpando así el sentido de pueblo en armas que había creado su autodefensa en las gens, en las tribus, en los pueblos y naciones. Y es así cómo, con el nacimiento de esa institución, se inventó el Estado. La sociedad antigua, basada en las uniones gentilicias, salta por los aires a consecuencia del choque de las clases sociales recién formadas; y su lugar lo ocupa una sociedad organizada en Estado y cuyas unidades inferiores no son ya gentilicias, sino unidades territoriales; se trata de una sociedad en la que el régimen familiar está completamente sometido a las relaciones de propiedad y en la que se desarrollan libremente las contradicciones de clase y la lucha de clases.

—Tienes que aclarar que se trata de la propiedad privada de los individuos sobre los medios de producción —dijo Sebastián enfatizando sus palabras.

—¡Fin de la cita! —retrucó Leoncio rápidamente.

Ambos rieron por un buen rato con una risa afable y sincera.

—Luego —continuó Leoncio secándose un amago de lágrima alegre—, aparecerán Estados que se expanden y someten a otros Estados y naciones generándose una diferenciación entre naciones oprimidas y naciones opresoras. Así que, traer a colación los grandes Estados de Ciro, de Alejandro, de Aníbal, de Carlomagno, de cualquiera de los Césares o de Perico de los Palotes para validar o negar una posible definición del concepto nación no es más que una payasada puesto que en estos casos se trata de Imperios, es decir de la relación

económica, política, social, cultural, y todo lo que se quiera, de una metrópoli o de un centro, con sus colonias; se trata de un Estado que domina los territorios de varias naciones; se trata de una diversidad de territorios, con una diversidad de naciones, regidos y dominados por un Estado Imperial. Por lo que, según mi entender y dicho sea de paso, también es una cojudez confundir nación con Estado.

—Aguanta el carro, Leoncio —dijo Sebastián mientras se levantaba para prender la vela que se había apagado tras un golpe de viento frío a ras del suelo. La cambió de lugar.

—Bien —reinició Leoncio—, otro pequeño salto en el mapamundi y la historia, te invito a pasear por Europa Central; en concreto por la Alemania de la Edad Media y algo más. El Imperio Romano y sus canales se habían extendido junto con la esclavitud sobre un territorio muy amplio que abarcaba desde el Golfo Pérsico hasta el Océano Atlántico pasando por las orillas del Mar Negro, del Mar Rojo, del Mar Mediterráneo y desde el desierto del Sahara hasta ambas orillas de los Ríos Danubio y Rin; más de 6'000,000 de kilómetros cuadrados, una extrema concentración territorial; un extenso territorio difícil de controlar y sujeto a la voracidad de los Césares, de sus familias y allegados, del ejército y de los pretorianos, amén de levantamientos internos a causa de la pérdida de las libertades ciudadanas, del empobrecimiento de la población urbana, del fin de la autonomía de las ciudades, de las sublevaciones de esclavos, siendo la más sonada la dirigida por Espartaco pero no la única, y a causa de un rosario más de cosas. Años ya que el monoteísmo había alcanzado su cenit con el judaísmo que venía siendo elaborado desde muchísimo antes del viaje de entrada y salida de Egipto y que fue inventado como distintivo indicador de pertenencia a una determinada comunidad o hermandad humana. Ya sabemos que la religión es el reflejo fantástico de las fuerzas de la naturaleza en la cabeza de los hombres, donde las fuerzas naturales cobran formas sobrenaturales, por encima y al margen de ellas; pero no sólo las fuerzas naturales sino todos los poderes externos que dominan su existencia, en especial los poderes de las fuerzas sociales, que sufren un fantástico proceso corpóreo de personificación en el cerebro del hombre y se convierten en representantes de poderes históricos; ahí tenemos la mitología y la filosofía vulgar griegas que, en su forma evolutiva, transmiten todos los atributos naturales y sociales de los muchos dioses a un solo dios omnipotente y omnipotente como reflejo del hombre abstracto que halla su representación en el dios exclusivamente nacional judío...

—Más conocido como Yahvé —volvió a completar Sebastián.

—Los cartagineses —continuó Leoncio tras escupir la bola de hojas de coca que le adormecía la boca—, como herederos de las tra-

diciones de los semitas occidentales, creían en la existencia del alma y del espíritu al que solían interpretar como una sombra y portador del aliento de vida de procedencia divina. La religión para los cartaginenses, como para todos los judíos, no era una cuestión sólo de creencia sino que formaba parte de su vida diaria, de su tradición y cultura aunque con la dispersión hayan incorporado elementos culturales de los distintos países en que vivieron o viven. La tradición se remonta a las tierras de Canaán desde los primeros tiempos, antes de Mesopotamia y pasando por Egipto a causa del hambre y en busca de las bondades del Nilo, y luego sigue de regreso a la tierra de sus orígenes tribales. Es evidente que las majaderías relatadas en el Antiguo Testamento no son más que artilugios utilizados para elaborar un enunciado teológico, un relato que aparte de ser una ficción artificiosa carente de todo fundamento, toma posibles hechos reales para recrear parábolas que apunten, en ese momento histórico, el carácter nacional del pueblo israelita; son fábulas esquemáticas y simbólicas que identifican valores y conceptos como la codicia, la vergüenza, el mal, el delito, el saber, los celos y muchos otros dentro del proceso de formación tribal. A estas alturas del conocimiento, gracias a los hallazgos arqueológicos y la antropología, se sabe que en el Mediterráneo Oriental y en Asia Menor hacia fines de la llamada Edad de Bronce, los grupos de 12 y a veces de 6 tribus era cosa común y los griegos los llamaban anficionías, vocablo que deriva de un término que significa *morar en* y que podría explicar que el factor unificador no era el linaje común sino la devoción común a determinado santuario israelita creado en aquellos tiempos.

—Sin embargo y a pesar de todo —añadió Sebastián—, también se sabe que todas las tribus semíticas occidentales que entraron en Canaán tenían orígenes comunes y estaban interrelacionadas entre sí.

—Así es —confirmó Leoncio—. Además compartían usos, costumbres, recuerdos, tradiciones y antepasados respetados. ¿Por qué habrían de escapar los semitas y dentro de ellos los israelitas al normal proceso evolutivo seguido por las gens, las tribus, las federaciones de tribus, los pueblos y las naciones?

—Sí —dijo Sebastián haciendo un movimiento afirmativo de cabeza—, ésa es una pregunta válida.

—En mi opinión —dijo Leoncio con calma—, los israelitas cobran conciencia de su identidad común en el marco de un sistema tribal y, al igual que en cualquier otro grupo humano, sus nexos familiares y religiosos eran sólidos como reflejo de su relación y participación en la producción de bienes materiales. La entrada y salida de Egipto no es más que relato parabólico de una parte de la nación judía; la

salida de Egipto y la llegada a la llamada Tierra Prometida, que según el librito de las fábulas dura 40 años para un recorrido de 2 semanas, representa, entre otras cosas, la necesidad del transcurso de varias generaciones para que una idea se afiance, y esto sigue siendo aplicable tanto en el presente como en el futuro. Hay nombres y datos salidos de investigaciones científicas que dan tema para hablar no sólo horas sino días interminables sobre este tema; como por ejemplo, podríamos hablar largo y tendido sobre la ciudad Siquem, del Siglo XIX antes de nuestra era, ciudad que está cerca de la moderna Nablus que Vespasiano fundara el año 72 de nuestra era, luego de la reconquista de lo que ahora se denomina Palestina. Siquem, según la evidencia arqueológica, fue demolida y reconstruida unas 22 veces, cumplió un papel en el paso del nomadismo al sedentarismo del pueblo de Israel y fue un gran centro de comercio para toda la región por lo que pasó de una mano a otra. Sus habitantes fueron aquellos que se rebelaron contra Abimelec.

—El hijo de Gedeón y su esclava.

—Sí, ése. Con toda la información que al día de hoy se cuenta, se puede pensar, sin temor a equivocarse, que los israelitas no sólo fueron aquellos que entraron y salieron de Egipto sino que evolucionaron y se desarrollaron en Canaán y sus alrededores o, por lo menos, se puede decir que, por las buenas o las malas dentro del proceso de evolución del hombre, esas tierras ya estaban en manos de gente que los que salieron de Egipto identificaron como sus correligionarios y parientes tribales. En resumen, por lo que se puede leer en los documentos egipcios fechados entre los años 1389 y 1358 antes de nuestra era y que son conocidos como las cartas de Amarna, se deduce que los habitantes en esa parte de tierra llamada Palestina, eran hebreos activos y belicosos; y por nuestra parte podemos suponer que ya muchísimo antes se habían organizado tras un basileus o un jefe militar, que formaron parte de una confederación de tribus, que formaron un pueblo, que guerrearon, que se expandieron, que fueron golpeados y se replegaron, que perdieron batallas y guerras, que también las ganaron, que formaron parte de los semitas fundadores de Mesopotamia, de Cartago y muchos otros imperios, que fueron expulsados una y otra vez de aquí y de allá, que regresaron a lo que consideraban su lugar de origen una y otra vez y que, como en la evolución de todas las tribus, con la apropiación del conocimiento y la riqueza aparecieron los sacerdotes y las clases y la lucha entre ellas. Además de esto, los judíos, los israelitas, los hebreos, o como quieran llamarlos, tenían una tradición milenaria.

—Tradición que está reflejada en la ley mosaica —aportó Sebastián.

—Cierto. Y, en relación a la tradición judía, se sabe que la versión primera de la llamada ley mosaica formaba parte de una tradición que era ya antigua; por ejemplo, las leyes higiénicas y la dieta israelitas generalmente se ajustaban a la práctica egipcia, según unos papiros de 2650 antes de nuestra era donde se relata la tradición médica de los egipcios; del mismo modo se puede ver que el primer código de leyes, hasta ahora encontrado, data aproximadamente del año 2050 antes de nuestra era y fue descubierto entre varios textos del Museo de Oriente Antiguo de Estambul, donde se puede leer sobre funcionarios deshonestos y la consiguiente necesidad de desembarazarse de ellos, así como sobre la fijación de pesos y medidas justos. En un museo de Iraq se encuentran 2 tablillas escritas en idioma semita acadio donde se enumeran alrededor de 60 normas aplicables a la propiedad y otro tanto se encuentra en la Universidad de Pensilvania, que data de inicios del Siglo XIX antes de nuestra era, escritas en semita sumerio; aunque lo más impresionante se encuentra en Francia en el museo de Louvre, procedente de Susa al este de Babilonia, escrito en semita acadio sobre un bloque de diorita de 180 centímetros correspondiente a los años 1700 y pico, antes de nuestra era, y se le conoce como el código de Hammurabi, y así por el estilo se han hecho un sinnúmero de excavaciones que han puesto al descubierto tablillas y muchas otras cosas que demuestran que la legislación mosaica original no es más que la recopilación y reordenamiento de una serie de códigos legales ya existentes y en función, para bien o para mal, de muchos creyentes...

—Y de algunos no creyentes también —sentenció Sebastián sonriendo.

—¡Eso! Por otro lado, un aspecto importante a tener en cuenta es que las sociedades mesopotámicas que se hallaban en expansión estaban creando formas de escritura mucho más sofisticadas que el jeroglífico egipcio y sus derivados y veían en esta invención una fuente de poder; por lo tanto, creían que la anotación de una ley acrecentaba su fuerza y le confería un carácter espiritual. La diferencia entre el llamado código mosaico original y los otros códigos legales es que estos últimos eran atribuidos al dictado de diferentes dioses o de monarcas individuales y por lo tanto eran revocables, modificables y esencialmente seculares mientras que el primero, siendo una recopilación y codificación de la tradición y ley israelita, se la atribuye en exclusiva a un dios único y a través de la legislación del Pentateuco se borran las diferencias entre lo religioso y lo secular; junta el derecho civil, el penal y el moral. Mientras la mayoría de los códigos legales del Cercano Oriente están orientados hacia la propiedad, la llamada ley mosaica está orientada a un dios único. Por ejemplo, en los otros

códigos, un esposo puede perdonar a la esposa adúltera y al amante; en cambio en la ley mosaica ambos deben morir. Brutal la cólera del menudo Yahvé. El núcleo del código mosaico es el Decálogo, más conocido como los *10 Mandamientos*, donde se puede ver con toda precisión 2 grupos; uno, del primero al cuarto mandamiento, que abarcan las relaciones entre dios y el hombre; otro, del sexto al décimo, que se refieren a las relaciones entre hombres; y el quinto mandamiento, que cumple la función de puente entre ambos, pues trata de los padres e hijos. Las culturas mesopotámicas rechazaban el concepto de un solo dios como fuente última de poder, mientras que el monoteísmo, basado en una larga tradición, fabrica un amasijo escrito en forma de receta con el nombre de Antiguo Testamento para centralizar el poder religioso de los sacerdotes y someter al pueblo bajo su férula. Así las cosas, si se repasa con seriedad y en detalle, por ejemplo, la vaina ésa de Abimelec y el resto del Libro de los Jueces, y en especial sus 3 últimos capítulos, se puede colegir que había una insatisfacción por el sistema tribal desunido y una guerra civil entre los israelitas; una especie de guerra de Troya en miniatura con una disputa cruel entre benjaminitas y las demás tribus mientras la amenaza filisteas se incrementaba, lo que al final de cuentas promovió, ante la presencia de un enemigo externo, la unión de las tribus con lo cual Israel adoptó un sistema de mando centralizado para afrontar la guerra. Por eso me parece de lo más estúpido que cuando se escribe *Sobre la cuestión judía* se deje de lado la dialéctica y se olvide, entre comillas, que los judíos también se dividen en clases y se llegue a generalidades tan vergonzantes que hacen del escrito un vulgar panfleto antisemita.

—Increíble, pero cierto —dijo Sebastián rascándose la nuca.

—Las debilidades humanas revolotean y anidan en los rincones más inesperados —reconoció Leoncio con un tono de voz que reflejaba un hálito de decepción—. Pero bien, avancemos al dominio griego y luego pasaremos al dominio del Imperio Romano. Veamos, la sublevación de los Macabeos deja toda una escuela de resistencia y combate a la tiranía y un antiguo manual de guerra de guerrillas. La helenización de la denominada Palestina encontró adeptos en las clases superiores, los ricos y los sacerdotes judíos que se prestaban al juego de los griegos poniendo en ascenso un movimiento reformista judío, que deseaba acelerar el ritmo de la helenización por motivos seculares y económicos, apropiándose cada vez más del templo de Jerusalén; así, los reformadores se vieron cada vez más identificados con el Poder de ocupación y los impuestos opresores. Poco después se abolió la ley mosaica en la forma que entonces adoptaba y fue reemplazada por la ley secular al mismo tiempo que rebajaba el Templo

a la categoría de lugar ecuménico de culto y metieron la estatua del dios Zeus Olímpico al Templo. Como los altos impuestos recaían sobre los más pobres, se produjeron revueltas encabezadas por los Macabeos que, en 2 años de campaña guerrillera contra las guarniciones selécidas y sus partidarios judíos, expulsaron a todos los griegos de la región que circundaba Jerusalén; fue así cómo Israel recuperó su independencia después de 440 años. El gobernante selécita Antíoco Epífanos Sidetes había recibido de sus asesores la recomendación de que destruyese Jerusalén y aniquilase el pueblo judío, porque era el único pueblo sobre la Tierra que rehusaba asociarse con el resto de la humanidad; una reverenda huevada que un montón de energúmenos han promovido e intentado hacer a lo largo de los siglos. Pero fracasó en su vano intento.

—¿En qué año le dieron esa recomendación?

—Era el año 130 y tantos antes de nuestra era. Al convertirse en gobernantes y conquistadores, los Asmoneos se deslizaron por la corrupción del Poder produciéndose una disputa entre los partidarios de los ricos y los partidarios de los pobres, entre saduceos y fariseos, que desencadenó una guerra civil que duró 6 años.

—Alguien dijo que el Poder no cambia a nadie, hace que las personas se manifiesten tal como son —anotó Sebastián.

—Un interesante punto de vista que podemos tomar en cuenta —reconoció Leoncio—. Bien, a la muerte de Alejandro, los judíos estaban sumamente divididos pero, a pesar de ello, el Estado Asmoneo, con David a la cabeza, pudo expandirse un poco más antes de que Roma adquiriera las fuerzas necesarias para reemplazar a los griegos. Como Roma no podía aceptar la expansión judía, que sometía a sus vecinos y por la fuerza los convertía a su fe exigente e intolerante, esperó a buen recaudo que las divisiones internas lo hicieran vulnerable; y cuando esto sucedió, Judea se convirtió en un Estado cliente romano a través de intrincadas componendas. A lo largo de más de 100 años, hubo levantamientos esporádicos pero los de verdadero alcance se produjeron del año 66 al 73, y del 132 al 135 de nuestra era; fueron de gran magnitud y convulsionaron el Imperio Oriental. Estas 2 grandes rebeliones judías contra el dominio romano no sólo eran la expresión del levantamiento de una colonia contra el centro del Poder sino, además, un conflicto étnico y cultural. A pesar de que el término antisemita recién fue acuñado en 1879, en la práctica, su contenido ya existía entonces.

—La hostilidad hacia los judíos fue consecuencia del monoteísmo y sus repercusiones sociales —pensó Sebastián en voz alta.

—¡Exacto! Los judíos no podían ni querían reconocer la existencia de otras deidades ni les mostraban ningún respeto; obedecían

y practicaban antiguas leyes de tipo dietético e higiénico que entorpecían las relaciones sociales; se mantenían unidos y mostraban que conservaban prácticas y tabúes ancestrales que ya habían sido abandonados en otros lugares y, para remate, eran considerados inmigrantes en su propia tierra. Si a todo esto le sumamos que, siglos más tarde, fueron obligados a vivir en guetos, entonces tendremos un panorama más completo para poder entender los levantamientos y rebeliones.

—¡La rebelión se justifica!

—Dentro de ese panorama —continuó Leoncio haciendo caso omiso de lo citado por Sebastián—, hay que tener en cuenta que el dominio romano en la llamada Palestina del Siglo I de nuestra era fue bastante torpe e inútil y que los helenos de esas tierras, al igual que los griegos de Alejandría, se destacaban por su antisemitismo. La dominación romana padecía de una insolvencia crónica por lo que los impuestos se hicieron exorbitantes y los campesinos estaban irremediablemente endeudados y, en las ciudades habitadas por poblaciones mixtas griegas y judías, las relaciones eran tensas. El año 66, en Cesárea, hubo una disputa legal entre griegos y judíos, que fue ganada por los griegos y éstos lo celebraron con un pogromo contra el barrio judío, los masacraban e incendiaban sus casas; hicieron todo esto delante de las narices de la guarnición romana, de habla griega, que no intervino para nada...

—Y esa forma de hacer uno la vista gorda se ve aún hoy en día, aunque en masacres contra otros pueblos.

—¡Eso! Las noticias de la masacre se extendieron hasta Jerusalén y a los pocos días se inició una revuelta como respuesta al saqueo que los romanos habían hecho del Templo para cobrarse unos supuestos impuestos impagos. Ante la afrenta, el pueblo se defendió y, a fin de cuentas, no sólo se produjo una guerra civil entre griegos y judíos sino entre los judíos pobres y los judíos de la clase alta, considerablemente helenizada, que simpatizaban con los griegos. Se dice que los judíos asaltaron la guarnición romana de Jerusalén y la masacraron. Como respuesta, los romanos quisieron entrar a la ciudad pero se desbandaron ante la heroica respuesta del pueblo judío que combatía incluso en contra de la reticencia de su Gobierno a organizar la defensa y presentar combate. Como reacción ante la primera gran derrota a manos de los judíos, los romanos concentraron grandes fuerzas bajo el mando del conocido Tito Flavio Vespasiano. Después de encarnizados combates, a lo largo de 4 años, los romanos derrotaron a los insurgentes en toda Judea, limpiaron la costa de insurgentes y aseguraron sus comunicaciones. Sólo después de ello se procedió al asedio de Jerusalén que duró de abril a septiembre del

año 70 de nuestra era. Tomaron Jerusalén, destruyeron el Segundo Templo y masacraron a los combatientes y a la población desarmada. Sobre estos hechos se encuentra una larga descripción en Josefo, aunque hay que tener mucho cuidado pues se muestra tendencioso, contradictorio e indigno de confianza.

—Ese tipo era un sacerdote vinculado a la casa de uno de los grandes aristócratas de ese tiempo...

—Sí, de Eleazar ben Ananías. Y, además, Josefo inicia su carrera de escritor como apologista de Roma y luego retorna a sus raíces judías para terminar en posturas estúpidamente nacionalistas. Como fuere, tras la caída de Jerusalén quedan 3 centros de resistencia: Herodio, que cae poco después; Maqueronte, tomada por los romanos recién en el año 72; y la fortaleza de Masada, que fue la última en caer. Los años siguientes fueron de intensa propaganda antisemita y a partir del año 100, los judíos fueron atacados con mayor fiereza en su propio territorio porque se afirmó que subvertían a las clases bajas e introducían ideas nuevas y destructivas; una acusación que habría de repetirse en el curso de los tiempos. De esa manera hubo numerosos disturbios y constantes desórdenes en las ciudades de la diáspora. Los últimos alzamientos judíos se desencadenaron como consecuencia de una oleada de hostilidad oficial hacia los judíos bajo el Emperador Adriano, quien introdujo en todo el Oriente las medidas panhelénicas y uno de sus proyectos fue erigir una ciudad pagana sobre las ruinas de Jerusalén con un templo romano consagrado a Júpiter en el monte del Templo.

—Y empieza el despelote otra vez por la hostilidad de Adriano al judaísmo.

—Así es. La segunda gran sublevación se produce a la salida de Adriano de Oriente y duró 4 largos años, una de las cosas que contribuyó a los éxitos iniciales de los judíos fue que esta vez, a diferencia de la primera gran sublevación, estaban unidos y obedecían a una única dirección; sin embargo, al final, sucumbieron ante la táctica romana de dividir y aislar a las fuerzas rebeldes para obligar a las bolsas periféricas a rendirse por hambre y, después, cercar gradualmente los restantes centros de resistencia.

—Se dice que los romanos, en corto tiempo, asesinaron 500,000 judíos o más. Una masacre sin precedentes para aquellos tiempos, ¿verdad? —dijo Sebastián sobrecogido.

—Cierto. Y hay que tener en cuenta que la inmensa mayoría de los asesinados no eran combatientes. Los romanos destruyeron 50 fuertes, donde los rebeldes habían resistido y combatido, y 985 ciudades, aldeas y asentamientos agrícolas fueron arrasados. Más de 500,000 judíos fueron asesinados. El país fue assolado. El pueblo judío

se había levantado asqueado de las sucesivas dominaciones sufridas y de la sumisión de sus gobernantes a los persas, a los macedonios, a los egipcios, a los seléucidas y finalmente a los romanos. El pueblo estaba harto de que los romanos se llevaran sus productos de primera necesidad, estaba harto de los impuestos que los agobiaba y de la imposición de las leyes romanas que con la soberbia del poderoso despreciaban sus costumbres, sus tradiciones y sus creencias. El Sanedrín, el Consejo supremo conformado por 70 miembros de prestigio y presidido por el Sumo Sacerdote del Templo, no sólo tenía en sus manos el gobierno espiritual y la jurisdicción civil de la nación sino que también tenía en sus garras el control absoluto sobre la administración de justicia y para ello contaba con un ejército propio pero que, a causa de su disimulado o abierto servilismo, no hacía nada o muy poco para enfrentar el Poder del opresor de turno, así que el pueblo se defendió, se levantó, se sublevó, se rebeló y combatió con ardor. El pueblo judío, inalterable en su propósito colectivo, no había retrocedido nunca; aferrado a su fe, a su espíritu de colmena y a sus tradiciones, había visto caer uno tras otro a sus opresores pero esta vez, a pesar de desarrollar una gran lucha sin desfallecer ni postrarse de rodillas, en la Capital, Jerusalén, una ciudad que había presenciado fanatismos diversos; que había presenciado religiones, lenguas, costumbres y tradiciones diversas, perdió y sucumbió ante la insana venganza romana.

—Y Adriano, el muy hijo de puta —dijo Sebastián luego de escupir la bola de hojas de coca que tenía en la boca—, destruyó Jerusalén y la reconstruyó como ciudad griega y colonia romana con el nombre de Aelia Capitolina.

—Así fue, Sebastián. Una vez que los romanos habían destruido el Estado judío y expulsado a la mayor parte de su población, cambiaron el nombre al país bajo la denominación de Siria Palestina o simplemente Palestina, que era un nombre derivado de los antiguos enemigos de los judíos, los filisteos. Así, las catástrofes de los años 70 y 135 terminaron efectivamente con la historia del Estado judío en la antigüedad con 2 consecuencias de importancia histórica; la primera, la desaparición de la iglesia judeocristiana y la separación formal del judaísmo y el cristianismo helenístico que iba cobrando fuerza; y la segunda, un profundo cambio en el carácter y el alcance de las actividades judías. El judaísmo dejó de ser una religión nacional en cualquiera de los sentidos físicos y visibles; los judíos se vieron expatriados y, durante siglos, la comunidad judía y el judaísmo llegaron a ser coextensivos con el estudio y la observancia de la Torá. Se desarrolló un proceso en el que la Torá dominó absolutamente la vida religiosa y social de la nación judía sin importar dónde estuvieran

cada uno de sus miembros, luego vendrían los usos, las costumbres, los ideales, las metas, el sentimiento de pertenencia, el de identidad, el destino común, se incorpora la relativa ausencia de una teología dogmática y muchas otras cosas más.

—Ya no recuerdo dónde lo leí —anotó Sebastián—, pero sí recuerdo la frase. Refiriéndose a los judíos, alguien dice: ...ese maravilloso pueblo de la antigüedad que con su religión, sus normas de vida y su amor a la patria, forjó esa espléndida máxima de que la resistencia a la tiranía es la forma más genuina de la obediencia a dios.

—Y aún hay quienes en ese tema parafrasean a aquel que afirmó que los judíos no constituían una nación, pobres tarados. Pero bien, ¿qué quería decir? —Leoncio reflexionó durante breves segundos—. ¡Ah, sí! El cristianismo copia parte del judaísmo, el Nuevo Testamento no sustituye al Antiguo sino que trata de dar una nueva interpretación a una antigua forma de monoteísmo y lo hace lentamente hasta convertirse en una religión distinta pero conservando gran parte de la teología moral y dogmática inicial, la liturgia, las instituciones y los conceptos fundamentales a pesar de que la mayoría de sus doctrinas provienen de los filósofos paganos; lo que lo diferencia del judaísmo es que el cristianismo fue inventado para ocultar las diferencias étnicas, lingüísticas, políticas y sobre todo de clase. Casi desde el comienzo el cristianismo se ve en dificultades relacionadas con el dogma a causa de sus orígenes: creía en un dios pero su monoteísmo estaba condicionado por la divinidad de Cristo; así que para resolver ese problema ideó el dogma de los 2 caracteres de Cristo y el dogma de la Sagrada Trinidad, idea propuesta por Plotino, un místico griego y fundador de la escuela neoplatonista que representa la decadencia final del idealismo clásico; ese dogma, el de la Sagrada Trinidad, o sea, 3 personas en un solo dios, es el que los metió en un montón de problemas durante toda la Edad Media y a pesar de todos los cambios hasta el día de hoy no salen del atolladero porque simplemente no pueden salir, no hay cómo.

—Y sin embargo, Roma se convierte al cristianismo; una teología que es el bastardo de la religión oriental y el idealismo griego en su período de decadencia —anotó Sebastián.

—Cierto, y lo hace con Constantino el Grande en los años 300 y pico de nuestra era. El Imperio Romano ya estaba en declive y, por las razones que ya analizamos antes, se le ocurrió poner al propio cristianismo al servicio de la política para salvar el Imperio mediante su orientalización con lo que el cristianismo se convirtió, gracias al Emperador Teodosio, en religión oficial del Estado con todas las nefastas consecuencias que se conocen en la historia universal. Como símbolo de la orientalización del Imperio, a través del cristianismo,

el Emperador Constantino trasladó su capital a Bizancio, que fue rebautizada con el nombre de Constantinopla. El paso del cristianismo a religión del Estado se produce justo en el momento en que las ciudades se hundían en la miseria y los hombres, en mayor esclavitud; en plena crisis del Siglo III, justo antes de que las grandes migraciones arrastraran hacia el Imperio Romano a los pueblos germanos, godos y vándalos, que modificarían radicalmente el mapa de Europa y del inicio de los 400 años de confusión en que el Imperio Romano quedaría descompuesto en 3 estructuras políticas con culturas distintas...

—Leoncio...

—Qué pasa, Sebastián, ¿ya te aburrí?

—¿Me dejas intentar? —preguntó Sebastián después de cambiar la última de las velas.

—Y ahora, ¿qué quieres intentar, compadre?

—Armar las 3 estructuras políticas del Imperio Romano...

—¡No faltaba más! A ver. ¡Empieza!

Sebastián aclaró su voz, se acomodó sobre el pellejo, se frotó las manos e inició su resumen.

—Primero, el Imperio de Oriente o Imperio Bizantino, que habla griego y cristianiza a los pueblos eslavos como, por ejemplo, los serbios, los búlgaros y los rusos, que adoptan la escritura cirílica, llamada así debido al misionero Cirilo, e implanta la Iglesia Ortodoxa griega; segundo, los califatos y reinos musulmanes, donde aparece Mahoma, el Corán y el monoteísmo radical del Islam que sólo en 100 años se expande a Siria, la Palestina no judía, Persia, Mesopotamia, Egipto, el Norte de África y la mayor parte de España; y tercero, el reino franco de Carlomagno, que fue el único reino germano que se salvó de la invasión de los llamados Bárbaros y su territorio coincidía más o menos con el territorio de la Comunidad Económica Europea después de la Segunda Guerra Mundial.

—Muy bien, gracias —dijo Leoncio esbozando una sonrisa—. Y en esta parte quiero centrar para ver más a fondo nuestro tema, nación. En esa época caótica, más o menos a fines del Siglo IV, se da la invasión de los hunos, que eran mongoles, y expulsaron a todos los germanos orientales, también conocidos como pueblos bárbaros, es decir a los ostrogodos, visigodos, alanos, vándalos, burgundios y suevos. Los romanos ya los conocían y habían tratado de mantenerlos alejados de sus fronteras en el Rin y el Danubio, incluso trataron de conquistarlos para incorporarlos al Imperio pero no pudieron y tuvieron que contentarse con levantar un muro de protección anti-germánica, más conocido como el Limes, con fuertes, empalizadas y muros que se extendía desde la salida del Rin, al Mar del Norte, hasta el Danubio; era el límite del Imperio Romano que los separaba

de las tribus germánicas no sometidas. Con el tiempo, ese muro de separación atrajo a comerciantes y familiares de los soldados que se asentaron en los alrededores creando centros poblados romanos y centros de intercambio comercial entre latinos y bárbaros. La diferencia entre germanos occidentales, es decir los hesienses y holandeses, sometidos al Imperio Romano, y germanos orientales, los bárbaros ya mencionados, sin olvidar a los germanos del Norte o escandinavos, hace alusión a que, a pesar de que esos 3 grupos compartían una lengua ancestral común, en el momento de iniciar su avance sobre el interior europeo, ya tenían varios dialectos. Eso como pequeña aclaración al margen.

—Eso debe ayudar a pensar un poco más sobre lo del idioma, ¿cierto?

—Cierto. Bien, los godos y vándalos se establecen en las provincias occidentales del Imperio Romano y son los que al fin de cuentas se hacen con el Poder. Los visigodos y los alanos ocupan la provincia de Cataluña y los ostrogodos ocupan Italia. Los vándalos son aniquilados por el Imperio Bizantino y los visigodos son derrotados por los árabes. Los lombardos penetran en Italia y todo lo que quedaría de esa etapa son los genes responsables del cabello rubio, los nombres germánicos de la nobleza italiana y española y ciertos recuerdos que se lleva el viento. Los francos ocupan Galia, los anglos y los sajones ocupan Bretaña; los francos someten a los burgundios y a los alamanes y unifican su reino luego de algunos asesinatos de familiares. El Rey se convierte al catolicismo, fusiona las poblaciones romana y germánica y pone los fundamentos del Occidente cristiano y de la futura Unión Europea. Se dan grandes invasiones árabes que conquistan el sur del Imperio Romano. Dicho entre paréntesis: los alamanes o alemanes eran un conjunto de tribus germanas establecidas al borde sur, medio e inferior del Río Elba y a lo largo del Río Meno, aparentemente su nombre significa todos los hombres e indica que eran el agrupamiento de varias tribus, como por ejemplo, hermundures o hermiones, jutungos, bucinobantes, lentienses, semmones, cuados y teutones, pero también se los engloba dentro de los suevos junto con otros pueblos.

—Una verdadera mezcla de tribus —exclamó Sebastián impresionado.

—Precisamente de eso se trata —aclaró Leoncio—, es lo que hay que analizar con cuidado para poder entender el proceso histórico de agrupamiento y fusión de tribus que se constituyen en pueblos y posibilitan el surgimiento y formación de las naciones. Bien, el Imperio Romano Germano de los francos, junto al de Bizancio, es el único sistema político que sobrevive y se da un nuevo principio de organiza-

ción social. Surge el feudalismo. Pero éste no es nuestro tema ahora, así que regreso a las tribus germánicas. Sólo me acuerdo de algunas que he podido memorizar y algún día olvidaré pero he mencionado menos de las que en realidad fueron puesto que son miles de años de historia de tribus que se unían o peleaban entre sí; miles de años de federación de tribus que conquistaban hoy para ser conquistadas algún día por otra u otras confederaciones de tribus; pueblos que migraban en busca de agua, de mejores tierras o en un simple afán de invadir y conquistar dentro de un larguísimo proceso de uniones, rupturas, reagrupaciones, surgimientos y desapariciones de tribus y todo esto en un fluido e incesante movimiento histórico. En fin, como fuere, los pueblos germánicos cruzaron el Rin y penetraron en el Imperio Romano a inicios del Siglo V de nuestra era y se dedicaron al saqueo y pillaje en la zona de la Galia, poblada por los galos, vocablo utilizado por los romanos para designar a los habitantes celtas que eran un conjunto de varias tribus que, si no me equivoco, eran más de 50 y que poblaban la zona actualmente ocupada por Francia, Bélgica, parte de Suiza, Holanda y el oeste del Rin en Alemania, así como el Norte de Italia, el país Vasco y parte de Iberia. Con el tiempo, los galos o celtas, también tuvieron su Imperio que, aparte de Galia, abarcó Hispania, Britania y parte de Germania. Luego sobrevino una crisis económica que se sumó a la crisis política y ambas acarrearón el fin de este Imperio producido en medio de la agitación de los pueblos, característica del final de la Edad Antigua.

—Ésa parece ser una constante en el hundimiento y desaparición de los imperios —dijo Sebastián pensando otra vez en voz alta.

—En algún momento deberíamos ver ese asunto con más profundidad; pero sí, ésa es la tendencia general. Bien, tras la caída, la Galia no lograría recuperarse ni siquiera con su reincorporación efímera al Imperio Romano. Y después, los germanos, en especial los francos que eran un pueblo sajón, dieron el puntillazo final. A pesar de que la aristocracia galo-romana conservaba el poder político, los francos ocuparon el Norte de Galia y desde ahí se expandieron por todo el territorio hasta formar el Sacro Imperio Romano Germánico en el Siglo X de nuestra era. Ojo que este arañazo a la historia es sólo un pedacito de la historia de los pueblos germanos ya que, por otro lado, los suevos siguieron hasta Hispania para conquistar el Norte de la actual España junto con las 2/3 partes del actual Portugal en medio de broncas con sus primos, los vándalos y los godos, en su versión visigodos; todo esto dentro de un montón de broncas entre las diferentes y numerosas tribus germánicas por el reparto de nuevas tierras a lo largo y ancho de lo que hoy se conoce como Europa y algo más.

—Complicada la cosa.

—Sí, bien complicada y con muchas ramificaciones que no podemos abarcar en una exposición tan general. Pero quedémonos en la zona del Rin y el nuevo Imperio. Sólo un par de cosas a destacar, dura como 900 años, desde la Edad Media hasta inicios de la época contemporánea, hasta su disolución por Napoleón I en 1806. Inicialmente el Sacro Imperio Romano Germánico era un revoltijo de 350 principados independientes vinculados en un sancochado de alianzas, disputas y repartos amorfos y que nunca tuvieron la vocación de convertirse en lo que algunos llaman Estado nación, esto vendría mucho después, y sólo buscó la integración de diferentes naciones sobre bases cristiano-romanas con un mismo propósito. Comprendía la mayor parte de las actuales Alemania, Austria, Suiza, Liechtenstein, Bélgica, Países Bajos, Luxemburgo, República Checa y Eslovenia, así como parte de Francia, Italia y Polonia, es decir naciones con una variedad de idiomas y dialectos diferentes que a la postre formarían el alemán, el italiano, el francés y las lenguas eslavas y todo esto dentro de un concepto de Imperio que no sólo implicaba el Gobierno de un territorio específico sino que tenía fuertes connotaciones religiosas, por eso es que se llamaba Sacro, Sacro Imperio Romano Germánico.

—Ahí vemos, otra vez, el papel que cumple la religión —acotó Sebastián.

—Así es. Bien, a medio camino, y en medio de las guerras campesinas de finales del Siglo XV hasta las primeras décadas del Siglo XVI, se desata la reforma protestante de Martín Lutero, cuando el 31 de octubre de 1517 clava en la puerta de una sacristía el cartel que contenía las 95 tesis con que rechazaba el comercio de indulgencias papales que concedían, a buen precio, el perdón de todos los pecados y criticaba la avaricia y el paganismo de la Iglesia. Y con esa influencia se desató una bronca contra el poder de los Papas. Esto mismo serviría para que un montón de príncipes locales se enfrentasen al Emperador Carlos V y, más adelante, en 1618, se desencadena la Guerra de los 30 Años, que aniquilaría 1/3 de la población y devastaría el Imperio. Y se repite lo de siempre: crisis económica y política, falta de unidad y levantamientos internos. La Guerra de los 30 Años en Alemania y la Guerra de los 80 Años entre España y los Países Bajos concluyen con 2 tratados de paz que dan a luz al conocido Tratado de Westfalia, que modificó las bases del Derecho Internacional aceptando el principio de soberanía territorial, el de no injerencia en asuntos internos y el trato de igualdad entre los Estados independientemente de su tamaño o fuerza. Esto trae como consecuencia el debilitamiento del Sacro Imperio Romano Germánico como principal autoridad transnacional y se establece la primacía de los Estados alemanes frente a los poderes externos del Emperador y del Papa y

se da una mayor autonomía a los 350 Estados resultantes, con lo que el Sacro Imperio Romano Germánico pasó a ser una confederación de Estados.

—Lento pero seguro —comentó Sebastián.

—Cierto. Entonces se puede ver con claridad que la historia de Alemania no empieza con la historia del Sacro Imperio Romano Germánico sino con la historia de la multitud de tribus germánicas, para ya no hablar de sus antepasados, que nos llevaría hasta los monos. Como en todas partes, las tribus germanas se constituyen en pueblos y marchan hacia un objetivo común. Evidentemente que, en general, la historia de Alemania tiene sus particularidades pero sigue, más tarde que temprano, la ley general. Si Inglaterra y Francia se convierten en países modelos, dado que ahí surge la actual llamada democracia, Alemania se convierte en una nación atrasada y habría de esperar muchos años más para convertirse en un Estado moderno; mientras tanto las guerras internas habían llevado a la independencia de los príncipes bloqueando así la formación de un Estado nacional. Si el feudalismo acabó con el esclavismo, fue el capitalismo el que acabó con el feudalismo y la expansión del capitalismo, con el ascenso de la burguesía, produjo el debilitamiento de la vieja nobleza feudal que se atrinchera en Alemania. Bien, Martín Lutero tradujo inicialmente sólo el Nuevo Testamento al alemán...

—Y aquí pasamos a la vaina del idioma —interrumpió Sebastián haciendo aspavientos.

—...el año 1522 —continuó Leoncio ignorando el comentario— y no sería sino hasta 1534 cuando, con la ayuda de otros muchos traductores, se incluye el Antiguo Testamento y se publica todo junto en 6 tomos. Lutero, con la traducción de la Biblia y toda la literatura que escribió, dotó al pueblo alemán, después de más de 2,000 ó 3,000 años de historia y evolución de las lenguas germánicas, de una gran cantidad de giros, metáforas, comparaciones, figuras retóricas, dichos y citas compartidos por todos, con lo que Lutero penetró hasta en las más pequeñas grietas y fisuras y, poco a poco, la gran variedad de dialectos existentes dio paso al alemán culto y las guerras de religión. Entre paréntesis, importante, para mí, es remarcar que Martín Lutero era extremadamente consciente de la incompatibilidad entre la razón y la religión, y aprovechaba todas las oportunidades que se le presentaban para advertir de sus peligros; decía, por ejemplo, que la razón es el mayor enemigo que tiene la fe; que nunca viene en ayuda de las cosas espirituales, por el contrario, con frecuencia lucha contra la palabra divina tratando con desprecio todo lo que emana de dios; y añadía que quienquiera que desee ser un cristiano debería arrancarse los ojos fuera de su razón; que la razón debería ser des-

truida en todos los cristianos.

—Y ahora saltamos a la religión.

—¡Carajo, Sebastián! ¿No puedes frenar tu lengua por un momento? No salto a ningún sitio, sigo. Sin embargo, aún siglos después de tanto alboroto, faltaría la capital que pudiera convertirse en tribuna de la nación y la hiciera despertar de su letargo, por lo que estaría dividida en 2 bloques: Prusia y Austria, con el actual Sur de Alemania en el medio. Y así llegamos a la revolución de 1848 que, con el florecimiento de la industria, el comercio, los ferrocarriles, el telégrafo y la navegación transoceánica, se desarrolló como manifestación espontánea e incontenible de las demandas y necesidades nacionales. La gran masa de la nación, que no pertenecía ni a la nobleza ni a la burguesía, estaba formada, en las ciudades, por los pequeños artesanos, los comerciantes y los obreros; y en el campo, por los campesinos. La nobleza feudal conservaba gran parte de sus viejos privilegios y el sistema feudal de posesión de la tierra era el que prevalecía casi por doquier mientras que la burguesía era endémica. Éstas eran las clases más importantes que, en conjunto, formaban la nación alemana en el momento del estallido de la revolución, clases que tenían intereses dispares, contradictorios y enconRADIZOS que entraron en violenta contradicción desarrollándose una lucha dispersa en un sinfín de combates desligados en los que se derramaba una enormidad de sangre sin ningún resultado decisivo, a causa de que los intereses en pugna de cada distrito o provincia se mezclaban en distintas proporciones y el país no contaba con ningún centro importante que por su peso pudiera eximir al pueblo de la necesidad de ventilar una y otra vez el mismo conflicto mediante la lucha en cada localidad y principado, lo que evidentemente confirmaba el desmembramiento político generado por la confusión y multiplicidad de los elementos que constituyen la nación y que encima eran distintos en cada localidad.

—¿Puedo decir algo? —preguntó Sebastián levantando la mano y ahogando una sonrisa en la comisura de los labios.

—¿Y qué es lo que quieres decir, mi querido Sebastián?

—Algo muy simple, algo que está delante de las narices de todos pero no lo ven. Donde no hay intereses comunes, no puede haber unidad de objetivos y menos aún de acción.

—Así es. Y no se trata de si esos intereses comunes son justos y correctos o no. Tampoco se trata de si todas las clases que conforman la nación, política y administrativamente, están de acuerdo o no; se trata de cómo luchan entre ellas e incluso dentro de cada una para alcanzar su unidad y sus metas. Es un asunto de unidad y lucha, de la identidad y lucha de los contrarios. Por eso, Alemania, sin unidad na-

cional, permaneció fragmentada en 2 bloques, una Prusia latifundista y una Austria intentando despegar, hasta el surgimiento del Segundo Reich en 1870-1871, donde el señor Otto von Bismarck proclama el Imperio Alemán en el que Guillermo I, Rey de Prusia, pasa a ser el Káiser de Alemania. Bismarck era un tipo habilidoso y de instintos feudales que aparece como el forjador de la unidad de Alemania después de meterle el dedo a medio mundo y formar un Parlamento, ya no dividido, en donde la unidad nacional era un acto de fundación soberano de los príncipes y del ejército, que habían conseguido embolsarse la identidad nacional, y el concepto nación ya no se asociaría a un pueblo con destino común sino a la autoridad del Estado.

—¡Carajo, recién caigo en la ensombrecida diferencia! La nación en pleno movimiento, el muy pendejo de Bismarck —exclamó Sebastián rascándose la nuca.

—Pues bien, hasta aquí llegamos. Tenemos la historia de Mesopotamia, de Grecia y de Alemania y sus alemanes. Son simples brochazos de la historia universal que dejan de lado miles de detalles concretos y peculiares pero que tratan de reflejar la reiterada repetición y reproducción de unos rasgos generales que, pasando por alto las especificaciones y particularidades, buscan localizar y fijar algunas leyes del desarrollo social en incesante movimiento. No he dicho nada que ya no haya sido dicho o escrito; no he dicho nada que no hayamos oído o leído, sólo estoy tratando de recordar, ordenar, analizar y exponer hechos históricos que nos permitan entender mejor el desarrollo del concepto nación como reflejo de una realidad palpable. Incluso, si llegáramos a profundizar aún más en los detalles de estas 3 concatenadas historias, llegaríamos también a comprender mejor el surgimiento, desarrollo, ocaso y fin de los imperios. Bien, así las cosas, ¿qué se puede sacar en limpio de todo esto? ¿Cómo podríamos explicar mejor el significado del concepto nación? ¿Cómo expresar sus características? Yo pienso que si tomamos en cuenta la definición de nación que estamos tratando y la comparamos con el desarrollo histórico de la humanidad y su organización, desde la aparición de las gens hasta nuestros días, llegaríamos a la conclusión de que...

—Es la nación —se apresuró a decir Sebastián— la que en su proceso de desarrollo, ligado a la producción de medios de existencia y su comercialización, ocupa un territorio sobre el que se establece y a partir de él, por los motivos que fueren, empieza a extender y ensanchar sus límites hasta entrar en colisión con otros grupos humanos o naciones a los que somete o queda sometida; pero no sólo eso, sino que, en determinados casos, deja los territorios iniciales para desplazarse total o parcialmente, también por los motivos que fueren, hacia otros territorios donde a corto o largo plazo llega, a través de

un proceso de conquista, de colonización o de absorción, a controlar esos nuevos territorios que a su vez se expanden o contraen de acuerdo a si se suman victorias o derrotas; y este largo y complicado proceso de miles de años, se desenvolverá hasta que finalmente determinados acuerdos políticos, derivados de las guerras, fijan los límites del territorio de la nación tal o cual, límites que pasarán a ser llamados fronteras y que en su interior brotará lo que será denominado país y que comprenderá en sus límites interiores, según el caso, a una o a varias naciones que cultivaron, de una o de otra forma, una nacionalidad, una condición, una idiosincrasia, un carácter peculiar con larga tradición cultural común aunque cada una de las naciones que conforman tal país cultiven aún las suyas propias, específicas y particulares, en su forma más o menos original o con adaptaciones, con integraciones o en simbiosis con las otras manifestaciones culturales; son las naciones las que históricamente dan configuración al territorio y no es el territorio el que caracteriza a la nación. Paralelamente a este proceso se desarrollan las lenguas y debe especificarse como proceso paralelo, sin ser parte de la superestructura, ya que el desarrollo, las modificaciones y las evoluciones de las lenguas se dan precisamente dentro del proceso de desarrollo interactivo o de intercambio de los grupos humanos o de las naciones; y esto puede ser fácilmente corroborado, en su parte más avanzada, al estudiar la evolución de la protoescritura, del sistema de símbolos, de la representación gráfica de una idea o palabra, y la historia de la escritura y la de los diferentes alfabetos; son las naciones las que desarrollan su forma particular de hablar, son las naciones las que desarrollan un sistema de comunicación verbal llamado idioma y son las mismas naciones las que le imprimen determinadas características particulares y peculiares, como se puede apreciar en el caso de los dialectos de un mismo idioma, y no es el idioma el que caracteriza a la nación. Es la nación la que desarrolla, en su relación con la naturaleza, diversas formas de vida económica, modos de producción que dentro de la historia de la humanidad tienen leyes generales para cada período específico y que en la historia de las naciones esas leyes generales, para cada período específico, tienen concreciones que le imprimen un carácter particular, dentro de lo general, a cada nación o a cada una de las naciones dentro de un país; y repito a la inversa, a pesar de toda la variedad y de toda la diversidad que muestran, estas concreciones se mueven siempre dentro de ciertas formas comunes dentro del período específico y es la base económica del momento dado la que determina los usos, las costumbres, las creencias, la cultura, la identidad nacional y todo aquello que abarca la superestructura, la cual remata en un sistema de ideas, reitero una vez más,

determinado por las relaciones sociales de producción, generado por ellas; superestructura a la que corresponden determinadas formas de conciencia social como reflejo del ser social. Por lo tanto, son las naciones las que en su relación con la naturaleza crean, consciente o inconscientemente, las diversas formas de vida económica y no son éstas las que caracterizan a la nación. O sea, dicho en ajustado, la nación misma es la que crea las características que la acompañan a lo largo de su surgimiento, forja y desarrollo y no son las características las que definen ni las que determinan su existencia o no; una nación puede existir, en determinadas circunstancias históricas, sin contar con un territorio preciso, entendiendo éste como aquella extensión de tierra delimitada por fronteras y llamado país como en el caso de los griegos, de los judíos y de los alemanes y lo mismo es válido para el idioma en los 3 casos. Por lo tanto, no es cierto que, en determinada etapa del desarrollo de las sociedades, la formación de naciones significaba su transformación en Estados nacionales independientes sino que son las naciones las que en el transcurso de su historia y desarrollo forman o construyen sus Estados. ¿Cierto?

—¡Eso! ¡Precisamente eso, Maestro! —exclamó Leoncio con vehemencia—. Por encima de las inciertas y movedizas fronteras territoriales, la nación, en sus orígenes, se formó sobre una misma memoria, una geografía de experiencia y conocimiento. En la historia de la humanidad, se pasa de los vínculos consanguíneos de las gens a las tribus y de éstas a las federaciones de tribus, cuando las hubo, y son éstas las que formaron pueblos que se constituyeron en naciones cuando se organizaron y adoptaron una constitución con un sistema de derecho popular luchando por un ideal y un interés que era común a todos los que formaban la nación; un proceso determinado no por el crecimiento poblacional sino, principalmente, por la ligazón de los grupos humanos a la producción, a la distribución y el intercambio; posteriormente aparecería la diferenciación de los oficios, la apropiación del excedente y las clases sociales y con ellas el Estado y sus fuerzas armadas como garantes de la propiedad privada; y así hasta que el desarrollo actual de la economía y de la sociedad destruyen las barreras nacionales sustituyéndolas por los antagonismos de clase que pasa a ser lo principal. Así es cómo, según mi entender, aparece la nación históricamente y va sufriendo modificaciones a lo largo de su desarrollo hasta el punto de que hay naciones oprimidas y naciones opresoras, sin que esto quiera negar que dentro de cada una de ellas haya diferentes clases que luchan entre sí. Y es precisamente aquí donde entra a tallar el derecho de separación, la aplicación práctica de los derechos de soberanía, independencia y autodeterminación de los pueblos, de las naciones y de los Estados.

—Menudo lío.

—¿Cuándo hay que sugerir, aconsejar, motivar o no una separación? ¿Cuándo hay que aceptarla, permitirla, consentirla o no? Asunto realmente jodido, Sebastián. Leamos donde leamos, todo el mundo, de una o de otra manera, perora a favor de este asunto y defiende la soberanía, la independencia, la autodeterminación y el derecho de separación a capa y espada siempre y cuando se trate de los demás, de los otros, pero a la hora de repartir las lentejas en su propio territorio todos se hacen los cojudos. En todo el mundo se pueden ver pequeños y grandes problemas de naciones y nacionalidades dentro de un mismo país, tenemos por ejemplo en Italia: Cerdeña; en Francia: Córcega; en España: el país Vasco más Navarra, Galicia, Castilla y Cataluña más Valencia y Baleares; Marruecos y el Sahara Occidental; en el Reino Unido: Escocia, Gales, Irlanda del Norte e Inglaterra; éstas son unas poquísimas muestras del despelote mundial; y para no entrar en más detalles, en relación a los idiomas, aparte de los que acabo de mencionar donde cada uno habla lo suyo, tenemos Canadá y los anglo-franco hablantes, cosa similar en Suiza con el francés, el italiano y el alemán; en Bélgica, donde se mezclan los asuntos del idioma con el separatismo. En China, aparte de los líos con el Tíbet y los enfrentamientos entre los jan y los uigures, hay decenas de naciones, oficialmente 56, si no me equivoco, y, aunque la gran mayoría de la población pertenece a la nación jan, las otras 55 ocupan más del 60% del territorio con la mayor concentración de recursos naturales y riquezas en general, y dentro de las nacionalidades no sólo se trata de minorías nacionales étnicas sino de naciones que aunque se encuentran en distintos niveles de desarrollo tienen una larga historia; por lo que China, como muchos otros países del mundo, es un país multinacional y todas juntas forman, políticamente, una nación, la nación china. ¿A quién se le ocurre exigir el derecho de separación para todas y cada una de las naciones y nacionalidades chinas?

—Sería un absurdo —anotó Sebastián.

—Sí —confirmó Leoncio—. Por eso, estudiar la historia de la unificación de China es más que interesante puesto que es la historia de la aglutinación y fusión no sólo de decenas sino de cientos y hasta de miles de tribus y pueblos que a lo largo de miles de años, de reinos y dinastías, construyeron una *tierra central* y un *Estado central*, que es el doble sentido original que tiene en idioma mandarín la moderna palabra española China; y más interesante aún es constatar que la nacionalidad jan de hoy es el resultado de una larga mezcla de varios pueblos y cuya diferencia aún se puede distinguir en que los habitantes de la nacionalidad jan de diferentes pueblos hablan diferentes dialectos sin entenderse mutuamente pero usan los mismos

caracteres, que aunque cada pueblo les da diferente pronunciación, su significado es el mismo para todos, así que cuando escriben sí se entienden.

—Alguna vez leí que cuando estas personas, de diferente dialecto, quieren preguntar algo en la calle simplemente hacen el trazo del símbolo sobre la palma de la mano y así es como se comunican.

—Sí, así dicen —respondió Leoncio—. Pero sigamos, en Estados Unidos, por ejemplo, hay una sociedad fundada sobre sucesivos movimientos migratorios y es una nación formada a partir de una situación colonial y, hasta el día de hoy, es tierra de inmigrantes procedentes de decenas de naciones y donde los verdaderos nativos no cuentan para nada de nada. Dentro de esta situación, imagínate a los mexicanos pidiendo la soberanía, la independencia, la autodeterminación y el derecho de separación de los cientos de enclaves que ocupan en Gringolandia. Una reverenda huevada, ¿no es cierto?

—Claro —dijo Sebastián—. Y, hablando de migrantes, si no me equivoco, en los tiempos de Carlos I de Inglaterra, allá por 1640, los puritanos, que eran perseguidos en Inglaterra y Escocia y que se llamaban a sí mismos *padres peregrinos*, se embarcaron rumbo a América del Norte y se posesionaron de lo que hoy se llama Nueva Inglaterra; no eran más de 25,000, pero sus instituciones, su fe y su forma de pensar determinarían el desarrollo de Estados Unidos.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó Leoncio—. Bien clarito, ahí se ve cómo es que no funciona la absurda definición de nación que hemos analizado. Y hablando de Carlitos, algunos anglicanos se convirtieron al catolicismo y él daría su permiso para fundar, en tierras norteamericanas, una colonia católica dándole el nombre de la Virgen María, Maryland. Pero, hay que ser claros, sin puritanismo, Estados Unidos hubiera evolucionado de otro modo y los estadounidenses, hoy por hoy, no serían, desde el punto de vista religioso, tan dependientes de los psiquiatras...

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Sebastián.

—Simplemente que la mentalidad protestante se caracteriza por un examen de conciencia y un autocontrol permanentes; es una inquisición que llevan dentro y el examen de conciencia se convierte en una tortura...

—Lo que hace que Carlos I pierda la cabeza...

—Carlitos perdió la cabeza en la guerra civil, gracias a un pequeño terrateniente llamado Oliver Cromwell y porque los puritanos se la cortaron de un solo golpe...

En ese preciso momento el chuchito despertó y dio un par de destemplados ladridos a las sombras. Luego metió la cabeza bajo la mano de Leoncio y cerró los ojos.

—Pues bien —continuó Leoncio—, volviendo al tema. ¿Y qué pasa si a los problemas de soberanía, independencia, autodeterminación y derecho de separación se agregan los problemas étnicos? Algunos ejemplos. En África tenemos un panorama desolador. Primero fueron las divisiones territoriales durante los más de 500 años de dominio colonial por parte de los europeos, iniciado por los portugueses y seguido por los ingleses, españoles, holandeses, franceses, daneses. Luego vendría la disputa por África o el reparto de ésta entre Francia, Alemania, el Reino Unido, Italia, Portugal, Bélgica y España en la segunda mitad del Siglo XIX, disputa y reparto que, junto a otros factores, como el económico, generaron la Primera Guerra Mundial. A esto le sigue la demarcación de fronteras después de la Segunda Guerra Mundial; y finalmente, las divisiones territoriales posteriores a las llamadas guerras de independencia lideradas por diferentes movimientos de liberación nacional entre los años 60 y 70 y que en muchos de esos países montaron en el Poder a bandas criminales. El final de este proceso arrojó un rompecabezas en forma de mapa sobre el Continente; después de una huida vergonzosa, los amos de siempre, que habían intercambiado riquezas por miserias, pusieron un viejo mapa del continente africano sobre la mesa y con regla, lápiz y borrador empezaron a hacer, deshacer y rehacer trazos caprichosos que parieron países sin respetar la historia ni el idioma ni el territorio ni la vida económica ni la psicología ni la cultura ni la tradición ni nada de nada y dejaron a las diferentes etnias y naciones del Continente seccionadas por líneas que representaban 2 ó más países recién horneados.

—Lo mismo se puede ver con la línea Durand que hace de frontera, que para unos es legal y para otros no, entre Paquistán y Afganistán y deja a la nación pastún partida en 2 y a los estadounidenses y sus aliados hundiéndose cada día más en las arenas movedizas del Gran Pastunistán.

—Buen ejemplo, Sebastián. Después de las divisiones territoriales hechas con regla, lápiz y borrador en África, ¿cuál fue el resultado? De ahí a la actualidad, una retahíla de escaramuzas y guerras que devastan el Continente. Hay algunos conflictos de corta duración, como los enfrentamientos entre Ruanda, Uganda, Zimbabue y Angola, donde los 2 primeros saquearon y devastaron las zonas que fueron ocupando y los otros 2 se beneficiaron con jugosos contratos para la explotación de recursos naturales. Otros conflictos son de larga data, como los conflictos en Liberia o Sierra Leona, con millones de muertos. Y para mencionar un caso relacionado a las etnias, no el único, pero sí el más representativo, no sólo por la irracional brutalidad y crueldad de sus acciones sino por sus consecuencias nefastas,

tenemos las reiteradas masacres entre tutsis y hutus en Ruanda.

—Una mierda —comentó Sebastián—. ¿Y por qué se odian tanto?

—No sé quién, pero alguien escribió que quizá se odian porque siendo iguales se empeñen en ser diferentes.

—No está mal.

—Sí, no está mal, pero sólo es literatura —dijo Leoncio levantando los hombros—. Bien, sigamos. Por otro lado tenemos los campos de refugiados con millones de seres humanos que tal vez lo único que les quede incólume sea la dignidad; somalíes, etíopes, sudaneses, ruandeses y muchos otros pueblos que huyen de las guerras, la sequía y las hambrunas. Más de 8'000,000 de refugiados y casi 20'000,000 de desplazados que no pueden regresar a sus lugares de origen por motivos políticos, religiosos o de simple supervivencia; seres humanos que tarde o temprano *podrían* llegar a la conclusión válida de que si dios había hecho a los hombres a su imagen y semejanza entonces el cielo debería estar plagado de miserables diosecillos muy diferentes entre sí, además de ser unos temibles hijos de la gran puta; y que Moisés, Jesús y Mahoma no eran más que unos cagones de mierda. Sin embargo, los condicionales de poder, lograr, conseguir, descubrir, alcanzar, obtener y muchos otros más se diluyen en el imperio de la sombra, que enturbian el pensamiento, que anulan la ciencia, la lógica y el sentido común, que no es tan común que digamos por la humana tendencia de tirar por aquel camino fácil que desemboca en el mundo de la metafísica, de la magia, la fantasía, la superchería, el artificio, la brujería, la ilusión y la quimera que avivan la vana esperanza de que se cumplirá algún milagro sin mover un sólo dedo, pero sí los labios que imploran perdón por pecados y maldades no cometidos, por desmadres y traiciones ajenas; y así, de regreso a la más absoluta tiniebla del embrutecimiento y la confusión mental.

—El camino fácil para correr de prisa tras el mito, la leyenda y la creencia en un dios todopoderoso y redentor que algún día, según sus humores, sus estados de ánimo, sus alcahueteadas y pendejadas, se acuerde, mal que bien, de sus bienaventurados.

—Así es, mi querido Sebastián; lamentablemente es así. La tendencia a recorrer el camino fácil quedó impregnada en la aurora de la humanidad. Pues bien, y ya que toco el tema, si agregamos el factor religioso, ¿qué encontramos? Que etíopes y sudaneses se aborrecen desde hace más de 3,000 años, tiempo en el cual Menelik I, hijo natural de Belkiss, Reina de Saba, y Salomón, Rey de Israel, fundara un poderoso imperio en las montañas abisinias; y ese odio entre etíopes y sudaneses aumentó con el paso de los siglos cuando una gran parte de los etíopes se convirtió al cristianismo llegado de Alejandría mientras que los sudaneses se decantaban por el islamismo más funda-

mentalista llegado de la Meca.

—En otras latitudes, los chiitas y los sunitas se vuelan por los aires a diario en lugar de combatir al enemigo principal, y de esos ejemplos hay muchos más —agregó Sebastián.

—Cierto, pero también hay una mezcla de todo; por ejemplo, los Balcanes. Doy un salto para no perder más tiempo. Ubiquémonos en la Segunda Guerra Mundial y el paso de una monarquía a República Federal Popular: la Federación Popular de Yugoslavia bajo el mando de Tito y su camarilla, que pueden haber sido todo lo hijoeputa que se quiera pero lograron mantener una relativa unidad nacional manteniendo a raya los nacionalismos separatistas de serbios y croatas.

—¿A qué costo?

—Ése no es nuestro tema, pero los resultados represivos son conocidos. A la muerte del revisionista Tito y con la llegada de la llamada democracia, se desata una guerra entre serbios, bosnios y croatas que también alcanza a los albaneses y macedonios. Etnias diferentes, culturas diferentes, religiones diferentes que se odian a muerte enfrentadas por el nacionalismo más rastrero y donde los serbios masacraron a los bosnios y croatas. Pero esto tiene sus precedentes. Presta atención. Los turcos se convirtieron al Islam en el Siglo VIII de nuestra era y cuando conquistaron los Balcanes, entre los Siglos XIV y XV, muchos cristianos aprovecharon las muchas prerrogativas y se convirtieron al Islam. El 28 de junio de 1389, los turcos aniquilaron a los serbios en el Campo de los Mirlos, ubicado en el actual Kosovo, después de que un terrorista serbio diera muerte al sultán Murat; desde entonces los serbios celebran ese día como fiesta nacional. Un acontecimiento similar se repitió, el mismo día, en 1914 cuando otro terrorista diera muerte al nuevo Murat, al archiduque Fernando de Austria. En recuerdo a la matanza del campo de los Mirlos, los serbios siguen reclamando el Kosovo como su Tierra Santa y no han perdonado a aquellos serbios que se convirtieron al Islam y se unieron a sus opresores, los musulmanes bosnios, y 600 años después se han vengado de ellos en Srebrenica.

—Por ahí he podido leer que algunos dicen que los pueblos oprimidos durante mucho tiempo tienen buena memoria pues todavía tienen cuentas pendientes —dijo Sebastián levantando y dejando caer los hombros.

—Espero que los que así piensan —respondió Leoncio arrastrando las palabras casi con irritación—, sin distinguir lo justo de lo injusto, no sean tan bestias como los autores de aquel asesinato colectivo.

—No es de extrañar que los serbios siempre hayan sido un pueblo vengativo y que hayan tomado venganza contra el pueblo musulmán utilizando como pretexto y justificación su idea de que los otomanos

habían acabado con los pueblos serbios.

—Me parece que esa opinión es un prejuicio histórico sin fundamento; no hay pueblo vengativo, hay dirigentes protervos y, de cuando en cuando, masas descarriadas que los siguen. Si el mundo girara de venganza en venganza, pobre de él.

—Y sin embargo así están las cosas —dijo Sebastián sin mucho convencimiento.

—Nadie dice que las guerras y los enfrentamientos se deban o produzcan sólo a causa de resentimientos, desquite o cuestiones étnicas o religiosas en general, no, nada por el estilo, ni la sombra de ello; por lo menos ésa no es mi posición. Es evidente que estos conflictos violentos se dan entre fuerzas políticas, entre clases sociales que entran en contradicción y tienen de por medio tanto cuestiones ideológicas como políticas, económicas y sociales. La gran mayoría de las llamadas guerras religiosas se trataba sobre todo de intereses materiales y de clase y fueron, evidentemente, luchas de clases. En África, el problema de la poca tierra útil que queda, además de los inmensos recursos naturales como petróleo, uranio, oro, diamantes y otros más, es el factor principal que define el inicio del conflicto, su desarrollo y su desenlace. Pero, a pesar de que conocemos o suponemos conocer las razones de fondo y principales, la pregunta sigue siendo: ¿Hay o no hay necesidad de entender bien lo que es una nación? ¿Hay o no hay necesidad de entender el papel que las etnias y la religión juegan en la formación o desintegración de una nación? El problema de la nación, como fondo principal, tiene que ver con las clases sociales, ¿o no? A fin de cuentas y en última instancia, ¿tiene o no que ver con el problema del Frente Único; con el asunto de con quién, cuándo, por qué y para qué se forma? ¿Sí o no?

—Pues me parece que sí. Nación, clases sociales, Frente Único. Sí, así es —convino Sebastián.

—Podemos olvidar los nombres, las fechas y las anécdotas de todo lo que hemos recapitulado. Hay que concentrarse en los hechos. Me parece que, a fin de cuentas, llegar a entender el correcto y verdadero significado del concepto nación, el cómo surge y cómo se desarrolla, es necesario y nos sirve de referencia; pero lo más importante es saber qué diablos hacemos con ella, qué hacemos con la nación, hacia dónde vamos; ésa es la esencia del asunto.

—Y la genial definición de marras se va diluyendo y consumiendo junto con esta vela que poco a poco deja de iluminar —acotó Sebastián sin disimular el tono irónico de sus palabras y movimientos.

—Esa definición de nación sirvió para negar la condición de nación al pueblo judío y después se ampararon en ella para perseguir y seguir masacrando a los judíos a pesar de que pretendía lo con-

trario. Esa definición procuraba acabar con la propensión del espíritu pequeñoburgués al antisemitismo, pero terminó exacerbándolo. Esa definición, principalmente, intentó explicar y dar solución al problema de las nacionalidades para combatir una ola de nacionalismo y el chauvinismo belicosos; pretendió unir las voluntades para luchar por la solución de los problemas comunes, pero las buenas intenciones se escurrieron por el alcantarillado. El autor se equivocó de principio a fin; y no sólo en la definición de nación sino al afirmar que bajo el capitalismo ascensional la lucha nacional es una lucha entre las clases burguesas, que en su esencia esta lucha sigue siendo siempre una lucha burguesa, conveniente y grata principalmente para la burguesía...

—Pero, ¿no dijiste que había cambiado de opinión? No sé de dónde has sacado esa información, pero eso has dicho.

—Y seguiré sin decirte donde está; date el trabajo de encontrarlo por tus propios medios —replicó Leoncio de buen humor—. Y sí, el autor cambió de opinión. Algunos dicen que esos cambios de opinión son parte del desarrollo, como reflejo de las condiciones concretas del momento, de la época o de lo que fuere. Yo lo llamo simplemente pendejada. Punto. El autor dijo que lo que había dicho era bueno y correcto para cuando lo dijo y escribió, a finales de 1912, aunque apareció a principios de 1913; pero que, 12 ó 15 años después la situación había cambiado; y esto también es falso dado que los cambios internacionales a partir de 1917 y en la década del 20 ya estaban germinando desde inicios de 1900 y por tanto era previsible lo que se venía y más aún si se trabajaba en ese sentido. Por lo tanto, para mí, no sólo falla en el análisis concreto sino, y eso es lo peor, en la perspectiva, se queda sin visión del conjunto. Así las cosas, si uno se equivoca, lo reconoce y se corrige, queda bien, queda como lo que es: un ser de carne y hueso dispuesto a aprender de los errores; de lo contrario, si se usan malabarismos verbales y se recurre constantemente a los *cambios de condiciones*, no para constatar su real existencia sino para tapar sus desaciertos, entonces, en ese asunto, sólo es un gran pendejo y nada más. Por lo demás, ese concepto de nación no sólo dejó de ser válido en la década del 20 sino que ya era falso cuando se lo inventó. Más aún, si el problema de la nación está estrechamente ligado a la cuestión nacional. La nación existe desde hace miles de años, antes de que apareciera el capitalismo, y todavía existirá varios miles de años más después de su desaparición; y si esto no se comprende bien, tampoco daremos una solución acertada a la cuestión nacional, al problema de la nacionalidad ni al de las minorías nacionales. Y aquí no hay receta que valga. Sabemos que el tema no es nada fácil pero, por todo lo dicho, por lo menos ya tene-

mos unas bases de discusión.

—Bueno, habrá que ver qué sale de todo esto —dijo Sebastián algo escéptico.

—¡Y mira cómo hablas, a pesar de que tú mismo has hecho el resumen! —exclamó Leoncio sorprendido—. Pero insisto una vez más, y si no estás convencido a ver si lo refutas. ¡Dale, compadre, atrévete! Insisto y me reafirmo, la nación no surge con la liquidación de la feudalidad y el desarrollo del capitalismo; la nación surge antes de la aparición de las clases sociales como tales, surge cuando los hombres se organizan en pueblos, cuando éstos se fusionan y se dan una constitución con un sistema de derecho popular que se establece por encima de las costumbres legales de las tribus y de las gens; se unen y luchan por un ideal y un interés común dejando de lado sus intereses particulares. Todo lo que viene después es parte del desarrollo de las naciones dentro de las sociedades divididas en clases hasta alcanzar su actual expresión política dentro de un Estado. Además, en algunos países como el nuestro, y en otros más aún, el asunto de las nacionalidades no sólo tiene que ver con la relación entre las diferentes naciones sino que tiene que ver con las minorías nacionales y las etnias, por lo que somos un país multinacional con minorías étnicas y todos juntos formamos políticamente una nación dividida en clases, algunas de ellas, con intereses irreconciliables que luchan entre sí. Y esto es lo principal.

—Pero yo no he dicho que...

—Momentito, que aún no he terminado —dijo Leoncio haciendo un gesto con la mano para que Sebastián le permita continuar—. Si no entendemos ni manejamos correctamente el problema de las nacionalidades y las etnias, podríamos llegar a ver una ciudad, una región, un país y hasta todo un continente sumergido en el fango del oprobio donde intereses contrarios a los nacionales, encontrarán el necesario rastrojo para atizar el fuego de su insaciable voracidad. Por supuesto, como siempre, esos intereses, los intereses nacionales, se entienden de diferente manera y según la perspectiva de la clase que los enuncia. Pero si consideramos que, además de las características que acabamos de analizar, la nación no sólo es un grupo humano con una comunidad de voluntad, con una voluntad de ser, de conformar una unidad, sino que además es un grupo humano que viviendo bajo un mismo techo está dividido en clases, entonces comprenderemos que el verdadero interés nacional es aquel que representa el de las grandes mayorías, el de las clases que conforman el pueblo; y éste se define según el momento histórico y el nivel de lucha alcanzado tanto en el ámbito nacional como en el internacional. Por otro lado, si no entendemos la tendencia del hombre a seguir el camino fácil y su

postración ante sus propias ideas fantásticas sobre la fuerza de la naturaleza y de la sociedad, entonces no llegaremos a entender que la religión, como tal, apareció ligada a los sacerdotes con la apropiación del conocimiento, y cuando éstos se apropian, además, de los excedentes de la producción, que da origen a la propiedad privada sobre los medios de producción, pasan a formar una nobleza hereditaria que a su vez da origen a la monarquía, luego aparecerá la oligarquía, la aristocracia y toda la gama de formas de Gobierno y sistemas de Estado que ya conocemos y que se han desarrollado hasta nuestros días. Si no entendemos esto, no entenderemos que la religión, ligada al Estado o no, es un fenómeno social producto de la explotación y que sólo se irá extinguiendo en la medida en que tal explotación vaya siendo barrida con el surgimiento de la nueva sociedad. La religión se extinguirá cuando el hombre deje de ser dominado por un poder ajeno, cuando deje de ser dominado por las propias relaciones económicas que ellos mismos han creado y por los medios de producción que ellos mismos han producido; desaparecerá cuando el hombre deje definitivamente de pensar y de sentir que el hombre propone y dios dispone; cuando el hombre proponga y disponga, desaparecerá el último poder ajeno que se refleja en la religión y con él desaparecerá también el reflejo religioso mismo por la sencilla razón de que no habrá nada ya que reflejar. Esto último lo hemos leído y estudiado hace mucho, tan sólo estoy repitiendo conceptos y palabras ya dichas pero que lamentablemente no son aplicadas en la práctica, se usan tan sólo como muletilla castrada de contenido y a la hora de los loros se hace exactamente lo contrario a lo que se debe hacer por dogmatismo, intolerancia y prepotencia.

—¿Puedo interrumpir? —insistió Sebastián.

—Un momentito, por favor, que ya termino —pidió Leoncio moviendo las manos—. Si damos una mirada al resurgimiento de la Iglesia Ortodoxa en las tierras antes dominadas y sometidas por el descompuesto, hundido y desaparecido socialimperialismo soviético, entonces advertiremos con claridad lo que trato de decir. Si vemos cómo en China rebrota la doctrina de Confucio y cómo encuentran asidero el cristianismo, el islamismo y todo tipo de sectas religiosas, entonces entenderemos mejor lo que trato de decir. Podrá pasarse décadas educando al hombre desde que nace para que adquiera un método científico de análisis; podrá dotársele de todos los medios posibles de formación y comunicación para que profundice el estudio de las ciencias, del arte, de la cultura y de todas las ramas habidas y por haber del saber para que logre comprender dialécticamente las fuerzas de la naturaleza y de la sociedad, para que pueda manejarlas, someterlas y transformarlas. Sí, todo ello es factible. Al hombre se le

puede proveer de todo lo necesario para desarrollar su intelecto y su capacidad de discernimiento, pero si no se cambian las bases sobre las que se levanta y desarrolla la historia, o mejor dicho, la quimera del pecado original, entonces bastará un pequeño momento de duda para que el hombre sucumba ante cualquier mito. Basta echar una mirada sobre China revisionista, aunque sea superficial, para notar cómo el consumismo y el dinero también adquieren un carácter religioso. Y si mezclamos el problema de las minorías nacionales con la religión y agregamos una pizca de nacionalismo reaccionario y chauvinismo, entonces tenemos, para mal de males, no sólo un potente material explosivo sino, también, un potente elemento corrosivo.

—Yo nunca he dicho que no estoy de acuerdo con los puntos de vista que estás exponiendo —se apresuró a decir Sebastián.

—Tampoco has dicho expresamente que estás de acuerdo —replicó Leoncio—. Pero no importa, tiempo al tiempo. Pues bien, así la cosas, estoy más que seguro que no faltarán aquellos geniecillos sabelotodo especialistas en repetir recetas y consignas anquilosadas; doctos en repetir hasta la saciedad textos sacados de contexto que de tanto repetirlos en el vacío pierden su contenido, su valor real y estratégico; sé que saltarán a la palestra pataleando como energúmenos sobre suelo parejo y orondos espetarán que recorro caminos trillados; que todo lo que estoy diciendo no es más que un cúmulo de lugares comunes, de simplezas y desatinos y afirmarán que el fondo del asunto no es más que el resultado del nuevo reparto del mundo; que no es más que el producto del papel del imperialismo que lo lleva a definir sus zonas de influencia para imponer su orden generando guerras de todo tipo como locales, regionales y hasta un posible conflicto mundial, atómico o no; dirán con alborozo, sorprendidos por su propia genialidad, que no es más que el producto de una situación donde la superpotencia hegemónica única, el imperialismo yanqui, desata más su agresión contra las naciones oprimidas; dirán que son guerras de rapiña en colusión y pugna por rebatiña preparatoria del nuevo reparto del mundo y que dentro de esta situación la opinión pública nacional e internacional es favorable a tal o cual cojudez y etcétera, etcétera y etcétera y bla, bla, bla y más bla. Repeticiones, cacareos, aspavientos y enjaulados melodramas de gatito capón; caricatura de verdades y verdades a medias. Pero no hay que olvidar que sin caldo de cultivo no hay bacteria ni virus que pueda generarse ni desarrollar. De ahí que uno se pregunte qué diablos significa esa bufonada cuando un rayado es presentado ante la radio, la prensa y la televisión nacional e internacional y dice petulante: ¡La nación está en riesgo! ¿De qué nación está hablando? ¿De qué diablos está hablando? ¿De la nación peruana? ¿Del Estado peruano? ¿De la nación

en formación, entre comillas? ¿O del revoltijo que tiene en su cabeza? Si se mira bien el contexto de sus palabras, se nota con claridad que confunde nación con Estado como quien confunde soplos con pedos. Pero el fondo de la cuestión es que viola la política y el espíritu de frente único vendiendo al mejor postor nuestra independencia dentro de él; traiciona los verdaderos intereses nacionales, puesto que la política de frente único es precisamente una política de clase; y, pretende poner de rodillas a la nación frente al enemigo principal.

—Eso es algo que habrá que aclarar —dijo Sebastián ahogando un bostezo.

La luz mortecina de la última vela adelantaba el fin de la larga jornada. Se levantaron para ir a desaguar y desentumecer las piernas cuando la luna hacía los preparativos para esconderse tras una arruga de la montaña serrana.

Hacía rato que el chuchito había desaparecido en silencio y posiblemente habría encontrado cobijo contra el frío debajo de la frazada de su ama. Regresaron al refugio y se echaron espalda contra espalda. Afuera no se percibían ruidos desacostumbrados ni había señas del regreso del resto de la familia. El sueño los tomó por sorpresa y se dejaron llevar por el letargo hasta sumergirse en las profundidades del inconsciente.

4

A la mañana siguiente, unos pasos que se alejaban sigilosos los arrancó del reparador sueño. En otros tiempos habría sido demasiado tarde para reaccionar, pero ahora, antes de levantarse, se desesperaron con calma, se dieron los buenos días y se hicieron la casi tradicional pregunta sobre ¿qué tal has dormido? seguida del sempiterno ¡bien, como siempre! sin darle importancia a los sueños agradables ni a las pesadillas recurrentes. ¡Todo perfecto!

Cuando salieron, no vieron a nadie, ni siquiera la mascotita estaba husmeando en las cercanías. Dieron una vuelta alrededor del depósito como si éste fuera un retén, más para desoxidar las articulaciones y activar los músculos que para otear el ambiente.

Terminada la ronda, que iniciaron por la izquierda, hallaron, a la derecha de la puerta y pegada contra la pared, un bulto de pequeño volumen envuelto en una manta de cálidos colores. Recogieron el bulto, lo introdujeron en el refugio y procedieron a desanudar la manta. Toparon con otra. Cuando desataron la segunda manta, una fragancia a hierbas silvestres saturó sus sentidos.

Lo que descubrieron fue un viejo termo lleno con infusión de muña, una pequeña marmita llena con papas sancochadas, un recipiente de plástico lleno de hiervas cocidas y otro más grande con charqui, un puñado de sal metido en una bolsa de plástico, un poco de mote, otro tanto de habas cocidas, hojas de eucalipto y hierbaluisa, traídas de alguna feria comunal no lejana, al igual que 7 cigarrillos Inca sin filtro; todo envuelto cuidadosamente en varias hojas de periódico y trapos descoloridos pero limpios.

Sacaron los pocillos que tenían guardados en sus mantas, se sirvieron el mate que humeaba fragancia de hogar y lo sorbieron con delicadeza y regocijo; comieron unas pocas papas a las que rociaron un poco de sal, un puñado del sancochado y mascaron sonriendo, sin saber por qué, unas cuantas tiras del charqui.

Apuraron el último sorbo de la infusión, taparon los recipientes, envolvieron las provisiones, formaron 2 grupos desiguales para efectos de transporte y cada quien guardó uno de los grupos dentro de su equipaje.

Cada uno de ellos tomó una de las mantas que recibieron, cogieron las puntas extremas de la diagonal y le dieron varias vueltas has-

ta formar una especie de faja que ajustaron a la altura de los riñones, hicieron un nudo doble y se alistaron para salir.

Asumieron, con razón, que las mantas eran parte del valioso presente, de lo contrario no hubieran sido dos. Era un desprendimiento bastante grande por parte de la campesina pues a la vista estaba que poseía demasiado poco; era una forma de apoyo y agradecimiento que no era nada extraño en toda la zona y que habían tenido ocasión de observar en el transcurso de los años.

También era de suponer que a la criatura le iba mejor con la curación de la herida.

Se alejaron de la chacra en dirección del riachuelo. Habrían caminado un poco más de 150 metros cuando escucharon el ladrido del chuchito, esta vez no parecía bravucón ni arisco, no, por el contrario, sonaba a despedida amigable y hasta algo lastimera; se detuvieron muy brevemente, casi como para perder 2 ó 3 pasos, pero no voltearon, simplemente se miraron de reojo y sonrieron pues presentían la mirada de varios pares de ojos que seguían su alejarse.

Se sintieron reconfortados y agradecidos.

Cruzaron el riachuelo en una vertiente asaltada por matorrales que desembocaba en un terreno pedregoso y encabritado; la montaña se levantaba lozana a sus pies. Subieron otra vez.

Se alejaron lo suficiente como para rodear Ccatapata y seguir hacia Lucanamarca tratando de no toparse con otros viajeros; si esto inevitablemente sucedía, levantaban el sombrero o la mano para saludar recibiendo a cambio el mismo gesto y nadie se detenía para verlos con curiosidad o extrañeza.

Habían salido con la mañana a medio consumir y sabían lo que tenían que subir. La distancia a cubrir no excedía los 12 ó 15 kilómetros según la ruta que escogieran y conocían bien lo encabritado del terreno.

Tenían que franquear o cruzar una zona que parecía que hubiera recibido el impacto tangencial de un meteorito de grandes proporciones y que había pulverizado parte de la montaña haciéndole una herida profunda en forma de herraje.

Años atrás, muchos años atrás, habían escuchado algo sobre esa visión y les había despertado la curiosidad a tal extremo que aquella vez decidieron dar la vuelta completa al herraje para ver con sus propios ojos si esa conjetura tenía sustento real.

Y al herraje le dieron la vuelta completa.

Evidentemente, según las conclusiones a las que habían llegado años atrás, la deformación en ese punto de la geografía no era producto de ningún impacto celestial, sino resultado del espectacular desprendimiento de la montaña, hacía cientos o miles de años, a

causa, probablemente, de lluvias torrenciales o a una sacudida del terreno.

Después de haber estado en la cima central de la montaña, ver e imaginarse desde la parte inferior cómo se había desmoronado y venido abajo el macizo, rompiendo sus pliegues naturales, era todo un espectáculo.

Daba la impresión de que la montaña hubiera fundido una de sus laderas para asaltar el valle arrastrando, por la quebrada formada a sus pies, toneladas y toneladas de barro y piedra dando vereda a una hondonada de más o menos 2 kilómetros de ancho.

En lo alto, el borde de la cima caía unos 100 metros en corte profundo y vertical; luego, la nueva ladera descendía, suavemente, de los 4,600 a poco más de 3,000 metros sobre el nivel del mar, en un recorrido lineal, de arriba hacia abajo, a lo largo de poco más de 6 kilómetros. Sí, la herida fungía de herraje perdido. Y quién sabe, quizás, el otrora encabritado rocín esté, por ahora, dormido.

Y, sin embargo, para matizar el paisaje fracturado, en la planicie formada al lado izquierdo del inicio de la cañada y final de la hondonada, hace muchísimos, pero muchísimos años, que se había erigido un poblado como si nunca hubiera pasado nada, como si la probabilidad futura y natural de otro desgaje fuera nula.

Sebastián y Leoncio dejaron sus recuerdos atrás. Tenían que tomar una decisión: cómo seguir. Sabían perfectamente que si escogían la ruta que recorría la parte superior, la cresta de la herida, el rumbo les ofrecía subidas y bajadas que oscilaban entre 4,600 y 3,800 metros sobre el nivel del océano, más o menos; mientras que si cruzaban por el medio del herraje, evitando el poblado, el derrotero les ofrecía variaciones entre los 4,000 y los 3,800. Así que optaron por la segunda alternativa.

Y se dirigieron hacia la quebradura sin apuro y tomando varios descansos; querían llegar a las alturas de Lucanamarca bien entrada la oscuridad, así que, no bien encarada la primera pendiente suave, retomaron el hilo del razonamiento de la noche anterior.

—Me parece —dijo Leoncio rompiendo el silencio—, que todo lo que hasta aquí hemos conversado y todo lo que aún nos queda por exponer, hay que explicarlo en términos sencillos, como tú siempre repites, para que sea más comprensible, pero, ojo, ello no quiere decir que hay que vulgarizar la exposición, sino popularizarla; hay que perfeccionar todo el sistema metodológico. Tienes que poner ejemplos concretos de cómo se forman, cómo se presentan y cómo se resuelven las contradicciones económicas, sociales y políticas. Por otro lado, regresando al problema de las fuerzas naturales y que fue

el tema que me permitió reflexionar y dar una pequeña vuelta en torno a una parte de la historia universal, me pregunto: ¿Juegan la naturaleza y sus fenómenos, en determinadas circunstancias, un papel decisivo o no? Pareces perplejo cuando hablas sobre las naciones Chavín y Wari. Hablamos de necesidad y casualidad pero partimos de que la necesidad no existe en forma pura; cualquier proceso necesario se realiza en multitud de formas casuales de tal manera que la casualidad es la forma en que se manifiesta y completa la necesidad, de lo contrario no habría lugar para la libre actividad del hombre y todo estaría determinado fatalmente. Del mismo modo, tampoco hay fenómenos absolutamente casuales pues todo dependería de una concurrencia de circunstancias afortunadas o desafortunadas. En el transcurso del desarrollo, las casualidades pueden transformarse en necesidad; por ello, el análisis y la previsión de los acontecimientos sociales presupone tener en cuenta la unidad de lo necesario y lo casual.

—Todo eso ya lo sé —replicó Sebastián.

—Pues bien, si ya lo sabes, entonces aplícalo en tu análisis.

—Eso estoy tratando —dijo Sebastián casi murmurando.

—Así me lo imagino —dijo Leoncio dándole una ligera palmada en el hombro a Sebastián—, pero ten en cuenta que intentar no es sinónimo de lograr; si seguimos trabajando juntos, lograremos una buena exposición, no lo dudes.

—Eso espero de todo corazón.

—Bien —dijo Leoncio estrenando una amplia sonrisa—. Regresemos a tu exposición y pensemos un poco. A ver. Cuántos individuos habrían llegado a nuestro Continente por la vía que fuere. Muy pocos, ¿verdad?

—Sí, de acuerdo, muy pocos.

—¿Y cuántos habrán sido los pobladores de nuestro suelo hace 22,000 años? Pongamos un número cualquiera pero plausible de credibilidad aunque casi imposible de probar, salvo si recurrimos, en forma comparativa, al uso de la ley estadística y observamos el crecimiento poblacional, en general, basándonos en el conocimiento acumulado que se tiene sobre el desarrollo de las sociedades y seguimos el sentido inverso; es decir, de la actualidad hacia el tiempo que estamos tratando. Entonces, calculemos y digamos un número aproximado: ¿20,000; 30,000; 40,000 personas? ¿Algo más o algo menos? Es posible. ¿Vivían todos juntos? Pues claro que no. Ya lo has dicho: eran pequeños grupos nómadas de cazadores y recolectores...

—Grupos de 10, 15, 20 personas —añadió Sebastián.

—Sí. Pues bien, ahora piensa un poco y dime qué consecuencias acarrearían, para ese puñado de gente, las grandes erupciones volcá-

nicas, los agresivos terremotos, las intensas lluvias, las despiadadas sequías, los maremotos con sus apocalípticos tsunamis, además de otros fenómenos naturales similares...

—Las consecuencias serían graves y desastrosas, evidentemente —respondió Sebastián.

—Y dicho sea de paso, nosotros tenemos la Cordillera de los Andes y, en la Costa, justo delante de nuestras narices, la particularidad de un fenómeno muy especial que paradójicamente lo denominan, según el aspecto que muestre, El Niño o La Niña; nombres candorosos para las 2 caras de un mismo fenómeno que se comporta como un verdadero salvaje dejando a su paso una huella de destrucción y muerte sin parangón. Mira, el último tsunami en Asia se llevó casi 300,000 vidas en unos cuantos minutos; los huracanes, las lluvias, las riadas y los huaicos matan a miles de personas cada año en todo el globo terráqueo; las sequías, con su secuela de hambruna, generan muerte y desplazamiento de miles de personas. Y si a este panorama de suyo ya adverso, en la actualidad, le sumamos el hecho de que, a pesar del tremendo desarrollo de la tecnología en cuanto a previsión, prevención y ayuda, aunque las más de las veces es mala y tardía, la gente sigue muriendo por miles, entonces imagínate qué no les pasaría a nuestros antiguos que después de varios miles de años formaban incipientes poblaciones de unas cuantas decenas, centenas o de unos cuantos miles de individuos sin ninguna previsión, prevención ni ayuda posible. El que sobrevivía tenía que arreglárselas como podía para seguir adelante, y por supuesto que siguieron adelante...

—Cierto, si no, no estaríamos aquí hablando.

—Por lo demás, en aquellos tiempos, los desastres naturales han tenido que ser mucho más duros que ahora, si no, pensemos en la glaciación, en la desglaciación, en la extinción de los grandes mamíferos o en la metamorfosis del fértil Sahara en desierto. Así que sí es factible explicar científicamente el languidecimiento o la desaparición de un pueblo, de una nación, por causa de fenómenos naturales; ojo que no estoy sosteniendo que algunas poblaciones o naciones se esfumaron en el aire ni que éstas languidieron o desaparecieron así como así, sino que fue a causa de catástrofes naturales. Parte de esto ya lo has mencionado, pero me parece que te falta firmeza y convicción porque estás a la expectativa de si te pesco algún error o le meto más leña al fuego. Ten en cuenta que yo me equivoco lo mismo o más que tú, pero ambos debemos perder el miedo a equivocarnos y defender las ideas que tenemos, debemos barrer con esa mentalidad servil que nos inculcaron y, para colmo de males, repetimos voluntariamente durante un largo período...

—Yo no estoy muy seguro de que premeditadamente nos hayan

inculcado esa forma de pensar y actuar —opinó Sebastián.

—Yo tampoco —afirmó Leoncio—, pero sucede que a veces se hacen cosas sin querer queriendo; y no se trata de nosotros 2 sino de todos nosotros, un fenómeno que se ha desarrollado en unos más y en otros menos...

—Tal vez debamos prestar más atención a este asunto e investigar a fondo —interrumpió Sebastián.

—Queda como tarea —dijo Leoncio retomando mentalmente el hilo de sus pensamientos después de alcanzarle un puñado de hojas de coca a Sebastián—. Regresemos a nuestro actual tema y veamos un punto que podría ayudarnos a dar explicaciones para dejar algunas cosas un poco más claras en relación a las fuerzas naturales y sus efectos sobre la humanidad. La Cordillera de los Andes y los 2 aspectos de un mismo fenómeno.

—El Niño y La Niña —dijo Sebastián.

—Exactamente —confirmó Leoncio, y siguió—. Por razones didácticas, demos un pequeñísimo salto hacia adelante en la historia, dejemos las cuevas y vayamos a los valles donde se iniciaba o ya se había desplegado un poco la agricultura incipiente y la ganadería estaba en sus albores; cuando se estaba pasando, poco a poco, del nomadismo al sedentarismo, cuando ambos aún coexistían y la arquitectura o las técnicas de construcción eran muy elementales. Es de suponer que los valles, como único sustento económico de nuestros antiguos, eran diminutos teniendo en cuenta la extensión del territorio que actualmente llamamos Perú, y eso sólo para hablar de la parte que nos concierne pero que bien puede ser una regla general para toda la Costa del Continente que está al pie de los Andes. Partamos, además, del hecho real de que la cantidad de gente agrupada en una población era bastante reducida en número. Pues bien, así las cosas, lo que acabo de decir nos lleva a la convicción de que esos valles y sus pobladores se encontraban indefensos ante la furia de la naturaleza; esto de furia es sólo un decir, me refiero a los eventos innatos de la naturaleza, sus repercusiones inmediatas y sus consecuencias en el devenir. Bien, en la actualidad conocemos, o por lo menos creemos conocer, cómo funciona y qué necesita una comunidad, un caserío, un pueblo, una ciudad, una provincia, un departamento y un país; sabemos de urbanismo; conocemos bastante sobre todo lo concerniente a la producción; tenemos ideas claras sobre la preparación de la tierra, los ciclos de lluvia y la irrigación; lo mismo que sobre acarreo, sembrado, escarde, cultivo, cosecha, distribución, almacenamiento, intercambio, comercialización, transporte y un montón de etcéteras concernientes a la vida social, para ya no hablar de usos y costumbres, amén de ritos, creencias y temores. Pero, ¿cómo era

todo aquello en los inicios? Pues yo pienso que era bastante jodido ya que tenían que enfrentarse a una naturaleza bastante hostil, ¿no?

—Claro —dijo Sebastián moviendo afirmativamente la cabeza—, no se necesita ser muy inteligente para imaginarlo.

—No, no se necesita ser muy inteligente, así que ya estaría demás explicar cómo una buena lluvia y un mejor huaco arrasaban con todo lo que encontraban a su paso; pero, a pesar de todo, hay que explicarlo pues la Cordillera junto con las criaturitas ésas son fenómenos necesarios a tener en cuenta en la planificación. Les guste a algunos o no. Partamos de lo siguiente, tenemos una topografía bastante interesante por su variedad; tenemos todo tipo de regiones naturales con todo tipo de climas y microclimas; Costa, Sierra y Selva, desde el nivel del mar hasta los casi 7,000 metros sobre el nivel del mar; tenemos grandes centros poblados por encima de los 4,300 metros sobre las aguas del Océano...

—Como es el caso de Cerro de Pasco.

—Así es, tenemos una Costa bañada por unos cuantos ríos escuálidos, con valles sumamente productivos pero rodeados de desiertos inhóspitos; tenemos una Sierra preñada de valles y mesetas, de lagos y lagunas, una Sierra recorrida por ríos de verdad, torrentosos y caudalosos, tierras súper productivas y alturas yermas donde sólo se encuentran piedras y más piedras, una Sierra que en sus entrañas lleva desde fuentes de agua hasta los más codiciados minerales; tenemos una Selva con una Amazonía cruzada por el río más largo y caudaloso del mundo, una Amazonía colmada con la más grande variedad de flora y fauna y con gigantescas bolsas de petróleo y gas...

—Que roban al pueblo...

—En nuestro territorio tenemos 28 de los 32 climas y 84 de los 104 ecosistemas que se dan en toda la Tierra. En un par de horas y con diferencia de no muchos kilómetros, se puede pasar de la sensación de invierno a la de verano, y viceversa, según la dirección, los gustos y las necesidades; sobre la misma carretera, o a pie si quieres, se pasa del más yermo de los paisajes al más verde y acogedor valle en un abrir y cerrar de ojos; en cuestión de horas se pasa del frío más intenso al calor más agobiante; en un abra desértica se puede tiritar de frío pero unos cuantos kilómetros más abajo se encuentra un acogedor y moderado valle interandino o una montaña verde y protectora...

—Y a mí me lo cuentas...

—No te estoy contando nada, estoy enunciando lo que debemos explicar —retrucó Leoncio—. Y en esta topografía súper variada y de ensueño es donde el Océano inunda la Costa, donde los volcanes incendian valles, donde los terremotos reducen ciudades a escom-

bros, donde las montañas se desprenden y con sus huaicos arrasan ciudades y sepultan gente, donde los caudalosos ríos, al desbordarse, arrasan con todo lo que encuentran a su paso, etcétera. Bien, ahora pensemos en el pasado; si no era el exceso de arena, era el exceso de piedra o el exceso de agua lo que hacía más dura la lucha por la subsistencia a nuestros antiguos. Pero, como si todo esto fuera poco, a todas esas desgracias tenemos que añadir el fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur que se encarga de aportar peores lluvias o más grandes sequías y empeorar lo que ya es habitual en nuestro suelo por su tan especial topografía.

—La Corriente de Humboldt, eso ya se estudia en el colegio, compadre —dijo Sebastián levantando las manos al cielo.

—Antes —continuó Leoncio haciendo caso omiso al comentario— se pensaba que este fenómeno, que es casi tan antiguo como la Tierra, era provocado por una corriente marina fría, la descubierta por Humboldt, compadre, pero hoy se sabe que en el fondo es un fenómeno bastante complejo de irregular repetición, con ciclos anormales en relación adónde y cómo impacta, así como a cuándo se da y cuánto dura. A veces se presenta 2 años consecutivos, otras veces después de varios años de ausencia; su intensidad puede ser baja, media, alta o altísima y su duración puede ser de un mes o de medio año; puede producir inundaciones en uno o varios países latinoamericanos como, al mismo tiempo, provocar sequías en Indonesia o en alguna otra parte del mundo o también a la inversa. Por ejemplo, tomando datos concretos, los acontecimientos del período 1982-1983 y del período 1997-1998 fueron demoledores y dejaron toda una cadena de experiencias, aún no asimilada, con su reguero de muerte y destrucción. Sólo para recordar un par de cosas, el año 1997 hubo tremendas inundaciones en el Norte del Perú, en el Sur de Ecuador, en el Sureste de Brasil y Argentina, en el África Oriental, en el Oeste de Canadá y Estados Unidos, por un lado, y por otro, sequías en Australia, Indonesia, Filipinas, en el Altiplano del Perú y Bolivia, en el Noreste de Brasil, en Centroamérica y África Central; aumentaron los huracanes en el Océano Pacífico, pero disminuyeron en el Caribe y en el Atlántico.

—Sí que me acuerdo.

—Los que se llaman entendidos dicen que se debió al calentamiento de las aguas del Pacífico frente a las costas del Ecuador y Perú y que abarcó una longitud de casi 11,000 kilómetros. En concreto y con números reales, en el período 1982-1983 quedó registrada la peor sequía de Puno pues se perdió el 93% de la cosecha de papa y el 80% de las cosechas de cebada y quinua, lo que afectó dramáticamente a la población.

—Cierto. Una desgracia estremecedora.

—Y si esto pasa en nuestros tiempos, con todos los adelantos tecnológicos de, como ya dije, previsión, prevención y ayuda, ¿cómo habrán sido los padecimientos de nuestros antiguos, y cuán devastadoras las consecuencias de fenómenos similares? Hay quienes postulan que en los últimos 10,000 años se habrían producido Mega-Niños que habrían tenido duraciones de algunos decenios a un siglo y medio y que ello habría modificado el paisaje y las sociedades de entonces, sobre todo y en particular en las costas peruana y ecuatoriana. La referencia más antigua con que se cuenta data de unos 10,000 años y fue ubicada en el Norte de Lima, en Ancón, y se refiere a un aluvión previo a la ocupación humana en esa zona. Desde Lima hasta Moquegua, en la Costa, se ha encontrado la presencia, en gran abundancia, de restos de un molusco propio de aguas calientes.

Hicieron un alto para orinar, acomodar la carga a sus espaldas, ajustar la manta alrededor de la cintura, calarse mejor el chullo y el sombrero, beber un sorbo de agua y luego reanudaron la marcha.

—En Ancón —reanudó Leoncio—, pero esta vez con una antigüedad de poco más de 4,500 años, es decir antes de la existencia de la nación Chavín, se descubrieron indicios que podrían tener relación con el mismo fenómeno que provocó la avalancha de lodo que destruyó y sepultó el templo de Punkurí, en Casma, y el primer gran edificio del Cerro Sechín en las inmediaciones. Hay quienes han logrado rastrear indicios de los desastres producidos por las perradas de las 2 criaturas hasta unos 3,200 años de antigüedad en el mismo valle del Río Casma. En relación a lo que ya mencionaste sobre el Imperio Chavín, de hace más o menos 2,500 años, hay una visión apocalíptica que sostiene que Chavín colapsó víctima de los fenómenos naturales tales como aluviones y que sus huellas fueron encontradas en muchos sitios arqueológicos; al parecer en la Costa se produjeron lluvias torrenciales e inundaciones que devastaron zonas de cultivo íntegras con lo que arruinaron no sólo los campos de cultivo y el hábitat sino que la misma próspera vida económica quedó literalmente borrada del mapa en toda el área de lo que ahora conocemos como Lambayeque, Nepeña y Casma.

—Ahí están las que podrían ser pruebas del colapso de Chavín por razones de un fenómeno natural, océano-atmosférico devastador —dijo Sebastián con una sonrisa que le iluminaba el rostro.

—Cierto —anotó Leoncio moviendo las manos como quien pide calma—, pero yo no cantaré victoria porque, en este caso, no fue la única razón, para mí, hay otra de mayor peso; aquella catástrofe fue tan sólo el puntillazo de gracia. Luego te hablaré sobre lo que pienso, pero antes de que me olvide habría que señalar un punto muy im-

portante sobre la observación de la naturaleza por parte de nuestros antepasados...

—Y ahora, ¿para dónde das el salto?

—No molestes y escucha, hombre. Por más paradójico que parezca, precisamente los especialistas de la nación Chavín habían sido los primeros en utilizar sistemáticamente la previsión del fenómeno natural que apuró su declive. Ellos tenían en sus manos la conocida concha spondylus a la que en quechua se conoce como mullu, y que era una concha traída desde las costas de México, Panamá, Colombia y Ecuador. Esa concha les habría servido para sacar información muy valiosa en cuanto al comportamiento hidro-meteorológico relacionado con El Niño, La Niña y los varios otros nombres que hoy circulan. Así las cosas, los fenómenos naturales, con su aparente comportamiento caótico, en determinadas circunstancias, sí que juegan un rol protagónico en las grandes transformaciones histórico-sociales tanto del mundo andino antiguo como del actual; y a pesar de tantos miles de años transcurridos, aún no hemos aprendido bien la lección. Y habrás notado que no he dado ningún salto, sólo he puesto una marca recordatoria, he hecho una llamada de atención.

—Sí, señor, gracias por el aviso —exclamó Sebastián sonriendo mientras levantaba su sombrero.

—Bien, a ver cómo la empalmo. El Niño, La Niña y todos sus otros parientes son alteraciones del sistema global océano-atmosférico que se originan en el sur del Océano Pacífico pero tienen, en sus versiones más fuertes, consecuencias devastadoras en distintos lugares del globo terráqueo...

—Te estás repitiendo...

—No molestes, no me estoy repitiendo, estoy *de-sa-rro-llan-do* la cosa —dijo Leoncio, dotando de intensidad y melodía a las sílabas—. El Niño y La Niña son 2 aspectos de un mismo fenómeno natural que se define según el contrario que prime; si la fase es caliente, predomina El Niño y, si la fase es fría, predomina La Niña. Ambos se alternan y conjugan para generar lluvias torrenciales o sequías espeluznantes; en un momento contribuyen a la formación de grandes cosechas con el consiguiente enriquecimiento y hartazgo y en otro momento provocan grandes sequías con la pobreza y hambruna resultante. Por lo tanto, este fenómeno natural, con la unidad y lucha de sus contrarios, que se afirman y niegan mutuamente, también fue, es y seguirá siendo protagonista de nuestra historia; si acá *in-fluyó* en la expansión y el crecimiento de un pueblo, allá lo hizo en la caída y el colapso de toda una nación. Y dicho sea de paso, las grandes catástrofes climáticas con su devastador impacto en la vida de los pueblos no son exclusividad de la costa de Sudamérica ni de nuestros

Andes; si quieres recorro al Antiguo Testamento, o simplemente a la historia, para recordarte las 7 plagas de Egipto junto a otras plagas y pestes; o para recordarte el colapso de alguno de los imperios de Mesopotamia.

—¿Entramos en un paréntesis bíblico, caballero?

—No, don Cachaciento, ya sigo —dijo Leoncio mientras replicaba la pulla de Sebastián dándole un ligero empujón en el hombro—. Estas criaturas, como ya te dije, se alternan y conjugan. El Niño ocasiona lluvias devastadoras en la Costa Norte y al mismo tiempo sequías de pesadilla en el Altiplano; mientras que La Niña recorre con sus efectos el camino inverso produciendo sequías en la Costa Norte y lluvias en el Altiplano y cuando se mueven en equilibrio o igualdad de acción, que es transitoria y relativa, se están preparando para la próxima oleada, que es absoluta; va a venir sí o sí y de seguro que ya no falta mucho. Lo que trato de explicarte, con esta altisonancia, es que la alternancia de tiempo y espacio, de cuándo y dónde, entre lluvia y sequía en su forma aparentemente inusual pero catastrófica es inevitable, y va a seguir siendo así a no ser que, para bien o para mal, cambien algunos, los decisivos, o todos los factores que generan, por necesidad o casualidad, este fenómeno océano-atmosférico; fenómeno que, guste o no, es parte de la unidad material del mundo y cuyo germen, aparición, desarrollo y posibilidades de cambio obedecen a las leyes de la naturaleza en eterno movimiento.

—De una u otra manera ya dije algo parecido —acotó Sebastián algo incómodo.

—Cierto, y reitero que sólo estoy tratando de desarrollar, de redondear el tema para que lo tengas en cuenta en tu exposición. Bien, el hombre puede y debe contribuir con su granito de arena, pero en este caso y en cuanto al cambio de la ley natural que rige sobre las corrientes marinas, según mi opinión, seguirá siendo tan sólo un granito de arena aún durante varios miles de años; por lo tanto, nuestro esfuerzo debe concentrarse en el acertado análisis, en la previsión, la prevención y sobre todo en la rápida solución de los problemas que generen estas fieras con nombre cándido, lo que incluye la inmediata ayuda a los que resulten damnificados; inmediata significa inmediata, y no debe entenderse como la costumbre actual, es decir, tarde, mal o nunca. Y esto nos lleva a un tema candente. El problema del hoy llamado efecto invernadero y otros resfríos universales. Para mí, y de seguro para otros más también, esa vaina es sólo una tapadera, un chancar de ollas vacías para encubrir un problema social que no se resuelve con lamentaciones, rasgadas de vestiduras, golpecitos de pecho ni con limosnas expíaculpas; sin cambiar las estructuras sociales no cambiarán más que las formas de contaminación pues

el sistema de dominio actual no va a prescindir de su esencia voraz; el sistema de dominio actual no se va a suicidar para dejar de tirar humo en forma de dióxido de carbono al cielo ni para evitar que suba o para que baje un par de grados el calor y deje de derretirse lo derretible; toda esa pendejada no es más que un nubarrón oscurecido, más de la cuenta, para desviar la atención de la contradicción principal hacia los efectos colaterales del problema fundamental, es decir, del caduco sistema social reinante; y dicho sea de paso, no hay que olvidar que la multitud de teorías que tratan de dar científicamente una explicación al enfriamiento o calentamiento de la Tierra dentro de su proceso de evolución, o a los llamados períodos glaciales e interglaciales, se basan, de una u otra manera, en la concentración o eliminación de dióxido de carbono de la atmósfera; aquí, otra vez, 2 aspectos de un mismo proceso, la suficiente eliminación de dióxido de carbono de la atmósfera es un factor explicativo de la tendencia de enfriamiento y la suficiente concentración de dióxido de carbono en la atmósfera es un factor explicativo de la tendencia de calentamiento, y este fenómeno se produce, por vía natural, hace miles de millones de años.

—¡Indiscutible!

—Lo decimos nosotros, pero mira cómo se arañan los llamados científicos —aclaró Leoncio.

—Porque esconden la verdad, lo acabas de decir, no quieren soltar la sartén —aclaró Sebastián.

—¡Ni el plato de lentejas! Ahora bien, volviendo a los tiempos antiguos y nuestras infantiles fieras. Como ya empecé a explicarte hace un ratito, concretamente fue en el tiempo de la nación Chavín que se desarrolló sistemáticamente la observación de los fenómenos naturales relacionados con el fenómeno del Niño; aunque se supone o es de suponer, por los rastros arqueológicos encontrados, que quienes empezaron a darse cuenta de las posibilidades de conocer ese fenómeno, a través de la observación, fueron los pueblos que vivían en el territorio de lo que hoy es México y el arte habría sido heredado y practicado por los sechín en nuestras tierras. Como fuere, el asunto es que los chavín perfeccionaron o desarrollaron la técnica que les permitía relacionar la presencia de una concha marina roja con las variaciones de temperatura de las aguas marinas y la consecuente alteración atmosférica, que como ya empecé a explicarte, se llama mullu o concha spondylus, que tiene una tremenda sensibilidad térmica y que es habitual de aguas tropicales.

—Ya lo sé —dijo Sebastián acomodando el quipe a su espalda.

—No lo dudo —comentó Leoncio con sinceridad—. Lo interesante de la observación que hicieron es que se dieron cuenta de que la

spondylus no aparece en las aguas frías, como lo son normalmente las nuestras, y sólo aparecen con el anormal calentamiento de las aguas costeras del Norte de nuestro actual territorio y con la repetición del fenómeno, los chavín, ante la presencia o la ausencia de esta concha, empezaron a predecir la ausencia o proximidad de lluvias. Sin embargo, y esto es lo que hay que destacar, este mejor dominio y manejo del conocimiento tuvo 2 caras; por un lado, los especialistas astro-hidro-meteorólogos y los Sumo Sacerdotes de la nación Chavín podían decir, con bastante exactitud, que la presencia de las primeras conchas rojas anunciaba que en 3 ó 4 meses caerían las primeras lluvias; pero por otro lado, ese conocimiento no sólo se convirtió en instrumento útil y necesario para planificar y organizar las faenas agrícolas sino, sobre todo, en instrumento de sometimiento utilizado por los Sumo Sacerdotes para imponer creencias y ritos; de ahí, y mientras el descubrimiento se mantuvo en secreto dentro de esta casta, es que la masa tenía que adorar y rendir culto al mullu. ¿Me estás escuchando, o ya te aburrí?

—¡No, no, qué va! —exclamó Sebastián sin ironía—. ¡Sí, te escucho, y con muchísima atención, a pesar de que, en general, ya conozco el tema; te escucho con atención a pesar de las vueltas que das, a pesar del hambre, a pesar del oxígeno que me falta y de mis viejos huesos que se rajan de frío!

—¿Quieres que paremos a comer un poco? —preguntó Leoncio algo preocupado.

—No, todavía —dijo Sebastián haciendo aspás con las manos—. Sigue nomás, lo que estás explicando es asunto bastante conocido, se supone que todo el mundo está al corriente de la cuestión que tratas, es casi una perogrullada; la enseñan en los colegios, hay un montón de estudios científicos que se refieren a ello y hace años que hemos analizado juntos ese tema; ya sé que no es tu creación heroica pero no está nada mal cómo le pones un armazón a esa parte de la historia y además me doy cuenta de hacia dónde hay que tirar la carreta; con un par de cambios necesarios, meto tu rollo en mi exposición, ¿de acuerdo?

—¡Claro que estoy de acuerdo! —exclamó Leoncio—. Si no, para qué diablos crees que me estoy dando el trabajo de hacerte un resumen, ¿para tu simple ilustración o qué mierda?

—¡Y dale con tu chanza, carajo!

—Ya está bien, no se añe, compadre, que ya sigo. Bien, así las cosas, los chavín aprendieron a predecir, con bastante tiempo de anticipación, la presencia de lluvia o no; por lo tanto podían programar o posponer la siembra; pero todo ese conocimiento a fin de cuentas no les ayudaría, pues no pudieron prever la catástrofe engendrada

cuando el cielo abrió sus esclusas y el agua les cayó encima en forma de diluvio; pero ese infausto capítulo que cierra la historia de la nación Chavín lo dejo para más adelante.

—¡Caballero, hace rato que se está repitiendo!

—Ya lo sé, señor, pero hay que machacar con argumentos desde varios ángulos para fijar las ideas a ver si algo queda. Pero ahora quiero centrarme en el problema de cómo los Sumo Sacerdotes usaron ese conocimiento para ejercer dominio sobre el pueblo.

—Momentito, Leoncio. ¿No piensas que en vez de estar saltando de aquí para allá, mejor es explicar en este punto de tu rollo qué es y cómo se produce el fenómeno de El Niño y el de La Niña? Hasta ahora sólo has mencionado que se trata de una corriente de agua caliente y fría, respectivamente pero no has explicado a qué se debe; hasta ahora nada has dicho sobre cuál es la causa real.

—Lo que he dicho es que se pensaba que este fenómeno oceánico-atmosférico del Pacífico Sur era provocado por una corriente marina fría pero que en el fondo es un fenómeno bastante complejo y que El Niño y La Niña son 2 aspectos de un mismo fenómeno natural que se define según el contrario que prime; si la fase es caliente predomina El Niño y si la fase es fría predomina La Niña. Bien, y en cuanto a los saltos, parece que tienes razón.

—¿Parece? —preguntó Sebastián con tono de triunfo.

—Sí, parece, porque tal vez hubiera sido mejor explicarlo al principio del análisis.

—¡Pensé que le dabas larga al asunto para hacer más dinámica la cosa y despertar el interés de la gente! —dijo Sebastián deteniendo su paso.

—En cierta forma sí —repuso Leoncio—, eso era lo que me proponía hacer. Pero bien, ya está, tienes razón.

—¡Gracias! —exclamó Sebastián mirando a los cerros y reiniciando la marcha.

—A ti las gracias, por la interrupción. Bien, aquí va lo que exigés. Al final del período Terciario, hace unos 20'000,000 de años, a causa de un abrupto levantamiento del terreno, se formó la Cordillera de los Andes, que cruza la franja occidental de nuestro Continente, de Norte a Sur, en un recorrido de más o menos 10,000 kilómetros, desde la parte Norte de Venezuela hasta el extremo Sur de Chile; y en su recorrido cruza Colombia, Ecuador, Perú, Chile y se adentra en territorio Boliviano y Argentino. Lo que se denomina como los Andes Centrales abarca desde el Sur de Colombia, un poco más al norte de la línea ecuatorial, hasta el Norte de Chile y Sur de Bolivia. Hay 3 nudos cordilleranos, uno es el Nudo de Loja en el Ecuador y aquí tenemos el Nudo de Pasco y el Nudo de Vilcanota. Nuestro Perú está cruzado por

3 ramales que corren paralelos a la Costa: la Cordillera Occidental, la Central y la Oriental; la Cordillera Occidental, desde poco más al norte del Nudo de Pasco y hasta la Sierra de Trujillo, se divide en 2, nuestras lindas y conocidas Cordillera Negra y Cordillera Blanca. Esta larguísima cadena de montañas, con grandes callejones y con estribaciones que llegan casi al borde del Océano, alberga centenares de lagunas, valles y mesetas ubicados en todas las altitudes imaginables alcanzando hasta los 5,000 metros sobre el nivel del mar y tiene cumbres altísimas que alcanzan hasta los 7,000 metros de altura.

—¡Manito —dijo Sebastián deteniendo su paso otra vez—, disculpa que te interrumpa nuevamente, pero te estás yendo por las ramas! ¿No puedes dejar de dar vueltas e ir al grano?

—Espera, espera, esto es importante para comprender lo que viene y para ubicar a nuestros oyentes geográficamente mejor.

—¡Qué jodido que eres, carajo! Bueno, sigue —dijo Sebastián con un tono casi resignado.

—Bien, como no quieres oír, ya no te digo nada sobre las especificaciones tan singulares de este rincón del planeta...

—¡Lo que sería otra repetición!

—...ni de su riquísima variedad geográfica...

—¡Que ya lo mencionaste!

—...topográfica y edafológica...

—¿Eda qué? —exclamó Sebastián haciendo cuenca con la mano alrededor de su oreja izquierda.

—*E-da-fo-ló-gi-ca*, don Pelotas. Es la ciencia que trata de la naturaleza y de las condiciones del suelo en su relación con las plantas...

—¡No me jodas, hombre!

—...tampoco te diré nada más sobre la variedad climática...

—¡La ya mencionada más de 1,000 veces por el señor aquí presente!

—...y ni una palabra sobre la variedad proverbial de flora y fauna que...

—¡Alto, alto, alto, don Jodido, ahora sí que tengo hambre! —gritó Sebastián abrumado por la exposición de Leoncio.

Se dieron mutuamente varias palmadas sobre los hombros; se dieron de empujones casi hasta caerse y se corretearon un buen trecho levantando amenazante los puños al aire mientras proferían palabrotas y conjuros. Reían con una juventud espiritual recuperada, nunca perdida.

Al notar que les faltaba el aire, y los pulmones pedían con sobresaltos compasión y descanso, depositaron a un costado la carga que llevaban encima, se sentaron jalándose de los ponchos y se tumbaron

de espaldas, sobre el suelo cenizo, al costado de un muro de piedra y siguieron así hasta que la risa se les apagó lentamente.

Habían cruzado por el medio la hondonada; habían subido la cuesta y transitado a lo largo de un sinnúmero de pequeñas parcelas surcadas por muros de piedra que seguían las sinuosidades del terreno, subiendo, bajando y que en algunos lugares formaban parte de la andenería. Llegaron a lo alto de la loma en plena discusión.

Hacía un buen rato que el sol se había escondido detrás de los cerros y el atardecer cedía lentamente su lugar al manto de la noche.

Se incorporaron y alzaron la cabeza por encima del muro a cuyos pies se habían echado; desde ahí dominaban con la vista, a prudente distancia, la carretera, el poblado, la planicie y la falda del cerro; no se veía movimiento alguno. Planificaron los pasos y el camino a seguir.

Una hilera de casitas de adobe con techo de teja seguían el margen izquierdo de la vetusta carretera, sobre el margen derecho y con vista al norte se esparcían decenas de parcelas recién roturadas, de entre ellas y sobre ellas se levantaban casitas dispersas sobre la planicie; más allá, al pie del cerro por el lado donde había un profundo hueco que formaba un inmenso medio círculo, se apilaban, algo desordenadas, un conjunto de casas rodeadas por árboles altos y frondosos. Más al norte, al final del poblado, podían ver la casa adonde querían llegar; estaba protegida por una arbolada y más o menos separada de las 4 casitas contiguas.

Calcularon que más o menos en 3 horas se podrían acercar sin que los vecinos lo notaran. Comieron un poco y se tumbaron otra vez sobre sus espaldas.

—¿Me dejas terminar? —preguntó Leoncio con suavidad.

—¡Si prometes ser concreto, y sólo así!

—¡Lo prometo!

—Entonces, dale —dijo Sebastián acomodándose mejor sobre el suelo.

—Todo lo que antes trataba de explicarte en detalle es importante porque, como ya te he dicho 20 veces, fortuitamente convergen 2 grandes factores naturales: la Cordillera de los Andes y el fenómeno océano-atmosférico del que uno de sus componentes es la Corriente de Humboldt. Bien, así, hay que tener en cuenta 2 cosas; primero, el sentido de la rotación de la Tierra, y segundo, los vientos alisios del Pacífico Sur que, moviendo la corriente marina superficial, dan lugar al permanente afloramiento de profundas aguas frías, determinando así la temperatura superficial de nuestras aguas marinas por debajo de la temperatura que normalmente le correspondería según

la ubicación latitudinal en la Tierra; esto es lo que hace que nuestras aguas sean relativamente frías, lo que es muy diferente a sostener que la Corriente de Humboldt sea una corriente de agua fría. Y esto último es una de las otras estupideces que se sigue enseñando en los colegios a pesar de estar demostrado el fenómeno que te acabo de explicar.

—Tienes razón —asintió Sebastián.

—Pues bien, las frías temperaturas superficiales de nuestras aguas costeras no sólo limitan inapelablemente la evaporación del agua marina sino que causan una zona de inversión térmica en la atmósfera, que es un espacio que ocupa más o menos los primeros 1,000 metros sobre el nivel del mar; eso es lo que impide la formación de las grandes nubes que dan origen a las lluvias y sólo permite que se formen nubes delgadas que provocan ocasionales garúas. Por otro lado, por encima del nivel de la inversión térmica, sí se forman grandes nubes que, frenadas por la gran altura de la Cordillera, descargan una copiosa lluvia en su cara occidental y si a esto le sumamos los deshielos entonces tenemos esos devastadores huaicos de lodo y piedra que arrasan con todo lo que encuentran a su paso, aparte de los desbordes de ríos y otros desmadres.

—Es lógico —pensó Sebastián en voz alta.

—Si la inversión térmica se altera o rompe, entonces esas grandes nubes se descargarán en forma de diluvio sobre nuestra Costa; por ejemplo, tomando la referencia más antigua, el aluvión que cayó hace 10,000 años sobre Ancón; si esta desventura cayera hoy sobre Lima, entonces ya te puedes imaginar el desastre que causaría pues la ciudad no está hecha ni preparada para soportar lluvias, el alcantarillado actual de por sí ya es una mierda. Y como, a pesar de que tienes los ojos cerrados, me doy cuenta que en tu cerebro sigue dando vueltas como trompo carretón la pregunta, cuya respuesta ya conoces, sobre cómo se produce el anormal calentamiento de las aguas costeras en el Norte de nuestro territorio, sólo te diré que uno de los factores, el más importante, es la incursión de una gigantesca masa de agua cálida en el litoral peruano-ecuatoriano procedente del Pacífico Occidental...

—¡Adivinaste! Ésa es la pregunta y la respuesta correcta —exclamó Sebastián sin abrir los ojos.

—...y es fácilmente comprobable pues si se mide la temperatura frente a los puertos de San Juan en Nazca, Callao en Lima y Lobitos en Tumbes, se sabe que las temperaturas, normales, entre comillas, respectivamente, son 14°C, 16°C y 18°C en invierno y alcanzan máximos de 16°C, 18°C y 21°C en verano. A partir de esto, el acercamiento de grandes masas de agua caliente, que vienen del

Oeste, no sólo causan la siempre nombrada anormal elevación de la temperatura de las aguas de nuestras costas y, al mismo tiempo, de la atmósfera de la Costa sino que también es la causa que contribuye a modificar el fenómeno de inversión térmica y la consecuente caída de grandes lluvias.

—Lo cual debería ser evidente para todos —anotó Sebastián con interés.

—Sí, pero al parecer aún no lo es. Bien, según las observaciones de algunos científicos, se puede decir que una variación de 2°C al alza bastan para definir la presencia del fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur, aunque débil; sobre los 3°C, lo califican de eventos medianos y de los 4°C para arriba, de eventos intensos. El conjunto de las manifestaciones de este fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur nos proporciona 6 cuestiones estrechamente vinculadas: primera, el incremento del nivel del mar no sólo por la adición de las grandes masas de agua procedente del Pacífico Occidental sino porque el volumen de las aguas calientes es mayor que el de las frías; segunda, la subida de temperatura de las aguas marinas; tercera, precipitaciones intensas en la Costa; cuarta, el consecuente y demostrativo aumento de la descarga de los ríos y sus desbordes; quinta, la formación de lagos y lagunas de vida más o menos corta en el desierto norteño como consecuencia de la formación de nuevos cursos de agua; del llenado de quebradas y viejos cauces que bajan de las faldas de la Cordillera y llegan al mar sólo en estas ocasiones; y también, a causa del rebasamiento de los taludes de arena con la consecuente incursión de aguas del Océano. Y un pequeño detalle adicional a tanta agua: cuando se inicia este fenómeno y cuando en la Costa, a nivel del mar, falta 1°C ó 2°C de subida de la temperatura del agua marina para que se inicie la caída de lluvias en la Costa, en las alturas, entre los 1,000 y los 3,000 metros sobre el nivel del mar, ya se dan las precipitaciones que van a engrosar el caudal en el nacimiento de los ríos que cruzan la Costa y con ello se inician los primeros huaycos devastadores; y, sexta, la simultaneidad de lluvias y sequías en áreas distintas del territorio andino y, como ya lo dije, del planeta.

—¡Buena sistematización! —dijo Sebastián.

—Que no es mía —aclaró Leoncio—, se la debemos a la parte positiva de algunos científicos y estudiosos. Pero bien, si a todo este fenómeno lo denominan El Niño, a su aspecto contrario, y que por lo general se presenta inmediatamente después de él, le llaman La Niña y se caracteriza por las inusuales temperaturas bajas en el Océano Pacífico Ecuatorial y que ocasiona tremendas sequías a falta de lluvia. ¿Y por qué?, te habrás de preguntar.

—¡Si tú lo dices!

—Por la concentración de las masas calientes del Océano Pacífico en su extremo occidental. Y una de estas fieras, El Niño, mi querido don Pelotas, es el infausto puntillazo que cierra la historia de la nación Chavín; sin embargo, la causa última, de fondo, para la destrucción de ese imperio habría sido una revuelta independentista.

—Dime, Leoncio, ¿eres la reencarnación de un pequeño saltamontes?

—Por qué dices eso, compadre.

—Porque en tu exposición andas pegando saltos y saltitos de aquí para allá —explicó Sebastián soltando una carcajada.

—Mira, Sebastián, a lo que tú llamas saltos yo denomino concate-nación de ideas, son los eslabones que unen una cadena, un razonamiento. Además, te había prometido exponer mis opiniones sobre el infausto capítulo que cierra la historia de la nación Chavín.

—Está bien, tienes razón —concilió Sebastián.

—Y a esa explicación me encamino —dijo Leoncio sonriendo, pero Sebastián no lo vio—. Los chavín estuvieron largo tiempo a buen recaudo tras la Codillera Blanca, donde tenían su centro administrativo ceremonial más importante; más adelante, y en alianza con pueblos sojuzgados por los sechín, los chavín logran derrotar a los sechín y así se da el inicio a la expansión de los chavín por la Costa poniendo en práctica lo que hicieron todos los imperios tras sus guerras triunfantes, es decir, practicaron masivos y compulsivos traslados poblacionales, generando ese grupo humano que la literatura y los estudiosos denominan mitimaes. Así, la minoría chavín pudo dominar durante 1,000 años inicialmente en forma pacífica a través de la supremacía tecnológica y mágico-religiosa que al poco tiempo se expresó como una dominación política y militarista. No hay que olvidar que toda nuestra historia antigua está jalonada por traslados masivos de población donde se injerta una nación en otra y se desarrolla un proceso de mestizaje étnico y cultural. Bien. La hegemonía territorial del Imperio Chavín se basó en un sojuzgamiento cruento que generó una oleada de prolongadas y sangrientas guerras de liberación. El colapso, la derrota y desaparición del Imperio Chavín fue el resultado de la opresión y explotación a que sometieron a otros pueblos y naciones además de errores, crímenes e injusticias; a fin de cuentas, no fue otra cosa sino la consecuencia inexorable de un ominoso modelo político y social que engendra y desata al interior de sí mismo los mecanismos de su propia destrucción.

—Bueno, al parecer ésa es la tendencia general que se observa en la caída de los imperios en la historia universal —comentó Sebastián.

—Así es, y no sólo por diluvios u otros desastres naturales —re-

puso Leoncio—. Y si quieres, también se puede añadir la tendencia al despilfarro, la codicia, los privilegios, el desorden y la lujuria entre otras muchas cosas que han quedado registradas en las esculturas líricas de los chavín. Y una cuestión interesante para analizar, y que también se ve en la historia universal, es que la hegemonía territorial de los chavín los obligó a dispersar su propia población dentro de territorios ocupados por pueblos que hablaban una lengua diferente a la de los ocupantes, lo que a la larga generó, junto a los problemas económicos y administrativos, una debilidad estratégica que alentaba las ambiciones autonomistas de los curacas locales y de los mismos delegados de la administración del Imperio que eran descendientes de los primeros destacamentos que habían llegado a someter militarmente a esos pueblos hacía ya cientos de años, que habían nacido en tierras ocupadas y, más que con el Centro de Poder, se identificaban con los usos y costumbres de los pueblos sometidos. Y así se inicia el expansionismo autonomista de chancas, limas, icas, mochos, mochicas, tarmas, tallanes, cajamarcas y qué sé yo quienes más.

—Como en la independencia latinoamericana con los criollos a la cabeza —anotó Sebastián.

—Algo similar pero de menor envergadura, diría yo —aclaró Leoncio y siguió—. Este período de la historia, no sólo por ser tan largo sino por ser tan rico y profundo, debemos estudiarlo seriamente para sacar enseñanzas porque hay otro asunto, para mí, de mayor importancia; y es que en nuestro territorio, y en especial aquí en nuestros Andes, las particularidades del fenómeno océano-atmosférico y los múltiples climas y ecosistemas, y en especial la particularidad de nuestra historia misma, han permitido el desarrollo de una gran variedad de naciones como los tallanes, napus, mochicas, mochos, putumayus, tigres, chavines, limas, nazcas, cajamarcas, huánucos, tarmas, huancas, chancas, incas, kollas y otros muchos pueblos; cierto es que algunas naciones y pueblos han desaparecido como tales, como naciones, como pueblos, pero las que han sobrevivido, en general, siguen ocupando los mismos territorios que ocuparon los antepasados de cada quien a pesar de las constantes migraciones simbióticas y otras petulancias sociológicas. Pero ojo, esta aseveración, que constato, no deja de lado ni descarta el proceso de mestizaje étnico y cultural provocado por los traslados masivos de población del que ya hablé; por el contrario, son 2 aspectos de un mismo proceso de desarrollo histórico que hay que tener muy en cuenta.

—Y que, a fin de cuentas, forma un Estado multinacional —dijo Sebastián.

—Y un país multinacional —redondeó Leoncio—. Es más que seguro que las diferentes etnias de nuestros antepasados ya no existen

en la llamada forma pura, entre comillas, pues ya en el tiempo de los Incas estaban bastante mezcladas; y ellos atizaron aún más ese proceso. Pero, y ya no te hablo sólo de los Andes sino de todo el país, en el centenar de etnias agrupadas en 18 familias lingüísticas, las tradiciones, las costumbres, los hábitos, las formas de comportamiento y el mismo sistema de derecho consuetudinario o tradicional están tan arraigados que, a pesar de todas las variaciones que se han dado a lo largo de tantos siglos, son las que determinan los diferentes niveles de organización social que están argamasadas, para bien o para mal, por lazos de parentesco y de sangre muy fuertes, amén de peculiares lazos económicos, sociales, culturales y religiosos.

—Y quien ignore este detalle, no podrá dar un sólo paso en el enmarañado bosque que es el pensamiento andino —acuñó Sebastián.

—Ni en los vericuetos del país, Sebastián, ni en los vericuetos del país —completó Leoncio poniendo énfasis en sus palabras—. Y de su correcto manejo depende el futuro, pues salvo la nación Kolla, que es un caso especial en nuestra historia, ningún otro pueblo ni nación logró controlar las 3 regiones naturales al mismo tiempo; dado que los kollas fueron los únicos que se dedicaron en gran parte y casi exclusivamente a la ganadería, explotando al máximo la cría de auquénidos, se vieron obligados, por razones de pastoreo, a fomentar la descentralización de la producción y por lo tanto la descentralización de la población y de la administración. Así, tomando en cuenta lo que te estoy diciendo, es factible entender las rivalidades entre comunidades y pueblos, no sólo, pero en especial, del mundo andino, donde hay quienes no quieren aceptar a su vecino por ser un atávico rival a causa de distintos usos, costumbres y mitos subsistentes y que ningún tipo de dominación, nativa o extranjera, alcanzó a desarraigar por más crucifijos y santos que con sangre incrustaron por aquí, allá y acullá...

—¿Y? —preguntó Sebastián abriendo los ojos al notar el prolongado silencio de Leoncio.

—¡Cómo que ¿Y?! —

—¿Y qué más?, ¿eso es todo? —dijo Sebastián levantando el dorso para apoyarse sobre un codo.

—¿Cómo preguntas que si eso es todo? ¿No eres tú el que pide concreción, cortedad y no sé qué huevadas más?

—¡Sí, pero ahora me dejas con las ganas de seguir escuchando tu versión!

—Pues lo siento, primero, no es *mi* versión y segundo, tratemos de dormir un poco que nos queda por delante una noche bastante larga.

—¡Bueno, duerme que yo vigilo! —dijo Sebastián medio resigna-

do.

—¡No seas huevón, aquí no hay nada que vigilar; así que trata de dormir y no jodas, hombre!

Y casi sin quererlo se quedaron dormidos. Después de un par de horas, y también casi sin quererlo, se despertaron al mismo tiempo. Se desperezaron, se levantaron y dieron saltitos para romper el entumecimiento del cuerpo. Hacía frío.

Luego de colocarse la manta sobre las espaldas cruzaron el muro y dando un rodeo por entre las chacritas se dirigieron despacio hacia el extremo norte del pequeño poblado.

Los perros ladraron un poco pero, al parecer por la dirección del viento o familiarizados con las sombras, dejaron de hacerlo cuando Sebastián y Leoncio llegaron y se colocaron detrás de los primeros árboles.

Haciendo cuenca con la palma de las manos y usando los dedos gordos como si fuera el pico de un pututo, se dispuso Leoncio a soplar dentro de la concha formada por sus manos para imitar el canto del Tuco y anunciar su llegada.

Sopló una vez y esperaron con prudencia.

Después del segundo canto, notaron ligeros cambios en la iluminación interior de la casa; la intensidad de la luz disminuía rápida y fuertemente, los resquicios de puerta y ventanas palidecían aún más en la noche estrellada.

Una pausa más larga antecedió al tercer canto, que fue seguido inmediatamente del último que con un giro de cabeza y tronco simulaba alejarse del lugar.

No esperaron mucho para darse cuenta que, entre las sombras, la puerta se abría lentamente.

Un pequeño rescoldo subía y bajaba delante de la puerta; cuando estaba arriba se hacía más intenso durante breves segundos para luego volver a descender; ello se repitió varias veces sin apuro alguno. Tras unos largos minutos, durante los cuales la noche sólo dejó pasar el arrullo del viento, la pequeña brasa emprendió un largo pero breve vuelo y, dejando un fulgor fugaz entre las sombras, perdió altura y se dispó en algún lugar delante de la casita. Era la señal.

Salieron detrás de los árboles y se dirigieron de frente hacia la puerta que los esperaba abierta y entraron al calor del hogar.

Despojados de la carga, se dieron, con el dueño de casa, un largo abrazo con fuertes palmadas en las espaldas. Se volvió a prender el fogón y unas cuantas velas, pocas.

Comieron despacio disfrutando del recuerdo de los buenos momentos y bebieron infusión caliente de hierbaluisa durante toda la

noche.

Conversaron todo el tiempo animados y se despidieron con la misma efusividad con que se saludaron al llegar. Leoncio dejó los 7 cigarrillos Inca sin filtro sobre la mesita y partieron a la hora del oscuro, antes de que los vecinos salieran para faenar en sus chacras.

5

Sebastián y Leoncio se dirigieron hacia Sarhua haciendo un gran rodeo hacia la derecha, hacia el Este, para evitar el profundo barranco y la empinada falda de la montaña.

Después de algunos descansos y hacia media mañana, caminando sobre una loma, a cuyos pies corría la carretera y la confluencia de 2 ríos, vieron que por la colina de enfrente, mirando en dirección a Huamanquiua, un grupo de 4 jóvenes que caminaban juntos y de prisa se separaron para seguir caminos diferentes; hacia el Noroeste, el Norte, el Noreste y el Este.

Se sentaron sobre unas piedras para ver cómo los 4 jóvenes se alejaban haciéndose señas de despedida entre ellos, dando saltitos y pegando pequeñas carreritas.

—Hace muchos años —empezó a decir Leoncio después de que los jóvenes desaparecieron del alcance de su vista—, que toda esta zona estuvo bajo el dominio Wari, para usar un lenguaje neutral, en los tiempos de esplendor y caída del imperio. Aquel entonces, Huamanquiua estuvo poblada por los chancas, y de seguro tocarás ese punto en tu exposición.

—Así lo tengo planeado —dijo Sebastián.

—Bien, el asunto que deseo recordarte es que, entre los años 800 y 1450, toda esta zona fue bastión y muro de contención contra los incas. Una y otra vez combatieron y resistieron, incluso llegaron a cercar el Cusco...

—También pienso hablar de ello —interrumpió Sebastián.

—Muy bien. Entonces, ¿qué sabemos hoy de Huamanquiua?

—Que tiene una población algo por encima de las 1,200 personas —empezó a explicar Sebastián con bastante ánimo—, un 20% de ellas, hacinadas en las poco más de 300 casas existentes en condiciones habitables. La ocupación económica principal sigue siendo la agricultura aunque más del 50% del suelo del distrito está destinado a tierras para uso de pastos naturales...

—Momentito, en relación a la agricultura estamos hablando de todo el distrito. Eso quiere decir Huamanquiua, como capital, y sus anexos Uchu, Patará y Tinca, ¿verdad?

—Claro, estoy hablando del distrito y no sólo de su capital.

—Está bien, Sebastián, sólo quería especificar. Sigue, por favor.

—Bueno. Los terrenos que se encuentran catalogados como superficie bajo riego no pasan del 13%; los llamados bosques y montes suman el 8% y el secano el 23%. El 40% del suelo del distrito se usa para la producción agrícola, que es de autoconsumo y sobrevivencia; y hay que destacar que la actividad agrícola, atrasada y de bajo rendimiento, se caracteriza por el uso de tecnología tradicional, sin fertilizantes y con uso muy limitado de bueyes para el arado, no sólo por la falta de animales de tiro sino por las pronunciadas pendientes del terreno. Y del uso de tractores u otra maquinaria, ya ni hablar.

—¿Y la ganadería? —preguntó Leoncio.

—Ésa es la segunda actividad económica de importancia. Se dedican a la crianza de ganado ovino, caprino y vacuno, en ese orden y no alcanzan, en el mejor de los casos, ni al 30% de la producción promedio provincial. Por otro lado se dice que, en lo pecuario, no pueden competir con Huancasancos ya que ellos poseen mejores tierras y pastos.

—Y, si no me equivoco —dijo Leoncio—, en Huamanquiya tienen una variedad de animales domésticos que se añaden a los que ya has mencionado.

—Cierto. Tienen chanchos, cuyes, caballos, burros, mulas y sobre todo camélidos, que son los más apreciados, especialmente la vicuña de las zonas altas; pero también tienen llamas y alpacas. Nada extraordinario ni excepcional, es una característica muy común en toda la zona.

—Por lo que vimos hace un par de años —dijo Leoncio levantando una mano y haciendo giros indeterminados en el aire—, también se dedican a la molienda de grano de trigo y a la transformación de la leche en cachipa...

—¡Y qué rica! —añadió Sebastián lamiéndose los labios—. Pero también transforman la carne de oveja en charqui...

—Y hablando de charqui, ¿no sientes un poco de hambre?

—Ahora que lo mencionas...

Dicho y hecho. Leoncio se descolgó la manta, buscó entre los cachivaches y sacó el recipiente de plástico con el charqui dentro. Jaló de la parte superior de la carne seca, hizo unas cuantas tiras y la mitad de ellas se las pasó a Sebastián. Masticaron en silencio.

—La artesanía —reinició Sebastián después de tomar un sorbo de agua y pasarle la botella a Leoncio— forma parte de la tradición cultural y económica, sobre todo la textil hecha con lana de oveja.

—Y es como la producción de alfalfa o leche en todo el departamento, va en aumento.

—Eso —ratificó Sebastián—, y a pesar de que, en su gran mayo-

ría, los telares que se usan son de cintura.

—Porque la energía eléctrica sólo llega, mal y de a pocos, a los centros poblados mayores y no es trifásica así que de industria, o algo parecido, ni la sombra.

—Cierto —dijo Sebastián asintiendo con la cabeza—. Además, en esta zona, como en muchas otras de la Sierra, hay una particularidad...

—Los pisos ecológicos —se le adelantó Leoncio.

—Así es. Esos pisos ecológicos varían entre los 2,000 y los 4,600 metros sobre el nivel del mar. Algunos especialistas los dividen en zonas agroecológicas quechua, suni y puna y son favorables para la producción de cultivos como pastos, frutales y cereales de acuerdo con la altura a que se encuentran. Entre los muchos y variados productos agrícolas, encontramos, por ejemplo, alfalfa, tuna, cebada, maíz amiláceo, trigo, olluco y papa, además de frutas y cereales que comercializan en las ferias que se llevan a cabo cada 2 semanas en Huamanquiua, Uchu y Tinca. La mayoría de lo producido se destina al consumo interno y a la venta al menudeo. Y algo a destacar, la población no sólo comercializa sino que lleva sus productos agropecuarios a las ferias para el trueque por otros productos básicos para la subsistencia.

—Recordando lo que hemos leído —añadió Leoncio—, se dice que el uso de las tierras agrícolas está destinado en un 80% a la producción de cereales, un 11% a pastos y un 9% a frutales.

—Cierto —confirmó Sebastián—. Y también se dice que, del total de la producción agropecuaria, un 88% está destinado al autoconsumo y un 12% al mercado local, es decir al interior del distrito y la provincia.

—Sí, pero no sólo eso —dijo Leoncio—. En general, hay que añadir que una parte pequeña de la producción sale hacia otros lugares del departamento, e incluso más allá de él junto con los productos de otros distritos de la provincia. Evidentemente, lo principal a destacar es la restringida producción, destinada a la mera subsistencia. Si queremos entender las razones del atraso que padece toda la zona y escarbamos un poco en la documentación oficial, encontraremos algunas justificaciones que supuestamente aclararían la situación; por ejemplo, se dice que es la mala calidad de la semilla la que determina la baja calidad de la producción; lo que a su vez, fija a la baja los precios de los productos agrarios que producen. Sin embargo, ello no pasa de ser una artimaña especulativa dentro de este sistema. Si se analiza correctamente la esencia del problema, entenderemos y veremos con claridad que, en todo el país, vegetan formas de producción antiguas y ya caducas que arrastran un conjunto de rela-

ciones sociales y políticas anacrónicas que frenan el desarrollo de la producción.

—Lo cual es un problema atávico —añadió Sebastián.

—Bien —continuó Leoncio—. Además, hay otro fenómeno que habría que analizar como parte del conjunto de la formación económica, es el de las rutas de comercialización y los vínculos así establecidos con las comunidades, pueblos y ciudades aledañas o distantes. Huamantiquía, por lo general, está vinculada económicamente, dentro de la provincia, a Sarhua y Huancapi, sobre todo a esta última, que es la ciudad más poblada y mejor articulada. Fuera de los límites provinciales, al norte, se enlaza con la provincia de Cangallo, al otro lado del Río Pampas, y a través de ella se vincula con Ayacucho, que a su vez le da paso para llegar a Pisco. Al sur, tiene fuertes vínculos con Carapo, en la provincia de Huancasancos; por ahí le llega la mayoría de los productos básicos de abarrotes, especería, bazar y otros; y al mismo tiempo, le da salida hacia la Costa por Puquio hacia Nazca.

—Sin embargo —comentó Sebastián—, el eje principal de la comercialización y transporte de los productos es con Ayacucho vía Huancapi, lo que tendría como destino final la ciudad de Lima.

—Cierto —dijo Leoncio pausadamente—, y por eso están construyendo la carretera departamental vía Sarhua para garantizar la penetración en toda esta zona atrasada. Pero insisto una vez más, hay que remarcar que no se trata de buena o mala semilla, del uso o no de fertilizantes ni de la mejor o peor comercialización y competencia; tampoco se trata de ayuda técnica, de financiamiento, de créditos, de asistencialismo o de cualquier otra cosa parecida; y menos aún del desarrollo de vías de comunicación y transporte dentro de este sistema. No. No es así como saldremos del atraso. Este sistema no nos sacará adelante; por el contrario, por el camino que sigue nos hundirá más en el atraso y el hambre. El problema de fondo es el de dar solución a las 3 contradicciones fundamentales del país; y una de ellas, la que se da en el agro, es la contradicción masas-feudalidad. Contradicción que, de las 3, sigue siendo la principal. No olvidar ni obviar esto.

—De ello depende la solución de los otros problemas y no podemos obrar de otra manera —convino Sebastián.

—Así es —dijo Leoncio levantando un dedo hacia el cielo—, pero tampoco hay que olvidar que, según los períodos y en determinadas circunstancias, la situación puede cambiar y una de las otras 2 podría pasar a ser la principal; sin embargo, el caso es que, actualmente, la contradicción principal sigue siendo la contradicción masas-feudalidad...

—Les guste o no a los llamados pensadores, a los geniecitos, a

los aprendices de filósofo u otros charlatanes —completó Sebastián riendo.

Una ligera brisa barría la loma del cerro y un par de coposas nubes echaban sus sombras sobre la colina de enfrente mientras el murmullo de las aguas escalaba la cañada. El Sol, aún sesgado en el firmamento, lanzaba sus cálidos rayos sobre una zanja en la ladera por la que debían descender. A pedido de Leoncio, que ya se había acomodado el quipe sobre la espalda, se levantaron y se dirigieron hacía ahí. Se acomodaron dentro de la zanja descansando el peso de la manta sobre la pared formada dentro de la arruga del Apu.

—Otra cosa que deberíamos analizar es lo urbano y lo rural —dijo Sebastián dando reinicio a la conversación—. Según las estadísticas, se dice que el distrito consta de una parte urbana, que abarca al 61% de la población; y una parte rural que comprende el 38% de la población...

—Sí, claro —interrumpió Leoncio—, por lo que tenemos un distrito predominantemente urbano...

—Un verdadero fenómeno natural que se observa en todo el Departamento —respondió irónicamente Sebastián mientras ambos reían a carcajadas.

—Y sin embargo —dijo Leoncio ya calmado—, todo el distrito de Huamanquiya se dedica a sobrevivir principalmente de los escasos y malos resultados del trabajo agrícola. En la estadística se usa una variedad de parámetros que, según los geniecillos de escritorio, caracterizarían lo urbano; el parámetro más difundido, pero no por ello menos absurdo y mediocre, es aquel que define un centro poblado urbano como aquel lugar que tiene como mínimo un conjunto de 100 viviendas particulares, agrupadas contiguamente, formando manzanas, calles, plazas o parques; además, se consideran como centros poblados urbanos a todas las capitales distritales aun cuando no reúnan la condición que acabo de mencionar; y, finalmente, se añade que un centro poblado urbano está conformado por uno o más núcleos urbanos...

—Y un núcleo urbano —completó Sebastián—, es aquel que tiene por lo menos 400 habitantes, o sea, 4 personas por vivienda, las que están distribuidas en 8 manzanas ubicadas alrededor de una placita de aldea.

—Cierto —dijo Leoncio secamente—, una burrada que convierte en urbano cualquier rincón andino. Por eso es que, según estas sabias estadísticas, nuestro país tiene sólo un 24% de población que vive en el área rural. Por ejemplo, en base a esa estadística de escritorio, se lee que en Antabamba el 70% de la población es urbana, pero al mismo tiempo se da la información de que el 95% de esa población,

catalogada como urbana, cocina con leña o con excremento vacuno o caballar y la ocupación principal de más del 80% de esa población es la agricultura. Y algo similar, en mayor o menor medida, pasa a lo largo y ancho de los Andes y en algunas partes medio altas de la Costa. ¿Qué te parece?

—A todas luces es un absurdo que necesariamente debe ser desvelado —sentenció Sebastián.

—Ciertamente, es un absurdo monstruoso y una falsedad que salta a nuestra vista y, aunque no es percibido por el común de la gente, tiene un objetivo político principal que no es otro sino el de escamotear la esencia de la cuestión. Apunta a negar la cuestión nacional; apunta a negar la peculiar forma de desarrollo económico que se da sobre nuestro suelo; apunta a negar el problema nacional y el problema de la tierra, las 2 cuestiones básicas de cuya correcta solución depende la transformación de nuestra sociedad.

—Y también se niega, de una u otra forma, nuestra nacionalidad, nuestra específica condición e idiosincrasia, lo mismo que el carácter peculiar, con larga tradición cultural, que marca nuestra condición de nación.

—Bien visto y dicho, Sebastián. A diferencia de lo que hemos verificado en el desarrollo de la historia universal, lo pomposamente denominado urbano en los Andes y en todo el territorio nacional no refleja la fuerza de desarrollo y progreso que imprimieron las ciudades con su aparición en la escena histórica. En nuestro caso, en los Andes, lo llamado urbano no es más que una expresión de sobrevivencia de lo caduco, de la evolución de la subyacente estructura económica que sigue dominando el campo en beneficio de terratenientes de viejo y nuevo cuño y de campesinos ricos de viejo y nuevo tipo; y en las grandes ciudades, incluyendo Lima, lo urbano está oscurecido por la mentalidad parasitaria y rentista.

—Y hay quienes sostienen que el peso político de lo rural ha disminuido con la desaparición de la llamada oligarquía agraria y la de los gamonales serranos —dijo Sebastián hilvanando ideas.

—Lo que por supuesto es una afirmación carente de base real —comentó Leoncio atrapado por el hilo de pensamiento de Sebastián—. Se confunde papas con camotes. A ver. Ya en los primeros años de la década del 80, se sostenía que el proceso de la llamada reforma agraria, iniciada a fines de la década del 60, había concluido; con lo cual, se daba por terminado el problema de la tierra y, por lo tanto, decían, se había resuelto el problema campesino. Había quienes sostuvieron que la clase terrateniente había sido liquidada social y económicamente. Y últimamente han aparecido algunos que sostienen lo mismo pero a causa de otra circunstancia. Veamos. ¿Fue así? ¿Es

esto cierto? Para salir de dudas, analicemos las propias estadísticas oficiales. Déjame ver. ¡Ajá! Aquel entonces, el año 79, las estadísticas de la Dirección General de Reforma Agraria mostraban un cuadro donde se podía ver con toda claridad que la cantidad de tierras adjudicadas por la reforma agraria alcanzaba 8'500,000 hectáreas, aunque los nuevos datos del 93 hablan de algo más de 9'500,000 hectáreas; pero no importa, les regalamos la diferencia puesto que no cambia el fondo del problema. Bien, esos tantos millones de hectáreas pasaron, según la misma fuente, a manos de unas 370,000 familias a las que llamaban beneficiadas. Esto quiere decir que los beneficiados, entre comillas, fueron alrededor de 1'500,000 de campesinos; lo que, según las mismas estadísticas, no llegaría a más del 25% de la población campesina; es decir, poquito menos de la cuarta parte del campesinado ya que el censo del 81 establece el número de campesinos en 6'245,000. Bien. ¿Dónde están los primeros trucos numéricos?

—Siguiendo tan sólo las estadísticas —dijo Sebastián—, en la cantidad de hectáreas repartidas, en la forma de su redistribución y en manos de qué nuevos propietarios cae.

—Vamos a ver —continuó Leoncio—. Recordemos, grosso modo, las estadísticas del año 1961 sobre el número y superficie de las unidades agropecuarias según su tamaño. Según estos datos, las unidades agrícolas menores de 1 hectárea eran unas 300,000 y representaban, más o menos, el 34% de las unidades agrícolas con un total de 127,000 hectáreas, es decir 0.7% del total de tierras. Las unidades agrícolas de 1 a 5 hectáreas eran poco más de 400,000, es decir el 49% del total de las unidades agrícolas con el 5% del total de hectáreas. Y así sucesivamente hasta llegar a las unidades agrícolas de más de 2,500 hectáreas. Atención. Éstas eran poquito más de 1,000, o sea el 0.1% del total de unidades agrícolas que concentraban un total de más de 11'000,000 de hectáreas, es decir el 61% del total...

—¡Carajo! —exclamó Sebastián—, casi me había olvidado de esas cifras.

—Pues ahora las tienes otra vez —le respondió Leoncio—. Pero la cosa no se queda ahí y, además, no nos da muchas luces. Otra vez, atención. En números redondos, tenemos 850,000 unidades agropecuarias con un total de 18'600,000 hectáreas. De este total de unidades agrícolas, las de menos de 5 hectáreas representaban el 83.1% del total pero abarcaban sólo el 5.7% del total de hectáreas. Mientras que las unidades agrícolas con una extensión entre las 100 y más de 2,500 hectáreas representaban tan sólo el 1.3% de estas unidades agrícolas pero ocupaban el 84.3% de la superficie total; y en el medio quedaba flotando un 15.8% de unidades agrícolas, con una extensión

de entre 5 y 100 hectáreas, que ocupaba el 10% de la superficie. ¿Y qué nos dicen estos datos?

—Por un lado —respondió Sebastián—, nos muestran la gran concentración de tierras en pocas manos, digamos en unidades agrícolas para ser, estadísticamente hablando, medio neutrales; y por otro lado, nos dicen que las tierras adjudicadas por la reforma agraria variarían, según las fuentes, entre el 45.6% y el 51% del total de superficie de las unidades agropecuarias.

—¡Exacto! Y pescado al vuelo, mi buen matemático. A primera vista parece bonito, pero en verdad tampoco nos dice mucho. Y eso que nos falta ver las estadísticas de los años 72 y 95. Pero sigamos. ¿Cómo y a quién se adjudica la tierra? Veamos cómo es la redistribución de lo que algunos llamaron la desigual e injusta tenencia de la tierra. Bien. Entre Cooperativas, Complejos Agroindustriales, Sociedades Agrícolas de Interés Social y Empresas de Propiedad Social, concentraron el 62% de las hectáreas adjudicadas; los llamados Grupos Campesinos recibieron el 19.6%; las Comunidades Campesinas el 20.3% y los campesinos independientes el 7.7%. ¿Conclusión?

—Si partimos, como debe ser, de que la tierra es para quien la trabaja —dijo Sebastián levantando y moviendo las manos sobre su cabeza—, en el mejor de los casos, sólo el 7.7% del campesinado se benefició, entre comillas, de la redistribución de la tierra. Y es más que evidente que la mayor parte de la tierra se reconcentra en cooperativas y otras asociaciones que, dentro de este sistema, sirven al fortalecimiento del Estado y su intervención en el proceso económico.

—Y si le añadimos la inmensa deuda agraria, que sirvió para pagar a los terratenientes de viejo cuño, más el pago de créditos que iban a manos de los banqueros y los pagos por gasto burocrático, sin olvidarnos del montón de miles de millones que el Estado recaudó por impuestos a la renta que cobró a las cooperativas agrarias, entonces tendremos delante de nuestros ojos a los verdaderos agentes y grupos sociales que se beneficiaron con la redistribución de la tierra.

—Evidentemente —dijo Sebastián—, que no fueron los campesinos pobres sino los mismos terratenientes, la gran burguesía y el imperialismo.

—Y no hay que olvidar a la mayoría del campesinado, a esas 3/4 partes, que no recibió nada de nada, salvo un nuevo ajuste de tuerca. Y tampoco hay que olvidar que ese 7.7% de campesinos, entre comillas, beneficiados por la reforma agraria, también se vio azotado por los créditos, por el peso del pago de la deuda externa, por la crisis económica y el alza del costo de vida. Entonces, uno se pregunta, ¿se solucionó el problema campesino? ¿Se solucionó el problema de la tierra? ¿Se liquidó a la clase terrateniente?

—Pues, no. Sólo hubo una reconcentración de tierras y un cambio de manos, de Pedro a María y de Juan a José —respondió Sebastián manoteando en el aire.

—Y tras rimbombantes nombres de Cooperativas, Empresas de Propiedad Social, Sociedades Agrarias, trabajo comunal y otras perlas, se esconde, infructuosamente, el latifundio y la servidumbre.

—La economía terrateniente —aportó Sebastián de un solo aliento—, es evolucionada en un proceso muy lento y prolongado hacia una forma capitalista siguiendo el camino burocrático, que consiste en introducir técnicas y modalidades capitalistas manteniendo la gran propiedad agraria y resguardando el poder de la clase terrateniente feudal. Por este camino, la economía terrateniente es evolucionada internamente y, en lugar de liberar al campesino, aprovecha al máximo la explotación del trabajo gratuito y otras modalidades feudales para lograr una acelerada acumulación de capital. Pero mucho cuidado con entender mal esta acumulación y confundir su desarrollo histórico. En general, la acumulación de capital presupone la plusvalía; la plusvalía presupone la producción capitalista; y la producción capitalista presupone la existencia, en manos de los productores de mercancías, de grandes masas de capital y fuerza de trabajo. Pero todo este proceso, que parece moverse dentro de un círculo vicioso, supone una *acumulación originaria* previa, anterior, a la *acumulación capitalista*, una acumulación que no es fruto del régimen capitalista de producción, sino su punto de partida. Bueno, desde su aparición en el desarrollo histórico de las sociedades, el dinero y la mercancía no son *capital* de por sí, como no lo son tampoco los medios de producción ni los artículos de consumo. Estos requieren ser *transformados* en capital. Hasta aquí, fácil de entender. Pero esta transformación sólo se puede dar bajo determinadas circunstancias concretas; a saber, como ya lo hemos estudiado, es necesario que se enfrenten y entren en contacto 2 clases muy diferentes de *poseedores de mercancías*, de una parte, *los propietarios* de dinero, de medios de producción y de artículos de consumo deseosos de explotar la suma de valor de la que se han apropiado mediante la compra de fuerza ajena de trabajo; y, de otra parte, *los obreros libres*, vendedores de su propia fuerza de trabajo y, por tanto, de su trabajo. *Obreros libres* en el doble sentido de que no figuran directamente entre los medios de producción, como los esclavos y los siervos de la gleba, ni cuentan tampoco con medios de producción de su propiedad como el *campesino que trabaja su propia tierra*; o sea, obreros libres y desembarazados de esos medios de producción. Con esta polarización del mercado de mercancías están dadas *las condiciones fundamentales* de la producción capitalista. Las relaciones capitalistas presuponen la *escisión*, el divorcio, la división,

entre los obreros y la propiedad de las condiciones de realización del trabajo. Una vez establecida la producción capitalista, la misma no sólo mantiene esa división sino que la reproduce en escala cada vez mayor. Por tanto, el proceso que engendra el capitalismo no puede ser otro que el proceso de escisión entre los obreros y la propiedad de las condiciones de realización del trabajo, proceso que, de una parte, convierte *en capital* los medios sociales de vida y de producción, mientras que, de otra parte, convierte a los productores directos en obreros asalariados. La llamada *acumulación originaria* no es, pues, más que el proceso histórico de escisión entre el productor y los medios de producción. Se la llama *originaria* porque forma la prehistoria del capital y del modo capitalista de producción. Más, no. Esto nos da a entender que la estructura económica de la sociedad capitalista brotó de la estructura económica de la sociedad feudal. Al *disolverse* ésta, salieron a la superficie los elementos necesarios para la formación de aquélla. Pero en nuestra historia tenemos una particularidad y es que la sociedad feudal no se disuelve, no se liquida, se evoluciona...

—Exactamente, ése es el punto —interrumpió Leoncio mostrando su acuerdo.

—Bueno, bueno, déjame seguir. También hemos estudiado que, en aquellos tiempos, la depredación de los bienes de la Iglesia, la enajenación fraudulenta de las tierras del dominio público, el saqueo de la propiedad comunal, la *metamorfosis*, llevada a cabo por la usurpación y el terrorismo más inhumano de la propiedad feudal y del patrimonio del clan en la moderna propiedad privada fueron otros tantos métodos de la *acumulación originaria*. Con estos métodos se abrió paso a la *agricultura capitalista*, se incorporó el capital a la tierra y se crearon los contingentes de proletarios libres y privados de medios de vida que necesitaba la industria de las ciudades. Así, la población rural expulsada de sus tierras al disolverse las huestes feudales y ser expropiados a empellones y por la fuerza formaban un proletariado libre y privado de medios de existencia, que no podía ser absorbido por las manufacturas con la misma rapidez con que aparecía en el mundo. Estos seres, que de repente se veían lanzados fuera de su órbita acostumbrada de vida, no podían adaptarse con la misma celeridad a la disciplina de su nuevo estado. Y así, una masa de ellos fue convirtiéndose en mendigos, salteadores y vagabundos; algunos por inclinación, pero los más, obligados por las circunstancias; de ahí que a fines del Siglo XV y durante todo el Siglo XVI se dictase en toda Europa Occidental una legislación sangrienta persiguiendo el vagabundaje. De este modo, los padres de la clase obrera moderna empezaron viéndose castigados por algo de que ellos mismos eran

víctimas, por verse reducidos a vagabundos y mendigos; después de ser violentamente expropiados y expulsados de sus tierras y convertidos en vagabundos, se encajaba a los antiguos campesinos, mediante leyes grotescamente terroristas a fuerza de palos, de marcas a fuego y de tormentos, en la disciplina que exigía el sistema del trabajo asalariado. ¿Y cómo se da este proceso en nuestro peculiar desarrollo histórico?

—El desarrollo y la profundización del capitalismo en nuestro suelo, que con nombre y apellido correctamente se lo conoce como capitalismo burocrático, está ligado a la feudalidad, se sustenta en ésta y no la liquida, no la destruye; este tipo de capitalismo evoluciona la semifeudalidad; la pequeña producción campesina sigue siendo la base de la explotación feudal y está ligada a la gran propiedad de la tierra. La actual reconcentración de la tierra en viejas y nuevas manos, ya lo decías hace un ratito, no cambia la situación de fondo. Por ejemplo, tenemos la nueva reconcentración de la tierra en manos del grupo agroindustrial Gloria en su sección de ingenios azucareros que en pocos años han acumulado más 80,000 hectáreas; o la reconcentración de tierras en manos del grupo Romero con 32,000 hectáreas; o del grupo Oviedo con 21,000 hectáreas; o del grupo Dyer con 20,000 hectáreas; o del grupo Gandules con 13,000 hectáreas; o la reconcentración de la tierra en algunas otras manos, no modifica en esencia la situación de los Andes ni la del país en general, obedece las leyes de evolución de la semifeudalidad siguiendo el camino burocrático del desarrollo capitalista; no cambia nuestra particularidad, por el contrario, la acentúa. Por otro lado, la aparición y aumento de nuevos inversores de capital extranjero, grandes sumas de capital venidos de China, Canadá, Australia, España, Chile y otros, aparte del capital invertido por Estados Unidos y Gran Bretaña, claro está, y el crecimiento sostenido de nuestra economía en los últimos años, tampoco cambia nuestra condición de país semicolonial; esta condición conlleva el carácter dependiente de nuestro país; y es más, irá agravándose y remachándose más a medida que penetre más el capital extranjero. El capitalismo que se desenvuelve en nuestro país, el capitalismo burocrático, se sirve de viejas formas atrasadas en el campo para mantenerse y desarrollarse introduciendo la maquinaria y el asalariado sobre la base de la gran propiedad de la tierra. El vaciamiento del campo, el desarrollo de la pequeña minería y la llamada producción informal también son muestra de lo mismo.

—Eso. Y hay que recordar algo que ya hemos estudiado —retomó Sebastián—, hay que recordar que no basta con que las condiciones de trabajo se presenten en un polo como capital y en el otro como hombres que no tienen nada que vender, salvo su fuerza de trabajo.

Tampoco basta con obligarlos a que se vendan voluntariamente. En el transcurso de la producción capitalista se desarrolla una clase obrera que, a fuerza de educación, de tradición y de costumbre, se somete a las exigencias de este régimen de producción como a las más lógicas leyes naturales. La organización del proceso capitalista de producción ya desarrollado vence todas las resistencias; y ojo, la creación constante de una superpoblación relativa mantiene la ley de la oferta y la demanda de trabajo, y por tanto el salario, dentro de carriles que convienen a las necesidades de crecimiento del capital; la coerción sorda de las relaciones económicas pone su sello a la dominación del capitalista sobre el obrero. Todavía se emplea, de vez en cuando, la violencia directa, extraeconómica; pero sólo en casos excepcionales. Dentro de la marcha natural de las cosas, ya puede dejarse al obrero a merced de las *leyes naturales de la producción*, es decir, puesto en dependencia del capital, dependencia que las propias condiciones de producción engendran, garantizan y perpetúan. Durante *la génesis* histórica de la producción capitalista, las cosas sucedían de otra manera. La burguesía, que va ascendiendo, necesita y emplea todavía el Poder del Estado para regular los salarios, es decir, para sujetarlos dentro de los límites que benefician a la extracción de plusvalía, y para alargar la jornada de trabajo y mantener al mismo obrero en el grado normal de dependencia. Éste es un factor esencial de la llamada acumulación originaria.

—La clase de los obreros asalariados —completó Leoncio—, que surgió en la segunda mitad del Siglo XIV, sólo representaba por aquel entonces y durante el siglo siguiente una parte muy pequeña de la población y tenía bien cubierta la espalda por la economía de los campesinos independientes, de una parte, y, de otra, por la organización gremial de las ciudades. Tanto en la ciudad como en el campo, había una cierta afinidad social entre patronos y obreros. La supeditación del trabajo al capital era sólo formal; es decir, el modo de producción no presentaba aún un carácter específicamente capitalista. El elemento variable del capital predominaba considerablemente sobre el constante. Por eso, la demanda de trabajo asalariado crecía rápidamente con cada acumulación de capital mientras la oferta sólo le seguía lentamente. Por aquel entonces, todavía se invertía en el fondo de consumo del obrero una gran parte del producto nacional, que más tarde había de convertirse en fondo de acumulación de capital. Mientras que en nuestro caso, en el Siglo XVI, los españoles trajeron un sistema feudal caduco y lo impusieron por las armas contra la resistencia de los nativos y el Perú devino feudal y colonial.

—Cierto, y siguiendo el desarrollo del capitalismo en su génesis, hemos visto que la expropiación y desahucio de la población rural,

intermitentes pero siempre renovados, suministraban a la industria urbana más y más masas de proletarios totalmente ajenos a las relaciones corporativas, al régimen gremial; éste es otro elemento de la acumulación originaria que no hay que olvidar. Pero, a pesar de haber disminuido el número de brazos que la cultivaban, la tierra seguía dando el mismo producto o aún más, porque la revolución en las relaciones de propiedad de la tierra iba acompañada *de métodos de cultivo perfeccionados*, una mayor cooperación y la concentración de los medios de producción, entre otras cosas, y porque no sólo se obligó a trabajar con mayor intensidad a los *asalariados rurales*, sino que, además, fue *reduciéndose* en proporciones cada vez mayores el campo de producción *en que trabajan para ellos mismos*. En resumen y en pocas palabras, se puede decir que la base de la formación del mercado interior en la producción capitalista es el proceso de disgregación de los pequeños agricultores en patronos y obreros agrícolas. Mientras que aquí se incrementa el minifundio y se acentúa la aparcería como forma particularmente intensiva de explotación precapitalista de los campesinos pobres.

—Buena, Sebastián. Mejor no lo habría podido citar y resumir yo —dijo Leoncio entre risas y dándole un empujón en el hombro a Sebastián.

—Lo justo es justo, carajo —replicó Sebastián contagiado por la risa de Leoncio y devolviéndole el empujón.

—Ésa es nuestra particularidad —continuó Leoncio cuando terminaron de reír—. No sólo se trata de viejos rezagos que anidan en ideas, usos y costumbres del campesinado; se trata, principalmente, de la base económica y la superestructura que genera, quien no entienda el desarrollo del capitalismo burocrático y del gamonalismo está perdido y terminará planteando las viejas tesis esgrimidas por Rodrigo Montoya, y otros de su especie, en los años 70. Bien, pero regresemos a las cifras y comparemos las estadísticas oficiales de 3 años diferentes. Para ya no ahondar mucho en algo que está claro y hablando en números redondos, digamos que los censos agropecuarios realizados en los años 1961, 1972 y 1994 arrojan mucha luz sobre algunas cosas. Primero, de golpe y en general, que el número de unidades agrarias aumentó, de los 18'500,000 en el año 61 a 23'500,000 en el año 72 y a 35'300,000 en el año 94. Segundo, dentro de lo anterior, en particular, que el minifundio, es decir el número de unidades agrarias con una extensión menor de 5 hectáreas, se mantuvo casi constante: 5.7%, 6.6% y 5.8%, para los respectivos años. Tercero, las unidades familiares, es decir las unidades agrarias de entre 5 y 20 hectáreas, variaron del 4.7% al 8.6% y de ahí al 9.6%. Cuarto, la mediana propiedad, es decir, las unidades agrarias

con una extensión de entre 20 y 100 hectáreas, variaron del 5.3% al 9.3% y de ahí al 11.7%. Quinto, las propiedades grandes y muy grandes, es decir de entre 100 y más de 2,500 hectáreas variaron del 84.3% al 75.4% y de ahí al 72.9% del total de hectáreas. En resumen, en cifras del censo del año 94, se puede ver que el minifundio, representando el 70.3% de las unidades agrarias, sólo abarcaba el 5.8% del total de hectáreas mientras que las propiedades grandes y muy grandes, representando tan sólo el 1.4% de las unidades agrarias, abarcaba el 72.9% del total de tierras...

—Y no faltarán los pendejos que digan que esa diferencia de hectáreas del casi 12% ya es algo; dirán que la cantidad de hectáreas catalogadas como grandes y muy grandes se ha reducido significativamente gracias a la reforma agraria —comentó Sebastián sin esconder su disgusto.

—Cierto, los habrá —dijo Leoncio siguiendo el raciocinio de Sebastián—. Pero la matemática, en este caso, no ayuda a los pendejos. ¿Por qué? Por un dato muy fácil de analizar. El censo del año 61 muestra el 84.3% de tierras concentradas en el 1.3% de los propietarios mientras que en el año 94 presenta el 72.9% de las tierras concentradas en el 1.4% de los mismos; y cierto, se puede leer una disminución de un poquito más del 11%. Pero lo que no pueden olvidar, es que el año 61, en general, las unidades agrarias ocupaban una superficie de 18'600,000 hectáreas mientras que el año 94 pasó a ser 35'380,000. ¿A quién favorece el crecimiento y la mayor acumulación? Lápiz y papel y se les acabó la pendejada. Punto.

—Muy bueno, incluso la medida proporcional es mayor —sentenció Sebastián.

—Pero eso no es todo —dijo Leoncio moviendo las manos como si pidiera calma y paciencia—. Existe un consenso casi general y, al día de hoy, salvo los nostálgicos, se acepta que la llamada cooperativización de las haciendas, es decir, la formación de Cooperativas Agrarias de Producción, la formación de Sociedades Agrícolas de Interés Social, así como todas las otras modalidades de concentración de la propiedad de la tierra, fue un rotundo fracaso. A pesar de que ese tipo de empresas asociativas, de una u otra forma, incorporaron a muchas comunidades campesinas que reclamaban las tierras que les habían pertenecido, que les habían sido robadas y que con la reforma agraria pasaron a ser propiedad de tales empresas, no trajo ningún beneficio para las comunidades ni para los comuneros que a fin de cuentas las invadieron, principalmente, a lo largo de la década del 80 con la consecuente redistribución de tierras y ganado.

—En los años gloriosos del campesinado —dijo Sebastián dando una palmada sobre su rodilla izquierda.

—Exacto, en los años de inmarcesible luz; en los años de luz resplandeciente, acerada y no de sombra —enfaticó Leoncio—. Pero eso tampoco es todo. Lo principal, como ya hemos visto, es que la llamada reforma agraria dejó de lado a las 3/4 partes del campesinado, o sea el 75% de campesinos, y acentuó la pobreza. Pruebas al canto, déjame ver, aquí está, según las estadísticas oficiales con que contamos, el año 2004 en el ámbito rural, la pobreza golpeó al 72.5% de la población y el 40.3% era extremadamente pobre; y en el ámbito nacional, las cifras alcanzaron el 51.6% y 19.2%, respectivamente. Y si le agregamos lo que ya hemos conversado sobre lo rural y urbano, entonces tenemos una cifra horrenda. Así, al día de hoy, se podría decir sin temor a equivocarse, que más del 80% del campesino es pobre y el 65% padece de extrema pobreza. Por lo tanto, en la actualidad y con el desarrollo económico posterior a todas estas cifras que acabo de presentar, ¿se podría afirmar que se resolvió el problema de la tierra? ¿Se podría afirmar que se resolvió el problema campesino? ¿Ha desaparecido lo que algunos llaman la oligarquía agraria y los gamonales serranos? ¿Ha desaparecido la semifeudalidad con el llamado *crecimiento económico* tanto en el mercado interno como en el externo? ¿De qué tipo de crecimiento se está hablando? ¿Ha desaparecido la semifeudalidad gracias al crecimiento de la *demanda interna* que se satisface con el llamado aumento relativo de la *producción nacional*, aumento centrado en los sectores Comercio y Servicios que en los últimos años forman en promedio casi el 80% de ese crecimiento; y si se le añade el sector Construcción y Pesca, ese famoso crecimiento sube a poco más del 90%? ¿Ha cambiado el carácter de la sociedad gracias a la exportación de productos primarios que representa casi un 80% del total de exportaciones y que sustituye, según algunos entusiasmados economistas, la disminución de las importaciones? ¿Pero acaso no han aumentado tremendamente las importaciones de insumos y bienes de capital? Cierto es que el aumento de la exportación de productos mineros se ha convertido en una novedad y hasta en un boom; pero ¿acaso no ocultan que se descuida el desarrollo del agro y el de la industria manufacturera? Entonces, ¿qué tipo de capitalismo se desarrolla en nuestro país? ¿Ha desaparecido nuestro carácter de país semifeudal y semicolonial gracias al crecimiento de las exportaciones que se sitúan por encima del crecimiento del Producto Bruto Interno, lo que vendría a decir que hay un incremento de nuestros productos en el mercado mundial globalizado ligado a un programa de *creadores de mercado de deuda pública interna* para estimular el mercado interno de capitales? El llamado *milagro peruano*, que tanto entusiasmo a renegados y traidores, ¿ha suprimido las desigualdades y la pobreza? ¿Ha resuelto el

problema del agro, el problema de la tierra, el problema campesino?

—No —respondió Sebastián—, el Perú sigue teniendo como base el problema campesino.

—Así es. Nos quieren vender ilusiones. Pura huevada, sólo es síntoma de que tampoco se entiende la llamada globalización. Lo que se ha dado y se sigue dando es una profunda evolución de la propiedad terrateniente feudal que implica una mayor concentración de la propiedad de la tierra manteniéndose las formas serviles de explotación incorporando sistemas burocráticos de administración y un control directo del Estado sobre la renta territorial; es decir, arraiga la penetración del capitalismo burocrático en el campo, echa raíces y se profundiza. El PBI per cápita puede elevarse hasta la nube pero mientras el salario real del sector privado y público siga en el lodazal, ya sabemos a qué bolsillo van las ganancias; por lo que *los cambios* son sólo números que revelan cómo se ceba más a los viejos y nuevos cerdos que manejan las riendas del Poder y no alteran la esencia ni la persistencia de caducas relaciones sociales de producción y explotación. ¿A qué apunta?

—Está claro —respondió Sebastián—. Todo apuntó y apunta a un proceso de industrialización más dependiente del mercado externo y la inversión de capitales extranjeros en nuestro suelo; a una mayor participación del Estado, sobre todo en las llamadas industrias básicas y en las de extracción. El Estado asumió un papel impulsor del proceso económico junto con el control de la banca, las finanzas y el comercio. Así, se da la profundización del capitalismo burocrático; capitalismo que se caracteriza por estar sometido al imperialismo, principalmente yanqui, y ligado a la feudalidad. Punto.

—Y eso es lo que ha generado, genera y seguirá generando las crisis económicas que las cargan sobre nuestras espaldas. Inevitables crisis que se dan, en repetidas oleadas, como consecuencia del impulso, profundización y desarrollo capitalista en un país semifeudal y semicolonial como el nuestro; es la consecuencia de evolucionar la semifeudalidad sin destruirla, por lo que el problema básico de nuestra sociedad se expresa en tierra, servidumbre y gamonalismo.

—Al problema de la pobreza —dijo Sebastián—, hay que añadirle, en los Andes, el problema de una agricultura atrasada, en crisis casi permanente y sometida al control de gamonales y gamonalillos.

—Y eso es algo que aún no se entiende a profundidad o se malentende —añadió Leoncio—. Muchos buscaron y aún siguen buscando a los señores de horca y cuchillo, al ñejo terrateniente, al terrateniente de a caballo, con sombrero, botas y látigo, presto a romperte las espaldas; seguro que encontrarán, si es que buscan a conciencia, un par de piezas dignas de un museo para momias fosilizadas. Pero ésa

no es la regla, ahora los terratenientes usan hasta saco y corbata; y a fin de cuentas, no se trata de individuos arcaicos y aislados. Debemos comprender que es un asunto de clases. En el campo no sólo hay campesinos, así a secas; los hay pobres, medios y ricos. Están los latifundistas, los grandes propietarios agrarios. Hay gamonales y gamonalillos que son la base del Poder estatal reaccionario en el agro. El término gamonalismo no designa exclusivamente una categoría social y económica, va más allá, designa todo un fenómeno político y social. El gamonalismo no está representado sólo por los gamonales, propiamente dicho. Es una larga jerarquía de funcionarios, de intermediarios, de agentes y parásitos a los que se suman los curas, jueces, gobernadores, alcaldes y hasta el mismo campesino alfabeto que se transforma en un explotador de su propia clase cuando se pone al servicio del gamonalismo. No se trata de lo anecdótico, del sombrero, poncho, bota, espuela, horca, látigo y cuchillo. Se trata de un fenómeno que expresa la hegemonía de la *propiedad* semifeudal en la política, estructura y funcionamiento del Estado. Es, además, una mentalidad, una idea...

—El gamonalismo —interrumpió Sebastián—, es la manifestación política de la semifeudalidad sobre la cual se sostiene el régimen de servidumbre en el que actúan los representantes del viejo Estado, un Poder local prepotente y despótico, en medio de las más densas relaciones serviles que se da hasta en los más apartados rincones de nuestro país. El latifundio, la servidumbre y el gamonalismo campean a lo largo y ancho de toda la tierra peruana.

—Cierto. El caduco sistema semifeudal subsiste y marca al país desde sus bases más profunda hasta sus más elaboradas ideas y, en esencia, mantiene el problema básico de la sociedad que, reitero lo que acabas de decir, se expresa en tierra, servidumbre y gamonalismo. La inmensa mayoría del campesinado es campesinado pobre, sin tierra o con muy poca, lo que da lugar al minifundio y lo somete a la voracidad del latifundio; el sistema de servidumbre se presenta de 1 y 1,000 formas, siendo su esencia la sujeción personal; y el gamonalismo echa sombras sobre la vida de la nación; de la nación como la estamos tratando de definir estrechamente ligada al proceso de formación y desarrollo de las clases sociales y su lucha encausada hacia un destino común y la construcción del bienestar y la felicidad general, pasando por el Frente Único y la defensa de los intereses y el dominio de las mayorías. Así las cosas, podemos concluir que las leyes de reforma agraria no han sido otra cosa que un plan de compra-venta de tierras que, por un lado, ha expandido y reconcentrado la gran propiedad agraria en nuevas manos; y, por otro, ha incrementado la parcelación de los minifundios. Se introdujo la hipoteca,

se fomentó la gran propiedad asociativa, se implementaron sistemas burocráticos de administración, se pasó al control directo del Estado sobre la renta de la tierra y, con la acción de los usureros y el apoyo del poder local, se usurparon tierras; en las comunidades, los campesinos ricos devinieron gamonalillos que despojaban a los campesinos medios y pobres de las pocas tierras que tenían, cuando las tenían, imponiendo modalidades feudales de explotación en el pastoreo, por ejemplo; pero también significó la ruina de los campesinos pobres y su expulsión del campo. En pocas palabras, el llamado proceso de reforma agraria que se inició en los años 60 y fue implementado con la aplicación de 3 rimbombantes leyes de reforma agraria, sirvió para evolucionar la semifeudalidad siguiendo el camino burocrático en el agro; permitió la penetración del capitalismo burocrático en el campo con nuevas modalidades de concentración de tierras; y expulsó a parte del campesinado pobre del agro generando las migraciones del campo a la ciudad y los llamados cinturones de pobreza alrededor de las ciudades, sobre todo en Lima. Pero, algo muy importante que no podemos olvidar, la reforma agraria sirvió, además y sobre todo, para desaguar la masiva y poderosa lucha campesina.

—Todo está claro como la luz del día, ¿verdad? —dijo Sebastián levantando las manos hacia el Sol.

—Para nosotros —respondió Leoncio lacónico—, pero hay muchos que no lo quieren ver, que no lo miran así.

Leoncio cerró su libreta de notas dando una palmada sobre la contratapa. Años ya que la llevaba encima. Una libreta de notas cuya plastificada tapa azul estaba bastante ajada y sus más de 100 hojas cuadriculadas, amarillentas y medio oscurecidas aquí y allá por la grasa de los dedos que con insistencia las recorrían, guardaban innumerables anotaciones; fechas, nombres y lugares recorridos por la historia universal y la de la patria; cifras y cuadros estadísticos que le ayudaban a recordar lo que su mente no podía guardar durante largo tiempo, y no por el grado de dificultad, sino por lo voluminoso de la información.

Después de cerrar su libreta de notas, la devolvió al lugar de donde la había sacado, corrió el cierre del bolsillo interior de la casaca, al lado del corazón, y guardó silencio. Un rayo de sol se hundía en la quebrada.

Siguieron sentados un largo rato. Abrieron las recién llenadas bolsas de plástico con hojas de coca, sacaron un puñado, se introdujeron en la boca una hoja detrás de otra con parsimonia mientras disfrutaban del tenue calor que recibían sobre el rostro. Se pusieron a chacchar.

Luego del descenso, buscaron la forma de vadear el río y encontraron un paso angosto que cruzaron con rapidez pisando sobre la parte seca de las piedras que se levantaban sobre la superficie del afluente; bajo sus pies corría el agua aún clara y dócil. Habían descendido más de 1,000 metros antes de llegar al pie de la cañada y en ambas laderas se enseñoreaban los árboles, los arbustos, el pasto alto y el verde en general; acaecía un agradable clima con un calor-cillo para sudar de a pocos. No era el primero ni el último riachuelo o río que debían franquear, pero hasta ahora lo hacían casi sin mojarse. Volvieron a subir hacia la zona yerma y hacia el frío.

—¿Cómo seguimos? —preguntó Sebastián, acomodándose el sombrero que se le había puesto de lado tras rozar la rama baja de un árbol.

—¿Cómo seguimos qué?

—¡El tema, pues!

—¿Cuál de los temas? —volvió a preguntar Leoncio.

—¡Pucha que si no serás jodido! Anoche te quedaste en la vaina de los chavín...

—No, no me quedé en la vaina de los chavín, Sebastián. Me quedé en la vaina de las etnias, las tradiciones, las costumbres, los hábitos, las formas de comportamiento y otras menudencias sobre las que mucho se habla pero que a fin de cuentas se entienden mal o simplemente se pasan por alto a la hora de construir lo nuevo.

—Bueno, cierto, entonces sigue desde ahí —inquirió Sebastián tras una sonrisa.

—Bien, pero para eso hay que volver un poco más atrás, mucho más atrás; yo te lo cuento y tú ya verás cómo compaginas todo, cómo le das un orden correcto y cómo lo incluyes en tu rollo.

—Bueno, no es difícil, escucho —aceptó Sebastián.

—Bien, ya te hablé sobre el rol que la mullu o concha spondylus cumplía en las predicciones sobre la presencia de lluvia o ausencia de ella que en el Imperio Chavín hacían los Sumo Sacerdotes y que les era muy útil para la planificación y organización de las faenas agrícolas. También te dije que ese conocimiento derivó en instrumento de sometimiento, utilizado para imponer creencias y ritos, ¿no es cierto?

—¡Cierto! —dijo Sebastián.

—Bien. En la historia de la humanidad se puede apreciar que las creencias, los ritos y los mitos surgen espontáneamente con el desarrollo mismo del ser social, como consecuencia de la inicial incapacidad de éste para comprender los fenómenos naturales así como la incapacidad para comprender la estructura de su propio organismo y estimulado por las imágenes que se le presentaban en sueños. Inicialmente, las creencias, los ritos y, en general, las antiguas

religiones tribales, no tenían un carácter proselitista y perdían su fuerza cuando las tribus y los pueblos que las profesaban perdían su independencia al caer bajo el dominio de otra tribu o pueblo que encuadraba a los sometidos a sus condiciones económicas, políticas y espirituales, o sea, tenían un basamento meramente práctico. Es más adelante, y como producto mismo del desarrollo de las relaciones económicas de los hombres, cuando la religión, una vez creada como hoy la conocemos, adquiere un carácter de clase manteniendo siempre un componente tradicional; y *la tradición*, a pesar de la opinión de aquellos que la consideran la memoria colectiva de los pueblos, aquella que enlaza el pasado con el futuro o la expresión de la vitalidad de los pueblos para transmitir sus experiencias pasadas a las generaciones venideras, ideológicamente hablando, ojo, te repito, la tradición, ideológicamente hablando, es una fuerza conservadora adversa a los cambios y los frena.

—Pero —señaló Sebastián—, también se puede ver que, a lo largo del desarrollo social, tradición y modernidad se enlazan; hay una enmarañada red de tradiciones que de una u otra manera se articulan con diversas modernidades que a su vez son entre sí disparejas. Por lo menos hasta ahora, muchas de las tradiciones no han desaparecido, se hibridizan con lo moderno creando nuevas realidades.

—Cierto —aceptó Leoncio—, pero no por ello la tradición deja de ser una fuerza conservadora que de una u otra forma frena o desacelera el desarrollo de lo nuevo. Bien. Ya hemos visto que nuestros primeros antepasados, más allá de su voluntad y de sus deseos, sólo pudieron establecer su morada allí donde encontraron alimento, agua dulce y protección; y que bastaba que empezara a escasear uno de ellos para que tuviera que migrar todo el grupo, o una parte de él, en busca de un nuevo lugar donde volver a encontrar los 3 elementos juntos. Cuando el grupo sufría fracasos o reveses en su empeño por dominar la naturaleza o cuando ésta le era adversa, pensó que la fuerza y la voluntad del grupo no eran suficientes y dio inicio a solicitar el auxilio de la supuesta voluntad de los miembros del grupo que habían muerto.

—Así —dijo Sebastián—, los muertos pasaron a tener una gran importancia.

—Y fueron tratados con sumo cuidado y aparecieron los primeros ritos funerarios, según los registros, hace más de 10,000 años. Por ejemplo, el hombre de las Cuevas de Lauricocha, en Huánuco, enterraba los cadáveres de tal manera que se puede pensar que era un rito sepulcral cuyo objetivo era obtener la benevolencia, el favor y el apoyo del que en vida fue el cadáver. Lo mismo se apeló a la hipotética voluntad de los animales, de la tierra, de las montañas y de los

astros; así, con la ayudita de todas esas supuestas voluntades, de todos esos supuestos espíritus, el clan, el grupo, la tribu o el pueblo buscaba incrementar las fuerzas favorables para lograr sus objetivos y aspiraciones y, al mismo tiempo, ahuyentar a aquellas fuerzas que les eran desfavorables e impedían su crecimiento y desarrollo. Esto, como ya te dije, estaba estrechamente vinculado a que nuestros originarios conceptuaban que los pensamientos y las sensaciones que tenían no eran funciones de su propio cuerpo sino de una voluntad especial que habitaba en su cuerpo y lo abandonaba al morir éste; así, según esa incertidumbre basada en una ignorancia generalizada, la voluntad sobrevivía al cuerpo y como no sabían qué hacer con ella, surgió la idea del alma y su inmortalidad, lo que con el tiempo se trocó en la ficción artificiosa de la inmortalidad personal.

—Y con el tiempo —añadió Sebastián—, junto con la inmortalidad del alma, surgirán dios, los ángeles, el cielo, el purgatorio, el demonio y el infierno entre otros receptáculos idealistas.

—Aunque esa mortaja, en nuestro caso, fue traída por los españoles —replicó Leoncio dando un manotazo en el aire—. Sin embargo, en general, se puede decir que con el tiempo se verificará que la propensión al pensamiento místico no ha desaparecido sino que por el contrario da la impresión de que aumenta en proporción geométrica a los avances de las ciencias. Pero eso es harina de otro costal que tal vez deberíamos ver más adelante. Así que déjame continuar.

—Bueno, te escucho.

—Bien. De la misma forma, al atribuirle voluntad a la tierra, a las montañas, a los astros, a los animales y personificando los poderes naturales es que se inventan los primeros dioses, entre comillas, especializados en cosas concretas, además de limitarse unos a los otros. Un fenómeno general conocido es que, más adelante, con el desarrollo de la religión, estos dioses van tomando un aspecto más ultramundano hasta que, por un proceso de natural abstracción y depuración, nace en la cabeza de los hombres la idea del dios único, característico de las religiones monoteístas. Esto nos lleva a ver que la relación entre el ser y el pensar, entre la naturaleza y el espíritu, tiene sus raíces en las ideas limitadas e ignorantes del estado de salvajismo, y lo mismo pasa con toda religión; es decir, nos lleva al problema de saber qué es lo primario, si la naturaleza o el espíritu, y frente a la Iglesia el asunto es si el mundo existe desde toda una eternidad o si fue creado por su dios. Científicamente está demostrado que fuera de la naturaleza y de los hombres no existe nada y los dioses que la imaginación religiosa y mística del hombre ha forjado no son más que otros tantos reflejos fantásticos de su propio ser; el dios de los cristianos es tan sólo un reflejo imaginativo, una imagen

refleja del hombre, es el producto de un larguísimo proceso de abstracción basado en los muchos irreales dioses tribales y nacionales que existían antes de él; y ese hombre, cuya imagen refleja es aquel dios, tampoco es un hombre real, sino el extracto de muchos hombres reales, simplemente un hombre abstracto, y por tanto, lo mismo que ese dios, también una imagen mental.

—Una imagen mental que no es reflejo de la realidad, ni producto de las percepciones sensoriales científicamente controladas que originan en nuestro cerebro ideas del mundo exterior, sino una imagen mental creada por una multitud de incongruencias teológicas —dijo Sebastián queriendo redondear la idea.

—Dicho en tus palabras —convino Leoncio—. Sin embargo, esa sistematización, como ya dije, acontecerá más adelante. Pero, dentro del mismo proceso, nuestros originarios cojeaban inicialmente por otro lado. Los grupos de recolectores y cazadores que se movían a lo largo y ancho del territorio andino, de cuando en cuando, se veían afectados, en sus esfuerzos por alcanzar los objetivos que satisficieran sus más elementales necesidades, a consecuencia de los reiterados movimientos telúricos internos y sus manifestaciones en la superficie en forma de temblores, terremotos, aludes, erupciones volcánicas, entre otros, por lo que llegaron a pensar que era la voluntad de la naturaleza que mostraba su cólera y descontento por algo que ellos no hacían bien; esa incomprensión los llevó, con el tiempo, a desarrollar instintivamente un sentimiento de terror ante estos, para ellos, incomprendibles fenómenos naturales y fue así cómo fueron desarrollando una serie de ritos para intentar aplacar los supuestos arrebatos de la tierra; el desarrollo de este proceso llevó a nuestros originarios a convertir la tierra en el elemento central al cual rendir culto.

—Ajá, a eso te referías con aquello de cojear por otro lado —dijo Sebastián saliendo de un momentáneo desconcierto.

—Sí. Nuestros antiguos, antes de dirigir sus miradas al cielo lo hacen a la tierra y sus profundidades —ratificó Leoncio.

—Lo cual no fue una excepción en el proceso evolutivo del hombre, era la regla; por lo que el pero y el cojear de tu frase están demás —dijo Sebastián.

—Como quieras —se rindió Leoncio—. Las retiro. El asunto es que dentro de ese proceso y con las centurias y milenios se irán incorporando otros elementos de culto a las prácticas rituales como expresión de un conjunto de creencias y sentimientos de temor y veneración llegando a establecer normas morales que rijan el comportamiento tanto individual como social, pasando desde el sacrificio hasta llegar a la oración, desarrollando el mito y la religión. Sobre

este tema podríamos pasar horas, días y hasta semanas desentrañando y esclareciendo el oscurantismo, así que mejor vayamos a cosas concretas. Bien. Es evidente que de la recolección surge la agricultura, de la caza la ganadería y, por razones comprensibles, mucho, pero mucho después, y sin gran fortuna, la piscicultura de la pesca. El mullu cumple, inicialmente, como ya hemos visto, un rol principal en la predicción de temporadas de lluvia o sequía; es decir, es utilizado para un hecho tan práctico como lo es la programación del inicio, postergación o supresión del período de siembra; o sea, en la agricultura. Un asunto extremadamente práctico, reitero. Muy bien, pero el mullu por sí mismo no hace nada, no sirve de mucho o tal vez sí, para hacer brazaletes, collares y hasta pectorales; es exclusivamente a través de la reiterada observación empírica que se llega a establecer una relación entre esa concha y determinados fenómenos naturales; se concluye que su presencia o ausencia coincide con la subsiguiente presencia o ausencia de lluvias. Los sechín fueron los que inicialmente notaron esa relación pero los Sumo Sacerdotes del Imperio Chavín fueron quienes, apoderándose de ese conocimiento y escondiendo la verdad, se aprovecharon del hecho para difundir el supuesto de que el mullu encerraba en sí secretos de inestimable valor y, claro, estos parásitos, adquirieron un inmenso poder sobre las masas dado que eran ellos quienes, entre comillas, podían desentrañar tales secretos.

—Y los Incas lo aprovecharon al máximo —acotó Sebastián.

—Ni más ni menos. Aunque antes de llegar a los sacerdotes del Imperio Incaico pasó por las manos de los sacerdotes del Imperio Wari. Fueron los Sumo Sacerdotes del templo de Chavín de Huantar los que impusieron el culto al mullu y esta obligación, con el tiempo, se esparció a todos los pueblos de los Andes; al pueblo no le quedó otra opción que no sea adorar y rendir culto a la concha *spondylus*, a nuestro muy querido molusco sagrado, el mullu. Y sobre esa impuesta costumbre se erige toda una complicada red de invocaciones místicas así como enmarañados y ostentosos sacrificios que, entre comillas, traerían mejores resultados en la agricultura. Así es que el rito propiciatorio de lluvias pasa a manos de los sacerdotes del Imperio Wari, hecho demostrado por las excavaciones arqueológicas; y de ahí pasó a manos de los sacerdotes del Imperio Incaico. Los incas conquistaron, por la parte de la Sierra, lo que hoy se conoce como Ecuador debido a los campos agrícolas pero también se adentraron en la Costa a causa del mullu y no sólo por sus supuestas atribuciones mágicas sino por su relevancia comercial; en las costas del hoy Ecuador abundaba el mullu y era uno de los principales artículos de lujo; así que, controlar su extracción y comercio permitió dominar más fácilmente a las castas locales, quienes necesitaban de este

preciado artículo para mantener su rango, ostentación y privilegios, amén claro está, del control y sometimiento de las masas a través de los ritos.

—Y una nota interesante —se dispuso a añadir Sebastián—, cuando los conquistadores españoles irrumpieron en el Imperio de los Incas lo hicieron en pos del oro, metal con el que, en Europa, podían adquirir cualquier cosa; pero no en estas tierras puesto que aquí el oro no era usado como medida de intercambio; sin embargo, el mullu y los textiles sí que tenían valor comercial, por eso el saqueo de templos y palacios para despojarlos de todo aquello que fuera oro inicialmente no causó la ruina económica del Imperio mas sí su decadencia cultural dado que de oro estaban hechas las representaciones de sus dioses, los ornamentos de culto y los adornos de las castas privilegiadas.

—Cierto. Aunque lo que los españoles buscaban, antes que el oro en sí, era nuevas rutas comerciales para asegurarse el suministro de especias —dijo Leoncio levantando un dedo—. Muy bien. Así la cosa, para mí, es con el mullu que empieza la parte más apasionante de la vaina de los ritos ligados a la agricultura. Pero, y sólo para recordarlo, ni la supuesta magia del mullu ni la proliferación del rito ni la viveza de los Sumo Sacerdotes del templo de Chavín de Huantar ayudaron a prever lo que les caería en forma líquida desde el cielo como el infausto puntillazo que cierra la historia de la nación Chavín; las lluvias torrenciales e inundaciones no hicieron otra cosa más que arrasarse con lo poco que quedaba del Imperio como tal; al parecer, hay pruebas más que suficientes para decir que los aluviones de aquellos tiempos arrasaron y asolaron florecientes valles con densa población y economía próspera, pero, para entonces, el Imperio Chavín ya había colapsado y estaba en descomposición a causa de revueltas internas, y ésa fue la causa de fondo que ocasionó la desaparición de ese imperio.

—Entiendo —dijo Sebastián pensativo.

—Con la concha en la mano... —empezó a decir Leoncio pero se vio obligado a corregir luego de la sonora carcajada de Sebastián—. Quiero decir, con el mullu en la mano aumentó el poder de los Sumo Sacerdotes de Chavín de Huantar, y así empezó una expansión pacífica basada en la hegemonía tecnológica. Sin embargo, en medio de esa expansión, y evidentemente que no eran los únicos que querían expandirse, se toparon con los sechín en lo que al parecer, según los entendidos, era la frontera común: la Cordillera Negra. Y así comienzan los choques entre los 2 pueblos, situación que queda grabada en los monolitos y otras piedras de ambas naciones. Se produce la diáspora de la nación sechín en dirección al norte donde terminarían fusionándose por un lado con los mochica y por otro con los moche,

dejando en ambos huella de su cultura, lo mismo que en la zona de la actual Cajamarca; pero también huirían hacia el sur para terminar fusionándose con los limas, los paracas, los nazcas y otros más; las pruebas están en la iconografía reflejada tanto en piedra como en la producción textil de los diversos pueblos que he mencionado. Luego viene una etapa de control militarista y expansión de las fronteras para terminar en una serie de levantamientos armados de los pueblos violentamente sojuzgados, un amplio movimiento de liberación en el que se desarrollan alianzas de pueblos diferentes a lo largo de unos 200 años para enfrentar al conquistador chavín y liquidar al primer imperio andino hasta ahora conocido. Y como ya hemos conversado de algunos detalles, aquí queda la cosa.

—Y se podría decir —añadió Sebastián—, que, en líneas generales, la historia de nuestros antepasados siguió los mismos patrones de la historia universal.

—Así es —dijo Leoncio—. De una u otra forma, nuestra historia recorre, con algunas particularidades, los caminos trillados de la historia universal; y esto también se puede ver, por ejemplo, en la historia de las diferentes lenguas de los pueblos asentados en la Costa y en los Andes; en la historia del quechua y el papel del idioma del pueblo hegemónico que lo impone sobre los pueblos sojuzgados.

—Y lo mismo podemos decir de los usos y costumbres, de los mitos y ritos, de la religión y el saber, de la cultura, de las instituciones y todo lo demás; en pocas palabras, de la superestructura que se levanta sobre la base material.

—Así es —concluyó Leoncio.

Después de haber dado un corto rodeo, llegaron a las cercanías de Sarhua por lo alto de la cumbre frente al Apu Orqo y podían ver, allá abajo, la Villa que, rodeada de andenerías, discurría por la ladera y se inmovilizaba sobre una pequeña explanada llegando casi hasta el borde del precipicio en el que nace una nueva falda del cerro.

Iniciaron el descenso para entrar a la Plaza de Sarhua. A poco, vieron de lejos a un grupo de personas conversando cerca de la acequia en la parte alta del pueblo, el lugar preferido donde algunas mujeres lavan la ropa por las mañanas desde temprano; dieron un giro hacia la izquierda y entraron de lleno a la calle que descende desde lo alto para desembocar en la Plaza por el lado de la iglesia.

Era la misma ancha calle de tierra por donde habían bajado la última vez; en aquel tiempo, la zanja abierta en el centro de la calle, y que la recorre toda, estaba seca; pero en aquella tarde soleada, el agua cristalina la recorría sosegada.

En el ocaso, las largas sombras de las casas de un lado de la calle

se proyectaban sobre las paredes de adobe de las casas del lado contrario. Los largos y verdosos maderos que transportan los cables del tendido eléctrico hacia el centro del pueblo también proyectaban una línea oscura sobre las reverberantes calaminas de los techos.

Por la calle circulaban pocas personas y en una que otra esquina estaba tumbado algún perro haragán que se limitaba a seguirlos con la mirada y sin hacer otro gesto que no sea el de mover ligeramente la cola.

Cuando entraron a la Plaza, el panorama cambió bruscamente; por doquier se encontraban grupos de personas conversando alegremente, unos eran sólo de mujeres, otros sólo de hombres y los había también mixtos, pero eran pocos.

Las mujeres jóvenes, con sus polleras de colores vivos, donde predominaba el rojo cálido y el naranja intenso, cruzados por líneas horizontales en amarillo, turquesa y verde pálido, reían o sonreían.

Entre las jóvenes había una que otra mujer de mayor edad que tenía cara de seria y la mirada perdida en algún punto de la Plaza; tal vez por extraña coincidencia, las ancianas estaban ataviadas con largas polleras donde predominaba el color azul cielo oscuro que, salpicado en varios tonos, descendía hasta al celeste pálido del mediodía, hermosas polleras orladas con ribetes de múltiples colores y motivos tejidos con diseños regionales.

Muchas llevaban puesta una o más chompas de color entero que casi siempre armonizaba con el color de la pollera; y de la parte delantera de la cinta que rodeaba el sombrero que llevaban, brotaban pequeños ramos de flores multicolores. Sus largas trenzas danzarinas serpenteaban por detrás y debajo del sombrero hasta alcanzar radiantes la media espalda o más abajo. Si bien es cierto que no faltaban los zapatos, la mayoría calzaba ojotas.

Las niñas y niños, lo mismo que las guaguas, estaban bien arropados y sus cabecitas quedaban protegidas por tremendos gorros de punto. Soplaban un viento algo frío.

Algunas bancas de la Plaza habían sido asaltadas por jóvenes que, sentados y bien acomodados en grupos de 5 ó 6, conversaban a gritos y reían a carcajadas. La gran mayoría vestía pantalones vaqueros color azul en todos sus matices y chompas o casacas, por lo general, de color alegre. De la cinta de algunos sombreros, también emergían flores silvestres en sus cortos tallos. Calzaban ojotas, zapatillas o zapatos; siendo los zapatos los que predominaban.

La mayoría de los hombres maduros llevaban pantalones, chompas y casacas urbanos de colores opacos y oscuros; no faltaban los sombreros con sus flores, algunos aún llevaban el poncho encima y en la mano un vaso o una botella.

La vida ardía y su flama se apoderaba de la Plaza alargando el crepúsculo de la tarde y retardando el desplome del astro rey.

Los tantos Apus tutelares de la Villa, desde su quietud, espían con fría envidia.

Sebastián y Leoncio eran conscientes de que hacía buen tiempo habían terminado las celebraciones por los aniversarios patronales de San Juan y de la Virgen de la Asunción; que habían pasado las fiestas principales: las procesiones, las corridas de toros, las carreras de caballos, la quema de castillos y otros fuegos artificiales y que la marca del ganado y la fiesta del agua se había celebrado hacía poco junto con la competencia de empujarse, el convite y lo que llaman el ajuste de cuentas donde se discuten los problemas de la comunidad y se juzga la actuación de las autoridades. El ciclo agrícola anterior había terminado sin sobresaltos importantes y hacía muy poco que se había limpiado y reparado todo el sistema hidráulico: estanques, reservorios, acueductos y canales de irrigación, para recoger y distribuir mejor el agua de lluvia en espera de un año mejor. Pero al parecer, en la antesala del sembrío, la danza, la comilona y la borrachera se habían desbordado de su cauce y la jarana seguía.

Contagiados por la armonía, Leoncio y Sebastián dieron una vuelta completa a la Plaza y luego se dirigieron hacia la esquina donde imponente se levanta el gran cedro. Ya lo habían visto varias veces en los últimos años y cada una de esas veces se preguntaban cuántas personas se necesitarían para rodear su base colocadas de espaldas contra el árbol, una al lado de otra, sin extender los brazos. ¿14, 15 ó 16? No se ponían de acuerdo, pero tampoco lo averiguaron.

Cuando llegaron a la bocacalle, escucharon que a sus espaldas alguien le preguntaba a otro en voz alta: ¿Qué buscan aquí estos chutos de mierda? Sebastián quiso voltear para ver de dónde y de quién venía el menosprecio y la ofensa, pero desistió de hacerlo al notar el peso de la mano de Leoncio sobre su hombro izquierdo. Aunque ambos, en ese momento y a sabiendas, llevaban ropa algo parecida al uso actual de la zona, el color y diseño del poncho y sombrero delataban su origen de alta puna. Los racistas de mierda nunca faltan, carajo, pensó Sebastián.

Entraron en la calle y siguieron de largo, antes de llegar al centro educativo giraron a la izquierda y avanzaron hacia el final de la calle. Buscaban a don Aurelio.

Los 3 se habían conocido hacía ya muchísimos años en una de las tantas ferias que se desarrollan en la zona alta. Leoncio y Sebastián llevaban ovejas y don Aurelio cereal; cuando coincidían en las ferias conversaban de todo y de nada mientras combatían el frío con algunas copitas de trago. Leoncio fue quien puso el *don* por delante del

nombre de Aurelio; cuando le alcanzaba la copa llena de aguardiente, le decía —sírvese, don Aurelio— y éste siempre le respondía —no moleste, caballero— y secaba la copa de un solo tiro.

Con el tiempo, Aurelio les dijo que si algún día pasaban por Sarchua lo visitaran y les dio las señas para ubicarlo. Desde el primer encuentro ya habían pasado más de 10 años y a poco se convirtieron en compadres. Leoncio se encargó de organizar la reparación del techo de la casucha de don Aurelio y doña Tarcila, su mujer. La maledicencia de la lluvia acumulada en varios años había hecho mella en el techo de ichu y teja, incluso algunos maderos que sostenían el armazón se habían podrido a falta de mantenimiento. ¿Qué quiere que haga, caballero? Le decía Aurelio a Leoncio, y añadía diciendo con picardía que el único sol que tenía no estaba en su bolsillo sino allá arriba y, en esos menesteres, para poco le servía. Se demoraron varios meses, pero lentamente la calamina reemplazó completamente el ichu y en gran parte la teja. Luego de terminado el trabajo de reparación y cambio, Leoncio les obsequió una de esas conocidas tablas de Sarchua de poco más de 2 metros de altura; expresamente había pedido que no se pongan alegorías a dioses ni santos ni vírgenes ni nada parecido. Al hablar con el pintor, a quien encargó la obra, le pidió pintar actividades comunales con motivos referentes al pastoreo y la agricultura así como algunos pasajes que reflejaran lo mejor posible a don Aurelio; escenas que puedan reflejar su personalidad alborozada, esforzada, solidaria, fraterna y sincera. Trabajo difícil, habría dicho el artista; pero después de unas cuantas conversaciones y tragos con Aurelio, le resultó un trabajo grato aunque no exento de dificultades. El pintor estuvo presente en la fiesta con que se daba por concluida la labor de techado y le hizo entrega del regalo de Leoncio; pudo ver, muy de cerca, cuando a don Aurelio se le cayeron de los ojos unas cuantas lágrimas extraviadas. La tabla de maguey, con sus dibujos alusivos a la vida del campo y con don Aurelio y su familia como motivo central, se clavó en la viga principal que sostenía el renovado techo.

Sebastián entró a formar parte de la familia después de la ceremonia de corte de pelo del primerizo de la hija mayor de Aurelio y Tarcila. El niño había crecido y a los 2 les decía padrino.

Entre los 3 había surgido una amistad franca y cordial. Nadie sabía por qué motivos, pero así era. Aurelio, por el rostro y los achaques del cuerpo, parecía, de lejos, muchísimo mayor que ellos, pero en verdad la diferencia no era tanta como la apariencia; tal vez más de 5 pero menos de 10 años, simplemente no lo sabían, tampoco intentaron averiguarlo.

Sebastián se acercaba lentamente, decía él medio angustiado, al

precipicio de los 65 años y Leoncio le seguía los pasos, aún con buen humor, no de muy lejos; 2 ó 3 años, a lo mucho.

Como fuere, a Aurelio siempre lo trataban con respeto y le decían don, aunque a él no le gustaba, o hacía como si no le gustara. Y Aurelio, don Aurelio, los trataba de caballero; simplemente así, a secas, tal vez porque no se le ocurrió mejor cosa. Lo que sí se le ocurrió, y de seguro, es que esos 2 eran leídos y estudiados; parecían ser de la puna alta, pero vistos de cerca, con el tiempo y la hablada, se notaba que de allí no procedían; el lenguaje y el pensamiento eran diferentes. Había algo en ellos 2, no sabía muy bien qué pero era algo de fondo; sí, eso se decía las pocas veces que reflexionaba sobre el asunto; en el fondo yacía algo que lo unían a él o, en todo caso, un sentimiento que unía a los 3. Tal vez hemos caminado durante largo tiempo por la misma orilla sin saberlo, se decía. Nunca lo preguntó, lo presentía.

Había pasado casi 5 años desde la última vez que fueron a visitarlo. Don Aurelio los había invitado para que asistan, por si podían ayudar, a una importante reunión entre las comunidades de Sarhua y Huarcaya donde deberían zanjar problemas de linderos; pero tuvieron que regresarse casi de inmediato pues las autoridades de Sarhua los consideraban foráneos, no necesitaban sus consejos y el cabildo de preparación se había pospuesto. Entonces que se jodan, había dicho Aurelio al darles el abrazo de despedida.

El perro que orinaba con la pata levantada contra el marco de la puerta abierta salió disparado con el rabo entre las piernas cuando Leoncio se acercó para tocar. Dio un par de golpes secos a la hoja de madera, a la vez que preguntaba en voz alta: ¿Compadre, está usted ahí?

Un par de segundos después salió don Aurelio con una sonrisa de oreja a oreja y los invitó a pasar.

Doña Tarcila estaba en la cocina sentada sobre un pequeño banco de roble; amurallada por el desorden de un montón de ollas, baldes, platos y cachivaches; alimentaba el fuego del hogar sobre el que cocinaba la cena en un enorme perol. Se levantó y les dio la bienvenida obsequiándoles una fresca sonrisa y dándoles un abrazo.

Sebastián y Leoncio explicaron que sólo estaban de pasada y preguntaron si podían pernoctar en algún rincón de la casa. Mi casa es su casa, caballero; había dicho doña Tarcila. Y no hay detalle que discutir, añadía don Aurelio.

Cenaron un guiso de habas con yuyos, arvejas, ají, ajo, queso fresco, leche y huevos y, de postre, mazamorra de calabaza. Durante la conversación que siguió a la cena vaciaron una buena jarra de chi-

cha de jora y media botella de aguardiente.

A la luz de una lámpara de kerosene, don Aurelio les describió los detalles del diálogo comunal entre Huarcaya y Sarhua, y todo como si el tiempo no hubiera pasado y fuera noticia fresca de ayer.

El acuerdo inicial era que cada comunidad debía nombrar una delegación de 20 personas para reunirse a campo abierto. Los de Sarhua llegaron casi puntuales a las cercanías de la laguna Yanaccocha, donde debía efectuarse el diálogo. Los de Huarcaya lo hicieron con más de 1 hora de retraso pero no se acercaron al punto señalado, por el contrario, se dirigieron a una laguna más pequeña que está en los alrededores. Así que los de Sarhua tuvieron que nombrar una pequeña comisión para buscar un punto intermedio. A esos indios tercicos sólo les gusta importunar, había dicho don Aurelio pasando la bolsita con hojas de coca a sus huéspedes.

Pero eso sólo había sido el inicio, pues antes y a lo largo de la reunión se produjeron pequeños incidentes ocasionados principalmente por los delegados de Huarcaya entre los cuales había uno o más individuos llegados de Lima.

En contienda están, específicamente, sólo 2 puntos del lindero que separa Sarhua y Huarcaya; pero uno de los subidos de Lima propuso que debía discutirse sobre todo el lindero, el muy pendejo, refirió don Aurelio.

La comisión de Sarhua, papeles en mano, argüía que los títulos anteriores a 1920 eran considerados títulos virreinales que habían sido reconocidos por el Ministerio de Hacienda en todos los tiempos y defendían las fronteras de Sarhua establecidas de muy antiguo; desde los tiempos de la historia, decían.

Un delegado de la Comisión dijo que a partir del 68, con la Ley de Reforma Agraria del Gobierno militar de Velasco Alvarado, se efectuaron, vía Decreto Ley, las llamadas actas de linderaje lo que valía para la titulación y apropiación de tierras por parte de grupos adeptos al Gobierno.

Los de Huarcaya no tenían, por lo menos en ese momento, ningún papel y se basaban en la posición del terreno para defender sus derechos. Peliaguda la cosa, musitó Sebastián.

A fin de cuentas, refirió don Aurelio, ambos bandos se la pasaron hablando sin llegar a ningún acuerdo; incluso, uno de Huarcaya dijo que la confrontación de Títulos de Propiedad no podía efectuarse ahí, sino en el Ministerio de Agricultura. En los meses siguientes se desarrollaron 2 nuevas reuniones pero tampoco se llegó a nada. Y hasta hoy la cosa sigue sin arreglarse del todo, así había concluido don Aurelio su relato.

La noche se había adentrado y después de hablar de otras cosas,

el anfitrión los llevó al depósito de los cereales para que descansen y pasen la noche sobre la paja.

Sebastián se quedó dormido casi de inmediato mientras Leoncio pasó largos minutos aún en vela; las ratas de campo que se movían debajo de la paja lo mantenían en vigilia.

Fue un tiempo que aprovechó para repasar mentalmente lo que sabía sobre ese lío de linderos entre las 2 comunidades.

Era un asunto de vieja data.

Sarhua había sido reconocido como Distrito, por Ley, a mediados de noviembre de 1910 y alcanzó la categoría de Villa en noviembre de 1954, también por Ley. Incluyendo Sarhua, como capital, son 6 comunidades las ubicadas dentro de las fronteras del Distrito. Hay quienes dicen que Sarhua, a sus casi 3,000 metros de altura sobre el nivel del mar, tiene 5 anexos. Otros prefieren hablar de ayllus, lo cual es sumamente abstracto pues en lo que se denomina la comunidad de Sarhua antes había 4 ayllus y hoy sólo hay 2, que cumplen más una función simbólica que real ya que no se les puede ubicar geográficamente, esto para aquellos que sobre todo les gusta ponderar las fronteras y la comunidad de territorio. Lo principal es que, se decía Leoncio a sí mismo, estos 2 grupos, llamados ayllus y donde se supone que se sigue la línea paterna y del marido para determinar la pertenencia, aparecen diferenciados sólo en las fiestas patronales y religiosas, los cabildos abiertos o cualquier otra reunión pública de carácter político o social donde, por costumbre, se sitúan en lugares diferentes, por ejemplo, uno de los grupos se sitúa a la derecha y el otro a la izquierda de la iglesia, o de un árbol o piedra al que toman como referencia cuando la reunión es a campo abierto. Tradición pura o pura tradición.

Aunque el distrito, como tal, apenas pasaba con poco los 100 años de creación, había quienes decían que estas tierras fueron pobladas hace 17,000 años, pero también había quienes decían que fueron pobladas hace 9,000; en todo caso, en un tiempo posterior al del Hombre de Pacaicasa.

Como fuere, y para no ir tan lejos —se dijo Leoncio a sí mismo en medio de un largo bostezo—, toda la zona ya estaba poblada antes de la expansión wari y lo especial a destacar es el predominio chanca sobre estas tierras después de la llamada decadencia wari.

Y otra cosa —se dijo mientras daba la vuelta sobre su espalda y se acomodaba sobre su costado izquierdo—, tanto los incas como los españoles generaron grandes desbarajustes en toda la zona al mover, según sus intereses, los límites que separaban las comunidades, incluso las de una misma etnia.

Se dice que cuando los incas establecieron los límites del Tahuau-

tinsuyo, lo hicieron sobreponiéndolo sobre los límites de los Estados, federaciones de ayllus y comunidades libres que poblaban el territorio conquistado y no sólo ocupaban las tierras sino que, en algunos casos, se exterminó o dispersó a sus habitantes. Las huestes españolas no hicieron otra cosa, siguieron los pasos de los incas pero a gran escala y complicaron más aún los llamados problemas fronterizos, que en el fondo no es otra cosa que la separación forzada de ayllus, comunidades, etnias, pueblos y naciones.

En la actualidad, los 2 puntos en litigio se encuentran en una zona de pastoreo estratégicamente ubicada. Una quebrada andina que para la población de Sarhua tiene un nombre y otro para los de Huarcaya. En concreto, los 2 puntos son parte de una amplia extensión al pie de la quebrada que recoge el agua de lluvia directamente, pero también la de las laderas que la contiene. La laguna de Yancocha y otras más pequeñas están en los alrededores por lo que siempre, o en el peor de los casos casi siempre, en esa zona hay agua y pasto. No por gusto algunos manifiestan su interés en redefinir la zona fronteriza en su totalidad.

A la gente de Huarcaya no le interesan los papelitos que hablan y para consolidar su posesión territorial recurren, de cuando en cuando, a la destrucción de corrales, cabañas y chozas en territorio sarhuino y mueven o desaparecen los hitos de la frontera.

Cuando los sarhuinos se movilizan para hacer la reparación de los desmadres ocasionados por los huarcainos, la faena termina casi siempre en bronca donde entran a tallar la caballería, los látigos, los palos y las piedras y, no pocas veces, la efectiva huaraca que a distancia prudente, para el ataque o la defensa, arroja su efectiva carga con la consecuente no pocas muertes producidas en los últimos siglos.

¿Cómo solucionar el problema? Era una pregunta recurrente en el pensamiento de Leoncio. No era nada nuevo, ese problema de fronteras, de linderos entre comunidades, ciertamente que no era nada nuevo ni despreciable. Siglos, siglos ya, que se arrastra la disputa; y no sólo aquí, es un cáncer que ya ha hecho metástasis y corroe, lentamente, la organización en los Andes.

Hay períodos de calma donde estas disputas quedan soterradas, a veces durante un largo período de tiempo, hasta que salta una chispa y enciende la mecha del odio y la ponzoña.

Cada nuevo Gobierno, según sus necesidades, ignora la situación o la alimenta, la saca a flote y agudiza para pescar en río revuelto y sacar beneficio. Pero no sólo es un problema manipulado por el Gobierno central; no, no sólo, si así fuera, desenmascararlo y darle una solución sería relativamente fácil; dentro de la llamada legalidad, los

papelitos hablan y si hablan bien, mejor. A veces, claro, sólo a veces sirven esos papelitos; a veces, pero no siempre aunque se tenga la razón. Ése es el problema, no basta tener la razón, además hay que tener la fuerza para imponerla; por eso a veces, sólo a veces.

Tampoco sería tan difícil de entender y solucionar, para el poblador sencillo, si se tratara de un terrateniente o gamonal conocido. No sería tan difícil movilizarse, desenmascararlo, oponerle fuerte resistencia y dejarlo sin argumentos aunque después venga la venganza patronal, una bronca que deje un reguero de sudor, lágrimas y sangre.

La contrariedad, para la gran mayoría, se presenta difusa. Sólo aparece la superficie de la contienda pues el asunto se presenta bastante enmarañado, aún, porque es un problema, entre paréntesis, comunal, donde los campesinos ricos y gamonalillos meten candela, tiran la piedra y esconden la mano —se dijo Leoncio volviendo a bostezar mientras se ponía en posición fetal—. Y eso lo torna complicado porque, las más de las veces, esos oscuros intereses se emboscan tras los intereses de la comunidad, tras el interés común se enmascara el particular y, a río revuelto, ganancia de gamonalillos.

Dentro de este sistema no hay solución correcta, no hay solución adecuada, no hay solución posible, solución, solución, solución...

A Leoncio se le apagaba la conciencia de a pocos, en su mente se repetía lo que le pasaba cuando, a la luz de la vela, leía acostado antes de dormir y, cuando ya estaba cansado, no pasaba de la línea en que se encontraba y sus ojos, medio cerrados, regresaban a la primera palabra una y otra vez sin poder avanzar en la lectura y mucho menos en entenderla.

Se quedó dormido cuando la rata de campo pasaba, bajo la paja, cerca de su cabeza.

6

Aurelio los despertó al alba y los llevó de vuelta a la cocina donde les esperaba un buen plato de tallarín saltado y una jarra de hierba-luisa. Hablaron un poco más sobre la situación actual de la Villa.

Antes de despedirse con una amplia sonrisa, un apretón de manos y un fuerte abrazo, Aurelio les entregó un atado que contenía algunas provisiones. Para el camino, dijo, y los volvió a abrazar. Él se fue a trabajar a su chacra y ellos bajaron al río.

Después de darse un chapuzón e intentar nadar en aguas bajas y frías, salieron para secarse con la camiseta que hasta entonces habían usado; se tendieron bajo el sol de media mañana pero, como no calentaba, se vistieron y emprendieron el ascenso hacia Huarcaya.

Pasado el mediodía, y ya algo entrada la tarde, llegaron por la parte alta; estarían a poco menos de 4,000 metros de altura cuando divisaron, en la parte baja, los techos de calamina de las casas; como si fuera casi una réplica de Sarhua, el pueblo baja y se asienta en una planicie a los pies de una falda del macizo y termina al borde de un precipicio. En una parte alta, a un costado del pueblo, sobre una loma, hay una custodia; una cruz de madera que a su vez tiene una cruz más pequeña clavada en su centro, en la intersección de los palos, y que, aparentemente, reemplaza al gimnasta de las estampitas.

Se quedaron observando las andenerías, los campos de cultivo y pastoreo desperdigados por las faldas de los cerros, de subida y de bajada. Algunos sectores de las andenerías mostraban profundos desgajes causados por las pasadas lluvias; muy pronto se iniciarían los trabajos comunales de reparación y limpieza. Abajo, bien abajo se podía percibir cómo fluía el Río Pampas, impávido y sosegado.

Siguiendo la quebrada con la mirada, podían ver, hacia el Norte, Chuschi y otros pueblos. Por la ladera de la derecha, serpenteaba la carretera. Pero ellos seguirían subiendo y bajando por los montes hasta alcanzar el cauce del Pampas, seguirlo un poco hacia la izquierda y luego cruzarlo para subir a Chuschi. Así lo planearon.

De pronto, y sin aviso previo, el panorama se ensombreció. Cuando miraron hacia el Sur, se dieron cuenta de lo que se les venía encima. Emprendieron el descenso.

Esta vez no tuvieron que caminar mucho, recordaban que por las cercanías había un tambo o una cabaña de resguardo para los pas-

tores en camino de ida o vuelta. La buscaron. La encontraron vacía y entraron.

Se acomodaron después de dejar las mantas con su carga en el suelo, revisaron el techo, estaba bien y al parecer hacía poco que habían renovado los tablones y la paja.

Se ubicaron en una esquina, abrieron las mantas, sacaron los pellejos, se acomodaron, sacaron algunas de las provisiones y comieron un poco. Oscureció aún más.

De pronto se iluminaron los cerros y casi de inmediato un tremendo latigazo estalló en la quebrada, la detonación que produjo el rayo retumbó en los cerros con tal potencia que les obligó a taparse los oídos. Demasiado tarde, el susto, el dolor y la casi sordera los acompañó un buen rato.

Empezó a llover a cántaros y se perdieron entre sus propias cavilaciones.

—Sebastián —dijo Leoncio luego de un buen rato de silencio—, qué tal si aprovechamos el tiempo para seguir con los detalles de tu exposición; tal vez tengamos que pasar la noche guarecidos aquí.

—De acuerdo, me parece bien —respondió Sebastián mientras se sacudía el oído derecho con el índice de la mano del mismo lado tras un nuevo latigazo—. Bueno, a ver. ¿Por dónde andaba?

Leoncio no dijo nada, despreocupado miraba caer la copiosa lluvia delante de la entrada de la cabaña. Los baldazos de agua se habían convertido en gotones y éstos casi en una continua línea de agua formada por pequeñas gotas de agua cristalina. Relámpagos, truenos y rayos castigaban sin clemencia Sarhua, Huarcaya y la cercanía.

—Los chancas —dijo Sebastián alzando un poco la voz entre el retumbar de un largo trueno.

—Los chancas —repitió Leoncio para hacerle notar que sí estaba atento.

—Les guste o no a algunos —continuó Sebastián—, los chancas estaban constituidos por 2 grupos étnicos; eran 2 grupos étnicos bien diferenciados, con características particulares.

—Los de arriba y los de abajo. Los Hanan y los Hurin Chancas, eran los bárbaros en la historia de estas ariscas tierras —anotó Leoncio.

—¿Los qué?

—Los bárbaros en nuestra historia. Pero fracasaron a pesar de sus grandes esfuerzos —insistió y amplió Leoncio—. Pero sigue, luego te doy mi opinión al respecto.

—Que fracasaron ya lo sé, y me imagino a qué te refieres; pero, ¿qué es eso de los bárbaros en nuestra historia?

—Recuerda lo que hemos recapitulado de la historia universal y las tribus germanas —dijo Leoncio sonriendo.

—Sí no serás jodido, hombre —exclamó Sebastián dándole un empujón a Leoncio—. Ya no necesitas explicarme nada, ya sé a qué te refieres.

—Entonces sigue.

—Eran 2 grupos étnicos bien diferenciados, con características particulares, pero que llegaron a formar un grupo social homogéneo: los chancas...

—¡Eso no es exacto!

—¿Qué no es exacto, Leoncio?

—El que hayan sido un grupo social homogéneo. Esa idea, hasta gramaticalmente, es un barbarismo. Si, como dices, son 2 etnias diferentes que tienen características particulares entonces, por más que se hayan unido, por más que hayan formado una nación, en este caso, no alcanzaron la homogeneidad ya que las diferencias, las características particulares se mantuvieron todo el tiempo, de principio a fin. En el mejor de los casos podrías hablar de una cohesión, forzada o no, dentro de relaciones de explotación; sin embargo, para mejor precisión, habría que señalar que lo que se dio entre esas etnias, que si no me equivoco fueron más de 2, fue la unidad y lucha, y la historia así lo registra.

Hubo un largo silencio que Leoncio aprovechó para sacar otra bolsa con hojas de coca pues la que llevaba en el bolsillo de la casaca estaba casi vacía. La abrió y la puso delante de Sebastián que aún seguía desmenuzando sus ideas. Luego se sirvió él. Se levantó y, recostado en el resquicio del marco sin puerta, trató de identificar las sombras que se levantaban entre la cortina de agua y la densa niebla.

—Eran 2 grupos étnicos bien diferenciados —dijo Sebastián—, con características particulares, pero que llegaron a formar una nación: la nación chanca.

—Nombre que les fue generosamente endosado por los cusqueños, que luego llegarían a ser conocidos con el nombre de incas —contribuyó Leoncio mientras se sentaba.

—A lo largo de un período determinado, estos agricultores habían desarrollado sus propios usos y costumbres, tenían un dialecto particular, desarrollaron relaciones de dominación y sometimiento, se expandieron y llegaron a ocupar zonas que ahora se conocen como parte de Apurímac, Ayacucho, Huancavelica y Junín. Un punto importante a destacar es la resistencia que ofrecieron a los incas; aunque los que ofrecieron resistencia fueron los Hanan Chancas ya que los Hurin Chancas se rindieron y se sometieron voluntariamente...

—Sebastián...

—Sí, ¿qué pasa?

—Disculpa que te interrumpa —dijo Leoncio con amabilidad—. Ahora eres tú quien usa la garrocha del tiempo para saltar; pero me parece que lo haces en el lugar equivocado. Yo pienso, y es sólo mi punto de vista, que entre nosotros, cuando conversamos, hay muchas cosas que saltamos o dejamos de lado porque las damos por sobreentendidas dado que las hemos estudiado juntos a lo largo de estos años; a pesar de que nos repartimos los diferentes temas, los hemos discutido juntos y, juntos también, hemos llegado a establecer conclusiones generales a pesar de que, en el fondo, cada uno de nosotros aún mantiene algunos puntos de vista particulares.

—Eso es cierto —dijo Sebastián—, y se traslucen cuando discutimos los detalles de la exposición.

—Evidentemente. Pero gracias al estudio y la discusión, hemos descubierto un montón de cosas nuevas para nosotros; hemos abierto más los ojos y el entendimiento, hemos hurgado hartos en nuestro pasado y, ahora, creemos saber un montón de cosas nuevas. Basándonos en el mundo y la vida material, es decir en el materialismo y no en el idealismo, hemos encontrado temas que antes ignorábamos por completo; pero, aunque creemos saber más que ayer, lo que en mayor medida hemos hecho ha sido acumular una gran cantidad de información que aún debemos analizar y sistematizar para llegar a conclusiones que reflejen mejor esa realidad, o que por lo menos se aproximen a ella. Con toda esta información en la mano y con un análisis, en lo posible, dialéctico de nuestra historia, debemos arribar a conclusiones lógicas; hay que ponerlas sobre la mesa a la vista de todos para despertar el interés y discutir sobre ellas pues no todos pensamos lo mismo. Para lograr la unidad, para llegar a una cohesión, para alcanzar la unificación, debemos seguir un proceso, un proceso necesario a través de la discusión, de la contraposición de ideas, de la lucha de ideas. La unidad sólo se puede lograr en lucha. Lo que tenemos no es algo acabado, oleado y sacramentado. No, ni sombra de ello. No es nada desconocido ni diferente a lo hasta aquí logrado, a pesar de que podría pensarse que algunos especialistas y científicos sociales no se dan cuenta de la importancia y transcendencia de sus propios hallazgos. Nosotros sólo intentamos ampliar el horizonte que va más allá de la experiencia empírica estableciendo generalizaciones que nos permitan prever lo mejor posible. Es una reafirmación que pretende ser parte del proceso que nos ha traído a una nueva etapa en nuestra historia; es una contribución, un paso más en lo hasta aquí alcanzado, y no hay que olvidar que sólo podemos ser fuertes si colectivamente mantenemos una alta cohesión.

—Ésa es nuestra intención. Sí, en eso estuvimos siempre de

acuerdo.

—Cierto, así es. Además, pienso que también estamos convencidos de que no sólo se trata de estudiar, analizar, comprender, aprender y debatir para ampliar nuestro conocimiento, sino y sobre todo, ese proceso, además de unirnos, debe prepararnos mejor para poder contribuir en la sistematización de nuestra experiencia histórica y continuar elaborando una sólida fundamentación que nos permita manejar adecuadamente los complejos problemas del presente e intentar labrar un futuro mejor; hay que sacarle el máximo provecho, pues así estaremos en mejores condiciones para alcanzar templanza también en la vida cotidiana, para manejar mejor nuestro actuar diario tratando de cometer la menor cantidad posible de errores; y si los cometemos, poder adquirir la capacidad necesaria para detectarlos y corregirlos. Evidentemente no es nada fácil pero sí factible...

—¿Y qué tiene que ver todo eso con los chancas?

—Con los chancas en sí, probablemente muy poco. Pero sí mucho con el análisis concreto de una situación concreta.

—¿Me lo podrías explicar mejor, Leoncio?

—Mira, en nuestra historia, y ya lo hemos visto sólo hace un par de días, hay un período que los especialistas denominan como el surgimiento de los Estados Regionales. ¿Te acuerdas?

—¡Sí, claro! Yo mismo lo he explicado.

—Ya lo sé. Pero insisto en el tema, porque desde el principio, según mi opinión, mantienes el mismo error de apreciación. Una pregunta: ¿En qué escenario se desarrollan los Estados Regionales?

—En el de la caída del Imperio Wari.

—Ya ves, Sebastián, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Y ahora, según tú, ¿qué estoy diciendo?

—Mira, pienso que has superado la idea de que la historia del Imperio Wari concluyó en un simple languidecimiento reemplazándola con la opinión de que fueron derrotados; dices, los wari fueron derrotados y su cultura se desvaneció, creo que esto ya lo hemos aclarado así que no profundizo más. Por otro lado, dado que no lo mencionas, supongo que descartas la idea de aquellos especialistas que, considerándolos factores principales, sostienen que el Imperio Wari sucumbió a causa de problemas económicos o que decayó por razones de una prolongada sequía...

—A pesar de que considero tu pregunta capciosa —anotó Sebastián lentamente—, debo decir que evidentemente esas son condiciones secundarias; como en algún momento dijiste, tal vez el puntillazo sin descartar que en la historia universal, y por qué no en la nuestra, los fenómenos naturales juegan en unos casos un rol principal y en otros uno secundario. Pero también se da la suma de todos esos fac-

tores y...

—Y no te vayas por la tangente, Sebastián. En el caso que estamos tratando, das vueltas sin señalar la causa principal. El detalle, Sebastián, el *de-ta-lle* —dijo Leoncio arrastrando las palabras—. Por eso digo que cuando hablamos, entre nosotros, a veces obviamos algunas cosas importantes dándolas por sobreentendidas a pesar de que, en algunos puntos específicos, tenemos puntos de vista algo disímiles. Pero en la exposición, descartadas las anécdotas, el detalle, preciso y adecuado, a pesar de nuestras diferencias, sería útil para encauzar la atención y la discusión. Y en este caso parecería una sutileza, pero el detalle trascendental es que la caída del Imperio Wari se produce, hay que repetirlo una vez más, como consecuencia de un siniestro modelo político y social basado en el sojuzgamiento cruento de otras naciones; el cual generó una oleada de prolongadas y sangrientas guerras de liberación.

—Pero no sólo eso —replicó animado y puntilloso Sebastián—, la caída del Imperio Wari también es producto del afloramiento de las ambiciones autonomistas de los curacas y el poder local. En ese contexto es donde se inicia el expansionismo autonomista de los chancas...

—El de los limas, icas, moches, mochicas, tarmas, tallanes, cajamarcas y otros más —replicó Leoncio con una sonrisa de satisfacción—. Pero ojo, pestaña y ceja, el asunto de los chancas tiene su especificación y los llamados movimientos de liberación no fueron levantamientos populares sino una lucha por el control del Estado desatada por las diferentes castas y clases enquistadas en el poder local de las colonias en su lucha contra el poder central.

—Lo que tuvo como consecuencia que los sacerdotes y las fuerzas militares que los sustentaban declarasen la, entre comillas, independencia —aportó Sebastián y continuó luego de una pequeña pausa—. Las bases económicas que permitieron esa situación se habían desarrollado lo suficiente, y por eso se apoderaron de los aparatos de control estatal con relativa facilidad...

—Si fue fácil o difícil, yo no podría decirlo aunque tiendo a pensar que no fue nada fácil, es más, fue un proceso largo y cruento.

—Está bien, me corrijo —aceptó Sebastián de buena gana y sonrió.

—Te das cuenta, carajo —dijo Leoncio dándole un empujón a Sebastián—. Hay que picarte para que sueltes la lengua y tu sapiencia. Durante la discusión, ese tipo de detalles arrojan luces para entender mejor las cosas. De ahí su importancia. En este caso, además, hay que tener en cuenta que al hablar de los Estados Regionales, estamos hablando de un período de unos 3 ó 4 siglos; o sea, de un tiempo casi

tan largo como la existencia misma del Imperio Wari. Pero aún hay una imprecisión...

—Sí, el pensar que la caída del Imperio Wari dio paso al surgimiento de los Estados Regionales...

—¡Exacto! ¿Te das cuenta del detalle? Repito, parece una sutileza; pero no es así. Son los llamados movimientos de liberación los que acabaron con el Imperio. Esto es lo importante, no los puntillazos económicos y climáticos, que de hecho también se conjugaron. Y la historia de los chancas, para mí, corre en paralelo a la de esos movimientos independentistas; no formó parte de ellos.

—Explícate, por favor —instó Sebastián rascándose la nuca.

—Espera un momentito, ya me dirijo lentamente a ello —respondió Leoncio apuntando con un dedo hacia el techo—. Bien, primero, acuérdate un poquito no sólo de la historia de los llamados pueblos bárbaros de Mesopotamia y la de los germanos orientales sino también del posterior surgimiento de los llamados Estados nacionales independientes...

—¿Y cuál es la relación?

—En general, se podrían establecer algunas similitudes en cuanto a la necesidad histórica del cambio; pero, en este caso, principalmente me gustaría destacar la diferencia que radica en...

—La base económica —indicó Sebastián rápidamente como si hubiera leído el pensamiento de Leoncio.

—¡Exactamente! Bien, entonces tenemos 2 cuestiones para comentar en la exposición. 2 cuestiones que nos pueden llevar a interesantes generalizaciones. Una primera: así como en el caso de los chancas, en los pueblos germanos también se dieron 2 grandes sectores; uno que se sometió al Imperio Romano y otro que lo combatió aunque, como ya hemos visto, cada uno de esos sectores comprendía muchas tribus. En Mesopotamia hubo casos similares. Es más, a lo largo de toda la historia universal se encuentran situaciones en las que pueblos y naciones, enteros o en parte, se sometieron voluntariamente, por las razones que fueren, al dominio de otro pueblo o nación. Se han dado casos que van desde el simple oportunismo colectivo hasta la miseria de los dirigentes que arrastraron a la masa tras su propia abdicación, conjuración, rendición, traición u otros mezquinos y protervos intereses personales y particulares. Un ejemplo, algo cercano a lo que estamos tratando, lo tenemos en la historia del Imperio Azteca: a la llegada de los invasores españoles, algunos pueblos que estaban sometidos y explotados por los aztecas, como el caso de los tlaxcaltecas, se pusieron a las órdenes de Cortés y marcharon contra Tenochtitlán, la capital del Imperio. En ese caso, mucho se escribe y perora sobre justificaciones que plantean que, por cuestiones religio-

sas o de creencias, los aztecas y otros pueblos y naciones del Imperio, creían que los españoles podrían haber sido enviados por su dios principal y por lo tanto les debían obediencia y pleitesía.

—Argumentos que siembran la confusión y el fatalismo —anotó Sebastián—; la concepción del mundo como voluntad y representación...

—Bien apuntado. Y los plumíferos del engaño añaden en sus escritos supuestos presagios y profecías interpretados de un eclipse de Sol, de la aparición de un cometa, de rayos, de cambios en el color del Sol y la Luna y de terremotos; es decir, pura huevada. Y aunque así lo hubieran creído, el asunto importante y de fondo es que el temible Moctezuma capituló; sumiso, se puso de rodillas y entregó lo que consideraba *su* trono, *su* reino y *su* imperio.

—Y no por gusto su propia gente lo llenó de insultos y, a punta de pedradas, lo mandaron a la diestra de su deidad principal.

—Sí. Y, entre nosotros, en la historia del Imperio Incaico, con la llegada de los chancheros españoles, sucedió algo similar; más aún, la cosa se agudizó en medio de la guerra civil desencadenada en la pugna por el Poder entre Atahualpa y Huáscar.

—Bueno, ni qué hacer —dijo Sebastián levantando las manos hacia el techo—, es parte de la historia. Pero también hay suficientes ejemplos de pueblos y naciones heroicos que, aunque a fin de cuentas fueron parcial o totalmente derrotados, se levantaron, lucharon y resistieron a la dominación, opresión y explotación tanto interna como externa...

—Y de la misma manera —complementó Leoncio—, están los casos de aquellos pueblos y naciones que, al luchar contra la explotación y opresión, interna y externa, triunfaron. La historia es todo un proceso de saltos, de cambios violentos, producidos por el choque de diversas fuerzas y tendencias que rompen el desarrollo gradual dando la apariencia de que se repiten etapas ya recorridas, pero la diferencia radica en que se dan sobre una base superior, más alta. Pues bien, hay algo más. La segunda cuestión, que está ligada a lo anterior, es que hemos visto y comprendido mejor que el desarrollo de la historia se da por oleadas, en espiral y no en línea recta; es un proceso donde los fenómenos sociales se concatenan dentro de un movimiento único, que es universal y está sujeto a leyes. Así, no sólo hemos visto el paso del salvajismo a la barbarie y de ésta a la civilización sino que también hemos visto el paso de la comunidad primitiva al esclavismo, de éste a la feudalidad y de ésta al capitalismo. Y aquí hay que destacar que, en la historia de la humanidad, todo el proceso de transformación de un modo de producción a otro ha sido siempre a través de guerras; de grandes guerras de dominio y grandes guerras

de liberación...

—Las grandes guerras que remecieron el Imperio Romano desde sus cimientos —anotó Sebastián con un movimiento de manos que limpiaban en el aire—, fue el proceso de liquidación del esclavismo y el desarrollo del feudalismo.

—Así es —dijo Leoncio—. Fue el paso del esclavismo al feudalismo. Y la aparición de los llamados Estados nacionales independientes se produce, en medio de guerras, en el salto del feudalismo al capitalismo...

—Pero en nuestro caso, la aparición y avance de los Estados regionales se origina dentro del proceso de desintegración de la comunidad primitiva —dijo Sebastián haciendo gestos afirmativos con la cabeza.

—Dentro del proceso de desarrollo del esclavismo, no de la *desintegración* de la comunidad primitiva. Don jodido. ¿Te das cuenta de la diferencia y particularidad?

—¡Ajá! Ya creo entender hacia dónde te encaminas.

—Y no sólo eso —continuó Leoncio—. En nuestra historia, el período de Estados Regionales también fue liquidado a través de guerras; con la expansión del llamado Reino del Cusco y el surgimiento de un nuevo Imperio, mucho más fuerte que los anteriores, el Imperio Incaico.

—Entonces, a pesar de que algunos especialistas piensan lo contrario, la aparición de los Estados Regionales no significó un período de regresión sino de desarrollo y reacomodo de fuerzas.

—En eso estamos de acuerdo, sí señor, así también puede ser visto —dijo Leoncio dando una chasquido de dedos—. Recordemos un poco. Se dice, y ya lo has expuesto en detalle, que una de las características del Imperio Wari fue el peso que puso en el desarrollo urbano y el control ejercido sobre la población rural; también has explicado que tenían como base, inicialmente, una actividad agropecuaria de subsistencia; pero no se quedaron ahí, y esto es importante porque luego desarrollaron la producción y el comercio desarrollando algo rudimentario y primigenio a lo que hoy conocemos como exportación e importación y añadieron, con fuerza, la producción artesanal en serie. Pues bien, todo esto está demostrado con creces y queda plenamente confirmado pues en todos los lugares por donde transitó la expansión Wari se encuentran restos de ciudades, de cerámica, de productos textiles, de adornos y armas que llevan el indeleble sello de los wari.

—Que a su vez —apuntó Sebastián lacónico—, llevan el sello de los tiahuanaco.

—Muchas gracias, Sebastián. Así acortas el camino que quería

transitar para llegar a ello. Pero déjame terminar esta parte. Los hallazgos arqueológicos y los análisis que los especialistas hacen de ellos, nos muestran que en las colonias del Imperio también se desarrollaron las ciudades con todos los ingredientes que ello implica: especialización de los oficios; diferenciación en las relaciones sociales establecidas por las relaciones de producción y la aparición de clases sociales con intereses diferenciados. En pocas palabras, los descubrimientos arqueológicos no sólo nos muestran la relación existente entre el centro y las colonias sino que, y esto también es importante, nos muestran que el desarrollo económico y social de las colonias había sido creado, desarrollado y fortalecido por la metrópoli misma y, en determinado momento, empuja a las clases dominantes de las colonias a levantarse contra el centro de Poder y arrastra a las masas tras los llamados movimientos de liberación. Esto ya lo hemos hablado, sólo estoy repitiendo para dar un paso hacia adelante. Muy bien, esto nos dice que más allá de buscar una independencia económica, limitada por la dependencia política, es el antagonismo de clases lo que determina y caracteriza esos movimientos...

—Lo que ocasiona, en un período prolongado, el deterioro de la metrópoli que ya no podía abastecerse del tributo de las colonias con lo que, el Imperio Wari en su conjunto, entra en un proceso de bancarrota, desintegración y descomposición; proceso que concluye con su decadencia y desaparición...

—Sebastián, hombre, si no serás más terco que una mula; el Imperio Wari fue *liquidado, a-ni-qui-la-do*, por los movimientos de liberación encabezados por las clases dominantes de las colonias. Punto. Bien. Si los imperios de la época se definen por la exitosa expansión territorial de una nación que logra imponer, por las buenas o las malas, su influencia y Poder en esos territorios dominados, e impone la dependencia con el objetivo de explotar sus recursos y convertirlos, además, en mercados para sus excedentes incluyendo las chucherías; entonces, podríamos decir que los tiahuanaco también crearon un imperio.

—Por lo que no sólo tenemos 3 sino 4 imperios en nuestra historia —anotó Sebastián.

—¡Hasta ahora! Y eso que aún no se conoce muy bien el desarrollo de la llamada civilización Caral.

—¡Qué carajo!

—Y no soy el único que lo piensa y dice, hay algunos jóvenes especialistas que ya hablan sobre ello. Por eso, según mi opinión, es completamente equivocado hablar de Culturas, Horizontes, Época, Período tal o cual, con adornitos como inicial, temprano, tardío, pre, proto, post y qué sé yo qué otras tonterías que desvirtúan la verda-

dera esencia del asunto; a saber, el largo proceso a través del cual surgen, se forman y desarrollan las clases y la lucha de clases en nuestro suelo. Por eso me opongo tercamente a que se siga propagando entre la juventud la arcaica y nefasta periodización de nuestra historia hecha por la gran mayoría de autores; periodización que lo único que muestra es que esos especialistas se quedaron anclados en las arenas movedizas de la tradición.

—Por lo que lo correcto sería hablar de las 3 épocas principales: salvajismo, barbarie y civilización —dijo Sebastián moviendo el mentón de abajo para arriba.

—Así de simple, y nada nuevo —confirmó Leoncio estirando las piernas bajo el poncho y acomodándose sobre el pellejo—. Y lo peor de todo es que no sólo no están de acuerdo en los nombres que dan a sus criaturas, que más parecen abortos, sino que ni siquiera coinciden en la división cronológica. Si se hace una encuesta seria entre los estudiantes secundarios y universitarios, se verá, con toda claridad, la influencia nefasta de los autores tradicionales; veremos que la gran mayoría sólo conoce un imperio, el Imperio Incaico y en el mejor de los casos ha oído hablar del Imperio Wari. Pero eso no es lo malo, porque si cambias el sistema de educación entonces podrías cambiar la profundidad y veracidad del conocimiento del estudiante. La vaina está en los autores, en los especialistas; en algunos de los más renombrados arqueólogos, antropólogos, historiadores, filósofos y otros estudiosos de temas históricos y sociales. De los que yo conozco por lecturas, la gran mayoría habla con interés de un solo imperio, del Imperio Incaico. Otros pocos, hablan del Imperio Wari; y de ellos, uno, a quien yo respetaba mucho hasta que cambió su posición materialista dialéctica por no sé qué chuchería, ya analizó, a profundidad y con maestría, el Imperio Wari. Pero, en los últimos años he descubierto y estudiado a un, para mí, gran investigador científico y analista probo que, aunque no sé si será consciente de su dialéctica, estudia a fondo, entre otras cosas, los 4 Imperios que estamos tratando; sus escritos, en los que encuentro ciertas divergencias pero más puntos de coincidencia, me han proporcionado la suficiente fuerza para persistir y profundizar en mis antiguas hipótesis.

—No recuerdo muy bien dónde ni cuándo lo he leído —apuró Sebastián para no dejar pasar lo que él creía el momento adecuado—, pero sí recuerdo su contenido. Alguien escribió, más o menos, lo siguiente: El milageo ignorante conduce al oscurantismo y a la barbarie; la ciencia, el saber, es el único antídoto contra la superstición y el engaño.

—¡Buena, Sebastián! Una frase que muy bien se podría usar en asuntos de filosofía pero también cuadra en esta conversación puesto

que no sólo en los iletrados sino también en no pocos considerados científicos sociales, y de los otros, se nota la propensión casi congénita a la superchería.

Leoncio se levantó y se detuvo bajo el umbral, la fuerte lluvia se había convertido en garúa de otoño, los ya escasos relámpagos, truenos y rayos se habían alejado y tan sólo un vago eco les llegaba a través de la garganta de la quebrada. Sebastián lo siguió. Acostumbrados a ver en la oscuridad, salieron a orinar.

Luego de dar una pequeña caminata y escupir la agotada bola de hojas de coca, regresaron a la choza. Se sacudieron las pequeñas gotas de agua que se habían agolpado sobre sus descubiertas cabezas y el poncho. Se sentaron y acomodaron para comer otro poco.

Tras repartirse nuevas hojas de coca y mientras se las introducían con paciencia una detrás de otra en la boca, Leoncio continuó.

—Mira, Sebastián. Hace unos días te dije que habías pasado por alto lo de Caral, ¿recuerdas?

—Sí, claro; y lentamente noto las deficiencias de mi exposición. ¿Por qué no la haces tú? Sería mejor, ¿no?

—¡Ni hablar! Y no le saques el cuerpo a la responsabilidad que ése es tu tema y yo tengo el mío. Así que no molestes y sigamos.

—Bueno, fue un intento —dijo Sebastián sonriendo.

—¡Intento abortado! —Leoncio correspondió la intuida sonrisa con un empujón de hombro, luego prosiguió—. Caral. Una civilización andina de antigua data, la ubican a más de 3,000 años antes de nuestra era. Julio C. Tello y sus seguidores no habrían podido, jamás de los jamases, ni siquiera soñar con un descubrimiento nada parecido. Tello, y muchos de sus discípulos, toma a Chavín como punto de partida para analizar la llamada civilización andina; dijo que Chavín fue la cultura matriz del Perú, que todas las culturas andinas se habían derivado de ella y en base a esa especulación elaboró su llamado autoctonismo donde lo principal es el carácter determinista del medio ambiente. No es sino muchos años después que se descubre que antes de los chavín ya existían otros pueblos y naciones; claro está que nadie habla de pueblos y naciones como lo estamos haciendo nosotros, simplemente hablan de *culturas*, una estúpida concepción sobre la que ya no quiero discutir. Pero bien, ¿qué tan antiguo es Chavín?

—Si tomamos la información dada por los especialistas, entonces se podría, más o menos, decir que los chavín circulan entre los años 800 y 300 antes de nuestra era...

—Yo soy proclive a pensar que los chavín tuvieron una existencia, como tales, de más de 1,000 años; pero como fuere, ubiquemos su formación como nación, antes de expandirse, más o menos en los años 1000 antes de nuestra era. Los wari, dentro de la misma

perspectiva, circulan, como tú dices, durante más de 4 siglos, casi 5 ó quizás más, a partir de los años 500 ó 600 de nuestra era. Los tiahuanaco empiezan a circular desde mucho antes que los wari y los chavín; los especialistas ubican la fundación de su territorio, lo que para mí debería ser considerado, más que la simple fundación de un territorio, la constitución de un pueblo como nación con intereses comunes, más o menos, en el año 1500 antes de nuestra era y su influencia va, también más o menos, hasta poco antes del año 1000, de nuestra era, lo señalo así para evitar confusiones de las eras antes y después. Lo que salta a primera vista es que no eran naciones que tenían vidas paralelas y que cada una andaba encasillada al margen de las otras naciones y siguiendo un desarrollo lineal, no, nada de eso; hay una mutua interrelación basada en un origen común. Las 3 naciones desarrollan ciudades, grandes ciudades; producen y comercian; las clases surgen, se diferencian y se desarrollan; los sacerdotes eran la cabeza, es decir, la dirección espiritual, económica, política y militar; son expansionistas y anexionistas; someten y sojuzgan. Estas naciones, que inicialmente surgieron de la amalgama de muchas tribus, de un sinnúmero de pueblos que se habían unido en base a intereses comunes, intereses que defendían y por los cuales luchaban, llegan a formar grandes imperios y pasan a imponer sus usos y costumbres, por las buenas o las malas, a otros pueblos y naciones...

—Y esos otros pueblos también tenían su propio desarrollo dentro de la interacción, la acción recíproca y la interrelación entre hombres, grupos sociales, clases sociales, entre sociedades, naciones y Estados...

—Claro, eran un montón y, aunque aquí no los toquemos a fondo, evidentemente tienen su lugar en la historia. Estos pueblos y naciones fueron invadidos, sometidos, explotados, avasallados y esclavizados por los diferentes imperios. El territorio que el Imperio Chavín había arrebatado a los pueblos y naciones que originalmente ocupaban y poseían, fue asaltado, tomado y ampliado por el Wari; el Imperio Tiahuanaco, saliendo del Altiplano hacia el Norte, se enmaraña con el Wari en el Cusco, Apurímac, Ayacucho y tal vez llegaron incluso a la zona alta de Huancavelica; y en su expansión hacia el sur ya había ocupado el Norte de lo que hoy se conoce como Chile y Argentina pasando por Bolivia. Y todo está a vista de todos, carajo; ahí está la cerámica y la textilería que nos han dejado. Desarróllese una lectura correcta de los restos arqueológicos y se encontrará una mayor aproximación a la verdad...

—Y el Imperio Incaico se impone sobre el territorio de los pueblos y naciones antes ocupados por los chavín, los wari y los tiahuanaco...

—Y va más allá aún, alarga y ensancha su dominio. Tenemos un

punto esencial que no hay que olvidar; los que llegan a ser conocidos como incas no caen del cielo, se sabe que es un pueblo que emigra de territorio Tiahuanaco ubicado a orillas del Lago Titicaca, de la parte que hoy es de Bolivia, alrededor del año 1100 y fundan la Ciudad del Cusco, según se dice, casi 100 años después. Pues bien. Caral. ¿Qué significa Caral dentro de todo esto?

—Son los restos arqueológicos de una gran ciudad de más de 5,000 años de antigüedad que se dio la mano, hablando históricamente de tiempo, con las civilizaciones en Mesopotamia, Egipto, China e India.

—Cierto, fue una gran ciudad. Pero, ¿qué significa ello? Hay individuos que todo lo miran con ojos de santurrón, con mente de cucufato, cualquier cosa que ven se convierte automáticamente en centro ceremonial religioso, en templo; ante sus legañosos ojos se materializa, por obra divina, el idealismo y el oscurantismo clerical; se hace corpórea la supremacía de la divinidad sobre la mente humana, se plasma su enajenación y su propia tendencia al misticismo. Caral es una gran ciudad con un centro o con centros dedicados al culto acorde con los usos y costumbres de la etapa alcanzada en su desarrollo económico y social, cierto. Mas lo importante es centrarse en señalar que es una gran ciudad y en cuyo interior había un centro o, si se prefiere, un edificio, destinado para las celebraciones de culto. Pero, ante todo, reitero, fue una gran ciudad. ¿Y qué significa este pequeño detalle?

—Ya lo hemos visto, significa un salto dentro del largo proceso evolutivo; el paso del nomadismo al sedentarismo, la aparición y desarrollo de la familia monogámica, la división del trabajo, las clases, la apropiación del excedente producido y la propiedad sobre la tierra entre otras cosas que venimos reiterando a cada rato.

—Cierto, Sebastián. Ni más ni menos; y, en especial, la aparición de lo que hace un momentito acabas de mencionar: el Estado. Y todo esto habrá que repetirlo 1,000 veces más hasta que sea entendido y acogido con cariño en la mente y los corazones de nuestra juventud para que siga su propio camino y no se deje engañar por un par de malabaristas verbales y adivinadores de la suerte; hasta que le cojan un profundo cariño a este peculiar rincón del mundo que nos acoge y cobija; a esta abusada, violada, devastada, asolada y destartalada morada; a esta sociedad que hay que remozar y reconstruir desde sus cimientos para poder vivir y obrar con dignidad.

—Se requiere —dijo Sebastián lentamente— de un mayor deslinde en las ciencias histórico-sociales.

—Así es —dijo Leoncio con gesto afirmativo—, se requiere de una mayor concientización del mundillo académico para que cambie

su tendencia al pensamiento rectilíneo y unilateral, por un lado, y por otro, ofrecer a nuestra juventud los métodos y las herramientas adecuadas que le permitan desarrollar una mayor capacidad de abstracción y de discernimiento en beneficio de una creciente claridad de conciencia de clase. Bien. Antes se decía que los orígenes de la civilización andina estaban en Chavín; hoy, sin mayor trámite ni explicación, se dice que está en Caral; antes se decía que el Estado, en nuestro territorio, no tenía más de 15 siglos; y en Caral, ¿qué había? ¿Un club de agricultores?, ¿una cofradía de artesanos?, ¿una peña de curacas y sacerdotisas desvirgadas? ¿Qué había? ¿Eh? ¿Qué había?

—¿Me estás preguntando a mí o estás hablando contigo mismo, compadre?

—Estoy hablando con la sombra, carajo —respondió Leoncio sin poder ocultar la angustia que le producía su polémica interna—. Lo que había en Caral no era una ciudad sagrada, era una gran ciudad, una ciudad administrativa que muestra un alto grado de desarrollo tecnológico y organización social, un Estado, y bien avanzado. Hay quienes dicen que, para sustentar sus suposiciones sobre Caral como centro de culto, no se han encontrado murallas externas de protección de la ciudad ni armas. La misma vaina dijeron cuando aún no habían encontrado restos de artesanía; sin embargo, actualmente ya se cuenta con un amplio registro arqueológico y no sólo restos de cerámica sino evidencias palpables de que ya usaban el telar para la producción textil con lo que se demuestra que no sólo habían alcanzado una amplia domesticación de plantas sino de animales; el algodón y la lana están presente en la fabricación de vestido, calzado, fibras, cordeles, sogas, bolsas, cestos y una infinidad más de artículos para el uso personal y el comercio. Pues bien, analizando Caral y las construcciones descubiertas en los alrededores, se puede decir que Caral era una gran ciudad rodeada por ciudades pequeñas y aldeas. Si mal no recuerdo, Chupacigarro, Allpacoto, Miraya, Lurihuasi, Vichama y Aspero son nombres contemporáneos a Caral que está en la parte inicial del valle medio del Río Supe, en la provincia de Barranca, al norte de Lima. Según mis notas, hasta el momento, se han identificado 19 asentamientos que están distribuidos a lo largo de 40 kilómetros en diferentes zonas del valle bajo llegando a orillas del mar; por ejemplo, Aspero y Vichama eran ciudades netamente pesqueras. Además, por la cerámica, la textilería y otros utensilios encontrados, se puede colegir, sin lugar a dudas, la existencia de un comercio intenso incluso con lugares mucho más alejados. ¿Y sabes qué han encontrado?

—Espero impaciente a que me lo digas —respondió Sebastián mirándolo entre la oscuridad.

—Se han encontrado quipus y la famosa concha spondylus...

—Eso quiere decir...

—Eso quiere decir que llevaban una minuciosa contabilidad y había comercio con la zona que hoy se conoce con el nombre de Ecuador y con ello se modifica todo lo que los especialistas han dado a conocer acerca de nuestra historia...

—Pero no la esencia —dijo Sebastián rápidamente y con convencimiento.

—Así es, en el fondo no modifica la esencia de nuestro proceso de desarrollo, alarga el tiempo retrospectivo en el que acontece. Ojo, estoy diciendo que no cambia *la esencia* en nuestro proceso de desarrollo. Todo lo que te he explicado sobre la spondylus, los sacerdotes, Chavín y los sechín sigue vigente. El asunto es que, aparte de algunas especulaciones ligadas a temas religiosos, aún no se conoce a fondo algunos de los detalles de la organización social de Caral. Pero, para mí, por ejemplo, los caral y los sechín estaban históricamente ligados. Ya veremos, ese asunto se lo dejamos a los especialistas. Lo que a mí más me importa es entender y tomar conciencia de lo siguiente: para que Caral, hace 5,000 años, haya alcanzado ese alto nivel de desarrollo urbano, 3,500 años antes que Wari, necesariamente ya habían transcurrido unos cuantos miles de años de historia en el tránsito de la barbarie a la civilización; lo que quiere decir, como tú bien acabas de señalar, tal vez involuntariamente, que la aparición de las clases y del Estado en nuestro suelo es de larga data; lo que, junto a otras cosas, nos debe llevar a corregir el error que se viene repitiendo con la lectura de los *7 Ensayos*; el pensar que en el Imperio Incaico se desarrolló un orden agrario basado en el ayllu, que era un orden comunitario agrario y en éste recién se empezaba a desarrollar una forma esclavista. Aquello de que *recién se empezaba a desarrollar una forma esclavista* es completamente erróneo y lo del ayllu, o lo que en la actualidad se conoce como comunidad campesina, fue, es y seguirá siendo un arma de doble filo.

Sebastián le tocó el hombro a Leoncio y luego, en medio de la oscuridad, le hizo con ambas manos una señal para que esperara, cosa que Leoncio percibió a duras penas, y salió a dar una vuelta.

—Esto se pone interesante —dijo Sebastián cuando regresó después de un largo rato—. Por favor sigue.

—Pero te estarás preguntando qué diablos tiene que ver todo esto con los chancas...

—Sí, me he hecho esa y otras muchas preguntas todo el rato que he estado afuera pelándome de frío. Pero no importa. Ya no sé qué carajo hemos estado discutiendo todos estos años para que ahora me salgas con esas cosas. Poco a poco voy entendiendo tus preguntas

rebuscadas y cachondeos de los últimos años. ¿Te das cuenta de lo que estás haciendo? Bien guardado que te lo tenías, compadre. ¡Qué falta de confianza! Pero a la mierda, no importa. Así que sigue disparando a mansalva, que te escucho.

—Mi querido Sebastián, no es falta de confianza. Hay un proceso, un proceso de maduración por el cual yo mismo debía pasar. Y aquí estamos, el momento de un balance general ha llegado; delante de nosotros tenemos una gran tarea y debemos afrontarla...

—Claro, y soy yo quien tiene que exponer *tus* ideas, ¿no?

—Tú puedes y debes decir únicamente lo que consideres correcto y necesario, aquello de lo que estés estrictamente convencido y nada más. No estamos para andar perorando apoyados en esa estúpida muletilla que prometía obrar con absoluta convicción y la más alta y estricta sujeción plena, cabal e incondicional a nada ni nadie, esa huevada ya ha causado mucho daño. Aquí cada uno, con la misma música y dentro del todo, baila con *su* pañuelo, y eso es lo que debemos aprender; ésa es la responsabilidad que debemos asumir: expresar y defender nuestras propias ideas hasta que la práctica las verifique o corrija. Sólo así lograremos la unidad, una unidad en medio de la lucha de ideas.

—Sigue, por favor —insistió Sebastián algo disgustado.

—Algunos estudiosos llaman bárbaros a los chancas...

—¿No puedes ir directamente al asunto del esclavismo y el ayllu, don Jodido?

—No, Sebastián. No puedo, de lo contrario no me vas a entender.

—¡Putra madre, carajo!

—Si quieres lo dejamos para más tarde, para mañana u otro día.

—No me jodas, hombre —dijo Sebastián levantando un poco la voz.

—Si no te calmas, no podrás pensar y tampoco vas a entender; te la vas a pasar rumiando tu cólera...

—¡Disculpa, hermano!

Sebastián corrió el cierre del bolsillo de su casaca, sacó la bolsita con hojas de coca y se la ofreció a Leoncio; éste la tomó en sus manos, sacó un puñado y se la devolvió. Leoncio se colocaba las hojas de coca, una detrás de la otra, sobre la lengua; de ahí las pasaba hacia los molares, las masticaba lentamente y dejaba pasar el tiempo. Esperaba a que Sebastián se calmara prestando atención a su respiración; estaba oscuro y a duras penas podía ver su hosco perfil en la osquedad de la estancia. Tras largos y tensos minutos, el ritmo respiratorio de Sebastián se había relajado, recuperó el sosiego.

—Algunos estudiosos llaman bárbaros a los chancas por el único motivo de que, a diferencia de los wari y sus ciudades, éstos vivían en

las partes altas de la serranía; en aldeas formadas por casas circulares construidas con piedras; aldeas con casas dispersas y desordenadas donde no se podían encontrar las calles, la canalización y el orden wari. Esas casas, posiblemente, eran muy parecidas a las que vemos en la zona de pastoreo en la frontera entre Sarhua y Huarcaya, esas cabañas que los de Huarcaya destrozan de vez en cuando.

—Y eso los convertía en bárbaros, ¿ya?

—Al decir de los especialistas, sí, la falta de desarrollo urbano, o su gran atraso, y la artesanía, que al parecer producían sólo para el uso interno. Lo que nos quieren decir es que los chancas vivían en aldeas y no en ciudades desarrolladas; que no habían desarrollado el comercio, o era muy limitado; y que estaban fuera de la dominación wari; que eran bárbaros asentados en la periferia de la civilización. Pero no hay que olvidar que, originalmente, el vocablo *bárbaro* no era, como hoy se usa, sinónimo de *salvaje* o bruto sino que, para los griegos y en especial para los romanos, significaba *extranjero*, es decir: pueblos y cosas ajenas a su cultura.

—Por eso dijiste que no entran en el cuadro expansionista de las colonias wari, ¿verdad?

—¡Sí! Por eso.

—Pero los chancas ocupan tierras wari y a partir de ahí se expanden; incluso se disputan territorio con los del Cusco...

—Así es, y todo lo que al inicio has explicado es correcto; pero sucede en una fase superior. Al parecer, y ésa sólo es mi opinión particular, los wari no tuvieron contacto ni vínculos directos con los chancas y si los conocieron, los dejaron hacer; lo cual se puede verificar pues la artesanía de ambos se diferencia y se dice que los chancas no producían nada parecido a lo mercadeado por los wari. Nada raro en la historia universal; se ve en la de Mesopotamia y en la de las tribus germánicas, entre otras. Lo cual verifica, como ley universal, la coexistencia de diferentes modos de producción; en este caso, en un mismo territorio se da la coexistencia de las formas de producción de la comunidad gentilicia con las esclavistas. Por eso, cuando analizamos nuestra historia para encontrar las leyes generales que la rigen, hay que estudiar a fondo el modo de producción que tal o cual sociedad aplicó en cada uno de los períodos históricos; hay que estudiar a fondo la economía que desarrollaron y ello nos llevará a descubrir las leyes de la producción, las leyes del desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción...

—Momento, si en los tiempos finales del Imperio Wari ya existían los chancas, como comunidad que desarrollaba formas de producción gentilicia, entonces, eso quiere decir que estaban bien establecidos y ocupaban y compartían ese territorio desde mucho antes.

—Ciertamente. Por ello, básicamente, insisto en 2 cosas, una: definir bien qué es nación y otra: en la necesidad de entender la coexistencia, voluntaria o no, de diferentes modos de producción; y por lo mismo insisto en señalar que la periodización que se da a nuestra historia es una tontería; podrán decir que para su tiempo, según lo alcanzado por las investigaciones científicas, era válida, pero yo no comparto esa idea porque ya desde el inicio es una periodización absolutamente ajena y contraria al análisis de la base económica, se basan en cualquier chuchería menos en las leyes del desarrollo económico de la sociedad y cuando lo hacen, salvo honorables excepciones, le imprimen un absurdo sesgo religioso. Bien. Los chancas eran agricultores, tenían artesanía y tejido y desarrollaban una economía de sobrevivencia y autosostenimiento; ocupaban ese territorio mucho antes de la liquidación del Imperio Wari, no sabría decir exactamente desde cuándo, pero no fue sino hasta 1200, más o menos, que alcanzaron su apogeo. Si nos basamos en el análisis del desarrollo de los nazca, paracas, tiahuanaco y wari, se podría admitir que habrían necesitado 400 ó 500 años de desarrollo económico y social para iniciar un proceso de expansión que a su vez duró más de 200 años. Es cierto que me falta estudiar más al respecto...

—Ahora que recuerdo —dijo Sebastián dando una sonora palmas—, hay quien dice que la nación chanca fue la etnia que formó y hegemonizó el Imperio Wari...

—Sí, lo sé —replicó—, y quien lo dice es un analista serio y honrado; desarrolla su argumento a profundidad pero yo no comparto esa idea por la simple razón de que el desarrollo político y económico desigual de waris y chancas, registrado en los hallazgos arqueológicos, desdicen esa teoría. Pero déjame hacer un paréntesis para aclarar una idea. Nosotros, al no ser especialistas, estamos en desventaja en cuanto a la práctica directamente ejercida por las diferentes ramas de la ciencia que se ocupan del estudio del hombre y la sociedad; pero, a pesar de ello, tenemos la base teórica necesaria para poder manejar y analizar la información que los estudiosos y especialistas nos proporcionan. Nuestra ventaja radica en que estamos al margen de las limitaciones impuestas por el subjetivismo y la unilateralidad de la mayoría de esos analistas, salvo, reitero, algunas honrosas excepciones. Pero eso no quiere decir que no cometamos errores, nada de eso; seguro que cometemos y cometeremos pequeños y grandes errores, pero para eso está la polémica y sobre todo la práctica: para encontrarlos y corregirlos.

—No se trata de las buenas intenciones ni del apasionamiento de los autores —dijo Sebastián—, se trata de la labor de esclarecimiento, de sus medios, fines y objetivos.

—Así es, se necesita un análisis materialista dialéctico de la historia para poder desenmarañar todo su alcance y prever en lo posible el futuro; los especialistas nos ayudan con creces en este intento. Pero bien, de regreso a lo nuestro. Con la información que se tiene sobre los chancas, no es nada difícil llegar a la conclusión de que, una vez superada la etapa gentilicia, desarrollaron la agricultura a un nivel superior, desarrollaron la ganadería, el intercambio, el comercio, la guerra, el control y dominio de nuevos territorios y sus poblaciones. Practicaron el esclavismo con los prisioneros de guerra; intensificaron el uso del llamado *trabajo colectivo* aprovechándose de la fuerza de trabajo de las poblaciones sometidas por la fuerza; utilizaron el desplazamiento de las poblaciones dominadas para crear nuevos asentamientos y otras muchas cosas que formaban parte, ya largamente establecida, de la *tradición* en nuestro peculiar proceso de desarrollo social hasta que el entusiasmo expansionista chanca fue parado en seco por la nación que venía desarrollándose en el Cusco.

—Fueron varias décadas de enfrentamiento con las tribus y pueblos del Cusco —dijo Sebastián algo entusiasmado por el giro de la conversación—. Según algunas fuentes fue hacia el año 1438 cuando los chancas fueron derrotados en el cerco militar que hicieron al Cusco. Se dice que más de 40,000 guerreros chancas rodearon la ciudad y la atacaron durante un largo período; los sitiados les ofrecieron un acuerdo de paz mientras buscaban aliados y reunían nuevas fuerzas para pasar de la defensa al ataque. La oferta fue rechazada y pasó lo que ya conocemos: la victoria encabezada por Pachacútec y la muerte, en una sola campaña, de 20,000 sitiadores y 8,000 sitiados...

—Con lo que se inicia la expansión de los que después llegarían a ser conocidos como incas —acotó Leoncio.

—Qué carajo, ahora me doy mayor cuenta de tu interés en esclarecer algunas cosas, Leoncio. Algunos especialistas pintan nuestra propia historia como si estuviera jalonada por actos heroicos, donde la espontánea armonía y solidaridad social habían anidado immaculadas, pero obvian las cosas de fondo. Por ejemplo, para que los chancas hayan llegado a cercar el Cusco no solamente habían pasado varios siglos sino que ellos mismos habían desarrollado las estructuras económicas, sociales y políticas que les sirvieron de base para desatar el expansionismo que les permitiera dominar, explotar y sojuzgar a otros pueblos.

—Así de simple, Sebastián. Y no sólo pintan nuestra historia en una forma muy simple y bonita sino que la falsean completamente.

—Y el desarrollo de los Estados Regionales tiene un ingrediente especial, ¿cierto?

—No sólo —dijo Leoncio haciendo una pausa para acomodarse

bajo el poncho—. No sólo el desarrollo de los Estados Regionales; recuerda, además, las regiones con un fuerte desarrollo independiente luego de la caída del Imperio Chavín.

—Tras la caída del Imperio Chavín —se explayó Sebastián—, hay un fuerte desarrollo independiente de determinadas regiones, ahí se habla de los mochicas y nazcas, entre otros. Y después de la caída del Imperio Wari se desarrollan los llamados Estados Regionales. Y en ambos momentos históricos tratan de levantar cabeza casi los mismos pueblos y naciones...

—¡Cierto! Por ejemplo, el moche y mochica que unidos formaron la nación chimú; pero también los lupakas, collas, cuscos, chancas, huancas, nazcas, chinchas, icas, limas, cajamarcas y chachapoyas, sólo para citar algunos de los principales en un territorio que va desde el Lago Titicaca hasta el norte del Perú actual. Y para moverle el gusanillo serafín de los místicos, no hay que olvidar que la liquidación del Imperio Chavín coincide con un período de intensas lluvias y la liquidación del Imperio Wari con una sequía pavorosa; una intervención de los fenómenos naturales que si bien no determina la caída de esos Imperios, sí juega un papel, directo o indirecto, en la creencia y confianza de la gente. Pero sobre esto, en otro momento. Sólo mencionaré, como adelanto, por ejemplo, que, en la etapa de desarrollo independiente de determinadas regiones, las ciudades contaban con un gran centro de culto al que acudían pobladores de diferentes lugares. Bien, recuerda ese detalle. En esas ciudades, como ya hemos visto, entre otras, había una casta sacerdotal que ejercía el control y la sujeción del pueblo a través de los ritos ceremoniales, la apropiación del excedente y, para dársela de buena gente, la distribución de una pequeña parte de los mismos. ¿Recuerdas?

—Sí, claro. Eso ya lo sé —respondió Sebastián conciso.

—Bien. Se tiene conocimiento de que, entre los años 560 y 530 antes de nuestra era, se desató una demoledora sequía como consecuencia de un desplazamiento de la Corriente del Niño que secó los cielos, que arrugó y cuarteó los suelos. Los sacerdotes, evidentemente, no pudieron hacer nada para conjurar las fatales consecuencias de un fenómeno natural; las danzas, los rezos, las ofrendas, los sacrificios, los pedidos de clemencia, ni siquiera las amenazas iracundas evitaron su desprestigio. La granujada sacerdotal vio con espanto cómo sus augurios, profecías, predicciones, o lo que fuere, se venía abajo y con ello su poder. Y esto, naturalmente, repercutió en las masas; simple y llanamente perdieron la confianza y devoción que habían depositado en esos parásitos y hechiceros. Así que no sólo se desintegraron civilizaciones como la Lima y Nazca por falta de tierra, agua y alimento sino que la mismísima fe fue puesta a prueba y, de

seguro, abandonada por muchos. Pero lo dicho, más adelante me detendré sobre este pequeño detalle.

—¿Y sobre el esclavismo y el ayllu? —preguntó Sebastián aprovechándose del relajo en la conversación.

—Paciencia, compadre. Todo a su turno —respondió Leoncio con una sonrisa que pasó desapercibida—. Recapitulemos. Alrededor del año 1100 emigran, de territorio Tiahuanaco, un buen grupo de hombres y mujeres y no sólo un par de hermanos y hermanas como dice la fábula; con idas, venidas, vueltas y revueltas, hacen un recorrido de unos 500 kilómetros y fundan la Ciudad del Cusco, según se dice, casi 100 años después de la partida. Más del doble del tiempo que se registra en esa otra leyenda donde Moisés se demora 40 años para llegar a las cercanías de la Tierra Prometida. En estas leyendas tenemos 2 actores principales: uno, Manco Cápac, acompañado por sus hermanos y hermanas, con un bastón de oro que le serviría para encontrar el lugar ideal para la fundación del Imperio; y otro, Moisés, acompañado por su hermano Aarón y otros familiares, con un cayado que, con la ayuda del buenazo de Yahvé, se convirtió en serpiente delante del Faraón; convirtió las aguas de los canales, ríos, lagunas y depósitos de agua en sangre para atarantar al Faraón; hizo soplar el solano sobre las tierras de Egipto todo el día y la noche previos a la llegada de las langostas; parió truenos, rayos y una espectacular granizada que machacó todo lo que estaba al descubierto sobre suelo egipcio; dividió las aguas del mar para que los israelitas entren en medio del mar y lo atravesen sin mojarse y no sé qué otras majaderías. Bien, pero lo que más nos interesa ver es la leyenda incaica, o la casi bíblica adaptación española de la leyenda sobre Manco Cápac, Mama Ocllo y el bastón o vara de oro que voló por los aires y se clavó en algún lugar de lo que hoy es el Cusco, la Tierra Prometida a los futuros incas. Bien. Esta leyenda revela que el pueblo que llegó a la zona del Cusco tenía una procedencia étnica de raíces tiahuanaco con mixtura wari, hay que saber leer los indicios o esperar nuevos descubrimientos que verifiquen lo dicho.

—En eso no hay nada que esperar —interrumpió Sebastián con suavidad—, es sabido, o debe ser sabido que, en la postrimería del Imperio Tiahuanaco, los territorios de la actual Bolivia fueron duramente atacados por una nación procedente del norte de lo que actualmente son Argentina y Chile, los aimaras. Se dice que en esas circunstancias un tal Apu Tambo inició el éxodo y cuando cruzaba el Lago Titicaca se quedó un buen tiempo habitando con su clan una de sus islas; y es ahí donde nace su hijo y sucesor Manco Cápac, por eso la leyenda dice que éste surge, con ropa y todo, de las espumas del Lago Titicaca con la misión de fundar la capital del futuro imperio en

un lugar fértil...

—Y a Moisés lo recogieron de un río, sí claro. Muy irreales los comentarios que el gran cronista e inca nos cuenta. El asunto es que hay datos que llevan a inferir que aquel grupo humano que partió de suelo Tiahuanaco, no era un grupo migrante fugitivo, en éxodo, sino una avanzadilla de conquistadores que, tras derrotar militarmente a otros pueblos de la región, se establece y funda, 100 años después de su partida, una ciudad dividida, como todo en la tradición andina, en los Hanan y los Hurin, los de arriba y los de abajo.

—Es difícil de creer que 10 familias, como relata la leyenda, hayan salido del Altiplano y llegado al Cusco sin más ni más, como quien hace un paseo campestre.

—Aunque con lo de *familias* se refieren a ayllus o comunidades completas, evidentemente se trataba de un grupo invasor pertrechado con todo lo necesario para acometer su objetivo: prolongar la agnía del Imperio Tiahuanaco; sobrevivir a su decadencia y descomposición y crear un nuevo Estado. Hay que tener en cuenta que aquellos tiempos eran muy difíciles. El territorio andino era un escenario de tremenda convulsión y reorganización social, era un territorio donde se desarrollaba la liquidación del Imperio Wari y el surgimiento de los Estados Regionales en medio de duros combates donde participaban experimentados y aguerridos ejércitos que se despedazaban, por miles, con armas, tácticas y estrategias similares. Así que los futuros incas tenían, necesariamente, que enfrentarse a rivales nada despreciables; y ellos tampoco eran novatos, venían de un imperio con larguísima experiencia en lo económico, social, político y militar. Y a pesar de todo habrían de transcurrir más de 200 años para que se consoliden en el Cusco e inician su expansión; la fecha está señalada por los estudiosos en el año 1438, fecha que marca la derrota de los chancas. Así, los del Cusco pasan a la ofensiva y, cosa curiosa, en un santiamén construyeron un Imperio gigantesco.

—Según los entendidos —se apresuró a decir Sebastián—, en unos 25 años Pachacútec llega a someter a los pueblos y naciones que habitaban desde el Lago Titicaca hasta las cercanías de Chavín de Huantar; y que Túpac Inca amplió esos dominios, por Costa y Sierra, hasta más allá del actual Quito entre 1463 y 1471; y de 1471 a 1493 conquistó, sometió y dominó a los pueblos y naciones que encontró en su recorrido hasta el extremo sur del actual Chile pasando por las actuales Argentina y Bolivia. Huayna Cápac habría ampliado los dominios del Norte entre 1493 y 1525.

—Muy bien. Si nos imaginamos un mapa y vemos lo que acabas de describir, veríamos un extensísimo territorio que fue conquistado en poco más de 50 años; territorio que fue consolidado y ligeramente

ampliado por el Norte en los siguientes 32 años. A la entrada en escena de los patibularios españoles en la llamada conquista del Perú, en el período 1527-1532, el Imperio Incaico, insisto, desarrollado vertiginosamente en unas cuantas decenas de años, ya era un Estado esclavista, altamente desarrollado, dividido y en pugna con un nuevo modo de producción, el feudal.

—¿Cómo?

—Tal y como lo oyes.

—Eso no te lo va a creer nadie, compadre.

—¡Ni lo pienses! Hay varios estudiosos que analizan con detenimiento y perspicacia las huellas dejadas por la historia y poco a poco van descubriendo el camino correcto, no estoy inventando nada, soy yo quien se apoya en las evidencias y en los puntos de coincidencia con ellos.

—De todas maneras —retrucó Sebastián—, las novedades no se aceptan así como así; la tradición, la miopía y el oscurantismo clerical y filosófico frenan el entendimiento de la mayoría del común de la gente.

—Puede ser —respondió Leoncio ligeramente irritado por lo evidente—, pues algunos están acostumbrados a eso de *ver para creer*; pero no basta con ver ni saber leer, hay que saber interpretar. Por lo demás no estamos hablando de literatura ni ciencia ficción sino de historia y mientras no se encuentre algo que lleve la firma de un señor sabio en arqueología, antropología, historia, lingüística o filosofía, cualquier cosa que digamos sólo será ficción parabólica; historieta de un deicidio arqueológico arrojado con un trasnochado realismo mágico-mítico; es decir, hueco, vacío, fatuo, vano, nada en la nada, lluvia de cielo despejado, una primavera costera con chubasco, heladas y nieve.

Se hizo un penetrante silencio mientras Sebastián reflexionaba sobre sus propias ideas, dudas y temores. Leoncio había cerrado los ojos en espera del contraataque y trataba de hilvanar sus ideas para presentarlas sin exabruptos, con medida.

—¿Y? ¿A quién le importa lo que digan las mentes y voces corrosivas? —concluyó Sebastián haciendo un gesto despectivo con las manos.

—Ciertamente a nadie, carajo —respondió Leoncio sorprendido por la no esperada resolución de Sebastián.

—Vamos a meternos en un lío, compadre.

—¿Vamos? —preguntó Leoncio ya calmado pero sin salir de su asombro.

—¡Sí, vamos! Te confesaré, hermano, que hace tiempo me estaban rondando algunas ideas por la cabeza; sospechaba que había

algo no muy claro en la huevada esa de los incas. Pero nunca me atreví a decir nada, incluso dejé hasta de pensar en el asunto. Sentía que era algo así como levantar la mano contra los clásicos, contra los pilares del pensamiento y conocimiento humanos...

—Nada nuevo ni exclusivo, mi querido Sebastián —dijo Leoncio frotándose las manos para alejar el frío—. No somos ni seremos los únicos que tengan que atravesar las ascuas de la incertidumbre. Adormecidos por el cascabel de *la sujeción plena e incondicional*, se perdió la emoción y el interés por el estudio, la investigación, el análisis y el aporte sereno, honesto y veraz. Se recibía todo resumido y se lo aceptaba sin dudas ni murmuraciones; pero, aunque aún impera la sombra, esos tiempos ya han caducado y pasado...

—Nos ganaremos más enemigos que amigos, pero qué le vamos hacer...

—Persistir. Nada más y nada menos que persistir. No tenemos otra opción que no sea la de seguir investigando a la luz de los nuevos descubrimientos, de los avances de las ciencias y el conocimiento; y tendremos que verificar, en la práctica social, la validez o no de las conclusiones a que arribemos. La polémica y el esclarecimiento nos ayudarán a remontar las discrepancias dentro y fuera de nuestras filas así como a desechar aquellos planteamientos que, aunque provengan de ilustres pensadores, quedaron anclados a la vera de la historia por caducos e inexactos.

—Nos vamos a meter en un lío de la gran pepa, caballero.

Leoncio sacó su libreta de notas del bolsillo interior de la casaca y la cajita de fósforos que llevaba en el bolsillo de la camisa; prendió uno de los palitos y pasó las páginas hasta encontrar lo que buscaba.

—Mira, Sebastián —dijo después de aclararse la voz y prender un segundo palito de fósforo—, para confirmar tu tenebrosa premonición, te avanzo un par de cosas. José Carlos Mariátegui, en sus *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, escribió lo siguiente: En el Imperio de los Incas, agrupación de comunas agrícolas y sedentarias, lo más interesante era la economía. Todos los testimonios históricos coinciden en la asección de que el pueblo incaico, laborioso, disciplinado, panteísta y sencillo, vivía con bienestar material. Las subsistencias abundaban; la población crecía. El Imperio ignoró radicalmente el problema de Malthus. La organización colectivista, regida por los Incas, había enervado en los indios el impulso individual; pero había desarrollado extraordinariamente en ellos, en provecho de este régimen económico, el hábito de una humilde y religiosa obediencia a su deber...

Leoncio sopló y tiró el fósforo que, agónico, casi le quema los dedos. Encendió otro y repitió parte de la última línea.

—...el hábito de una humilde y religiosa obediencia a su deber social. Los Incas sacaban toda la utilidad social posible de esta virtud de su pueblo, valorizaban el vasto territorio del Imperio construyendo caminos, canales, etcétera, lo extendían sometiendo a su autoridad tribus vecinas. El trabajo colectivo, el esfuerzo común, se empleaban fructuosamente en fines sociales.

Leoncio sopló y tiro el palito de fósforo que lo había iluminado hasta terminar la lectura. Guardó silencio mientras metía la cajita de los fósforos y la libreta en el bolsillo interior de la casaca.

—Bien —reinició Leoncio dando una sonora palmada en el aire—, salvo aquello de que el Imperio se extendía sometiendo a su autoridad pueblos y naciones vecinas, aunque Mariátegui sólo habla de tribus, podemos ver que, en el párrafo que te acabo de leer, se encuentran varias ideas discutibles a la luz de los avances de las ciencias, a la luz de los nuevos descubrimientos o como él mismo dice: según los testimonios históricos, en la actualidad, añadiría yo...

—Así que —soltó Sebastián con un tonito de voz algo irónico—, ahora podemos tumbarnos a un clásico; al más grande y extraordinario pensador peruano que tenía una concepción del mundo y una ideología basada en...

—¡No seas huevón, carajo! —dijo Leoncio casi gritando y dándole un codazo a Sebastián—. Ni aquí ni en ningún otro lugar vamos a tumbarnos a nadie. El que discutamos algunas de las ideas de los grandes maestros no quiere decir que se niegue la validez de su pensamiento ni lo acertado de su análisis general o particular según los casos; en lo que a mí respecta, lo que trato de hacer es de comprender ese análisis, esas conclusiones, a la luz de los avances actuales de la ciencia, el conocimiento y el pensamiento. Y si, según mi parecer, encuentro limitaciones y hasta errores, pues los señalo, doy mi opinión y ya está. Así que no jodas. Primero escucha mi argumentación y después combátela si la consideras equivocada. Bien, presta atención...

—Soy todo oído —dijo Sebastián con verdadero interés y curiosidad.

—Reitero, a la luz de las investigaciones y estudios que hemos tenido a nuestro alcance y según mi propio estudio y análisis, según mis reflexiones y conclusiones, se confirma que el Imperio Incaico fue teocrático y despótico...

—José Carlos dice exactamente lo mismo...

—Espera, pues, compadre. Decía, se confirma que el Imperio Incaico fue teocrático y despótico y esto no es más que una corroboración de lo ya demostrado por Mariátegui. Bien, pero no sólo eso. El Imperio Incaico fue, sobre todo, un régimen de opresión que desarro-

lló el esclavismo, que ya existía, a niveles superiores. Los incas también fueron conquistadores militares; subyugaron a las naciones que conquistaron, sometiendo, oprimiendo y explotando a los pueblos largamente ya establecidos en aquel inmenso territorio que llegaría a ser conocido con el nombre de Tahuantinsuyo. No era una *agrupación* de comunas agrícolas y sedentarias, ¡no! El Imperio Incaico se formó a través de guerras de conquista y dominación. Es cierto que en el Imperio de los Incas *lo más interesante era la economía* y que ahí se desarrolló un orden agrario sustentado en la llamada *comunidad*, pero lo que hicieron los incas fue desarrollar coercitivamente una forma esclavista de sociedad y Estado aprovechándose de la existencia de comunidades con una larga tradición. Yo pienso que no es acertado hablar de la existencia de un *pueblo* incaico que vivía con bienestar material, que era laborioso, disciplinado, panteísta y sencillo; no, nada más equivocado. Lo que existía era un Imperio donde los Incas, sus sacerdotes, su nobleza, sus burócratas y funcionarios sometían, explotaban y oprimían a pueblos y naciones que habían desarrollado su propia tradición de reciprocidad y redistribución, sus usos y costumbres; pueblos y naciones que a su vez ya habían sido esclavizados por otros imperios. Y si en el Imperio de turno, el Incaico, el bienestar material hubiera sido constante y generalizado, entonces no se hubieran producido levantamientos, rebeliones, revueltas, enfrentamientos ni desafíos; ni se habría manifestado la necesidad de desplazar pueblos, total o parcialmente, para colonizar nuevos territorios y cuyos beneficios, aparte de algunas migajas que se repartían entre la población, llenaban las arcas del Estado, del Inca, de los sacerdotes y demás parásitos.

—En el Imperio Incaico se desarrolló la mita como sistema de trabajo a favor del Estado —comentó Sebastián como quien aporta un punto de apoyo.

—Y la *chunga*, la *minca*, o *minga*, según algunos, y el *Ayni* entre otros sistemas de trabajo que no sólo eran realizados a favor del Estado sino que estaban encaminados a suplir sus obligaciones aprovechándose de la tradición, de los usos y costumbres de los pueblos y naciones bajo su férula y que en resumida cuenta no era otra cosa más que la expresión de un régimen esclavista de explotación y opresión del indígena organizado dentro del llamado *ayllu*.

—Pero, según Mariátegui —indicó Sebastián puntilloso y aportando leña—, los incas sacaban toda la utilidad social posible de la virtud del pueblo, virtud basada en el hábito de una humilde y religiosa obediencia a su deber social...

—¿Obediencia a *su* deber social? ¡Sí, claro! Pero, ¿a cuál deber? ¿Al del Estado o al del pueblo? ¿A favor del Estado o a favor del pue-

blo? ¿Para suplir las obligaciones del Estado, o para qué? Junto con lo que acabas de mencionar, Mariátegui dice que la organización colectivista, regida por los Incas, había enervado en los indios el impulso individual y, que, además, el trabajo colectivo, el esfuerzo común, se empleaban fructuosamente en fines sociales. Muy bien. Analicemos. Dentro de la historia universal, y la nuestra propia, hemos visto cómo y por qué surgen los sacerdotes, curacas, caciques, chamanes, o el nombre que se les quiera dar, y la religión. También hemos visto la divinización del Poder y la estratificación social; la diferenciación de los oficios, la aparición de las clases sociales y, con ellas, la aparición del Estado y sus fuerzas armadas como garantes de la propiedad privada. Hemos visto, además, que la apropiación del conocimiento va de la mano con la apropiación de los excedentes de la producción y que ambos están entrelazados. La aparición de la primera forma de los ideólogos, los sacerdotes, coincide con las primeras formas embrionarias de la división entre el trabajo intelectual y el manual. ¿Cierto?

—Claro. Y algo a señalar, por encima de otras cosas, es que —indicó Sebastián—, los sacerdotes no sólo se apropian del conocimiento sino, además, de los excedentes de la producción; esto es lo que da origen a la propiedad privada sobre los medios de producción y con ello aparece en escena la nobleza hereditaria.

—Exacto. Pues bien. Se dice que el Inca valorizaba el extenso territorio del Imperio construyendo caminos, canales y obras públicas lo mismo que organizaba rituales y fiestas, que repartía bienes si la necesidad así lo exigía y hacía otras muchas cosas dentro del llamado beneficio social; pero, ojo, a cambio exigía como *tributo* mano de obra bajo la conocida forma de mita, que no era otra cosa sino un sistema de trabajo gratuito y rotativo. El Imperio Incaico montó, para unos sabiamente, su propio sistema sobre la base de una tradición, de usos y costumbres que existían hacía varios miles de años. Siguieron y perfeccionaron el mismo esquema desarrollado por los Imperios Tiahuanaco, Wari y Chavín que se aprovechaban del llamado ayllu, de la unidad básica de organización formada por distintas familias, para ejercer su control, dominio y explotación...

—Momentito —dijo Sebastián haciendo un gesto de manos como quien pide calma y paciencia en medio de la oscuridad—. Siempre se ha dicho que los ayllus eran familias, o conjuntos de familias, que estaban unidas por vínculos de sangre, por vínculos religiosos y económicos; vínculos que se habían iniciado, supuestamente, en base a un mismo antepasado y la adoración de una misma deidad, pero con el paso al sedentarismo esa ligazón se transformó, de familiar-religioso, a vínculos territoriales como fundamento de la organización política. Y que algunas de sus características siguen siendo el vínculo de idio-

ma; el vínculo religioso, el territorial, el económico que se expresa en la propiedad colectiva de la tierra cultivable, en la propiedad y el uso colectivo de las aguas, pastos, bosques, etcétera y la cooperación común en el trabajo y la apropiación individual de las cosechas. Bueno, de ser así, entonces es fácil colegir que, ciertamente, el punto central era y es la propiedad y el trabajo colectivo y la distribución equitativa de lo cosechado a cada familia; cosas que en el Imperio Incaico se daban a lo grande.

—Sí, así lo explican —continuó Leoncio meditando en aquellas viejas ideas ahora repetidas por Sebastián—. Sí. Eso es lo que carean algunos. Pero nosotros tenemos la necesidad de analizar el ayllu dentro del proceso de desarrollo social en su conjunto; para, recorriendo su pasado, conocer mejor su presente y prever las líneas generales de su futuro. Ya hemos visto que, tanto en la historia universal como en la nuestra, el paso de tribus a federaciones de tribus y el de éstas a pueblos que se constituyen en naciones, está condicionado, o marcado, si se quiere, por el hecho de que se organizan y luchan por un ideal y un interés común dejando de lado sus intereses particulares. Y la esencia del ayllu, en lo económico, inicialmente, *era la posesión colectiva y la explotación común de la tierra*. Todo muy bonito, hasta ahí. Pero, con la aparición de los sacerdotes o curacas y las clases sociales, se mantienen las modalidades organizativas, sí, claro, se mantienen y afinan las formas; sin embargo, el ayllu, en sí, durante el Imperio Incaico, se transforma, disculpa, mejor dicho se *acentúa*, lentamente, su desarrollo como expresión socioeconómica y política de la dominación del Estado. Esas milenarias modalidades organizativas fueron aprovechadas, como ya dije, por todos los Imperios hasta hoy conocidos en nuestro suelo y fueron perfeccionadas por los Incas para imponer su dominio y explotar sistemáticamente a la masa campesina a través de un complejo sistema de jerarquías sociales, del curacazgo y los curacas, fieles y seguros servidores del Imperio, del Estado. La existencia del ayllu, que también se da y extiende como resultado de las migraciones obligatorias, permite y facilita a los Incas imponer una organización laboral, militar, religiosa, judicial y tributaria que hace próspero al Imperio y a sus gobernantes; es decir, a los Incas y su linaje, la panaca; a la nobleza y a todos aquellos individuos del aparato administrativo que manejaban y controlaban el Estado.

—Por lo que se podría decir que, sobre esa parte de nuestra historia, nos han pintado mariposas y castillitos en el aire —expresó Sebastián esforzándose por vencer sus últimos bastiones de reticencia y casi a punto de conceder un acuerdo.

—Por lo que se podría decir que, sobre lo que fue el ayllu en sus

mejores tiempos, se ha fabricado un mito con el que unos cuantos especialistas, estudiosos y políticos trafican para esconder el reflejo y la materialización de las leyes sociales y la lucha de clases dentro de las comunidades campesinas.

—Cierto. Hay unos cuantos pendejos que dicen que hay que hacer del ayllu el centro y la base del nuevo Estado.

—Así es. Pero dejemos eso para más adelante y regresemos al Imperio Incaico. No hay que olvidar que los incas eran conquistadores militares, expansionistas que subyugaron a los pueblos y naciones que conquistaron; está probado que, cuando les parecía bien, liquidaban pueblos enteros sin dejar posibilidades de recuperación, regeneración ni descendencia y continuidad posibles, simplemente los borraban del mapa y se acabó; había casos en que, al derrotar a otros pueblos y naciones, los desplazaban como colonos a otros territorios, a todos. Y en el otro extremo, había algunos pocos casos en que los Incas dejaban relativamente en paz a los que voluntariamente se sometían a su despotismo, a condición, claro está, de que no hagan laberinto ni alboroto. No hay que olvidar que estamos hablando de un régimen esclavista donde la llamada *producción colectiva* estaba controlada por un Estado altamente jerarquizado, militarista, teocrático y despótico que además de todo lo ya dicho imponía su propio sistema de creencias.

—Para dominar esa gran extensión territorial, llamada Tahuantinsuyo, y que, además, tenía una población de varios millones, el Imperio debió tener una sólida organización que, con una clase social consolidada y ubicada a la cabeza de todo el aparato estatal e ideológico, le garantizara legitimidad y continuidad. La presión para que las diferentes etnias abandonaran sus propias divinidades y creencias, y se adhirieran al culto del Sol, era enorme. Para que los Incas pudieran gobernar, extendiendo su dominación sobre los diferentes pueblos y naciones con cierta eficacia, debían garantizar la lealtad de las masas aprovechándose de la larga tradición de reciprocidad y redistribución; y, puesto que, en esos momentos, la tierra en sí no era un aliciente lo suficientemente fuerte como para atraer a las masas, que buscaban seguridad en un mundo inseguro y revuelto, los Incas impusieron el culto solar en base a la creencia de que el Inca era no sólo un representante sino el descendiente directo del dios más poderoso del panteón y hacerles creer que contaban con la protección de una poderosa divinidad y que ésta era crucial para la diaria supervivencia; y, de pasada, liquidaban las numerosas divinidades para construir una identidad que supere los estrechos vínculos de linaje —resumía Sebastián dentro de la vorágine de ideas por sistematizar y sin salir del asombro que le producía su remozada convicción.

—Cierto —dijo Leoncio haciendo gestos afirmativos—. Y, además, cuando esto no funcionaba, contaban con un poderoso brazo armado. Un ejército tan capaz de participar en la construcción de carreteras como de aplastar, sin compasión ni piedad, cualquier rebelión que hubiese puesto en duda la omnipresencia, la omnipotencia y los intereses particulares del Inca y su banda.

—Pachacútec, *el transformador del mundo*, luego de derrotar a los chancas y a su medio hermano el Inca Urco, se encargó de reformar todo el sistema de poder, partiendo de la élite cusqueña, para formar una institución fuerte basada en una casta imperial. Creó las bases de las futuras panacas que, como soporte del Gobierno, aportarían dirigentes para la administración estatal y servía de dócil instrumento para someter a los runas, a las masas. Pero estas panacas, con el correr del tiempo y por la propia naturaleza de las relaciones sociales de parentesco y poder, empezaron a pugnar por su independencia y, de una u otra manera, escaparon al control del Inca. Las panacas reales estaban constituidas por los descendientes, por la familia y sus ramas, de los Incas; estaban constituidas en ayllus y se caracterizaban por tener el poder en el Gobierno, primero del Cusco y luego en todo el Imperio. Estas panacas constituían ayllus que, por ejemplo en el Cusco, se diferenciaban entre los Hurin Cusco y los Hanan Cusco. Los Hurin Cusco conformaban las panacas ayllu de la descendencia de Manco Cápac, Sinchi Roca, Lloque Yupanqui, Cápac Yupanqui y Mayta Cápac; y los Hanan Cusco conformaban las panacas ayllu de la descendencia de Inca Roca Inca, Yáhuar Huácac Inca Yupanqui, Viracocha Inca, Inca Yupanqui Pachacútec Inca, Túpac Yupanqui y Huayna Cápac. Evidentemente que, al carecer los incas de escritura, por lo menos en alguna de sus formas conocidas, no hay registros que permitan establecer fechas, nombres y lugares precisos; pero, aparte de los quipus que aún no se pueden descifrar con fidelidad, según lo relatado por los cronistas españoles, se puede colegir que hubo 12 gobernantes asociados al título de apu inca, divino inca, o sapa inca, único inca, según los gustos. En el puesto 13 estaría Atahualpa, pero algunos cronistas no lo consideran dentro de la Cápac cuna, la llamada lista oficial de gobernantes, porque nunca portó el símbolo del poder imperial, la mascapaicha, y se había declarado súbdito de Carlos I de España. Como fuere, el asunto es que Pachacútec había organizado la cosa de tal manera que las panacas formaban parte del sistema sociopolítico y habían sido dotadas de grandes extensiones de tierra, privilegios y el acceso al aparato estatal y los puestos más codiciados del Poder...

—Sebastián, estás dejando de lado a varios Incas, estás reproduciendo la versión de uno de los cronistas y no olvides que no se han

puesto ni se pondrán de acuerdo en esa vaina ya que unos 25 ó 26 autores señalan una lista de gobernantes que varía entre 4 y 17, pero no importa. A mí me parece Juan de Betanzos uno de los más serios a pesar de ser español, mientras que a Guamán Poma de Ayala y Garcilaso de la Vega, aparte de imaginar y acomodar historias, también les interesaba que se les reconozca sus distinciones y prerrogativas de clase, de nobles; pero tampoco eso importa, hay que estudiar a todos para sacar conclusiones más cercanas a la realidad dejando de lado los intereses personales de esos individuos, hay que separar el grano de la paja y de ésta hay bastante. Lo mismo que en eso de *los de arriba y los de abajo*, los Hurin y los Hanan que según la leyenda se inicia con Manco Cápac cuando mandó instalarse en la parte alta del valle a los que estaban con él, zona a la que se denominó Hanan Cusco; y Mama Ocllo colocó a los suyos en la parte baja o Hurin Cusco; y si partimos de ahí, ya nos encontramos con la primera limitación: si la panaca de Inca Roca Inca, al que señalan o señalan el primero de los de *abajo*, siguiendo los datos proporcionados por los mismos cronistas, se forma casi unos 200 años después de la llegada de Mama Ocllo al Cusco, entonces, la más elemental de las preguntas es: ¿qué pasó entre tanto? o ¿quiénes fueron los más altos representantes de los Hanan durante ese hueco de 200 años dejados por la lista más conocida? Absurdo, ¿verdad? Además, esa división administrativa, cargada de una visión de *equilibrio dual* dentro de la cosmovisión y otras cucufaterías atribuidas a los incas, no era de su patrimonio sino que ya era usado, aunque rudimentariamente, por los mochicas. Eso tampoco importa, hermano, hay que seguir investigando...

—Sí—repuso Sebastián con calma—, claro. Existen esas y muchas otras contradicciones, hay muchos agujeros y bien negros en todas esas crónicas y otros relatos por contar...

—Pero, carajo, si ya sabes todo eso, para qué diablos me haces la bronca —le interrumpió Leoncio levantando las manos hacia el techo del tambó al tiempo que daba un silbido como si se hubiera destapado una olla a presión y dejado escapar un denso efluvio de conjeturas y dudas.

—Es que quiero entender correctamente tu posición sobre el ayllu; deseo llegar a la raíz, a la causa que motiva tu teoría —apostilló Sebastián cuidando sus palabras para no ahondar la tensión que percibía en la voz de Leoncio.

—Pero, hermano —reanudó Leoncio con voz cálida después de haber enmudecido por un momento para reflexionar sobre las inquietudes de Sebastián—, bien sabes que el saber es el único antídoto contra el oscurantismo, la barbarie y el engaño; la ciencia aplasta el milagreo ignorante, nos acerca a la verdad. Tú mismo lo has men-

cionado. Tú mismo lo has recordado y dicho. Querido amigo, tú y yo tropezamos a diario con las miserias de quienes pretenden aprovecharse de la tradición, de los usos y costumbres, en el mundo andino para eternizar la situación de opresión, explotación y dominio en que se encuentra la gran mayoría de la población andina. Pero, al mismo tiempo, sabemos que la luz se esparcirá por todos los rincones de nuestra patria haciendo retroceder a la sombra que pretende perpetuarse. La verdad se abre paso; y eso es lo que busco, lo que buscamos. La verdad. Las masas quieren luz, no sombra.

—Eso ya lo sé —confirmó Sebastián con entusiasmo—, pero lo que no sé, en concreto, es cómo lo interpretas, cómo lo defines y cómo lo sustentas.

—Cómo interpreto, defino y sustentó qué —preguntó Leoncio algo confundido.

—El hecho de que el ayllu o la comunidad campesina fue, es y seguirá siendo un arma de doble filo.

—Pero Sebastián, mi hermano —dijo Leoncio dando un manotazo en el aire—, ya te lo expliqué y tú mismo acabas de resumirlo, en tus palabras pero, a fin de cuentas, resumiste. Mira, otra vez. Sabemos a ciencia cierta que en la historia de la humanidad se pasa de los vínculos consanguíneos y familiares de las gens a las tribus y de éstas a las federaciones de tribus, y son éstas las que forman pueblos que a su vez se constituyeron en naciones cuando se organizaron y adoptaron una constitución con un sistema de derecho popular luchando por un ideal y un interés que era común a todos los que formaban la nación; un desarrollo social que se da antes de la aparición de la propiedad privada sobre los medios de producción. El ayllu, no es otra cosa más que el nombre que se le da, en nuestro ámbito, a la forma orgánica en que se expresa el proceso social particular con que se inicia y plasma esa ley universal. Y su esencia en lo económico era la posesión colectiva y la explotación común de la tierra. Al inicio del proceso, sí. Pero con la aparición de las clases y de la propiedad privada sobre los medios de producción, todo cambia, y esto se refleja en la misma existencia y desarrollo del ayllu; carajo, que a ti hay que repetirte 1,000 veces la misma huevada para que dejes de lado tu caduco esquema de ver las cosas. En sus inicios la comunidad campesina *era* la unidad básica de organización formada por distintas familias con un antepasado, real o ficticio, común; ocupaban un delimitado territorio sobre el que ejercían una propiedad comunitaria, común para todos y estaban comprometidos, por las leyes dictadas por los usos y costumbres, a ayudarse mutuamente, a trabajar juntos en beneficio de toda la comunidad, de todos aquellos que la integraban. Esa labor económica se basaba, ideológicamente, en reciprocidad y redistribu-

ción generalizada. Ciertamente, eso *fue* así. Los Incas, tal como todos los Imperios que le antecieron, se *aprovecharon* de esa situación, de esa *institución*, para introducir un sistema desigual donde el trabajo era obligación para las masas y del reparto se beneficiaban todos los parásitos del Imperio; por lo que, la *subsistente comunidad*, ya no se desarrollaba en reciprocidad y redistribución generalizada sino que se desenvolvía dentro de una sociedad altamente jerarquizada, donde las tierras cultivables se dividían en 3: las tierras del Sol, las del Inca y las de la comunidad y los curacas. Las tierras del Sol eran trabajadas, lo mismo que las de la comunidad, bajo el sistema de minca, o minga, era trabajo gratuito y por turno en beneficio del Estado; la masa asistía portando sus propias herramientas, agua y comida y era un trabajo obligatorio puesto que al que no asistía lo expulsaban de la comunidad y perdía el derecho a la tierra, aunque ese *derecho* era sólo de usufructo. Las tierras del Inca estaban desperdigadas a lo largo y ancho del Tahuantinsuyo y eran administradas por las panacas; los Incas y las panacas no sólo poseían las tierras y la mano de obra sino también al trabajador mismo, los que trabajaban la tierra eran sus esclavos, podían disponer de ellos a su antojo, y la tierra era *su* propiedad privada y era utilizada como fuente de sus recursos personales.

—Pero la distribución de lo producido por las tierras del Sol y del Inca se repartían en beneficio de la población en general...

—Carajo, lo que me discutes no es la propiedad privada sino el sistema de reparto, ¿cierto? —Leoncio guardó silencio un tiempo prudential pero al no escuchar respuesta, continuó—. Las tierras del Sol estaban reservadas para el culto y para los parásitos que se encargaban de los rituales y las fiestas. Las tierras del Inca mantenían a la clase social en el Poder y la distribución de lo producido iba primero al buche del Inca, de las panacas, los curacas, la nobleza, los administradores y otros parásitos; también para el ejército aunque, en tiempos de paz, los soldados también debían trabajar; y lo que decidía la buena o mala voluntad divina del Inca iba como donativo a los ancianos, inválidos, enfermos, huérfanos, menesterosos y otros necesitados en la cantidad mínima necesaria para no perder fuerza de trabajo gratuito. La diferencia con la bestia romana, que no consideraba al esclavo como a un ser humano sino como a un animal que ni de religión necesitaba, era que en el Imperio Incaico, desde muy temprano, cosa que los romanos *descubrieron* bastante tarde, se utilizaba la religión como arma para quebrantar la desobediencia, la rebeldía, y someter, en alma y cuerpo, a los explotados; eso era garantía de triunfo, y si no funcionaba pues a degüello y listo, pare usted de joder. Bien, ahora veamos *las tierras* de las comunidades.

El Estado, el Inca, entregaba tierras a cada comunidad para su subsistencia; asignaba parcelas a cada familia según el número de sus componentes. Los miembros de la comunidad no eran propietarios de las tierras sólo las trabajaban colectivamente y a cambio de ello debían entregar fuertes tributos en productos y en trabajo al Estado, por ejemplo, el trabajo de servidumbre en la labranza de las tierras del Sol y del Inca, en las minas, y a los curacas que eran los que administraban y dirigían las comunidades. Las llamadas *tierras de la comunidad* no eran transferibles; lo dicho, los miembros de la comunidad eran simples usufructuarios. Todas las formas de trabajo, la minga, la mita, la chungu, y no sé qué más, servían al Inca y al Estado; con un poco de suerte se salvaba el ayni, que se restringe a un sistema de trabajo de reciprocidad familiar entre los miembros de la comunidad durante la siembra, el regadío, el escarde, la cosecha, el mantenimiento de canales y de todo el sistema de almacenamiento de agua, lo mismo que en la construcción y reparación de viviendas y otras muchas cosas familiares donde se trabaja bajo el lema de *hoy por ti mañana por mí*; pero, en el asunto del pastoreo hay que ver cada caso en particular pues ahí se entremezclan relaciones sociales algo más complicadas que las familiares y donde se podría materializar la consigna de algunos que piensan: *hoy por mí, mañana por mí y pasado también*. El asunto es que, la comunidad, reitero dirigida por el curaca, no era más que un instrumento que suplía los deberes del Estado para con su pueblo y, a su vez, garantizaba la opresión, explotación y sometimiento no sólo a través de la manipulación y aprovechamiento de los usos, las costumbres y de la religión sino de un complejo sistema esclavista que permitió, en su fase más alta, el desarrollo de la propiedad privada en detrimento de los intereses del pueblo. Si esto no te explica lo del esclavismo y el doble filo del ayllu entonces tendré que buscar otra forma de explicártelo.

—Te entiendo algo mejor —dijo Sebastián con la mirada perdida en la oquedad del tambo.

—Lo fundamental que hay que entender es que en las comunidades campesinas de hoy no sólo hay *campesinos*, los hay pobres, medios y ricos; hay, en el papel de los antiguos curacas o caciques, gamonalillos que, lejos de representar los intereses del campesinado, representan los intereses de los gamonales, de los terratenientes y del Estado, y son base del Poder estatal reaccionario en el agro; hay artesanos y pequeños propietarios y un sinnúmero de elementos parásitos que habiendo sido campesinos, o hijos de éstos, han pasado por el ejército y las grandes ciudades, son leídos y regresan a sus comunidades, copan los puestos administrativos, de poder o dirección, y actúan como opresores de su propia clase. El ayllu, en resumidas

cuentas, no es un mito a redimir, es una realidad económica, social, política e ideológica donde se desarrollan las contradicciones de clases y la lucha entre ellas...

—Leoncio... —interrumpió Sebastián saliendo de sus cavilaciones.

—Sí, dime.

—Me pregunto si no estaremos olvidando el modo de producción asiático.

—Por supuesto que no, no lo *estamos* olvidando —dijo Leoncio arrastrando sus palabras con emoción para celebrar el espíritu solidario, aunque a veces errático, de Sebastián y se repitió—. No, no lo estamos olvidando. Sobre eso se discute desde hace algunas décadas, pero pienso que es tiempo de desechar definitivamente esa idea para nuestra historia.

—¿Por qué?

—Veamos. Se sostiene que el modo de producción asiático está caracterizado por la existencia de un *embrión* de Estado que no había cortado su ligazón con la propiedad comunal; que *se funda* en la posesión comunal del suelo. Sin embargo, como hemos visto, la existencia y desarrollo de por lo menos 4 Imperios sobre nuestro suelo, y el descubrimiento de Caral, juega aquí un importante papel; el Estado no estaba en un desarrollo embrionario sino, todo lo contrario, había alcanzado altos niveles de organización, y en el Tahuantinsuyo se desarrollaba el esclavismo, el latifundio esclavista e incluso la propiedad privada sobre la tierra. Por otro lado, el término modo de producción *asiático* debe haber sido puesto provisoriamente, ya que no expresa, con exactitud, determinadas relaciones de producción sino que se refiere más que nada a algo meramente geográfico; y se usa para explicar el estancamiento de ciertas sociedades asiáticas, especialmente la hindú. En nuestro caso, como en el de los aztecas, no había un *estancamiento*, era su antípoda; el modo de producción impulsado por incas y aztecas permitió desarrollar las fuerzas productivas a tal nivel que se alcanzó un desarrollo agrícola tan avanzado como el de los pueblos europeos y asiáticos en su momento; la cerámica, la minería y la metalurgia también son muestras de ello y, por qué no, habría que mencionar que ambas naciones tenían un calendario tan preciso, como el juliano, que nos muestra el alto nivel de desarrollo de la astronomía, entre otras cosas; y lo mismo habría que decir del extraordinario dominio de la arquitectura, la construcción de redes viales, la planificación, y habría que destacar que, aparte de la representación pictográfica, los incas tenían una forma atípica de escritura como lo fue el quipus; mientras que los aztecas tenían una escritura que mezclaba pictogramas, ideogramas y signos fonéticos.

—Esto sí parece indiscutible —afirmó Sebastián.

—Bien, don Vacilante —replicó Leoncio tratando de conjurar un intento regresivo—. Por otro lado, hay quienes dicen que el comercio no estaba generalizado, nada más erróneo; son la semilla y los animales domesticados, la artesanía y los objetos suntuosos fabricados en oro los que nos muestran, gracias a los hallazgos arqueológicos, lo equivocado de esa conjetura. Otra cosa que induce al error para hablar de un modo de producción asiático en nuestras tierras es el ayllu, la comunidad misma y el trabajo comunal; ya hemos visto, reiteradamente, que estas agrupaciones familiares trabajaban las parcelas que en usufructo les había repartido el Estado, directamente o a través de los caciques; que realizaban tareas comunes de manera colectiva y ayudaban a otras familias a través de un sistema cooperativo o de minga. Bien. En nuestro caso, no fue la propiedad, sino el usufructo colectivo de la tierra y la misma producción comunal, lo que generó desigualdades sociales acentuándose las contradicciones entre los esclavos que trabajaban la tierra y los artesanos, y entre ambos y la élite dominante, es decir militares, sacerdotes, funcionarios estatales y otros, que vivían del trabajo de las comunidades. Algo a destacar, una y otra vez, es que algunos piensan o pensaban que la tierra era propiedad de la comunidad; nada más falso, pues, en el tiempo de los incas, las comunidades, reitero por milésima vez, tenían las tierras sólo en usufructo y pertenecían al Inca o sus representantes, las panacas y los caciques, bajo la división de tierras del Sol, del Inca y de la *comunidad*, siendo esta última no otra cosa que tierras del Estado, o del Inca, administradas por un cacique y trabajadas por los esclavos.

—Pero, ¿por qué usas el término *esclavo*?

—No solamente por el sistema de dominación desarrollado por los diferentes Imperios y perfeccionado por el Incaico sino porque, en última instancia, el Inca, las panacas y hasta los curacas ejercían el derechos de *propiedad sobre* los que trabajaban la tierra y podían hacer y disponer de ellos a su regalado antojo, desde desplazar pueblos enteros hasta liquidarlos por quítame esta paja del ojo ajeno. Lo vengo repitiendo hace rato y es algo tan elemental que ya no entiendo tus dudas y vacilaciones. Derecho de propiedad sobre los individuos; todos nuestros ilustres antropólogos, historiadores y filósofos lo saben, escriben sobre ello pero no se atreven a hablar de esclavismo como sistema ni modo de producción y si lo hacen es a media caña, sólo aceptan que sí había esclavos y hasta nos muestran la artesanía que lo refrenda. Pero no importa. Sin embargo, si esto no te basta, déjame continuar. Bien. Por otro lado, hay quienes sostienen que, a diferencia del tributo feudal, basado en el trabajo del siervo al servi-

cio de un señor dueño de la tierra, la tributación bajo los incas y aztecas era realizada por la comunidad, que aún conservaba la *posesión comunal* de la tierra, y que el tipo de servidumbre, en los Imperios Incaico y Azteca, no era de subordinación o dependencia *personal* sino que se establecía directamente por el conjunto de la comunidad con el Estado; que era una *servidumbre de tipo colectivo*. Todo lo cual, para mí, es errado puesto que las investigaciones al día de hoy nos muestran no sólo un Estado altamente desarrollado sino que, por un lado, la comunidad, repito, no tenía la propiedad de la tierra y, por otro, la propiedad privada sí existía; estaba en manos de la clase social que detentaba el Poder y sometía al esclavo trabajador de la tierra no sólo en forma *colectiva* sino también en forma individual en las tierras que eran propiedad directa del Inca y las panacas, tierras que abarcaban la casi totalidad del terreno cultivable del Imperio.

—¡Pucha, compadre! Sí que vamos a armar un despelote.

—Con lo cual —continuó Leoncio sin darse por enterado del comentario—, se puede afirmar a ciencia cierta que, antes de la llegada de los españoles, se entraba en un proceso en el cual se desarrollaban nuevas relaciones de producción sobre la base de la llamada producción comunal del ayllu, con el uso y abuso de la economía tradicional de subsistencia evolucionada de la comunidad gentilicia; aprovechada en extremo por un Estado esclavista que impulsó el desarrollo de la propiedad privada. Evidentemente, la comunidad no se enfrentaba con terratenientes particulares sino con el Estado, propietario de las tierras, y sus representantes, los curacas. El *comunero*, bajo el dominio de los Incas, nunca se convierte en propietario sólo es *usufructuario*, y la propiedad privada desarrollada por la nobleza incaica está probada con nombres propios y lugares; como, por ejemplo, Pachacútec tenía en propiedad las tierras de Tambo en el valle de Urubamba y Písaq, aparte de Machu Picchu; Túpac Yupanqui era propietario de la zona de Chincheros y Urcos; Huáscar, de Calca y Muyna, y así la lista de propietarios y sus tierras es larga. Y todo ese proceso de esclavismo y desarrollo de la propiedad privada sobre la tierra fue quebrado por la llamada conquista española, pero ése ya es otro tema.

—Carajo —repuso Sebastián al cabo de un momento y ante el silencio de Leoncio—. Tendría que leer todo lo que has estudiado para hacerme una mejor idea de lo que estás diciendo y replicarte si fuera necesario.

—¡Sí, claro, cómo no! He ahí la necesidad de volver a descubrir la pólvora, pero no importa, hazlo —dijo Leoncio entre risas.

—No pues, compadre, no quiero decir eso. El asunto es que en mi estudio, yo no he llegado a tanto, por lo que ignoro algunas de las

cosas que mencionas. Los descubrimientos, como la pólvora, en el ámbito científico son hechos concretos y diferentes a las abstracciones que puedan resultar de la observación práctica y el conocimiento.

—Momentito. No te precipites que te desbarrancas. La ciencia surge al diferenciarse de los conocimientos puros empíricos y de la experiencia práctica; está ligada a los conocimientos empíricos de las masas pero se distingue de ellos por su origen, por su forma de expresión y por el significado de la actividad práctica; los conocimientos empíricos surgen directamente en la actividad productiva mientras que la ciencia es el resultado de la actividad teórica basada en la práctica de la investigación y la experimentación y es definida, en última instancia, por las necesidades de la producción. La ciencia generaliza y desarrolla los conocimientos empíricos acumulados en la práctica cotidiana pero, a su vez, no es producto de la simple suma de esos conocimientos. En las ciencias sociales, que es donde estamos metiendo nuestras narices, hay que cerrarle el paso al empirismo y la especulación científista; hay que sujetarse al único método científico, hay que estudiar, definir y caracterizar los datos que se tienen de la organización económica y de las específicas relaciones de producción que generan y todo hay que someterlo a un análisis particular; no hay que volver a descubrir la pólvora, hay que adoptar un método, el materialista y asumir una posición...

—Cierto, y en eso andamos...

—Pero ése es tema para más adelante. Terminemos con esta vaina que ya me siento cansado y debe ser bastante tarde. 2 cositas para terminar. Una, Mariátegui no podía haber visto estas cosas dado que las investigaciones, los descubrimientos y el análisis de los mismos, en su época, no estaban tan desarrollados como ahora. Las ideas de César Ugarte, Castro Pozo y otros estudiosos estaban bastante limitadas por el estado de las investigaciones arqueológicas del momento. No es ninguna justificación, es un hecho simple y concreto. Por lo demás, con gran maestría, José Carlos se basa en el análisis de la economía y examina a profundidad el punto de quiebra: la conquista. Bien, la segunda cosa. Hay quienes, tergiversando a Mariátegui y dizque reivindicándolo, levantan el ayllu como impoluta banderita de lucha. Toman unas líneas escrita en el capítulo *Principios de una política agraria nacional* del libro *Peruanicemos al Perú* y cacarean sobre la idea ahí esbozada por Mariátegui como si fuera la última chupada del mango. La cita dice más o menos lo siguiente: *El ayllu, si mal no recuerdo la palabra ayllu está entre comillas, célula del Estado incaico, sobreviviente hasta ahora, a pesar de los ataques de la feudalidad y del gamonalismo, acusa aún vitalidad para convertirse, gradualmente, en la célula de un Estado socialista moderno.* Fíjate,

más o menos lo mismo que tú mencionaste hace un momento: El ayllu como célula de un Estado socialista moderno. Qué tal pendejada. Más se acercan a Arguedas, que será un genial escritor y todo lo que se quiera pero él sí reivindicaba un retorno al pasado, al ayllu de los incas, Mariátegui, no. Arguedas, en *Los ríos profundos*, por boca de uno de sus personajes esboza el ayllu como *ideal* económico y social; reivindica el *ayllu de los incas* como un orden anhelado, lo cual es totalmente nostálgico y retrógrado. Aunque Arguedas haya nacido en la Sierra, se puede decir que *Los ríos profundos* es una obra literaria escrita por alguien que se sintió bastante cerca del indio explotado. La obra, a pesar de su maestría, muestra las vacilaciones y contradicciones no sólo de sus personajes sino las del propio autor y, en muchos de sus lugares, expone los valores del campesino enajenado; es más, los patrocina. Mientras que Mariátegui dice que el problema de nuestro tiempo no está en saber cómo ha sido el Perú. Está, más bien, en saber cómo es el Perú. Dice que el pasado nos interesa *en la medida* en que puede servirnos para explicarnos el presente. Dice que las generaciones constructivas sienten el pasado como una raíz, como una causa. Jamás lo sienten como un programa. Nos señala con maestría que lo único que casi sobrevive del Tahuantinsuyo es el indio. Y concluye categórico: la civilización ha perecido, no ha perecido la raza. Y precisamente esto es lo que los pendejitos esconden. Y en otro lugar, Mariátegui, da una explicación acertada al asunto y dice más o menos así: Los indigenistas auténticos, que no deben ser confundidos con los que explotan temas indígenas por mero exotismo, colaboran, conscientemente o no, en una obra política y económica de reivindicación, no de restauración. Punto. Simplemente genial, muy concreto. No es con una vuelta al estado primitivo con que se libera al campesino explotado; la liberación, y no sólo del campesinado sino de todas las clases oprimidas y explotadas, se alcanza en una fase superior del desarrollo histórico y no en un retorno. Punto.

—Eso, el pasado nos interesa en la medida en que puede servirnos para explicarnos el presente y para poder prever lo mejor posible el futuro —dijo Sebastián haciendo gestos afirmativos.

—Ni más ni menos, no hay vuelta atrás —concluyó Leoncio acomodándose bajo la manta—. Y ahora, vamos a dormir, que mañana, o dentro de un ratito, reemprendemos la marcha.

—Buenas noches —dijo Sebastián tras un bostezo.

—Buenas noches.

7

Se habían quedado dormidos casi de inmediato y al despertar, los primeros rayos del sol pugnaban por abrirse paso entre la niebla.

Se dieron el buenos días y después de desperezarse salieron del tambo. Caminaron un poco para desentumecer los músculos de las piernas y de cuando en cuando daban unos cuantos saltitos mientras agitaban los brazos formando figuras circulares.

Regresaron a la posada después de orinar. Ordenaron sus cosas, metieron los pellejos dentro de la manta, se la pusieron a la espalda y, después de hacer un doble nudo con las puntas de los extremos de la manta delante del pecho, salieron.

El aire era fresco y el rocío de la mañana tapizaba los alrededores del tambo; una ligera brisa soplabla desde el sur y agitaba la neblina que se había concentrado en la parte baja escondiendo al río de la vista. A medida que la bruma trepaba por la ladera de los cerros, se iba disipando y dejaba tras de sí un húmedo verdor; y, sobre las andenerías, un lechoso tul. El cielo, gris plateado, cedía paso a unos cuantos rayos de sol que se estrellaban contra las partes altas del imponente macizo. Olía a lluvia.

Luego de algunas horas de bajar y subir, llegaron a orillas del río. Los pocos rayos solares que habían logrado penetrar la bolsa de nubes habían desaparecido y, como en el descenso habían dado un rodeo para dejar a un lado Huarcaya, no se dieron cuenta de que el pueblo se había calmado luego del ajetreo que precede al inicio de las rutinarias labores del pueblo y del campo. La mañana estaba bien avanzada.

Descolgaron el quipe de sus espaldas, lo colocaron sobre el lugar menos húmedo que encontraron y se dirigieron a la orilla para lavarse y refrescarse en las frías aguas del Río Pampas. Luego recogieron los quipes y buscaron un lugar adecuado para dar buena cuenta del jurel que don Aurelio había freído para ellos después de señalarles la caja azul con 20 kilos del producto marino y explicarles que el mercado peruano había sido invadido por los congelados de jurel importado de Chile. Comieron conversando sobre la globalizada procedencia del habitante marino y de cómo los chilenos estaban invadiendo lugares en los que ni se les habría ocurrido pensar durante la Guerra del Pacífico, entre 1879 y 1883; bebieron unos sorbos del agua que les que-

daba y se dispusieron a abrir las bolsitas de plástico que contenían las hojas de coca. Chaccharon en silencio.

A poco de reanudar la marcha, Sebastián rompió el largo silencio, necesario para la reflexión, y empezó a hablar de sopetón.

—Leoncio, así las cosas, y dado que lo más importante ya lo conversamos esta madrugada, lo que viene es más fácil de exponer.

—Pienso lo mismo, a ver, dale.

—En el Siglo XVI —inició Sebastián su argumentación—, los españoles, contra la resistencia de los nativos, impusieron por la fuerza de las armas el caduco sistema feudal que trajeron y el Perú devino, de una sociedad esclavista, una sociedad feudal y colonial. Unos 300 años después, la emancipación rompió la dominación española pero no el sistema feudal, pues los emancipadores eran terratenientes y el campesinado no logró conquistar la tierra. El Siglo XIX fue un siglo signado por la pugna entre Inglaterra y Francia por dominarnos y, en medio de esta pugna se dieron, a mediados del siglo, los primeros brotes de capitalismo, pero de un capitalismo que se desarrolló sobre la base feudal existente, sin destruirla; con lo cual, nuestra sociedad pasó de feudal a semifeudal y de colonial a semicolonial. La industria moderna se estableció a partir de 1895 llegando a desarrollarse en la segunda década del Siglo XX, período que marca el impulso del capitalismo burocrático bajo dominio del imperialismo estadounidense, que había desplazado y reemplazado al dominio inglés. Este capitalismo, generado por el imperialismo en los países atrasados, se desarrolla atado a la feudalidad y no sirve a las grandes mayorías sino a los imperialistas, a la gran burguesía y a los terratenientes feudales; así, el desarrollo del capitalismo burocrático conlleva el desarrollo de nuestra condición semifeudal y semicolonial y marca a fuego todo el desenvolvimiento de nuestra sociedad y la lucha de clases en ella.

Sebastián guardó silencio y Leoncio no dijo nada. Al reanudar la marcha habían girado hacia la izquierda y seguían la orilla del río, no era cosa difícil pero el terreno era llano sólo en algunos lugares así que debían subir y bajar, cruzar lugares tupidos de arbustos, pencas, tunales y frondosos árboles que ahí difícilmente alcanzaban los 2 ó 3 metros de altura. De cuando en cuando debían alejarse de la orilla porque no había forma de seguir sin correr el riesgo de caer al río por alguna pendiente, no muy alta pero sí pedregosa.

Se habían detenido para ubicar una mejor manera de seguir. A pesar de conocer muy bien la zona, aún no veían la cañada por donde desagua el macizo de ese lado de la orilla. El puente que cruza el río y sube a Chuschi hacía rato que lo habían dejado atrás. Sabían que el vado para cruzar a pie, cuando las aguas están bajas, debería estar aún poco más adelante.

—¿Qué opinas? —preguntó Sebastián luego de un momento de silencio.

—¿De lo que acabas de decir o de este sinuoso camino?

—De lo que acabo de exponer, pues.

—Para ser te sincero —dijo Leoncio reiniciando la marcha después de señalar con el brazo extendido la dirección que debían seguir—, te pasaste de cortedad. Está bien explicado; preciso y concreto, sí. Pero, ¿no piensas que sería bueno dar algunos detalles?

—Por ejemplo, ¿qué?

—Por ejemplo, por qué y cómo fue posible que 175 individuos, aventureros y patibularios, lograron derrotar y someter a casi 20'000,000 de nativos.

—Sí, una interesante pregunta, pero la respuesta parece obvia. La supremacía técnica, los caballos, las armas de fuego, el hecho de que los nativos creyeran, o esperaran, que esos individuos fueran los dioses que...

—Demasiado simple, ¿verdad?

—Eso —respondió Sebastián levantando el brazo para protegerse de la rama de un árbol que amenazaba con tumbarle el sombrero.

—Yo creo que las razones de peso son otras; mejor dicho, a lo que acabas de decir, hay que añadir cosas de fondo, más trascendentales. Ya hemos visto, en detalle, que los incas necesitaron menos de un siglo para reestructurar el curacazgo de Cusco, derrotar a los chancas y construir el imperio de los 4 Suyos. Con Huayna Cápac, el Tahuantinsuyo había alcanzado su máxima expansión y al parecer ya no daba para más. Trató de crear un nuevo centro de poder dejando el Cusco para concentrarse en Quito, su nueva conquista tras vencer a las naciones más belicosas a las que el Imperio se había enfrentado...

—La cayambi y la carangue, ¿verdad?

—Exacto. Fue un hecho de armas que pretendía consolidar la expansión. La división administrativa del Imperio en 4 regiones, iniciada por Pachacútec para mejorar la organización del Estado, había sido bastante inteligente; pero en esos momentos, en que el Imperio mostraba su fragilidad, había dejado de ser efectiva pues se enfrentaba a un sinnúmero de rebeliones de diferentes naciones y nacionalidades que hasta entonces habían aceptado, de mutuo propio o bajo represión, la férula del Inca.

—Sí, pero esas revueltas fueron sangrientamente reprimidas y aplastadas.

—Cierto, y con ello se quebró la frágil unidad nacional generando un poderoso estado de ánimo rebelde en los pueblos esclavizados. Bien, recordemos eso como telón de fondo y veamos algunas cosas que, a mi parecer, son importantes. Una de ellas es que, a pesar de

los esfuerzos por imponer su religión, los incas no lograron evitar que los diferentes pueblos, esclavizados, conservaran sus propias creencias, tradiciones y cultura. El tributo en producto y trabajo que se imponía a las naciones que se sometían voluntariamente a los incas, por lo que mantenían una relativa independencia, iba en aumento; y si éstas se rebelaban, los dirigentes eran asesinados y la masa esparcida como esclavos a cualquier parte del vasto territorio imperial.

—Expansión territorial, organización administrativa, economía, rebeliones y religión. Una bomba de tiempo.

—Así es. El modelo productivo, el sistema y la filosofía que sustentaban el Imperio hacían agua por varios lados. Huayna Cápac, ubicado bien al norte, en Quito, ya tenía informes sobre la aparición de unos *seres extraños* llegados por mar, los españoles, y, como gobernante que protege sus intereses, se preparaba para la contienda; pero muere sin lograr la unidad del Imperio para enfrentar la agresión que veía venirle encima. Con su muerte, las cosas empeoraron a tal extremo que sus descendientes, los hermanos Huáscar y Atahualpa, se disputan el Poder. Huáscar se proclama Inca en el Cusco y Atahualpa hace lo mismo en Quito. El Imperio se divide y se dan sangrientos enfrentamientos donde las diferentes nacionalidades y naciones ponen lo suyo. Y como si eso fuera poco, las panacas, la llamada nobleza ligada al Poder, empieza a exigir la propiedad de la tierra y la independencia del centro del Poder, o de los centros de Poder. Así, más o menos el año 1529 la guerra civil entre ambos bandos estaba ya en marcha y los levantamientos locales, instigados por los curacas, metían más leña al fuego. En medio de la represión de naciones y nacionalidades, Huáscar emprende algunas reformas religiosas que provocaron un mayor descontento; por ejemplo, hace que se representase a Viracocha con la imagen del Sol para que éste prevalezca sobre el primero; suprime el culto a los Incas difuntos y disuelve las panacas hostiles a su linaje.

—Eso de suprimir el culto a los Incas difuntos fue una gran metida de pata de la que hay que sacar experiencia.

—Ciertamente, una metida de pata, y bien jodida, porque, sobre todo, se extendió al culto a los ancestros. Esa vaina ya la hemos conversado y visto en detalle. Pero recapitulemos un poco, nuestros antiguos, ante los fracasos o reveses que padecían en su empeño por dominar la naturaleza o cuando ésta le era adversa a causa de sequías, inundaciones, terremotos, erupciones volcánicas y otras muchas cosas, empezaron a creer que la fuerza y la voluntad del grupo no eran suficientes y desarrollaron un sistema de creencias para explicar estos acontecimientos naturales y así poder guiar las acciones de la sociedad; con lo cual, entre otras cosas, dieron inicio a solicitar

el auxilio de la supuesta voluntad de los miembros del grupo que habían muerto. Es decir, empezaron a rendir culto a sus antepasados porque creían que, además de intervenir activamente en la vida de cada uno de ellos y en la de la comunidad, tenían el poder de influir sobre el clima y la naturaleza. Era un asunto de mucha importancia ya que para cada linaje, el fundador del grupo se convertía en la cumbre más alta, en la cima de los ancestros, y era objeto de culto obligatorio para todos sus descendientes.

—Tema nada exótico ni raro en la historia universal de los pueblos —acotó Sebastián tras acomodarse el ladeado sombrero.

—Cierto. Y, trama tampoco rara ni extraña, nuestros antiguos creían que sus fundadores y ancestros, luego de haber pasado al otro mundo con mejor vida, les garantizarían fertilidad y protección ante enfermedades y desastres, siempre y cuando, claro está, los mantuvieran satisfechos a través del culto y de las constantes ofrendas y sacrificios. Pero, ojo, con la misma fuerza y convicción, también creían que si se olvidaban de sus antepasados o se les hacía enfurecer, estos mismos ancestros podían enviarles desastres, calamidades, enfermedades y...

—Y hasta la mismísima muerte —añadió Sebastián levantando ambas manos hacia el cielo aún turbio.

—Cierto, pero la cosa tampoco queda ahí, compadre. Según algunos entendidos, hay 2 cuestiones que se combinan y potencian. Una es que nuestros antiguos también creían que el espíritu del ancestro principal, de tal o cual linaje, tenía la capacidad de meterse en el cuerpo de sus autoridades para así poder comunicarse directamente con sus descendientes y seguidores. Y otra es que, en sus usos y costumbres, había hecho carne el hecho de que los sacrificios y las ofrendas que hacían a sus muertos, a cambio de bienestar, desarrollaban los lazos y las expectativas mutuas establecidos entre los líderes, tanto de la comunidad como del Estado, y todos sus súbditos. Además, a todo esto se suma el hecho de que el Inca, el soberano de turno, se hacía venerar como si fuera una divinidad, como si fuera el centro de todo el sistema de creencias en la medida en que se hacía pasar por el representante del dios Sol sobre la Tierra y como el intermediario entre todos los ancestros muertos y sus descendientes.

—Una combinación cimentada en la confianza que, al ser defraudada, se convertía en material altamente explosivo.

—¡Huevadas! Una combinación cimentada en la milenaria imposición de creencias religiosas que se articulaban o desarticulaban bajo la tutela de los curacas, o sacerdotes si así prefieres llamarlos, y al son de las guerras; porque el culto a los muertos, a los ancestros, se mantenía pero las divinidades de los pueblos derrotados desapa-

recían o pasaban a un segundo plano mientras que el culto a la divinidad, o a las divinidades, de los pueblos vencedores pasaba a ser cosa obligatoria; lo mismo que la gente derrotada tenía que servir al pueblo vencedor. Nada de confianza, nada de hábito humilde, nada de religiosa obediencia ni cojudeces por el estilo; los incas imponían su Sol y su Inca a mazazo limpio. Punto. Evidentemente, de allá para acá, en la actualidad, el culto a los muertos, formalmente, ha cambiado mucho pero de una u otra manera, en general, persiste como culto y como expresión de respeto; y hay que sacar experiencia, ya lo has dicho. Bien. Por eso es que el tarado de Huáscar sembró el descontento antes que la unidad. Mientras que Atahualpa, tratando de frenar la estrepitosa descomposición del Imperio, había emprendido una profunda reforma religiosa con, a mi manera de ver, característica monoteísta y la intención de unificar un gran número de linajes que se diferenciaban unos de otros. Al contrario que Huáscar, que persistía en la construcción e imposición del culto solar entre los pueblos y naciones esclavizados, Atahualpa intenta personificar la adoración al Sol en la figura de Viracocha para concentrar las diversas deidades en una sola.

—Nada corto de entendederas el señor.

—Así es. En este asunto, ciertamente. Pues bien. De antaño existía cierta rivalidad entre el culto a Viracocha y el culto al Inti, el dios Sol impuesto por los Incas. Al parecer, en ciertos momentos de la historia incaica, en medio de pugnas, prevaleció la adoración de uno sobre el otro; mientras que el buenazo de Atahualpa trata de unirlos en uno sólo como fundamento sobre el cual se pueda levantar y construir una identidad que vaya más allá de la cimentada por el linaje. Es sabido que el culto a Viracocha era milenario en el mundo andino y que en los tiempos del Tahuantinsuyo fue restringido y su culto reprimido. Así, no resulta nada difícil comprender que si la religión, en sus mejores momentos, había logrado garantizar, junto a la acción militar, la sumisión de los pueblos y naciones; entonces, qué mejor que emprender un reforma religiosa que, como medio de persuasión moral para desarrollar alianzas e imponer lealtades, intente rescatar la unidad territorial y la ya frágil y debilitada unidad nacional; no hay que olvidar que bajo la férula del Inca se encontraban sometidos más de 80 grupos étnicos. Y como ya dije, esta reforma religiosa era de carácter monoteísta en la medida en que intentaba concentrar todas las divinidades en un solo dios; el original de la creencia andina: Viracocha, que según los cronistas españoles, además de ser el creador del mundo, fue el creador de los seres a su imagen y semejanza; por supuesto que todo esto lo cuentan al mejor estilo bíblico...

—El génesis en su versión andina.

—¡Por favor! La cosmovisión andina tergiversada y adaptada, por los plumíferos y escribientes al servicio del Imperio Español, a los intereses de la retrógrada chanchada española y de la criminal Iglesia Católica y su Santa Inquisición que veían herejía hasta en las pintadas tetas desnudas de Sara y María.

—Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿Cómo es que tiene cizaña? ¿Quieres que la arranquemos?

—Estás hecho todo un Mateo, compadre.

No acababan de festejar con risotadas y empujones la muy acomodada bíblica inspiración de Sebastián cuando de sopetón, al salir de entre unos matorrales, se dieron de bruces con el desagüe de la montaña; una de las varias cañadas que por esa zona hacen de cauce natural para que el agua de lluvia y de pequeñas lagunas se descarguen en el Pampas. Se acercaron a la orilla, que caía en sinuosa vertical; la altura no era mucha, pero para qué correr un trance innecesario, así acordaron y continuaron por el borde de la cañada hasta que un poquito más arriba encontraron el paso que buscaban. Bajaron.

Saltaron pisando sobre algunas de las piedras que en esos momentos tenían la cresta seca y cruzaron el par de metros que servía de lecho al elemento vital.

Avanzaron unos 200 metros por la ribera izquierda del río y ahí estaba. Sí, al frente estaba la desembocadura de la otra cañada que, como una herida hecha al costado de Chuschi, descendía para verter sus quimeras y efluvios en la otra orilla del Pampas.

En mejores o peores tiempos, según se vea, el torrente del Pampas arrasaba con todo lo que encontraba a su paso; pero en esos momentos, las aguas bajaban deslizándose con sosiego; y cual lecho acogedor, al frente, al otro lado del remanso, se había formado una playita de menudo pedregal.

Por no querer cruzar por el puente, cosa que en algún momento les había parecido algo absurdo, habían caminado poco más de 2 kilómetros.

Otearon con atención y tiraron unas cuantas piedras hacia el centro del río para tratar de medir su profundidad. Aunque el lamento del agua les llegó a los oídos como un golpe seco y grave, ni se enteraron de su profundidad. Más por experiencia que por sapiencia, se sacaron el pantalón, le colgaron alrededor del cuello y con los zapatos en la mano cruzaron los veintitantos metros que separaban las orillas con el agua casi hasta el límite de los calzoncillos; y con lo frío que estaba, se les había encogido hasta la pepita del alma.

Se secaron lo mejor que pudieron frotándose las piernas con las manos y esperaron un buen rato antes de vestirse. Luego de descar-

gar los bultos de las espaldas, se echaron sobre un lugar algo plano y seco; recostaron la cabeza sobre el quipe y se pusieron a contemplar el cielo que, a duras penas, se abría para dejar pasar la luminiscencia de la temprana tarde.

—Leoncio —preguntó Sebastián con tono risueño—, ¿puedes decirme por qué no cruzamos por el puente?

Se hizo un prudente silencio. El cielo seguía despejándose con parsimonia y los primeros rayos solares ya se tumbaban sobre ellos y el pedregal.

—No lo sé, compadre —respondió Leoncio, luego de un largo minuto, sorprendido más por la respuesta que por la pregunta—. Será que nosotros mismos no podemos desprendernos con facilidad de nuestras viejas costumbres. ¿Cuántas veces has cruzado por este vado, Sebastián?

—¿Sin ti?... A ver... hummm... Supongo que unas 10 veces. ¿Y tú?

—En todos estos años, después del inicio, aparte de las veces que hemos cruzado el río juntos... —Leoncio hizo una pausa y luego continuó—, ya no lo sé con exactitud, supongo que alrededor de unas 20 veces... —y volvió a callar para meditar su respuesta—. Lo que acabamos de hacer obedece a la fuerza de la costumbre; costumbre pura, redundante e innecesaria.

—Así parece, hermano, así parece —confirmó Sebastián poniendo las manos, con los dedos entrecruzados, detrás de la nuca—. ¿Podemos seguir?

—¿Caminando o recitando?

—Presentando tus puntos de vista, pues, don Jodido.

—¿En qué me quedé? —preguntó Leoncio luego de aclarar su voz.

—En la llegada de los españoles, en Viracocha y en los plumíferos y escribientes al servicio del Imperio Español.

—Bien. Ligado a lo dicho, pienso que habría que establecer que no es que las diferentes naciones y nacionalidades hayan visto en los españoles unos seres divinos que venían a liberarlos, nada más idiota; simplemente, en el fondo, cosa que era ya casi una tradición en los Andes, los veían como a cualquier otro posible aliado que los ayudarían a desperdiciarse de la opresión y explotación incaica. Y si los denominaban Viracochas, no era porque los consideraban seres divinos sino que era parte de la también tradicional adulación y el oportunismo promovido por los curacas. La lucha interna por el Poder; la lucha que el sistema esclavista desarrollaba contra un nuevo modo de producción que pugnaba por levantar cabeza, el feudal; las ansias de independencia que los curacas, ante las nuevas relaciones de producción, infundían al pueblo llano; y la inestabilidad e inseguridad

ridad creada por las reformas religiosas emprendida por ambos hermanos, fueron los factores de mayor peso que desbrozaron el camino para que la miseria española quiebre el desarrollo natural de nuestra historia. Pero, y he aquí algo muy importante a señalar, no les fue fácil; cuando los buenos cristianos mostraron su verdadera catadura, se inició una guerra de resistencia para tratar de expulsar al invasor, que no será vencida sino hasta 1572. Habría de transcurrir 50 años de resistencia antes de que esa canalla de chancheros convirtieran nuestras tierras en un lodazal espiritual y humano donde cimentar lo retrógrado traído de Europa, el feudalismo, un modo de producción que ya en el viejo Continente estaba en agonía.

—Bueno, si en nuestro suelo se trataba de pasar del esclavismo al feudalismo, a alguien se le podría ocurrir pensar que no había estado nada mal que los españoles trasplantaran el feudalismo.

—No pues, no te pases. Una cosa es el desarrollo natural de una sociedad y otra bien distinta es que se lo impongan desde afuera y, como dije, peor aún si se trata de un sistema ya caduco; por lo cual, entre otras cosas, el sistema que traían los españoles era retrógrado en el ámbito mundial y servía de freno a las nuevas relaciones de producción. Ahora bien, aprovechando el tema, déjame hacer un pequeño paréntesis necesario.

—Si sigues así, dentro de poco te vas a convertir en el señor de los paréntesis —exclamó Sebastián tras soltar una risotada.

—¡Ya pues, no jodas! Y ahora escucha con atención, compadre —pidió Leoncio después de celebrar la ocurrencia con gestos que daban a entender que había captado la indirecta—. Hay que recordar y tener en cuenta que los incas, con su tradición oral, sepultaron en el olvido la historia de las civilizaciones anteriores a ellos; y esa tradición fue seguida por los españoles de la época, sus cronistas y comentadores; y en nuestra historia no muy lejana, por aquellos arqueólogos, historiadores y filósofos que, sin mostrar el más mínimo esfuerzo por buscar la verdad, se concentraron en exaltar las supuestas virtudes civilizadoras del Imperio Incaico. El descubrimiento de Caral, otra vez Caral, ayuda a todos aquellos otros estudiosos que se esfuerzan por hacernos entender que, en nuestra historia, civilización no es sinónimo de inca. Eso nos debe dar a entender que si primero los incas y luego los españoles se esforzaron por borrar de la memoria colectiva parte importante de nuestra historia, en la actualidad hay quienes honestamente se preocupan por reconstruir nuestro proceso de desarrollo económico, social, político e ideológico a lo largo de varios milenios.

—En eso estamos de acuerdo. Así como en que Chavín tampoco fue la *matriz de la cultura peruana* —dijo Sebastián arrastrando sus

últimas palabras.

—¡Sí, claro! Matriz, cultura y civilización. ¡Cómo no! Ese Tello y los que actualmente lo redescubren, los guaqueros del gran oráculo, nos quieren contar viejos cuentos que ya nadie debe de creer. Bien, entonces, después de ese pequeño paréntesis, sigo. Como fuere y a pesar de lo que bíblicamente digan los comentaristas, españoñilos o no, el asunto es que en medio del zafarrancho que he tratado de describirte, llegaron los españoles para hollar nuestro suelo, saquear sus riquezas y perpetrar genocidio. Sobre Francisco Pizarro, se dice que, más o menos, a partir de 1509, empieza a escalar puestos a punta de codazos; mete presos a sus rivales y se hace encomendero y alcalde de Panamá para luego, en 1524, asociarse con otros aventureros y emprender la invasión de *El Birú*. Años van y años vienen y entre matanza y matanza traza con su espada la archiconocida raya en el suelo para obligar a sus hombres a decidirse entre seguir o no con la expedición y surge la apocalíptica banda de los 13 de la Isla del Gallo. Claro que estos individuos, según los historiadores, no fueron los primeros ni los únicos que intentaron penetrar en nuestras tierras, pero sí los que se llevaron los laureles; y, por qué no, el oro y la plata. A fines de 1532 Pizarro entra en Cajamarca, se dice, invitado por el Inca. Mientras tanto, Atahualpa, el Inca, había mandado asesinar a su hermano Huáscar después de derrotarlo en el Cusco; los españoles capturan a Atahualpa, acumulan un poco de oro en el Cuarto del Rescate y después de un juicio sumario, al mejor estilo de inquisidor conmisericordioso, le retuercen el pescuezo para no quemarlo. Más adelante, el buenazo de Pizarro, secundado por su banda, indujo a la panaca de Huáscar y a la nobleza del Cusco a mantener una estrecha alianza, claro está, hasta cuando le fue útil y después a degüello, señor; pero el ladino hidalgo no se queda ahí, como buen jugador de dados, nombra Inca a un hermano de Atahualpa en 1533 y poco después se casa con su hermana, quiero decir con la hermana de Atahualpa y no con su propia hermana, así que no te rías, Sebastián. Bien, toda esa pesadilla es conocida y algunos maestros la enseñan en los colegios, siguiendo el currículo oficial, como si se sintieran orgullosos de que nuestros antepasados hayan sido conquistados por, dizque, europeos; se sienten agradecidos por el mestizaje ramplón y por la liquidación de las culturas nativas con el apoyo de la etnia inca...

—Aunque, más adelante, la cultura incaica también fue liquidada —señaló Sebastián y continuó sin apuro—. Bueno, entonces se podría decir que Pizarro comía a 2 cachetes utilizando las panacas de Huáscar y de Atahualpa, según sus intereses, para crear una unidad orgánica que le permitiera extender el saqueo de nuestras riquezas y

acentuar la expoliación y opresión de la masa campesina.

—Lo que Pizarro hizo, al beneficiar y utilizar a la panaca de Huáscar, al nombrar Inca a un hermano de Atahualpa y al casarse con la hermana de él, era seguir con las costumbres de sus reyes soberanos y el matrimonio de alianzas; y sobre lo que tu llamas *unidad orgánica* fue una cosa que no lograron sino hasta mucho después, y no sólo a causa de la guerra de resistencia de los nativos sino también porque se desató una cruenta guerra civil entre los invasores y les llevó tiempo imponer un sistema económico, social, político e ideológico que desde sus orígenes se formó sin tener en cuenta a la masa campesina sino que, por el contrario, estuvo en contra de sus intereses.

—La conquista española, como dice Mariátegui —intervino Sebastián—, uniformó la fisonomía étnica, política y moral de la América Hispana; dice que los conquistadores impusieron a las poblaciones indígenas su religión y su feudalidad y que su sangre se mezcló con la sangre india y fue así como se crearon los núcleos de población criolla que vendrían a ser los gérmenes de futuras nacionalidades, hoy latinoamericanas. Luego, analizando la generación libertadora en el proceso de la lucha por la independencia, dice que fueron idénticas ideas y emociones las que agitaron a las colonias contra España partiendo del sentimiento de la unidad sudamericana como una cuestión de necesidad histórica; y añade que el proceso de formación de los pueblos indo-españoles tuvo una trayectoria uniforme...

—Y ése fue un análisis general para los tiempos de la lucha por la independencia —interrumpió Leoncio continuando con la idea y el debate—, porque, como él mismo dice en el texto que acabas de citar, dentro de las colonias españolas no podía haber un nacionalismo ya que aún no había nacionalidades; en consecuencia, dice, no había un ideal nacionalista sino un ideal americanista. Pero, ojo pestaña y ceja, cuando dice esto, se circunscribe o refiere única y exclusivamente a los pueblos indo-españoles y no hay que olvidar que la lucha por la independencia, según José Carlos, fue un movimiento *netamente* criollo, no indígena. Mariátegui, en otro lugar, ya lo había descrito, dice: La revolución de Túpac Amaru la hicieron los indígenas; la Revolución de la Independencia la hicieron los criollos. Y añade que entre ambos acontecimientos no hubo consanguinidad espiritual ni ideológica. Bien, entonces, yo pienso que ese proceso, a través del cual, en las palabras de Mariátegui, la conquista española uniformó la fisonomía étnica, política y moral de la América Hispana, ojo otra vez, está hablando de la *América Hispana*, es decir del descendiente del español invasor y colonizador, se construye sobre la desarticulación de las nacionalidades y naciones ya existentes en nuestras tierras; y repito, sobre la *desarticulación* pero no sobre la *liquidación total* de

las nacionalidades y naciones. Y la única forma correcta de entender esa *desarticulación* es dentro del proceso de desarrollo histórico del conjunto de la sociedad, como un proceso de reestructuración de la nación...

—Pero Mariátegui dice que...

—Ya sé lo que dice Mariátegui; dice que la conquista española *aniquiló la cultura incaica, que destruyó el Perú autóctono y frustró la única peruanidad que ha existido*; dice que los españoles extirparon del suelo y de la raza *todos los elementos vivos de la cultura indígena*; que *reemplazaron* la religión incásica con la religión católica romana y que de la *cultura incásica* no dejaron sino *vestigios muertos*. Añade que los descendientes de los conquistadores y colonizadores *constituyeron el cimiento del Perú actual*. Reitera que la independencia fue realizada por esa población criolla; añade que la idea de la libertad no brotó espontáneamente de nuestro suelo; que su germen nos vino de afuera, que fue la revolución francesa la que engendró la independencia americana, etcétera. Y remata la idea diciendo que la independencia aceleró la asimilación de la *cultura europea*; que el desarrollo del país ha dependido directamente de este proceso de asimilación y que el Perú ha quedado así insertado dentro del organismo de la civilización occidental. Pues bien, Mariátegui empieza con todo lo que acabo de citar planteándose un par de preguntas: ¿Existe hoy una ciencia, una filosofía, una democracia, un arte, existen máquinas, instituciones, leyes, *genuina y característicamente peruanos*? El idioma que hablamos y que escribimos, el idioma siquiera, *¿es acaso un producto de la gente peruana*? Y se responde: El Perú es todavía una *nacionalidad en formación*. Ojo, no dice que el Perú es todavía una *nación* en formación; dice textualmente: El Perú es todavía una *nacionalidad en formación*.

—Pero...

—Espera, pues, hermanito. Déjame parir. Mariátegui dice que el Perú es todavía una nacionalidad en formación; y añade que la están construyendo, sobre los inertes estratos indígenas, los aluviones de la *civilización occidental*. ¿Qué vemos aquí? Pues varios puntos. Primero, a grandes rasgos, 3 cosas que hizo la conquista española, a saber: *aniquiló la cultura incaica, destruyó el Perú autóctono y frustró la única peruanidad que ha existido*. Su punto de partida es el incanato al que le atribuye, en exclusiva, la única peruanidad que haya existido; es decir, antes de los incas no hubo *peruanidad* alguna. Segundo, habla de cultura y religión; sobre la cultura incaica, primero dice que fue aniquilada aunque luego añade que sólo quedan vestigios muertos; sobre la religión dice que es reemplazada por la católica romana. Y tercero, que los descendientes de los conquistadores y colonizado-

res constituyeron el cimiento del Perú actual; que la independencia aceleró la asimilación de la cultura europea; y, así, el Perú queda insertado dentro del organismo de la civilización occidental...

—Pero, nación y nacionalidad son...

—Momentito —interrumpió Leoncio haciendo gestos de pedir calma con ambas manos y se incorporó para sacar su libreta de notas del bolsillo interior de su raída casaca azul; y luego de ojear hasta encontrar lo que buscaba, continuó—. Todo lo que estoy citando de Mariátegui está en *Peruanicemos al Perú*, concretamente en el artículo: *Lo nacional y lo exótico*. Bien, el escrito empieza así: Frecuentemente se oyen voces de alerta *contra la asimilación de ideas extranjeras*. Estas voces *denuncian el peligro de que se difunda en el país una ideología inadecuada a la realidad nacional*. Y no son una protesta de las supersticiones y de los prejuicios del difamado vulgo. En muchos casos, *estas voces parten del estrato intelectual*. Podrían acusar una mera tendencia proteccionista, dirigida a defender los productos de la *inteligencia nacional* de la concurrencia extranjera. Las importaciones útiles a ese interés no les parecen nunca malas, cualquiera que sea su procedencia. Se trata, pues, de *una simple actitud reaccionaria*, disfrazada de nacionalismo. ¿De qué está hablando?

—De ideología, del rechazo a una ideología foránea e inadecuada para nuestra realidad, según los defensores del nacionalismo reaccionario —dijo Sebastián sin mostrar mucha emoción.

—Así es. De un rechazo a las llamadas ideas extranjeras; de una ideología que es refutada con una actitud reaccionaria disfrazada de nacionalismo que supuestamente pretenden proteger los productos de la inteligencia nacional. Y no sé si tú te has dado cuenta de lo que acabas de decir; Mariátegui habla de una actitud reaccionaria disfrazada de nacionalismo y lo que tú afirmas es que se trata de un *nacionalismo reaccionario*. Y te diré que tienes razón, así es. Bien, líneas más abajo dice que sus sostenedores demuestran, en verdad, muy poca imaginación. *Demuestran, además, muy exiguo conocimiento de la realidad nacional. Quieren que se legisle para el Perú, que se piense y se escriba para los peruanos y que se resuelva nacionalmente los problemas de la peruanidad, anhelos que suponen amenazados por las filtraciones del pensamiento europeo*. Pero todas estas afirmaciones son demasiado vagas y genéricas. *No demarcan el límite de lo nacional y lo exótico. Invocan abstractamente una peruanidad que no intentan, antes, definir*. Ojo, dice: *Invocan abstractamente una peruanidad que no intentan, antes, definir*. Y luego sigue: *Esa peruanidad, profusamente insinuada, es un mito, es una ficción. La realidad nacional está menos desconectada, es menos independiente de Europa, de lo que suponen nuestros nacionalistas*. El Perú contem-

poráneo se mueve dentro de la órbita de la civilización occidental. *La mistificada realidad nacional no es sino un segmento, una parcela de la vasta realidad mundial.* Todo lo que el Perú contemporáneo estima lo ha recibido de esa civilización que no sé si los nacionalistas a ultranza calificarán también de exótica. Bien, luego se hace las preguntas que ya mencioné sobre lo genuina y característicamente peruano y se responde que el Perú es todavía una nacionalidad en formación.

—Con lo que según tú, nacionalidad y peruanidad están, en nuestro caso, estrechamente ligados; así como que cada país tiene lo suyo, ¿no?

—Sí, así es. Es así como yo lo entiendo. Como una forma de ser, como un sentimiento de pertenencia y como una identificación con algo que une, se den cuenta o no, a los ciudadanos de un determinado país a pesar de la variedad de formas y contenidos con que, esta forma de ser, sentir e identificarse, se expresan; a pesar de las expresiones y manifestaciones singulares y particulares con que se pongan de manifiesto; y a pesar de los diferentes matices con que los gustos particulares acojan, por ejemplo, el arte y la literatura *nacionales*, entre otras muchas cosas donde necesaria e inexorablemente se combinan y fusionan lo autóctono con lo foráneo, lo nacional con lo extranjero, lo individual con lo general, lo particular con lo universal. Y con lo de gustos particulares no me estoy refiriendo a aquellos individuos que, siendo la excepción, carecen, niegan o ignoran el identificarse con lo propio, con lo nacional que asimila y se une con lo extranjero, y se consideran a sí mismos ciudadanos del mundo; estas personas, agarrándose con una mano a una falacia y con la otra a una quimera, creen estar por encima de la identidad nacional que se basa en la nación. No, no me refiero a esas candilejas que brillan y deslumbran un día para apagarse al otro; me refiero al conjunto de la población de un país que se identifica con él. Quien ignora, quien no siente las cosas del terruño, menos podrá sentir las cosas del mundo; ya lo dijo Mariátegui, y añade que el sentimiento cosmopolita se junta y se combina con el sentimiento nacional. Ése es el fondo de la nacionalidad y de la peruanidad; y no puede confundirse ni usarse como sinónimo de nación ya que...

—Pero te olvidas que Mariátegui en *7 Ensayos* escribió que la peruanidad hay que entenderla como una formación social...

—Precisamente, pues, compadre. Ésa es la trama y la limitación. La peruanidad es una formación social o mejor dicho, su reflejo; la nación es más que eso. Como has dicho, tú sacas la idea de lo que Mariátegui escribió en *7 Ensayos*; y lo hace hablando de Garcilaso, de ese que se creía inca y de quien Mariátegui afirmó que era más inca que conquistador, más quechua que español, aunque yo sosten-

go exactamente lo contrario; pero no importa, el asunto es que él dice que Garcilaso es, históricamente, el primer *peruano*, lo escribe entre comillas, si entendemos la *peruanidad*, también escrito entre comillas, como una formación social, determinada por la conquista y la colonización españolas; y dice esto a pesar de que ya había certificado que la conquista española había frustrado la única peruanidad que había existido; es decir, la incaica...

—Explicáte, por favor, sin dar tantas vueltas —requirió Sebastián algo fastidiado.

—A ver, cómo te lo explico. Veamos. De una u otra forma ya lo hemos visto en la parte de la historia universal y el desarrollo del hombre y las sociedades en estrecha relación con la producción de medios de existencia y bienes materiales; con el modo de producción de la vida material. Pero no importa, recapitulemos...

—Puedes ir al grano, carajo.

—Si quieres lo dejamos, ¿quieres una receta o una explicación?

—Claro que una explicación, compadre, pero concéntrate en lo esencial.

—Bien, lo intentaré. En el desarrollo de la formación económica de la sociedad, cualquiera que ésta sea, hay puntos de quiebre, saltos cualitativos. Pero siempre hay que saber distinguir los cambios materiales que se suceden en las condiciones económicas de producción y los cambios que se producen en las formas ideológicas, es decir, en las formas filosóficas, políticas, jurídicas, artísticas o religiosas; o sea, y ya lo hemos visto, las formas ideológicas en que los hombres toman conciencia del conflicto que ello significa y luchan por resolver esa contradicción. Pues bien. En nuestra historia este conflicto no se da ni se inicia con la aparición del capitalismo a nivel mundial ni con la invasión española ni con los incas; nada de eso, es un proceso que data de muchísimo más atrás y no voy a repetir lo que ya hemos visto en detalle. Lo que sí hay que reiterar es que esos saltos cualitativos no pueden, o no deben, ser explicados por sus formas ideológicas, por su conciencia; al contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto que se desarrolla entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. La formación social, de ahí resultante, es viva expresión del incesante movimiento y desarrollo, en espiral, de la historia y de la humanidad. Una formación social no desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, ya

que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización. Se llega a un momento en que las relaciones de producción se tornan antagónicas en el proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. No se puede explicar la estructura y el desarrollo de una formación social determinada exclusivamente por las relaciones de producción, hay que explicar también las superestructuras correspondientes a estas relaciones de producción. De ahí se puede comprender por qué se apunta a desarrollar determinadas fuerzas productivas sociales y a crear condiciones materiales de producción que sean las únicas capaces de constituir la base real de una formación social superior cuyo principio fundamental sea el desarrollo pleno y libre de cada individuo. Mi querido Sebastián, te estoy citando cosas sabidas y las conoces tan bien como yo; así que no digas que no lo sabes o que te sorprende.

—No digo que me sorprende ni que no lo sé, digo que vayas al grano, compadre.

—Déjame, pues, ésta es sólo una pequeña base teórica para entender lo que dice Mariátegui; o tal vez sea mejor decir lo que yo entiendo en Mariátegui. Te voy a poner al descubierto algunas cosas sueltas que él sostiene; por ejemplo, dice que la independencia aceleró la asimilación de la cultura europea; que el desarrollo del país ha dependido directamente de este proceso de asimilación; que hemos tomado de Europa y Estados Unidos todo lo que hemos podido; que cuando se ha debilitado nuestro contacto con el extranjero, *la vida nacional* se ha deprimido; que una rápida excursión por la historia peruana nos entera de todos los elementos extranjeros que se *mezclan y combinan en nuestra formación nacional*; que contrastándolos, identificándolos, no es posible insistir en aseveraciones arbitrarias sobre la *peruanidad*. ¿Recuerdas lo que antes había dicho sobre la peruanidad?

—¡Leoncio!

—Está bien, hermano, no te enojés. Sigo, teniendo todo lo anterior en cuenta, dice que no es dable hablar de ideas políticas nacionales; que tenemos el deber de no ignorar la realidad nacional; pero tenemos también el deber de no ignorar la realidad mundial; que el Perú es un fragmento de un mundo que sigue una trayectoria solidaria; que los pueblos con más aptitud para el progreso son siempre aquellos con más aptitud para aceptar las consecuencias de su civilización y de su época; y se pregunta: ¿Qué se pensaría de un hombre que rechazase, en el nombre de la *peruanidad*, el aeroplano,

el radium, el linotipo, considerándolos exóticos? Lo mismo se debe pensar del hombre que asume esa actitud ante las nuevas ideas y los nuevos hechos humanos. En otro lugar escribe: El problema indígena se presenta como el problema de 4'000,000 de peruanos. Expuesto en términos nacionalistas, insospechables y ortodoxos, se presenta como *el problema de la asimilación a la nacionalidad peruana* de las 4/5 partes de la población del Perú. ¿Cómo negar la peruanidad de un ideario y de un programa que proclama con tan vehemente ardimiento, su anhelo y su voluntad de resolver este problema? Y escucha esto con atención, escribe: Los discípulos del nacionalismo monarquista de *L'Action Française* adoptan, probablemente la fórmula de Maurras: *Todo lo nacional es nuestro*. Pero su conservantismo se guarda mucho de definir lo nacional, lo peruano. Teórica y prácticamente, el conservador criollo se comporta como un heredero de la colonia y como un descendiente de la conquista. *Lo nacional, para todos nuestros pasadistas, comienza en lo colonial*. Lo indígena es en su sentimiento, aunque no lo sea en su tesis, lo prenatal. El conservantismo no puede concebir ni admitir sino una peruanidad: la formada en los moldes de España y Roma. Este sentimiento de la peruanidad tiene graves consecuencias para la teoría y la práctica del propio nacionalismo que inspira y engendra. La primera consiste en que limita a 4 siglos la historia de la patria peruana. Y 4 siglos de tradición tienen que parecerle muy poca cosa a cualquier nacionalismo, aún al más modesto e iluso. Ningún nacionalismo sólido aparece en nuestro tiempo como una elaboración de sólo 4 siglos de historia. Hasta ahí llega José Carlos, pero habría que añadir que tampoco de 5 ni 6 ni 7, que tampoco empieza con los incas sino hace miles de años, en un proceso histórico labrado por nuestros antiguos, que madura en lo que hoy se llama la patria peruana y su mejor cosecha será en un nuevo amanecer.

—Pero se supone que Mariátegui toma en cuenta a nuestros originarios —dijo Sebastián como defensa ante el huayco de ideas que se le venía encima.

—Vamos a ver dijo el ciego. Escucha: Para sentir a sus espaldas una antigüedad más respetable e ilustre, el *nacionalismo reaccionario* recurre invariablemente al artificio de anexarse no sólo todo el pasado y toda la gloria de España sino también todo el pasado y la gloria de la latinidad. Las raíces de la nacionalidad resultan ser hispánicas y latinas. El Perú, como se lo representa esta gente, no desciende del Incario autóctono; desciende del imperio extranjero que le impuso hace 4 siglos su ley, su confesión y su idioma. Pero sigue, en *Tareas de nuestra América*, se lee: El espíritu hispano-americano está en elaboración. El continente, la raza, *están en formación también*. Los

aluviones occidentales en los cuales se desarrollan los embriones de la cultura hispano o latino-americana, en la Argentina, en el Uruguay, se puede hablar de latinidad, no han conseguido consustanciarse ni solidarizarse con el suelo sobre el cual la colonización de América los ha depositado. En gran parte de Nuestra América constituyen un estrato superficial e independiente al cual no aflora el alma indígena, deprimida y huraña, a causa de la brutalidad de una conquista que en algunos pueblos hispano-americanos no ha cambiado hasta ahora de métodos. Y añade: Los elementos de la nacionalidad en elaboración no han podido aún fundirse o soldarse. La densa capa indígena se mantiene casi totalmente extraña al proceso de formación de esa peruanidad que suelen exaltar e inflar nuestros sedicentes nacionalistas, predicadores de un nacionalismo sin raíces en el suelo peruano, aprendido en los evangelios imperialistas de Europa..., etcétera. ¿Satisfecho?

—Si tienes que seguir, mejor sigue y no preguntes.

—Como quieras. Ahora déjame leerte algunas cosas escritas por Mariátegui para tiempos posteriores a la independencia. Ojo. En una parte de *El proceso de la instrucción pública* anota lo siguiente, dice: El *sentimiento y el interés* de las 4/5 partes de la población no juegan casi ningún rol en la formación de *la nacionalidad y de sus instituciones*. En *7 Ensayos*, en el capítulo dedicado a *La Región en la República*, dice: La *raza y la lengua* indígenas, desalojadas de la Costa por la gente y la lengua españolas, aparecen hurañamente refugiadas en la Sierra. Y por consiguiente en la Sierra se concertan todos los factores de una *regionalidad si no de una nacionalidad*. El Perú costeño, heredero de España y de la conquista, domina desde Lima al Perú serrano; *pero no es demográfica y espiritualmente asaz fuerte para absorberlo. La unidad peruana está por hacer*; y no se presenta como un problema de *articulación y convivencia*, dentro de los confines de un *Estado único*, de varios antiguos pequeños Estados o ciudades libres. En el Perú el problema de la unidad es mucho más hondo, porque no hay aquí que resolver una pluralidad de tradiciones locales o regionales sino *una dualidad de raza, de lengua y de sentimiento*, nacida de la invasión y conquista del Perú autóctono por una raza extranjera que no ha conseguido fusionarse con la raza indígena ni eliminarla ni absorberla.

—¡Mira! Date cuenta —dijo Sebastián levantando y agitando el dedo índice de la mano derecha contra el cielo—, Mariátegui dice que el problema de la unidad peruana no es un problema de articulación y convivencia de una pluralidad de tradiciones locales o regionales sino de una dualidad de raza, de lengua y de sentimiento.

—Sebastián, eres tú el que tiene que mirar y recordar precisa-

mente lo que acabas de *repetir* al pie de la letra. Y ahora presta mucha atención; páginas más adelante, en *El Proceso de la literatura*, dice: El *criollismo* no ha podido prosperar en nuestra literatura, como una corriente de *espíritu nacionalista*, ante todo porque *el criollo no representa todavía la nacionalidad*. Se constata, casi uniformemente, desde hace tiempo, que somos una *nacionalidad en formación*. Se percibe ahora, *precisando ese concepto*, la subsistencia de una *dualidad de raza y de espíritu*. En todo caso, se conviene, unánimemente, en que *no hemos alcanzado aún un grado elemental siquiera de fusión de los elementos raciales que conviven en nuestro suelo y que componen nuestra población*. El criollo no está netamente definido. Hasta ahora la palabra *criollo*, escribe criollo entre comillas, no es casi más que un término que nos sirve *para designar genéricamente una pluralidad, muy matizada, de mestizos*. Nuestro criollo carece del carácter que encontramos, por ejemplo, en el criollo argentino. *El argentino es identificable fácilmente en cualquier parte del mundo: el peruano, no*. Esta confrontación, es precisamente la que *nos evidencia que existe ya una nacionalidad argentina*, mientras no existe todavía, *con peculiares rasgos, una nacionalidad peruana*. El criollo presenta aquí una serie de variedades. *El costeño se diferencia fuertemente del serrano*.

Leoncio, mientras leía en voz alta las citas asentadas con letra fina y menuda en su libreta de notas, se había emocionado de tal manera que, cuando leía la parte de la cita que pensaba que era importante y quería que Sebastián lo notara, modulaba el tono de su voz y arrastraba las palabras, pronunciándolas lenta y claramente, como si con ello tallara las bases de una idea en la conciencia no de una sino de muchas personas. Hizo una pausa, carraspeó y luego continuó.

—En *Peruanicemos al Perú*, escribe: La dualidad de la historia y del alma peruanas, *en nuestra época*, se precisa como *un conflicto entre la forma histórica* que se elabora en la Costa y el *sentimiento indígena* que sobrevive en la Sierra hondamente enraizado en la naturaleza. *El Perú actual es una formación costeña*. Muy bien, ahora fijate con atención en lo siguiente. En *Figuras y aspectos de la vida mundial*, escribe: A medida que se complican los tiempos post-bélicos, resulta más y más evidente que la Paz de Wilson, Lloyd George y Clemenceau, *no ha resuelto ni aún en teoría el problema de las nacionalidades*; pero que lo ha planteado en la práctica. La Paz *no ha sabido crear un sólo Estado nuevo que pueda ser reconocido como una nacionalidad homogénea y orgánica*. No sólo porque se ha inspirado en los intereses políticos de las potencias vencedoras, sino también porque es en sí muy difícil demarcar, de suerte que coincidan absolutamente, *los confines geográficos, sentimentales y étnicos de*

una nacionalidad. Y, cuando estos confines han sido aproximadamente encontrados, queda por averiguar si la nacionalidad constituye o no, al mismo tiempo, un organismo económico. El sentimiento nacional de un pueblo es a veces su pasado, en tanto que su realidad económica es en todos los casos su presente. ¡Muy interesante! Sebastián, recuerda y no olvides esta constatación que, para mí, es muy importante. Bien, sigo. Mariátegui escribe: Yugoslavia es una de las creaciones de la paz. Como Minerva nació armada de la testa de Júpiter, el Estado yugoeslavo salió listo de la testa, un poco menos mitológica, del Presidente Wilson. Antes de la paz no existía sino el Estado serbio. Un Estado balcánico con una población de 3'000,000 de serbios y una superficie territorial de 48,000 kilómetros cuadrados. Sobre la base de este Estado serbio, la Conferencia de la Paz formó el Estado yugoeslavo con 12'000,000 de habitantes y 248,000 kilómetros cuadrados. Presidió la rápida concepción de este Estado el propósito de fusionar con el pueblo serbio a pueblos del mismo origen, incorporados hasta entonces en el disuelto imperio austro-húngaro, que reivindicaban su derecho a disponer de sí mismos. Serbios, croatas y eslovenos, aunque hablaban distintos dialectos, eran de la misma raza. Se pensó, por ende, que nada podía convenirles mejor que unirse y soldarse en un solo Estado. Y, por diversas razones, se anexó al nuevo Estado una parte de Hungría y el Reino de Montenegro. Luego especifica: Pero en el organismo del nuevo Estado, la hegemonía de Serbia fue, naturalmente, favorecida. Las potencias aliadas tenían que pagar su deuda de gratitud a la monarquía de los Karageorgevich. La Conferencia de la Paz no se preocupó del sentimiento seguramente antidinástico y republicano de la mayoría croata-eslovena. Olvidó, por otra parte, que los croatas y los eslovenos se sentían culturalmente superiores a los serbios. La convivencia con Austria los había diferenciado. En el pueblo serbio veían un pueblo balcánico, más oriental que occidental. Y, si no te has olvidado, Sebastián, recordarás que al principio ya hemos analizado las nefastas consecuencias en el papel jugado por las distintas etnias y nacionalidades en la guerra de desmembramiento de la antigua Federación Popular de Yugoslavia. Muy bien, ¿qué observamos? Que Mariátegui constantemente habla de nacionalidad; de sentimiento nacional, de cultura, de idioma, etcétera; así que volvemos al inicio de todo nuestro rollo y a la pregunta de ¿qué es cultura? ¿Qué es nacionalidad? ¿Nos lleva esto a hablar de identidad? ¿Existe ésta? ¿Qué es nación? ¿Basta con que falte uno de sus rasgos característicos para que la nación deje de serlo? ¿Eh? ¿Hay o no hay necesidad de entender bien lo que es una nación? ¿Hay o no hay necesidad de entender el papel que las nacionalidades, las etnias y la religión juegan en la formación

o desintegración de una nación? El problema de la nación, como fondo principal, ¿tiene que ver con las clases sociales, o no? ¿Tiene o no que ver con el problema del Frente Único? ¿Sí o no?

—Bueno, bueno, bueno, ya está, acepto —dijo Sebastián desde el suelo levantando las manos con un gesto de rendición—. Eso ya lo hemos aclarado y convenimos en que, en determinado momento de su historia, nación, clases sociales y Frente Único están interrelacionados y estrechamente ligados. Sí, así es.

—Pues bien, supongo que cuando te interrumpí querías decir que Mariátegui usa los conceptos de nacionalidad y nación como si fueran sinónimos. ¿Verdad?

—Sí, así es, a pesar de que hay idas y venidas, vueltas y revueltas, pienso que Mariátegui los usa como sinónimos; por eso da lo mismo decir que somos una nación en formación o que somos una nacionalidad en formación. Pero por lo que acabas de explicar, basado en citas del propio Mariátegui, parece que tú no crees que es así.

—Sí y no. Si las citas se sacan de contexto, cualquiera podrá encontrar, en una y la misma cita, los argumentos que necesita para sostener hoy una cosa y mañana su contrario. Pero al margen de ello, a lo largo de las obras de Mariátegui, se podrá encontrar un montón de líneas en las que se puede ver que usa el vocablo nación para referirse al Estado; en otros lugares usa el vocablo nacionalidad para referirse a ciudadanía; incluso habrá alguien que los encuentre como sinónimo. Es posible. Yo pienso que Mariátegui, en líneas generales, usa el vocablo nacionalidad en su acepción social; es decir, como una identidad, como un sentimiento; un sentimiento que refleja el carácter nacional de un pueblo; la identificación de un grupo social *con la nación* y por ello hace la diferencia entre la *nacionalidad* argentina y la carencia de *nacionalidad* en los peruanos de su época. Habla de una identidad basada en la nación; nacionalidad que se identifica con el concepto de nación pero que no son uno ni lo mismo. Así como tampoco nación y Estado son uno y lo mismo. Su idea es interpretada, por algunos, según mi manera de ver, sobre la base del concepto Estado nación, según su acepción jurídico-política, que nace con el tratado de Westfalia de 1648, en el que se da inicio a un nuevo orden basado en el concepto de soberanía nacional; concepto que se desarrolla a partir del Siglo XIX y se pretendió generalizar después de la Segunda Guerra Mundial; después del proceso de descolonización y el nuevo reparto del mundo donde se establece, o se pretende establecer, la identidad entre nación y Estado, cosa que en la práctica, según algunos, resulta difícil de realizar dada la multiplicidad de identidades y confusión entre diferentes comunidades, culturas, lenguas, religiones, territorios y fronteras, etcétera; todas esas cosas que ya

las hemos visto cuando conversamos sobre la definición de nación. Bien. Pero para mí, lo determinante, es lo siguiente, y por eso te pedí que lo recuerdes. Mariátegui escribe: Queda por averiguar si la nacionalidad constituye o no, al mismo tiempo, un organismo económico. Y añade: El *sentimiento nacional* de un pueblo es a veces su pasado, en tanto que su *realidad económica* es en todos los casos su presente. Estas ideas son reforzadas, en *Peruanicemos al Perú*, cuando dice que la nación no es una realidad abstracta superior y distinta a la realidad concreta y viviente de sus ciudadanos y que sin el auxilio de la economía es imposible entender los fenómenos que dominan el proceso de formación de la nación peruana. Por lo que, para mí, es aquí donde entra a tallar la correcta comprensión del capitalismo burocrático...

—Con lo que, al final de cuentas y a pesar de que dices que no, estás negando a Mariátegui y diciendo que se ha equivocado ya que no somos una nación en formación sino que somos una nación históricamente ya formada.

—Mira, Sebastián, lo que yo trato de decir es que a lo largo de las obras de Mariátegui se nota un desarrollo, una madurez. Nadie me va a decir que su obra está libre de contradicciones y limitaciones, eso es plenamente demostrable; por ejemplo, aparte de lo de la peruanidad que ya he citado varias veces, está la vaina de los Incas y del Imperio Incaico, que para mí no son ni la primera ni la última chupada del mango. Mariátegui se muestra deslumbrado por el par de huevadas que en su tiempo se decían sobre la horda de esclavistas que dirigían ese Imperio; pero, a pesar de todo, esas opiniones, que demuestran las limitaciones de las investigaciones históricas de su tiempo, no le impiden llegar a geniales abstracciones que demuestran que se supera a sí mismo y llega a establecer una línea ideológica y política justa y correcta; es más, en la plenitud de su corta vida, establece y nos hereda una guía para la acción. Claro que todo esto te suena a herejía y, a pesar de que he intentado aclararte de que no se trata de tirarse nada ni a nadie abajo, aún tienes una espina clavada en un costado; pero ése es tu problema y no el mío, así que tendrás que exponer y defender tus propias opiniones y las discutiremos abiertamente.

Sebastián se incorporó para ir a orinar. Dio un pequeño paseo hasta la boca de la cañada y oteó entre sus pliegues. Regresó y se sentó al lado de Leoncio que lo esperaba con la bolsita de hojas de coca abierta a la invitación, Sebastián se sirvió un buen puñado y Leoncio continuó con calma.

—No hay que olvidar, además, que si se rastrea nuestra historia, según Mariátegui, a partir de la conquista *hay una dualidad* y existe

un conflicto entre Costa y Sierra, cosa que no había antes, y el mismo Mariátegui dice que ni el español ni el criollo supieron ni pudieron conquistar los Andes. Sobre esto volveré más adelante porque es importante. Bien. Gracias por obligarme a regresar al punto, pero aunque parece una desviación, del tema, es su corolario. Pero antes de seguir puntuales en la secuencia del tiempo, déjame leerte aún otra pequeña cita; Mariátegui, hablando de la instrucción pública, dice: El problema está en las raíces mismas de este Perú *hijo* de la conquista. No somos un pueblo que asimila las ideas y los hombres de otras naciones, impregnándolas de su sentimiento y su ambiente, y que de esta suerte enriquece, sin deformarlo, *su espíritu nacional*. *Somos un pueblo en el que conviven, sin fusionarse aún, sin entenderse todavía, indígenas y conquistadores*. Ojo, a pesar de lo que te he leído antes que, comparado con esto, expresa sus propias contradicciones, Mariátegui, en otras palabras, dice que, aunque aún no nos fusionamos ni entendemos, somos *un* pueblo en el que conviven indígenas y conquistadores. *Somos un pueblo*, eso es lo que hay que destacar. Para mí, esa afirmación ya encierra la unidad o identidad de los contrarios que se desarrolla a lo largo del proceso histórico de una nación, unidad que, evidentemente, es condicional, temporal y relativa. Una nación surge en la historia o desaparece de ella, no por el espíritu de raza o por la iniciativa política, sino por las condiciones sociales. Punto. Así, para parir de una buena vez, diré que, tomando todo lo dicho como base, yo sostengo que somos una nación de naciones; *una* nación que habita un país semifeudal y semicolonial constituido en un Estado de dictadura burguesa que se desarrolla como un Estado multinacional en el que conviven, fusionadas o no, las diferentes naciones, nacionalidades, pueblos y etnias que conforman esta nación y que tienen una unidad histórica jalonada a lo largo de todo el proceso de su desarrollo económico, social, cultural, político e ideológico. Somos *una* nación dividida en clases sociales con intereses comunes, en determinados casos, y antagónicos e irreconciliables, en otros. Somos *una* nación dividida en una minoría de clases que detenta el Poder y acapara las riquezas y una mayoría de clases desposeída que acumula miseria y pobreza; una mayoría que, bajo la dirección de la clase más avanzada, el proletariado, habrá de construir y desarrollar, cada vez más, los instrumentos necesarios para lograr la plasmación de *su* unidad de destino y la defensa de los intereses comunes de la nación basada en la alianza obrero-campesina y en los principios de soberanía, independencia y autodeterminación. Mira, Sebastián. Escucha lo que escribe Mariátegui. Analizado el surgimiento de la industria y la burguesía en la sociedad medieval, dice: El obrero y el burgués se confundían entonces en una clase

única: *el pueblo*. La burguesía era *la vanguardia* del pueblo y *era la clase* conductora de la revolución. Obrero y burgués coincidían en la aspiración de la abolición de los privilegios de la aristocracia. Bien, ahora, la gran burguesía, el gran burgués ya no es parte del pueblo, es parte de esa minoría que explota y oprime al pueblo; y la vanguardia del pueblo y la clase que dirige la revolución es el proletariado. Bien, visto así, debo añadir que, al inicio, cuando la nación se formó tras la fusión de los diferentes pueblos en *uno solo* y adoptó una Constitución con un sistema de derecho popular que estaba por encima de las costumbres legales de las tribus y de las gens y a la cual cada individuo quedaba sometido sin reserva en sus sentimientos, ideas y actos, era ese pueblo, esa nación *como un todo único*, el que se organiza y lucha por un ideal y un interés común; mientras que en la nación moderna, luego de miles de años de historia y desarrollo continuo, el pueblo es la parte de la nación que está conformada por la gran mayoría, por esa mayoría que agrupa a las clases desposeídas, oprimidas y explotadas; y este pueblo es el encargado de luchar por un ideal, por un interés común y por su propia unidad de destino bajo la dirección de su vanguardia, de la clase más avanzada. Y esto, a su vez, nos permite vislumbrar cuál es la perspectiva del futuro desarrollo de la nación hasta la consecución de una sociedad sin clases; y más allá, aún, hasta su desaparición aunque para ello transcurran cientos de años, tal vez miles. Así, Nación no es lo mismo que Estado. Y ya lo dije, y lo repito por si lo has olvidado: todo esto, este concepto de nación, está ligado a la necesidad de establecer una República unida; es decir, una República popular que una a todas las naciones y minorías nacionales dentro del irrestricto cumplimiento de igualdad de derechos y libertades dentro de un régimen unitario y, a la vez, estratégicamente descentralizado en regiones autónomas donde se aplique un plan central único dado que, dentro de la unidad, la autonomía implica el desarrollo de características comunes, lo cual está reñido con el federalismo y la fragmentación del Estado.

Se hizo un silencio que parecía pincelar los esbozos de una imagen cargada de futuro, de imaginación y reflexiones; pero también de dudas y vacilaciones.

—Putá madre —dijo Sebastián hundiendo la cabeza entre las manos—, qué carajo, hay que estudiar mucho más, compadre...

—No sólo se trata de estudiar —le dijo Leoncio frotándole el hombro y dándole un pequeño y cariñoso empujoncito—; como en nuestra historia reciente y no muy lejana, en algún momento nos veremos obligados a asumir una posición sin tener tiempo para estudiar, y debemos hacerlo sin temor a equivocarnos o estamos demás en este asunto. Bien. Pero déjame confesarte algo más. Yo pienso que Ma-

riátegui conocía y defendía la definición de nación que había hecho Stalin.

—¿Y ahora, carajo, de dónde sacas eso? —preguntó Sebastián abriendo desmesuradamente los ojos al mismo tiempo que se daba una sonora palmada sobre el muslo derecho.

—Mira —dijo Leoncio luego de hacer una pequeña pausa para medir sus palabras—. Si uno sigue con detenimiento los escritos de Mariátegui, verá que la argumentación se basa en estudiar, a profundidad, las características que Stalin le atribuía a su concepto de nación en 1912: comunidad humana estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica, cultura y psicología. Por eso es que Mariátegui se esfuerza por demostrar que la Conquista escinde la historia del Perú, que destruyó las culturas y las agrupaciones autóctonas; que aniquiló la cultura incaica, que destruyó el Perú autóctono y frustró la única peruanidad que ha existido; que la independencia aceleró la asimilación de la cultura europea aportando lo suyo en la liquidación de las culturas y las agrupaciones autóctonas. En cuanto al idioma dice que el castellano reemplazó el quechua; que la religión incásica fue reemplazada por la religión católica romana; que, por diversas razones el territorio queda dividido en Costa y Sierra ya que el Perú actual, dice Mariátegui, es una formación costeña; que la raza y la lengua indígenas, desalojadas de la Costa por la gente y la lengua españolas, aparecen hurañamente refugiadas en la Sierra; que ni el español ni el criollo supieron ni pudieron conquistar los Andes y muchas cosas más. En cuanto a la economía dice que los conquistadores españoles destruyeron, sin poder naturalmente reemplazarla, esta formidable máquina de producción. La sociedad indígena, la economía incaica, se descompusieron y anonadaron completamente al golpe de la conquista. *Rotos los vínculos de su unidad, la nación se disolvió en comunidades dispersas.* El trabajo indígena cesó de funcionar de un modo solidario y orgánico. Los conquistadores no se ocuparon casi sino de distribuirse y disputarse el pingüe botín de guerra. Despojaron los templos y los palacios de los tesoros que guardaban; se repartieron las tierras y los hombres, sin preguntarse siquiera por su porvenir como fuerzas y medios de producción. En cuanto a la cultura, aparte de lo ya mencionado, hace un exhaustivo análisis de escritores, poetas, pintores y otros representantes de la cultura en el período de la República y analiza *lo nacional*, el nacionalismo reaccionario y el nacionalismo revolucionario. En cuanto a la psicología, junto a un amplísimo espectro que analiza, dice que la psicología de nuestro pueblo es de tinte más asiático que occidental, etcétera. En fin, Mariátegui se explaya ampliamente sobre las características señaladas por Sta-

lin, pero, precisamente por seguir ese esquema, es que su lucidez se frena y se queda en los problemas de la nacionalidad...

—Aunque también es posible que Mariátegui no haya conocido la definición dada por Stalin y haya llegado, por otra vía, a conclusiones similares.

—También es posible. Pero, insisto, yo creo que hasta llegó a conocer el cambio de Stalin al respecto. Recordarás que ya mencioné que él había dicho que su propia tesis ya estaba superada. Dijo: La nación no es simplemente una categoría histórica, sino una categoría histórica de una determinada época, *de la época del capitalismo ascensional*. El proceso de liquidación del feudalismo y de desarrollo del capitalismo es, al mismo tiempo, el proceso en que los hombres se constituyen en naciones. Y añade: Por lo expuesto se ve claramente que, bajo el capitalismo *ascensional*, la *lucha nacional* es una lucha entre las clases burguesas. A veces, la burguesía consigue arrastrar al proletariado al movimiento nacional, y entonces *exteriormente* parece que en la lucha nacional participa *todo el pueblo*, pero eso sólo exteriormente. *En su esencia*, esta lucha sigue siendo siempre una lucha burguesa, conveniente y grata principalmente para la burguesía. Etcétera. Con esta afirmación está sosteniendo que *la nación* es una formación social perteneciente exclusivamente a la época del capitalismo. Sin embargo, después del triunfo de la Revolución Rusa en 1917, y en contraposición a los que enarbolaban la inamovilidad e inviolabilidad de su tesis de 1912, él mismo dijo que ya estaba superada y que aunque había sido justa en su momento en adelante la nación ya era una categoría histórica también perteneciente a la época de la revolución socialista; y que, por lo tanto, la lucha nacional ya no era única ni exclusivamente una lucha de la burguesía para ampliar el mercado sino que con el triunfo de la Revolución de Octubre había surgido una nueva situación internacional en la que para combatir al imperialismo era necesario que las naciones oprimidas desarrollen una lucha por sus reivindicaciones y su independencia *como parte* de la revolución proletaria. Evidentemente se podría decir que ése fue un paso dialéctico y la parte positiva ya que de acuerdo con la nueva situación histórica del momento, es decir, tras el triunfo de la Revolución Rusa, se entraba a una nueva época, la de la revolución proletaria; y además, se podría argumentar que, como Stalin lo hizo, de acuerdo a la situación histórica, lo que en un momento es acertado en otro no lo es. Pero, para mí, en el fondo, Stalin recurre a un argumento dialéctico, el cambio de condiciones y circunstancias históricas y políticas, para justifica la validez, para otros tiempos, de su tesis sobre nación; sin embargo, ese concepto de nación fue, es y seguirá siendo falso para todos los tiempos aunque recurran, como otros lo

hacen, a las manoseadas necesidades concretas del momento. Y hay muchos que ni siquiera se dan cuenta de esos cambios y siguen sosteniendo como válida la *antigua* tesis de Stalin; ni se han enterado del cambio por él introducido. Pero en fin, qué le vamos a hacer. Bien, al respecto, es decir en relación a la lucha nacional, Mariátegui señala algo similar cuando en *Historia de la Crisis Mundial* se pregunta: ¿Quiénes insurgen, quiénes se rebelan contra el régimen capitalista? Y se responde: Los trabajadores, los proletarios de los pueblos pertenecientes a la civilización capitalista, a la civilización occidental. La guerra social, la lucha de clases, es aguda, es culminante en Europa, es menor en Estados Unidos, es menor aún en Sudamérica; pero en los países correspondientes a otras civilizaciones no existe casi, o existe bajo otras formas atenuadas y elementales. Luego, se trata de reorganizar y ensanchar la explotación económica de los países coloniales, de los países incompletamente evolucionados, de los países primitivos de África, Asia, América, Oceanía y de la misma Europa. Se trata de esclavizar las poblaciones atrasadas al servicio de las poblaciones evolucionadas de la civilización occidental. Se trata de que el bracero de Oceanía, de América, de Asia y de África pague el mayor confort, el mayor bienestar, la mayor holgura del obrero europeo o americano. Se trata de que el bracero colonial produzca a bajo precio la materia prima que el obrero europeo transforma en manufactura y que consuma abundantemente esta manufactura. Se trata de que aquella parte menos civilizada de la humanidad trabaje para la parte más civilizada. Así se espera, no solucionar definitivamente la lucha social, porque la lucha social existirá mientras exista el salario, sino atenuar la lucha social, aplazar su crisis definitiva, postergar su último capítulo. Las generaciones humanas son egoístas. Y la actual generación capitalista se preocupa más de su propia suerte que de la suerte del régimen capitalista. Después de nosotros, el diluvio, se dicen a sí mismos. Pero su plan de reorganizar científicamente la explotación de los países coloniales, de transformarlos en sus solícitos proveedores de materias primas y en sus solícitos consumidores de artículos manufacturados, tropieza con una dificultad histórica. *Esos países coloniales se agitan por conquistar su independencia nacional.* El Oriente hindú se rebela contra el dominio europeo. El Egipto, la India, Persia, despiertan. La Rusia de los Soviets *fomenta* estas *insurrecciones nacionalistas* para atacar al capitalismo europeo en sus colonias. *La independencia nacional de los países coloniales estorbaría su explotación metódica.* Sin disponer de un protectorado o de un mandato sobre los países coloniales, Europa no puede imponerles, con entera facilidad, la entrega de sus materias primas o la absorción de sus manufacturas. Fin de la cita. ¿Qué te parece?

—Yo insisto en que Mariátegui ha llegado a conclusiones similares por su propia cuenta.

—Como fuere, en este tema, nuestros diferentes puntos de vista pueden hundirse en el terreno de la especulación. Finalmente, en la conceptualización que ambos hacen de nación, hay una diferencia; Stalin usa esa definición con determinadas intenciones y luego oportunistamente rectifica o, según él, desarrolla; mientras que Mariátegui hace un análisis sano, serio y profundo aunque se frena a causa de las limitaciones que esa definición conlleva, o por las limitaciones de una forma similar de pensar. En nuestro caso, además, habría que añadir que hablar de *nación en formación* no basta para explicar la zigzagueante trayectoria de nuestra historia ni nuestro presente ni, mucho menos, nuestro porvenir cercano o lejano; tampoco basta hablar de *raza*, en el caso de que la hubiera, ni de *indígena*, ni de *campesino*, así en general. Si tomamos en cuenta y partimos del hecho de que son los hombres mismos los que hacen su historia, entonces podríamos decir que sobre nuestro suelo no existe una raza, ni la hubo, en general, pura, homogénea, sin tintes ni mixturas; en el peor de los casos, y si el léxico lo permitiera, mal se podría hablar de una *raza latina* ya que la llamada *raza* sería, necesariamente, un factor económico si se toma en cuenta que el desarrollo religioso, filosófico, político, jurídico, literario, artístico y todo lo demás descansa en el desarrollo económico y, a su vez, todos esos factores también repercuten los unos sobre los otros y sobre su base económica; lo que sí hay son peruanos, de todas las sangres, de todos los colores y sus matices. Por la misma razón, tampoco existe una *masa indígena* sin mestizaje, pura, pletórica y al margen de la nación y del proceso de desarrollo de nuestra economía, y *nuestra economía* tampoco se desarrolla aisladamente ni al margen del proceso económico global, internacional; hay *indígenas*, individualmente, acriollados, aburguesados, lumpenizados; algunos de ellos se han incorporado, como miembros activos o pasivos, a otras clases y capas sociales, tanto en el campo como en la ciudad; y, como *masa*, el llamado *indígena*, tampoco existe en abstracto; ésta se diluye, mayoritariamente, en el campesinado que, al margen de lo que los actuales pasadistas y románticos de la pequeña burguesía pretendan hacernos creer con las loas que le cantan al *indio* en sus novelas, se dividen en campesinos ricos, medios y pobres. La Costa, la Sierra y la Selva son parte concomitante no sólo de nuestra geografía sino de nuestra historia y de nuestro proceso de desarrollo económico; y, para entender, entre otras cosas, el problema del campesino, el problema de la tierra, hay que entender el capitalismo burocrático y su desarrollo...

—Y por lo tanto Mariátegui se equivoca —dijo Sebastián haciendo

con las manos un gesto de evidencia.

—Y por lo tanto Mariátegui supera sus propias limitaciones. Él dice, acertadamente, que en estos períodos la política deja de ser oficio de una rutinaria casta profesional. En estos períodos la política rebasa los niveles vulgares e invade y domina todos los ámbitos de la vida de la humanidad. Una revolución representa un grande y vasto interés humano. Al triunfo de ese interés superior no se oponen nunca sino los prejuicios y los privilegios amenazados de una minoría egoísta. Ningún espíritu libre, ninguna mentalidad sensible puede ser indiferente a tal conflicto. Afirma que la capacidad de comprender el pasado es solidaria de la capacidad de sentir el presente y de inquietarse por el porvenir. El hombre moderno no es sólo el que más ha avanzado en la *reconstrucción* de lo que fue, sino también el que más ha avanzado en la *previsión* de lo que será. También dice que todo debate se abre para los que opinan, no para los que callan. Mira Sebastián, a medida que nuestra capacidad de observación progresa, y mientras nos movemos en el confuso paisaje de ideas que nos rodea, surge ante nuestra conciencia un aparente caos; pero sabemos que hasta el caos está sujeto a leyes y nadie que ame la verdad puede guardar silencio y consentir el servilismo.

Leoncio cerró y regresó su libretita de notas al lugar de donde la había sacado. Subió el cierre de su casaca y se incorporó. Le tendió la mano a Sebastián para ayudarlo a levantarse; éste la asió con fuerza y de un tirón ya estaba de pie. Cogieron los quipes, los levantaron, se los colocaron sobre la espalda, lo aseguraron con el nudo de siempre delante del pecho y acomodaron su contenido dando unos saltitos.

—Vámonos, amigo mío —dijo Leoncio dándole un pequeño empujón a Sebastián.

—Adelante, compañero —dijo Sebastián devolviéndole el mismo gesto con una ligera sonrisa.

Entraron por la boca de la quebrada, recorrieron sus entrañas durante unos largos minutos hasta que encontraron la huella de salida; dejaron la hondonada y siguieron el ascenso por la parte alta y casi en paralelo a lo que llevaban la herida al costado de Chuschi. Debían subir una pendiente que a lo largo de 3 kilómetros barría los 400 metros de diferencia y que les conducía hacia los 3,100 metros de altura para entrar al pueblo de Chuschi. La tarde había avanzado pero el Sol, ya inclinado en la lejanía, aún alumbraba; sabían que llegarían con la noche. Recorrieron en silencio aquel paraje que conocían casi de memoria.

Sebastián y Leoncio llegaron con la noche a la plaza de armas de Chuschi. A diferencia del resto de la villa, que a duras penas emergía

de entre las sombras, los jardines del centro de su placita, construida en alto relieve para hacerla plana nivelando el pronunciado declive de la calle, brillaba bajo el pedante esfuerzo de un mal distribuido alumbrado público. Equidistantes y armoniosos se yerguen blancos postes coronados por 2 bolas transparentes que, cual burbujas etéreas a izquierda y derecha de la cresta, envolvían la luminiscencia de las bombillas para irradiarla sobre los cercados y algo cuidados jardines; bajo el brillo de la luz artificial reverberaba el verde del pasto, el de su metálico cerco y el de las bancas. La poza sin agua, junto a esa blanca y extraña escultura de su centro, disonaba en la sensualidad del paisaje rodeado de macizos llenos de vida y recuerdos.

Descendieron las gradas por el lado contrario al que habían subido y se encaminaron hacia una de las bocacalles; hacia aquella que ostenta potentes megáfonos que, apuntando a los 4 puntos cardinales desde lo altísimo del palo plantado en el patio de la casa de la esquina, aún disparan, de cuando en cuando, bravatas, lisonjas, amenazas e injurias contra la memoria histórica del pueblo; un desbarre entre noticias, anuncios y falsas alarmas.

Dieron unos cuantos pasos antes de que Sebastián volviera la cara y, moviendo el mentón hacia la plaza, señalara enfático: Aquí, grabando profundamente nuestras almas, se inició todo.

—Lo que yo creo —dijo Leoncio acelerando el paso—, es que aquí la historia dio un salto cualitativo y trazó una clara y definitiva línea divisoria entre nosotros y el enemigo; entre los intelectuales revolucionarios y los intelectuales contrarrevolucionarios; entre la lucha socialista y la lucha burguesa; entre el marxismo y el revisionismo, entre el porvenir y la traición.

—Sí, cierto. Una clara línea divisoria entre lo que debe y lo que no debe hacerse —dijo Sebastián resumiendo.

—Ni más ni menos —aceptó Leoncio dándole un suave empujón a Sebastián—. ¿Recuerdas aquello que se dijo al inicio?

—¿A qué te refieres? Al inicio se dijeron un montón de cosas.

—Aquello que, en bellas palabras premonitorias, desde un futuro factible y real procuraba resumir una parte de la historia.

—No acierto a adivinar en qué estás pensando, Leoncio.

—Escucha, Sebastián. A ver. Sin pretender repetir todo y de memoria, puesto que no lo recuerdo con exactitud, la idea que se expresó es más o menos la siguiente: Una bandera fue plantada, una bandera muy alta para una nueva etapa y una nueva meta; y, así comenzaron a retroceder las sombras en forma definitiva, los muros temblaron y fueron horadados; con los puños se abrió la aurora, la oscuridad se aclaró. Las almas estaban alegres y los ojos resplandecían luz...

—Y un capítulo dirá: Mucho esfuerzo costó, dimos nuestra cuota —continuó Sebastián emocionado—; y, en momentos difíciles enterramos nuestros muertos, secamos nuestras lágrimas y seguimos combatiendo. Así se concretó y en el día nacional fue proclamada la República popular; y el trabajo se reivindicó y desde allí la risa comienza a anidar entre nosotros, los campos fructificaron más, la libertad comenzó a palpitar en nuestro pueblo y lo rojo a guiarnos para siempre jamás...

—¡Y mira cómo estamos! —exclamó Leoncio levantando las manos hacia el cielo.

—¡Jodidos!

—Cierto —apuntó Leoncio—, pero la combatividad nunca ha desfallecido y la esperanza renace alegre y vibrante.

—Eso lo veremos dentro de unos días —dijo Sebastián lacónico.

El resto del camino lo hicieron en silencio. Cuando llegaron a la casa del conocido que querían visitar se quedaron plantados en medio de la estrecha y terrosa calle; la casita casi se caía a pedazos por el abandono y las inclemencias del tiempo. Desde la última vez que estuvieron de visita habrían transcurrido unos 2 ó 3 años, no estaban muy seguros. Pero ya se notaba la dureza del abandono. El techo de tejas se hundía de a pocos, la fachada de adobe se agrietaba mostrando las marcas del viento y la lluvia; y era evidente que manos ajenas habían arrancado de cuajo la puerta y las ventanas y en el interior, en medio de la huraña melancolía, se podía intuir el desbarajuste producido por el abandono y la indiferencia.

De no ser por la voz que, a sus espaldas, les conminaba a seguir camino, no hubieran salido de su desconcierto tan espontáneamente.

—La casita no va a volver a su estado original aunque se queden ahí parados y mirando toda la noche —dijo la voz—. Hace ya tiempo que vinieron los soldados guiados por los ronderos de Canchacancha y se llevaron al Celestino y a su hermano; tampoco han regresado su mujer y sus 3 hijas, ni los familiares que fueron a preguntar por sus paraderos. Y si ustedes no quieren ser desaparecidos, entonces será mejor que sigan su camino nomás, paisanos, que hay muchos pendejos agazapados que esperan ganarse alquilo con el mal chisme.

Leoncio y Sebastián, mirando hacia el dueño de la voz que surgía de entre las hojas de la ventana de la casa de enfrente, levantaron sus sombreros y sin decir palabra alguna siguieron su camino bajo un cielo despejado que mostraba orgulloso su manto de estrellas. Dieron algunas vueltas por las pocas calles que quedaban a la salida de la villa y girando hacia la izquierda se adentraron en el bosque de eucaliptos para escalar la cumbre.

Casi 2 horas después dieron por terminada la marcha del día y

formando una línea se acomodaron protegidos por el lado de la cara oeste de una de las tapias que separan las parcelas. Ubicaron los quipes contra el bajo muro, cada uno recostó la cabeza sobre su quipe echándose de costado con la espalda contra las piedras del muro. Evocaron la imagen de Celestino y recordaron su estado de ánimo siempre alegre y dispuesto para las largas conversaciones; se expresaba con soltura y escuchaba con detenimiento mientras discernía las nuevas ideas con las que se veía confrontado. Era un campesino enfático y fogoso que con las justas había terminado la primaria, y no porque no quería sino porque la situación económica de sus padres no se lo había permitido. A inicios de los años 70, lo pescaron bajando de las alturas de Abancay después de una feria; lo arrancaron del lado de su padre, lo subieron a empujones a un camión medio destartado y se lo llevaron a Lima para que cumpla el servicio militar. Luego deambuló durante un par de años entre la escuela nocturna y las quimeras que ofrecía el trabajar y hacer negocios en las Avenidas Aviación y Gamarra en la Parada, el barrio de La Victoria.

Pero mandé todo a la mierda y regresé a mis querencias porque qué carajo, me gusta sembrar ideas y cosechar el campo —había dicho Celestino soltando una risotada.

Sebastián y Leoncio lo recordaban con mucho cariño, no lo sabían a ciencia cierta pero lo intuían muy cercano. Recordaron los temas de conversación preferidos de Celestino, también sus anécdotas, sus aventuras y sobre las cosas que hablaba con sus pares de Chuschi y sus alrededores; de sus querencias, como solía decir él. Sí, le tenían un gran aprecio y lamentaban tremenda pérdida. La conversación se fue apagando bajo el tiritar de las estrellas y a poco se quedaron profundamente dormidos. Estaban cansados.

Habían conocido a Celestino, como a Aurelio y a muchos otros, en alguna de las ferias a las que siempre acudían llevando el ganado de la comunidad que los había acogido y protegía. Como en muchos otros casos, hicieron amistad y se hicieron visitas recíprocas tanto para hacer tratos de intercambio como para celebrar las fiestas patronales, o simplemente cuando estaban de paso hacia algún otro lugar.

Durante la conversación, en la primeras visitas, Celestino se había explayado sobre la historia y las particularidades de Chuschi y ellos le oían con mucha atención aunque ya conocían los detalles, y muy bien.

Chuschi, como toda la zona, ya estaba poblada incluso antes de la formación de los chancas y sus antecesores los wari, aunque la mayoría de las evidencias arqueológicas señalan a los chancas como los habitantes mejor asentados hasta antes de la penetración incaica.

Celestino, sin disimular cierto orgullo por su conocimiento autodidáctico, decía que había documentación suficiente para demostrar que los españoles habían pasado muy temprano por esa zona y que durante la repartija del territorio invadido habían levantado un registro de linderos que separaban las tierras de los diferentes ayllus; y que gracias a ello se sabía, también, que los incas, luego de derrotar a los chancas y emprender su expansión imperial, habían repoblado toda la zona con aymaraes.

Leoncio recordaba haber estudiado hacía mucho esos detalles; las fechas que mencionaba Celestino no coincidían con las que él manejaba o daba por más aproximadas pero no discutía al respecto, sólo se limitaba a señalar que la derrota de los chancas se había establecido alrededor del año 1438 y que para la fecha que señalaba Celestino, que era entre 1470 y 1490, los incas ya habían llegado no sólo poco más allá de Quito sino al sur del actual Chile, así que el repoblamiento de la zona donde se encuentra Chuschi debió de haber empezado mucho antes de las fechas señaladas por el bueno de Celestino, y continuado durante un buen tiempo dado que se han encontrado evidencias arqueológicas de grupos humanos trasladados desde Quito.

Como no quería meterse a discutir cosas que deberían ser resueltas por los científicos sociales, se concentraba en las cosas que le parecían de fondo. Y el hecho real era que los incas, siguiendo su política de arrasar con todo lo que se les ponía en su camino expansionista, habían liquidado a una buena parte de la población, que era chanca, desplazado a los sobrevivientes hacia otras regiones y repoblaron la zona con pueblos que les habían ofrecido resistencia en otros lugares; y en este caso esos pobladores no sólo eran de la etnia de los aymaraes traídos de la hoy provincia del mismo nombre en el departamento de Apurímac.

También es sabido —argumentaba Leoncio— que toda la zona de la hoy denominada provincia de Vilcashuamán fue repoblada con pueblos traídos desde diferentes regiones, cercanas y lejanas, del Imperio; como por ejemplo, miembros de las etnias de los angaraes, apurímac, cañares, condes, huancas, lucanas, andamarcas, muchic, papres, quichuas, quitos y otros pueblos y etnias que, arrancados y traídos del sur andino, de la Costa y hasta de Quito, de una u otra manera aún sobreviven; así como los chisques y yungas de la parte sur del Cusco aunque éstos eran parte de los incas que gozaban de ciertos privilegios y fueron desplazados a la zona como fuerza de control y contención no sólo en caso de nuevos levantamientos sino también en caso de conflictos por linderos y tierras entre los llamados ayllus. En pocas palabras —reflexionaba Leoncio durante las conver-

saciones con Celestino—, el problema central era el control y dominio de la región, hoy conocida como Ayacucho, y para ello repoblaron toda la cuenca del Pampas y sus afluentes, lugares claves y estratégicos.

Los españoles, a través de sus corregidores, desde muy temprano y para establecer las Reducciones, que no eran otra cosa sino una nueva reconcentración de las poblaciones dispersas, en poblados que reproducían sus trazos a la usanza de los españoles, llevaban una muy buena documentación donde quedaron registradas las demarcaciones de linderos y fronteras; los movimientos de poblaciones que reconstruían parte de la historia expansionista de los incas; y las disputas interétnicas en la zona de Chuschi, donde los aymaraes acusaban, reiterativamente a lo largo de siglos, a los canas procedentes de Cusco por usurpación de tierras.

En documentos fechados en 1574 y 1586 se puede leer que el curato de Chuschi, que hoy es distrito de Cangallo, estaba conformado por 4 poblados: Chuschi, Canchacancha, Moros y Sarhua que hoy pertenece a Víctor Fajardo. Lo mismo se sabía que Moros era una reducción al otro lado del Río Pampas y que en tiempos de la colonia fue abandonado.

Se lee, también, que los incas llegaron a juntar algo más de 30,000 hombres en la zona del actual Vilcashuamán y que era un centro político-militar, administrativo y defensivo. En tiempos de la colonia, esta cantidad se redujo sensiblemente a causa de los desplazamientos de población hacia las minas explotadas por los españoles y por el retorno de parte de la etnia inca a sus antiguos dominios.

Evidentemente que, pensaban Leoncio y Sebastián, nada de esto quiere decir que no haya habido presencia y evolución de etnias y pueblos mucho más antigua a la presencia incaica, como el caso de los tanquiguas, y que hayan resistido y sobrevivido a los desmanes y tropelías imperiales; como tampoco niega la necesaria interrelación económica entre las diferentes etnias y pueblos, tanto entre las ya largamente establecidas como entre éstas y las traídas por los incas para el repoblamiento, así como entre estas últimas entre sí y entre todas con otros pueblos y etnias más distantes. De la misma manera es razonable pensar en los lazos y mezclas entre los diferentes pueblos; así como en los continuos conflictos que dejaban fronteras y linderos inestables y cuya consecuencia se padece hasta el día de hoy; y todo esto sin descartar los movimientos, corrimientos, migraciones e inmigraciones no sólo a causa de estos conflictos sino también por los desastres naturales ya sea por sequía o exceso de lluvia, por terremotos, plagas o enfermedades, entre otros.

El problema étnico no es nada despreciable —insistía Celestino—,

sobre todo en momentos de agudo conflicto pues es precisamente ahí donde saltan a la palestra las diferencias históricas, los odios, rencores, rencillas, envidias y demás miserias largamente encubiertas.

La base de estos conflictos se encuentra ineludiblemente en la base material, en la base económica —explicaba Leoncio—, en la producción de los medios de subsistencia, en el proceso de producción y en las relaciones sociales de producción que ésta genera.

En toda esta zona y sus alrededores —había dicho Celestino—, hubo no sólo individuos, sino grupos pertenecientes a determinadas etnias que a lo largo de los siglos se habían especializado y apropiado de determinadas ramas, unos de la agricultura y otros de la ganadería. Claro que había etnias que controlan ambas ramas; y otras, además de esto, se dedicaban a la alfarería y a la rama textil. Había quienes controlaban las partes andinas altas; otros la media y otros los valles interandinos; y, por supuesto, no faltaban los individuos, de cualquiera de las etnias, que tenían el control de todo, más el de las tierras de pastoreo, la administración y el comercio. Y no se puede descartar que por lo menos una parte de esto subsista y produzca roces entre las diferentes zonas y etnias.

Evidentemente que —replicaba Leoncio con énfasis—, esos conflictos y las diferencias no niegan el hecho real de que a lo largo de los siglos se han desarrollado complejas interdependencias y relaciones económicas entre todas la etnias y pueblos de la zona.

Es más —añadía Sebastián—, es algo generalizado y no sólo en el territorio andino; y no hay que olvidar que las disputas por tierras y linderos datan de mucho antes de la aparición de los incas, de sus despoblamientos y repoblamientos.

Esto sucede desde tiempos inmemorables —aceptaba Celestino recordando las disputas entre aymaraes y canas—; aunque la última gran bronca que recuerdo, en tiempos de paz, fue en 1969 entre Chuschi y Quispillaqta por pastizales en la puna y dejó 3 muertos del lado de Quispillaqta los que a su vez, un mes después y por pura venganza, emboscaron y liquidaron a uno de mis paisanos.

A lo largo de varios años, las conversaciones entre los 3 casi siempre eran animadas y de cuando en cuando se repetían los mismos temas añadiendo o quitando detalles.

A pesar de que los datos que conocían no representan más que una aproximación a la realidad, debido a las diferencias, en aumento, que hay entre las estadísticas de 1999 y los datos publicados en 2002, los 3 habían convenido en establecer que una población de más o menos 2'500,000 de personas que, según las estadísticas, conforman alrededor del 37% de la población *rural* del Perú, está agrupada en 5,818 comunidades campesinas; y de ellas, poco más del 70% se

localizan en la Sierra Centrosur, es decir, en los departamentos de Puno, Cusco, Huancavelica, Ayacucho, Apurímac y Junín.

Sin considerar las comunidades aún no tituladas, las tituladas *poseen* poco menos de 20'000,000 de hectáreas y destacaban que la mayoría de estas tierras son tierras eriazas, donde no se puede llevar a cabo la actividad agrícola por la falta de agua o el exceso de ella, y tierras de pastos naturales que por lo general están ubicadas en zonas muy altas de la Sierra.

Tomando en cuenta la cantidad de tierras acumuladas por las comunidades campesinas, se puede decir que los porcentajes más altos se encuentran en Puno, seguido de Lima, Cusco y Ayacucho.

En Ayacucho hay 577 comunidades campesinas, según datos de 2002, y 5 de ellas en Chuschi, una lleva el mismo nombre.

Los poco más de 8,000 habitantes de Chuschi están divididos en 4 centros poblados urbanos y 9 rurales según la división oficial dada para lo que consideran *urbano* y *rural*.

Chuschi es uno de los 6 distritos de la provincia de Cangallo; reconocido como tal en 1857, se le dio la categoría de villa en 1906 y recién en 1941 se la reconoció como comunidad campesina, aunque en aquel entonces se la llamaba comunidad indígena.

Pero lo más importante de todo —había dicho Leoncio—, es que precisamente por ser comunidad campesina, legalmente reconocida, sus grandes extensiones de pastizales comunales, que algunos llaman pastos naturales, no pueden ser alienadas de la comunidad, y ésta solamente controla directamente los derechos de usufructo.

Y no sólo eso —había afirmado enfático Sebastián—, en general, en cuanto a la propiedad comunal, establecida en la Ley de Comunidades Campesinas, se mantienen las ideas de la anterior Ley, la de 1920, y de la Ley de Reforma Agraria, al establecer que no existe propiedad privada al interior de la comunidad; por lo cual, los *comuneros* sólo acceden a la tierra de manera individual mediante un derecho de uso o usufructo, nada más, y esto está sujeto al control y a las decisiones de las instancias de gobierno de la comunidad.

Y todo esto en base a cómo se define a las Comunidades Campesinas —había leído Leoncio en voz alta—; *son organizaciones de interés público, con existencia legal y personería jurídica, integradas por familias que habitan y controlan determinados territorios, ligadas por vínculos ancestrales, sociales, económicos y culturales, expresados en la propiedad comunal de la tierra, el trabajo comunal, la ayuda mutua, el gobierno democrático y el desarrollo de actividades multisectoriales, cuyos fines se orientan hacia la realización plena de sus miembros y del país...*

Nada que ver con los incas —había dicho irónico Sebastián—,

dado que las diferentes leyes modifican el llamado régimen de protección de las tierras instituyendo la titulación de las parcelas familiares con la intención de fomentar el libre mercado de tierras comunales.

Leoncio había tratado de explicar que esas leyes eran contradictorias entre sí; y más aún a partir de los años 90 luego de la extinción de la casi totalidad de las llamadas empresas de interés social y otras formas asociativas fomentadas por los sucesivos Gobiernos fascistas y corporativos de los generales Velasco Alvarado y Morales Bermúdez y la entrada en escena de una remozada modalidad de *parceleros* productores de arroz, algodón, maíz, hortalizas, menestras y muchas otras cosas; pequeños productores, que incluye los arrendamientos andinos de cereales, tubérculos y fibras, que están encadenados individual e informalmente, a través de intermediarios, a la *agricultura por contrato* que practican algunas medianas y grandes empresas agrarias productoras de insumos para la agroindustria o de cultivos de exportación. Un fenómeno y modelo rejuvenecido pero nada nuevo —había añadido—, ya Mariátegui lo había analizado llegando a la conclusión de que las formas de yanacón, aparcería o arrendamiento, varían en la Costa y en la Sierra según las regiones, los usos o los cultivos y que también se les da diversos nombres; pero en su misma variedad se identifican en general con los métodos pre-capitalistas de explotación de la tierra observados en otros países de agricultura semifeudal. Nosotros mismos conocemos bastante bien las diferentes modalidades que antes usaban los terratenientes de viejo cuño y las que hoy emplean los que asumen su papel; se le da al agricultor una parte del capital de explotación y a cambio recibe, por lo general, una parte muchísimo mayor de productos agrícolas. De ahí que el sistema de la aparcería sea una forma particularmente intensiva de la explotación de los campesinos pobres por las empresas estatales y particulares, así como por los gamonales y gamonalillos.

Por otro lado —había explicado—, en relación a las comunidades campesinas como personas jurídicas, el 27% no tiene *títulos de propiedad*; el 20% de las que sí los tienen no están registrados y sólo el 53% del total de comunidades campesinas reconocidas tiene su *título* inscrito en los registros públicos porque los diferentes Gobiernos ponían y ponen el peso en la titulación de los predios familiar-individual manejados por comuneros y que representan el 8.5% de las unidades agrícolas que había a nivel nacional según el censo del 94, dejando en el aire a las comunidades ya que el Estado les disputa tierras, por ejemplo —había dicho— en cuanto a los terrenos eriazos.

Las diferentes leyes y sus reglamentos no diferencian claramente los derechos de los particulares con los de las comunidades ni aporta en nada a la solución de los problemas de linderos entre comunidades

vecinas y esto ya para no hablar de los grandes conflictos generados por la actividad de las empresas mineras que afectan a más del 50% de las comunidades campesinas; de la misma manera —había dicho Leoncio aportando más datos—, el Estado pretende, vía Constitución y sus reglamentos, y Leyes y Decretos, seguir apropiándose de las tierras comunales en cuanto establece que las tierras que no son cultivadas durante 2 años consecutivos pasan a ser dominio del Estado para su adjudicación en venta; cuando cualquier pelotas sabe que debido al régimen de rotación, al uso temporal del cultivo, buena parte de las tierras comunales se dejan descansar 2 ó más años. En resumidas cuentas —concluía—, a lo largo de los últimos siglos, sólo se han cambiado mocos por babas y las diferentes leyes de reforma agraria así como las diferentes leyes y decretos para el sector agrario apuntan a promover y generar al máximo la venta y el alquiler de tierras; oficializando, una vez más, lo que nunca dejó de existir: el latifundio y la servidumbre, lo que evidentemente no es otra cosa que acelerar el despojo, principalmente, del campesinado pobre que lucha aplicando el principio de *la tierra para quien la trabaja*.

En sus conversaciones habían recordado que no sólo existían comunidades campesinas, también había, en forma oficial, 1,265 comunidades nativas que, más o menos, en un 84% se localizan en los departamentos de Loreto, Ucayali, Junín y Amazonas. Estas comunidades ocupan poco más de 6'000,000 de hectáreas.

Evidentemente —había opinado Celestino—, el peso de ambas no puede pasar desapercibido, ya que ambas poseen alrededor de 26'000,000 de hectáreas; lo que haría, según las estadísticas, poco más de un 74% de toda la superficie agropecuaria del país.

Cierto —había dicho Leoncio—, pero no hay que olvidar algunas cosas que nos serían útiles para poder entender a profundidad esa cifra que dice que las comunidades campesinas y nativas abarcan un 74% de toda la superficie agropecuaria del país.

Una, que del total de 35'000,000 de hectáreas de tierras declaradas como superficie agropecuaria o unidades agrícolas, sólo el 15% son apropiadas para fines agrícolas mientras el restante 85% son tierras no agrícolas ya que algo más del 47% son de pastizales, algo más del 25%, de montes y bosques, y algo más del 11% son catalogadas como *otra clase* de tierras.

Otra, que de los 2'500,000 de personas que viven dentro de las comunidades campesinas, según el censo agropecuario, sólo poco más de 700,000 personas se declaran comuneros mientras que el resto de productores agrarios declararon pertenecer a otro tipo de organización o a ninguna y eso ya para no hablar de los campesinos pobres y sin tierras, que viven dentro y fuera de las llamadas comu-

nidades campesinas.

Otra más, también según cifras del censo del año 94, se puede ver que en general el minifundio, a pesar de que abarca el 70.3% de las unidades agrarias, sólo contiene el 5.8% del total de hectáreas; mientras que las propiedades grandes y muy grandes, que representan sólo el 1.4% de las unidades agrarias, abarcaba el 72.9% del total de tierras.

Y otra cosa más todavía. Si para definir como rural a los distritos, dijéramos que son aquellos donde más del 50% de la población trabaja en actividades agropecuarias, entonces, tendríamos ante nuestros ojos que alrededor del 80% de todos los distritos del Perú son rurales, y si eso lo elevamos a nivel provincial llegamos a la conclusión de que las dos terceras partes de las provincias del país también son rurales.

Lo cual trastoca, y con buenas razones, algunos de los datos de las estadísticas oficiales —había enjuiciado Leoncio y continuaba—. Según datos del último censo de población y vivienda somos casi 31'000,000 de peruanos, casi 23'500,000 viven en lo denominado urbano y poco más de 7'300,000, en lo rural. Esos mismos datos dicen en el área rural hay más de 4'000,000 de personas en edad de trabajar y que la Población Económica Activa es de poco más de 2'000,000; pero si anotamos que ellos dicen que esa *edad de trabajar* es considerada a partir de los 14 años, entonces vemos lo irreal de esas cifras para el campo. Y en el campo y la ciudad el problema no es si vives en lo que ellos denominan rural o urbano sino en cuál y cómo es tu relación y participación en la producción de bienes materiales; por lo que puedes ser un campesino que vive en un lugar denominado *urbano*.

Por otro lado y algo mucho más importante —había añadido—, sabiendo leer los mismos datos oficiales, se confirma que los campesinos no sólo son aquellos que están dentro de las comunidades campesinas; que la inmensa mayoría del campesinado es campesinado pobre, sin tierra o con muy poca, lo que da lugar a un minifundio inerte ante la voracidad del latifundio; que todas las reformas agrarias y las leyes actuales no son más que un premeditado plan de compra-venta de tierras con el cual se incentiva y facilita la expansión y reconcentración de la gran propiedad agraria en nuevas manos y acrecienta la parcelación de los minifundios; que el sistema de servidumbre se presenta de 1 y 1,000 formas y su esencia es la sujeción personal; que el gamonalismo echa sombras sobre la vida de la nación y el caduco sistema semifeudal subsiste y marca al país por completo, desde sus bases más profundas hasta sus más elaboradas ideas, manteniendo y acicateando el problema básico de la sociedad que se expresa en tierra, servidumbre y gamonalismo; herencia de-

rivada del régimen implantado por España.

Sí —habían concluido Sebastián y Leoncio tras la última conversación con su buen amigo—, Celestino había desarrollado una alta conciencia y sentimiento de clase; sabía sembrar y difundir ideas clasistas y renovadoras.

8

Sebastián había despertado de golpe y al abrir los ojos vio frente a él el intenso brillo de Antares, empezó a seguir las imaginarias líneas que forman Escorpión y notó que las 3 estrellas que integran su tenaza derecha estaban a punto de hundirse tras el sinuoso perfil de la montaña siguiendo la caída de Libra. Se incorporó un poco y girando la cabeza miró hacia el norte; sí, Cefeo se sentaba casi recto sobre la otra colina mientras que, a la derecha de las estrellas que lo formaban, Casiopea seguía mirándose en el espejo; y un poco más allá, Andrómeda bailaba encadenada debajo de Pegaso y sobre Perseo, que recién haría su aparición en unas 2 horas. El fulgor de la luna llena estaba atrapado tras un poderoso y oscuro nubarrón; más arriba, Júpiter vigilaba atento. Debía ser algo cercano a las 4:30 de la mañana. Hora de partir.

—Leoncio...

—¿Sí?

—¿Estás despierto?

—No, compadre, te hablo en sueños y dormido.

—Entonces, levántate y anda —dijo Sebastián mientras daba saltitos cerca de Leoncio.

Se alejaron un poco y después de aligerar la vejiga regresaron. Rápidamente revisaron el recorrido que habían planificado y lo modificaron casi al vuelo; suprimieron el paso por Sucubamba, Totos, Quillahuanca, Accoro y Casacancha y, dejando de lado el rodeo, se decantaron por la línea recta. Visitarían a los conocidos en otra oportunidad. Recogieron los quipes, se los acomodaron a la espalda y se dirigieron hacia el noreste con la intención de, a medio camino, dejar hacia la derecha los nevados cerca de Ccechca.

Llegaron a Capilla poco antes de la medianoche. Habían recorrido unos 25 kilómetros. Chuschi estaba poco por encima de los 3,100 metros sobre el nivel del mar, Capilla sobre los 4,000 y el nivel máximo de altura que alcanzaron fue algo por encima de los 4,400.

Recordaron los viejos tiempos en que habían cubierto distancias mayores en menor tiempo y con más soltura. Hacía frío, el aire era ligero en todos los sentidos pero se sentían como en casa.

Habían hecho varios descansos, se habían alimentado con parsi-

monia y frugancia. La mañana había sido fría, húmeda y despejada con una neblina baja y corrediza; el atardecer se les antojó rápido con un Sol luminoso y cansino; y la noche fresca, seca y estrellada con una luna que en su plenitud jugaba a las escondidas.

La ruta de ascenso que habían escogido era persistente y sin demasiadas variaciones, el descenso ligero y amigable. En tiempos anteriores habían sobrevivido a rutas abruptas, pendencieras, traidoras y humillantes para la paciencia y el honor; ésta resultó ser un paseo agradable.

Durante el recorrido y en medio de largos silencios, Leoncio, con ayuda de las notas y citas que había copiado pacientemente a lo largo de años en su pequeña libreta, le había referido sus conclusiones acerca de lo que había estudiado sobre la historia de España.

La Península, aislada por los Pirineos y con un clima particular, presenta una peculiar geografía; los grandes valles están aislados entre sí por los desfiladeros a la salida de las mesetas y por las múltiples barreras formadas por sus hermosas sierras. Estas condiciones permitieron un desarrollo diferenciado entre los valles, las mesetas, la montaña, la sierra y las zonas ubicadas en el litoral y las cercanas a él.

En la constante lucha entre la voluntad de unificación y la espontánea tendencia a la dispersión, los habitantes de las mesetas serán los grandes actores en la historia de lo que hoy se llama España.

Los restos del *Hombre de Orce*, así denominado por el nombre del pueblo de Granada donde sus despojos fueron hallados; las pinturas rupestres, halladas en los techos de las cuevas de Altamira, en Cantabria; y en especial los restos del hombre antiguo, del *Homo antecessor*, o sea, explorador, encontrados en las cuevas de la Sierra de Atapuerca, en Burgos, muestran la huella precoz dejada por el paso humano en su incesante movimiento y desarrollo.

Los primeros hombres que, aprovechando los descensos del nivel de las aguas producido por la bajada brusca de las temperaturas, llegaron a la Península cruzando el Estrecho de Gibraltar desde el África se expandieron a lo largo del Levante español casi hasta llegar a la Cordillera Pirenaica, ése sería el origen de aquellos que en algún momento de la historia se identificó con el nombre de íberos; y a pesar de que estos nómadas siguieron avanzando en dirección del Oriente, los ancestros de los vascos se remontan a las primeras civilizaciones pirenaicas que llegaron allí por el lado oriental.

Sobre el territorio que hoy se conoce como España, se da una larga evolución de lo que algunos denominan lo íbero y que en algunos lugares, como en la meseta, se entrelaza y mezcla con lo celta y deja

sus huellas en la mezcla conocida como celtíbera; mientras que en Galicia queda el sello propio de lo celta. Los vascos tienen su propia línea de descendencia.

En verdad, según he leído —había dicho Leoncio— la palabra íbero se aplica a un pueblo africano de tipo bereber; pero como fuere, el asunto es que esa palabra, en última instancia, no define con exactitud lo español.

Luego vendrían a añadir lo suyo los navegantes procedentes del otro confín del Mediterráneo sin olvidar a los buhoneros fenicios y griegos ni a las varias tribus en que se dividían los godos y otros bárbaros, tampoco hay que olvidar a los romanos y que cada quien puso su granito o gotita seminal.

Para no hacerla larga —había dicho Leoncio recurriendo a su libreta de notas en uno de los descansos—, se puede decir que, en algún momento de su historia, la hoy conocida como Península Ibérica estaba habitada por unas 100 tribus divididas en 2 grandes familias, a saber: los celtas y los íberos que, más adelante en la historia, llegarían a mezclarse en la meseta. Evidentemente que no eran las únicas tribus pero sí las dominantes. Los celtas ocupaban la parte norte y la meseta, mientras que los íberos se concentraron tomando posesión del sur y el Levante, lo que los hacía menos pobres que sus parientes del norte ya que sus tierras eran muy fértiles.

Como ya hemos visto en el repaso de la historia universal —había dicho Leoncio—, los fenicios, que entraron a la Península por el sur, y los griegos que llegaron más tarde y se instalaron en las costas catalanas y levantinas, se disputaron el territorio espoleando los suelos para despojarlo de sus riquezas minerales. Y a pesar de ello, o por ello, según se lo mire, fueron los primeros en considerar la Península como una unidad. Los navegantes fenicios le dieron la denominación de lo que hoy se conoce, ya adaptado, como España y que en aquel entonces, hoy traducido del antiguo fenicio, significa *el país de los conejos*; pues sí que los había, y por montones.

Con la caída de Tiro, los griegos se aprovecharon de la situación para apoderarse de los mercados fenicios pero no fue por largo tiempo pues los cartagineses les dieron duro y recuperaron las pertenencias dejadas por sus pares tirios.

La historia y el incesante movimiento de la humanidad avanzan. Los poderosos del mundo querían seguir enriqueciéndose con los metales; tras el ocaso de los griegos focenses y de los etruscos, quedaron como superpotencias Cartago y Roma que se repartieron el Mediterráneo; y en el caso de la Península, ésta quedó dividida en 2 zonas de influencia: Cartago, desde Cartagena hacia el sur, con toda la zona minera; y Roma, que se adueñó del norte.

Los metales, los productos industriales como la sal, los productos de la floreciente industria alimentaria y los productos tradicionales habían convertido el Mediterráneo en un peligroso tablero de ajedrez donde todos se disputaban todo lo que encontraban y lo que no, también.

Los romanos habían sido vencidos una y varias veces por los cartaginenses, así que Roma decidió aplastar el nuevo poderío cartaginés en lo que ellos llamaban Hispania y para ello, luego de la conquista de Cartagena, se aliaron con caudillos indígenas para arrebatarle toda la provincia a los cartaginenses.

Luego de las Guerras Púnicas, Roma intensificó sus planes de sojuzgar toda la Península que, a pesar de los esfuerzos de fenicios y griegos por procurar una unidad, estaba fragmentada en un enmarañado mosaico de pueblos.

Después de idas, venidas, movidas y mezcladas en la historia de la Península, quedaron principalmente como dominantes de lo suyo, los celtas en el norte, los celtíberos en la meseta y los turdetanos e íberos en el sur y el Levante.

A esas alturas de la realidad, la lengua vernácula de los peninsulares era una ensalada de idiomas y dialectos; los lusitanos, más conocidos como portugueses, y los celtíberos hablaban una lengua algo distinta al céltico hablado por sus parientes del otro lado de los Pirineos pero que estaba emparentada, como la de éstos, con el griego y el latín que a su vez pertenecen al tronco indoeuropeo; los tartesios y los íberos levantinos hablaban extrañas lenguas preindoeuropeas, se dice que el tartesio no tiene parecido a ninguna otra lengua conocida y algunos señalan el ibérico como pariente remoto del vasco, lo cual, según sentencia de Leoncio, parece improbable.

Los íberos, al parecer, no se dieron cuenta de que aquellos romanos que les ayudaron a sacudirse del yugo de Cartago habrían de imponerles uno peor, más pesado y definitivo.

Sin embargo, en un paréntesis y preludeo histórico, a las pretensiones romanas les pararon el macho las guerrillas de Viriato y otros más. Durante 20 años, antes de ser derrotados, los pueblos celtíberos del valle medio del Ebro que ocupaban las cabeceras del alto Duero, alto Tajo y alto Jalón, ofrecieron una resistencia heroica al expansionismo del Imperio Romano.

En la historia de esas tierras, mucho se ha promocionado el nombre de Numancia, una ciudad ubicada en lo más alto de la meseta y que, implacablemente defendida, se convirtió durante mucho tiempo en la pesadilla de los romanos.

Numancia, la Masada ibérica, fue sitiada por los romanos y rodeada con una muralla para que no reciba ayuda externa; según

algunos textos, luego de 15 meses de asedio, sus habitantes prendieron fuego a la ciudad y gran parte de ellos prefirieron suicidarse antes de caer en manos de los romanos; los supervivientes fueron vendidos como esclavos, los restos de la ciudad arrasada y su territorio fue repartido entre los indígenas que habían ayudado al agresor. Cierto, en los detalles, o no, el hecho es que no fue la única ciudad ni el único pueblo que opuso resistencia al invasor y traidor romano.

Esta experiencia deja el impercedero mensaje de la resistencia y defensa del débil contra el fuerte y de cuán necesaria es la lucha de los pueblos por su libertad.

La historia de la lucha en defensa de los intereses del pueblo y por su libertad y su emancipación ha demostrado que en determinadas condiciones, cuando uno es débil y el enemigo fuerte, la guerra de posiciones es inaplicable tanto en la defensa como en el ataque y que, en general, es inapropiada, inconveniente y perjudicial; por lo que la defensa de posiciones fortificadas sólo puede llevarse a cabo cuando las circunstancias así lo exijan y permitan. Mientras que la guerra de guerrillas y de movimientos desarrollada por Viriato y otros, mostró su efectividad a lo largo de 2 décadas. El prematuro sofocamiento de la resistencia armada de los celtíberos no se produjo por la falta de unidad de las diferentes tribus y pueblos que se aliaron contra un enemigo común ni por la capitulación del propio jefe sino por la traición interna; según la versión romana de los hechos, Viriato habría sido asesinado por sus propios hombres de confianza en un afán de reconciliarse con el opresor.

Luego de la caída de Numancia sucumbieron las demás tribus y pueblos que ofrecieron resistencia. A los romanos les llevó, coincidencias aparte, 50 años para adueñarse de casi toda la Península, sólo una pequeña zona al norte quedaría aún libre; era una franja habitada por astures, cántabros y vascones que serían, sólo parcialmente, incorporados al Imperio 100 años más tarde.

La resistencia, una que otra vez, levantó cabeza pero muy timoratamente. Los hispanos, mal que bien, más que menos, fueron romanizados y, a la vez, helenizados ya que los romanos habían imitado el modo de vida y otros modelos de los pueblos griegos.

El nuevo íbero, ahora hispanorromano, salta a la palestra en medio de los enfrentamientos entre romanos por el Poder y la repartija; había de los más, que apoyaban a Pompeyo, y de los menos, que apoyaban a César antes de que éste fuera asesinado por Bruto.

El Emperador Augusto, heredero de César, se propuso conquistar la cornisa cantábrica, aquella franja que aún gozaba de libertad. En 10 años de guerra, Roma impone la paz de los cementerios con el genocidio de los nativos astures, cántabros, vascones y otros más.

Ya situados en los primeros siglos de nuestra era, los romanos se dedican a convertir parte de la Hispania en el granero de Roma. Envían una gran cantidad de colonos y funcionarios, perfeccionan la explotación de las minas, desarrollan imponentes obras hidráulicas y construyen una impresionante red de caminos, puentes y prostíbulos.

Hay quienes afirman que las ciudades romanas fueron concebidas como *elemento civilizador*, un núcleo urbano sujeto a leyes precisas, con territorio y recursos propios de aprovechamiento comunal, con una estructura económica compleja y una organización social que integraba a los ciudadanos en un marco jurídico avanzado que superaba con creces las limitaciones del marco tribal anterior.

El Emperador Augusto, también conocido como Octavio en las fuentes griegas, había concedido títulos de colonias y municipios sobre las tierras de Hispania; las colonias eran ciudades recién creadas para colonos que por lo general eran soldados veteranos que habían peleado en lugares lejanos y que eran recompensados con lotes de tierras hispanas. Mientras que los municipios eran poblaciones indígenas que recibían la *deferencia* de esas ciudades.

Tanto en las ciudades como en los municipios, el gobierno local dependía de una asamblea de ciudadanos que tenían derecho a voto y de ahí salían los alcaldes y concejales elegidos para el cargo por 1 año.

Se puede decir que a lo largo y ancho de la Península se crearon 2 tipos de ciudades: unas, la gran mayoría, que eran ciudades sujetas a tributo en dinero, especie o servicios; y, las menos, que eran ciudades libres porque los ciudadanos que las habitaban eran sumisos y habían ayudado a Roma durante la ocupación, la expansión y en sus intestinas luchas por el Poder.

Todas estas ciudades estaban vinculadas, unas con otras, por la inmensa red de carreteras que recorría todo el Imperio Romano. Claro que la calzada romana, y dentro de ésta la Vía Augusta, la Vía de la Plata y otras muchas Vías que moldeaban el entramado ibérico, no fue construida sólo para el tráfico y solaz de augustos viajeros sino, y en especial, para el rápido desplazamiento de mercancías y tropas; un monumento al centralismo imperial, hoy convertido en melancólico espejismo: *todos los caminos conducen a Roma*.

Augusto, naturalmente siguiendo los moldes y costumbres del Imperio, dividió el territorio de Hispania en 2 provincias: la Hispania Ulterior y la Hispania Citerior; la Hispania lejana, al sur y oeste, y la Hispania cercana, al norte y este. De la misma manera, las personas también quedaron divididas en 2 grandes grupos: los esclavos y los libres. Los libres, a su vez, se dividían en 3 grupos: los que no tenían ningún derecho, que era la gran mayoría de indígenas nati-

vos; los que tenían derecho de ciudadanía itálica, que era un premio que Roma otorgaba a sus aliados y secuaces; y los que disfrutaban de plena ciudadanía romana, que por lo general eran comerciantes, administradores, profesionales y técnicos de origen romano además de las tropas licenciadas de las legiones que habían participado en la guerra contra Cartago y a quienes se repartió tierras para repoblar Hispania. Queda claro que sólo la ciudadanía romana, que era hereditaria, daba derecho a votar y a ser elegido para ejercer un cargo oficial.

No fue sino hasta el año 70 cuando, en tiempos del Emperador Vespasiano, se concedió la ciudadanía latina a casi todos los hispanos libres. La romanización, aunque en general duraría unos 2 siglos, marchaba a todo vapor. Según el decir del eterno chauvinista romano, la civilización y las costumbres romanas se abrieron paso entre la *antigua barbarie* desterrando definitivamente la cultura y costumbres ancestrales; hasta los idiomas vernaculares fueron sustituidos por el latín; el castellano, el catalán y el gallego descienden de aquel primitivo latín aprendido y modificado por los nativos de Hispania. De lo que se hablaba antes de la invasión romana, sólo ha sobrevivido el vascuence.

Los esclavos traídos a la Península eran prisioneros de guerra o sus descendientes; una parte de éstos pertenecía al Estado o a los municipios y trabajaban en las minas y en los latifundios, pero la mayoría era de propiedad privada. Los más caros eran los esclavos griegos al servicio de familias pudientes y casi todos eran extranjeros porque los romanos deportaban a los esclavos para que, al arrancarlos de sus lugares de origen, se sometieran mejor al cautiverio. Los Incas, y las castas que controlaban y dirigían los Imperios anteriores al de ellos, manejaban muy bien esta *técnica*, había dicho Leoncio en un tono bromista.

El asunto es que, por las buenas o las malas, la romanización acabó con la economía de autosostenimiento de los nativos e impuso el esclavismo con una agricultura donde se ponía el acento en la producción de trigo, vino y aceite. El latifundio creció.

Hispania, compitiendo con Egipto, Sicilia y el Norte de África, abastecía a Roma no sólo con metales, mercenarios y prostitutas sino también con mieses y pienso. Con el tiempo afloraron Séneca y Lucano.

La Península conejera hasta se dio el lujo de aportar 2 emperadores: Trajano y Adriano, aunque también exportaron otros productos ganaderos; pero, ¿qué recibió ella a cambio? La fe.

Hacia el Siglo II de nuestra era, el cristianismo llegó a Hispania desde las provincias romanas de África, y casi 100 años después se

dieron el lujo de decir: *La fe de Cristo encarna ya en todos los confines de Hispania*, lo cual era una reverenda mentira pues en gran parte de la Península los llamados paganos hacían de las suyas. Se dice, por ejemplo, que las Vascongadas y Navarra no se cristianizaron sino hasta ya bien entrada la Edad Media.

La Península, el año 300, ya contaba con la friolera de 19 obispos y 26 presbíteros que en la Primera Conferencia Episcopal se dieron el lujo de acordar que el arrianismo era herejía, así que pasaron a combatirlo y siguieron creciendo.

Dentro del Imperio, Constantino el Grande fue el primer Emperador romano que, luego de la batalla del Puente Milvio en 312, se convierte al cristianismo; pero la coronación y premio para los decididos y obstinados cazadores y asesinos de paganos, arrianos y judíos viene con el Emperador Teodosio I y el Edicto de Tesalónica del año 380 que declara el cristianismo como religión oficial del Imperio, y los cristianos se *olvidaron* de las *ingenuidades* del cristianismo primitivo y de su espíritu democrático-revolucionario que prometía recompensar en el otro mundo los sufrimientos terrenales de los esclavos; a partir de entonces se profundizó y desarrolló en Hispania el aún persistente maridaje entre Iglesia y oligarquía. Para esos tiempos, ya se había dado una reconcentración de la tierra y un tremendo desarrollo de los puertos, las aduanas y de las grandes compañías navieras que, en buena parte y desde hacía mucho, se encontraban en manos semitas, que eran los que transportaban los productos de la Colonia hacia la Metrópoli.

Si no recuerdo mal, había dicho Leoncio, fue Voltaire quien dijo que *el cristianismo abrió el cielo, pero también arruinó el Imperio*.

Roma y el esclavismo se habían expandido incontrolablemente; donde metían pie y mano, se perdían las libertades y aumentaba el empobrecimiento de la población lo que con el tiempo hacía que los levantamientos internos se pusieran a la orden del día. Pero, al mismo tiempo, también surgían legiones de nuevos ricos que vivían de la renta, de los pobres, de la esclavitud y de la explotación y opresión de las colonias del Imperio, o como otros las llamaban, de sus provincias; junto a esto, se agita la banderita de la lucha contra la herejía dando rienda suelta a la expansión del cristianismo, del fanatismo religioso y la barbarie. Todos estos factores, económicos, políticos y religiosos, provocaron la decadencia y la ruina del Estado.

Occidente se había descapitalizado debido a la hegemonía del Este; la agricultura decayó y se empobreció, la mano de obra escaseaba, la inflación, que ya era congénita, disparó los precios y devaluó la moneda arruinando a la clase media que era el principal sostén del sistema, las arcas públicas necesitaban contante y sonante. El

ejército, descuidando las fronteras, se había dedicado a poner y sacar emperadores. Roma y los romanos habían visto, con babas en la comisura de los labios, el resplandor del apogeo y la grandeza durante los Siglos I y II, pero a partir del Siglo III el Gobierno central se desbarató y fue sustituido por la anarquía militar y en sólo 50 años se sucedieron 39 emperadores, muchos de los cuales fueron derrocados por golpes de Estado o simplemente asesinados. El resto es historia conocida.

Las llamadas tribus bárbaras de francos y alamanes habían irrumpido en la Galia e Hispania, donde saquearon Cataluña, el Valle del Ebro y Levante. A lo largo de los Siglos IV y V, Roma vivió en estado permanente de guerra contra los bárbaros que golpeaban las fronteras del Danubio y el Rin así como contra los partos que presionaban por Oriente.

Roma quedó a merced de su Ejército y sus generales, muchos de los cuales ni siquiera eran romanos sino bárbaros contratados por Roma, se repartieron el Poder en tetrarquías; luego, lo descentralizaron y lo dividieron en capitales administrativas de donde surgirían futuros países. Las llamadas provincias se desmembraron en un mosaico de Estados que fueron reinados, casi autónomamente, por caudillos vándalos, francos, ostrogodos, visigodos, alanos, suevos y otros más, quienes nominalmente estaban sometidos a Roma.

El Imperio se dividió en 3 estructuras políticas con culturas distintas, pero, en general, en 2 grandes bloques: Oriente y Occidente. La parte occidental no tardó en desintegrarse porque, junto al desenlace de las decisivas contradicciones internas, los bárbaros irrumpieron violentamente en todo su territorio; mientras que la parte oriental resistió todavía durante 1,000 años hasta su conquista por los turcos.

En las postrimerías del Imperio de Occidente la situación era más o menos así: los romanos y los hispanorromanos, con ayuda de los visigodos, que para el caso fueron movilizados desde la Galia, lograron arrinconar a los vándalos, suevos y alanos, que habían llegado a inicios del año 400 y a esas alturas del partido ya andaban haciendo desbarajuste y medio como Pedro por su casa, hacia la parte de Galicia y el Norte de Portugal; mientras que en la cornisa cantábrica seguían los bravos naturales de siempre.

Los suevos, luego que los visigodos regresaron al sur de la Galia para gozar de la tierra prometida por los romanos, inician una etapa de expansión hasta poner bajo su control casi toda la Península, salvo la Tarraconense, que estaba en manos del Imperio.

Los vándalos, que tiempo atrás habían derrotado a los suevos que escaparon de la liquidación completa sólo gracias a la ayuda de los romanos, antes de sucumbir ante la fuerza expedicionaria bizan-

tina y desaparecer de la historia entre la tercera y cuarta década del Siglo VI, abandonaron la Península para instalarse en África dejando a los suevos como único pueblo bárbaro en Hispania... hasta el regreso de una de las ramas de los godos que, habiendo sido expulsados de Crimea por los hunos, deambulaban por el Danubio y los Balcanes, hartos de la explotación y los abusos a que fueron sometidos por los funcionarios imperiales y por los jefes militares romanos, saquearon Roma, la dejaron hecha polvo, y a cambio de tierras por paz se fueron para asentarse al sur de la Galia formando el reino visigodo de Tolosa, también conocido como reino galovisigodo y que fuera derrotado por los francos el año 507.

Los alanos, que era un grupo étnico iranio, se dividieron en varias ramas luego de que casi fueran barridos por los hunos hacia el año 370; una de esas tribus huyó hacia el oeste y, uniéndose a los vándalos y suevos, invadieron la Galia romana para luego pasar a Hispania en el año 409 donde, a pesar de su alianza con los burgundios, fueron barridos por los visigodos; y, salvo los pocos que se quedaron, siguiendo los pasos de los vándalos, llegaron al Norte de África en el año 429. Otras tribus de este mismo grupo étnico se mezclaron con pueblos eslavos convirtiéndose en ancestros de serbios y croatas; otros, en tiempos de los hunos, fueron obligados a dirigirse al Cáucaso cuando entraron los mongoles y se convirtieron en los modernos osetos; aún están en Rusia, Bielorrusia, Georgia, Hungría, Iraq, Turquía y en otros lugares; han pasado por todas las religiones, eran paganos, arrianos y cristianos hasta que expulsaron a los misioneros y al clero bizantinos, se pasaron al judaísmo y al Islam, los hay cristianos ortodoxos; de todo un poco.

Con idas y venidas, con victorias y derrotas, con conquistas y pérdidas, en ese pequeño tablero de ajedrez en el que se había convertido Hispania como reflejo de uno más grande, el vacío de Poder dejado por el Imperio Romano de Occidente fue rápidamente ocupado por los romanos del Imperio de Oriente que tomaron posición en el Sur y el Levante de la Península hasta que el reino de los visigodos lo liquidó, lo mismo que al reino de los suevos, para formar el reino visigodo de Toledo, que duraría hasta la invasión musulmana entre la primera y segunda década del Siglo VIII.

Leoncio y Sebastián ya habían conversado sobre todo ello hacía tiempo y también días atrás, y hasta con mayor detalle; pero Leoncio recapituló el tema así, de pasada, a saltos y trompicones, dejando de lado otros puntos tanto o más importantes que los que estaba exponiendo. Quería atraer la atención de Sebastián hacia cuestiones concretas. Caminaban uno al lado del otro, el sol brillaba sin calentar

y bajo su luminaria, subían la cuesta.

Hispania —continuó Leoncio—, hacía ya buen tiempo que había pasado a ser una diócesis subdividida en 6 provincias, una de las cuales, llamada Mauritania Tingitania, estaba ubicada en África.

A lo largo y ancho del Imperio Romano, las ciudades iban decayendo, se fueron despoblando de a poco; habían perdido su dominio sobre el campo y tampoco lo recobrarían en los primeros siglos de la dominación germana poniendo de manifiesto el bajo grado de desarrollo de la agricultura y de la industria.

Con la crisis económica, el comercio decayó y el número de esclavos se redujo lo que a su vez provocó la ruina de los viejos latifundios y la producción manufacturera.

La decadencia fue gradual y se extendió a lo largo de varias generaciones. Estaba terminando el tiempo de la antigua esclavitud. Se hacía inevitable una nueva diferenciación social y una redistribución de la propiedad que hasta entonces había estado signada por un modo de producción que empezaba a ser agonizante. La necesidad abría las puertas al surgimiento de grandes terratenientes dotados de poder y pequeños campesinos dependientes.

Los dolores de parto de una nueva civilización se ponían de manifiesto y, al fin y al cabo, terminarían por enterrar el agonizante Imperio. Las relaciones entre los futuros poderosos terratenientes y los campesinos, que de ellos dependerían, serían para la nueva generación el punto de partida de un nuevo desarrollo.

Sin embargo, Roma, dentro de un nuevo marco jurídico y administrativo, ya había impuesto, a los pueblos sometidos, su forma de vida y sus instituciones; junto al patrimonio lingüístico, la cultura helénica y el pensamiento religioso judío había formado una peculiar amalgama para generar lo que hoy se conoce como la civilización occidental cristiana. Y, dentro de ese enjambre, la nueva Spania.

Los bárbaros germanos habían librado a los romanos de su propio Estado, se apropiaron de, más o menos, 2/3 de sus tierras y se las repartieron, según el orden establecido en la gens, en partes iguales. Como los conquistadores eran relativamente pocos, quedaron sin dividir grandes extensiones de tierra; quedando, una parte de ellas, en propiedad de todo el pueblo y otra en propiedad de las distintas tribus y gens; esta costumbre pronto se perdió en las provincias romanas conquistadas, y las parcelas individuales se hicieron propiedad privada alienable. Los bosques y los pastos permanecieron indivisos para su uso colectivo; este uso, lo mismo que el modo de cultivar la tierra repartida, se regulaba según la antigua costumbre y por acuerdo de la colectividad.

Cuanto más tiempo llevaba establecida la gens en su poblado,

más iban confundiéndose germanos y romanos y ante el carácter territorial de su asociación iba borrándose el carácter familiar del mismo; así, la gens desaparece como comunidad rural, con cultivo individual del suelo y reparto periódico, al principio, y después definitivo de los campos y pastos. De esta manera, la organización gentilicia de los llamados bárbaros se transformó insensiblemente en una organización territorial y se puso en condiciones de adaptarse al ya existente Estado.

Si el vínculo consanguíneo se perdió con rapidez en la gens, se debió a que sus organismos en la tribu y en el pueblo degeneraron por efecto de la conquista. Los pueblos germanos, dueños de las provincias romanas, tenían que organizar su conquista. Pero no se podía absorber a las masas romanas en las corporaciones gentilicias, ni dominar a las primeras por medio de las segundas.

A la cabeza de los cuerpos locales de la administración romana, conservados al principio en gran parte, era preciso colocar, en sustitución del Estado romano, otro Poder, y éste no podía ser sino otro Estado. Así, pues, dadas las circunstancias, los representantes de la gens tenían que transformarse, con suma rapidez, en representantes del Estado.

El representante más propio del pueblo conquistador era el jefe militar. La seguridad interior y exterior del territorio conquistado requería que se reforzase el mando militar. Así que había llegado la hora de transformar el mando militar en monarquía... y se transformó.

Esta científica, precisa y elocuente descripción del desarrollo de los pueblos germanos sobre el conquistado suelo romano se había quedado bien grabada en la memoria de Leoncio, y la repetía con agrado.

Mientras tanto, la Iglesia, como buena arpía, notó que el Imperio Romano se le escurría de las garras y optó por adaptarse a la nueva situación, nada nuevo en su péfida carrera por controlar y manejar los hilos del Poder. Más por oportunismo que por buena imaginación, descubrió que la forma de ganarse a los reyes era a través de sus esposas, que por lo general eran romanas y por lo tanto buenas cristianas; y cuando éste no era el caso siempre tenían una buena cristiana, de rodillas y a la mano. La Iglesia se esmeraba por asegurar la descendencia y, con una buena educación cristiana de los herederos, también la sucesión. Pero los reyes bárbaros eran polígamos y cambiaban de esposa con facilidad. El oportunismo y el arribismo, más que artes, tienen mañas, así que la Iglesia y sus representantes aconsejaban a las mujeres y amantes de los reyes para que los convirtieran al cristianismo y una vez casados, con el vínculo indisoluble

ante dios y ungido por la Iglesia, tenían rey cristiano, mujer feliz, herederos y trono asegurado.

Como las tribus bárbaras seguían lo que hacían sus reyes, convertido el Rey, convertida la masa.

El Rey, ungido por la Iglesia, era declarado inviolable y elegido por dios, lo que, teóricamente, lo ponía por encima de cualquier rival y le obligaba a pasar la corona a sus hijos. Pero cuando esto no funcionaba y el Rey o el heredero no eran del agrado o parecer de la Iglesia, entonces la espada y el degüello entraban en acción.

Acaso no está escrito en el Nuevo Testamento que según Mateo, en 10,34, Cristo había dicho: *no piensen que vine a traer la paz a la tierra; no vine a traer la paz, sino la espada*; y que Lucas, en 19,27, atestigua que había dicho: *En cuanto a mis enemigos, que no me quisieron por Rey, tráiganlos acá y mátenlos en mi presencia*.

Y así fue durante siglos.

Y de una u otra forma aún sigue siendo así, sólo que han cambiado la espada y el cuchillo artero por la alabanza y bendición de las fuerzas armadas reaccionarias.

Los visigodos que se posesionaron de Hispania eran arrianos, seguidores de Arrio, un presbítero cristiano de Alejandría que consolidó una tendencia que venía sosteniendo que hubo un tiempo en que el Hijo no existía antes de ser engendrado y que por lo tanto el Hijo era una creación de dios y no Él mismo.

Los hispanorromanos eran cristianos y, mientras el Imperio Romano de Occidente era desmantelado por las nuevas fuerzas sociales, los obispos defendían a rajatabla el dogma de los 2 caracteres de Cristo y el de la Santísima Trinidad, o sea, aquel mal chiste que jura y perjura que hay 3 personas metidas en un solo dios; o que en dios se contienen 3 personas, a saber, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; o lo mismo, en su otra versión, dios, sin dejar de ser Uno, es, al mismo tiempo, Tres: uno en esencia y trío en presencia. Un cuco y 3 fantasmas.

Aparte de esas discusiones bizantinas pero sangrientas, con los visigodos, Hispania pasa lentamente a convertirse en Spania; y no sólo se trata de la modernización del nombre —había dicho Leonicio descubriendo sus verdosos dientes tras una espontánea sonrisa.

Muchas etnias y pueblos habían pasado por la Península Ibérica, ocupada actualmente casi en su totalidad por Portugal y España, incluyendo Baleares, aunque también por Andorra, los aún territorios británicos de Gibraltar y la franja meridional francesa, sin dejar huella o muy poco de ella.

De las etnias, pueblos, naciones y sus idiomas o dialectos, por

decir algo y de alguna manera, originarias, que se desarrollaron sobre territorio peninsular, salvo la nación vasca, queda poco.

Las tribus ancestrales, en tiempos del sedentarismo, y las invasiones celta, fenicia, griega y cartaginense, inicialmente, ocupaban y dividían el territorio conquistado, tras cruentas guerras, siguiendo los conocidos parámetros tribales de las gens con una estructura urbanística propia de aldeas y seguían costumbres y prácticas de derecho consuetudinario; luego, algunos de los grupos invasores, desarrollaron las ciudades y la administración estatal según las normas del esclavismo donde las desigualdades de los hombres tenían bastante más importancia que cualquier igualdad.

Con la invasión romana se inicia una división administrativa más sistemática de la Península hasta llegar a la diócesis de Hispania dividida en diferentes provincias que, en el tiempo y espacio, variaban en número y demarcaciones, basándose siempre en el sistema esclavista. La justicia de los griegos y de los romanos juzgaba justa la esclavitud y no hay que olvidar que sin esclavitud no hubiera habido Estado griego, ni arte griego, ni ciencia griega; sin esclavitud no hubiera habido Imperio Romano. Y sin el fundamento del helenismo y del romanismo tampoco hubiera la Europa moderna. No deberíamos olvidar nunca que todo el desarrollo económico, político e intelectual europeo tiene como presupuesto una situación en la cual la esclavitud fue reconocida como necesaria y universal —había dicho Leoncio antes de darle una palmada a Sebastián en el hombro.

Inicialmente, a inicios del Siglo V, la invasión de los visigodos no logró controlar toda la Península Ibérica; los romanos orientales se habían posesionado de gran parte del Sur y del Este; la cornisa cantábrica seguía en su sitio y en manos de los de siempre, y no sería sino hacia el año 700 que se divide en cántabros y vascones; los suevos tenían su propio reino al noroeste; y los otros pocos no contaban para mucho.

Hacia finales del Siglo V, la expansión de los visigodos ya era de temer. En 507 habían sufrido una gran derrota en la batalla de Vouillé a manos de los francos y perdieron casi todo lo que tenían al norte de los Pirineos lo que los obliga a replegarse hacia Hispania. El reino visigodo traslada su capital a Toledo.

Los reyes visigodos, hasta 586, eran arrianos. En 581 habían logrado derrotar a los suevos; en 585, a los vascones y en 624, para contento y éxtasis de la madre Iglesia, expulsan a los bizantinos de la Península.

El Rey Recaredo, con su conversión al catolicismo en 587, logra la unión de la minoría visigoda, hasta entonces arrianos, con la mayoría hispanorromana, y donde no sucedió por las buenas fue la fuerza

arpió la que impuso la opción ganadora despojando a la Iglesia y a la jerarquía arriana de todos sus bienes para engordar las arcas de su Iglesia, lo que sumado a las conquistas territoriales fue dando cuerpo a la unidad ibérica que había iniciado su padre el Rey Leovigildo.

Es falso lo que sostienen algunos autores cuando dicen que con esta unidad, territorial y religiosa, independiente de todo imperio exterior, se dio inicio a la *germanización* de la Península Ibérica ya que los visigodos, aunque hablaban el gótico, era el pueblo más romanizado de los germanos; cierto es que durante buen tiempo fueron *herejes*, pero con las mañas de la santa Iglesia, y su experiencia en faldas, ese pequeño problema se arregló en unas cuantas décadas, y bajo la expansión y dominación visigoda se mantuvo, casi inalterada, la estructura administrativa romana; es decir, el derecho romano, la división provincial, los municipios, los tribunales, los impuestos y otras pequeñeces. La santísima Iglesia Católica, con los papelitos firmados en el III Concilio de Toledo en 589, ejerció una fiscalización teocrática sobre la electiva monarquía visigoda, tenía otra vez las riendas del Estado e imponía *la pax romana*, aunque no estuvo exenta de conspiraciones y rebeliones, de disensiones y persecuciones religiosas y étnicas; la normal convivencia de paganos, arrianos, judíos y católicos, favorecida por la tolerancia religiosa de los reyes arrianos, llegaba a su fin dando paso a que la Iglesia católica desencadenara una serie de brutales e inmisericordes campañas de represión y exterminio contra paganos y judíos. Una pérvida persecución recorrería la Península.

Casi como mudo testigo del último destello de Roma en la Bética, con capital en Córdoba, donde al parecer la población romana tenía una mayor conciencia de nacionalidad frente a otros pueblos con los que estaban en contacto, quedaron grabados en los 20 tomos de *Las etimologías*, una enciclopedia que, según algunos, refleja la evolución del conocimiento desde la antigüedad, pagana y cristiana, hasta el Siglo VII, muchas ramas del saber: teología, lenguaje, dialéctica, matemáticas, música, gramática, geografía, agricultura, medicina, derecho y jurisprudencia entre otros. Esta obra fue escrita por el obispo Isidoro de Sevilla, el mismo que hizo prescribir el estudio del griego y el hebreo y que fue uno de los primeros en sustentar la teoría del origen divino del poder de los reyes al afirmar que *dios concedió la preeminencia a los príncipes para el Gobierno de los pueblos*. El mismo zamarro que fuera canonizado en 1598; el mismo al que el Papa Inocencio XIII declaró doctor de la Iglesia en 1722 y el mismo que en el año 2001 fuera declarado patrón de Internet.

Muy influyente el chico —fue uno de los pocos comentarios hechos por Sebastián durante el trayecto.

En 710, el emir de África del Norte, un tal Musa, pidió permiso al califa de Damasco para conquistar el reino godo. Y se lo dieron.

En abril de 711, mientras Rodrigo, uno de los últimos reyes visigodos, inútilmente combatía contra los irreductibles vascos, fue invadida la Península por el bereber Tarik, gobernador de Tánger, que desembarcó en un lugar al que en su honor llamaron *la roca de Tarik*, que es lo que significa *Gebel Tarik* o Gibraltar. Y los islamistas siguieron su camino hacia Toledo conquistando todas las grandes ciudades que encontraron a su paso.

Un año después llegó el mismo Musa que, tomando más tierras, se unió a Tarik en la capital visigoda, Toledo; de ahí pasaron a dominar, en menos de 7 años, casi toda la Península en medio de contiendas por el reparto de tierras.

Habían cruzado el Estrecho y conquistado Spania aprovechándose de las luchas intestinas de clanes divididos, de la nobleza y el clero, y del descontento del pueblo ante la hambruna, las epidemias y la presión fiscal; en resumidas cuentas, los islamistas sometieron Spania, aprovechándose, o haciendo buen uso, de la grave crisis económica, política y social que padecía la monarquía visigoda.

No contentos con ello, cruzaron los pirineos y continuando su avance hasta que los francos les metieron una paliza y regresaron con el rabo entre las piernas a su peninsular conquista para quedarse 8 siglos.

¿Qué quedó sin conquistar en Spania? La de siempre, la cornisa cantábrica, incluyendo Vasconia, habitada por tribus poco romanizadas que defendían su modo de vida y su organización económica basada en la pequeña propiedad y en la libertad individual. Y no porque no quisieran, no; a pesar de las muchas leyendas que se cuentan, simplemente no pudieron quebrar la resistencia y unidad de los bravos nativos.

En menos de 2 años la monarquía visigoda se vino abajo y los más de 4'000,000 de hispanovisigodos, el mestizaje lentamente labrado por hispanorromanos y visigodos durante más de 300 años, se sometieron casi sin resistencia a un ejército de unos 40,000 guerreros.

La masa de la población, conformada básicamente por campesinos paupérrimos, estaba harta de la carga fiscal y la opresión del Poder visigodo; los obispos y los terratenientes pactaron con los invasores para conservar sus privilegios y haciendas y se mantuvieron al frente de sus diócesis y sus provincias; por ejemplo, Teodomiro, gobernador de la provincia Carthaginensis tras un acuerdo, gobernó a título de rey un territorio cristiano visigodo autónomo dentro de

al-Andalus, denominado kora de Tudmir.

La organización eclesiástica y jurídica del Estado visigodo se mantuvo intacta. Las primeras hordas musulmanas que ocuparon la Península, en cuanto a las creencias, sólo se preocuparon de imponer un tributo especial a católicos y judíos; no les impusieron su religión y los dejaron seguir ejerciendo el conjunto de sus confusas creencias. Mientras que la mayoría del pueblo hispanovisigodo se pasó, con chancletas y todo, al islamismo tratando de desperdiciarse de los abusos y excesos del clero; los siervos, atados casi como esclavos a la tierra, al abrazar el Islam, ascendían a libertos aunque labrar su propio pedregal de sol a sol apenas si alcanzaba para mantenerse a un nivel de pura subsistencia.

Spania pasó a ser, otra vez, colonia de un Imperio. Como nueva provincia del califato de Damasco pasó a llamarse al-Andalus y la parte no conquistada fue denominada Ishbaniya.

¿Qué había ocurrido?

Una nueva religión había saltado a la palestra: el Islam.

Mahoma, un camellero conductor de caravanas, nació a fines del Siglo VI en la ciudad de la Meca, en Arabia. Al relacionarse con judíos y cristianos, se le ocurrió la idea de reformar la religión de sus pares. Uno de los tantos cuentos que circulaban por los arenales decía que a Mahoma se le apareció el arcángel Gabriel, y le dijo: ¡Predica! y Mahoma, creyéndose profeta, empezó a predicar a los árabes la idea de un único dios y la condena y repudio de los ídolos que adoraban. Su discurso se resume en: ¡No hay más dios que Allah, y Mahoma es su profeta! Así nació el islamismo que es un amasijo de cristianismo y judaísmo.

Sus discípulos tomaron nota de todas las prédicas y luego las condensaron en un solo librito llamado: El Corán, que significa *la lectura*. Ahí se encuentra, por ejemplo, una de sus perlas en relación a las mujeres: Corán Sura 4, Sura de las mujeres, 34: Los hombres tienen autoridad sobre las mujeres en virtud de la preferencia que Allah ha dado a unos sobre otros y en virtud de lo que en ellas gastan de sus riquezas. Las mujeres virtuosas son devotas y cuidan, en ausencia de sus maridos, de lo que Allah manda que cuiden. ¡Amonestad a aquéllas de quienes temáis que se rebelen, dejadlas solas en el lecho, pegadles! Si os obedecen, no os metáis más con ellas. Allah es excelso, grande.

Los llamados bárbaros del desierto arábigo, en pos de nuevas fuentes de riquezas, habían empezado por conquistar parte del Imperio de Oriente, o sea, el de Bizancio, y en menos de un siglo, los musulmanes, agrupados en una confederación de tribus nómadas del

desierto que se habían convertido al Islam y que aparte de la religión y del idioma poco tenían en común, tomaron posición de los territorios hoy ocupados por Israel, Jordania, Siria, Iraq, Irán y Paquistán. Cruzaron hacia el África y recorriendo la ribera del Mediterráneo arrasaron con todas las ciudades costeras que encontraron a su paso.

De entre los divididos grupos tribales, convertidos hacía poco al Islam, ubicados al norte, centro y sur de la Península arábiga, había una tribu llamada los kuraish que a su vez estaba dividida en 2 clanes, uno de ellos lo conformaban los omeya, que fue la familia que durante 100 años controló el Imperio de Damasco monopolizando el comercio con Bizancio y Persia.

En 750, la tribu hashimí derrocó al califa y exterminó a la familia omeya en el Poder y hasta borró de las lápidas sepulcrales el nombre de sus difuntos ancestros; y mudaron la capital a Bagdad constituyendo una nueva dinastía, la abbasí, en memoria del tío de Mahoma al-Abbás de quien se decían descender.

En la Península Ibérica, otras tribus reproducían las rivalidades de sus paisanos y se hacían la guerra sin miramientos; a esto habría que añadir a los bereberes; a los sirios, que habían llegado para ayudar a Musa contra Tarik y después de someter a los bereberes se quedaron en Andalucía y Algarve; a los judíos y a los hispanovisigodos divididos entre muladíes, los convertidos al Islam, y los mozárabes que seguían siendo cristianos. Todos con intereses encontrados. El caos duró hasta que llegó uno de los omeya sobreviviente de la masacre de Damasco y, aprovechando los desacuerdos, se apoderó de al-Andalus y puso orden, primero por las buenas y después descabezando, literalmente, a los revoltosos.

Mientras tanto, los hispanovisigodos que se habían refugiado en las alturas se reorganizaron en las montañas de Asturias donde los nativos habían fundado un reino; y al poco tiempo, con los dispersos reagrupados, sin poder conquistar gran parte de la cornisa cantábrica, se extendieron, por un lado, hacia Galicia y, por otro, hasta la zona del Duero, que había sido abandonado por los bereberes.

El Gobierno musulmán, heredero y respetuoso con la organización económica y social visigoda basada en la gran propiedad, en la desigualdad social y en la existencia de señores y siervos, siguiendo la costumbre romanobizantina, había dividido el territorio en 3 distritos militares con capitales en Mérida, Toledo y Zaragoza. Lo que se suponía que debería ser útil para la seguridad de las fronteras se fue convirtiendo en un problema ya que los gobernadores militares de los distritos aprovechaban esa división del territorio para independizarse de Córdoba. Hasta se dio el caso de que el responsable militar de Zaragoza se alió con Carlomagno, Rey de Francia y cristiano, para

repartirse la región; cuando las huestes de Carlomagno intentaron ocupar los pasos de los Pirineos fueron derrotados por los vascos que habían conservado su independencia desde tiempos de los romanos. Pero a pesar de ello, entrando por otra esquina, Carlomagno logró apoderarse de tierras catalanas y formar su propia provincia militar denominada marca Hispánica. En Aragón y Navarra, donde fracasaron los sucesores de Carlomagno, surgieron poderes independientes.

En 797, estallaron muchas rebeliones populares por el malestar que provocaban las exigencias tributarias para mantener los regimientos de mercenarios, el Estado burocrático y la corte de vagos que, copiando las malas costumbres bizantinas, rodeaba al emir. La masa de Toledo se sublevó. La treta del emir fue invitar a un banquete a parte del pueblo junto con los dirigentes de la rebelión y la solución a los problemas no llegó con acuerdos de paz sino con degüello en pleno agasajo, y como derivación siguió la danza de los sables. Se dice que fueron más de 5,000 los degollados. En 818, en Córdoba, 40 de los dirigentes más notorios de la rebelión fueron crucificados en las afueras de la ciudad. Viejas lecciones que aún no se aprenden del todo.

En 843 desembarcaron los vikingos en Asturias e hicieron estragos por aquí y acullá, tanto en suelo cristiano como musulmán; pero terminaron derrotados y, luego de cerrar un acuerdo de paz con el emir, algunos se asentaron a vegetar, sin pena ni gloria, en la Isla Menor.

El año 900 y pico, el que se creía dueño de al-Andalus se proclamó califa, y Córdoba se convirtió en la capital de Occidente. Poco más tarde los cristianos del Reino de Asturias trasladaron su capital de Oviedo a León y a lo largo del Duero establecieron colonias, fortificaron sus pueblos y construyeron muchos castillos, de ahí es de donde procede el nombre de Castilla y, más adelante, el idioma castellano. Los reyes de León, que tenían problemas con los vascos que habían organizado su propio reino en Navarra y comenzaron a ampliarlo hacia el sur, estaban convencidos de que toda Spania les pertenecía ya que, pensaban y decían, eran los legítimos herederos de la monarquía visigoda.

Los cristianos ocuparon una gran parte del Norte de la Península formando varios reinos: Galicia, León, Castilla, Aragón, los Condados catalanes y Pamplona, luego llamada Navarra; todos enfrentándose a los musulmanes, que cada vez los rechazaban con menos fuerza.

En 988, el conde de Barcelona aprovechó la decadencia del Imperio Franco para proclamarse independiente y ampliar sus dominios a otros condados sembrando el germen de la futura Cataluña; y hasta se dio el lujo de saquear Córdoba. Unos 30 años más tarde, el cali-

fato se desintegra y es reemplazado por numerosas taifas, bandos o facciones, que funcionaban como pequeños reinos oligárquicos. Los cristianos ya no pararon en su avance.

El Islam contraatacó 2 veces ayudados por las sectas bereberes venidas de África, los almorávides en 1086 y los almohades en 1172, pero, salvo una efímera restauración, no prosperaron.

Hacia el año 1300 se coronó el triunfo casi total de los cristianos sobre los musulmanes, aunque tuvo que dejar subsistir, a lo largo de los Siglos XIV y XV, el pequeño Reino de Granada, encaramado sobre las crestas de Sierra Nevada; y, en las provincias conquistadas, tuvo que permitir numerosas formas de vida musulmana.

Finalmente, los que poco después recibirían el título de Reyes Católicos de manos del Papa valenciano Alejandro VI, toman Granada el 2 de enero de 1492; el mismo año en el cual termina la tolerancia religiosa con la expulsión de mahometanos y judíos. Nefasto año en que, por error, Cristóbal Colón llegó a tierras que más tarde recibirían el nombre de América.

Los casi 800 años que demoró la mal llamada *Reconquista* no sólo se debió a la debilidad o fortaleza de cada uno de los bandos; no sólo a los avances que lograban los cristianos en el campo de batalla, aprovechando las guerras civiles entre los musulmanes, o a los retrocesos tras las derrotas y la componenda política, de amistad y sumisión hacia el emir, seguida por los soberanos hispanovisigodos; sino, también, al desarrollo del nuevo sistema económico que la condicionaba. Las nuevas fuerzas feudales, desarrollada por los visigodos, habían roto sus cadenas abriéndose paso entre el esclavismo romano. La hora de desplegar alas para alzar vuelo había llegado.

Reconquista, ciertamente —había dicho Leoncio con convicción—, es un término mal usado, no expresa la realidad, puesto que, a fines de los años 700, los nuevos reinos estaban gobernados ya no por elementos de la monarquía visigoda, de la cual quedaba algunos vestigios, sino por las élites conformadas por hispanovisigodos cristianos que junto con el grueso de la masa de la población, y aunque esas élites no hayan sido conscientes de ello, ya estaban en franco tránsito a convertirse en auténticos spanioles, gérmenes de los futuros españoles con conciencia nacional y esa pluralidad que es uno de los elementos definitorios de identidad propia muy consustancial de los pueblos de España, pero que en aquel entonces se autoproclamaban, luego de la esmerada recomendación de curas confesores y obispos, descendientes y reales herederos de sangre del antiguo reino visigodo para legitimar políticamente su lucha por la unidad de la nación y defensa del cristianismo.

Dentro de este proceso histórico —había añadido—, el idioma

también tuvo su propio desarrollo. En el Norte de la Península, en la zona de Cantabria, se había formado, a lo largo de los siglos, una disidencia lingüística con caracteres claramente diferenciados de los que dominaban a Oriente y Occidente y en todas las tierras musulmanas. Aquel idioma, propio de una pequeña comarca, adquiriría, con el tiempo, la supremacía nacional en España y habría de convertirse en el cuarto idioma más hablado en el mundo.

Cuando el condado de Castilla adquirió la hegemonía, se independizó de León y emprendió su expansión hacia el centro y sur de la Península llevando consigo su lengua. Al ocupar las tierras del llamado *infiel*, las huestes de la alianza castellanoleonese, imponían la lengua de Castilla; y a medida que el castellano avanzaba en dirección a Granada, se reducían y quedaban aisladas las zonas de dialecto galaicoportugués y catalanovalenciano.

El castellano evoluciona y se desarrolla diferenciándose de los otros dialectos peninsulares por sus sonidos vocálicos lo mismo que por el de sus consonantes. Las declinaciones del latín van desapareciendo y las preposiciones eran las que señalaban la función de las palabras en la oración. Las vocales claras y rotundas sin sonidos intermedios, la desaparición de algunos diptongos y la diptongación de otras vocales, las particularidades de sus sonidos consonánticos y sus modificaciones exclusivas constituyen todo un aporte que, como cuña asentada junto al Cantábrico, invade el dominio lingüístico en la Península.

Los sonidos del castellano, así como su misma arquitectura, se fijaron y consolidaron desde época muy temprana, tal como lo prueba el hecho de que el texto *Cantar del Mío Cid*, del Siglo XII, a pesar de sus lógicos arcaísmos, sea perfectamente comprensible para las personas de habla castellana y algo de cultura. El castellano del Siglo XII ya era la lengua de los documentos notariales.

En la época de Alfonso X, llamado el Sabio, Rey de Castilla, de Toledo, de León, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaén y del Algarve entre 1252 y 1284, predominaba en los Estados cristianos la lírica provenzal llegada allende el Pirineo y la gallega; mientras que en tierras de dominio musulmán la lengua de cultura era el árabe y el pueblo hablaba un dialecto mozárabe parecido al gallego y el catalán.

Los árabes introdujeron un copioso vocabulario que influyó en la lengua que se estaba forjando en Castilla, y que hasta ahora perdura en nuestro idioma, influencia que cincela en el castellano una fisonomía propia y lo distingue de las otras lenguas hijas de Roma; y eso ya para no hablar de la gran influencia en los campos de la ciencia, el arte y la literatura.

Los árabes, al crear los fundamentos de la Ciencia moderna, como continuadores en tierras hispánicas del saber griego, dieron nombre a los descubrimientos y avances a medida que éstos se producían. El mundo moderno conoció a través de Córdoba el álgebra, el alcohol, la alquimia, el cero, y las lenguas de Europa incorporaron esos términos, lejos ya de las fronteras peninsulares.

Grandes humanistas los árabes, tradujeron y comentaron los textos griegos olvidados en Occidente desde el colapso del Imperio. La lengua arábiga era una enorme fuente de conocimiento que la corte de Alfonso X no podía desdeñar; y no lo hizo, pues parece que, al margen del rosario de descalabros y desaciertos que provocó con su gestión política, eran las empresas culturales lo único que podía hacer bien.

La Escuela de Traductores de Toledo se encargó de llenar ese vacío cultural dejado por el declive de la influencia árabe en la Península. Al tiempo que se fijaba la prosa castellana, pasando al romance las obras de la lírica cantadas en lengua provenzal, bajo la dirección del propio Alfonso, se emprendía febrilmente la tarea de traducir al romance los textos árabes y aún los mismos textos latinos incluyendo la Biblia, esa supuesta guía para la moralidad que no es más que un verdadero manual con precisas instrucciones para el asesinato, la violación y el genocidio; como ejemplo —añadió Leoncio— baste mencionar el caso de Lot, la destrucción de Sodoma y Gomorra, en Génesis capítulo 19, y de cómo ese bellaco, sobrino de Abraham, negocia con la virginidad de sus hijas para que los sodomitas, los habitantes de Sodoma, no cometan *maldad* contra los ángeles varones enviados por dios para advertirle de que abandone la ciudad ya que ÉL la iba a destruir con todos sus habitantes adentro.

La cultura laica —continuó Leoncio después de un largo descanso—, sometida durante toda la Edad Media a la Iglesia, aparece muy tímidamente el Siglo XIII en las universidades de Salamanca en León y Palencia en Castilla.

El dialecto de Castilla había logrado ya completa preponderancia en la Península cuando Isabel I de Castilla y su primo, Fernando II de Aragón, vía matrimonio por conveniencia, unieron *formalmente* las 2 coronas en 1469 forjando así los inicios de la unidad nacional a pesar de que en la práctica, los reinos de Aragón y Castilla, mantenían leyes, sistemas económicos y hasta costumbres distintas.

Las otras hablas conservaron aún sus formas peculiares en Aragón, Andalucía y otras zonas; el mismo Rey Fernando II, en su empeño por llegar a unificar el idioma de la nación, abandonó las formas propias de su región sustituyéndolas con las castellanas. Este ejemplo fue seguido por la nobleza y por el pueblo. Poco a poco y a fin de

cuentas, junto con el idioma, se establece la primacía de los valores, las tradiciones, la mentalidad y las instituciones castellanas.

Fue en 1492, el año de la unidad nacional con la toma de Granada, la expulsión de islamistas y judíos y la invasión del *Nuevo Mundo* por y para el floreciente Estado, cuando se compuso la primera gramática castellana. España poseía ya una lengua para todos sus pueblos y para el Imperio cuya influencia tenía supremacía en Europa. El dialecto de la primitiva Cantabria, tras un desarrollo de más de 700 años, ya era un sólido bloque nacional y aún sigue desarrollándose, tanto en la Península y como en los territorios de habla castellana.

Cuando Alfonso X escribe su *Estoria de España*, Hispania y Spania adquieren su actual denominación sin olvidar que durante la Edad Media el fonema ñ ya se había escrito con distintas grafías incluyendo ny y nn, y que su existencia fonética, lógicamente, es anterior a la escrita.

El término *español*, para el idioma, es relativamente reciente y, según algunos entendidos, abarcaría a todos los idiomas que se hablan dentro del territorio del actual Estado español; incluye, entre otros, los términos valenciano, gallego, catalán y vasco que son idiomas oficiales dentro de las fronteras de sus respectivas comunidades autónomas. Vistas las particularidades del desarrollo histórico, y no las puramente formales, nosotros hablamos castellano y no *español*; esto es claro y definitivo, cualquier polémica formal, abstracta y metafísica se la dejamos para los intelectualillos y doctorcitos repetidores de la repugnante tendencia de moda que niega estas particularidades concretas —había dicho Leoncio dando un manotazo al aire—. Y a diferencia de lo que algunos suponen, y otros, por falta de análisis y síntesis, repiten, el castellano, al igual que el *español*, es un idioma sumamente rico, concreto y exacto en sus expresiones para la elaboración de ideas y conceptos que, tanto en el terreno de la ciencia como en el de la filosofía, permite con mucha facilidad tanto la abstracción viva, pletórica, que refleja la realidad; como la muerta, vacía, desprovista de toda realidad y ajena a ella. El que atarantados escritores y filósofos, de renombre o no, sufran de limitaciones personales en el manejo y la comprensión de su propio idioma es ya harina de otro costal.

España, siguiendo un ritmo propio, con sus particularidades a causa de las varias y disímiles invasiones, de la diversidad de su vida social basada en la configuración física del país y desarrollada históricamente en función de las diferentes formas en que las diferentes provincias se emanciparon de la dominación musulmana y crearon pequeñas comunidades autónomas, no escapaba a la tendencia de

desarrollo seguido por Occidente, por la futura nueva Europa.

En el sistema de dominación esclavista romano, en el que habían fracasado muchas reformas agrarias, se favorecería el fortalecimiento de los grandes latifundistas que poseían grandes extensiones de terreno dedicados al monocultivo y que eran trabajados por esclavos; mientras que el pequeño campesino, residuo del sistema gentilicio, en muchas ocasiones se veía obligado a abandonar sus tierras y pasar a engrosar las filas de los cada vez más numerosos ejércitos romanos.

En los últimos 400 años de existencia del Imperio Romano de Occidente, la producción no había experimentado ninguna variación fundamental, lo que necesariamente generaba la misma distribución de la propiedad y las mismas clases de la población que correspondían al grado de producción en la agricultura y la industria de aquellos tiempos.

Las tribus germanas, antes de la emigración de los pueblos e invasión de otros territorios, habían alcanzado el estadio superior de la barbarie; es decir, no habían llegado aún a una esclavitud completa, ni a la antigua esclavitud del trabajo ni a la esclavitud doméstica oriental; por ello, al desarrollar, pudieron hacer exclusiva la forma de servidumbre atenuada que habían empleado ya en su país natal y que fue sustituyendo cada vez más a la esclavitud en el Imperio Romano; ése fue su gran aporte al ofrecer a los campesinos una cohesión local y una fuerza de resistencia; es decir, los medios necesarios para emanciparse gradualmente como clase, elementos que no tuvieron a su disposición los esclavos de la antigüedad.

Así, la organización económica y social visigoda pasó a basarse en la gran propiedad y en la desigualdad social garantizada por la existencia de señores y siervos basándose en su sistema exclusivamente bárbaro de colonización por gens, lo que precisamente era más favorable para ese proceso superando, con mucho, a la esclavitud romana. Según los entendidos, la antigüedad no presenta ningún ejemplo de supresión de la esclavitud por una rebelión victoriosa.

Después de 3 siglos de dominio visigodo se encuentran casi las mismas clases principales que había antes de la invasión, pero los hombres que formaban esas clases habían cambiado, eran otros. La antigua esclavitud había desaparecido, entre el colono romano y el futuro nuevo siervo de la Edad Media había vivido el campesino libre salido del aporte de la constitución gentilicia de los bárbaros.

Las relaciones entre los poderosos terratenientes y los campesinos que de ellos dependían, fueron para la generación nueva el punto de partida de un nuevo desarrollo. Con el tiempo surgirían nuevos Estados y nuevas nacionalidades, se escribían nuevas páginas para la historia futura.

Los germanos, en general, habían modificado la esencia de Europa y por eso la destrucción de los Estados en el período germánico llevó a la evolución de los beneficios y del régimen de servidumbre hacia el feudalismo y a un incremento tan intenso de la población que, siglos después, pudieron soportarse, sin gran daño, las fuertes sangrías de las cruzadas.

Los árabes de Oriente, al entrar en contacto con Persia y Bizancio, habían elevado su nivel cultural y militar lo que los ubicaba algo por encima del nivel europeo; lo que a su vez, dado el intenso comercio mediterráneo, repercutió no sólo en una mejor situación económica y cultural de los islamistas peninsulares sino también en beneficio de la táctica militar que usaban contra los cristianos de tradición visigoda. Tenían la iniciativa y al emprender sus campañas militares durante el verano encontraban los campos sin cosechar y así, al levantar la cosecha, se alimentaban con lo que iban requisando; mientras que en invierno permanecían acuartelados.

Los cristianos, por su parte, dada la precaria situación económica de los reinos que les quedaban, no podían mantener grandes ejércitos y, para formarlos, se encontraban limitados por lo que el sistema feudal les permitía.

Inicialmente, el sistema de señoríos y el vasallaje, peculiares en el desarrollo histórico de la Península, limitaban la eficacia militar de los reinos. Los vasallos *prestaban* a su señor una cantidad de siervos, caballos y material de guerra acorde con la importancia y recursos de sus señoríos; estas tropas, que prestaban sus servicios sólo durante un determinado tiempo, generalmente también en verano, eran un arma de doble filo ya que, si los nobles o las ciudades que las aportaban se enemistaba con el Rey, se daban de baja una vez cumplido el plazo acordado y regresaban a sus lugares de origen dejando al Rey plantado en medio de una campaña; dándose incluso casos en los que el Rey se veía obligado a levantar el cerco de una ciudad justo en el momento en que ésta estaba a punto de capitular.

Los islamistas no tenían mucho interés en conquistar las poco productivas tierras del norte y, aprovechándose de su poderío económico y militar, obligaban a los reinos cristianos a pagar tributos.

El tributo era algo común y usado por todos contra todos durante la feudalidad. En cuanto un rey se sentía, o era, más poderoso que su vecino, lo chantajeaba con la amenaza de invadir sus tierras y lo obligaba a pagar un tributo anual.

Mientras el al-Andalus fue un Estado poderoso, eran los cristianos quienes tenían que pagar el tributo; pero cuando éste se vino abajo y se dividió en una gran cantidad de pequeños Estados, fueron los cristianos quienes se sintieron con la suficiente fuerza para cobrar tri-

buto o parias a los reyes musulmanes de las taifas colindantes a sus territorios mientras preparaban la expansión de sus reinos.

Hacia mediados del Siglo VIII los mercenarios bereberes se sublevaron contra Córdoba y abandonaron las guarniciones situadas frente a las siempre insumisas tribus montañosas contenidas en sus territorios desde la época romana por defender su modo de vida, su organización económica basada en la pequeña propiedad y en la libertad individual, tribus no romanizadas, poco o nada controladas por los visigodos y también rebeldes a los musulmanes.

Cuando Alfonso I destruye las guarniciones abandonadas por los bereberes y lleva consigo en la retirada a los habitantes de las zonas devastadas, puede hablarse de los orígenes de un reino asturleonés, cristiano o en vías de cristianización, con un fuerte contingente de hispanovisigodos que acabarían controlando política e ideológicamente el nuevo reino, que sería independiente porque las guerras civiles entre los musulmanes impedían a los emires ocuparse de los rebeldes del norte.

Pero cuando Abd al-Rahman I se proclamó emir y pacificó al-Andalus, el reino asturleonés volvió a convertirse en vasallo de Córdoba durante casi 3 décadas hasta fines del Siglo VIII. Esta política de sumisión hacia los musulmanes alentó la sublevación de los gallegos y de los vascos durante todo ese período.

Así, el área comprendida entre el Río Duero y la Cordillera Cantábrica, quedó prácticamente despoblada dando paso al llamado *Desierto del Duero*. La repoblación de esa zona fue una necesidad impuesta por la idea de conquistar posesiones musulmanas para expulsarlos de la Península; y comenzará a producirse 100 años más tarde con gente del propio reino asturleonés, con vascos y con mozárabes venidos de reinos musulmanes.

El incremento de población que experimentaron las tierras de la vertiente norte de la Cordillera, Cantabria y Asturias, con la gente traída de la Meseta Central, provocó la necesaria roturación de nuevas tierras y la fundación de nuevos pueblos y aldeas, configurando el tipo de poblamiento que aún se constata en la actualidad.

La inicial feudalización de los reinos cristianos tuvo una causa doble: continuidad con el estatus visigodo promovida por los intereses particulares de la Iglesia Católica, sobre todo en la cuenca del Duero, y la transformación de la organización indígena en las zonas de montaña que nunca fueron dominadas por los visigodos. Se trató del paso de clan propietario de sus tierras con un jefe elegido a tierras de propiedad personal de ese jefe, convertido en Señor hereditario.

El feudalismo en la Península Ibérica se organizó con nobles que tenían jurisdicción sobre distintos territorios, aunque con una estruc-

tura social algo diferente a la conocida en el resto de Europa: el *Señorío*, territorial y jurisdiccional, basado en la renta de la tierra, prestaciones de trabajo y pagos en especie o dinero; y en los *derechos señoriales*, de origen político y judicial, con el desarrollo de relaciones de dependencia y jerarquizadas entre los grupos sociales.

La sociedad española era eminentemente rural, y la mayor parte del campesinado estaba en situación de dependencia y servidumbre respecto a los grandes propietarios territoriales en ese régimen señorial que duró, en el papel, hasta 1812, cuando fue abolido por las Cortes de Cádiz vía Constitución. 2 años después, en 1814, Fernando VII inició el retorno al absolutismo decretando la disolución de las Cortes y derogando la Constitución.

La lucha, las guerras intestinas, las guerras entre reyes, las guerras entre vasallos, las guerras de vasallos contra reyes y de reyes contra vasallos, los asesinatos e intrigas palaciegas, la lucha entre hermanos por el poder y la herencia, la lucha entre caballeros, nobles, aristócratas y demás parásitos y clases improductivas era cosa de todos los días. Y la arpía Iglesia Católica, con sus garras ávidas de sangre y siempre detrás de bambalinas moviendo hilos y sicarios al servicio de sus sacrosantos intereses espirituales y materiales, dedicada a matar, robar y saquear con la absolución dada de antemano por el Papa, los cardenales, obispos, abades y otras sanguijuelas; con las llaves del cielo en las manos; con la bendición del dios de los cristianos y unas cuantas monedas en el bolsillo.

La unidad se hizo posible sólo ante el enemigo común.

El sentido consciente de nacionalidad española todavía estaba poco desarrollado hacia el año 1000; aunque la idea de *España*, como un cuerpo político ya existía en la Edad Media y tomaba forma entre las minorías. Hay textos de escritores del final del Imperio Romano que aluden a *lo hispano* no sólo como territorio, sino también como formas de vida y costumbres.

Durante los Siglos XIII al XV, se dan duros y continuos encontronazos entre la monarquía, que quiere limitar los privilegios de la nobleza, y la nobleza, que quiere ensancharlos más. Con la conquista de las grandes ciudades musulmanas, el mundillo cristiano de la Península se urbanizó dando origen a los Concejos o Ayuntamientos que a la postre se hicieron tan poderosos como muchos grandes señores. Ése es el origen de las Cortes en España y surgen como las primeras formas democráticas europeas; aunque en el Siglo XIX fracasaron, y no porque fueran revolucionarias sino porque sus predecesores habían sido reaccionarios y habían dejado pasar el momento oportuno para la acción revolucionaria.

Con Alfonso X, la monarquía pretendía recuperar el Estado como

institución pública, sosteniendo la idea de que el Rey es el vicario de dios en la Tierra con un Gobierno absoluto, para recuperar el Poder y los privilegios detentados por los magnates y los Concejos de las grandes ciudades. Mientras la corona trataba de imponer una especie de Gobierno nacional en su Consejo Real introduciendo tribunales reales o audiencias y gobernadores o corregidores; la otra parte, fortalece las Cortes que, como defensoras de los intereses locales, eran asambleas en las que los magnates y los representantes de las ciudades aconsejaban al Rey y deliberaban sobre los altos asuntos de Estado.

Con el crecimiento de las ciudades, surge también una clase social más libre, los artesanos y mercaderes de los que se forma una aristocracia urbana, los caballeros ciudadanos o burgueses, germen de la futura burguesía, gracias a la cual se reactiva la maltrecha economía del reino a pesar de que la nobleza, anclada en sus costumbres militares, despreciaba el comercio.

En aquellos tiempos, la fuente de divisas y riquezas fue *la Mesta*, una poderosa sociedad ganadera, que explotó enormes rebaños de oveja proporcionándole abundante lana de excelente calidad como base fundamental de sus exportaciones. El mercado de la lana constituía una poderosa red comercial que se expandía a partir de las ferias de Medina del Campo, el Consulado de Burgos y los armadores de Bilbao. Los dueños del mercado de lana eran mercaderes de Burgos con amplias ramificaciones por toda España y el Norte de Europa. Esto favoreció un activo comercio de lana con los centros textiles de Flandes, Inglaterra y Francia.

Aparte de ello, también se exportaba mucho hierro en bruto desde los territorios vascos.

España suministraba la materia prima y Europa la estrujaba vendiéndole a altos precios tela y armaduras.

Un par de siglos después, en tiempos de Juana *la Loca* y Carlos I de España, se inician, junto con el llamado siglo de oro, una serie de guerras y rebeliones acompañadas de una grave crisis, con síntomas de ignominiosa y lenta putrefacción, como cúspide de las dificultades de tipo económico, social y político que enfrentaba Castilla después de la muerte de la Reina Isabel.

Entre los Siglos XVI y XVII se da el desarrollo de las grandes monarquías absolutas y autoritarias que aumentaban la centralización y que se erigían en todas partes sobre la base de la decadencia de las clases feudales en conflicto: la aristocracia y las ciudades. Pero, si en los otros grandes Estados de Europa la monarquía absoluta se presenta como un centro civilizador, como la iniciadora de la unidad social, como un laboratorio en el que se mezclaban y trataban los dis-

tintos elementos de la sociedad hasta permitir a las ciudades trocar la independencia local y la soberanía medievales por el dominio general de las clases medias y la común preponderancia de la sociedad civil; por el contrario, en España, atrapada por el régimen señorial, la aristocracia se hundía en la decadencia sin perder sus privilegios más nocivos y las ciudades perdían su poder medieval sin ganar en importancia moderna.

A pesar de que la España de aquellos tiempos era el país donde la monarquía absoluta se desarrollaba en su forma más notoria, y antes que en todos los demás Estados feudales con un Gobierno despótico, esto no impidió que subsistiesen las provincias con sus diferentes leyes, costumbres, monedas, banderas militares de colores distintos y sus respectivos sistemas de contribución. Y jamás consiguió que la centralización echara raíces.

Carlos había heredado, de su abuela Isabel, la Corona de Castilla en la Península Ibérica y la explotación del *Nuevo Mundo*; de su abuelo Fernando, las posesiones de la Corona de Aragón en el Mediterráneo italiano e ibérico; de los Habsburgo, junto al Franco Condado, herencia de su abuela María de Borgoña, había heredado tierras en Austria, a las que él incorporó Bohemia y Silesia, y de los Países Bajos a los que añadió nuevas provincias; aparte de todo ello, conquistó personalmente Túnez, y, en pugna con Francia, la región de Lombardía. Tras una disputada elección con Francisco I de Francia, Carlos I de España se convirtió en Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico con el nombre de Carlos V de Alemania. Era un Imperio compuesto de un conglomerado de territorios heredados, anexionados o conquistados.

En cuanto al idioma, Carlos era flamenco y su lengua materna era el francés pero vivió un proceso de castellanización con un ramillete de conocidas anécdotas.

La dinastía Habsburgo gastaba las riquezas castellanas y las americanas en guerras en toda Europa con el objetivo fundamental de proteger los territorios adquiridos y los intereses de los mismos para minar el poder de Francia y detenerla en sus fronteras orientales; de mantener la hegemonía católica de los Habsburgo en Alemania defendiendo el catolicismo contra la Reforma Protestante de Lutero; y defender a Europa contra el Islam, sobre todo oponiéndose al Imperio Otomano. Además, buscaba neutralizar la piratería berberisca que asolaba las posesiones mediterráneas españolas e italianas. Todo ello produjo el impago frecuente de deudas contraídas con los banqueros, primero alemanes y luego genoveses, y dejó a España en bancarrota.

Ante el hecho de que Carlos I de España o V de Alemania, según se lo mire, decidiera apoyar, vía presión fiscal, la mayor parte de las

cargas de su Imperio en el más rico de sus reinos, el de Castilla, lo cual no gustaba a los castellanos que no deseaban contribuir con oro, plata o caballos a guerras europeas que sentían ajenas, y enfrentados a un creciente absolutismo por parte del Rey, comenzó la sublección de los Comuneros.

La Mesta se había convertido en el portavoz de todos aquellos grandes comerciantes que se beneficiaban con el monopolio que de hecho ejercían en el comercio de la lana y en la década de 1510, esta institución había alcanzado el cenit de su poder.

En 1462 se había prohibido que las exportaciones de lana superaran las dos terceras partes de la producción; el resto se reservaba, en principio, para la industria nacional. Esta prohibición no se respetó porque iba en contra de los intereses de los nobles, que eran los propietarios de grandes rebaños y de pastos, de los comerciantes y de la corona que gracias a los impuestos tenía grandes ingresos; una triple alianza ante la cual los pañeros del reino, aislados y minoritarios, poco podían hacer.

A comienzos del Siglo XVI, la correlación de fuerzas no era favorable al desarrollo de la industria textil nacional ocasionando un cierto estancamiento por falta de capitales y de obreros cualificados; y la negativa Real a establecer medidas proteccionistas condenó a esta industria, y ya desde el reinado de los Reyes Católicos, a producir en cantidad insuficiente productos de escasa calidad incapaces de competir con los elaborados en el extranjero.

La contradicción entre los 2 sectores económicos, el de los grandes comerciantes y exportadores de lana, y el de los manufactureros, que deseaban el incremento de la cuota de lana y la protección para la industria nacional, a lo que se negaban rotundamente los grandes comerciantes, ya que eso abarataría los precios y ellos perderían su poder económico, había alcanzado su cenit a fines de 1519 cuando Carlos asume la sucesión del Sacro Imperio Romano Germánico.

En ese momento, los artesanos y pequeños industriales nacionales levantan mucho más el tono de su voz de protesta. Los ciudadanos, siguiendo viejas costumbres, se agrupan en las esquinas de las calles y plazas de pueblos, villas y ciudades para discutir sobre esos y otros asuntos; el murmullo de las discusiones se convierte en rugido y los aminos se exaltan; los pequeños grupos de personas que intercambian opiniones aquí y acullá se desarrollan y convergen en un torrente de protesta; la masa se indigna y apoya a la incipiente burguesía en su lucha contra la aristocracia con la esperanza de que sus propios intereses sean defendidos.

De la protesta contra los impuestos, que venía de tiempos atrás, se pasa a la defensa nacional y en contra del Imperio y las inten-

ciones de Carlos V y la monarquía de poner a España al servicio de intereses extranjeros ajenos a los suyos.

El pueblo se agita, las comunidades, los comuneros, el común, la masa, levanta su voz contra los privilegiados; ese pueblo traicionado por las élites, por la aristocracia y los altos funcionarios decide tomar las armas y se lanza a la acción guerrillera como vía de solución una vez agotada la vía parlanchina seguida en y por las Cortes; la idea del bien común, de la comunidad nacional, opuesta a la corrupción de los funcionarios administrativos y a los intereses personales y dinásticos de soberano surge con fuerza y va tomando mayor amplitud. La indignación era general.

Los representantes de algunas ciudades castellanas forman milicias basadas en los comuneros de los sectores más humildes y deciden destronar a Carlos para devolver la corona a su madre, Juana, que vivía su demencia retirada del mundanal ruido; pero Juana se hace la loca y rechaza la oferta.

Los nobles, que inicialmente no habían movido un sólo dedo a favor del monarca que los había postergado a favor de los flamencos, cuando se dieron cuenta de que el movimiento comunero iba adquiriendo un cariz revolucionario que ponía en peligro sus intereses de clase, constituyeron un ejército de nobles que derrotó a los revolucionarios en la batalla de Villalar el 23 de abril de 1521.

Los dirigentes comuneros fueron apresados y decapitados, el país quedó pacificado y el Poder real robustecido. Las ciudades seguirían gozando de cierta autonomía pero esta vez bajo la atenta supervisión del corregidor o gobernador real. Los nobles siguieron sin pagar impuestos, el pueblo continuó pagándolos con creces y aumentos y durante buen tiempo se obstaculizó el desarrollo de una burguesía comercial y de una industria emprendedora, un fenómeno que la modernidad ya estaba impulsando en otros países europeos.

Y que conste —había remarcado Leoncio—, que no fue un conflicto armado que se restringió a territorios del Reino de Castilla; algo similar acaeció en el Reino de Valencia entre los años 1519 y 1522 y es conocido en la historia como la rebelión de las Germanías. Germanía —dijo—, deriva de *germà* que en valenciano significa hermano y eran hermandades gremiales donde los artesanos se congregaban.

En ese caso, la nobleza había huido de las ciudades durante la epidemia de peste en 1519 y el pueblo, encabezado por los gremios burgueses, fue tomando el control del poder en las ciudades y en especial de la capital valenciana. La rebelión se extendió a buena parte del territorio produciéndose el saqueo y ocupación de las tierras y haciendas de los nobles. Se formó la Junta de los 13 que tenía por objetivo principal asegurarse no sólo el Poder sino que trató de instaurar

un sistema en el cual estuviera prohibido el trabajo independiente al margen del control de los gremios.

Hacia el año 1521, a falta de unidad interna entre los burgueses, fueron cayendo las ciudades bajo su control. Una de las primeras en caer fue la ciudad de Orihuela, capital de la gobernación y la tercera ciudad de la Corona de Aragón; ahí, tras un largo asedio por parte del Ejército Real, uno de los más altos dirigentes capitula y rinde la ciudad.

Pero la caída determinante fue la de Valencia hacia donde las tropas realistas se abrieron paso después de derrotar la Baronía de Elche y la ciudad de Alicante.

En algún otro lugar, otro dirigente fue asesinado por sus propios partidarios para cobrar la recompensa que ofrecían los nobles; ésta es otra experiencia que se repite a lo largo no sólo de la historia de España.

Al final, en el territorio peninsular, sólo quedaban algunos pueblos de las montañas y estratégicos corredores montañosos como Xàtiva y Alzira, pero caen en los primeros meses de 1522.

Tras la derrota de Valencia, unos 1,000 subversivos fueron condenados a muerte y ejecutados a lo largo de los años siguientes.

Una rebelión de características similares aconteció en el Reino de Mallorca donde la rebelión, siguiendo el ejemplo valenciano, estalló en 1521 y fue sofocada en 1523; ahí fueron ejecutados unos 300 *agermanats* o *agermanados*, miembros de las hermandades. Muchos más huyeron a la Península.

Habiendo derrotado la resistencia armada de las ciudades, aunque la pacificación completa no se produjo sino hacia el año 1528, Carlos se dedicó a reducir sus privilegios municipales, con lo que decayeron rápidamente su población, riqueza e importancia y pronto se vieron privadas de su influencia en las Cortes; y, claro, mediante la Inquisición, la Iglesia se había transformado en el más poderoso instrumento del absolutismo.

Entonces desapareció la libertad española en medio del fragor de las armas, de los ríos de oro y el fuego purificador de la Santa Inquisición.

¿Y de dónde surgieron los ríos de oro?

Había preguntado Leoncio, y arrastrando cada una de sus palabras se había dado respuesta con parsimonia. Pues de un hecho *fortuito*, dijo, de una casualidad histórica; del error de Colón.

Gracias al florecimiento de las ciudades y el comercio, la economía europea se había desarrollado y, entre otras cosas, las especias traídas de la India habían alcanzado una gran demanda que a falta

de oro y plata incluso habían llegado a reconocerse como medio de pago en los contratos.

Desde la época romana, había existido una ruta de la seda, por la que llegaban a Europa, además de la seda, las especias, las joyas, los perfumes y otros lujos orientales. En el Siglo XIV, el momento de mayor demanda de estos productos, la ruta quedó estrangulada por 2 convulsiones políticas: la conquista de Constantinopla por los turcos y la islamización de los tártaros. Los mercaderes genoveses, venecianos e incluso catalanes dedicados al comercio de Oriente se arruinaron de la noche a la mañana. La demanda crecía, pero la oferta caía en picada y los productos que siempre habían sido caros se pusieron por las nubes.

Por si esto fuera poco, el auge del comercio y la nueva riqueza europea demandaba más oro; pero Europa producía poco y de África llegaba el de siempre, insuficiente para satisfacer la creciente demanda.

Así, se imponía la búsqueda de nuevas rutas comerciales que aseguraran principalmente el suministro de especias y, claro, también de oro; por lo que el país europeo que encontrase el modo de llegar al Oriente por mar, la única alternativa posible a la ruta terrestre tradicional, podría prescindir de intermediarios y se haría rico, inmensamente rico.

El camino más obvio era rodeando África, pero ello implicaba navegar por el Atlántico. Los últimos que habían navegado por ese océano habían sido los fenicios que, para mantener el monopolio de sus rutas comerciales, habían fomentado o simplemente inventado las supersticiones marineras que hicieron creer a la posteridad que aquellas aguas eran innavegables: que estaban llenas de horribles monstruos marinos, que las aguas hervían y derretían el calafateado de los barcos, o que calmas chichas los estancaban para siempre. Pero a pesar de esa y otras leyendas adrede inventadas, los primeros que se arriesgaron a navegar por esas aguas fueron los portugueses que, bordeando el Continente, fundaron sucesivas factorías y colonias comerciales al mejor estilo fenicio. El engendro del colonialismo en la expansión europea estaba en marcha.

Después de la conquista de Granada, los Reyes Católicos, decidieron dedicar algunos recursos a la exploración de una ruta alternativa hacia los mercados de las especias. Como Portugal les llevaba la delantera en la ruta africana, prestaron oídos a Cristóbal Colón, que proponía la ruta atlántica para llegar a Oriente navegando hacia Occidente.

Colón, debido a su deficiente cultura, ignoraba cuestiones científicas elementales y basaba su proyecto en cálculos erróneos. Por

ejemplo, siguiendo lo establecido por Aristóteles y los inexactos mapas del italiano Paolo Toscanelli, que confundía las millas árabes con las italianas, creía que la circunferencia de la Tierra era mucho menor a como es en realidad, y que el océano sólo tenía 1,125 leguas marinas de ancho; es por eso que, cuando llegó a lo que ahora se llama América, él creía que estaba en Asia.

Los portugueses habían calculado con mayor exactitud la circunferencia de la Tierra siguiendo los cálculos realizados por Eratóstenes unos 250 años antes de nuestra era, y luego adoptados por Claudio Ptolomeo unos 4 siglos después, cifraron la anchura del océano existente entre Europa y Asia en más del doble, exactamente 2,495 leguas marinas. Por lo cual, era fácil deducir que una carabela no podía recorrer tanta distancia sin hacer escalas intermedias, por lo tanto rechazaron ese proyecto.

Colón, aparentemente guardaba un secreto, sabía que a 750 leguas marinas de la isla canaria del Hierro había unas islas pequeñas, hoy conocidas como las Antillas Menores y Haití, y una mayor, Cuba, que él identificaba como Japón, lo que entonces se llamaba Cipango.

Colón era un tipo sin escrúpulos, vanidoso, soberbio, megalómano, desconfiado, ambicioso y sediento de fama, como otros tantos genoveses. Hay quien dice que era una persona de muy alto ingenio sin saber muchas letras; que, por una parte, estaba mediatizado por sus creencias religiosas y, por otra, se abría a la experiencia del mundo que le suministraba su inteligencia analítica y penetrante, pero que a menudo se dejaba llevar por supersticiones o por descabelladas fantasías basadas en la Biblia, como por la frase del *profeta Esdras* según la cual el globo terrestre se compone de 6 partes agua y 1 de tierra. Así, creyó que había llegado a las costas de Asia e identificó las bocas del Orinoco como el paraíso terrenal, y la zona de Varagua, con las tierras que el Rey David mencionaba en su testamento.

Sólo las serias investigaciones del navegante Américo Vespucio pudieron convencer a todos de que Colón se había tropezado de casualidad con un nuevo Continente.

En el primer viaje de Colón fueron 87 hombres entre los cuales había aventureros, criadores de chanchos, vagos, delincuentes callejeros, 4 condenados a muerte, a los que se les había prometido la libertad, y un intérprete judío converso que sabía hebreo, caldeo y se dice que algo de arábigo que por supuesto no le sirvió para nada.

Los sucesivos viajes no aportaron mejor material humano.

Ésa fue la composición de la horda que holló nuestra tierra al invadirla y escindió nuestro natural proceso de desarrollo histórico.

Los españoles, al ver oro, empezaron a babear; se olvidaron de las especias y del nuevo camino que los condujera hacia la India;

creían que se habían topado con El Dorado, mito y realidad.

Lo que es la casualidad, un simple error de cálculo jodió *El Birú* —había concluido Leoncio.

Tras un prolongado silencio, Sebastián había dicho que quedaba claro por qué esa depredadora jauría no podía haber traído otra cosa sino la putrefacción del feudalismo y del absolutismo más retrógrado de Europa, sed de sangre, codicia, miseria, ponzoña y fuego inquisidor.

Y la réplica de Leoncio no se dejó esperar.

—Aparte de lo evidente, espero que habrás prestado un poco de atención al proceso de formación de la nación española, ¿verdad?

—Sí, carajo, y también al de la nacionalidad y la identidad —replió Sebastián dándole un ligero empujón con el hombro.

Decidieron descansar, bajo un cielo estrellado, a las afueras de Capilla.

Se habían echado con la mirada dirigida hacia el lugar de donde habían salido. La Cruz del Sur, inclinada sobre su eje, caía en horizontal presta a sumergirse tras el sinuoso perfil oscuro del lejano paisaje.

Sebastián le había descrito a Leoncio en detalle las constelaciones que en esos momentos rodeaban a la Cruz del Sur: hacia la izquierda, Mosca; más allá, Camaleón; arriba de él, Ave del Paraíso; a la derecha de éste y algo más arriba, Triángulo Austral; y arriba de él, Altar. A la derecha de la Cruz del Sur le había señalado a Centauro y arriba de él a Lupus y Escorpión; junto a la estrella más brillante de Centauro, la de su rodilla izquierda, estaba Compás y más arriba, a la izquierda de Lupus, Norma.

Leoncio había tratado de seguir el rastro que describía el dedo de Sebastián que, escudriñando en la esplendorosa bóveda, indicaba cada una de las estrellas más visibles que, agrupadas, daban la característica principal a cada una de las constelaciones; aguzando la mirada había logrado distinguir algunos de aquellos contornos, de a pocos y no sin dificultad.

El aporte de Leoncio se limitó a señalar, entre las risas de Sebastián, a Venus y Marte que fácilmente se podían distinguir... debajo de Libra y a la derecha de Virgo que se hundía de cabeza tras el horizonte, según complemento del aún risueño Sebastián.

Leoncio se dio cuenta de que no había olvidado sus rudimentarios conocimientos sobre astronomía y reconocía que, comparado con lo que Sebastián conocía, no le llegaba ni a la suela del zapato.

Este compadre debe tener, aparte de un profundo conocimiento y larga práctica, una imaginación tremenda para poder abstraer, a simple vista, una constelación de entre ese mar de luminarias donde

cualquier mortal sólo ve titilantes lucecitas —lo pensó por espacio de un instante y se lo dijo tal cual—. Sebastián levantó las manos hacia el firmamento pero no dijo nada, se limitó a sonreír bajo el cielo estelar y a suspirar ante la inesperada presencia de algún lejano recuerdo.

Pasaron algunos minutos escrutando en el lento pero fluido movimiento del luminoso manto que los cubría.

—La humanidad habita un minúsculo planeta de un sistema solar que está localizado en la periferia de la Vía Láctea, una de las miles de millones de galaxias que hay en nuestro Universo —dijo Leoncio rompiendo el silencio y añadió tras un suspiro quedo—; una pequeñez, y sin embargo el hombre es capaz de razonar, de discernir; es capaz de seguir el curso de los acontecimientos y sobre todo de predecirlos y anticiparlos. La humanidad tiene una larguísima experiencia de investigación empírica de la naturaleza y parte de ella ha demostrado que es capaz de dar el salto para llegar a comprender la concepción dialéctica de la naturaleza, a tomar conciencia de las leyes del pensamiento dialéctico, a comprender que la habilidad para operar con conceptos no es innato sino que exige un verdadero pensamiento, un pensamiento materialista y dialéctico; el desarrollo de la filosofía así lo demuestra. A medida que continúa la práctica social, las cosas que en el curso de la práctica suscitan en el hombre sensaciones e impresiones, se presentan una y otra vez; entonces se produce en su cerebro un cambio repentino, un salto en el proceso del conocimiento, y surgen los conceptos. Los conceptos ya no constituyen reflejos de las apariencias de las cosas, de sus aspectos aislados y de sus conexiones externas, sino que captan las cosas en su esencia, en su conjunto y en sus conexiones internas. Entre el concepto y la sensación existe una diferencia no sólo cuantitativa sino también cualitativa. La aparente casualidad de los acontecimientos, dentro del confuso discurrir de las innumerables modificaciones que se dan en la historia, llegan progresivamente a la conciencia de la humanidad como lo que son, leyes dialécticas del movimiento. El desarrollo de la astronomía, y los conocimientos que ésta proporciona a la humanidad, ha dado un gran salto desde los tiempos del modelo heliocéntrico de Copérnico y en especial en los últimos 50 años.

—Aunque si se toma en cuenta el salto dado por esa parte de la ciencia, por la astronomía, desde los tiempos de la Grecia Antigua, entonces sí que es realmente espectacular —replicó Sebastián.

—Cierto, pero no hay que olvidar que ese punto de referencia es relativo ya que la astronomía surgió y se desarrolló de manera independiente prácticamente en todos los pueblos.

—Verdad, verdad, pero tampoco debemos olvidar que ese desa-

rollo dependía directamente del nivel en que se hallaran las fuerzas productivas y la cultura de esos pueblos —dijo en contrarréplica Sebastián—, y por eso es que, por lo general, se menciona a Grecia como punto de referencia.

—El desarrollo de la ciencia, de todas las ciencias, siempre ha estado, y está, estrechamente ligado al de las fuerzas productivas; pero restringir la historia de la astronomía, y los conocimientos que ésta proporciona a la humanidad, a la Grecia Antigua es algo que a mí no me convence...

—Pero no estamos hablando *de la historia* de la Astronomía sino *de los saltos* que ha dado en su desarrollo histórico...

—Cierto, pero yo no estoy hablando *sólo* de la historia de la Astronomía sino de *los conocimientos* que esta ciencia proporciona a la humanidad. Es cierto que la parte más conocida y documentada, de ambas cosas, se encuentran en la Grecia Antigua; pero no hay que olvidar, por ejemplo, que los cálculos para medir los astros más visibles en el cielo se fueron formando a lo largo de varios siglos, y por qué no, de milenios. Ya en los albores de la humanidad, con la producción primitiva, las tribus nómadas tenían la necesidad de orientarse durante las migraciones de un territorio a otro para poder encontrar el camino de regreso hacia sus ubicaciones anteriores; y cuando surge la agricultura, se les presenta la necesidad de llevar la cuenta, más o menos aproximada, del tiempo a fin de regular los trabajos agrícolas y lo único que tenían a mano, o mejor dicho a la vista, era el infinito firmamento, así que, poco a poco, empezaron a aprender a orientarse en el lugar y a contar el tiempo. La necesidad práctica de estudiar el cielo estelar provocó el nacimiento de la ciencia que posteriormente en la Grecia Antigua fue denominada astronomía, término formado de 2 palabras griegas...

—*Astron* que quiere decir estrella, y *nomos*, que quiere decir ley —completó Sebastián.

—Así es, pero la propia denominación no sirve en absoluto de prueba de que esa ciencia haya surgido y se haya desarrollado *sólo* en la Grecia Antigua. Y algo más. Si tomamos un punto de referencia en el desarrollo de la humanidad, por ejemplo unos 5,000 años antes de nuestra era, encontramos que diferentes naciones ya se habían adentrado en el estudio del movimiento que se producía en el firmamento; tenemos a Caral, una civilización tan antigua como la Sumeria, como la de Mesopotamia, y otras ubicadas en Egipto, India, China y otros lugares, y, como ya hemos visto con largueza, en todas ellas hacía buen rato que había surgido una división entre trabajo manual y trabajo intelectual dando origen a una casta de magos, hechiceros y sacerdotes; y, en nuestra historia, el ejemplo de cómo

esos parásitos utilizaban la concha *spondylus* y sus conocimientos sobre astronomía para elaborar sus *predicciones*, ya lo hemos visto a profundidad. Mito, leyenda, religión y oscurantismo se conjuran para someter y sojuzgar, pero yo me pregunto, por ejemplo, ¿qué había pasado cuando reiteradamente esas predicciones fallaban? ¿Cómo reaccionaban algunos individuos, digamos, por usar algún término aleatorio, algunos individuos de la élite de la inteligencia? Sobre los tiempos relativamente modernos hay documentación a montones. Pero cómo habían reaccionado algunos de esos individuos dedicados al trabajo intelectual, en los tiempos de Chavín, de Caral o antes, al descubrir que todos los conjuros no podían hacer nada contra las injurias del tiempo. ¿No es acaso factible pensar que uno que otro de esos individuos había intentado dar una explicación de esos fenómenos naturales por la vía del materialismo dejando de lado el idealismo? A falta de pruebas contundentes habría que volver a estudiar la cerámica desde los chavín hacia atrás, tal vez se descubra alguna huella de la herejía que propongo. Astronomía y filosofía van de la mano en el desarrollo del pensamiento humano. El pensamiento griego es una parte resultante de todo este largo proceso; el advenimiento de la filosofía, la *sistematización* del desarrollo del pensamiento humano, como ciencia, se lo debemos a ellos, cierto. Antes que el pelotas de Colón, algunos griegos ya sabían que la Tierra era redonda; antes que Darwin, ya habían afirmado que los humanos habíamos evolucionado de los peces; antes que Engels, ya sabían que el desarrollo mental del hombre dependía de la emancipación de las manos. Ciertamente. Se dice que, en los convulsionados Siglos VII y VI antes de nuestra era, la filosofía occidental *nace* en la zona del Egeo; que también tiene que ver con la rápida expansión económica del Mediterráneo Oriental; con el desarrollo de las relaciones económicas de los griegos de las Islas Jónicas con Egipto, Babilonia y Lidia, y con la introducción del dinero, invención lidia, a Europa precisamente a través del Egeo en los años 600 y pico antes de nuestra era; todo ello es cierto, pero no hay que olvidar sus antecedentes. Es cierto que se dice que el primer intento de luchar y liberarse de los antiguos límites de la superstición y el mito, de prescindir de dioses y divinidades fue tarea de los filósofos griegos, y que por primera vez el ser humano se enfrentaba cara a cara con la naturaleza; si pues, eso se dice, pero ¿qué hay de los primeros intentos hechos por los astrónomos materialistas de Caral, Sumaria y otros grupos humanos de la antigüedad?

—No es extraño comprender por qué los primeros filósofos fueron astrónomos —resumió Sebastián.

—Claro, no lo es —apuntó Leoncio y siguió—. En la actualidad, el desarrollo económico y los adelantos científicos y técnicos permiten

un mayor y mejor estudio del espacio pero la agudeza, el profundo y sistemático análisis que se requiere, sucumbe ante la tendencia metafísica e idealista de la mayoría de los científicos que son arrastrados hacia una síntesis errónea como la del Big Bang y el agujero negro. Carajo, lo que falta es que se liberen las fuerzas capaces de enmendar esos errores. Por eso yo hablo del *salto* dado en la Astronomía, y de las ciencias en general, en los últimos 50 años o algo más; y me pregunto: ese salto, ¿repercute o no en el desarrollo de la filosofía?

—Cierto, tiene que hacerlo. Leoncio —dijo Sebastián algo cansado—, ¿seguimos mañana?

—Claro, es parte de tu exposición, ¿no?

—Sí, así es, tienes razón. Buenas noches.

—Buenas noches, y que descanses bien.

9

Recién entrada la mañana, despertaron bajo un cielo que destilaba rocío y bañaba la falda de la montaña. Después de la rutina diaria juntaron sus cosas y se pusieron en marcha.

Tuvieron que subir aún algo más de 1 kilómetro antes de entrar a la villa para visitar algunos conocidos y amigos; ninguno de ellos se extrañó de verlos después de largo tiempo de ausencia, los acogieron con amabilidad y regocijo. Comían algo ligero con cada una de las familias que visitaban, intercambiaban actualidades y se abastecían de lo necesario para el resto del camino.

Poco antes del mediodía, bajo un sol aburrido y taciturno acometieron lentamente los poco más de 12 kilómetros de pronunciadas subidas y bajadas que tenían por delante en dirección a Occollo.

—Alguien escribió un pensamiento en el que afirmaba que el hombre está totalmente loco, no sabría cómo crear un gusano, y crea dioses por docenas —dijo Leoncio iniciando la conversación en la subida de la primera cuesta.

—Y otro, en la misma línea, dijo que si los pájaros tuviesen una religión, su dios tendría alas —respondió Sebastián.

—Exacto. Con ello nos quieren dar a entender que no fue un supuesto dios quien creó al hombre a su propia imagen y semejanza, sino al revés, que fue el hombre quien creó dioses a imagen y semejanza suya. Ya lo hemos visto. Recuerdo haber leído algo muy interesante que explica cómo fueron construidas las grandes ciudades de Babilonia; se explica que la tierra sobre la que se alzarían esas ciudades fue literalmente *creada* ya que fueron construidas encima de algo así como una plataforma de juncos entrecruzados sobre el barro aluvial. El libro del Génesis del Antiguo Testamento refleja una vieja tradición de la condición inicial en la que se encontraba Sumeria: el caos provocado por los confusos límites del agua y la tierra. La *creación* es la separación, la demarcación de esos límites; pero esa creación, la *separación* de la tierra del agua no fue obra de ningún dios sino de los hombres antecesores a los sumerios; sus antiguos, en una lucha persistente y tenaz por controlar la naturaleza, construyeron diques y plataformas elevadas por encima del nivel de la inundación para proteger a los hombres y el ganado de las aguas; cavaron canales para drenar los pantanos y para irrigar los campos;

despejaron grandes extensiones y se labraron una garantizada fuente de nutritivos dátiles, una abundante cosecha y pastos permanentes para sus rebaños.

—Y los babilonios —dijo Sebastián tomando la posta— crearon un dios del caos que había creado el Orden separando la tierra del agua y el cielo de la tierra; los judíos tomaron de los babilonios el mito bíblico de la Creación y más tarde se la pasaron a los cristianos. La historia del pensamiento científico empieza cuando el hombre aprende a prescindir de la mitología e intenta comprender racionalmente la naturaleza sin la intervención de dioses.

—Y ahí es donde algunos meten a tus griegos. El desarrollo de la economía provocó nuevas contradicciones sociales donde el colapso de la vieja sociedad patriarcal provocó el choque entre ricos y pobres; las masas y los llamados *tiranos* se enfrentan a la vieja aristocracia, algunos nobles disidentes se ponen a la cabeza de esas luchas arrastrando a las masas y se abre un período de inestabilidad en el cual hombres y mujeres ponían en tela de juicio las viejas creencias, incluyendo la religión. Fue un período turbulento marcado por el declive de las Repúblicas jonias de Asia Menor; el Siglo VI antes de nuestra era estuvo caracterizado por la crisis social y por una feroz lucha de clases entre pobres y ricos; mientras los ricos exportaban a los mercados del Egeo y Corinto, los pobres permanecían hambrientos, perdían sus tierras y propiedades o las tenían que empeñar acumulando deudas y mayor pobreza; tenían que pedir prestado a sus ricos vecinos. Con la aparición del dinero, ya no se pedía prestado un saco de grano al viejo estilo de buena vecindad, había que pagar altos intereses por lo *prestado* y, como último recurso, a los pobres no les quedaba otro recurso más que *entregarse*, él y su familia, como esclavo al prestamista. Los pobres luchaban por un nuevo reparto de la tierra y la abolición del derecho vigente sobre el endeudamiento. Draco recopiló esas leyes en un código, por ello es que se conoce aquello de *condiciones draconianas*. Los dioses del Olimpo les parecían algo lejano y el ateísmo se propagó. Se daba la lucha de los comerciantes esclavistas por expandir la producción y el comercio y derrotar a la aristocracia para conquistar el Poder; lucha política que llevó a la revolución de Clístenes, en el año 500 y pico antes de nuestra era, revolución que unida a otras y con el correr del tiempo, generó la hoy tan celebrada democracia esclavista griega. Volver a estudiar, pero a profundidad, la reforma social de Clístenes no estaría demás. Bien, éste es el marco que posibilita el surgimiento de la filosofía griega con los *físicos*, así llamados por centrar su estudio en la naturaleza, en descubrir la base material; estudiaron y descubrieron lo que tenían al frente, se abocaron a la mecánica, al estudio de la forma más simple

del movimiento, y, a la vez, la más general y compleja, que se expresa en el desplazamiento de los cuerpos; ligado a estos conocimientos científicos se desarrolla la filosofía griega que, como la filosofía en general, trata de ser una concepción del mundo más o menos completa que, entre otras cosas, se plantea preguntas como ¿qué es el mundo? ¿Ha existido eternamente o ha surgido de algo o de la nada? ¿Qué es nuestra conciencia, de qué está formada y qué relación guarda con el mundo? ¿Cuál es el lugar que ocupa el hombre en el Universo? ¿Cuál es la relación entre el pensar y el ser, entre el espíritu y la naturaleza? ¿Qué es lo primero: la materia, la naturaleza, o el espíritu, la razón, la conciencia, la idea? ¿Qué precede a qué? ¿La materia, la naturaleza, el ser, precede a la conciencia o a la inversa, la conciencia, el espíritu precede a la naturaleza? ¿El ser, la materia, determina el pensar, la conciencia? ¿O es a la inversa? Lo material y lo espiritual son los 2 conceptos generales que abarcan todo cuanto existe en el Universo. Por eso, cualquiera que sea la concepción del mundo, tiene que partir necesariamente de una de las 2 respuestas al problema de las relaciones entre lo material y lo espiritual. Los estudiosos griegos, para dar respuesta a estas y otras preguntas, se basaban en la observación directa de los hechos materiales en un ámbito muy circunscrito, en lo que estaba al alcance de la vista por lo que es fácil colegir que la filosofía surge como materialismo.

—Para los filósofos griegos —aportó Sebastián—, incluso para algunos de los idealistas, la materia existía en forma independiente y era eterna, no había sido creada por dios alguno; claro está que los idealistas sostenían que además de la materia también existían las *ideas*, igualmente independientes, eternas y, más aún, para ellos las ideas eran lo principal para la existencia de la realidad a la que modelaban, le daban forma sobre la base de una materia pasiva y sin movimiento propio.

—Cierto, y hay que tener en cuenta que la filosofía idealista griega es la base del idealismo filosófico occidental —continuó Leoncio—. Surgió como arma ideológica de los grandes propietarios aristocráticos esclavistas en defensa del viejo Poder y profundamente ligado a la religión para combatir el naciente conocimiento filosófico. Desde el inicio, en filosofía como en otras ramas, materialismo e idealismo desarrollan una enconada lucha. En el proceso del conocimiento hay que ver el carácter de clase que asumen el materialismo y el idealismo, la dialéctica y la metafísica; hay que analizar las condiciones sociales que los generan y cómo su desarrollo está ligado a la manera de concebir, a los intereses de clase y al cúmulo de experiencias de un determinado momento social.

—Con Tales de Mileto se abre paso la filosofía materialista y poco

después se desarrolla, como dialéctica, con Heráclito de Éfeso —re-tomó Sebastián—; y años más tarde llegó a su nivel más alto de desarrollo con Demócrito, la más alta cumbre del materialismo en el esclavismo. Establecen que la materia existe independientemente de nosotros en eterno movimiento y en ella debe buscarse el principio y la causa de todo lo existente, establecen que todo es materia. El conocimiento tiene como punto de partida la sensación y sus resultados se comprueban en la realidad material. El inicio de la filosofía materialista, una verdadera revolución en el desarrollo en espiral del pensamiento humano, está estrechamente ligado a la astronomía, la geometría y la física que entonces empezaban a desarrollarse. En cuanto a la filosofía idealista griega, Parménides, en el Siglo VI antes de nuestra era, sentó las bases del idealismo y la metafísica, partió de que la realidad era apariencia y el conocimiento sensorial un engaño. Acérrimo enemigo de Heráclito, como después lo sería Platón de Demócrito, tomando la razón como instrumento único para alcanzar la verdad, centró en el análisis del ser como existencia pura, concluyendo en su poema que el ser era absoluto, eterno e inmóvil, obviamente inmaterial, y existencia única y verdadera.

—Los filósofos jonios rompieron radicalmente con las religiones primitivas que miraban al cielo como algo divino y lo separaban de la tierra; se basaron en la multitud de descubrimientos de la cosmología, babilónica y egipcia, y rechazaron el elemento mítico que confundía la astronomía con la astrología. La tendencia general de la filosofía griega antes de Sócrates era la búsqueda de los principios fundamentales de la naturaleza. Tales de Mileto sustentó que la base, *el sustrato*, el fundamento de todas las cosas era el agua, observó que el agua era fundamental para todas las formas de vida, que la vida tiene su origen en el agua, y explicó la naturaleza en términos de la propia naturaleza, es decir, en términos puramente materialistas. Y Anaximandro de Mileto afirmó que los animales y el hombre habían evolucionado del pez luego que éste había abandonado el agua adaptándose a las particularidades de la tierra. Tal vez —dijo Leoncio luego de un silencio corto—, en este punto sería bueno insistir en que los primeros filósofos no eran religiosos; que a pesar de que constantemente usaban el término *theos*, o sea, el vocablo *dios*, no era para referirse a un *creador divino* sino a la *sustancia primaria* que especifica a la materia, de lo que están hechas las cosas, y tiene un sentido similar a los antiguos epítetos homéricos de eterno o inmortal.

—Estoy de acuerdo —enfaticó Sebastián—, es sabido que en los tiempos de Homero y Hesíodo muchos de los llamados dioses no fueron adorados, simplemente se los tenía como mera personificación de fenómenos naturales y pasiones humanas. Pero también hay que re-

marcar que en la filosofía griega antes de Sócrates la tendencia general era la búsqueda de los principios fundamentales de la naturaleza.

—Esto último que mencionas, ya lo dije textualmente hace un rato.

—Pero hay que remarcarlo —insistió Sebastián.

—Bien. Y que por primera vez se explica la naturaleza en términos puramente materialistas —reiteró Leoncio.

—Sí. También hay otro punto muy interesante a subrayar —dijo Sebastián recordando viejas discusiones entre ellos—. A pesar de todo lo que se dice, Tales no poseía el concepto de *comienzo* como principio, como causa; él sostenía que todas las cosas *estaban compuestas* de agua, que era lo fundamental, la base, y que estaba dotada de vida y movimiento propios, nada más. Mientras que Anaximandro va más allá cuando sostiene que el *principio* de todas las cosas es lo infinito, lo *indeterminado*, que es inmortal e indestructible por lo tanto que es eterno y no envejece transformándose continuamente. Eso, para aquellos tiempos, me parece genial.

—Ciertamente. Si seguimos lo dicho por Aristóteles, Diógenes, y otros filósofos que dicen que Tales dijo tal o cual cosa, veremos que por lo general se habla sobre lo que Tales consideraba *la estructura básica de la materia*, sobre *la forma primaria* de la materia, el agua; como tú dices, nada más. Pero este *nada más* no debe quitar ni disminuir lo fundamental, es decir, el surgimiento de la filosofía como filosofía materialista y que ésta fue impulsada por Tales de Mileto. Que si era consciente de ello o no, eso ya es otra historia. Lo que hace Anaximandro es dar un paso gigantesco al especificar la materia como una *sustancia universal* eterna, infinita y en constante movimiento que no se crea ni destruye, que está en constante evolución y cambio. Plutarco lo critica duramente diciendo que no concretaba su infinito, que si era agua, tierra, aire o fuego; pero eso es una minucia ya que Anaximandro en lugar de limitarse a analizar una forma concreta de la materia se concentra en analizar el concepto de materia *en general*. Y reitero, se sabe que el desarrollo de estas ideas es así porque ahora se conoce el proceso del conocimiento, porque se conoce la historia de la filosofía y las leyes generales del movimiento, tanto del mundo exterior como del pensamiento humano; pero aquellos filósofos de la antigüedad no eran conscientes de ese desarrollo.

—Y algunos de los llamados filósofos modernos, y otros aprendices, tampoco tienen mucha idea de a quién sirven con sus elucubraciones o simplemente, a sabiendas, se hacen los cojudos; como por ejemplo esa *multitud* formada por los Hardts, Negris, Chomskys y otras especies de la flora y fauna del mundillo intelectual.

—Cierto, la gran mayoría diría yo —consintió Leoncio soltando

una carcajada—. Hay que dejar un poco de lado algunas cosas para concentrarnos en lo esencial. Ya todo el mundo sabe algo sobre los 7 Sabios de Grecia y que Tales era parte de ellos. Casi todo el mundo sabe que todos los filósofos de la antigüedad cultivaban la astronomía, la geometría, la física, las matemáticas, la ingeniería, el comercio y muchas cosas más, incluso hasta la política. Por ejemplo, por Herodoto se sabe la opinión de Tales en cuanto a la reforma de la liga jónica y el modelo de la liga calcídica; un conflicto entre jónicos, donde unos pugnaban por reunir varias ciudades en una sola y acumular fuerzas para lograr su independencia y recuperar su libertad, mientras que otros preferían seguir sometidos. Esta disputa quedará envuelta, casi un siglo después, en la vorágine de las Guerras Médicas y del Peloponeso, parte de las cuales ya hemos visto. Pero bien, lo dicho, concentrémonos en lo esencial.

—Bueno. Anaxímenes, el tercer filósofo de Mileto, a diferencia de Tales, señalaba el aire como sustancia absoluta. Opinaba que el aire era el origen de todo y que el agua tenía que ser aire condensado —reinició Sebastián—. Esto hace pensar que, en general, compartía la idea de la existencia de una base sobre la cual se producen los cambios en la naturaleza. Lo que para Tales es el agua, para Anaxímenes es el aire...

—No olvidemos que lo que Anaxímenes llamaba *aire* incluía la bruma, el vapor y hasta la oscuridad; y que su enfoque de la materia no es una regresión a lo dicho por Tales en cuanto a *la forma primaria* de la materia, sino que, incluso en comparación con Anaximandro, da un paso más hacia delante para explicar, según él, claro, cómo emergían todas las cosas a partir de lo *indeterminado*.

—Cierto —retomó Sebastián sin alterarse por la interrupción—. Según Teofrasto, Anaxímenes pensaba que cuando el aire se enrarece se convierte en fuego y cuando se condensa se convierte en viento; y ante una nueva condensación se producirán las nubes, la tierra y hasta las piedras. En general, toda la concepción del Universo de Anaxímenes es muy inferior a la de Anaximandro; por ejemplo, Anaxímenes creía que el mundo tenía forma de tabla; pero en cuanto a su filosofía, ésta intentaba ir más allá de la afirmación general de la naturaleza, de la materia, tratando de precisarla al establecer los cambios cualitativos y cuantitativos de ésta a través del proceso que, según se dice, él llamaba enrarefacción y condensación. Muchos zopencos se concentran en lo absurdo que es decir que una piedra surge de una gran condensación de aire; pero no ven lo realmente brillante al establecer, tan temprano en la historia de la filosofía, que la materia no sólo es eterna, que no se crea ni destruye, y que está en constante movimiento y que se transforma; sino que, además,

esta transformación es producto de cambios cuantitativos y cualitativos. Y esto último es el aporte de Anaxímenes, él intenta explicar la relación que existe entre el cambio de cantidad y el cambio de calidad en el seno de la naturaleza.

—Exactamente. Se deslinda con las viejas costumbres de la superstición religiosa y se sientan las bases del avance científico y cultural de la humanidad.

—Así es —convino Sebastián—. Estos genios hicieron grandes generalizaciones basados en el materialismo; pero el problema era que, a causa del modo de producción y el consiguiente escaso desarrollo tecnológico, no pudieron, en la práctica, demostrar sus hipótesis para dotarlas de una sólida base.

—Y sin embargo, hay que insistir, se adelantaron en más de 2,000 años a lo que la ciencia, dándoles la razón, ha demostrado.

—Así es. Pero a los filósofos jónicos que habían llegado a establecer la existencia y movimiento del Universo sin ayuda de los dioses ni del destino, para seguir avanzando, les faltaba completar el salto iniciado por Anaxímenes al pasar del análisis general al análisis concreto, al análisis del detalle. Y es ahí cuando entran en escena los filósofos pitagóricos con la introducción del número y la cantidad...

Hicieron un ligero descanso para hacer sus necesidades y luego reanudaron la marcha.

—Estabas diciendo que a los filósofos jónicos les faltaba completar el salto iniciado por Anaxímenes —dijo Leoncio luego de reflexionar durante los pocos minutos que avanzaron en silencio—, dabas a entender que la filosofía, con Anaxímenes, pasaba del análisis general al análisis concreto; y has dicho también que ahí es cuando entran en escena los filósofos pitagóricos con la introducción del número y la cantidad. ¿Estás seguro de lo que dices? ¿Eres consciente de lo que estás afirmando? Para mí, en ese momento, hay continuidad histórica, sí, pero el centro es la contraposición, el *antagonismo*, de ideas. Yo pienso que...

—Yo sé lo que piensas, Leoncio. Pero por favor déjame continuar.

—Disculpa, sigue.

—Lo que yo quería decir —continuó Sebastián después de haber avanzado un buen trecho a zancadas para luego detenerse y esperar a que Leoncio llegue a su lado—, es que la filosofía de Pitágoras y sus seguidores tiene una estrecha relación con la escuela jónica ya que buscaba el origen y la naturaleza del Universo, visto como un todo, a través de un principio primordial, de una forma primaria. Punto. Pero suplantaban el terreno de lo físico por el de la metafísica.

—Y he ahí el meollo del problema, Sebastián, eso ya es otra cosa. Lo principal es que esa secta religiosa opone a la filosofía de la natu-

raleza, al materialismo naturalista primigenio, lo religioso, los mitos y el oscurantismo. Desarrollan magistralmente las matemáticas, con el conocido teorema de Pitágoras; la música, al descubrir las leyes de la armonía; descubrieron y desarrollaron muchas cosas más, sí, claro. Pero cuando afirmas que los filósofos pitagóricos entran en escena con la introducción del número y la cantidad, en el momento en que los filósofos jónicos, o mejor sería decir, en el momento en que Anaxímedes da un gran salto en filosofía al percibir en su análisis materialista los cambios cuantitativos y cualitativos que se producen en la naturaleza, da la impresión de que lo que sostienes es una continuidad en el desarrollo *de la concepción materialista* que retornaba del análisis general al análisis concreto; de lo universal a lo particular...

—Carajo, ésas son rebuscadas minucias...

—¡No lo son, Sebastián!

—¡Sí lo son!

—¡Claro que no! Detente un momento y veamos...

—No vamos a deternos para nada. Sigamos caminando y déjame terminar y después puedes criticar o esclarecer todo lo que quieras. Pero, por favor, carajo, no antes de que yo termine de redondear mi punto de vista.

—Bien, entonces vamos a ver. Escucho —dijo Leoncio mientras daba saltitos para acomodar la carga sobre su espalda.

—La doctrina pitagórica, a pesar de su carácter mítico, representa un paso adelante en el desarrollo de la filosofía. Y antes de que digas nada, hay que recordar que, por ejemplo, los alquimistas querían descubrir, naturalmente que en forma irracional y anticientífica, la *piedra filosofal* y fracasaron, sí, fracasaron; pero, en el intento, descubrieron cosas importantes como en la química donde pusieron las bases para su desarrollo. La escuela jónica, principalmente, intentó generalizar a partir de la experiencia del mundo real y de ahí, con Anaxímenes, ir a lo particular. Mientras en Pitágoras y sus seguidores se encuentra una abstracción más elevada en cuanto a que la reflexión no se dirige a lo material en sí sino a la forma y el orden que ocupan las cosas en el espacio. Los pitagóricos se acercaban al mundo desde el punto de vista del número y de las relaciones cuantitativas, sostenían que todas las cosas son números y buscaban la profunda armonía del Universo. A pesar del elemento místico, estimularon el desarrollo de las matemáticas y en especial de la geometría; además de los que ya has señalado, inventaron el término impar y los números impares, al que atribuyeron un carácter divino. Todas las cosas son números, decían, poniendo un acento especial en el desarrollo del *aspecto cuantitativo* de la investigación natural y sin él la ciencia hubiera seguido hundida en meras generalidades sin

poder avanzar. Rompen con la tradición materialista jónica y afirman que las más altas verdades de las matemáticas no podían derivar del mundo de la experiencia sensorial, sino *sólo* del trabajo de la razón pura, a través de la deducción. Jamás he pretendido decir que eso sea correcto, sólo estoy exponiendo un hecho real. Se sabe que las teorías matemáticas fueron fuente de tremendos avances científicos pero también el origen de numerosos errores y malinterpretaciones que han tenido, y tienen, consecuencias profundamente negativas; ya lo has dicho, ahí están el Big Bang, los agujeros negros y otras descabelladas teorías más; el error fundamental es intentar reducir el funcionamiento complejo, dinámico y contradictorio de la naturaleza a algo estático, a simples y ordenadas fórmulas cuantitativas. Pero de todas maneras fue un avance, tanto en la filosofía como en la ciencia.

—*Sólo estoy exponiendo un hecho real... Pero de todas maneras fue un avance...* —Leoncio repetía con tono amistoso lo que creía que era el centro de las ideas expuestas por Sebastián, la parte que consideraba endeble en el análisis que hacía sobre la filosofía de Pitágoras. Guardó un silencio muy corto y continuó—. *Pero de todas maneras* pones el acento en el lugar equivocado, Sebastián, como si sólo de los *aportes* se tratara. Si nos concentramos *sólo* en aquellas *partes* con que tal o cual teoría contribuyen al desarrollo de esto o de aquello, entonces, equivocadamente, se podría deducir que por esa *parte* el *todo* es bueno y útil, que el *todo* es justo y correcto. En este caso, debemos esforzarnos por ver, en general, qué es bueno y útil, qué es justo y correcto y qué no lo es; y en particular, también hay que esforzarnos por ver la distinción entre lo correcto y lo erróneo, si el todo, en su conjunto, o una parte de él, y hay que especificar qué parte, qué aspecto y el por qué; es más, sería bueno señalar cuál de las partes, qué aspecto, de ese todo, es lo principal y determinante para su desarrollo, dónde, cuándo, en qué momento, y por qué. Y no me refiero únicamente a las cuestiones filosóficas, ya que en política, por ejemplo, lo que hoy es correcto mañana puede convertirse en su contrario, lo mismo que lo que antes fue necesario hoy puede ser anticuado; por otro lado, tampoco se puede considerar como positivo todo lo que se ha hecho sino únicamente lo que es correcto y al mismo tiempo, no se puede negar todo, sino sólo lo erróneo. No debemos olvidar, y nosotros menos que nadie, que el problema cardinal de toda filosofía, especialmente de la moderna, es el problema de la relación entre el pensar y el ser, entre el espíritu y la naturaleza y que la naturaleza es el principio fundamental; que la identidad, o mejor dicho la unidad, de los contrarios, constituye el descubrimiento de la existencia de tendencias contradictorias, que se excluyen mutuamente, antagónicas en todos los fenómenos y procesos de la naturaleza,

incluyendo el espíritu y la sociedad; que la condición para conocer todos los procesos del mundo en su *automovimiento*, en su desarrollo espontáneo, en su vida real, es conocerlos como una unidad de contrarios; que el desarrollo es la lucha de los contrarios; que las 2 *concepciones* fundamentales del desarrollo son: una, el desarrollo en el sentido de *disminución y aumento*, como *repetición*; y otra, el desarrollo en el sentido de la *unidad de los contrarios*, el desdoblamiento de la unidad en 2 polos que se excluyen mutuamente y la relación entre ambos. En la primera concepción del movimiento, queda en la sombra el automovimiento, su fuerza motriz, su fuente, su motivo; y se atribuye esa fuente a algo externo, a dios, al sujeto o a cualquier otra cosa. En la segunda concepción, la atención fundamental se concentra, precisamente, en el conocimiento de la fuente del automovimiento. La primera concepción es muerta, pobre, pálida y seca. La segunda tiene vitalidad. Únicamente la segunda da la clave del automovimiento de todo lo existente; sólo ella da la clave de los saltos, de la interrupción de la continuidad del desarrollo, de la transformación en contrario, de la destrucción de lo viejo y del surgimiento de lo nuevo. Todo esto nos lleva a comprender a cabalidad que los contrarios, lo particular es contrario de lo general, son idénticos; por consiguiente, lo particular no existe más que en su relación con lo general, no existe fuera de la conexión que conduce a lo general. Lo general existe únicamente en lo particular, a través de lo particular. Por eso, todo lo particular es, de uno u otro modo, general y todo lo general es *esencia* de lo particular. En otras palabras, todo lo general abarca sólo aproximadamente todos los objetos particulares, todos los objetos aislados, mientras que todo lo particular forma parte incompleta de lo general; lo particular se vincula por miles de transiciones con particulares de otro género, es decir, cosas, fenómenos, procesos, etcétera; y, a su vez, lo particular es contrario de lo general y que los contrarios son idénticos. Hay una unidad y lucha de contrarios; la unidad, la coincidencia, la identidad, la equivalencia de los contrarios es condicional, temporal, transitoria, relativa; mientras que la lucha de los contrarios, mutuamente excluyentes, es absoluta, como es absoluto el desarrollo, el movimiento. No podemos darnos el lujo de *olvidar* que la división de un todo y el conocimiento de sus partes contradictorias es la esencia de la dialéctica y la dialéctica abarca lo que hoy se conoce como teoría del conocimiento; que en el proceso que sigue el movimiento del conocimiento humano, el hombre parte siempre del conocimiento de lo individual y particular para llegar gradualmente a conocer lo general y universal; que únicamente después de conocer la esencia particular de multitud de cosas distintas, el hombre puede pasar a la generalización y conocer la *esencia común*

a las diversas cosas; que luego de haber llegado a conocer dicha esencia, el hombre se sirve de este conocimiento como guía para seguir adelante y estudiar distintas *cosas concretas* que no han sido estudiadas todavía, o que no lo han sido a profundidad, a fin de descubrir la *esencia particular* de cada una de ellas; que sólo así puede acrecentar, enriquecer y desarrollar su conocimiento de dicha esencia y evitar que este conocimiento se marchite o fosilice. Las ciencias naturales nos muestran la naturaleza objetiva, que posee estas mismas cualidades: la *transformación* de lo particular en general, de lo casual en necesario, las transiciones, los matices, la relación mutua de los contrarios. Todas estas citas las conoces tan bien como yo. En resumen, se pasa de lo particular a lo general y, luego, de lo general a lo particular; pero, además, hay algo que a mi parecer es muy importante y en realidad casi no se toma en cuenta para nada, y es el hecho, millones de veces constatado por la práctica, que en el desarrollo de las leyes generales están los hechos sociales en *su particularidad*. Hay que reaprender a manejar la contradicción, hay que recorrer el camino de ida y vuelta para, luego de aprehender las leyes generales, concentrarse en el análisis del detalle, en esa particularidad con que se expresa el movimiento infinito de los hechos sociales. Hay que romper definitivamente con las repeticiones abstractas, con la permutación de realidades concretas, con la reiteración de frases hechas convertidas en fórmulas y recetas vacías que se saltan a la garrocha las particularidades, las situaciones nuevas, las nuevas circunstancias generadas por el constante movimiento de la sociedad moderna que exige planteamientos nuevos y nuevas soluciones *dentro* de las leyes generales y no al margen de ellas. Los filósofos jónicos desbrozaron el inicio del largo camino que luego arribaría a estas conclusiones más de 2 milenios después, de ahí su importancia; pero no fueron los únicos. Hay que tener en cuenta que si se pone el acento en los jónicos y la antigua Grecia se debe a que es ahí donde la filosofía alcanza su forma clásica; es ahí donde la doctrina filosófica sobre la naturaleza surge como la primera forma histórica del pensamiento filosófico; pero no sólo eso, además, hay que tener en cuenta que cuando aparecieron las clases sociales aparecía también esa institución especial que se conoce con el nombre de Estado y que sus formas eran en extremo variadas, como en la antigua Grecia y en la antigua Roma que se basaban íntegramente en la esclavitud. Pero eso no quiere decir que haya sido el único lugar donde *aparece* la filosofía; pensar eso sería absolutamente falso ya que las primeras doctrinas filosóficas también se manifestaron en la India, China y otros países antiguos. La historia universal es el proceso de cambio de unas formas sociales por otras más desarrolladas y ese proceso

está regido por leyes; el desarrollo del pensamiento filosófico de los pueblos es uno de los reflejos de ese proceso de desarrollo de la sociedad, desde la antigüedad hasta nuestros días. La *aparición* de la filosofía como forma específica de la conciencia social corresponde a la época de la historia universal en que el régimen de la comunidad primitiva fue sustituido por otro más desarrollado, por el régimen esclavista. Si analizamos a conciencia las creaciones de los pueblos más antiguos podemos ver que en su mitología y en todos sus relatos sobre dioses, héroes y entes sobrenaturales creadores de todas las cosas ya se encuentra inmersa una concepción naturalista de los fenómenos del mundo que los rodeaba. Por ejemplo, y ya lo hemos visto, una y otra vez, en esta y otras conversaciones, en los mitos de los antiguos egipcios, se dice que todo se originó de las aguas del océano y que el aire se halla presente en todas las cosas. En la India, en los mitos sobre vírgenes y deidades de la religión de la comunidad primitiva y en la concepción mitológica expresada en el Rig-Veda hay ideas acerca de los orígenes de las cosas concebidas en un sentido naturalista, por ejemplo, se dice que el mundo proviene del agua en analogía con las ideas de los antiguos egipcios, babilonios y otros pueblos. Los charvakas fueron los primeros filósofos materialistas que aparecieron en la antigua India, varios siglos antes de nuestra era, y se revelaron en contra del brahmanismo religioso formulando la explicación del mundo sin recurrir a ningún ente divino ni otras huevadas. En China, los antiguos pensadores chinos enseñaban que los fenómenos de la naturaleza estaban formados por partículas materiales...

—A las que llamaban *tsi* —completó Sebastián.

—Sí, y enseñaban que estos fenómenos naturales estaban sujetos a leyes naturales objetivas y a estas leyes les daban el nombre...

—De *tao*.

—Exacto. Eran ideas surgidas en los Siglos IX y VIII antes de nuestra era. Por eso insisto mucho en que hay que reestudiar, o tal vez sea mejor decir revisar con ojos de ver, la artesanía producida por nuestros antiguos y observar con atención cuáles son las huellas que en este sentido nos han dejado. Los pensadores más avanzados de Egipto, Babilonia, India, China, Grecia, Roma y otros países del mundo antiguo opusieron a las ideas mitológicas y religiosas, que se habían ido formando en los tiempos de la comunidad primitiva, una concepción naturalista, materialista, de los fenómenos del Universo. Ya lo has dicho, consideraban el mundo tal y como es. Se plantearon por primera vez el problema de qué es lo que sirve de fundamento al mundo y salta a primer plano el problema de los orígenes y la unidad de los fenómenos de la realidad circundante. El objetivo de la filo-

sofía, en aquel tiempo, era abarcar el conjunto de los fenómenos de la naturaleza y la sociedad y encontrar la unidad y cohesión de todo aquello, que visto superficialmente, se revelaba como una amalgama caótica de cosas y procesos. Sus reflexiones acerca del *fundamento material* de todas las cosas fueron el punto de partida del modo naturalista de abordar los fenómenos de la naturaleza; unos consideraban que el *primer principio* de todas las cosas era el agua, otros consideraban que era el fuego, otros el aire, etcétera, y hasta había de los que consideraban no un único elemento sino el conjunto de varios de ellos como el fundamento material, el origen primario, de todo. Explicaban y abordaban los fenómenos de la naturaleza, del mundo, partiendo de la naturaleza misma, a través de causas naturales. También lo has señalado. En Grecia, para Tales, Anaximandro, Anaxímenes, Heráclito y otros, todos los cambios cósmicos se explicaban por el eterno movimiento y las infinitas transformaciones de esos *principios* materiales; ésta es la expresión del primitivo materialismo espontáneo que en sus orígenes y de un modo muy natural ve la unidad en la infinita variedad de los fenómenos como lo evidente por sí mismo y la busca en algo corpóreo, en algo especial como, por ejemplo lo ya dicho, Tales en el agua, etcétera. Con Heráclito de Efeso se alcanza una nueva cumbre; él no sólo era materialista naturalista sino que fue el fundador de la dialéctica, sostenía que este cosmos, uno y el mismo para todos, no ha sido creado por ningún dios ni hombre, sino que ha existido siempre, existe y seguirá existiendo como un fuego eternamente vivo, encendiéndose y extinguiéndose con arreglo a medidas. En uno de sus escritos se lee: El fuego vive de la muerte del aire y el aire vive de la muerte del fuego; el agua vive de la muerte de la tierra y la tierra vive de la muerte del agua. Como ya lo dijo alguien, una exposición rudimentaria de la concepción dialéctica de la naturaleza; todo es y no es, pues todo *fluye*, todo se halla sujeto a un proceso constante de transformación, de incesante nacimiento y caducidad; todo cambia nada permanece inmóvil. *Es imposible sumergirse 2 veces en el mismo río...*

—*Las aguas frescas están pasando siempre ante ti* —completó Sebastián.

—Los pitagóricos elaboraron una tabla de 10 antítesis —continuó Leocio luego de mover afirmativamente la cabeza— y defendían la *unión* de contrarios a través de un *significado*; y, buscando el término medio, eliminaban la contradicción, por ejemplo, entre lo finito y lo infinito, entre lo impar y lo par, etcétera. Mientras que Heráclito fue el primero en plantear la *unidad de los contrarios*; dice que el hombre no sabe lo que concuerda con sí mismo; es una serie de *armoniosas tensiones contradictorias entre sí*, como el arco y la lira. Explica que

en la contradicción se encuentra el fundamento de todo. Y sostiene, además, que el movimiento, el desarrollo, se opera por medio de la lucha de los contrarios, a la que él llama *logos universal*, y que ésta está sujeta a leyes. El Universo no se creó, siempre ha existido, a través de un continuo proceso de flujo y cambio, a través de él las cosas se transforman en su contrario, la causa se convierte en efecto y el efecto en causa. Todas las cosas contienen la contradicción que impulsa su desarrollo. En la filosofía china antigua, esta sujeción del Universo a las leyes de desarrollo trazadas por la naturaleza recibía el nombre de...

—*Tao*, o camino. Te estás repitiendo, Leoncio.

—Bien —continuó Leoncio tomando nota de la burla de Sebastián—. En Heráclito, además, se encuentra la idea de que el ciclo universal de los estados transitorios de la materia recorre un camino *ascendente*: tierra-agua-aire-fuego y otro *descendente*: fuego-aire-agua-tierra. Fue Heráclito quien, por primera vez, elaboró una perspectiva dialéctica del mundo. Las doctrinas acerca del fundamento material de los fenómenos de la naturaleza y su desarrollo con sujeción a leyes variaron y se perfeccionaron con el tiempo; se pasó de la síntesis inicial de los datos suministrados por la contemplación sensible de la realidad a la fase más profunda del planteamiento de problemas filosóficos, a la solución del problema de la *estructura* de la materia y al esclarecimiento del carácter de las relaciones entre los fenómenos naturales. Por ejemplo, Leucipo y Demócrito formulan la teoría de la estructura atómica de la materia y de la conexión causal de todos los fenómenos naturales. A diferencia de los materialistas que concebían los diversos fenómenos de la naturaleza como variantes de un único *principio*, ya fuera el agua, el aire o el fuego, Leucipo sentó las bases de la atomística antigua y Demócrito desarrolló todo el sistema del materialismo basado en la concepción atómica. Los átomos de Demócrito eran partículas materiales indivisibles y privadas de toda clase de propiedades, que se distinguían unas de otras por su forma. Al combinar de distinto modo los átomos, por su orden y su situación, daba origen a los diferentes cuerpos naturales. Para Demócrito el Universo es algo infinito y eterno y está formado por un sinfín de mundos que eternamente surgen, se desarrollan y mueren. La idea de Demócrito de que el movimiento de los elementos integrantes de todas las cosas, es decir de los átomos, existe y seguirá existiendo perennemente contribuyó a desarrollar los conceptos fundamentales, es decir las categorías, de materia y movimiento.

—Un tremendo salto en el desarrollo histórico del pensamiento humano y una gran conquista del pensamiento científico en el mundo antiguo que demostraba la gran capacidad del pensamiento teórico a

pesar de que, para llegar a sus resultados, no podían apoyarse en el estudio experimental de la naturaleza.

—Más claro, ni el agua. Mientras que Heráclito destacaba como lo principal el movimiento concebido como desarrollo por medio de la lucha de los contrarios, como el tránsito de un estado contradictorio a otro, Demócrito entendía el movimiento de los átomos como el desplazamiento, combinación y disociación de éstos, en lo cual se manifestaba la tendencia mecanicista de su filosofía. Por lo tanto ya se puede advertir la divergencia de los filósofos en el modo de entender la categoría *movimiento*.

—El materialismo atomístico antiguo desempeñó un importante papel en la historia del determinismo —intervino Sebastián—, es decir el reconocimiento de que el desarrollo de los fenómenos naturales es algo necesario que está sujeto a leyes. Ellos decían que ninguna cosa nace sin causa, sino que todas surgen obedeciendo a un fundamento y en virtud de la necesidad.

—Cierto —retomó Leoncio—. Pero no hay que olvidar que esa doctrina rígida y pasiva, de que todo fenómeno responde a una causa, que niega la existencia del azar y desprecia el papel del individuo en la historia, habría de influir considerablemente en el desarrollo del conocimiento científico como doctrina metafísica dedicada a la investigación separada de la práctica y que implica que hay una única posible historia para el mundo, historia vinculada a una concepción mecanicista del mundo. Bien, otro importante aporte a la filosofía materialista antigua fue la idea de que la base del conocimiento, del pensamiento teórico, es la experiencia sensible. Epicuro, entre otros, desarrolla el materialismo atomístico de Demócrito y plantea que los átomos no caían, como lo afirmaba Demócrito, de arriba abajo, bajo la acción de la gravedad, sino que poseían además la propiedad de desviarse hacia los lados bajo su propio impulso; introduce la idea de la desviación espontánea de la trayectoria de los átomos y explica la posibilidad de colisiones entre los átomos que se mueven a igual velocidad en el espacio y en el vacío superando, así, el fatalismo que presentaba el determinismo de Demócrito. Epicuro llega a la conjetura dialéctica de que la fuente del movimiento de la materia reside en ella misma y saca a la luz la relación dialéctica entre la necesidad y la casualidad. La teoría del conocimiento de Epicuro acepta por completo la información que nos proporciona nuestros sentidos. En sus escritos se lee que los sentidos son *heraldos de la verdad* y que no hay nada que pueda rebatirlos. Epicuro parte de una suposición correcta al decir: *yo interpreto el mundo a través de mis sentidos*, pero representa un paso atrás con relación a las ideas de Demócrito porque es demasiado parcial. Es indudable que las percepciones sensoriales

son la base de todo conocimiento, pero también es necesario saber *cómo* interpretar correctamente la información que nos llega a través de los sentidos. Hasta Heráclito, a su manera, se había dado cuenta de que la simple aproximación empírica conduce invariablemente a errores, dijo: *los ojos y los oídos son malos testigos para los hombres que tienen almas bárbaras...*

—Aunque una versión más refinada —aportó Sebastián—, traduce la misma idea como *los ojos y los oídos son malos testigos para los hombres que tienen almas incapaces de comprender su lenguaje*.

Alcanzaron la penúltima cumbre acosados por la sed que seguía sus pasos con calma y persistencia. Habían caminado, uno al lado del otro, deteniéndose de cuando en cuando para reponer el oxígeno que les arrebatava la cuesta y el énfasis puesto durante la conversación; algunas palabras, como era ya costumbre en ellos, las arrastraban dentro de la oración, en extremo y con lentitud, para cincelar una rudimentaria noción y convertirla en idea objetiva sustentada en la realidad. Muchas veces, tiempos atrás, se habían enfrascado en virulentas polémicas por precisar algunas ideas y conceptos que no figuraban en el cofre de los recuerdos, como ellos llamaban al vocabulario que usaban los simples y vulgares repetidores de consignas, y que abundan en el léxico de los intelectuales que pretenden reinventar la realidad con frases vacías recurriendo a chamanes y talismanes para derribar los pilares de la ciencia. Pasada la borrasca de la discusión, se daban cuenta de lo ingenuo de la recuperada mocedad; —a la vez viruelas—, se decían después de reírse de lo absurdo. Sin embargo, sabían que no había sido tiempo perdido el invertido en discutir ni en escudriñar la literatura izquierdosa; descubrían una y otra vez la perentoria necesidad de continuar con la difusión de lo establecido por los clásicos poniendo la mirada en el futuro; —el pasado es el bagaje de la experiencia en el presente, sirve para edificar el porvenir y se debe avanzar desarrollando lo asimilado—, así concluían conscientes de la difícil y compleja tarea que se habían impuesto.

La arrugada falda de la pedregosa montaña regada de ichu tierno se había angostado tras sus últimos pasos. Se sentaron bajo cielo despejado y bebieron un trago largo del agua que llevaban en las limpias botellas de plástico que les habían entregado sus amigos. Leoncio ofreció a Sebastián la bolsita que contenía frescas hojas de coca y él también sacó un puñado después de que se la devolviera, se puso a chacchar luego de escupir el agotado bollo del mediodía. Se acomodaron para descansar.

—Se dice que Lucrecio fue el único que, de todos los antiguos, comprendió la física de Epicuro defendiendo la indestructibilidad de la

materia, la materia no se crea ni se destruye. Leucipo y su discípulo Demócrito introdujeron la concepción del átomo para comprender la constitución del espíritu y la materia, y durante más de 2,000 años los filósofos, en lugar de pensar en recurrir a la experiencia para probar la hipótesis atómica, se la pasaron discutiendo sobre el átomo en sí; recién en el Siglo XVIII Dalton utilizó la concepción de Demócrito para explicar las combinaciones químicas. El átomo, con el cual los filósofos no habían sabido qué hacer, se convirtió, en manos de los químicos, en una de las más potentes herramientas de investigación que la razón humana haya creado. Se supuso que los átomos eran indestructibles y que todo cambio en el mundo físico consiste meramente en una nueva disposición de elementos persistentes. Esta idea predominó hasta que el descubrimiento del radio y de la radioactividad hizo ver que los átomos podían desintegrarse, lo que trastorna las leyes fundamentales de la física matemática y arruinan la base atómica del edificio químico...

—Mira, Sebastián. Yo pienso que una cosa es que los filósofos de la antigüedad no eran *conscientes* de la evolución de las ideas que ellos mismos desarrollaban, y hasta podría sospecharse que no hubieran sabido *qué* hacer con sus *descubrimientos* pero sí sabían, y muy bien, qué pensaban y cómo lo decían —interrumpió Leoncio el discurrir de Sebastián levantando un dedo contra el cielo—. Por ejemplo, son muchos los descubrimientos modernos que dan a la teoría mecánica del calor el suficiente éxito como para elevar a primer plano la tesis de la conservación de la energía; pero, al margen de lo ya dicho sobre los filósofos de la antigüedad, en la Spania medieval, en el califato de Córdoba, el filósofo árabe Ibn Roshd Muhammed, más conocido como Averroes, en la segunda mitad del Siglo XII ya se anticipaba a las teorías de la conservación de la física moderna; y, a pesar de ser devoto musulmán, intentó demostrar que la materia y el movimiento no se crean ni se destruyen. Descartes, en la primera mitad del Siglo XVII, también formula esa tesis a pesar de que reconocía las matemáticas como la ciencia más perfecta y que, según él, debían servir de modelo y prototipo para la construcción de las demás ciencias y que el factor fundamental en el conocimiento de la verdad no era la experiencia sino el pensamiento teórico, es decir, la razón; lo que lo convertía en un naturista racionalista que negaba la práctica como fuente de conocimiento y único criterio de la verdad...

—Además era dualista al separar su física, en la que confería a la materia una fuerza autocreadora y concebía el movimiento mecánico como manifestación de la vida de la materia, de su metafísica expuesta en el método cartesiano y su teoría del conocimiento que exalta el pensamiento teórico. *Pienso, luego existo*. Según él, el cri-

terio de la verdad reside en la intuición intelectual, en la idea clara y distinta acerca del objeto.

—Sí. Poco después Gottfried Leibnitz, a pesar de ser un idealista objetivo, no sólo inventó el cálculo infinitesimal, aunque Newton dijo haberlo descubierto antes, sino que en física adelantó la ley de la *conservación de la energía*. Pero, repito, recién en la mitad del Siglo XIX se demuestra que la energía no se crea ni se destruye, sólo se transforma, y, desde finales del mismo siglo, la física y la química vuelven a operar casi exclusivamente con moléculas y con átomos; hay quienes falsamente decían y otros aún afirman que la teoría atómica procedía de Demócrito, no de Leucipo, y sostienen que Dalton fue el primero que admitió la existencia de átomos elementales cualitativamente distintos, a los cuales asignó por vez primera distintos pesos, característicos de los distintos elementos. Todo falso, pues ya Epicuro atribuía a los átomos diferencias, no sólo de *magnitud y de forma*, sino también de *peso*, es decir, que conocía ya, a su manera claro está, el peso y el volumen atómicos. Fueron los físicos, en un nuevo período histórico, donde la evolución de las ciencias da un salto a partir de lo que, por lo general, antes eran sólo *predicciones*, los que descubrieron unidades nuevas, más pequeñas, llamadas electrones y protones, de los cuales se componen los átomos, y durante años se supuso que estas unidades poseían la *indestructibilidad* antes atribuida a los átomos. Los átomos y los elementos químicos dejan de ser la última frontera del conocimiento de la materia; con la *descomposición* de las partículas de la materia se descubren *nuevas formas* del movimiento de la materia regida por la contradicción. Se da una ruptura fundamental, una revolución en las ciencias naturales; se destruye la base misma de las viejas ideas metafísicas sobre la materia, sus propiedades, sus tipos y la forma, supuestamente universal, de movimiento, que en el fondo no era otra cosa sino el movimiento mecánico y ahí se quedaba. El mundo es materia en movimiento y la mecánica refleja las leyes del movimiento de esa materia en relación a movimientos lentos, mientras que la entonces naciente teoría electromagnética las reflejaba en relación a movimientos rápidos. Así, los físicos idealistas, llegan a sostener que los protones y electrones podían chocar y estallar, formando *no una sustancia nueva* sino una *onda* de energía que se extiende por el Universo con la velocidad de la luz. Para ellos, la energía *reemplaza* a la sustancia. Niegan la transformación de la materia en movimiento de un estado en otro; caen en la negación de la materia y sus propiedades en el sentido de que ésta no se crea ni destruye, sólo se transforma negando así la realidad objetiva del mundo físico. Niegan, queriéndolo o no, el tan elemental conocimiento de que la misma energía no puede crearse

ni destruirse, sólo puede cambiar de una forma a otra; la energía es una *onda*, sí, pero a la vez es *corpúsculo*. Entre masa y energía hay una equivalencia, una igualdad sin factor de conversión; la masa conlleva energía aunque se encuentre en reposo. Si analizamos la Teoría de la Relatividad Especial de Einstein, sustentada en la observación de que la velocidad de la luz en el vacío es una constante universal independiente del movimiento de la fuente de luz e igual en todos los sistemas de referencia inerciales y que desarrolla, entre otras muchas teorías, la mecánica de Newton que estudia las leyes del movimiento de partículas y sólidos en un espacio euclídeo tridimensional, vemos que establece nuevas ecuaciones que facilitan pasar de un sistema de referencia inercial a otro, con lo que se establece que no hay un sistema inercial de referencia privilegiado que pueda ser considerado como absoluto. La ecuación más famosa y conocida es la de equivalencia entre masa y energía: $E=mc^2$. Esta ecuación describe la relación entre la energía E , la masa m y la velocidad de la luz c y nos explica que la energía y la masa son equivalentes; es decir, la masa equivale a una magnitud de energía, y viceversa. La ecuación muestra que la energía que contiene o puede liberar un cuerpo es equivalente a su masa multiplicada por el cuadrado de la velocidad de la luz. Hasta Aristóteles entendía el asunto en la antigüedad mejor que algunos cuánticos actuales; él ya adelanta la idea de la unidad, equivalencia en este caso, de la masa y la energía. Para Aristóteles, la materia tiene 2 *aspectos*: el primero es la substancia o cuerpo que tiene masa, que en sí misma contiene el potencial o movimiento para un número infinito de transformaciones, cuya medida es la energía, que es el segundo aspecto, una fuerza motriz innata y espontánea. No debe confundirse masa con materia. Masa es una medida que tienen los cuerpos, las substancias. Tampoco debe confundirse energía con movimiento. Lo que llamamos energía es una medida del movimiento. El movimiento es la propiedad principal de la materia, su modo de existencia. No existe materia sin movimiento y no puede existir el movimiento sin materia que lo contenga. Mientras que la concepción que la mayoría de científicos cuánticos ha desarrollado sobre la energía padece de otros problemas, y eso a pesar del gran descubrimiento de Max Planck. Si esa *energía* se identificase con el fuego de Heráclito, se llegaría a la conclusión de que se trata de la *acción* de arder y no de lo que arde. *Lo que arde* ha desaparecido en la física moderna. De esa manera se pierde de vista que el desarrollo de las ciencias no expresa más que la profundización del conocimiento que el hombre tiene de los objetos. El materialismo dialéctico insiste en el carácter temporal, relativo, aproximado, de todos esos jalones del conocimiento de la naturaleza por la ciencia humana en

progreso. Sin materia no hay movimiento y a medida que se descubran *partículas* más pequeñas también se descubrirán nuevas formas del movimiento; nuevas variedades de lo inseparable, de la sustancia y de la energía. El electrón, y las nuevas partículas que se han descubierto y las que se han de descubrir, es tan inagotable como el átomo, la naturaleza es infinita, existe infinitamente en el espacio y eternamente en el tiempo. La conservación y la transformación del movimiento es una ley fundamental de la existencia de la materia, es un proceso cuantitativo y cualitativo que borra definitivamente el último recuerdo de un *creador* ajeno al mundo. La física cuántica, también conocida como mecánica ondulatoria, sostiene, después de quitarle la hojarasca del enrevesado lenguaje parabólico que utiliza, la *disolución* de la materia, su fin, más claramente la *desaparición* de la materia; dice que las partículas intercambian paquetes de energía llamados quantum, y que la posición de una partícula se define por la descripción de la *probabilidad* de que aquella partícula se sitúe en esa posición y en ese mismo instante; es decir, el observador, a través de la observación subjetiva, crea su resultado y todo depende de la cuantización que él haga de la energía.

—Alguien ya estableció con claridad que las teorías clásicas están construidas sobre un marco que refleja la experiencia cotidiana en la cual los objetos materiales tienen una existencia individual, que pueden ser localizados en posiciones concretas y siguen trayectorias bien definidas —intervino Sebastián como quien reafirma y condensa lo que acababa de oír—; mientras que la física cuántica implica un esquema conceptual completamente diferente, en el cual la posición, la trayectoria e incluso el pasado y el futuro de los objetos no están determinados con precisión. Simplemente, *no es posible predecir* con certidumbre los resultados de los procesos físicos porque no están determinados con certidumbre. Lo que prima es la *incertidumbre*, el principio de la incertidumbre.

—Oye, compadre —dijo Leoncio dándole a Sebastián un suave golpe sobre la rodilla—, si ya conoces el asunto, ¿por qué no lo explikas tú mismo en vez de dejarme hablar hasta por los codos?

—Por la misma sencilla razón por la que tú escuchas lo que yo digo; para saber qué piensas y cómo lo expresas.

—Si no serás jodido, hermano. Bien, entonces sigo. Los defensores de la física cuántica dicen que ésta no niega la idea de que la naturaleza está regida por leyes, sino que, afirman, *nos lleva a aceptar una nueva forma de determinismo: dado el estado de un sistema en un cierto momento, las leyes de la naturaleza determinan las probabilidades de los diversos futuros y pasados en lugar de determinar con certeza el futuro y el pasado*. Pero, según mi opinión y al igual

que en la cuestión de la correlación entre la verdad absoluta y la verdad relativa, se puede apreciar que en la física cuántica experimental sí es posible encontrar una causalidad como previsibilidad y, por lo tanto, muchos de sus resultados sí son calculables. El problema es el punto de partida y la interpretación de los datos; la información, los datos están ahí, están presentes y son reales; el problema es su correcta interpretación y el caos tendrá orden y armonía. Como se puede ver en estos pequeños ejemplos, es posible, que los primeros filósofos materialistas de la antigüedad, los de la Edad Media y los no tan antiguos no habrían sabido *qué hacer* con un átomo en las manos, pero sí sabían interpretar lo que veían e intuían; además, en la tarea de demostrar que la materia y el movimiento no se crean ni se destruyen se inscriben, a su manera, unos pocos filósofos, en el otro bando, el del idealismo. Sin embargo, también se observa un fenómeno singular en el bando materialista, y es que, para mí, insisto, hay algunos elementos corrosivos que están poniendo las cosas patas arriba; otra vez están torciendo lo que costó mucho enderezar.

—Pretenden hacer caer lo que se puso en pie estando de cabeza. Otra vez se pretende avasallar la filosofía, una vez más se la embrolla con palabrejas y miserias pasadistas para esconderla, para arrebatársela a las amplias masas, para que éstas no la usen en la conquista y defensa de sus intereses.

—Así es, hermano. En eso estamos, eso es lo que se pretende; es una necesidad perentoria poner la filosofía otra vez al alcance de las amplias masas. Es nuestra obligación despertarlas y devolverles lo que es suyo.

—Se está promoviendo y desarrollando un eclecticismo ramplón que abona la base del oportunismo y todo en aras de la supuesta *gran ola por venir*; ya que, dicen, lo que está en juego hoy día no es el presente sino el futuro, las 2 ó 3 décadas futuras por venir.

—Compadre, a veces tienes una claridad asombrosa —dijo Leoncio con honesta franqueza aunque a Sebastián le sonó a ironía—. Esos pendejitos, esos serviles y furibundos vendedores de cachivaches, que además se hacen pasar por muy radicales, hablan como si hasta el presente casi nada hubiera pasado; o como si lo hasta ahora acaecido, perdido está. Y ése es un verdadero peligro, el eclecticismo, incluyendo el profesoral, presentado como dialéctica engaña más fácilmente a las masas, les da una aparente satisfacción, parece tener en cuenta todos los aspectos del proceso, todas las tendencias del desarrollo, todas las influencias contradictorias y otras cosas más, pero en realidad no da ninguna noción completa y revolucionaria del proceso del desarrollo social.

—Esos supuestos furibundos radicales se han vuelto prudentes y

hasta más serenos con la edad —acotó Sebastián entre risas.

—Bien dicho, compadre —contestó Leoncio compartiendo la hilaridad—. Pero volviendo a nuestro tema; pienso que algunos exageran mucho el énfasis en la predicción como *condición previa y necesaria* para el método científico pero ésta no se ajusta en lo más mínimo a la realidad de la ciencia.

—Pero si tú...

—Ya lo sé, Sebastián, yo mismo pongo en relieve la necesidad de comprender la realidad concreta y prever su futuro; sí, pero ese prever, no es condición previa y necesaria. Al contrario, lo previo y necesario es conocer la realidad concreta y a partir de ello se deriva la *posibilidad* de prever su futuro en líneas generales. Esa previsión no es algo absoluto, es relativo. Ciertamente es que las leyes generales nos permiten comprender una realidad concreta y a su vez prever su futuro, reitero, en líneas generales. Sí, así es, sobre todo en los hechos sociales es posible prever la tendencia general del desarrollo; sí, pero en el análisis y la síntesis a veces se pierde de vista lo necesario y lo casual, los saltos cuantitativos y cualitativos. Debo reiterar una vez más lo que ya hemos visto y que, como has dicho, bien sabes: comprendemos y reconocemos la existencia y el desarrollo de la necesidad y la casualidad pero partimos de que la necesidad no existe en forma pura; somos conscientes de que cualquier proceso necesario se realiza en multitud de formas casuales de tal manera que la casualidad es la forma en que se manifiesta y completa la necesidad, de lo contrario no habría lugar para la libre actividad del hombre y todo estaría determinado fatalmente. Del mismo modo, tampoco hay fenómenos absolutamente casuales pues todo dependería de una concurrencia de circunstancias afortunadas o desafortunadas. En el transcurso del desarrollo, las casualidades pueden transformarse en necesidad; por ello, el análisis y la previsión de los acontecimientos sociales presupone tener en cuenta la unidad de lo necesario y lo casual. Y conscientemente te lo repito hasta al pie de la letra; y lo vuelvo a remarcar porque, para mí, entender esto es fundamental para el análisis del detalle, de las particularidades. Además, por lo general, tanto en la práctica que transforma la naturaleza como en la que transforma la sociedad, muy rara vez se realizan sin ninguna alteración de las ideas, teorías, planes o proyectos previamente elaborados por el hombre. Esto se debe a que la gente que se dedica a la transformación de la realidad está siempre sujeta a numerosas limitaciones; no sólo se encuentra limitada por las condiciones científicas y técnicas existentes, sino también por el desarrollo del propio proceso objetivo y el grado en que éste se manifiesta. En esta situación, debido a que en el curso de la práctica se descubren circunstancias

imprevistas, con frecuencia se modifican parcialmente y a veces incluso completamente las ideas, teorías, planes o proyectos. Dicho de otra manera, se dan casos en que las ideas, teorías, planes o proyectos originales no corresponden, en parte o en todo, a la realidad, son parcial o totalmente erróneos. A menudo, sólo después de repetidos fracasos se logra corregir los errores en el conocimiento y hacer concordar a éste con las leyes del proceso objetivo y, por consiguiente, transformar lo subjetivo en objetivo, es decir, obtener en la práctica los resultados esperados. En todo caso, cuando se llega a este punto, puede considerarse consumado el movimiento del conocimiento humano respecto a un proceso objetivo dado en una etapa determinada de su desarrollo. Y sobre *prever* a secas, ejemplos al canto. A pesar del gran desarrollo tecnológico, hasta ahora los geólogos no pueden *predecir* el momento y el lugar precisos de un terremoto; los meteorólogos, con todo el arsenal de modernos ordenadores y la tecnología de los satélites con que cuentan, sólo pueden *predecir* el tiempo con un cierto grado de seguridad en un plazo máximo de 3 días y eso si no se produce un espontáneo cambio en la dirección del viento que les tira por los suelos su pronóstico; los astrónomos, de vez en cuando, pueden *predecir* la posición de una estrella a millones de años luz, pero en cosmología hay muchos fenómenos aún impredecibles y nadie puede negar que la astronomía es una ciencia porque sea incapaz de *prever* de una forma precisa dónde nacerá la próxima estrella. En los hechos sociales la cosa es aún más complicada para las previsiones pues los procesos cambian, desaparecen viejos procesos y contradicciones y surgen nuevos procesos y contradicciones, y, en consecuencia, varían los métodos para resolver las contradicciones; pero nada de esto quiere decir que no se pueda prever la tendencia general y la posibilidad del advenimiento de una situación dada, y que, porque es *imposible* prever de antemano con exactitud *toda* la variedad infinita de detalles y combinaciones, lo mejor es evitar todo análisis para prever hasta, cierto punto, las tareas del momento y hasta las de toda una época; nada más ilusorio, nada más retrógrado, nada más absurdo y fatalista. El otro extremo, por ejemplo, los intentos de prever de antemano, con toda precisión, las probabilidades de éxito de alguna acción, plan o de cualquier actividad emprendida en la lucha de clases, no serían más que charlatanería o vacua pedantería ya que, por ejemplo, nadie sabe si un determinado desenlace de la confrontación nos traería o no nuevas formas de lucha que no podemos prever ahora. Por ello se impone la necesidad de la *flexibilidad* en la aplicación de los principios. Alguien ya dijo que la historia hay que considerarla desde el punto de vista de sus creadores, sin tener la posibilidad de prever de antemano, de modo *infallible*, ojo, de modo

infalible, las probabilidades de éxito, y no desde el punto de vista del filisteo intelectual que con los hechos consumados viene con la moraleja de que era *fácil* prever tal o cual derrota. En la práctica social, la gente se enfrenta con toda clase de luchas y extrae ricas experiencias de sus éxitos y fracasos. Innumerables fenómenos de la realidad objetiva se reflejan en el cerebro de la gente por medio de los órganos de sus 5 sentidos, la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto. Al comienzo, el conocimiento es puramente sensitivo. Al acumularse cuantitativamente este conocimiento sensitivo, se producirá un salto y se convertirá en conocimiento racional, en ideas. Éste es el proceso del conocimiento. Es la primera etapa del proceso del conocimiento en su conjunto, la etapa que conduce de la materia objetiva a la conciencia subjetiva, de la existencia a las ideas. En esta etapa, todavía no se ha comprobado si la conciencia y las ideas, incluyendo teorías, políticas, planes y resoluciones, reflejan correctamente las leyes de la realidad objetiva, todavía no se puede determinar si son justas. Luego se presenta la segunda etapa del proceso del conocimiento, la etapa que conduce de la conciencia a la materia, de las ideas a la existencia, esto es, aplicar a la práctica social el conocimiento obtenido en la primera etapa, para ver si esas teorías, políticas, planes y resoluciones pueden alcanzar las consecuencias esperadas. Hablando en general, los que resultan bien son adecuados, y los que resultan mal son erróneos, especialmente en la lucha de la humanidad contra la naturaleza. En las luchas sociales, las fuerzas que representan a la clase avanzada a veces padecen algún fracaso, más no a causa de que sus ideas sean incorrectas, sino de que en la correlación de las fuerzas en lucha, las fuerzas avanzadas aún no son tan poderosas por el momento como las reaccionarias, y por consiguiente fracasan temporalmente, pero alcanzarán los éxitos previstos tarde o temprano. Después de las pruebas de la práctica, el conocimiento de la gente realizará otro salto, que es más importante aún que el anterior. Porque sólo mediante el segundo salto puede probarse lo acertado o erróneo del primer salto del conocimiento, esto es, de las ideas, teorías, políticas, planes y resoluciones formados durante el curso de la reflexión de la realidad objetiva. No hay otro método para comprobar la verdad. La única finalidad del proletariado en su conocimiento del mundo es transformar a éste. A menudo sólo se puede lograr un conocimiento correcto después de muchas reiteraciones del proceso que conduce de la materia a la conciencia y de la conciencia a la materia, es decir, de la práctica al conocimiento y del conocimiento a la práctica. Tomemos un ejemplo elemental y práctico, lo único que pueden hacer los animales es utilizar la naturaleza exterior y modificarla por el mero hecho de su presencia en ella; el ejemplo más co-

nocido es el de las cabras de Grecia que devoraron los arbustos antes de que puedan desarrollarse y dejaron desnudas todas las montañas del país; esta *explotación rapaz* llevada a cabo por los animales des- empeña un gran papel en la transformación gradual de las especies, al obligarlas a adaptarse a unos alimentos que no son los habituales para ellas, con lo que cambia la composición química de su sangre y se modifica poco a poco toda la constitución física del animal; así, estas modificaciones provocadas por ellos en el medio ambiente repercuten en sus originadores, modificándolos a su vez. En la naturaleza nada ocurre en forma aislada. Cada fenómeno afecta a otro y es, a su vez, influenciado por éste; y es generalmente el olvido de este movimiento y de esta interacción universal lo que impide a muchos naturalistas percibir con claridad las cosas más simples. El hombre, en cambio, modifica la naturaleza y la obliga así a servirle, la domina. Y ésta es, en última instancia, la diferencia esencial que existe entre el hombre y los demás animales, diferencia que viene a ser efecto del trabajo. Sin embargo, no hay que dejarse llevar del entusiasmo ante las victorias del hombre sobre la naturaleza...

—Después de cada una de esas victorias, la naturaleza toma su venganza —dijo Sebastián con un tono medio irónico.

—Cierto es que las primeras consecuencias de estas victorias son las previstas por el hombre, pero en segundo y en tercer lugar aparecen unas consecuencias muy distintas, totalmente imprevistas y que, a menudo, anulan las primeras —continuó Leoncio sin comentar lo que acababa de escuchar—. Los hombres que en Mesopotamia, Grecia, Asia Menor y otras regiones talaban los bosques para obtener tierra de labor, ni siquiera podían imaginarse que, al eliminar con los bosques los centros de acumulación y reserva de humedad, estaban sentando las bases de la aridez de esas tierras. Los italianos de los Alpes, que talaron en las laderas meridionales los bosques de pinos, conservados con tanto celo en las laderas septentrionales, no tenía idea de que con ello destruían las raíces de la industria lechera en su región; y mucho menos podían prever que, al proceder así, dejaban la mayor parte del año sin agua sus fuentes de montaña, con lo que les permitían, al llegar el período de las lluvias, vomitar con tanta mayor furia sus torrentes sobre la planicie. Los que difundieron el cultivo de la papa en Europa no sabían que con este tubérculo fari- náceo difundían a la vez la escrofulosis. Así, a cada paso, los hechos nos recuerdan que nuestro dominio sobre la naturaleza no se parece en nada al dominio de un conquistador sobre el pueblo conquistado, que no es el dominio de alguien situado fuera de la naturaleza, sino que nosotros, por nuestra carne, nuestra sangre y nuestro cerebro, pertenecemos a la naturaleza, nos encontramos en su seno, y todo

nuestro dominio sobre ella consiste en que, a diferencia de los demás seres, somos capaces de conocer sus leyes y de aplicarlas adecuadamente...

—Así, cada día aprendemos a comprender mejor las leyes de la naturaleza y a conocer tanto los efectos inmediatos como las consecuencias remotas de nuestra intromisión en el curso natural de su desarrollo.

—Sí, sobre todo después de los grandes progresos logrados por las ciencias naturales, nos hallamos en condiciones de prever, y, por tanto, de controlar cada vez mejor las remotas consecuencias naturales de nuestros actos en la producción, no todas pero por lo menos de los más corrientes. Y cuanto más sea esto una realidad, más sentirán y comprenderán los hombres su unidad con la naturaleza, y más inconcebible será esa idea absurda y antinatural de la antítesis entre el espíritu y la materia, el hombre y la naturaleza, el alma y el cuerpo, idea que empieza a difundirse por Europa a raíz de la decadencia de la antigüedad clásica y que adquiere su máximo desenvolvimiento en el cristianismo.

—Pero —dijo Sebastián—, si se han necesitado miles de años para que el hombre aprendiera en cierto grado a prever las remotas consecuencias naturales de sus actos dirigidos a la producción, mucho más le costó aprender a calcular las remotas consecuencias sociales de esos mismos actos.

—Así es. Acabo de mencionar lo de la papa y de sus consecuencias en cuanto a la difusión de la escrofulosis. Pero, ¿qué importancia puede tener la escrofulosis comparada con los efectos que sobre las condiciones de vida de las masas del pueblo de países enteros ha tenido la reducción de la dieta de los trabajadores a simples papas, con el hambre que se extendió en 1847 en Irlanda a consecuencia de una enfermedad de este tubérculo, y que llevó a la tumba a 1'000,000 de irlandeses que se alimentaban exclusivamente o casi exclusivamente de papas y obligó a emigrar allende el océano a otros 2'000,000? Cuando los árabes aprendieron a destilar el alcohol, ni siquiera se les ocurrió pensar que habían creado una de las armas principales con que habría de ser exterminada la población indígena del continente americano, aún desconocido, en aquel entonces. Y cuando Colón se topó con América, no sabía que a la vez daba nueva vida a la esclavitud, desaparecida desde hacía mucho tiempo en Europa, y sentaba las bases de la trata de negros. Los hombres que en los Siglos XVII y XVIII trabajaron para crear la máquina de vapor, no sospechaban que estaban creando un instrumento que habría de subvertir, más que ningún otro, las condiciones sociales en todo el mundo, y que, sobre todo en Europa, al concentrar la riqueza en manos de una minoría

y al privar de toda propiedad a la inmensa mayoría de la población, habría de proporcionar primero el dominio social y político a la burguesía y provocar después la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado, lucha que sólo puede terminar con el derrocamiento de la burguesía y la abolición de todos los antagonismos de clase.

—Pero también aquí, aprovechando una experiencia larga, y a veces cruel, confrontando y analizando los materiales proporcionados por la historia, vamos aprendiendo poco a poco a conocer las consecuencias sociales indirectas y más remotas de nuestros actos en la producción, lo que nos permite extender también a estas consecuencias nuestro dominio y nuestro control.

—Sin embargo —continuó Leoncio—, para llevar a cabo este control se requiere algo más que el simple conocimiento. Hace falta una revolución que transforme por completo el modo de producción existente hasta hoy día y, con él, el orden social vigente.

—Por otro lado, volviendo a los átomos, la cuántica y las predicciones, el desarrollo de la ciencia implica realizar predicciones para demostrar teorías, pero la naturaleza de la predicción y las pruebas de laboratorio varían tremendamente por las condiciones específicas, y artificiales, de las pruebas realizadas en los tubos de ensayo de los laboratorios. Pero no por ello debe desecharse la idea del método científico y menos aún por el simple hecho de que algunas predicciones no hayan podido demostrarse. Hay predicciones y *predicciones* tanto como hay ciencias y *ciencias*. Las predicciones, por lo general, implican sistemas lineales simples que puedan realizarse con un alto grado de exactitud. Pero los sistemas complejos son difíciles o imposibles de predecir con seguridad. Como dices, es relativo y no absoluto.

—Sí. Pero demos un paso adelante. Veamos, los progresos de las matemáticas condujeron, en el Siglo XIX, al desarrollo de la física matemática, puramente matemática, no como rama de la física, sino como rama de la matemática. En esta nueva fase, el matemático, habituado a los elementos conceptuales puramente lógicos, que constituyen el único material de su trabajo, y abrumado por los elementos groseros, materiales, que hallaba poco maleables, hubo de ir propendiendo a hacer de ellos la mayor abstracción posible, a representárselos de un modo enteramente *inmaterial*, puramente lógico, e incluso a prescindir de ellos por completo. Los elementos, como datos reales, objetivos, es decir, como elementos físicos, desaparecieron del todo. No quedaron más que relaciones formales representadas por las ecuaciones diferenciales y un agujero negro en su cerebro. Si el matemático no se engaña por este trabajo constructivo de su mente, sabrá encontrar la relación entre la física teórica y la expe-

riencia, pero a primera vista y para un espíritu no prevenido, se cree estar frente a una construcción arbitraria de la teoría. El concepto, la noción pura ha reemplazado a los elementos reales. Así se explicó históricamente, por la forma matemática que había tomado la física teórica, el malestar, la crisis de la física y su alejamiento aparente de los hechos objetivos.

—La nueva física ha derivado hacia el idealismo precisamente porque los físicos ignoran la dialéctica.

—Así es, Sebastián. Al negar el carácter absoluto de las leyes más importantes y fundamentales, han caído en la negación de toda ley objetiva en la naturaleza; han caído en la afirmación de que las leyes de la naturaleza son puro convencionalismo, limitación de la expectativa y necesidad lógica. Y a éstos se adhieren algunos filósofos, bastante ignorantes por cierto, que incapaces de demostrar lo contrario de algo que niegan, lapidan, según ellos, los argumentos opuestos a los suyos como si éstos fueran un espejismo, una *construcción*, un fetiche, una ideología; respetable, añaden, pero *ideología* a fin de cuentas. Y lo dicen con un tonito de asco, como sí la ideología fuera una peste, una plaga repugnante; estos individuos, aunque venden su figurita como materialistas y, además, como dialécticos, no saben ni lo que dicen. Toda ideología es históricamente condicional, pero es incondicional que a toda ideología científica, a diferencia, por ejemplo, de la ideología religiosa, corresponde una verdad objetiva, una naturaleza absoluta.

—Exactamente por ahí tiran los cadáveres insepultos del eclecticismo. Al insistir en el carácter aproximado, relativo, de nuestros conocimientos, han caído en la negación del objeto independiente del conocimiento, reflejado por éste con una exactitud aproximada, con una exactitud relativa. La dialéctica materialista comprende ciertamente el relativismo, pero no se reduce a él, es decir, reconoce la relatividad de todos nuestros conocimientos, no en el sentido de la negación de la verdad objetiva, sino en el sentido de la condicionalidad histórica de los límites de la aproximación de nuestros conocimientos a esta verdad.

—Indiscutible, para nosotros. Pero, por otro lado, hay quienes se acogen ciegamente a aquella parte de la dialéctica que define el movimiento social como un proceso histórico natural, sujeto a leyes que no sólo no dependen de la voluntad, la conciencia y los propósitos de los hombres, sino que, por el contrario, determinan su voluntad, su conciencia y sus propósitos; esta parte la defienden con los ojos vendados y a rajatabla, pero dejan de lado su complemento, desconocen la interacción existente entre la base material y la conciencia social y niegan que son los hombres mismos los que hacen su historia; que

la conciencia del hombre, su actividad consciente, su organización y su comprensión de la necesidad histórica *determinan* el ritmo y el contenido del proceso histórico social siguiendo sus leyes generales.

—Así, de pasada, se niega la realidad objetiva que nos es dada en la sensación y es reflejada por nuestras teorías; están imbuidos hasta el tuétano de la concepción burguesa del mundo; tienen una incomprensión total de la correlación entre el relativismo y la dialéctica. Sólo una cosa es inmutable —dijo Sebastián sumergido en la vorágine de sus pensamientos—, el reflejo de la conciencia humana, cuando existe conciencia humana, del mundo exterior, que existe y se desarrolla independientemente de la misma. Ninguna otra inmutabilidad, ninguna otra esencia, ninguna sustancia absoluta, en el sentido en que ha expuesto estos conceptos la inútil filosofía profesoral, existe para el materialismo dialéctico, y su existencia fuera de la conciencia y de las sensaciones del hombre es precisamente lo que distingue el materialismo dialéctico del agnosticismo relativista y del idealismo.

—Así es Sebastián, estamos de acuerdo; pero no te quejes de que sea yo quien da saltos y se desvía del tema.

—No son saltos, compadre, son complementos; y por lo demás, necesarios —dijo Sebastián dándole a Leoncio un ligero golpe con el hombro.

—Pues bien, otra vez al ruedo. En mi opinión, que es tomada de la opinión de muchos más, lo que pasa es que una buena parte de científicos, incapaces de desperdiciarse del determinismo, del subjetivismo, del idealismo y de la metafísica, están poniendo, otra vez, todo patas arriba. En el caso de la física cuántica, hay quienes dicen que las partículas elementales de la materia están en el vacío, *dentro de la nada* y que los fermiones fundamentales, los quarks y los leptones, son los *constituyentes* de la materia e interactúan entre ellos dentro de uno de los 4 campos cuánticos, vía bosones; como por ejemplo en el gluon, que dicen, que es un bosón portador de la interacción nuclear fuerte que *no posee* masa ni carga eléctrica pero sí carga de calor. A fin de cuentas, la materia en sí les interesa un carajo. Y así, poco a poco se llega a las diferentes teorías Big; el Big Bang o la gran explosión; el Big Crunch o la gran implosión, el colapso o destino final del Universo; el Big Rip o la teoría de la expansión eterna dependiente de la *energía oscura* que produce una presión que tiende a acelerar la expansión del Universo; el Big Bounce, el gran rebote o la hipótesis que sostiene que el Universo sufre una serie infinita de oscilaciones que se inician con el Big Bang y terminan con el Big Crunch; el Big Freeze, la gran congelación o muerte térmica del Universo; y todo esto, y mucho más, acompañado de agujeros negros y blancos dentro de todas las posibles manifestaciones de contracción o

expansión y la combinación bidireccional de ambas; sin dejar de lado, claro está, la partícula de dios, el bosón de Higgs, que supuestamente explicaría el *origen* de las partículas elementales. Todos los defensores y sostenedores de estas hipótesis y teorías olvidan, o pretenden ignorar, que la materia está constituida por muchos elementos y que con el avance de las ciencias y el tiempo se encontrarán más partículas, inagotables *formas* de la materia, por la simple razón de que ésta es imperecedera. Lo dicho, ante los ojos de estos científicos *lo que arde* ha desaparecido, se escapan de la espiral y trazan una tangente con la *acción de arder*.

—Y hablando de arder, la Iglesia Católica romana acepta el Big Bang como explicación del origen del Universo ya que, dicen, es compatible con algunas de las vías de Santo Tomás de Aquino.

—Cierto. Incluso citan la Biblia para decir que ya ahí se habla del Big Bang y el Big Crunch en lo dicho por Isaías en *El poder del señor*: Es el que tiene su trono sobre la cúpula de la tierra; desde donde los habitantes le parecen saltamontes. Él *extiende como una carpa el cielo*, como una tienda habitable *lo despliega*; y en *El juicio de las naciones*: Se diluye todo el ejército del cielo, *los cielos son enrollados como un pliego*, y todo su ejército se marchita como se marchita el follaje de la vid, como cae marchita la hoja de la higuera, etcétera. Aunque en el fondo pareciera que son los científicos idealistas, incapaces de sacudirse de su fe creacionista, los que tratan de *demostrar* las majaderías y supersticiones vertidas en el Nuevo Testamento.

—Hasta los musulmanes pretenden que en el Corán se encuentra un paralelo similar, lo mismo que algunas ramas teístas del hinduismo, y hasta el budismo en su concepto del Universo oscilante...

—Así es, Sebastián, pero ahora somos nosotros los que vamos a oscilar —dijo Leoncio ya de pie y, mientras, le extendía la mano a Sebastián para ayudarlo a levantarse pues el quipe se le había ladeado hacia la derecha quitándole soltura y agilidad.

Durante 1 kilómetro bajarían de los 4,400 a los 4,300 metros sobre el nivel del mar. A pesar del esplendoroso brillo del reclinado sol, hacía frío.

—¿Puras coincidencias entre *científicos* y religión? Ya alguien dijo algo más o menos así: para el metafísico, las cosas y sus imágenes en el pensamiento, los conceptos, son objetos de investigación aislados, fijos, rígidos, enfocados uno tras otro, cada cual de por sí, como algo dado y perenne. Para él —continuó Leoncio luego de hacer una pequeña pausa para recordar el texto—, para el metafísico, una cosa existe o no existe; un objeto no puede ser al mismo tiempo lo que es y otro distinto. Lo positivo y lo negativo se excluyen en absoluto. Asimismo, la causa y el efecto revisten, a sus ojos, la forma

de una rígida antítesis. A primera vista, este método discursivo parece extraordinariamente razonable, porque es el del llamado *sentido común*. Pero el mismo sentido común, personaje muy respetable de puertas adentro, entre las 4 paredes de su casa, vive peripecias verdaderamente maravillosas en cuanto se aventura por los anchos campos de la investigación; y el método metafísico de pensar, por muy justificado y hasta por necesario que sea en muchas zonas del pensamiento, más o menos extensas según la naturaleza del objeto de que se trate, tropieza siempre, tarde o temprano, con una barrera franqueada, la cual se torna en un método unilateral, limitado, abstracto, y se pierde en insolubles contradicciones, pues, absorbido por los objetos concretos, no alcanza a ver su concatenación; preocupado con su existencia, no para mientes en su génesis ni en su caducidad; concentrado en su estatismo, no advierte su dinámica; obsesionado por los árboles, no alcanza a ver el bosque. Por ejemplo, no es fácil determinar con fijeza el momento de la muerte, toda vez que la fisiología ha demostrado que la muerte no es un fenómeno repentino, instantáneo, sino un proceso muy largo. Del mismo modo, todo ser orgánico es, en todo instante, él mismo y otro; en todo instante va asimilando materias absorbidas del exterior y eliminando otras de su seno; en todo instante, en su organismo mueren unas células y nacen otras; y, en el transcurso de un período más o menos largo, la materia de que está formado se renueva totalmente, y nuevos átomos de materia vienen a ocupar el lugar de los antiguos, por lo que todo ser orgánico es, al mismo tiempo, el que es y otro distinto. Asimismo, nos encontramos, observando las cosas detenidamente, con que los 2 polos de una antítesis, el positivo y el negativo, son tan inseparables como antitéticos el uno del otro y que, pese a todo su antagonismo, se penetran recíprocamente; y vemos que la causa y el efecto son representaciones que sólo rigen como tales en su aplicación al caso concreto, pero, que, examinando el caso concreto en su concatenación con la imagen total del Universo, se juntan y se diluyen en la idea de una trama universal de acciones y reacciones, en que las causas y los efectos cambian constantemente de sitio y en que lo que ahora y aquí es efecto, adquiere luego y allá carácter de causa, y viceversa. Ninguno de estos fenómenos y métodos discursivos encaja en el cuadro de las especulaciones metafísicas. En cambio, para la dialéctica, que enfoca las cosas y sus imágenes conceptuales sustancialmente en sus conexiones, en su concatenación, en su dinámica, en su proceso de génesis y caducidad, fenómenos como los expuestos no son más que otras tantas confirmaciones de su modo genuino de proceder. La naturaleza es la piedra de toque de la dialéctica, y las modernas ciencias naturales nos brindan para esta

prueba un acervo de datos extraordinariamente copiosos y enriquecidos con cada día que pasa, demostrando con ello que la naturaleza se mueve, en última instancia, por los cauces dialécticos y no por los carriles metafísicos...

—Que no se mueve en la eterna monotonía de un ciclo constantemente repetido, sino que recorre una verdadera historia —completó Sebastián sin disimular lo bien que conocía la cita.

—Exacto. Los naturalistas que han sabido pensar dialécticamente pueden contarse con los dedos, y este conflicto entre los resultados descubiertos y el método discursivo tradicional pone al desnudo la ilimitada confusión que reina en las ciencias naturales teóricas y que constituye la desesperación de maestros y discípulos, de autores y lectores. Fin de esta idea a la que hay que recurrir y analizar una y otra vez. Pero bien, volvamos al proceso de desarrollo de la filosofía. En contraposición a las enseñanzas de la dialéctica de Heráclito en cuanto a la naturaleza mutable de las cosas, la escuela eleática, fundada por Xenófenes en la colonia griega de Elia, al sur de Italia, formada por emigrantes que escaparon de la invasión persa de Jonia, creía en su esencia indivisible, inmutable, inmodificable, homogénea, continua y eterna. Pretendían refutar la idea de que *todo fluye* afirmando que nada cambia, que el movimiento es sólo ilusión. Uno de sus representantes, Zenón, con sus paradojas de Aquiles el rápido y la flecha, demuestra, sin querer queriendo, los límites de la lógica formal y presenta pruebas en lo referente a lo contradictorio del movimiento con lo que, a pesar de sus conclusiones metafísicas, representa un papel positivo en el desarrollo de la dialéctica antigua ya que planteó la necesidad de expresar, en el concepto lógico, *el carácter contradictorio* de los procesos del movimiento. Los mismos pitagóricos tuvieron que abandonar la concepción de que una línea estaba formada por un número finito de puntos y aceptar la existencia de una línea formada por un número infinito de puntos sin dimensión. Fue Parménides el que introdujo el concepto de que la línea era indivisible y Zenón trata de demostrar las consecuencias absurdas que se derivan del concepto de divisibilidad infinita. Los matemáticos demorarían siglos para entender este problema, dejan de lado las objeciones de la lógica formal, tan promovida por el cristianismo y su Iglesia, e introducen el infinito en sus cálculos, sin el uso del cual la matemática moderna y la física no existirían. Con el tiempo se lograría entender, dialécticamente, que el movimiento en sí es una contradicción; que incluso un simple cambio mecánico de lugar sólo puede ocurrir gracias a que un cuerpo está tanto en un lugar como en otro y al mismo tiempo, estar y no estar en el mismo lugar; y que el movimiento es la continua afirmación y la solución simultánea de

esta contradicción...

—Lo cual es otro buen ejemplo sobre el carácter dialéctico de la evolución del pensamiento humano y de la historia de la filosofía en particular. Su desarrollo no sigue una línea recta, se desarrolla a través de la contradicción, se propone una teoría y ésta a su vez es negada por su contraria, hasta que de nuevo otra teoría la niega, y a veces, el proceso regresa al punto de partida.

—Sebastián, mira un detalle, en forma figurada se podría decir que se *regresa al punto de partida*, sí, pero de hecho es a un nivel más alto pues el proceso dialéctico nunca se repite de la misma forma y hasta las *viejas ideas*, que a veces se presentan bajo nuevo ropaje, sufren un desarrollo cuantitativo y cualitativo. Bien, así las cosas, regresemos a la vaina de los *aportes* y veamos. El sensible Pitágoras decía que hay un principio bueno que ha creado el orden, la luz y el hombre y un principio malo que ha creado el caos, las tinieblas y la mujer; y Aristóteles, siguiendo sus pasos, decía que la hembra es hembra en virtud de cierta falta de cualidades, que el carácter de las mujeres padece de un defecto natural. Este pensamiento siguió su curso y se acentuó, al final del esclavismo romano, en los pensadores cristianos que afirmaban que la mujer era fuente de pecado y antecala del infierno. ¿Son *estos aportes* justos y correctos?

—No pues, no seas pendejo. Yo no he dicho que...

—Momentito, ahora te toca a ti escuchar. Los pitagóricos presentan la naturaleza, ya lo has dicho, de una manera formalista, como un punto unidimensional que se convierte en línea, que se convierte en un plano, un cubo, una esfera, etcétera. A simple vista, el mundo de las matemáticas puras es un pensamiento absoluto, sin ningún contacto con las cosas materiales. Pero como ya sabemos, esta presunción está muy alejada de la realidad. Por ejemplo, es conocido que utilizamos el sistema decimal, no por una deducción lógica o por la *libre voluntad*, sino porque tenemos 10 dedos. La palabra *digital* proviene de la palabra latina que designa a los dedos. Las matemáticas surgen de la realidad material. Así de simple. Nosotros mismos hemos visto cómo, espontáneamente, los niños de nuestra escuelita usan sus dedos para contar antes de dar respuesta a una simple suma o resta. Estos niños, inconscientemente, reflejan la forma en que los primeros humanos aprendieron a contar; y los mayas tenían un sistema numérico basado en el 20 porque añadían los dedos de los pies a los de las manos. Pero bien, aparte de esto, por lo menos en este caso, ya que es el inicio de una parte de la exposición, olvidas olímpicamente que el escenario donde se desarrolla la filosofía de Pitágoras y sus seguidores es el de una próspera potencia comercial donde el tirano local había derrocado a la aristocracia agrícola y go-

bernaba con el apoyo de una poderosa clase comercial en expansión. Se dice que Pitágoras había trabajado para ese tirano y que luego viajó a Egipto donde se inició en una casta sacerdotal; más adelante huyó a Crotona, en el Sur de Italia, para escapar de la guerra civil y la amenaza de los persas en Jonia. Pero esos chismes podemos dejarlos de lado pues no hay forma de comprobarlos, y aunque así fuera, carecen de relevancia y sería una pérdida de tiempo si alguien se pone a discutir, esas sí, *rebuscadas minucias*. Los pitagóricos asumieron las ideas del culto órfico y creían que el alma podía liberarse del cuerpo a través del éxtasis y que sólo así, cuando el alma se libera de la prisión corporal, puede expresar su verdadera naturaleza. Desde sus inicios el idealismo filosófico, con su par la religión, representó una negación de la verdadera relación entre el pensamiento y el ser, entre el hombre y la naturaleza, entre las personas y las cosas, y es algo que persiste hasta la actualidad con efectos muy perjudiciales para el desarrollo de la humanidad. En fin, como fuere, el hecho es que, analizando su filosofía, se puede determinar con facilidad que Pitágoras era un idealista objetivo pero también un ideólogo de la aristocracia esclavista.

—Y tú olvidas, también olímpicamente, que Demócrito andaba metido no sólo en filosofía sino también en política defendiendo y asegurando los intereses comunes de los ciudadanos libres en la democracia esclavista. Pero no importa —replicó Sebastián algo satisfecho de su develamiento—, lo mejor es centrarse en el paso del materialismo al idealismo y el enfrentamiento entre ambos.

—Cierto, también pasé por alto que Demócrito sostenía que la pobreza dentro de la democracia era preferible al llamado bienestar de los ciudadanos bajo los reyes, como la libertad a la esclavitud; y que era necesaria la subordinación completa del individuo a los intereses del Estado. Él aspiraba a una vida tranquila y apacible asegurada por la ley general y el orden. Sí, de todo eso se habla y escribe y ha de ser cierto. Plantea, además, que la más importante condición de la vida era la división del trabajo, vista y defendida desde los intereses de la clase esclavista. Pero, a pesar de todo y siendo un materialista empírico, fue la primera mente enciclopédica entre los griegos, con una brillantez y vigor persuasivo para elaborar la filosofía materialista que resulta indispensable para el correcto desarrollo de la ciencia en general y la de la naturaleza en particular; la ralea idealista, incluso en la actualidad, lucha contra Demócrito como si de un enemigo vivo se tratase, lo cual demuestra *el espíritu de partido de la filosofía*. Muy bien, gracias por recordármelo.

—¡De nada! —contestó Sebastián con una sonrisa casi infantil que iluminaba aún más su mirar sereno.

Se hizo un largo silencio mientras caminaban cavilando un intento de balance. El sendero se ensombrecía a medida que el sol perdía su luminosidad. El frío arreciaba con el aliento de la ventisca que golpeaba sus curtidos rostros. Habían cruzado una pequeña planicie y se aprestaban a escalar la cumbre que los llevaría, en poco más de 1 kilómetro de recorrido, a los 4,500 metros de altura, la última cumbre antes de iniciar el descenso hacia Occollo.

—Bien —exclamó Leoncio—. Así las cosas, lo mejor sería concentrarse en enfocar el estudio del desarrollo del conocimiento y del pensamiento humano desde un punto de vista histórico, investigando y generalizando los orígenes y el desarrollo del conocimiento, y el paso de la falta de conocimiento al conocimiento. Ésta es otra cita que conoces bien, Sebastián, no es un asunto que esté por hacerse, nada de eso; ya está hecho, sólo hay que encarnarlo más, hay que comprender su desarrollo, su especificación actual y avanzar. Se aspira no sólo a lograr una comprensión racional del mundo en que vivimos y de los procesos fundamentales que se dan en la naturaleza, en la sociedad y en nuestra propia forma de pensar. La lucha para comprender el mundo no se restringe a la lucha de la humanidad para elevarse sobre una existencia meramente animal, es una lucha para transformar el mundo en que vivimos. Con el nacimiento de la filosofía, este proceso, esta lucha, se pone en mayor evidencia. Otro pensamiento, o si más te gusta, otra cita, de referencia dice que el conocimiento humano no sigue una línea recta sino una curva que se aproxima infinitamente a una serie de círculos, a una espiral. Pero, también lo hemos estudiado, todo fragmento, segmento, sección de esta curva puede ser transformado unilateralmente en una recta independiente, *completa*, que conduce al pantano, al oscurantismo clerical donde queda fijada por los intereses de las clases dominantes. El avance rectilíneo y la unilateralidad, la rigidez y la petrificación, el subjetivismo y la ceguera subjetiva son las raíces epistemológicas del idealismo. Y el oscurantismo clerical, es decir el idealismo filosófico, no carece de fundamento; es, sin duda, una flor estéril, pero una flor estéril que crece en el árbol vivo del conocimiento humano, vivo, fértil, auténtico, poderoso, omnipotente, objetivo, absoluto. Fin de la cita.

—Pero, Leoncio, así como el contenido de las citas que has mencionado, hay cosas que son demasiado obvias —dijo Sebastián con cierto tono de reproche.

—Yo ya sé que piensas que incluso muchas de las cosas que conversamos entre nosotros son obvias, que las conocemos regular o bien porque en los últimos años hemos discutido mucho al respecto

y las podemos dar por sobreentendidas; pero recuerda que vamos a reunirnos con varias personas y que posiblemente algunas de ellas escuchen estas cosas por primera vez. Cuando poco antes de mediados del Siglo XIX se discutía al respecto y salían a luz las primeras publicaciones de los clásicos, se podía dar por supuesto que muchos de sus lectores por lo menos tenían unos conocimientos elementales de filosofía clásica y leían a los filósofos de la época; pero hoy en día no es así, a la filosofía no se le da la debida importancia, ni siquiera algunos de los que dicen tener un doctorado en filosofía han aprehendido su esencia. Y no se trata de estudiar la filosofía por un simple afán intelectual; es necesario estudiar la filosofía *para* barrer la metafísica, el idealismo, y encarnar la dialéctica para entender y manejar correctamente la economía política y las leyes políticas; no quedarse en repeticiones, hay que avanzar en el correcto análisis de la realidad concreta. Nosotros mismos no podemos pretender decir que encarnamos el tema a plenitud; para eso nos falta un buen trecho por recorrer, pero ahí estamos, profundizando y avanzando con empeño desde hace casi 2 décadas sin contar lo ya hecho el par de décadas anteriores a éstas. Por lo tanto, debemos dejar de lado los sobreentendidos. Tampoco se trata de darle a la gente todo masticado para que luego lo escupan sin asimilarlo, hay que centrar en las líneas e ideas generales para que continúen con su propia investigación y estudio; de la polémica y el intercambio de ideas saldrá algo correcto después de desechar la hojarasca que lo encubre y poner al descubierto lo erróneo. ¿No te parece? —dijo Leoncio a Sebastián dándole un empujón con el hombro.

—El auge de la antigua filosofía griega se dio en medio de una profunda crisis en la sociedad y se destacó por el cuestionamiento general de las antiguas creencias, los mitos y la religión provocando el auge de las tendencias ateas y el surgimiento de un punto de vista genuinamente científico basado en el materialismo. Se desarrolla una tenaz lucha por la ciencia y contra la religión —Sebastián había retomado el tema, resumiendo el inicio, después de devolverle el empujón, algo más fuerte, a Leoncio—. Sin embargo, como siempre ocurre en la sociedad, el proceso tuvo un carácter contradictorio; junto a las tendencias racionalistas y científicas, coexistía la tendencia contraria, una tendencia hacia el misticismo y la irracionalidad. En los tiempos de crisis de la sociedad romana, durante el último período de la República, ocurrió un fenómeno similar, se esparcieron rápidamente las religiones orientales, y una de ellas, entre muchas, fue el cristianismo.

—Suenan algo mejor —dijo Leoncio sonriendo mientras movía lentamente el mentón de abajo para arriba y de arriba para abajo, y

añadió luego de una corta reflexión—. Los idealistas del mundo antiguo, como la mayoría de los del actual, salían, por lo general, en defensa de la religión esforzándose en dar a la concepción religiosa del mundo una forma teóricamente *razonada*, alejada de la práctica, a la vez que blandían su odio hacia el materialismo; hacia la verdadera concepción del Universo donde, lógicamente, no había lugar para dios ni para la religión, que alimenta el temor y la ignorancia de los hombres.

—Así es. Evidentemente los ya mencionados no eran los únicos filósofos ni sus escuelas las únicas —continuó Sebastián luego de acomodarse sobre la marcha el sombrero, el quipe y la casaca—. Había decenas, centenas de filósofos y un buen número de escuelas que los agrupaba. Los que destacamos son, y no sólo por cuestiones metodológicas, los de mayor relevancia. Bueno, seguimos, el período de la Guerra del Peloponeso entre Atenas y Esparta se refleja en las actividades de los sofistas. Sin llegar a formar una escuela monolítica, se denominaba sofista a un grupo de filósofos profesionales, de maestros de filosofía y retórica, que en su pensamiento reflejaban la vida y los prejuicios de Atenas durante la implantación de la democracia y lo que en la práctica era regla establecida en los pasillos del Poder. El axioma de Protágoras, *el hombre es la medida de todas las cosas; de lo que existe, porque existe, y de lo que no existe porque no existe*, se seguía fielmente en una práctica teñida de codicia y vanidad que había adormecido y ahogado el sentimiento moral; cada quien miraba y se preocupaba por su propio ombligo, por su propio interés, antes que por el interés del Estado y el bien común, se buscaba la autocomplacencia tumbado bajo el sol con el rabo erguido de tanto manosear un engañoso razonamiento; empezaron creyendo en la relatividad de todas las ideas, normas éticas y valores humanos y terminaron degenerando en el ejercicio de un simple e infecundo malabarismo verbal con conceptos lógicos. Platón, en su escrito *La República*, plantea que las doctrinas sofistas sólo expresan los mismos principios que guiaban las costumbres de la multitud en sus relaciones sociales y civiles.

—Hay que tener en cuenta —dijo Leoncio mientras le hacía señas a Sebastián para que disminuya la velocidad de ascensión— que los tiempos turbulentos por los que atravesaba Grecia crearon la base que posibilitó el surgimiento de esa corriente que terminó siendo perniciosa, ya lo has dicho, cierto, sólo lo remarco porque no se puede negar que los primeros sofistas eran profundos pensadores, filósofos identificados con la democracia y la comprensión materialista de la naturaleza y nos muestra, a la vez, que esas 2 condiciones no bastan para esquivar la unilateralidad deformadora y mutiladora de la verda-

dera marcha del desarrollo en la naturaleza y la sociedad. El sofismo rompe con la objetividad mostrada por las primeras escuelas de pensamiento y pone como alternativa la subjetividad filosófica. Según lo que hemos podido leer, a Protágoras se le acusó de ateo, lo expulsaron de Atenas y quemaron su libro *Sobre los dioses*; padecimientos que tampoco bastan para llenar un currículum vitae, escrito de puño y letra, que sea digno a esgrimir. No se trata del arte de hablar bien, de dar vueltas y revueltas a un problema concreto sin comprender su especificidad al aislarlo del contexto general, de su universalidad, con el único objetivo de hacer pasar maniobras y mentiras consumadas; para hacer pasar, usando un lenguaje leguleyo, gato por liebre. Quien así obra *impone* su propia *razón* o mejor dicho su propio capricho y decide *la verdad* de lo que está pasando; un individuo así de sofista considera que lo esencial no es el qué es, sino el cómo lo ve. Antepone su deseo, su voluntad subjetiva, a la realidad objetiva para adornarse de oropel, imperar entre las sombras, medrar con su labia profesoral y convencer a sus adocenados y sumisos seguidores sin dejar de lado, claro está, a uno que otro de sus desprevenidos oyentes.

—Sí, pues en el fondo es el lenguaje del político cínico que oculta sus intereses personales detrás de una palabrería disfrazada de razonamiento dialéctico. Y si me lo permites, mi estimado don Jodido, quisiera continuar con el tema; así que dejo a Sócrates bebiendo su cicuta junto al matiz que lo diferencia de Protágoras: el hombre, *como ser pensante*, es la medida de todas las cosas; y dejo a los sofistas disfrutando del adormecedor arrullo provocado por el golpetear de las olas del mar en la resaca de la vida; o como a ti te gusta decir, los dejo varados en su isla de la fantasía. Bueno. El idealismo griego que, hasta finales del Siglo V antes de nuestra era, no se había plasmado en un sistema del que se tuviera plena consciencia, se muestra por primera vez, con Platón, como concepción del mundo opuesta al materialismo. En la historia de la filosofía se abren 2 campos contrarios perfectamente delimitados, a saber: la línea de Demócrito y la línea de Platón, el campo materialista y el campo idealista. Platón, Jenofonte, Antístenes, Aristipo y Euclides, varios de ellos fundadores de las llamadas escuelas socráticas, se dedicaron a propalar lo que jamás escribió Sócrates, aunque se supone que sí lo haya pensado y dicho si nos atenemos a la maliciosa comedia escrita por Aristófanes. Por su lado, Platón escribió muchos diálogos en los que mete a Sócrates como vocero de algunos de sus pensamientos, según mi modesta opinión, por supuesto; algo así como lo que Pablo, Pedro o cualquier otro de la misma banda pusieron en labios y garganta de Jesuco, quien fue un judío leal y se hubiera revuelto en su tumba si hubiera

sabido que Pablito, al llevar el dios judío a los gentiles, estaba echando su plan a los cerdos; claro, todo esto en caso que todos ellos hayan existido y no fuera, como parece ser, producto de la necesidad de un momento en la historia del desarrollo de la humanidad plasmada en la grafía de algunos cuantos plumíferos al servicio de alguien. Pero como fuere, la vaina es que Platón funda su propia escuela de filosofía fuera de Atenas bajo el nombre de Academia. Anécdotas al margen, Platón tenía afinidades con los pitagóricos y sostenía que el mundo de las *cosas sensibles* no es lo verdaderamente existente; que en esas cosas sensibles nada es estable ni verdadero; que la esencia auténtica de las cosas sensibles, sus causas, a las que llama *especies*, son las formas no sensibles e incorpóreas captadas por la mente. Pero, ¿qué diablos significa esto? Mientras que los atomistas consideraban corpóreo a los átomos y el *no ser* lo comparaban al vacío, en Platón el no ser es la materia, y el ser, las especies incorpóreas; la materia es considerada como algo *derivado* de las especies, o ideas, inmatrimales que *anteceden* a la materia y existen fuera e independientemente de la conciencia de los hombres. Platón sustenta la tontería mística de que los últimos elementos de todas las cosas son triángulos indivisibles o átomos geométricos incorpóreos; desarrolló los elementos órficos de Pitágoras planteando la inmortalidad del alma y su independencia del cuerpo, en el cual se encontraba prisionera. Pero Platón también se preocupa de los asuntos terrenales y sostiene que el Estado se asienta en la división del trabajo entre las categorías de ciudadanos libres, división que asegura el cumplimiento mejor y más útil para la sociedad, es decir para los esclavistas; y, guiándose por los mismos intereses de clase, plantea que la propiedad privada y la familia eran el origen de intereses contradictorios que socavaban la unidad de la sociedad, su proyecto de Estado perfecto pasaba por una vida común basada en la supresión de la propiedad personal y la teoría de la comunidad de esposas. Su discípulo Aristóteles lo refuta.

—Momentito, permíteme darte una manito en algo que podría parecer incomprendible —dijo Leoncio jalando a Sebastián por una esquina del poncho y aminorando aún más la marcha—. A ver. El mismo Platón pone un ejemplo, el de la cueva. Dice que en una cueva se encuentran cautivos encadenados que sólo pueden mirar las sombras que se proyectan sobre la pared del fondo de la cueva; ojo, otra vez, los cautivos sólo pueden mirar las sombras que proyectan las personas que, portando diferentes objetos, pasan por delante de la entrada de la cueva; los cautivos ven las sombras mas no a las personas mismas, ni los objetos que portan ni el sol que los ilumina y hace que se proyecten sus sombras en la pared del fondo de la cueva. Bien, Platón usa este ejemplo para dar a entender que los hombres,

por medio de sus sensaciones, no perciben el mundo de las ideas; lo que los hombres perciben, dice, son solamente las sombras de ellas. Ya lo has dicho, Platón y sus seguidores llaman *cosas sensibles* a los fenómenos naturales que, además, son considerados como lo secundario; que son un derivado de las *ideas*, las cuales, existían objetivamente fuera de la conciencia del hombre y formaban en su conjunto el *mundo de las ideas*, dotado de existencia sobrenatural. Otro ejemplo que da dice más o menos así: supongamos que ante nosotros hay cualquier *cosa sensible*, por ejemplo una mesa; esta mesa, así como cualquier otra cosa sensible, nace, cambia y perece. La misión de la filosofía, dice, no consiste en determinar lo que nace, cambia y está llamado a perecer, sino lo que permanece como *esencia inmutable* en las cosas sensibles. La *esencia inmutable* de la mesa y su arquetipo es la mesa en general, la *idea* de la mesa, anterior a todas las mesas concretas que nos transmiten los sentidos. ¿Y dónde está la falla? Platón absolutiza el concepto general, es decir la idea, que en realidad, como ya lo hemos visto reiteradamente, no es sino el reflejo de las cualidades generales de las cosas, realmente existentes como cosas únicas y concretas. Platón, hay que acentuar esto, asigna a la *idea* una existencia independiente, fuera de la mente humana, y lo convierte en el arquetipo de las cosas reales, a las que declara simples sombras de la idea. Así, para Platón, la *idea* es eterna e inmutable, mientras que las cosas reales percibidas por los sentidos surgen, cambian y hasta perecen. Más aún, el conjunto de las *ideas*, eternas e inmutables, forma el *mundo de las ideas*, junto al cual la naturaleza constituye el mutable *mundo de las cosas sensibles*. A este sistema filosófico completo se le denomina idealismo objetivo que luego es asumido por la cristiandad y no sólo paralizó durante muchos siglos el desarrollo de la investigación científica sino que causó estragos en ella; muchos científicos y otros estudiosos, incluso hoy en día, siguen los consejos de Platón: *cerrar los ojos y taparse los oídos*, la fuente del conocimiento verdadero es el recuerdo evocado por el alma inmortal de su contemplación del mundo de las ideas. Bien, entonces llegamos a la conclusión de que para convertirse en idealista absoluto, el idealista absoluto necesita atravesar constantemente el proceso sofístico, hacer del mundo exterior un mundo aparente, una simple creación de su cerebro, explicar posteriormente esta forma imaginaria dándola por lo que es realmente, a fin de poder proclamar al final de cuenta, su existencia única, exclusiva, a la que nada molesta, incluso la apariencia de un mundo exterior. Ya lo dijo alguien y añadió que cuando, operando con realidades, manzanas, peras, fresas, almendras, yo me formo la noción general de fruta; cuando, yendo más lejos, me imagino que mi noción abstracta, sa-

cada de las frutas reales, es decir, la fruta, es una entidad que existe fuera de mí y constituye hasta la verdadera entidad de la manzana, de la pera, yo declaro, en lenguaje especulativo, que la fruta es la sustancia de la pera, de la manzana, de la almendra, etcétera. Digo, pues, que lo que hay de esencial en la pera o en la manzana, no es el ser pera o manzana. Lo que les es esencial, no es su ser real, concreto, que cae bajo los sentidos, sino la entidad abstracta que he deducido y que los ha sustituido, la entidad de mi representación: la fruta. Declaro a la manzana, la pera, la almendra, etcétera, simples modos de existencia de la fruta. Mi inteligencia finita, pero obtenida por los sentidos, distingue, es cierto, una manzana de una pera y una pera de una almendra; pero mi razón especulativa declara que esta diferencia sensible es inesencial e indiferente. Ve en la manzana el mismo elemento que en la pera, y en la pera el mismo elemento que en la almendra, es decir, la fruta. Las frutas reales y particulares no son más que frutas aparentes cuya sustancia, la fruta, es la verdadera esencia. Simplemente genial. Con eso nos aclara el panorama. Hasta Diógenes se cagaba en la teoría de las ideas de Platón al decir que él podía ver la taza pero no la *tacedad*.

—Y el preclaro Platón le respondió que esto se debía a que él tenía ojos para ver, pero no intelecto —añadió Sebastián entre risas.

—Pero ojo, mucha atención, no hay que olvidar que en verdad no basta con la percepción sensorial, es necesario ir más allá de lo particular, hay que llegar a lo universal y luego volver a lo particular, hay que hacer el recorrido completo. El principal error es pensar que las generalizaciones del intelecto pueden mantenerse por sí mismas, separadas y confrontadas al mundo material del que, en última instancia, derivan.

—Carajo, que hay que cuidarse de cada minucia que uno dice.

—No jodas, hermano, no hay que cuidarse de nada; simplemente estamos constatando que vamos aprendiendo cada vez más, que poco a poco asimilamos las ideas correctas. Por ejemplo, algo muy sencillo de explicar es que, al contrario de los primeros filósofos griegos que, en general, fueron materialistas y se proponían estudiar la naturaleza, Platón volvió conscientemente la espalda al mundo de los sentidos. Nada de experimentos ni de observación, el camino a la verdad sólo se encontraba en la pura deducción y las matemáticas.

—Cierto.

—Otros agregados —retomó Leoncio—. Dentro del plan de Platón estaba la idea de que los filósofos deberían gobernar el Estado; con filósofos como él, pobres gobernados. Hay que tener en cuenta que el choque entre las concepciones de Demócrito y las de Platón expresaba la lucha del materialismo y el idealismo, que a su vez no era

otra cosa más que la lucha de clases de aquel tiempo, la lucha entre las fuerzas progresistas y las fuerzas regresivas de la antigua Grecia. Los materialistas, siguiendo la norma general, se manifestaban como ideólogos de las fuerzas que representaban el progreso y los idealistas, como los portavoces de las fuerzas reaccionarias, defensores del viejo orden, de la aristocracia esclavista y enemigos de las fuerzas democráticas.

—Por eso es que Platón acusaba de ateísmo a los seguidores de Demócrito, y las leyes entonces vigentes en Atenas castigaban con la pena de muerte los atentados a la religión.

—Sí, un ensayo primario de la redentora y cristiana Santa Inquisición. Te cuento algo interesante que leí hace poco. Platón escribe sobre el *principio del tiempo* en su obra *Timeo*, que es un panfleto religioso y una contrarrevolución de la filosofía, y dice algo así como que el tiempo y el cielo empezaron a existir en el mismo instante para que se pudieran crear a la vez, para que no se pudieran separar y sólo pudieran existir conjuntamente. Fue diseñado después que se creara el patrón de la naturaleza eterna y se debería parecer a ésta tanto como fuera posible; el patrón existe desde la eternidad y el creador del cielo ha existido, existe y existirá siempre. Ésta era la mente y el pensamiento de dios cuando creó el tiempo.

—¡El Big Bang Platónico, bravo! —exclamó Sebastián dando un salto y muchos improperios—. ¡Nada de extraño tenía el que la Iglesia Cristiana recibiese a ese huevas con los brazos abiertos!

—Y no sólo a él. En ese texto se pueden encontrar algunas afirmaciones similares a las que hoy defienden las estupideces del Big Bang y los agujeros negros. Lo peor de todo, y vergonzoso además, es que muchos científicos que han estudiado muy bien la filosofía griega dejan de lado el hecho de que Anaximandro y Anaxágoras dijeron que el Universo era infinito, que no tenía principio ni fin, que la materia no se puede crear ni destruir. Y que, además, esta idea fue aceptada por otros muchos filósofos de la antigüedad y se puede resumir en el famoso aforismo que expresa que *fuera de la nada no hay nada*. Déjame recordar que la conclusión de las especulaciones del matemático Stephen Hawking sobre el Big Bang es que el Universo y el tiempo tuvieron un principio y tendrán un final. Hawking, como creyente inconsecuente, partió por afirmar que la ciencia parece haber descubierto un conjunto de leyes que, dentro de los límites establecidos por el principio de incertidumbre, nos dicen cómo evolucionará el Universo en el tiempo si conocemos su estado en un momento cualquiera. Estas leyes, dijo, pueden haber sido dictadas originalmente por dios y mucho más adelante especificó que él, su dios, ha dejado evolucionar al universo desde entonces de acuerdo

con esas leyes, y que él ya no interviene. Años después Hawking termina negándose a sí mismo. Del mismo modo que el darwinismo eliminó la necesidad de un creador en el campo de la biología, en los últimos tiempos sostiene, aún indeciso y medio creyente, que las nuevas teorías científicas hacen redundante el papel de un creador del Universo; argumenta, ahora y después de haber metido durante largo tiempo mucha candela, que el Big Bang, la gran explosión en el *origen del mundo*, fue consecuencia inevitable de las leyes de la física, y renuncia así a sus opiniones anteriores en la que sugería que no había incompatibilidad entre la existencia de un dios creador y la comprensión científica del Universo. Había afirmado que si llegamos a descubrir una *teoría completa*, sería el triunfo definitivo de la razón humana porque entonces conoceríamos *la mente de dios*. Bien, primero le da a su dios el papel estelar en la creación, construcción y dirección del Universo; luego lo deja sólo como autor del *impulso inicial* y lo pone al margen, detrás del mecanismo de funcionamiento, para finalmente expulsarlo de la historia y afirmar que no existe. Bien y bonito, en apariencia. Pero sigue sosteniendo su idea de inicio y fin. Dice: Como hay una ley como la de la gravedad, el Universo puede ser y será *creado de la nada*. La creación espontánea es la razón por la cual existe el Universo, dice. No hace falta invocar a dios para encender las ecuaciones y poner el Universo en marcha, dice él; para eso está él, el señor Hawking, digo yo. Y finaliza afirmando que si es finito, y esto debe demostrarse todavía, será un modelo de universo que se crea a sí mismo. Bien, ahora recordemos su trayectoria. Este señor, al que se considera uno de los físicos teóricos más brillantes desde Einstein, padece de lagunas temporales y espacios contradictorios; para descubrirlos basta leer sus obras con detenimiento y tratar de entender la transposición de *su* sistema matemático a la imagen que tiene del mundo; una imagen resultante de un razonamiento donde predomina la más pura especulación matemática y la falacia física. Metafísica, es decir, ideas antidialécticas, de cabo a rabo. Elevando a teorema matemático la mitología personal de Einstein y su *dios no juega a los dados*, el señor Hawking le añade, como principio, el conocido: *dios creó los números* pretendiendo así elaborar una idea de la *teoría total* ligada al gran diseño del Universo, de fondo teológico y espiritista, para llegar a una lectura, según él, de la mente de dios. Inicialmente este geniecito matemático afirmó que todas las teorías anteriores sobre la física, la naturaleza o la realidad eran erróneas y que la mecánica cuántica permite predecir *casi* todos los fenómenos a nuestro alrededor, dentro de los *límites* impuestos por el principio de incertidumbre. Lo mismo que decir: don Eclético, vaya con dios a ver si goza de los favores de una de las 20,000 vírgenes

que pululan en el cielo. Con los agujeros negros, no tan virginales por cierto pero que también vagan en lo insondable, crea una singularidad tratando de unificar la teoría clásica de la gravedad con la teoría cuántica de la gravedad y combina la relatividad general y la mecánica cuántica en base, según él mismo, a suposiciones simplificadoras y aproximaciones. ¿De qué se trata? Evidentemente, te lo declaro, Sebastián, al principio de mis estudios sobre el tema me resultó algo así como tratar de aprender chino, perdido en medio de un pedregal bajo la noche más oscura; pero al final, luego de mucho esfuerzo y de volver a revisar todo bajo la luz del materialismo dialéctico, resultó ser algo simple de entender y que estaba previsto por las ecuaciones de campo de Einstein. La gravedad de un agujero negro, o *curvatura del espacio-tiempo*, afirman los cuánticos, provoca una *singularidad* envuelta por una superficie cerrada, llamada *horizonte de sucesos*; este horizonte de sucesos separa la región del agujero negro del resto del Universo y es la zona límite a partir de la cual ninguna partícula puede salir, incluyendo los fotones. Se decía. Sin embargo, el mismo Hawking en *La clave secreta del Universo* dice que antes se creía que los agujeros negros existirían hasta el fin de los tiempos y que, para lo que caía en su interior, eran cárceles eternas de las que era imposible escapar; pero que después se descubrió que ese planteamiento no era correcto. Según la *radiación de Hawking*, los agujeros negros liberan partículas muy lentamente y por tanto estas minúsculas fluctuaciones de espacio y tiempo dan a entender que los agujeros negros no son las trampas perfectas por las que se los tenía. La velocidad de la radiación, afirma, es más lenta cuanto mayor es el agujero negro y ello lleva a la desintegración final del agujero negro; es decir, el agujero negro desaparecerá y que todo lo que había caído en él se *reciclará* y se *convertirá* en energía y partículas y si se examina con detenimiento lo que sale del agujero negro, puede reconstruirse lo que había en su interior. Y termina golpeándose el pecho al afirmar que el recuerdo de lo que cae en un agujero negro no se pierde para siempre, sólo durante mucho tiempo. Todo un novelón de pacotilla para no reconocer que la materia no se crea ni destruye. Y dicho entre paréntesis, los antecedentes de los ya famosos agujeros negros se encuentran en un planteamiento teórico elaborado por el geólogo inglés John Michell en 1783; su posterior razonamiento fue resucitado y matematizado por el estudiante hindú Subrahmanyan Chandrasekhar en 1928 y las especulaciones de Hawking tienen como base las conjeturas hechas por otros científicos a lo largo del Siglo XX. Bien. Por otra parte, Hawking afirma que las leyes de la ciencia no distinguen entre el pasado y el futuro, con lo que reduce la física a simple matemática, y con ese prejuicio ma-

temático inventa un modelo de universo que sigue fórmulas matemáticas, con el tiempo hacia adelante o hacia atrás; dice, en el espacio-tiempo *real*, en el cual los sucesos se describen mediante valores ordinarios, reales, de la coordenada temporal, es fácil notar la diferencia: la dirección del tiempo en todos los puntos se encuentra dentro del cono de luz, y las direcciones espaciales se encuentran fuera. En cualquier caso, en lo que a la mecánica cuántica concierne, podemos considerar, dice, nuestro empleo de un tiempo imaginario y de un espacio-tiempo euclídeo meramente como un montaje, o un truco matemático para obtener respuestas acerca del espacio-tiempo real. Eso no quiere decir otra cosa, continúa afirmando, que la *probabilidad* de situar las partículas en el espacio-tiempo se puede calcular introduciendo la variable del *tiempo imaginario*; es decir, el tiempo medido utilizando números imaginarios en la coordenada temporal.

—Hawking afirma que la teoría cuántica en términos de una suma sobre historias indica que una partícula no tiene simplemente una historia única, como la tendría en una teoría clásica —dijo Sebastián aportando al tema—. En lugar de eso se supone que sigue todos los caminos posibles en el espacio-tiempo, y que con cada una de esas historias está asociada una pareja de números, uno que representa el tamaño de una onda y el otro que representa su posición en el ciclo, su fase. La probabilidad de que la partícula pase a través de algún punto particular, por ejemplo, se halla sumando las ondas asociadas con cada camino posible que pase por ese punto. Cuando uno trata realmente de calcular esas sumas, dice, tropieza con problemas técnicos importantes. La única forma de sortearlos consiste en la siguiente receta peculiar: hay que sumar las ondas correspondientes a historias de la partícula que no están en el tiempo *real*, sino que tienen lugar en lo que se llama tiempo imaginario. Para los propósitos del cálculo hay que medir el tiempo utilizando números imaginarios en vez de reales. Esto tiene, dice, un efecto interesante sobre el espacio-tiempo: la distinción entre tiempo y espacio desaparece completamente. Dado un espacio-tiempo en el que los sucesos tienen valores imaginarios de la coordenada temporal, se dice de él que es euclídeo, en memoria del antiguo griego Euclides, quien fundó el estudio de la geometría de superficies bidimensionales. Y añade: lo que nosotros llamamos ahora espacio-tiempo euclídeo es muy similar, excepto que tiene 4 dimensiones en vez de dos. En el espacio-tiempo euclídeo no hay ninguna diferencia entre la dirección temporal y las direcciones espaciales. Y añade, además, otra característica que, dice, creemos que tiene que formar parte de cualquier teoría definitiva es la idea de Einstein de que el campo gravitatorio se representa mediante un espacio-tiempo curvo: las partículas tratan de seguir el

camino más parecido posible a una línea recta en un espacio curvo, pero debido a que el espacio-tiempo no es plano, sus caminos parecen doblarse, como si fuera por efecto de un campo gravitatorio. Cuando aplicamos, continúa, la suma de Feynman sobre historias a la visión de Einstein de la gravedad, lo análogo a la historia de una partícula es ahora un espacio-tiempo curvo completo, que representa la historia de todo el Universo. Para evitar las dificultades técnicas al calcular realmente la suma sobre historias, estos espacio-tiempos curvos deben ser euclídeos. Esto es, el tiempo es imaginario e indistinguible de las direcciones espaciales. Para calcular la probabilidad de encontrar un espacio-tiempo real con una cierta propiedad, por ejemplo, teniendo el mismo aspecto en todos los puntos y en todas las direcciones, se suman las ondas asociadas a todas las historias que tienen esa propiedad. En la teoría clásica de la relatividad general hay muchos espacio-tiempos curvos posibles diferentes, cada uno de los cuales corresponde a un estado inicial diferente del Universo. Si conociésemos el estado inicial de nuestro universo, conoceríamos su historia completa. De forma similar, en la teoría cuántica de la gravedad hay muchos estados cuánticos diferentes posibles para el Universo. De nuevo, si supiésemos cómo se comportaron en los momentos iniciales los espacio-tiempos curvos que intervienen en la suma sobre historias, conoceríamos el estado cuántico del Universo. En la teoría clásica de la gravedad, basada en un espacio-tiempo real, hay solamente 2 maneras en las que puede comportarse el Universo: o ha existido durante un tiempo infinito, o tuvo un principio en una singularidad dentro de algún tiempo finito en el pasado. En la teoría cuántica de la gravedad, por otra parte, surge una tercera posibilidad. Debido a que se emplean espacio-tiempos euclídeos, en los que la dirección del tiempo está en pie de igualdad con las direcciones espaciales, es posible que el espacio-tiempo sea finito en extensión y que, sin embargo, no tenga ninguna singularidad que forme una frontera o un borde. Subraya que esta idea, que tiempo y espacio deben ser *finitos y sin frontera*, es exactamente una propuesta: no puede ser deducida de ningún otro principio. Hawking, bailando sobre una cuerda floja, remacha: como cualquier otra teoría científica, puede estar sugerida inicialmente por razones estéticas o metafísicas, pero la prueba real consiste en ver si consigue predicciones que estén de acuerdo con la observación.

—Cierto. Si queremos ser aún más precisos, así es; gracias por el aporte y aclaración. Pero el asunto es que el cono de luz de Hawking y toda esta parafrasearía no es más que una aberración ya vista en prostituidos filosofastros. Como ya hemos aprendido, el asunto se resuelve con sencillez. Hay que tener en cuenta 2 puntos. Primero, el

espacio y el tiempo no son simples formas de los fenómenos ni formas de la contemplación humanas; el espacio y el tiempo son formas objetivas y reales del ser, son una realidad objetiva. En el Universo no hay más que materia en movimiento, y la materia en movimiento no puede moverse de otro modo que en el espacio y en el tiempo; lo que quiere decir que el espacio y el tiempo son formas de la materia en movimiento. Las representaciones humanas sobre el espacio y el tiempo son relativas, cierto, pero la suma de esas representaciones relativas da la verdad absoluta, esas representaciones relativas van, en su desarrollo, hacia la verdad absoluta y a ella se acercan. La mutabilidad de las representaciones humanas sobre el espacio y el tiempo no refuta la realidad objetiva de uno y otro, como la mutabilidad de nuestros conocimientos científicos sobre la estructura y las formas del movimiento de la materia tampoco refuta la realidad objetiva del mundo exterior. Si las sensaciones de tiempo y espacio pueden dar al hombre una orientación biológicamente adecuada, es exclusivamente a condición de que estas sensaciones reflejen la realidad objetiva exterior al hombre: el hombre no podría adaptarse biológicamente al medio, si sus sensaciones no le diesen una idea de él objetivamente exacta. La doctrina sobre el espacio y el tiempo está indisolublemente unida a la solución de la cuestión fundamental de la gnoseología: nuestras sensaciones son imágenes de los cuerpos y de las cosas. Segundo, la eternidad en el tiempo, la infinitud en el espacio, consisten en no tener por ningún lado un final, ni hacia adelante ni hacia atrás, ni hacia arriba ni hacia abajo, ni hacia la derecha ni hacia la izquierda. Esta infinitud es completamente distinta de la de una *sucesión infinita*, pues ésta empieza siempre con un uno, con un primer miembro. La inaplicabilidad de esa idea de sucesión a nuestro objeto se aprecia enseguida que la aplicamos al espacio. La sucesión infinita traducida a términos espaciales es la de una línea trazada hasta el infinito en determinada dirección y desde un punto determinado. Pero ¿queda con eso expresada ni lejanamente la infinitud del espacio? Al contrario: hacen falta 6 líneas trazadas a partir de ese punto en 3 direcciones contrapuestas 2 a 2 para concebir las dimensiones del espacio, con lo que tenemos 6 de esas dimensiones. Como en la matemática hay que partir de lo determinado y finito para llegar a lo indeterminado y desprovisto de final, todas las sucesiones matemáticas, positivas o negativas, tienen que empezar con un uno para poder calcular con ellas. Pero la necesidad ideal del matemático está muy lejos de ser una ley necesaria y constrictiva del mundo real. Es por lo tanto inútil buscar el principio o la creación del Universo, porque el Universo siempre ha existido. Bien, creo que eso nos ayuda un poco a entender mejor las cosas y luego podremos volver al tema

si nos adentramos más en la filosofía. Si gustas, podemos continuar con Aristóteles.

—Bueno. Alguien definió a Aristóteles como el pensador más importante de la antigüedad, lo llamó el Alejandro de Macedonia de la filosofía griega; dijo que los primeros filósofos griegos fueron todos innatos dialécticos espontáneos, y la cabeza más universal de todos ellos fue Aristóteles, que había investigado incluso las formas más esenciales del pensamiento dialéctico. Pero no hay que olvidar que ese *Alejandro* también combatió las ideas de Heráclito. Su principal contribución, según mi entender, radica en los planteamientos con que combate el idealismo platónico que sostiene que la esencia de las cosas radica en las *ideas*; Aristóteles consideraba la materia como una sustancia externa que no se puede crear ni destruir, sin principio ni fin en un constante proceso de cambio y transformación. Dice que la esencia de las cosas se encierra en las cosas mismas, no fuera de ellas, y que por eso la filosofía debe dedicarse a estudiar los fenómenos de la naturaleza y rechazar el *mundo de las ideas* glorificado por Platón. Aristóteles, además, comprende las limitaciones de los primeros materialistas, los jónicos, que trataron de expresar el mundo material en una sola manifestación concreta, como el agua, por ejemplo; lo general sólo existe en y a través de las cosas materiales que nos llegan a través del sentido de la percepción; lo general no debe considerarse divorciado de lo particular, lo particular y lo general son inseparables entre sí. Para conocer lo general hay que partir de lo particular ya que el pensamiento teórico tiene que apoyarse en los datos de los sentidos; pero a pesar de todo esto, Aristóteles no llegó a penetrar en toda la complejidad de la dialéctica de lo general y lo particular, critica los cimientos del idealismo de Platón desde una posición idealista aunque ésta haya sido objetiva. Aristóteles era ecléctico y presenta su idea de dios tanto contra el materialista Leucipo como contra el idealista Platón.

—Pero, a fin de cuentas, Aristóteles resume todo lo que habían dicho los filósofos anteriores a él.

—A eso voy, Leoncio. Platón pensaba que la *idea de gallina* estaba antes que la gallina y que el huevo, Aristóteles pensaba que Platón había puesto todo de cabeza, al revés. Aristóteles parte de los hechos concretos percibidos por los sentidos, y a partir de ellos, llega a los principios y causas finales; con ello rompe con la filosofía platónica, con el método idealista que da la espalda a la realidad para refugiarse en el mundillo de las ideas y las formas perfectas. Aristóteles utilizaba el método inductivo examinando muy detenidamente una gran cantidad de datos y fenómenos y a partir de ellos realizaba deducciones generales. Fue el fundador de la lógica, de la historia

natural, de la teoría de la moral, de la economía y fue el primer historiador de la filosofía ya que en su obra *La Metafísica* especula sobre el significado de los conceptos universales, resume y critica todas las filosofías anteriores a él. Evidentemente que el título de su obra no tiene nada que ver con el significado peyorativo con que hoy se describe la estrecha visión mecanicista de los filósofos no materialistas de los Siglos XVIII y XIX; por el contrario, la metafísica de Aristóteles es similar a la dialéctica. En esa obra hace un estudio sistemático de algunas categorías básicas de la dialéctica y eso a pesar de que dictó las normas de la lógica formal. Él sostenía que tanto la lógica como la dialéctica eran formas válidas de pensamiento. Y se sabe que el pensamiento dialéctico no contradice la lógica formal sino que la complementa en el sentido de que las leyes de la lógica formal son válidas dentro de determinados límites, más allá de estos límites no nos sirven para nada. Por ejemplo, la ley de la identidad basada en la lógica formal, no es válida si tratamos el movimiento, porque éste implica una contradicción y la lógica formal excluye la contradicción. La lógica formal se basa en 3 proposiciones y conforman el silogismo aristoteliano básico: La ley de la *identidad* donde A es igual a A; la ley de la *contradicción* donde A no es igual a no-A; y la ley del *medio excluido* donde A no es igual a B.

—Durante más de 2,000 años, estas 3 proposiciones fueron la piedra angular de toda la lógica y fue Kant, a finales del Siglo XVIII, quien afirmó que la lógica, desde Aristóteles, no había avanzado ni retrocedido a pesar de todos los cambios que experimentó la ciencia en ese período; las reglas de la lógica siguieron petrificadas tal y como Aristóteles las había elaborado y más tarde fueron convertidas en dogma por parte de la Iglesia medieval.

—Cierto —confirmó Sebastián y continuó—. El silogismo básico aristoteliano sobre el que se ha edificado toda la lógica, se basa en una premisa falsa ya que, a pesar de la aparente progresión lógica, las 3 afirmaciones están incluidas en la primera: A es igual a A. A primera vista, parecería ser una verdad más grande que una catedral, *tú eres tú y nadie más*, pero no es así ya que niega la ley de contradicción: *todo es y no es*, el *todo fluye* de Heráclito; niega la unidad, la identidad, del Ser y el no Ser. Y la ley de la contradicción es aplicable no sólo a las cosas vivas sino también a la materia inorgánica que se encuentra en un estado de constante cambio. Sin embargo, hay algo a destacar. Aristóteles había puesto empeño en estas proposiciones lógicas elementales para combatir la confusión creada por la dialéctica subjetiva del sofismo. Además, en las reflexiones de Aristóteles se manifiesta la dialéctica espontánea cuando analiza la unidad de materia y forma y de probabilidad y realidad; los fenómenos natu-

rales eran considerados por él en su desarrollo, como un proceso de plasmación de la forma sobre la materia, de tránsito de la posibilidad a la realidad lo que le sirvió de base para plantear los 4 tipos de *causa*: material, formal, eficiente y final. La causa material es la materia que entra en el ser de la cosa y de la que ésta nace; la causa formal o la forma es aquello que plasma la materia y sirve de prototipo; la causa eficiente produce algo o lo hace cambiar y la causa final es la finalidad. Aristóteles interpreta el desarrollo de los fenómenos naturales tomando como modelo la actividad creadora de los hombres encaminada a un fin. Cuando subraya la unidad dialéctica, es decir la conexión de contenido y forma, de potencia y acto, se equivoca al considerar la materia como algo pasivo que se limita a registrar y recibir la actividad de la forma y contraponer a la naturaleza la forma de todas las formas, ajena a ella y libre de toda materia. Y, lamentablemente, esta *forma de todas las formas*, que recuerda a la *idea* Platónica, es dios, *el primer motor* de la naturaleza, su causa eficiente y final, la meta del desarrollo universal. El primer motor, inmóvil de por sí, pone a todo el Universo en movimiento enderezándolo hacia un fin; esta concepción idealista aleja a Aristóteles de la línea de Demócrito en la filosofía, es la concepción teológica que se enfrenta al determinismo materialista de Demócrito.

—Y será Tomás de Aquino quien utilizará las ideas de Aristóteles sobre el *orden de la naturaleza* para argumentar la existencia de dios. Sin embargo, no hay que olvidar que la lógica formal de Aristóteles está estrechamente relacionada con la teoría del ser y la del conocimiento ya que veía las formas del pensamiento como ser y no como fenómenos con una existencia independiente, eran formas del ser que se expresan en la conciencia humana; eso por un lado, y por otro, el idealismo de Aristóteles es un idealismo más objetivo, más alejado y más general que el idealismo de Platón, de ahí que en la filosofía de la naturaleza asuma, con más frecuencia, una posición que se aproxima bastante al materialismo. Cuando un idealista critica los cimientos de otro idealista, el materialismo siempre sale ganando. En Aristóteles hay eclecticismo cuando presenta a dios contra el materialista Leucipo y el idealista Platón; pero, en general, con su crítica a las ideas de Platón, había minado los cimientos del idealismo.

—Así es. Pese a sus vacilaciones entre el materialismo y el idealismo, Aristóteles aportó mucho de valioso a la concepción materialista de la naturaleza y contribuyó al desarrollo de la forma antigua e inicial de la dialéctica.

—Eso es lo particular, así es —intervino Leoncio—. En las numerosas y variadas escuelas filosóficas del mundo antiguo encontramos ya un anticipo de las tendencias fundamentales que habrían de manifes-

tarse en el desarrollo futuro de la filosofía: el materialismo ingenuo y la dialéctica espontánea.

Sin darse cuenta habían coronado la última cumbre. La empinada subida les había costado sudor y energía a pesar de los continuos descansos que habían hecho a pie firme para recuperar fuerza o para poder concentrarse más en lo complejo y áspero del tema.

Se detuvieron sobre el indómito y árido lomo del macizo, el cielo agrisado por la agonía del día traslucía el lamento de piedra que se había erguido desde lo más profundo de las entrañas de la tierra; irradiaba un espectáculo solitario de vejez histórica surcada por antojadizas gargantas que arrancaban suspiros al silencio.

Giraron en redondo varias veces sobre el eje de sus talones para contemplar la vastedad, la plenitud y la armonía de la vida imaginando las huellas y los pasos perdidos en los recovecos de la memoria histórica. Miles de millones de años habían transcurrido para que se forme ese inescrutable paraje con arrugas de piedra enmohecida, y el alma viva o su verdugo lo había transitado miles de miles de veces en un sentido o su contrario. La intrincada inmensidad olía a soledad y aislamiento; sin embargo, en algún momento venidero miles de nuevos hechos resplandecerán en ese formidable panorama.

Era la cuarta o quinta vez, ya no lo sabían con exactitud, que repetían, casi en el mismo lugar, ese giro con atisbo a culto añejo que en las veces anteriores los había llevado a analizar el proceso de sus razonamientos con mirada retrospectiva. Pero esta vez fue diferente, miraban hacia adelante oteando el devenir.

Desanudaron sus quipes, pusieron la carga sobre suelo inmutado y después de sacar la vitualla se sentaron sin mediar palabra con la vista clavada en la taciturna lejanía.

Comieron y bebieron disfrutando del alterno murmullo de la quebrada y del pálido silbido del viento. Intercalaron un lento masticar con sorbos cortos del agua helada por el ambiente en su envoltura de plástico.

Minutos después se pusieron a conversar de cosas ajenas al tema central recordando algunas anécdotas y situaciones vividas al lado de los conocidos y amigos a los que habían visitado.

—¿Continuamos? —preguntó Sebastián.

—Sí, por favor —fue lo único que atinó a decir Leoncio.

Hacia buen rato que habían emprendido la pronunciada bajada en silencio y salvo un par de ligeras cuestas deberían descender, a lo largo de casi 5 kilómetros, hasta los 3,800 metros sobre el nivel del mar para volver a subir hasta los 4,000 y pico para llegar a Occollo y

poder descansar.

—En la Edad Media —dijo Sebastián retomando el hilo del tema mientras caminaba al lado de Leoncio—, se abrió un largo período de oscurantismo en el cual se llegó a perder gran parte de los logros científicos...

—Salvo en Irlanda, Bizancio y en la parte de la España ocupada por los musulmanes.

—Si no me interrumpes lo puedo decir yo mismo, Leoncio.

—Seguro que sí, disculpa —replicó Leoncio con una sonrisa que Sebastián no llegó a calar.

—La sociedad esclavista había entrado en bancarrota y el feudalismo, tras un reguero de sangre, se abrió paso explotando al campesinado que había dejado de ser esclavo mientras dejaba una parte de Europa sumida en la barbarie. De los restos de la antigua sociedad emergió una nueva forma social y la filosofía entra en una nueva fase de desarrollo. La marea germánica que cubrió la Europa Occidental suprimió todas las ideas de igualdad al edificar, paulatinamente, una jerarquía social y política de naturaleza más complicada que todo lo conocido hasta aquel entonces; pero, por otro lado, aquella invasión, introdujo a la Europa Occidental y Central en el movimiento de la historia; creó por vez primera un compacto territorio cultural y, en ese territorio y también por vez primera, un sistema de Estados de carácter predominantemente nacional y en relaciones de influencia y acoso recíprocos. Con esto preparó el suelo en el cual podría hablarse más tarde de equiparación humana y derechos del hombre. Como ya lo has explicado con anterioridad, los bárbaros germanos, al haber librado a los romanos de su propio Estado, se apropiaron de 2/3 de sus tierras y se las repartieron según el orden establecido en la gens desarrollando todo un proceso simbiótico que con el tiempo y la pérdida de las viejas costumbres los llevaría a desintegrarse como tal, como gens, y transformar el mando militar en monarquía; insensiblemente la organización gentilicia se transformó en una organización territorial y se puso en condiciones de adaptarse al ya existente Estado, por lo menos en los países donde se sostuvo la comunidad rural o la marca, con cultivo individual del suelo y reparto al principio periódico y después definitivo de los campos y pastos; es decir, en el Norte de Francia, Inglaterra, Alemania y Escandinavia.

—Sebastián...

—Ya lo sé, hermano, tú mismo me lo has recordado al repetir lo que habíamos estudiado y aplicarlo a la historia de España. Bueno. Para citar algo importante, habría que recordar que lo primero que hizo el Rey franco, al convertirse de simple jefe militar supremo en un verdadero príncipe, fue transformar las propiedades del pueblo en

dominios reales, robarlas al pueblo y donarlas o concederlas en feudo a las personas de su séquito. Este séquito, formado primitivamente por su guardia militar personal y por el resto de los mandos subalternos, no tardó en verse reforzado no sólo con galos romanizados, que muy pronto se hicieron indispensables por su educación y su conocimiento de la escritura y del latín vulgar y literario así como del Derecho del país, sino también con esclavos, siervos y libertos, que constituían su corte y entre los cuales elegía sus favoritos. A la mayoría de esa gente se les donó al principio lotes de tierra del pueblo; más tarde se les concedieron bajo la forma de *beneficios*, otorgados la mayoría de las veces, en los primeros tiempos, mientras viviese el Rey. Así se sentó la base de una nobleza nueva a expensas del pueblo. El llamado *beneficio* era la forma de donación de tierra, difundida en el Estado de los francos en la primera mitad del Siglo VIII. El lote, con todos los campesinos dependientes que vivían en él, otorgado en concepto de beneficio, pasaba a *usufructo* vitalicio del beneficiario, a condición de que éste cumpliera algún servicio, las más de las veces, servicio militar. El sistema *beneficial* contribuyó a la formación de la clase de los feudales, y ante todo, de la nobleza pequeña y media, al avasallamiento de las masas campesinas y al desarrollo de las relaciones de vasallaje y de la jerarquía feudal. Más tarde, los *beneficios* fueron convirtiéndose en feudos. Pero, debido a sus vastas dimensiones, no se podía gobernar el nuevo Estado con los medios de la antigua constitución gentilicia; el consejo de los jefes, cuando no había desaparecido hacía mucho, no podía reunirse, y no tardó en verse reemplazado por los que rodeaban de continuo al Rey; se conservó por pura fórmula la antigua asamblea del pueblo, pero convertida cada vez más en una simple reunión de los mandos subalternos del ejército y de la nueva nobleza naciente. Como antaño les había sucedido a los campesinos romanos en los postreros tiempos de la República, los *campesinos libres* propietarios del suelo, que eran *la masa* del pueblo franco, quedaron exhaustos y arruinados por las eternas guerras civiles y de conquista, sobre todo bajo Carlomagno. Estos campesinos, que originariamente formaron todo el ejército y que constituían su núcleo después de la conquista de Francia, habían empobrecido hasta tal extremo que, a comienzos del Siglo IX, apenas 1 de cada 5 disponía de los pertrechos necesarios para ir a la guerra. Así, en lugar del ejército de campesinos libres llamados a filas por el Rey, surgió un ejército compuesto por los vasallos de la nueva nobleza. Entre esos servidores había siervos, descendientes de aquéllos que en otro tiempo no habían conocido ningún señor sino al Rey, y que en una época aún más remota no conocían a señor ninguno, ni siquiera a un rey. Bajo los sucesores de Carlomagno, completaron

la ruina de los campesinos francos las guerras intestinas, la debilidad del poder real, las correspondientes usurpaciones de los magnates, a quienes vinieron a agregarse los condes de las comarcas instituidos por Carlomagno, que aspiraban a hacer hereditarias sus funciones, y, por último, las incursiones de los normandos. 50 años después de la muerte de Carlomagno, yacía el imperio de los francos tan incapaz de resistencia a los pies de los normandos, como 4 siglos antes el Imperio Romano a los pies de los francos. Y no sólo había la misma impotencia frente al exterior, sino casi el mismo orden, o más bien desorden social en el interior. Los campesinos francos libres se vieron en una situación análoga a la de sus predecesores, los colonos romanos. Arruinados por las guerras y por los saqueos, habían tenido que colocarse bajo la protección de la nueva nobleza naciente o de la Iglesia, siendo harto débil el poder real para protegerlos; pero esa protección les costaba caro. Como en otros tiempos, los campesinos galos, tuvieron que transferir la propiedad de sus tierras, poniéndolas a nombre del señor feudal, su patrono, de quien volvían a recibirlas en arriendo bajo formas diversas y variables, pero nunca de otro modo sino a cambio de prestar servicios y de pagar un censo, es decir, la obligación o carga que pesa sobre la propiedad; reducidos a esta forma de dependencia, perdieron poco a poco su libertad individual, y al cabo de pocas generaciones, la mayor parte de ellos eran ya siervos. Así como el patrón hacía que le fuera transferida la propiedad de las tierras del campesino y sólo permitía a éste el usufructo vitalicio de ellas, también la Iglesia empleaba este *método* de una manera general con respecto a los campesinos. Las prestaciones personales, que iban generalizándose cada vez más, habían tenido su modelo tanto en los servicios que tenían que cumplir los habitantes del Imperio Romano en pro del Estado y que consistían en la obligación de suministrar caballos y portadores de carga, o *cargadores*, para servicios de transporte del Gobierno; como en las prestaciones personales impuestas a los miembros de las marcas germanas para construir puentes y caminos y para otros trabajos de utilidad común.

—Cualquier lejanísima y turbia semejanza en líneas generales al desarrollo de aquella agrupación de comunas agrícolas y sedentarias, de aquella organización colectivista, donde lo más interesante era la economía que brotaba espontánea y libremente del suelo y la gente; donde los que regían sacaban toda la utilidad social posible de la virtud de *su* pueblo laborioso, disciplinado, panteísta y sencillo y donde el torpe de Malthus se la hubiera pasado pateando latas ya que su estúpida teoría era inaplicable a una *realidad* en la que el pueblo vivía con bienestar material, donde las subsistencias abundaban, donde la población crecía y el trabajo colectivo, el esfuerzo común, se emplea-

ban fructuosamente en fines sociales...

—¡Leoncio, no molestes! Así, pues, parecía como si al cabo de 4 siglos la masa de la población hubiese vuelto a su punto de partida.

—Tú y tu vuelta al punto de partida...

—¡Carajo, hermano! ¡Déjame parir, pues!

—Disculpa, compadre.

—Escucha, luego piensa. Las clases sociales del Siglo IX no se habían formado con la decadencia de una civilización agonizante, sino entre los dolores de parto de una civilización nueva.

—Pienso, luego no puedo callar. Eso del parto ya lo dije, y hay que repetirlo al oído de algunos pensadores-pirotécnicos-promotores-partidarios de la conciliación de clases y la ciudadanía mundial.

—La nueva generación —dijo Sebastián sin entender muy bien a quién o a quienes hacía alusión Leoncio, y continuó con la esperanza de que se lo aclare más adelante—, lo mismo señores que siervos, era una generación de hombres, si se compara con sus predecesores romanos. Las relaciones entre los poderosos terratenientes y los campesinos que de ellos dependían, relaciones que habían sido para los romanos la forma de ruina irremediable del mundo antiguo, fueron para la generación nueva el punto de partida de un nuevo desarrollo. Y además, por estériles que parezcan esos 400 años, no por eso dejaron de producir un gran resultado: las nacionalidades modernas, la refundición y la diferenciación de la humanidad en la Europa Occidental para la historia futura. Los germanos habían, en efecto, revivificado a Europa y por eso la destrucción de los Estados en el período germánico no llevó al avasallamiento por normandos y sarracenos, sino a la evolución de los *beneficios* y del *patronato* hacia el feudalismo y a un incremento tan intenso de la población, que 2 siglos después pudieron soportarse sin gran daño las fuertes sangrías de las cruzadas. Ya lo sé, no me hagas muecas, todo esto ya lo has explicado tanto en líneas generales como en concretas...

—Primero, no estoy haciendo muecas; quiero mear. Segundo, me parece muy bien que se repitan algunas cosas, sobre todo en lo referente a aquellos rasgos generales que signan el desarrollo de la mayoría de las sociedades para que así prendan algunas ideas que motiven a una mayor y mejor investigación y discusión por parte de aquellas personas que quieran prestarnos oídos. Tercero, lo de *beneficios* ya lo has puesto en claro, pero habría que aclarar que *patronato*, o, lo que es lo mismo, *encomienda*, era una forma muy difundida en Europa a partir de los Siglos VIII y IX y contribuyó al afianzamiento de las relaciones feudales. Los campesinos, ya lo has dado a entender, quedaban obligados bajo el *patrocinio* de los señores feudales; lo mismo que los pequeños señores feudales quedaban obligados bajo

el *patrocinio* de los grandes señores feudales a determinadas condiciones; por ejemplo, la de prestar servicio militar y de otra índole al *patrocinador*, al que entregaban *toda* su tierra y que luego la volvían a recibir en forma de *posesión condicional*. La encomienda, a la que los campesinos eran sometidos a menudo por la fuerza, significaba para ellos la pérdida de la libertad personal, y para los pequeños señores feudales, la entrada en relaciones de vasallaje con los grandes. Cuarto, piensa un poco en el Ayllu. Y quinto, ya llevo apuro...

—Si me permites ser solidario...

Habían aligerado líquido de la vejiga y viento del vientre. La noche no se precipitaba, caía sin prisa, con calma. No había amenaza de lluvia y en el infinito firmamento se enseñoreaban las primeras y aún solitarias estrellas. El frío ofrecía tregua y el viento había amainado su lamento sin ruidos extraños.

La pendiente del descenso la notaban en las rodillas y el diálogo iba más allá de lo que podrían alcanzar las sombras proyectadas en el fondo de la cueva de los cautivos encadenados.

—Pero, ¿qué misterioso sortilegio era el que permitió a los germanos infundir una fuerza vital nueva a la Europa agonizante? —retomó Sebastián su discurso con una pregunta hacia un auditorio invisible—. ¿Era un poder milagroso e innato de la raza germana, como lo cuentan los historiadores patrioteros? —volvió a preguntar modificando una frase conocida—. De ninguna manera —se dio respuesta agitando las manos al viento—. Los germanos, sobre todo en aquella época y según lo que hemos estudiado, eran una tribu muy favorecida por la naturaleza y en pleno proceso de desarrollo vigoroso. Pero no son sus cualidades nacionales específicas las que rejuvenecieron a Europa, sino, sencillamente, su barbarie, su constitución gentilicia. Su capacidad y su valentía personales, su espíritu de libertad y su instinto democrático, que veía un asunto propio en los negocios públicos, en una palabra, todas las cualidades que los romanos habían perdido y únicas capaces de formar, del cieno del mundo romano, nuevos Estados y nuevas nacionalidades, ¿qué era sino los rasgos característicos de los bárbaros del estadio superior de la barbarie, los frutos de su constitución gentilicia? Si transformaron la forma antigua de la monogamia, suavizaron la autoridad del hombre en la familia y dieron a la mujer una situación más elevada que nunca antes había conocido el mundo clásico, ¿qué les hizo capaces de eso sino su barbarie, sus hábitos de gentiles, las supervivencias, vivas en ellos, de los tiempos del derecho materno? Si, por lo menos en los 3 países principales, Alemania, el Norte de Francia e Inglaterra, salvaron una parte del régimen genuino de la gens, trasplantándola al Estado feudal bajo la

forma de marcas, dando así a la oprimida clase de los campesinos, hasta bajo la más cruel servidumbre de la Edad Media, una cohesión local y una fuerza de resistencia que no tuvieron a su disposición los esclavos de la antigüedad y no tiene el proletariado moderno, ¿a qué se debe sino a su barbarie, a su sistema exclusivamente bárbaro de colonización por gens? Y, por último, si desarrollaron y pudieron hacer exclusiva la forma de servidumbre mitigada que habían empleado ya en su país natal y que fue sustituyendo cada vez más a la esclavitud en el Imperio Romano, forma que ofrece a los oprimidos medios para emanciparse gradualmente como clase, superando así con mucho a la esclavitud, con la cual era sólo posible la manumisión inmediata y sin transiciones del individuo, al paso que los siervos de la Edad Media llegaron poco a poco a conseguir su emancipación como clase, ¿a qué se debe esto sino a su barbarie, gracias a la cual no habían llegado aún a una esclavitud completa, ni a la antigua esclavitud del trabajo ni a la esclavitud doméstica oriental? Toda la fuerza y la vitalidad que los germanos aportaron al mundo romano, era barbarie. En efecto, sólo bárbaros eran capaces de rejuvenecer un mundo senil que sufría una civilización moribunda. Y el estadio superior de la barbarie, al cual se elevaron y en el cual vivieron los germanos antes de la emigración de los pueblos, era precisamente el más favorable para ese proceso. Esto lo explica todo.

—¡Bravo, Maestro! Y todo en un sólo aliento —exclamó Leoncio sin el menor atisbo de ironía ni malicia—. Me gustaría ver en ti siempre ese maravilloso entusiasmo materialista en lugar de tu ligera tendencia al misticismo pitagórico...

—Pues aprovecha, compadre, ya que por el momento no lograrás ofenderme con tus apreciaciones tontas y fuera de lugar.

—Místico y conciliador me ha salido el compadre —dijo Leoncio quitándole el sombrero a Sebastián para devolvérselo casi de inmediato con una amigable sonrisa.

—Jodido y pendenciero me ha salido el caballero —replicó Sebastián compartiendo sonrisa y tirando de la manga de la casaca de Leoncio—. Bueno, bueno. Déjame seguir. Hay una idea antiquísima. La idea de que todos los seres humanos, en tanto que tales, tienen algo en común y que son, además, iguales dentro del alcance de ese algo común. Pero la moderna exigencia de igualdad es completamente distinta de esa noción; la idea moderna consiste más bien en deducir de aquella propiedad común del ser-hombre, de aquella igualdad de los seres humanos como tales, la exigencia de validez *política o social* igual de todos los hombres, o, por lo menos, de todos los ciudadanos de un Estado o de todos los miembros de una sociedad.

—O de todos los miembros de una nación —amplió Leoncio sin

esperar réplica alguna por parte de Sebastián.

—Tuvieron que pasar, y pasaron, milenios antes de que de aquella primitiva representación de igualdad relativa se explicitara la inferencia de una equiparación en el Estado y la sociedad, y hasta que esa inferencia pudiera incluso parecer algo natural y evidente. En las más antiguas comunidades naturales, la equiparación no tenía sentido, sino, a lo sumo, entre los miembros de la pequeña comunidad; mujeres, esclavos y extranjeros quedaban obviamente excluidos de ella. Entre los griegos y los romanos, las desigualdades de los hombres tenían bastante más importancia que cualquier igualdad. Habría parecido por fuerza a los antiguos una insensatez la idea de que griegos y bárbaros, libres y esclavos, ciudadanos y protegidos, ciudadanos romanos y súbditos sometidos pudieran pretender una situación política igual. Bajo el Imperio Romano fueron disolviéndose paulatinamente todas esas diferencias, con excepción de la diferencia entre libres y esclavos; surgió así, al menos para los libres, aquella igualdad privada sobre cuyo fundamento se desarrolló el derecho romano, la más perfecta formación del derecho basado en la propiedad privada de la que se tenga conocimiento. Pero mientras subsistió la contraposición entre libres y esclavos, era imposible hablar de consecuencias jurídicas de la igualdad general humana. El cristianismo no conoció más que una igualdad de todos los hombres, a saber, la de la igual pecaminosidad, la cual correspondía plenamente a su carácter de religión de los esclavos y oprimidos. Junto a ella conoció a lo sumo la igualdad de los elegidos, la cual, empero, no se subrayó sino muy al comienzo. Las huellas de la comunidad de bienes que se encuentran también en los comienzos de la nueva religión son más reducibles a la solidaridad de los perseguidos que a reales ideas de igualdad. Muy pronto la consolidación de la contraposición sacerdote-laico termina también con este rudimento de igualdad cristiana. Esto engarza con que lo dicho que la marea germánica que cubrió la Europa Occidental suprimió para siglos todas las ideas de igualdad, con la paulatina edificación de una jerarquía social y política de naturaleza más complicada que todo lo conocido hasta entonces.

—Y la Iglesia se organizó en unas líneas jerárquicas similares, santificó el sistema feudal, basado en la explotación del campesinado, y empezó a detentar un inmenso poder. La estructura piramidal de la sociedad reflejaba su dominación, con un sistema rígido de pretendidos deberes y derechos donde el deber fundamental, sobre el que todo lo demás dependía, era el deber que tenía el siervo de proporcionar trabajo gratuito al servicio de su señor y maestro —acotó Leoncio.

—Cierto. El gran centro internacional del feudalismo era la Iglesia

Católica romana. Ella unía a toda Europa Occidental feudalizada, pese a todas sus guerras intestinas, en una gran *unidad* política, contrapuesta tanto al mundo cismático griego como al mundo mahometano. Rodeó a las instituciones feudales del halo de la consagración divina. También ella había levantado su jerarquía según el modelo feudal, y era, en fin de cuentas, el mayor de todos los señores feudales, pues poseía, por lo menos, la tercera parte de toda la propiedad territorial del mundo católico. Antes de poder dar en cada país y en diversos terrenos la batalla al feudalismo secular había que destruir esta organización central sagrada.

—El carácter estático e inalterable del modo de producción feudal y la rígida jerarquía social sobre la que se basaba, encontraron su expresión ideológica en los dogmas estáticos de la Iglesia, que exigían una obediencia incuestionable, basada en la interpretación oficial de los textos sagrados. Las primeras doctrinas de los cristianos, con su fuerte contenido revolucionario fueron perseguidas y marcadas como herejes, hasta que el cristianismo fue aceptado como religión de Estado. En lugar de la razón, los padres de la Iglesia predicaban una fe ciega, resumida en la célebre frase atribuida a Tertuliano: *Creo porque es absurdo*. La ciencia fue puesta bajo sospecha, fue considerada como perniciosa y una herencia del paganismo. Uno de los últimos matemáticos griegos, Hypatia, fue apedreado hasta morir por una multitud dirigida por un monje. La herencia de la filosofía griega clásica se perdió y sólo se recuperó parcialmente en Europa Occidental en el Siglo XII. Esta situación no era la mejor para el desarrollo del pensamiento y la ciencia.

—Así fue, Leoncio. Pero la Edad Media feudal desarrolló, además, en su seno la clase llamada a convertirse, en su ulterior desarrollo, en portadora de la moderna exigencia de igualdad: la burguesía. Estamento feudal al principio ella misma, la burguesía había desarrollado la industria predominantemente artesana y el intercambio de productos en el seno de la sociedad feudal hasta un nivel relativamente elevado, cuando a fines del Siglo XV los grandes descubrimientos marítimos le abrieron una nueva carrera más amplia. El comercio más allá de las fronteras europeas, hasta entonces sólo practicado entre Italia y el Levante, se amplió hasta América y la India, y rebasó pronto en importancia tanto el intercambio entre los diversos países europeos cuanto el tráfico interior de cada país particular. El oro y la plata americanos invadieron Europa y penetraron como un elemento de disolución por todos los vacíos, resquicios y poros de la sociedad feudal. La industria organizada artesanalmente no bastó ya para las crecientes necesidades; y así, en las principales industrias de los países adelantados, fue sustituida por la manufactura. Cuando

Europa salió del Medioevo, la clase media en ascenso de las ciudades era su elemento revolucionario. La posición reconocida, que se había conquistado dentro del régimen feudal de la Edad Media, era ya demasiado estrecha para su fuerza de expansión. El libre desarrollo de esta clase media, la burguesía, no era ya compatible con el sistema feudal; éste tenía forzosamente que derrumbarse...

—Compadre...

—Deja pues, carajo, que ya concluyo.

—Sólo...

—Ni solo ni acompañado, escucha y guarda silencio por un momento, por favor —Sebastián se sentía tan animado que le parecía que si dejaba de hablar se podría olvidar de lo que quería decir—. Paso a paso, con el auge de la burguesía, iba produciéndose el gran resurgimiento de la ciencia, ese es el punto. Volvían a cultivarse la astronomía, la mecánica, la física, la anatomía, la fisiología y otras ramas. La burguesía necesitaba, para el desarrollo de su producción industrial, una ciencia que investigase las propiedades de los cuerpos físicos y el funcionamiento de las fuerzas naturales. Pero, hasta entonces la ciencia no había sido más que la servidora humilde de la Iglesia, a la que no se le consentía traspasar las fronteras establecidas por la fe; en una palabra, había sido cualquier cosa menos una ciencia. Ahora, la ciencia se rebelaba contra la Iglesia; la burguesía necesitaba a la ciencia y se lanzó con ella a la rebelión.

—Y tú te saltas con la garrocha del tiempo el espacio que estamos analizando.

—No. Nada de eso, compadre. Todo tiene un hilo de continuidad; y si te has dado cuenta, no necesito de una libretita de notas para citar lo justo y correcto.

—Sí, ya me he dado cuenta. Felicitaciones —Leoncio había sentido el violento e inesperado estacazo que le propinaba Sebastián, pero lo asimiló con calma—. Y para seguir tu hilo y salto, permíteme apuntar que, siguiendo la línea de nuestra conversación y preparación de tu ponencia, los filósofos no avanzaban impulsados solamente por la fuerza del pensamiento puro. Al contrario, lo que en realidad les impulsaba eran, precisamente, como lo acabas de explicar, los progresos formidables y cada vez más raudos de las ciencias naturales y de la industria, acorde, claro está, al desarrollo de las condiciones de producción y de las relaciones sociales de producción sometidas a un cambio continuo; y se puede notar con claridad que la experiencia y el conocimiento se adaptan cada vez más al espacio y al tiempo objetivos, reflejándolos cada vez más exacta y profundamente. En los filósofos materialistas esta influencia aflora a la superficie, pero, y ojo a esto, también los sistemas idealistas fueron llenándose más y

más de contenido materialista y se esforzaron por conciliar panteísticamente la antítesis entre el espíritu y la materia; hasta que, por último, el sistema de Hegel ya no representaba, por su método y su contenido, más que un materialismo que aparecía invertido de una manera idealista. Pero volviendo a nuestro espacio de análisis, bajo el feudalismo, la religión extendió sus dominios sobre las demás formas de conciencia social; la Iglesia y su señorío feudal sobre la tierra eran el vínculo efectivo de *unión* entre los diversos países; la organización eclesiástica feudal santificaba, con los óleos de la religión, el régimen político secular del feudalismo. El clero era, por otra parte, la única clase instruida en aquella época. Se comprende pues, que el dogma eclesiástico fuera, entonces, el punto de partida y la base de toda ideología. El contenido de la jurisprudencia, de las ciencias, de la filosofía, se hallaba en consonancia con las doctrinas de la Iglesia. El papel social reaccionario de la religión se manifestaba, especialmente, en el hecho de que sojuzgaba la conciencia de las masas populares y apoyaba, con su opresión espiritual, la implacable explotación de que los señores feudales las hacían objeto. Punto y aparte.

—Punto y seguido, mi buen amigo. Fueron los escolásticos medievales de la Europa Occidental quienes convirtieron la filosofía en sierva de la teología. Su misión consistía, según ellos, en interpretar de un modo ortodoxo y fundamentar en el plano formal los dogmas religiosos proclamados por la Iglesia Católica dominante, a cuyo frente se hallaba el pontífice romano. Así, en el Siglo XIII, el teólogo Tomás de Aquino sistematizó la doctrina ortodoxa del catolicismo. Este individuo, actuando como teórico y apologista de la dictadura espiritual de Roma, equiparaba el poder del Papa sobre la tierra al poder de dios en el cielo. La religión católica y la doctrina teológica de Tomás de Aquino, más conocida como *tomismo*, eran la principal arma ideológica puesta en manos de los señores feudales seculares y eclesiásticos. La filosofía quedó reducida al perfeccionamiento del idealismo platónico, más tarde sustituido por un Aristóteles osificado y parcial. Durante el primer período, el llamado San Agustín, entre los Siglos IV y V, se basó en el neoplatonismo para atacar a los oponentes paganos de la cristiandad. Más tarde, los escritos de Tomás de Aquino falsificaron la filosofía aristotélica y la adaptaron a las necesidades de la Iglesia en la sociedad feudal; como por ejemplo, el *impulso inicial* y otras cosas por el estilo. Hoy en día, su variante filosófica, el neotomismo, es todavía la posición básica de la Iglesia Católica romana.

—Para mí, tu Santo no falsificó nada; simplemente se basó en la filosofía aristotélica, en su lado oscuro y nefasto. El eclecticismo y la parte idealista de Aristóteles fueron aprovechados al máximo.

—Tú tienes tu opinión y yo la mía —replicó Sebastián con calma.

—Y es correcto que así sea. Sólo espero que siempre manifiestes abiertamente tu propia opinión, si la tienes. Pero bien, a pesar de todo, en el feudalismo también hubo la contraposición entre materialismo e idealismo.

—Sí, pero fue mínima y más se daba entre los mismos teólogos medievales —replicó Sebastián—. Realmente fueron varios siglos de terrible oscurantismo donde el monopolio que ejercía la Iglesia sobre la cultura hacía que toda la vida intelectual se canalizara a través de ella. La filosofía, decían, era la criada de la teología y es por ello que la ciencia quedó reducida por debajo de su mínima expresión. Pero a pesar de todo, como dices, hubo un ligero conato entre aquellos escolásticos medievales que debatían continuamente cuestiones teológicas para intentar dar a su religión una perspectiva global con alguna base teórica, y dentro de ellos surgieron varios pensadores que empezaron a sacar conclusiones materialistas.

—¿Y cómo? —preguntó Leoncio.

—Lo dicho, entre los teólogos de la época había discrepancias en torno a algunos problemas filosóficos, a través de los cuales se manifestaba, a su manera, la lucha de las 2 tendencias, la materialista y la idealista. Por ejemplo, los escolásticos disputaban sobre lo que eran y significaban los conceptos generales, a los que llamaban *los universales*. Una parte de ellos, de los escolásticos, eran conocidos como *realistas* y eran quienes afirmaban que los universales estaban dotados de realidad, que existían fuera de la cabeza del hombre; así, esta facción convertía los conceptos generales en entidades absolutas. Algunos, los platónicos de la Edad Media, reconocían la existencia de los universales como *anterior* a las cosas; mientras que para otros, los aristotélicos, los universales residían *en* las cosas mismas. Pero también estaban los *nominalistas* quienes sostenían que los universales eran *los nombres* de las cosas y, por lo tanto, posteriores a éstas en su existencia. Algunos nominalistas entendían los universales como los conceptos o nociones que los hombres se formaban de las cosas. Así se manifestaba la tendencia materialista en la filosofía teológica medieval y fue una disputa que duró varios siglos.

—Mira, Sebastián, tal vez habría que añadir que, a pesar de todo, los nominalistas no comprendían la verdadera naturaleza de los conceptos, como generalización y reflejo en la conciencia de los caracteres comunes que se dan en los objetos y fenómenos particulares, y contraponían lo general a lo singular, sin ver la *interdependencia* de ambos. Dicho en otras palabras, el nominalismo, por un lado, contenía el germen de una idea materialista correcta, pero por otro lado, se equivocó al asumir que los conceptos generales, los por ellos llamados universales, eran sólo nombres. Realmente, los conceptos ge-

nerales reflejan cualidades reales de cosas que existen objetivamente, que, aparte de sus características particulares, también expresan en sí elementos de lo general, que los identifica como pertenecientes a un género o especie específica. Hasta donde yo sé, fue Buridan, un filósofo francés de los años 1300 y pico, quien sostuvo que los universales no tienen existencia real *excepto como conceptos* por medio de los cuales la mente concibe múltiples cosas de forma *indiferenciada*. Debes recordar el ejemplo del *asno de Buridan* usado por Espinoza, que se refiere a un asno que se muere de hambre entre 2 tentadoras pilas de heno equidistantes; ese ejemplo es una caricatura de la teoría de Buridan sobre la acción, teoría que intenta encontrar un terreno intermedio entre el intelectualismo aristotélico y el voluntarismo franciscano al sostener que la libertad de acción consiste básicamente en la capacidad para demorar la elección en ausencia de una razón que fuerce a actuar en una dirección u otra. Bien, pero, además, otro punto a tener en cuenta. Poco más de 200 años antes que Buridan, un teólogo francés, Pedro Abelardo, había usado en sus escritos técnicas lógicas para expresar los dogmas cristianos del Siglo XII; y aunque sus opiniones sobre la Trinidad fueron condenadas 2 veces como heréticas, se levantó, según algunos, como el primer escolástico del período medieval que utilizó el escrito *Sobre la interpretación* de Aristóteles y los comentarios del filósofo romano Boecio sobre esta obra para producir una sofisticada teoría del significado de palabras y oraciones. La teoría distingue el significado de una expresión tanto de lo nombrado por la expresión, como de la idea asociada con ella en la mente del hablante. Aunque Abelardo concede un papel a *las imágenes* mentales en el pensar, evita cuidadosamente afirmar que *sean* lo que significan las palabras. Sus doctrinas positivas sobre el significado de las palabras están muy vinculadas con sus opiniones sobre el significado de las proposiciones y de los universales; para él, las proposiciones son oraciones que son verdaderas o falsas; lo que dicen, sus dicta, es lo que significan y esos dicta son los portadores principales de la verdad y la falsedad. Un universal, por otra parte, es un nombre común o adjetivo, y lo que significa es lo que significa la parte de la proposición correspondiente al sintagma verbal. Es una especie de dictum truncado, al que Abelardo da nombres distintos: *status*, naturaleza o propiedad. Ni el status ni el dicta son cosas, dice Abelardo, aunque son objetos de pensamiento independientes de la mente. Abelardo fue especialmente devastador en sus ataques a las teorías realistas de los universales, aunque su tesis de que los universales son palabras no pretende negar la *objetividad* de nuestro conocimiento del mundo. Ése es el punto, aunque al final de su vida Abelardo se arrepintió de lo dicho y regresó al putrefacto redil de la fe.

El nominalismo fue, o es, una tendencia de la filosofía medieval que consideraba que los conceptos generales genéricos eran sólo nombres, engendrados por el pensamiento y el lenguaje humanos y no valían más que para designar objetos sueltos, existentes en realidad. En oposición a los realistas medievales, los nominalistas negaban la existencia de conceptos como prototipos y fuentes creadoras de las cosas. De este modo reconocían el carácter primario de la realidad y secundario del concepto. En este sentido, y en general, el nominalismo era la primera expresión del materialismo en la Edad Media.

—Complicada la cosa, por cierto, y aún hay que estudiar mucho más —comentó Sebastián.

—Indudable, pero pienso que debemos saltar el escollo y concentrarnos, por ejemplo, en que tanto Aristóteles como Tomás de Aquino dedujeron que tiene que haber un dios porque *todas las cosas tienen que tener una causa inicial*. Y si desde este punto lanzamos una mirada un poco hacia adelante, podremos recordar que Kant sostiene que ni la razón ni la experiencia poseen ningún fundamento seguro para poder afirmar que existe un dios; para la razón es tan probable como improbable que haya un dios. No hay que olvidar que Kant era protestante y que, desde la Reforma, un rasgo característico del cristianismo protestante es que se ha basado en la fe; tampoco hay que olvidar que Lutero fue un teólogo poco sistemático formado en las doctrinas nominalistas y denunció a Copérnico. Ya lo has dicho, desde la Edad Media la Iglesia Católica pretendía manipular la razón para apoyar la fe; eso es importante y por eso lo apuntalo. Así, poco a poco, analizando la historia de la filosofía, nos es posible entender con mayor claridad que el problema supremo de toda la filosofía es el problema de la relación entre el pensar y el ser, entre el espíritu y la naturaleza, y, como ya hemos visto al analizar la teoría de la evolución, tiene sus raíces, al igual que toda religión, en las ideas limitadas e ignorantes del estado de salvajismo. Este problema, el de la relación entre el pensar y el ser, también tuvo gran importancia en la escolástica de la Edad Media; eso precisamente es lo que estamos tratando de ver y debes esforzarte por explicarlo en forma clara y sencilla en tu exposición, si lo haces tal como lo estamos tratando nosotros es posible que algunos, si no muchos, no logren calar la idea de fondo. Si para nosotros mismos, a pesar de todo lo estudiado, ya es algo laborioso de sintetizar, imagínate cómo será para los que nos escuchan.

—Tarea nada fácil para mí, compadre.

—Tarea nada fácil para nosotros, hermano. Bien. Tratando de centrarnos en lo esencial, la vaina es que el problema se presentaba, frente a la Iglesia, como un asunto bien peliagudo, a saber, el mundo

había sido creado por dios o existe desde toda una eternidad. ¿Qué es lo primario, el espíritu o la naturaleza? Ésa era la pregunta y la pugna entre idealismo y materialismo; y ése también era el tema de fondo en la discusión acerca de los universales entre los nominalistas y los realistas. Evidentemente la bronca era entre escolásticos, entre teólogos y, por lo tanto, no pudo plantearse con toda claridad, ni pudo alcanzar su plena significación hasta que la humanidad europea despertó del prolongado letargo de la Edad Media cristiana. Bien, a esto hay que añadir que, en general y según se dé respuesta a esta pregunta, los filósofos se dividían, y se dividen aún, en 2 grandes campos. Los que afirmaban el carácter primario del espíritu frente a la naturaleza, y por tanto admitían, en última instancia, una creación del mundo bajo una u otra forma, se agolpan en el campo del idealismo. Los otros, los que consideraban la naturaleza como lo primario, figuran en las diversas escuelas del materialismo. Pero, hay que ser explícitos, la vaina no queda ahí. El problema de la relación entre el pensar y el ser encierra, además, otro aspecto, y muy importante, a saber: ¿qué relación guardan nuestros pensamientos acerca del mundo que nos rodea con este mismo mundo? ¿Es nuestro pensamiento capaz de conocer el mundo real; podemos nosotros, en nuestras ideas y conceptos acerca del mundo real, formarnos una imagen exacta de la realidad?

—En el lenguaje filosófico —intervino Sebastián—, esta pregunta se conoce con el nombre de problema de la *identidad* entre el pensar y el ser y es contestada afirmativamente por la gran mayoría de los filósofos.

—Así es. En Hegel, por ejemplo, la contestación afirmativa cae de su propio peso, pues, según esta filosofía, lo que el hombre conoce del mundo real es precisamente el *contenido discursivo* de éste, aquello que hace del mundo una realización gradual de la idea absoluta, la cual ha existido en alguna parte desde toda una eternidad, independientemente del mundo y antes de él; y fácil es comprender que el pensamiento pueda conocer un contenido que es ya, de antemano, un contenido discursivo. Asimismo se comprende, sin necesidad de más explicaciones que lo que aquí se trata de demostrar, se contiene ya tácitamente en la premisa. Pero esto no impide a Hegel, ni mucho menos, sacar de su prueba de la identidad del pensar y el ser otra conclusión: que su filosofía por ser exacta para su pensar, es también la única exacta, y que la identidad del pensar y el ser ha de comprobarla la humanidad, trasplantando inmediatamente su filosofía del terreno teórico al terreno práctico, es decir, *transformando* todo el Universo con sujeción a los principios hegelianos. Ésta es una ilusión que Hegel comparte con casi todos los filósofos. Pero, al

lado de éstos, hay otra serie de filósofos que niegan la posibilidad de conocer el mundo, o de conocerlo de un modo completo. Entre ellos tenemos a Hume y a Kant que han desempeñado un papel considerable en el desarrollo de la filosofía. Los argumentos decisivos en refutación de este punto de vista han sido aportados ya por Hegel, en la medida en que podía hacerse desde una posición idealista; lo que Feuerbach añade de materialista, tiene más de ingenioso que de profundo. La refutación más contundente de estas extravagancias, como de todas las demás extravagancias filosóficas, es la práctica, o sea, el experimento y la industria. Si podemos demostrar la exactitud de nuestro modo de concebir un proceso natural reproduciéndolo nosotros mismos, creándolo como resultado de sus mismas condiciones, y si, además, lo ponemos al servicio de nuestros propios fines, damos al traste con la *cosa en sí* inaprensible de Kant. Las sustancias químicas producidas en el mundo vegetal y animal siguieron siendo *cosas en sí* inaprensibles hasta que la química orgánica comenzó a producirlas unas tras otras; con ello, la *cosa en sí* se convirtió en una cosa para nosotros. El sistema de Copérnico fue durante 300 años una hipótesis, por la que se podía apostar 100, 1,000, 10,000 contra 1, pero, a pesar de todo, una hipótesis; hasta que Leverrier, con los datos tomados de este sistema, no sólo demostró que debía existir necesariamente un planeta desconocido hasta entonces, sino que, además, determinó el lugar en que este planeta tenía que encontrarse en el firmamento, y cuando después Galle descubrió Neptuno, en 1846, el sistema de Copérnico quedó demostrado...

—Sí, pero, a pesar de ello —interrumpió Sebastián—, todavía hay neokantianos que pretenden resucitar en Alemania la concepción de Kant, y los agnósticos quieren hacer lo mismo con la concepción de Hume en Inglaterra. Estos intentos, hoy, cuando aquellas doctrinas han sido refutadas en la teoría y en la práctica desde hace tiempo, representan científicamente un retroceso.

—¡Indiscutible!

—Bueno —continuó Sebastián—, como fuere y volviendo un poco atrás, el asunto es que con todas las limitaciones del caso en las discusiones entre los teólogos de aquellos tiempos hubo algunos pensadores que empezaron a sacar, mal que bien, algunas conclusiones materialistas y al final de la Edad Media, en medio del auge de las ciudades y el comercio, se produce el ascenso de una clase de ricos comerciantes que empiezan a exigir sus derechos; por lo que no es de extrañar que no fue casualidad que los pensadores más destacados surgieran en Gran Bretaña, país donde tradicionalmente estaba arraigado el empirismo.

—Con eso entramos a ver que las relaciones feudales de propie-

dad se habían convertido en trabas para las nuevas fuerzas productivas que eran más desarrolladas y que estas trabas fueron destruidas por las revoluciones burguesas.

—Así es, ésa es la conclusión y que por supuesto tiene su contraparte en el desarrollo de la filosofía. La expansión del comercio, la apertura de nuevas rutas comerciales, el surgimiento de la economía monetaria, la creación de nuevas necesidades y de los medios para satisfacerlas, el desarrollo de artistas y artesanos, el ascenso de una nueva literatura nacional, todas estas cosas anunciaban el nacimiento de una fuerza revolucionaria en la sociedad cuyos intereses provocarían la ruptura de las barreras feudales que impedían su desarrollo, y también frenaban el desarrollo y la explotación de las innovaciones técnicas.

—Y esa fuerza revolucionaria fue la burguesía —concretó Leoncio y continuó—. La introducción del papel y la imprenta revolucionó el acceso a las ideas que hasta ese momento estaban limitadas a la minoría eclesiástica. La aparición de la literatura escrita en lengua vernácula también favoreció el surgimiento de grandes y reconocidos escritores nacionales como Dante y Bocaccio, por ejemplo. La pólvora no sólo revolucionó la guerra y ayudó a socavar el poder de la nobleza, también dio un poderoso impulso al estudio de la física y la química. Primero en Italia, después en Holanda, Gran Bretaña, Bohemia, Alemania y Francia, las nuevas clases comenzaron a cambiar el viejo orden, que después de casi 1,000 años, se había agotado y entrado en su fase de declive.

—Exacto. Las interminables guerras y conflictos civiles llevaron al feudalismo a un callejón sin salida. La peste negra diezmo a la población de Europa en el Siglo XIV y aceleró la disolución de las relaciones feudales en el agro. Las jacqueries campesinas en Francia y la insurrección campesina en Inglaterra fueron una advertencia de la venidera disolución del orden feudal. Para mucha gente parecía que el fin del mundo se aproximaba, el deseo de impedir la fatalidad provocó el aumento de fenómenos como el de las sectas flagelantes, grupos religiosos fanáticos que, anticipándose a la inminente cólera de dios, recorrían el país autoflagelándose. Esta situación era sencillamente el reflejo confuso en la imaginación popular del colapso del orden social existente.

—Eso nos plantea que la ruptura del sistema social viene precedida por la crisis de la moral e ideología oficiales, que cada vez más entran en conflicto con las nuevas relaciones sociales. Entre cierta capa de intelectuales surge el *espíritu crítico*, esta capa es siempre un barómetro de las tensiones subyacentes en las profundidades de la sociedad. Una ideología y una moral que no reflejan la realidad, no

pueden ya sobrevivir y están destinadas a desaparecer. La base moral e ideológica del sistema feudal se encontraba en la enseñanza de la Iglesia. Cualquier cambio serio en el orden social existente también significaba un asalto al poder de la Iglesia, que defendió su poder y privilegios con todos los medios a su alcance, incluida la excomunión, la tortura y la hoguera. Pero la represión no puede alargar la vida de una idea ya caduca.

—Cierto que no —convino y continuó Sebastián—, pero la Iglesia Católica no estaba dispuesta a renunciar a sus privilegios sin luchar; perseguía implacablemente a sus firmes adversarios, exterminaba por el fuego y el hierro a miles de personas a quienes acusaba de herejes y hasta tenía una lista de libros prohibidos. En aquellos tiempos las ciencias naturales se desarrollaban en medio de la revolución general y eran revolucionarias hasta lo más hondo, pues aún debían conquistar el derecho a la existencia. Al lado de los grandes italianos que dieron nacimiento a la nueva filosofía, las ciencias naturales dieron sus mártires a las hogueras y las prisiones de la Inquisición. Aunque los protestantes no se quedaron a la saga en las persecuciones contra la investigación libre de la naturaleza; Calvino quemó al científico y teólogo español Miguel Serveto cuando éste había descubierto la circulación pulmonar y lo tuvo 2 horas asándose vivo. La Inquisición, por lo menos, se dio por satisfecha simplemente con quemar a Giordano Bruno y meter a la cárcel a Galileo.

—Y a pesar de todo, la Iglesia, la muy puta, no pudo detener el desarrollo de la ciencia ni de la filosofía materialista.

—Eso. El acto revolucionario con que las ciencias naturales declararon su independencia y parecieron repetir la acción de Lutero cuando éste quemó la bula del Papa, fue la publicación de la obra inmortal en que Copérnico, si bien tímidamente, y, por decirlo así, en su lecho de muerte, arrojó el guante a la autoridad de la Iglesia en las cuestiones de la naturaleza. De ahí data la emancipación de las ciencias naturales respecto a la teología, aunque la lucha por algunas reclamaciones recíprocas se ha prolongado hasta nuestros días y en ciertas mentes aún hoy dista mucho de haber terminado. Pero a partir de entonces se operó, a pasos agigantados, el desarrollo de la ciencia. Pareció como si hubiera sido necesario demostrar al mundo que a partir de entonces para el producto supremo de la materia orgánica, para el espíritu humano, regía una ley del movimiento que era inversa a la ley del movimiento que regía para la materia inorgánica. La tarea principal en el primer período de las ciencias naturales consistía en dominar el material que se tenía a mano. En la mayor parte de las ramas hubo que empezar por lo más elemental. Todo lo que la antigüedad había dejado en herencia eran Euclides y el

sistema solar de Ptolomeo; y los árabes, la numeración decimal, los rudimentos del álgebra, los numerales modernos y la alquimia; el medioevo cristiano no había dejado nada.

—En tal situación era inevitable que el primer puesto lo ocuparan las ciencias naturales más elementales: la mecánica de los cuerpos terrestres y celestes y, al mismo tiempo, como auxiliar de ella, el descubrimiento y el perfeccionamiento de los métodos matemáticos. En lo fundamental fueron establecidos los métodos matemáticos más importantes: la geometría analítica, principalmente por Descartes, los logaritmos, por Néper, y el cálculo diferencial e integral, por Leibniz y, quizá, por Newton. Lo mismo puede decirse de la mecánica de los cuerpos sólidos, cuyas leyes principales fueron halladas de una vez y para siempre. Finalmente, en la astronomía del sistema solar, Képler descubrió las leyes del movimiento planetario, y Newton las formuló desde el punto de vista de las leyes generales del movimiento de la materia. Las demás ramas de las ciencias naturales estaban muy lejos de haber alcanzado incluso este tope preliminar. La mecánica de los cuerpos líquidos y gaseosos sólo fue elaborada con mayor amplitud a fines de ese período. La física, propiamente dicho, se hallaba aún en pañales, excepción hecha de la óptica, que alcanzó realizaciones extraordinarias, impulsada por las necesidades prácticas de la astronomía. La química acababa de liberarse de la alquimia. La geología aún no había salido del estado embrionario que representaba la mineralogía, y por ello la paleontología no podía existir aún. Finalmente, en el dominio de la biología la preocupación principal era todavía la acumulación y clasificación elemental de un inmenso acervo de datos no sólo botánicos y zoológicos, sino también anatómicos y fisiológicos en el sentido propio de la palabra. Casi no podía hablarse aún de la comparación de las distintas formas de vida ni del estudio de su distribución geográfica, condiciones climatológicas y demás condiciones de existencia. Aquí únicamente la botánica y la zoología, gracias a Linneo, alcanzaron una estructuración relativamente acabada.

—Pero lo que caracteriza mejor que nada ese período es la elaboración de una peculiar concepción general del mundo, en la que el punto de vista más importante es la idea de la inmutabilidad absoluta de la naturaleza —precisó Sebastián—. Según esta idea, la naturaleza, independientemente de la forma en que hubiese nacido, una vez presente permanecía siempre inmutable, mientras existiera. Los planetas y sus satélites, una vez puestos en movimiento por el misterioso *primer impulso*, seguían eternamente, o por lo menos hasta el fin de todas las cosas, sus elipses prescritas. Las estrellas permanecían eternamente fijas e inmóviles en sus sitios, manteniéndose unas

a otras en ellos en virtud de la *gravitación universal*. La Tierra permanecía inmutable desde que apareciera o según el punto de vista desde su creación. Las *5 partes del mundo* habían existido siempre, y siempre habían tenido los mismos montes, valles y ríos, el mismo clima, la misma flora y la misma fauna, excepción hecha de lo cambiado o trasplantado por el hombre. Las especies vegetales y animales habían sido establecidas de una vez para siempre al aparecer, cada individuo siempre producía otros iguales a él, y Linneo hizo ya una gran concesión al admitir que en algunos lugares, gracias al cruce, podían haber surgido nuevas especies. En oposición a la historia de la humanidad, que se desarrolla en el tiempo, a la historia natural se le atribuía exclusivamente el desarrollo en el espacio. Se negaba todo cambio, todo desarrollo en la naturaleza. Las ciencias naturales, tan revolucionarias al principio, se vieron frente a una naturaleza conservadora hasta la médula, en la que todo seguía siendo como había sido en el principio y en la que todo debía continuar, hasta el fin del mundo o eternamente, tal y como fue desde el principio mismo de las cosas.

—Las ciencias naturales de la primera mitad del Siglo XVIII se hallaban tan por encima de la antigüedad griega en cuanto al volumen de sus conocimientos e incluso en cuanto a la sistematización de los datos, como por debajo en cuanto a la interpretación de los mismos, en cuanto a la concepción general de la naturaleza. Para los filósofos griegos el mundo era, en esencia algo surgido del caos, algo que se había desarrollado, que había llegado a ser. Para todos los naturalistas del Siglo XVIII el mundo era algo osificado, inmutable, y para la mayoría de ellos algo creado de golpe. La ciencia estaba aún profundamente empantanada en la teología. En todas partes buscaba y encontraba como causa primera un impulso exterior, que no se debía a la propia naturaleza. Si la atracción, llamada pomposamente por Newton *gravitación universal*, se concibe como una propiedad esencial de la materia, ¿de dónde proviene la incomprensible fuerza tangencial que dio origen a las órbitas de los planetas? ¿Cómo surgieron las innumerables especies vegetales y animales? ¿Y cómo, en particular, surgió el hombre, respecto al cual se está de acuerdo en que no existe de toda la eternidad? Al responder a estas preguntas, las ciencias naturales se limitaban con harta frecuencia a hacer responsable de todo al creador. Al comienzo de este período, Copérnico expulsó de la ciencia la teología; Newton cierra esta época con el postulado del primer impulso divino. La idea general más elevada alcanzada por las ciencias naturales de ese período es la de la congruencia del orden establecido en la naturaleza, la teleología vulgar de Wolff, según la cual los gatos fueron creados para devorar a los ratones, los ratones para ser devorados por los gatos y toda la naturaleza para

demostrar la sabiduría del creador.

—Hay que señalar los grandes méritos de la filosofía de la época que, a pesar de la limitación de las ciencias naturales contemporáneas, no se desorientó y, comenzando por Espinoza y acabando por los grandes materialistas franceses, se esforzó tenazmente para explicar el mundo partiendo del mundo mismo y dejando la justificación detallada de esta idea a las ciencias naturales del futuro. En ese período quedan incluidos los materialistas del Siglo XVIII, porque éstos no disponían de otros datos de las ciencias naturales que los que acabamos de ver. La obra de Kant, que posteriormente hiciera época, no llegaron a conocerla, y Laplace apareció mucho después de ellos. No olvidemos que si bien los progresos de la ciencia abrieron numerosas brechas en esa caduca concepción de la naturaleza, toda la primera mitad del Siglo XIX se encontró, pese a todo, bajo su influjo.

—La primera brecha en esta concepción fosilizada de la naturaleza no fue abierta por un naturalista, sino por un filósofo, por el fundador del idealismo alemán de fines del Siglo XVIII —retomó Leoncio en medio de la vorágine a la que habían entrado en medio de ese pimpón filosófico—. En 1755 apareció la *Historia general de la naturaleza y teoría del cielo* de Kant. La cuestión del primer impulso fue eliminada; la Tierra y todo el sistema solar aparecieron como algo que había devenido en el transcurso del tiempo. Si la mayoría aplastante de los naturalistas no hubiese sentido hacia el pensamiento la aversión que Newton expresara en la advertencia: *¡Física, ten cuidado de la metafísica!*, el genial descubrimiento de Kant les hubiese permitido hacer deducciones que habrían puesto fin a su interminable extravío por sinuosos vericuetos y ahorrado el tiempo y el esfuerzo derrochados copiosamente al seguir falsas direcciones, porque el descubrimiento de Kant era el punto de partida para todo progreso ulterior. Si la Tierra era algo que había devenido, algo que también había devenido eran su estado geológico, geográfico y climático, así como sus plantas y animales; la Tierra no sólo debía tener su historia de coexistencia en el espacio, sino también de sucesión en el tiempo. Si las ciencias naturales hubieran continuado sin tardanza y de manera resuelta las investigaciones en esta dirección, hoy estarían mucho más adelantadas. Pero, ¿qué podría dar de bueno la filosofía? La obra de Kant no proporcionó resultados inmediatos, hasta que, muchos años después, Laplace y Herschel no desarrollaron su contenido y no la fundamentaron con mayor detalle, preparando así, gradualmente, la admisión de la *hipótesis de las nebulosas*. Descubrimientos posteriores dieron, por fin, la victoria a esta teoría; los más importantes entre dichos descubrimientos fueron: el del movimiento propio de las estrellas fijas, la demostración de que en el espacio cósmico existe

un medio resistente y la prueba, suministrada por el análisis espectral, de la identidad química de la materia cósmica y la existencia supuesta por Kant de masas nebulosas incandescentes. La influencia retardadora de las mareas en la rotación de la Tierra, también supuesta por Kant, sólo fue comprendida no hace mucho. Pierre-Simon Laplace presentó su famosa hipótesis nebular en su obra *Exposición del sistema del mundo* en 1797, que formulaba que el sistema solar se creó de la contracción y enfriamiento de una gran nube aplastada de gas incandescente que giraba lentamente.

—Sin embargo —continuó Sebastián tomando la posta—, puede dudarse de que la mayoría de los naturalistas hubiera adquirido pronto conciencia de la contradicción entre la idea de una Tierra sujeta a cambios y la teoría de la inmutabilidad de los organismos que se encuentran en ella, si la naciente concepción de que la naturaleza no existe simplemente sino que se encuentra en un proceso de devenir y de cambio no se hubiera visto apoyada por otro lado. Nació la geología y no sólo descubrió estratos geológicos formados unos después de otros y situados unos sobre otros, sino la presencia en ellos de caparzones, de esqueletos de animales extintos y de troncos, hojas y frutos de plantas que hoy ya no existen. Se imponía reconocer que no sólo la Tierra, tomada en su conjunto, tenía su historia en el tiempo, sino que también la tenían su superficie y los animales y plantas en ella existentes. Al principio esto se reconocía de bastante mala gana. La teoría de Cuvier acerca de las revoluciones de la Tierra era revolucionaria de palabra y reaccionaria de hecho. Sustituía un único acto de creación divina por una serie de actos de creación, haciendo del milagro una palanca esencial de la naturaleza. Lyell fue el primero que introdujo el sentido común en la geología, sustituyendo las revoluciones repentinas, antojo del creador, por el efecto gradual de una lenta transformación de la Tierra; un gran desarrollo a pesar de que el defecto de sus concepciones, por lo menos en su forma original, consiste en que considera las fuerzas que actúan sobre la Tierra como fuerzas constantes, tanto cualitativa como cuantitativamente; para él no existe el enfriamiento de la Tierra y ésta no se desarrolla en una dirección determinada, sino que cambia solamente de modo casual y sin conexión. La teoría de Lyell era más incompatible que todas las anteriores con la admisión de la constancia de especies orgánicas. La idea de la transformación gradual de la corteza terrestre y de las condiciones de vida en la misma llevaba de modo directo a la teoría de la transformación gradual de los organismos y de su adaptación al medio cambiante, llevaba a la teoría de la variabilidad de las especies. Sin embargo, la tradición es una fuerza poderosa, no sólo en la Iglesia Católica, sino también en las ciencias naturales. Durante

largos años el mismo Lyell no advirtió esta contradicción, y sus discípulos, mucho menos. Ello fue debido a la división del trabajo que llegó a dominar por entonces en las ciencias naturales, en virtud de la cual cada investigador se limitaba, más o menos, a su especialidad, siendo muy contados los que no perdieron la capacidad de abarcar el todo con su mirada.

—Cierto —apuntaló Leoncio y continuó—. Mientras tanto, la física había hecho enormes progresos, cuyos resultados fueron resumidos casi simultáneamente por 3 personas en 1842, año que hizo época en esta rama de las ciencias naturales. Julius von Mayer, en Heilbronn, y James Prescott Joule, en Mánchester, demostraron la transformación del calor en fuerza mecánica y de la fuerza mecánica en calor. La determinación del equivalente mecánico del calor puso fin a todas las dudas al respecto. Mientras tanto Grove, que no era un naturalista de profesión sino un abogado inglés, demostraba, mediante una simple elaboración de los resultados sueltos ya obtenidos por la física, que todas las llamadas fuerzas físicas, la fuerza mecánica, el calor, la luz, la electricidad, el magnetismo, e incluso la llamada energía química, se transformaban unas en otras en determinadas condiciones, sin que se produjera la menor pérdida de energía. Grove probó así, una vez más, con método físico, el principio formulado por Descartes al afirmar que la cantidad de movimiento existente en el mundo es siempre la misma. Gracias a este descubrimiento, las distintas fuerzas físicas, estas *especies* inmutables, por así decirlo, de la física, se diferenciaron en distintas *formas del movimiento* de la materia, que se transformaban unas en otras siguiendo leyes determinadas. Se desterró de la ciencia la casualidad de la existencia de tal o cual cantidad de fuerzas físicas, pues quedaron demostradas sus interconexiones y transiciones. La física, como antes la astronomía, llegó a un resultado que apuntaba necesariamente el ciclo eterno de la materia en movimiento como la última conclusión de la ciencia. Lo que arde aún era vigente. El desarrollo maravillosamente rápido de la química desde Lavoisier y, sobre todo, desde Dalton, atacó, por otro costado, las viejas concepciones de la naturaleza. La obtención por medios inorgánicos de compuestos que hasta entonces sólo se habían producido en los organismos vivos, demostró que las leyes de la química tenían la misma validez para los cuerpos orgánicos que para los inorgánicos y salvó en gran parte el supuesto abismo entre la naturaleza inorgánica y la orgánica, abismo que ya Kant estimaba insuperable por los siglos de los siglos. Finalmente, también en la esfera de las investigaciones biológicas, sobre todo los viajes y las expediciones científicas organizados de modo sistemático a partir de mediados del Siglo XVIII, el estudio más meticuloso de las colonias europeas en

todas partes del mundo por especialistas que vivían allí, y, además, las realizaciones de la paleontología, la anatomía y la fisiología en general, sobre todo desde que empezó a usarse sistemáticamente el microscopio y se descubrió la célula; todo esto ha acumulado tantos datos, que se hizo posible y necesaria la aplicación del método comparativo, la embriología. De una parte, la geografía física comparada permitió determinar las condiciones de vida de las distintas floras y faunas; de otra parte, se comparó unos con otros distintos organismos según sus órganos homólogos, y por cierto no sólo en el estado de madurez, sino en todas las fases de su desarrollo. Y cuanto más profunda y exacta era esta investigación, tanto más se esfumaba el rígido sistema que suponía la naturaleza orgánica inmutable y fija. No sólo se iban haciendo más difusas las fronteras entre las distintas especies vegetales y animales, sino que se descubrieron animales, como el anfioxo, pequeño animal pisciforme que vive en varios mares y océanos y es una forma transitoria de los invertebrados a los vertebrados; y la lepidosirena que es un pez con respiración pulmonar y branquial; descubrimientos que parecían mofarse de toda la clasificación existente hasta entonces; finalmente, fueron hallados organismos de los que en ese entonces ni siquiera se podía decir si pertenecen al mundo animal o al vegetal. Las lagunas en los anales de la paleontología iban siendo llenadas una tras otra, lo que obligaba a los más obstinados a reconocer el asombroso paralelismo existente entre la historia del desarrollo del mundo orgánico en su conjunto y la historia del desarrollo de cada organismo por separado, ofreciendo el hilo de Ariadna, que debía indicar la salida del laberinto en que la botánica y la zoología parecían cada vez más perdidas. Es de notar que casi al mismo tiempo que Kant atacaba la doctrina de la eternidad del sistema solar, Caspar Friedrich Wolff con su obra, *La teoría de la generación*, desencadenaba, en 1759, el primer ataque contra la teoría de la constancia de las especies y proclamaba la teoría de la evolución. Pero, lo que en él sólo era una anticipación brillante tomó una forma concreta en manos de Oken, Lamarck y Baer y fue victoriosamente implantado en la ciencia por Darwin en su obra *El origen de las especies*, en 1859, exactamente 100 años después. Casi al mismo tiempo quedó establecido que el protoplasma y la célula, considerados hasta entonces como los últimos constituyentes morfológicos de todos los organismos, eran también formas orgánicas inferiores con existencia independiente. Lo dicho, todas estas realizaciones redujeron al mínimo el abismo entre la naturaleza inorgánica y la orgánica y eliminaron uno de los principales obstáculos que se alzaban ante la teoría de la evolución de los organismos. La nueva concepción de la naturaleza hallábase ya trazada en sus rasgos fundamentales: toda

rigidez se disolvió, todo lo inerte cobró movimiento, toda particularidad considerada como eterna resultó pasajera, y quedó demostrado que la naturaleza se mueve en un flujo eterno y cíclico.

—Y así hemos vuelto a la concepción del mundo que tenían los grandes fundadores de la filosofía griega, a la concepción de que toda la naturaleza, desde sus partículas más ínfimas hasta sus cuerpos más gigantescos, desde los granos de arena hasta los soles, desde los organismos inferiores, unicelulares y acelulares hasta el hombre, se halla en un estado perenne de nacimiento y muerte, en flujo constante, sujeto a incesantes cambios y movimientos. Con la sola diferencia esencial de que lo que fuera para los griegos una intuición genial es en este caso el resultado de una estricta investigación científica basada en la experiencia y, por ello, tiene una forma más terminada y más clara. Es cierto que la prueba empírica de este movimiento cíclico no está exenta de lagunas, pero éstas, insignificantes en comparación con lo que se ha logrado ya establecer firmemente, son menos en la medida que avanzan las ciencias.

—Déjame recordar algo más de lo aprendido en nuestro estudio —retomó Leoncio—. Los innumerables soles y sistemas solares de nuestra isla cósmica, limitada por los anillos estelares extremos de la Vía Láctea, se han desarrollado debido a la contracción y enfriamiento de nebulosas incandescentes sujetas a un movimiento en torbellino cuyas leyes se van descubriendo con la observación que nos proporcionan una mayor y mejor idea del movimiento propio de las estrellas, cosa que se repite en todo el Universo. Se sabe que es un proceso que dura decenas y centenas de millones de años en el que una enorme cantidad de polvo y gas que se mezcla y encoge volviéndose más densa y caliente; las partículas que se encuentran al interior de la nebulosa se unen unas a otras, dentro del movimiento en torbellino, formando gigantescas masas de materia que a medida que dan vueltas y más vueltas atraen a más y más partículas hasta el punto en que empiezan a fusionarse mientras liberan gran cantidad de energía, a esto se denomina reacción de fusión nuclear; esa liberación de energía es el brillo titilar que vemos en el firmamento y denominamos estrellas. Bien, la fusión nuclear es tan potente que, en un principio, la bola formada se desprende de las capas externas y lo que queda se trasforma en una estrella. Dentro de las estrellas, las partículas más pequeñas otra vez se van haciendo más grandes hasta que estalla esparciendo en el espacio no sólo enormes cantidades de luz y gas al rojo vivo sino los átomos grandes que se habían creado al interior de la estrella. Tras la explosión queda una nube repleta de materiales nuevos. Con el tiempo, y a medida que se enfrían los gases de esa nueva nube, se mezclará con otras nubes para formar

una más grande y dar así nacimiento a nuevas estrellas. Pero cerca del lugar de formación de nuevas estrellas hay elementos desechados que a su vez se unirán para formar cuerpos de distinto tamaño pero no lo suficientemente grandes como para terminar siendo estrellas; algunos de esos cuerpos adoptarán una forma esférica que con el tiempo conformarán lo que se conoce como planetas. Por otro lado, del gas desechado de la nube y por un proceso de enfriamiento, también se forman pequeñas rocas de hielo que al concentrarse darán origen a los cometas...

—A fin de cuentas —dijo Sebastián—, toda una serie de fenómenos en constante movimiento y desarrollo.

—Cierto. Pero, evidentemente, este desarrollo no se ha operado en todas partes con la misma rapidez. Ya hace tiempo que la astronomía se vio obligada a reconocer que, por una parte, además de los planetas, en nuestro sistema estelar existen cuerpos opacos, soles extintos; pero también, por otra parte, que una porción de las manchas nebulares gaseosas se encuentra en nuestro sistema estelar como soles aún no formados, lo que no excluye la posibilidad de que otras nebulosas sean distantes islas cósmicas independientes, cuyo estadio relativo de desarrollo está siendo cada vez más reconocido. Veamos. Laplace, dando un paso gigantesco para la humanidad, demostró con todo detalle cómo un sistema solar se desarrolla a partir de una masa nebular independiente; realizaciones posteriores de la ciencia han ido probando su razón cada vez con mayor fuerza. En los cuerpos independientes formados así tanto en los soles como en los planetas y en sus satélites prevalece al principio la forma de movimiento de la materia a la que ha denominado calor. Observaciones posteriores sobre el Sol fueron demostrando hasta qué punto el calor se transforma en electricidad o en magnetismo; ya está probado que los movimientos mecánicos que se operan en el Sol se deben al conflicto entre el calor y la gravedad. Los cuerpos desgajados de las nebulosas se enfrían más rápidamente cuanto más pequeños son. Primero se enfrían los satélites, los asteroides y los meteoritos, del mismo modo que nuestra Luna se ha enfriado hace mucho. En los planetas este proceso se opera más despacio, y en el Sol, aún con la máxima lentitud. Paralelamente al enfriamiento progresivo empieza a manifestarse con fuerza creciente la interacción de las formas físicas de movimiento que se transforman unas en otras, hasta que, al fin, se llega a un punto en que la afinidad química empieza a dejarse sentir, en que los elementos químicos antes indiferentes se diferencian químicamente, adquieren propiedades químicas y se combinan unos con otros. Estas combinaciones cambian de continuo con la disminución de la temperatura que influye de un modo distinto no ya sólo

en cada elemento, sino en cada combinación de elementos; cambian con el consecuente paso de una parte de la materia gaseosa primero al estado líquido y después al sólido y con las nuevas condiciones así creadas. El período en que el planeta adquiere su corteza sólida y aparecen acumulaciones de agua en su superficie coincide con el período en que la importancia de su calor intrínseco disminuye más y más en comparación con el que recibe del Sol. Su atmósfera se convierte en teatro de fenómenos meteorológicos en el sentido que damos hoy a esta palabra, y su superficie, en teatro de cambios geológicos, en los que los depósitos, resultado de las precipitaciones atmosféricas, van ganando cada vez mayor preponderancia sobre los efectos, lentamente menguantes, del fluido incandescente que constituye su núcleo interior. Finalmente, cuando la temperatura ha descendido hasta tal punto que, por lo menos en una parte importante de la superficie, ya no rebasa los límites en que la albúmina es capaz de vivir, se forma, si se dan otras condiciones químicas favorables, el protoplasma vivo. La albúmina primaria, completamente desprovista de estructura, cumplía todas las funciones esenciales de la vida: la digestión, la excreción, el movimiento, la contracción, la reacción a los estímulos y la reproducción. Pasaron seguramente miles de años antes de que se dieran las condiciones para el siguiente paso adelante y de la albúmina informe surgiera la primera célula, merced a la formación del núcleo y de la membrana. Pero con la primera célula se obtuvo la base para el desarrollo morfológico de todo el mundo orgánico; lo primero que se desarrolló, según se podía colegir aquel entonces tomando en consideración los datos que suministran los archivos de la paleontología, fueron innumerables especies de protistas acelulares y celulares que fueron diferenciándose hasta formar las primeras plantas y los primeros animales. Y de los primeros animales se desarrollaron, esencialmente gracias a la diferenciación, incontables clases, órdenes, familias, géneros y especies, hasta llegar a la forma en la que el sistema nervioso alcanza su más pleno desarrollo, a los vertebrados, y finalmente, entre éstos, a un vertebrado, en que la naturaleza adquiere conciencia de sí misma, el hombre. Y hoy se sabe que en el plasma sanguíneo del hombre, del ser humano, se encuentra en abundancia la albúmina sérica humana que es una proteína de cadena simple que posee 585 aminoácidos y es la principal proteína de la sangre.

—Y uno podría preguntarse cómo es posible que, a pesar de que todo esto ya fue sintetizado y explicado con meridiana claridad hace más de 130 años, aún se dé cabida a majaderas teorías como la del Big Bang y todas sus variantes con huecos negros o blancos y sin ellos...

—Así es —dijo Leoncio reconociendo la inquietud de Sebastián—. Veamos sólo un ejemplo en contraste a lo que acabamos de repasar. Científicos de todo el mundo persiguen el bosón de Higgs y creen que es la última pieza que falta en la teoría contemporánea que describe cómo están hechas las cosas, todo lo que se ve en el Universo; estos científicos, las supuestas mentes más preclaras del mundo moderno, dicen que cuando estudian *los componentes más pequeños de la materia*, abordan las mayores preguntas del Universo, y el bosón de Higgs les dirá, afirman, *cómo las partículas fundamentales* de las que todos estamos hechos *adquiere su masa* y, por tanto, permiten la existencia de cosas complejas, como los seres humanos. Dicen: la materia de nosotros mismos, de todo lo que nos rodea y lo que vemos en el cosmos, incluido planetas, estrellas y galaxias, está formada por *partículas elementales gobernadas por fuerzas fundamentales*. Aparte de la contradicción, ¿qué fuerzas serían ésas? ¿El impulso inicial? Hace casi 500 años que están embobados con esa teoría y con los experimentos que hacen en el Laboratorio Europeo de Física de Partículas, donde tienen un acelerador de partículas y juegan a ser dios, creen haber encontrado *huellas* del tan ansiado bosón de Higgs. Muy bien, felicitaciones. ¿Y qué? ¿Existe vuestro dios? ¿Es ese santo y bendito bosón el último de la cadena? ¿No habrá acaso algo aún más pequeño? No sólo tienen los ojos cerrados, también la mente y el entendimiento. Dicen: sabemos perfectamente qué características *debe* tener y buscan sólo esas características. ¡Buen provecho! La *nueva física* sigue desperdiciando sus monumentales capacidades por estar atrapada en el arder y se niega a aceptar que el Universo es infinito, que no tiene principio ni fin; que la materia existe independientemente de nosotros, en eterno movimiento, en un constante proceso de cambio y transformación; que no se puede crear ni destruir; que el movimiento es una propiedad de la materia y no existe movimiento sin materia y que con la división o desintegración de las partículas de la materia *sólo* se descubren nuevas formas del movimiento de la materia regidas por la ley de la contradicción. También relacionado con lo recordado hay algo más. Hay un experimento con plomo acelerado con el que pretenden estudiar la materia *original* del cosmos. El experimento se llama Alice y explora el plasma a 100,000 veces la temperatura del centro del Sol; cuando la materia se calienta a esa temperatura, dicen, ocurren cosas bastante raras; los átomos, afirman, dejan de ser átomos e incluso los núcleos atómicos se disgregan en sus componentes fundamentales para formar un nuevo estado de la materia; hasta aquí estamos, o mejor dicho, estoy, en general, casi de acuerdo. Pero, según mi opinión, no saben qué hacer con lo que ellos denominan una *sopa de partículas con propiedades*

exóticas y, para llenar las lagunas de su torpeza, afirman que así habría de haber sido el Universo al *principio*, en los primeros instantes después del Big Bang, mucho antes de que al expandirse y enfriarse aquel cosmos primitivo pudieran formarse los átomos y luego las estrellas, las galaxias, los planetas y todo lo que nos rodea. ¿De dónde parten? De la composición del átomo que está conformado por un núcleo y electrones; el núcleo, a su vez, está formado por protones y neutrones y cada uno de estos, dicen, por 3 quarks, unidos por lo que ellos llaman la fuerza fuerte, de la que se ocupan los gluones. Bien, dicen que los quarks no se pueden separar unos de otros y que están confinados dentro del protón o neutrón, y cuanto más fuerte intenta uno separarlos, más fuertemente se unen. Es, dicen, como si estuvieran sujetos con una goma, los gluones, que resulta más y más difícil de estirar cuanto más tensa está. Pero a partir de un momento, a muy alta temperatura, la goma se rompe y esas partículas elementales, en libertad, forman la famosa sopa. ¿Qué reglas rigen esa transición y sus propiedades? Eso dicen estar buscando; pero para nada se les ocurre recurrir a la ley de la contradicción en las cosas, es decir, a la ley de la unidad de los contrarios; o a algo tan elemental en química como a la combinación y disociación de los átomos. Entonces, hay que preguntarse ¿qué fuerzas propulsoras actúan detrás de los móviles que originan esa búsqueda? ¿Qué causas históricas son las que en las cabezas de esos científicos se transforman en esa búsqueda? ¿Es lo que buscan, el bosón de Higgs, una sustancia divina, vinculada a su dios? Para mí, se han planteado mal el problema, y si lo enfocaran de una manera materialista dialéctica tendrían las puertas abiertas para fabulosos descubrimientos. ¿Por qué lo buscan en la forma que lo buscan?

—Por la fuerza de la costumbre, la vía fácil y cómoda del idealismo y la religión —acotó Sebastián.

—Claro. Estos científicos, que en su gran mayoría son creyentes, se olvidan de Erwin Schrödinger que ya en 1935 había descrito una *superposición cuántica de estados* para dar a entender que los fotones están polarizados en un sentido y, *al mismo tiempo*, en el sentido contrario; lo que en la actualidad ayuda con eficacia al sondeo óptico para analizar células vivas y supera uno de los límites de la mecánica cuántica. También se olvidan, o no toman en cuenta, los avances de la nanotecnología, en especial en el campo de la medicina y la biología con el estudio de las proteínas y en la creación de nanopartículas o nanoestructuras. Pero bien, de regreso a lo nuestro. ¿Y qué sacamos de todo este larguísimo rollo que aprendimos de Engels? Que los pensadores avanzados de aquella época, hace varios siglos, apoyados en las conquistas de las ciencias naturales de su tiempo,

prepararon ideológicamente la transformación revolucionaria de la vida social e impulsaron la filosofía científica. La pugna entre materialismo e idealismo, entre ciencia y religión, cobró durante ese período características más agudas que en la antigüedad.

—Así es —convino Sebastián y continuó—. En los países más desarrollados de Europa Occidental surgieron, en los tiempos de las primeras revoluciones burguesas, una serie de teorías materialistas que fueron manifestándose en la lucha contra la superestructura ideológica reaccionaria de la sociedad feudal, contra la teología y contra la escolástica surgida en el Siglo XII que, no viendo la realidad objetiva como el origen de nuestras sensaciones, *deduce* tras laboriosas construcciones verbales, el concepto de lo objetivo como algo que tiene una significación universal, sin querer distinguir la verdad objetiva de la doctrina sobre los duendes y fantasmas. Así, en este triple combate, se empieza a desenvolver la preparación ideológica de la revolución burguesa en la Francia de fines del Siglo XVIII.

—A fines del Siglo XVI y comienzos del XVII había aparecido, en Inglaterra, una fuerte corriente materialista, materialista en el sentido que en inglés se da a la palabra empírico, que dio grandes frutos y se prolongó buena parte del Siglo XVIII. Fue el materialismo inglés del Siglo XVII que tuvo como exponentes las teorías de Bacon, Hobbes y Locke...

—Eso —empalmó Sebastián—. Francisco Bacon cumplió, históricamente, un papel muy importante en la crítica de la ideología medieval, incluyendo el idealismo de Pitágoras y el de Platón, y en especial contra la escolástica a la que desvelaba como perniciosa y estéril. Sostenía que, para conocer la naturaleza, lo primero que tendría que hacerse era desterrar las aberraciones tan extendidas entre la gente y a las que daba el nombre de ídolos o fantasmas; las falaces concepciones arraigadas en la mente a la sombra de la fe en las viejas autoridades. Bacon entendía con claridad meridiana, incluso superando a muchos *filósofos* actuales, que existían aberraciones extensivas a todo el género humano, aberraciones a las que llamaba ídolos de la tribu, sugeridas por los confusos testimonios de los sentidos o los errores lógicos; planteaba que para acabar con esas aberraciones y para estimular el desarrollo de la ciencia era necesario encontrar un método certero de conocimiento. Es de él aquella pregunta que dice: ¿por qué han llegado a nosotros colecciones enteras de obras de los idealistas de la Antigüedad y, en cambio, se han perdido las de los materialistas? Y se respondía: Porque cuando un barco se hunde, el cargamento valioso se va al fondo del mar, mientras que las barricadas vacías flotan en la superficie de las aguas. ¿Acaso no sucede lo mismo hoy en día?

—¡Claro que sí!

—Bacon, que fue Lord Canciller de Inglaterra con el Rey Jaime I hasta que perdió su puesto porque se había enriquecido aceptando regalos de los litigantes, decía que la escolástica es estéril como las vírgenes consagradas a dios y que los hombre necesitan una filosofía que les enseñe a comprender la naturaleza, pues el saber es fuerza. Para dominar la naturaleza, decía, hay que someterse a ella e indagar sus *formas*, es decir, sus fuerzas y sus leyes; si quieren llegar a ser dueños y señores de la naturaleza, los hombres necesitan crear una *ciencia nueva*, que enseñe el Universo tal como es éste en realidad. La verdadera misión de la ciencia, según Bacon, consiste en estudiar el mundo material como elemento activo dotado de diversas propiedades, de tensión y movimiento internos y que adopta diversas formas en los fenómenos de la naturaleza. Según él, el conocimiento científico del mundo material descansa sobre la experiencia y constituye la elaboración racional de los datos de ésta. La experiencia, el experimento, es el criterio de la verdad. Bacon, por sus concepciones gnoseológicas, era empirista, cierto, y comparaba a los dogmáticos, que menospreciaban el conocimiento transmitido por la experiencia, con las arañas ya que urdían por sí mismos la tela de sus lucubraciones abstractas; y, por otra parte, parangonaba con las hormigas a los empiristas estrechos, que se limitaban a acumular hechos sueltos. El verdadero sabio, decía, es como la abeja: liba el néctar, los datos de la experiencia, y, elaborándolos teóricamente, saca de ellos la miel de la ciencia. Alguien ya dijo con mucho acierto lo siguiente: el verdadero progenitor del *materialismo inglés* y de toda la ciencia *experimental* moderna es Bacon. La ciencia de la naturaleza es, para él, la verdadera ciencia, y la *física concreta* la parte más importante de la ciencia de la naturaleza. A menudo se apoya en Anaxágoras y en Demócrito, en Anaxágoras en sus horneomerías, que según él eran minúsculas partículas cualitativamente determinadas y divisibles infinitamente, partículas que constituían la base inicial de todo lo existente y que sus combinaciones daban origen a la diversidad de las cosas; y en Demócrito, en sus átomos. De acuerdo a su teoría, los *sentidos* son infalibles y la *fente* de todo conocimiento. La ciencia es *ciencia experimental* y tiene por función someter a un método racional los datos de los sentidos. La inducción, el análisis, la comparación, la observación y la experimentación son las condiciones esenciales de un método racional. Entre las propiedades innatas de la materia, la primera y la principal es el movimiento, pero no solamente como movimiento mecánico y matemático, sino más bien como instinto, espíritu vital, tendencia o *tormento de la materia*. Las formas primitivas de la materia son fuerzas naturales vivas, individualizantes,

inherentes a ella; son las que producen las diferencias específicas. En Bacon, su primer creador, el materialismo oculta aún ingenuamente los gérmenes de su desenvolvimiento universal. La materia sonrío al hombre en todo su poético y sensual esplendor. Pero la misma doctrina aforística rebosa aún de inconsecuencias teológicas.

—¡Buen resumen! En la ciencia moderna hay una tendencia que sostiene la teoría del caos, ésta representa un regreso, aunque en un nivel mucho más elevado, a la línea de argumentación de Bacon y la de los materialistas del Renacimiento que a su vez volvieron a descubrir una tradición mucho más antigua, la tradición materialista griega de las escuelas jónicas y atomistas. Bacon desarrolló su propia concepción materialista de la naturaleza, se basaba en la idea de que la materia estaba formada por partículas dotadas con múltiples propiedades, y una de ellas era el movimiento, no sólo se limitó al movimiento mecánico también anticipó una hipótesis brillante, que el calor era una forma de movimiento. Se considera el movimiento no sólo un impulso externo o una fuerza mecánica, se le considera una cualidad inherente a la materia, una tensión interna extrema que es la forma correcta de interpretar lo que acabas de señalar como *tormento de la materia*. Hoy en día, utilizaríamos la palabra energía. De esta manera, las formas primarias de la materia estarían dotadas de movimiento y energía, casi como una fuerza viva. Si comparamos estas ideas con las concepciones inertes, inexpresivas y mecanicistas que se hicieron durante el siguiente siglo, esta visión de la materia es rotundamente más moderna y se aproxima a la posición del materialismo dialéctico. Por lo demás, hay que insistir, la filosofía de Bacon se inspira en la idea del desarrollo del conocimiento como una forma de incrementar el poder del hombre sobre la naturaleza.

—Así es —dijo Sebastián mientras le hacía una señal a Leoncio para que se detenga—. Bacon atribuía especial importancia a la inducción, como método para remontarse de lo particular a lo general, de los datos empíricos concretos a la síntesis científica. El método inductivo, elaborado por él mediante la generalización filosófica de las conquistas realizadas por las ciencias naturales, estaba llamado a desempeñar un papel importante en el desarrollo de la ciencia experimental. Hasta aquí con Bacon. Bueno, pero la cosa sigue. El continuador y sistematizador del materialismo baconiano, a la vez que creador de un sistema filosófico nuevo y original, fue Tomás Hobbes. Su doctrina puede considerarse como prototipo del materialismo del Siglo XVIII. La naturaleza, para él, es un conjunto de cuerpos dotados de extensión y figura; el movimiento tiene carácter mecánico y se reduce al desplazamiento de los cuerpos en el espacio. Según él, la filosofía es el conocimiento de los efectos no conocidos partiendo

de causas conocidas, o el conocimiento de causas que no se conocen partiendo de efectos conocidos. Su concepción de la materia y el movimiento y su definición del método científico como suma y sustracción de propiedades de los cuerpos estudiados, indican el carácter mecanicista y la limitación metafísica de las ideas filosóficas de Hobbes. Aunque su mérito fue el haber defendido contra la religión la totalidad de la concepción materialista del mundo; sacó las conclusiones ateas de sus convicciones materialistas y repudió la religión como incompatible con la ciencia. Dijo que el temor del hombre, ignorante al futuro que desconoce, es lo que engendra la religión; y la Iglesia de Inglaterra quemó sus libros 2 veces, antes y después de muerto. Sin embargo, Hobbes no fue ateo militante, y hasta llegó a sostener que la religión puede beneficiar a los Estados, como medio para frenar a las masas.

—Correcto, pero un momento, por favor —pidió Leoncio mientras se posicionaba mejor sobre el terreno que pisaba—. Me gustaría añadir algo para evitar malos entendidos. Y es que sabemos que las limitaciones del método estrictamente inductivo son evidentes ya que no importa la cantidad de hechos que se examinen, porque sólo toma una excepción para socavar cualquier conclusión general que podamos extraer. La teoría del conocimiento de Bacon era estrictamente empírica y negaba la existencia de los llamados *universales*. Desarrolló el método de razonamiento conocido como inducción que ya estaba presente en los trabajos de Aristóteles. Ésta es una forma de estudiar experimentalmente las cosas, se parte de una serie de hechos aislados hasta llegar a las proposiciones generales. Bien. Como un antídoto al idealismo estéril de los escolásticos, representaba un paso adelante importante aunque contaba con serias limitaciones, que más tarde se convertirían en un obstáculo para el desarrollo del pensamiento. Eso es algo que no hay que olvidar. Es el principio de la particular aversión hacia la teoría, una tendencia al empirismo, el culto servil a los *hechos* y el rechazo a aceptar las generalizaciones que han dominado y dominan aún el pensamiento de muchos *pensadores*. Hay que desenmascarar a todos aquellos que pretenden limitarse a la *realidad*, y para ello se ocultan tras una falsa fachada de *objetividad académica*, mientras que dan rienda suelta a todos sus prejuicios. El materialismo dialéctico no considera que la inducción y la deducción sean incompatibles, cree que son *aspectos* diferentes del proceso de conocimiento dialéctico, inseparablemente relacionados y que se condicionan mutuamente. Ya lo hemos visto reiteradamente, el método del conocimiento humano procede de lo particular a lo universal, y también de lo universal a lo particular. Por esa razón es incorrecto y unilateral contraponer una a la otra. A pesar de inten-

tar hacer lo contrario, es imposible partir de los *hechos* sin tener ninguna concepción previa. Esta teórica *objetividad* nunca ha existido ni existirá. Cuando nos aproximamos a un hecho, siempre tenemos nuestras concepciones y categorías; pueden ser conscientes o inconscientes, pero siempre están presentes. Aquellos que imaginan poder ser felices sin filosofía, como ocurre con muchos científicos, lo que hacen es repetir inconscientemente la filosofía oficial existente y los prejuicios de la sociedad en la que viven. Por otro lado, en aquellos tiempos, en el curso de su evolución, el materialismo se hace unilateral. Hobbes sistematiza el materialismo de Bacon; sí, pero la materialidad pierde su flor y se convierte en la materialidad abstracta del geómetra. El movimiento físico es sacrificado al movimiento mecánico o matemático; la geometría es proclamada la ciencia fundamental. El materialismo se torna misántropo. A fin de poder vencer en su propio terreno al espíritu misántropo e inmaterial, el materialismo ha de martirizar su propia carne y volverse asceta. Así se presenta como un ente de razón, pero desarrolla igualmente la lógica inexorable de la inteligencia. Partiendo de Bacon, Hobbes formula el razonamiento siguiente: Si la materialidad proporciona al hombre todos sus conocimientos, entonces la intuición, la idea, la representación, etcétera, no son más que fantasmas del mundo material más o menos despojados de su forma sensible. La ciencia sólo puede dar un nombre a estos fenómenos. Un solo y mismo nombre puede aplicarse a varios fantasmas. Incluso puede haber nombres de nombres. Pero sería contradictorio afirmar, por una parte, que todas las ideas tienen su origen en el mundo material y sostener, por otra parte, que una palabra es más que una palabra y que, además de los seres representados, siempre individuales, existen también seres generales. Una substancia inmaterial es no menos contradictoria que un cuerpo inmaterial. Cuerpo, ser, substancia, son una sola y misma idea real. No puede separarse el pensamiento de una materia que piensa. Ella es el sujeto de todos los cambios. La palabra *infinito* no tiene sentido, a no ser que signifique la capacidad de nuestro espíritu de adicionar sin fin. Como sólo lo material puede ser objeto de la percepción y del saber, nada sabemos de la existencia de dios. Sólo es cierta mi propia existencia. Toda pasión humana es un movimiento mecánico que empieza o termina. Los objetos de los impulsos son el bien. El hombre está sometido a las mismas leyes que la naturaleza. Poder y libertad son idénticos. Bien, hasta aquí su razonamiento; y sí, Hobbes sistematizó a Bacon pero sin fundar en razones precisas su principio fundamental de que el origen de los conocimientos y de las ideas es el mundo físico. Más adelante, Locke da las *razones del principio fundamental* de Bacon y de Hobbes en su *Ensayo sobre el origen del enten-*

dimiento humano al establecer que el origen de todo el conocimiento y las ideas humanas se encontraba en el mundo material que nos llega a través de nuestra percepción sensorial. Hobbes pulverizó los prejuicios teístas del materialismo baconiano; Collins, Dodwal, Coward, Hartley, Priestley y otros, derrumbaron la última barrera teológica del sensualismo de Locke. Siguiendo los pasos de Newton, Locke se contentó con dar por sentado la existencia de una deidad que, después de dar un pequeño empujón al Universo, se retiró a los márgenes del Universo para el resto de la eternidad permitiendo al hombre de ciencia continuar con su obra. Al menos *para* el materialista, el teísmo no es sino el medio cómodo e indolente de librarse de la religión. Así y todo, con su tendencia al sensualismo, que reduce la experiencia a la experiencia externa, a la percepción de los sentidos y deja de lado la experiencia interna y se *olvida* de la coexistencia de idea y sensación en la conciencia, el materialismo empírico inglés de Bacon, Hobbes y Locke representó un paso de gigante con relación al idealismo y el oscurantismo religioso de la Edad Media y pondría la base para el desarrollo general de la ciencia moderna. Y así es como Locke llegó a tiempo para los franceses; él había fundado la filosofía del buen sentido, es decir, estableció, por un rodeo que no existía, una filosofía distinta del buen sentido y de la razón descansando en el sentido común; la *razón*, decía, debe ser nuestro juez y guía en todo. El discípulo directo y el intérprete francés de Locke, Condillac, dirigió inmediatamente el sensualismo de Locke contra la metafísica del Siglo XVII. Demostró que los franceses habían rechazado con razón esta metafísica como una simple elucubración de la imaginación y de los prejuicios teológicos. Publicó una refutación de los sistemas de Descartes, Espinoza, Leibniz y Malebranche. En su obra *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos*, Condillac desarrolló el *pensamiento* de Locke y demostró que no sólo el alma sino también los sentidos, no sólo el arte de hacer ideas sino también el arte de las sensaciones sensibles, son cuestiones de la experiencia y de la costumbre. Según él, todo el desarrollo humano depende, por lo tanto, de la educación y de las circunstancias exteriores. Realmente, nunca negó la existencia de dios pues sólo defendía la existencia de la materia; una conclusión extraordinaria por parte de alguien que había sido cura. Más adelante, Condillac fue suplantado en las escuelas francesas por la filosofía ecléctica. La diferencia entre el materialismo francés y el materialismo inglés es la diferencia que existe entre ambas nacionalidades. Los franceses dan al materialismo inglés el espíritu, la carne y los huesos, la elocuencia, lo dotan del temperamento que le faltaba y de la gracia. Lo civilizan. Sin embargo, para explicar los grandes movimientos históricos, no basta sólo con apelar

a las características nacionales. El carácter del inglés y el francés también eran diferentes 100 años antes, sin la existencia de Hume o Voltaire, ambos fueron producto de su propio tiempo o, para ser más exactos, producto de una concatenación de circunstancias sociales, económicas y culturales concretas. La filosofía de Berkeley y Hume emerge en un período en el que la burguesía ya había triunfado e intentaba poner freno a la revolución. Concordet, Diderot y Voltaire pertenecen a un período completamente diferente, un período de fermento social e intelectual que llevó a la revolución de 1789-1793. En cierto sentido la lucha de los filósofos contra la religión y la ortodoxia sirvió de preparación para la toma de la Bastilla. Antes de derrocar el antiguo orden, era necesario, en primer lugar, desterrarlo de las mentes de hombres y mujeres. La filosofía materialista del Siglo XVIII era una filosofía revolucionaria. Era sencillamente la expresión ideológica de la lucha de la burguesía revolucionaria contra el clero, la nobleza y la monarquía absolutista. Por ejemplo, Paul-Henri-Dietrich Holbach, que a pesar de ser alemán pasó la mayor parte de su vida en Francia donde jugó un papel importante en el movimiento materialista, atacó la religión y el idealismo, especialmente las ideas de George Berkeley, obispo de la Iglesia Anglicana de Irlanda. Locke ya creía posible que la materia pudiera tener la facultad de pensar y Holbach estaba de acuerdo, pero a diferencia de Locke estaba dispuesto para extraer todas las conclusiones y lanzó a la religión y la Iglesia al tacho de la basura. Dijo que si consultamos la experiencia, veremos que son ilusiones y opiniones religiosas que buscan la verdadera fuente de la hueste de demonios que la humanidad ve en todas partes, la ignorancia de las causas naturales ha llevado a la creación de dioses; el engaño ha convertido a los últimos en algo terrible; el concepto de amargura de ellos ha perseguido al hombre sin hacerlo algo mejor, lo ha hecho estremecerse en vano, ha llenado su mente de quimeras, lo ha opuesto al progreso de la razón y le ha impedido la búsqueda de la felicidad. Estos temores lo han convertido en esclavo de aquellos que lo han engañado con el pretexto de cuidar a sus dioses o cerrar sus grilletes; esa estupidez, la renuncia a la razón, el letargo espiritual y la degradación del alma eran los mejores medios de conseguir la felicidad eterna. Pues bien, y aquí termino, algo importante a tomar en cuenta, y que bien conoces pero vale la pena recordarlo, son las 3 limitaciones fundamentales de los materialistas franceses del Siglo XVIII. Primera limitación: la concepción de los antiguos materialistas era *mecanicista*, en el sentido de que aplicaban exclusivamente el rasero de la mecánica a los procesos de naturaleza química y orgánica que, a la postre, conduce a ciertos individuos a desviarse, a través de la *nueva física*, hacia el idealismo. Segunda limitación: el

carácter metafísico de las concepciones de los antiguos materialistas en el sentido del *carácter antidialéctico de su filosofía*; no comprendieron absolutamente nada de la aplicación de la dialéctica a la gnoseología; por ejemplo, el asunto la verdad absoluta y la verdad relativa. Tercera limitación: mantenimiento del idealismo *en lo alto*, en el terreno de la ciencia social, incompreensión del materialismo histórico. Listo.

—Gracias, caballero —dijo Sebastián sonriendo mientras invitaba a Leoncio, con una señal de la mano, para reiniciar la marcha—. Bueno, como siempre, te adelantas varios pasos en la secuencia de la exposición. Pero no importa, ya me tienes acostumbrado. Veamos. El punto de partida de la ciencia moderna es el Renacimiento, período que puso fin a miles de años de reinado de la ignorancia y la superstición. La humanidad miraba de nuevo a la naturaleza sin que la sombra del dogma cegara sus ojos. El mundo volvió a descubrir la filosofía clásica griega, a través de traducciones directas de versiones fidedignas llegadas a Italia después de la invasión turca de Constantinopla. La perspectiva materialista del mundo de los antiguos jonios y atomistas indicó a la ciencia cuál era el camino correcto. El Renacimiento fue un período revolucionario en todo el sentido de la palabra. Al mismo tiempo, la guerra de los campesinos en Alemania señaló cuál sería la forma de la futura lucha de clases. Quedó hecha pedazos la dictadura de la Iglesia Católica sobre la mente de los hombres; la rechazaron de manera directa la mayoría de los pueblos germánicos, que adoptaron el protestantismo, en tanto que entre los latinos se arraigaba cada vez más un alegre espíritu de libre pensamiento, recibido de los árabes y alimentado por la filosofía griega, recién descubierta, todo lo cual preparaba el camino para el materialismo del Siglo XVIII. El descubrimiento de América y la ruta marítima a las Indias Orientales abrieron nuevos horizontes para el comercio y la exploración. Pero fue en el terreno del intelecto donde se abrieron los mayores horizontes. Era imposible mantener la antigua y estrecha parcialidad, ahora para llegar a la verdad era necesario derribar las viejas barreras, ya lo has explicado a grandes rasgos. Como en todas las épocas revolucionarias, existía un ardiente deseo de saber. El desarrollo de la ciencia siempre está vinculado estrechamente con el crecimiento de la tecnología, que, a su vez, está relacionada con el desarrollo de las fuerzas productivas. Se dice que el científico más grande del Renacimiento probablemente fue Galileo. Hizo grandes descubrimientos en el campo de los proyectiles y la caída de los objetos, Galileo fue un defensor convencido de la posición de Copérnico y el primer astrónomo que utilizó el telescopio para la investigación del cielo. Sus observaciones no dejaron ninguna piedra firme del an-

tigo Universo. La Luna no era una esfera perfecta, era una superficie irregular, con montañas y mares. Venus tenía fases como el Sol y lo más importante de todo, Júpiter tenía 4 lunas. La Iglesia defendía la existencia de 7 planetas porque para ella 7 era un número místico y era *imposible* que existieran 11 planetas. La Inquisición sometió 2 veces a juicio a Galileo, uno privado en 1616 y otro público en 1633. En el segundo juicio lo obligaron a retractarse de sus ideas, prometió que nunca más defendería que la Tierra giraba alrededor del Sol o que rotaba sobre su propio eje. Y a pesar del *Eppur si mouve, y sin embargo se mueve*, la Iglesia consiguió silenciar al más grande científico de la época y en el proceso también se sepultó en Italia, durante un largo período de tiempo, a la ciencia. Otros habían tenido un destino peor, por ejemplo, Giordano Bruno, que fue quemado en la hoguera, en Roma, después de 8 años en prisión. Los protestantes no se quedaron atrás, ya lo hemos visto, Lutero denunció a Copérnico por ser un astrólogo que se esfuerza en demostrar que la Tierra da vueltas. Pero a pesar de todas las dificultades, el nuevo modo de pensamiento fue ganando terreno sin parar hasta finales del Siglo XVII, cuando consiguió una victoria decisiva. Los mismos científicos que, en nombre de la ortodoxia, condenaron las ideas de Galileo, en la práctica y calladamente descartaban la desacreditada visión geocéntrica de Tolomeo. La correcta descripción de la circulación sanguínea hecha por William Harvey, cientos de años después de las hipótesis de Galeno y de las descripciones realizadas por Ibn Nafis y 6 décadas después del descubrimiento hecho por Serveto, revolucionó el estudio del cuerpo humano y acabó con los viejos mitos. Fueron los descubrimientos de la ciencia, y no la disputa lógica de los filósofos, los que hicieron insostenibles las viejas ideas. Aunque los métodos tradicionales de los escolásticos permanecieron aún durante mucho tiempo, cada vez más aparecían más alejados de la realidad. El auge de la ciencia procedía de otra dirección y con otros métodos de observación y experimentación. Inglaterra se había colocado a la vanguardia al defender el método empírico. En el Renacimiento, como en la antigüedad, la filosofía y la ciencia, que eran la misma cosa, se veía la naturaleza como una sola cosa, un conjunto interiormente interdependiente. Adelantaron hipótesis brillantes, por ejemplo, sobre la naturaleza del Universo, pero estas hipótesis no se podían verificar o desarrollar debido a la situación en la que se encontraban la tecnología y la producción. Sólo con el nacimiento del capitalismo, y en particular con la revolución industrial, fue posible investigar detalladamente el funcionamiento de la naturaleza en sus distintas manifestaciones. Este acontecimiento alteró profundamente la forma de mirar al mundo. Una verdadera ciencia de la naturaleza no data

propriadamente sino de la segunda mitad del Siglo XV, y a partir de entonces ha hecho progresos con velocidad siempre creciente. La descomposición de la naturaleza en sus partes particulares, el aislamiento de los diversos procesos y objetos naturales en determinadas clases especiales, la investigación del interior de los cuerpos orgánicos según sus muy diversas conformaciones anatómicas, fue la condición fundamental de los progresos gigantescos que nos han aportado los últimos casi 600 años al conocimiento de la naturaleza. Aunque como tú dices, dentro de este período, los avances de las ciencias, en los últimos 50 años o algo más, representan un gran salto. Pero todo ello, en su tiempo, nos legó, también, la costumbre de concebir las cosas y los procesos naturales en su aislamiento, fuera de la gran conexión de conjunto. No en su movimiento, por tanto, sino en su reposo; no como entidades esencialmente cambiantes, sino como subsistencias firmes; no en su vida, sino en su muerte. Al pasar ese modo de concepción de la ciencia natural a la filosofía, como ocurrió por obra de Bacon y Locke, creó en ella la específica limitación de pensamiento que aún persiste, el modo metafísico de pensar. Por otro lado, el surgimiento de una nueva clase de materialismo durante el Renacimiento, fue la *condición previa* para el renacimiento, a un nivel cualitativamente superior, de la ciencia. Pero como hemos visto, adoleció de una parcialidad, en la forma de empirismo, que tendría consecuencias extremadamente negativas. La negación de la validez de todo aquello que no procede de la observación inmediata, el rechazo a las teorías y generalizaciones amplias condenó este materialismo a la esterilidad. *Yo no hago hipótesis*, había dicho Newton. El resultado fue que los representantes de esta escuela fueron incapaces de superar las limitaciones de la perspectiva científica de la época, que fundamentalmente tenía un carácter mecánico y estático. Este defecto es aplicable no sólo a los empiristas ingleses sino también a los materialistas franceses a pesar de tener una perspectiva más amplia y realizar incursiones ocasionales brillantes en la dialéctica. El filósofo francés Descartes, más preocupado por los principios generales que por el detallado trabajo de la observación, planteó la cuestión de la relación entre el pensamiento y el ser de una forma diferente a los empiristas ingleses. Descartes comenzó a dudar, no de la posibilidad del conocimiento en general, sino sólo de las opiniones existentes que se planteaban como verdades infalibles. A pesar de ello, en *El discurso del método*, busca una verdad que sea aceptable por todo el mundo como algo incuestionable. Pronuncia la célebre frase *Pienso, luego existo*. Ésta es la piedra angular de toda su filosofía. Y dicho esto se queda plantado, no avanza; no consiguió resolver la relación entre el pensamiento y el ser. El materialista francés Gassendi refutó

esa idea planteando que de ser así, del mismo modo se podía deducir la *existencia* a partir de cada una de las otras funciones humanas; y los idealistas respondieron que ninguna de estas funciones se puede percibir sin el pensamiento. Por lo que lo mejor sería primero definir qué es el pensamiento; y desde un punto de vista materialista, es materia que piensa...

—Alto, alto, alto, compadre. ¡Momentito! ¿El pensamiento es materia que piensa? Eso será tu punto de vista, pero no el punto de vista del materialismo. ¿El pensamiento es materia? Si lo que querías decir es que *el cerebro* es materia que piensa, eso es otra cosa. Presta atención a lo que acabas de decir o se crearán malos entendidos y falsas interpretaciones. Lo correcto es decir que el pensamiento es una *propiedad* de la materia organizada de una forma particular, pero en sí mismo no es materia; el pensamiento es una función del cerebro, el pensamiento es el producto del cerebro humano y del sistema nervioso, inseparables del cuerpo humano y que depende de la comida, que presupone una sociedad humana y unas relaciones productivas. En el peor de los casos y con redundancia, el pensamiento es un producto de la materia pensante, la conquista más elevada de la naturaleza. A Descartes ni siquiera se le ocurrió pensar en la evidente existencia de un sistema nervioso humano, de un cerebro, de un cuerpo y en todo lo demás a ello relacionado. En el fondo lo que Descartes plantea, y otros muchos filósofos antes y después de él, es que el pensamiento y la realidad material son algo completamente diferente. Hay que tener en cuenta algo muy importante y es que en determinado momento y por un largo período el pensamiento mismo se convierte en objeto de estudio, se pierden sus orígenes materiales y aparece como algo místico, separado y aparte de la materia; una sustancia divina, vinculada a dios, un *alma* inmortal, independiente de nuestro cuerpo y que no perece cuando morimos. También había una corriente de filósofos materialistas que planteaban que el pensamiento en sí mismo es inmaterial a pesar de los esfuerzos de algunos materialistas mecánicos dispuestos a demostrar que el pensamiento es una *sustancia material* segregada por el cerebro, igual que la bilis es segregada por el hígado. La relación exacta entre el pensamiento y el ser ha sido el origen de todas las principales disputas filosóficas durante más de 2,500 años y sólo el materialismo dialéctico la resolvió de una forma satisfactoria. No olvidar, el pensamiento es una propiedad de la materia organizada de una forma particular, sí, pero en sí mismo no es materia. Con todas sus idas y venidas, con todas sus vacilaciones y ondulaciones, la física cuántica de los científicos creyentes, entre otras especies, es el origen de nuevas tentativas idealistas de concebir el movimiento sin la materia, basándose en la

descomposición de las partículas de la materia que se creían indivisibles y en el descubrimiento de nuevas formas, hasta hoy desconocidas, del movimiento de la materia; pierden estúpidamente el tiempo y malgastan el potencial científico y tecnológico en la búsqueda de la *materia oscura*, basándose no en hechos observables, sino en hipótesis cosmológicas de fantasía.

—Cierto, tienes razón, no puse cuidado —repuso Sebastián moviendo las manos como queriendo borrar un desacierto—. Fue un lapsus, lo que quería dar a entender es que el pensamiento no puede existir ni existe por sí mismo separado de la materia; y con relación a esta cuestión tan decisiva, Descartes adoptó una postura inconsistente e insatisfactoria, que lo llevó a toda clase de contradicciones.

—Mejor, eso es más claro y preciso. Sólo la crítica directa y abierta permite que notemos nuestros errores y, ya lo sabes, sólo así podemos corregirlos y avanzar.

—Cierto. Bueno, sigo. Para él, para Descartes, la diferencia fundamental entre el pensamiento y la materia residía en que la materia tenía extensión mientras que el pensamiento, espíritu o alma no tenía nada. Según Descartes no hay nada en común entre el pensamiento y la materia; y no sólo son diferentes, también son diametralmente opuestos. La unión del cuerpo y el alma es una unión completamente mecánica. El alma habita el cuerpo como una cosa extraña, una relación totalmente artificial y mecánica. Sin el alma, el cuerpo es como una máquina inerte o un autómatas; esto fue escrito en 1637 pero el tema es muy moderno. El idealismo de Descartes lo lleva a separar la mente del cuerpo y considerar el cuerpo como un mero autómatas dentro del cual mora el alma, y para fundamentarlo se refugia en conceptos metafísicos y acientíficos. Esto se convertiría en una fuente considerable de confusión y tuvo un efecto pernicioso en la comprensión científica de la auténtica naturaleza de la mente y su relación con el cuerpo, el cerebro y el sistema nervioso. Sitúa el alma en la llamada *glándula pineal*, en el centro del cerebro, sencillamente porque todas las otras partes del cerebro son dobles y por lo tanto incapacitadas para actuar como el órgano del alma. Descartes desarrolla una doctrina dualista acerca del alma y el cuerpo vinculados por intervención divina. Bueno, pero a pesar de su debilidad, la filosofía de Descartes contenía un aspecto progresista para su tiempo y sus avances en la ciencia impulsaron el desarrollo de las ciencias naturales en Francia. Descartes prestó a la materia una fuerza autocreadora y consideró al movimiento mecánico como su acto vital. En este caso logró separar su física de su metafísica. En su física, la materia es la sustancia única, la única razón del ser y del conocimiento. El materialismo mecanicista francés toma la física de Descartes y rechaza su

metafísica. Filosóficamente, su idealismo fue superado por la tendencia materialista predominante de la Ilustración, aunque sí influyó a algunos como La Mettrie. Fuera de Francia sus ideas representaron el punto de partida de Espinoza y Leibnitz...

—Éntrale a Espinoza...

—En eso estoy, compadre. Sin embargo, Benito de Espinoza, filósofo holandés, posteriormente se aparta de la doctrina cartesiana, supera su dualismo y sienta los fundamentos de la concepción materialista monista de la naturaleza. Sólo existe, según su filosofía, una *sustancia*, que es la materia, sustancia infinita, eterna e indivisible, sobre la que descansan todos los fenómenos de la naturaleza. Son atributos suyos la extensión y el pensamiento. Dice que el mundo debe explicarse por sí mismo, ya que es su propia causa. Espinoza llama sustancia a la naturaleza, pero también la llama dios; la sustancia, dice, es dios o la naturaleza. De esta manera se puede apreciar que su materialismo se presenta todavía bajo una envoltura teológica, es la limitación de su tiempo. La diferencia radica en que él elimina de su sistema materialista todo elemento sobrenatural, todo ser ultraterrenal, abraza el ateísmo y asigna a la naturaleza la fuerza creadora. Hay que tener en cuenta que en esos momentos Holanda era la nación capitalista modelo del Siglo XVII pues había alcanzado un nivel capitalista avanzado con el desarrollo del comercio y la navegación. Unas cuantas décadas antes, la burguesía holandesa había conseguido liberarse del yugo del feudalismo español, a través de la lucha revolucionaria con el pueblo levantado en armas, e instaurar una de las primeras repúblicas burguesas de Europa. En 1579 las provincias de los Países Bajos protestantes, bajo la dirección de Holanda, se unieron para formar la Unión de Utrecht como base de un poderoso Estado: la República de las Provincias Unidas, de la que emergió la República de Holanda. El artículo 3 de la Unión recogía la tolerancia religiosa como un principio básico. Sin embargo, desde el principio, la poderosa secta de los calvinistas se opuso a este artículo porque sólo quería que existiese una Iglesia oficial en Holanda, la suya. En el sínodo de Dordrecht desarrollado entre 1618 y 1619, consiguió que se reconociese al calvinismo como religión oficial dando alas a la intolerancia religiosa. En 1648 alcanzó el apogeo de su grandeza mercantil siendo el primer país en que se desarrolló plenamente el sistema colonial llegando a poseer casi en exclusividad el comercio de las indias orientales y el tráfico entre suroeste y el noreste de Europa. También se desarrolló un sistema de impuestos como el mejor sistema imaginable para hacer al obrero sumiso, frugal y aplicado. Dentro de este contexto, Espinoza no se mantuvo apartado de la lucha política; dejó a un lado su trabajo en la *Ética* para publicar un

libro en defensa de la libertad de discurso y pensamiento, el *Tratado teológico político*, publicado en 1670. Esto le granjeó la enemistad de los calvinistas, escandalizados por sus intentos de demostrar que no se podía considerar que la Biblia contuviera verdades filosóficas y científicas. Pero bueno, dentro de ese marco, Espinoza realizó una verdadera revolución en la filosofía. Tomando como punto de partida la filosofía de Descartes, la transformó completamente y sentó las bases para una aproximación científica a la naturaleza; no se restringió a los estrechos confines de la filosofía empírica, fue capaz de trascender los límites de la ciencia mecanicista de la época. Mientras Berkeley y Hume llevaron la filosofía y la ciencia a un callejón sin salida, Espinoza demostró el camino hacia adelante. El mayor mérito de la filosofía de la época consiste en que no se dejó desviar por las limitaciones de los conocimientos naturales contemporáneos, y en que, desde Espinoza hasta los grandes materialistas franceses, insistió en explicar el mundo a partir del mundo mismo, y dejó la justificación de los detalles para las ciencias naturales del futuro. Lo acabo de mencionar, sólo estoy precisando un poco más el marco de referencia. Bueno. Espinoza, con la fuerza de la razón y con resultados científicos muy limitados, realizó una de las más grandes hipótesis de todos los tiempos. Rompió con Descartes, con su noción de un cuerpo sin alma y un alma sin cuerpo, y anticipó la noción de que el cuerpo y la mente son 2 atributos de una y la misma cosa. El Universo no está formado por mente y materia como pretendía el dualismo de Descartes; sólo hay una sustancia y, ésta, dentro de sí, contiene todos los atributos del pensamiento y el ser. Es infinita y eterna, posee todo el potencial que permite el surgimiento de la abundancia de fenómenos que vemos en el Universo. Claro, es sabido que Espinoza da a la sustancia también el nombre de dios. Pero igualar a dios con la naturaleza es lo mismo que eliminar a dios, un hecho, que no ahorró a Espinoza enemigos cuando lo acusaron de ateísmo. En el Universo de Espinoza, infinito y eterno, y por lo tanto no creado y no limitado por el cielo o el infierno, no hay espacio para una deidad separada, ni para cualquier otra cosa que no sea la sustancia, que es otra forma de decir la naturaleza. Así, de una forma extraña, la filosofía de Espinoza, a pesar de su apariencia idealista, es el verdadero punto de partida del materialismo en la dialéctica, es decir, un sentido no mecanicista del mundo. Lo único que faltaba era sustituir la palabra *dios* por *materia* y tendremos una postura materialista perfectamente consistente...

—Disculpa, Sebastián. Ahí tenemos otro pequeño problema. Si cambiamos unas palabras por otras podríamos acomodar *todos* los argumentos, de *todos* los filósofos, a nuestro antojo y gusto y eso no sería un acto honesto ni correcto. Por otro lado, eso de *apariencia*

idealista es bastante discutible aunque tengo una idea sobre los argumentos en que te apoyas; sospecho que te basas en una carta que Marx dirige a Lasalle en 1858 y en la cual expresa la idea de que en el caso de los filósofos que dan una forma sistemática a su trabajo la verdadera estructura interna de su sistema es muy diferente a la forma en que lo presenta, y en ese caso se refería expresamente a Espinoza. Pero, aunque así haya sido, y aunque haya sido el mismo Marx quien lo dijo, yo pienso que lo correcto es señalar, en el caso de Espinoza como en el de muchos otros filósofos, sus verdaderos aportes particulares dentro de la estructura general de su sistema. Recuerda que Marx en 1841 terminó sus estudios universitarios presentando una tesis sobre la filosofía de Epicuro y por sus concepciones era, entonces, todavía un idealista hegeliano; y posteriormente, en Berlín se adhirió al círculo de los *hegelianos de izquierda* que se esforzaban por extraer de la filosofía de Hegel conclusiones materialistas y revolucionarias bajo la influencia de la doctrina feuerbachiana. Recuerda, también, que Hegel había dicho que el pensamiento debe empezar situándose en el punto de vista del espinozismo, ser seguidor de Espinoza, había dicho, es el principio de toda la filosofía; aquel entonces, Marx y Engels estaban de acuerdo con lo planteado por el viejo Espinoza en lo relacionado a que *el pensamiento y la extensión no son otra cosa que 2 atributos de una y la misma sustancia*. En otras palabras, Espinoza dice, y en su momento Marx y Engels parecen refrendarlo, que el pensamiento y la materia son una y la misma cosa, pero expresada de 2 formas distintas. Por lo tanto, no sería raro que tanto Marx como Engels hayan tenido, reitero, al inicio, cierta influencia espinozista; eso lo sabe todo el mundo y aunque nada nuevo ni desconocido, otra de mis herejías para tu solaz. Pero eso no quiere decir que porque uno de ellos, o los 2 juntos, así lo dice, hay que enderezar todo lo escrito por Espinoza cambiando una palabra por otra y ya está. No, no lo considero apropiado; no es veraz. Espinoza hizo muchos aportes al materialismo, incluyendo a la dialéctica; es cierto, sí, así es. En mi opinión, en algunas cosas, Espinoza era materialista y en otras estaba muy cerca de una posición materialista; pero, en general, fue defensor, y no disimulado, del idealismo y la metafísica; su filosofía es notoriamente idealista. Por otro lado, Espinoza les mete una excelente pateadura a los rabinos y a los teólogos de toda laya con un análisis, nada malo, del Antiguo y Nuevo Testamento. Como judío que era, e inicialmente destinado por su padre para ser rabino, fue instruido rigurosamente en un judaísmo tradicional; luego derivó hacia el humanismo crítico y liberal; se acercó al misticismo teosófico de los cabalistas y terminó negando la supuesta verdad de la Escritura y del dios en ella revelado y es así como llega

a proponer su sustitución por un dios-naturaleza que se expresa a través de las leyes naturales. Finalmente termina siendo odiado por católicos, protestantes y por los judíos que lo habían excomulgado, maldecido y desterrado de su comunidad. Sus manifestaciones de materialismo están presentes en la simple tendencia de explicar al mundo por el mundo mismo; la originalidad de su monismo consiste en que lleva hasta sus últimas consecuencias la *unidad* entre dios y la naturaleza, ese panteísmo *identifica* a dios con la naturaleza al eliminar el dualismo de Descartes; su panteísmo no es más que un ateísmo teológico, un ateísmo cortés, buena gente. Se basa, entre otras cosas, claro, en el hecho de que el mundo material es el punto de partida de toda nuestra experiencia y conocimiento; y lo dicho, añade que él entiende por dios al Ente absolutamente infinito, es decir, una sustancia que consta de infinitos atributos cada uno de los cuales expresa una esencia eterna e infinita; la materia no se crea ni se destruye, sólo se transforma. Muy bien, genial; pero, si Descartes empleaba el método matemático para la reflexión filosófica, Espinoza, siguiendo esa tradición racionalista, emplea el modelo geométrico, una reflexión filosófica construida sobre conclusiones rígidas que propone axiomas y afirmaciones que no requieren ninguna prueba. De ahí que use indistintamente la alocución dios es el mundo o el mundo *está* en dios y refuerza su opinión, por ejemplo, cuando hace referencia al llamado discurso de *Pablo en el Areópago*, donde, según el Nuevo Testamento, dijo a los atenienses sobre dios: *en él vivimos, nos movemos y existimos*. Y en otro lugar escribe y reafirma que *la razón* misma así como también las enseñanzas de los profetas y de los apóstoles, nos revelan la palabra eterna de dios y su alianza, y nos dicen que la verdadera religión está grabada por la mano divina en el corazón de los hombres, es decir, en el *espíritu* humano, y que éste es el verdadero origen de la ley de dios, por él sellada cuando ha puesto en nosotros su misma idea, y como una imagen de su divinidad. Además, si no te has dado cuenta, lo acabas de decir: en la filosofía de Espinoza sólo existe una sustancia, la materia, que es infinita, eterna e indivisible y sobre ella descansan todos los fenómenos de la naturaleza. Y añades que sus atributos son la extensión y el pensamiento. Bien, repaso algunas cosas que ya hemos visto. Para Descartes hay 2 formas distintas de realidad, ó 2 sustancias; una sustancia es el pensamiento o el alma, la otra que es la extensión o la materia. Mientras Espinoza señalaba que sólo hay una sustancia, repito, a la que indistintamente llamaba dios o naturaleza, y que todo lo que existe proviene de la misma sustancia y esto incluye lo relativo al espíritu, al pensamiento. Para él dios no es una causa externa, porque él, dios no Espinoza, se expresa exclusivamente mediante las

leyes de la naturaleza. Según Espinoza dios dirige el mundo mediante las leyes de la naturaleza; así, dios o la naturaleza, es la causa interna de todo lo que ocurre; y todo lo que ocurre en la naturaleza ocurre necesariamente y, además, argumenta, explícitamente, que no podemos tener ideas adecuadas del mundo a través de las sensaciones. Espinoza plantea que la vida, la conciencia, es inherente a toda la naturaleza; es decir a la orgánica y la inorgánica. Pero, a su vez, niega a la sustancia el atributo del movimiento, al que considera simplemente un modo infinito, o sea, como un estado, y no como propiedad inseparable de la sustancia, de la materia. El bueno de Espinoza tenía una visión determinista de la existencia de la naturaleza. Por lo tanto, los atributos de la naturaleza son los *atributos de dios*, que aparecen ya sea como pensamiento o como extensión; 2 atributos de una sustancia. De esa manera, Espinoza consideraba que todas las cosas físicas son expresiones de dios o de la naturaleza, lo mismo que todos los pensamientos son pensamientos de dios o de la naturaleza. Sólo hay un dios, una naturaleza o una sustancia. Los 3 en Uno. Pero sabemos que la materia sólo tiene extensión, que ocupa lugar en el espacio, que es susceptible de desarrollo en el tiempo y que siempre puede dividirse en partes cada vez más pequeñas, pero no es consciente, no piensa. Por otro lado, el monismo, que reduce toda la naturaleza y todas las circunstancias de la vida a una sola sustancia, se puede interpretar tanto desde un punto de vista idealista como desde un punto de vista materialista; la división fundamental de los sistemas filosóficos, puntos de vista que no son sino concepciones generales del mundo basadas en una interpretación determinada de las relaciones entre el espíritu y la materia, la relación entre el pensar y el ser. Platón y Hegel consideraban que el Universo y todo lo que hay en él, en última instancia, es la expresión de la *idea absoluta*; son monistas, sí, pero idealistas. Los primeros filósofos griegos también eran monistas, sí, pero materialistas. Se podría decir que Marx y Engels, en general, eran monistas materialistas, sí, pero materialistas dialécticos. En el caso de Espinoza hay tal ambigüedad que algunos creen ver la puerta a una interpretación materialista pero, en general, es idealista. Después de estudiar con bastante detenimiento el *Tratado teológico político* y otros de sus escritos, llego a la conclusión de que la rebuscada y enmarañada afirmación de Espinoza sobre la existencia de dios no es pura evasión ni disimulada construcción verbal para pasar la censura. El panteísmo de Espinoza no es materialismo disfrazado; es producto de su idealismo, de su determinismo, de su racionalismo individualista y de su metafísica monista. Alguien podría decir que si Espinoza hubiese comprendido el papel de la experiencia y la práctica en el conocimiento, no habría

absolutizado la diferencia entre el conocimiento sensorial y el intelectual y que entonces hubiera comprendido que justamente la experiencia, la práctica, es el único criterio de la verdad. Pero precisamente sucede que él no entendió el papel de la experiencia ni de la práctica, y, más aún, ni siquiera se dio cuenta de la importancia del desarrollo del conocimiento. Por lo tanto, toda especulación al respecto no es más que eso, pura especulación y pérdida de tiempo. El hecho real es que Espinoza dice que la fase inferior del conocimiento es el conocimiento basado en la imaginación, se trata de las representaciones que se apoyan en la *percepción sensorial* del mundo exterior o en el recuerdo de lo que hemos escuchado a otros; pero también argumenta, explícitamente, que no podemos tener ideas adecuadas del mundo a través de las sensaciones; que la experiencia sensorial es desordenada; que los sentidos son imperfectos y mucho menos valiosos que la intuición. Dice que el segundo grado lo forma el conocimiento basado en la mente, es decir, que las verdades son deducidas por demostración; se basa en la certidumbre, la claridad y nitidez de las verdades alcanzadas, pero es de carácter mediato. Por ello señala que hay un tercer nivel que también se apoya en la mente pero no mediatizado por las demostraciones sino que son verdades captadas por la intuición, es decir, las *contemplaciones* directas de la mente. Así, el primer género de conocimiento es sensorial; el caso del segundo y el tercero género se trata de un conocimiento *intelectual*. En pocas palabras, niega a la experiencia la capacidad de proporcionar un conocimiento cierto; lo dicho, no ve en la experiencia, en la práctica, el criterio de la verdad del conocimiento. Racionalismo puro, racionalismo metafísico, especulativo e individualista. Yo y mi cerebro, yo y mi intelecto tiramos al tacho de la basura toda la experiencia históricamente acumulada por la humanidad, pues es endeble; y decidimos encontrar una verdad, encontrada por nosotros y para nosotros, o por mí y para mí, que habrá de tener validez para todos, dotada de una universalidad y racionalidad absolutas. Además, la idea de dios es, para Espinoza, la más concreta de las ideas, es decir, idea verdadera porque excluye toda duda posible; es una idea plena de total certidumbre, clara, distinta y, sobre todo, inteligible en sí misma. Punto.

—Bueno, pero, por favor, déjame concluir con algo que considero importante —dijo Sebastián después de reflexionar unos pocos minutos en silencio y algo apesadumbrado después de la avalancha de ideas que se le vino encima—. La concepción que tiene Espinoza de la sustancia expresa el carácter contemplativo del materialismo espinoziano; la sustancia, dentro de su sistema, es un trasunto metafísico de la naturaleza, divorciada del hombre. Siguiendo a Descartes,

la teoría racionalista del conocimiento construida por Espinoza dice que la intuición, a la que él considera como la capacidad del intelecto, constituye el grado más alto de conocimiento y criterio de la verdad; y con ello lleva al racionalismo al punto máximo de oposición al empirismo. Su sistema es claro prototipo de la filosofía del Siglo XVII, fundamentalmente especulativa y metafísica; pero nada de ello acusa detrimento a la formulación de una serie de profundas tesis dialécticas.

—Anular la *apariencia idealista* que le habías atribuido es muy sabio, compadre. Pero fíjate en lo elemental que tú mismo estás diciendo. Para Espinoza la intuición, la capacidad del intelecto, y no la práctica, es el grado más alto de conocimiento y criterio de la verdad. Eso es falso, y no sólo es un problema de racionalismo es también de *i-de-a-lis-mo*. El criterio de la práctica es la base de la teoría del conocimiento, es lo que lleva inevitablemente al materialismo. En la práctica se lleva a cabo la confirmación de la verdad objetiva, de la realidad objetiva de nuestro mundo sensible, cualquier otra vía conduce al idealismo. En palabras más fáciles de entender, la teoría materialista, la teoría de la reflexión de los objetos en el pensamiento, dice que fuera de nosotros existen cosas; que nuestras percepciones y representaciones son imágenes de las cosas. La comprobación de estas imágenes, la separación de las verdaderas y las erróneas, la da la práctica. Eso es lo fundamental. ¿Cómo concibe Espinoza este problema? Lo acabas de decir: Espinoza dice que la intuición, a la que él considera como la capacidad del intelecto, *constituye el grado más alto de conocimiento y criterio de la verdad*. En definitiva, la manera de entender la relación entre el pensar y el ser, ¿forma parte de un sistema filosófico idealista, o no? Y no sólo es un problema de racionalismo, reitero, es un problema de idealismo. Los aciertos de Espinoza, a mi entender, tiran por otro lado. Entre otras cosas, por ejemplo, resumiendo parte de su doctrina de la ética podemos ver que él llega a la conclusión de que la libertad es el conocimiento de la necesidad; ahí expresa una idea clara y precisa de qué es lo necesario. Pero incluso ahí tiene un problema al limitar la libertad sólo al *conocimiento* de la necesidad y a una concordancia con ella; aquí se puede ver que tampoco comprende el papel de la práctica material en el *logro* de la libertad; su visión de la libertad es abstracta y antihistórica pues está completamente divorciada del variado contenido de la vida social. También dice que toda determinación o delimitación es negación; con lo que nos da a entender lo que hoy ya sabemos: que en la dialéctica, negar no significa simplemente decir no, o declarar inexistente una cosa, o destruirla de cualquier modo. Entre otras, esas ideas dialécticas de Espinoza llegarán a ser una conquista de

la filosofía materialista en general. Bien, como fuere, no perdamos el tiempo discutiendo sobre nuestros matices de opinión y sigamos adelante. De todas maneras hay que profundizar el estudio en cuanto tengamos tiempo para ello. Eso sí, que quede bien establecida la línea general en el problema principal: la relación entre el pensar y el ser, entre el espíritu y la naturaleza. Sigamos.

—Bueno, como quieras —convino Sebastián con cierto alivio—. Ya te has adelantado en algunas cosas así que me gustaría esbozar sólo un par de ideas sobre Berkeley y Hume.

—Bien, de acuerdo.

—En el marco de una Irlanda que había entrado en el torbellino de la guerra civil de Inglaterra y los subsiguientes alzamientos religiosos y dinásticos que terminaron en la llamada *revolución gloriosa* y la batalla de Boyne, la lucha entre un pretendiente inglés y otro holandés que terminó con una traición a los intereses del pueblo irlandés, aparece el obispo irlandés Berkeley utilizando las fallas de Locke para atacar la concepción materialista del mundo; atacaba la limitación metafísica propia del materialismo del Siglo XVII que en el caso de Locke se expresaba en su teoría de las cualidades primarias y secundarias; en donde las primeras pertenecen objetivamente a los cuerpos, y eran las cualidades de extensión, figura, impenetrabilidad, movimiento y reposo. Mientras que las segundas eran, según él, el calor, sabor, olor, sonido y otras más que no son propias de los cuerpos sino que tienen un carácter subjetivo. Esta clasificación de las cualidades, es decir, de las propiedades de las cosas, en objetivas y subjetivas era uno de los lados endebles del materialismo del Siglo XVII. De esto se aprovecha el obispo para calificar de subjetivas ambas cualidades, las primarias y secundarias de Locke y sostener que las cosas y los fenómenos de la naturaleza constituyen simplemente una combinación de sensaciones, a las que antes llamaba *colecciones de ideas*; y por *ideas* entiende no los pensamientos abstractos sino las cualidades o sensaciones, como por ejemplo, lo duro, lo blando, lo caliente, lo frío, los colores, los sabores, los olores, etcétera. Para él sólo existe aquello que las percibe, es decir, la mente, el espíritu, el alma o el yo. Las ideas y las cosas son uno y lo mismo. Las raíces gnoseológicas del idealismo subjetivo de Berkeley residen en la elevación al plano absoluto de la primera fase del conocimiento, de las sensaciones y percepciones, arrancándolas del mundo objetivo, cuando en realidad son imágenes que reflejan las cosas reales, objetivamente existentes, con sus cualidades; reduce la existencia objetiva de las cosas a su percepción por la conciencia; niega la existencia del mundo material a pesar de los avances de las ciencias naturales y de la filosofía materialista llegando al absurdo de señalar que sólo

existe él, el sujeto, y de que el mundo entero, incluyendo a los demás hombres, es simplemente un conjunto de sensaciones, percepciones personales o subjetivas suyas. Pero, evidentemente, como buen obispo, también reconoce la existencia de una sustancia espiritual bajo la forma de *espíritu universal*, dios. Niega que la unidad real del mundo consista en su materialidad. Niega la materialidad pero trata de dar a las cosas un viso de *existencia* fuera de la conciencia de los hombres a través de su dios. Explicando las *ideas* por la acción de la divinidad sobre la mente humana, Berkeley llega así al idealismo objetivo: el mundo no es mi representación, sino el resultado de una causa espiritual suprema, que crea tanto las *leyes de la naturaleza* como las leyes que diferencian las ideas *más reales* de las menos reales. Para Berkeley la materia es sustancia inexistente, la materia es nada. Pero no se queda ahí; asegura furiosamente que la existencia de la materia, o de los cuerpos no perceptibles, no ha sido solamente el principal punto de apoyo de los ateístas y fatalistas sino que la idolatría, en todas sus diversas formas, también reposa sobre este principio. Para mencionar un *ejemplo práctico*. Si, aplicando el razonamiento del obispo, alguien se preguntara: ¿Si salgo de la habitación entonces ésta deja de existir? Para Berkeley eso no sería un problema y resolvía el asunto con mucha facilidad. Habría objetos, diría, que mi mente no percibe, pero sí son percibidos por la *mente cósmica de dios* y por lo tanto existen. De esta forma, el Todopoderoso, hasta entonces reducido a una existencia precaria en los márgenes de un Universo mecánico, ahora regresaba a un mundo completamente libre de materia. Así, Berkeley no sólo pretende refutar teóricamente la doctrina de la existencia del mundo exterior, sino que persigue con ardor, como a enemigos, a todos sus adeptos; señala que todas las construcciones impías del ateísmo y de la negación de la religión han sido erigidas sobre la doctrina de la materia o de la sustancia corpórea; añade que no es necesario decir qué gran amiga han encontrado los ateístas de todos los tiempos en la sustancia material; todos sus sistemas monstruosos dependen de ella en manera tan evidente y tan necesaria, que su edificio se hundirá indefectiblemente tan pronto como sea arrancada esta piedra angular; así, Berkeley, creía haber conseguido un triunfo fácil y total sobre todas las miserables sectas de ateístas.

—Muy bien, el señor cura queda pintadito de cuerpo entero.

—Bueno, por otro lado, el inglés y, entre otras cosas, filósofo Hume, contemporáneo del obispo e influenciado por él, se separa de Berkeley eliminando la cuestión de si hay algo más allá de *mis* sensaciones; es un escéptico, un agnóstico, condenado inevitablemente a la fluctuación entre el materialismo y el idealismo. Esta clase de filo-

sofía, el agnosticismo, el criticismo y el positivismo en sus diferentes formas, es una concesión reaccionaria al idealismo y, en el mejor de los casos, una manera vergonzante de aceptar el materialismo por lo bajo y renegar de él públicamente...

—Apesta a ciertos argumentos esgrimidos de puño y letra conocido y actual.

—Eso. Hume defiende, en la práctica, el punto de vista del *sentido común* de la burguesía. Los agnósticos niegan la realidad objetiva como origen de nuestras sensaciones. El agnóstico dice: Yo no sé si existe una realidad objetiva cuyo reflejo, cuya imagen es dada por nuestras sensaciones, y declara imposible conocer esto. De aquí la negación de la verdad objetiva por el agnóstico y la tolerancia mezquina, filisteá, pusilánime, hacia la doctrina sobre los fantasmas, los duendes, los santos católicos y otras cosas por el estilo. La filosofía de Hume representa la bancarrota del racionalismo del Siglo XVIII y él fue uno de los primeros filósofos en traducir su ignorancia al griego y llamarla agnosticismo.

—¡Muy bien! Concreto y claro.

—Gracias, Leoncio. Mientras que el materialismo de Bacon reflejaba la esperanza, una mirada hacia adelante del Renacimiento y la Reforma, la filosofía de finales del Siglo XVII y principios del XVIII se formó en un clima diferente. En Inglaterra, los ricos y poderosos quedaron conmocionados durante la guerra civil y lo que ellos llamaban *sus excesos*. Después de quebrantar el poder de la monarquía absolutista, la burguesía ya no necesitaba los servicios de la pequeña burguesía revolucionaria ni de las clases más bajas de la sociedad que conformaban las tropas de choque de Cromwell y que habían comenzado a reivindicar sus propias demandas independientes, no sólo en el terreno de la religión sino también con relación a la existencia de la propiedad privada. El propio Cromwell aplastó a los conocidos como *Niveladores* y *los Cavadores*, los representantes de la llamada *extrema izquierda* en el período de la revolución burguesa inglesa del Siglo XVII y portavoces de los intereses de los pobres del campo y de la ciudad que reivindicaban la supresión de la propiedad privada sobre la tierra, propagaban las ideas del comunismo primitivo igualitario y trataban de llevarlas a la práctica mediante la roturación colectiva de las tierras comunales. Los ricos comerciantes presbiterianos de Londres no se sintieron seguros hasta después de la muerte de Cromwell, ellos habían invitado al príncipe Carlos a que regresara de Francia. El compromiso con los Estuardo no duró mucho tiempo y la burguesía tuvo que echar del trono a Jaime, el sucesor de Carlos. Pero esta vez no hubo llamamiento a las masas, recurrieron a los servicios del protestante holandés Guillermo de Orange, éste

tomó posesión del trono inglés con la condición de que aceptara el poder del Parlamento. Este acuerdo es conocido como la *revolución gloriosa* y estableció, de una vez por todas, el poder de la burguesía en Inglaterra.

—Ése fue un golpe de Estado con el que se derrocó en Inglaterra la dinastía de los Estuardo y se instauró la monarquía constitucional. Por otro lado no está demás reiterar que la época estuvo caracterizada por un rápido crecimiento del comercio y la industria, acompañado de gigantescos avances en la ciencia; aunque en el reino de la filosofía no se consiguieron grandes resultados.

—Lamentablemente, estos períodos no condujeron a amplias generalizaciones filosóficas. Como alguien ya lo dijo, los nuevos tiempos van acompañados de nuevas aspiraciones y son éstas las que provocan la aparición de nuevas filosofías. Bueno, la época revolucionaria heroica había pasado, la nueva clase dirigente ya no quería oír hablar de este tipo de cosas. Incluso rebautizó la revolución que había quebrantado el poder de sus enemigos, ahora se llamaba *la gran rebelión*. Los ricos se guiaban por estrechas consideraciones prácticas y miraban con recelo la teoría, a pesar de todo impulsaron la investigación científica que tuvo consecuencias prácticas, traducibles en metálico, en dinero. Este espíritu egoísta impregnó todo el pensamiento filosófico de la época, y no sólo en Inglaterra.

—Así es —convino Leoncio—. La evolución del empirismo revelaba su carácter limitado y terminó llevando a la filosofía anglosajona a un callejón sin salida del que aún no ha logrado escapar; el conservadurismo filosófico, el sensualismo, el escepticismo y la necesidad de luchar contra las tendencias subversivas en la ciencia contemporánea, que representaban una amenaza para la religión, ya eran evidentes en los escritos de Hume y Berkeley.

—Cierto. Hay algo que, aunque parece anecdótico, lo ilustra muy bien. Bacon preconizaba el manejo de su nuevo método empírico, inductivo, mediante el cual se lograría, ante todo, según él, prolongar la vida, rejuvenecerse hasta cierto punto, cambiar la estatura y los rasgos fisonómicos, convertir unos cuerpos en otros, crear nuevas especies y llegar a dominar la atmósfera y provocar tormentas; Bacon se lamentaba del abandono en que había caído esta clase de investigaciones y en su historia natural ofrece recetas formales para fabricar oro y producir diversos milagros. También Isaac Newton, en los últimos días de su vida, se ocupó mucho de interpretar la revelación de San Juan. No tiene, pues, nada de extraño que, en aquellos tiempos, el empirismo inglés, en la persona de algunos de sus representantes, y no de los peores, parezca entregarse irremediamente al espiritismo y a la creencia en los espíritus.

—En la actualidad, esa propensión al pensamiento místico se debe a la actitud arrogante de los científicos que imaginan, equivocadamente, que pueden trabajar y actuar sin principios filosóficos; consideran que el actual desarrollo de la ciencia los sitúa por encima de la filosofía. La realidad es que están muy por debajo del nivel filosófico más primitivo. Expulsada por la puerta principal, la filosofía, inmediatamente, vuelve a entrar por la ventana e invariablemente vuelve con su forma más mística y retrógrada. Por otro lado, en general, parece que, con la vejez, algunas destacadas personalidades en el mundo de la filosofía y la política, no sólo se hacen conservadoras y reniegan de sus propias opiniones sino que lentamente se acojudan. Nos enfrentamos a la doctrina del idealismo subjetivo que defiende el egoísmo y el interés propio; que antepone el hombre al mundo objetivo y, al menos en su imaginación, lo somete a sí mismo. Filosofía esgrimida por individuos para los que su propia razón es la que decide la verdad de lo que está pasando, lo esencial no es lo que es, sino cómo lo ve.

—Eso. Los filósofos modernos de las diferentes escuelas del positivismo lógico siguen la misma línea, aunque carecen del estilo y honestidad de Berkeley. La consecuencia de este método de pensamiento es un misticismo extremo y la irracionalidad. En última instancia, defiende la noción de que sólo yo existo y el mundo sólo existe en la medida que yo estoy para observarlo.

—El agnóstico, el ecléctico y el megalómano en Uno —dijo Leoncio con un tono enfático—. Y para remate, senil... me refiero al método. Así la cosa, creo que debemos avanzar un poco sin entrar en más detalles y dejando de lado a otros tantos filósofos que cumplieron un determinado papel, positivo o negativo, en esta pequeña historia de la filosofía. Bien, podríamos decir que en comparación con el materialismo del Siglo XVII, el materialismo francés del Siglo XVIII fue un movimiento ideológico que representó una etapa nueva y superior en el desarrollo de la ideología materialista no sólo a escala nacional, sino, además, a escala internacional. A diferencia del materialismo inglés del Siglo XVII, basado en el compromiso entre la aristocracia terrateniente y la gran burguesía, el materialismo francés era la concepción del mundo que tenía la burguesía francesa progresista en el período de la preparación de la revolución francesa de 1789; sus teorías tenían como fin instruir y armar ideológicamente a una amplia parte de la sociedad: a la burguesía, a los artesanos, a la intelectualidad burguesa y a los hombres avanzados de la intelectualidad aristocrática. Las grandes figuras del materialismo francés expusieron sus concepciones filosóficas en su propio idioma, en francés, y no en la forma de eruditos tratados en lengua latina como lo hacían la mayo-

ría de sus predecesores. Sus obras fueron publicadas en un formato accesible a un amplio público: diccionarios, enciclopedias, panfletos y artículos polémicos, entre otros. Las fuentes ideológicas del materialismo francés eran la tradición materialista nacional, representada en el Siglo XVII por Gassendi, así como también, y sobre todo, por el materialismo mecanicista de la física de Descartes, y el materialismo inglés. Tuvieron singular importancia para el materialismo francés, la teoría de Locke sobre el origen experimental del saber, la crítica de la doctrina cartesiana acerca de las ideas innatas y también la concepción, materialista en su conjunto, de la experiencia misma. No fue menor la influencia de las ideas pedagógicas y políticas de Locke que planteaba que la perfección de la personalidad está condicionada por la educación y por la organización política de la sociedad. Pero el materialismo francés no se limitó a asimilar la teoría lockeana del sensualismo, y del empirismo materialistas, sino que la liberó de sus vacilaciones hacia el racionalismo de Descartes. Para los materialistas franceses, la base científica principal, al lado de la mecánica, que conservaba su significado rector, estribaba en la medicina, en la fisiología y en la biología. Ello hace que en las teorías de los materialistas franceses se desarrollaran ideas nuevas en comparación con el materialismo del Siglo XVII. Las más importantes, entre ellas, fueron los elementos de la dialéctica y de la teoría de la naturaleza en Diderot. Estos filósofos se manifestaron resueltamente en contra de todas las tradiciones científicas y todas las instituciones políticas de su tiempo; en contra de la concepción religiosa y feudal del mundo; en contra de la Iglesia Católica imperante y de los fundamentos del régimen feudal, denunciaron el oscurantismo religioso y tomaron partido contra el absolutismo y la servidumbre. En pocas palabras, los grandes hombres que en Francia ilustraron las cabezas para la revolución que habría de desencadenarse adoptaron ya una actitud resueltamente revolucionaria. No reconocían autoridad exterior de ningún género. La religión, la concepción de la naturaleza, la sociedad, el orden estatal: todo lo sometieron a la más despiadada crítica; cuanto existía había de justificar sus títulos de existencia ante el foro de la razón o renunciar a seguir existiendo. El materialismo francés rechazó las formas de compromiso del panteísmo y del deísmo llevando a cabo una propaganda abierta del ateísmo basándose en las conclusiones de la ciencia sobre la naturaleza y el hombre. Por ejemplo, se reconoce como fundamento de todos los fenómenos de la naturaleza la materia eterna e infinita, formada por átomos, cuyos movimientos y combinaciones engendran los múltiples fenómenos naturales; materia, espacio, tiempo, movimiento, leyes naturales, son, para ellos, perfectamente explicables por la vía de la ciencia y no necesitan del

reconocimiento de ninguna sustancia divina para su comprensión. La materia, dicen, es la causa de todo ser y de todo movimiento. A mediados del Siglo XVIII, en Francia, el materialismo pasó a ser la corriente que encabezaba la filosofía de la ilustración; pone las bases filosóficas comunes a todo materialismo, pero, a la vez, también muestra su limitación teórica: su carácter metafísico y el idealismo de algunos de sus pensadores en el esclarecimiento de los fenómenos del desarrollo social y del progreso. Para demostrar la posibilidad de aplicación universal de su teoría, siguieron el camino más corto: la aplicaron audazmente a todos los objetos del saber en la *Enciclopedia*, la obra gigantesca que les valió el nombre de *enciclopedistas*. De este modo, el materialismo se convirtió en el credo de toda la juventud culta de Francia; hasta tal punto, que durante la Gran Revolución la teoría creada por los realistas ingleses sirvió de bandera teórica a los republicanos y terroristas franceses, y de ella salió el texto de la *Declaración de los Derechos del Hombre*. La Gran Revolución francesa fue la tercera insurrección de la burguesía, pero la primera que se despojó totalmente del manto religioso, dando la batalla en el campo político abierto. Y fue también la primera que llevó realmente la batalla hasta la destrucción de uno de los 2 combatientes, la aristocracia, y el triunfo completo del otro, la burguesía.

—Ya sabemos que en aquellos tiempos el llamado *reino de la razón* no era nada más que el reino de la burguesía idealizado, que la justicia eterna encontró su realización en los tribunales de la burguesía, que la *igualdad* desembocó en la igualdad burguesa ante la ley, que como uno de los derechos del hombre más esenciales se proclamó la propiedad burguesa y que el Estado de la Razón, el contrato social roussoniano, tomó vida, y sólo pudo cobrarla, como república burguesa democrática. Los grandes pensadores del Siglo XVIII, exactamente igual que todos sus predecesores, no pudieron rebasar los límites que les había puesto su propia época.

—Sí pues, así fue —convino Leoncio y continuó—. Los filósofos franceses del Siglo XVIII, los precursores de la revolución, apelaban a la razón como único juez de todo lo existente. Se pretendía instaurar un Estado racional, una sociedad ajustada a la razón, y cuanto contradecía a la razón eterna debía ser desechado sin piedad. Pero, en realidad, esa razón eterna no era más que el *sentido común* idealizado del hombre del estado llano que, precisamente por aquel entonces, se estaba convirtiendo en burgués. Por eso cuando la revolución francesa puso en obra esta sociedad racional y este Estado racional, resultó que las nuevas instituciones, por más racionales que fuesen en comparación con las antiguas, distaban bastante de la razón absoluta. El Estado racional había quebrado completamente. El contrato

social de Rousseau venía a tomar cuerpo en la época del terror, el período de la dictadura democrático-revolucionaria de los jacobinos de junio de 1793 a julio de 1794, y la burguesía, perdida la fe en su propia habilidad política, fue a refugiarse, primero, en la corrupción del *Directorio* y, por último, bajo la égida del despotismo napoleónico. La prometida paz eterna se había trocado en una interminable guerra de conquistas. Tampoco corrió mejor suerte la sociedad de la razón. El antagonismo entre pobres y ricos, lejos de disolverse en el bienestar general, habíase agudizado al desaparecer los privilegios de los gremios y otros, que tendían un puente sobre él, y los establecimientos eclesiásticos de beneficencia, que lo atenuaban. La *libertad* de la propiedad de las trabas feudales, que ahora se convertía en realidad, resultaba ser, para el pequeño burgués y el pequeño campesino, la libertad de vender a esos mismos señores poderosos su pequeña propiedad, agobiada por la arrolladora competencia del gran capital y de la gran propiedad terrateniente; con lo que se convertía en la libertad del pequeño burgués y del pequeño campesino de toda propiedad. El auge de la industria sobre bases capitalistas convirtió la pobreza y la miseria de las masas trabajadoras en condición de vida de la sociedad. El pago al contado fue convirtiéndose, cada vez en mayor grado, en el único eslabón que enlazaba a la sociedad. La estadística criminal crecía de año en año. Los vicios feudales, que hasta entonces se exhibían impudicamente a la luz del día, no desaparecieron, pero se recataron, por el momento, un poco al fondo de la escena; en cambio, florecían exuberantemente los vicios burgueses, ocultos hasta allí bajo la superficie. El comercio fue degenerando cada vez más en estafa. La *fraternidad* de la divisa revolucionaria tomó cuerpo en las deslealtades y en la envidia de la lucha de competencia. La opresión violenta cedió el puesto a la corrupción, y la espada, como principal palanca del poder social, fue sustituida por el dinero. El derecho de pernada pasó del señor feudal al fabricante burgués. La prostitución se desarrolló en proporciones hasta entonces inauditas. El matrimonio mismo siguió siendo lo que ya era: la forma reconocida por la ley, el manto oficial con que se cubría la prostitución, complementado además por una gran abundancia de adulterios. En una palabra, comparadas con las brillantes promesas de los ilustradores, las instituciones sociales y políticas instauradas por el *triunfo de la razón* resultaron ser unas tristes y decepcionantes caricaturas. Sólo faltaban los hombres que pusieron de relieve el desengaño y que surgieron en los primeros años del Siglo XIX. Más tarde, vinieron los 3 grandes utopistas: Saint-Simon, Fourier y Owen.

Se detuvieron para ver si habían perdido el sendero en medio de la oscuridad; dieron un par de vueltas sobre sus talones, observaron

con detenimiento el perfil de los macizos que los rodeaban, aguzaron un poco más el oído y avivaron el recuerdo. Sí, recorrían el camino correcto. Por ahí —dijo Leoncio haciendo una señal hacia adelante y continuó.

—La gran industria, que acababa de nacer en Inglaterra, era aún desconocida en Francia. Y sólo la gran industria despliega, por una parte, los conflictos que hacen de la subversión del modo de producción una necesidad imperiosa de conflictos no sólo entre las clases por ella engendradas, sino también entre las fuerzas productivas que ella crea y las formas de intercambio que impone; mientras, por otra parte, desarrolla precisamente con esas gigantescas fuerzas productivas los medios, también, para resolver dichos conflictos. Pero por entonces el modo capitalista de producción y, con él, la contraposición entre burguesía y proletariado estaba aún muy poco desarrollado. Si hacia el año 1800 los conflictos que brotan de este nuevo orden social estaban aún naciendo, lo mismo puede decirse, aún con mayor motivo, de los medios para resolverlos. Si las desposeídas masas de París habían podido conquistar por un momento el Poder, durante el período del Terror, no habían conseguido probar con eso sino que su dominio era imposible en las circunstancias de la época. El proletariado que entonces se segregaba de aquellas masas desposeídas, como tronco de una nueva clase, aún incapaz de acción política independiente, se presentaba entonces como estamento oprimido y en sufrimiento, al cual, por su incapacidad para defenderse por sí mismo, no se podía sino, a lo sumo, aportar ayuda de afuera, desde arriba. Esta situación histórica dominó a los fundadores del socialismo. A la inmadurez de la producción capitalista y de la situación de clases correspondieron teorías inmaduras. La solución de las tareas sociales, aún oculta en la situación económica no desarrollada, tenía que obtenerse de la mera cabeza. La sociedad no ofrecía más que abusos y maldades; el eliminarlos era tarea de la razón pensante. Se trataba de *inventar* un nuevo y mejor sistema del orden social, y de decretarlo y concederlo luego a la sociedad desde afuera, mediante la propaganda y, caso de ser posible, mediante el ejemplo de experimentos modelos. Estos nuevos sistemas sociales estaban desde el principio condenados a ser utópicos; cuanto más cuidadosamente se elaboraban en el detalle, tanto más resueltamente tenían que desembocar en la pura fantasía. Presentar la Revolución Francesa como una lucha de clases entre la nobleza, la burguesía y los desposeídos era en el año 1802 un descubrimiento genial. En 1816, Saint-Simon enseña que la política es la ciencia de la producción, y predice toda la disolución de la política en economía. Y aunque con esas frases no expone sino en germen el conocimiento de que la situación económica es la base de

las instituciones políticas, sin embargo, la transformación del gobierno político sobre hombres en administración de cosas y dirección de procesos de producción es decir, la supresión del Estado, aparece claramente formulada por Saint-Simon. Con igual superioridad sobre sus contemporáneos proclama en 1814, inmediatamente después de la entrada de los aliados en París, y repite en 1815, durante los *100 Días*, que la alianza de Francia con Inglaterra y, en segundo lugar, la de los 2 países con Alemania, es la única garantía de un próspero desarrollo y de la paz en Europa. Predicar a los franceses de 1815 una alianza con los vencedores de Waterloo exigía desde luego bastante más valor que declarar a los profesores alemanes una guerra de chismorreos. Mientras que en Saint-Simon descubrimos una genial amplitud de horizonte, gracias a la cual se encuentran germinalmente en su obra casi todas las ideas no rigurosamente económicas de los socialistas posteriores, en Fourier hallamos una crítica auténticamente francesa y aguda, mas no por ello menos profunda, de la situación social existente. Fourier toma al pie de la letra a la burguesía, es decir, a sus entusiastas profetas de antes de la Revolución y a sus interesados cantores de después de la Revolución. Revela despiadadamente la miseria material y moral del mundo burgués, y pone frente a ella tanto las brillantes promesas de los ilustrados acerca de una sociedad en la que sólo reinaría la Razón, acerca de la civilización que aportaría en todo la felicidad, acerca de la ilimitada capacidad de perfección del hombre, cuanto las frases rosas de los ideólogos burgueses de su época; prueba que a las más sonoras palabras corresponde en todas partes la más miserable realidad, y redondea el inapelable fiasco de aquella fraseología con un sarcasmo que hace mella. Fourier no es sólo un crítico: su naturaleza, profundamente alegre y animada, hace de él un satírico y aún de los más grandes de todos los tiempos. Describe magistral y deliciosamente la especulación deshonesta que floreció con la decadencia de la Revolución, y la general cominería y mezquindad del comercio francés de la época. Aún mejor en su crítica del ordenamiento burgués de las relaciones entre los sexos y de la posición de la mujer en la sociedad burguesa. Él ha sido el primero en decir que en cualquier sociedad el grado de emancipación de la mujer es el criterio natural de la emancipación general. Pero lo más grande de Fourier es su concepción de la historia de la sociedad. Divide todo el decurso anterior de ésta en 4 estadios de evolución: salvajismo, patriarcado, barbarie y civilización, coincidiendo esta última con lo que entonces se llamaba sociedad civil, y arguye que el orden civilizado convierte en forma de existencia compleja, doble, ambigua e hipócrita cada uno de los vicios ejercidos por la barbarie en la simplicidad, que la civilización se mueve en un *círculo*

vicioso, en contradicciones que ella misma reproduce continuamente sin poder superarlas, de tal modo que consigue siempre lo contrario de lo que quería conseguir, o de lo que pretendía querer. De modo que, por ejemplo, *en la civilización, la pobreza nace de la misma abundancia*. Así, se puede apreciar que Fourier maneja la dialéctica con la misma maestría que su contemporáneo Hegel. Con la misma dialéctica subraya contra la cháchara sobre la ilimitada capacidad de perfeccionamiento del hombre que toda fase histórica tiene, junto con su rama ascendente, también una rama descendente, y aplica esta concepción también al futuro de toda la humanidad. Fourier ha introducido en la consideración histórica la futura muerte de la humanidad, igual que Kant ha introducido la noción de final de la Tierra en la ciencia de la naturaleza. Mientras que en Francia el huracán de la Revolución barría la Tierra, se producía en Inglaterra una transformación más silenciosa, pero no por ello menos importante. El vapor y las nuevas máquinas-herramientas transformaron la manufactura en la gran industria moderna, y revolucionaron con ello todo el fundamento de la sociedad burguesa. El soñoliento ritmo de desarrollo del período manufacturero se transformó en una verdadera *tormenta y embate* de la producción. Con creciente velocidad fue produciéndose la división de la sociedad en grandes capitalistas y proletarios desposeídos, entre los cuales tenía una vacilante existencia, en vez de la anterior y estable clase media, una agitada masa de artesanos y pequeños comerciantes, la parte de la población que más fluctúa. El nuevo modo de producción se encontraba aún en los comienzos de su rama ascendente; era todavía el modo de producción normal, el único posible en las condiciones dadas. Pero ya entonces engendraba tremendos males sociales: aglomeración de una población desarraigada en las peores viviendas de las grandes ciudades; disolución de todos los lazos tradicionales del origen y ascendencia, de la subordinación patriarcal, de la familia; agotamiento por el trabajo, especialmente de las mujeres y los niños, en una medida espantosa; desmoralización masiva de la clase trabajadora, lanzada repentinamente a una situación totalmente nueva. Un fabricante de 29 años se levantó entonces como Reformador, un hombre de una infantil simplicidad de carácter que llegaba a ser sublime y, al mismo tiempo, un nato director de hombres como hay pocos. Roberto Owen había asimilado la doctrina de los ilustrados materialistas, según la cual el carácter del hombre es el producto de su organización innata, por un lado, y, por otro, de las circunstancias que lo rodean durante su vida, especialmente durante el período del desarrollo. La mayoría de sus compañeros de clase no veían en la revolución industrial más que confusión y caos, buenos para pescar en río revuelto y enriquecerse rápidamente. Él,

en cambio, vio en esa revolución la oportunidad de aplicar su doctrina favorita y aportar orden al caos. Ya lo había intentado con éxito en Manchester, dirigiendo una fábrica de más de 500 obreros; desde 1800 hasta 1829 dirigió Owen las grandes hilaturas de algodón de New Lanark, en Escocia, como socio y gerente, en el mismo sentido en que había obrado antes, pero con mayor libertad de acción y con un resultado que le valió la fama en toda Europa. Owen se encontró con una población que poco a poco llegó a las 2,500 almas, formada por los elementos más heterogéneos y, en su mayor parte, más desmoralizados, y la transformó en una redonda colonia ejemplar en la que se desconocían el alcoholismo, la policía, el verdugo, los procesos, los asilos de pobres y la necesidad de la caridad material. Y lo consiguió, simplemente, colocando a las personas en una situación humana y digna, y educando sobre todo cuidadosamente a la nueva generación. Owen es el inventor de los jardines de infancia y parvularios, y el primero que los estableció. Los niños entraban en esas escuelas a los 2 años, y en ellas se divertían tanto que no querían volver a casa. Mientras que las empresas competidoras trabajaban de 13 a 14 horas diarias, en New Lanark se trabajaba sólo 10 horas y media. Cuando una crisis algodonera impuso un paro de 4 meses, los trabajadores parados siguieron recibiendo el salario completo. Y con todo eso la empresa había duplicado ampliamente su valor y siguió suministrando hasta el final a los propietarios un beneficio abundante. Pero Owen no estaba satisfecho con eso. La existencia que había facilitado a sus trabajadores no era aún ni mucho menos, para su mirada, una existencia digna del hombre: *aquellos trabajadores eran esclavos míos*, había dicho. La situación relativamente favorable en que los había puesto estaba aún muy lejos de permitirles un desarrollo multilateral y racional del carácter y del entendimiento, por no hablar ya de una libre actividad vital. Y, sin embargo, la parte trabajadora de aquellos 2,500 hombres producía tanta riqueza real para la sociedad cuanta podía, si acaso, producir, apenas medio siglo antes, una población de 600,000 seres humanos. Ese nuevo poder era una creación de la clase trabajadora. A ella debían pertenecer también los frutos. Las nuevas gigantescas fuerzas productivas, utilizadas sólo para enriquecer a individuos y oprimir a las masas, ofrecían a Owen el fundamento de una nueva formación social, y debían destinarse a trabajar exclusivamente, como propiedad colectiva, por el bienestar colectivo. Así surgió el comunismo de Owen, por la vía mental del hombre de negocios, como fruto, por así decirlo, del cálculo empresarial. Y siempre mantuvo ese mismo carácter orientado a lo práctico. Así, por ejemplo, en 1823 Owen propuso suprimir la miseria irlandesa mediante colonias comunistas, y presentó cálculos completos de los

costes de instalación, las inversiones anuales y el rendimiento previsible. Por todo eso su definitivo plan del futuro contiene la elaboración técnica de los detalles con tal conocimiento concreto que, si se admite en general el método de reforma social de Owen, queda poco que objetar, desde el punto de vista técnico, contra sus detalles. El paso al comunismo fue el decisivo punto de inflexión en la vida de Owen. Mientras se presentó como mero filántropo, cosechó riqueza, aplauso, honor y gloria. Fue el hombre más popular de Europa. No sólo sus compañeros de clase, sino incluso estadistas y príncipes lo escucharon y aplaudieron. Pero la cosa cambió inmediatamente en cuanto apareció con sus teorías comunistas. Había sobre todo 3 grandes obstáculos que parecían cerrarle el camino de la reforma social: la propiedad privada, la religión y la forma vigente del matrimonio. Cuando los atacó se dio cuenta de lo que le esperaba: la condena general por parte de la sociedad oficial y la pérdida de toda su posición social. Pero eso no le movió a dejar de atacar sin reparo aquellos obstáculos, y entonces ocurrió lo que él mismo había previsto. Desterrado de la sociedad oficial, mortalmente silenciado por la prensa, arruinado por fracasados intentos comunistas en América, para los que sacrificó toda su fortuna, Owen se sumió entonces directamente en la clase obrera, y aún vivió activo en su seno durante 30 años. Todos los movimientos sociales, todos los progresos reales conseguidos en Inglaterra en interés de los trabajadores, se enlazan con el nombre de Owen. En 1819, tras 5 años de esfuerzos, consiguió que se dictara la ley de limitación del trabajo de las mujeres y los niños en las fábricas. Él presidió el Congreso en el cual las Trade-Unions de toda Inglaterra se unificaron en una gran comunidad sindical. Él introdujo, como transición hacia la organización plenamente comunista de la sociedad, las cooperativas de consumo y producción que desde entonces han suministrado, por lo menos, la prueba práctica de que el comerciante y el fabricante son personas muy poco imprescindibles; introdujo también los bazares del trabajo, instituciones para el intercambio de productos del trabajo por medio de un papel-moneda fundado en el trabajo y cuya unidad era la hora de trabajo. Esas instituciones tenían que fracasar necesariamente, pero anticipaban el banco de cambio proudhoniano, que es muy posterior, y del que se diferencian en que no pretende ser, como éste, la medicina universal para todos los males sociales, sino sólo un primer paso hacia una transformación mucho más radical de la sociedad. Y así llegamos a una nueva etapa, al...

—Momentito, momentito, frena tus saltos —exigió Sebastián—. Regresemos al materialismo francés para precisar que la significación histórica progresista de ese materialismo no se limita a su lucha

contra la religión, sino que reside también en haber desarrollado la concepción materialista del mundo...

—Si no recuerdo mal, mi querido Sebastián, acabo de decir que lucharon en contra de todas las tradiciones científicas y todas las instituciones políticas de su tiempo; en contra de la concepción religiosa y feudal del mundo; en contra de la Iglesia Católica imperante y de los fundamentos del régimen feudal, denunciaron el oscurantismo religioso y tomaron partido contra el absolutismo y la servidumbre. Y, además, he señalado que fue un movimiento ideológico que representó una etapa nueva y superior en el desarrollo de la ideología materialista no sólo a escala nacional, sino, además, a escala internacional.

—Espera, pues. Esos filósofos dieron un gran paso hacia adelante en comparación a los materialistas del Siglo XVII, sobre todo en lo tocante a la concepción del mundo material, de la naturaleza.

—Ya lo mencioné...

—Aguanta, compadre. Concebían la materia como el conjunto infinito de las cosas reales, como el mundo material en su totalidad y en su viviente diversidad.

—¡Vaya novedad!

—Carajo, no deseo presentar novedades para nosotros sino concreciones para nuestros compañeros; y un punto a destacar es que estos filósofos también abordaron el problema del movimiento de la materia pero de un modo más profundo que los anteriores materialistas. El movimiento era, para ellos, algo eternamente inherente a la materia. Aunque, en consonancia con el estado en que a la sazón se hallaban las ciencias naturales, vieran en el movimiento ante todo, el simple desplazamiento en el espacio, les cabe el mérito indiscutible de haber vinculado estrechamente el movimiento a la materia y de haber considerado todos los fenómenos naturales en movimiento y necesariamente enarrazados entre sí.

—Bien, bien, ya está, me rindo, tienes razón al hacer esa especificación puesto que una gran conquista del pensamiento filosófico de esa época fue el definir el movimiento, el espacio y el tiempo como formas de *existencia* de la materia y, además, aportaron una valiosa contribución científica al plantear el problema de la conciencia como función de la materia altamente organizada. Por si no te basta, repito, tienes razón. Y en concordancia con ello, debemos especificar que la especial atención que prestaron a los problemas gnoseológicos guardaba íntima relación con la crítica a la concepción religiosa del mundo y con las nuevas exigencias de la ciencia y la vida social; que defendían la posibilidad de conocer el mundo y se manifestaban en contra del menosprecio de la razón, del pensamiento teórico; que al

oscurantismo medieval oponían las ideas del Siglo de las Luces. Bien, junto a la filosofía francesa del Siglo XVIII, y tras ella, había surgido la moderna filosofía alemana, a la que vino a poner remate Hegel...

—Espera, pues, mi querido saltamontes. También hay que señalar que el materialismo francés del Siglo XVIII, al igual que el del XVII, tenía un carácter predominantemente mecanicista y metafísico...

—Y ahora, ¿quién se está repitiendo?

—Sólo quiero remarcarlo —insistió Sebastián.

—Ya está, ya lo hiciste. Gracias. Bien, decía o mejor dicho, quería decir antes de tu última especificación, que junto a la filosofía francesa del Siglo XVIII, y tras ella, había surgido la moderna filosofía alemana, a la que vino a poner remate Hegel. El principal mérito de esta filosofía es la restitución de la dialéctica, como forma suprema del pensamiento. Los antiguos filósofos griegos eran todos dialécticos innatos, espontáneos; Aristóteles había llegado ya a estudiar las formas más sustanciales del pensar dialéctico. En cambio, la nueva filosofía, aún teniendo uno que otro mantenedor de la dialéctica, como, por ejemplo, Descartes y Espinoza, había ido cayendo cada vez más, influida principalmente por los ingleses, en la llamada manera metafísica de pensar, que también dominó casi totalmente entre los franceses del Siglo XVIII, especialmente en sus obras filosóficas. ¿Contento? —preguntó Leoncio y al no oír respuesta continuó—. Fuera del campo estrictamente filosófico, también ellos habían creado obras maestras de dialéctica; como testimonio de ello basta citar *El sobrino de Rameau*, de Diderot, y el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* de Rousseau.

—Y ahora, ¿quién da vueltas?

—No jodas. Entonces sigue tú.

—Qué tal si antes de pasar a Hegel regresamos un poco para ver a Kant.

—En esencia ya lo hemos visto, pero si quieres y piensas que falta algo importante, entonces puedes retroceder hasta La Mettrie.

—Bueno —dijo Sebastián con cierto sabor a triunfo—. En el Siglo XVII las doctrinas de la ilustración francesa fueron preparadas por la labor de Gassendi y Descartes...

—Si no serás jodido, carajo.

—Gassendi fue un propagandista de la doctrina materialista de Epicuro. El materialismo atomístico, la crítica a la religión y a las supersticiones y prejuicios que en ella se fundaban, la crítica a Aristóteles dogmatizada por la escolástica y la combinación del materialismo con una ética severa eran los componentes de la doctrina de Gassendi y constituyeron un poderoso fermento para la filosofía de la futura Ilustración que no era homogénea pues tenía un ala idealista y un ala

materialista; una tendencia deísta y otra atea. Descartes preparó el movimiento ideológico de la Ilustración como materialista en física y, en parte, como filósofo que había expuesto las bases del racionalismo en la teoría del conocimiento y en la doctrina del método. Como ya hemos visto, también tuvieron gran influencia para la Ilustración las tendencias materialistas de la filosofía y la biología de Descartes, la teoría mecanicista de la circulación de la sangre y el descubrimiento del reflejo no condicionado. En ellos se apoyó La Mettrie, la primera de las grandes figuras de la Ilustración francesa del Siglo XVIII; y es él quien plantea que la materia lleva implícita la fuerza motriz que la anima y es causa directa de todas las leyes del movimiento.

—¡Genial, don Cachaciento! ¿Olvidé mencionarlo?

—La Mettrie expuso en forma general casi todas las ideas que más tarde habían de ser desarrolladas, enriquecidas y concretadas por Helvétius, Diderot, Holbach y algunos naturalistas. La Mettrie afirmaba que no sólo toda *forma* es inseparable de la materia sino que también toda materia está ligada al movimiento. Desprovista de la capacidad de movimiento, la materia inerte es una mera abstracción. La sustancia se reduce en último término a la materia, en cuya naturaleza reside no sólo la capacidad de movimiento, sino la capacidad potencial universal de la sensibilidad o la sensación. Contrariamente a la doctrina de Descartes, La Mettrie, además de afirmar el carácter animado de los animales, señalaba la cualidad material del propio carácter animado, de los animales y del hombre. Él afirmaba que, aunque para nosotros resulta incomprensible aún el mecanismo mediante el cual la materia es dotada de la propiedad de la sensación, es indudable que todas nuestras sensaciones se hayan condicionadas por el nexo de los sentidos, a través de los nervios, con la sustancia material del cerebro. De ahí que ninguna sensación y ninguna modificación de una sensación puedan surgir sin que se produzca un cambio específico en el órgano correspondiente de la percepción sensorial. La Mettrie se limitó a esbozar una serie de ideas fundamentales, pero sin desarrollarlas de manera sistemática...

—Mientras que Holbach...

—¡Alto, compadre! Holbach, en cambio, fue el propagandista más sistemático de las doctrinas filosóficas del materialismo francés. En su obra más importante, *El Sistema de la naturaleza*, expone la idea principal que se refiere a la posibilidad de reducir todos los fenómenos de la naturaleza a diversas formas de movimiento de las partículas materiales, que en su conjunto integran la naturaleza eterna y no creada. De manera consecuente se refutan en la obra todos los prejuicios teológicos e idealistas sobre el carácter de las fuerzas que actúan en la naturaleza y sobre sus causas. Holbach señala en su

obra que la base de todos los procesos de la naturaleza es la materia con sus propiedades de movimiento: el de las masas materiales en virtud del cual los cuerpos se desplazan de un lugar a otro; y, el movimiento interno y latente, que depende de la energía propia del cuerpo, es decir, según él, de la combinación de acciones y reacciones de las moléculas indivisibles de la materia que integran este cuerpo. Afirma la universalidad del movimiento en la naturaleza; que en el Universo todo se encuentra en movimiento; que la esencia de la naturaleza consiste en actuar; que la materia recibe su movimiento de sí misma. Para él, en la naturaleza únicamente puede haber causas y acciones naturales; todos los movimientos que surgen en ella se sujetan a leyes constantes y necesarias. Las leyes del nexo causal son tan universales, como lo es la propiedad del movimiento en la naturaleza; por eso, si sabemos las leyes generales del movimiento de las cosas o de los seres, nos bastará la desintegración o análisis para descubrir los movimientos que actuaron combinadamente, y la experiencia mostrará los efectos que nosotros podemos esperar de ellos. Sobre todos los nexos de causa y efecto impera en la naturaleza la más rigurosa necesidad: la naturaleza actúa en todos sus fenómenos necesariamente, de conformidad con su propia esencia. Gracias al movimiento, el todo entra en relación con sus partes, y estas últimas con el todo. Para él, los procesos materiales excluyen el azar o la adecuación a un fin. Holbach extiende la tesis de la necesidad al comportamiento del hombre y a la aparición de todas sus sensaciones y representaciones; esta teoría corresponde, indudablemente, al materialismo mecanicista; reduce el comportamiento del hombre en la sociedad y sus acciones a una necesidad mecánica. El materialismo francés no percibe la existencia de una ley y una necesidad particulares engendradas por la formación de la sociedad...

—Estas ideas son desarrolladas por Diderot —dijo Leoncio esperando que lo manden callar; pero como no sucedió, continuó—, quien había evolucionado desde el idealismo ético y el deísmo hasta el materialismo en la teoría del ser, en la psicología, en la teoría del conocimiento, y hasta el ateísmo en los problemas de la religión. Aporta a la doctrina materialista de la naturaleza ciertos rasgos e ideas de dialéctica. A través de sus concepciones sobre la naturaleza orgánica apunta la idea del desarrollo, del nexo de los procesos que transcurren en la naturaleza. En algunos problemas rompe el estrecho marco de la metafísica mecanicista. Según él, todo cambia y desaparece, lo único que permanece es la totalidad; el mundo nace y muere constantemente, cada momento se encuentra en estado de nacimiento y de muerte; nunca hubo ni habrá otro mundo. Para Diderot y otros materialistas franceses, los métodos del conocimiento eran el expe-

rimento y la observación. En la teoría del conocimiento, las sensaciones son el único origen de nuestros conocimientos; sí, pero lo más importante es que hay una realidad objetiva, que es dada al hombre en sus sensaciones, y que es el origen de las sensaciones humanas. No se trata de deducir la sensación del movimiento de la materia o en reducirla al movimiento de la materia, sino en considerar la sensación como una de las propiedades de la materia en movimiento. En la teoría de la sociedad, los materialistas franceses, no rebasan el marco del idealismo pero se muestran contrarios a la concepción teológica e idealista de la historia de la humanidad, sosteniendo que el resorte de esta última es la razón humana, el progreso de la ilustración. En su doctrina sobre la naturaleza del hombre, sobre la educación, la sociedad y el Estado, defienden el determinismo, es decir, la teoría de que todas las actuaciones humanas están regidas por la causalidad. Aunque el hombre es un producto de fuerzas y condiciones físicas exteriores, no puede ser eximido de la responsabilidad de cuanto realiza con relación a la sociedad. En la doctrina de la moral, ésta debe ser basada en la experiencia. Lo mismo que todos los seres dotados de sentidos, el hombre se mueve exclusivamente por la tendencia al placer y la repulsión al dolor. Al experimentar la necesidad de la ayuda ajena, el hombre, a su vez, se ve obligado a hacer cosas útiles para otros. De este modo se forma el interés común, del que depende el interés particular; el interés personal bien entendido, según ellos, conduce necesariamente a la moral...

—¿Me permite el caballero? Helvétius veía la tarea fundamental de la ética en la determinación de las condiciones bajo las que el interés personal, como estímulo necesario de la conducta humana, puede combinarse con el social. Según él, no sólo el individuo es parte de un todo más amplio, sino que también la sociedad a que pertenece es un eslabón de una comunidad más amplia o sociedad única de pueblos, unida por lazos morales. Esta visión de la sociedad debe convertirse, según los materialistas franceses, en la causa que induzca a la transformación completa de toda vida social. Para ellos, el estado de la sociedad se hallaba muy lejos de la perfección; tampoco existe, decían, un modo de Gobierno que satisfaga por completo los dictados de la razón; el poder excesivo conduce al despotismo; la libertad excesiva lleva a la arbitrariedad, es decir, a un orden en el que cada uno será un déspota; el poder concentrado se vuelve peligroso, el individuo, débil. Llega a la conclusión de que a diferencia de la monarquía absoluta y del régimen aristocrático, sólo con el régimen democrático, el poder tiene presente el beneficio de toda la sociedad, mientras que cada ciudadano sirve con su actividad, a los fines comunes. Con ese Gobierno, el interés personal y el general se combinan, y esta

combinación es el único móvil que incita a la virtud. El recurso para librarse de los defectos de los modos de Gobierno existentes lo veían no en la revolución, sino en la ilustración de la sociedad. Dirigida por un Gobierno sabio, la educación es el medio más seguro de dar a los pueblos los sentimientos, talentos, pensamientos y virtudes necesarios para el fortalecimiento de la sociedad. Helvétius ve en el hombre un ser con el que mediante la educación se puede hacer cuanto se desee; la inclinación natural del temperamento no es obstáculo para que éste pueda ser modificado en cualquier sentido. El proceso de la educación ejerce influencia decisiva sobre las facultades físicas, intelectuales y morales del hombre. Bueno. Hemos visto que la Ilustración, o el Siglo de las Luces, fue un movimiento ideológico. Cier- to, pero habría que precisar que no sólo tuvo un carácter filosófico; también tuvo un carácter cultural, en el sentido más amplio, que impregnó todas las actividades literarias, artísticas, históricas, jurídicas, religiosas, etcétera, y supone la crítica que la burguesía hace del antiguo régimen...

—Lo cual nos lleva a Montesquieu, uno de los primeros pensadores políticos y jurídicos de Francia y del mundo, que idealiza el estoicismo romano y alaba el valor severo y conservador de los terratenientes de la República romana para criticar y condenar el absolutismo francés, la degeneración y corrupción de las costumbres de la sociedad francesa. Expuso la doctrina general de las normas jurídicas del Estado y de la convivencia en función de las leyes, determinadas por el tipo de régimen de Gobierno, para él, el republicano, el monárquico y el despótico. Es el primer investigador que aplicó el método comparativo al estudio de cuestiones del derecho y de la filosofía del derecho. Este método le proporciona materiales para fundamentar su concepción en cuanto a los tipos principales de organización estatal y a las condiciones de su florecimiento y decadencia. El método de exposición del que se vale es la deducción. De una u otra interpretación del principio, república aristocrática, república democrática, monarquía, despotismo, deduce las leyes y normas más convenientes para cada régimen, los tipos y límites de los distintos poderes, etcétera. En esta investigación jurídica irrumpe, sin embargo, un poderoso torrente de concepciones naturalistas sobre las causas de los fenómenos sociales. La posibilidad misma de existencia de diferentes principios de organización estatal no es atribuida a las condiciones histórico-sociales de aparición de los Estados de diverso tipo, sino que se deduce de la correspondencia entre el modo de Gobierno y las particularidades físicas del país, de su extensión y su clima, y sólo después se toma en consideración el modo de vida del pueblo, sus ocupaciones principales, comercio o agricultura, el grado de su bienestar material,

riqueza o pobreza, sus concepciones religiosas, costumbres, etcétera. En todos los tipos de Gobierno, Montesquieu estudia las condiciones en que cumplen su misión, asegurar la libertad personal, y las condiciones en que degeneran hasta llegar al despotismo. La garantía fundamental de la libertad, para él, son las instituciones, que frenan y ponen límite a la arbitrariedad. En la democracia, la fuerza motriz y condición de la prosperidad la veía Montesquieu en el amor a la República, la fidelidad de cada individuo a la causa común de todo el Estado. Evidentemente estaba lejos de pensar en la reestructuración revolucionaria de la sociedad. Las transformaciones que él propone no exigen la ruptura radical de las bases existentes. No sólo suponía que los diferentes tipos por él descubiertos de organizaciones del Estado podían coexistir, sino que exageró su carácter inmutable. Idealizaba claramente la monarquía constitucional y elaboró su teoría de la división de poderes en legislativo, ejecutivo y judicial...

—Mientras que el filósofo y escritor conocido bajo el seudónimo de Voltaire, por su lado, tomando la mayoría de las concepciones metafísicas y epistemológicas de Locke, luchó contra la Iglesia y el clericalismo, contra la intolerancia religiosa y el fanatismo de cualquier otro género y odiaba el despotismo de los reyes y príncipes de la Iglesia. A la fe basada en la *revelación* oponía la religión deísta de la razón. La Trinidad o la Encarnación le chocan como absurdos gratuitos, está firmemente convencido de la realidad de un dios bueno que nos prescribe a través de nuestro sentido moral para amar a los demás como a hermanos y hermanas. En su doctrina psicológica se deja sentir la influencia de Locke; según Voltaire, no tenemos ni el más mínimo conocimiento de la naturaleza de la substancia espiritual. Nunca percibimos el alma como substancia, sino que nos limitamos a percibir fenómenos, propiedades y aptitudes psíquicas; admitir la existencia en nosotros del alma significa colocar dentro de nuestra persona un pequeño dios capaz de transformar el orden vigente en el mundo. Dice que el hombre es libre, puesto que posee conciencia de su propia libertad; pero no se puede hablar de libre albedrío, pues la voluntad, al igual que el pensamiento, es mera abstracción, y no esencia real. Lo único real es el hombre que piensa y que quiere, y su voluntad se manifiesta sólo allí donde él es capaz de hacer lo que quiere. En cuanto a la teoría del conocimiento Voltaire trató de combinar el empirismo sensualista con algunos elementos del racionalismo. Lo fundamental para él era la tesis de que todos los conocimientos tienen su origen en las sensaciones. Pero al mismo tiempo sostenía la existencia del conocimiento absoluto: el lógico-matemático y el que se refiere a la moral. Para dios tiene el mismo valor que para el hombre: existe una única verdad. En la filosofía de la cultura y la historia

combatió duramente las concepciones de Rousseau, que enfrentaba la naturaleza no pervertida a la cultura. Según Voltaire, la vuelta a la naturaleza primitiva es algo antinatural, y el hombre civilizado vive más de conformidad con la naturaleza que el salvaje. Sin embargo, Voltaire había explicado falsamente la oposición de la naturaleza a la cultura hecho por Rousseau interpretándolo como un llamamiento a volver atrás, al estado *natural* anterior a la cultura. Voltaire se equivocó porque Rousseau no planteaba así la cosa...

—Tienes razón —dijo Leoncio—. Dentro del marco de la Ilustración, si se comparan con los escritos de los materialistas franceses, las opiniones filosóficas de Jean Jacques Rousseau representan un paso atrás. Rousseau no es realmente un filósofo en el sentido estricto de la palabra sin embargo tiene algunos planteamientos que se pueden tomar en cuenta. De él se conocen frases célebres como: *El hombre ha nacido libre y, sin embargo, por todas partes se encuentra encadenado*, frase con que inicia *El contrato social o Principios de derecho político*; o esa otra: *El hombre es bueno por naturaleza*, escrita en su *Emilio, o De la educación*. Rousseau planteó algunos de los precedentes políticos y sociales que impulsaron los sistemas de Gobiernos nacionales de muchas de las sociedades modernas estableciendo la raíz de la desigualdad que afecta a los hombres, tal como se puede apreciar en el: *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. Para él, una de las causas principales de los sufrimientos humanos es la contradicción entre nuestro estado y nuestros deseos, entre nuestro deber y nuestras inclinaciones, entre la naturaleza y las instituciones sociales, entre el hombre y el ciudadano. Así se adelanta al planteamiento del problema de la alienación. Plantea que en el desarrollo de la humanidad cada persona se acostumbró a ver los defectos y virtudes de los demás. Dice: *Aquel que mejor cantaba o bailaba, o el más hermoso, el más fuerte, el más diestro o el más elocuente, fue el más considerado*. El origen de las contradicciones de la civilización lo veía en la desigualdad social, condicionada por la desigualdad económica, la desigualdad en la posesión de tierra y de instrumentos de trabajo; en las formas existentes de la división del trabajo. Por una parte, busca la salvación frenando simplemente el ritmo de desarrollo histórico; y por otra, plantea que la eliminación de los obstáculos en el camino del hombre hacia la armonía debe ser alcanzada a través de la lucha ética del individuo contra sus propios defectos y debilidades; el triunfo sobre las propias pasiones y el dominio de los propios sentimientos y no de la lucha revolucionaria social. Rousseau no pretende atacar la estructura de la sociedad, su intención no fue la de desmantelarla ni la vuelta atrás, sino el de hacer de la sociedad una comunidad de igual-

dad donde todos tuvieran la libertad para expresar su pensar y tomar las decisiones que beneficien a todos; veía la salida de las contradicciones de la civilización en el cambio del sistema y los métodos de la educación; siguiendo a Locke, plantea un plan de desarrollo de la personalidad libre de la violencia sobre la naturaleza y sobre las aptitudes naturales del hombre, el primer plano lo ocupa el *sentimiento*. En *El contrato social* pretende demostrar que las únicas correcciones que se podían y debían hacer a la desigualdad social existente, desigualdad económica y desigualdad de obligaciones, lo único que podía evitarla, era la libertad y la igualdad incondicional de derechos jurídicos. Esta idea revela el carácter burgués de la sociología de Rousseau y fue bien acogida por los hombres de la Revolución Francesa, y, ante todo, por los jacobinos. El espíritu democrático burgués y el republicanismo presiden toda la parte programática de *El contrato social*. La vida política de la sociedad era para él la voluntad soberana del pueblo y la indivisibilidad de esa soberanía. Por esta razón rechaza el principio de la división de poderes en legislativo y ejecutivo y recomienda el sistema de *plebiscito* para todos los problemas importantes de la vida política. Un punto a destacar es que en la teoría del proceso histórico, Rousseau atisbó la significación de las contradicciones como resorte del desarrollo de la sociedad; un paso importante en el desarrollo de la dialéctica en la filosofía. Y si me permites, esto hay que hilvanarlo con algunas ideas que ya hemos visto días atrás y con otras que veremos más adelante. Antes de Marx, como los materialistas y los sociólogos no sabían descender hasta relaciones tan elementales y primarias como las de producción, empezaban directamente por la investigación y el estudio de las formas político-jurídicas y tropezaban con el hecho de que estas formas surgían de tales o cuales ideas de la humanidad en un momento dado, y no pasaban de ahí; resultaba como si las relaciones sociales fuesen establecidas conscientemente por los hombres. Pero esta conclusión, que halló su expresión completa en la idea de *El contrato social*, y cuyos vestigios se notan mucho en todos los sistemas del socialismo utópico, estaba completamente en pugna con todas las observaciones históricas. Jamás ha sucedido, ni sucede, que los miembros de la sociedad se representen el conjunto de las relaciones sociales en que viven como algo definido, integral, penetrado por un principio fundamental; por el contrario, la masa se adapta inconscientemente a esas relaciones, y es tan pobre la idea que de ellas tiene como relaciones sociales históricas especiales, que, por ejemplo, hace no mucho, hace poco más o menos 170 años, se halló una explicación de las relaciones de intercambio, en las cuales los hombres han vivido durante muchos siglos. El materialismo ha eliminado esta contradicción, profundizan-

do el análisis hasta llegar al origen de estas mismas ideas sociales del hombre, y su conclusión de que el desarrollo de las ideas depende del de las cosas es la única compatible con la psicología científica. El materialismo dialéctico proporciona un criterio completamente objetivo, al destacar *las relaciones de producción* como estructura de la sociedad, y al permitir que se aplique a dichas relaciones el criterio científico general de la repetición, cuya aplicación a la sociología negaban los subjetivistas. Mientras se limitaban a las relaciones sociales ideológicas, es decir, relaciones que antes de establecerse pasan por la conciencia de las relaciones sociales de los hombres, no podían advertir la repetición y regularidad en los fenómenos sociales de los diversos países, y su ciencia, en el mejor de los casos, se limitaba a describir tales fenómenos, a recopilar materia prima. Pero, los hombres, al intercambiar productos, contraen relaciones de producción, aún sin tener conciencia de que ello constituye una relación social de producción; esto quiere decir que estas relaciones sociales de producción se establecen sin pasar por la conciencia de los hombres; y precisamente es el análisis de las relaciones sociales materiales lo que permitió inmediatamente observar la repetición y la regularidad, y sintetizar los sistemas de los diversos países en un solo concepto fundamental de formación social. Esta síntesis fue la única que permitió pasar de la descripción de los fenómenos sociales, y de su valoración desde el punto de vista del ideal, a su análisis rigurosamente científico, que subraya, por ejemplo, qué diferencia a un país capitalista de otro y estudia qué tienen en común todos ellos. Bien, en la teoría del contrato social de Rousseau, que es teoría burguesa avanzada del Siglo XVIII, los hombres, poseedores innatamente de derechos y, en primer lugar, de libertad, por acuerdo común, deponen su libertad y establecen bases para poder organizarse y vivir unidos y luego establecen formas de Gobierno y establecen derechos y deberes y, de esa manera, la libertad individual de cada quien es depuesta para hacer ese contrato y recibe a cambio una libertad garantizada por la sociedad. Mientras que la teoría de la división de 3 poderes: ejecutivo, legislativo y judicial sigue siendo base para garantizar a la persona frente al Estado porque, dice, uno dicta la ley, que es el legislativo, otro la administra, que es el ejecutivo; y otro juzga, que es el judicial; y de esa manera no se concentra en uno solo el Poder, porque, en aquel entonces, la burguesía apuntaba contra el absolutismo, la concentración total del Poder en una sola mano que servía a la feudalidad. Ésa es la *teoría* que sigue sustentando el *derecho burgués*, que ha tenido un proceso de reaccionarización que llevó, en la parte final del Siglo XIX, a la teoría del Estado de derecho. El llamado Estado de derecho dice concebir un Estado demoburgués equi-

librado, con 3 poderes, donde, dicen, es preferible que un poder esté equilibrado por otros poderes y otras esferas de competencia para que lo mantengan en su justo límite. Pero ese palabreo no es otra cosa más que la defensa exclusiva del derecho burgués, que sólo existe y sirve para las clases poseedoras y para *regular* las relaciones de estas clases con los desposeídos; simplemente defiende la dictadura de la burguesía, la dictadura de las clases explotadoras contra los explotados.

—Eso —dijo Sebastián mientras levantaba la mano y señalaba hacia arriba.

Habían alcanzado la parte más baja del recorrido y delante de ellos se presentaba el macizo sereno mostrando, bajo el titilar de la noche estrellada, la tenue huella del ascenso. Convinieron en hacer un corto descanso, se tumbaron en el suelo lo mejor que pudieron sin quitarse la carga de encima y luego de sacar unas pocas hojas de coca de las bolsitas de plástico se pusieron a chacchar en silencio.

—Bueno, sigamos —dijo Sebastián saliendo de sus cavilaciones—. Durante la segunda mitad del Siglo XVIII se producen en Europa Occidental nuevos cambios económicos y sociales, condicionados por la afirmación del modo capitalista de producción y la transformación de la burguesía en clase económicamente dominante. Las primeras revoluciones burguesas de los Siglos XVII y XVIII abrieron el camino al desenvolvimiento capitalista no sólo en los países en que habían conducido a la destrucción del régimen feudal, sino en todo el Occidente europeo. Esto se refiere, en especial, a la Revolución Francesa de 1789-1794, que ejerció excepcional influencia liberadora en los países de Europa, despertando en ellos el movimiento revolucionario contra el feudalismo y contribuyendo al desarrollo de la ideología burguesa, nueva e históricamente progresista, que proclamaba el derecho del individuo a la libertad, la felicidad y la propiedad privada; mientras que la ideología feudal se lo negaba. Los ideólogos de la burguesía, progresista y revolucionaria en aquel entonces, exaltaban al hombre como ser supremo, como señor de la naturaleza; la humanidad, afirmaban, había entrado en la vía de un acelerado progreso social que conduciría al bienestar de todos, al reino de la razón y la libertad. Los ideólogos burgueses, al intervenir contra las caducas relaciones sociales del feudalismo, les enfrentaban las relaciones burguesas, que ellos consideraban racionales y naturales; no veían aún las contradicciones propias del régimen capitalista. El desarrollo de la economía capitalista destruía en medida creciente las relaciones económicas feudales, estancadas en gran medida, y daba origen a nuevas ramas de la producción, a nuevas clases y grupos sociales, a

nuevas necesidades sociales y personales. La revolución industrial inglesa, el gran aumento de la productividad del trabajo, del volumen y del ritmo de la producción social, así como el progreso de las ciencias naturales, parecían abrir perspectivas ilimitadas a un progreso social que abarcaba todas las esferas. Sin embargo, políticamente, el feudalismo no estaba vencido definitivamente. En la mayoría de los países europeos, en el que el desarrollo de la economía capitalista aún no había conducido a la transformación revolucionaria burguesa, las fuerzas feudales que detentaban el Poder se negaban a compartirlo con la nueva clase, con la burguesía. La restauración de la monarquía semifeudal de los Borbones en Francia y el Congreso de Viena, en el que se agruparon todas las fuerzas monárquicas y feudales de Europa, eran prueba fehaciente de que las fuerzas de la reacción no habían sido vencidas y trataban de pasar a la contraofensiva. Mientras que Inglaterra, gracias a la revolución burguesa y a la industrial, se había convertido en una gran potencia capitalista, y Francia, después de la revolución de 1789-1794, había destruido el feudalismo y avanzaba rápidamente por la vía del progreso capitalista, Alemania seguía siendo un país semifeudal económica y políticamente fraccionado. La gran propiedad territorial, los numerosos restos de la servidumbre, el régimen gremial, y la existencia de un gran número de Estados enanos, que gozaban formalmente de independencia y se veían sujetos a un Gobierno absolutista reaccionario, no sólo frenaban el desarrollo capitalista del país, sino que acentuaban el atraso económico de todos sus elementos respecto de los países más avanzados en el sentido capitalista. En Alemania nadie se sentía a gusto. Los oficios, el comercio, la industria y la agricultura del país habían sido reducidos hasta llegar a las escalas más bajas. Campesinos, artesanos y patronos sufrían doblemente, a consecuencia del Gobierno parasitario y a consecuencia del mal estado de cosas. Los nobles y los príncipes encontraban que, aunque estrujaban al máximo a sus súbditos, sus ingresos no podían ponerse a la altura de los crecientes gastos. Todo iba mal y en todo el país reinaba el descontento. Ése es, más o menos, el panorama en que se hallaba Alemania a fines del Siglo XVIII y comienzos del XIX. Pero, al mismo tiempo, fue un gran período en la historia de la literatura y la filosofía. Todas las grandes obras de esa época se hallaban precedidas por un espíritu de desafío, de indignación contra toda la sociedad de aquel entonces. Y no sólo se trata de Schiller y Goethe. En Alemania, lo mismo que en Francia, la revolución burguesa se vio precedida por la revolución filosófica, que representó su preparación ideológica. Los clásicos de la filosofía alemana fueron las figuras principales de la revolución filosófica en ese país; pero, a diferencia de Holbach, Helvecio, Diderot y otras figuras

de la Ilustración francesa, eran idealistas. Este hecho reflejaba el atraso económico de Alemania, la debilidad de su burguesía, su incapacidad para la acción revolucionaria abierta contra el régimen feudal y su tendencia al compromiso. Y no obstante, hay que señalarlo con mucha precisión, en estas doctrinas idealistas se fundamentaba la necesidad de la transformación burguesa de Alemania; transformación que era interpretada como reorganización de la vida social sobre la base de la razón y la libertad, elementos que, según la doctrina de los clásicos de la filosofía alemana, eran la necesidad del espíritu. Los filósofos alemanes comprendieron el desarrollo, en esencia, como un proceso espiritual condicionado por el autodesarrollo de la razón. Tal planteamiento velaba la importancia de la transformación revolucionaria de las relaciones sociales materiales y justificaba teóricamente el compromiso político con las fuerzas feudales al que tendía la burguesía alemana. A pesar de ello, la más grande conquista de la filosofía clásica alemana fue, aunque desde posiciones idealistas, la elaboración del método dialéctico, de la lógica dialéctica, de la doctrina referente a las leyes del proceso de desarrollo. Esto sólo fue posible porque esa tendencia se apoyaba en las tradiciones dialécticas de la filosofía de su país y en las conquistas del pensamiento filosófico de los países más desarrollados de Europa, en los que las revoluciones burguesas ya se habían llevado a efecto. La teoría del desarrollo de los idealistas alemanes iba dirigida de manera abierta e inmediata contra las fuerzas feudales reaccionarias que frenaban en todos los sentidos el progreso burgués del país. Precisamente en esa época es que los naturalistas más eminentes empiezan a comprender la insuficiencia de la explicación mecanicista, metafísica, de los fenómenos de la naturaleza y plantean el problema de la existencia de otras formas del movimiento de la materia, además de la forma mecánica. Los progresos de la geología, de la embriología, la fisiología de las plantas y los animales, y también de la química orgánica, condujeron a la conclusión de que el desarrollo se hallaba presente tanto en la naturaleza inorgánica como en la orgánica. Pero la experiencia de las revoluciones burguesas y el nivel en el que las ciencias naturales se encontraban no eran suficientes para llegar a elaborar una dialéctica científica, materialista. A ello se oponía también la limitación clasista, el carácter de clase, de los pensadores burgueses. Todo esto, unido a las particularidades del desarrollo de Alemania, determinó el carácter idealista de la dialéctica que elaboraron los clásicos de la filosofía alemana.

Sebastián se dio un poco de tiempo para inhalar la frescura de la noche y el aroma de la tierra, luego continuó.

—El filósofo alemán Emmanuel Kant, que marca el comienzo de

un momento decisivo en la filosofía, estaba influenciado por las ideas de Rousseau y simpatizaba con la Revolución Francesa. La Ilustración, dice, es la salida del hombre de su minoría de edad, él mismo es culpable de ella. La minoría de edad, continúa, estriba en la incapacidad de servirse del propio entendimiento, sin la dirección de otro. Y añade, uno mismo es culpable de esta minoría de edad cuando la causa de ella no yace en un defecto del entendimiento, sino en la falta de decisión y ánimo para servirse con independencia de él, sin la conducción de otro. Arenga con firmeza: ¡Ten valor de servirte de tu propio entendimiento! Y cierra lapidario: ¡He aquí la divisa de la Ilustración! Bueno, en los primeros años de su carrera científica se dedicó a los problemas de las ciencias naturales y formuló una teoría sobre el origen del sistema solar que quedó plasmada en su *Historia natural general y teoría de los cielos* en 1755. En ella expone su hipótesis nebulosa para la formación del sistema solar, más tarde desarrollada por Laplace y ahora aceptada en general, tal como ya lo has explicado. Kant adopta, en sus concepciones filosóficas, posiciones predominantemente metafísicas, aunque en su pensamiento ya había ciertos elementos dialécticos. La doctrina filosófica de Kant versa, fundamentalmente, sobre los problemas de la teoría del conocimiento. El rasgo fundamental de la filosofía de Kant es que concilia el materialismo con el idealismo, sella un compromiso entre éste y aquél, compagina en un sistema único direcciones filosóficas heterogéneas, opuestas. Cuando Kant admite que a nuestras representaciones corresponde algo existente fuera de nosotros, una cierta cosa en sí, entonces Kant es materialista. Cuando declara a esta cosa en sí incognoscible, trascendente, ultraterrenal, Kant habla como idealista. Reconociendo como único origen de nuestros conocimientos la experiencia, las sensaciones, Kant orienta su filosofía por la línea del sensualismo, y, a través del sensualismo, bajo ciertas condiciones, por la línea del materialismo. Para Kant, el espacio y el tiempo no son formas objetivas de existencia de la materia, sino formas de la conciencia humana, formas a priori de la sensibilidad humana, que se dan en la conciencia antes de toda experiencia. Formalmente, reconoce que el objeto sobre el que recae el conocimiento es la naturaleza, pero en esencia contrapone la naturaleza al mundo objetivo. La naturaleza, según él, no son las cosas en sí, no es la realidad objetiva, sino una creación de la conciencia. Así, reconociendo la aprioricidad del espacio, del tiempo, de la causalidad, etcétera, Kant orienta su filosofía hacia el idealismo. Esta indecisión de Kant le ha valido ser combatido sin piedad tanto por los materialistas consecuentes, como por los idealistas consecuentes; pero también por los agnósticos puros, los humistas, los seguidores de Hume. Los materialistas han reprochado

a Kant su idealismo, han refutado los rasgos idealistas de su sistema y han demostrado que la cosa en sí es objetivamente real, perfectamente cognoscible, terrenal, que en principio no difiere en nada del fenómeno, se transforma en fenómeno a cada paso del desarrollo de la conciencia individual del hombre y de la conciencia colectiva de la humanidad. Los agnósticos y los idealistas le han reprochado a Kant la admisión de la cosa en sí, como una concesión al materialismo, al *realismo* o al *realismo ingenuo*; los agnósticos han rechazado no solamente la cosa en sí, sino también el apriorismo, y los idealistas han exigido deducir consecuentemente del pensamiento puro no sólo las formas apriorísticas de la contemplación, sino todo el Universo en general, dilatando el pensamiento del hombre hasta el YO abstracto o hasta la *idea absoluta* o aún más, hasta la *voluntad universal*. Para Kant hay un abismo que media entre la cosa en sí, considerada incognoscible, y la naturaleza, susceptible de ser conocida, pero que no existe, objetivamente, fuera de la conciencia del hombre. Este supuesto abismo entre el fenómeno y su esencia, la cosa en sí, constituye el rasgo metafísico de la filosofía kantiana. El agnosticismo lo conduce al idealismo. En él, el idealismo se manifiesta bajo la forma del apriorismo, doctrina según la cual los datos fundamentales de todo conocimiento son anteriores a la experiencia e independientes de ella; no es necesario recurrir a la experiencia para conocer que un enunciado es verdadero. Bueno, pero, a pesar de todo ello, la filosofía idealista de Kant encierra también valiosos elementos dialécticos. En la teoría del conocimiento tiene el mérito de haber puesto de relieve la influencia del método analítico para la ciencia y de haber planteado el problema de la función cognoscitiva de la síntesis en la investigación científica. Kant refutó la concepción, tan difundida entre los metafísicos, según la cual el método científico se reducía exclusivamente al análisis, partiendo del principio lógico-formal de la inadmisibilidad de la contradicción. Kant defendía la idea de que el método sintético, la síntesis, encerraba una importancia fundamental para las matemáticas, las ciencias naturales y la filosofía. En la crítica que Kant hace de la razón se destacan perfiles dialécticos; él hace una clara distinción entre entendimiento y razón. Considera que el conocimiento de la naturaleza por medio del entendimiento, es decir, la metafísica, no basta; que el conocimiento racional representa una instancia superior y que este conocimiento es, por su naturaleza, dialéctico. Plantea que la razón, al resolver el problema de la finitud o infinitud del mundo, de su carácter simple o complejo, cae en contradicciones, a las que denomina antinomias. Demostró que era posible extraer conclusiones diametralmente opuestas de las mismas proposiciones. Aunque con Kant seguiría sin resolverse esta contradicción. La dialéctica, tal

como la ve Kant, posee un carácter negativo. Con la misma fuerza de convicción cabe afirmar que el mundo es finito en el tiempo y en el espacio, tesis, y que es infinito en el espacio y el tiempo, antítesis. Del mismo modo se puede sostener que todo en el mundo es simple, tesis, y que todo en él es complejo, antítesis. Como agnóstico, Kant entiende erróneamente que estos problemas son insolubles. No obstante, su teoría de las antinomias de la razón va dirigida contra la metafísica, y ya el solo hecho de plantear el problema de la contradicción impulsa el desarrollo del método dialéctico.

—Hay que dar una pista para que el asunto se haga más comprensible —aportó Leoncio—. Kant afirma que es posible imaginar el espacio sin nada en él, pero es imposible imaginar la no existencia de espacio. Pero esto no es correcto. El espacio sin materia es una abstracción vacía, igual que la materia sin espacio. La idea de Kant de que el tiempo y el espacio están fuera de la categoría de la experiencia sensorial fue refutada por los descubrimientos de la geometría no euclideana. Todas las ideas, en última instancia, derivan de la realidad, incluso los axiomas matemáticos. Es verdad que, si dejamos a un lado todas las cualidades materiales de una cosa, todo lo que queda es espacio y tiempo. Pero éstas son sólo, otra vez, abstracciones vacías. No pueden mantenerse por sí mismas, de la misma forma que no existe la fruta sin manzanas, peras, naranjas, etcétera; o la humanidad sin seres humanos. La única diferencia es que la idea de fruta o humanidad, son abstracciones de una clase particular de materia, mientras que el tiempo y el espacio son las características más generales o, más correctamente, la forma de existencia de la materia en general. El error de Kant procede de considerar la apariencia y la esencia como 2 cosas mutuamente excluyentes. Y en lugar de ver el pensamiento como un puente que une el sujeto pensante al mundo, lo concibe como una barrera, una línea divisoria entre el sujeto y el objeto. Kant concibe el pensamiento como un instrumento que podemos utilizar para comprender el mundo. Hegel lo refuta al plantear que el pensamiento no es un *instrumento*, como una herramienta a la que se pueda examinar antes de emprender la tarea. Tendríamos que enfrentarnos a la paradoja de que la *herramienta* tendría que examinarse, ya que el pensamiento sólo puede ser examinado por el ser pensante. Buscar el saber antes de conocer es como la conducta de un hombre que se niega a entrar en el agua hasta que haya aprendido a nadar. Lo correcto es que, el hombre, para conocer un objeto, primero debe verificar si sus sentidos le engañan o no. Así, el problema fundamental es ¿cómo relacionar las formas de la lógica con el mundo real? Las categorías de la lógica formal no nos dicen absolutamente nada del mundo real. Es tarea de la ciencia descubrir

las leyes del mundo real a través de la observación y la experimentación. Éste es el proceso real aunque Kant llega a conclusiones diametralmente diferentes. El mérito de Kant está en que intentó hacer una crítica de las formas de la lógica y demostró cierta inconsistencia, por ejemplo, al aceptar la ley de la contradicción. Hasta antes de Hegel no se logró explicar el origen de estas contradicciones. El problema surge de la propia naturaleza de la lógica formal que considera a los contrarios mutuamente excluyentes. En general, las cosas no tienen significado a menos que se tomen conjuntamente con sus contrarios. No se puede comprender la vida sin la muerte. Norte y Sur, derecha e izquierda, hombre y mujer, bueno y malo, etcétera, sólo pueden existir en relación con sus contrarios. La unidad de contrarios es un hecho fundamental de la existencia. Más tarde Hegel explicó que el ser puro e indiferenciable es igual a nada. Si nos limitamos simplemente a afirmar que una cosa es, sin explicar sus propiedades concretas, sus contradicciones internas, el movimiento y el cambio, las múltiples relaciones, realmente no comprenderemos la verdad sobre la cosa. Sin más concreción, el ser simple se convierte en una abstracción vacía. Esta contradicción, la antinomia de Kant, sólo se puede resolver comprendiendo que ser y no ser no son mutuamente excluyentes, sino que se combinan en el proceso de devenir.

—Sí, eso —convino Sebastián—. La relación sujeto-objeto durante siglos ocupó un lugar central en la filosofía. Para simplificar las cosas, los materialistas mecanicistas ponían todo el énfasis en el objeto, en la realidad material, en la naturaleza, y no dejaban sitio para el sujeto pensante, al que representaban como un receptáculo pasivo; mientras que los idealistas, por su parte, ponían el énfasis en el sujeto, en la mente, en la idea. El mérito de Kant fue someter las formas tradicionales de la lógica a una crítica rigurosa. Su defecto se encuentra en su postura subjetivista acerca de la teoría del conocimiento. Ésa fue la fuente de su debilidad, ambigüedad, inconsistencia y agnosticismo. No consiguió romper claramente con la lógica tradicional, a pesar de exponer sus limitaciones. Kant cayó en todo tipo de contradicciones que quedaron sin resolver. Para él, el estado ideal de la sociedad es la paz entre los individuos y entre los Estados; pero esta paz constituye un fin muy remoto que se pierde en las nieblas del futuro. La realidad de la vida histórica no es el estado de paz sino la lucha antagónica e incesante entre los hombres, entre las clases sociales en las que los hombres se agrupan. Aún sin preocuparse mucho de los problemas de la filosofía de la historia, Kant llegó a la idea de que el carácter contradictorio del proceso histórico es condición necesaria para el perfeccionamiento del género humano. La esencia de dicho carácter contradictorio estriba en que

los hombres se muestran simultáneamente inclinados a asociarse y, en virtud de la hostilidad que les es propia, a oponerse unos a otros, con la consiguiente amenaza de desintegrar la sociedad. Según Kant, sin este antagonismo y sin las calamidades y sufrimientos que de él se derivan sería imposible todo progreso, todo desarrollo.

Sebastián guardó silencio y Leoncio no hizo comentario alguno. Permanecieron tumbados unos cuantos minutos más hasta que Leoncio dijo que debían seguir la marcha, ya faltaba poco para llegar y así poder descansar. Se incorporaron casi a desgano pues la tumbada y el cansancio los había aletargado un poco. Otearon la falda del macizo y casi al mismo tiempo describieron la imaginaria ruta en zigzag a seguir.

—En cuanto al problema de la relación entre sujeto y objeto, entre pensamiento y ser, debemos decir que, finalmente, fue resuelta por Marx y Engels —expuso Leoncio luego de recuperarse del esfuerzo que le costó acometer la parte empinada de la subida—. Ellos señalaron que, en última instancia, todos los problemas de la filosofía son resueltos por la práctica; dicen que la vida social es, en esencia, práctica. Que todos los misterios que descarrían la teoría hacia el misticismo, encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica.

—Carajo, te estás adelantado otra vez —exclamó Sebastián poniéndose al lado de Leoncio; el sendero se había ensanchado y la empinada subida había atenuado su desafío—. Bueno, ya no tienes arreglo, qué le vamos a hacer. Tomo la posta. La dialéctica, bajo su forma idealista, alcanza su grado más alto de desarrollo en la filosofía de Hegel. A él le corresponde el gran mérito de haber presentado por primera vez todo el mundo natural, histórico y espiritual en forma de proceso, es decir, en un constante movimiento, cambio, transformación y desarrollo, y de haber intentado revelar el vínculo interno entre ese movimiento y desarrollo. Intentó, sí, pero no logró resolverlo...

—Eso no tiene importancia, el asunto es que su mérito histórico consiste en haberlo planteado...

—¡Leoncio!

—Disculpa, hermano.

—La gran significación de la filosofía de Hegel consiste en que en ella fue expuesta, en forma sistemática, la concepción dialéctica del mundo y el correspondiente método dialéctico de investigación. Hegel expuso la dialéctica como ciencia filosófica que generalizaba toda la historia del conocimiento y las leyes más generales de desarrollo de la realidad objetiva; en particular trató de investigar y generalizar, en todos los aspectos, los principios más importantes del modo dia-

lético de pensar, opuesto radicalmente a la metafísica. Después de someter a una crítica profunda y seria el método metafísico, formuló las leyes y categorías de la dialéctica; pero lo hizo en forma distorsionada, idealista. Hegel toma como base y desarrolla las ideas dialécticas de Kant y otros filósofos alemanes, como Fichte y Schelling, de los cuales ya no voy a hablar. Pero, al mismo tiempo, refuta una serie de posiciones equivocadas contenidas en las doctrinas de estos pensadores. Así, por ejemplo, aunque concuerda con Kant en cuanto a la necesidad de someter a estudio filosófico las premisas de la actividad cognoscitiva de los hombres, estima acertadamente que el intento kantiano de investigar la capacidad humana de conocimiento fuera de la historia de éste, fuera de su aplicación real, es estéril y escolástico. Hegel afirma, correctamente, que la investigación del conocimiento es posible sólo en el *proceso del conocimiento*, y examinar el llamado instrumento del conocimiento no significa otra cosa sino conocerlo. Ya lo has dicho, pero a tu manera.

—Momentito —replicó Leoncio cortando el aire con un ligero movimiento de manos—. Lo que acabas de mencionar es la interpretación que Hegel da al llamado *instrumento del conocimiento*; lo que yo hice fue exponer la crítica que Hegel hace de la interpretación que Kant hacía del mismo. Son 2 cosas diferentes. A ver, para ser más precisos. Hegel dice que una de las principales líneas de argumentación de la filosofía crítica es que nos ofrece una pausa antes de proceder a preguntar por dios o por el verdadero ser de las cosas, nos dice ante todo que *examinemos* la facultad de cognición y ver si eso es equiparable a tanto esfuerzo. Deberíamos, dice Hegel que dice Kant, familiarizarnos con el *instrumento*, antes de emprender la tarea para la que está destinado, porque si el *instrumento* es insuficiente todo nuestro esfuerzo habrá sido en vano. La verosimilitud de esta sugerencia ha conseguido la aprobación y admiración general; el resultado ha sido, ojo con esto; el resultado ha sido *apartar la cognición* del interés en sus objetos y la absorción en el estudio de ellos, dar marcha atrás y de esta forma convertirlo en una simple cuestión de forma. Fin de la cita. Reitero, Kant concibe el pensamiento como un instrumento que podemos utilizar para comprender el mundo; pero esto no sólo es insuficiente, esto es incorrecto. Mucho antes de que la lógica fuese concebida los hombres y mujeres ya pensaban. Las formas del pensamiento, incluida la lógica, son el producto de un largo período de desarrollo humano, tanto mental como práctico. Los objetos del mundo físico nos llegan a través de la percepción. Pero la materia no termina ahí. El entendimiento trabaja con la información suministrada por los sentidos, éstos analizan esta información y la dividen en sus partes constituyentes; en filosofía, a este proceso se le

conoce como mediación. ¿Por qué es interesante esto? No sólo por lo que ya expliqué sobre la relación entre la teoría y la práctica, relación en la cual el hombre, para conocer un objeto, primero debe verificar si sus sentidos le engañan o no; sino que, y es algo que venimos conversando todo el tiempo, el conocimiento humano, la cognición, es el producto de 2 factores: el sujeto cognitivo y el objeto conocido. La materia prima del conocimiento la proporciona el objeto externo, el mundo físico, por su parte el sujeto, mente pensante, da forma y significado a la información que nos proporciona los sentidos. Es una equivocación pensar que sólo podemos conocer las *apariencias* de las cosas. En cada época ha existido la convicción de que la única forma de poder conocer una cosa era precisamente tomando el mundo material que nos proporciona nuestros sentidos y analizándolo a través de la reflexión; pero no podemos quedarnos ahí, hay que comprobar la validez de estas reflexiones en la práctica, que es el único criterio de la verdad. Y todo esto sin olvidar que la simple aproximación empírica conduce invariablemente a errores y aquello de que los ojos y los oídos son malos testigos para los hombres que tienen almas bárbaras; o como dijiste tú, para los hombres que tienen almas incapaces de comprender su lenguaje. Bien, el mismo Hegel dice que el estado enfermizo de la época queda marcado cuando vemos adoptar el credo desesperado de que nuestro conocimiento es sólo subjetivo y que más allá de esta subjetividad no podemos ir. Hegel, igual que Kant, era un idealista, pero un idealista objetivo que nunca negó la posibilidad de conocer el mundo real. Este idealismo objetivo era muy superior, con todos sus fallos, al confusionismo del idealismo subjetivo. No es nada sorprendente que el *estado enfermizo* de aquella época fuera Kant y no Hegel; Kant tiene más en común con los filósofos y científicos actuales que, después de dar vueltas y revueltas, quieren convencernos de que realmente no podemos afirmar la existencia del mundo físico, o que no podemos saber, dicen, qué ocurrió antes del Big Bang, o que el comportamiento de las partículas subatómicas depende exclusivamente de si están presentes para observarlas y así otras huevadas por el estilo.

—Cierto. Hegel dice que la naturaleza existe con independencia del hombre, y el conocimiento humano posee un contenido objetivo. Rechazó la oposición subjetiva kantiana de esencia y fenómeno, afirmando que los fenómenos son tan objetivos como la esencia, la que se revela en ellos, por lo cual éstos son esenciales. Al conocer los fenómenos conocemos la esencia, en la que no hay nada que no se revele directa o indirectamente, es decir, que exista aisladamente, sin relación alguna con otros fenómenos. La apariencia tampoco es algo subjetivo: es una manifestación específica de la esencia. Así, partien-

do de la proposición dialéctica de la unidad de esencia y fenómeno, Hegel rechazó la doctrina kantiana de la incognoscibilidad de la cosa en sí; en la naturaleza de las cosas no hay ningún obstáculo infranqueable para el conocimiento. Hegel afirma que la naturaleza y la sociedad no pueden ser deducidas del YO humano, de la autoconciencia, de la misma manera que no pueden ser reducidas a él; y señala como absurda la idea de desear conocer antes de llegar a conocer.

—Grandes avances, sí. Pero, como idealista que era, Hegel no pudo someter a crítica el vicio idealista fundamental de sus predecesores más inmediatos; para él, lo mismo que para todos los idealistas, la naturaleza deriva de un espíritu supranatural.

—Eso —convino Sebastián—. Y precisamente por ello es que no pudo resolver los grandes problemas dialécticos que habían sido planteados por sus predecesores y por su propia filosofía. En los tiempos de Hegel la ciencia se hallaba dominada por un estrecho empirismo, por la desconfianza hacia el pensamiento teórico, por la tendencia a reducir las investigaciones a los hechos sensibles observados. Los hombres de ciencia empíricos consideraban los conceptos como simples denominaciones, como designaciones de conjunto de hechos sensoriales percibidos. Hegel se opuso a esta subestimación del pensamiento teórico, aunque no enfrentó al empirismo la concepción científica del pensamiento teórico, que por cierto aún no había sido elaborada, sino la visión idealista del concepto omnipotente, del pensamiento, de la idea. De este modo, en la doctrina idealista de Hegel, la importante tesis de que el concepto es la forma suprema del reflejo de la realidad obtuvo una interpretación deformada. El hecho de que en los conceptos sean elaborados los datos sensibles, consecuencia de lo cual son las conclusiones teóricas inaccesibles a la observación sensorial directa, lo interpreta Hegel como si el concepto, el conocimiento, engendrara los fenómenos sensoriales observados, los nexos y las leyes. Así, pues, el punto de partida del sistema filosófico hegeliano es la identificación idealista del ser y el pensar, la reducción de todos los procesos al del pensamiento. Sabemos que la forma fundamental del pensamiento es el concepto, sí; pero como Hegel entiende el pensamiento de un modo absoluto, entonces deifica inevitablemente el concepto. Para él, los pensamientos de nuestra mente no eran reflejos más o menos abstractos de las cosas y los procesos reales, sino que, al contrario, las cosas y el desarrollo eran únicamente reflejos encarnados de una *Idea* existente en algún sitio antes de la aparición del mundo. De este modo todo era invertido, y el vínculo real de los fenómenos universales quedaba completamente distorsionado. Hegel pone cabeza abajo la relación real entre el pensar y el ser; no es el pensamiento, dice, lo que refleja el ser, sino que

éste, el ser, es la encarnación del pensamiento, del concepto, de la idea. En alguno de sus escritos dice que el concepto es aquello que vive en las propias cosas, gracias a lo cual éstas son lo que son, y comprender el objeto, por consiguiente, significa tomar conciencia de su concepto.

—Muy bien, Sebastián, pero hagamos una especificación necesaria. Hegel entiende el pensamiento de un modo absoluto, cierto. Ése es un aspecto. Pero el rasgo característico de esa filosofía idealista es que considera la idea absoluta, el espíritu absoluto, *en movimiento*, en un proceso de desarrollo dialéctico. Su teoría del *devenir*, la idea del desarrollo, forma la médula de la dialéctica idealista hegeliana y va dirigida íntegramente contra la metafísica.

—Cierto, tienes razón, importante detalle. Ese método dialéctico tiene 3 principios del desarrollo, que Hegel interpreta idealistamente como el movimiento del concepto mismo, a saber: el trueque de la cantidad en cualidad; la contradicción como fuente de desarrollo y la negación de la negación. En estos 3 principios descubre y formula Hegel, hay que repetirlo, aunque sea bajo una forma idealista, las verdaderas leyes universales del desarrollo. Por primera vez en la historia de la filosofía, se enseña aquí que la fuente, el motor del desarrollo, es la contradicción interna inherente a los fenómenos...

—Esto último no es cierto, compadre. Heráclito ya había explicado que en la contradicción se encuentra el fundamento de todo; que todas las cosas contienen la contradicción que impulsa su desarrollo; además, fue él quien dijo que el movimiento, el desarrollo, se opera por medio de la lucha de los contrarios, a la que él llama logos universal, y que ésta está sujeta a leyes; más aún, es él quien plantea la unidad y la lucha de los contrarios. Lo acabamos de ver hace un par de horas. Carajo, ya se ve cómo prestas atención a las cosas que discutimos. Hay que tratar de poner las cosas en su justo lugar. A ver. Partimos de que en la naturaleza rigen las mismas leyes dialécticas del movimiento, en el confuso seno de las innumerables modificaciones, que dominan también en la historia la aparente casualidad de los acontecimientos; las mismas leyes que, constituyendo también en la evolución del pensamiento humano el continuo hilo conductor, llegan progresivamente a la consciencia del hombre; las leyes desarrolladas por vez primera por Hegel de un modo amplio y general, aunque en forma mistificada. Ojo: *leyes desarrolladas por vez primera* por Hegel *de un modo amplio y general*. Bien, la filosofía de la naturaleza, especialmente en la forma hegeliana, pecó al no reconocer a la naturaleza ninguna evolución en el tiempo, ningún después de, sino sólo un junto a. En Hegel, la naturaleza, como mera *enajenación* de la idea, no es susceptible de desarrollo en el tiempo, pudiendo sólo desplegar

su variedad en el espacio, por cuya razón exhibe conjunta y simultáneamente todas las fases del desarrollo que guarda en su seno y se halla condenada a la repetición perpetua de los mismos procesos. Esto tenía sus raíces, por una parte, en el sistema mismo de Hegel, que no atribuye una evolución histórica más que al espíritu, pero por otra parte arraigaba también en la situación general de las ciencias naturales en la época. Así se quedó Hegel muy por detrás de Kant, que había formulado las 2 hipótesis geniales que ya hemos visto, y sin las que no podrían haber dado un paso adelante las modernas ciencias naturales teóricas, la teoría de los orígenes del sistema solar y la teoría de la retardación de la rotación de la tierra a causa de las mareas. En el fondo el asunto estriba en que no podía tratarse de construir artificialmente, por proyección, las leyes dialécticas en la naturaleza, sino de encontrarlas en ella y desarrollarlas a partir de ella. Bien. Recordemos lo debatido hace no mucho. La concepción del mundo, primaria e ingenua, pero correcta en cuanto a la cosa, es la de la antigua filosofía griega, y ha sido claramente formulada por vez primera por Heráclito: todo es y no es, pues todo fluye, se encuentra en constante modificación, sumido en constante devenir y perecer. Muy bien, pero esta concepción, por correctamente que capte el carácter general del cuadro de conjunto de los fenómenos, no basta para explicar *las particularidades* de que se compone aquel cuadro total, y mientras no podamos hacer esto no podremos tampoco estar en claro sobre el cuadro de conjunto. ¿Correcto?

—Correcto.

—Bien, entonces, para conocer esas particularidades tenemos que arrancarlas de su conexión natural o histórica y estudiar cada una de ellas desde el punto de vista de su constitución, de sus particulares causas y efectos. Ésta es por de pronto la tarea de la ciencia de la naturaleza y de la investigación histórica, ramas de la investigación que por muy buenas razones no ocuparon entre los griegos de la era clásica sino un lugar subordinado, puesto que su primera obligación consistía en acarrear y reunir material. Los comienzos de la investigación exacta de la naturaleza han sido desarrollados por los griegos del período alejandrino y más tarde, en la Edad Media, por los árabes; pero una verdadera ciencia de la naturaleza no data propiamente sino de la segunda mitad del Siglo XV, y a partir de entonces ha hecho progresos con velocidad siempre creciente; ya lo hemos conversado, sólo estoy recordando y no necesito recalcar más sobre el gran salto producido en los últimos 50 y tantos años. Bien. También hemos visto que los 2 polos de una contraposición, como positivo y negativo, son tan inseparables el uno del otro como contrapuestos el uno al otro, y que a pesar de toda su contraposición se interpretan el

uno al otro; insisto en esto de las particularidades, dentro de lo general, pues, para mí, es muy importante y actual. Sabemos, también, que causa y efecto son representaciones que no tienen validez como tales, sino en la aplicación a cada caso particular, y que se funden en cuanto contemplamos el caso particular en su conexión general con el todo del mundo, y se disuelven en la concepción de la alteración universal, en la cual las causas y los efectos cambian constantemente de lugar, y lo que ahora o aquí es efecto, allí o entonces es causa, y viceversa. Hemos aprendido y hasta sabemos de memoria que todos estos hechos y métodos de pensamiento encajan mal en el marco del pensamiento metafísico. Para la dialéctica, en cambio, que concibe las cosas y sus reflejos conceptuales esencialmente en su conexión, en su encadenamiento, su movimiento, su origen y su perecer son otras tantas confirmaciones de sus propios procedimientos. La naturaleza es la piedra de toque de la dialéctica, y tenemos que reconocer que la ciencia moderna ha suministrado para esa prueba un material sumamente rico y en constante acumulación, mostrando así que, en última instancia, la naturaleza procede dialéctica y no metafísicamente. Sólo, pues, por vía dialéctica, con constante atención a la interacción general del devenir y el perecer, de las modificaciones progresivas o regresivas, puede conseguirse una exacta exposición del cosmos, de su evolución y de la evolución de la humanidad, así como de la imagen de esa evolución en la cabeza del hombre. En este sentido obró desde el primer momento la nueva filosofía alemana. Kant inauguró su trayectoria al disgregar el estable sistema solar newtoniano y su eterna duración después del célebre primer empujón en un proceso histórico: en el origen del Sol y de todos los planetas a partir de una masa nebular en rotación. Al mismo tiempo infirió la consecuencia de que con ese origen quedaba simultáneamente dada la futura muerte del sistema solar. Su concepción quedó consolidada medio siglo más tarde matemáticamente por Laplace, y otro medio siglo después el espectroscopio mostró la existencia de tales masas incandescentes de gases en diversos grados de condensación y en todo el espacio cósmico. Hoy en día eso no sólo es verificable por las imágenes captadas con el telescopio espacial de infrarrojo, sino que es incuestionable, mal grado lo que diga la grita especulativa de geniecitos y otras especies. Y, la entonces nueva filosofía alemana, tuvo su culminación en el sistema hegeliano, en el que por vez primera, y esto es su gran mérito, se exponía conceptualmente *todo* el mundo natural, histórico y espiritual *como un proceso*, es decir, como algo en constante movimiento, modificación, transformación y evolución, al mismo tiempo que se hacía el intento de descubrir en ese movimiento y esa evolución *la conexión interna del todo*. Desde este punto

de vista, la historia de la humanidad dejó de parecer una intrincada confusión de violencias sin sentido, todas igualmente recusables por el tribunal de la razón filosófica ya madura, y cuyo más digno destino es ser olvidadas lo antes posible, para presentarse como el proceso evolutivo de la humanidad misma, convirtiéndose en la tarea del pensamiento el seguir la marcha gradual, progresiva, de ese proceso por todos sus retorcidos caminos, y mostrar su interna legalidad a través de todas las aparentes casualidades. No interesa aquí el hecho de que Hegel no resolviera esa tarea. Su mérito, que en ese momento abrió una nueva época, consistió en haberla planteado. Y la tarea es tal que ningún *individuo* podrá resolverla jamás.

—Gracias por la especificación, Leoncio. Así, en Hegel, la verdad que trataba de conocer la filosofía no era ya una colección de tesis dogmáticas fijas que, una vez encontradas, sólo había que aprenderse de memoria; ahora, la verdad residía en el proceso mismo del conocer, en la larga trayectoria histórica de la ciencia, que, desde las etapas inferiores, se remonta a fases cada vez más altas de conocimiento, pero sin llegar jamás, por el descubrimiento de una llamada verdad absoluta, a un punto en que ya no pueda seguir avanzando, en que sólo le reste cruzarse de brazos y sentarse a admirar la verdad absoluta conquistada. Y lo mismo que en el terreno de la filosofía, en los demás campos del conocimiento y en el de la actuación práctica. La historia, al igual que el conocimiento, no puede encontrar jamás su remate definitivo en un estado ideal perfecto de la humanidad; una sociedad perfecta, un *Estado* perfecto, son cosas que sólo pueden existir en la imaginación; por el contrario, todos los estadios históricos que se suceden no son más que otras tantas fases transitorias en el proceso infinito de desarrollo de la sociedad humana, desde lo inferior a lo superior. Todas las fases son necesarias, y por tanto, legítimas para la época y para las condiciones que las engendran; pero todas caducan y pierden su razón de ser, al surgir condiciones nuevas y superiores, que van madurando poco a poco en su propio seno; tienen que ceder el paso a otra fase más alta, a la que también le llegará, en su día, la hora de caducar y perecer. Del mismo modo que la burguesía, por medio de la gran industria, la libre concurrencia y el mercado mundial, acaba prácticamente con todas las instituciones estables, consagradas por una venerable antigüedad, esta filosofía dialéctica acaba con todas las ideas de una verdad absoluta y definitiva y de estados absolutos de la humanidad, congruentes con aquélla. Ante esta filosofía, no existe nada definitivo, absoluto, consagrado; en todo pone de relieve lo que tiene de perecedero, y no deja en pie más que el proceso ininterrumpido del devenir y del perecer, un ascenso sin fin de lo inferior a lo superior, cuyo mero reflejo

en el cerebro pensante es esta misma filosofía. Ciertamente es que tiene también un lado conservador, en cuanto que reconoce la legitimidad de determinadas fases sociales y de conocimiento, para su época y bajo sus circunstancias; pero nada más. El conservadurismo de este modo de concebir es relativo; su carácter revolucionario es absoluto, es lo único absoluto que deja en pie.

—Y la contraparte —se adelantó Leoncio—, aunque Hegel haya sido junto con Saint-Simon la cabeza más universal de su época, estaba de todos modos limitado, primero, por las dimensiones necesariamente reducidas de sus propios conocimientos, y, por los conocimientos y las concepciones de su época, igualmente reducidas en cuanto a dimensión y a profundidad. Y a ello se añadía aún una tercera limitación: Hegel, dicho por milésima vez, fue un idealista; es decir, los pensamientos de su cabeza no eran para él reproducciones más o menos abstractas de las cosas y de los hechos reales, sino que, a la inversa, consideraba las cosas y su desarrollo como reproducciones realizadas de la *Idea* existente en algún lugar ya antes del mundo. Con ello quedaba todo puesto cabeza abajo, y completamente invertida la real conexión del mundo. Por correcta y genialmente que Hegel concibiera incluso varias cuestiones particulares, otras muchas cosas de detalle están en su sistema, por los motivos dichos, zurcidas, artificiosamente introducidas, construidas, en una palabra, erradas. El sistema hegeliano es en sí un colosal aborto, pero también el último de su tipo. Aún padecía una insanable contradicción interna: por una parte, tenía como presupuesto esencial la concepción histórica según la cual la historia humana es un proceso evolutivo que, por su naturaleza, no puede encontrar su consumación intelectual en el descubrimiento de la llamada verdad absoluta; pero, por otra parte, el sistema hegeliano afirma ser el contenido esencial de dicha verdad absoluta. Pero, un sistema que lo abarca todo, un sistema definitivamente concluso del conocimiento de la naturaleza y de la historia, está en contradicción con las leyes fundamentales del pensamiento dialéctico; lo cual no excluye en modo alguno, sino que, por el contrario, supone que el conocimiento sistemático de la totalidad del mundo externo puede dar pasos de gigante de generación en generación. La comprensión del total error por inversión del anterior idealismo alemán llevó necesariamente al materialismo, pero, cosa digna de observarse, no al materialismo meramente metafísico y exclusivamente mecanicista del Siglo XVIII. Frente a la simplista recusación ingenuamente revolucionaria de toda la historia anterior, el moderno materialismo ve en la historia el proceso de evolución de la humanidad, descubrir las leyes de cuyo movimiento es su tarea. Frente a la concepción de la naturaleza como un todo inmutable de cuerpos

celestes que se mueven en estrechas órbitas, como había enseñado Newton, y de inmutables especies de seres orgánicos, como lo había enseñado Linneo, el actual materialismo reúne los nuevos progresos de la ciencia de la naturaleza, según los cuales también la naturaleza tiene su historia en el tiempo, los cuerpos celestes y las especies de organismos, que los habitan cuando las circunstancias son favorables, nacen y perecen, y los cielos y órbitas, cuando de verdad existen, tienen dimensiones infinitamente más gigantescas. En los 2 casos es este materialismo sencillamente dialéctico, y no necesita filosofía alguna que esté por encima de las demás ciencias. Desde el momento en que se presenta a cada ciencia la exigencia de ponerse en claro acerca de su posición en la conexión total de las cosas y del conocimiento de las cosas, se hace precisamente superflua toda ciencia de la conexión total. De toda la anterior filosofía no subsiste al final con independencia más que la doctrina del pensamiento y de sus leyes, la lógica formal y la dialéctica. Todo lo demás queda absorbido por la ciencia positiva de la naturaleza y de la historia. Pero mientras que ese salto progresivo en la concepción de la naturaleza no ha podido realizarse sino en la medida en que la investigación ha suministrado el correspondiente material de conocimiento positivo, ya mucho antes se habían puesto en evidencia hechos históricos que provocaron una decisiva inflexión en la concepción histórica. En 1831 tuvo lugar en Lyon la primera sublevación obrera; entre 1838 y 1842 alcanzó su punto culminante el primer movimiento obrero nacional, el de los artistas ingleses. La lucha de clases entre el proletariado y la burguesía se situó en primer término en la historia de los países adelantados de Europa, en la medida en que se desarrollaban en ellos, por una parte, la gran industria y, por otra, la dominación política recién conquistada por la burguesía. Las doctrinas propuestas por la economía burguesa sobre la identidad de intereses entre el capital y el trabajo, la armonía general y el bienestar universal del pueblo como consecuencia de la libre competencia, se vieron desmentidas cada vez más contundentemente por los hechos. Era imposible ya esconder todas esas cosas, o eliminar el socialismo francés e inglés, que eran su expresión teórica, por muy imperfecta que ella fuere. Pero la vieja concepción idealista de la historia, que aún no había sido eliminada, no reconocía las luchas de clases basadas en intereses materiales, ni intereses materiales de ningún género; para ella, la producción, al igual que todas las relaciones económicas, sólo existía accesoriamente, como elemento secundario de la *historia de la civilización*. Los nuevos hechos obligaron a someter toda la historia anterior a una nueva investigación, y entonces resultó que, con excepción de la sociedad primitiva, toda la historia anterior había sido la

historia de la lucha de clases, y que estas clases de la sociedad pugnant entre sí eran en todas las épocas fruto de las relaciones *económicas* de su época; que, por consiguiente, la estructura económica de la sociedad en cada caso concreto constituye la base real cuyas propiedades explican, en última instancia, toda la superestructura de las instituciones jurídicas y políticas, así como los tipos de representación religiosos, filosóficos y de otra naturaleza de cada período histórico. Con esto quedaba expulsado el idealismo de su último refugio, la concepción de la historia; se daba una concepción materialista de la misma y se descubría el camino para explicar la conciencia del hombre a partir del ser del hombre, en vez de explicar, como se había hecho hasta entonces, el ser del hombre partiendo de su conciencia. El socialismo moderno es, en primer término, por su contenido, fruto del reflejo en la inteligencia, por un lado, de los antagonismos de clase que imperan en la moderna sociedad entre poseedores y desposeídos, capitalistas y obreros asalariados, y, por otro lado, de la anarquía que reina en la producción. Pero, por su forma teórica, el socialismo empieza presentándose como una continuación, más desarrollada y más consecuente, de los principios proclamados por los grandes ilustradores franceses del Siglo XVIII. Como toda nueva teoría, el socialismo, aunque tuviese sus raíces en los hechos materiales económicos, hubo de empalmar, al nacer, con las ideas existentes. Es a Marx a quien debemos 2 grandes descubrimientos: la concepción materialista de la historia y la revelación del secreto de la producción capitalista, mediante la plusvalía. Con esto, el socialismo se convierte en una ciencia; a partir de ahí, la tarea es desarrollarlo en todos sus detalles y en todas sus concatenaciones.

—Alto, compadre. Don Jodido nos hizo su resumen saltándose a Feuerbach.

—Tienes razón, hermano. Sí, vale la pena profundizar un poco en él. A ver, dale que guardo silencio.

—Eso vamos a ver si lo logras —dijo Sebastián soltando una amigable carcajada—. Bueno. Importante a señalar, lo mismo que en Francia del Siglo XVIII, en la Alemania del Siglo XIX, la revolución filosófica fue el prelude del derrumbamiento político. La situación revolucionaria que había madurado ya en Alemania hacia los años 30 y 40 del Siglo XIX, trajo consigo inevitablemente la agudización de la pugna ideológica entre la burguesía y la reacción feudal. Cierto que el país se hallaba todavía fraccionado en el sentido económico y político y que la burguesía no se había unificado a escala nacional. No obstante, el incremento de las contradicciones entre el capitalismo en desarrollo y las caducas relaciones sociales del feudalismo infundía vida a la oposición burguesa al régimen feudal, al absolutismo. Y, como ya

hemos visto, a ello también contribuyó la influencia que sobre Alemania ejercieron los países vecinos, más desarrollados económica y políticamente y en particular Francia, la Ilustración francesa. Pero tenían sus diferencias, o como tú sueles decir, sus particularidades. Los filósofos franceses entablaron una lucha franca contra toda la ciencia oficial, la Iglesia, e incluso no pocas veces contra el Estado; sus obras eran impresas al otro lado de la frontera, en Holanda o en Inglaterra, y además, los autores, con harta frecuencia, daban con sus huesos en la Bastilla. En cambio los filósofos alemanes eran profesores en cuyas manos ponía el Estado la educación de la juventud; sus obras eran libros de texto consagrados; y el sistema que coronaba todo el proceso de desarrollo, el sistema de Hegel, era elevado incluso, en cierto grado, al rango de filosofía oficial del Estado monárquico prusiano. Pero, por otro lado, el desarrollo burgués de Alemania exigía la supresión de los numerosos reinos y principados, la creación de un Estado alemán único. Los ideólogos de la burguesía, como portavoces de la unificación del país, eran, pues, expresión de los intereses nacionales. La oposición al absolutismo tomaba cuerpo, principalmente bajo la forma de crítica filosófica al cristianismo ortodoxo. Pero ello significaba, en esencia, la crítica a la reacción política, puesto que la religión era la ideología dominante, que esclavizaba la conciencia del hombre, y el Estado feudal se denominaba oficialmente cristiano. La agudización de las contradicciones entre la burguesía y los estamentos feudales dominantes encontró reflejo en la desintegración de la escuela filosófica hegeliana. La contradicción entre el método y el sistema de Hegel tenía profundas raíces económico-sociales. Ése es el escenario en que aparece Feuerbach como ideólogo de los círculos democráticos radicales de la burguesía alemana durante el período de preparación y desarrollo de la revolución de 1848, aunque no tomó parte activa en ella. Y hay que señalar que restauró en sus derechos al materialismo; pero también, que antes de hacerse materialista, Feuerbach había pasado por la escuela de la filosofía hegeliana.

—Lo mismo que Marx y Engels...

—¿No querías guardar silencio, hermano?

—Disculpa.

—Bueno. La vaina es que Feuerbach, que mantenía posiciones del idealismo objetivo, no tardó en descubrir las limitaciones y la inconsistencia de la filosofía hegeliana. En su obra *Contribución a la crítica de la filosofía de Hegel* de 1839 se puso al lado del materialismo y en contra del idealismo hegeliano. En esa obra resuelve, con un criterio materialista, el problema fundamental de la filosofía y considera la naturaleza, el ser, la materia, como una realidad que da origen necesariamente a la razón pensante. Luego apareció, en 1841, *La esencia*

del cristianismo, su obra principal; obra que, sin dar rodeos, restauró de nuevo el materialismo en el trono y pulverizó de golpe la contradicción en que se encontraba la masa de los jóvenes hegelianos más decididos que, obligados por la necesidad práctica de luchar contra la religión, habían reculado hasta el materialismo anglofrancés; y al llegar allí, se vieron envueltos en un conflicto con su sistema de escuela. Mientras que para el materialismo lo único real es la naturaleza, en el sistema hegeliano ésta representa tan sólo la *enajenación* de la idea absoluta, algo así como una degradación de la idea; en todo caso, aquí el pensar y su producto discursivo, la idea, son lo primario, y la naturaleza lo derivado, lo que en general sólo por condescendencia de la idea puede existir. Y alrededor de esta contradicción, los jóvenes hegelianos, daban vueltas y más vueltas, bien o mal, como se podía. Bueno, lo dicho, Feuerbach restauró de nuevo el materialismo en el trono y los jóvenes, ya ex hegelianos, se ratificaron en la idea de que la naturaleza existe independientemente de toda filosofía; es la base sobre la que crecieron y se desarrollaron los hombres, que son también, de suyo, productos naturales; fuera de la naturaleza y de los hombres, no existe nada, y los seres superiores que nuestra imaginación religiosa ha forjado no son más que otros tantos reflejos fantásticos de nuestro propio ser. El maleficio quedaba roto; el *sistema* saltaba hecho añicos y se le daba de alta. Y esa contradicción, como sólo tenía una existencia imaginaria, quedaba resuelta. Engels dejó constancia de que sólo habiendo vivido la acción liberadora de ese libro, uno podría formarse una idea de ello. El entusiasmo fue general y, dice, al punto todos nos convertimos en feuerbachianos. Y añade: con qué entusiasmo saludó Marx la nueva idea y hasta qué punto se dejó influir por ella; pese a todas sus reservas críticas, puede verse leyendo *La Sagrada Familia*. Bueno, desde la muerte de Hegel apenas se había intentado desarrollar una ciencia en su propia conexión interna. La escuela hegeliana oficial sólo había aprendido de la dialéctica del maestro la manipulación de los artificios más sencillos, que aplicaba a diestra y siniestra, y además con una torpeza no pocas veces risible. Para ellos, toda la herencia de Hegel se reducía a un simple patrón por el cual podían cortarse y construirse todos los temas posibles, y a un índice de palabras y giros que ya no tenían más misión que colocarse en el momento oportuno, para encubrir con ellos la ausencia de ideas y conocimientos positivos. Estos hegelianos no sabían nada de nada, pero podían escribir acerca de todo.

—Tal como en la actualidad hacen algunos aprendices de filósofos, dizque marxistas.

—¡Leoncio!

—Ya, está bien. Cálmate, hermano.

—Sin embargo, pese a su suficiencia, estos señores tenían tanta conciencia de su pequeñez que rehuían, en cuanto les era posible, los grandes problemas y las discusiones de fondo; la vieja ciencia pedantesca mantenía sus posiciones por la superioridad de su saber positivo. Sólo cuando llegó Feuerbach y dio el pasaporte al concepto especulativo, el hegelianismo fue languideciendo poco a poco, y parecía como si hubiese vuelto a instaurarse en la ciencia el reinado de la vieja metafísica, con sus categorías inmutables. La cosa tenía su explicación lógica. Al régimen de los profesores hegelianos de derecha, que se había perdido en meras frases, siguió, naturalmente, una época en la que el contenido positivo de la ciencia volvió a sobrepasar su aspecto formal. Al mismo tiempo, Alemania, congruentemente con el formidable progreso burgués conseguido desde 1848, se lanzaba con una energía verdaderamente extraordinaria a las ciencias naturales; y, al poner de moda estas ciencias, en las que la tendencia especulativa no había llegado jamás a adquirir gran importancia, volvió a echar raíces también la vieja manera metafísica de discurrir. Hegel había sido olvidado, y se desarrolló el nuevo materialismo naturalista, que apenas se distingue en nada, teóricamente, de aquél del Siglo XVIII y que en la mayor parte de los casos no le lleva más ventaja que la de poseer un material de ciencias naturales, y principalmente químico y fisiológico, más abundante. La angosta mentalidad filisteá de los tiempos prekantianos vuelve a presentarse, reproducida hasta la más extrema vulgaridad. La trayectoria de Feuerbach es la de un hegeliano, no del todo ortodoxo, ciertamente, que marcha hacia el materialismo; trayectoria que, al llegar a una determinada fase, supone una ruptura total con el sistema idealista de su predecesor. Por fin le gana con fuerza irresistible la convicción de que la existencia de *la idea absoluta* anterior al mundo, que preconiza Hegel, la *preexistencia de las categorías lógicas* antes que hubiese un mundo, no es más que un residuo fantástico de la fe en un creador ultramundano; de que el mundo material y perceptible por los sentidos, del que formamos parte también los hombres, es lo único real y de que nuestra conciencia y nuestro pensamiento, por muy transcendentales que parezcan, son el producto de un órgano material, físico: el cerebro. La materia no es un producto del espíritu, y el espíritu mismo no es más que el producto supremo de la materia. Esto es, naturalmente materialismo puro. Al llegar aquí, Feuerbach se atasca. No acierta a sobreponerse al prejuicio rutinario, filosófico, no contra la cosa, sino contra el nombre de materialismo. Feuerbach confunde el materialismo, que es una concepción *general* del mundo, con la forma *concreta* que esta concepción del mundo revistió en una determinada fase histórica, a saber, en el Siglo XVIII. Más aún, lo confunde con la

forma achatada, vulgarizada, en que el materialismo del Siglo XVIII era pregonado en la década del 50 de tal siglo. El idealismo, que había agotado ya toda su sapiencia y estaba herido de muerte por la revolución de 1848, podía morir, al menos, con la satisfacción de que, por el momento, la decadencia del materialismo era todavía mayor. Feuerbach tenía indiscutiblemente razón cuando se negaba a hacerse responsable de ese materialismo; pero a lo que no tenía derecho era a confundir la teoría de los predicadores de feria con el materialismo en general. Sin embargo, hay que tener en cuenta 2 cosas. En primer lugar, en tiempos de Feuerbach las ciencias naturales se hallaban todavía de lleno dentro de aquel intenso estado de fermentación que no llegó a su clarificación ni a una conclusión relativa hasta un par de décadas después; se había aportado nueva materia de conocimientos en proporciones hasta entonces insólitas, pero en ese momento no se logró enlazar y articular, ni por tanto poner un orden en el caos de descubrimientos que se sucedían atropelladamente. Ciertamente es que Feuerbach pudo asistir todavía en vida a los 3 descubrimientos decisivos: el de la célula, el de la transformación de la energía y el de la teoría de la evolución de Darwin. Pero Feuerbach era un filósofo solitario que vivía en el retiro del campo, y no podía seguir los progresos de la ciencia tan de cerca como para que le fuese dado apreciar la importancia de descubrimientos que los mismos naturalistas aún discutían y no sabían explotar suficientemente. Aquí, la culpa hay que echársela única y exclusivamente a las lamentables condiciones en que se desenvolvía Alemania, en virtud de las cuales las cátedras de filosofía eran monopolizadas por pedantes eclécticos aficionados a sutilezas, mientras que un Feuerbach, que estaba 1 kilómetro por encima de ellos, se aldeanizaba y se avinagraba en un pueblucho. No le hagamos, pues, a él responsable de que no se pusiese a su alcance la concepción histórica de la naturaleza, concepción que años después ya era factible y superaba toda la unilateralidad del materialismo francés. En segundo lugar, Feuerbach tiene toda la razón cuando dice que el materialismo puramente naturalista es *el cimiento sobre el que descansa el edificio del saber humano, pero no el edificio mismo*. En efecto, el hombre no vive solamente en la naturaleza, sino que vive también en la sociedad humana, y ésta posee igualmente su historia evolutiva y su ciencia, ni más ni menos que la naturaleza. Se trata, pues, de poner en armonía con la base materialista, reconstituyéndola sobre ella, la ciencia de la sociedad; es decir, el conjunto de las llamadas ciencias históricas y filosóficas. Pero esto no le fue dado a Feuerbach hacerlo. En este campo, pese al *cimiento*, no llegó a desprenderse de las ataduras idealistas tradicionales, y él mismo lo reconoce con estas palabras: *Retrospectivamente, estoy en un todo*

de acuerdo con los materialistas, pero no lo estoy mirando hacia adelante. Pero el que aquí, en el campo social, no marchaba *hacia adelante*, no se remontaba sobre sus posiciones de 1840 ó 1844, era el propio Feuerbach; y siempre, principalmente, por el aislamiento en que vivía, que lo obligaba, a un filósofo como él, mejor dotado que ningún otro para la vida social, a extraer las ideas de su cabeza solitaria, en vez de producirlas por el contacto amistoso y el choque hostil con otros hombres de su calibre. El verdadero idealismo de Feuerbach se pone de manifiesto en su filosofía de la religión y en su ética. Feuerbach no pretende, en modo alguno, acabar con la religión; lo que él quiere es perfeccionarla. La filosofía misma debe disolverse en la religión. Así, la religión es, para Feuerbach, la relación sentimental, la relación cordial de hombre a hombre, que hasta ahora buscaba su verdad en un reflejo fantástico de la realidad, por la mediación de uno o muchos dioses, reflejos fantásticos de las cualidades humanas, y ahora la encuentra, directamente, sin intermediario, en el amor entre el Yo y el Tú.

—Por donde, en Feuerbach, el amor sexual acaba siendo una de las formas supremas, si no la forma culminante, en que se practica su nueva religión —completó Leoncio.

—Eso. El idealismo de Feuerbach estriba aquí en que para él las relaciones de unos seres humanos con otros, basadas en la mutua afección, como el amor sexual, la amistad, la compasión, el sacrificio, etcétera, no son pura y sencillamente lo que son de suyo, sin retrotraerlas en el recuerdo a una religión particular, que también para él forma parte del pasado, sino que adquieren su plena significación cuando aparecen consagradas con el nombre de religión. Para él, lo primordial, no es que estas relaciones puramente humanas existan, sino que se las considere como la nueva, como la verdadera religión. Sólo cobran plena legitimidad cuando ostentan el sello religioso. La palabra religión viene de *religare* y significa, originariamente, *unión*. Por tanto, toda unión de 2 seres humanos es una religión. Estos malabarismos etimológicos son el último recurso de la filosofía idealista. Se pretende que valga, no lo que las palabras significan con arreglo al desarrollo histórico de su empleo real, sino lo que deberían denotar por su origen. Y, de este modo, se glorifican como una *religión* el amor entre los 2 sexos y las uniones sexuales, pura y exclusivamente para que no desaparezca del lenguaje la palabra religión, tan cara para el recuerdo idealista. La afirmación de Feuerbach de que los *períodos de la humanidad sólo se distinguen unos de otros por los cambios religiosos* es absolutamente falsa. Los grandes virajes históricos sólo han ido acompañados de cambios religiosos en lo que se refiere a las 3 religiones universales que han existido hasta hoy: el budismo,

el cristianismo y el islamismo. Las antiguas religiones tribales y nacionales nacidas espontáneamente no tenían un carácter proselitista y perdían toda su fuerza de resistencia en cuanto desaparecía la independencia de las tribus y de los pueblos que las profesaban; respecto a los germanos, bastó incluso para ello el simple contacto con el Imperio Romano en decadencia y con la religión universal del cristianismo, que este imperio acababa de abrazar y que tan bien cuadraba a sus condiciones económicas, políticas y espirituales. Sólo es en estas religiones universales, creadas más o menos artificialmente, sobre todo en el cristianismo y en el islamismo, donde pueden verse los movimientos históricos con un sello religioso; e incluso dentro del campo del cristianismo este sello religioso, tratándose de revoluciones de un alcance verdaderamente universal, se circunscribía a las primeras fases de la lucha de emancipación de la burguesía, desde el Siglo XIII hasta el Siglo XVII, y no se explica, como quiere Feuerbach, por el corazón del hombre y su necesidad de religión, sino por toda la historia medieval anterior, que no conocía más formas ideológicas que la de la religión y la teología. Pero en el Siglo XVIII, cuando la burguesía fue ya lo bastante fuerte para tener también una ideología propia, acomodada a su posición de clase, hizo su grande y definitiva revolución, la Revolución Francesa, bajo la bandera exclusiva de ideas jurídicas y políticas, sin preocuparse de la religión más que en la medida en que le estorbaba; pero no se le ocurrió poner una nueva religión en lugar de la antigua; sabido es cómo Robespierre fracasó en este empeño. Se podría ver aún muchas cosas sobre este filósofo. Pero me limitaré a terminar con la teoría feuerbachiana de la moral, con la que se podría decir que la Bolsa es el templo supremo de la moralidad...

—Siempre que se especule con acierto —añadió Leoncio.

—Eso. Si mi anhelo de dicha me lleva a la Bolsa y, una vez allí, sé medir tan certeramente las consecuencias de mis actos, que éstos sólo me acarrear ventajas y ningún perjuicio, es decir, que salgo siempre ganancioso, habré cumplido el precepto feuerbachiano. Y con ello, no lesiono tampoco el anhelo de dicha del otro, tan legítimo como el mío, pues el otro se ha dirigido a la Bolsa tan voluntariamente como yo, y, al cerrar conmigo el negocio de especulación, obedecía a su anhelo de dicha, ni más ni menos que yo al mío. Y si pierde su dinero, ello demuestra que su acción era inmoral por haber calculado mal sus consecuencias, y, al castigarle como se merece, puedo incluso darme un puñetazo en el pecho de puro orgullo y satisfacción. En la Bolsa impera también el amor, en cuanto que éste es algo más que una frase puramente sentimental, pues aquí cada cual encuentra en el otro la satisfacción de su anhelo de dicha, que es precisamente lo

que el amor persigue y en lo que se traduce prácticamente. Por tanto, si juego en la Bolsa, calculando bien las consecuencias de mis operaciones, es decir, con fortuna, obro ajustándome a los postulados más severos de la moral feuerbachiana, y encima me hago rico. Dicho en otros términos, la moral de Feuerbach está cortada a la medida de la sociedad capitalista, aunque su autor no lo quisiese ni lo sospechase. Resumiendo. A la teoría moral de Feuerbach le pasa lo que a todas sus predecesoras. Está calculada para todos los tiempos, todos los pueblos y todas las circunstancias; razón por la cual no es aplicable nunca ni en parte alguna, resultando tan impotente frente a la realidad como el imperativo categórico de Kant. La verdad es que cada clase y hasta cada profesión tiene su moral propia, que viola siempre que puede hacerlo impunemente, y el amor, que tiene por misión hermanarlo todo, se manifiesta en forma de guerras, de litigios, de procesos, escándalos domésticos, divorcios y en la explotación máxima de los unos por los otros.

—Lo que para la moral o inclusive para el derecho es justo, puede hallarse muy lejos de serlo en el aspecto social.

—Eso mismo, sí. Finalmente, una pregunta: ¿cómo fue posible que el impulso gigantesco dado por Feuerbach resultase tan infecundo en él mismo? Sencillamente, porque Feuerbach no logra encontrar la salida del reino de las abstracciones, odiado mortalmente por él, hacia la realidad viva. Se aferra desesperadamente a la naturaleza y al hombre; pero en sus labios, la naturaleza y el hombre siguen siendo meras palabras. Ni acerca de la naturaleza real, ni acerca del hombre real, sabe decirnos nada concreto. Para pasar del hombre abstracto de Feuerbach a los hombres reales y vivientes, no hay más que un camino: verlos actuar en la historia. Pero Feuerbach se resistía contra esto; por eso el año 1848, que no logró comprender, no representó para él más que la ruptura definitiva con el mundo real, el retiro a la soledad. Y la culpa de esto vuelven a tenerla, principalmente, las condiciones de Alemania que lo dejaron decaer miserablemente. Mientras tanto, vino la revolución de 1848 y echó a un lado toda la filosofía, con el mismo desembarazo con que Feuerbach había echado a un lado a su Hegel. Y con ello, pasó también a segundo plano el propio Feuerbach. Pero el paso que Feuerbach no dio, había que darlo; había que sustituir el culto del hombre abstracto, médula de la nueva religión feuerbachiana, por la ciencia del hombre real y de su desenvolvimiento histórico. Este desarrollo de las posiciones feuerbachianas, superando a Feuerbach, fue iniciado por Marx en 1845, con *La Sagrada Familia*...

Leoncio tomó a Sebastián por el hombro para no permitir que, en su concentrada distracción, siguiera de largo y perdiera el ca-

mino. Terminada la subida habían salido a una amplia meseta; por indicación de Leoncio, dieron un ligero giro hacia el norte y luego de algunos minutos, dejando atrás un atado de matorrales, salieron al trazo de la carretera. Hacia la derecha se podía distinguir la silueta de algunas casas fundidas en el perfil del horizonte. Sebastián dirigió la mirada hacia el firmamento que mostraba su esplendor cargado de estrellas y luego de girar un par de veces sobre sus talones dijo que se habían adentrado demasiado en el llano, el cálculo de Leoncio estaba equivocado. Retrocedieron siguiendo en paralelo, a unos 5 metros o más, el trazo de la carretera hasta que Leoncio reconoció la cañada, y adentrándose en ella hicieron un rodeo hasta llegar a la salida del pueblo por la parte alta. Se acomodaron pegados a una pared natural y después de cruzar algunas pocas frases se quedaron profundamente dormidos.

10

Despertaron bastante temprano adelantándose a las primeras luces del día. Tenían por delante casi 25 kilómetros de recorrido, lo conocían muy bien y querían aprovechar al máximo el tiempo para hacer una marcha ligera. Debían bajar de los 4,000 y poco a los casi 3,300, era cuestión de seguir los caprichos y las curvas de la cañada y con despaciedad alcanzarían Corralpata con la noche tierna.

Hicieron lo que tenían que hacer siempre después de los saludos, de levantarse y vivificar los músculos. Luego comieron algo de lo poco que les quedaba y bebieron unos sorbos del agua del deshielo que por enésima vez habían logrado recoger en las botellas cuidándose de esquivar aquellos trazos por donde bajaba cargada de metales; en ese proceso, de vez en cuando, les saltaba a la mente el recuerdo de los tiempos de sed y susto.

Durante un lapso algo largo de tiempo habían descendido en silencio o intercambiando algunos comentarios sueltos sobre el paisaje que recorrían y otras conjeturas ambientales; a esas alturas, salvo recovecos asaltados por un espléndido verdor, por lo general discurría una aridez salpicada de una lozanía opaca y maltrecha. En tiempos de buena lluvia el lecho del desfiladero transportaba agua generosa.

—Sebastián, qué te parece si retomamos el punto en el que nos quedamos ayer —preguntó Leoncio rompiendo la monotonía de la marcha.

—Pues no nos queda otra —respondió Sebastián con su sonrisa mañanera.

—Bien. La amistad entre Marx y Engels data de fines de 1844 y *La Sagrada Familia*, apodo irónico dado a 2 filósofos, los hermanos Bauer, es una obra conjunta que sienta las bases del socialismo materialista revolucionario, por un lado; pero por otro, en la misma obra no sólo se aprecia un desarrollo de las posiciones feuerbachianas en medio de la polémica de Marx y Engels contra los hegelianos de izquierda, que es lo principal, sino que también se refleja la influencia de Feuerbach en ambos. Y, dicho de pasada, si uno lee con atención la tesis doctoral de Marx se puede ver que utilizó a fondo la obra de Feuerbach *Historia de la filosofía moderna de Bacon de Verulam a Benedicto Espinoza* de 1833 donde, entre otras cosas, Feuerbach le atribuye a Espinoza un rol esencial en la historia universal, porque,

dice, posee una intuición interior, una intuición de la naturaleza de la cosa, en lugar de la representación de una potencia irracional extra-esencial; de ahí que en esos momentos, a los ojos de los jóvenes hegelianos, Espinoza era el verdadero fundador de la Filosofía como ciencia de la verdad, que no se ve afectada ni confundida por la aspiración y veleidad del lado pasional del alma humana; y, además, el verdadero fundador de la filosofía especulativa moderna y como corolario se deducía que el ateísmo era la consecuencia necesaria del panteísmo espinoziano. Esto como repaso. Pero, del mismo modo, también hay que recordar que el materialismo antiguo era parcial y consideraba el pensamiento humano de una forma estática, contemplativa y pasiva. Para los materialistas que lo sustentaban, el hombre era un simple observador de la naturaleza y sólo tomaba nota de los hechos. Consideraban que la mente en sí estaba vacía, que era un simple espejo del mundo exterior, una habitación oscura en la que se amontonan las imágenes de las cosas sin la participación activa de la mente. Ni siquiera Feuerbach pudo ir más allá de los materialistas franceses del Siglo XVIII. Así, incapaz de ir más allá, esta estrecha concepción materialista terminó en un callejón sin salida; y no le fue posible avanzar sino hasta la revolución efectuada por Marx y Engels y la teoría de la dialéctica materialista que elaboraron. Y aquí se impone un paréntesis necesario; según yo, claro. En este proceso de desarrollo, lo más interesante es que uno se topa con una de las más grandes paradojas en la historia de la filosofía, ya que se nota con meridiana claridad que los avances más significativos conseguidos por el pensamiento durante el período posterior a Locke, que como ya hemos visto creía que la experiencia es la única fuente de ideas, no fue alcanzado por los materialistas, sino por los idealistas; a pesar de la pataleta que esta constatación le pueda producir a algunos ortodoxos y recalcitrantes malabaristas del verbo y el pensamiento que no han entendido ni siquiera la primera de las 11 *Tesis sobre Feuerbach* de Marx. Los idealistas, libres de los límites autoimpuestos por el empirismo, llegaron a realizar lúcidas generalizaciones teóricas que adquirieron un carácter fantástico porque partían, evidentemente, de hipótesis equivocadas. Y este peculiar fenómeno alcanza su máxima expresión en la filosofía de Hegel. La tesis fundamental de la filosofía hegeliana, que en ese momento histórico era una doctrina revolucionaria, sostiene que en el mundo existe un constante proceso de cambio y desarrollo; y en ella se encuentra, de una forma sistemática, los principales elementos de la dialéctica. Pero como señala Marx, en Hegel la dialéctica aparece puesta de cabeza y no hay más que invertirla, y en seguida se descubre bajo la corteza mística la semilla racional. Pero la filosofía de Hegel también hablaba del desarrollo del

espíritu y de las ideas, en ese campo era idealista. Del desarrollo del espíritu deducía el de la naturaleza, el del hombre y el de las relaciones entre los hombres en la sociedad. Marx y Engels conservaron la idea de Hegel sobre el perpetuo proceso de desarrollo y rechazaron su preconcebida concepción idealista; el estudio de la *vida real* les mostró que el desarrollo del espíritu no explica el de la naturaleza, sino que por el contrario lo correcto es explicar el espíritu a partir de la naturaleza, de la materia. Ligado a esto, hay que poner atención y cuidado a la primera tesis sobre Feuerbach donde Marx establece que el defecto principal de todo materialismo anterior, incluido el de Feuerbach, es que sólo concibe las cosas, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de *objeto* o de *contemplación*, pero no como *actividad sensorial humana*, no como *práctica*, no de un modo subjetivo. Atención con esto último, dice: *no de un modo subjetivo*; y esto de *subjetivo* puede provocar dudas y vacilaciones sobre lo fundamental planteado por Marx si es que no se lo entiende en su contexto; es decir, dentro de la historia de la filosofía. De no ser así, puede llevar a confusión, o podría dejar una puerta abierta para la manipulación y llegar a sostener burdamente que, según Marx, no es posible que las sensaciones reflejen la realidad objetiva exterior al hombre; ni que sus sensaciones le diesen una idea *objetivamente* exacta de las cosas. Sin embargo, en las palabras de Marx se encuentra una idea que es el punto de partida del desarrollo del materialismo dialéctico y del marxismo en general. Me explico.

—Eso estoy esperando, señor de los paréntesis —interrumpió Sebastián.

—Aguanta, hermanito. Una vez que empieza a desarrollarse el pensamiento, este tomó vida por sí mismo y avanza más rápidamente con el desarrollo de la división del trabajo y el crecimiento de la civilización basada en la división de la sociedad en clases. El pensamiento mismo se convierte en objeto de estudio; en ese proceso de estudio se pierden sus orígenes materiales y el pensamiento aparece como algo místico, separado y aparte de la materia; una sustancia divina, vinculada a dios, un alma inmortal, independiente de nuestro cuerpo y que no perece cuando morimos.

—Eso lo estás repitiendo hasta con punto y coma, compadre.

—Espera pues, deja parir. Lo estoy repitiendo pues de ahí nace la importancia de entender la segunda parte de la primera tesis, donde dice: De aquí que el lado *activo* fuese desarrollado por el idealismo, por oposición al materialismo, pero sólo de un modo *abstracto*, ya que el idealismo, naturalmente, no reconoce la actividad real, sensorial, como tal. Y continúa: Feuerbach quiere objetos sensoriales, realmente distintos de los objetos conceptuales; pero tampoco él concibe

la propia actividad humana como una actividad *objetiva*. Por eso, en *La esencia del cristianismo* sólo considera la actitud teórica como la auténticamente humana, mientras que concibe y fija la práctica sólo en su forma suciamente judaica de manifestarse. Por tanto, continúa Marx, no comprende la importancia de la actuación *revolucionaria, práctico-crítica*. Y la segunda tesis pone remache a esta idea, ahí explica: El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema práctico. Es *en la práctica* donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento que se aísla de la práctica, es un problema puramente escolástico. Lo que a su vez nos da a entender que toda esta vaina no se resuelve con el estudio sino a lo largo de toda la experiencia del hombre en su lucha por dominar y transformar las condiciones reales de su existencia y, al hacer esto, la de él mismo. Bien, valga una nota final a este asunto, el conjunto de las tesis, de las 11 *Tesis sobre Feuerbach* escritas por Marx en 1845, como explica Engels, son notas tomadas para desarrollarlas más tarde, notas escritas a vuelapluma y no destinadas en modo alguno a la publicación, pero de un valor inapreciable, por ser el primer documento en que se contiene *el germen* genial de la nueva concepción del mundo. Así que estas tesis hay que analizarlas en su conjunto, dentro del contexto del desarrollo histórico de la filosofía; no en el escollo que produce una frase aislada y mucho menos en el provocado por una palabra. Muy bien. Seguimos con el proceso de desarrollo del materialismo dialéctico. Como ya hemos visto, Marx, cuando termina sus estudios universitarios, en 1841, todavía era un idealista hegeliano. Imposibilitado de ejercer la docencia universitaria, a causa de la política reaccionaria del Gobierno de turno, se dedicó a la labor periodística que muy pronto le demostraría que conocía insuficientemente la economía política, y a partir de ahí Marx se dedicó afanosamente al estudio de esta ciencia. No es sino entre 1844 y 1847 que pasó de Hegel a Feuerbach, y fue más allá de Feuerbach hasta el materialismo histórico y dialéctico; en ese entonces pone el acento en el movimiento que se da a partir de Hegel y Feuerbach hacia adelante, es decir en el paso de la dialéctica idealista a la materialista y su relación con la transformación del mundo o de la sociedad. En 1847 sale a luz su obra *Miseria de la filosofía* en la que quedan definitivamente elaborados los principios fundamentales de sus nuevas concepciones históricas y económicas confrontándolas con las posiciones de Proudhon cuya teoría se basaba en llevar la realidad económica a la fraseología jurídica. Como dice Engels, cada vez que el valiente Proudhon pierde de vista la conexión económica,

y esto le ocurre en todas las cuestiones serias, se refugia en el dominio del Derecho y acude a la *justicia eterna*. Proudhon va a buscar su ideal de justicia eterna en las relaciones jurídicas correspondientes a la producción mercantil, con la que dicho sea de pasada aporta la prueba, muy consoladora para todos los filisteos, de que la *producción mercantil* es tan necesaria como la propia justicia. Luego, añade Engels, volviendo las cosas del revés, pretende *modelar* la verdadera producción mercantil y el derecho real congruente con ella sobre la norma de este ideal. Cualquier parecido con la actual polémica que se desarrolla dentro del mundillo intelectual no parece ser pura coincidencia, digo yo. Pero bien. A Engels el estudio de la filosofía lo llevó aún más lejos. En aquella época predominaba en la filosofía alemana la doctrina de Hegel, de la que Engels se hizo partidario. Como fruto de sus observaciones y estudios apareció en 1845 el libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra* y fue el *primero* en afirmar que el proletariado *no es sólo* una clase que sufre, sino que la vergonzosa situación económica en que se encuentra lo impulsa inconteniblemente hacia adelante y lo obliga a luchar por su emancipación definitiva; y, añade, el proletariado en lucha *se ayudará a sí mismo*. El movimiento político de la clase obrera llevará ineludiblemente a los trabajadores a darse cuenta de que no les queda otra salida que el socialismo. A su vez, éste sólo será una fuerza cuando se convierta en el objetivo de la lucha *política* de la *clase* obrera. Y aquí, 2 pequeños puntos a propósito de las *Tesis sobre Feuerbach*...

—¿Otro paréntesis?

—¡No molestes, hombre! Marx escribe en la tesis número 7: Feuerbach no ve, por tanto, que el *sentimiento religioso* es también un *producto social* y que el individuo abstracto que él analiza pertenece, en realidad, a una determinada forma de sociedad. Y, en la tesis número 11 escribe: Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*. He ahí 2 importantes principios que guían nuestro accionar. Así, Marx y Engels, empiezan a forjar y desarrollar la teoría y la táctica del socialismo proletario revolucionario en lucha contra las diversas doctrinas del socialismo pequeñoburgués; y en particular con los puntos de vista de un hombre que, a partir de entonces, habría de ocupar el lugar más prominente entre los socialistas franceses de aquella época...

—Eso, y es a inicios de 1848 cuando aparece el *Manifiesto del Partido Comunista*, donde se traza, con claridad y brillantez geniales, una nueva concepción del mundo: el materialismo consecuente, aplicado también al campo de la vida social; la dialéctica como la doctrina más completa y profunda del desarrollo; la teoría de la lucha

de clases y de la histórica misión revolucionaria universal del proletariado como creador de una nueva sociedad —intervino Sebastián dispuesto a participar en el desarrollo del tema.

—Y hay que decir que el principal de estos logros es la dialéctica, es decir, la doctrina del desarrollo en su forma más completa, profunda y libre de unilateralidad, la doctrina acerca de lo relativo del conocimiento humano, que nos da un reflejo de la materia en perpetuo desarrollo.

—Así es —convino Sebastián—. La teoría de Marx también puso en claro la verdadera tarea de lo que en aquel entonces se llamaba un Partido Socialista Revolucionario: no inventar planes de *reestructuración* de la sociedad ni ocuparse de la prédica a los capitalistas y sus acólitos de la necesidad de mejorar la situación de los obreros, ni tampoco urdir conjuraciones, sino organizar la lucha de clase del proletariado y dirigir esta lucha, que tiene por objetivo final la conquista del Poder político por el proletariado y la organización de la sociedad socialista como paso a la creación de una nueva sociedad, la sociedad comunista.

—El curso de los acontecimientos revolucionarios de 1848 a 1851 vino a confirmar de manera brillante la nueva teoría; y, en lo sucesivo, los movimientos proletarios y democráticos de todos los países del mundo habrían de confirmarla. Entre 1851 y 1852 Marx escribió *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, ahí explica que la primera revolución francesa, con su misión de *romper* todos los poderes particulares locales, territoriales municipales y provinciales, *para crear la unidad civil de la nación*, tenía necesariamente que desarrollar lo que la monarquía absoluta había iniciado: la centralización; pero al mismo tiempo amplió el volumen, las atribuciones y el número de servidores del poder del Gobierno. Napoleón perfeccionó esta máquina del Estado. La monarquía legítima, que no era más que la expresión política de la dominación heredada de los señores de la tierra, y el período del reinado de Luis Felipe, entre 1830 y 1848, que no era más que la expresión política de la dominación usurpada de los advenedizos burgueses, no añadieron nada más que una mayor división del trabajo, que crecía a medida que la división del trabajo dentro de la sociedad burguesa creaba nuevos grupos de intereses, y por tanto nuevo material para la *administración* del Estado. Cada interés común se desglosaba inmediatamente de la sociedad, se contraponía a ésta como interés superior, general, se sustraía a la propia iniciativa de los individuos de la sociedad y se convertía en objeto de la actividad del Gobierno, desde el puente, la escuela y los bienes comunales de un municipio rural cualquiera, hasta los ferrocarriles, la riqueza nacional y las universidades de Francia. Finalmente, la república parlamen-

taria, en su lucha contra la revolución, se vio obligada a fortalecer, junto con las medidas represivas, los medios y la centralización del poder del Gobierno. Y Marx saca, de ahí, una conclusión magistral que traza la tarea a cumplir: *Todas las revoluciones perfeccionaban esta máquina, en vez de destruirla.*

—El recrudescimiento de los movimientos democráticos, a fines de la década del 50 y durante la del 60, llevó de nuevo a Marx a la actividad práctica —apuntaló Sebastián—. A fines de 1864 se fundó en Londres la *Asociación Internacional de los Trabajadores*, la Primera Internacional, que dio paso a la unificación del movimiento obrero de los diferentes países orientando por el cauce de una actuación conjunta a las diversas formas del socialismo no proletario, premarxista, como el de Mazzini, Proudhon, Bakunin, del tradeunionismo liberal inglés y el de las vacilaciones derechistas lassalleanas en Alemania, entre otros; Marx, a la par que combatía las teorías de todas estas sectas y escuelas, fue forjando la táctica común de la lucha proletaria de la clase obrera en los distintos países.

—Así es —dijo Leoncio moviendo el mentón de arriba hacia abajo y viceversa—. Marx analizó, en *La guerra civil en Francia*, la caída de la Comuna de París en 1871 y en esta obra reafirma y desarrolla su tesis ya esbozada en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* acerca de la necesidad de que el proletariado debe destruir la máquina estatal burguesa. Marx llega a la conclusión de que la clase obrera no puede limitarse simplemente a *tomar posesión* de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines; dice que el proletariado debe *destruirla y sustituirla* con un Estado del tipo de la Comuna de París. Esta conclusión de Marx, acerca del Estado de nuevo tipo, del tipo de la Comuna de París, establece la gran tesis marxista de la dictadura del proletariado y constituye el contenido principal de su nueva aportación a la teoría revolucionaria. En 1891, Engels, redactó la Introducción a *La guerra civil en Francia* de Marx y en ella hizo, 20 años después, un resumen de las enseñanzas de la Comuna de París dirigiendo sus dardos contra la *fe supersticiosa en el Estado*. En esa Introducción escribe que gracias al desarrollo económico y político de Francia desde 1789, la situación en París, desde hace 50 años, ha sido tal que no podía estallar en esa ciudad ninguna revolución que no asumiese en seguida un carácter proletario, es decir, sin que el proletariado, que había comprado la victoria con su sangre, presentase sus propias reivindicaciones después del triunfo conseguido. Estas reivindicaciones eran más o menos oscuras y hasta confusas, a tono en cada período con el grado de desarrollo de los obreros de París, pero se reducían siempre a la exigencia de abolir los antagonismos de clase entre capitalistas y obreros. A decir

verdad, nadie sabía cómo se podía conseguir esto. Pero la reivindicación misma, por vaga que fuese la manera de formularla, encerraba ya una amenaza contra el orden social existente; los obreros que la mantenían estaban aún armados; por eso, *el desarme* de los obreros era el primer mandamiento de los burgueses que se hallaban al frente del Estado. De aquí que después de cada revolución ganada por los obreros se llevara a cabo una nueva lucha que acababa con la derrota de éstos. Y especifica que así sucedió por primera vez en 1848. Era la primera vez que la burguesía ponía de manifiesto a qué insensatas crueldades de venganza es capaz de acudir tan pronto como el proletariado se atreve a enfrentarse con ella, como clase aparte con intereses propios y propias reivindicaciones. Y, sin embargo, lo de 1848 no fue más que un juego de niños comparado con la furia de la burguesía en 1871. Aquí, en este balance tan preciso, está el quid del asunto, y no es otro sino el relacionado al armamento de la clase oprimida. La cuestión militar. También nos dice que precisamente la fuerza opresora del antiguo Gobierno centralista, el ejército, la policía política y la burocracia que Napoleón había creado en 1798 y que desde entonces había sido heredada por todos los nuevos Gobiernos como un instrumento grato, empleándolo contra sus enemigos, debía ser derrumbada en toda Francia, como había sido derrumbada ya en París. La Comuna tuvo que reconocer desde el primer momento que la clase obrera, al llegar al Poder, no podía seguir gobernando con la vieja máquina del Estado; que, para no perder de nuevo su dominación recién conquistada, la clase obrera tenía, de una parte, que barrer toda la vieja máquina represiva utilizada hasta entonces contra ella, y, de otra parte, precaverse contra sus propios diputados y funcionarios, declarándolos a todos, sin excepción, revocables en cualquier momento.

—Engels —intervino Sebastián— subraya, una y otra vez, que no sólo bajo la monarquía, sino también bajo la *república democrática*, el Estado sigue siendo Estado, es decir, conserva su rasgo característico fundamental: convertir a sus funcionarios, *servidores de la sociedad*, órganos de ella, en señores situados por encima de ella.

—Así es —convino Leoncio—. Otro punto es lo señalado por Marx en el texto mismo de la obra donde señala que como los miembros de la Comuna eran todos, casi sin excepción, obreros o representantes reconocidos de los obreros, sus acuerdos se distinguían por un carácter marcadamente proletario. Una parte de sus decretos eran reformas que la burguesía republicana no se había atrevido a implantar por vil cobardía y que echaban los cimientos indispensables para la libre acción de la clase obrera, como, por ejemplo, la implantación del principio de que, *con respecto al Estado, la religión es un asunto*

de incumbencia puramente privada; otros iban encaminados a salvaguardar directamente los intereses de la clase obrera, y en parte socavaban profundamente el viejo orden social. Aquí hay que anotar que en el asunto de la religión está diciendo con precisión: *con respecto al Estado* y no con respecto al Partido; ya que el Partido del proletariado revolucionario no es un club de librepensadores donde se tolera el aconfesionalismo. El Partido no puede renunciar a la tarea de luchar contra el opio religioso que embrutece al pueblo. Y aquí, hay que insistir en cosas que ya hemos visto para que quede bien clara la concepción marxista en la cuestión religiosa. En aquellos tiempos, en los tiempos de la Comuna, ya se combatían las ideas seudorevolucionarias de aquellos que peroraban sobre una guerra política contra la religión y sobre una lucha frontal contra la curia y los clericales. También en aquellos tiempos Engels decía que no había nada más estúpido que esa posición ultraizquierdista, y ello sigue siendo actual ya que semejante actitud no hace otra cosa más que avivar el interés por la religión, pone trabas al trabajo partidario y al desarrollo de las causas verdaderas que permitirán la extinción de la religión. Hay que saber luchar contra la religión, y para ello es necesario explicar desde el punto de vista materialista los orígenes de la fe y de la religión entre las masas.

—Sí, cierto —añadió Sebastián con determinación—, pero la lucha contra la religión no puede limitarse ni reducirse a la prédica ideológica abstracta, hay que vincular esta lucha a la actividad práctica concreta de la lucha de clases, que tiende a eliminar las raíces sociales de la religión, porque la raíz más profunda de la religión en nuestros tiempos es la opresión social de las masas trabajadoras, su aparente impotencia total frente a las fuerzas ciegas del capitalismo, que cada día, cada hora, causa a los trabajadores sufrimientos y martirios 1,000 veces más horribles y salvajes que cualquier acontecimiento extraordinario, como las guerras o los terremotos.

—¡Exacto! Para nosotros es claro que el miedo creó a los dioses, pero no para las masas —retomó Leoncio—. El miedo a la fuerza ciega del capital, ciega porque no puede ser prevista por las masas del pueblo, que a cada paso amenaza con aportar y aporta al proletario o al pequeño propietario la perdición, la ruina *inesperada, repentina, casual*, convirtiéndolo en mendigo, en indigente, arrojándolo a la prostitución, acarreado a la muerte por hambre: he ahí la raíz de la religión contemporánea que el materialista debe tener en cuenta antes que todo, y más que todo, si no quiere quedarse en aprendiz de materialista. Ningún folleto educativo será capaz de desarraigar la religión entre las masas aplastadas por los trabajos forzados del régimen capitalista y que dependen de las fuerzas *ciegas* y destructivas

del capitalismo, mientras dichas masas no aprendan a luchar *unidas y organizadas*, de modo sistemático y consciente, contra esa raíz de la religión, contra el dominio del capital en todas sus formas.

—Evidentemente hay que hacer propaganda atea pero siempre debe estar subordinada a la tarea fundamental, es decir, al desarrollo de la lucha de clases de las masas explotadas contra los explotadores; hay que oponerse resueltamente a la división de las masas en creyentes y no creyentes, y con mayor razón en el campo donde el campesinado aún cree en dios, va a misa y está bajo la influencia directa del cura o de cualquier otro predicador.

—Hay que luchar contra la religión, sí —continuó Leoncio agitando las manos en el aire—. Esto es el abecé de todo materialismo y, por tanto, del marxismo; pero el marxismo no es un materialismo que se detenga en el abecé. Se trata de *la lucha* en su conjunto, y de ningún modo de tales o cuales tareas parciales. La lucha contra la religión está subordinada a la lucha económica, a la lucha política y a la lucha teórica, o sea, a la lucha sindical, a la lucha política y a la lucha teórica científica, ideológica y filosófica; en resumidas cuentas y pocas palabras, la lucha contra la religión, en particular, está subordinada a la lucha de clases en general, es decir, a la lucha por el Poder. Sólo la lucha de clase del proletariado, al atraer ampliamente a las vastas capas del pueblo a una práctica social consciente y revolucionaria, será capaz de liberar de verdad a las masas oprimidas del yugo de la religión, mientras que cualquier otra actitud va en contra de nuestro principio básico de respetar la libertad de conciencia religiosa, tanto de creer como de no creer, establecida en el programa general de la revolución democrática; lo que, además, quiere decir que ni siquiera en la sociedad socialista se prohibirá esa libertad.

—Otra cosa, y muy distinta —dijo Sebastián pronunciando sus palabras con determinación—, es la lucha contra los elementos que, levantados en armas en nombre de su dios, se enfrentan a las fuerzas revolucionarias. El caso de sectas armadas ligadas o no al narcotráfico, como el de algunos elementos de las Iglesias Pentecostal, Presbiteriana, la Asamblea de dios u otras de la misma calaña evangelista merece un análisis particular.

—Tienes razón, hermano, habrá que hacerlo. Bien, y de regreso a la *Introducción*, Engels añade que en el capítulo tercero de *La guerra civil en Francia* se describe con todo detalle esta labor encaminada a hacer saltar el viejo Poder estatal y *sustituirlo* por otro nuevo realmente democrático. Sin embargo, dice, era necesario detenerse a examinar aquí, en el capítulo tercero, brevemente algunos de los rasgos de esta *sustitución*, por ser precisamente en Alemania donde la *fe supersticiosa en el Estado* se ha trasplantado del campo filosó-

fico a la conciencia general de la burguesía e incluso a la de muchos obreros. Según la concepción filosófica, el Estado es la *realización de la idea*, o sea, traducido al lenguaje filosófico, el reino de dios sobre la tierra, el campo en que se hacen o deben hacerse realidad la eterna verdad y la eterna justicia. *De aquí nace una veneración supersticiosa al Estado* y a todo lo que con él se relaciona, veneración supersticiosa que va arraigando en las conciencias con tanta mayor facilidad cuanto que la gente se acostumbra ya desde la infancia a pensar que los asuntos e intereses comunes a toda la sociedad no pueden gestionarse ni salvaguardarse de otro modo que como se ha venido haciendo hasta aquí, es decir, por medio del Estado y de sus funcionarios retribuidos con buenos puestos. Y se cree haber dado un paso enormemente audaz con librarse de la fe en la monarquía hereditaria y entusiasmarse por la república democrática. En realidad, *el Estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra, lo mismo en la república democrática que bajo la monarquía*; y en el mejor de los casos, un mal que se transmite hereditariamente al proletariado que haya triunfado en su lucha por la dominación de clase. El proletariado victorioso, lo mismo que lo hizo la Comuna, no podrá por menos de amputar inmediatamente los lados peores de este mal, entretanto que una generación futura, *educada en condiciones sociales nuevas y libres*, pueda deshacerse de todo ese trasto viejo del Estado. Así, Engels dice que bajo la república democrática el Estado sigue siendo, *lo mismo* que bajo la monarquía; sí, pero ojo, esto no significa, en modo alguno, que la *forma* de opresión sea indiferente para el proletariado; una *forma* de lucha de clases y de opresión de clase más amplia, más libre, más abierta facilita en proporciones gigantescas la misión del proletariado en la lucha por la destrucción de las clases en general. Y en cuanto a la cuestión de por qué solamente una nueva generación estará en condiciones de deshacerse en absoluto de todo este trasto viejo del Estado, es una cuestión relacionada con la superación de la democracia. No hay que olvidar que la destrucción del Estado es también la destrucción de la democracia burguesa, que la *extinción* del Estado implica la *extinción* de esa democracia; y la expresión *el Estado se extingue* señala el carácter gradual del proceso y su espontaneidad. ¿Y qué significa esto? Algo que para algunos puede parecer horroroso, aunque no lo es. Tal vez en algunos surja incluso el temor ante el advenimiento de una organización social en que no se acate el principio de la subordinación de la minoría a la mayoría, ya que la democracia es, precisamente, el reconocimiento de este principio. Ello es falso, no es así; la democracia *no es idéntica* a la subordinación de la minoría a la mayoría. *Democracia es el Estado* que reconoce la subordinación de la minoría

a la mayoría, es decir, una organización llamada a ejercer la *violencia* sistemática de una clase contra otra, de una parte de la población contra otra. Pero lo que se propone, como meta final, es la destrucción *del Estado*, es decir, de toda violencia organizada y sistemática, de toda violencia contra los hombres en general. No se espera el advenimiento de un orden social en el que no se acate el principio de la subordinación de la minoría a la mayoría. Pero, aspirando al socialismo, estamos persuadidos de que éste se convertirá gradualmente en comunismo, y en relación con esto desaparecerá toda necesidad de violencia sobre los hombres en general, toda necesidad de *subordinación* de unos hombres a otros, de una parte de la población a otra, pues los hombres *se habituarán* a observar las reglas elementales de la convivencia social *sin violencia y sin subordinación*.

—Y sólo la fuerza de la costumbre puede ejercer y ejercerá indudablemente esa influencia, pues en torno a nosotros observamos millones de veces con qué facilidad se habitúan los hombres a guardar las reglas de convivencia necesarias si no hay explotación, si no hay nada que indigne a los hombres y provoque protestas y sublevaciones, creando la *necesidad de la represión*.

—Cierto, Sebastián. A esto es a lo que Engels se refiere cuando habla de una *nueva generación* que, educada en condiciones sociales nuevas y libres, pueda deshacerse de todo este trasto viejo del Estado, de todo Estado, incluido el Estado democrático-republicano, o, si se quiere, democrático a secas. Al final de su Introducción, Engels remata: Últimamente, las palabras *dictadura del proletariado* han vuelto a sumir en santo horror al filisteo socialdemócrata. Pues bien, caballeros, ¿queréis saber qué faz presenta esta dictadura? Mirad a la Comuna de París: ¡He ahí la dictadura del proletariado!

—Leoncio, este asunto me trae al recuerdo algunas líneas escritas por Engels en un artículo que lleva el título *De la autoridad*. Me parece aleccionador por la conclusión a la que llega. En ese artículo de un par de páginas, muy concreto, se hace algunas preguntas, dice: ¿Por qué los antiautoritarios no se limitan a clamar contra la autoridad política, contra el Estado? Y desarrolla el punto explicando que todos los socialistas están de acuerdo en que el Estado político, y con él la autoridad política, desaparecerán como consecuencia de la próxima revolución social, es decir, que las funciones públicas perderán su carácter político, trocándose en simples funciones administrativas, llamadas a velar por los verdaderos intereses sociales. Pero los antiautoritarios exigen que el Estado político autoritario sea abolido de un plumazo, aún antes de haber sido destruidas las condiciones sociales que lo hicieron nacer. Exigen que el primer acto de la revolución social sea la abolición de la autoridad. Luego se pregunta: ¿No

han visto nunca una revolución estos señores? Y se responde: Una revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria que existe; es el acto por medio del cual una parte de la población impone *su voluntad* a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay; y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por medio del terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. Luego continúa con otra pregunta: ¿La Comuna de París habría durado acaso un solo día, de no haber empleado esta autoridad de pueblo armado frente a los burgueses? Y se responde con otra pregunta más: ¿No podemos, por el contrario, reprocharle el no haberse servido lo bastante de ella? Y traza una conclusión lapidaria: Así pues, una de dos: o los antiautoritarios no saben lo que dicen, y en este caso no hacen más que sembrar la confusión; o lo saben, y en este caso traicionan el movimiento del proletariado. En uno y otro caso, sirven a la reacción. Simplemente genial.

—Bien, muy bien, Sebastián. Ello nos lleva al siguiente punto. En la *transición* del capitalismo al comunismo, que pasa necesariamente por el socialismo, la represión es *todavía* necesaria, pero ya es la represión de una minoría de explotadores por la mayoría de los explotados. Es necesario todavía un aparato especial, una máquina especial para la represión, el Estado, pero éste es ya un Estado de transición, no es ya un Estado en el sentido estricto de la palabra; aquí, el órgano represor es ya la mayoría de la población y no una minoría, como había sido siempre, lo mismo bajo la esclavitud y el feudalismo que bajo el capitalismo. Y, desde el momento en que es la mayoría del pueblo la que reprime por sí misma a sus opresores, no es ya necesaria una fuerza especial de represión. En este sentido, el Estado comienza a extinguirse. En vez de instituciones especiales de una minoría privilegiada, como la burocracia privilegiada y los jefes del ejército permanente, puede llevar a efecto esto directamente la mayoría, y cuanto más intervenga todo el pueblo en la ejecución de las funciones propias del Poder del Estado tanto menor es la necesidad de dicho Poder pues la represión de una minoría de explotadores por la mayoría de los esclavos asalariados de *ayer* es, en su última fase, algo tan relativamente fácil, sencillo y natural, que costará muchísima menos sangre que la represión de las sublevaciones de los esclavos, de los siervos y de los obreros asalariados, que costará mucho menos a la humanidad. Así, este *Estado* es tan compatible con la extensión de la democracia a una mayoría tan aplastante de la población que la necesidad de una *máquina especial* para la represión *comienza* a desaparecer. Como es natural, los explotadores no pueden reprimir al pueblo sin una máquina complicadísima que les

permita cumplir este cometido, pero el *pueblo* sí puede reprimir a los explotadores con una *máquina* muy sencilla, casi sin *máquina*, sin aparato especial, por la simple *organización de las masas armadas*. Sólo el comunismo; ojo, no el socialismo sino el comunismo, suprime en absoluto la necesidad del Estado, pues bajo el comunismo *no hay nadie a quien reprimir, nadie* en el sentido de *clase*, en el sentido de una lucha sistemática contra determinada parte de la población. Con lo dicho no se es utopista ni se niega, en modo alguno, que es posible e inevitable que *algunos individuos* cometan excesos, como tampoco se niega la necesidad de reprimir *tales* excesos. Pero, en primer lugar, para esto no hace falta una máquina especial, un aparato especial de represión, esto lo hará el mismo pueblo armado, con la misma sencillez y facilidad con que un grupo cualquiera de personas civilizadas, incluso en la sociedad actual, separa a los que se están peleando o impide que se maltrate a una mujer. Y, en segundo lugar, se sabe que la causa social más importante *de los excesos*, consistentes en la infracción de las reglas de convivencia, es la explotación de las masas, la penuria y la miseria de éstas. Al suprimirse esta causa fundamental, los excesos comenzarán inevitablemente a *extinguirse*. No se sabe con qué rapidez y gradación, pero se sabe que se extinguirán. Y, con ellos, se extinguirá también el Estado. Bien, en el caso de la Comuna, todavía era especialmente necesario reprimir a la burguesía y vencer su resistencia, y una de las causas de su derrota está en no haber hecho esto con suficiente decisión. Otra causa de su derrota fue la insuficiencia de un Partido inmaduro y las dificultades que encierra el que éste no dirija la lucha; y sin embargo, la Comuna fue un hito del proletariado en la construcción del nuevo Poder y dejó en claro la imperiosa necesidad de contar con un ejército propio.

—Marx y Engels sabían que, en esos momentos, la clase no estaba preparada y previeron que sería derrotada —intervino Sebastián—, pero como la lucha ya había estallado había que apoyar esa lucha del proletariado y proseguir para que madurara y plasmara la experiencia de cómo a través de la violencia revolucionaria se toma el Poder y se defiende.

—Así es. Y ahí tenemos el famoso llamamiento de la Internacional del 9 de septiembre de 1870, donde Marx prevenía al proletariado francés contra un alzamiento prematuro; no obstante, cuando éste se produjo, a pesar de todo, en 1871, acogió con entusiasmo la iniciativa revolucionaria de las masas que *tomaban el cielo por asalto*. En esta situación, como en muchas otras, la derrota de la acción revolucionaria representaba, desde el punto de vista del materialismo dialéctico que sustentaba Marx, un mal menor en la marcha general y en el desenlace de la lucha proletaria, en comparación con lo que

hubiera representado el abandono de las posiciones ya conquistadas, es decir, *la capitulación sin lucha*. Esta capitulación habría desmoralizado al proletariado y mermado su combatividad.

—Y es así como Marx, sin dejarse llevar al terreno de las utopías, determinó en detalle lo que es posible determinar *ahora* respecto a este porvenir; a saber, la diferencia entre las fases, grados o etapas, inferior y superior de la sociedad comunista; la nueva democracia, el socialismo y el comunismo —resumió Sebastián.

—Sí. Y aquí encaja un asunto más, el problema del parlamentarismo. Hay que recordar, una y otra vez, las enseñanzas de Marx basadas en la experiencia de la Comuna, dice: La Comuna debía ser, no una corporación parlamentaria, sino una corporación de trabajo, legislativa y ejecutiva al mismo tiempo; y, que la verdadera esencia del parlamentarismo burgués, no sólo en las monarquías constitucionales parlamentarias sino también en las repúblicas más democráticas, es decidir una vez cada cierto número de años qué miembros de la clase dominante han de oprimir y aplastar al pueblo en el Parlamento. En los Parlamentos no se hace más que charlar, con la finalidad especial de embaucar al *vulgo*. En la experiencia de la Comuna, se sustituye el parlamentarismo venal y podrido de la sociedad burguesa por instituciones en las que la libertad de crítica y de examen no degenera en engaño, pues ahí los parlamentarios tenían que trabajar ellos mismos, tenían que ejecutar ellos mismos sus leyes, tenían que comprobar ellos mismos los resultados, tenían que responder directamente ante sus electores. Las instituciones representativas continúan, pero *desaparece* el parlamentarismo como *sistema especial*, como división del trabajo legislativo y ejecutivo, como situación privilegiada para los diputados. Sin instituciones representativas no puede concebirse la democracia, ni aun la democracia proletaria; sin parlamentarismo sí puede y *debe* concebirse si la crítica de la sociedad burguesa no es para nosotros una frase vacua, si la aspiración de derrocar la dominación de la burguesía es en nosotros una aspiración seria y sincera y no una frase *electoral* para cazar los votos de los obreros, como es en los labios de todo tipo de arribistas, oportunistas, renegados y traidores. Por otro lado, el mismo Marx nos enseña que en todas las revoluciones, al lado de los verdaderos revolucionarios, figuran hombres de otra naturaleza. El 18 de marzo de 1871 París se despertó entre un clamor de gritos de ¡*Viva la Comuna!* Los proletarios de París en medio de los fracasos y las traiciones de las clases dominantes se habían dado cuenta de que había llegado la hora de salvar la situación tomando en sus manos la dirección de los asuntos públicos; habían comprendido que es su deber imperioso y su derecho indiscutible hacerse dueños de sus propios destinos tomando el Poder. Pero ese día

no sólo salió el proletariado a las calles, ese día también salieron a la superficie otros hombres; algunos de ellos, supervivientes de revoluciones pasadas, que conservaban su devoción por ellas, sin visión del movimiento actual pero dueños todavía de su influencia sobre el pueblo por su reconocida honradez y valentía, o simplemente por *la fuerza de la tradición*; otros, simples charlatanes que, a fuerza de repetir año tras año las mismas declamaciones estereotipadas contra el Gobierno del día, se habían agenciado de contrabando una reputación de revolucionarios de pura cepa. Esos unos y los otros, en algunos casos, lograron desempeñar papeles preeminentes; y en la medida en que su poder se lo permitía, entorpecieron la verdadera acción de la clase obrera, lo mismo que otros de su especie entorpecieron el desarrollo completo de todas las revoluciones anteriores. Constituyen un mal inevitable; con el tiempo se les quita de en medio, pero a la Comuna no le fue dado disponer de tiempo.

—El *cretinismo parlamentario* es un término muy bien usado por Marx y Engels para referirse a la fe de los oportunistas en que el sistema parlamentario de gobierno es omnipotente y la parlamentaria la única y principal forma de lucha política en todas las circunstancias —dijo Sebastián luego de esquivar un pequeño arbusto—. El cretinismo parlamentario es una enfermedad incurable, escribió Engels, que hace a sus infelices víctimas compenetrarse con la solemne convicción de que todo el mundo, su historia y su futuro se rigen y determinan por la mayoría de votos de aquella institución representativa la cual tiene el honor de contar con ellos entre sus miembros.

—Si pues, así es y ello es válido tanto en los tiempos antiguos como en los modernos. Los cretinos electoreros se reconcilian en el estercolero de la historia. Bien, resumiendo. En los documentos comentados, Marx estudia, como un proceso histórico-natural, cómo *nace* la nueva sociedad *de* la antigua, estudia las formas de transición de la antigua a la nueva sociedad. Toma la experiencia real del movimiento proletario de masas y se esfuerza en sacar las enseñanzas prácticas de ella. *Aprende* de la Comuna, como todos los grandes pensadores revolucionarios no temieron aprender de la experiencia de los grandes movimientos de la clase oprimida, no dirigiéndoles nunca *sermones* pedantescos, por el estilo del *no se debía haber empuñado las armas*, como en aquel momento lo hizo Plejánov, o como lo dijo Tsereteli: *una clase debe saber moderarse*. Por otro lado, no cabe hablar de la *abolición repentina* de la burocracia, en todas partes y hasta sus últimas raíces. Esto es una utopía. Pero el *destruir* de golpe la antigua máquina burocrática y comenzar a construir inmediatamente otra nueva, que permita ir reduciendo gradualmente a la nada toda burocracia, *no es una utopía*; es la experiencia de la

Comuna, es la tarea directa, inmediata, del proletariado revolucionario; y esto no desdice las desgracias que acarrea el heredar una vieja administración pública con el triunfo de la revolución.

—Eso. Pero sin adelantarnos al tema, también habría que añadir que en 1872, tras la experiencia de la Comuna de París y su caída en 1871, la Primera Internacional había cumplido su misión histórica y dejaba paso a una época de desarrollo incomparablemente más amplio del movimiento obrero en todos los países del mundo, época en que este movimiento había de desplegarse en extensión, con la creación de partidos obreros socialistas de masas dentro de cada Estado nacional...

—No hay adelantos ni saltos, compadre, te lo reitero, es concatenación, es un permanente hilvanar ideas —dijo Leoncio sonriendo mientras le daba un empujón con el hombro a Sebastián—. Y en relación a lo que acabas de decir, atención, estás utilizando un término que aparece en los escritos de Lenin y que también se presta a mala interpretación: partidos obreros socialistas *de masas*...

—Lo sé, caballero, y muy bien. Si me hubieses dejado seguir lo habría explicado en el momento adecuado, pero como insistes; aquí va adelantado. Esa expresión, partido de masas, que no sólo es de Lenin sino que también fue utilizada por Engels, aparece, entre otros lugares, en un artículo periodístico, a fines de 1905, donde Lenin se refiere a *La organización del Partido y la literatura del Partido*. Ahí dice, más o menos, lo siguiente: El Partido es una unión voluntaria cuya disgregación, primero ideológica y luego material, sería inevitable si no se desembarazase de los miembros que sostienen opiniones opuestas a las del Partido. Pues bien, para determinar los límites entre lo que es del Partido y lo que es contrario al Partido está el programa del mismo, están sus resoluciones sobre táctica y sus estatutos y está, por último, toda la experiencia de la socialdemocracia internacional, de las asociaciones voluntarias internacionales del proletariado, que da constantemente entrada en sus partidos a distintos elementos o tendencias no del todo consecuentes, no del todo marxistas puros, no del todo justos, pero que también lleva siempre a cabo *depuraciones* periódicas de su Partido. Así ocurrirá, señores partidarios de la *libertad de crítica* burguesa, entre nosotros, dice Lenin, dentro de *nuestro* Partido; ahora nuestro Partido se está *transformando de golpe en un Partido de masas*; ahora estamos atravesando un brusco tránsito a la *organización abierta*; ahora acudirán indefectiblemente a nuestras filas muchos elementos inconsecuentes desde el punto de vista marxista, incluso algunos cristianos y hasta quizás místicos. Tenemos un estómago resistente, somos marxistas firmes como la roca. Digerimos a estos elementos inconsecuentes. La

libertad de pensamiento y la libertad de crítica en el seno del Partido jamás nos harán olvidar la libertad de agrupación en asociaciones libres que se denominan partidos. Ojo, prestar atención a que está haciendo alusión al brusco tránsito *a la organización abierta*. En otro artículo, en 1913, donde comenta, a su vez, un artículo del diario legal de los mencheviques liquidadores *La Vida*, Lenin recuerda que la huida de la clandestinidad puede ser en algunas personas el resultado de su fatiga y desaliento; pero cuando los fatigados y desalentados usan el periodismo como tribuna y pregonan que su huida no es una manifestación de fatiga, ni de debilidad, ni de ruindad intelectual, sino un mérito, y luego cargan la culpa a la *incapaz*, la *inútil* o la *necrosificada* clandestinidad, entonces esos fugitivos se convierten en repugnantes renegados, en apóstatas. Entonces esos fugitivos se convierten en los peores consejeros y, por lo tanto, en peligrosos enemigos del movimiento obrero. Y sigue más adelante a modo de conclusión diciendo que en todos los países, siempre y en todas partes, existe, *además del Partido*, un *amplio sector de personas cercanas al Partido* y la enorme masa *de la clase* que forma el Partido, lo hace surgir y lo nutre. Los liquidadores no comprenden este claro y simple punto que establece la diferencia entre el *Partido* y la *clase*. El Partido es el sector consciente y avanzado de la clase, es su vanguardia. La fuerza de esa vanguardia es 10, 100 y más veces mayor que su número. La organización decuplica la fuerza. La *conciencia* del destacamento de vanguardia se manifiesta, entre otras cosas, en su capacidad para organizarse. Al organizarse adquiere *una voluntad única* y esta voluntad única de 1,000, 100,000, 1'000,000 de militantes de vanguardia *se convierte* en la voluntad de la clase. El intermediario entre el Partido y la clase es el *amplio sector*, más amplio que el Partido pero más estrecho que la clase, el sector de los que ayudan, simpatizan, etcétera. Y añade que *es absolutamente imposible determinar la voluntad de un amplio sector que no esté organizado en una sola organización*, esto lo entenderá hasta un niño. Los anarquistas constituyen uno de los elementos más nocivos del movimiento obrero precisamente porque siempre vociferan sobre *el conjunto* de las clases oprimidas, o aún sobre *las masas de oprimidos en general*, siempre atentan a la buena reputación de toda organización socialista, pero no pueden ellos mismos crear *ninguna* otra organización como alternativa. Los marxistas tienen una opinión distinta en principio acerca de la relación entre las masas no organizadas, y reacias a la organización durante largo tiempo, a veces durante decenios, y el Partido, la organización. Para que las masas de *una clase determinada* puedan aprender a comprender sus intereses y su situación, aprender a aplicar su propia política, debe haber, cuanto antes

y a cualquier precio, *una organización de los elementos más avanzados de esta clase*, aunque al comienzo sólo constituyan una *minúscula* parte de la clase. A fin de servir a las masas y expresar *sus* intereses correctamente comprendidos, el destacamento de vanguardia, la organización, debe realizar toda su actividad entre las masas, reclutando en su seno a todas las mejores fuerzas sin excepción, comprobando a cada paso, cuidadosa y objetivamente, si se mantiene el contacto con las masas y si es un contacto vivo. Así y *sólo* así educa e instruye a las masas el destacamento de vanguardia, expresando *sus* intereses, enseñándoles a organizarse y orientando *todas* las actividades de las masas por el camino de una consciente *política de clase*. Luego continúa aclarando que la teoría del *amplio sector* al que para constituir el Partido *sólo* le falta la posibilidad de ingresar formalmente en él es anarquismo. La teoría del *amplio sector en lugar del Partido* es un intento de justificar una actitud sumamente arbitraria hacia el movimiento obrero de masas y una mofa del mismo. Con esta teoría, los liquidadores hacen creer que *ellos*, su círculo de intelectuales, son representantes y portavoces del *amplio sector*. Un buen aparato clandestino, dice Lenin, exige una buena *preparación profesional de los revolucionarios* y la más consecuente división del trabajo, y estas 2 condiciones son absolutamente irrealizables en una organización local aislada, por muy fuerte que sea en un momento dado. En otros lugares, en otros escritos, Lenin amplía esta idea en sus 2 aspectos cuando primero explica que el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, *partido ilegal*, ha cumplido su deber ante la Internacional. La bandera del internacionalismo no tembló en sus manos. Nuestro Partido, dice, ha roto orgánicamente, desde hace ya tiempo, con los grupos y elementos oportunistas. Los grilletes del oportunismo y del *legalismo a toda costa* no ataron de pies y manos a nuestro Partido, aclara. Y concreta, el fetichismo de la *legalidad* no ha podido surgir entre nosotros; la actividad revolucionaria *clandestina* de nuestro Partido continúa a pesar de todo. Y en *Dos tácticas de la socialdemocracia*, en acerca de *La cuestión de la acción política abierta*, dice: El III Congreso tiene en cuenta un próximo cambio radical de nuestra actividad. *No se debe abandonar de ninguna manera la actividad conspirativa y el desarrollo del aparato conspirativo*; esto sería hacer el juego a la policía y conveniente hasta más no poder para el Gobierno. Pero ahora ya no se puede dejar de pensar *tampoco en la acción abierta*. Hace falta preparar enseguida las formas convenientes de esta acción y, por consiguiente, aparatos especiales, menos conspirativos, a este fin. Hace falta aprovechar las sociedades legales y semilegales, *para convertirlas*, en lo que sea posible, en *puntos de apoyo* del futuro Partido Obrero Socialdemócrata legal de

Rusia. Ojo que el III Congreso se llevó acabo 2 meses después del inicio de la Revolución Rusa de 1905 y que fuera derrotada en 1907. Bueno, aquí tenemos condensadas las tesis de Lenin sobre el Partido clandestino y los puntos de apoyo del Partido en las masas, los puntos de apoyo para el trabajo de masas del Partido; el trabajo secreto y el trabajo abierto. El Partido, los organismos generados y el contenido real de aquello a lo que Lenin se refiere como Partido de masas y que nada tiene que ver con el sentido que hoy se le pretende dar.

—Explicado con claridad, así es —dijo Leoncio y añadió—. Con lo que acabas de explicar resulta bastante sencillo comprender que el proletariado se convierte en una fuerza desde el momento en que forma un Partido obrero independiente y que la clase obrera no puede actuar como clase contra el poder mancomunado de las clases poseedoras más que organizándose y formando un Partido político propio frente a todos los viejos partidos fundados por las clases poseedoras; esta organización de la clase obrera para formar el Partido político es indispensable para asegurar la victoria de la revolución democrática, de la revolución socialista y así lograr su meta final: la supresión de las clases. Sin un Partido férreo y templado en la lucha, sin un Partido que goce de la confianza de todo lo que haya de honrado dentro de la clase, sin un Partido que sepa pulsar el estado de ánimo de las masas e influir sobre él es imposible llevar a cabo con éxito esta lucha. Sí, así es, pero...

—Aquellos que simpatizan con la idea de formar organizaciones al margen de los partidos o apartidista deben recordar lo que Marx y Engels dijeron en el *Manifiesto Comunista*: el proletariado consigue su transformación en clase en la medida que crece su unidad y su conciencia —indicó Sebastián redondeando la idea.

—Todo correcto, cierto, aunque lo que yo quería añadir, en el punto específico, es que fue Mao Tsetung quien dilucidó con bastante exactitud ese asunto del *Partido de masas*, él precisa: Para vencer las dificultades, derrotar al enemigo y construir una nueva China, el Partido Comunista debe ampliar su organización y convertirse en un gran Partido con *carácter* de masas, abriendo sus puertas a un gran número de obreros, campesinos y jóvenes activistas que estén sinceramente *dedicados* a la revolución, tengan fe en los principios del Partido, apoyen su política y se encuentren dispuestos a observar su disciplina y a trabajar con tesón. En este aspecto, es intolerable la tendencia de *puertas cerradas*. Pero, al mismo tiempo, no puede relajarse ni en lo más mínimo la vigilancia contra la infiltración de los agentes del enemigo. Los servicios secretos del imperialismo japonés tratan constantemente de minar nuestro Partido y de hacer que, disfrazados de activistas, se infiltren en él colaboracionistas,

trotskistas, elementos projaponeses, degenerados y arribistas. Ni por un momento debemos relajar nuestra vigilancia y nuestras estrictas precauciones contra tales individuos. No debemos cerrar las puertas del Partido por temor a los agentes del enemigo, pues ampliarlo con audacia es nuestra política ya definida. Pero, al hacerlo, no debemos aflojar la vigilancia ante los agentes del enemigo y los arribistas que traten de aprovechar la oportunidad para infiltrarse. Cometeremos errores si atendemos sólo a un aspecto y olvidamos el otro. La única política correcta es *ampliar con audacia el Partido, pero no dejar penetrar en él ni un solo individuo nocivo*. Y en otro lugar añade: Todo comunista tiene que saber que, tomado en su conjunto, el movimiento revolucionario chino dirigido por el Partido Comunista de China abarca 2 etapas: la revolución democrática y la socialista. Se trata de 2 procesos revolucionarios cualitativamente distintos, y sólo después de consumado el primero se puede pasar al cumplimiento del segundo. La revolución democrática es la preparación necesaria para la revolución socialista, y la revolución socialista es la dirección inevitable para el desarrollo de la revolución democrática. El objetivo final por el cual luchan todos los comunistas es la instauración definitiva de la sociedad socialista y de la comunista. Sólo comprendiendo tanto las diferencias como las interconexiones entre la revolución democrática y la revolución socialista, podremos dirigir correctamente la Revolución China. Fuera del Partido Comunista de China, ningún otro partido, burgués o pequeñoburgués, está a la altura de la tarea de dirigir hasta su consumación las 2 grandes revoluciones de China, la democrática y la socialista. Desde el mismo día en que nació, el Partido Comunista de China ha tomado sobre sí esta doble tarea, y durante 18 años cabales ha venido luchando arduamente por su cumplimiento. Ésta es una tarea gloriosísima, pero al mismo tiempo muy dura. Será imposible cumplirla *sin un Partido Comunista de China bolchevizado que abarque todo el país, tenga un amplio carácter de masas y esté plenamente consolidado en los terrenos ideológico, político y organizativo*. Por lo tanto, es deber de cada comunista tomar parte activa en la construcción de un Partido así. Así, si prestamos atención a los detalles, podemos ver que, en resumidas cuentas, los clásicos del marxismo enseñan que el Partido no es un *partido de masas* sino que el Partido tiene *carácter de masas*; que el Partido es el sector consciente y avanzado de la clase, es su vanguardia; es una organización selecta, una selección de los mejores que, siendo numéricamente pocos en relación a la inmensa masa, asume y defiende los intereses de clase del proletariado para alcanzar su meta. Pero, como en la revolución participan otras clases, el Partido también defiende los intereses de las clases que conforman el pueblo, en consonancia

con la idea de que el proletariado sólo puede emanciparse emancipando a las masas populares, de lo contrario no podrá emanciparse. Ninguna revolución puede hacerse sin la participación de las amplias masas populares y un principio de dirección es *de las masas a las masas*. El *partido de masas*, sobre el cual en la actualidad mucho se perora, es la expresión de posiciones revisionistas.

—Lo que acabas de citar se complementa con lo que yo he dicho —dijo Sebastián levantando los hombros para después dejarlos caer.

—Claro, Sebastián, no he pretendido otra cosa que no sea apuntalar tu explicación con ese complemento que habrá de mejorar la exposición completando el asunto del Partido del proletariado y su proceso de desarrollo; aunque la cosa no queda ahí. Bien, así, llega el momento de establecer que el marxismo es el sistema de las concepciones y de la doctrina de Marx. El marxismo en su primera etapa va a establecer la filosofía marxista o materialismo dialéctico, la economía política marxista y el socialismo científico. Marx y Engels cogen lo mejor que había producido la humanidad: la filosofía clásica alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés para fundamentar la ideología del proletariado.

—Eso. El marxismo es materialismo, es materialismo filosófico —retomó Sebastián un poco más animado—. La filosofía del marxismo es el materialismo dialéctico. Así de fácil es la cosa. No hay ningún misterio sobre esta cuestión capital. Sólo hay que entender su proceso de desarrollo. Para Marx, la significación histórica universal de Feuerbach, que *hizo época*, residía precisamente en el hecho de haber roto en forma resuelta con el idealismo de Hegel y proclamado el materialismo, que ya en el Siglo XVIII, sobre todo en Francia, representaba la lucha, no sólo contra las instituciones políticas existentes y al mismo tiempo contra la religión y la teología, sino también contra la metafísica en general. Marx dice que para Hegel el proceso del pensamiento, al que él convierte incluso, bajo el nombre de idea, en sujeto con vida propia, es el demiurgo, el alma, de lo real. Para mí, dice Marx, lo ideal no es, por el contrario, más que lo material traducido y traspuesto a la cabeza del hombre. El desarrollo de este trascendental punto, la relación entre el ser y el pensar, entre la naturaleza y el espíritu, ya lo hemos visto en toda su extensión a lo largo de la pequeña historia de la filosofía; sólo lo menciono para tenerlo presente. Bueno, pero por otro lado, la dialéctica hegeliana, o sea, la doctrina más multilateral, más rica en contenido y más profunda del desarrollo, era para Marx y Engels la mayor conquista de la filosofía clásica alemana. Engels relata: Marx y yo probablemente fuimos los únicos que nos planteamos la tarea de salvar, del descalabro del idealismo, incluido el hegelianismo, la dialéctica consciente para traerla

a la concepción materialista de la naturaleza; y añade, la naturaleza es la confirmación de la dialéctica, y precisamente son las modernas ciencias naturales las que nos han brindado un extraordinario acervo de datos y enriquecido cada día que pasa, demostrando con ello que la naturaleza se mueve, en última instancia, dialéctica, y no metafísicamente. ¿Puede ser negada esta gran verdad hoy en día? ¡Naturalmente que no! Por el contrario, los nuevos datos que las ciencias naturales nos proporcionan gracias al gigantesco desarrollo de la tecnología verifican, una vez más, la validez y vigencia del marxismo y ponen al descubierto nuevos aspectos del desarrollo en espiral que opera en forma de saltos gracias a los impulsos internos originados por la contradicción. La conciencia de que el viejo materialismo era una teoría inconsecuente, incompleta y unilateral llevó a Marx a la convicción de que era indispensable poner en consonancia la ciencia de la sociedad con la base materialista y reconstruirla sobre esta base. Si el materialismo en general explica la conciencia por el ser, y no al contrario, aplicado a la vida social de la humanidad exige que la conciencia social se explique por el ser social...

—Sebastián, permíteme añadir algo.

—A ver —dijo Sebastián con una sonrisa y moviendo la cabeza con resignación; como si ya hubiera intuido que venía algo inevitable.

—En el prólogo a su *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx ofrece una formulación integral de las tesis fundamentales del materialismo aplicadas a la sociedad humana y a su historia; donde concluye que el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, su ser social es el que determina su conciencia. Dice: El primer trabajo que emprendí para resolver las dudas que me asaltaron fue una revisión crítica de la filosofía hegeliana del derecho. Este trabajo me llevó a la conclusión de que tanto las relaciones jurídicas como las formas políticas no pueden ser deducidas de razones jurídicas y políticas ni explicadas exclusivamente por ellas; aún menos posible es explicarlas e inferirlas de la llamada evolución general del espíritu humano. Tienen sus raíces exclusivamente en las relaciones materiales de vida, cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de los escritores ingleses y franceses del Siglo XVIII, en la denominación de *sociedad civil*. Pero la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política. El resultado a que llegué por el estudio de esta última puede concretarse así: en la producción material, los hombres deben establecer determinadas relaciones mutuas, relaciones de producción. Éstas corresponden siempre al grado de desarrollo de la productividad que han alcanzado en determinado

momento sus fuerzas económicas. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se erige la superestructura jurídica y política, y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. De tal modo, el régimen de producción condiciona los procesos de la vida social, política o puramente espiritual. La existencia de dichos procesos, no sólo no depende de la conciencia del hombre, sino, por el contrario, esta última depende de ellos. *Pero* en determinada fase del desarrollo de su productividad, las fuerzas chocan con las relaciones de producción establecidas entre los hombres. Como consecuencia, los hombres entran en contradicción con lo que constituye una expresión jurídica de las relaciones de producción, es decir, el régimen de propiedad. Entonces, las relaciones de producción dejan de corresponder a la productividad y comienzan a trabarla. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se modifica más o menos rápidamente toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian estas revoluciones hay que distinguir siempre rigurosamente el cambio material ocurrido en las condiciones de producción, que debe ser verificado con la exactitud propia de las ciencias naturales y el cambio en las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas y filosóficas; en una palabra, las formas ideológicas que *introducen en la conciencia de los hombres la idea del conflicto* e implican una lucha latente por resolverlo. Como no podemos juzgar a un individuo por lo que piensa de sí, tampoco podemos juzgar estas épocas de revolución por la conciencia que tienen de sí mismas. Por el contrario, hay que explicar esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las condiciones de producción y las condiciones de productividad...

—Todo ello, de una u otra manera ya lo hemos visto —dijo Sebastián levantando las manos hacia el cielo despejado.

—Ya lo sé —replicó Leoncio—, yo mismo lo he mencionado un par de veces; pero lo que estoy tratando de hacer en este momento es explicar de dónde provienen las ideas que había mencionado y cómo fue su desarrollo dentro del contexto general de todo lo que hasta ahora estamos conversando.

—Eso ya lo sé.

—Y yo sé que tú lo sabes; pero no se trata de lo que tú o yo sabemos o ignoramos, se trata de tu exposición que es para otros; es tu exposición y te cabe, en parte, la responsabilidad, sí; pero en ella no sólo no expondrás *tu* opinión ni *tu* sentimiento particular, tampoco el mío; será la expresión condensada de una necesidad, de una opinión y un sentir colectivo al cual estamos unidos tú, yo, nuestros compañeros y toda una clase vinculada por la lucha común contra el

adversario común.

—Si no serás jodido, compadre. Bueno, sigue.

—Gracias. Así, el descubrimiento de la concepción materialista de la historia, o mejor dicho, la consecuente aplicación y extensión del materialismo al dominio de los fenómenos sociales, superó los 2 defectos fundamentales de las viejas teorías de la historia. En primer lugar, estas teorías solamente examinaban, en el mejor de los casos, los móviles ideológicos de la actividad histórica de los hombres, sin investigar el origen de esos móviles, sin captar las leyes objetivas que rigen el desarrollo del sistema de las relaciones sociales, ni ver las raíces de éstas en el grado de desarrollo de la producción material; en segundo lugar, las viejas teorías no abarcaban precisamente las acciones de las masas de la población, mientras que el materialismo histórico permitió estudiar, por vez primera y con la exactitud de las ciencias naturales, las condiciones sociales de la vida de las masas y los cambios operados en estas condiciones. Hay que recalcar lo siguiente: a diferencia de la historia, el materialismo histórico centra su estudio en la vida de los pueblos; en lo que les es común, no en lo que diferencia la vida de un pueblo de la de otro. Se *centra* en la historia y el desarrollo de todos los pueblos, lo que hay de común y general entre la historia y el desarrollo de un pueblo y el de los demás; evidentemente, ese proceso, contempla, también, lo diferente y específico de cada uno de ellos en su permanente desarrollo. El objetivo del materialismo histórico es la sociedad en general, la vida social en su conjunto, las leyes más generales que gobiernan el desarrollo social. Así, el marxismo señaló el camino para un estudio global y multilateral del proceso de aparición, desarrollo y decadencia de las formaciones económico-sociales, examinando el conjunto de todas las tendencias contradictorias y reduciéndolas a las condiciones, perfectamente determinables, de vida y de producción de las distintas clases de la sociedad, eliminando el subjetivismo y la arbitrariedad en la elección de las diversas ideas *dominantes* o en la interpretación de ellas, y poniendo al descubierto las raíces de todas las ideas sin excepción y de las diversas tendencias que se manifiestan en el estado de las fuerzas productivas materiales. Los hombres hacen su propia historia, sí, así es; y Marx trazó el camino para estudiar científicamente la historia como un proceso único, regido por leyes, en toda su inmensa diversidad y con su carácter contradictorio. Y, salvo los mediocres que plantean que una auténtica nación sería sólo aquella que estuviera realmente *integrada y unificada* y que por lo tanto no hay ningún país en el mundo que haya llegado a ser nación, se sabe que en cualquier sociedad las aspiraciones de una parte de sus miembros chocan abiertamente con las aspiraciones de otros,

que la vida social está llena de contradicciones, que la historia nos muestra una lucha entre pueblos y sociedades, así como en su propio seno y por lo tanto no es posible que esté *integrada ni unificada*; todo el mundo sabe, también, que se suceden los períodos de revolución y reacción, de paz y de guerra, de estancamiento y de rápido progreso o decadencia; y esto precisamente porque, desde el punto de vista económico, la lucha de clases tiene su origen en la posición antagónica de las distintas clases lo mismo que la contradicción entre sus intereses. Así, si se contraponen los intereses de las clases entre sí, todos los intentos de unirlos, recurriendo a las prédicas de una moral universal, están condenadas al fracaso. Muy elemental, para nosotros, pero la vaina es que una gran cantidad de intelectuales ni cuenta se da de la importancia del manejo de la contradicción; y precisamente el marxismo proporciona el hilo conductor que permite descubrir una sujeción a leyes en este aparente laberinto y caos, a saber: la teoría de la lucha de clases. Sólo el estudio del conjunto de las aspiraciones de todos los miembros de una sociedad dada o de un grupo de sociedades, puede conducirnos a una determinación científica del resultado de esas aspiraciones. Actualmente, filósofos y sociólogos pequeñoburgueses y burgueses, incluyendo a los que se autodenominan *marxistas*, pretenden anular y reemplazar la división de clases en la sociedad por la división de ella en una amorfa *multitud*, o en *capas sociales*, en *estratos* donde las fronteras que separan a las clases son movedizas, difusas, inciertas, indeterminables y otras sandeces que apuntan a negar la validez del marxismo. Cierto es que existen numerosas capas sociales; más aún, es resabido que el capitalismo monopolista no destruye por completo las bases del viejo capitalismo y que incluso está vinculado, por miles de invisibles lazos, con formas económicas precapitalistas dentro de un desarrollo económico que sigue una vía contradictoria. Así, el capitalismo crea de nuevo, infaliblemente, toda una serie de *capas medias* tales como los aprendices de las fábricas; los que efectúan un trabajo a domicilio; los que trabajan en los pequeños talleres que están diseminados en todos los países de acuerdo a las exigencias de la gran industria, de la mediana y, en algunos casos, hasta de la pequeña; los vendedores ambulantes, etcétera, etcétera. La inevitable tendencia es que, tarde o temprano, estos nuevos pequeños productores volverán a ser arrojados a las filas del proletariado; y no hay que olvidar a los miembros de las llamadas profesiones liberales, a los intelectuales, a los burócratas, administradores, productores, investigadores, especialistas, técnicos, etcétera, etcétera, cuyos miembros *proceden de todas* las clases de la sociedad y que, salvo los ligados al imperialismo, la gran burguesía y los terratenientes, en su mayor parte pueden ser catalo-

gados dentro de la pequeña burguesía. Además, hay que ser claros y tajantes en señalar que la intelectualidad, en cualquiera de sus variantes, no constituye una clase ni una capa social *independiente*; todos están dentro de las clases sociales, subordinados a ellas y no al margen ni por encima de ellas. La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días, dice Marx en el *Manifiesto Comunista*, exceptuando la historia del régimen de la comunidad primitiva, añade más tarde Engels, es la historia de la lucha de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales; en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces, y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases beligerantes. La moderna sociedad burguesa, que ha salido de entre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido las contradicciones de clase. Únicamente ha sustituido las viejas clases, las viejas condiciones de opresión, las viejas formas de lucha, por otras nuevas. Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue, sin embargo, por haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad va dividiéndose cada vez más en 2 grandes campos enemigos, en 2 grandes clases que se enfrentan directamente: la gran burguesía y el proletariado y en torno a estas clases se agrupan otras. Sólo el proletariado es capaz de ir seguro hasta el fin, pues va mucho más allá de la revolución democrática. Por eso, el proletariado lucha en vanguardia por la república, rechazando con desprecio los consejos necios e indignos de él de quienes le dicen que tenga cuidado de no asustar a la burguesía. Entre los campesinos hay, al lado de los elementos pequeñoburgueses, una masa de elementos semiproletarios. Esto los hace ser también inestables, obligando al proletariado a fundirse en un partido rigurosamente de clase. Pero la inestabilidad de los campesinos es radicalmente distinta de la inestabilidad de la burguesía; pues los campesinos se hallan menos interesados en que se mantenga indemne la propiedad privada que en arrebatarse a los terratenientes sus tierras, que son una de las principales formas de aquella propiedad. Sin convertirse por ello en socialistas ni dejar de ser pequeñoburgueses, los campesinos son susceptibles de actuar como los más perfectos y radicales partidarios de la revolución democrática. Los campesinos procederán invariablemente así, siempre y cuando la marcha de los acontecimientos revolucionarios que los alecciona no se interrumpa demasiado pronto por la traición de la burguesía y la derrota del proletariado. Los campesinos se convertirán invariablemente, bajo dichas condiciones, en un baluarte de la revolución y de la república, ya que sólo una revolución plenamente

victoriosa puede darle al campesino, en materia de reforma agraria, todo cuanto el campesino quiere, con lo que sueña y lo que necesita realmente; no para destruir el capitalismo sino para salir de la abyección de la servidumbre, de las tinieblas del embrutecimiento y del servilismo, para mejorar sus condiciones de existencia, en la medida en que esto es posible en el marco de la economía mercantil. Hay más aún. Los campesinos se hallan vinculados a la revolución no solamente por la transformación agraria radical, sino, además, por todos sus intereses generales y permanentes. Incluso en la lucha contra el proletariado, el campesino tiene necesidad de la democracia, pues sólo el régimen democrático es capaz de expresar exactamente sus intereses y de darle la preponderancia como masa, como mayoría. Cuanto más instruido sea el campesino de un modo tanto más consecuente y decidido estará a favor de la revolución democrática completa, porque no tiene miedo, como la burguesía, a la *soberanía* del pueblo; por el contrario, ve en ella una ventaja. La república democrática se convertirá en su ideal en cuanto comience a librarse de su monaquismo ingenuo, pues el monaquismo consciente de la burguesía traficante promete al campesino la misma ausencia de derechos, el mismo embrutecimiento, la misma ignorancia, ligeramente teñidos de un barniz constitucional a la europea. Salvo un pequeño agregado de mi cosecha, esto ya fue analizado por Lenin en *Dos tácticas de la socialdemocracia*. Así, se colige con mucha facilidad que la lucha de clases es la fuerza motriz de los acontecimientos y toda lucha de clases es una lucha política.

Delante de ellos el desfiladero se había abierto mostrando un apacible remanso invitándolos al descanso. Dejaron la carga de sus espaldas al pie de un grupo de matorrales de retama en flor. Buscaron un lugar adecuado, removieron con el pie algunas ramas caídas y se tumbaron bajo un sol mañanero y acogedor. Dormitaron un poco.

—Sebastián, ¿estás despierto? —preguntó Leoncio mientras observaba los pocos copos de nubes blancas que bailoteaban en lo alto de las serranías.

—Ahora sí, ¿qué pasa?

—Nada, ¿seguimos?

—¿Echados o hablando?

—Las 2 cosas.

—De acuerdo. Y aunque tenga los ojos cerrados, te escucho con atención.

—Bien. En relación a la *sociedad civil*, Marx plantea que su anatomía hay que buscarla en la economía política. Y aquí vale la pena recordar lo dicho por Engels. Él escribe: Viviendo en Manchester, me

había dado yo de narices con el hecho de que los fenómenos económicos, a los que hasta allí los historiadores no habían dado ninguna importancia, o sólo una importancia muy secundaria, son, por lo menos en el mundo moderno, una fuerza histórica decisiva; vi que esos fenómenos son la base sobre la que nacen los antagonismos de clase actuales y que estos antagonismos de clase, en los países en que se hallan plenamente desarrollados gracias a la gran industria, y por tanto, principalmente, en Inglaterra, constituyen a su vez la base para la formación de los partidos políticos, para las luchas de los partidos y, por consiguiente, para toda la historia política. Marx no sólo había llegado al mismo punto de vista, sino que lo había expuesto ya en los Anales franco-alemanes en 1844, generalizándolo en el sentido de que no es el Estado el que condiciona y regula la sociedad civil, sino ésta la que condiciona y regula el Estado, y de que, por tanto, la política y su historia hay que explicarlas por las relaciones económicas y su desarrollo, y no a la inversa. Cuando visité a Marx en París, en el verano de 1844, se puso de manifiesto nuestro completo acuerdo en todos los terrenos teóricos, y de allí data nuestra colaboración. Cuando volvimos a reunirnos en Bruselas, en la primavera de 1845, Marx, partiendo de los principios básicos arriba señalados, había desarrollado ya, en líneas generales, su teoría materialista de la historia, y nos pusimos a elaborar en detalle y en las más diversas direcciones la nueva concepción descubierta. —Leoncio guardó breves segundos de silencio mientras sobre la marcha pasaba algunas hojas de su libreta de notas en busca de otra cita relacionada con la que acababa de leer. Continuó—. La aplicación de todo esto queda materializada en la obra de Marx, *El Capital*. En el prólogo plantea: la finalidad última de ésta es descubrir la ley económica que preside el movimiento de la sociedad moderna. Es decir, de la sociedad capitalista, burguesa. El contenido de la doctrina económica de Marx es el estudio de las relaciones de producción de una sociedad dada, históricamente determinada, en su aparición, desarrollo y decadencia. En la sociedad capitalista impera la producción de *mercancías*; por eso, el análisis de Marx empieza con el *análisis de la mercancía*. Esto quiere decir que Marx sigue el desarrollo del capitalismo desde los primeros gérmenes de la economía mercantil, desde el simple trueque, hasta sus formas más elevadas, hasta la gran producción. La mercancía es, en primer lugar, una cosa que satisface una determinada necesidad humana y, en segundo lugar, una cosa que se cambia por otra. La utilidad de una cosa hace de ella un valor de uso. El valor de cambio, o, sencillamente el valor, es, ante todo, la relación o proporción en que se cambia cierto número de valores de uso de una clase por un determinado número de valores de uso de otra clase.

Lo que tienen de común esos diversos objetos es que todos ellos son productos del trabajo. Al cambiar sus productos, los hombres equiparan los más diversos tipos de trabajo. La producción de mercancías es un sistema de relaciones sociales en que los distintos productores crean diversos productos, se da una división social del trabajo, y todos estos productos se equiparan entre sí por medio del cambio. Por lo tanto, lo que todas las mercancías encierran de común no es el trabajo concreto de una determinada rama de producción, no es un trabajo de determinado tipo, sino el trabajo humano abstracto, el trabajo humano en general. Toda la fuerza de trabajo de una sociedad dada, representada por la suma de valores de todas las mercancías, es una y la misma fuerza humana de trabajo; así lo evidencian miles de millones de actos de cambio. Por consiguiente, cada mercancía en particular no representa más que una determinada parte del tiempo de trabajo *socialmente necesario*. La magnitud del valor se determina por la cantidad de trabajo socialmente necesario o por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir cierta mercancía o cierto valor de uso. Sólo partiendo del sistema de relaciones sociales de producción de una formación social históricamente determinada, relaciones que se manifiestan en el fenómeno masivo del cambio, repetido miles de millones de veces, podemos comprender lo que es el valor. Recapitulando lo que hemos visto en el desarrollo histórico de las sociedades, vemos que la producción de mercancías existe desde la antigüedad. La producción de mercancías no es un fenómeno aislado. Todo depende de a qué esté asociada.

—Indiscutible.

—Ni tanto —dijo Leoncio—, siempre hay gente que no entiende este simple y elemental proceso. Pero como fuere, sigo. El desarrollo del comercio, el desarrollo del intercambio de mercancías, condujeron a la formación de una nueva clase, la de los capitalistas. El capital se conformó como tal al final de la Edad Media, cuando, después del descubrimiento de América, el comercio mundial adquirió un desarrollo enorme, cuando aumentó la cantidad de metales preciosos, cuando la plata y el oro se convirtieron en medios de cambio, cuando la circulación monetaria permitió a ciertos individuos acumular enormes riquezas. La plata y el oro fueron reconocidos como riqueza en todo el mundo. Declinó el poder económico de la clase terrateniente y creció el poder de la nueva clase, los representantes del capital. La sociedad se reorganizó de tal modo que todos los ciudadanos parecían ser iguales, desapareció la vieja división en propietarios de esclavos y esclavos, y todos los individuos fueron considerados iguales ante la ley, independientemente del capital que poseyeran, propietarios de tierras u hombres pobres sin más propiedad que su fuerza de traba-

jo, todos eran iguales ante la ley. La ley protege a todos por igual; protege la propiedad de los que la tienen, contra los ataques de las masas que, al no poseer ninguna propiedad, al no poseer más que su fuerza de trabajo, se empobrecen y arruinan poco a poco y se convierten en proletarios. Tal es la sociedad capitalista. Después de analizar en detalle el doble carácter del trabajo materializado en las mercancías, Marx pasa al análisis de la *forma del valor* y del *dinero*. Con ello se propone, fundamentalmente, investigar el origen de la forma monetaria del valor, estudiar el *proceso histórico* de desenvolvimiento del cambio, comenzando por las operaciones sueltas y fortuitas de trueque hasta remontarse a la forma universal del valor, en que mercancías diferentes se cambian por una mercancía concreta, siempre la misma, y llegar a la forma monetaria del valor, en que la función de esta mercancía, o sea, la función de equivalente universal, la desempeña el oro. El dinero, producto supremo del desarrollo del cambio y de la producción de mercancías, disfraza y oculta el carácter social de los trabajos privados, la concatenación social existente entre los diversos productores unidos por el mercado. Marx somete a un análisis extraordinariamente minucioso las diversas funciones del dinero, debiendo advertirse, pues tiene gran importancia, que en este caso la forma abstracta de la exposición, que a veces parece puramente deductiva, recoge en realidad un gigantesco material basado en hechos sobre la historia del desarrollo del cambio y de la producción de mercancías.

—Y al alcanzar la producción de mercancías determinado grado de desarrollo, el dinero se convierte en capital —completó Sebastián.

—Así es. Bien, Marx llama plusvalía al incremento del valor primitivo del dinero que se lanza a la circulación. Que el dinero lanzado a la circulación capitalista *crece*, es un hecho conocido de todo el mundo. Y precisamente ese *crecimiento* es lo que convierte el dinero en *capital*, como relación social de producción particular, históricamente determinada. La plusvalía no puede brotar de la circulación de mercancías, pues ésta sólo conoce el intercambio de equivalentes; tampoco puede provenir de un alza de los precios, pues las pérdidas y las ganancias recíprocas de vendedores y compradores se equilibrarían; se trata de un fenómeno masivo, promedio, social, y no de un fenómeno individual. Para obtener plusvalía, el poseedor del dinero necesita encontrar en el mercado una mercancía cuyo valor de uso posea la cualidad peculiar de ser fuente de valor, una mercancía cuyo proceso de consumo sea, al mismo tiempo, proceso de creación de valor. Y esta mercancía existe: es la fuerza de trabajo del hombre. Su consumo es trabajo y el trabajo crea valor. El poseedor del dinero compra la fuerza de trabajo por su valor, valor que

es determinado, como el de cualquier otra mercancía, por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción, es decir, por el costo del mantenimiento del obrero y su familia. Una vez que ha comprado la fuerza de trabajo, el poseedor del dinero tiene derecho a consumirla, es decir, a obligarla a trabajar durante un día entero, por ejemplo, durante 12 horas. En realidad el obrero crea en 6 horas, tiempo de trabajo *necesario*, un producto con el que cubre los gastos de su mantenimiento; durante las 6 horas restantes, tiempo de trabajo *suplementario*, crea un *plusproducto* no retribuido por el capitalista, que es la plusvalía. Por consiguiente, desde el punto de vista del proceso de la producción, en el capital hay que distinguir 2 partes: *capital constante*, invertido en medios de producción, o sea en máquinas, instrumentos de trabajo, materia prima, etcétera, y cuyo valor se trasfiere sin cambio de magnitud, de una vez o en partes, a las mercancías producidas, y *capital variable*, invertido en fuerza de trabajo. El valor de este capital no permanece invariable, sino que se acrecienta en el proceso del trabajo, al crear la plusvalía. Por lo tanto, para expresar el grado de explotación de la fuerza de trabajo por el capital, tenemos que comparar la plusvalía obtenida, no con el capital global, sino exclusivamente con el capital variable. Marx llama a esta relación: cuota de plusvalía.

—Pero no olvides señalar que las premisas históricas para la aparición del capital son: primera, la acumulación de determinada suma de dinero en manos de ciertas personas, con un nivel de desarrollo relativamente alto de la producción de mercancías en general y segunda, la existencia de obreros *libres* en un doble sentido, libres de todas las trabas o restricciones impuestas a la venta de la fuerza de trabajo, y libres por carecer de tierra y, en general, de medios de producción, de obreros desposeídos, de obreros *proletarios* que, para subsistir, no tienen más recursos que la venta de su fuerza de trabajo.

—Tienes razón, gracias —dijo Leoncio y siguió leyendo—. 2 son los modos principales para poder incrementar la plusvalía: mediante la prolongación de la jornada de trabajo, *plusvalía absoluta*, y mediante la reducción del tiempo de trabajo necesario, *plusvalía relativa*. Importantísimo y nuevo es el análisis de Marx de la *acumulación del capital*, es decir, de la transformación de una parte de la plusvalía en capital, y de su empleo, no para satisfacer las necesidades personales o los caprichos del capitalista, sino para renovar la producción. Marx hace ver el error de toda la economía política clásica anterior, desde Adam Smith, al suponer que toda la plusvalía que se convertía en capital pasaba a formar parte del capital variable, cuando en realidad se descompone en *medios de producción* más capital variable.

En el proceso de desarrollo del capitalismo y de su transformación en socialismo tiene una inmensa importancia el que la parte del *capital constante*, en la suma total del capital, se incremente con mayor rapidez que la parte del capital variable. Así, la teoría de la plusvalía es la piedra angular de la teoría económica de Marx.

—Eso. Tampoco olvides señalar que al acelerar el desplazamiento de los obreros por la máquina, produciendo riqueza en un polo y miseria en el polo opuesto, la acumulación del capital crea también el llamado ejército industrial de reserva, el sobrante relativo de obreros o superpoblación capitalista, que reviste formas extraordinariamente diversas y permite al capital ampliar la producción con singular rapidez. Esta posibilidad, relacionada con el *crédito* y la *acumulación de capital en medios de producción*, nos proporciona, entre otras cosas, la clave para comprender las *crisis* de superproducción, que estallan periódicamente en los países capitalistas.

—Así es. De la acumulación del capital sobre la base del capitalismo hay que distinguir la llamada *acumulación primitiva*, que se lleva a cabo mediante la separación violenta del trabajador de los medios de producción, expulsión del campesino de su tierra, robo de los terrenos comunales, sistema colonial, sistema de la deuda pública, tarifas aduaneras proteccionistas, etcétera. La acumulación originaria crea en un polo al proletario *libre* y en el otro al poseedor del dinero, el capitalista.

—Lo acabo de decir.

—Lo que acabas de decir es que no olvide mencionarlo, y lo estoy especificando.

—Ya está, no te arañes. Sigue.

—Gracias. Marx escribe: La expropiación del productor directo se lleva a cabo con el más despiadado vandalismo y bajo el acicate de las pasiones más infames, más sucias, más mezquinas y más desenfrenadas. La propiedad privada, fruto del propio trabajo, del campesino y del artesano, y basada, por decirlo así, en la compenetración del obrero individual e independiente con sus instrumentos y medios de trabajo, es desplazada por la propiedad privada capitalista, basada en la explotación de la fuerza de trabajo ajena, aunque formalmente libre. Hoy ya no se trata de expropiar al trabajador dueño de una economía independiente, sino de expropiar al capitalista explotador de numerosos obreros. Esta expropiación la lleva a cabo el juego de las leyes inmanentes de la propia producción capitalista, la centralización de los capitales. Un capitalista derrota a otros muchos. Paralelamente con esta centralización del capital o expropiación de muchos capitalistas por unos pocos, se desarrolla en una escala cada vez mayor la forma cooperativa del proceso de trabajo, la aplicación técnica cons-

ciente de la ciencia, la explotación planificada de la tierra, la transformación de los medios de trabajo en medios de trabajo utilizables sólo colectivamente, la economía de todos los medios de producción al ser empleados como medios de producción de un trabajo combinado, social, la absorción de todos los países por la red del mercado mundial y, como consecuencia de esto, el carácter internacional del régimen capitalista. Conforme disminuye progresivamente el número de magnates capitalistas que usurpan y monopolizan todos los beneficios de este proceso de transformación, crece la masa de la miseria, la opresión, el esclavizamiento, la degeneración, la explotación; pero crece también la rebeldía de la clase obrera, que es aleccionada, unificada y organizada por el mecanismo del propio proceso capitalista de producción. El monopolio del capital se convierte en grillete del modo de producción que ha crecido con él y bajo él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que son ya incompatibles con su envoltura capitalista. Esta envoltura estalla. Suena la hora de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados.

—Y suena la hora de que los echados se levanten —dijo Sebastián soltando una carcajada celebrando su propia hilaridad.

—Si no serás jodido, carajo —dijo Leoncio tomando la mano tendida de Sebastián.

Continuaron la marcha con buen humor, de bajada casi todo el tiempo aunque de cuando en cuando tenían que abandonar el cauce seco y trepar por una de las faldas del macizo esquivando los accidentes naturales que impedían el libre discurrir. Leoncio, con su libreta de notas aún en la mano, reinició el diálogo.

—Así, Marx llega a la conclusión de que es inevitable la transformación de la sociedad capitalista en socialista, basándose única y exclusivamente en la ley económica del movimiento de la sociedad moderna. Aquí sería bueno destacar que la *socialización del trabajo*, que avanza cada vez con mayor rapidez bajo miles de formas, y que durante los casi 130 años transcurridos desde la muerte de Marx se manifiesta en forma muy palpable en el incremento de la gran producción, de los cártels, los sindicatos y los trusts capitalistas, y en el gigantesco crecimiento del volumen y el poderío del *capital financiero*, es la base material más importante del advenimiento inevitable del socialismo. El motor intelectual y moral de esta transformación, su agente físico, es el proletariado, educado por el propio capitalismo. Su lucha contra la burguesía, que se manifiesta en las formas más diversas, y cada vez más ricas en contenido, se convierte inevitablemente en lucha política por la conquista de su propio poder político, la

dictadura del proletariado. *La socialización de la producción* no puede dejar de conducir a la *transformación de los medios de producción en propiedad social*, es decir, a la expropiación de los expropiadores. La enorme elevación de la productividad del trabajo, la reducción de la jornada de trabajo y la sustitución de los vestigios, de las ruinas de la pequeña producción, primitiva y desperdigada, por el trabajo colectivo perfeccionado; tales son las consecuencias directas de esa transformación. El capitalismo rompe de modo *definitivo* los vínculos de la agricultura con la industria pero a la vez, al llegar a la culminación de su desarrollo, prepara nuevos elementos para restablecer esos vínculos, la unión de la industria con la agricultura, sobre la base de la aplicación consciente de la ciencia, de la combinación del trabajo colectivo y de un nuevo reparto de la población, acabando con el abandono del campo, con su aislamiento del mundo y con el atraso de la población rural, como también con la aglomeración antinatural de gigantescas masas humanas en las grandes ciudades. Y algo que para algunos representa algo difícil entender es que, el socialismo de Marx, sobre esa misma base histórica, plantea los problemas de la *nacionalidad y del Estado*, no limitándose a una explicación del pasado, sino previendo audazmente el porvenir y en el sentido de una intrépida actuación práctica encaminada a su realización. Los Estados nacionales, ojo, estoy diciendo *Estados nacionales*, son el fruto inevitable y, además, una forma inevitable de la época burguesa de desarrollo de la sociedad. Y la clase obrera no podía fortalecerse, alcanzar su madurez y formarse, sin organizarse en el *marco de la nación*, sin ser nacional, aunque de ningún modo en el sentido burgués. Esto se entiende correctamente dentro del proceso de desarrollo del Estado moderno y en el proceso de desarrollo histórico en que las naciones forman o constituyen sus Estados. Bien, pero, por otra parte, el desarrollo del capitalismo va destruyendo cada vez más las barreras nacionales, pone fin al aislamiento nacional y sustituye los antagonismos nacionales por los antagonismos de clase. Por eso es una verdad innegable que *en los países capitalistas adelantados los obreros no tienen patria* y que la conjunción de los esfuerzos de los obreros, al menos de los países civilizados, es una de las primeras condiciones de la emancipación del proletariado; según queda escrito en el *Manifiesto Comunista*. El Estado, es decir, la violencia organizada, surgió inevitablemente en determinada fase del desarrollo social, cuando la sociedad se dividió en clases antagónicas y su existencia se hubiera hecho imposible sin un *Poder* situado, aparentemente, por encima de la sociedad y hasta cierto punto separado de ella. El Estado, fruto de los antagonismos de las clases, se convierte en el Estado de la clase más poderosa, de la clase económicamente dominante,

que, con ayuda de él, se convierte también en la clase políticamente dominante, adquiriendo con ello nuevos medios para la represión y la explotación de la clase oprimida. Así, el Estado de la antigüedad era, ante todo, el Estado de los esclavistas, para tener sometidos a los esclavos; el Estado feudal era el órgano de que se valía la nobleza para tener sujetos a los campesinos siervos, y el moderno Estado representativo es el instrumento del que se sirve el capital para explotar el trabajo asalariado. Incluso la forma más libre y progresista del Estado burgués, la república democrática, no suprime de ningún modo este hecho; lo único que hace es variar su forma. El socialismo, que conduce a la *abolición* de las clases, conduce con ello a la *supresión* del Estado. La sociedad, reorganizando de un modo nuevo la producción sobre la base de una asociación libre de productores iguales, enviará toda la máquina del Estado al lugar que entonces le ha de corresponder: al museo de antigüedades, junto a la rueda y al hacha de bronce. Y aquí entramos a un tema algo espinoso.

—Al asunto de que el Estado no será abolido sino que se *extinguirá*.

—Exactamente, Sebastián. A ese pequeño gran problema que tiene atormentada a la ralea de intelectuales, dizque marxistas, que se afanan en inventar palabras, términos, conceptos, que disimulen lo mejor posible su inclinación burguesa y metafísica. Veamos. Y si el señor aquí presente me disculpa, es tiempo de un nuevo paréntesis.

—Como si no lo supiera, permiso concedido —dijo Sebastián sonriendo al tiempo que le daba un pequeño empujón en el hombro a Leoncio.

—Es Engels quien utiliza la frase *extinción* del Estado y sería bueno analizar todo el párrafo para notar, como dice Lenin, el quid de la adulteración corriente del marxismo por la cual éste es adaptado al oportunismo —dijo Leoncio mientras hojeaba su libreta de notas—. Aquí está, escucha, Engels escribe lo siguiente: *El proletariado toma en sus manos el Poder del Estado y comienza por convertir los medios de producción en propiedad del Estado*. Pero con este mismo acto se *destruye* a sí mismo como proletariado y *destruye* toda diferencia y todo antagonismo de clases, y, con ello mismo, *el Estado como tal*. La sociedad hasta el presente, movida entre los antagonismos de clase, ha necesitado del Estado, esto es, de una organización de la correspondiente clase explotadora para mantener las condiciones exteriores de producción, y por tanto, particularmente para someter por la violencia a la clase explotada en las condiciones de opresión determinadas por el modo de producción existente, a saber, la esclavitud, la servidumbre o vasallaje y el trabajo asalariado. El Estado era el representante oficial de toda la sociedad, su síntesis en un

cuerpo social visible; pero lo era sólo como Estado de la clase que en su época representaba a toda la sociedad: en la Antigüedad era el Estado de los ciudadanos esclavistas; en la Edad Media, el de la nobleza feudal; en nuestros tiempos es el de la burguesía. Cuando el Estado se convierta finalmente en representante efectivo de toda la sociedad, será por sí mismo superfluo. Cuando ya no exista ninguna clase social a la que haya que mantener en la opresión; cuando desaparezcan, junto con la dominación de clase, junto con la lucha por la existencia individual, engendrada por la actual anarquía de la producción, los choques y los excesos resultantes de esta lucha, no habrá ya nada que reprimir ni hará falta, por tanto, esa *fuerza especial de opresión*, el Estado. El primer acto en que el Estado se manifiesta efectivamente como representante de toda la sociedad: *la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad*, es a la par su último acto independiente como Estado. La intervención de un Poder estatal en las relaciones sociales se hará superflua en un campo tras otro de la vida social y se *adormecerá* por sí misma. El gobierno sobre las personas es sustituido por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción. El Estado no será abolido; se extinguirá. Partiendo de esto es como hay que juzgar el valor de esa frase sobre el *Estado popular libre* en lo que toca a su justificación provisional como consigna de agitación y en lo que se refiere a su falta absoluta de fundamento científico. Partiendo de esto es también como debe ser considerada la exigencia de los llamados anarquistas de que el Estado sea abolido de la noche a la mañana. Punto. Esto está en el Anti-Dühring. Bien. Y he aquí la explicación de Lenin al respecto. Dice: sin temor a equivocarnos, podemos decir que de estos pensamientos sobremanera ricos, expuestos aquí por Engels, lo único que ha pasado a ser verdadero patrimonio del pensamiento socialista, en los partidos socialistas actuales, es la tesis de que el Estado, según Marx, *se extingue*, a diferencia de la doctrina anarquista de la *abolición* del Estado. Truncar así el marxismo equivale a reducirlo al oportunismo, pues con esta *interpretación* no queda en pie más que una noción confusa de un cambio lento, paulatino, gradual, sin saltos ni tormentas, sin revoluciones. Hablar de *extinción* del Estado, en un sentido corriente, generalizado, de masas, si cabe decirlo así, equivale indudablemente a esfumar, si no a negar, la revolución. Además, semejante *interpretación* es la más tosca tergiversación del marxismo, tergiversación que sólo favorece a la burguesía y que descansa teóricamente en la omisión de circunstancias y consideraciones importantísimas que se indican, por ejemplo, en el *resumen* contenido en el pasaje de Engels. Y luego pasa a enumerar la argumentación, cosa que habría que mantener por razones didácticas para una

buena explicación y mejor entendimiento. Continúa. En primer lugar, Engels dice en el comienzo mismo de este pasaje que, al tomar el Poder del Estado, el proletariado *destruye, con ello mismo, el Estado como tal*. No es uso pararse a pensar qué significa esto. Lo corriente es ignorarlo en absoluto o considerarlo algo así como una *debilidad hegeliana* de Engels. En realidad, en estas palabras se expresa concisamente la experiencia de una de las más grandes revoluciones proletarias, la experiencia de la Comuna de París de 1871. En realidad, Engels habla aquí de la *destrucción* del Estado de la *burguesía* por la revolución proletaria, mientras que las palabras relativas a la *extinción* del Estado se refieren a los restos del Estado proletario después de la revolución socialista. El Estado burgués no se *extingue*, según Engels, sino que es *destruido* por el proletariado en la revolución. El que se *extingue*, después de esta revolución, es el Estado o semi-Estado proletario. En segundo lugar, el Estado es una *fuerza especial de represión*. Esta magnífica y profundísima definición de Engels es dada aquí por éste con la más completa claridad. Y de ella se deduce que la *fuerza especial de represión* del proletariado por la burguesía, de millones de trabajadores por un puñado de ricachos, debe sustituirse por una *fuerza especial de represión* de la burguesía por el proletariado; es decir, dictadura del proletariado. En esto consiste precisamente la *destrucción del Estado como tal*. En esto consiste precisamente el *acto* de la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad. Y es de suyo evidente que semejante sustitución de una *fuerza especial*, la burguesa, por otra, la proletaria, ya no puede operarse, en modo alguno, bajo la forma de *extinción*. En tercer lugar, Engels, al hablar de la *extinción* y, con frase todavía más plástica y colorida, del *adormecimiento* del Estado, se refiere con absoluta claridad y precisión a la época *posterior* a la *toma de posesión de los medios de producción por el Estado en nombre de toda la sociedad*, es decir, *posterior* a la revolución socialista. Todos nosotros sabemos, dice Lenin, que la forma política del *Estado*, en esta época, es la democracia más completa. Pero a ninguno de los oportunistas que tergiversan desvergonzadamente el marxismo se le viene a las mientes la idea de que, por consiguiente, Engels hable aquí del *adormecimiento* y de la *extinción* de la *democracia*. Esto parece, a primera vista, muy extraño. Pero esto sólo es *incomprensible* para quien no haya comprendido que la *democracia también* es un Estado y que, consiguientemente, la *democracia también* desaparecerá cuando desaparezca el Estado. El Estado burgués sólo puede ser *destruido* por la revolución. El Estado en general, es decir, la más completa democracia, sólo puede *extinguirse*. En cuarto lugar, al establecer su notable tesis de la *extinción del Estado*, Engels declara a

renglón seguido, de un modo concreto, que esta tesis se dirige tanto contra los oportunistas, como contra los anarquistas. Además, Engels coloca en primer plano la conclusión que, derivada de su tesis sobre la *extinción del Estado*, se dirige contra los oportunistas. Podría apostarse que de 10,000 hombres que hayan leído u oído hablar acerca de la *extinción* del Estado, 9,990 no saben u olvidan en absoluto que Engels no dirigió solamente contra los anarquistas sus conclusiones derivadas de esta tesis. Y de las 10 personas restantes, lo más probable es que 9 no sepan qué es el *Estado popular libre* y por qué el atacar esta consigna significa atacar a los oportunistas. ¡Así se escribe la Historia! Así es adaptada de un modo imperceptible la gran doctrina revolucionaria al filisteísmo dominante. La conclusión contra los anarquistas se ha repetido miles de veces, se ha vulgarizado, se ha inculcado en las cabezas del modo más simplificado, ha adquirido la solidez de un prejuicio. Pero la conclusión contra los oportunistas la han esfumado y *olvidado*.

—Entonces —añadió Sebastián—, es necesario explicar aquello de Estado popular libre.

—Sí. Y eso es precisamente lo que Lenin hace. Dice. El *Estado popular libre* era una reivindicación programática y una consigna corriente de los socialdemócratas alemanes en la década del 70; para que se comprenda hay que añadir que se refiere a la década del 70 del Siglo XIX —especificó Leoncio y continuó con la lectura—. En esta consigna no hay el menor contenido político, fuera de una filistea y enfática descripción de la noción de democracia. Engels estaba dispuesto a *justificar, por el momento*, esta consigna desde el punto de vista de la agitación, por cuanto con ella se insinuaba legalmente la república democrática. Pero esta consigna era oportunista, porque expresaba no sólo el embellecimiento de la democracia burguesa, sino también la incomprensión de la crítica socialista a todo Estado en general. Nosotros somos partidarios de la república democrática, como la mejor forma de Estado para el proletariado bajo el capitalismo, pero no tenemos ningún derecho a olvidar que la esclavitud asalariada es el destino reservado al pueblo, incluso bajo la república burguesa más democrática. Más aún. Todo Estado es una *fuerza especial para la represión* de la clase oprimida. Por eso, todo Estado ni es libre ni es popular. Marx y Engels explicaron esto reiteradamente a sus camaradas del Partido en la década del 70. Explicado esto, Lenin pasa al siguiente punto afirmando, en quinto lugar, en esta misma obra de Engels, de la que todos citan el pasaje sobre la extinción del Estado, se contiene un pasaje sobre la importancia de la revolución violenta. El análisis histórico de su papel lo convierte Engels en un verdadero panegírico de la revolución violenta. Esto *nadie lo recuer-*

da. Sobre la importancia de este pensamiento, no es uso hablar ni siquiera pensar; en los partidos socialistas contemporáneos, estos pensamientos no desempeñan ningún papel en la propaganda ni en la agitación cotidiana entre las masas. Y, sin embargo, se hallan indisolublemente unidos a la *extinción* del Estado y forman con ella un todo armónico. He aquí el pasaje de Engels, dice: Para el señor Dühring, la violencia es el mal absoluto; para él el primer acto de violencia es el pecado original, y toda su exposición es una jeremiada acerca del pecado original, que ha contaminado toda la historia hasta el presente, y acerca de la perversión ignominiosa de todas las leyes naturales y sociales, por ese poder diabólico: la violencia. Mas la violencia juega también otro papel en la historia, tiene un papel revolucionario; es, según la frase de Marx, la partera de toda vieja sociedad preñada de otra nueva sociedad, es el instrumento con ayuda del cual el movimiento social se abre paso y rompe formas políticas muertas y fosilizadas; de todo esto el señor Dühring no dice una palabra. Sólo con suspiros y gemidos admite como posible que la violencia sea quizás necesaria para destruir la explotación económica, *desgraciadamente*, dice, *porque la violencia desmoraliza siempre a quien usa de ella*. ¡Y esto se dice a pesar del gran avance moral e intelectual resultante de toda revolución victoriosa! ¡Y esto se dice en Alemania, donde el choque violento que puede ser impuesto al pueblo tendría, después de todo, la ventaja de destruir el espíritu de servilismo que ha penetrado en la *conciencia nacional* como consecuencia de la humillación de la Guerra de los 30 Años! ¿Y este razonamiento confuso, insípido e infecundo, propio de un párroco rural, se pretende imponer al partido más revolucionario de la historia? Hasta aquí lo dicho por Engels. Luego, Lenin se pregunta: ¿Cómo es posible conciliar en una sola doctrina este panegírico de la revolución violenta, presentado con insistencia por Engels a los socialdemócratas alemanes desde 1878 hasta 1894, es decir, hasta los últimos días de su vida, con la teoría de la *extinción* del Estado? Y se responde: Generalmente se concilian ambos pasajes con ayuda del eclecticismo, desgajando a capricho o para complacer a los detentadores del Poder, sin atenerse a los principios o de un modo sofisticado, ora uno ora otro argumento y haciendo pasar a primer plano, en el 99% de los casos, si no en más, precisamente la tesis de la *extinción*. Se suplanta la dialéctica por el eclecticismo; es la actitud más usual y más generalizada ante el marxismo en la literatura socialdemócrata oficial de nuestros días. Estas suplantaciones no tienen, ciertamente, nada de nuevo; pueden observarse incluso en la historia de la filosofía clásica griega. Entonces, resumiendo, la doctrina de Marx y Engels sobre el carácter inevitable de la revolución violenta se refiere al Estado burgués. Éste no puede

sustituirse por el Estado proletario, por la dictadura del proletariado, mediante la *extinción*, sino sólo, por regla general, mediante la revolución violenta. El panegírico que dedica Engels a ésta, y que coincide plenamente con reiteradas manifestaciones de Marx, y, si no, recordemos el final de *Miseria de la Filosofía* y del *Manifiesto Comunista* con la declaración orgullosa y franca sobre el carácter inevitable de la revolución violenta; recordemos la *Crítica del Programa de Gotha*, en 1875, cuando ya habían pasado casi 30 años, y en la que Marx fustiga implacablemente al oportunismo de este programa, este panegírico no tiene nada de *apasionamiento*, nada de declamatorio, nada de arranque polémico. La necesidad de educar *sistemáticamente* a las masas en esta, precisamente en esta idea sobre la revolución violenta, es algo básico en toda la doctrina de Marx y Engels. La traición cometida contra su doctrina por las corrientes socialchovinista y kautskiana hoy imperantes, dice Lenin, se manifiesta con singular relieve en el *olvido* por unos y otros de esta propaganda, de esta agitación. La sustitución del Estado burgués por el Estado proletario es imposible sin una revolución violenta. La supresión del Estado proletario, es decir, la supresión de *todo Estado*, sólo es posible por medio de un proceso de *extinción*. Marx y Engels desarrollaron estas ideas de un modo minucioso y concreto, estudiando cada situación revolucionaria por separado, analizando las enseñanzas sacadas de la experiencia de cada revolución. Y esta parte de su doctrina es, incuestionablemente, la más importante. Punto.

—Queda claro —añadió Sebastián—, no sólo el problema que acabas de explicar sino el hecho de que no se puede ser marxista sin ser leninista.

—Evidentemente, mi querido Sebastián, así es. Bien. Cerrado el paréntesis, regreso al punto. Después de esclarecer, ya en los años 1844-1845, uno de los defectos fundamentales del antiguo materialismo, que consiste en no comprender las condiciones de la actividad revolucionaria práctica, ni apreciar su importancia, Marx consagra, a lo largo de su vida, una intensa atención, a la vez que a los trabajos teóricos, a los problemas tácticos de la lucha de clase del proletariado. Todas las obras de Marx, y en particular los 4 volúmenes de su correspondencia con Engels, publicados en 1913, ofrecen a este respecto una abundante documentación. Marx trazó el objetivo fundamental de la táctica del proletariado en rigurosa consonancia con todas las premisas de su concepción materialista dialéctica del mundo. Sólo considerando en forma objetiva el conjunto de las relaciones mutuas de todas las clases, sin excepción, de una sociedad dada, y teniendo en cuenta, por lo tanto, el grado objetivo de desarrollo de esta sociedad y sus relaciones mutuas y con otras sociedades, pode-

mos disponer de una base que nos permita trazar certeramente la táctica de la clase de vanguardia. A este respecto, todas las clases y todos los países se examinan de un modo dinámico, no estático; es decir, no como algo inmóvil, sino en movimiento, movimiento cuyas leyes emanan de las condiciones económicas de vida de cada clase.

—A su vez —añadió Sebastián—, el movimiento se estudia, no sólo desde el punto de vista del pasado, sino también del porvenir, y, además, no con el criterio vulgar de los *evolucionistas*, que sólo ven los cambios lentos, sino dialécticamente.

—En lo cual nosotros también debemos esforzarnos.

—Eso.

—Bien. Esto es importante pues la táctica del proletariado debe tener presente, en cada grado de desarrollo, en cada momento, esta dialéctica objetivamente inevitable de la historia humana; por una parte, aprovechando las épocas de estancamiento político o de desarrollo a paso de tortuga para elevar la conciencia, la fuerza y la capacidad combativa de la clase avanzada, y por otra parte, encauzando toda esta labor de aprovechamiento hacia el *objetivo final* del movimiento de dicha clase capacitándola para resolver en la práctica las grandes tareas de los grandes días en los que, en medio de conmociones violentas, la nación recorre más camino del que, en circunstancias ordinarias, recorrería en muchas décadas. Sobre esta cuestión hay 2 apreciaciones de Marx que tienen gran importancia. La primera, establecida en *Miseria de la filosofía*, que se refiere a la *lucha económica y a las organizaciones económicas* del proletariado; y la segunda, establecida en el *Manifiesto Comunista*, que se refiere a sus *tareas políticas*. La primera apreciación dice así: La gran industria concentra en un solo lugar una multitud de personas que se desconocen entre sí. La competencia divide sus intereses. Pero la defensa de su salario, es decir, este interés común frente a su patrono, los une en una idea común de resistencia, de coalición. Las coaliciones, al principio aisladas, forman grupos y *la defensa de sus asociaciones frente al capital*, siempre unido, acaba siendo para los obreros más necesaria que la defensa de sus salarios. En esta lucha, que es una verdadera guerra civil, se van aglutinando y desarrollando todos los elementos para la batalla futura. Al llegar a este punto, la coalición adquiere un carácter político. He aquí, ante nosotros, el programa y la táctica de la lucha económica y del movimiento sindical para varios decenios, para toda la larga época durante la cual el proletariado prepara sus fuerzas *para la batalla futura*. Compárese esto, dice Lenin, con los numerosos ejemplos que Marx y Engels sacan del movimiento obrero inglés, de cómo la *prosperidad* industrial da lugar a intentos de *comprar al proletariado* y de apartarlo de la lucha; de cómo

esta prosperidad en general *desmoraliza a los obreros*; de cómo se *aburguesa* el proletariado inglés y de cómo *la más burguesa de las naciones, Inglaterra, aparentemente tiende a poseer una aristocracia burguesa y un proletariado burgués, además de una burguesía*; de cómo desaparece la *energía revolucionaria* del proletariado inglés; de cómo habrá que esperar más o menos tiempo hasta que *los obreros ingleses se libren de su aparente contaminación*; de cómo al movimiento obrero inglés le falta el ardor de los *cartistas*; de cómo *los líderes de los obreros ingleses forman un tipo medio entre burgués radical y obrero*; de cómo, en virtud de la posición monopolista de Inglaterra y mientras subsista este monopolio, *no hay nada que hacer con el obrero inglés*. La táctica de la lucha económica en relación con la marcha general, y con el desenlace, del movimiento obrero se examina aquí desde un punto de vista admirablemente amplio, universal, dialéctico y verdaderamente revolucionario.

—Y ya no es sólo un problema de Inglaterra y de los países desarrollados, hace tiempo que esa corrupción alcanzó a los países del Tercer Mundo. El viejo revisionismo generó partidos obreros burgueses basados en la aristocracia obrera, en la burocracia sindical y en el cretinismo parlamentario que se amoldaron al orden.

—Sí, pero hay que señalar que todas esas organizaciones políticas y gremiales y sus dirigentes no representan al pueblo sino precisamente a esa costra de la aristocracia obrera, a la burocracia sindical y a los partidos obreros burgueses que siempre pretenden desviar a las masas de su camino y no son sino parte de ese montón colosal de basura que debe ser necesariamente barrido gradualmente y por partes.

—Eso.

—Bien. La segunda apreciación, que está en el *Manifiesto Comunista*, establece la siguiente tesis fundamental del marxismo sobre la táctica de la lucha política, dice: *Los comunistas luchan por alcanzar los objetivos e intereses inmediatos de la clase obrera; pero al mismo tiempo defienden también, dentro del movimiento actual, el porvenir de este movimiento*.

—Eso. Dentro del movimiento actual, el porvenir de este movimiento. Y esta parte, que es una unidad indisoluble, se deja de lado, se *olvida*.

—Exacto. Bien, dentro de este contexto, para comprender lo que Engels ha hecho por el proletariado es necesario entender claramente la importancia de la doctrina y actividad de Marx para el desarrollo del movimiento obrero contemporáneo. Marx y Engels fueron los primeros en demostrar que la clase obrera, con sus reivindicaciones, es el resultado necesario del sistema económico actual que, con la bur-

guesía, crea y organiza inevitablemente al proletariado. Demostraron que la humanidad se verá liberada de las calamidades que la azotan actualmente, no por los esfuerzos bienintencionados de algunas nobles personalidades, sino por la lucha de clase del proletariado organizado. Marx y Engels fueron los primeros en esclarecer en sus obras científicas que el socialismo no es una invención de soñadores, sino la meta final y el resultado inevitable del desarrollo de las fuerzas productivas dentro de la sociedad contemporánea. Ya lo dijeron, y lo hemos visto a grandes rasgos, toda la historia escrita hasta ahora es la historia de la lucha de clases, del cambio sucesivo en el dominio y en la victoria de una clase social sobre otra. Y esto continuará hasta que desaparezcan las bases de la lucha de clases y del dominio de clase: la propiedad privada y la producción social caótica. Los intereses del proletariado exigen que dichas bases sean destruidas, por lo que la lucha de clases consciente de los obreros organizados debe ser dirigida contra ellas. Y toda lucha de clases es una lucha política. Punto.

Frente a ellos se levantó una muralla natural que les impidió seguir el curso más bajo de la quebrada; otearon un poco los alrededores para ubicar la ruta a seguir y como no pudieron ver nada adecuado subieron por la cuesta de la izquierda durante unos minutos. Sebastián se adelantó rápidamente unos pasos para luego señalar a Leoncio el enmarañado amasijo de árboles, matorrales y piedras que no permitían suponer que al otro lado estaba la salida. Se quitaron la carga de la espalda y cruzaron el opaco verdor casi a rastras. Acomodaron los quipes otra vez sobre la espalda y aprovecharon el corto descanso para beber algo de agua y renovar las hojas de coca en la boca. Siguieron.

—Leoncio, déjame añadir algo —dijo Sebastián una vez que habían entrado en la base del desfiladero.

—No faltaba más. Dale.

—Bueno, lo que quería decir es que el socialdemócrata austríaco Adler observó con razón que, con la edición de los tomos II y III de *El Capital*, Engels erigió a su genial amigo un monumento majestuoso en el cual, involuntariamente, grabó también con trazos indelebles su propio nombre. Y tenía razón pues esos 2 tomos de *El Capital* es obra de los 2, de Marx y Engels. Las leyendas de la antigüedad relatan diversos ejemplos de emocionante amistad. El proletariado mundial puede decir que su ciencia fue creada por 2 sabios y luchadores cuyas relaciones superan a todas las conmovedoras leyendas antiguas sobre la amistad entre los hombres. Siempre, y por supuesto, con toda justicia, Engels se posponía a Marx. Al lado de Marx, escribió Engels a un viejo amigo suyo, siempre toqué el segundo violín. Su afecto por Marx mientras vivió, y su veneración a la memoria del amigo desapa-

recido fueron infinitos.

—Y, antes que me olvide, algo que debí mencionar. Hay que indicar un punto cardinal. En 1864 Marx fundó la *Asociación Internacional de los obreros* y la dirigió durante un decenio. Engels también participó activamente en sus tareas. La actividad de la *Asociación Internacional* que, de acuerdo con las ideas de Marx, unía a los proletarios de todos los países, tuvo una enorme importancia para el desarrollo del movimiento obrero. Pero inclusive después de haber sido disuelta dicha asociación en la década del 70 del Siglo XIX, el papel de Marx y Engels, como unificadores de la clase obrera, no cesó. Por el contrario, puede afirmarse que su importancia como dirigentes espirituales del movimiento obrero seguía creciendo constantemente, porque el propio movimiento continuaba desarrollándose sin cesar. Después de la muerte de Marx, Engels siguió siendo el consejero y dirigente de los socialistas europeos. A él acudían en busca de consejos y directivas tanto los socialistas alemanes, cuyas fuerzas iban en constante y rápido aumento, a pesar de las persecuciones gubernamentales, como los representantes de países atrasados, por ejemplo, españoles, rumanos, rusos, que se veían obligados a estudiar minuciosamente y medir con toda cautela sus primeros pasos. Todos ellos aprovechaban el riquísimo tesoro de conocimientos y experiencias del viejo Engels. Y aquí un resumen, simple y extraordinario, hecho por Lenin al respecto: Marx formuló su doctrina, por primera vez, en 1844. El *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels, publicado en 1848, ofrecía una exposición integral y sistemática de esta doctrina, exposición que hasta la fecha sigue siendo la mejor. Desde entonces la historia mundial se divide con claridad en 3 grandes períodos: uno, desde la revolución de 1848 hasta la Comuna de París en 1871; dos, desde la Comuna de París hasta la Revolución Rusa de 1905; y tres, desde la Revolución Rusa. La dialéctica de la historia era tal, que el triunfo teórico del marxismo obligó a sus enemigos a disfrazarse de marxistas. El liberalismo, podrido por dentro, intentó renacer en forma de oportunismo socialista. Interpretaron el período de preparación de las fuerzas para las grandes batallas como una renuncia a esas batallas. El mejoramiento de la situación de los esclavos para luchar contra la esclavitud asalariada lo interpretaron en el sentido de que los esclavos vendían por unos céntimos su derecho a la libertad. Predicaban cobardemente la *paz social*, esto es, la paz con los esclavistas; la renuncia a la lucha de clases, etcétera. Cualquiera parecido con hechos actuales no es mera coincidencia, añadido yo. Lenin sigue: tenían muchísimos partidarios entre los miembros socialistas del Parlamento, diversos funcionarios del movimiento obrero y la intelectualidad *simpatizante*. Apenas los oportunistas se habían congratulado

por la *paz social* y porque no eran necesarias las tormentas bajo la *democracia*, cuando se abrió en Asia una nueva fuente de grandes tormentas mundiales. A la Revolución Rusa siguieron las revoluciones turca, persa y china. Hoy vivimos, dijo Lenin aquel entonces, la época de esas tormentas y de sus *repercusiones* en Europa. Cualquiera sea la suerte reservada a la gran República China, contra la cual afilan hoy los colmillos las distintas hienas *civilizadas*, no habrá en el mundo fuerza alguna que pueda restablecer en Asia la vieja servidumbre, ni barrer de la faz de la Tierra la heroica democracia de las masas populares en los países asiáticos y semiasiáticos. Algunas personas, no atentas a las condiciones de *preparación y desarrollo* de la lucha de las masas, fueron llevadas a la desesperación y el anarquismo por el largo aplazamiento de la lucha decisiva contra el capitalismo en Europa. Hoy vemos cuán miope y pusilánime fue esa desesperación anarquista. Las revoluciones asiáticas nos han mostrado el mismo servilismo y bajeza del liberalismo, la misma importancia excepcional de la independencia de las masas democráticas, la misma pronunciada diferenciación entre el proletariado y la burguesía de todo tipo. Quien después de la experiencia de Europa y de Asia hable de una política que no sea de clase y de un socialismo que no sea de clase, merece simplemente que se lo meta en una jaula y se lo exhiba junto a un canguro australiano o algo por el estilo. O vestido a rayas, añadiría yo. Lenin continúa: desde la aparición del marxismo, cada uno de los 3 grandes períodos de la historia mundial le ha traído nuevas confirmaciones y nuevos triunfos. Pero al marxismo aún le espera una victoria mayor, como *doctrina* del proletariado, en el próximo período histórico. Punto. Y como si fuera poco, estas sabias palabras fueron ratificadas con el triunfo de la Revolución China bajo la dirección de Mao. De ahí se puede colegir y completar una especificación y es que la tarea de los marxistas no es introducir en la clase obrera una conciencia socialista *desde afuera*, como algunos peroran, la tarea es partir de la situación que existe *en ese momento* en la conciencia de la clase y demostrar de manera concreta, paso a paso, que los problemas a los que se enfrentan los trabajadores sólo se pueden solucionar a través de la transformación radical de la sociedad. No se trata de predicar desde afuera, se trata de dar conciencia a la aspiración inconsciente que tiene la clase obrera de cambiar la sociedad. La diferencia está en que este proceso no sólo es fruto del debate, es fruto, principalmente, de la actividad práctica, de la lucha y la experiencia de la propia clase. El problema esencialmente es el mismo: cómo barrer los prejuicios existentes y hacer ver a las personas *las contradicciones presentes*, no sólo en su cabeza, sino en el mundo en el que viven, conseguir que vean las cosas como realmente son y no

como imaginan que son.

—El proceso dialéctico de desarrollo del pensamiento a través de la contradicción, se puede observar en la historia de la ciencia y la filosofía, ya lo hemos visto en detalle pero vale la pena recalcarlo en este momento —dijo Sebastián esquivando un obstáculo en el camino—. Hegel lo señala gráficamente en el prefacio de su obra *Fenomenología de la mente*, dice más o menos así: Cuando la flor brota, el capullo desaparece, podríamos decir que la flor niega al capullo; igualmente, cuando aparece el fruto, se podría explicar la flor como una falsa forma de la existencia de la planta, el fruto, en lugar de la flor, aparece como la verdadera naturaleza. A primera vista, estas etapas no se diferencian; una reemplaza a la otra como seres incompatibles entre sí. Pero la actividad incesante de su propia naturaleza inherente, hace de ellas, en algunos momentos, una unidad orgánica donde no sólo no se contradicen entre sí, sino que se necesitan mutuamente y esta misma necesidad de todos los momentos constituye sólo y así, la semejanza del conjunto. De esta manera, la búsqueda de lo general que se encuentra *oculto* en lo particular, es uno de los aspectos más importantes del desarrollo del pensamiento humano. Se parte del sentido elemental de la percepción que registra hechos y circunstancias individuales, la mente humana comienza lenta y afanosamente a abstraer estas particularidades, descarta lo no esencial, hasta que, finalmente, llega a una serie de generalizaciones más o menos abstractas. Aunque lo universal no tiene una existencia separada y aparte de las cosas particulares que las expresan, sin embargo, representa la esencia de las cosas, expresan una verdad *más* auténtica y profunda *que* lo particular. El avance del pensamiento humano está estrechamente vinculado a la capacidad de generalizar a través de la experiencia y llegar a ideas abstractas que se corresponden con la naturaleza de la realidad. He ahí el peso de la necesidad de conseguir que las personas vean las cosas como realmente son y no como imaginan que son.

—Sólo que, a pesar de que el ejemplo es hermoso y contundente, no necesitamos recurrir a Hegel cuando hemos aprendido de los clásicos del marxismo algo mejor y completo, y es que no sólo se pasa de lo particular a lo general y, luego, de lo general a lo particular; sino que, y la práctica lo verifica constante y permanentemente, en el desarrollo de las leyes generales *están* los hechos sociales *en su particularidad*. Lo universal *está* en lo particular, lo general existe a través de lo individual; lo individual no existe más que en su relación con lo general; todo lo particular es, de uno u otro modo, universal y todo lo universal es esencia de lo particular. Ayer ya conversamos al respecto. Pero no importa, coincidimos en que hay que hacer esfuer-

zos para conseguir que las personas vean las cosas como realmente son y no como imaginan que son; no se trata de que las personas desarrollen una *conciencia crítica*, no, ni siquiera de que desarrollen un pensamiento *lógico*; se trata de que analicen los procesos sociales con el método dialéctico, con la dialéctica; pues es un deber considerar la sociedad como un organismo vivo en su funcionamiento y desarrollo. Y, precisamente, ésa fue una virtud extraordinaria en Lenin, quien no se dedicó a *repetir* a Marx y Engels, sino que hizo un estudio completo del marxismo partiendo de los textos originales y un profundo estudio de toda la filosofía, en especial la de Hegel. Una y otra vez vuelve a las fuentes, las tesis ahí sustentadas las somete a prueba en la práctica revolucionaria y desarrolla el marxismo con geniales aportes de su propia cosecha. Las anotaciones hechas por Lenin en la colección de escritos que hoy se conocen como *Cuadernos Filosóficos* son una muestra de ese concienzudo y profundo estudio dentro de la realidad histórica que se desarrollaba en ese momento. Hay que tener presente que buena parte de la dedicación de Lenin al estudio de la filosofía y su especial atención a la dialéctica marxista está relacionada al período correspondiente a la Primera Guerra Mundial, y no es ninguna casualidad puesto que fue un período en el que todas las contradicciones del capitalismo se agudizaron dando paso a lo que se conoce como *crisis revolucionaria*. Si se analiza con cuidado las obras que Lenin escribió alrededor de ese período, inmediatamente antes, durante y después, se puede comprender muy bien aquello de que *la guerra es la continuación de la política por otros medios*; el centro de esta frase no está en la guerra sino en la política, eso quiere decir que para saber qué carácter tiene la guerra para cada uno de los participantes en el conflicto hay que estudiar toda la política que, a lo largo de varios años, ha precedido al estallido de la conflagración, del hecho armado en sí. Sólo así, con el marxismo como base para el análisis, entendiendo el marxismo como filosofía marxista, economía política marxista y socialismo científico, fue que Lenin pudo desentrañar las verdaderas contradicciones del sistema imperialista mundial, reaccionario y belicista, en expansión, que apunta a la opresión y no a la libertad revelando su carácter monopolista, parasitario y agonizante. Pero no sólo eso, la dialéctica marxista también le proporciona a Lenin los fundamentos para desenmascarar el oportunismo y el socialchovinismo de los dirigentes de la II Internacional; y, en especial, para elaborar la estrategia y la táctica de la lucha del proletariado continuando y desarrollando lo planteado por Marx y Engels. Todas las obras escritas por Lenin en ese período revelan el magistral desarrollo que hizo de la teoría del Estado y del uso de las condiciones que permiten impulsar la revolución, cuya tarea central es la conquista

del Poder por el proletariado a través de la violencia revolucionaria. De su puesta en práctica deriva el triunfo de la Revolución de Octubre en 1917. Se puede constatar, y hay que remarcarlo, que el marxismo no ha dado un paso en la vida sin lucha contra posiciones erróneas. Desde sus inicios tuvo que enfrentarse contra Proudhon y el anarquismo; contra las desviaciones derechistas y los supuestos desarrollos creadores de Dühring y contra las posiciones oportunistas que surgieron en el partido socialdemócrata alemán. Posteriormente, el viejo revisionismo va a desenvolverse, después de la muerte de Engels, con Bernstein y Kautsky, y fue Lenin quien los va a derrotar.

—Lenin desarrolla el marxismo y lo eleva a una segunda etapa, el marxismo-leninismo —dijo Sebastián adelantándose un poco al discurrir del razonamiento de Leoncio—. Esto lo hizo en dura lucha contra el viejo revisionismo, que negaba la filosofía marxista diciendo que había que basarse en el neo-kantismo, que es idealismo y no materialismo dialéctico. En economía política negaban la pauperización creciente, con lo que daban a entender que el imperialismo, el capitalismo, satisfacía las demandas del proletariado; negaban la plusvalía y también el imperialismo. En socialismo científico apuntaron contra la lucha de clases, contra la violencia revolucionaria y propalaban el pacifismo. El revisionismo *revisa* los principios marxistas *invocando* las nuevas circunstancias. Lenin dijo que el revisionismo es avanzada de la burguesía en las filas del proletariado y que para luchar contra el imperialismo hay que luchar contra el revisionismo pues son 2 caras de una misma moneda. Lenin destaca que el revisionismo apunta a dividir el movimiento sindical y político del proletariado y que genera la escisión del socialismo. En esta certera e implacable lucha contra el revisionismo, Lenin plantea además, en la coyuntura de la Primera Guerra Mundial, convertir la guerra imperialista en guerra revolucionaria, desenmascarando a los viejos revisionistas como social-patriotas; nos plantea que en tiempos de revolución hay que hacer organizaciones nuevas, pues la reacción golpea las organizaciones legales y debemos montar aparatos clandestinos incluso para el trabajo de masas. Luego, plasma la Revolución de Octubre con Partido Comunista y mediante la insurrección. Y todo esto es archiconocido.

—Será archiconocido pero no es bien comprendido y mucho menos correctamente practicado —dijo lacónico Leoncio—. Bien. Por otro lado, como acabo de decir, Lenin no sólo no repitió a Marx y Engels sino que señaló las limitaciones que ambos padecían como consecuencia del momento histórico en que vivían. Y sólo te voy a mencionar un par de ejemplos de los muchos que hay. En 1847 Engels, con conocimiento de Marx, escribió *Principios del Comunismo* y

en ese artículo se preguntaba si era posible la revolución en un solo país. Y se respondía, categóricamente, ¡No! Para sustentar su negativa explicaba que la *gran industria*, al crear el *mercado mundial*, ha unido ya tan estrechamente todos los pueblos del globo terrestre, sobre todo los pueblos civilizados, que cada uno depende de lo que ocurre en la tierra del otro. Además, ha *nivelado*, ojo con esto, Engels dice que la gran industria ha nivelado, en todos los países civilizados, el desarrollo social a tal punto que en todos estos países la burguesía y el proletariado se han erigido en las 2 *clases decisivas* de la sociedad, y la lucha entre ellas se ha convertido en la principal lucha de nuestros días. Por consecuencia, la revolución comunista, decía, *no será una revolución puramente nacional*, sino que se producirá *simultáneamente* en todos los países civilizados, es decir, al menos en Inglaterra, en Estados Unidos, en Francia y en Alemania. Ella se desarrollará en cada uno de estos países más rápidamente o más lentamente, dependiendo del grado en que esté en cada uno de ellos más desarrollada la industria, en que se hayan acumulado más riquezas y se disponga de mayores fuerzas productivas. Por eso será más lenta y difícil en Alemania y más rápida y fácil en Inglaterra. Ejercerá, decía Engels, igualmente una influencia considerable en los demás países del mundo, modificará de raíz y acelerará extraordinariamente su anterior marcha del desarrollo. Es una *revolución universal* y tendrá, por eso, un ámbito universal. Bien, esto sostenía Engels con el conocimiento de Marx. Pero Lenin planteó, y demostró, que esta deducción, sobre la posibilidad de la victoria de la revolución proletaria sólo en el caso de que se hiciera simultáneamente en los países capitalistas adelantados y, por consiguiente, de la *imposibilidad* del triunfo de la revolución en un solo país, *se podría* haber considerado como acertada para el período del capitalismo premonopolista, pero no es correcta para la fase del imperialismo, de los monopolios. Lenin, partiendo de la ley del desarrollo económico y político desigual del capitalismo en la época del imperialismo, ley que él descubrió, llegó a la nueva conclusión de que sí es posible la victoria de la revolución socialista primero en varios países o incluso en uno solo, y de que es *imposible* la victoria simultánea de la revolución en todos los países o en la mayoría de ellos. Esto está claramente explicado en *La consigna de los Estados Unidos de Europa* escrito por Lenin en 1915. Ahí, analizando esa consigna, explica que desde el punto de vista de las condiciones económicas del *imperialismo*, es decir, de la *exportación de capitales* y del *reparto del mundo* por las potencias coloniales *avanzadas y civilizadas*, los *Estados Unidos de Europa*, bajo el capitalismo, *son imposibles o son reaccionarios*. El capital se ha hecho internacional y monopolista. El mundo, dice Lenin, está ya

repartido entre un puñado de grandes potencias, es decir, de potencias que prosperan en el gran saqueo y opresión de las naciones. Bajo el capitalismo, toda otra organización es imposible. Lenin se pregunta: ¿Van a renunciar a las colonias, a las *esferas de influencia*, a la exportación de capitales? Y se responde: Pensar en ello significa reducirse al nivel de un curita que predica cada domingo a los ricos la grandeza del cristianismo y les aconseja regalar a los pobres unas cuantas monedas.

—Lenin —añadió Sebastián— dijo que el capitalismo es la propiedad privada de los medios de producción y la anarquía de la producción; y que predicar un reparto *justo* de la renta sobre semejante base era proudhonismo, es decir, necedad de pequeñoburgués y de filisteo. No puede haber más reparto que en proporción a *la fuerza*. Y la fuerza cambia en el curso del desarrollo económico.

—Sí, y la guerra no está en contradicción con los fundamentos de la propiedad privada —continuó Leoncio—, sino que es el desarrollo directo e inevitable de tales fundamentos. Bajo el capitalismo *es imposible* un proceso uniforme de desarrollo económico de las distintas economías y de los distintos Estados. Bajo el capitalismo, para restablecer de cuando en cuando el equilibrio alterado, no hay otro medio posible más que *las crisis* en la economía y *las guerras* en la política. En consecuencia, Lenin plantea que los *Estados Unidos del mundo*, y no de Europa, constituyen la *forma* estatal de unificación y libertad de las naciones; y añade una brillante precisión, una especificación certera que se le escapa a muchos, dice: *forma* que nosotros relacionamos con el socialismo mientras la victoria completa del comunismo *no traiga* la desaparición definitiva de todo Estado, incluido el Estado democrático. Y sigue: Sin embargo, como consigna independiente, la de *los Estados Unidos del mundo* dudosamente sería justa, en primer lugar, porque se funde con el socialismo y, en segundo lugar, porque podría conducir a la falsa idea de la imposibilidad de la victoria del socialismo en un solo país y a una interpretación errónea de las relaciones de este país con los demás. Dentro de este marco, Sebastián, y como un simple ejemplo de lo hondo que se puede caer dentro del mundillo intelectual, quiero leerte un párrafo que, aparte de la grandilocuente verborrea ecléctica, muestra un republicanismo oportunista, conciliador y reaccionario; y, si se lo compara con lo planteado por Lenin en años tan tempranos, se puede apreciar, en pleno desarrollo de la globalización, en plena mundialización, un profundo y consciente antimarxismo que, a pesar de que hasta se cita a Marx, apunta a la más descabellada conciliación de clases en nombre del ser humano, del hombre abstracto; de ese ser humano que, dicen, aún no ha logrado la *edad de la razón*, de esa humanidad

que todavía *no ha pasado de la edad de la emoción a la edad de la razón* y se desenvuelve dentro de un marco en que la *necesidad sigue subyugando a la libertad*. Escucha, dice: Nuestra obligación mayor es trabajar, conscientemente, en contra de las fronteras, de los clichés de las naciones, de las etiquetas de los países, de los estereotipos culturales, expresiones modernas de los mitos y fetiches, en función de lo que más nos une y en contra de lo que más nos separa. Demasiados problemas tenemos con el nacionalismo, con el racismo, con el patriarcalismo, con el culturalismo, con el *clasicismo* como para cargar más fantasmas sobre los hombros. Es suficiente que, en este nivel, nos consideremos simple y llanamente seres humanos. Que, *como tales*, luchemos por una futura *ciudadanía mundial*. Y muy pomposo concluye: naturalmente que este ideal tendrá que pasar por la prueba de fuego de la *evolución*, de la *transformación*, de la *revolución* histórico-social, como es obvio.

—A fin de cuentas —opinó Sebastián—, detrás de este cúmulo de sandeces se *esconde* la búsqueda de una ciudadanía internacional, o mundial si así lo prefieren llamar, de pleno derecho donde lo más importante es que todos los individuos deben disfrutar de las condiciones que le permitan definir, formar y seguir *su propio proyecto de vida*. Nada que ver con el marxismo que es totalmente contrario al republicanismo existencialista que trastoca y prostituye la concepción política de libertad. La libertad es la ley objetiva de la necesidad *comprendida*; correcta concepción en la cual la libertad no se limita sólo al *conocimiento* de la necesidad y a una concordancia con ella sino que incluye el papel de la *práctica* material en el logro de la libertad.

—Exactamente. Pero bien, volviendo a cosas más importantes. Lenin demuestra que la desigualdad del desarrollo económico y político es una *ley absoluta* del capitalismo. De aquí se deduce que *es posible* que el socialismo triunfe primeramente en unos cuantos países capitalistas, o incluso *en un solo país capitalista*. El proletariado triunfante de este país, dice Lenin, después de expropiar a los capitalistas y de organizar la producción socialista dentro de *sus fronteras*, se enfrentaría con el resto del mundo, con el mundo capitalista, atrayendo a su lado a las clases oprimidas de los demás países, levantando en ellos la insurrección contra los capitalistas, empleando, en caso necesario, incluso la fuerza de las armas contra las clases explotadoras y sus Estados. La forma política de la sociedad en que triunfe el proletariado, derrocando a la burguesía, será la república democrática, que *centralizará* cada vez más las fuerzas del proletariado de dicha nación o de dichas naciones en la lucha contra los Estados que aún no hayan pasado al socialismo. Es imposible suprimir las clases sin una dictadura de la clase oprimida, del proletariado. La libre unión de

las naciones en el socialismo *es imposible* sin una lucha tenaz, más o menos prolongada, de las repúblicas socialistas contra los Estados atrasados. Y en *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, Lenin hace una precisión y es que la dictadura del proletariado es la guerra más abnegada y más implacable de la nueva clase contra un enemigo más poderoso, contra la burguesía, cuya resistencia se halla decuplicada por su derrocamiento, aunque no sea más que en un solo país, y cuya *potencia* consiste, no sólo en la fuerza del capital internacional, en la fuerza y la solidez de las relaciones internacionales de la burguesía, sino, además, en la *fuerza de la costumbre*, en la fuerza de la *pequeña producción*. Pues, por desgracia, dice y tiene razón, ha quedado todavía en el mundo mucha y mucha pequeña producción y ésta engendra al capitalismo y a la burguesía constantemente, cada día, cada hora, en un proceso espontáneo y en masa. Por todos estos motivos, la dictadura del proletariado es necesaria, y la victoria sobre la burguesía es imposible sin una lucha prolongada, tenaz, a muerte, una lucha que exige serenidad, disciplina, firmeza, inflexibilidad y una *voluntad única*.

—Y haciendo una acotación, incluso el mismo Lenin no pudo ir más allá de ver el triunfo de la revolución en un país capitalista, avanzado o atrasado. La revolución puede triunfar no sólo en un solo país capitalista sino también en un solo país semifeudal y semicolonial; tal como quedó demostrado con el triunfo de la Revolución China.

—Cierto, así es, Sebastián. Muy bien. Otro punto muy interesante. En *El Estado y la Revolución*, Lenin plantea que la burocracia y el ejército permanente son un *parásito* adherido al cuerpo de la sociedad burguesa, un parásito engendrado por las contradicciones internas que dividen a esta sociedad, pero, precisamente, un parásito que *tapon*a los poros vitales. El oportunismo kautskiano imperante hoy en la socialdemocracia oficial, dijo Lenin aquel entonces, considera patrimonio especial y exclusivo del anarquismo la idea del Estado como un organismo parasitario. Se comprende que esta tergiversación del marxismo sea extraordinariamente ventajosa para esos filisteos que han llevado el socialismo a la ignominia inaudita de justificar y embellecer la guerra imperialista mediante la aplicación a ésta del concepto de la *defensa de la patria*, pero es, a pesar de todo, una tergiversación indiscutible. A través de todas las revoluciones burguesas vividas en gran número por Europa desde los tiempos de la caída del feudalismo, este aparato burocrático y militar va desarrollándose, perfeccionándose y afianzándose. En particular, es precisamente la pequeña burguesía la que se pasa al lado de la gran burguesía y se somete a ella en una medida considerable por medio de este aparato, que suministra a las capas altas de los campesinos, pequeños arte-

sanos, comerciantes, etcétera, puestecitos relativamente cómodos, tranquilos y honorables, que colocan a sus poseedores por encima del pueblo. Y líneas más abajo, analizando el caso ruso, dice que el juego en torno a combinaciones para formar Gobierno no era, en el fondo, más que la expresión del reparto y reajuste del *botín*, que se hacía arriba y abajo, por todo el país, en toda la administración, central y local. Y sigue diciendo que el balance, un balance objetivo, del medio año que va desde el 27 de febrero al 27 de agosto de 1917 es indiscutible: las reformas se aplazaron, se efectuó el reparto de los puestecitos burocráticos, y los *errores* del reparto se corrigieron mediante algunos reajustes. Pero cuanto más se procede a estos *reajustes* del aparato burocrático entre los distintos partidos burgueses y pequeñoburgueses, con tanta mayor claridad ven las clases oprimidas, y a la cabeza de ellas el proletariado, su hostilidad irreconciliable contra *toda* la sociedad burguesa. De aquí la necesidad, para todos los partidos burgueses, incluyendo a los más democráticos y *revolucionario-democráticos*, de reforzar la represión contra el proletariado revolucionario, de fortalecer el aparato de represión, es decir, la misma máquina del Estado. Esta marcha de los acontecimientos obliga a la revolución a *concentrar todas las fuerzas de destrucción* contra el Poder estatal, la obliga a proponerse como objetivo, no el perfeccionar la máquina del Estado, sino el destruirla, el aplastarla...

—Muy claro y conocido, pero qué tiene que ver con lo que estás exponiendo.

—Espera pues, hermano. Aquí está. Ojo con lo que dice Lenin. No fue la deducción lógica, sino el desarrollo real de los acontecimientos, la experiencia viva de los años 1848-1851, lo que condujo a esta manera de plantear la cuestión. Hasta qué punto se atiene Marx rigurosamente a la base efectiva de la experiencia histórica, se ve teniendo en cuenta que en 1852 Marx no plantea todavía el problema concreto de saber con qué se va a sustituir esta máquina del Estado que ha de ser destruida. La experiencia no suministraba todavía entonces los materiales para esta cuestión, que la historia puso al orden del día más tarde, en 1871. En 1852, con la precisión del observador que investiga la historia natural, sólo podía registrarse una cosa: que la revolución proletaria había de abordar la tarea de *concentrar todas las fuerzas de destrucción* contra el Poder estatal, la tarea de *romper* la máquina del Estado.

—Ya entiendo.

—Gracias. Aquí puede surgir esta pregunta: ¿Es justo generalizar la experiencia, las observaciones y las conclusiones de Marx, aplicándolas a zonas más amplias que la historia de Francia en los 3 años, de 1848 a 1851? Para examinar esta pregunta, comenzaremos, dice Le-

nin, recordando una observación de Engels y pasaremos luego a los hechos. Francia, escribía Engels en el prólogo a la tercera edición del *18 Brumario*, es el país en el que las luchas históricas de clases se han llevado cada vez a su término decisivo más que en ningún otro sitio y donde, por tanto, las formas políticas variables dentro de las que se han movido estas luchas de clases y en las que han encontrado su expresión los resultados de las mismas, y en las que se condensan sus resultados, adquieren también los contornos más acusados. Centro del feudalismo en la Edad Media y país modelo de la monarquía unitaria corporativa desde el Renacimiento, Francia pulverizó el feudalismo en la Gran Revolución e instauró la dominación pura de la burguesía bajo una forma clásica como ningún otro país de Europa. También la lucha del proletariado que se alza contra la burguesía dominante reviste aquí una forma violenta, desconocida en otros países. Bien, la última observación está anticuada, explica Lenin, ya que a partir de 1871 se ha operado una interrupción en la lucha revolucionaria del proletariado francés, si bien esta interrupción, por mucho que dure, no excluye, en modo alguno, la posibilidad de que, en la próxima revolución proletaria, Francia se revele como el país clásico de la lucha de clases hasta su final decisivo. Pero echemos una ojeada general a la historia de los países adelantados a fines del Siglo XIX y comienzos del XX. Veremos que, continúa Lenin, de un modo más lento, más variado, y en un campo de acción mucho más extenso, se desarrolla el mismo proceso: de una parte, la formación del *Poder Parlamentario*, lo mismo en los países republicanos, Francia, Estados Unidos, Suiza, que en los monárquicos, Inglaterra, Alemania hasta cierto punto, Italia, los Países Escandinavos, etcétera; de otra parte, la lucha por el Poder entre los distintos partidos burgueses y pequeñoburgueses, que se reparten y se vuelven a repartir el *botín* de los puestos burocráticos, dejando intangibles las bases del régimen burgués; y finalmente, el perfeccionamiento y fortalecimiento del *Poder Ejecutivo*, de su aparato burocrático y militar. No cabe la menor duda de que éstos son los rasgos generales que caracterizan toda la evolución moderna de los Estados capitalistas en general. En el transcurso de 3 años, de 1848 a 1851, Francia reveló, en una forma rápida, tajante, concentrada, los mismos procesos de desarrollo característicos de todo el mundo capitalista. Y en particular el imperialismo, la época del capital bancario, la época de los gigantes monopolios capitalistas, la época de transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, revela un extraordinario fortalecimiento de la *máquina del Estado*, un desarrollo inaudito de su aparato burocrático y militar, en relación con el aumento de la represión contra el proletariado, así en los países monárquicos como en los países repu-

blicanos más libres. Indudablemente, decía Lenin, en la actualidad, la historia del mundo conduce, en proporciones incomparablemente más amplias que en 1852, a la *concentración de todas las fuerzas* de la revolución proletaria para la *destrucción* de la máquina del Estado. ¿Con qué ha de sustituir el proletariado esta máquina? La Comuna de París nos suministra los materiales más instructivos a este respecto.

—Y todo lo dicho por Lenin también ha sido desarrollado.

—Cierto, pero no nos adelantemos; déjame seguir, por favor.

—Bueno, sigue.

—El asunto está en ver cómo planeaba Marx la cuestión en 1852. Hay una carta de Marx a Weydemeyer, fechada el 5 de marzo de ese año. Esa carta contiene, entre otros, el siguiente pasaje: Por lo que a mí se refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna, ni el de haber descubierto la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, algunos historiadores burgueses habían expuesto el desarrollo histórico de esta lucha de clases y algunos economistas burgueses la anatomía económica de las clases. Lo que yo aporté de nuevo fue demostrar: primero, que la existencia de las clases sólo va unida a determinadas fases históricas de desarrollo de la producción; segundo, que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado; y tercero, que esta misma dictadura no es de por sí más que el tránsito hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases. En estas palabras, Marx consiguió expresar de un modo asombrosamente claro 2 cosas. Primero, la diferencia fundamental y cardinal entre su doctrina y las doctrinas de los pensadores avanzados y más profundos de la burguesía, y segundo, la esencia de su teoría del Estado. *Lo fundamental en la doctrina de Marx es la lucha de clases*. Así se dice y se escribe con mucha frecuencia. Pero esto no es exacto. De esta inexactitud se deriva con gran frecuencia la tergiversación oportunista del marxismo, su falseamiento en un sentido aceptable para la burguesía. En efecto, la doctrina de la lucha de clases no fue creada por Marx, sino por la burguesía, antes de Marx, y es, en términos generales, aceptable para la burguesía. Quien reconoce solamente la lucha de clases no es aún marxista, puede mantenerse todavía dentro del marco del pensamiento burgués y de la política burguesa. Circunscribir el marxismo a la doctrina de la lucha de clases es limitar el marxismo, bastardearlo, reducirlo a algo que la burguesía puede aceptar. Marxista sólo es el que hace extensivo el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de *la dictadura del proletariado*. En esto es en lo que estriba la más profunda diferencia entre un marxista y un pequeño, o un gran, burgués adocenado. En esta piedra de toque es en la que hay que contrastar la comprensión y el reconocimien-

to real del marxismo. Y no tiene nada de sorprendente que cuando la historia de Europa ha colocado prácticamente a la clase obrera ante esta cuestión, no sólo todos los oportunistas y reformistas, sino también todos los *kautskianos*, que vacilan entre el reformismo y el marxismo, hayan resultado ser miserables filisteos y demócratas pequeñoburgueses, que niegan la dictadura del proletariado. El oportunismo de nuestros días, escribe Lenin, personificado por su principal representante, el ex marxista Carlos Kautsky, cae de lleno dentro de la característica de la posición burguesa que traza Marx y que hemos citado, pues este oportunismo circunscribe el terreno del reconocimiento de la lucha de clases al terreno de las relaciones burguesas. Y dentro de este terreno, dentro de este marco, ningún liberal culto se negaría a reconocer, *en principio*, la lucha de clases. El oportunismo no extiende el reconocimiento de la lucha de clases precisamente a lo más fundamental, al período de transición del capitalismo al comunismo, al período de derrocamiento de la burguesía y de completa destrucción de ésta. En realidad, este período es inevitablemente un período de lucha de clases de un encarnizamiento sin precedentes, en que ésta reviste formas agudas nunca vistas, y, por consiguiente, el Estado de este período debe ser inevitablemente un Estado democrático *de una manera nueva*, para los proletarios y los desposeídos en general, y dictatorial *de una manera nueva*, contra la burguesía. Además, la esencia de la teoría de Marx sobre el Estado sólo la ha asimilado quien haya comprendido que la dictadura de una clase es necesaria, no sólo para toda sociedad de clases en general, no sólo para el proletariado después de derrocar a la burguesía, sino también para todo el período histórico que separa al capitalismo de la *sociedad sin clases*, del comunismo. Las formas de los Estados burgueses son extraordinariamente diversas, pero su esencia es la misma: todos esos Estados son, bajo una forma o bajo otra, pero, en último resultado, necesariamente, una dictadura de la burguesía. La transición del capitalismo al comunismo no puede, naturalmente, por menos de proporcionar una enorme abundancia y diversidad de formas políticas, pero la esencia de todas ellas será, necesariamente, una: la dictadura del proletariado. Punto.

—El asunto es tan claro que no es necesario hacer comentario alguno. Los eclécticos sostenedores y defensores de la *evolución*, de la *transformación*, de la *revolución* histórico-social, obviamente quedan pintaditos de cuerpo entero.

—Y todos los otros mercachifles, también. Bien, ahora demos un salto hacia la década del 70 del Siglo XIX. Es sabido que algunos meses antes de la Comuna, en el otoño de 1870, Marx previno a los obreros de París; demostrándoles que la tentativa de derribar al Go-

bierno sería un disparate dictado por la desesperación. Pero cuando en marzo de 1871 se impuso a los obreros el combate decisivo y ellos lo aceptaron, cuando la insurrección fue un hecho, Marx saludó la revolución proletaria con el más grande entusiasmo, a pesar de todos los malos augurios. Marx no se aferró a la condena pedantesca de un movimiento *extemporáneo*, como el tristemente célebre renegado ruso del marxismo, Plejánov, que en noviembre de 1905 había escrito alentando a la lucha a los obreros y campesinos y que después de diciembre de 1905 se puso a gritar como un liberal cualquiera: ¡No se debía haber empuñado las armas! Marx, por el contrario, no se contentó con entusiasmarse ante el heroísmo de los comuneros, que, según sus palabras, *tomaban el cielo por asalto*. Marx veía en aquel movimiento revolucionario de masas, aunque éste no llegó a alcanzar sus objetivos, una experiencia histórica de grandiosa importancia, un cierto paso hacia adelante de la revolución proletaria mundial, un paso práctico más importante que cientos de programas y de raciocinios. Analizar esta experiencia, sacar de ella las enseñanzas tácticas, revisar a la luz de ella su teoría: he aquí cómo concebía su misión Marx. Bien. La única *corrección* que Marx consideró necesario introducir en el *Manifiesto Comunista* fue hecha por él a base de la experiencia revolucionaria de los comuneros de París. Hay que ver el último prólogo a la edición alemana del *Manifiesto*, suscrito por sus 2 autores que lleva la fecha de 24 de junio de 1872. En ese prólogo, los autores, Carlos Marx y Federico Engels, dicen que el programa del *Manifiesto Comunista* está *ahora anticuado en ciertos puntos*. Escriben: *La Comuna ha demostrado, sobre todo, que la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines*. Esta cita fue tomada por sus autores de la obra de Marx *La guerra civil en Francia*. Así, pues, Marx y Engels atribuían una importancia tan gigantesca a esta enseñanza fundamental y principal de la Comuna de París, que la introdujeron como corrección esencial en el *Manifiesto Comunista*. Ahora bien, es sobremanera característico que precisamente esta corrección esencial haya sido tergiversada por los oportunistas y que su sentido sea, probablemente, desconocido de las 9/10 partes, si no del 99% de los lectores del *Manifiesto Comunista*. Habría que señalar que la manera corriente, vulgar, de *entender* las notables palabras de Marx consiste en suponer que Marx subraya aquí la idea del desarrollo lento, algunos la llaman evolución, transformación y otras cosas por el estilo, por oposición a la toma del Poder por la violencia. En realidad, es precisamente lo contrario. El pensamiento de Marx consiste en que la clase obrera debe *destruir, romper la máquina estatal existente* y no limitarse simplemente a *apoderarse* de ella. Y aquí la

prueba. El 12 de abril de 1871, es decir, justamente en plena Comuna, Marx escribió a Ludwig Kugelmann lo siguiente: Si te fijas en el último capítulo de mi *18 Brumario*, verás que expongo como próxima tentativa de la revolución francesa, no hacer pasar de unas manos a otras la máquina burocrático-militar, como se venía haciendo hasta ahora, sino *romperla, destruirla, hacerla pedazos*, y ésta es justamente la *condición previa* de toda verdadera revolución popular en *el Continente*. En esto, precisamente, consiste la tentativa de nuestros heroicos camaradas de París. Así, en estas palabras: *destruir la máquina burocrático-militar del Estado*, se encierra, concisamente expresada, la enseñanza fundamental del marxismo en punto a la cuestión de las tareas del proletariado en la revolución respecto al Estado. Y esta enseñanza es precisamente la que no sólo olvida en absoluto, sino que tergiversa directamente la *interpretación* imperante, kautskiana, del marxismo; o de lo que es lo mismo, en la actualidad, la interpretación imperante del revisionismo moderno en todas sus variantes, digo yo. Así, Lenin remarca, especialmente, 2 lugares en lo dicho por Marx. Ojo, no hay que olvidar que el *18 Brumario* fue escrito entre 1851 y 1852. En primer término, dice Lenin, Marx limita su conclusión al *Continente*. Esto era lógico en 1871, cuando Inglaterra era todavía un modelo de país netamente capitalista, pero sin militarismo y, en una medida considerable, sin burocracia. Por eso, Marx excluía a Inglaterra, donde la revolución, e incluso una revolución popular, se consideraba y era entonces posible *sin* la condición previa de destruir *la máquina estatal existente*. Hoy, añade, en 1917, en la época de la Primera Gran Guerra Imperialista, esta limitación hecha por Marx no tiene razón de ser. Inglaterra y Estados Unidos los más grandes y los últimos representantes, en el mundo entero, de la *libertad* anglosajona, en el sentido de ausencia de militarismo y de burocratismo, han ido rodando completamente al inmundado y sangriento pantano, común a toda Europa, de las instituciones burocrático-militares, que todo lo someten y lo aplastan. Hoy, también en Inglaterra y en Estados Unidos es *condición previa de toda revolución verdaderamente popular el romper, el destruir la máquina estatal existente*, y que allí ha alcanzado, en los años de 1914 a 1917, la perfección *europea*, la perfección *común* al imperialismo. En segundo lugar, continúa, merece especial atención la observación extraordinariamente profunda de Marx de que la destrucción de la máquina burocrático-militar del Estado es *condición previa de toda revolución verdaderamente popular*. Este concepto de revolución *popular* parece extraño en boca de Marx, y los plejanovistas y mencheviques rusos, estos secuaces de Struve que quieren hacerse pasar por marxistas, podrían tal vez explicar esta expresión de Marx como un *lapsus*. Han reducido

el marxismo a una deformación liberal tan mezquina, que, para ellos, no existe más que la antítesis entre revolución burguesa y proletaria, y hasta esta antítesis la comprenden de un modo increíblemente escolástico. Lenin continúa con su análisis, dice: Si tomamos como ejemplos las revoluciones del Siglo XX, tendremos que reconocer como burguesas, naturalmente, también las revoluciones portuguesa y turca. Pero ni la una ni la otra son revoluciones *populares*, pues ni en la una ni en la otra actúa perceptiblemente, de un modo activo, por propia iniciativa, con sus propias reivindicaciones económicas y políticas, la masa del pueblo, la inmensa mayoría de éste. En cambio, la revolución burguesa rusa de 1905 a 1907, aunque no registrase éxitos tan *brillantes* como los que alcanzaron en ciertos momentos las revoluciones portuguesa y turca, fue, sin duda, una revolución *verdaderamente popular*, pues la masa del pueblo, la mayoría de éste, las *más bajas capas* sociales, aplastadas por el yugo y la explotación, se levantaron por propia iniciativa, estamparon en todo el curso de la revolución el sello de sus reivindicaciones, de sus intentos de construir a su modo una nueva sociedad en lugar de la sociedad vieja que era destruida. En la Europa de 1871, el proletariado no formaba la mayoría en ningún país del Continente. Una revolución *popular*, que arrastrase al movimiento verdaderamente a la mayoría, sólo podía ser *aquella que abarcase tanto al proletariado como a los campesinos*. Ambas clases formaban en aquel entonces el *pueblo*. Ambas clases están unidas por el hecho de que la *máquina burocrático-militar del Estado* las oprime, las esclaviza, las explota. Destruir, hacer pedazos esta máquina: tal es el verdadero interés del *pueblo*, de su mayoría, de los obreros y de la mayoría de los campesinos, tal es la *condición previa* para una alianza libre de los campesinos pobres con los proletarios, sin cuya alianza la democracia será precaria, y la transformación socialista, imposible. Hacia esta alianza precisamente se abría camino, como es sabido, la Comuna de París, si bien no alcanzó su objetivo por una serie de causas de carácter interno y externo. Consiguientemente, al hablar de una *revolución verdaderamente popular*, Marx, sin olvidar para nada las características de la pequeña burguesía, de las cuales Marx trató bastante y con frecuencia, tenía en cuenta con la mayor precisión la correlación efectiva de clases en la mayoría de los Estados continentales de Europa, en 1871. Y, de otra parte, constataba que la *destrucción* de la máquina estatal responde a los intereses de los obreros y campesinos, los une, plantea ante ellos la tarea común de suprimir al *parásito* y sustituirlo por algo nuevo. ¿Pero con qué sustituirlo concretamente? En 1847, en el *Manifiesto Comunista*, Marx daba a esta pregunta una respuesta todavía completamente abstracta, o, más exactamente, una respuesta

que señalaba las tareas, pero no los medios para resolverlas. Sustituir la máquina del Estado, una vez destruida, por la *organización del proletariado como clase dominante, por la conquista de la democracia*: tal era la respuesta del *Manifiesto Comunista*.

Leoncio detuvo su largo discurrir e invitó a Sebastián a hacer un alto. Eso de caminar leyendo y al mismo tiempo prestar atención a caminar sin tropezar ni caer, le había costado algo de concentración y energía. Buscaron un sitio adecuado y lo encontraron rápidamente sin dificultades, un pequeño páramo soleado que invitaba al descanso. Se despojaron de la carga y después de desanudar los quipes sacaron lo que les quedaba de comida; dejaron un bocado, por si el hambre apretara más tarde, y dieron buena cuenta del resto. Agua tenían de sobra. Se tumbaron de espaldas y dormitaron un poco.

—Sin perderse en utopías —dijo Sebastián de improviso minutos más tarde—, Marx esperaba de la experiencia del movimiento de masas la respuesta a la cuestión de qué formas concretas habría de revestir esta organización del proletariado como clase dominante y de qué modo esta organización habría de coordinarse con la *conquista de la democracia* más completa y más consecuente.

—Así es. La Comuna sustituye la máquina estatal destruida, aparentemente *sólo* por una democracia más completa; o sea, la supresión del ejército permanente y completa elegibilidad y amovilidad de todos los funcionarios. Pero, en realidad, éste representa *sólo* un cambio gigantesco de unas instituciones por otras de un tipo distinto por principio. Aquí estamos precisamente ante uno de esos casos de *transformación de la cantidad en calidad*; la democracia, llevada a la práctica del modo más completo y consecuente que puede concebirse, se convierte de democracia burguesa en democracia proletaria, de un Estado, fuerza especial para la represión de una determinada clase, en algo que ya no es un Estado, propiamente dicho. Todavía es necesario reprimir a la burguesía y vencer su resistencia. Esto era especialmente necesario para la Comuna, y una de las causas de su derrota está en no haber hecho esto con suficiente decisión. Pero aquí el órgano represor es ya la mayoría de la población y no una minoría, como había sido siempre, lo mismo bajo la esclavitud y la servidumbre que bajo la esclavitud asalariada, ya lo hemos visto más ampliamente. En este sentido, es singularmente notable una de las medidas decretadas por la Comuna, que Marx subraya: la abolición de todos los gastos de representación, de todos los privilegios pecuniarios de los funcionarios, la reducción de los sueldos de todos los funcionarios del Estado al nivel del *salario de un obrero*. Aquí es precisamente donde se expresa de un modo más evidente el viraje de la democra-

cia burguesa a la democracia proletaria, de la democracia de la clase opresora a la democracia de las clases oprimidas, del Estado como *fuerza especial* para la represión de una determinada clase a la represión de los opresores por la fuerza conjunta de la mayoría del pueblo, de los obreros y los campesinos. Y es precisamente en este punto tan evidente, tal vez el más importante, en lo que se refiere a la cuestión del Estado, en el que las enseñanzas de Marx han sido más relegadas al olvido. La reducción de los sueldos de los altos funcionarios del Estado parece *simplemente* la reivindicación de un democratismo ingenuo, primitivo. Pero no lo es, pues, en primer lugar, el paso del capitalismo al socialismo es imposible sin un cierto *retorno* al democratismo *primitivo*, si no, ¿cómo pasar a la ejecución de las funciones del Estado por la mayoría de la población, por toda la población en bloque?; y, en segundo lugar, este *democratismo primitivo*, basado en el capitalismo y en la cultura capitalista, no es el democratismo primitivo de los tiempos prehistóricos o de la época precapitalista. La cultura capitalista ha creado la gran producción, fábricas, ferrocarriles, el correo, el teléfono, etcétera, y sobre esta base, una enorme mayoría de las funciones del antiguo *Poder del Estado* se han simplificado tanto y pueden reducirse a operaciones tan sencillísimas de registro, contabilidad y control, que estas funciones son totalmente asequibles a todos los que saben leer y escribir, que pueden ejecutarse en absoluto por el *salario corriente de un obrero*, que se las puede, y se las debe, despojar de toda sombra de algo privilegiado y *jerárquico*. La completa elegibilidad y la amovilidad en cualquier momento de todos los funcionarios sin excepción; la reducción de su sueldo a los límites del *salario corriente de un obrero*; estas medidas democráticas, sencillas y *evidentes por sí mismas*, al mismo tiempo que unifican en absoluto los intereses de los obreros y de la mayoría de los campesinos, sirven de puente que conduce del capitalismo al socialismo. Estas medidas atañen a la reorganización del Estado, a la reorganización puramente política de la sociedad, pero es evidente que sólo adquieren su pleno sentido e importancia en conexión con la *expropiación de los expropiadores* ya en realización o en preparación, es decir, con la transformación de la propiedad privada capitalista sobre los medios de producción en propiedad social. Al suprimir las 2 mayores partidas de gastos, el ejército y la burocracia, la Comuna, escribe Marx, convirtió en realidad la consigna de todas las revoluciones burguesas: un Gobierno barato. Entre los campesinos, al igual que en las demás capas de la pequeña burguesía, sólo *prospera*, sólo *se abre paso* en sentido burgués, es decir, se convierten en gentes acomodadas, en burgueses o en funcionarios con una situación garantizada y privilegiada, una minoría insignificante. La inmensa ma-

yoría de los campesinos de todos los países capitalistas en que existe una masa campesina, decía Lenin, se halla oprimida por el Gobierno y ansía derrocarlo, ansía un Gobierno *barato*. Esto puede realizarlo sólo el proletariado, y, al realizarlo, da al mismo tiempo un paso hacia la transformación socialista del Estado.

—Marx hace una explicación algo más detallada y de fondo sobre esa vaina que mencionas como *Gobierno barato* —aportó Sebastián con calma y sin ánimo de polemizar—. La sola existencia de la Comuna, dice, suponía la no existencia de la monarquía que es el lastre normal y el disfraz indispensable de la dominación de clase. La Comuna dotó a la República de una base de instituciones realmente democráticas. Pero, ni el *Gobierno barato*, ni la *verdadera República*, añade, constituían su meta final; no eran más que fenómenos concomitantes. La variedad de interpretaciones a que ha sido sometida la Comuna y la variedad de intereses que la han interpretado a su favor, demuestran que era una forma política perfectamente flexible, a diferencia de las formas anteriores de Gobierno, que habían sido todas fundamentalmente represivas. He aquí su verdadero secreto: la Comuna era, esencialmente, un Gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo. Sin esta última condición, el régimen de la Comuna habría sido una imposibilidad y una impostura. La dominación política de los productores es incompatible con la perpetuación de su esclavitud social. Por tanto, la Comuna había de servir de palanca para extirpar los cimientos económicos sobre los que descansa la existencia de las clases y, por consiguiente, la dominación de clase. Emancipado el trabajo, todo hombre se convierte en trabajador, y el trabajo productivo deja de ser un atributo de clase. Es un hecho extraño. A pesar de todo lo que se ha hablado y se ha escrito con tanta profusión, durante los últimos 60 años, acerca de la emancipación del trabajo, decía Marx aquel entonces, apenas en algún sitio los obreros toman resueltamente la cosa en sus manos, vuelve a resonar de pronto toda la fraseología apologética de los portavoces de la sociedad actual, con sus 2 polos de capital y esclavitud asalariada, y el terrateniente no es más que el socio comanditario del capitalista, como si la sociedad capitalista se hallase todavía en su estado más puro de inocencia virginal, con sus antagonismos todavía en germen, con sus engaños todavía encubiertos, con sus prostituidas realidades todavía sin desnudar. La Comuna, exclaman, pretende abolir la propiedad, base de toda civilización. Sí, caballeros, dice Marx, la Comuna pretendía abolir esa propiedad de clase que convierte el trabajo de muchos en la riqueza de unos pocos. La Comuna aspiraba a la expro-

piación de los expropiadores. Quería convertir la propiedad individual en una realidad, transformando los medios de producción, la tierra y el capital, que hoy son fundamentalmente medios de esclavización y de explotación del trabajo, en simples instrumentos de trabajo libre y asociado. Pero eso es el comunismo, el *irrealizable* comunismo. Sin embargo, los individuos de las clases dominantes que son lo bastante inteligentes para darse cuenta de la imposibilidad de que el actual sistema continúe, y no son pocos, se han erigido en los apóstoles molestos y chillones de la producción cooperativa. Ahora bien, si la producción cooperativa ha de ser algo más que una impostura y un engaño; si ha de substituir al sistema capitalista; si las sociedades cooperativas unidas han de regular la producción nacional con arreglo a un plan común, tomándola bajo su control y poniendo fin a la constante anarquía y a las convulsiones periódicas, consecuencias inevitables de la producción capitalista, ¿qué será eso entonces, caballeros, más que comunismo, comunismo *realizable*? La clase obrera no esperaba de la Comuna ningún milagro. Los obreros no tienen ninguna utopía lista para implantarla por *decreto del pueblo*. Saben que para conseguir su propia emancipación, y con ella esa forma superior de vida hacia la que tiende irresistiblemente la sociedad actual por su propio desarrollo económico, tendrán que pasar por largas luchas, por toda una serie de procesos históricos, que transformarán las circunstancias y los hombres. Ellos no tienen que realizar *ideales*, sino simplemente dar rienda suelta a los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno. Plena- mente consciente de su misión histórica y heroicamente resuelta a obrar con arreglo a ella, la clase obrera puede mofarse de las burdas invectivas de los lacayos de la pluma y de la protección pedantesca de los doctrinarios burgueses bien intencionados, que vierten sus ignorantes vulgaridades y sus fantasías sectarias con un tono sibilino de infalibilidad científica.

—Muy bien, buen complemento. Interesante, Sebastián, tu intervención cae como anillo al dedo; pues, precisamente, todo ello hay que ligarlo a la posterior experiencia histórica, a la teoría aplicada en la práctica. Quiero leerte algo interesante —dijo Leoncio luego de incorporarse y recostarse con la espalda apoyada sobre el quipe de tal manera que le facilitara la lectura—, es algo que algunos consideran trivial pero vale la pena prestar atención pues se trata de la experiencia de la Revolución Rusa y el magistral análisis hecho por Lenin. Como siempre, es algo conocido pero dado al olvido. En este caso, como en cualquier otro, si se quiere ser dialéctico hay que tener presente, muy presente, que lo universal está en lo particular; que lo general existe únicamente en lo particular; que lo general existe a

través de lo particular; que lo particular no existe más que en su relación con lo general, que no existe fuera de la conexión que conduce a lo general; y que por eso, todo lo particular es, de uno u otro modo, general y todo lo general es esencia de lo particular; que lo particular se vincula por miles de transiciones con particulares de otro género, etcétera, etcétera. Bien, acomódate que aquí va. En algún momento, hacia fines de 1921, Lenin dice algo muy importante: El régimen soviético es el máximo de democracia para los obreros y los campesinos y, a la vez, significa la ruptura con la democracia *burguesa* y el surgimiento de un *nuevo tipo* de democracia, de alcance histórico universal: la democracia proletaria o dictadura del proletariado. Y añade: No importa que los perros y los cerdos de la moribunda burguesía y la democracia pequeñoburguesa que los sigue nos cubran de improperios, maldiciones y burlas a montones por los desaciertos y los errores que hemos cometido al construir *nuestro* régimen soviético. No olvidamos un momento que, en efecto, hemos tenido y tenemos aún muchos desaciertos y errores. ¡Y cómo no íbamos a tenerlos en una obra tan nueva, nueva en toda la historia mundial, como es la de crear un *tipo* de régimen estatal sin precedente! Lucharemos sin cesar para corregir nuestros desaciertos y nuestros errores, para mejorar *la forma* en que aplicamos los principios soviéticos, que dista aún mucho, muchísimo, de ser perfecta. Pero podemos estar y estamos orgullosos de que nos haya caído en suerte la felicidad de *iniciar* la construcción del Estado soviético, de *iniciar* así una nueva época de la historia universal, la época de la dominación de una clase *nueva*, oprimida en todos los países capitalistas, de la clase que avanza por doquier hacia una vida nueva, hacia la victoria sobre la burguesía, hacia la dictadura del proletariado, hacia la liberación de la humanidad del yugo del capital y de las guerras imperialistas. La cuestión de las guerras imperialistas, de la política internacional del capital financiero, política que domina hoy en todo el mundo y que engendra inevitablemente nuevas guerras imperialistas, que acentúa ineludiblemente y de modo inaudito la *opresión nacional*, el pillaje, la expoliación, el estrangulamiento de pequeñas naciones, débiles y atrasadas, por un puñado de potencias *avanzadas*, es una cuestión que se ha convertido desde 1914 en piedra angular de la política de todos los países. Esta primera victoria *no es aún la victoria definitiva*, y nuestra Revolución de Octubre la ha conseguido con dolores y dificultades sin precedentes, con inauditos sufrimientos, con una serie de graves desaciertos y errores nuestros. ¡Hubiera sido demasiado desear que un pueblo atrasado triunfase sin desaciertos y sin errores sobre las guerras imperialistas de los países más poderosos y avanzados del globo! No tememos reconocer nuestros errores y

los examinaremos serenamente para aprender a corregirlos. Pero los hechos son elocuentes: por primera vez en siglos y milenios, la promesa de *responder* a la guerra entre esclavistas con la revolución de los esclavos *contra* todo género de esclavistas *se ha cumplido hasta el fin*, y se cumple contra viento y marea. Bien, esto como marco de referencia, luego sigue: Llevados de una ola de entusiasmo, después de despertar en el pueblo un entusiasmo al principio político general y luego militar, contábamos con cumplir directamente, sirviéndonos de ese entusiasmo, tareas económicas de la misma magnitud que las tareas políticas generales y las tareas militares. Contábamos, o quizá sea mejor decir, suponíamos, sin haber contado lo suficiente, que con órdenes directas del Estado proletario podríamos organizar al modo comunista, en un país de pequeños campesinos, la producción y la distribución estatales. La vida nos ha hecho ver nuestro error. Han sido necesarias diversas etapas transitorias, el capitalismo de Estado y el socialismo, para *preparar* el paso al comunismo con el trabajo de una larga serie de años. Esforzaos por construir al comienzo sólidos puentes que, en un país de pequeños campesinos, lleven al socialismo *a través del capitalismo de Estado*, no basándoos directamente en el entusiasmo, sino en el interés personal, en la ventaja personal, en la autogestión financiera, valiéndoos del entusiasmo despertado por la Gran Revolución. De otro modo no os acercaréis al comunismo, no llevaréis a él a decenas y decenas de millones de personas. Eso es lo que nos ha enseñado la vida, lo que nos ha enseñado el desarrollo *objetivo* de la revolución. Y nosotros, que en 3 ó 4 años hemos aprendido algo en el terreno de los virajes bruscos, cuando hace falta un viraje brusco, nos hemos puesto a estudiar un nuevo viraje, la *nueva política económica*, con empeño, atención e insistencia, aunque no todavía con suficiente empeño, suficiente atención ni suficiente insistencia. El Estado proletario tiene que ser un *patrono* prudente, celoso y hábil, un buen *comerciante al por mayor*; de lo contrario, no podrá elevar en el aspecto económico a un país de pequeños campesinos. Ahora, en las condiciones actuales, con la vecindad de un Occidente capitalista, no hay otro modo de pasar al comunismo. El comerciante al por mayor parece un tipo económico tan apartado del comunismo como el cielo de la tierra. Pero esta contradicción es, precisamente, una de las que en la vida real conducen de la pequeña hacienda campesina al socialismo, a través del capitalismo de Estado. El interés personal eleva la producción, y nosotros necesitamos, ante todo y a toda costa, que aumente la producción. El comercio al por mayor agrupa desde el punto de vista económico a millones de pequeños campesinos, interesándolos, ligándolos, conduciéndolos a la etapa siguiente; a diversas formas de relación y unión en la producción mis-

ma. Hemos iniciado la necesaria transformación de nuestra política económica. En este terreno contamos ya con algunos éxitos, es cierto que poco considerables, parciales, pero indudables. Estamos terminando, en este terreno de la nueva *ciencia*, el curso preparatorio. Si estudiamos con firmeza y ahínco, si contrastamos con la experiencia práctica cada uno de nuestros pasos, si no tememos rehacer varias veces lo empezado ni corregir nuestros errores, reflexionando detenidamente sobre lo que éstos significan, pasaremos también a los cursos siguientes. Terminaremos la *carrera*, aunque las circunstancias de la economía y de la política mundiales la hayan hecho mucho más larga y difícil de lo que hubiéramos deseado. Cueste lo que cueste, por duros que sean los tormentos de la época de transición, las calamidades, el hambre, la ruina, no nos desalentaremos y llevaremos nuestra obra hasta el fin victorioso.

—Tienes razón, yo mismo lo había olvidado a pesar de que ya lo tocaste hace un par de años al intentar hacer un primer balance de nuestra experiencia.

—Un balance prohibido, sí. Qué bien que lo menciones ahora. Pero déjame seguir con la lectura aunque ya recuerdes el tema y hacia dónde apunta la cuestión. Bien. El mismo año, en otro artículo Lenin escribe: No basta con ser revolucionario y partidario del socialismo o comunista en general, escribía yo en abril de 1918 en *Las tareas inmediatas del Poder soviético*. Es necesario saber encontrar en cada momento peculiar el eslabón particular al cual hay que aferrarse con todas las fuerzas para sujetar toda la cadena y preparar sólidamente el paso al eslabón siguiente. El orden de los eslabones, su forma, su engarce, la diferencia entre unos y otros no son tan simples ni tan burdos en la cadena histórica de los acontecimientos como en una cadena corriente forjada por un herrero. En los momentos actuales, en el terreno de las actividades de que estamos tratando, ese eslabón es la reanimación del *comercio interior*, regulado, orientado, con acierto por el Estado. El comercio, he ahí el *eslabón* de la cadena histórica de los acontecimientos, de las formas de transición de nuestra edificación socialista en 1921-1922, *al cual debemos aferrarnos con todas las fuerzas* nosotros, el Poder estatal proletario, el Partido Comunista dirigente. Si *ahora nos aferramos a este eslabón* con suficiente fuerza, podremos estar seguros de ser los dueños de *toda* la cadena en un futuro próximo. De otro modo no podremos ser dueños de toda la cadena, no podremos crear la base de las relaciones socioeconómicas de tipo socialista. Esto parece extraño. ¿Comunismo y comercio? Resulta algo muy incoherente, absurdo y distinto. Pero si se reflexiona *desde el punto de vista económico*, lo uno no se distingue más de lo otro que el comunismo se diferencia de la peque-

ña agricultura campesina, patriarcal. El Poder estatal proletario puede dominar el comercio, encauzarlo, encajarlo en determinado marco. Esto se parece a que empezamos a dominar, si bien dentro de los límites más modestos, el intercambio entre la industria y la agricultura; a dominar el comercio al por mayor; a dominar la tarea de asirse a la pequeña industria atrasada que tenemos, o a la grande, pero debilitada y arruinada; *a reanimar el comercio con la base económica existente*; a hacer sentir la reanimación económica al campesino medio, al simple campesino, y éste es uno de la masa, un representante de la masa, un vehículo del elemento espontáneo; a aprovechar todo esto para llevar a cabo una labor más regular y tenaz, más amplia y fecunda de restablecimiento de la gran industria. Sólo el marxismo ha definido con exactitud y acierto la relación entre las reformas y la revolución, si bien Marx tan sólo pudo ver esta relación bajo un aspecto, a saber, en las condiciones anteriores al primer triunfo más o menos sólido, más o menos duradero del proletariado, *aunque sea en un solo país*. En tales condiciones, la base de una relación acertada era ésta: las reformas son un producto accesorio de la lucha de clase revolucionaria del proletariado. Para todo el mundo capitalista, esta relación constituye el fundamento de la táctica revolucionaria del proletariado, el abecé, que tergiversan y ofuscan los líderes venales de la II Internacional y los caballeros semipedantes, semirremilgados de la Internacional II y media. Después del triunfo del proletariado, aunque sea en un solo país, aparece *algo nuevo* en la relación entre las reformas y la revolución. En principio, el problema sigue planteado del mismo modo, pero en la forma se produce un cambio, que Marx, personalmente, *no pudo prever*, pero que sólo puede ser comprendido colocándose uno en el terreno de la filosofía y de la política del marxismo. ¿Por qué pudimos aplicar con acierto el repliegue de Brest? Porque habíamos avanzado tanto que teníamos terreno para retroceder. Construimos el Estado soviético, salimos por vía revolucionaria de la guerra imperialista y culminamos la revolución democrática burguesa con tan vertiginosa rapidez, *en unas cuantas semanas*, desde el 25 de octubre de 1917 hasta la paz de Brest-Litovsk, paz dictada por la monárquica Alemania, que *incluso* un repliegue tan inmenso dejó en nuestras manos, a pesar de todo, posiciones suficientes por completo para aprovechar la *tregua* y avanzar triunfalmente en la lucha armada y la guerra civil contra la burguesía, los caballeros de la industria, los aventureros y los oportunistas y arribistas de toda laya. Y sólo para recordar, la Paz de Brest-Litovsk es un tratado de paz, firmado el 3 de marzo de 1918 en la ciudad bielorrusa del mismo nombre que entonces estaba bajo soberanía rusa, entre el Imperio Alemán, el Imperio austrohúngaro, el Imperio otomano y

el Reino de Bulgaria, por un lado, y la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, por otro. En el tratado, Rusia renunciaba a Finlandia, Polonia, Estonia, Livonia, Curlandia, Lituania, Ucrania y Besarabia, que a partir de entonces quedaron bajo el dominio y la explotación económica de los Imperios que acabo de mencionar y eran conocidos como los Imperios Centrales. Asimismo, entregó Ardahan, Kars y Batumi al Imperio otomano. Bien, Lenin sigue: Hasta el triunfo del proletariado, las reformas son un producto accesorio de la lucha revolucionaria de clase. Después del triunfo, ellas, aunque a escala internacional sigan siendo el mismo *producto accesorio*, constituyen, además, para el país en que se ha triunfado, una tregua necesaria y legítima en los casos en que es evidente que las fuerzas, después de una tensión extrema, *no bastan* para llevar a cabo por vía revolucionaria tal o cual transición. El triunfo proporciona tal *reserva de fuerzas* que hay con qué mantenerse, tanto desde el punto de vista material como del moral, aun en el caso de una retirada forzosa. Mantenerse desde el punto de vista material significa conservar la suficiente superioridad de fuerzas para que el enemigo no pueda derrotarnos por completo. Mantenerse desde el punto de vista moral significa no dejarse desmoralizar ni desorganizar, conservar una apreciación serena de la situación, conservar el ánimo y la firmeza de espíritu, replegarse aunque sea muy atrás, pero en la medida debida, replegarse de modo que se pueda detener a tiempo el repliegue y pasar nuevamente a la ofensiva. Nos hemos replegado hacia el *capitalismo de Estado*. Pero nos hemos replegado con sentido de la medida. Ahora nos replegamos hacia la *regulación estatal del comercio*. Pero nos replegaremos con sentido de la medida. Hay ya síntomas de que se vislumbra el final de este repliegue, de que se vislumbra en un futuro no muy lejano la posibilidad de detener este repliegue. Cuanto más conscientes y unidos hagamos este repliegue necesario, cuanto menores sean los prejuicios con que lo llevemos a cabo, tanto antes podremos detenerlo, tanto más firme, rápido y amplio será después nuestro victorioso avance. Muy bien, pero la cosa no queda ahí. Casi exactamente un año después, en noviembre de 1922, va más allá aún y escribe: En diciembre de 1921 estábamos pasando a la nueva política económica y parecía que ese paso, no obstante haberlo iniciado a comienzos de 1921, era bastante difícil, yo diría que muy difícil. Hace más de año y medio que venimos aplicando esta transición y parecería llegado el momento de que la mayoría se trasladara a los nuevos puestos y se instalara conforme a las nuevas condiciones, sobre todo conforme a las condiciones de la nueva política económica. Donde menos cambios hemos hecho es en *política exterior*. En este terreno hemos proseguido el rumbo que emprendimos antes; y

creo, lo digo con la conciencia tranquila, que lo hemos proseguido con absoluta consecuencia e inmenso éxito. Seguimos un camino trazado con absoluta claridad y precisión y nos hemos asegurado el éxito ante los países del mundo entero, aunque algunos de ellos sigan todavía dispuestos a declarar que no desean sentarse con nosotros a una misma mesa. Sin embargo, las relaciones económicas, y tras ellas las relaciones diplomáticas, se van normalizando, deben normalizarse y se normalizarán sin falta. Todo Estado que se oponga a normalizarlas corre el riesgo de llegar tarde y de encontrarse en una situación desfavorable, quizás bastante esencial en algo. Esto lo vemos ahora todos, y no sólo por la prensa, por los periódicos. Creo que, durante los viajes al extranjero, los camaradas se convencen también de cuán grandes son los cambios operados. En este sentido no hemos hecho, empleando la vieja comparación, ningún transbordo a otros trenes ni cambiado de caballos. Pero en lo que se refiere a nuestra *política interior*, el cambio que hicimos en la primavera de 1921, dictado por razones de fuerza y poder persuasivo extraordinarios, debido a lo cual no hubo entre nosotros la menor discusión ni la menor discrepancia en este punto, sigue originándonos ciertas dificultades, yo diría que grandes dificultades. Y no porque hayamos dudado de la necesidad del viraje, a este respecto no hubo ninguna duda, ni de si la prueba de esta nueva política económica nuestra ha reportado los éxitos que esperábamos. En esta cuestión, puedo decirlo con toda firmeza, tampoco existe la menor duda ni en las filas de nuestro partido ni entre las multitudes de obreros y campesinos sin partido. El problema no ofrece dificultades en este sentido. Las dificultades radican en que se nos ha planteado una tarea cuyo cumplimiento requiere a menudo que se apele a *nuevas personas*, que se adopten medidas extraordinarias y se empleen métodos también extraordinarios. Dudamos aún de la justedad de una cosa o de otra, hay cambios en una o en otra dirección, y debo decir que tanto lo uno como lo otro seguirá existiendo durante un período bastante prolongado. ¡Nueva política económica! Rara denominación. Esta política ha sido denominada *nueva política económica* porque da marcha atrás. Ahora nos replegamos, parece que retrocedemos; pero lo hacemos para, después de habernos replegado, tomar impulso y saltar adelante con mayor fuerza. Sólo con esta condición nos hemos replegado para aplicar nuestra nueva política económica. No sabemos aún dónde y cómo debemos reagruparnos, adaptarnos, reorganizarnos, para luego, después del repliegue, comenzar la ofensiva más tenaz. Esto es necesario para vencer las increíbles dificultades con que tropezamos en el cumplimiento de todas nuestras tareas, en la solución de todos nuestros problemas. Sabéis perfectamente cuántos sacrificios

ha costado conseguir lo que hemos hecho, sabéis cuán larga ha sido la guerra civil y cuántas fuerzas ha requerido. Y bien, la toma de Vladivostok nos ha mostrado, porque Vladivostok, aunque esté lejos, es una ciudad nuestra, a todos la simpatía general por nosotros, por nuestras conquistas. Tanto aquí como allí es la República Socialista Federativa Soviética de Rusia. Esta simpatía nos ha librado de los enemigos interiores y de los exteriores, que nos atacaban. Me refiero al Japón. Hemos conquistado una situación diplomática completamente definida, que no es otra cosa que una situación diplomática reconocida por el mundo entero. Todos lo veis. Veis los resultados; mas, ¡cuánto tiempo ha hecho falta para ello! Hemos conseguido ahora que los enemigos reconozcan nuestros derechos tanto en la política económica como en la comercial. Así lo prueba la conclusión de convenios comerciales. Podemos ver por qué nosotros, que hace año y medio emprendimos la senda de la llamada nueva política económica, avanzamos por ella con dificultades tan increíbles. Vivimos en las condiciones propias de un Estado tan destruido por la guerra, tan fuera de todo cauce más o menos normal, que ha sufrido y soportado tanto, que ahora nos vemos obligados a comenzar todos los cálculos, tomando como referencia un pequeño porcentaje, el porcentaje de anteguerra. Aplicamos esta medida a las condiciones de nuestra vida, a veces con mucha impaciencia y calor, y siempre nos convencemos de que las dificultades son inmensas. La tarea que nos hemos señalado en este terreno resulta tanto mayor por cuanto la comparamos con las condiciones de un Estado burgués corriente. Nos hemos planteado esa tarea porque comprendíamos que no podíamos esperar la ayuda de las potencias más ricas, esa ayuda que suele llegar siempre en condiciones semejantes. Después de la guerra civil nos pusieron en condiciones casi de boicot, o sea, nos dijeron que no nos concederían las relaciones económicas que están acostumbrados a conceder y son normales en el mundo capitalista. Ha transcurrido más de año y medio desde que emprendimos la senda de la nueva política económica; ha transcurrido mucho más tiempo desde que firmamos nuestro primer convenio internacional; y, sin embargo, todavía se deja sentir ese boicot de toda la burguesía y de todos los Gobiernos. No podíamos confiar en nada más cuando pasamos a las nuevas condiciones económicas; y, sin embargo, no albergábamos la menor duda de que debíamos pasar a ellas y lograr el éxito completamente solos. Cuanto más tiempo pasa, tanto más claro queda que toda ayuda que nos pudieran prestar, que nos prestarán los países capitalistas, lejos de suprimir esta condición, lo más probable es que la aumenten, que la agraven más aún en la inmensa mayoría de los casos. *Completamente solos*, nos dijimos. *Completamen-*

te solos, nos dicen casi todos los Estados capitalistas con los que hemos concluido alguna transacción, con los que hemos entrado en tratos, con los que hemos iniciado alguna negociación. Y ahí está la *singular dificultad* que debemos comprender. Hemos estructurado nuestro régimen estatal con un trabajo de increíble dificultad y heroísmo durante más de 3 años. En las condiciones en que nos hemos encontrado hasta ahora, no hemos tenido tiempo de examinar si rompíamos algo de más, si había demasiadas víctimas, porque las víctimas eran muchas, porque la lucha que iniciamos entonces era una lucha a vida o muerte contra el viejo régimen social, al que combatimos para conquistar nuestro derecho a la existencia, al desarrollo pacífico. Y lo hemos conquistado. No son palabras nuestras, no son declaraciones de testigos a los que se pueda acusar de parcialidad. Son declaraciones de testigos que se encuentran en el campo enemigo y que, como es natural, muestran parcialidad, mas no por nosotros, sino por el bando opuesto. Esos testigos se encontraban en el campo de Denikin, a la cabeza de la ocupación. Y sabemos que su parcialidad nos costó muy cara, nos costó muchas destrucciones. Por culpa suya hemos sufrido toda clase de pérdidas, hemos perdido valores de todo género y el valor principal, vidas humanas, a escala de increíble magnitud. Ahora, analizando con toda atención nuestras tareas, debemos comprender que la principal consiste hoy en no entregar las viejas conquistas. Y no entregaremos ni una sola de ellas. Al mismo tiempo, nos hallamos ante una tarea completamente nueva, y lo viejo puede ser un obstáculo directo. Esa tarea es la más difícil de comprender. Pero hay que comprenderla para aprender a trabajar; para aprender, cuando sea necesario, a echar los bofes, por así decir. Creo, camaradas, que estas palabras y consignas son comprensibles, porque en el año, aproximadamente, que me he visto obligado a permanecer ausente, en la práctica habéis tenido que hablar y pensar de esto en todos los aspectos y en centenares de ocasiones, al abordar el trabajo con vuestras propias manos. Y estoy seguro de que las reflexiones sobre el particular sólo pueden llevaros a una conclusión: hoy se requiere de nosotros más *flexibilidad* aún de la que hemos tenido hasta ahora en el terreno de la guerra civil. No debemos renunciar a lo viejo. Toda una serie de concesiones que nos acomodan a las potencias capitalistas permiten plenamente a éstas entablar relaciones con nosotros, les proporcionan beneficios, a veces quizás mayores de los debidos. Pero, al mismo tiempo, concedemos sólo una pequeña parte de los medios de producción, que nuestro Estado mantiene casi por completo en sus manos. En días pasados se discutió en la prensa el problema de la concesión solicitada por el inglés Urquhart, que en la guerra civil ha estado casi todo el

tiempo contra nosotros y decía: *Conseguiremos nuestro objetivo en la guerra civil contra Rusia, contra la misma Rusia que se ha atrevido a privarnos de esto y aquello*. Y, después de todo eso, hemos tenido que entablar relaciones con él. No nos hemos negado a ellas, las hemos acogido con gran alegría, pero hemos dicho: Usted perdóne, pero no entregaremos lo que hemos conquistado. Nuestra Rusia es tan grande, y nuestras posibilidades económicas tan numerosas, que nos consideramos con derecho a no rechazar su amable propuesta; pero la discutiremos serenamente, como hombres de negocios. Es cierto que nuestra primera conversación no ha dado nada, pues, por motivos políticos, no podíamos aceptar su propuesta. Hemos tenido que contestarle con una negativa. Mientras los ingleses no reconocieran la posibilidad de nuestra participación en el problema de los estrechos, de los Dardanelos, debíamos responder con una negativa; pero inmediatamente después de esa negativa debíamos analizar a fondo el problema. Hemos analizado si nos sería beneficioso o no, si nos sería provechoso acceder a esta concesión y, si lo es, en qué circunstancias. Hemos tenido que hablar del precio. Y esto, camaradas, os muestra con claridad hasta qué grado tenemos que abordar ahora los problemas de una manera distinta a como los abordábamos antaño. Antes, el comunista decía: *Entrego mi vida*, y le parecía muy sencillo, aunque no todas las veces era tan sencillo. En cambio, ahora, los comunistas tenemos planteada otra tarea completamente distinta. Ahora debemos calcularlo todo, y cada uno de vosotros debe aprender a economizar. En la situación capitalista, debemos calcular cómo asegurar nuestra existencia, cómo sacar provecho de nuestros enemigos que, como es natural, regatearán, pues jamás han perdido la costumbre de regatear y regatearán a costa nuestra. Tampoco olvidamos esto y en modo alguno nos imaginamos que los representantes del comercio se conviertan en algún sitio en corderos y nos faciliten gratis todas las venturas. Eso no ocurre, y no lo esperamos. Confiamos en que, acostumbrados a oponer resistencia, saldremos airosos en este terreno también y seremos capaces de comerciar, de obtener ganancias y de salir de las situaciones económicas difíciles. Esta tarea es muy ardua. Y nos aplicamos a cumplirla. Quisiera que nos diéramos perfecta cuenta del profundo abismo que media entre la tarea vieja y la nueva. Por muy hondo que sea ese abismo, en la guerra aprendimos a maniobrar y hemos de comprender que la maniobra que debemos realizar, la maniobra en que nos encontramos, es la más difícil. En cambio, es probable que sea la última. Debemos probar en ella nuestra fuerza y demostrar que no sólo hemos aprendido de *memoria* nuestras enseñanzas de ayer y *repetimos* las viejas lecciones. Hemos comenzado a estudiar de nuevo y estudiaremos de

modo que logremos éxitos concretos y visibles para todos. Y en nombre de este estudio nuevo creo que precisamente ahora debemos prometernos con firmeza otra vez unos a otros que nos hemos replegado bajo la denominación de nueva política económica, que nos hemos replegado para no entregar nada nuevo y, al mismo tiempo, para conceder a los capitalistas tales ventajas que obliguen a cualquier país, por muy enemigo nuestro que sea, a aceptar transacciones y relaciones con nosotros. El camarada Krasin, que ha conversado muchas veces con Urquhart, este dirigente y puntal de toda la intervención armada, decía que, después de los intentos de Urquhart de imponernos a toda costa y en toda Rusia el viejo régimen, se sentó a la misma mesa que Krasin y comenzó a decir: ¿A qué precio? ¿Cuánto? ¿Por cuántos años? Eso está bastante lejos todavía de la conclusión de una serie de convenios sobre arrendamiento de empresas en régimen de concesión y de que hayamos entablado, por tanto, relaciones contractuales absolutamente precisas y firmes, desde el punto de vista de la sociedad burguesa; pero ya vemos ahora que nos acercamos a eso, que casi hemos llegado, pero que todavía no hemos llegado. Esto, camaradas, debemos reconocerlo y no caer en la presunción. Estamos aún muy lejos de haber conseguido plenamente lo que nos hará fuertes e independientes y nos dará la tranquila seguridad de que no tememos ningún negocio con los capitalistas; de que, por difícil que sea el negocio, lo concluiremos, calaremos en el quid y saldremos airosos. Por eso, la labor que hemos iniciado en este terreno, tanto política como del Partido, debe continuar; por eso es necesario que pasemos de los viejos métodos a métodos completamente nuevos. Nuestra *administración* sigue siendo la vieja, y nuestra tarea consiste ahora en transformarla a lo nuevo. No podemos transformarla de golpe, pero necesitamos organizar las cosas de manera que estén bien distribuidos los comunistas con que contamos. Es preciso que estos comunistas manejen las administraciones a que han sido enviados, y no, como ocurre a menudo, que sean esas administraciones las que los manejan a ellos. No hay por qué ocultarlo y debemos hablar de ello con claridad. Ésas son las tareas que tenemos planteadas y las dificultades con que tropezamos, precisamente en el momento en que hemos emprendido nuestro camino práctico, en que debíamos aproximarnos al socialismo, y no como a un icono pintado con colores suntuosos. Necesitamos tomar una dirección certera, necesitamos que se *compruebe* todo, que todas las masas y toda la población comprueben nuestro camino y digan: Sí, esto es mejor que el viejo régimen. Ésa es la tarea que nos hemos fijado, la tarea que ha emprendido nuestro Partido, un pequeño grupo de hombres en comparación con toda la población del país. Este granito de arena se

ha planteado el objetivo de transformarlo todo y lo transformará. Hemos demostrado que no se trata de una utopía, sino de una obra a la que los hombres consagran su vida. Todos lo hemos visto, eso ya está hecho. Hay que transformar de modo que la mayoría de las masas trabajadoras, los campesinos y los obreros, digan: No os alabéis vosotros mismos; ya os alabamos nosotros y decimos que habéis conseguido mejores resultados, después de los cuales ni una sola persona sensata pensará jamás en retornar al pasado. Pero todavía no hemos alcanzado eso. *De ahí que la Nep siga siendo la consigna principal, inmediata, exhaustiva, del día de hoy.* No olvidaremos ni una sola de las consignas que aprendimos ayer. Podemos asegurarse a quienquiera que sea con absoluta tranquilidad, sin el menor asomo de titubeo, y cada paso que damos lo confirma. Pero debemos adaptarnos todavía a la nueva política económica. Hay que saber vencer, reducir a un mínimo determinado todos sus aspectos negativos, que no es preciso enumerar, puesto que los conocéis perfectamente. Hay que hacerlo todo con cálculo. Nuestra legislación nos brinda plenas posibilidades para ello. ¿Sabremos organizar las cosas como es debido? Es un problema que está lejos aún de haber sido resuelto. Lo estamos estudiando. Cada número del periódico de nuestro Partido publica decenas de artículos, que versan: en tal fábrica, con tal fabricante existen tales condiciones de *arrendamiento*; pero donde el director es un camarada nuestro, un comunista, las condiciones son otras. ¿Proporciona beneficios o no, compensa o no? Hemos pasado a la propia médula de todas las cuestiones cotidianas, y en eso consiste la inmensa conquista. Hoy, el socialismo no es ya un problema de un futuro remoto, ni una visión abstracta o un icono. De los iconos seguimos teniendo la opinión de antes, una opinión muy mala. Hemos hecho penetrar el socialismo en la vida diaria, y de eso es de lo que debemos ocuparnos. Ésa es la tarea del momento, ésa es *la tarea* de nuestra época. Permitidme que acabe expresando mi seguridad en que, por muy difícil que sea esa tarea, por más nueva que sea, en comparación con la que teníamos antes, y por más dificultades que nos origine, la cumpliremos a toda costa entre todos, juntos, y no mañana, sino en el transcurso de varios años, de modo que de la Rusia de la Nep salga la Rusia socialista. Hasta aquí lo dicho por Lenin.

—Una vez más —dijo Sebastián después de un largo silencio—, no se puede ser marxista sin ser leninista.

—Así es. Pero yo me pregunto, además, ¿acaso esta experiencia no es algo a tener en cuenta a lo largo del desarrollo de la lucha armada, de la guerra popular y en especial durante la construcción del nuevo Poder en medio de ella?

—Sí, no hay necesidad de esperar al triunfo para obrar de acuerdo a principios y experiencias conocidas...

—Lo que implica prestar atención al análisis del detalle, de las particularidades; de la llamada y tan manoseada *realidad concreta*.

Se hizo un prolongado silencio que ambos aprovecharon para reflexionar y sopesar las dificultades en las que se meterían si no ponían cuidado tanto en la forma como en el contenido en la exposición de estas ideas. Pensaban, sospechaban, que podría levantarse un muro de contención ante sus opiniones; pero en verdad, esa recopilación de citas, opiniones y pensamientos, no era ninguna novedad, no tenía nada de nuevo, o, en el mejor de los casos, muy poco. Eran temas conocidos y, en general, se manejaban mal que bien. El problema era que la sistematización que pretendían realizar, en base a la experiencia de las últimas décadas, les obligaba a reflexionar con detenimiento sobre algunos puntos específicos que hasta el momento habían sido considerados, por algunos encumbrados, como incuestionables verdades. No sentían miedo, ni siquiera temor, sabían que debían enfrentar y derrotar a la estúpida fuerza de la costumbre, redundante e innecesaria, que lleva a la vía fácil y cómoda de la irreflexión, del oportunismo, del parasitismo, del servilismo y del sometimiento reverencial; debían desafiar y derribar los íconos fabricados y venerados tras el torbellino de los tiempos de guerra; debían enfrentar y vencer la resistencia de quienes sanamente depositaron su ciega confianza en aquellos que, derrotados en algún recodo del camino, se deslizaron por la senda de la traición. Si pues, pensaba Leoncio, hay que rebelarse; hay que hacer un balance y sacar lecciones, ¡la rebelión se justifica, no pueden impedir que pensemos! Sí, pues, pensaba Sebastián, en verdad no estamos solos, hay que tocar las mentes y corazones de la gente para despertar su conciencia adormecida y reincorporarla a la continuidad del movimiento. ¡A la mierda con las dudas y las vacilaciones!

El tiempo transcurrió casi sin que lo notaran dentro de sus reflexiones; cruzaron algunas frases breves sobre cómo resumir lo hasta aquí conversado y luego se levantaron con cierta pesadez pues el haber estado echados cómodamente, a pesar de la concentración en el tema, les había relajado un poco el cuerpo. Acomodaron el quipe a la espalda y siguieron la marcha bajo un sol majestuoso.

—Lenin murió en enero de 1924 —dijo Sebastián tratando de continuar con la recapitulación para pulir su intervención—, o sea poco más de 1 año después de que pronunciara el discurso al que has hecho mención en la última parte de tu lectura...

—¡Huy, carajo! Tienes razón, no fue un artículo escrito por Lenin.

Ahora que lo mencionas, recuerdo haberlo visto en la anotación final que hice; sí, fue el discurso pronunciado por Lenin en el Pleno del Soviet de Moscú el 20 de noviembre de 1922.

—No tiene importancia, ya lo corrijo yo; de todas maneras, ya lo hemos visto y estamos de acuerdo, lo importante son las ideas y no el libro ni el número de página donde se encuentran.

—Así es, gracias.

—Bueno, decía que poco después muere Lenin; y digan lo que digan, la verdad, a pesar de los sucesivos derrames cerebrales que lo dejaron incapacitado, su muerte fue consecuencia del daño ocasionado por la bala envenenada que le dispararon y quedó alojada en el cuello, cerca de la espina dorsal, cuando intentaron asesinarlo en agosto de 1918. Stalin va a continuar la obra de Lenin y en el proceso de construcción del socialismo en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas va a luchar contra las desviaciones de Trotski, Zinóviev y Kámenev que concluyen en 1937; llevó una lucha de 13 años y es falso que resolviera las cosas de manera administrativa. El Presidente Mao dijo que los méritos de Stalin suman un 70% y sus errores, un 30%. Pero añadió que es probable que esta apreciación no sea muy exacta, pues a lo mejor él sólo tuvo un 20% ó 10% de errores, o un poco más de 30%.

—Yo opino que Stalin sólo tuvo un 10% ó 20% de aciertos —dijo Leoncio dando un manotazo en el aire—; pero la cuantificación de sus errores y aciertos sigue siendo irrelevante, lo importante son sus méritos mayores logrados en 3 grandes asuntos: la defensa del leninismo, del marxismo-leninismo, y del legado de Lenin contra los ataques de sus enemigos, los trotskistas y otros agentes burgueses; la defensa de la línea de Lenin en la industrialización y la colectivización de la agricultura, así como la defensa y construcción del socialismo en general y de la dictadura del proletariado en particular; y, que gracias a esto, condujo al triunfo del sistema socialista creando las condiciones para la victoria sobre Hitler y el nazi-fascismo en la Segunda Guerra Mundial. Así, estos y otros méritos menores de Stalin, incluso con las limitaciones y deficiencias, por ejemplo, en el problema de la industrialización, constituyen su aspecto principal y sus defectos y errores, por más que éstos fueran, el secundario; sus méritos, aunque hayan sido pocos, son más que suficientes y pesan más que sus errores. No hay que olvidar que el problema de cómo apreciar y enfocar a Stalin no es simplemente la evaluación del propio Stalin, sino, lo que es más importante, cómo sintetizar la experiencia histórica de la dictadura del proletariado y del movimiento comunista internacional a partir de la muerte de Lenin. Ésa es la clave, lo demás son tonterías.

—Tienes razón —convino Sebastián—, y por eso no existe lo que

algunos llaman estalinismo.

—Así es. Baste lo dicho y pasemos a analizarlo dentro de lo esbozado por Mao, que es muy interesante. Y dicho sea de paso, el apodo de Mao, en su infancia, era *niño de piedra* porque su madre, para bautizarlo, lo subió a una gran roca y sobre ella Mao se arrodilló y prestó juramento. Según él mismo, cuando joven creía en Buda porque su madre creía en Buda, y recién poco antes de cumplir los 20 años abandonó el budismo.

—Si Lenin fue bautizado por el rito de la Iglesia Ortodoxa rusa, por qué Mao no podía haber sido bautizado a la piedra —dijo Sebastián soltando una sonora carcajada.

—Eso, y además tenemos otra vez una piedra y su papel en la historia de alguien —dijo Leoncio compartiendo la hilaridad de Sebastián—. Pero bien, ya en serio. Teniendo en cuenta lo que acabamos de ver en Lenin, veamos lo siguiente. En 1958 Mao, escribiendo sobre economía, decía más o menos lo siguiente: La forma mercancía es un legado del capitalismo. Provisionalmente debemos conservarla. Actualmente, se refería evidentemente al 58, a ciertos economistas no les gusta la ciencia económica. Ahora, e incluso durante un cierto período en el porvenir, debemos ampliar los cambios de productos entre las comunas populares y aumentar aún más la producción mercantil. De otro modo no podrá asegurarse el pago de salarios, ni podrá mejorarse el nivel de vida. Ciertos camaradas cometen errores cada vez que tienen que resolver un problema atinente a las mercancías y a la producción mercantil. Hay que eliminar, cotidianamente, las leyes y los poderes de la burguesía: el sistema de calificación del trabajo, la jerarquía, la actitud negativa respecto a las ventajas del sistema de la distribución gratuita. En 1953 substituimos, escribía Mao, el sistema de remuneraciones al sistema de la distribución gratuita. Esta medida era esencialmente correcta, pero era *un retroceso* absolutamente necesario. Cometimos, sin embargo, una falta al ceder sobre el problema de la jerarquía. De allí resultó que, durante un cierto período, la gente se esforzase por ascender en la escala de la jerarquía. Sólo después de una campaña de rectificación se logró que este fenómeno perdiese su importancia. El sistema de la jerarquía refleja las relaciones entre padres e hijos, entre gatos y ratones. Hay que destruirlo día tras día. Enviar los cuadros al campo a trabajar en las granjas experimentales es uno de los métodos para transformar el sistema de la jerarquía. Sin la transformación de este sistema no hay Gran Salto adelante. Los elementos de la burguesía pueden ser aceptados como miembros en las comunas populares urbanas. Pero guardan entonces su estatuto de clase. En otro lado había afirmado que la expresión *todos para uno, uno para todos* no es apropiada porque allí sigue es-

tando el uno. Algunos dicen que Marx empleó esta expresión. Aún si fuese cierto, dice Mao, no estamos obligados a hacerle propaganda. Y continúa argumentando que *todos para uno* significa que todo el mundo trabaja para mí. *Uno para todos*: ¿a cuántas personas podría servirles yo? Muy bien. Luego se pregunta: ¿Socialismo o comunismo? ¿En qué momento se puede decir que se ha concluido la construcción del socialismo? Mao explica que se formularon 2 criterios. Primero, el logro de la construcción del socialismo se manifiesta por la aplicación general del sistema socialista de la propiedad de todo el pueblo. Y segundo, cuando el sistema de la propiedad de todo el pueblo haya reemplazado al sistema de la propiedad colectiva de las comunas populares. Y luego añade que algunos camaradas no están de acuerdo con que se haga una distinción entre estos 2 sistemas de propiedad. Pretenden que lo que existe en las comunas populares no es más que el sistema de propiedad de todo el pueblo. En realidad hay 2 sistemas: uno es el sistema de la propiedad de todo el pueblo como en la *Acería de Anshan*, que era la mayor central siderúrgica china situada en el nordeste en la provincia de Liaoning; y otro es el sistema de la propiedad de la gran colectividad de las comunas populares. Si se ignora esto, ¿para qué sirve pues, todavía, la edificación socialista?, se preguntaba y añadía que, ojo con esta fineza, Stalin trazó una línea de demarcación entre los 2 sistemas y preconizó 3 condiciones para pasar al comunismo. Estas 3 condiciones fundamentales no son malas, dijo. Las 2 primeras pueden resumirse como sigue: primera, aumento de la producción social; y segunda, paso del sistema de la propiedad colectiva al sistema de la propiedad de todo el pueblo, substitución por un sistema de cambio de productos del sistema de cambio de mercancías, paso de la etapa del valor de cambio a la etapa del valor de uso. Y sigue, en China, estas 2 condiciones significan: primero, aumentar enérgicamente la producción y desarrollar *simultáneamente* la industria y la agricultura manteniendo siempre el principio del crecimiento preferencial de la industria pesada; y segundo, llevar el sistema de la propiedad de las pequeñas colectividades hasta el nivel de la propiedad del pueblo entero. Están equivocados aquellos de entre nosotros que no quieren trazar la línea de demarcación y que pretenden que ya hemos entrado a la era del sistema de la propiedad de todo el pueblo. La tercera condición fijada por Stalin concierne a la cultura: preconiza un desarrollo de la educación física y de la educación de todo el pueblo. Para alcanzar este objetivo Stalin propone 4 medidas: 1, la jornada de trabajo de 6 horas; 2, la institución de una educación politécnica; 3, el mejoramiento de las condiciones del hábitat; y 4, el aumento de los salarios y la disminución de los precios. Las 3 condiciones de Stalin son excelentes.

Pero entre ellas falta una condición político-ideológica. Las condiciones que acabamos de citar se orientan esencialmente a aumentar la producción. Una abundancia muy grande de productos facilita en efecto el paso del sistema de la propiedad colectiva al sistema de la propiedad de todo el pueblo. Pero para aumentar la producción hay que producir más, más rápidamente, mejor, y de una manera más económica. Y si se quiere lograr este resultado, hay que colocar la política en el puesto de mando y esforzarse por alcanzar simultáneamente los 4 objetivos: cantidad, rapidez, calidad y economía. Hay que lanzar también movimientos de rectificación con el fin de destruir la ideología del poder legal de la burguesía. Agregar una forma de estructura como la comuna popular a un país como la China, es hacer aún más fácil la realización de los 4 objetivos. ¿Cuál es el significado del sistema general de la propiedad de todo el pueblo?, se pregunta y responde que este sistema significa: primero, que los medios de producción de la sociedad pertenezcan a todo el pueblo; segundo, que los productos de la sociedad pertenezcan a todo el pueblo. Y luego vuelve a preguntar, fíjate que Mao usa bastante las preguntas y las respuestas. Pregunta: ¿Cuál es la naturaleza de la comuna popular? Responde: Ésta es la unidad de base de la estructura social china que reúne a obreros, campesinos, soldados, intelectuales y comerciantes. Actualmente constituye la organización administrativa de base. En cuanto a la milicia, está destinada a hacer frente al extranjero, especialmente al imperialismo. La comuna popular es la mejor forma de organización para la realización de los 2 pasos: el paso del socialismo de hoy al sistema general de la propiedad de todo el pueblo, y el paso del sistema general de la propiedad de todo el pueblo al comunismo...

—Y luego concluye que después de estos pasos, la comuna popular constituirá la estructura de base de la sociedad comunista. ¿Cier-to?

—Ésa fue la pregunta; y la respuesta es, ¡Cier-to!

Sebastián dio un ligero empujón en el hombro a Leoncio quien se ladeó algo de costado y después de recuperar el equilibrio jaló del poncho a Sebastián para detener su marcha y ponerse a su altura. Siguieron.

—Eso como telón de fondo para ver que en los problemas económicos Mao desarrolla a Lenin y va mucho más allá en el análisis de las particularidades de un país semifeudal y semicolonial y en la aplicación de las leyes generales. Bien —continuó Leoncio—, ese mismo año, 1958, en *Acerca de los problemas económicos del socialismo en la URSS de Stalin*, Mao, dice que Stalin sólo dedica unas frases a las leyes objetivas y a la economía planificada sin desarrollar ni dar respuesta satisfactoria a estos problemas. En cuanto a los problemas

de la industria pesada, de la industria liviana y de la agricultura, la Unión Soviética ha prestado escasa atención a los 2 últimos. Por esto ha tenido que sufrir las consecuencias. Además, las relaciones entre el interés inmediato y el interés a largo plazo del pueblo están, entre los soviéticos, mal establecidas; esencialmente caminan con una sola pierna. Entre el Plan soviético y el Plan chino, se pregunta Mao, ¿cuál es, al fin de cuentas, el más conforme con el desarrollo planificado y proporcionado? Y se responde que Stalin no destaca más que tecnología y los cuadros técnicos. Sólo quiere la técnica y los cuadros. Ignora la política y las masas. También aquí camina con una sola pierna. En el dominio de la industria pone el acento sobre la industria pesada y descuida la industria liviana. De nuevo camina con una sola pierna. En lo que concierne a la mutua relación entre los diferentes sectores de la industria pesada, Stalin no indica tampoco el aspecto esencial de la contradicción. Pone el acento en la industria pesada, diciendo que el acero es su base y las máquinas su corazón.

—Al Presidente Mao sólo le faltó decir que Stalin y los soviéticos eran cojos —comentó Sebastián volviendo a reír sin maledicencia ni ironía, sólo con sana alegría.

—Eso —convino Leoncio con una amplia sonrisa al tiempo que recordaba haber visto, a muchos, tal vez a demasiados, perder la vigorosa espontaneidad tras una falsa postura de seriedad académica—. En cuanto a nosotros, dijo Mao, creemos que en el dominio de la agricultura la producción de cereales constituye el principio director; y que en el dominio de la industria es la producción de acero la que constituye el principio director. Considerando el acero como el principio director, procuramos la materia prima a nuestras industrias, y la industria mecánica se desarrolla en consecuencia. Más adelante, sigue analizando Mao, Stalin divide la producción en 2 grandes categorías y afirma que los medios de producción no son mercancías. Esto merece ser estudiado. En China, en el sector de la agricultura, buen número de medios de producción deben considerarse aún como mercancías. En opinión de Mao, la última de las 3 cartas que Stalin dirige a los economistas soviéticos Sanina y Venger expresa un punto de vista casi totalmente erróneo. Se descubre allí una gran desconfianza respecto a los campesinos, así como la voluntad de no aflojar el control sobre las máquinas agrícolas. De un lado, Stalin dice que los medios de producción pertenecen al Estado, mientras de otro afirma que éstos son muy caros para los campesinos. En realidad se engaña a sí mismo. El Estado ejerce un control asfixiante sobre los campesinos y Stalin no ha encontrado el buen método y el camino correcto que lleven del capitalismo al socialismo y del socialismo al comunismo. Para él esto es una cosa sumamente embarazosa. Así, en cuanto

a mercancía, valor y planificación, se pueden sacar buenas lecciones de lo dicho por el propio Mao. Él dice: Si desarrollamos sensiblemente la producción mercantil, no es teniendo como objetivo un beneficio, sino en el interés del campesinado, de la alianza entre los obreros y los campesinos, del desarrollo de la producción. Más adelante añade: Luego de las campañas de rectificación contra los derechistas, el trabajo no es más una mercancía. No se trabaja más para obtener dinero sino para servir al pueblo. Esto es posible solamente si el trabajo no es más una mercancía; y, termina diciendo que la ley del valor no desempeña un poder regulador. Este papel lo juega la planificación y el principio que consiste en poner la política en el puesto de mando. En la sociedad China, la ley del valor no desempeña un papel regulador, es decir un papel decisivo. Lo que juega un papel decisivo en la producción es la planificación. Esto lo amplía en otro lugar, dice: En el dominio del trabajo de planificación, si rehusamos hacer un balance y adoptamos la política de dejar hacer, si nos mostramos demasiado prudentes y excluimos toda audacia, se termina por destruir el desarrollo proporcionado. Estos métodos de trabajo son ambos erróneos. Un plan es una ideología. La ideología es el reflejo de una realidad y ella actúa sobre la realidad. Ello muestra claramente que cosas como los planes, que forman parte de las ideologías, tienen una gran influencia sobre el progreso o la ausencia de progreso de la economía, tanto como el ritmo de desarrollo económico. Muy bien, habrás prestado atención a estos puntos.

—Sigo siendo todo oídos, no te preocupes —dijo Sebastián levantando las manos hacia el firmamento.

—Bien. En 1959, comentando el libro de Stalin *Anotaciones a los Problemas Económicos del Socialismo en la URSS*, Mao amplía lo dicho antes y sostiene que, de comienzo a fin, en su libro, Stalin no habla en ninguna parte de la superestructura. No toma en consideración al hombre. Él ve las cosas, no al hombre. Stalin tendría que decir si el sistema de la distribución gratuita es o no benéfico para el desarrollo económico. ¿Es bueno o no tener producción mercantil? Ojo que Lenin ya había hablado de ello, lo acabamos de ver en extenso. Todo el mundo, dice Mao, debe estudiar esta cuestión.

—Marx había planteado, ya lo has dicho, que el capitalismo rompe definitivamente los vínculos de la agricultura con la industria pero, al llegar a la culminación de su desarrollo, también prepara los nuevos elementos que restablecen esos vínculos, es decir, la unión de la industria con la agricultura sobre la base de la aplicación consciente de la ciencia, de la combinación del trabajo colectivo y de un nuevo reparto de la población, lo que conlleva acabar con el abandono del campo, con su aislamiento del mundo y con el atraso de la población

rural, como también con la aglomeración antinatural de gigantescas masas humanas en las grandes ciudades. Lenin, por su lado, habla de reanimar el comercio con la base económica existente y, tomando a Marx, ve la necesidad de ligar la industria, la grande, la mediana y la pequeña, con la agricultura planteando que en ese momento la nueva política económica era la consigna principal.

—Sí. Pero ojo, no hay que olvidar que, en ese punto, Lenin habla de *intercambio* entre la industria y la agricultura. Bien, volviendo a Mao, señala que algunos, y se refiere a China, no quieren la producción mercantil. Están equivocados, señala categórico. En lo que a este problema concierne, dice, debemos aún referirnos a Stalin quien, por su parte, se ha referido a Lenin. Este último dijo que era necesario concentrar todos los esfuerzos en el desarrollo del comercio. En cuanto a nosotros, decimos que hay que desarrollar con todas nuestras fuerzas la industria, la agricultura y *el comercio*. Sebastián, ¿notas la diferencia?

—Claro, pues. Ni que fuera borrico, carajo.

—No te arañes, compadre, sólo fue una pregunta insulsa. Disculpa. Mao explica que el fondo del problema reside en el campesinado. Algunos van hasta a considerar a los campesinos como superiores a los obreros. Y especifica que la ley de la producción mercantil no ha sido comprendida; que el marxismo-leninismo está presente por doquier en los libros de los economistas chinos, pero, dice, en la práctica económica, se adopta un marxismo-leninismo rebajado. De allí una gran confusión en las ideas. Si cometemos errores, arriesgamos a arrojar el campesinado al campo de los enemigos.

—Cosa que también se olvida con frecuencia.

—Cierto. Y ya fue planteado por Marx, por Engels y por Lenin; además hemos visto que la producción de mercancías no es un fenómeno aislado y que depende de a qué esté asociada, si está ligada al capitalismo entonces es producción mercantil capitalista; si está ligada al socialismo es entonces producción mercantil socialista y, por un tiempo, puede servir al desarrollo de la sociedad socialista sin necesariamente desembocar en el capitalismo. Mao dice que la producción de mercancías sirve *dócilmente* al socialismo. Punto. Bien, otro documento, en *Notas de lectura acerca del Manual de Economía Política de la Unión Soviética* de 1960; aquí encontramos algo que, relacionado con lo anteriormente dicho, también se olvida con frecuencia; y es que Mao combatió decididamente la posición revisionista de los *estímulos materiales*. Algunos dicen, escribe Mao, que el socialismo debe prestar mayor atención al estímulo material que el capitalismo. Tal tesis no tiene verdaderamente ningún sentido. Considerar la distribución de los medios de consumo como una fuerza motriz decisiva es

revisar el punto de vista de Marx. El *Manual*, dice Mao, prosigue en estos términos: *Debemos en primer lugar sacar provecho del factor que es el estímulo material*. Habla como si la actividad creadora de las masas dependiese de los intereses materiales. El *Manual* no pierde nunca una ocasión de hablar de los intereses materiales personales como si buscarse sin cesar apelar a esos intereses para atraer a las personas. Es el reflejo del espíritu de una parte considerable de los cuadros de los servicios económicos y de los cuadros dirigentes. Es igualmente el reflejo de una situación en la que el *trabajo político ideológico* no ha obtenido suficiente atención. En estas condiciones no hay otra salida que apoyarse en los estímulos materiales. La primera mitad de la frase *de cada uno según sus capacidades; a cada uno según su trabajo* se refiere a la necesidad de hacer un esfuerzo máximo para la producción. ¿Por qué pues cortar en 2 esta frase y hablar, de una manera parcial, del estímulo material? Si así se publicitan los intereses materiales, el capitalismo se convierte en invencible. Incluso si se admite que el estímulo material es un principio importante, no puede ser de ninguna manera el único. Debe haber otro principio: aquél del estímulo del espíritu en el dominio político-ideológico. Además el estímulo material no puede ser tratado únicamente en términos de intereses personales. Debe ser tratado también en términos de intereses colectivos, de primacía de los intereses colectivos sobre los intereses personales, de prioridad de los intereses a largo plazo sobre los intereses provisorios, de primacía de los intereses generales sobre los intereses particulares. Bien, otra cuestión. En el punto quinto de *Notas de lectura*, Mao escribe: El último párrafo de la página 330 habla de la transformación de la revolución democrática en revolución socialista. ¿Pero cómo se efectúa? El *Manual* no da explicación clara. La Revolución de Octubre es una revolución socialista. Accesoriamente ha cumplido tareas que dejó inconclusas la revolución democrática burguesa. El decreto de la nacionalización de tierras se promulgó inmediatamente después de la Revolución de Octubre. Pero la revolución democrática que debía resolver el problema agrario se prolongó aún durante cierto tiempo. En China, dice, cumplimos las tareas de la revolución democrática durante la guerra de liberación. La fundación en 1949 de la República Popular China marcó la coronación, en lo esencial, de la revolución democrática y el comienzo del paso al socialismo. Enseguida se necesitaron aún 3 años para realizar la reforma agraria. Pero, desde la fundación de la República Popular China, confiscamos las empresas capitalistas burocráticas que representaban el 80% de los capitales fijos de la industria y del transporte del país para hacerlas propiedad de todo el pueblo. Durante el período de la Guerra de Liberación en China, lanzamos

llamamientos para luchar no sólo contra el imperialismo y el feudalismo, sino también contra el capitalismo burocrático. La lucha contra el capitalismo burocrático tiene un doble carácter: de un lado se lucha contra el capital comprador, lucha que entra en el cuadro de la revolución democrática y, del otro lado, se lucha contra la gran burguesía, lucha que hace parte de la revolución socialista. Una parte muy grande del capital burocrático chino pertenecía a empresas japonesas, alemanas e italianas de las que el Kuomintang había tomado posesión después de la victoria, al fin de la guerra antijaponesa. En esta época la relación entre el capital burocrático y el capital nacional, en China, era de 8 a 2. Después de la Liberación confiscamos la totalidad del capital burocrático, destruyendo así el elemento principal del capitalismo chino. Es pues erróneo pensar que después de la Liberación, *la Revolución China, en su primera etapa, esencialmente hizo parte de la revolución democrática; fue sólo más tarde cuando se desarrolló poco a poco en una revolución socialista*. Mucho más adelante, en la misma obra, dice que el aumento prioritario de la producción de los medios de producción es una ley económica, *común a todas las sociedades*, para aumentar la reproducción. En una sociedad capitalista también, si no hay aumento prioritario de la producción de los medios de producción, no es posible ampliar la reproducción. En la época de Stalin, como se puso el acento particularmente sobre el desarrollo preferencial de la industria pesada, se descuidó en consecuencia a la agricultura en la planificación. El mismo problema se planteó, hace algunos años, en los países de Europa Oriental. El método nuestro ha consistido en desarrollar *simultáneamente*, bajo la condición de un desarrollo preferencial de la industria pesada, a la industria, la agricultura y algunos otros sectores. En los sectores desarrollados simultáneamente existen también sectores esenciales. Si la agricultura no se desarrolla no puede resolverse un buen número de problemas. Luego analiza la cuestión del equilibrio y el desequilibrio. Y ojo aquí, mi querido Sebastián, esta parte hay que verla con detenimiento pues es aplicación magistral de la dialéctica. Sólo tocaré algunas partes, veamos, escribe: Lo que se dice en uno de los párrafos de la página 432 es incorrecto. El desarrollo de la tecnología capitalista es a la vez equilibrado y desequilibrado. El problema es que este equilibrio y este desequilibrio son por naturaleza diferentes al equilibrio y desequilibrio del desarrollo tecnológico en el sistema socialista. En este último, el desarrollo tecnológico tiene su equilibrio y su desequilibrio propios. Entre otros, Mao da un buen ejemplo, dice: En la actualidad, el trabajo manual tiene en China aún un lugar extremadamente importante. Está en desequilibrio con el desarrollo de la producción y el aumento de la productividad. Es por esto por lo

que es absolutamente necesario desatar una gran revolución tecnológica y resolver el problema planteado por este desequilibrio. Y continúa: Pues bien, el párrafo en cuestión rehúsa admitir tanto la existencia de un cierto equilibrio en el capitalismo como la existencia de un cierto desequilibrio en el socialismo. El desarrollo técnico, tanto como el desarrollo económico, se efectúa por oleadas. El *Manual* no ha abordado el progreso por oleadas de la producción socialista. Decir que el desarrollo de la economía socialista se hace sin oleadas, por pequeñas que sean, es inimaginable. Un desarrollo no es nunca lineal; se hace por oleadas o en espiral. Cuando estudiamos, lo hacemos por oleadas. Antes de estudiar hacemos otra cosa. Después de haber estudiado durante algunas horas, descansamos. No podemos continuar estudiando día y noche. Hoy, estudiamos un poco más; mañana, un poco menos. Además, durante nuestra jornada de estudio, tan pronto tenemos más discusión, tan pronto tenemos menos. Todo esto progresa por oleadas, con altos y bajos. El equilibrio debe considerarse en función del desequilibrio. Sin desequilibrio, no hay equilibrio. El desarrollo de las cosas es siempre desequilibrado. Por esto es por lo que hay necesidad de equilibrio. La contradicción entre el equilibrio y el desequilibrio existe en todos los campos y en cada uno de los eslabones de cada uno de los sectores. Surge sin cesar y sin cesar se resuelve. El *Manual*, dice Mao, no ha utilizado plenamente la dialéctica. No ha estudiado los diferentes problemas teniendo en cuenta la dialéctica. Consagra un capítulo muy largo a las leyes del desarrollo planificado y armónico de la economía nacional. Pero no menciona la contradicción entre el equilibrio y el desequilibrio. En una sociedad socialista se puede desarrollar la economía nacional de una manera planificada y armónica. Esto permite regularizar los desequilibrios sin por esto eliminarlos.

—El desequilibrio está en la naturaleza de las cosas —parafraseó Sebastián recordando lo estudiado.

—Sí, así es. Mao continúa diciendo que gracias a la abolición del sistema de la propiedad privada, es posible organizar la economía de una manera planificada. Por ejemplo, dice, es posible dominar y utilizar conscientemente las leyes objetivas del desequilibrio para crear buen número de equilibrios relativos y provisionales. Si las fuerzas productivas progresan muy rápido, crean una situación en la que las relaciones de producción no convienen ya a las fuerzas productivas por una parte, y la superestructura a las relaciones de producción, por otra parte. Se hace entonces necesario transformar las relaciones de producción y la superestructura con el fin de restablecer el equilibrio. La superestructura se adapta a las relaciones de producción y las relaciones de producción se adaptan a las fuerzas productivas. Se

puede decir que el equilibrio así alcanzado sólo es relativo. Porque el desarrollo de las fuerzas productivas no se detendrá nunca. En consecuencia siempre habrá desequilibrio. El equilibrio y el desequilibrio son los 2 aspectos de una contradicción. El desequilibrio es el aspecto absoluto mientras que el equilibrio es el aspecto relativo. Si éste no fuese el caso, ocurriría que las fuerzas productivas, las relaciones de producción y la superestructura permanecerían fijas y no podrían desarrollarse. El equilibrio es relativo mientras que el desequilibrio es absoluto. Es una ley universal. ¿Cómo podría decirse que esta ley no se aplica en una sociedad socialista? Conviene afirmar que allí también es aplicable. Las contradicciones y las luchas son cosas absolutas. La unidad, la unanimidad y la solidaridad son pasajeras, y por tanto relativas. También los equilibrios en el trabajo de planificación son provisionales, pasajeros, condicionales, por lo tanto relativos. No se puede suponer que haya un equilibrio incondicional y eterno.

—Dicho de otra manera y en corto, es imposible mantener un equilibrio permanente, libre de toda ruptura. Los marxistas sostenemos que el desequilibrio, la contradicción, la lucha y el desarrollo son absolutos, en tanto que el equilibrio y el reposo son relativos. Relativo significa temporal y condicional. Ya lo hemos visto también en detalle.

—Cierto, y si con este principio se analiza el concepto de nación, entonces se puede apreciar cuán peregrina es aquella posición que sostiene que para que un *país* llegue a ser una *auténtica nación* es condición previa que tal país esté *integrado y unificado*; pero bien, eso lo veremos más adelante. Así que de regreso a Mao. Él continúa y establece que el principio que se debe tener presente en el estudio de los problemas económicos del socialismo es el equilibrio y el desequilibrio entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, de una parte, y entre las relaciones de producción y la superestructura, de otra. Luego añade: La economía política tiene como objeto principal el estudio de las relaciones de producción. Pero si se quiere analizar claramente las relaciones de producción, hay que estudiar conjuntamente las fuerzas productivas, por una parte, y los efectos positivos y negativos ejercidos por la superestructura sobre las relaciones de producción, por otra parte. El *Manual* habla del Estado pero no lo estudia. He aquí uno de los defectos del libro. Naturalmente, en las investigaciones de economía política, dice Mao, no hay que dar una importancia muy grande ni a las fuerzas productivas ni a la superestructura. Si se desarrolla demasiado la investigación sobre las fuerzas productivas, se llega a las ciencias técnicas y a las ciencias naturales. Si se desarrolla mucho la investigación sobre la superestructura, se llega a la teoría del Estado y a la teoría de la lucha

de clases. Uno de los 3 componentes del marxismo es el socialismo científico que tiene por objeto la investigación acerca de la teoría de la lucha de clases, la teoría del Estado, la teoría de la revolución, la teoría del Partido, la estrategia, las tácticas, etcétera. No existe en el mundo de las cosas nada que no pueda analizarse. Pero, para analizar cada cosa hay que tener en cuenta que, primero, las condiciones son diferentes; y, segundo, las características no son las mismas. Muchas categorías y leyes fundamentales son aplicables por doquier, por ejemplo la unidad de las contradicciones. Si se mira y se estudia el problema desde este ángulo, se puede tener una concepción del mundo y una metodología globales y definidas.

—Y aquí bien se puede decir, con toda razón, que no se puede ser marxista-leninista sin ser maoísta.

—Exactamente. Así es. Ser marxista, hoy, es ser marxista-leninista-maoísta. Para nosotros, y no me refiero sólo a nosotros 2, es algo indiscutible; pero, en general, aún queda mucho por hacer para que se tome conciencia de ello tanto en el ámbito nacional como en el ámbito internacional; y es indispensable hacerlo pues, como hemos visto, Mao, desarrollando a Lenin y por lo tanto a Marx, aplicó la dialéctica para analizar la relación existente entre la base económica y la superestructura y, desarrollando la lucha del marxismo-leninismo contra la tesis revisionista de las *fuerzas productivas*, estableció que la superestructura, la conciencia, puede modificar la base económica; que con el poder político se pueden desarrollar las fuerzas productivas. Mao sostiene que la transformación de la ideología *en sistema* se produce siempre como secuela de movimientos de los hechos, porque la ideología es el reflejo de un movimiento material. Las leyes aparecen en la repetición en el curso de movimientos de los hechos; su aparición no es un accidente. Los hechos deben repetirse frecuentemente antes de que aparezcan leyes susceptibles de ser reconocidas como tales por todos. Pero no se queda ahí, además, desarrollando la idea leninista de que la política es expresión concentrada de la economía, estableció la necesidad de poner la política al mando, en todos los planos, y definió que el trabajo político es la línea vital del trabajo económico; con lo cual se llega a un verdadero manejo de la economía política y no a una simple política económica. Muy bien, pero aún hay más. El marxismo exige la unidad de la lógica y de la historia. Las ideas son el reflejo de la existencia objetiva mientras que la lógica se deriva de la historia. El *Manual*, dice Mao, está en verdad lleno de materiales, pero éstos no se analizan. La lógica está allí ausente y en vano se buscan leyes. Esto es malo. Pero no tener materiales tampoco es bueno. Porque en este caso no se ve sino la lógica y no la historia. Y esta lógica que se ve no es más que una lógica subjetivista.

Es aquí precisamente donde reside el defecto del *Manual*. Es absolutamente necesario escribir una historia del desarrollo del capitalismo en China. Si los historiadores no estudian la historia de cada sociedad o la historia de cada época, no podrán escribir una historia general de calidad. Y si se estudia una sociedad particular, es para encontrar las leyes particulares de esta sociedad. Si se logra elucidar las *leyes particulares* de una sociedad determinada, se pueden fácilmente conocer las leyes generales de esa sociedad. Hay que encontrar las generalidades *a través de las numerosas particularidades* que se han estudiado. Sin comprender bien las leyes particulares, es imposible comprender bien las leyes universales. Pero tampoco se queda ahí, no señor. Veamos. Toda filosofía debe servir a la política de su tiempo. Esto es verdad para la filosofía burguesa, dice Mao y explica. En cada país, siempre, han hecho su aparición nuevos teóricos y han desarrollado nuevas teorías para servir a la política de la época. En Inglaterra hubo materialistas burgueses tales como Francis Bacon y Thomas Hobbes. En Francia, en el Siglo XVIII, aparecieron materialistas como los enciclopedistas. Las burguesías alemana y rusa tuvieron también sus materialistas. Eran todos materialistas burgueses que servían a la política burguesa de su época. No porque la burguesía inglesa tuviese *sus* materialistas, podía la burguesía francesa prescindir de los suyos; y no porque Inglaterra y Francia tuviesen *sus* materialistas burgueses podían Alemania y Rusia prescindir de los suyos. Con absoluta evidencia, la filosofía marxista del proletariado debe servir aún más estrechamente a la política de su época. En lo que concierne a China, lo primero que hay que hacer es estudiar las obras de Marx, Engels, Lenin y Stalin. Pero los comunistas y los pensadores proletarios de todos los países deben *crear nuevas teorías, escribir nuevas obras*, formar *sus* propios teóricos con el fin de servir a la política de su época. No es bueno para un país, cualquiera que sea, dice categórico, apoyarse en un momento cualquiera *sobre cosas superadas*. Si sólo hubiesen existido Marx y Engels y si no hubiese habido un Lenin para escribir obras tales como *Dos Tácticas*, hubiese sido imposible resolver los nuevos problemas aparecidos desde 1905. Igualmente, si sólo hubiese existido *Materialismo y empiriocriticismo* de 1907, hubiese sido imposible hacer frente a los nuevos problemas que surgieron antes y después de la Revolución de Octubre. Para satisfacer las exigencias de esta época, Lenin redactó *Sobre el Imperialismo, El Estado y la Revolución*, etcétera. Después de la muerte de Lenin, para hacer frente a los reaccionarios y para defender el leninismo, Stalin debió escribir obras como *Los fundamentos del leninismo, Las cuestiones del leninismo*, etcétera. Al fin de la segunda guerra civil y al comienzo de la guerra de resistencia contra el Japón, yo redacté,

dice Mao, *Acerca de la Práctica y Sobre la Contradicción*. Yo no podía dejar de escribir estas obras para satisfacer las exigencias del momento. Ahora entramos en la era del socialismo, dice Mao y añade que una serie de problemas nuevos ha aparecido. Es imposible no escribir nuevas obras y no elaborar nuevas teorías para satisfacer a las nuevas exigencias. Bien, de que si estamos o no en la *era del socialismo* es bastante discutible; pero lo que no es discutible es el hecho de que han aparecido problemas nuevos y que por lo tanto, como recomienda Mao, hay necesidad de elaborar nuevas teorías para satisfacer a las nuevas exigencias; lo discutible, en este punto, es si esa tarea, esa necesidad de elaborar nuevas teorías, es potestad y exclusividad de algunos autoencumbrados individuos o si es posible tomar en cuenta los específicos aportes que puedan hacer una serie de personas hasta que aparezca un nuevo líder mundial a la altura de un Marx, de un Engels, de un Lenin o de un Mao; y en nuestro caso particular, por lo menos, de la talla de un José Carlos Mariátegui o de quien en su momento fuera llamado Presidente Gonzalo.

—Eso es algo que también deberíamos ver —dijo Sebastián y se detuvo.

La tarde daba señas de estar en pleno apogeo y madurez. Habían alcanzado más o menos los 3,500 metros sobre el nivel del mar y el frío de la puna quedaba atrás dando paso a un clima templado y seductor. El descenso se había hecho más ligero y con pocos obstáculos, el sendero se hacía claro o difuso según el discurrir de la quebrada pero sabían que estaban en el camino correcto. Se sentaron sobre unas rocas que se prestaban para el caso en la falda del macizo, sacaron la bolsita de plástico que llevaban en el bolsillo de la casaca, la abrieron, y se llevaron a la boca algunas hojas de coca para refrescar la bola que ahí tenían, se pusieron a chacchar sin apuro. Poco más tarde reiniciaron la marcha.

—En 1957 —dijo Leoncio retomando el hilo de sus ideas—, o sea unos cuantos años antes de los documentos a los que acabo de hacer mención, Mao ya planteaba un par de cosas muy claras con relación a Stalin. Por ejemplo, en *Discursos en una conferencia de secretarios de comités provinciales, municipales y de región autónoma del Partido*, se lee lo siguiente: Quisiera decir algo sobre las relaciones chino-soviéticas. Creo que es inevitable que haya forcejeos y no hay razón para pensar que éstos no tengan cabida entre comunistas. ¿Existe en el mundo lugar alguno libre de forcejeos? El marxismo es un ismo de forcejeos, pues trata de las contradicciones y la lucha. Siempre existen contradicciones, y donde hay contradicciones hay lucha. Entre China y la Unión Soviética actualmente se

presentan algunas contradicciones. Un poco más adelante Mao pone la base, dice: En filosofía, materialismo e idealismo forman una unidad de contrarios, son 2 cosas que luchan entre sí. Además de esta pareja, hay otra, dialéctica y metafísica, con la cual sucede lo mismo. Siempre que se habla de filosofía, no pueden faltar estas 2 parejas. En la Unión Soviética, ahora ya no se enfocan las cosas en términos de pareja, sino de solitario, y ello con el argumento de que sólo se debe franquear el paso a las flores fragantes, cerrándolo a las hierbas venenosas, con lo que se niega la existencia del idealismo y de la metafísica en los países socialistas. En realidad, en todos los países se puede advertir la presencia de idealismo, de metafísica, de hierbas venenosas. En la Unión Soviética, muchas hierbas venenosas hacen su aparición bajo el manto de flores fragantes y muchos planteamientos peregrinos salen con el rótulo de materialismo o *realismo socialista*. Nosotros, en cambio, reconocemos abiertamente la lucha entre materialismo e idealismo, dialéctica y metafísica, flores fragantes y hierbas venenosas. Esta lucha continuará *por siempre*, dando un paso adelante en cada etapa. Y Mao sigue con algo a lo que hay que prestar oídos y entendederas, dice: Quisiera dar un consejo a los camaradas aquí presentes. Si ustedes poseen conocimientos de materialismo y dialéctica, deben estudiar, a modo de complemento, algo de sus contrarios, el idealismo y la metafísica. Es preciso leer materiales negativos como libros de Kant y Hegel, de Confucio y Chiang Kai-shek. Si no conocen nada acerca del idealismo y la metafísica ni han entrado en lucha con tales cosas negativas, sus conocimientos de materialismo y dialéctica carecerán de solidez. Un defecto de algunos de nuestros militantes e intelectuales del Partido reside precisamente en su escasísimo conocimiento de las cosas negativas. Se limitan a *repetir* lo que han aprendido en unos cuantos libros de Marx, y eso suena bastante monótono. Sus discursos y artículos carecen de fuerza convincente. Si uno no ha estudiado las cosas negativas, no puede refutarlas. Marx, Engels y Lenin procedieron de otra manera. Estudiaron e investigaron con ahínco las más variadas cosas de su tiempo y de la historia y, además, enseñaron a la gente a obrar así. Las 3 partes integrantes del marxismo nacieron en el proceso del estudio de teorías burguesas, es decir, la filosofía clásica alemana, la economía política clásica inglesa y el socialismo utópico francés, y de la lucha contra ellas. Y luego, Mao, con maestría, suelta el puntillazo, dice: Stalin fue un poco débil en este sentido. En su tiempo, la filosofía idealista clásica de Alemania fue considerada como una reacción de la nobleza alemana contra la revolución francesa. Con semejante conclusión se la descalificó a toda ella en bloque. Stalin negó la ciencia militar alemana al afirmar que, como los alemanes habían sido

derrotados, ya no tenía validez su ciencia militar y no había para qué leer los trabajos de Clausewitz. En Stalin hubo *mucho* de metafísica; además, él enseñó a mucha gente a ponerla en práctica. En el *Compendio de Historia del Partido Comunista, bolchevique, de la URSS*, planteó que al método dialéctico marxista lo caracterizaban 4 rasgos fundamentales. Presentó como el primero de ellos la conexión de los objetos y fenómenos y lo hizo como si todos ellos estuvieran vinculados sin más ni más. Pero, ¿qué es lo que se halla vinculado? Los 2 términos contrarios. Toda cosa supone la existencia de 2 términos contrarios. Al explicar el cuarto rasgo, las contradicciones internas implícitas en los objetos y fenómenos, se limitó a hablar de la lucha de los contrarios sin mencionar su unidad. De acuerdo con la ley de la unidad de los contrarios, la ley fundamental de la dialéctica, los contrarios están en lucha pero al mismo tiempo conforman una unidad; se excluyen mutuamente pero también están vinculados entre sí y, en determinadas condiciones, se transforman el uno en el otro. La cuarta edición del *Diccionario filosófico abreviado*, redactado en la Unión Soviética, refleja en su definición de la *identidad* este punto de vista de Stalin. El *Diccionario* dice: *Fenómenos tales como la guerra y la paz, la burguesía y el proletariado, la vida y la muerte, no pueden ser idénticos, porque son radicalmente contrarios y se excluyen mutuamente.* Esto quiere decir que tales fenómenos radicalmente contrarios, en vez de tener una *identidad marxista*, sólo se excluyen entre sí, no están mutuamente vinculados ni pueden, en determinadas condiciones, transformarse el uno en el otro. Tal afirmación es por completo errónea. Según la opinión de ellos, sigue Mao, la guerra es la guerra y la paz, la paz, sin que entre una y otra haya conexión alguna sino simple exclusión mutua; la guerra no puede transformarse en paz, ni viceversa. Lenin citó una vez las siguientes palabras de Clausewitz: *La guerra es la continuación de la política por otros medios.* La lucha en los tiempos de paz es política, y lo es también la guerra, aunque valiéndose de medios especiales. La guerra y la paz se excluyen mutuamente y al mismo tiempo están interconectadas; además, en determinadas condiciones, la una se transforma en la otra. Si la guerra no se incubara en los tiempos de paz, ¿cómo podría estallar de repente? Y, si durante la guerra no se incubara la paz, ¿cómo podría ésta llegar súbitamente? Si la vida y la muerte no pudieran transformarse la una en la otra, cabría preguntar: ¿De dónde salieron entonces los organismos vivos? En un principio, en la Tierra sólo existía materia inerte; la materia viva apareció más tarde, gracias a las transformaciones operadas en la materia inerte, es decir, en la materia muerta. En todos los organismos vivos tiene lugar el metabolismo, tiene lugar el crecimiento, la reproducción y la muerte. En el

proceso total de la existencia, vida y muerte incesantemente luchan entre sí y se transforman la una en la otra. Muy bien, más claro, ni el agua. Pero la cosa no queda ahí, Mao sigue con la fundamentación para poner al descubierto los errores de Stalin; asunto que por idolatría algunos siempre omiten y dejan de lado tratando de tapar el sol con la uña sucia de uno de sus dedos.

—A César lo de César y a Justo lo que de justo tenga —dijo Sebastián lacónico.

—Eso —apuntó Leoncio reprimiendo una carcajada—. Bien, a Stalin, dice Mao, se le escapó la conexión existente entre la lucha y la unidad de los contrarios. La mentalidad de ciertas personas en la Unión Soviética es metafísica; es tan rígida que, para ellas, esto es esto y lo otro es lo otro, sin que reconozcan la unidad de los contrarios. De ahí sus errores en lo político. Y luego añade algunos puntos, veamos. Dice: El hecho de que en la sociedad socialista unas cuantas personas promuevan desórdenes, es un nuevo problema que merece ser estudiado con seriedad. En la sociedad, toda cosa constituye una unidad de contrarios. La sociedad socialista es también una unidad de contrarios, y en ella hay unidad de contrarios en el seno del pueblo y la hay entre nosotros y el enemigo. La razón fundamental de que en el país todavía se presenten desórdenes promovidos por unas cuantas personas es que aún existen en nuestra sociedad diversos tipos de términos opuestos, los positivos y los negativos, y clases, personas y opiniones contrarias. Hemos cumplido en lo fundamental la transformación socialista de la propiedad sobre los medios de producción, pero subsisten la burguesía, los terratenientes y los campesinos ricos, así como tiranos locales y contrarrevolucionarios. Ellos conforman las clases expropiadas y son objeto de nuestra opresión. Sienten odio y, en muchos de ellos, este odio estalla en la primera oportunidad. Cuando se produjeron los acontecimientos de Hungría, alimentaron la esperanza de que Hungría se hundiera en el caos y pensaron que lo mejor sería que China corriera idéntica suerte. Esto se halla determinado por su naturaleza de clase. También son contrarios a nosotros los peregrinos comentarios de algunas personalidades democráticas y profesores de cátedra. Ellos preconizan el idealismo, y nosotros preconizamos el materialismo. En la manera de pensar de los hombres, la búsqueda de la verdad en los hechos y el subjetivismo están en oposición. Pienso que habrá subjetivismo todos los años. ¿No habrá ni un ápice de subjetivismo de aquí a 10,000 años? No lo creo. La lucha contra la ideología burguesa y contra los elementos malvados y sus fechorías será prolongada y durará decenios o hasta centenares de años. En su curso, la clase obrera, los demás trabajadores y los intelectuales revolucionarios irán adquiriendo experien-

cias y templándose, lo cual será de gran provecho. Las cosas malas tienen un doble carácter: Son malas y buenas a la vez. Esto todavía no está claro para muchos camaradas. Las cosas malas llevan implícitos factores positivos. Considerar a los elementos malvados y sus fechorías como algo puramente malo, es abordar los problemas de modo unilateral, metafísico, es abordarlos con un enfoque no dialéctico, no marxista. Aunque, por un lado, los elementos malvados y sus fechorías son negativos, tienen un papel positivo por el otro. Y pone un ejemplo, dice: Hombres tan malos como Wang Ming desempeñan un buen papel como maestros por lo negativo. De igual modo, las cosas buenas encierran factores negativos. Por ejemplo, nuestras grandes victorias logradas en los 7 años transcurridos desde la Liberación, sobre todo las del año pasado, se les subieron a la cabeza a algunos camaradas, que, mellados por el engruimiento, fueron cogidos por sorpresa al estallar de súbito los desórdenes provocados por unas cuantas personas. La razón fundamental de que uno tenga miedo a los desórdenes y, al mismo tiempo, los trate de manera simplista, es que ideológicamente no reconoce que la sociedad socialista constituye una unidad de contrarios y que en ella existen contradicciones, clases y lucha de clases. Durante largo tiempo, Stalin se mantuvo sin reconocer que en el sistema socialista subsisten la contradicción entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas y la contradicción entre la superestructura y la base económica. No fue sino en su obra *Problemas económicos del socialismo en la URSS*, escrita un año antes de su fallecimiento, en la que se refirió, pero a medias palabras, a la contradicción entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas en el sistema socialista, afirmando que podrían surgir problemas si la política no era correcta o si faltaba una regulación apropiada. Sin embargo, ni siquiera entonces planteó como un problema que afectase a todo el conjunto la contradicción entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas y la contradicción entre la superestructura y la base económica en el sistema socialista, ni llegó a comprender que éstas son las contradicciones fundamentales que impulsan hacia adelante la sociedad socialista. Él estimaba que el Estado bajo su dirección era ya estable y sólido. Por lo que a nosotros respecta, no debemos considerar que el nuestro sea ya estable y sólido, pues simultáneamente es y no es así. Según la dialéctica, del mismo modo que el hombre tiene que morir tarde o temprano, también el sistema socialista, como fenómeno histórico que es, ha de desaparecer un día, ha de ser negado por el sistema comunista. Si uno afirmase que nunca desaparecerá el sistema socialista, ni las relaciones de producción y la superestructura socialistas, ¿en dónde habría dejado el marxismo? ¿No equivaldría esto a un dogma

religioso, a la teología, que predica la eternidad de dios?

—Buen ejemplo el que da el Presidente Mao, apunta directamente contra la esencia metafísica de esas ideas —comentó Sebastián.

—Así es, pero Mao no sólo se dedica a señalar el problema y criticarlo; además, da la pauta general y muestra el caso concreto de la sociedad China en esos momentos. Dice: Cómo tratar las contradicciones entre nosotros y el enemigo y las existentes en el seno del pueblo en la sociedad socialista es una ciencia, una ciencia que merece ser estudiada concienzudamente. En las condiciones de nuestro país, la actual lucha de clases es, parcialmente, manifestación de las contradicciones entre nosotros y el enemigo, pero, en la mayoría de los casos, manifestación de las contradicciones en el seno del pueblo. Un reflejo de este estado de cosas son los desórdenes que ahora promueve un reducido número de personas. Suponiendo que el globo terrestre se destruya dentro de 10,000 años, por lo menos durante estos 10,000 años enteros habrá *desórdenes*. Pero no nos corresponde ocuparnos de asuntos tan lejanos como los que han de ocurrir en términos de 10,000 años. Lo que nos incumbe es hacer serios esfuerzos por adquirir, en un período de varios quinquenios, las experiencias necesarias para tratar este problema.

—Y, ahora que lo pienso, dentro de esto, ¿dónde queda aquella condición de *integrado y unificado* para que un país llegue a ser nación?

—Pues en el cúmulo de las necesidades especulativas, ¿dónde más?; en esa fanfarronada ni siquiera hay el más mínimo intento de análisis de la contradicción. Pero sigamos con asuntos realmente interesantes. Mao continúa apretando el dedo sobre la llaga, dice: En un período posterior a la Segunda Guerra Mundial, el Partido Comunista de la Unión Soviética y los Partidos de algunos países de Europa Oriental dejaron de lado los principios fundamentales del marxismo. Tendieron un manto de silencio sobre la lucha de clases, la dictadura del proletariado, la dirección del Partido, el centralismo democrático, los vínculos del Partido con las masas, etcétera, y la atmósfera que allí se vivía era de escaso interés por estas cosas. Fue por eso que se produjeron los acontecimientos de Hungría. Nosotros hemos de atenernos firmemente a la *teoría básica* del marxismo. En todas las provincias, municipios y regiones autónomas es preciso emprender el trabajo teórico y preparar, en forma planificada, teóricos y críticos marxistas. Es preciso mantener estrechos vínculos con las masas. El que se divorcia de las masas y practica el *burocratismo* necesariamente sufre golpes. Por no haber hecho investigaciones, los dirigentes húngaros ignoraban el estado de ánimo de las masas y, en consecuencia, al sobrevenir los graves desórdenes, ni siquiera atinaron a

comprender sus causas.

—Muy diplomático al hablar de burocratismo de pasada.

—A mí no me parece que sea de pasada; con claridad, y de frente, está señalando los defectos de Stalin no sólo como promotor de la metafísica y negador de la lucha de clases en el socialismo sino como adorador del burocratismo; y pone al descubierto a él y a sus seguidores. Además, la idea esbozada por Mao es completa, dice sin tapujos: *El que se divorcia de las masas y practica el burocratismo necesariamente sufre golpes*. Masas, burocratismo, golpes; no necesito explicártelo, ¿verdad?

—No, gracias. Tienes razón.

—Bien, Mao sigue tan contundente como un martillazo sobre clavo caliente. Dice: Hay que persistir en eliminar a los contrarrevolucionarios. Todos los contrarrevolucionarios *comprobados* deben ser eliminados. Es necesario que acatemos nuestra legalidad, pero actuar conforme a la ley no significa atarnos de pies y manos. Es incorrecto dejar de eliminar a los contrarrevolucionarios atándonos de pies y manos. Debemos actuar conforme a la ley y con las manos libres.

—Sobre esto ya hemos discutido años atrás. Hay que sacar experiencia, mantener la medida y la razón.

—Y sobre todo hay que sopesar las consecuencias y no sobrepasarse; Mao habla de contrarrevolucionarios comprobados y no es posible dejar de tener en cuenta los usos y las costumbres, como tampoco es posible ignorar cosas tan elementales como, por ejemplo, el enraizado culto a los muertos. Barbarie y civilización, manejo de la contradicción. Política al mando, siempre. La experiencia china es de ellos y nosotros tenemos la nuestra. Mao apunta al fondo de la cuestión: la legalidad.

—Y nosotros estamos por una nueva legalidad. Hay que aprender de los errores.

—Eso, hay que actuar conforme a la ley y con las manos libres. Así es, Sebastián, estamos de acuerdo. Ése, posiblemente, será un tema a tratar con mayor detenimiento para darle mayor difusión, pues se tergiversa y trafica mucho al respecto. Bien, sigamos. Y he aquí lo importante, no sólo se trata de la crítica que Mao hace a Stalin, ni de sopesar y valorar en porcentaje sus aciertos y sus errores; sino que, y esto es lo principal, se trata de sacar experiencia y lecciones para encontrar una salida correcta a un problema específico; es la simple aplicación de la dialéctica, la aplicación de las leyes generales a los problemas concretos, a la realidad concreta. Y aquí entra a tallar el problema de la agricultura; hay puntos que nos son inmensamente útiles, como cuestiones generales, para entender y manejar nuestra propia realidad. Pero veamos en concreto, sólo voy a reiterar aque-

llos puntos que hace más de una década nos permitieron reflexionar al analizar nuestra propia experiencia. Así que recordarás muy bien.

—Vamos a ver —dijo Sebastián con expectativa.

—A ver, pues. Mao dice: Todo el Partido debe prestar seria atención a la agricultura. La agricultura es extremadamente importante para la economía nacional y la vida del pueblo. Hay que tener presente el gran peligro que encierra *desatender* el problema de los cereales. Si se lo desatiende, tarde o temprano se producirá un gran *caos* bajo los cielos de China. De la agricultura depende también el problema de alimentar a la población de las ciudades y de las zonas industriales y mineras. Sólo el aumento de la producción agrícola destinada al mercado permitirá la satisfacción de las necesidades de la población industrial y el consiguiente desarrollo de la industria. La agricultura es la principal fuente de materias primas para la industria ligera y, al mismo tiempo, el campo constituye para ésta un importante mercado. Del mismo modo, las zonas rurales constituyen un importante mercado también para la industria pesada. Por ejemplo, los fertilizantes químicos, la maquinaria agrícola de todo género y una parte de la energía eléctrica, del carbón y del petróleo, se producen con destino a las zonas rurales. Los principales productos de exportación, dice Mao, son en la actualidad productos agrícolas. Con las divisas que se obtienen a cambio de estos productos podemos importar toda clase de equipos industriales. La agricultura constituye una importante fuente de acumulación. Al desarrollarse, podrá proporcionar fondos aún mayores para el desenvolvimiento de la industria. El objetivo que perseguimos es lograr que la agricultura amplíe su reproducción, ofrezca un mercado todavía más grande a la industria y se convierta en una fuente mayor de *acumulación*. Una mayor acumulación para la industria sólo es posible previo aumento de la acumulación para la propia agricultura. Una acumulación en la agricultura hecha exclusivamente para la industria, dejando escasa o ninguna acumulación para la agricultura misma, sería como vaciar el estanque para coger los peces y, al contrario de lo esperado, redundaría en perjuicio del desarrollo de la industria. También es menester prestar la debida atención a la correlación proporcional entre la acumulación de las cooperativas y los ingresos de sus miembros. Las cooperativas deben utilizar *la ley del valor* para hacer el cálculo económico y trabajar con laboriosidad y economía a fin de aumentar paso a paso su acumulación. Si este año se obtiene una abundante cosecha, la acumulación debe aumentar un poco sobre la del año pasado, pero no en demasía, pues es preferible dejar que los campesinos tengan algo más para comer. La acumulación puede ser un poco mayor en los años de buena cosecha y, en los de graves o leves calamidades naturales, reducirse a cero o a un

poco menos de la anterior. Esto quiere decir que la acumulación debe ser ondulante o, dicho de otro modo, en forma de espiral. Como toda cosa en el mundo constituye una contradicción, una unidad de contrarios, su movimiento y su desarrollo se producen siempre a modo de ondas. Los rayos del Sol se llaman ondas luminosas, lo que utiliza la radio para sus emisiones lleva el nombre de ondas hertzianas, y lo que transmite el sonido, ondas acústicas. Hay ondas de agua y ondas de calor. En cierto sentido, puede decirse que la acción de caminar se hace en forma de ondas, pues es esto lo que implica el dar un paso primero y después otro. La ópera se canta en forma ondulante, pues no se entona la segunda frase melódica sino después de la primera, siendo imposible cantar 7 u 8 frases sin tomar aliento. La acción de escribir también se efectúa a modo de ondas, pues los caracteres se escriben uno por uno y no se puede poner centenares de caracteres de un plumazo. He aquí la naturaleza zigzagueaste del movimiento contradictorio de las cosas. Genial, ¿o no? En mi opinión, Sebastián, éste es un brillante ejemplo de la aplicación práctica de la dialéctica, de la ley de la contradicción, de la ley de la unidad de los contrarios. Hay que aprender de Mao. Evidentemente él está hablando del desarrollo simultáneo de la industria y la agricultura en un país socialista bajo la dirección de un Partido Comunista y donde el proletariado ya ha tomado el Poder, pero, ¿acaso no es el resultado de todo un proceso de experiencia acumulada en base al desarrollo mismo de la sociedad, de la creación de la vanguardia organizada, el Partido, y de la preparación, inicio y desarrollo de la revolución? De ser así, entonces es digno de ser tomado en cuenta y como referencia para la construcción del nuevo Poder, incluso antes de la toma del Poder, con las especificaciones que sean necesarias.

—Eso, sí, estamos de acuerdo, Leoncio. En nuestro caso, la construcción del nuevo Poder, del nuevo Estado, pasa por la construcción de bases de apoyo, que es la esencia del camino de cercar las ciudades desde el campo; esa construcción es el problema del Poder, la concreción de la dictadura conjunta de Nueva Democracia que ha de transformar la vieja sociedad para, rematando la revolución democrática, servir a la socialista, bajo la dictadura del proletariado.

—Sí, así es —convino Leoncio—. El nuevo Poder, el nuevo Estado, que en el campo se materializó en su forma de Comités Populares, de bases de apoyo en desarrollo y de la República Popular de Nueva Democracia en formación, no es otra cosa más que la expresión del Frente Único que plasma la dictadura conjunta de obreros, campesinos y pequeñosburgueses, que expresa la dictadura de las 3 clases que participaron en la revolución armada: proletariado, campesinado y pequeña burguesía; este nuevo Poder se conforma como una dicta-

dura de Nueva Democracia en cuanto sistema de Estado y en asambleas populares en cuanto sistema de Gobierno. Se organiza la vida social de las masas en todos sus planos; se organiza la producción principalmente de la agricultura, del comercio, orientando la actividad hacia el trabajo colectivo; además ejerce justicia, organiza la educación y la recreación, así como vela por la marcha de las organizaciones populares y garantiza la seguridad colectiva e individual; la base de esta labor es la introducción de nuevas relaciones sociales de producción. Y aquí, para analizar nuestros errores, hay que tener en cuenta que la agricultura es extremadamente importante para la economía y la vida del pueblo. Ese nuevo Poder, ese nuevo Estado fue la más alta conquista que logramos hasta antes de ser traicionados. Pero dejemos la garrocha de lado y volvamos a Mao. En *Sobre la contradicción*, el mismo Mao ya había enseñado que identidad, unidad, coincidencia, interpenetración, impregnación recíproca, interdependencia, o mutua dependencia para existir, interconexión o cooperación; todos estos variados términos significan lo mismo y se refieren a los 2 puntos siguientes: primero, la existencia de cada uno de los 2 aspectos de una contradicción en el proceso de desarrollo de una cosa presupone la existencia de su contrario, y ambos aspectos coexisten en un todo único; segundo, sobre la base de determinadas condiciones, cada uno de los 2 aspectos contradictorios se transforma en su contrario. Esto es lo que se entiende por identidad. Y añadió que Lenin había dicho que la dialéctica es la doctrina de cómo los contrarios pueden ser y cómo suelen ser, o cómo devienen, idénticos, en qué condiciones suelen ser idénticos, convirtiéndose el uno en el otro, por qué el entendimiento humano no debe considerar estos contrarios como muertos, petrificados, sino como vivos, condicionales, móviles y que se convierten el uno en el otro. ¿Qué significan estas palabras de Lenin?, se pregunta Mao, y responde: En todo proceso, los aspectos de una contradicción se excluyen, luchan y se oponen entre sí. Los procesos de desarrollo de todas las cosas del mundo y todo pensamiento del hombre, sin excepción, contienen tales aspectos contradictorios. Un proceso simple contiene solamente una pareja de contrarios, mientras un proceso complejo contiene más de una. Las diferentes parejas de contrarios, a su vez, se hallan en contradicción. Es así como están constituidas todas las cosas del mundo objetivo y todo pensamiento del hombre, y de ahí su movimiento. Podría parecer entonces que no hay ninguna identidad o unidad. En tal caso, ¿cómo se puede hablar de identidad o unidad? El caso es que ninguno de los 2 aspectos contradictorios puede existir independientemente del otro. Si falta uno de los 2 contrarios, falta la condición para la existencia del otro. Piensen: de una pareja de cosas contra-

dictorias o de 2 conceptos contradictorios en la conciencia humana, ¿puede uno de los aspectos existir independientemente? Sin vida no habría muerte; sin muerte tampoco habría vida. Sin arriba no habría abajo; sin abajo tampoco habría arriba. Sin desgracia no habría felicidad; sin felicidad tampoco habría desgracia. Sin facilidad no habría dificultad; sin dificultad tampoco habría facilidad. Sin terratenientes no habría campesinos arrendatarios; sin campesinos arrendatarios tampoco habría terratenientes. Sin burguesía no habría proletariado; sin proletariado tampoco habría burguesía. Sin opresión nacional por parte del imperialismo no habría colonias ni semicolonias; sin colonias ni semicolonias tampoco habría opresión nacional por parte del imperialismo. Así sucede con todos los contrarios: en virtud de determinadas condiciones, junto con oponerse el uno al otro, están interconectados, se impregnan recíprocamente, se interpenetran y dependen el uno del otro; esto es lo que se denomina *identidad*. Los aspectos de toda contradicción se llaman contrarios porque, en virtud de determinadas condiciones, existe entre ellos no-identidad. Pero también existe entre ellos identidad, y por eso están interconectados. A esto se refería Lenin cuando dijo que la dialéctica estudia *cómo los contrarios pueden ser idénticos*. ¿Por qué pueden serlo? Porque cada uno constituye la condición para la existencia del otro. Éste es el primer sentido de la identidad. Pero ¿basta con afirmar que cada uno de los 2 aspectos contradictorios es la condición para la existencia de su opuesto, que hay identidad entre uno y otro, y que, por consiguiente, ambos pueden coexistir en un todo único? No, no basta. La cuestión no se limita a la interdependencia de los contrarios; más importante aún es la *transformación* del uno en el otro. Esto significa que, en razón de determinadas condiciones, cada uno de los aspectos contradictorios de una cosa se transforma en su contrario cambiando su posición por la de éste. Tal es el segundo sentido de la identidad de los contrarios. ¿Por qué existe identidad aquí también? Obsérvese cómo, a través de la revolución, el proletariado se transforma de clase dominada en clase dominante, en tanto que la burguesía, hasta entonces dominante, se transforma en dominada, cambiando cada cual su posición por la que originalmente ocupaba su contrario. Pero, junto a esto, hay 2 pequeños puntos a tener en cuenta. Primero, Mao, cuando analiza el problema campesino, no sólo hace una concreción en un contexto de país semifeudal y semicolonial sino que hace una generalización que va mucho más allá de lo planteado por Lenin, lo desarrolla. En el período de la resistencia antijaponesa, Mao había sostenido que, durante miles de años, ha reinado entre las masas campesinas la economía individual, en la cual cada familia y hogar constituye una unidad productiva. Esta forma de producción indivi-

dual, dispersa, fue el cimiento económico del régimen feudal, y hundió a los campesinos en una pobreza perpetua. El único camino para cambiar tal estado de cosas es la colectivización *gradual*. Si hablamos de la agricultura, el único camino para la agricultura de nuestro país es el camino socialista. Y criticando la política de otorgamiento de tierras, predicada por los soviéticos, Mao dice: Esto significa que el Gobierno confisca las tierras para darlas a los campesinos a fin de que ellos puedan redistribuirlas. Se trata aquí de un espíritu de *otorgamiento*; no se compromete en la lucha de clases ni en los movimientos de masa. Esta concepción es en la realidad una concepción derechista. Y planteando el método de trabajo con el campesinado dice: Nuestro método consiste en apoyarnos en los campesinos pobres, unirnos con los campesinos medios inferiores, y apoderarnos de las tierras de los terratenientes. El Partido debe asumir la dirección de este proceso sin *monopolizar* el trabajo o dejar a los otros hacer su trabajo. Debemos adoptar una serie de medidas concretas: visitar a los campesinos pobres para encuestarlos sobre sus sufrimientos, reclutar activistas, reunir a todos aquellos que tienen el mismo origen de clase, constituir un núcleo sólido, convocar asambleas para que todos los que sufren cuenten sus sufrimientos, organizar las fuerzas de clase y desatar la lucha de clases. Y sobre la alianza obrero-campesina, sustento de la dictadura del proletariado, y su desarrollo ligado a las transformaciones socialistas de la agricultura, dijo: Entre nosotros, la alianza de los obreros y campesinos pasó ya por 2 etapas: la primera fundada sobre la revolución agraria; la segunda fundada en el movimiento de las cooperativas. Sin el movimiento de las cooperativas, ciertamente se habría producido una *bipolarización* del campesinado, impidiendo así la consolidación de la alianza entre obreros y campesinos tanto como el mantenimiento de una política de compras y ventas agrupadas por el Estado. Es solamente sobre la base de la cooperativización que la política de compras y ventas agrupadas del Estado puede ser mantenida y aplicada. Ahora nuestra alianza obrero-campesina deberá progresar apoyándose en la mecanización. Si no hay más que los movimientos cooperativos y de las comunas populares sin mecanización, la alianza obrero-campesina no podrá consolidarse. En el movimiento de las cooperativas, si no hay más que una pequeña cooperativización, la alianza obrero-campesina no podrá tampoco consolidarse. El movimiento de las cooperativas debe por consiguiente pasar a las comunas populares. Y la propiedad de los equipos de producción de base debe convertirse en propiedad de las comunas populares de base. La propiedad de las comunas populares debe, a su vez, convertirse en propiedad del Estado. Entonces, sobre la base de una combinación de la nacionalización y la

mecanización, nosotros podremos realmente consolidar la alianza obrero-campesina, haciendo desaparecer progresivamente las diferencias entre obreros y campesinos. Y segundo, cuando analiza el problema de independencia y autodecisión dentro del Frente Único, dice: Sostener una larga guerra por medio de una cooperación a largo plazo, en otras palabras, subordinar la lucha de clases a la actual lucha nacional de resistencia al Japón, es el *principio fundamental* del frente único. Ateniéndose a este principio, hay que mantener el carácter independiente de los partidos y de las clases y mantener su independencia y autodecisión dentro del frente único; no se deben sacrificar los derechos esenciales de los partidos y de las clases en aras de la cooperación y la unidad, sino por el contrario, defenderlos resueltamente dentro de ciertos límites; sólo así puede promoverse la cooperación, sólo así ésta puede existir en realidad. De otro modo, la cooperación se convertiría en una amalgama, y el frente único inevitablemente sería sacrificado. En una lucha de carácter nacional, la lucha de clases toma la forma de *lucha nacional*, lo que *manifiesta la identidad de las 2 luchas*. Por un lado, las exigencias políticas y económicas de las diversas clases, durante un determinado período histórico, son admisibles en la medida en que no rompan la cooperación; por el otro, toda exigencia de la lucha de clases debe partir de la necesidad de la lucha nacional. Así se establece la identidad entre la unidad y la independencia en el frente único, y la identidad entre la lucha nacional y la lucha de clases. He ahí otro brillante manejo de la contradicción.

—Indiscutible, pero nada nuevo —dijo Sebastián.

—Cierto, nada nuevo; pero, aún sin haber alcanzado las álgidas circunstancias a las que Mao hace referencia, la experiencia de la guerra popular en el Perú puso sobre la mesa ciertos errores cometidos por dogmáticos y empíricos; así como el divorcio entre teoría y práctica que ellos generaron. Pero bien, para terminar este punto, dice Mao: En resumen, se impone proceder con arreglo a la dialéctica. A mi modo de ver, dice él, todo el Partido debe estudiar la dialéctica y promover la práctica de obrar conforme a ella. Todo el Partido debe prestar suficiente atención al trabajo ideológico y teórico, forjar un contingente teórico marxista y reforzar el estudio y la propaganda de la teoría marxista. Hay que aplicar la teoría marxista de la *unidad de los contrarios* para observar y abordar los nuevos problemas relativos a las contradicciones de clase y a la lucha de clases en la sociedad socialista, así como los nuevos problemas que surjan en las luchas a nivel internacional. Punto.

—Sí, muy claro. Una vez más, no se puede ser marxista-leninista sin ser maoísta.

—Indiscutible, y nada nuevo —replicó Leoncio—. Bien. Así, y a pesar de que sólo he tocado los puntos más saltantes, se puede concluir que Mao, el Presidente Mao Tsetung, desarrollando el marxismo-leninismo, eleva el marxismo a su cumbre más alta deviniendo la teoría del proletariado marxismo-leninismo-maoísmo. Esta tarea la cumplió en medio de una tenaz y persistente lucha aplastando líneas oportunistas de derecha e izquierda dentro del Partido Comunista de China; y en el plano internacional dirigió la lucha y derrotó al revisionismo contemporáneo, el revisionismo promovido y desarrollado por el socialimperialismo soviético a partir de Nikita Jruschov. Plasmó la revolución democrática en China, el paso a la revolución socialista y más adelante desarrollaría la Gran Revolución Cultural Proletaria. Lo fundamental del maoísmo es el Poder, el Poder para el proletariado, el Poder para la dictadura del proletariado, basado en una fuerza armada dirigida por el Partido. El maoísmo es la aplicación del marxismo-leninismo a los países atrasados, de la ofensiva estratégica de la revolución mundial y de la continuación de la revolución bajo la dictadura del proletariado. Finalmente, en el caso Stalin. El propio Mao dice lo siguiente: ¿Cómo hay que evaluar los errores que cometió la Unión Soviética, los de Stalin, por ejemplo? Son de carácter parcial y temporal. Aunque se dice que algunas cosas vienen desde hace ya 20 años, son, de todos modos, temporales, parciales y enmendables. Ha sido acertada la *corriente principal* de la Unión Soviética, su aspecto principal, la mayor parte de las cosas que ha hecho. Rusia dio nacimiento al leninismo y, con la Revolución de Octubre, se convirtió en el primer país socialista. Construyó el socialismo, venció al fascismo y se transformó en un poderoso país industrial. Tiene muchas cosas que podemos aprender. Por supuesto, lo que debemos aprender son sus experiencias avanzadas y no las atrasadas. Nuestra consigna siempre ha sido la de asimilar las experiencias avanzadas de la Unión Soviética; ¿quién te manda a ti aprender las atrasadas? Algunos han llegado a tal orfandad de discernimiento que hasta los pedos de los soviéticos les huelen a perfume, lo que también es subjetivismo. ¡Si hasta los mismos soviéticos dicen que sus pedos son hediondos! De ahí la necesidad de analizar las cosas. Punto. Que cada quien saque sus propias conclusiones. Yo tengo las mías, y en ellas se incluyen los errores cometidos por el mismo Mao.

Durante los últimos minutos habían subido por una sinuosa pendiente a la vera del cauce de la cañada pues un desprendimiento del macizo les impedía continuar por la senda trazada. Desde donde estaban, después de escudriñar un poco el paisaje, notaron que de todas maneras deberían abandonar la hondonada si querían entrar en

Corralpata. Sólo necesitaban un par de horas para llegar, aún tenían claridad en el declinante atardecer y sin ningún apuro se sentaron a descansar y consumir el par de mordiscos que les quedaba. Renovaron las hojas de coca que tenían en la boca, hicieron sus necesidades y luego continuaron la marcha.

—Bien —dijo Leoncio un vez que trazaron la nueva ruta a seguir—. Hemos visto a grandes pinceladas los rasgos fundamentales en el pensamiento de los clásicos del marxismo; pero sería interesante seguir con algunos otros filósofos. ¿No te parece?

—De acuerdo, sigue tú —dijo Sebastián acomodándose la carga en la espalda dando unos cuantos saltitos.

—Bien, paralelamente a lo que acabamos de ver, en el Siglo XX la filosofía burguesa entra a una fase irreversible de crisis y declive. Los filósofos modernos, y los que se hacen pasar por tales, recurren a todo tipo de simbolismos y jergas que parecen estar hechos a propósito para que nadie los comprenda. La filosofía oficial no es una ciencia, sino un muro de contención que se levanta contra el socialismo, y los filósofos profesionales, incluidos los pedantes eclécticos, son reclutados por los defensores del status quo como aliados para su lucha contra el marxismo-leninismo-maoísmo. Como ya hemos visto, desde el nacimiento del marxismo, como una fuerza significativa que puede y debe cambiar el orden existente, el idealismo y la reacción declararon la guerra a todos los aspectos de la concepción del proletariado, empezando por el materialismo dialéctico. La simple mención de la palabra marxismo provoca una reacción histérica y exasperada en los círculos intelectuales de todo pelaje dentro de ese amplio abanico que recorre desde la derecha más recalcitrante hasta la llamada izquierda tradicional, liquidadora e infantil pasando por los *librepensadores*. En la actualidad, estas huestes, supuestamente cultas, se han armado de manoseadas letanías para calificar al marxismo de caduco, en desuso, hace tiempo superado, desprestigiado, fracasado, derrotado, metafísico, anticientífico, dogmático, pura utopía y toda una retahíla de aburridos calificativos peyorativos que sólo revelan la carencia de ideas y la abundancia de argumentos flácidos e impotentes de los desamparados lacayos intelectuales habituados a servir a las clases dominantes y que flotan a favor de la corriente. Marx, Engels, Lenin y Mao son nombres totalmente desagradables para las ilustres autoridades de las santificadas universidades que en nombre de la sacrosanta democracia tienen prohibida la difusión de sus enseñanzas filosóficas, para ya no hablar de las otras; y esas almas valientes son tan bestias que a veces ni Hegel se salva de la censura. Y, claro, cómo no, se aprovechan de los errores de Stalin, ocultando sus aciertos, para denigrar el marxismo y acusarlo de todo

tipo de maldades. De la misma manera pretenden hacer pasar el derrumbe y la descomposición del revisionismo soviético, del llamado *socialismo real*, como el fracaso y desastre del socialismo en el Siglo XX; y el surgimiento y expansión del socialimperialismo revisionista chino, como la amenaza del totalitario comunismo marxista del Siglo XXI contra la *verdadera* democracia y el sistema representativo. Pero para lo que estos intelectuales sí son buenos y pundonorosos es para el reparto domesticado de becas y títulos doctorales. Algún día lograremos voltear la tortilla, otra vez. Bien, en general, podemos agrupar la filosofía moderna occidental en 2 categorías. Por un lado están las escuelas subjetivistas relacionadas con el existencialismo, que tienen sus raíces en la tendencia irracionalista de la filosofía del Siglo XIX representada por Nietzsche y Kierkegaard, y, por otro lado, las distintas ramas del positivismo lógico, incluida la llamada filosofía lingüística. La primera tendencia, en general, encontró más eco en los países latinos, sobre todo en Francia. Hay 2 ramas, la religiosa, con Marcel, Jaspers, Berdyayev y Buber, y la atea, con Heidegger, Camus y Sartre que hablaba del *ser* y *la amenaza de la nada*; *la libertad de elección*; *el deber* y otras huevadas. Pero la característica común de ambas ramas es un subjetivismo extremo que se refleja en su vocabulario preferido: *el ser en el mundo*, *el temor*, *la inquietud*, *el ser respecto a la muerte* y otras tonterías por el estilo. La segunda tendencia, hasta hace poco, disfrutó de amplio apoyo en el mundo anglosajón y fue la tendencia que dominó la filosofía británica y estadounidense durante la mayor parte del Siglo XX; se ha presentado con distintos disfraces y con todo tipo de alias: neopositivismo, empirismo lógico, empiriocriticismo, filosofía analítica y otros con nombres menos afortunados. Esta tendencia también cuenta con un gran apoyo entre los filósofos alemanes y en especial los austríacos.

—En general —dijo Sebastián—, todas estas ideas eran la expresión de un ambiente determinado que existía entre algún sector de los intelectuales después de la Primera Guerra Mundial, primero en Alemania y luego en Francia.

—Cierto. Y, además, era una prueba de la profunda crisis del liberalismo como fruto de la guerra y de la agitación social que provocó. Estos filósofos veían los problemas a los que se enfrentaba la sociedad porque no veían una alternativa. Sus escritos estaban llenos de un destino condenado, de un sentimiento de impotencia e *inquietud*, junto con el intento de buscar una alternativa individual. El existencialismo es una reacción irracional frente al racionalismo de la Ilustración y la filosofía alemana clásica. Los existencialistas critican a los racionalistas por dividir el mundo en sujeto y objeto. La unidad de sujeto y objeto, para ellos es existencia; y, para ser conscientes de

la existencia, es necesario encontrarse en una situación crítica, por ejemplo, enfrentarse a la muerte. Por ejemplo, Heidegger, a quien algunos citan hasta por los codos para justificar sus *creaciones heroicas*, planteaba que el problema de la filosofía no es la verdad sino el lenguaje y se concentraba en lo por él denominado como *Dasein*, que, según su propia explicación, designa el ámbito esencial en el que el hombre como hombre se encuentra; *existencia*, es decir, que el ser *está ahí*, una expresión que, para él, supone la recuperación de un doble movimiento: un ente cuya estructura fundamental es estar abierto al ser y un ente que se define porque allí el ser se hace presente. *Ser y tiempo* donde la preeminencia del *Dasein* sobre los demás entes no le viene del hecho de *ser* hombre sino de *servir* como lugar para la manifestación del ser donde *la cosa ve morir su propia muerte*, en otras palabras, pura huevada. En resumidas cuentas, el resultado de lo planteado no sólo por Heidegger sino por el existencialismo en general es que el mundo se *acerca íntimamente* al hombre. De esta forma, se conoce la existencia no a través de la razón, sino a través de la intuición. Por otro lado, en el existencialismo ocupaba un lugar destacado la cuestión de la libertad de elección. La libertad se ve como la *libre elección* del individuo, de una posibilidad entre un número infinito de posibilidades. Así llegamos a una concepción completamente abstracta de la libertad, concebida como lo contrario a la necesidad.

—Todo lo cual se reduce a una afirmación de voluntarismo, es decir, el individuo es libre de hacer una elección, independientemente de las circunstancias objetivas.

—Eso, lo que a su vez implica la *libertad* del individuo aislado de la sociedad. Es la *libertad* de un Robinson Crusoe, es decir, la ausencia absoluta de libertad. En realidad, ellos consideran la cuestión de la libertad como un problema ético abstracto. En la práctica la libertad es una cuestión muy concreta. Es imposible que los hombres y las mujeres reales puedan ser libres ignorando las restricciones que los esclavizan, de lo contrario sería como saltar a un precipicio e ignorar las leyes de la gravedad. Con el existencialismo llegamos a la desintegración total de la filosofía moderna. Jean Paul Sartre realizó un intento infructuoso de unir el existencialismo y el marxismo; evidentemente los resultados eran previsibles. No se puede unir el agua y el aceite. El pensamiento de Sartre no se puede describir como un cuerpo coherente de ideas filosóficas. Es una mezcla desordenada de conceptos prestados de diferentes filósofos, en particular Descartes y Hegel. El resultado final es una incoherencia total con un espíritu pesimista y nihilista.

—Para Sartre la principal experiencia filosófica es la náusea —

añadió Sebastián—, un sentimiento de repugnancia ante la naturaleza absurda e incomprensible del ser. Todo se resuelve en la nada. Ésta es una caricatura de Hegel quien, evidentemente, no creía que el mundo fuera incomprensible. Sartre utiliza en sus escritos la jerga hegeliana de tal forma que convierte los pasajes más oscuros de Hegel en modelos de claridad.

—Eso, y en esas ideas todo lo que subyace es el sentimiento de impotencia que experimenta el intelectual aislado, enfrentado a un mundo hostil e incomprensible. El intento de escapar del mundo cruel a través del individualismo se resume en la célebre frase de Sartre: *El infierno son los otros*. Es difícil imaginar cómo puede esta perspectiva encajar con el optimismo revolucionario que caracteriza al materialismo dialéctico.

—A pesar de lo que algunos piensan y dicen, la filosofía de Sartre es completamente ajena al marxismo —dijo Sebastián con convencimiento.

—Así es. Bien, sigamos. Regresando un poquito en el tiempo, a finales del Siglo XIX, el físico Ernst Mach desarrolló la filosofía conocida como empiriocriticismo. Mach sostenía que era imposible demostrar la existencia del mundo material. No era una idea nueva. Se basa en las ideas elaboradas por el obispo Berkeley en el Siglo XVIII y que ya hemos visto en extenso. Representa la peor clase de idealismo subjetivo y a los neopositivistas no les gusta mucho que se les recuerde al verdadero autor de su filosofía, porque se consideran empiristas científicos. Las ideas de Berkeley, en última instancia, proceden de la angosta filosofía británica del empirismo, que se basaba en las ideas de Locke y que decía que todo el conocimiento humano procede de nuestros sentidos; esto sólo para repasar la línea general de esas ideas. El argumento central de Mach, haciéndose eco de Berkeley, era: *yo interpreto el mundo a través de mis sentidos*. No profundicemos. En el fondo ya lo hemos visto en detalle pero un pequeño repaso no está demás, eso basta. Lenin respondió a las ideas de Mach en su libro *Materialismo y empiriocriticismo*, en él Lenin explica que la materia es una categoría filosófica que designa la realidad objetiva que el hombre obtiene a través de sus sentidos; que es copiada, fotografiada y reflejada por nuestras sensaciones, y que existe independientemente de éstas. Marx y Engels ya habían clarificado este punto al sostener que la unidad del mundo estriba en su materialidad, y ésta no queda probada por unas pocas frases de prestidigitador, sino por el largo y laborioso desarrollo de la filosofía y de las ciencias naturales. Aunque, a decir verdad, Hegel ya se había ocupado del tema señalando que, en el lenguaje de la vida cotidiana, el término *objetivo* significa que existe fuera de nosotros y que nos llega desde

afuera a través de las sensaciones. El principal error de Mach, heredado de Hume y Kant, fue considerar a los sentidos como una barrera que separa al individuo, el sujeto, del mundo material, el objeto. La realidad es que los sentidos no pueden existir sin el sistema nervioso, el cerebro, el cuerpo, la comida y un entorno físico. Eso sólo para recordar. Presentar los sentidos como algo independiente y separado del cuerpo, por ejemplo, de la materia organizada de una forma determinada, es un disparate idealista de la peor clase. No tiene nada en común con la ciencia y sí todo en común con la religión y el espiritualismo. Repito, ya lo hemos visto, el pensamiento no es materia pensante, es una propiedad de la materia organizada de una forma determinada, es el producto del cerebro. De este modo, el hombre es parte de la naturaleza, aunque una parte muy especial, caracterizada por la capacidad de reflejar y comprender el resto de la naturaleza. Una de las mayores contradicciones del idealismo subjetivo es la siguiente: si el mundo físico sólo existe cuando es percibido, entonces, ¿existía el mundo antes de la existencia de la raza humana o de la propia vida? Los positivistas lógicos, hasta el momento actual, no han podido dar una respuesta satisfactoria a esta cuestión tan elemental. Engels dice: Todo esto pasa cuando se toma tranquila y naturalísticamente la *conciencia*, el *pensamiento*, como algo dado y contrapuesto desde el principio al ser, a la naturaleza. Porque entonces hay que asombrarse por fuerza de que conciencia y naturaleza, pensamiento y ser, leyes del pensamiento y leyes de la naturaleza coincidan hasta tal punto. Pero si se sigue preguntando qué son el pensamiento y la conciencia y de dónde vienen, se halla que son *productos* del cerebro humano, y que el hombre mismo es un producto de la naturaleza, que se ha desarrollado junto con su medio; con lo que se entiende sin más que los productos del cerebro humano, que son en última instancia precisamente productos de la naturaleza, no contradigan, sino que correspondan al resto de la conexión natural. Lenin también se ocupó del mismo tema, dice: Para todo naturalista no desorientado por la filosofía de cátedra, así como para todo materialista, la sensación es el verdadero vínculo directo de la conciencia con el mundo exterior, es la transformación de la energía de la excitación exterior en un hecho psíquico. Esta transformación la ha observado cada cual millones de veces y la observa en realidad a cada paso. El sofisma de la filosofía idealista consiste en tomar la sensación por tabique o muro que separa la conciencia del mundo exterior y no por vínculo de la conciencia con el mundo exterior; consiste en tomarlo por lo único existente y no por la imagen de un fenómeno exterior correspondiente a la sensación.

—Eso es bastante claro, sí —dijo Sebastián animándose a in-

tervenir—. Más adelante, después de la Primera Guerra Mundial, un grupo llamado el *Círculo de Viena*, encabezado por Rudolph Carnap, lanzó, con un tronar de trompetas, la escuela del empirismo lógico, y anunciaron al mundo que la *filosofía debía ser científica*. Desde entonces ésta ha sido la batalla del positivismo lógico. Esta filosofía pretendía tener el derecho al monopolio del *método científico*. Las otras filosofías, las pasadas y las presentes, deben ser sometidas a los términos impuestos por la autoproclamada filosofía de la ciencia y si no se ajustan a sus principios, rápidamente son declaradas a científicas o incluso metafísicas y son lanzadas a la oscuridad más tétrica. Carnap comenzó con la percepción, continuó con la semántica y finalizó con la lógica. Ludwig Wittgenstein publicó una de sus obras a inicios de los años 20, con la intención, según él, de llegar al *pensamiento claro*, con la suposición de que los seres humanos antes eran incapaces de pensar claramente...

—Esa suposición parece revivir en la idea de que la humanidad todavía no ha pasado de la edad de la emoción a la edad de la razón —comentó Leoncio con cierta ironía.

—Eso. En el fondo, ambas elucubraciones se destacan por esa tendencia a la humildad muy propia de los solitarios intelectuales de café —respondió Sebastián con mayor sarcasmo—. Pero bueno, el asunto es que las ideas básicas del tan afamado *Círculo* esbozan que todo discurso significativo consiste en las sentencias formales de la lógica y las matemáticas, o en las proposiciones basadas en los hechos de las ciencias especiales; que cualquier afirmación que pretenda basarse en los hechos sólo tiene significado si es posible decir cómo se puede verificar; que las afirmaciones *metafísicas*, no entran en ninguna de estas clases y no tienen sentido; y que todas las declaraciones sobre la moral, la estética o los valores religiosos no son verificables científicamente y por lo tanto carecen de sentido. Así, y en sólo un par de líneas, sin ningún tipo de esfuerzo, estos tipos se deshacen de 2,000 años de pensamiento humano. Todo aquello que no cabía en la estrecha camisa de fuerza de las reglas del positivismo lógico era considerado incorrecto o disparate.

—En comparación a tanto brío, las batallas de Julio César y Napoleón son un juego de niños.

—Eso. De esa manera es que dios y el demonio, el materialismo dialéctico, el psicoanálisis, los escritos de Platón y Aristóteles, los de Espinoza, la Biblia, el Corán y la Torá son desechados de un manotazo y sin el menor problema.

—Según recuerdo —comentó Leoncio—, después del ascenso de Hitler al Poder en Alemania, Carnap y sus colaboradores se trasladaron a Estados Unidos donde sus ideas tenían gran influencia. Pero en

todas partes el positivismo lógico llevó a un callejón sin salida. Bertrand Russell, quien de una u otra manera es admirado por algunos desprevenidos, empezó con la lógica, luego siguió con los problemas de la percepción y finalizó con la semántica, todo un juego estéril de palabras y símbolos.

—Eso. Su intención manifiesta era purgar a la filosofía de la *metafísica*, según él, claro. Pero, como es sabido, el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones. En lugar de combatir la metafísica idealista, cosa que sólo se puede hacer adoptando el punto de vista materialista dialéctico, los cabezas cuadradas del *Círculo* recurrieron a un subterfugio filosófico; decían que como no podemos saber, entonces no debemos preguntar pues la pregunta no tiene sentido. En el mejor de los casos, esta posición conduce al agnosticismo y a un materialismo inconsistente. En el peor de los casos, lleva directamente al pantano del idealismo subjetivo. Al final de cuentas, y sin necesidad de mucho escarbar, uno se topa con una extrema pobreza de pensamiento, con el formalismo estrecho, con la ausencia de un contenido real y con la cobardía intelectual de este punto de vista.

—Debemos recordar que todos los avances del pensamiento humano, y en especial de la ciencia, fueron hechos por grandes pensadores estimulados por el desafío de lo desconocido y que no tenían hacer preguntas que en ese momento no tenían respuestas —aportó Leoncio con calma y remarcando sus palabras con ligeros movimientos de las manos—. Si no, ¿cómo se podían *demostrar empíricamente* las teorías brillantes de los atomistas griegos con la tecnología disponible en aquella época? Podemos imaginar a los antiguos homólogos griegos de estos *filósofos de la ciencia* mofándose de la ciencia de la *metafísica sin sentido* de Demócrito y Epicuro.

—Eso. Los oponentes al marxismo tienen por costumbre reírse de la cantidad de grupos escindidos en la llamada *izquierda* política para negar el materialismo dialéctico y esconder la lucha entre marxismo y revisionismo. Pero la situación no es muy diferente con los grupos que emergieron del positivismo lógico; aunque en este caso, se trata de la misma melodía interpretada con diferentes tonos. En Gran Bretaña la filosofía dominante en las principales universidades durante la mitad del Siglo XIX fue el hegelianismo, presentado de una forma mística y religiosa; allí, en las universidades, los idealistas enseñaban una versión caricaturesca de las ideas de Hegel; estos idealistas habían omitido todo lo que de valor había en ellas y, sólo preservando su lado místico, enseñaban tonterías como, por ejemplo, el concepto de tiempo es inconsciente y por lo tanto no se puede ejemplarizar en la realidad. Como contraparte se desarrolla otra tendencia. George Edward Moore, que influenciado por Russell había estudiado filosofía,

representaba una tendencia típicamente inglesa que defendía una aproximación *realista y de sentido común* a la ética y a la teoría del conocimiento; defendía una teoría del conocimiento que aceptara la existencia del mundo físico independiente de los sentidos, pero se valía de ejemplos como este: *desayuné esta mañana, por lo tanto existe el tiempo*; o este otro: *cogí un lapicero con la mano, por lo tanto existe el mundo externo*. Este tipo de argumentos superficiales ha impedido que la filosofía dé un solo paso adelante desde los tiempos de Diógenes, quien *demostró* la existencia del movimiento simplemente andando de un lado a otro. Bueno, Russel y Moore reaccionaron en contra de esos idealistas, contra la mistificación idealista. ¿Pero que pusieron en su lugar? Buscaron una alternativa y encontraron el *viejo sentido común* británico y *los hechos*. Abogaron por una vuelta al empirismo, era un vano intento de eliminar el idealismo de la filosofía. Su santo y seña era el de Isaac Newton que en algún momento ya mencionaste: *Física, ten cuidado de la metafísica*. Como ya hemos visto, dentro de ciertos límites el *sentido común* es útil, pero más allá fracasa completamente y provoca serios errores. No debemos olvidar que el *sentido común* dijo, durante muchos siglos, que el mundo era plano y que el Sol giraba alrededor de la Tierra. Así que para ir más allá del sentido de la percepción necesitamos hacer generalizaciones teóricas. Pero, a diferencia de la teorización idealista equivocada, el empirismo prefería no teorizar en absoluto; lo cual no es posible ya que la filosofía, como la naturaleza, aborrece el vacío. En resumidas cuentas, es inútil combatir la metafísica, como intentaba Moore, apelando a las *creencias del sentido común*. ¿Por qué recurrir a este tipo de creencias? Esto equivale a recurrir a los prejuicios más comunes de la sociedad en la que vivimos. Al fin y al cabo, una vez más nos encontramos con una filosofía subjetiva y que además está firmemente vinculada al sistema dominante. La única forma de combatir la metafísica es enarbolando el materialismo dialéctico. Al ignorar la revolución filosófica de Marx y Engels, que habían limpiado la filosofía hegeliana de todos sus adornos idealistas para revelar su corazón racional, para poner de pie todo lo que estaba de cabeza y desarrollarlo, sólo consiguieron regresar a un punto de partida que en el pasado ya se había superado. Bueno, esto está claro, pero la vaina es que esta reacción tuvo repercusión 30 años después en Viena. Mientras que Moore defendía el regreso al *sentido común*, como respuesta no sólo al idealismo sino a cualquier tipo de pensamiento teórico que entrara en conflicto con el estrecho mundo de la experiencia, Russell, tomó un rumbo completamente diferente al intentar elaborar una teoría y metodología nuevas. Russell, en particular, vio la lógica y la ciencia como la principal herramienta del filósofo. Por

tanto, a diferencia de la mayoría de los filósofos que le precedieron a él y a sus contemporáneos, no creía que hubiese un método específico para la filosofía. Él creía que la principal tarea del filósofo era clarificar las proposiciones más genéricas sobre el mundo y eliminar la confusión. Russell y, al principio Wittgenstein, su alumno, pensaban que la estructura subyacente del lenguaje refleja eso del mundo y por lo tanto, un análisis del lenguaje revelaría verdades importantes de la realidad. Wittgenstein, más tarde, se volvió escéptico con la base matemática y la lógica y se alejó para dedicarse a estudiar el lenguaje normal. Anticipó la idea de que *toda la filosofía es una crítica del lenguaje*. Su intención era luchar *contra el encantamiento de nuestra inteligencia por medio del lenguaje*. Esta clase de cosas se ha presentado seriamente como la *solución final* para todos los grandes problemas filosóficos del pasado. Sí, señor, hay que poner en orden nuestra gramática y sintaxis y todo irá bien. Como si todos estos problemas fueran el fruto de algún tipo de errónea interpretación, por no hablar correctamente o por defectos formales del pensamiento. Ahora, por primera vez en 2,500 años, los grandes hombres de las universidades, de repente empiezan a pensar y hablar con la claridad necesaria, aclaran todas las confusiones provocadas por despistados como Heráclito, Leucipo, Demócrito, Epicuro, Lucrecio y, por supuesto, como Marx. Bueno, así las cosas, en los primeros años del Siglo XX, Russell y su ex profesor, Alfred North Whitehead, reaccionaron ante el predominante *idealismo pseudohegeliano* de una forma diferente, empezaron a desarrollar una *lógica nueva*...

—¿Y cómo dar una base científica a la lógica? Dándole un lenguaje matemático, ¿verdad?

—Eso, por ahí le dieron al asunto, esas ideas fueron publicadas entre 1910 y 1913 y, pomposamente, le dieron el mismo nombre que llevaba la obra más conocida de Newton, *Principia Mathematica*. Russell afirmaba que el origen de la filosofía se halla en las realizaciones de los matemáticos que se propusieron limpiar su materia de sofismas y de razonamientos en pañales. Este tipo de lenguaje jactancioso también es típico de toda la tendencia del positivismo lógico, que, como Dühring, según algunos, prometía mucho y dio prácticamente nada. Hay que comprender el mundo con el análisis de las ideas, o peor aún, de las palabras. Regresando de nuevo al antiguo misticismo del empiriocriticismo de Mach y que Lenin rebatió en 1908, Russell da vueltas sobre el tema central de si los objetos físicos existen fuera de nuestros sentidos. En determinado momento, afirma que el observador tiene que deducir la existencia del mundo material porque es la mejor de las hipótesis disponibles para poder explicar sus experiencias. En otra parte dice que los objetos físicos hay que

tomarlos como construcciones lógicas de los sentidos. En 1918-1919 Russell, influenciado por el austriaco Wittgenstein, ahora su ex alumno, publicó una serie de artículos titulados *La filosofía del atomismo lógico*, en ellos intentaba descubrir los principales mecanismos del lenguaje y de esta forma, revelar las estructuras fundamentales que el lenguaje describe. Esta obsesión con el lenguaje no es casualidad, se ajusta muy bien al prejuicio tan profundamente arraigado del intelectual que, en realidad, equivale a ideas y palabras.

—Incluso en aquellos que tienen dificultades para manejarlas.

—Eso. Bueno, dentro de este marco, merece la pena recordar que el período en cuestión estuvo caracterizado por una agitación social sin precedentes. Una Guerra Mundial que causó millones de muertos, la Revolución Rusa, la crisis económica, la huelga minera de Gran Bretaña. Y, en las prestigiosas universidades de Oxford y Cambridge sólo aparecían gruesos volúmenes sobre el significado de las palabras e intentos de crear un *lenguaje perfecto*. Una retirada a la atmósfera enrarecida de la sintaxis, la división del lenguaje en sus átomos y quizás el intento de dar sentido a un mundo carente de él. Mejor aún, negar su existencia. Éste fue el camino de los escépticos griegos y romanos, de los monjes medievales, del obispo Berkeley y el de los autodenominados filósofos de la ciencia. ¿Cuándo en la historia de la filosofía se ha visto tanta asquerosa ostentosis?

—Momentito, pero esa trama aún no ha terminado, por ello no es nada raro ver, hoy en día, tanto a grandes lingüistas metidos a filósofos y guías espirituales de multitudes despistadas como a pequeños intelectuales carentes de identidad y aficionados a la filosofía doctoral.

—Eso —convino Sebastián—. Todas estas escuelas tienen un hilo común, la importancia tan exagerada que dan al lenguaje. *En el principio era El Verbo*, había escrito Juan al iniciar su evangelio...

—Y El Verbo estaba frente a dios y El Verbo era dios. Todo se hizo por Él y sin Él no existe nada de lo que se ha hecho —continuó Leoncio parafraseando lo escrito al inicio del Evangelio según San Juan—. Y, *El Verbo* significa la palabra, o, mejor dicho, la *expresión de dios*. En él, en El Verbo, dios se contempla a sí mismo y, por él, por medio de él, proyecta y dice todo lo que existe; según los cristianos, claro.

—Eso. Y el positivismo lógico lo tomó como lema pero con una ligera modificación: no sólo fue al principio, también en el medio y al final. Todo es una cuestión de palabras; palabras y más palabras. Esto está totalmente en consonancia con la psicología y los prejuicios de esas personas que viven de las palabras, escritas o habladas. Una tierra sin nutrientes producirá sólo plantas débiles. Un entorno anémico sólo producirá una filosofía estéril.

—Como Hegel ya había dicho, y en este caso sí vale la pena recurrir a él: Con lo poco con que se satisface el espíritu humano podemos juzgar el alcance de sus pérdidas.

—Eso —dijo Sebastián riendo ante la fantasía que le había despertado la analogía hecha por Leoncio; y luego, ya serio, añadió—. Si se reduce todo a las palabras y su significado, la semántica, no habrá forma de escapar del idealismo. ¿Qué son las palabras si no la expresión de los pensamientos? Este supuesto *realismo científico* es, en realidad, una resurrección del idealismo pero con una fachada remozada.

—Así es, Sebastián. He ahí la razón por la que a un insensato, en un pueril devaneo escolástico, se le ocurre escribir que *el español* es principalmente un idioma emocional, en un nivel, y en otro nivel, bastante concreto; y, sin tener en cuenta que acaba de usar la frase *bastante concreto*, se atreve a señalar que la existencia de sustantivos y verbos no son lo suficientemente abundantes para dotar *al idioma* de *precisión*, en unos caos, o de *exactitud*, en otros; y, en un magnánimo alarde de ignorancia lindante con el analfabetismo, o, en el mejor de los casos, de desconocimiento y manejo de su idioma materno, afirma, con horrores gramaticales: es por ello *sus limitaciones* evidentes para la abstracción filosófica o para la precisión científica. Increíble, sostiene que aquel que piense y hable en español está evidentemente limitado para hacer abstracción filosófica y alcanzar precisión científica; y, precisamente, esa burrada *lo* escribe en español. De un plumazo anula la relación, la estrecha conexión, que hay entre lenguaje, conciencia y realidad. El idioma y el lenguaje quedan reducidos a palabras. Muy original el doctor. Simplemente achaca su incapacidad y limitación mental, es decir, *su* deficitario pensamiento para la *abstracción filosófica*, a la supuesta falta de sustantivos y verbos de un idioma que al parecer no pudo asimilar del pecho materno, como si este tan práctico aprendizaje fuera posible.

—El simple hecho de usar el término *el español* en lugar del vocablo *el castellano*, para referirse al ámbito latinoamericano, que en el fondo no es sino *su* caso particular, no sólo delata *su* desconocimiento acerca del desarrollo histórico del idioma que quiere hacer leña sino que delata su arrogante brillantez; por desconocimiento de algunos sustantivos y verbos no puede expresar su retorcido pensamiento, o por falta de pensamiento no le quedan retorcidos sustantivos y verbos que pronunciar. Bueno, ni qué hacer, la ignorancia de algunos intelectuales es tan atrevida que se esmeran en repartirla maternalmente —dijo Sebastián con hilaridad—. Una vez más vemos que toda la riqueza de la filosofía la tratan de reducir a un puñado de migajas disecadas. Sin negar en ningún momento la importancia del estudio

del lenguaje y el significado como una rama especializada de la ciencia y la filosofía, el intento de reducir todo al lenguaje es francamente absurdo. La única *innovación* con relación a Mach es la introducción de la dimensión lingüística. Pero esto no representa ningún avance real, sencillamente empuja la idea un paso más allá de la realidad. En lugar de preguntar si una idea determinada es correcta o no, es decir, si refleja la realidad objetiva, ahora sólo podemos preguntar si una afirmación concreta es *significativa* o no. ¿Cómo sabemos si estamos diciendo algo *significativo*? Pues por unas definiciones inventadas arbitrariamente por los propios positivistas lógicos. Es igual que jugar al fútbol y que las reglas sólo las pueda imponer el equipo al que se le permite marcar los goles, o más exactamente, que pueda *imponer* las reglas que le convienen.

—Es la lógica que utiliza Lewis Carroll, autor de *Alicia en el país de las maravillas*, en su obra *A través del espejo* cuando a uno de sus personajes, al huevo Humpty Dumpty, le hace decir: Cuando yo uso una palabra quiere decir *lo que yo quiero* que diga, y añade, ni más ni menos. Argumento que Alicia increpa diciéndole que la cuestión es si se puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes; a lo que el huevo responde, zanjando el asunto, la cuestión es saber *quién es el que manda*, y añade supuestamente lapidario, eso es todo —aportó Leoncio.

—Eso, valga el ejemplo. Bueno. Hay que verificar empíricamente todas las afirmaciones, dicen los positivistas lógicos. De esta forma, expresiones como *dios existe* carecen de sentido porque no se pueden demostrar. Lo mismo ocurre con la mayoría de los grandes problemas centrales de la filosofía, incluida la lucha entre el idealismo y el materialismo. A estos problemas centrales se les calificó de *no problemas* e igual que con las reglas del fútbol, la decisión del árbitro es la definitiva. Así que desechemos toda la historia de la filosofía y listo, no queda ningún problema por resolver.

—Si a alguien se le ocurriera preguntar ¿qué ocurre con las verdades eternas de las matemáticas?, o ¿cómo se puede verificar empíricamente la geometría euclidiana? Se podría responder que lo único que se sabe es que los axiomas matemáticos no están probados pero debemos confiar en su validez —dijo Leoncio deteniendo la marcha para acomodar la carga que sobre su espalda se había ladeado, y detenido continuó—. ¿Cómo podemos verificar empíricamente la ley de la identidad si la mecánica cuántica pretende demostrar lo contrario? Resulta que las llamadas verdades matemáticas y la lógica formal no se pueden demostrar empíricamente. Eso es lo que se conoce como el conocimiento *a priori*, es decir *previo a* o independiente de la experiencia. Simplemente, se consideran verdad desde el principio.

Entonces si somos consecuentes, no sólo Marx y Engels fracasaron con el principio de la verificación, también lo hicieron Pitágoras y Euclides. Hay que renunciar a todos porque son *metafísicos* perniciosos que nos engañan con disparates indemostrables. Para esta gente, no sólo el materialismo dialéctico está muerto, también han muerto las matemáticas y la lógica formal.

—Pero para ese caso, el *Tractatus*, el tratado lógico-filosófico escrito por Wittgenstein en sus primeros tiempos, corre al rescate con un truco que tenía oculto: las verdades matemáticas se declaran *analíticas*, un término robado de Kant —dijo Sebastián que se había puesto frente a Leoncio y gesticulaba con las manos—. Las matemáticas son exactas, pero las tautologías como la sentencia *todos los solteros no están casados*, son verdades convencionales que llevan implícitas el uso de símbolos. ¿Qué sentido puede tener esto? Su verdadero significado es que cuando nos enfrentamos a las contradicciones indescifrables de sus argumentos, estos caballeros *prácticos, con sentido común y científicos*, no dudan en recurrir a trucos descarados para cubrirse las espaldas. Y todo por su empeño dogmático de que todas las verdades tienen que derivar del conocimiento empírico. El materialismo dialéctico respondería: sí, pero sólo en última instancia. La historia del pensamiento es muy larga y ha adquirido vida y lógica propias. Las leyes de la lógica formal, como las leyes de la dialéctica, son abstracciones que en última instancia derivan de la naturaleza. Pero una vez que se han hecho estas importantes generalizaciones, es innecesario que cada generación, o individuo, la vuelva a descubrir a través de pruebas y errores, es decir, empíricamente. ¿Necesitamos reinventar una rueda? Si la respuesta es no, entonces, debemos aceptar que no todo el conocimiento procede necesariamente de la experiencia y que las históricamente desarrolladas formas del pensamiento no sólo deben jugar un papel, sino que éste debe ser el más importante. La única cuestión que debemos preguntar es si estas formas de pensamiento, dialéctica, lógica formal, etcétera, reflejan, adecuadamente o no el mundo objetivo. Si como en el caso de los filósofos de la ciencia tenemos problemas a la hora de decidir si el mundo objetivo está allá afuera o no, entonces la situación es un poco delicada. Cuanto más se hundan en la enredada maleza de la sintaxis, más y más se alejan de la realidad y llegan a un punto donde la mayoría de los *filósofos analíticos* actuales niegan que el lenguaje refleje el mundo objetivo. Han pasado tanto tiempo flotando alrededor de cimas enrarecidas que ahora han decidido que el lenguaje de los mortales no es suficiente. Han propuesto la creación de un lenguaje *ideal*, puro, preciso y libre de toda ambigüedad. Sin lugar a dudas se puede hacer un trabajo muy útil acerca del análisis

lingüístico, pero de ahí a proclamar que éste es la clave de todos los problemas fundamentales del conocimiento humano, realmente no sólo es una gran equivocación, es una reverenda huevada.

—Exacto —dijo Leoncio mostrando su acuerdo con una amplia sonrisa—. Hay que recordar que, en el fondo, la crisis de la ciencia moderna está relacionada con la división extrema del trabajo. Existe una gran dicotomía entre esos sectores de la ciencia que toman como punto de partida el mundo real, la experimentación y la práctica, y las denominadas *ciencias deductivas* y *a priori*: las matemáticas y la lógica. La tendencia de la física teórica y de la cosmología a depender cada vez más de teorías matemáticas complejas, las han convertido en un instrumento incapaz de explicar el mundo real, ya lo hemos visto en detalle con sus agujeros negros y todo. La situación actual demanda también una revolución de la lógica. Pero todas esas investigaciones semánticas y símbolos oscuros no provocaron una revolución. Los positivistas lógicos sólo han servido los mismos y antiguos platos pero con diferente guarnición. Expresar las mismas viejas ideas con símbolos oscuros que han tomado prestados de las matemáticas no les ha dado más validez. El único resultado ha sido incrementar el abismo que separa a esta casta de sacerdotes científicos con el rebaño común. La filosofía por fin se ha vengado de aquellos que intentaban ignorarla. Aquellos que insistían en *los hechos* y maldecían la religión, la metafísica y todo lo demás, son los mismos responsables de reintroducir la religión y las ideas místicas en la ciencia. Todas las oscuras investigaciones sobre el lenguaje y la sintaxis, la búsqueda de un lenguaje *ideal*, un mundo de símbolos matemáticos y otras cosas por el estilo, en la práctica suponen una separación cada vez más acelerada del mundo de la realidad y la entrada en el más burdo idealismo.

—Eso —convino Sebastián y continuó—. La lógica formal y las matemáticas establecen una serie de reglas a priori, axiomas, teoremas, etcétera, fuera de ellas todo lo demás se deriva a través de un proceso de razonamiento deductivo. El lenguaje se desarrolla de una forma completamente diferente. En la realidad, el desarrollo histórico del lenguaje no se conforma con este método. Cualquier intento de ajustarse a estos parámetros tan estrechos y arbitrarios estará condenado al fracaso. La gramática, el vocabulario y la sintaxis evolucionan históricamente, es el resultado de una interacción extremadamente compleja de diferentes fenómenos: sociales, económicos, políticos, nacionales, religiosos, culturales, etcétera. No son construcciones lógicas, sino que están *socialmente determinadas*. También lo hemos visto. En cuanto a sus reglas, tienen un carácter totalmente diferente a las reglas de la lógica formal y la matemática. Unas reglas muertas

no pueden dar vida a las palabras. Además hay que explicar estas reglas. En general, esta obsesión con las palabras y el lenguaje simplemente nos aparta del sujeto real de nuestra investigación: la realidad material. No importa en qué momento comenzamos, nos encontramos discutiendo algo con otro conjuntamente, a saber, *lo que quieres decir cuando dices A, B, C...* y así hasta el infinito, como un hombre que trata de calmar la sed bebiendo agua salada. Incluso aunque sea válido, y la investigación del significado de las palabras por supuesto es un ejercicio útil, no nos lleva muy lejos en la verdadera tarea que tenemos entre manos y con frecuencia, produce exactamente el efecto contrario, nos recuerda a las discusiones interminables y estériles de los escolásticos medievales sobre cuántos ángeles podían caber en la cabeza de un alfiler. Este camino, finalmente, nos hace regresar al subjetivismo, perfectamente ejemplarizado en la teoría del *lenguaje privado* de Russell y Moore. Lo que cada individuo *conoce*, de acuerdo con esta teoría, no es el mundo objetivo, sólo conoce sus propias sensaciones, ideas y voluntades. No es un fenómeno físico, es un fenómeno mental. Las cosas *conocidas*, esencialmente, son privadas e individuales, es decir, inaccesibles para los demás. Pero si tomamos el único argumento válido de que el lenguaje es un fenómeno social; que, históricamente, surge de las demandas de la producción y la supervivencia, entonces podremos notar con claridad que la idea de un lenguaje *privado* por sí misma es una contradicción, mejor dicho, un disparate; que es una manifestación extrema de la idea de *atomismo*, trasladada de la física al lenguaje y del lenguaje a la sociedad. Y si éste fuese el caso, ¿cómo se puede conocer y expresar el mundo físico? En realidad, nos encontramos ante una trivialización de la filosofía, su reducción a lo más común o las investigaciones en este o ese detalle. Esta teoría inútil y sin ningún sentido demuestra claramente que los filósofos lingüísticos si hay algo que no comprenden, ese algo es precisamente el lenguaje.

—Así es, lo mismo pienso, Sebastián. El estudio del lenguaje no puede ser reducido a una simple cuestión de la estructura de las frases. Es necesario estudiar las bases históricas y sociales del lenguaje. Por ejemplo, los esquimales tienen más palabras para designar la nieve que cualquier otro idioma y eso les permite hacer una clasificación más detallada de esta materia. Esto es un reflejo de su economía y de su forma de existencia. Para ellos las distintas variedades de nieve tienen una importancia vital para la caza, y por lo tanto, para su supervivencia. Se pueden encontrar ejemplos similares en todos los idiomas, incluido el castellano. Así, el lenguaje es producto de un largo proceso de desarrollo social. Su contenido y sus formas se han transformado en muchas ocasiones y todavía lo hacen. El funciona-

miento del lenguaje no sigue reglas simples y rígidas.

Como ya estaban buen rato de pie, decidieron hacer un pequeño descanso y beber algo de agua. Estaban por debajo de los 3,400 metros sobre el nivel del mar, el descenso discurría suave y no les faltaba mucho para llegar. Las sombras del macizo habían cubierto la cañada, el sol se había escondido pero aún había claridad. A ambos lados de la ribera el verdor se había pronunciado en sus diversos matices pero las piedras del camino aún eran notables. Tras un largo y reparador silencio decidieron continuar la marcha.

—En fin, sólo nos queda ver, tal vez, un poco sobre la Escuela de Frankfurt y luego algo acerca de la señora Arendt —dijo Leoncio otra vez animoso—. La llamada Escuela de Frankfurt nunca se definió por una filosofía concreta y sistemática, sino más bien por una actitud ante la realidad, *una actitud crítica*, según ellos. Ese conjunto de *críticos* se congregó, en 1923, en un Instituto de investigación social al interior de la Universidad gracias al mecenazgo de un rico comerciante apellidado Klein y en una situación en la que Alemania, derrotada y humillada por la guerra, trataba de acomodarse dentro de las ambigüedades de la República de Weimar y el avance del nazismo. El primer director de ese Instituto fue Carl Gründberg que se autodenominaba un marxista confeso y se suponía que el marxismo era *una* de las fuentes básicas de inspiración del Instituto; pero ese *marxismo* se mantuvo al margen de cualquier partido, socialdemócrata o comunista, e independiente de cualquier agrupación internacional. Ese grupito se creía la élite de los intelectuales capaces de entender y criticar el orden existente desconfiando de la lucha política por el Poder y de la capacidad revolucionaria del proletariado, al cual acusaban de estar cada vez más integrado al sistema capitalista. En 1930 se hace cargo del Instituto Max Horkheimer y poco después se integran Theodor Adorno, Herbert Marcuse y otros como Walter Benjamin y Erich Fromm, que luego se separarían; casi todos eran de etnia hebrea, semitas asimilados que pensaban que nunca tendrían problemas con el creciente antisemitismo, pero se equivocaron. El Instituto fue clausurado pero no sólo por el antisemitismo que desplegaba sus alas sino, también, por su perorata izquierdosa; así que sus miembros se vieron obligados a emigrar. Horkheimer, Adorno y Marcuse pasan a formar la primera generación de críticos a los que algunos llamaban filósofos; y seguro que lo fueron, ya que, por ejemplo, Adorno se doctoró en filosofía con una disertación sobre el fenomenólogo Edmund Husserl, un judío matemático alemán convertido en filósofo fundador de la *fenomenología trascendental* que siguiendo la tradición escolástica pone el acento en la *intencionalidad*, filosofía que tiene como tarea esclarecer el *sentido* que el mundo tiene para

nosotros en nuestra vida cotidiana. Pero como fuere, y que me perdonen los mediocres, aquellos críticos, y los otros, los actuales, no tienen nada de marxistas y ni siquiera de dialécticos. Bien, los emigrados y esparcidos frankfurtianos se reagruparon en Estados Unidos, adonde habían llegado varias oleadas de intelectuales y científicos, la mayoría de ellos judíos, que huían del terror nazi. Los componentes del Instituto no se integraron a su tierra de acogida y mantuvieron el idioma alemán, en la mayoría de sus publicaciones, porque consideraban necesario mantener su identidad y cultura alemana ya que en ese momento estaba siendo escarnecida en su propia tierra; de esta manera mantuvieron su orientación propia e independiente. Adorno regresa a Alemania el 49 y Horkheimer el 50. A mediados de los 50 Jürgen Habermas se incorpora como ayudante de Adorno quien pasa a ser director del Instituto a fines del 59. Marcuse se había quedado en Estados Unidos, donde alcanzó notoriedad traspasando sus fronteras con su librito *Eros y Civilización*, que se convertiría en libro de cabecera de muchos de los mediocres de entonces y de ahora. Habermas se convierte en heredero y representante de la segunda generación de los frankfurtianos y se hace un lugar propio en el mundillo intelectual con obras como *Conocimiento e interés*, *Teoría de la acción comunicativa* y *El discurso filosófico de la modernidad*; critica a los fundadores originales y hace un ajuste de cuentas con ellos. Otro de los miembros del grupillo, en su segunda camada, Karl Otto Apel, aunque con menos calado, siguió desarrollando la denominada *teoría crítica* proponiendo una nueva ética de la comunicación. Y aquí sólo un par de cosas importantes a tener en cuenta dentro del desarrollo de esa Escuela. En los escritos de todos estos individuos se nota la gran influencia ejercida por la obra *Historia y conciencia de clase* de Georg Lukács y por *Marxismo y filosofía* de Karl Korsch; ambos, considerados padres del llamado marxismo humanista heterodoxo, plantean que se podía ser marxista sin aceptar todas las tesis de Marx prostituyendo el argumento de que el marxismo es ante todo un *método*, el método dialéctico que, según ellos, exige mantener la tensión de los contrarios y los asume en su contraste transformador dentro de la totalidad social en la que debería incluirse los análisis parciales. Esta altisonante palabrería sólo denota la incompreensión que estos autores tienen del marxismo como ciencia, de su método, de la dialéctica, de la contradicción, de la lucha y unidad de los contrarios y, a fin de cuentas, no sólo niegan el papel de la dialéctica en la naturaleza sino que despliegan una descarada manipulación del desarrollo de los procesos ideológicos, de la ideología y las clases en lucha, y de los conceptos en movimiento permanente; todo bajo el pretexto de prestar atención a la necesidad de una dialéctica como

método para destruir cualquier conformismo con lo dado junto a la necesidad de una teoría de la praxis con el fin de desenmascarar los procesos de alienación del hombre; y a toda esta alharaca se le añade el supuesto rescate de la *subjetividad* que, según infundio de ellos mismos, es despreciada por el marxismo clásico como producto burgués. Todo esto será rehecho por los primeros frankfurtianos, por ello no es de extrañar que estos y otros bobalicones estén altamente influenciados por el psicoanálisis al que le atribuyen una alta capacidad para detectar las patologías encubiertas y los traumas históricos, tanto individuales como sociales. Además, prefieren el fragmento porque desconfían de todo sistema, incluyendo lo que ellos denominan el *sistema marxista*; sostienen que todo sistema está guiado por un interés *identificador*, que no respeta lo diverso y lo constriñe a adaptarse a las exigencias abstractas de la lógica formal que siempre sacrifica al individuo en aras del todo; el antecedente ya se puede encontrar en Adorno quien, mofándose de un conocido principio de Hegel, escribió que *el todo es lo no verdadero*. Escarbando un poco más, podríamos remontarnos hasta los hegelianos de izquierda, que en la década de 1840 lanzaron el potencial crítico de Hegel contra la sociedad existente y pensaron que la misión de la filosofía, según ellos, más que iluminar la historia, se agotaba en la crítica del desorden aceptado, para comprender que precisamente eso es lo que pone de relieve Horhkeimer cuando contrapone la *teoría crítica* a la *teoría tradicional*; la tradicional, dice, es un gran engaño que ha cegado a multitud de pensadores; y añade, ese engaño asume diversas formas que se encarnan en las distintas filosofías, es una actitud contemplativa que, en nombre de una supuesta objetividad de los hechos, se pone al margen de la transformación del mundo y, así, se hace cómplice de la situación dada porque al limitarse a los hechos es una desviación ideológica que sirve para legitimarlos.

Leoncio escupió la bola de hojas de coca que tenía en la boca pues, a pesar de la costumbre, en ese momento, le impedía hablar con la soltura que deseaba; volvió a escupir y luego de aclararse la voz continuó.

—La teoría crítica, dicen sus fundadores y seguidores, debe denunciar y desenmascarar esta situación, porque no hay teoría que esté al margen de todo interés, y sólo así es posible denunciar la unilateralidad de una razón menguada, una *razón instrumental* que se muestra muy eficaz en la puesta a punto de medios, pero rechaza cualquier consideración de fines, con lo que dedica sus energías a la ampliación de artefactos técnicos; al perder de vista cualquier horizonte humano, la civilización tecnológica, lejos de liberar energías humanas al facilitar la supervivencia de la especie, genera, al decir

de Marcuse, un *hombre unidimensional* que se degrada colocándose a la misma altura de sus inventos y termina esclavizado por sus propios productos, que son utilizados para extirpar cualquier resto de conciencia del individuo. Toda esta palabrería hueca, que suena a justeza, no es otra cosa más que la negación del marxismo, de las clases sociales y de la lucha de clases entre otras cosas; es levantar al individuo abstracto a la más alta de las cúspides, para convertirlo en la última chupada del mango y dejarlo caer en el precipicio de la ignominia como reflejo de la crisis ideológica de la burguesía y de las taras de la llamada teoría crítica; una vuelta de tuerca, un regresar y elevar a un nivel rebuscadamente más alto el culto al hombre abstracto de la religión feuerbachiana. De ahí que algunos, hoy en día, expongan a la luz del día su antimarxismo al señalar que toda ideología es un espejismo, una construcción, un fetiche y no el reflejo de una realidad y que ella, la ideología, actúa sobre esa realidad. Lo que buscan, en el fondo, es un refugio para su metafísica, y lo hallan en la moral y en la ética. El filósofo alemán Apel, que desarrolla lo planteado por su colega Habermas sintetizando elementos tanto de la filosofía analítica como de la filosofía continental, del pragmatismo y de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, considera el concepto de sujeto como *intérprete* de signos; así, el sujeto es una comunidad histórica, real, y, al mismo tiempo, un sujeto ideal, una referencia normativa y *una matriz* de las interpretaciones de los sujetos singulares y reales o de la comunidad histórica. Según él, la dinámica que se instaura entre ambas *comunidades*, la *histórica* y la *ideal* de los intérpretes, es de carácter dialéctico. Apel formula la diferencia entre *entendimiento* y *explicación* tomando como base la teoría de la comunicación que, según él, claro está, debe basarse en las condiciones pragmático-transcendentales del lenguaje, de la comunicación. Esa concepción del *mundo de la vida* se transforma en un elemento de la teoría de la acción comunicativa y de la ética del discurso. Apel plantea las comunidades de la comunicación, que son sociedades utópicas en las cuales el diálogo es el medio para llegar al fin común de todos; los hombres, dice, pueden vincularse en sus lugares y acciones con otros porque tienen una ética que los une; hay un acuerdo posible y abierto de la *totalidad* de los hablantes. Así construye una relación entre individuos, entre personas, donde las diferencias de clases se diluyen, desaparecen, son negadas, no existen; queda el ciudadano mundial y su alma pusilánime. Claro que este señor pone el parche antes de que reviente el chupo. Lo dicho, para él hay 2 tipos de comunidades, la comunidad ideal y la comunidad real y plantea que ambas no existen dentro de la sociedad actual, ya que para llegar a ellas debería existir una *maduración moral*; aun así, la comunidad

ideal seguiría siendo utópica y jamás se concretaría, mientras que la real podría volverse plausible; por ello, heredando la tradición de Kant, considera que el deber de cada persona es mejorar su comunicación con los demás. Punto, no vale la pena perder más tiempo al respecto. Pasemos a la señora Hannah Arendt. Ella, como la mayoría de los frankfurtianos, también era una judía alemana que luego de algunas peripecias dentro de la Europa Occidental, incluido su paso por un campo de concentración en Francia, escapó a Estados Unidos donde, al igual que Marcuse, murió como estadounidense. Inicialmente escribía sobre los refugiados, desplazados y apátridas; evidentemente, basaba sus escritos en su rica experiencia personal con el nazismo y fue precisamente eso, su propia experiencia, lo que la llevó a la convicción de que nadie estaba seguro si no gozaba del derecho de ciudadanía plena y de la protección de una comunidad política; ideas bases sobre las que posteriormente desarrollaría su conocida teoría política: el *republicanismo*. Más adelante, al igual que Marcuse, escribiría contra el totalitarismo y el consumismo capitalista, pero diferenciándose de él en el sentido de que ella no consideraba el consumismo capitalista como una forma del totalitarismo. Arendt era una escritora solitaria y no pertenecía, orgánicamente, a ningún grupo, escuela ni partido; sin embargo, su formación intelectual estaba cimentada en su estudio bajo la autoridad de 2 de los fundadores del existencialismo filosófico, Martin Heidegger, con quien tendría lazos intelectuales y sentimentales, y Karl Jaspers, quien sostenía que el objetivo de la filosofía era la *revelación del ser*, fuera de toda duda, un objetivo claramente místico y religioso. La traición de Heidegger hacia Arendt, y no sólo filosóficamente, se materializó, poco después, cuando el bestia de Heidegger dio su incondicional apoyo al régimen de Hitler. Anécdotas aparte, leyendo sus principales obras se puede comprender su reacción ante el existencialismo que aprendió de sus maestros, en especial de su sátrapa amante Heidegger. El republicanismo político de la señora Arendt se puede entender, en parte, como una respuesta a los intereses de existencialismo heideggeriano y su accionar político, que no fue un error personal de Heidegger sino una consecuencia inherente a su filosofía. No lo digo yo, lo dice ella misma; y tiene toda la razón del mundo. Arendt expone su teoría política en su obra *La condición humana*, cuyas bases se pueden dilucidar en una obra anterior: *Los orígenes del totalitarismo*, y va a ser desarrollada en *Sobre la revolución*. Todo un tributo al existencialismo.

—Hannah Arendt no se consideraba parte del grupo de los filósofos, ella decía que pertenecía al grupo que desarrollaba la teoría política.

—Cierto, así es, Sebastián, pero de todas maneras influyó en

buena parte de filósofos. Pero antes un pequeño paréntesis para comentar la peor barbaridad escrita por esta señora en un texto que expresa su miopía política e intelectual: *Eichmann en Jerusalén*. Ahí pretende hacer un estudio acerca de lo que ella denomina la *banalidad del mal*. Al final de su obra escribe un Post Scriptum donde afirma que Eichmann no era un Yago ni era un Macbeth, y nada pudo estar más lejos de sus intenciones que *resultar un villano*, al decir de Ricardo III. Y continúa: Eichmann carecía de motivos, salvo aquellos demostrados por su extraordinaria diligencia en orden a su personal progreso. Y, en sí misma, tal diligencia no era criminal; Eichmann hubiera sido absolutamente incapaz de asesinar a su superior para heredar su cargo. Para expresarlo en palabras llanas, podemos decir que Eichmann, sencillamente, *no supo jamás lo que se hacía*. Acentúa esta última frase y líneas más adelante, añade: Eichmann no era estúpido. Únicamente la pura y simple irreflexión, que en modo alguno podemos equiparar a la estupidez, fue lo que lo predispuso a convertirse en el mayor criminal de su tiempo. Y si bien esto merece ser clasificado como *banalidad*, e incluso puede parecer cómico, y ni siquiera con la mejor voluntad cabe atribuir a Eichmann diabólica profundidad, también es cierto que tampoco podemos decir que sea algo normal o común. Bien, he ahí la *banalidad* con que la satisfecha, pacífica y ridícula intelectualidad, reclutada por la burguesía, trata los profundos problemas de los antagonismos de clases, de la lucha de clases; el asunto no puede restringirse, y menos en este caso, a la *cuestión judía* ni al individuo Eichmann, va mucho más allá y debe ser analizado dentro de las diferentes fases del proceso de desarrollo económico y social. Es la misma *banalidad* con que hoy en día se invade un país tras otro; es la misma *banalidad* con que se bombardea y se masacra vilmente la población civil en cualquier país con cualquier pretexto, una y otra vez, directamente o con supuestas armas inteligentes manejadas a control remoto; es la misma *banalidad* con que se hace una mueca de desagrado por la filtración de información sobre alguna masacre, fosa común, violación, tortura, desaparición y una interminable lista de *maldades*; es la misma *banalidad* con que, luego de que esos crímenes quedan al descubierto, se pide *disculpas* ante las cámaras y los micrófonos de la prensa internacional; es la misma *banalidad* con que la Santa Iglesia y sus representantes protegen a los eclesiásticos violadores de niñas y niños. Es la misma estúpida *banalidad* con que se *solicita* solución política, amnistía general y reconciliación nacional. En los problemas sociales, que están por encima de los singulares casos patológicos manifiestos en uno que otro individuo, no se puede decir que la *maldad* es una forma de ignorancia, ni justificarla y explicarla por medio del llamado *pecado*

original. El desarrollo histórico del acontecer social no puede explicarse en base a los supuestos malos instintos inherentes a la condición humana y mucho menos justificar la *banalidad del mal* porque, según algunos, en el fondo de todos nosotros se esconde un pequeño o un gran sádico y perverso. Y por más que la señora Arendt haya dicho, en el caso Eichmann, que lo más grave es que hubo muchos hombres como él, y que estos hombres no fueron perversos ni sádicos, sino que fueron, y siguen siendo, terrible y terroríficamente normales, ello no justifica que, como dice ella misma, *la maldad* puede ser causada por la ausencia de pensamiento, lo que da lugar a un *nuevo tipo de criminal*, un criminal que, dice, comete sus delitos en *circunstancias que casi le impiden saber o intuir que realiza actos de maldad*, y que, para que ese nuevo tipo de criminal exista, es necesaria la aniquilación del espíritu.

—Con ello, en la actualidad, se podría justificar y amnistiar los crímenes de Alan García, de Alberto Fujimori, de los generales Noel, Huamán, Mori, Arciniegas y otros tantos más, de oficiales como Telmo Hurtado y análogos, del Grupo Rodrigo Franco, del Grupo Colina, de los dirigentes de los llamados grupos de autodefensa o similares, de las mesnadas y demás jaurías que asolaron zonas del campo y de la ciudad en nuestra patria.

—Exactamente, ése es el punto. Bien, es sabido que el *exterminio del espíritu* fue la mayor preocupación de Hannah Arendt y mejor se lo puede constatar al leer su escrito *La vida del espíritu*, aunque ese título es una pésima traducción ya que en el original, en inglés, no se refiere a lo que común y vulgarmente se denomina *espíritu* sino a la capacidad de la razón, de la mente, no sólo ligada con la capacidad de raciocinio, sino a un conjunto de capacidades que tienen que ver, según Hannah Arendt, con el pensamiento, la voluntad y el juicio, facultades que no son visibles ni requieren del mundo sensible para existir; siempre según ella, claro. A fin de cuentas no es más que un rebuscado retorno a la negación del núcleo de la dialéctica, del automovimiento, la fuente de la actividad, el movimiento de la vida y del espíritu; es la negación del criterio de verdad, de la unidad del concepto y la realidad; se niega el movimiento vívido del concepto; se niega que la práctica social del hombre es el único criterio de la verdad, de su conocimiento del mundo exterior; se defiende el espíritu abstracto y absoluto; se defiende la antítesis entre espíritu y materia; es una vergonzante tutela de la antigua contradicción entre espiritualismo y materialismo; se opone el espíritu a la naturaleza; se opone el espíritu a la materia, lo psíquico a lo físico; se niega la relación del espíritu con la realidad objetiva; se niega el desarrollo de la conciencia, del pensamiento y la coincidencia de los conceptos del

sujeto, es decir, del hombre, con la realidad...

—Es una alegoría del hombre abstracto, un elogio al pensamiento puro, o un plañidero lamento ante la carencia de él —comentó Sebastián pensando en voz alta.

—Bien resumido, claro y concreto. Gracias. Pero bien, volviendo al punto, a la teoría política de Arendt, y para no hacer más larga la vaina sin olvidar la base sobre la que se erige, habría que ver la respuesta que la señora se da cuando en 1946 se pregunta ¿qué es la filosofía existencial? y la conclusión a que llega cuando el 69 trata de analizar la política en el pensamiento europeo; veamos el asunto sin tratar de escarbar en los vericuetos que surcan su alma. Ella da a entender, más o menos, que la *existencia*, *ser*, *Sein*, del individuo humano es siempre y esencialmente una existencia en un tiempo y lugar determinados, un *ser-ahí*, un *Dasein*, esto es, una existencia en un *mundo-entorno* ya existente, un *ser-en-el-mundo*. Además, dice, en virtud de este *ser-en-el-mundo*, el mundo es siempre algo que comparto con otros. Es decir, el mundo del *Dasein* es un *ser-con*. Así, según da a entender la señora Arendt, Heidegger, reconoce correctamente la condición mundanal y social de la vida humana, aunque inmediatamente pase a devaluarla. Aclarando la cosa, para Heidegger la interpretación de la existencia en términos de *mundo-entorno* o de *ser-con* es *inauténtica*. El *mundo-entorno* compartido parece objetivo, universal, perdurable, mientras que la realidad de la existencia humana es subjetiva, singular y, sobre todo, finita. La muerte, la finitud o mortalidad humana, es, para Heidegger, la última realidad. De ahí que todo ser auténtico sea absolutamente un solitario *ser-para-la-muerte*. No sería nada extraño que los más consecuentes de estos idiotas terminen tirándose por la ventana. Y dicho sea de paso, *mundo-entorno* no es más que una rebuscada palabreja que usan para hablar del medioambiente, de la naturaleza. La objeción de Arendt a Heidegger se centra en el hecho de que, según ella, pese a la profundidad de su pensamiento, el de Heidegger, y pese a la recusación que él hace de todo el universalismo de la tradición filosófica occidental procedente de Platón, no ha dejado de compartir con la tradición de repudiar la dimensión política de la existencia humana. Arendt, a diferencia de Heidegger, sostiene que la política no puede ni debe ser repudiada o despreciada. Ojo, desde la perspectiva de Heidegger, la existencia *auténtica* acepta la angustia de la inevitable finitud, y, por tanto, de la carga de *libertad* inherente a la vida humana; la necesidad, mientras uno vive, de aceptar que uno es libre de vivir como uno elige, sin recurrir a una orientación según criterios universales u objetivos, de aceptar la responsabilidad de la propia elección y de vivir con la culpa, todo ello inevitable, toda vez que el reverso de la

elección es necesariamente el descuido. Arendt interpreta lo dicho como una expresión de la soledad de los individuos atomizados dentro de la sociedad de masas, una situación, a su juicio, implicada en el auge del totalitarismo, que, al decir de ella, incluye el régimen de la Rusia de Stalin y, aunque en menor medida y con algunas diferencias, la dictadura comunista de Mao en China; de ahí que no pueda soslayarse la *dimensión política de la existencia*, insiste la señora. Bien, para Arendt, nacimiento y muerte, en el caso de los seres humanos, no son ocurrencias simplemente naturales ya que los seres humanos, a diferencia de los fenómenos puramente naturales, son individuales, únicos, no intercambiables e irrepetibles. Así, para ella, la mortalidad no es sólo un rasgo de la condición humana, es también un problema existencial; un problema que el individuo humano debe vencer, y, hasta cierto punto, superar.

—Sólo que la única forma de superar la mortalidad sería la inmortalidad —aportó Sebastián.

—Eso. Arendt, centrando su atención en la tradición occidental, observa 2 intentos de lograr una especie de inmortalidad humana: el del cristianismo y el de la antigüedad pagana clásica, el de la civilización grecorromana. Da a entender que el concepto cristiano de alma inmortal es radicalmente individualista y no de este mundo, mientras que en la antigüedad clásica esta noción es terrenal y política. Ojo, que se va cerrando el círculo. Los dioses de los griegos y de los romanos eran inmortales, no eternos como el dios judeocristiano, y tal como mantenían los griegos y los romanos, también los seres humanos podían llegar a obtener un tipo de inmortalidad llevando a cabo grandes hazañas, hazañas inmortales, haciéndose merecedores del recuerdo para siempre, mereciendo así una fama inmortal. Claro está que éste es un tipo de inmortalidad que depende de la pluralidad humana, y de su preservación en las mentes de los compañeros y descendientes de uno. La *polis*, escribe la señora, fue para los griegos, al igual que la *res publica* para los romanos, su garantía contra la futilidad de la vida individual, el espacio protegido contra esa futilidad y reservado para la relativa permanencia, si no inmortalidad, de los mortales. La política es más o menos coextensiva con la *polis*. De ahí que, para ella, la famosa oración fúnebre de Pericles defina a la polis ateniense como un espacio de recuerdo organizado, que a la vez confiere realidad a la, por otra parte, existencia pasajera y fugaz grandeza de los hombres mortales. ¿Nos vamos dando cuenta de la jerigonza, de la palabrería y del fárrago profesoral que usan los atolondrados existencialistas para atarantar a la gente?

—He ahí, digo yo, el pesimismo y el individualismo elevados a su máxima potencia; el utilitarismo en pleno desborde —dijo Sebastián

dando manotazos al aire.

—Eso —continuó Leoncio—. En parte ya lo hemos visto al analizar las primeras de las 11 *Tesis sobre Feuerbach* de Marx. Bien, sigamos. Arendt, para expresar su teoría política, centra su interés en lo que la Europa medieval llamaba la *vita activa* a la que divide en 3 sub-categorías que denomina *labor*, *trabajo* y *acción*; además, establece una dicotomía entre lo público y lo privado. Dentro de este esquema, tanto la labor como el trabajo, que no son uno y lo mismo, son modos de actividad en los que los seres humanos operan sobre el entorno natural, mientras la acción es una *interacción* entre seres humanos. Ya he mencionado que para ella la política es más o menos coextensiva con la *polis* pero se puede notar que en la medida que pertenece al marco público y a la esfera de la acción, no es idéntica a ellos. Los aspectos que Arendt llama *trabajo* pertenecen a la esfera pública; mientras que la *acción*, en alguna medida, se introduce en el ámbito privado, pero el ámbito privado no es idéntico al del hogar doméstico. Y hay que remarcar que para ella, la política es incuestionablemente no sólo la forma de acción más importante sino también el aspecto más significativo de la esfera pública. Aunque no son idénticos, la acción, la política y la esfera pública coinciden en gran medida. La *labor*, que Arendt diferencia del trabajo, no es una categoría específicamente humana, es una función biológica ya que, el ser humano, como todos los animales, debe usar el entorno natural para preservar su vida; ciertas partes de este entorno tienen que ser consumidas a tal efecto y son así convertidas en objeto de consumo. Esta parte es llevada a cabo por lo que ella denomina *animal laborans*. La labor, pese a ser necesaria, no es sino una subactividad humana, que deviene necesaria a causa de la animalidad del hombre, reitero, todo según esta señora. Así, la labor, esa función biológica, a la que además le da una connotación dolorosa ligada al nacimiento, tiene como propósito la preservación de la vida de la especie; y la vida, o más bien su preservación, es el valor supremo del animal laborans. Pero no es su único valor, pues, este animal, también busca consuelo para su dolor, para la ardua penalidad de su labor; busca alivio, confort, placer en lugar de dolor. Esta esfera, la de la labor, coincide con la actividad económica; abarcado así toda producción cuyo fin es el consumo, tanto en el sentido económico como en el biológico. Y ésta es la razón, según ella, de que en la actividad económica los seres humanos no sean genuinamente libres, sino, por el contrario, sigan en parte los dictados de la necesidad.

—He ahí la fuente de inspiración de aquellos que sostienen que la necesidad sigue subyugando a la libertad.

—No sólo, pero sí en buena parte. Bien, sigamos. A diferencia de

la labor, el trabajo, que también implica una cierta interacción con el medio ambiente, no es competencia del animal laborans sino del *homo faber*, del hombre que fabrica, el fabricante de artefactos entre los que vive. Así, para Arendt, el rasgo genérico más significativo del trabajo es que a través de él la humanidad es capaz de crear un mundo artificial de cosas, en el que el hombre puede sentirse como en su hogar. Desarrollando el ejemplo de la mesa de Platón, Arendt le da un significado humano a las mesas; éstas se usan para servir las comidas, de este modo se utilizan para las necesidades de consumo del animal laborans; pero al mismo tiempo, una mesa es capaz de dar forma a las relaciones sociales y especiales entre los seres humanos que se sientan a su alrededor, es capaz de relacionarlos y a la vez de apartarlos; de este modo los emplaza en una relación mutua y, simultáneamente, separa a los individuos. Ahora bien, y aquí viene lo bueno, la señora propone que uno se imagine la reacción de un grupo de individuos sentados alrededor de una mesa, si la mesa, de repente, desapareciera por arte de magia, el resultado no sería otro, dice, que la desorientación y la confusión.

—Platón no podría haberlo expresado mejor —comentó Sebastián soltando una sonora carcajada.

—Eso —convino Leoncio riendo—. Ésa es la forma en que, para el significado humano del mundo del trabajo creado artificialmente, ella acentúa la importancia de que sus componentes *no* desaparezcan repentinamente, es decir, que sean perdurables incluso más duraderos que los hombres mortales, y que sean susceptibles de proporcionarles a éstos un *hogar* en el que nacer y en el que morir. A diferencia de Heidegger, Arendt percibe aquí una fuente no de inautenticidad sino de consuelo, estabilidad y significado. Arendt establece diferencias entre labor y trabajo pero también algunos puntos de coincidencia; subraya que el *homo faber* viene en ayuda del *homo laborans*, ya que actúa con el objeto de facilitar su labor y liberarlo de su dolor mediante la fabricación de instrumentos que son fabricados por él pero utilizados por el animal que trabaja. Para ella, a pesar de algunos puntos de contacto, existe una diferencia entre división de labor y especialización en el trabajo; mientras la especialización está esencialmente guiada por el producto ya terminado, cuya naturaleza es el requerimiento de diversas destrezas que entonces son fusionadas, la división de la labor presupone la equivalencia cuantitativa de todas las actividades aisladas para las que no se necesita ninguna destreza especial. El trabajador adiestrado en una técnica crea las máquinas que luego son usadas por los obreros carentes de una destreza especial. A ese disparate queda reducido el aporte de la revolución industrial. Arendt idea la categoría *instrumentalidad*, el razonamiento

por medio de un fin, como parte esencial de la actividad y experiencia del *homo faber*, mientras que el animal que trabaja no produce ni es capaz de imaginarse un producto para un fin. Ella contempla el instrumentalismo, o el utilitarismo, del *homo faber* como una amenaza de la existencia dotada de *significado*. Y va más allá aún, plantea que la *tragedia* del *homo faber* es que éste es tan incapaz de entender el *significado* como el *animal laborans* lo es de entender la *instrumentalidad*. Para ella, es el trabajo el que sirve de puente para la brecha abierta entre el ámbito público y el privado. El trabajo, en cuanto tal, es una actividad privada, incluso puede llegar a ser la actividad de una persona aislada que trabaja sola; pero lo que crea no es sólo un *espacio* privado, sino, incluso de un modo más significativo, un espacio público, a saber, un mundo común para que los hombres lo habiten; un lugar físico, el lugar del mercado o de intercambio, donde los productores exponen sus mercancías y no sólo las intercambian, sino también *reciben lo que se les debe*, según su simplista manera de entender la mercancía, el valor de uso, el valor de cambio y, tal vez para ella, otras banalidades. Como fuere, para Arendt, el trabajo es un marco provisto de cierta importancia y dignidad, más que la labor; es un marco dotado de gran libertad, aunque no sea el de la más grande libertad *posible* para los hombres. Aunque su *homo faber* actúa libremente, es realmente la naturaleza la dimensión coejecutora de su actividad, una naturaleza gobernada por leyes necesarias; de esta manera el trabajo no es una dimensión totalmente al margen de la necesidad. El ámbito de libertad más grande de la humanidad acontece en las interacciones en donde tanto una como otra de todas las partes en juego son libres, esto es, son humanas. Esto es lo que la señora llama acción; y según ella, la acción es la actividad política por excelencia, *la política* es la fuente suprema de la libertad humana. He ahí su *republicanismo*, su interés existencialista en una concepción política de libertad y, en esa medida, republicana, que parte de su admiración por un concepto de República con raíces en Roma y en la antigua Grecia. La *acción*, la interacción entre los seres humanos, de Arendt, refleja la mayor parte de los aspectos esenciales de la condición humana; esto es la pluralidad humana o como ella lo entiende cuando dice que no es el hombre sino los hombres los que habitan la Tierra. Esa pluralidad presupone tanto la igualdad como la distinción; una combinación que al mismo tiempo necesita y facilita a los hombres a *conversar* entre sí. Y así llegamos a que subraya que el discurso, el uso del lenguaje, es un aspecto decisivo, y no meramente útil, tanto de lo que acompaña a la acción como de la acción solitaria. Así, la *acción* es la suprema e ineludible forma genuinamente humana de la actividad del hombre. Dice, al actuar y al hablar, los hombres

muestran quiénes son, revelan activamente sus identidades personales únicas y en esa medida hacen su aparición en el mundo humano.

—Y lo hacen incluso cuando su bagaje de verbos y sustantivos es insuficiente...

—Lamentablemente así es, caballero. Bien, así es cómo Arendt llega a la conclusión de que el poder político correctamente entendido no surge de la violencia, sino de los individuos que actúan de común acuerdo; que la política es la esfera de la persuasión, no de la fuerza y la violencia, donde el poder de actuar en común depende de promesas mutuas o de contratos en una relación continua o forma de unión a través de la cual los ciudadanos pueden coordinar sus acciones y mitigar el carácter impredecible inherente al precio de la libertad. Así es cómo se tira contra lo que ella entiende como nacionalismo, una perversión del Estado en un instrumento de la nación a través de la identificación del ciudadano con ser miembro de una nación, la forma más peligrosa jamás asumida por el absolutismo político; los revolucionarios franceses exponentes del nacionalismo, en realidad no hicieron otra cosa que reemplazar la monarquía absoluta por el de la razón, escribía. Según ella, todo absolutismo político, todo despotismo, toda *soberanía* no es sino una perversión de la política, que ha de ser una relación entre iguales o entre ciudadanos. Esa hostilidad a lo que ella denomina nacionalismo es lo que la lleva a criticar el Tratado de Versalles, firmado entre las 2 Guerras Mundiales, por ser un acuerdo basado en principios nacionalistas, que ofendían al *principio de pluralidad* al presuponer implícitamente la unidad mística de la nación, de la cual los no-nacionales eran excluidos. Una ventolera igualitaria que muestra su inclinación pequeñoburguesa hacia el liberalismo y el igualitarismo absoluto. No hay que olvidar que la Primera Guerra Mundial, guerra de rapiña imperialista de 1914-1918 había puesto de relieve con particular claridad, ante todas las naciones y ante las clases oprimidas del mundo entero, la falsedad de la fraseología democrático-burguesa, al demostrar en la práctica que el Tratado de Versalles, dictado por las decantadas *democracias occidentales*, constituía una violencia aún más feroz e infame sobre las naciones débiles. Se ponía de manifiesto con mayor evidencia y de un modo más tajante aún esta verdad, reforzando en todas partes la lucha revolucionaria, tanto del proletariado de los países avanzados como de todas las masas trabajadoras de los países coloniales y dependientes, y acelerando el desmoronamiento de las *ilusiones nacionales pequeñoburguesas* sobre la posibilidad de la *convivencia pacífica* y de la *igualdad nacional bajo el capitalismo*. Ésa fue su esencia, y de ello se desprende que toda la política en lo que al problema nacional y colonial se refería, debería consistir principalmente, en ese

momento, en acercar a las masas proletarias y trabajadoras de todas las naciones y de todos los países para la lucha revolucionaria común por el derrocamiento de los terratenientes y de la burguesía, ya que sólo un acercamiento de esta clase garantiza el triunfo sobre el capitalismo, sin el cual es imposible suprimir la opresión nacional y la desigualdad de derechos. El Tratado de Versalles, firmado en junio de 1919, no era más que un violento reflejo del estado de las clases y la lucha de clases en el ámbito internacional en ese momento; situación que no tenía nada que ver con las ilusiones de la señora Arendt. Y algo más a señalar, para Arendt, los regímenes totalitarios defienden una ideología enmascarada como ciencia histórica. Dice: en ninguna parte se evidencia con más claridad el origen ideológico del socialismo, por un lado, y del racismo, por otro, que cuando sus portavoces pretenden haber descubierto las fuerzas ocultas susceptibles de conducir al buen camino las cadenas de la necesidad. Las leyes de la historia o las leyes de la naturaleza encarnan el destino aciago de los enemigos del movimiento totalitario, remata. La señora no cree en la validez de las leyes naturales de la historia; ella creía que todas las leyes entendidas como ciencias sociales eran incompatibles con la libertad humana. Por otro lado, en ella se encuentra una singular definición del concepto revolución: ésta tiene como meta la libertad republicana. En su análisis, concluye que la Revolución Francesa fracasó mientras que la revolución burguesa norteamericana, la Guerra de la Independencia de las 13 colonias norteamericanas de Inglaterra, triunfó no sólo al derrocar el Poder británico sino a la hora de establecer y afianzar una república constitucional estable; hecho señalado por Arendt como la empresa más importante de la *humanidad europea*. Arendt se lamenta que haya sido la Revolución Francesa y no la norteamericana la que se apoderó de la conciencia del hombre occidental, llegando incluso a definirse como el mayor giro de toda la historia occidental moderna, así como a aceptarse como el paradigma revolucionario por excelencia y observa una continuidad entre la Revolución Francesa y la Revolución Rusa; lo que es percibido por ella como la paradoja más terrible y menos soportable de toda la historia del pensamiento moderno introducida por Hegel y restablecida por Marx. La libertad revolucionaria pasa a ser vista, paradójicamente, como la infancia de la necesidad histórica. En lugar de la libertad, la necesidad se convirtió en la categoría principal de la política y del pensamiento revolucionario. En lugar de la acción revolucionaria, los políticos sólo vieron historia, según ella, claro.

—Una de sus tantas retorcidas distorsiones, producto de un existencialismo ramplón.

—Eso, mi querido Sebastián. La señora dice que la aparición de

las masas aquejadas de pobreza en el escenario histórico de la Revolución Francesa fue algo más parecido a una fuerza natural que a una acción genuinamente humana. La necesidad, las necesidades urgentes de la gente desencadenaron el terror y condenaron al fracaso la Revolución. El *animal laborans* había invadido el marco de la política y destruido la libertad republicana. Los miserablemente pobres no pueden ser libres, toda vez que ellos son impelidos por las necesidades diarias, por las necesidades de sus cuerpos; cuando los pobres hicieron su entrada en la escena política, también apareció con ellos la necesidad y el resultado fue que la nueva república nació muerta; la revolución tuvo que rendirse a la necesidad. Y no sólo en Francia en 1790 y 1793. El cambio de intención promovido por la Revolución Francesa de la libertad a la felicidad, además de terminar en un evidente fracaso, infectó y corrompió toda la tradición revolucionaria. Y Marx, según ella y símiles, finalmente no hizo sino reforzar, incluso más que cualquier otro, la política más perniciosa de la época moderna, a saber, que la vida es el bien supremo. En otras palabras, según su entender, el progreso económico se convierte así en la razón de ser de la revolución. Así, en Arendt, junto a su republicanismo, se ve con toda claridad un apasionado individualismo en su insistencia en la singularidad y en el carácter irremplazable de todo ser humano individual. Bien, aquí tenemos, a grandes rasgos, lo planteado por algunos de los representantes de la filosofía analítica y de la filosofía continental durante el Siglo XX. Hemos visto algunos de los más influyentes durante todo ese período. La filosofía continental se desarrolló principalmente en la Europa Continental, de ahí su nombre, y se caracterizó por ser más especulativa y por dar más importancia a la historia que la filosofía analítica. La fenomenología, el existencialismo, el estructuralismo, el postestructuralismo y la postmodernidad son algunas escuelas que caen dentro de esta tradición; uno de los pocos representantes que quedan es Noam Chomsky en el Siglo XXI. Y así, con el análisis y la comprensión de lo planteado por Hannah Arendt, se cierra el círculo de todo lo que hasta aquí hemos conversado.

—Mira, allá, al frente, hemos llegado —dijo Sebastián señalando Corralpata.

La noche era tierna y grisácea. El discurrir de la quebrada que venían siguiendo había perdido profundidad para desembocar en la arruga de otro macizo; y, desde donde estaban, podían ver las primeras casuchas que se esparcían por la ladera que facilitaba el ingreso a Corralpata. Subieron una pequeña pendiente y continuaron hasta alcanzar las afueras del pueblo; se detuvieron ante un conjunto de

árboles frondosos, que sin llegar a ser bosque, daba protección y cobijo. Se acomodaron a dormir apoyados contra el amplio tronco de un robusto árbol después de que Sebastián escupiera la bola de hojas de coca que se había tornado insípida hacía un buen rato. El cansancio se les vino encima de golpe y sucumbieron al sueño en medio del arrullo de las hojas que, en la copa de los árboles, se agitaban movidas por un viento benévolo.

No había pasado ni una hora cuando Sebastián despertó a Leoncio. Despereados y reconfortados, caminaron en dirección a la plazuela central del pueblo y, 1 cuadra antes de llegar, giraron hacia la izquierda; unos 50 metros más adelante se detuvieron ante una maltrecha puerta de madera, tocaron y, tras la amable invitación de una anciana que les sonreía mostrando el único par de dientes que le quedaba en la encía superior de la cavidad bucal, entraron. El interior de la casita estaba alumbrado por la tenue luz que producía una vieja lámpara de querosene que colgaba en el centro del techo. Saliendo de la habitación que servía como cocina apareció el hijo mayor de la anciana y, dándoles un fuerte abrazo y la bienvenida, les hizo saber que se sentía un poco preocupado pues los esperaba desde la noche anterior.

Le explicaron que habían hecho el recorrido con calma y lentitud mientras preparaban los temas de la reunión, tenían tiempo. Idelfonso había preparado comida para recibirlos el día anterior y sólo tuvo que calentarla antes de servirla. La anciana recordó la ausencia del marido caído en los últimos años de turbulencia y, después de murmurar lo que parecía una plegaria, empezó a comer con la cabeza gacha; los demás conversaron sobre las faenas agrícolas en esa zona y la no tan buena producción del año anterior.

Cuando se hubo retirado la anciana, se pusieron a conversar sobre lo por venir.

Idelfonso les contó que días atrás vino a visitarlo su comadre Zaira para decirle que por su casa había pasado un jovencito para avisar que ustedes 2 estaban en camino, que se dirigían hacia Huamanga donde se prepararía una reunión de todos y que ella debía avisar a otros más de una lista que el joven repitió de memoria y que después de despedirse salió corriendo. Ella no estaba muy segura de si era una trampa o no, pero después de la conversación que tuvimos se persuadió y fue a dar el aviso a los demás. Quedó entusiasmada y contenta.

Leoncio le preguntó si les habían dado la fecha y el lugar. Idelfonso contestó que la fecha sí, pero el lugar todavía; que se lo dirán cuando todos lleguen a Huamanga y que algunos ya estaban impacientes.

Ya, dijo Sebastián, no falta mucho, ni 20 días, el resto a su tiempo. Siguieron conversando hasta poco antes de que aparezca el sol sin descansar.

Durante la conversación, Idelfonso les había planteado una serie de preguntas que indicaban su interés por tratar de entender mejor el por qué ellos le daban tanta importancia al asunto de nación; si la cosa queda bien clarita cuando se entiende la relación que existe entre el carácter de la sociedad peruana, las clases que la conforman, la lucha de clases y el frente único, que se define como la agrupación de las fuerzas revolucionarias en lucha contra las fuerzas reaccionarias, había dicho entre otros comentarios.

Cierto, había opinado Leoncio, aunque no se trata de una relación en abstracto; sí, tomando en cuenta nuestra experiencia, resaltamos la particularidad que encarna la llamada comunidad campesina, como expresión concentrada de determinadas fuerzas productivas y de determinadas relaciones sociales de producción, y si además analizamos a profundidad su historia y desarrollo; entonces veremos que se nos presentan problemas nuevos a resolver.

Y todo esto está ligado a la táctica y la estrategia, está ligado a cómo continuar. De todas maneras dentro de pocos días tendremos más tiempo para discutir esa parte, había añadido Sebastián cambiando de tema.

11

Después de desayunarse con la comida que había quedado de la noche anterior y de recibir provisiones para el camino que aún debían recorrer, se despidieron con un fuerte abrazo.

Camino a Vinchos, debían recorrer unos 11 kilómetros y descender poco más de 100 metros de la altura; así que, salvo una buena pendiente y los desniveles naturales, tenían por delante un camino relativamente llano.

—No va a ser fácil —dijo Sebastián una vez que a sus espaldas habían dejado el pueblo despabilándose en un lento despertar—. Si Idelfonso, que es uno de los miembros de la dirección, tiene algunas dificultades para entender la vaina de nación, ¿cómo será con los demás?

—Si nosotros, mi querido Sebastián, que también somos miembros de la dirección, nos hemos demorado un buen trecho en aprehender su esencia, entonces, ¿por qué tenemos que esperar que los demás lo hagan de la noche a la mañana? Yo vengo analizando esa vaina, con tu ayuda, voluntaria o no, hace más de 3 lustros, y aún no termino de redondear la argumentación; y aunque hace mucho tiempo que logré superar la parte intuitiva del problema y establecer las pautas teóricas fundamentales, aún me falta cimentar una más sólida demostración. Le estamos dando, sí, le estamos dando, los 2, un mejor acabado, así es; estamos puliendo los cantos y las aristas pero aún no hemos terminado, necesitamos el aporte de los demás. Estoy seguro de que para una buena parte de los compañeros este tema será inocuo, no le darán mucha importancia y preferirán seguir murmurando repetitivamente aquello de *nación en formación* pues creen saber lo suficiente al respecto; y con la misma seguridad puedo decir que, por un lado, habrá quienes estén en contra y, por otro, habrá quienes apoyen sólo por pereza, por simpatía, por solidaridad o por lo que sea. Así que debemos quedar bien contentos si es que, inicialmente, unos cuantos muestran interés por el asunto y en la práctica demuestran su voluntad para empujar el carro hacia delante. Lo demás es cuestión de tiempo, igualmente debemos esforzarnos para que las masas comprendan el mensaje; de todas maneras, el futuro está en manos de una nueva generación. Así de fácil, o de difícil, es el asunto. Pero bien, continuemos con este intento de sistematiza-

ción. Nos queda por ver el desarrollo de las ideas políticas en nuestra patria. Y para variar de tono sin cambiar la música, veamos si el Perú aún es, como pretenden algunos, una nación en formación o si es una nación de larguísima data y en constante desarrollo.

—No pues, carajo —dijo Sebastián moviendo las manos en el aire como quien espanta bichos—, eso de la nación ya está claro y hace rato que ya lo hemos visto.

—Sí, ya lo sé, hermano. Pero a pesar de todo, hasta ahora sólo hemos sentado las bases; falta una mayor fundamentación teórica. Y además lo acabas de decir tú mismo, si Idelfonso tiene dificultades para entender todo lo que abarca el concepto nación, ¿cómo será con los demás? Así que, ¿dónde está lo claro, compadre?

—Caballero, caballero, siempre tan jodido. Bueno, dale —cedió Sebastián.

—Y no sólo se trata de la nación como vívido reflejo de la base económica y las condiciones sociales por ella generada sino también del nacionalismo, la nacionalidad y la identidad, entre otras cosas...

—Cosas que también hemos visto...

—Y que según tú ya lo tienes claro, pero vamos a ver. Sin embargo, déjame recapitular algunos puntos pero desde un ángulo complementario. Déjame retomar algunos puntos de vista tratados cuando analizamos el concepto de nación dentro del proceso histórico de la humanidad; incluso, gracias anticipadas, permíteme retomar una cita de Mariátegui pero para analizarla desde otro ángulo. Por favor, no te quejes de las repeticiones, como digo, voy a poner el acento en otro aspecto. Presta atención...

—Si no serás jodido, hermano —dijo Sebastián dándole un empujón con el hombro a Leoncio.

—En diciembre de 1924, ojo, 1924, Mariátegui escribió que la independencia fue realizada por la población criolla y que la idea de la *libertad* no brotó espontáneamente de nuestro suelo; que su *germen* nos vino de afuera, que fue la Revolución Francesa la que *engendró* la independencia americana; que dentro de las colonias españolas no podía haber un nacionalismo ya que aún no había nacionalidades; en consecuencia, dice, no había un ideal nacionalista sino *un ideal americanista*. Ya sé que Mariátegui repite una y otra vez que la Revolución de la Independencia la hicieron los criollos, no los indígenas; que la *revolución* de Túpac Amaru sí la hicieron los indígenas; y que entre ambos acontecimientos no hubo consanguinidad espiritual ni ideológica. También sé que Mariátegui dice que a partir de la conquista hay una *dualidad* y existe un *conflicto* entre Costa y Sierra, cosa que, dice, no había antes, y él mismo sostiene que ni el español ni el criollo supieron ni pudieron conquistar los Andes; son cosas conocidas y

que muchos mal repiten. Bien, para tratar de comprender mejor lo que él plantea bastaría con preguntarse, dialécticamente, sobre las diferencias entre las condiciones externas y las condiciones internas; su interacción, cómo, cuándo y en qué condiciones actúa una sobre la otra y en qué momento una de ellas es determinante. Yo sostengo, apoyándome en el mismo Mariátegui, que la influencia externa tuvo su peso, sí, cumplió un gran papel, pero no fue lo determinante; tomando en cuenta la base económica y los cambios en la superestructura, llego al convencimiento de que fue lo interno lo que determinó el cambio. Y, con la misma certeza, considero que la idea de libertad sí fue modelándose en nuestro propio suelo, no sólo en forma espontánea sino como una voluntad consciente y mucho antes de la Revolución Francesa. Y felizmente no soy el único que así piensa, en las últimas décadas ha surgido una serie de investigadores serios que, sin tener nada que ver con nuestra concepción del mundo, llegan a conclusiones similares. En mi opinión, Mariátegui, en 1924, al decir que fue la Revolución Francesa la que engendró la independencia americana, usa el vocablo *engendró* sólo para acentuar el efecto producido por la *influencia* que ésta ejerció en los procesos sociales, y no sólo de Europa sino también de esta parte del Continente. Bien, hay que tener en cuenta algo muy importante, a saber, lo que la Gran Revolución Francesa pone de relieve en distintos países, y repito, no sólo en la historia de Europa, es, con especial evidencia, el verdadero fondo de los acontecimientos, *la lucha de clases*; sí, la lucha de clases, eso es lo que la Gran Revolución Francesa pone de relieve. Y lo que se da con la lucha por la independencia sobre nuestro suelo es, precisamente, *lucha de clases*; tenerlo siempre bien presente para poder ubicarse mejor dentro del contexto. Lo de nacionalidades ya lo hemos discutido en extenso; volveré sobre esto, así que baste señalar que, en mi opinión, claro que existían, ¿o es que, teniendo en cuenta únicamente el exclusivo y simplísimo asunto de fronteras, países o unidades territoriales, algunos preferirían llamarla virreinalidades en lugar de nacionalidades? Tonterías. Lo de *dualidad* y *conflicto* entre Costa y Sierra, cosa que, olvidándose de la Selva, supuestamente no había antes de la invasión española, se entiende mejor cuando en el análisis se toma en cuenta el desarrollo de la economía, la sociedad y la ley de la contradicción, de la unidad y lucha de contrarios. A lo largo de la historia de nuestra patria lo que se desarrolla no es una *dualidad* ni un *conflicto geográfico* sino la formación y lucha de las clases en nuestra peculiar geografía, ¿qué fue sino el desarrollo de las naciones y de todos los Imperios, incluyendo el Imperio Incaico, que fluía sobre nuestro suelo y abarcó Costa, Sierra y Selva? ¿Había una *dualidad* y un conflicto entre Costa, Sierra y Selva, digamos por

ejemplo, entre el Imperio Wari y las naciones chimú y la chachapoyas o entre el Imperio Incaico y las naciones que arrasó y sometió en su avance a lo largo y ancho del territorio que llegaría a ser el gigantesco Tahuantinsuyo? Dirán que no es lo mismo, sí, ya, claro, cómo no, siempre hay un argumento a favor y otro en contra; pero la escurridiza verdad es sólo una. La *conquista*, el virreinato, la independencia y la revolución no pueden ser reducidas *sólo* a un estudio geográfico del asunto. Es importante hacer un estudio *geográfico* del territorio que se habita, claro; ello, entre otras cosas, facilita la comprensión de la idiosincrasia, la particularidad, la individualidad y todo lo que se quiera saber acerca de los pobladores y su relación con la naturaleza en un lugar determinado como parte de un todo; sí, correcto, importante, pero no lo es todo y mucho menos excluyente. Eso en lo interno. En lo externo, la ubicación *geográfica* de un tal territorio puede influir, también entre otras cosas, en los nexos que establezca. Lo dicho forma parte de un todo. Una pregunta más que elemental: El cercar las ciudades desde el campo, ¿es producto de una dualidad y conflicto entre Costa y Sierra? La respuesta es evidente, ¿o no? La geografía juega un papel en el desarrollo económico y social de los grupos humanos, sí, ya lo hemos visto en extremo detalle también, pero, reitero, no es el todo ni lo único. Tampoco se trata de qué hicieron ni qué dejaron de hacer criollos e indígenas; si de eso se tratara podríamos llegar a la conclusión de que el adinerado, acomodado, pudiente, negociante, noble, cacique, curaca y mestizo, es decir mestizo de origen americano, Túpac Amaru, movilizó a la masa indígena sólo para renovar, mejorar y acrecentar sus arcas pues cualquier otra cosa le interesaba un carajo. Y esto sin olvidar que la rebelión encabezada por Juan Santos Atahualpa, criado por los jesuitas y que además del quechua y algunas lenguas amazónicas hablaba castellano y latín, fue un levantamiento de *varias* naciones amazónicas, que logró controlar un extenso territorio de la Selva Central y avanzaba hacia la Sierra Central. Y no te pongas cachaciento con tu sonrisita torcidita de medio lao, Sebastián, ya sé lo que piensas; el análisis que hace Mariátegui no es tan simplista, no, ya lo sé. Aguanta la marcha, de-tente, compadre.

—¿Y ahora qué pasa, Leoncio?

—Espera, pues, quiero leerte algo. Paciencia. Déjame ver —dijo Leoncio sacando su libreta de notas del interior de su casaca, y después de encontrar lo que buscaba reinició la marcha—. Aquí está. Sobre esto ya argumenté más que suficiente, pero como parece que no te cuadra, te lo repito. Escucha una vez más lo que Mariátegui escribe, dice: En el plano de la *economía* se percibe mejor que en ningún otro hasta qué punto *la conquista escinde la historia del Perú*. La

conquista aparece *en este terreno*, más netamente que en cualquiera otro, como una solución de *continuidad...* etcétera. Los conquistadores españoles destruyeron, sin poder naturalmente reemplazarla, esta formidable *máquina de producción*. La *sociedad indígena*, la *economía incaica*, se *descompusieron* y *anonadaron completamente*, ojo, dice *completamente*, al golpe de la conquista. *Rotos los vínculos de su unidad, la nación se disolvió en comunidades dispersas. El trabajo indígena cesó de funcionar de un modo solidario y orgánico*. Los conquistadores no se ocuparon casi sino de *distribuirse* y *disputarse* el pingüe botín de guerra. Despojaron los templos y los palacios de los tesoros que guardaban; *se repartieron las tierras y los hombres*, sin preguntarse siquiera por *su porvenir como fuerzas y medios de producción*. Ojo, escucha otra vez y sólo para mencionar un punto relevante del montón de realidades que expone en un párrafo pequeñísimo, dice. *Rotos los vínculos de su unidad, la nación se disolvió en comunidades dispersas*. Bien, si los vínculos de unidad quedaron rotos y la nación, y se supone que está hablando de un *país* o de la población de una unidad territorial más que de una *nación* como concepto científico, se disolvió en comunidades dispersas; entonces, teniendo en cuenta este punto de vista, la pregunta más elemental es ésta: ¿Cómo podría entenderse *la República de indios* sobre la que algunos sabiamente cacarean?

—Leoncio, otra vez estás dando saltos; pero, evidentemente, los intelectuales que sostienen esa idea se refieren a un proceso posterior a la invasión, a un proceso de reagrupación de esas comunidades dispersas —acotó Sebastián.

—*Reagrupación* de las comunidades dispersas, ajá. Entonces déjame continuar, que no estoy dando saltos geográficos; entre las ideas que trato de exponer hay una concatenación histórica, y no sólo lógica sino dialéctica. Espera y lo verás. Bien, lo que te estoy leyendo ya no es de 1924 sino de noviembre de 1928, fecha en la cual aparece la primera edición de los *7 Ensayos*, 1928; escucha lo que, páginas más adelante, Mariátegui escribe: He tenido ya, desde mi primer esfuerzo marxista por fundamentar en el estudio del hecho económico la historia peruana, ocasión de ocuparme en esta faz de la revolución de la independencia, sosteniendo la siguiente tesis: Las ideas de la Revolución Francesa y de la Constitución norteamericana *encontraron un clima favorable* a su difusión en Sudamérica, *a causa de que* en Sudamérica *existía* ya aunque fuese embrionariamente, *una burguesía* que, *a causa de sus necesidades e intereses económicos*, *podía y debía contagiarse* del humor revolucionario de la burguesía europea. Ojo, ¿es a esto a lo que se refería con aquello de *engendró*? ¿Precisa su anterior idea o es que cambia de opinión?

¿Queda claro? Te recuerdo que el 24, Mariátegui había escrito que la idea de la libertad *no brotó espontáneamente* de nuestro suelo. La idea de la libertad, ¿no brotó espontáneamente de nuestro suelo? ¿Está puesto el acento en no brotó o en espontáneamente? Hazte una idea, tú decides qué piensas y a qué conclusión llegas.

—El acento está en *no brotó espontáneamente*, don Jodido.

—Vamos a ver. Bien, para más precisiones, José Carlos continúa: La independencia de Hispanoamérica *no se habría realizado*, ciertamente, *si no hubiese contado con una generación heroica*, sensible a la emoción de su época, *con capacidad y voluntad para actuar* en estos pueblos una verdadera revolución. Ojo otra vez, dice que la independencia *no se habría realizado si no hubiese contado con una generación heroica, sensible* a la emoción de su época, *con capacidad y voluntad para actuar...* etcétera. Ahí tenemos las condiciones externas e internas, ¿cuál es la determinante? Dice: *...no se habría realizado si no hubiese contado...* Bien, pero aún hay más. Escribe: La independencia, bajo este aspecto, se presenta como una empresa romántica. Pero esto no contradice la tesis de *la trama económica* de la revolución emancipadora. ¿Dónde pone el acento?

—El acento lo pone en *la trama económica...*

—Gracias, compadre. Atención con esto, sigue: Los conductores, los caudillos, los ideólogos de esta revolución *no fueron anteriores ni superiores* a las premisas y razones económicas de este acontecimiento. *El hecho intelectual y sentimental no fue anterior al hecho económico*. Y ojo con esto otro, escribe: La política de España *obstaculizaba y contrariaba* totalmente *el desenvolvimiento económico de las colonias* al no permitirles traficar con ninguna otra nación y reservarse como metrópoli, acaparándolo exclusivamente, el derecho de todo comercio y empresa en sus dominios. El *impulso natural de las fuerzas productoras* de las colonias pugnaba por *romper este lazo*. La naciente economía de las *embrionarias formaciones nacionales de América* necesitaba imperiosamente, para conseguir su desarrollo, desvincularse de la rígida autoridad y *emanciparse* de la medieval mentalidad del Rey de España. El hombre de estudio de nuestra época no puede dejar de ver aquí el más *dominante factor histórico* de la Revolución de la Independencia Sudamericana, *inspirada y movida*, de modo demasiado evidente, *por los intereses de la población criolla* y aún de la española, *mucho más que* por los intereses de la población indígena. Ojo, dejando de lado, por el momento, aquello de si las reivindicaciones de la población indígena estaban o no representadas, y a pesar de que Mariátegui escribe la frase *mucho más que* la cual es diferente a *para nada*, la pregunta es, una vez más, la siguiente: la idea de la libertad, esa *necesidad* hecha conciencia,

esa necesidad comprendida que conduce a la acción práctica para el logro de la libertad, ¿brotó o no de nuestro suelo? Ciertamente, lo de *espontáneamente* o no es discutible según el ángulo que se mire; si se refiere a algún grado de *influencia* de la Revolución Francesa podría, ojo estoy diciendo podría, ser aceptable hablar que la idea de la libertad no brotó espontáneamente de nuestro suelo pues esa *idea* no era tan *original*, tan *nacional*, que digamos, aunque la *necesidad* sí lo fuera; pero si se refiere a que las ideas de la Revolución Francesa fueron *determinantes* para la elaboración de nuestra independencia, entonces es inaceptable. El fondo del asunto es que se trata de un proceso universal con características particulares; en mi opinión, y estoy convencido de ello pues la práctica a través de la historia así lo demuestra, esa idea de libertad era una necesidad que, dentro del marco de la lucha de clases, brotó de nuestro suelo; así de simple y sin adjetivo alguno. Pero, para desatascar la mente de la recua de intelectuales que aún juega con las palabras del Mariátegui del 24, hay que leer esta precisión hecha por él mismo, cuando escribe: *Enfocada sobre el plano de la historia mundial, la independencia sudamericana se presenta decidida por las necesidades del desarrollo de la civilización occidental o, mejor dicho, capitalista.* El ritmo del fenómeno capitalista tuvo en la elaboración de la independencia una función *menos aparente y ostensible, pero sin duda mucho más decisiva y profunda* que el eco de la filosofía y la literatura de los enciclopedistas. Que se chupen esa especificación a ver si les entra en la mollera, carajo. Y hay que repetir, aquí Mariátegui está hablando de la independencia sudamericana en el *plano de la historia mundial*; sobre lo interno ya había especificado que el *impulso natural* de las fuerzas productoras de las colonias pugnaba por romper el lazo con la metrópoli; que la naciente economía de las embrionarias formaciones nacionales de América, para conseguir su desarrollo, necesitaba imperiosamente desvincularse de la rígida autoridad y emanciparse de la medieval mentalidad del Rey de España; y había llamado la atención señalando que el hombre de estudio de nuestra época no puede dejar de ver *en la economía* el más dominante factor histórico de la Revolución de la Independencia Sudamericana, inspirada y movida, de modo demasiado evidente, por los intereses de la población criolla... etcétera; ojo, está hablando de *los intereses* de la gente de estas tierras dentro del marco mundial de desarrollo del capitalismo, él lo restringe a los intereses de la población criolla, sí, pero eso ya lo veremos; por otro lado habla ya de *embrionarias* formaciones nacionales de América...

—Con lo que queda solucionado el dilema sobre la espontaneidad del surgimiento de la idea de la libertad que inicialmente planteó. Así

que donde hay que centrar la atención es en que lo determinante es el desarrollo económico sobre este suelo —dijo Sebastián tratando de señalar lo evidente con un movimiento de manos que barrían el aire fresco delante de su rostro.

—Eso. Gracias, al fin te cuadra el cauce del río...

—No me jodas, si el río suena es porque piedras trae —dijo Sebastián celebrando su propia ironía.

—Eso. Y sigue la concreción de Mariátegui, dice: El Imperio Británico, *destinado a representar tan genuina y trascendentalmente los intereses de la civilización capitalista*, estaba entonces en formación. En Inglaterra, sede del liberalismo y el protestantismo, la industria y la máquina preparaban el porvenir del capitalismo, esto es del *fenómeno material* del cual aquellos 2 fenómenos, político el uno, religioso el otro, aparecen en la historia como la levadura espiritual y filosófica. Por esto le tocó a Inglaterra, con esa *clara conciencia de su destino y su misión histórica* a que debe su hegemonía en la civilización capitalista, jugar un *papel primario* en la independencia de Sudamérica. Y, por esto, mientras el Primer Ministro de Francia, de la nación que algunos años antes les había dado el ejemplo de su Gran Revolución, se negaba a reconocer a estas jóvenes repúblicas sudamericanas que podían enviarle junto con sus productos sus ideas revolucionarias, *míster Canning*, traductor y ejecutor fiel del interés de Inglaterra, consagraba con ese reconocimiento el derecho de estos pueblos a *separarse* de España y, anexamente, a organizarse republicana y democráticamente. A *míster Canning*, de otro lado, se habían adelantado prácticamente los banqueros de Londres que, con sus *préstamos*, no por usuarios menos oportunos y eficaces, habían financiado la fundación de las *nuevas repúblicas*. El Imperio Español tramontaba por no reposar sino sobre bases militares y políticas y, sobre todo, por representar *una economía superada*. España no podía abastecer abundantemente a sus colonias sino de eclesiásticos, doctores y nobles. Sus colonias *sentían apetencia* de cosas más prácticas y necesidad de instrumentos más modernos. Y, en consecuencia, se *volvían* hacia Inglaterra, cuyos industriales y cuyos banqueros, *colonizadores de nuevo tipo*, querían a su turno enseñorearse en estos mercados, cumpliendo su función de *agentes de un imperio que surgía* como creación de una economía manufacturera y librecambista... etcétera. Ojo, dice, *se volvían*, no *les imponían*. Poco más abajo escribe: Apenas estas naciones fueron independientes, guiadas por el mismo *impulso natural* que las había conducido a la revolución de la independencia, *buscaron* en el tráfico *con el capital y la industria* de Occidente los elementos y las relaciones que el incremento de su economía requería. Al Occidente capitalista empezaron a enviar los

productos de su suelo y su subsuelo. Y del Occidente capitalista empezaron a recibir tejidos, máquinas y 1,000 productos industriales. Se estableció así *un contacto* continuo y creciente entre la América del Sur y la civilización occidental. Los países más favorecidos por este tráfico fueron, naturalmente, a causa de su mayor proximidad a Europa, los países situados sobre el Atlántico. La Argentina y el Brasil, sobre todo, *atrajeron* a su territorio *capitales e inmigrantes* europeos en gran cantidad. Fuertes y homogéneos aluviones occidentales *aceleraron* en estos países la transformación de la economía y la cultura que *adquirieron* gradualmente la función y la estructura de la economía y la cultura europeas. La democracia burguesa y liberal pudo ahí *echar raíces* seguras, mientras en el resto de la América del Sur *se lo impedía la subsistencia de tenaces y extensos residuos de feudalidad*. En este período, el proceso histórico general del Perú *entra en una etapa de diferenciación y desvinculación del proceso histórico de otros pueblos de Sudamérica*. Por su *geografía*, unos estaban destinados a marchar más de prisa que otros. *La independencia los había mancomunado en una empresa común para separarlos más tarde en empresas individuales*. El Perú se encontraba a una enorme distancia de Europa. Los barcos europeos, para arribar a sus puertos, debían aventurarse en un viaje larguísimo. Por su posición geográfica, el Perú resultaba más vecino y más cercano al Oriente. Y el comercio entre el Perú y Asia comenzó, *como era lógico*, a tornarse considerable. La costa peruana recibió aquellos famosos contingentes de inmigrantes chinos destinados a sustituir en las haciendas a los esclavos negros, importados por el virreinato, cuya manumisión fue también en cierto modo una consecuencia del trabajo *de transformación de una economía feudal en economía más o menos burguesa*. Pero el tráfico con Asia, no podía *concurrir* eficazmente a la *formación de la nueva economía peruana*. El Perú *emergido* de la conquista, *afirmado* en la independencia, había menester de las máquinas, de los métodos y de las ideas de los europeos, de los occidentales... etcétera. Simplemente genial y certero, he aquí un extraordinario análisis dialéctico que los intelectuales atorrantes ignoran por completo. Pero ni qué hacer, salvo ponerlos a descubierto. Bien, hay que tener en cuenta, especialmente, aquello de que el desarrollo de la economía, en la mayoría de las nuevas repúblicas de América del Sur, se veía impedido por la subsistencia de tenaces y extensos residuos de feudalidad. ¡Muy importante! Esta particularidad de nuestra base económica es clave para discutir con quienes argumentan que la *burguesía nacional* es la clase históricamente destinada para construir la nación; clase que en el Perú de 1824, se lamentan, no existía pues, dicen, no se había dado forma a una acumulación originaria de capital

suficiente para generar un mercado interno, amplio y autosostenido, en todo el territorio nacional; o que, en el período del guano y salitre, los comerciantes y terratenientes evolucionados perdieron su oportunidad histórica de convertirse en *burguesía nacional* y cumplir con su papel de construir la nación. Hay algunos despistados que citan a Mariátegui sin entender ni papa lo que dice.

—Entre lo escrito por Mariátegui en los años 1924 y 1928 hay algunas diferencias, pero al mismo tiempo se nota continuidad —dijo Sebastián rascándose la nuca.

—Maduración, lo llamaría yo. El 24 pone el peso en lo externo y deja de lado, de una u otra manera, el desarrollo de las condiciones internas diluyéndolas en lo que él denomina un ideal americanista. El 28, en cambio, basándose en el análisis del hecho económico, da un paso adelante y desentraña el hilo conductor de la lucha de clases; dice que la independencia sudamericana se presenta decidida por las necesidades del desarrollo de la civilización capitalista; que el ritmo del fenómeno capitalista tuvo en la elaboración de la independencia una función menos aparente y ostensible, pero sin duda mucho más decisiva y profunda que el eco de la filosofía y la literatura de los enciclopedistas; condiciones externas, situación internacional. Y ese *desarrollo de la civilización capitalista* no sólo viene de afuera, señala que es un proceso, natural, lento, sí, pero de larga data sobre nuestro propio suelo, añadido yo; condiciones internas, situación nacional. Mientras que el 24, contrariamente a lo que acabo de señalar, se limitó a decir que..., espera un momento, también lo tengo escrito y prefiero leértelo para que no quede duda de lo que Mariátegui dice textualmente, aguanta, sí, ésta es la cita. Escucha, dice: Los *descendientes* de los conquistadores y colonizadores *constituyeron el cimientó* del Perú actual. La independencia fue realizada por esta población criolla. La idea de la libertad *no brotó espontáneamente* de nuestro suelo; *su germen* nos vino de afuera. Un acontecimiento europeo, la Revolución Francesa, *engendró* la independencia americana. *Las raíces* de la gesta libertadora *se alimentaron* de la ideología de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Un *artificio* histórico clasifica a Túpac Amaru como un precursor de la independencia peruana. La revolución de Túpac Amaru la hicieron los indígenas; la Revolución de la Independencia la hicieron los criollos. Entre ambos acontecimientos no hubo consanguinidad espiritual ni ideológica. A Europa, de otro lado, *no le debimos* sólo la doctrina de nuestra revolución, *sino también* la posibilidad de actuarla. Conflagrada y sacudida, España no pudo, primero, oponerse válidamente a la libertad de sus colonias. No pudo, más tarde, intentar su reconquista. Estados Unidos declaró su solidaridad con la libertad de la América española. Acontecimientos

extranjeros en suma siguieron *influyendo* en los destinos hispanoamericanos. Antes y después de la revolución emancipadora, no faltó gente que creía que el Perú no estaba preparado para la independencia. Sin duda, encontraban exóticas la libertad y la democracia. Pero la historia no le da razón a esa gente negativa y escéptica, sino a la gente afirmativa, romántica, heroica, que pensó que *son aptos para la libertad todos los pueblos que saben adquirirla*. La independencia *aceleró* la asimilación de la cultura europea. El desarrollo del país ha *dependido* directamente de este proceso de asimilación. El industrialismo, el maquinismo, todos los resortes materiales del progreso nos han llegado de afuera. Hemos tomado de Europa y Estados Unidos todo lo que hemos podido. Cuando se ha debilitado nuestro contacto con el extranjero, la vida nacional se ha deprimido. Y ojo aquí, ya no sólo se trata de la influencia de Francia sino también de la de Inglaterra y la de Estados Unidos. Bien, Mariátegui concluye: El Perú ha quedado así insertado dentro del organismo de la civilización occidental... etcétera. Y precisamente en alguno de los pocos deslices que se encuentran en estas líneas se basan algunos fanfarrones para escupir metafísica y antimarxismo. Parte de esto ya lo hemos visto, pero, en todo caso, es una concatenación de ideas en desarrollo que nos permiten comprender mejor nuestra historia, nuestra situación actual y nuestro futuro.

—Entonces —dijo Sebastián apuntando con un dedo hacia el firmamento—, habría que centrarse en estos temas para ver hasta qué punto ambas ideas son una continuidad, si se contradicen o si son un desarrollo en lo que tú llamas la maduración de Mariátegui; o si lo estás negando...

—Muy pendejo el caballero que retorna a la idea de la negación de Mariátegui. Como quieras, acúsame si te place, me tiene sin cuidado. Pero son los mismos hechos los que desdicen tu soterrada imputación. Y, antes de que metas tú pero Mariátegui dijo no sé qué, quisiera tratar de demostrar que la idea de libertad sí surgió, lentamente, hasta hacerse conciencia, en suelo hispanoamericano; y que la independencia fue el desarrollo de la idea de libertad, de una voluntad consciente que, en estas disímiles tierras mestizas, germinó mucho antes de la Revolución Francesa; con la particularidad de que habría de convertirse en ideal americanista para luego, en un camino de retorno, materializarse en las especificaciones con que de cada virreinato surgirían países diversos con características particulares dentro del marco mundial de desarrollo del capitalismo. Es más, para horror de los perplejos, yo suscribo la posición que sostiene que la idea de libertad nace en el sector indígena, se expande al sector criollo y en el proceso de desarrollo se materializa en el ideal *mestizo* en

que se sincretizan, en que se fusionan, ambos sectores. Es demostrable, baste ver la historia de nuestra patria. Así de simple, pero hay que tener los ojos y las entendederas abiertas. Pero, ya que estamos en los escritos de Mariátegui, déjame recordarte algo más a tener en cuenta. En su artículo *La Revolución de la Independencia y la propiedad agraria*, José Carlos escribe lo siguiente: Entremos a examinar ahora cómo se presenta el problema de la tierra bajo la República. Para precisar mis puntos de vista sobre este período, en lo que concierne a la cuestión agraria, dice Mariátegui, debo insistir en un concepto que ya he expresado respecto al carácter de la Revolución de la Independencia en el Perú. La revolución encontró al Perú *retrasado* en la formación de su burguesía. Los elementos de una economía capitalista eran en nuestro país más embrionarios que en otros países de América donde la revolución contó con una burguesía menos larvada, menos incipiente. *Si la revolución hubiese sido un movimiento de las masas indígenas o hubiese representado sus reivindicaciones, habría tenido necesariamente una fisonomía agrarista.* Está ya bien estudiado cómo la Revolución Francesa benefició particularmente a *la clase rural, en la cual tuvo que apoyarse para evitar el retorno del antiguo régimen.* Este fenómeno, además, parece peculiar en general así a la revolución burguesa como a la revolución socialista, a juzgar por las consecuencias mejor definidas y más estables del abatimiento de la feudalidad en la Europa Central y del zarismo en Rusia. Dirigidas y actuadas principalmente por la burguesía urbana y el proletariado urbano, una y otra revolución han tenido como *inmediatos usufructuarios a los campesinos.* Particularmente en Rusia, ha sido ésta la clase que ha cosechado los primeros frutos de la revolución bolchevique, debido a que en ese país no se había operado aún una revolución burguesa que a su tiempo hubiera liquidado la feudalidad y el absolutismo e instaurado en su lugar un régimen demoliberal. Aquí un alto en lo escrito por Mariátegui. A estas alturas del partido conocemos mucho mejor los grandes problemas que, en la relación con el campesinado y la construcción del socialismo, tuvieron que afrontar tanto la Revolución Rusa bajo la dirección de Lenin, como la Revolución China bajo la dirección de Mao. Pero, junto a esto, hay algo que debemos tomar en cuenta y fue constatado por Marx en *La Guerra Civil en Francia*; en 1871 escribe: La clase obrera de Francia tiene que hacer frente a condiciones difícilísimas. Cualquier intento de derribar al nuevo Gobierno en el trance actual, con el enemigo llamando casi a las puertas de París, sería una locura desesperada. Los obreros franceses deben cumplir con su deber de ciudadanos; pero, al mismo tiempo, no deben dejarse llevar por los recuerdos nacionales de 1792, *como los campesinos franceses se dejaron engañar por los recuerdos*

nacionales del Primer Imperio. Mirando un poco hacia atrás, en 1850, Marx y Engels, en el *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas*, ya habían escrito: El primer punto que provocará el conflicto entre los demócratas burgueses y los obreros será la abolición del feudalismo. Al igual que en la primera Revolución Francesa, los pequeños burgueses entregarán las tierras feudales a los campesinos *en calidad de propiedad libre*, es decir, tratarán de conservar el proletariado agrícola y *crear una clase campesina pequeñoburguesa*, la cual pasará por el mismo ciclo de *empobrecimiento y endeudamiento* en que se encuentra actualmente el campesino francés. Los obreros, tanto en interés del proletariado agrícola como en el suyo propio, *deben oponerse* a este plan y exigir que las propiedades feudales confiscadas se conviertan en *propiedad del Estado* y se transformen en colonias obreras explotadas por el *proletariado agrícola* asociado, el cual aprovechará todas las ventajas de la gran explotación agrícola. De este modo, y en medio del resquebrajamiento de las relaciones burguesas de propiedad, el principio de la *propiedad colectiva* obtendrá inmediatamente una base firme. Del mismo modo que los demócratas se unen con los campesinos, los obreros deben unirse con el proletariado agrícola. Además, los demócratas trabajarán directamente por una república federal, o bien, en el caso de que no puedan evitar la formación de la república, *una e indivisible*, tratarán por lo menos de paralizar al Gobierno central concediendo la mayor autonomía e independencia posible a los municipios y a las provincias. En oposición a este plan, los obreros no sólo deberán defender la República alemana, una e indivisible, sino luchar en esta República por la más resuelta *centralización* del Poder en manos del Estado. *Los obreros no se deben dejar desorientar por la cháchara democrática* acerca del municipio libre, la autonomía local... etcétera. En un país como Alemania, donde aún hay tantas *reminiscencias del medioevo que barrer y tanta terquedad local y provincial que romper*, no se puede tolerar en modo alguno ni bajo ninguna circunstancia que cada aldea, ciudad o provincia pongan nuevos obstáculos a la actividad revolucionaria, que sólo puede desarrollar toda su fuerza habiendo *centralización*. No se puede tolerar que vuelva a repetirse la situación actual, en que los alemanes deben ir conquistando cada paso de avance ciudad por ciudad y provincia por provincia. Y menos que nada puede tolerarse que al amparo de la llamada libre autonomía local se perpetúe la *propiedad comunal*, una forma de propiedad que incluso está por debajo de la moderna propiedad privada y que en todas partes se está descomponiendo y transformando en esta última, y se perpetúen *los pleitos entre municipios ricos y pobres que esta propiedad comunal provoca*, así como el derecho civil municipal, con sus triqui-

ñuelas contra los obreros, y que subsiste al lado del derecho civil del Estado. Lo mismo que en Francia en 1793, la centralización más rigurosa debe ser hoy, en Alemania, la *tarea del partido verdaderamente revolucionario*. Y, un poquito más atrás, en el *Manifiesto del Partido Comunista* de 1847-1848, escribían: El objetivo inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los demás partidos proletarios: constitución de los proletarios *en clase*; *derrocamiento* de la dominación burguesa; conquista del *poder político* por el proletariado. Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo. No son sino la expresión de conjunto de las *condiciones reales de una lucha de clases existente*, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos. La abolición de las relaciones de propiedad antes existentes no es una característica propia del comunismo. Todas las relaciones de propiedad han sufrido constantes cambios históricos, continuas transformaciones históricas. *La Revolución Francesa*, por ejemplo, *abolió la propiedad feudal en provecho de la propiedad burguesa*. El rasgo distintivo del comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa. Pero la propiedad privada burguesa moderna es la última y más acabada expresión del modo de producción y de apropiación de lo producido *basado en los antagonismos de clase*, en la explotación de los unos por los otros. En este sentido, los comunistas pueden resumir su teoría en esta fórmula única: *abolición de la propiedad privada*. Fin de la cita. Así que no todo era color de rosa y aroma silvestre. Por lo tanto, ¿qué podía esperarse de la embrionaria clase burguesa de las jóvenes repúblicas sudamericanas?

—Que se convierta en burguesía nacional para que cumpla con su papel histórico de construir la nación... y esperar echado, que sentado uno se puede cansar de tanto hablar de que está en formación —dijo Sebastián soltando una sonora carcajada.

—Ahora sí que te da risa, ¿no?

—Pena no me da, caballero —replicó Sebastián a la par que daba un ligero empujón a Leoncio.

—Bien, pero aún hay más —dijo Leoncio luego de acomodarse el ladeado sombrero—. Recordemos una vez más lo visto ayer, la precisión hecha por Lenin sobre *la fuerza de la pequeña producción*; dice que la dictadura del proletariado es la guerra más abnegada y más implacable de la nueva clase contra un enemigo más poderoso, contra la burguesía, cuya resistencia se halla decuplicada por su derrocamiento, aunque no sea más que en un solo país, y cuya potencia consiste, no sólo en la fuerza del capital internacional, en la fuerza y la solidez de las relaciones internacionales de la burguesía, sino,

además, en la fuerza de la costumbre, en *la fuerza de la pequeña producción*. Pues, por desgracia ha quedado todavía en el mundo mucha y mucha pequeña producción y ésta engendra al capitalismo y a la burguesía constantemente, cada día, cada hora, en un proceso espontáneo y en masa. Y ya sabemos a qué clase se refiere con eso de la fuerza de la pequeña producción.

—Al campesinado —precisó Sebastián.

—Eso. También hemos visto que Mao toma y desarrolla esta idea planteando que si se desarrolla sensiblemente la producción mercantil, no es teniendo como objetivo un beneficio, sino en el interés del campesinado, de la alianza entre los obreros y los campesinos, del desarrollo de la producción. Explica que el fondo del problema reside en el campesinado; ahí es donde dice que algunos van hasta a considerar a los campesinos como superiores a los obreros. Y especifica que la ley de la producción mercantil no ha sido comprendida... etcétera. Y en cuanto a la alianza de los obreros y de los campesinos, dice que en China pasó por 2 etapas: la primera fundada sobre la revolución agraria; la segunda fundada en el movimiento de las cooperativas. Sin el movimiento de las cooperativas, ciertamente se habría producido una bipolarización del campesinado, impidiendo así la consolidación de la alianza entre los obreros y campesinos tanto como el mantenimiento de una política de compras y ventas agrupadas por el Estado. Es solamente sobre la base de la cooperativización que la política de compras y ventas agrupadas del Estado puede ser mantenida y aplicada. Ahora, dijo Mao en 1960, nuestra alianza obrero-campesina deberá progresar apoyándose en la mecanización. Si no hay más que los movimientos cooperativos y de las comunas populares sin mecanización, la alianza obrero-campesina no podrá consolidarse. En el movimiento de las cooperativas, si no hay más que una pequeña cooperativización, la alianza obrero-campesina no podrá tampoco consolidarse. El movimiento de las cooperativas debe por consiguiente pasar a las comunas populares. Y la propiedad de los equipos de producción de base debe convertirse en propiedad de las comunas populares de base. La propiedad de las comunas populares debe, a su vez, convertirse en propiedad del Estado. Entonces, *sobre la base de una combinación de la nacionalización y de la mecanización*, nosotros podremos realmente consolidar la alianza obrero-campesina, haciendo desaparecer progresivamente las diferencias entre obreros y campesinos. Una vez más, se ve el magistral desarrollo que ambos, Lenin y Mao, hacen de Marx y el marxismo y que algunos planteamientos de Marx eran acertados para el período del capitalismo premonopolista, pero no son correctos para la fase del imperialismo. Repito todo esto que ya hemos visto, sólo para remar-

car que en determinado momento histórico la burguesía deja de ser una clase revolucionaria y que plantear, como lo hacen algunos intelectualillos, esa burrada sobre el supuesto papel de la burguesía nacional, en un proceso histórico de desarrollo económico, social y político como el nuestro, no es más que una permutación, estúpidamente mecanicista y mal comprendida, de otros tiempos y otras latitudes. Lo que Mariátegui dice, en resumen y con suma claridad, son 2 cuestiones a tomar muy en cuenta: primero, que la revolución encontró al Perú *retrasado en la formación de su burguesía*; y segundo, que la *democracia burguesa y liberal* no pudo echar raíces seguras, por ejemplo en el Perú, porque se lo impedía *la subsistencia de tenaces y extensos residuos de feudalidad*. Punto. Pero bien, retomemos a Mariátegui. Continuando con su argumentación sobre la Revolución de la Independencia y la propiedad agraria, dice: Pero, para que la revolución demoliberal haya tenido estos efectos, 2 premisas han sido necesarias: la existencia de una burguesía *consciente* de los fines y los intereses de su acción y la existencia de un *estado de ánimo* revolucionario en la clase campesina y, sobre todo, *su reivindicación del derecho a la tierra en términos incompatibles con el poder de la aristocracia terrateniente*. En el Perú, menos todavía que en otros países de América, la Revolución de la Independencia no respondía a estas premisas. La revolución había triunfado por la obligada solidaridad continental de los pueblos que se rebelaban contra el dominio de España y porque las circunstancias políticas y económicas del mundo *trabajaban a su favor*. El *nacionalismo continental* de los revolucionarios hispanoamericanos se juntaba a esa mancomunidad forzosa de sus destinos, para nivelar a los pueblos más avanzados en su marcha al capitalismo con los más retrasados en la misma vía. Estudiando la revolución argentina y por ende, la americana, Echeverría clasifica las clases en la siguiente forma: La sociedad americana, dice, estaba dividida en 3 *clases opuestas en intereses*, sin vínculo alguno de sociabilidad moral y política. Componían la primera los togados, el clero y los mandones; la segunda, los enriquecidos por el monopolio y el capricho de la fortuna; la tercera, los villanos, llamados *gauchos* y *compadritos* en el Río de la Plata, *cholos* en el Perú, *rotos* en Chile, *leperos* en México. Las castas indígenas y africanas eran esclavas y tenían una existencia extrasocial. La primera gozaba sin producir y tenía el Poder y fuero del hidalgo. Era la aristocracia compuesta en su mayor parte de españoles y de muy pocos americanos. La segunda gozaba, ejerciendo tranquilamente su industria y comercio, era la clase media que se sentaba en los cabildos; la tercera, única productora por el trabajo manual, componíase de artesanos y proletarios de todo género. Los descendientes americanos de las 2

primeras clases que recibían alguna educación en América o en la Península, fueron los que levantaron el estandarte de la revolución. Hasta aquí lo dicho por Echeverría, y Mariátegui continúa: La revolución americana, en vez del conflicto entre la nobleza terrateniente y la burguesía comerciante, produjo en muchos casos su *colaboración*, ya por la impregnación de ideas liberales que acusaba la aristocracia, ya porque ésta en muchos casos no veía en esa revolución sino un movimiento de emancipación de la Corona de España. La *población campesina*, que en el Perú era indígena, no tenía en la revolución una presencia *directa, activa*. *El programa revolucionario no representaba sus reivindicaciones*. Mas este *programa* se inspiraba en el ideario liberal. La revolución no podía prescindir de principios que consideraban existentes reivindicaciones agrarias, fundadas en la necesidad práctica y en la justicia teórica de liberar el dominio de la tierra de las trabas feudales. La República insertó en su estatuto estos principios. *El Perú no tenía una clase burguesa que los aplicase en armonía con sus intereses económicos y su doctrina política y jurídica*. Pero la República, porque éste era el curso y el mandato de la historia, debía constituirse sobre principios liberales y burgueses. Sólo que las consecuencias prácticas de la revolución *en lo que se relacionaba con la propiedad agraria*, no podían dejar de detenerse en el límite que les fijaban los intereses de los grandes propietarios. Por esto, la política de desvinculación de la propiedad agraria, impuesta por los fundamentos políticos de la República, no atacó al latifundio. Y, aunque en compensación las nuevas leyes ordenaban el reparto de tierras a los indígenas, atacó, en cambio, en el nombre de los postulados liberales, a la *comunidad*. Se inauguró así un régimen que, cualesquiera que fuesen sus principios, empeoraba en cierto grado la condición de los indígenas en vez de mejorarla. Y esto no era culpa del ideario que inspiraba la nueva política y que, rectamente aplicado, *debía haber dado fin al dominio feudal de la tierra convirtiendo a los indígenas en pequeños propietarios*. Ojo con esto último, Sebastián. ¿En qué revolución se está pensando aquí? ¿Cómo se entiende, en aquel período histórico, el desarrollo de lo que vendría a ser capitalismo burocrático? Evidentemente hoy tenemos, gracias al mismo Mariátegui y a los clásicos del marxismo, un bagaje teórico mucho más desarrollado que nos permite analizar más a profundidad este tema. Pero bien, Mariátegui continúa: La nueva política abolía formalmente las *mitas*, encomiendas... etcétera. Comprendía un conjunto de medidas que significaban la *emancipación del indígena como siervo*. Pero como, de otro lado, *dejaba intactos el poder y la fuerza de la propiedad feudal*, invalidaba sus propias medidas de protección de la pequeña propiedad y del trabajador de la tierra. *La aristocracia terrateniente*, si no

sus privilegios de principio, conservaba sus posiciones de hecho. Seguía siendo en el Perú *la clase dominante*. La revolución no había realmente elevado al Poder a una nueva clase. La burguesía profesional y comerciante *era muy débil* para gobernar. La abolición de la servidumbre no pasaba, por esto, de ser una declaración teórica. Porque la revolución no había tocado el latifundio. Y la servidumbre no es sino una de las caras de la feudalidad, pero no la feudalidad misma. Muy bien. Hasta aquí lo escrito por Mariátegui. Según mi opinión, con algunas limitaciones pero lo suficientemente perspicaz como para considerar que el camino revolucionario establecido por él es certero, sin olvidar, evidentemente, que fue necesario aplicarlo y, sobre todo, desarrollarlo.

—No hay que olvidar que fue él quien señaló que nuestro capitalismo es un capitalismo sometido al imperialismo y ligado a la feudalidad; con lo que del arranque se esfuma el sueño de una burguesía nacional y el papel que algunos le asignan en la historia —añadió Sebastián con calma.

—Y es lo que se conoce como capitalismo burocrático —concretó Leoncio dándole una palmada en el hombro a Sebastián—. Y yo no niego lo esencial dicho por Mariátegui; al contrario, lo remarco una y otra vez. Bien. Entonces, teniendo todo esto en la mente, regreso a esa vaina de las 2 Repúblicas. Y me pregunto: ¿Una República de indios sin vínculos de unidad? ¿Una República con una *nación* disuelta en comunidades dispersas? Es más, ¿una República con una sociedad y economía completamente descompuesta y anonada? ¿Con una historia escindida? ¿Con una formidable máquina de producción *destruida*, sin trabajo solidario ni orgánico? ¿Dónde queda aquello de 2 *naciones* separadas, 2 *Repúblicas*, la de los españoles y la de los indios? Y tú dices que se trata de un proceso posterior a la invasión, de un proceso de *reagrupación* de las comunidades dispersas. Entonces otra pregunta: En nuestra historia posterior a la invasión, ¿ha habido un proceso de *reagrupación* de aquellas comunidades que quedaron dispersas, donde nuestros antepasados, los *autóctonos*, han logrado establecer sus lazos de unidad recomponiendo el *poderoso* sistema económico, político y social que les daría continuidad histórica como nación? De ser así, ¿qué sistema han recompuesto? ¿El del Imperio Incaico, el del Imperio Wari, el del Imperio Chavín, el de Caral, el de algún otro sistema de la Costa, la Sierra o la Selva o el de la comunidad primitiva? ¿Cuál?

—A mí ni me preguntes, pues lo único que he hecho y dicho es tratar de entender lo que quieren decir algunos ratones de biblioteca. En el fondo se refieren al ayllu o la comunidad campesina como refugio y bastión económico, político, social, cultural, mítico y religioso,

como paradigma de nación; lo que, según mi opinión, no tiene futuro ni perspectiva.

—Exactamente, mi querido Sebastián. Y ése es el punto que cierra un círculo. Cuando esa gente empieza a usar un símbolo separado de su significado, éste empieza a tener existencia por cuenta propia y los hechos, la realidad, carecen de importancia. La atribución al ayllu de inexistentes poderes mágicos lo convierte en un símbolo redentor en manos de gente piadosa; pero ésa es una visión abstracta pues lo único que irradia el ayllu es una realidad económica, social, política e ideológica donde se desarrollan las contradicciones de clases y la lucha entre ellas; un ente donde el gamonalismo, la servidumbre y los gamonalillos han encontrado un refugio, nostálgico y retrógrado, donde ejercer la explotación y la opresión de la masa campesina.

—¡Y se cierra un círculo!

—Como si ya no lo hubiera dicho, carajo. Mira cómo prestas atención a nuestro diálogo.

—La claridad llega con el alba, hermano.

—Si no serás pendejo, carajo. Hace años que estamos investigando el asunto y no me vengas a decir que no te das cuenta de los resultados, que de cojudo sólo tienes cuando pones esa cara y nada más —dijo Leoncio dándole un empujón en el hombro a Sebastián mientras soltaba una sonora carcajada.

—Si no serás picón, compadre —dijo Sebastián mientras rodeaba con su brazo izquierdo el cuello de Leoncio y jalaba la cabeza de éste atrayéndola hacia su pecho con fuerza.

Después de que cesaron de reír, de darse empujones y jalarse del poncho, decidieron hacer un pequeño descanso que aprovecharon para relajarse y beber algo de agua.

—Bien —dijo Leoncio luego de que reanudaron la marcha—. Si el señor me permite, deseo continuar.

—Permiso concedido —dijo Sebastián mostrando una vez más sus verdosos dientes.

—Gracias. Aún tengo un par de líneas más para leerte. Escucha esto otro que también ya comenté, espera a que lo encuentre, aquí, sí, escucha, comentando sobre la Paz de Wilson, Lloyd George y Clemenceau, Mariátegui afirma que esa paz *no ha resuelto ni aún en teoría el problema de las nacionalidades*; pero que lo ha planteado en la práctica. La Paz *no ha sabido crear un sólo Estado nuevo que pueda ser reconocido como una nacionalidad homogénea y orgánica*. A esto, que ambos ya hemos comentado, alguien le cambia un par de términos y lo presenta como creación heroica afirmando que no hay *ningún país* en el mundo que haya llegado a ser *nación* ya que *una*

auténtica nación sólo podría ser un *país integrado y unificado*. Esta grandilocuente afirmación conlleva la negación absoluta de la ley de la contradicción, de la unidad y lucha de contrarios, y de la lucha de clases. Y es este mismo sabio pensador quien, repitiendo a otros no menos inteligentes, habla de 2 Repúblicas, la de españoles y la de indios; y que estos últimos, los indios, tuvieron en la tierra la base de su supervivencia, en el ayllu, o comunidad, su bastión político-social, y en sus creencias mítico-religiosas, junto con su idioma, un factor depositario de su *memoria histórica*; aunque, y he aquí lo chistoso y pedante, después de casi 3 décadas de *maduración* intelectual, el escurridizo autor dice que evidentemente hay una sobrevaloración de la memoria, de la memoria histórica, de la memoria colectiva. Sobre la memoria, dice, los psicólogos y los psiquiatras conocen perfectamente que en ella no podemos depositar toda la confianza; simplemente se recuerda lo que se quiere recordar; la memoria es muchas veces tramposa, recuerda inventos y embustes y en otros casos se recuerda sólo parcial y confusamente, se recuerdan mitos y fetiches; en resumidas cuentas, finaliza, la memoria, más aún la colectiva, no es garantía de nada. Listo, nos podemos olvidar de todo, el pasado y la historia no existen, sólo *existen* trampas, inventos y embustes; lo demás es mito y fetiche. Y se puede comprobar, digo yo, precisamente en la *memoria* de ese intelectual, pues simplemente se ha *olvidado* de toda la argumentación que hace José Carlos Mariátegui y en sus sesudos escritos sólo estampa los inventos y embustes que su tramposa y ladina *desmemoria* quiere recordar. Evidente y escandalosamente, lo que escribe con la mano no puede borrar con el codo. El *mito ayllu* se desvanece en el olvido histórico de este pensador especulativo y ecléctico. Pero esto es irrelevante, lo interesante es que Mariátegui dice que, voy a repetir lo que acabo de leer hace un ratito, los conquistadores más se preocuparon por *distribuirse y disputarse* el pingüe botín de guerra y se *repartieron las tierras y los hombres*, sin preguntarse siquiera por *su porvenir como fuerzas y medios de producción*. Y ése es otro eslabón de la misma cadena. Precisamente, la retrógrada chanchada española y la criminal Iglesia Católica traen esclavismo y feudalismo del más rancio; traen un sistema feudal caduco y lo impusieron por las armas, no pidiendo permiso para entrar en nuestra casa. Les interesó un carajo el porvenir de los indígenas como fuerza y medio de producción no porque no quisieran, o porque no se dieran cuenta de lo que se les venía encima, sino porque *esa* era la mentalidad y el sistema económico que conocían y desarrollaban; y dicho de pasada, en pleno Siglo XX, lo mismo o por lo menos algo parecido, hizo el más desarrollado colonialismo imperialista en Asia, África y América Latina; en ambos casos se trata de depredado-

res que se disputan y distribuyen el botín de guerra sin interesarles el porvenir de los hombres como fuerza y medio de producción; y en la actualidad es la misma vaina sólo que un poquito más refinada bajo el membrete de tecnología de punta y democracia moderna. Total, para qué preocuparse si existe la fantasía malthusiana acerca de la sobrepoblación. Así que no vale la pena discutir mucho más sobre la absurda teoría de las 2 Repúblicas, la de españoles y la de indios, porque esa artificiosa especulación intelectual apunta a borrar la historia de las formaciones sociales, más o menos complejas, en nuestra tierra; a borrar las particularidades de la lucha de clases, en esta parte del mundo, enmarañando el discurrir histórico en un litigio con características puramente etnolingüísticas propio de un museo de antigüedades. Lo que se da en la realidad es el vívido desarrollo de una sociedad, como en cualquier otra parte de mundo, en constante movimiento con saltos cuantitativos y cualitativos; con puntos de quiebre en su discurrir histórico. Así que deja a Mariátegui en toda la altura que le corresponde, ya que nadie trata de negarlo, y preocúpate más por entender las razones de sus limitaciones y tus propias ideas. Y la próxima que quieras expresar tu pensamiento en lugar de decir pero fulano o zutano dijeron tal o cual cosa mejor debes decir yo pienso tal o cual huevada, carajo; deja de echar la culpa de tus aciertos y errores a otros. No se trata de que las citas y sus autores corroboren, verifiquen, confirmen y demuestren lo que pensamos y decimos; es exactamente al revés, si usamos citas y opiniones de otras personas, sea de un clásico o no, es para expresar que somos nosotros los que estamos de acuerdo en tal o cual planteamiento del autor que citamos, lo tomamos, lo asumimos, lo seguimos y lo desarrollamos en la práctica; y cuando no estamos de acuerdo en algo, pues decimos en qué y por qué y nos esforzamos por demostrarlo, también en la práctica, y ya está. Si nos equivocamos, corregimos nuestro error y listo. Lo demás es babosada ecléctica.

—Carajo, hermanito, te arañas por las puras huevas. Yo sólo quería darte pista para que explicaras mejor tus opiniones sobre la nación y las supuestas 2 Repúblicas...

—Ah, don Cachaciento, muy amable caballero. Gracias por concederme una pista empedrada con amenaza negacionista. Y si no le es molestia, señor, quisiera entrar de lleno al problema que nos atañe.

—Tienes mi bendición, hijo.

—Gracias, padre. Hemos visto —continuó Leoncio luego de darle un pequeño empujón a Sebastián—, a grandes rasgos y como parte de un proceso mundial, el desarrollo histórico de nuestra sociedad partiendo de la llegada de los primeros recolectores y cazadores hasta la invasión española pasando por el surgimiento, la conformación,

agrupación y disgregación, de diversos pueblos, naciones e imperios hasta la demoledora y vertiginosa expansión de los esclavistas incaicos que derrotaron y sojuzgaron a muchas naciones. Hemos analizado a grandes rasgos, dentro del desarrollo natural, interno, de nuestra sociedad, los cambios producidos, tras la invasión, en todas las esferas del desarrollo de los llamados autóctonos u originarios de nuestra tierra, de nuestra nación en nuestro suelo; la influencia externa y los violentos cambios que se produjeron en el desarrollo de las fuerzas productivas materiales, de las relaciones sociales de producción y de la superestructura incluyendo sus instituciones, su ideología y la simbiosis religiosa y cultural. Pues bien, ahora concentrémonos en el período de la independencia, período que tiene un largo proceso de preparación. Habrás de recordar que, en algún momento, dije que el centro de la frase *la guerra es la continuación de la política por otros medios* está en la política y no en la guerra; y que, para entender qué carácter tiene la guerra para cada uno de los participantes en el conflicto, hay que estudiar toda la política que, a lo largo de mucho tiempo, ha precedido el estallido del hecho armado en sí. Y ello incluye, o de ello se deriva, si así lo prefieres, la aceptación y el reconocimiento de que si bien la base sobre la que se sustenta el proceso histórico es la formación económicosocial, la sustitución de los modos de producción, ello no tiene por qué excluir que son las formas ideológicas las que introducen en la conciencia del hombre la idea del conflicto que existe en la base material y lo impulsan a una lucha por resolverlo. De ahí que, para entender la emancipación del Perú, es necesario estudiar, junto a la trama económica, cómo el hombre de estas tierras empezó a tomar conciencia de ese conflicto, qué ideas lo movieron a luchar para resolverlo. Pero, como es sabido, también hay que tener en cuenta que en ese proceso no hay uniformidad de pensamiento; por lo que se desarrolla una gama de tendencias que concentran en sus polos contradictorios a quienes están por mantener el estatus quo para perpetuarlo y a los que desean cambiarlo; a los que están por el Rey y la Corona, en un polo, y a los que quieren la separación, la independencia, en el otro. En el medio, coqueteando ya con unos ya con otros, los reformistas y los indecisos. Y dentro del proceso de independencia continental, el Perú, como cada uno de los que llegarían a ser países con sus actuales fronteras, tiene sus particularidades. Así que, por lo dicho, se puede partir por señalar que el mismo acto de invasión, de conquista según algunos, ya traía en sí los gérmenes de independencia. Tomemos algunos ejemplos de los muchísimos que hay. Cristóbal Colón consigue, a priori, convertirse en Almirante de todas las islas y tierras firmes que se descubran o ganen. Ese Almirantazgo le es otorgado con carácter vitalicio, hereditario y perpetuo.

Consigue, además, los cargos de Visorrey, o Virrey que es lo mismo, y gobernador general de los mismos territorios, con la facultad de proponer candidatos para los cargos subordinados. Pero no sólo eso, también a priori consigue privilegios económicos en base a la futura explotación comercial y su usufructo debía realizarse en comandita entre el expedicionario y la Corona; de esa manera, se concede a Colón el décimo de todo lo que obtuviere directamente o por trueque; se le permite contribuir en un octavo en la armazón de navíos de futuras expediciones a tierras descubiertas, y se le concede un octavo de las ganancias. Ante posibles pleitos relacionados con el comercio con las tierras descubiertas, los Monarcas autorizan a Colón o a sus lugartenientes a que conozcan esos litigios. Diego Colón fue hijo y sucesor de Cristóbal Colón en el Almirantazgo, virreinato y gobierno de las llamadas Indias, convirtiéndose así en heredero de los privilegios de su padre en América. Gobernó desde la capital de la actual República Dominicana y su plan era crear una sociedad estamental y una *República de indios*, y para ello se basaría en los repartos de indios, distribuyéndolos a su antojo con el objeto de premiar a sus amigos, creando así diferencias sociales. Y para ampliar su poder y dominios a otras islas, como Cuba, Jamaica y Puerto Rico, forzó la emigración de españoles con el cuento de aliviar la presión demográfica que sufría La Española. Como consecuencia de la actitud de Diego Colón, se crearon 2 partidos; por un lado, los hidalgos, veteranos de la invasión y sus principales aliados, y, por otro, los realistas, formado por funcionarios reales. También provocó graves enfrentamientos en las islas descubiertas; no aportó nada en la exploración de estas islas aunque sí logró que se descubriera el Océano Pacífico abriendo la posibilidad de expansión hacia el Sur. Su hijo y heredero Luis Colón y Toledo fue el primer duque de Veragua, un señorío territorial situado dentro de las fronteras de Panamá actual, título que obtuvo a costa de ceder su título de Virrey de las tierras descubiertas del Mar Océano y a la renta del 10% de las ganancias de esas tierras. Y aunque irrisorio, aún existe un descendiente de Colón que desde 1986 jalona la herencia, y es el Vicealmirante Cristóbal Colón de Carvajal y Gorosábel, XVII duque de Veragua y, además, este gran noble, también es el XVIII marqués de Jamaica desde 1974, XVIII Almirante de la Mar Océana y XIII Adelantado Mayor de las Indias desde 1986.

—Lo que es la hidalguía, puro papelito —comentó Sebastián bur-lón.

—Hidalguía rústica y sanchopancesca. Bien, sigo con otro ejemplo. El bastardo Francisco Pizarro, que llegaría a ser marqués, fue encomendero y alcalde de Panamá; y, luego de la historia de la rayita en el suelo de una playa en la Isla del Gallo y el reguero de sangre y

muerte que produjo *el carnicero* sobre estas tierras, se da la guerra civil entre salteadores españoles por prebendas y poder. Se desarrolla, a un nivel más alto, el asentamiento colonial y la repartija del botín, de lo invadido; una parte de los *nuevos dueños* de estas tierras no sólo combaten entre ellos por privilegio, territorio, peculio y poderío; no, no se contentan, como otros, con ser *representantes* de los intereses de la corona española; quieren más, con buena o poca fortuna, apuntan al control y dominio de *sus* conquistas y al reconocimiento de *sus* intereses por parte de la metrópoli. Y eso ya en los años 1500.

—No fue sólo una lucha de rebatiña ni de disputa por el Cusco, como se enseña en los colegios; fue, además, la rebelión de los encomenderos en contra de la corona española —resumió Sebastián.

—Exactamente, ya vez que sí conoces la trama. Bien, así, la nación, que hasta el momento de la invasión española se podría definir como autóctona, sufre un cambio aún más violento que el que ya padecía por la guerra civil; por la pugna por el Poder entre los hermanos Huáscar y Atahualpa y en medio de la cual las panacas, la nobleza ligada al poder, empiezan a exigir la propiedad de la tierra, que de hecho ya les pertenecía, como propiedad privada independiente de cualquier centro de poder desatando la pugna entre esclavismo y feudalismo; al desarrollo natural de la nación se le suma un desarrollo más violento; lo español se viene a sumar a las específicas y particulares características de las naciones que venían siendo sojuzgadas por la nación inca que, con Atahualpa a la cabeza, trataba de unificar a todas esas naciones dentro de un proceso no sólo de sometimiento sino también de adaptación, integración y simbiosis. Y ese proceso va a ser influenciado y asumido por el invasor. La, en ese momento, difusa identidad nacional, difusa por los motivos de convulsión social que acabo de mencionar, pasa a un proceso más alto de desarrollo. La nación va a ser reestructurada.

—Ese proceso ya lo hemos visto así que supongo que no vas a repetir todo el rollo —dijo Sebastián levantando las manos hacia el cielo.

—No, claro que no. Sólo quiero remarcar que se trata de un proceso de desarrollo histórico del conjunto de la sociedad y no de un hecho *traumático* que trunca toda posibilidad de continuidad y desarrollo autónomo e independiente; lo cual es una reverenda estupidez ya que lo mismo se podría decir de los tiempos de formación y desarrollo del Imperio Incaico, del Wari, del Chavín y de cualquier otro pueblo o nación aquí y en el mundo entero; esa huevada no es otra cosa más que el vano intento de reducir la historia, y los saltos que se producen en el desarrollo social, a una serie, sucesiva o no, de

traumas; la mamada de pecho y el destetado freudiano convertido en paradigma de análisis supuestamente científico donde, para remate de vulgaridades metafísicas, las indígenas violadas por el invasor transmiten su *trauma* al feto.

—El movimiento social, que se desarrolla como un proceso histórico sujeto a leyes, y la interacción entre la base material y la conciencia social, la conciencia del hombre, su actividad consciente, su organización y su comprensión de la necesidad histórica que determina el ritmo y el contenido del proceso histórico social siguiendo sus leyes generales, se reduce a una *violación* histórico-social —aportó Sebastián.

—Exactamente. Según esta versión, no son los hombres sino los *traumatizados* los que hacen la historia. Por eso hay muchos bobalicones que repiten aquello de que el Perú es un país resentido y las clases populares son clases resentidas. Sus propias cuitas psíquicas, sus melodramas y galimatías personales, y sus frustraciones intelectuales convertidas en legado a la posteridad. Lacrimosa metafísica, nada más. Pero bien, los factores internos y externos no son más que una de las tantas contradicciones que se dan en cualquier proceso de desarrollo; y la ley de la contradicción, que es la ley fundamental no sólo de la naturaleza y de la sociedad sino también del pensamiento, existe en todos los procesos y los recorre desde el comienzo hasta el fin. He ahí por qué, para entender este período, trato de analizar el desarrollo de las ideas políticas en nuestra patria en el contexto de la independencia; y sus antecedentes se remontan a antes de la rebelión del cacique José Gabriel Condorcanqui Noguera, más conocido por el alias Túpac Amaru II, o simplemente Túpac Amaru, en la segunda mitad del Siglo XVIII.

—En 1780, para ser más exactos —dijo Sebastián.

—Eso, gracias. Retomo la recapitulación de la secuencia. Tenemos ya los 50 años de resistencia armada al invasor que, después de la derrota de los seguidores de Atahualpa, continuó el arrepentido y otrora colaborador de los españoles Manco Inca y terminó con la derrota de los incas de Vilcabamba, encabezados por su hijo Túpac Amaru I, y de otras rebeliones a lo largo y ancho del antiguo imperio; tenemos la guerra civil entre facciones rivales de españoles, almagristas contra pizarristas en lucha por poder y riqueza. Con el papel jugado por Incas títeres al servicio del tirano invasor; con el acallamiento de las cada vez más esporádicas rebeliones y la sangría provocada con el reguero de miles, de cientos de miles, de millones de indígenas aniquilados en las acciones de armas y las epidemias de viruela, rubeola y gripe propagada por la jauría española, se inicia un período de *relativo* sosiego en el que se afianza el gobierno de los

virreyes sirviéndose de las instituciones incaicas; por ejemplo, del ayllu, antigua y milenaria institución que los mismos Incas habían tomado de sus antecesores para desarrollarla como expresión socioeconómica y política de la dominación del Estado, para imponer su dominio y explotar sistemáticamente a la masa campesina a través de un complejo sistema de jerarquías sociales. Pero la *pacificación* y el perfeccionamiento de esa y otras instituciones heredadas del incanato no trajeron el reino de la felicidad a estas tierras; por el contrario, a la sangría se sumó, en los primeros años, el abandono de los campos de cultivo y la plaga del hambre desplegó su siniestro manto agudizando el despoblamiento del campo donde la mita colonial aportó lo suyo. Si uno lee al marqués de Oropesa, puede toparse de lleno con una espeluznante prueba; él dice que nadie de los que han estado en las provincias del Perú ignora la prisa con que se van acabando los indios en ellas; y añade, esto se echa de ver también en los llanos, que en 400 leguas que hay, no hay hoy 4,000 tributarios; y el repartimiento de Chíncha, que es de Su Majestad, donde había 100,000 y más, no hay hoy 200. Además dijo que un ladrón público es un corregidor, que no sirve más que para quitar al indio la hacienda, la hija y la mujer. Y ni para que se hagan los cojudos y digan que así no fue, hasta el Emperador Felipe III llegó a escribir que tenía información de que los indios naturales de las provincias se iban acabando a causa de los malos tratos que les propinaban los encomenderos; que en algunos lugares ha desaparecido más de la tercera parte y que los sobrevivientes están peor que esclavos y que son vendidos y comprados entre los encomenderos; que son asesinados a patadas; que las mujeres revientan bajo el peso de la carga que tienen que llevar; que muchos se ahorcan o se envenenan para escapar del maltrato; que las mujeres matan a sus recién nacidos para librarlos del destino que ellas padecen y otras cosas más.

—Y la *evangelización*, bajo el cuento de *extirpación de idolatrías*, es decir la destrucción de los cultos religiosos de los nativos, no se quedó a la saga en actos de genocidio.

—Eso. Bien —retomó Leoncio—, en los siglos siguientes, como ya hemos visto, se desarrolla un proceso en el cual se *unifica*, se uniforma, dice Mariátegui, la fisonomía étnica, política y moral de la América Hispana, del *descendiente* del español invasor y colonizador, y esta unificación se construye sobre la desarticulación de las nacionalidades y naciones ya existentes en nuestra tierra, no sobre la liquidación total de las mismas. Mezcla, sincretismo y simbiosis. Lo dicho, la nación se reestructura. Bien, todo esto ya lo hemos visto en detalle y no me explayo más. A destacar es que desde que el Estado surge dentro de estos, por aquel entonces, movedizos confines, Estado

que, dicho sea de paso, es mucho más antiguo de lo que la mayoría supone, las masas han combatido la opresión y explotación; que la imposición del virreinato fue un hecho político y militar que aplastó a los propios conquistadores y para mantenerse tuvo que enfrentar grandes levantamientos campesinos, como por ejemplo, y sólo para recordar algunos de los más conocidos, el levantamiento en Oropesa en el Alto Perú el año 1730, comandado por el platero mulato Alejo Calatayud; la conspiración de Oruro, encabezada por el criollo Francisco Juan Vélez de Córdova en 1739, adinerado comerciante moqueguano, hijo y heredero de españoles peninsulares; la sublevación en la Selva Central dirigida por el mestizo Juan Santos Atahualpa en 1742; la rebelión de Lima y Huarochirí dirigida por Francisco Inca en 1750; la sublevación negra en las haciendas de San Jacinto y San José de Ica, el año 1768; o el poderoso movimiento del acaudalado comerciante Túpac Amaru que en 1780 llegó a levantar a varias decenas de miles de hombres, de los cuales más de 100,000 murieron, y se extendió desde Cusco y Puno hasta Bolivia, y puso en grave riesgo el dominio virreinal repercutiendo en Argentina, Colombia, México y, a fin de cuentas, removió la América toda; movimiento derrotado pero que agitó y socavó el virreinato preparando así las condiciones para la independencia, sin artificio histórico alguno. El hombre de estas tierras toma una mayor conciencia de lo que es concretizando y desarrollando, cada vez más, su propia identidad; no sólo diferenciándose de lo *español* sino, y esto es lo principal, desarrollando una conciencia nacional, una identidad nacional que lo lleva a decidir su propio destino. Así, tras un largo proceso, la reestructuración de la nación entra en su fase final.

—Sólo un ciego y sordo podría no haberse dado cuenta de ese proceso; hasta Alexander von Humboldt había observado que, desde 1789, los criollos decían que ellos no son españoles sino americanos.

—Pero esa tardía observación constata no algo que *va* a ser, sino algo que *ya* es —dijo Leoncio dándole un mayor énfasis a algunas de sus palabras—. Sólo se puede *reestructurar* algo que ya existe. Incluso hay alguien que, dentro de esa línea de constatación, sintetiza, a su manera, que *a raíz* de la llamada conquista no sólo nació el nuevo hombre, es decir, el cholo, que viene a ser la unión de los componentes psíquicos y sociales del español y el indio, sino que el propio hombre antiguo, el que venía del Tahuantinsuyo, se amestizó; lo que hizo al Perú *un país* de mestizos. Queda claro que, ignorando la línea general de este gran acierto, un mal análisis del desarrollo de las contradicciones lleva a algunos a sostener el error de que sobre nuestras tierras conviven 2 naciones *separadas*; 2 Repúblicas, la de los españoles y la de los indios. Sin embargo, en la práctica, lo que

se da es un proceso de fusión indo-hispana, un mestizaje étnico y cultural con una pizca de negrura; una simbiosis en toda la línea que lleva a materializar el surgimiento de clases sociales diferenciadas, con características propias y peculiaridades definidas. Si recordamos, por ejemplo y entre otras, la pequeña historia de España que he relatado, se podrá comprender mejor nuestro proceso de desarrollo pues, a pesar de sus particularidades o gracias a ellas, también sigue el curso de leyes generales. Así, lo que se dilucida es no sólo el desenvolvimiento de nuevas costumbres, de una nueva cultura, sino el desarrollo de nuevas contradicciones que tienen su base en la producción y en las relaciones sociales que éstas generan.

—Y esas contradicciones se reflejan en los programas de lucha de los mismos participantes —aportó Sebastián—; por ejemplo, el mestizo Juan Santos Atahualpa quería expulsar a los españoles, restaurar el Imperio Incaico, y conservar la religión católica romana; y para ello, decía contar con la ayuda de los ingleses y su flota. Túpac Amaru tiene un doble discurso; por un lado, cuando se dirige a la Corona, quiere que se castigue a los *malos funcionarios* coloniales; y eso se verifica al leer las cartas escritas por él al Virrey y al Rey de España, en las que afirma lealtad y fidelidad a la Corona y se reconoce como súbdito de ella, solicitando *beneficios comerciales y reducción en el pago de impuestos* que en 1776 había introducido el visitador José Antonio de Areche con la reforma tributaria y la ley de aduanas. Pero, por otro lado, cuando se dirige al pueblo, dice romper con la sujeción al Rey de España; sus principales reivindicaciones son: la abolición del tributo, de la mita y del reparto; la abolición de la esclavitud de los negros; y una mejor distribución de la tierra; se declara Inca-Rey y Señor de varios dominios; proclama la guerra contra *los europeos* y propone un nuevo orden político dirigido por el Inca-Rey, o por él, que es lo mismo, y en el cual se integrarían todos los *nacidos* en estas tierras, sean criollos, indios, mestizos o negros, con lo que, a pesar de haber sido un movimiento dirigido por caciques y curacas, ya es un intento de unidad nacional pero bajo los moldes de una monarquía de nuevo tipo, la inglesa que tanto gustaba a Túpac Amaru. Pero el fondo del asunto es que, en todos los casos, se trasluce el descontento que los peruanos, los hombres y las mujeres de estas tierras, tenían a causa del injusto régimen español; y, en especial, una reacción a la aplicación radical de las llamadas reformas borbónicas, con Fernando VI, en 1746, tras la muerte de Felipe V.

—Eso —convino Leoncio—, 1746 marca una etapa superior en el reformismo borbónico iniciado en 1700 con el reinado de Felipe V de Borbón, que sucedió a Carlos II y desató la Guerra de Sucesión Española de 1701 a 1714. El reinado de los Borbón es un período

bastante largo donde la nueva dinastía, la borbónica, construyó una monarquía absoluta centralista y uniformista que liquida la monarquía compuesta de los Austrias y se desarrolla hasta 1808 con el fin del reinado de Carlos IV pasando por la Guerra del Rosellón con la recién inaugurada República Francesa entre 1793 y 1795, guerra que fue un verdadero desastre político y militar para una España que se vio obligada a cambiar de actitud, gracias al bastante conocido, todopoderoso y favorito de la reina, Manuel Godoy, y entrar en alianza con Francia desatando, así, la primera guerra con Gran Bretaña, entre 1796 y 1802. Después de una efímera paz, se desató la segunda guerra con Gran Bretaña, donde la poderosa flota franco-española fue derrotada por la británica al mando del conocido almirante Nelson en la batalla de Trafalgar; y con esa derrota se abre definitivamente la crisis final de la monarquía absoluta borbónica dando paso a la abdicación forzada de Carlos IV en favor de su hijo Fernando VII y la posterior abdicación de ambos a favor de Napoleón Bonaparte, hechos que, mientras las *clases pudientes* se sometían mansamente al yugo extranjero, conducirían inevitablemente a una insurrección popular en Madrid, el primer levantamiento espontáneo que surgió del pueblo, y a la guerra civil que en la historia más se conoce como la Guerra de Independencia española. Pero bien, ésta es parte de la historia de España que no vamos a profundizar más pero que nos sirve para comprender el marco internacional en el que se desenvuelve la lucha por nuestra independencia de España; y ese pedazo de historia, a su vez, es parte de un amplio marco de análisis que debe incluir la revolución burguesa inglesa de 1648, aunque el período debe ser considerado de 1625 a 1689, donde la burguesía, aliada con la nueva nobleza, luchó contra la monarquía, contra la nobleza feudal y contra la Iglesia dominante; la revolución burguesa de 1775 a 1783, conocida como Guerra de la Independencia de las 13 colonias norteamericanas de Inglaterra, contra la dominación inglesa, revolución que debió su origen a la aspiración de la joven nación burguesa norteamericana a la independencia y a la supresión de los obstáculos que impedían el desarrollo del capitalismo y, como resultado de la victoria de los norteamericanos, se formó un Estado burgués independiente: Estados Unidos de América; y, la revolución burguesa francesa de 1789 a 1794 donde la burguesía, aliada con el pueblo, luchó contra la monarquía, contra la nobleza y también contra la Iglesia dominante. Y, algo muy importante dentro del contexto internacional que debe ser tomado en cuenta cuando se analiza el proceso de desarrollo de nuestra independencia, es que si bien es cierto que Francia disputaba desde hacía tiempo la hegemonía mundial con Inglaterra, fue Inglaterra la que desde mediados del Siglo XVIII se perfila como potencia

mundial. Pero, sin querer adelantarme, debo decir que la vaina no queda ahí; poco después entra en la escena mundial Estados Unidos de América, y ambos, generaron poderosos sistemas capitalistas que en un corto tiempo devinieron sistemas imperialistas. Bien, observando este pequeño período en el transcurrir de la humanidad, que a su vez se comprueba en todo lo anteriormente sucedido, podremos entender que la transformación de la historia en historia universal no constituye un simple hecho abstracto del llamado *espíritu universal* o de cualquier otro espectro metafísico, especulativo-idealista o fantástico, sino un hecho perfectamente material y empíricamente comprobable por el desarrollo del modo de producción, del intercambio y de la división del trabajo; un hecho empírico en el que los individuos concretos, al extenderse sus actividades hasta un plano histórico-universal, se ven cada vez más sojuzgados bajo un poder extraño a ellos, poder que adquiere un carácter cada vez más de masa y se revela en última instancia como el mercado mundial; y el individuo no aparece, en este discurrir, como un ente abstracto, como un indeterminado y figurativo ciudadano mundial, sino como un sujeto real en un lugar determinado, como parte de un grupo de individuos relacionados entre sí donde se desarrolla la contradicción entre el interés del individuo concreto o de una determinada familia y el interés común de todos los individuos relacionados entre sí, interés común que no existe tan sólo en la idea, como algo *general*, sino que se presenta en la realidad, ante todo, como una relación de mutua dependencia de los individuos sobre la base de los intereses de *las clases*, ya condicionadas por la división del trabajo, que se forman y diferencian en cada uno de estos conglomerados humanos y entre las cuales hay siempre una que domina sobre todas las demás, y seguirá siendo así mientras existan las clases.

—Por lo tanto, no es un problema de *sobrevaloración de la memoria histórica*, supuestamente tramposa, sino de la producción de la conciencia —acotó Sebastián dando un manotazo al aire.

—Eso, mi querido Sebastián, una síntesis clara y concreta. Gracias. Bien, dentro de este marco internacional de referencia es que se desenvuelven las contradicciones internas *previas* a la guerra de independencia en esta parte del Continente. En este punto tan sólo debemos recordar que la base material de la monarquía española había sido establecida por la unión de Aragón, Castilla y Granada bajo el reinado de Fernando e Isabel I, los Reyes Católicos que forjaron los inicios de la unidad nacional española. Carlos I, nieto de Isabel y Fernando, intentó transformar esa monarquía, aún feudal, en una monarquía absoluta. Atacó simultáneamente los 2 pilares de la *libertad española*: las Cortes y los Ayuntamientos. Aquéllas eran una

modificación de los antiguos concilia góticos, y éstos, que se habían conservado casi sin interrupción desde los tiempos romanos, presentaban una mezcla del carácter hereditario y electivo característico de las municipalidades romanas. Todo esto ya lo hemos visto con mayor detalle. Aquí lo que importa es señalar que el objetivo último de los monarcas de Borbón era la sujeción de las colonias para beneficio económico de la metrópoli; corregir las fugas fiscales y promover la producción para aumentar así la recaudación de impuestos. Para lograrlo se necesitaba reformar instituciones y procedimientos viciados que, a juicio de los reformadores, se habían incrustado en las sociedades coloniales y con los que ciertos grupos de privilegiados medraban al amparo de la debilidad de los gobernantes de la casa de Habsburgo. El Consulado de Comerciantes, algunas corporaciones religiosas como la Compañía de Jesús y la misma institución del virreinato fueron el blanco de los golpes de los reformadores. Y claro, no hay que olvidar que, mediante la Inquisición, la Iglesia se había transformado en el más potente instrumento del absolutismo. La *libertad española* desapareció en medio del fragor de las armas, de cascadas de oro y de las terribles iluminaciones de los autos de fe. Así, la vida local de España, la independencia de sus provincias y de sus municipios, la diversidad de su configuración social, basada originalmente en la configuración física del país y desarrollada históricamente en función de las formas diferentes en que las diversas provincias se emanciparon de la dominación mora y crearon pequeñas comunidades independientes, se afianzaron y acentuaron finalmente a causa de la revolución económica que secó las fuentes de la actividad nacional. Y como la monarquía absoluta encontró en España elementos que por su misma naturaleza repugnaban a la centralización, hizo todo lo que estaba en su poder para impedir el crecimiento de *intereses comunes* derivados de la división nacional del trabajo y de la multiplicidad de los intercambios internos, única base sobre la que se puede crear un sistema uniforme de administración y de aplicación de leyes generales. España siguió siendo una aglomeración de repúblicas mal administradas con un soberano nominal a su cabeza. El despotismo cambiaba de carácter en las diferentes provincias según la interpretación arbitraria que a las leyes generales daban virreyes y gobernadores; si bien el Gobierno era despótico, no impidió que subsistiesen las provincias con sus diferentes leyes y costumbres, con diferentes monedas, con banderas militares de colores diferentes y con sus respectivos sistemas de contribución. El despotismo español sólo ataca la autonomía municipal cuando ésta se opone a sus intereses directos, pero permite con satisfacción la supervivencia de dichas instituciones en tanto que éstas lo descargan del deber de cumplir

determinadas tareas y le evitan la molestia de una administración regular. Así ocurrió que Napoleón, que, como todos sus contemporáneos, consideraba a España como un cadáver exánime, tuvo una sorpresa fatal al descubrir que, si el Estado español estaba muerto, la sociedad española estaba llena de vida y repleta, en todas sus partes, de fuerza de resistencia. Ése es el marco particular en nuestra relación con España y como reflejo, ya has señalado, por ejemplo, las diferencias entre los programas de Juan Santos Atahualpa y Túpac Amaru en un punto específico de nuestra historia.

—Pero hay más, ¿no? —dijo Sebastián con una amplia sonrisa y un tono medio burlón.

—Sí, don Cachaciento —retrucó Leoncio rápidamente—. Y es que las causas que originaron el levantamiento de esos personajes vienen de más atrás. No hay que olvidar que muchos de esos levantamientos y conspiraciones donde participaron indios, criollos y negros, abortados o no, fueron liderados por caciques que, en su mayoría, se autoproclamaban descendientes de los soberanos Incas; como por ejemplo, la conspiración india que se develó en Lima el año 1666 liderada por Gabriel Manco Cápac. Pero antes de seguir con el análisis, quiero repasar un escrito que refleja un hilo común para muchas de esas conspiraciones, revueltas, levantamientos, sublevaciones o movimientos. Espera, por aquí lo tengo...

—Sí, claro, en esa libretita está el cerebro del caballero —dijo Sebastián con una sonrisa franca y sin afán de ofender.

—Mi cerebro está en su sitio, hermano, lo que aquí está es la salvación de mi querido don Pelotas —contestó Leoncio dando una risotada mientras seguía hojeando sus apuntes—. Ajá, aquí está. Francisco Vélez, que se quita el Francisco, se añade el Huáscar, y pasa a ser conocido como Juan Huáscar Vélez de Córdova, en su *Manifiesto de Agravios* del 8 de julio de 1739, plantea que tanto los criollos ilustres de los reinos del Perú como los españoles americanos y los pobres indios y naturales, siendo legítimos señores de la tierra, unos y otros, se encuentran oprimidos por la tiranía; que viven con sobresalto y son tratados poco menos que esclavos; y que para salir de tamaño cautiverio, dice, hay que liberar a la Patria, procurarse la libertad y restablecer el Imperio de los Incas. Para lograr ello, invocaba el apoyo de mestizos y criollos pobres recordándoles que también ellos forman parte de las clases explotadas. En ese *Manifiesto* hay 3 puntos interesantes a recordar. Escucha. Dice, primero, hallándose en la presente y entre nosotros uno de la real sangre de nuestros incas del gran Cusco en quinto grado de parentesco, se refiere a Juan Bustamante Carlos Inca, un indio noble rico, comerciante cocalero y encomendero explotador de indios, cristiano educado por curas y

españolizado hasta la médula del hueso, y, continúa Huáscar, con deseo de restaurar lo propio y volver a establecer *esta monarquía*, se suplica a los criollos y a los caciques y a todos los naturales le den la mano para esta tan heroica acción de restaurar lo propio y libertar la patria purgándola de la tiranía de los campos que nos consumen y cada día va a más nuestra ruina. El segundo punto promete a los criollos españoles emplearlos en las conveniencias del Reino según se mostrasen fieles y a los caciques honrarlos como es de razón por los señores de la tierra, adelantándolos en conveniencias, librando a los naturales de tributos y mitas, para que gocen en quietud lo que dios les dio y se alcen con lo que tienen recibido de repartimientos de los corregidores, cuyo nombre tirano se procurará borrar de nuestra república. Y en el tercero, dice, se ofrece en la presente para intentar esta empresa el motivo de hallarse el Rey de España en guerra con Portugal e Inglaterra; por lo que mira a la Europa, y en este reino los navíos embarazados en los empleos y la armada de Portobelo y por eso sin gente ni armas en Lima, siendo esta ocasión la más a propósito que imaginarse pueda. Y así, señores criollos y hermanos, y queridos caciques y mis amados naturales, mano a la obra que de parte tenemos la justicia y el favor de dios nuestro señor que nos ha de amparar en tan justa demanda, protestando a todos y cada uno de por si nunca es ni será mi intención oponerme a la santísima ley de nuestro señor Jesucristo, ni apartarme, ni permitirse aparte ninguno del gremio de la Santa Iglesia, antes sí procurar cuanto fuere de mi parte el aumento de ella; no permitiendo se profanen los templos de dios ni las casas sagradas, antes sí venerarlas como ellas se merecen y los cristianos tenemos de obligación, siendo mi única intención restablecer el *Gran Imperio y Monarquía* de nuestros reyes antiguos, reservando para la vista de cada uno de los nuestros otras muchas razones que no se pueden fiar de la pluma previniendo a nuestros hermanos que serán todos bien tratados y pagados anticipadamente, que yo quedaré con la gloria de haberlos liberado a todos de tanta tiranía; no se firma este papel por excusar riesgos, podrán nuestros criollos darle acento y creer a quien le lleva, que es de los nuestros; dios los guarde y les dé el esfuerzo que deseo con todos aciertos.

—Muy cándido el muchacho —ironizó Sebastián.

—Seguro —repuso Leoncio sin darle mayor importancia al desdén mostrado por su amigo—. Pero lo importante es que, al margen de que dicha conspiración fracasó porque fue traicionada por la misma gente que acompañaba a Juan Huáscar, incluido el españolizado inca de sangre real, se puede ver que desde muy temprano, dentro del desarrollo de las contradicciones de carácter económico, político y social, y a pesar del pretendido e ilusorio retorno al Imperio de los

Incas, las principales reivindicaciones, como la abolición del tributo, de la mita, del reparto, de la esclavitud de los negros y una mejor distribución de la tierra, contemplaban la introducción de nuevas relaciones sociales de producción bajo esquemas monárquicos, viejos o nuevos, y la sujeción incondicional a la Iglesia Católica y su religión. En el *Manifiesto de Agravios* se convoca a los criollos ilustres, a los españoles americanos, a los caciques honrarlos y los pobres indios y naturales especificando que unos y otros son los legítimos señores de la tierra; se llama a los criollos, a los caciques y a todos los naturales oprimidos por la tiranía, y tratados poco menos que esclavos, a participar en un frente único para restaurar lo propio y liberrar la patria; a fin de cuentas, se planteaban una lucha, una guerra civil, de liberación e independencia *nacional*. Eso es lo que yo pienso; a esa conclusión es a la que llego tomando en cuenta la información y argumentación de una serie de estudiosos que analizan el tema y llegan a conclusiones similares. La documentación está a la vista. Pero vayamos más allá todavía, profundicemos un poco más en los hechos mismos. Ya he mencionado las causas externas generales y particulares, ahora pasemos a ver las internas. Hay que tener en cuenta el hecho de que durante todo el Siglo XVII, en la Hispanoamérica de entonces, se desarrolla cada vez más una relativa emancipación económica que agudiza las contradicciones con la metrópoli. El enfrentamiento de intereses que, más o menos a partir de 1750, se va a desarrollar con mayor fuerza entre hispanoamericanos y el Gobierno peninsular tiene como base el desarrollo económico en estas tierras. Casi 150 años antes de esa fecha, desde las primeras décadas de 1600, las sociedades americanas pasan a desarrollar cada vez más fuentes de riqueza y con un proceso de reinversión mejoran su economía de subsistencia de alimentos y otros productos de consumo. Independientemente del comercio con la metrópoli, y a causa de la escasez y los elevados precios del injusto sistema de monopolio español, las colonias desarrollaron más el comercio entre sí logrando un vigoroso desarrollo económico que creó una élite de terratenientes, mineros y comerciantes; en su mayoría *criollos*, se dirá, pero no faltaron los *indios* que engrosaron esas filas. En verdad, a esas alturas de la historia, y esto es lo que los estudiosos no quieren ver, la gran mayoría de esa élite estaba conformada, de una u otra manera, por una u otra línea evolutiva, la española o la indígena, por *mestizos* de origen americano. Recuerda lo que Mariátegui dijo sobre la palabra *criollo*: No es casi más que un término que nos sirve para designar genéricamente una pluralidad, muy matizada, de *mestizos*. Genial, claro y concreto. No olvidar esa sabia y precisa conceptualización. Bien, la cosa es que fue la economía, el desarrollo económico, el que

produjo un cambio social. Ciertamente es, también, que la aristocracia colonial nunca tuvo plenamente el poder político formal, pero su fuerza era tal que la autoridad española no podía ignorarla por lo que el Gobierno colonial se veía obligado a sopesar los intereses de la Corona y los intereses de los americanos a través de compromisos que eran rotos no bien sus intereses particulares se veían perjudicados. Para concretar un poco más, tal como señalan algunos autores, el Perú no dependía necesariamente de las importaciones de España pues tenía capital sobrante y una marina mercante que podía satisfacer muchas de sus necesidades de consumo dentro de América, en particular con lo procedente de México y Asia. Así, entre 1651 y 1739, el 80% del ingreso del tesoro de Lima era gastado dentro del virreinato en defensa, administración virreinal, salarios, pensiones y compras para la minería y sólo el 20% era enviado a España. Por lo tanto, la mayor parte de la renta peruana era gastada en el Perú.

—Paralelamente a eso —dijo Sebastián dando a entender que recordaba las discusiones sobre el tema—, hay un largo período de relativa autonomía administrativa que arranca, más o menos, en 1620 cuando los americanos, o los criollos, o los mestizos, según se quiera, ingresan en buen número a las Reales Audiencias Indígenas; alcanza su cúspide a partir de 1687, año en que la venta de oficios empieza a aplicarse al cargo de oidor, y dura hasta 1746 cuando se produce un cambio en la política imperial de la metrópoli con las reformas borbónicas. Y todo este proceso se *inicia* antes del triunfo de la revolución burguesa inglesa, de las 13 colonias norteamericanas de Inglaterra y de la francesa.

—Así es, bien concatenado. En todo ese período hay un forcejeo entre la burocracia imperial y las sociedades americanas que penetran la primera empleando mecanismos corruptos que, aunque proscritos por la ley, eran tolerados por la Corona. Es en este período donde la *sociedad* llamada criolla, mestiza de origen americano para ser más preciso, asume una mayor conciencia de sí misma y *las clases* dentro de ella empiezan a diferenciarse con mayor claridad. Los que a la postre devendrían diversos países van tomando cuerpo en los mismos americanos, en los mismos mestizos, en los mestizos de origen americano que habitan los diversos virreinos. Hay que tener siempre en cuenta, como trasfondo, que el cambio material ocurrido en las condiciones de producción modifica las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas y filosóficas, es decir, las formas ideológicas y son éstas las que introducen en la conciencia de los hombres la idea del conflicto y su lucha por resolverlo.

—Y aunque te repites, los hechos mismos ratifican, una y otra vez, aquello de que la historia de todas las revoluciones ha demostra-

do que no era necesario que las fuerzas productivas estuvieran antes plenamente desarrolladas.

—Exacto, a eso iba. Gracias. Entender esto es esencial, y lo repito no porque no tenga otra cosa que decir sino porque no sólo la llamada *intelectualidad* olvida tan elemental evidencia, la deja de lado o simplemente la ignora; ese *olvido* también hace presencia, de cuando en cuando, entre nosotros. Y es más, bien sabemos que las instituciones políticas son la superestructura que se alza sobre la base económica y que al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella; pero, a su vez, es difícil explicar claramente los problemas que conciernen a la base económica y a las relaciones de producción si no se tienen en cuenta los problemas que afectan a la superestructura.

—Cierto, y lo uno está estrechamente ligado a lo otro —convino Sebastián.

—Eso, son partes de un todo que se desarrolla siguiendo la ley de la contradicción. Bien, a partir de 1746, como ya has dicho, se toman fuertes medidas para resguardar la autoridad de la administración del Imperio Español y socavar la relativa independencia administrativa que habían logrado los americanos, los mestizos, los mestizos de origen americano; acción que permite la afirmación del espíritu nacional que venía desarrollándose...

—Entonces hay un largo derrotero que no puede ni debe ser ignorado.

—Eso. Haciendo un repaso ampliado, vemos que luego de la captura de Atahualpa por Pizarro en 1532 se fundan ciudades: Lima y Trujillo en 1535, Chachapoyas en 1538, Huamanga en 1539, Huánuco y Arequipa en 1540, y así, sucesivamente, otras más que facilitarían la colonización de lo que vendría a llamarse el Virreinato del Perú, fundado en 1542 por el Estado español, con Lima como capital y Blasco Núñez Vela como primer Virrey. El Virrey, que fue nombrado en 1543 y pisó estas tierras en 1544 por encargo de la Corona, tenía la tarea de hacer cumplir las *Leyes Nuevas* ideadas por el cura Bartolomé de las Casas y redactadas para poner fin a los abusos cometidos con los indígenas por parte de los encomenderos; para cuidar la conservación y Gobierno y buen trato de los indios; para que se acabara la mala costumbre de hacer que los indios sirvieran de cargadores sin su propia voluntad y con la debida retribución; para que los esclavos existentes fueran puestos en libertad, si no se mostraba el pleno derecho jurídico a mantenerlos en ese estado; para que los oficiales reales, del Virrey para abajo, no tuvieran derecho a la encomienda de indios, lo mismo que las órdenes religiosas, hospitales, obras comunales o cofradías; para que el repartimiento dado a los primeros con-

quistadores cesara totalmente a la muerte de ellos y los indios fueran puestos bajo la Corona, sin que nadie pudiera heredar su tenencia y dominio, aunque a lo que apuntaba era a quitar inmediatamente las encomiendas a los que habían intervenido en el bando gonzalista durante la guerra civil. Y, dicho sea de pasada, Blasco Núñez Vela no duró mucho en el cargo pues, ni bien llegó, tuvo que enfrentar a los invasores españoles que ya afincados en el territorio americano se alzaron contra las disposiciones que traía por ir en contra de sus intereses particulares; dada la magnitud del descontento, la Audiencia de Lima destituyó al Virrey, lo metió en un barco y lo envió a la Isla de San Lorenzo y de ahí debería regresar a España vía Panamá, bajo la custodia del oidor Juan Álvarez, pero a mitad de camino el servil oidor, que capitaneaba el barco, lo dejó libre y lo desembarcó en Tumbes; de ahí, el destronado Virrey siguió hasta Quito, donde junto con Francisco Hernández Girón improvisó un ejército leal al Rey y a la Corona para enfrentar al rebelde Gonzalo. En Iñaquito, cerca de Quito, en 1546, se dio una batalla entre las fuerzas que obedecían al que fuera primer Virrey y las que comandaba Gonzalo Pizarro con la ayuda de su lugarteniente Francisco de Carvajal; en esa batalla fue derrotado y decapitado Blasco Núñez Vela.

—De ahí que en la práctica se demoraran como 10 años para hacer efectiva la existencia del Virreinato —completó Sebastián.

—Así es —confirmó Leoncio—. Pedro de la Gasca, quien fuera nombrado Presidente de la Real Audiencia de Lima con el título de *Pacificador*, llegó a Panamá tras la muerte del primer Virrey y lo primero que hizo fue ofrecer el perdón a los sublevados y derogar las Leyes Nuevas.

—Una maniobra de lujo —comentó Sebastián.

—Eso, y muy útil para generar el desbande —convino Leoncio—. Bien. Más adelante, el Gran Gonzalo, como lo llamaban sus acólitos, luego de victoriosas confrontaciones armadas, fue derrotado y tomado prisionero en la *batalla* de Jaquijahuana, en la Pampa de Anta, Cusco, en 1548; posteriormente fue decapitado junto con Carvajal y sus cabezas expuestas en la plaza principal de Lima. Aunque lo cierto es que, salvo algunas escaramuzas, no se produjo ninguna batalla ya que antes de que se inicie se produjo un desbande de las fuerzas gonzalistas que en buena parte se pasaron al ejército de Gasca; y, hasta donde se sabe, la desertión la iniciaron el oidor Diego Vásquez de Cepeda, quien había asumido la dirección política del Virreinato tras la expulsión del primer Virrey, y el capitán Sebastián Garcilaso de la Vega, nada más y nada menos que el padre del llamado Inca Garcilaso de la Vega. Así, Gasca, una vez vencedor, redistribuyó las encomiendas entre sus secuaces, incluyendo a los traidores ex gon-

zalistas, e hizo grandes esfuerzos para consolidar el control sobre el Perú, que siguió siendo una colonia y Virreinato hasta su independencia a inicios del Siglo XIX. Entretanto las Leyes Nuevas, salvo uno que otro maquillaje, quedaron en letra muerta y hubo no pocas rebeliones, siendo la más destacada la de Francisco Hernández Girón en el Cusco, a fines de 1553 exigiendo la abolición de la prohibición del trabajo personal de los indios...

—Consecuencia de uno de los que tú llamas *maquillajes* de la letra muerta de las Leyes Nuevas.

—Eso. Una cosa que tal vez valdría la pena destacar aquí sería que, a pesar de todo, esas Leyes Nuevas no tenían precedente en la historia colonial americana convirtiéndose así en el primer instrumento legal creado para la protección de los habitantes de territorios colonizados y en precursor del derecho internacional. Pero esas leyes eran prematuras para su tiempo, por lo que, en el conjunto de América, las libertades y derechos individuales no llegaron hasta el Siglo XIX. Por ello, esta audaz legislación no siempre se cumplió en los territorios españoles de ultramar. Las leyes legalizaron una situación ya existente en la que la mayoría de indios se vio obligada a trabajar para los encomenderos. Para ver algo, en principio, parecido pero mucho más desarrollado, habría que esperar a Jefferson hasta 1776 y la *Declaración de la Independencia de los Trece Estados Unidos de América*, que arranca reconociendo que todos los hombres son por naturaleza igualmente libres e independientes, que tienen ciertos derechos inherentes y que todo poder reside en el pueblo; y a la *Constitución de Estados Unidos de América* de 1787, en la que por primera vez en la historia de la humanidad se estructura una república democrática independiente sobre la base de la igualdad ante la ley; de los derechos políticos para todos los ciudadanos; de los derechos del hombre concernientes a la libertad para todos los ciudadanos; y de la soberanía popular como fuente de todo poder.

—Otros papelitos que sirven de ataúd para la letra muerta —añadió Sebastián con un tono de resignación.

—Letra violada y asesinada, si lo prefieres. Es evidente que la burguesía y los grandes propietarios de tierras estadounidenses violaron desde el comienzo los derechos democráticos proclamados en la *Declaración*, impedían, incluso a la mala, la participación de las masas populares en la vida política y conservaron la esclavitud dejando a los negros completamente privados de las libertades y derechos individuales más elementales; asesinaron el espíritu de la letra, sí, así es, pero lo que sobrevivió para la posteridad es la voluntad de aplicar aquellos avanzados principios fundamentales. Por ejemplo, poco después, en la Revolución Francesa, la *Asamblea Nacional Constituyente*

de 1789 aprobó la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, donde se reconoce, entre otros, que los hombres nacen y viven libres e iguales en derechos y que las distinciones sociales sólo pueden estar *fundadas en la utilidad común*; que el fin de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre y que estos derechos son: la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión; que el principio de toda soberanía reside esencialmente en la Nación y que ningún cuerpo ni individuo puede ejercer autoridad que no emane expresamente de aquélla...

—Un sarcófago más —interrumpió Sebastián levantando las manos hacia el cielo.

—Estas cosas, hermano —dijo Leoncio remarcando sus palabras con calma—, ya las hemos visto en detalle cuando analizamos el *Contrato Social de Rousseau* y sus planteamientos; recuerda que fue él quien dijo que *el hombre ha nacido libre y, sin embargo, por todas partes se encuentra encadenado*. Bien, pero, en el fondo, de lo que aquí se trata es de la discusión sobre los principios democrático-burgueses, una bandera de lucha que hay que restregarle por la nariz a aquellos que permanentemente los violan valiéndose de altisonantes frases para invadir un país tras otro; para bombardear y masacrar vilmente la población civil en cualquier país o para imponer Gobiernos títeres con el pretexto de defender o implantar *su* democracia. Espera, no vayas tan rápido que aún tenemos tiempo; aguanta el carro que te leo algo. Aquí está, Marx, a nombre de la *Asociación Internacional de Trabajadores*, le escribe en 1864 una carta a Lincoln con motivo de su segunda elección al cargo de Presidente y dice entre otras cosas: Cuando la oligarquía de 300,000 esclavistas se atrevió por vez primera en los anales del mundo a escribir la palabra *esclavitud* en la bandera de una rebelión armada, cuando en los mismos lugares en que había nacido por primera vez, hace cerca de 100 años, la idea de una gran *república democrática*, en que había sido proclamada la primera *Declaración de los Derechos del Hombre* y se había dado el primer impulso a la revolución europea del Siglo XVIII, cuando, en esos mismos lugares, la contrarrevolución se vanagloriaba con invariable perseverancia de haber acabado con las *ideas reinantes en los tiempos de la creación de la Constitución precedente*, declarando que *la esclavitud era una institución caritativa, la única solución, en realidad, del gran problema de las relaciones entre el capital y el trabajo*, y proclamaba cínicamente el derecho de propiedad sobre el hombre *pedra angular del nuevo edificio*, la clase trabajadora de Europa comprendió de golpe, ya antes de que la intercesión fanática de las clases superiores en favor de los aristócratas confederados le

sirviese de siniestra advertencia, que la rebelión de los esclavistas sonaría como rebato para la cruzada general de la propiedad contra el trabajo y que los destinos de los trabajadores, sus esperanzas en el porvenir e incluso sus conquistas pasadas se ponían en tela de juicio en esa grandiosa guerra del otro lado del Atlántico. Por eso la clase obrera soportó por doquier pacientemente las privaciones a que le había condenado la crisis del algodón, se opuso con entusiasmo a la intervención en favor del esclavismo que reclamaban enérgicamente los potentados, y en la mayoría de los países de Europa derramó su parte de sangre por la causa justa.

—¿A qué viene tanta vaina, compadre?

—Exactamente ésa es la pregunta que cualquiera se haría. Aunque se supone que tú no eres cualquiera. Y la respuesta está al final de esa carta, ahí escribe Marx: Los obreros de Europa tienen la firme convicción de que, del mismo modo que *la Guerra de la Independencia en América ha dado comienzo a una nueva era* de la dominación de la burguesía, la guerra americana contra el esclavismo inaugurará la era de la *dominación* de la clase obrera. Ellos ven el presagio de esa época venidera en que a Abraham Lincoln, hijo honrado de la clase obrera, le ha tocado la misión de llevar a su país a través de los combates sin precedente por *la liberación de una raza esclavizada y la transformación del régimen social*.

—Ajá, aunque las expectativas de Marx van mucho más allá de lo que en ese momento histórico se podía esperar, es el resumen del surgimiento de una sociedad sobre nuevas bases, ¿cierto?

—Cierto. Ya vez que sí te das cuenta. Por un lado, la burguesía usa la libertad y la igualdad como eficaz instrumento de lucha contra el feudalismo y sus caducos privilegios dando comienzo, en palabras de Marx, a una nueva era de la dominación de la burguesía, pero, por otro lado, también se prevé un trascendental paso en la lucha del pueblo, bajo la dirección del proletariado, por la aniquilación de la opresión, la explotación y, finalmente, de las clases. El mismo Marx, en *El Mensaje del Consejo General a la Unión Obrera Nacional de los Estados Unidos* de 1869, casi 5 años después de la carta a Lincoln, dice: El final victorioso de la guerra contra el esclavismo ha inaugurado una nueva época en la historia de la clase obrera.

—Es evidente que entre una y otra carta hay diferencias —opinó Sebastián.

—Sí, así es. Mientras que en la primera carta Marx escribe que se inaugurará *la era de la dominación* de la clase obrera; en la segunda, tras el desenlace de la guerra civil estadounidense, precisa que se ha inaugurado una *nueva época en la historia* de la clase obrera. Líneas más adelante explica mejor el asunto, dice: El resultado palpable di-

recto de la guerra civil ha sido, como es natural, el *empeoramiento* de la situación del obrero estadounidense. En Estados Unidos, lo mismo que en Europa, el monstruoso vampiro de *la deuda nacional*, que se pasa de unos hombros a otros, *se ha descargado finalmente sobre los de la clase obrera*.

—Mientras el proletariado y las clases trabajadoras no tomen clara conciencia de su destino y su misión histórica, no pueden esperar redención alguna —dijo Sebastián levantando un poco el tono de voz y agitando las manos al viento.

—Eso mismo, nada les será dado en gracia. Evidente, ¿no? Bien, acabo de señalar que en la revolución burguesa inglesa, la burguesía se alió con la nueva nobleza para luchar contra la monarquía, contra la nobleza feudal y contra la Iglesia dominante; que en la revolución burguesa norteamericana, en la Guerra de la Independencia de las 13 colonias norteamericanas de Inglaterra contra la dominación inglesa, esa joven nación burguesa, alcanza la victoria, logra la independencia y forma un Estado burgués independiente que les permite desarrollar el capitalismo; y que en la revolución burguesa francesa la burguesía, aliada con el pueblo, luchó contra la monarquía, contra la nobleza y también contra la Iglesia dominante. Muy bien, la Revolución Francesa enarbó sus 3 principios de libertad, igualdad y fraternidad y prometió justicia y reivindicar al pueblo. Sin embargo, más pronto que tarde, y al igual que la revolución de las 13 colonias, mostró sus límites y que sus declaraciones principistas no eran sino declaraciones formales, se establece una libertad y una igualdad puramente formales ya que los intereses de clase de la burguesía se contraponen a los de las masas; la miseria, el hambre y la injusticia siguieron reinando, aunque bajo nuevas formas. En todas las revoluciones burguesas, la burguesía toma el Poder, se apropia del Estado e impone sus condiciones, es decir, las bases sobre las cuales desarrollará el capitalismo, la industria y la concentración de grandes capitales; a eso se reduce la libertad que fue fundamentada en las diferentes declaraciones y constituciones burguesas y por la que las masas trabajadoras también regaron su sangre.

—Las ideas revolucionarias —intervino Sebastián—, ideas que expresaban el carácter revolucionario de la burguesía en su lucha contra la feudalidad en los Siglos XVII y XVIII, sostenían la libertad para el hombre como tal, para todos por igual, pero quedaron en letra muerta al carecer de fundamento real dado que los intereses de la burguesía, de una minoría, se contraponen a los intereses de las clases trabajadoras, de las masas, de las grandes mayorías. El sistema burgués, para mantener su poder económico, social y político, para explotar y sojuzgar a otras clases y defenderse del proletaria-

do que irrumpía en la historia presto a asumir su destino histórico en sus propias manos para derrumbar el caduco orden reaccionario imperante y construir el nuevo orden social revolucionario, dejó de lado los principios y derechos que antes enarbolaba como inherentes e irrenunciable: la libertad, la igualdad, la soberanía popular y los derechos del hombre y del ciudadano. Los intereses burgueses ya no son los intereses individuales que enarboló en la revolución antifeudal sino los intereses de los grandes monopolios financieros concentrados en pocas manos que usan el Estado para la opresión del trabajo por el capital, un poder público como máquina de dominación de clase.

—Cierto —convino Leoncio con una sonrisa de satisfacción—. Así, se pone en evidencia que la llamada *democracia moderna* no representa en sí otra cosa que la libertad de predicar lo que convenga a la burguesía, y a ésta le conviene predicar las ideas más reaccionarias, la religión, el oscurantismo, la defensa de los explotadores y toda clase de subterfugios y maldades. Y eso es algo que muchos se niegan a entender. Si los hombres, en sus primeros tiempos, nacieron y vivieron libres e iguales y esa libertad es una cualidad intrínseca, un componente primario, de la personalidad humana y lo hace digno, hay que tener en cuenta que ese mismo hombre digno y libre, es un ser humano que, a partir de un momento de su historia, vive en una sociedad determinada, y ya no vive en un estado natural al cual es estúpido, insensato e imposible de regresar, en la cual se ha alcanzado una *forma superior de libertad*, a saber, la llamada libertad civil. Pero, desde la aparición de las clases, la libertad, ese derecho primigenio e irrenunciable, es engrilletada; las grandes mayorías se ven privadas de ella y el auge de la industria sobre bases capitalistas convierte la pobreza y la miseria de las masas trabajadoras en condición de vida de la sociedad. En una sociedad donde existe lucha de clases hay libertad para que las clases explotadoras exploten al pueblo trabajador pero no hay libertad para que éste no sea explotado; hay democracia para la burguesía pero no la hay para el proletariado y el resto del pueblo trabajador. Los que piden libertad y democracia en abstracto creen que la democracia es un fin y no un medio; a veces la democracia parece un fin, pero en realidad es sólo un medio. El marxismo nos enseña que la democracia forma parte de la superestructura y pertenece a la categoría de la política. Esto significa que, en fin de cuentas, la democracia sirve a la base económica. Lo mismo ocurre con la libertad. Tanto la democracia como la libertad son relativas y no absolutas, han surgido y se desarrollan en el curso de la historia y esa *forma superior de libertad* no es la libertad por la que luchamos y anhelamos. Para mayor claridad, hay que volver a mencionar algo ya discutido y es la concepción de Marx, desarrollada

por Lenin y por Mao, acerca de las relaciones entre la libertad y la necesidad: La necesidad sólo es ciega en cuanto no se la comprende. La libertad no es otra cosa que el conocimiento de la necesidad.

—Algo ya planteado por Hegel —dijo Sebastián.

—Sí. Cierto es que Hegel fue el primero que supo exponer de un modo exacto las relaciones entre la libertad y la necesidad al decir que, la libertad no es otra cosa que el conocimiento de la necesidad; sus palabras fueron: *La necesidad es ciega sólo en la medida en que no está sometida al concepto*. Engels amplía lo dicho por Hegel y Marx al especificar que la libertad no reside en la soñada independencia ante las leyes naturales, sino en el conocimiento de estas leyes y en la posibilidad, basada en dicho conocimiento, de hacerlas actuar de un modo planificado para fines determinados. Y esto rige no sólo con las leyes de la naturaleza exterior, sino también con las que presiden la existencia corporal y espiritual del hombre mismo; 2 clases de leyes que podremos separar a lo sumo en nuestra representación, pero no en la realidad. El libre albedrío no es, por tanto, según eso, otra cosa que la capacidad de decidir con conocimiento de causa. Cuanto más libre es el juicio de un ser humano respecto de un determinado punto problemático, con tanta mayor necesidad estará determinado el contenido de ese juicio; mientras que la inseguridad debida a la ignorancia y que elige con aparente arbitrio entre posibilidades de decisión diversas y contradictorias prueba con ello su propia libertad, su situación de dominada por el objeto al que precisamente tendría que dominar. La libertad consiste, pues, en el dominio sobre nosotros mismos y sobre la naturaleza exterior, basado en el conocimiento de las necesidades naturales; por eso es necesariamente un producto de la evolución histórica. En otras palabras, esto es el reconocimiento de la sujeción objetiva de la naturaleza a leyes y de la transformación dialéctica de la necesidad en libertad; a la par que de la transformación de la *cosa en sí*, no conocida aún, pero cognoscible, en *cosa para nosotros*, de la *esencia de las cosas* en *fenómenos*; se reconoce las leyes de la naturaleza, las leyes de la naturaleza exterior, y la necesidad de la naturaleza; es decir, se establece claramente la diferencia capital entre la teoría materialista del conocimiento, por una parte, y por otra el agnosticismo y el idealismo, que niegan las leyes de la naturaleza, o no ven en ella más que leyes *lógicas*. Pero la cosa no queda aquí, Engels toma el conocimiento y la voluntad del hombre, por un lado, y la necesidad de la naturaleza, por otro, y dice que la necesidad de la naturaleza es lo primario, y la voluntad y la conciencia del hombre lo secundario. Estas últimas deben, indefectible y necesariamente, adaptarse a la primera; Engels considera esto hasta tal punto evidente, que no gasta palabras inútiles en el escla-

recimiento de su punto de vista.

—Engels no duda de la existencia de la *ciega necesidad*; él reconoce la existencia de la necesidad no conocida por el hombre —apuntó Sebastián.

—Cierto. Pero, se preguntan los eclécticos, ¿cómo puede el hombre conocer la existencia de lo que no conoce? ¿Cómo puede conocer la existencia de la necesidad no conocida? ¿No es eso *mística*, no es *metafísica*, no es el reconocimiento de los *fetiches* y de los ídolos, no es la *incognoscible cosa en sí* de Kant? La respuesta es hartamente conocida, y es algo que ya hemos visto: el desarrollo de la conciencia de cada individuo humano por separado y el desarrollo de los conocimientos colectivos de toda la humanidad, nos demuestran, a cada paso, la transformación de la *cosa en sí* no conocida en *cosa para nosotros* conocida, la transformación de la necesidad ciega, no conocida, la *necesidad en sí*, en la *necesidad para nosotros* conocida. Gnoseológicamente, no hay en absoluto ninguna diferencia entre una transformación y la otra, pues el punto de vista fundamental es el mismo en ambos casos, a saber: el punto de vista materialista, el reconocimiento de la realidad objetiva del mundo exterior y de las leyes de la naturaleza exterior; tanto ese mundo como esas leyes son perfectamente cognoscibles para el hombre, pero nunca pueden ser conocidas por él hasta el fin. No conocemos la necesidad natural en los fenómenos meteorológicos, por lo que inevitablemente somos esclavos del tiempo que hace. Pero aun no conociendo esa necesidad, sabemos que existe. ¿De dónde procede tal conocimiento? Tiene el mismo origen que el conocimiento de que las cosas existen fuera de nuestra conciencia e independientemente de ella, a saber: el desarrollo de nuestros conocimientos, que demuestra millones de veces a cada hombre que la ignorancia deja el sitio al saber cuándo el objeto obra sobre nuestros órganos de los sentidos, y al contrario: el conocimiento se convierte en ignorancia cuando queda descartada la posibilidad de dicha acción. Y más aún, en lo dicho por Engels se nota manifiestamente que aplica a la filosofía el método del *salto vital*, es decir, da un salto de la teoría a la práctica. En Engels, toda la práctica humana viva hace irrupción en la teoría misma del conocimiento, proporcionando un criterio objetivo de la verdad: en tanto que ignoramos una ley natural, esa ley, existiendo y obrando al margen y fuera de nuestro conocimiento, nos hace esclavos de la *ciega necesidad*. Tan pronto como conocemos esa ley, que acciona, como repitió Marx millares de veces, independientemente de nuestra voluntad y de nuestra conciencia, nos hacemos dueños de la naturaleza. El dominio de la naturaleza, que se manifiesta en la práctica de la humanidad, es el resultado del reflejo objetivo y veraz, en la cabeza del hombre, de los

fenómenos y de los procesos de la naturaleza y constituye la prueba de que dicho reflejo, dentro de los límites de lo que nos muestra la práctica, es una verdad objetiva, absoluta, eterna. El razonamiento de Engels está completa y exclusivamente fundado en la gnoseología del materialismo dialéctico y no en la especulación profesoral o doctoral llena de embustes y bazofia ecléctica, que mezcla agnosticismo, idealismo y un poquito del materialismo dialéctico de Marx, mal leído y peor entendido, para tratar de vender ese revoltijo como desarrollo del marxismo.

—Simplemente no tienen la menor idea de la solución al problema de la libertad y la necesidad dada por Hegel y Marx; y no lo tienen porque no hayan leído tal página en tal librito sino porque son unos reverendos ignorantes respecto al progreso real de la filosofía. Así de simple.

—Sí, cierto en parte. Aunque no sólo son ignorantes sino que, consciente y activamente, son unos oscurantistas en filosofía y son intolerables porque, para mal de males, se disfrazan de marxistas; lo dicho, representan un verdadero peligro, abonan la base del oportunismo presentando sus devaneos metafísicos como si tuvieran en cuenta todos los aspectos del proceso, todas las tendencias del desarrollo, todas las influencias contradictorias y otras cosas más, pero en realidad no dan ninguna noción completa y revolucionaria del proceso del desarrollo social. Se presentan con una fachada dialéctica para engañar más fácilmente a las masas y darles una aparente satisfacción para conducirlos mansamente al inmovilismo y al conformismo; separan con sumo cuidado la teoría pura de la práctica; se encierran en una biblioteca y se consideran deterministas en el terreno de la *investigación* mientras en la práctica, en la actividad social y en todo los otros terrenos, usan el método subjetivo en sociología; y, por otro lado, no dicen una sola palabra respecto al deber del filósofo de construir, sobre la base del determinismo, una concepción integral del mundo que abarque tanto la teoría como la práctica...

—Considerando el determinismo —interrumpió Sebastián para aclarar el concepto—, como el reconocimiento de que el desarrollo de los fenómenos naturales y sociales es algo necesario que está sujeto a leyes y no como la teoría de que todas las actuaciones humanas están regidas por la causalidad.

—Eso, gracias. Estos individuos, como todo filósofo subjetivista, se mueven dentro de un conflicto ideado por ellos mismos y que no es otro sino la idea del conflicto entre el determinismo y la moral, entre la necesidad histórica y la importancia del individuo; el *conflicto*, que por supuesto no existe, entre la idea de la necesidad histórica y la importancia de la actividad individual; y, algunos de estos intelectuales,

para solucionar su propio conflicto personal a favor de la moralidad y el papel del individuo recurren a una charlatanería sentimental y pequeñoburguesa adosada a especulaciones psicológicas y lingüísticas. Prefieren escaparse por la tangente con frases sin contenido, diciendo que la necesidad es un concepto demasiado general y que sigue subyugando a la libertad; y, de la misma manera y en 1,000 formas diferentes, presentan el Estado como algo situado por encima de las clases sociales. Por lo demás, toda idea será un concepto *demasiado general*, si le sacamos antes todo su contenido y luego nos ocupamos sólo de la forma. Esa forma, que oculta problemas realmente graves, presenta el problema del Estado, de la necesidad y la libertad como un problema de héroes y villanos en medio de una multitud; y esa palabrita denominada *multitud*, que a veces se ampara tras el concepto *ciudadano* y puede incluir tanto a obreros, campesinos y pequeños burgueses como a capitalistas, terratenientes y demás símiles, les es útil para negar las clases y la lucha de clases. Ya sabemos que la idea del determinismo, que establece la necesidad de los actos del hombre y rechaza la absurda leyenda del libre albedrío, no niega en un ápice la inteligencia ni la conciencia del hombre, como tampoco la valoración de sus acciones; muy por el contrario, sólo la concepción determinista, correctamente entendida, permite hacer una valoración rigurosa y acertada sin imputar todo lo imaginable al libre albedrío. Y del mismo modo, ya lo hemos visto ampliamente, tampoco la idea de la necesidad histórica menoscaba en nada el papel del individuo en la historia ya que toda la historia se compone precisamente de acciones de individuos que, de una u otra manera, son indudablemente personalidades. El verdadero problema que surge al valorar la actuación *social* del individuo, que implica principalmente el reconocimiento del papel decisivo de las masas y de las clases en la historia, consiste en saber qué condiciones aseguran el éxito de esta actividad, qué garantiza que esa actividad no resultará un acto aislado que se pierda en el mar de los actos opuestos. Esto sólo para recordar lo que ya hemos visto en detalle. Así, es evidente que la solución de esta cuestión, el problema tanto del Estado como de la necesidad y la libertad, depende directa e inmediatamente de la lucha de clases y de cómo atraer a las masas para lograr los objetivos y resultados previstos.

—Sabemos por Marx —dijo Sebastián— que todas las clases que en el pasado lograron hacerse dominantes trataron de consolidar la situación adquirida sometiendo a toda la sociedad a las condiciones de su modo de apropiación y que los proletarios no pueden conquistar las fuerzas productivas sociales, sino aboliendo su propio modo de apropiación en vigor, y, por tanto, todo modo de apropiación existente hasta nuestros días. Los proletarios no tienen nada que sal-

vaguardar; tienen que destruir todo lo que hasta ahora ha venido garantizando y asegurando la propiedad privada existente.

—Eso. Y, además, especifica que todos los movimientos han sido hasta ahora realizados por minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es un movimiento propio de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado no puede levantarse, no puede enderezarse, sin hacer saltar toda la superestructura formada por las capas de la sociedad oficial. Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una *lucha nacional*. Es natural que el proletariado de cada país deba acabar en *primer lugar* con su propia burguesía. Esto lo conocemos por lo que se dice en el *Manifiesto del Partido Comunista*; pero ojo, dice: Por su *forma*, aunque no por su *contenido*, la lucha del proletariado contra la burguesía es *primeramente* una lucha nacional y que *en primer lugar* el proletariado debe acabar con *su propia* burguesía. Páginas más adelante viene esa frase que muchos utilizan sin razonar y sin leer, y menos entender, el párrafo completo, y es aquella frase que dice que los obreros no tienen patria. Sí. *No tienen patria*, en esa parte del párrafo se quedan y a continuación guardan sepulcral silencio. Pero hay 2 cuestiones a tener en cuenta. La primera es que la susodicha frase es parte de una idea más completa, Marx dice: Los obreros no tienen patria. Y sigue. No se les puede arrebatar lo que no poseen. Por cuanto el proletariado debe *en primer lugar* conquistar el poder político, elevarse a la condición de *clase nacional*, constituirse *en nación*, *todavía* es nacional, *aunque de ninguna manera en el sentido burgués*; y continúa señalando que el aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecen día a día *con el* desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que le corresponden. El *dominio* del proletariado los hará desaparecer más de prisa todavía. La acción común, *al menos de los países civilizados*, es una de las primeras condiciones de su emancipación. En la misma medida en que sea abolida la explotación de un individuo por otro, será abolida la explotación de una nación por otra. Al mismo tiempo que el antagonismo de las clases en el interior de las naciones, desaparecerá la hostilidad de las naciones entre sí. Bien, eso en los tiempos de Marx. Pero hay una segunda cuestión con 2 partes integrantes; por un lado, es que el triunfo de la revolución, incluso en un solo país, evidencia que el proletariado y las masas trabajadoras sí tienen *patria*, a la que se puede aplicar aquello de *aunque de ninguna manera en el sentido burgués*, y es más, es una patria que deben defender; esto se puede demostrar históricamente con el triunfo de la Revolución Rusa y de la Revolución China.

Por otro lado, si bien los polos de la contradicción son el proletariado y la burguesía, hay otras clases, como el campesinado, la pequeña burguesía y, en algunos casos, las burguesías nacionales que imprimen particularidades al proceso revolucionario. En el mundo actual no sólo hay capitalismo, hay imperialismo; no sólo hay países *civilizados* que son capitalistas, también los hay semif feudales y semicoloniales, y que, para más datos, son la gran mayoría y conforman lo que se conoce como Tercer Mundo.

—Y está lleno de campesinos que no se han proletarizado como Marx hubiera deseado. De ahí, otra vez, la necesidad de entender correctamente el capitalismo burocrático —dijo Sebastián.

—Eso. Es así, dentro de este marco de referencia, cómo hay que entender la idea general de que en las sociedades en que existen clases, la lucha de clases no tiene fin y en la sociedad sin clases, jamás terminará la lucha entre lo nuevo y lo viejo, y entre lo justo y lo erróneo. En los terrenos de la lucha por la producción y de la experimentación científica, la humanidad está en constante progreso y la naturaleza en constante desarrollo; nunca se quedan en un nivel determinado, jamás. Por lo tanto, el hombre necesita sintetizar constantemente sus experiencias, y descubre, inventa, crea y avanza. Todas las ideas en favor del estancamiento, el pesimismo, la inercia o la complacencia son erróneas. Como tan erróneo es plantear que una *auténtica nación* sería sólo aquella que estuviera realmente *integrada y unificada*. Y todas estas ideas son erróneas porque no corresponden ni a los hechos históricos del desarrollo de la sociedad humana a lo largo de cerca de 1'000,000 de años, ni a los hechos históricos de la naturaleza conocidos por nosotros hasta la fecha, por ejemplo la naturaleza tal como se refleja en la historia de los cuerpos celestes, de la Tierra, de la vida y de otros fenómenos naturales. ¿Y esto qué quiere decir?

—Simplémente que la historia de la humanidad es la historia del continuo desarrollo del reino de la necesidad al reino de la libertad y que este proceso no tiene fin —respondió Sebastián.

—Exactamente. Engels ya explicó que con la toma de posesión de los medios de producción *por la sociedad* se elimina la producción mercantil y, con ella, el dominio del producto sobre el productor; esta vaina de la producción mercantil ya la hemos visto así que no necesito aclarar. La anarquía en el seno de la producción social, dice Engels, se sustituye por la organización consciente y planificada. *Termina la lucha por la existencia individual*. Con esto el hombre se separa definitivamente, en cierto sentido, del reino animal, y pasa de las condiciones de existencia animales a otras realmente humanas. El cerco de las condiciones de existencia que hasta ahora dominó

a los hombres cae ahora bajo el dominio y el control de éstos, los cuales se hacen por vez primera conscientes y reales dueños de la naturaleza, porque y en la medida en que se hacen dueños de su propia asociación. Los hombres aplican ahora, y dominan así con pleno conocimiento real, las leyes de su propio hacer social, que antes se les enfrentaban como leyes naturales extrañas a ellos y dominantes. La propia asociación de los hombres, que antes parecía impuesta y concedida por la naturaleza y la historia, se hace ahora acción libre y propia. Las potencias objetivas y extrañas que hasta ahora dominaron la historia pasan bajo el control de los hombres mismos. A partir de ese momento harán los hombres su historia con plena conciencia; a partir de ese momento irán teniendo predominantemente y cada vez más las causas sociales que ellos pongan en movimiento los efectos que ellos deseen. Es el salto de la humanidad desde el reino de la necesidad al reino de la libertad. La misión histórica del proletariado moderno consiste en llevar a cabo esa acción liberadora del mundo. Estudiar sus condiciones históricas, y con ellas su naturaleza, infundir a la clase hoy oprimida y llamada a esa acción la conciencia de las condiciones y naturaleza de su propia acción, es la obra del socialismo científico, expresión teórica del movimiento proletario. Y esa gigantesca misión del proletariado en la lucha por la destrucción de las clases es la idea general más elevada alcanzada por la humanidad, no es utopía ni sueño; es realidad palpable, moldeable, alcanzable; el comunismo será definitivamente estampado en la historia y la humanidad habrá dado un salto maravilloso del reino de la necesidad al reino de la libertad. Sí, así es, pero antes del comunismo está la sociedad socialista, sociedad donde aún existe la lucha de clases y el Estado, sí, pero ese Estado es un nuevo Estado surgido y construido tras la destrucción del viejo Estado, del Estado burgués. Y no hay que olvidar que la destrucción del Estado es también la destrucción de la democracia burguesa, que la extinción del Estado implica la extinción de esa democracia; y la expresión *el Estado se extingue* señala el carácter gradual del proceso y su espontaneidad. La democracia es el Estado que reconoce la subordinación de la minoría a la mayoría, es decir, una organización llamada a ejercer la violencia sistemática de una clase contra otra, de una parte de la población contra otra. Este Estado aún existe en el socialismo, pero, lo dicho, es un nuevo Estado en manos de las grandes mayorías y para las grandes mayorías. Aspirando al socialismo, estamos persuadidos de que éste se convertirá gradualmente en comunismo, y en relación con esto desaparecerá toda necesidad de violencia sobre los hombres en general, toda necesidad de subordinación de unos hombres a otros, de una parte de la población a otra, pues los hombres se habituarán a observar las

reglas elementales de la convivencia social sin violencia y sin subordinación. Así es. Sí. Pero esa idea general tiene su especificación, su particularidad en el espacio y el tiempo, aquí y ahora. Y es que, tal como hemos visto, la libertad es la ley objetiva de la necesidad comprendida; correcta concepción en la cual la libertad no se limita sólo al conocimiento de la necesidad y a una concordancia con ella sino que incluye el papel de la práctica material en el logro de la libertad; y esa práctica material es una práctica social consciente y revolucionaria que es capaz de liberar de verdad a las masas oprimidas de cualquier yugo que se le imponga o se le trate de imponer. Así, la teoría deja de tener objeto cuando no se halla vinculada a la práctica revolucionaria, pero la práctica es ciega si la teoría revolucionaria no alumbraba su camino. Por lo que no tiene ningún sentido ver la puesta de sol sentado sobre la arena pensando en lo hermoso, liberador y placentero que sería darse un chapuzón y sortear las olas del océano con braceadas firmes... pero sin saber nadar y, peor aún, sin querer mojarse, no es posible aprender a nadar en teoría y menos aún sin meterse al agua.

—Es tan estúpido como pensar en todo lo que se podría hacer con el dinero ganado en una lotería sin siquiera comprar un billete —añadió Sebastián entre risas.

—Cierto. No se puede concebir la esencia del hombre en forma abstracta sino como el conjunto de las relaciones sociales históricamente concretas y determinadas; y no puede uno limitarse a *explicar* el mundo cuando en realidad de lo que se trata es de *transformarlo*; y esa transformación sólo es posible a través de la actividad práctica revolucionaria. No es concebible el salto de la humanidad desde el reino de la necesidad al reino de la libertad sin pasar por la destrucción del Estado en general, del Estado burgués en particular y la lucha por la transformación dialéctica de la necesidad en libertad en el aquí y ahora de cada país. La gran fuerza del marxismo-leninismo-maoísmo está precisamente en su vinculación con la práctica revolucionaria concreta de cada país. La verdad es una sola, y lo que determina quién la ha descubierto no son las fanfarronerías subjetivas, sino la práctica objetiva; la práctica revolucionaria de millones de hombres es el único criterio de la verdad. Esta lucha por la libertad es un imprescindible paso en el desarrollo de la lucha popular y ésta está estrechamente ligada a la soberanía popular. Y aunque algunos mequetrefes se horroricen con sólo oír la palabra violencia, hay que señalar que la clave para la victoria de la guerra popular es la conquista de la democracia y la libertad en el terreno político; y que con el triunfo de la revolución y ante una agresión externa, la guerra de resistencia al agresor, requiere la *paz y la unidad* en todo el país,

pues sin democracia y libertad, es imposible consolidar la paz ya conquistada ni fortalecer la unidad interna. La guerra, en ambos casos, requiere la movilización del pueblo, pero sin democracia y libertad no hay manera de movilizarlo; y esto no tiene nada que ver con un país *integrado y unificado*; lo primero parte del reconocimiento y aceptación de la lucha de clases y la dictadura del proletariado mientras lo segundo parte de la conciliación de clases y el reaccionario democratismo pequeñoburgués. Y te lo repito, a veces es difícil explicar claramente los problemas que conciernen a la base económica y a las relaciones de producción si no se tienen en cuenta los problemas que afectan a la superestructura. Ahí tenemos el más claro ejemplo vía *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*.

El esfuerzo para hilvanar ideas le había costado a Leoncio no poco y, como se sentía algo fatigado, le pidió a Sebastián que se detenga para hacer un corto descanso.

La garganta se le había secado de tanto hablar, tosió varias veces, aclaró la voz antes de guardar silencio.

El día estaba soleado y el frío había retrocedido cediendo el paso a un ligero y benevolente calorcillo. Ante ellos se abría una hermosa pradera cargada de un verdor que no habían notado por la conversación y contrastaba con lo árido de los macizos que los rodeaban. Se descargaron de los quipes, sacaron algo de las provisiones y se sentaron a comer y beber en silencio. Poco después Sebastián se recostó sobre el plástico que había tendido en el suelo y cerró los ojos, parecía que dormitaba. Leoncio se levantó y se alejó unos buenos pasos para aliviar y aligerar el cuerpo. Deambuló por los alrededores durante largo rato contemplando el paisaje como si fuera nuevo para él a pesar de que ya había pasado por ese mismo lugar varias veces aunque entre el hoy y el ayer se había consumido más de una década. Cuando regresó al lado de Sebastián éste roncaba sin preocupación alguna. Leoncio se echó apoyando la cabeza sobre el quipe y pronto también se quedó dormido.

Media hora después despertó Leoncio y 10 minutos más tarde Sebastián con una sonrisa en los labios. Ambos se quedaron tumbados un buen rato sobre sus espaldas y con los pensamientos puestos en quién sabe qué.

La mañana había avanzado, el tiempo estaba despejado, el viento calmo, el suelo verdoso, los cerros envejecidos de olvido y ambos con el ánimo reforzado por el descanso.

—¿Seguimos? —preguntó Leoncio una vez que habían avanzado un corto trecho.

—Claro, hermano. Soy todo oídos, el reposo me ha caído a pelo

—respondió Sebastián.

—Entonces, aquí va —dijo Leoncio mostrando una amplia sonrisa—. Trataré de relacionar con nuestro proceso histórico las leyes generales de lo que acabamos de repasar acerca del Estado, la necesidad y la libertad y veamos a qué llegamos. Había dicho que Francisco Hernández Girón se levantó en el Cusco a fines de 1553 exigiendo la abolición de la prohibición del trabajo personal de los indios. Bien. Girón había peleado al lado del ex primer Virrey contra Gonzalo Pizarro en la batalla de Iñaquito y cayó preso, pero luego de que Pizarro le perdonara la vida se pasó al bando gonzalista. A la muerte de Gonzalo, Girón huyó al Cusco donde, desde su poderosa encomienda, desarrolló una fuerte oposición a la aplicación de las Leyes Nuevas o de sus maquillajes. A inicios de 1550 ya había causado bastante alboroto por lo que lo metieron preso y lo llevaron a Lima; ahí, los oidores lo dejaron libre y, para apaciguar los caldeados ánimos, le dieron el mando de una expedición al país de los *Chunchos*, la región selvática al este del Cusco; pero el pata se volvió a meter en líos ni bien regresó y otra vez lo metieron preso y hasta casi lo ejecutan pero se salvó, fue puesto en libertad y siguió dando pelea hasta que fue derrotado en la batalla de Pucará en Puno a fines de 1554 dándose a la fuga, aunque no le sirvió de mucho ya que poco después fue detenido en Jauja y llevado a Lima donde lo decapitaron. Su cabeza fue metida en una jaula y exhibida, junto con las calaveras de Gonzalo Pizarro y Francisco de Carvajal que ya colgaban hacía tiempo en la picota de la Plaza principal. El nuevo Virrey, Andrés Hurtado de Mendoza, llegó a la capital del Virreinato a mediados de 1556 y se encargó de liquidar los últimos restos de rebeldía con lo que la autoridad real representada por el Virrey ya no fue discutida. En 1560, se da inicio al sistema de corregidores y en 1570 se reorganizan las reducciones de indios. El mismo año se inicia una grave crisis económica agravada por las grandes mortalidades de carácter epidémico y la consiguiente despoblación, la escasez de alimentos y de fuerza de trabajo obligando a reorganizar la base de la producción de alimentación y las formas de obtener trabajadores.

—En los tiempos del Virrey Francisco Álvarez de Toledo, ¿no?

—Sí. En el año 1573 Toledo promulgó las *Ordenanzas del Perú para un buen gobierno*. Este conjunto normativo tuvo una importancia trascendental en la historia del Perú virreinal. Toda esta construcción legal se basaba en que el Virrey era el centro de la administración del Virreinato, quien era poseedor de un poder absoluto y actuaba como el único representante del Rey de España. Estas ordenanzas, conocidas también como *Ordenanzas de Toledo*, reglamentaron todos los aspectos de la vida virreinal; la vida de las ciudades, los cabildos, los

impuestos, la administración de justicia, el trabajo agrícola, la minería, el comercio, la defensa y otros más. En resumidas cuentas, se articulaba minuciosamente la vida cívica, laboral, pública y hasta aspectos de la vida privada de la población nativa con el fin de coordinar su desarrollo con la fórmula estatal implantada por la corona española. Aquí hay que destacar la ladina habilidad de Toledo para manejar la zanahoria y el garrote; por un lado hace serias investigaciones sobre las instituciones y leyes del incanato para adecuar las costumbres tradicionales al gobierno de los indios, de esa manera aprueba, entre otras cosas, la institución de los cabildos de indios permitiendo un relativo autogobierno con la intención de mejorar la recolección de los tributos y la distribución del trabajo indígena por medio de la mita; y claro, la *comunidad*, el ayllu, es reajustada según las particularidades necesidades del Virreinato; mientras que por otro lado, a fines de 1572, había derrotado y capturado a Túpac Amaru o Túpac Amaru I, si así lo prefieres, y lo había asesinado en la Plaza Mayor del Cusco. Pero el artero Virrey no quedó contento con ello; a inicios de 1574 trató de someter a los indios chiriguano pero fracasó. En fin, y como fuere, la cosa es que con los aportes del Virrey Toledo se iba dotando el Virreinato de un marco jurídico, político-administrativo, estable que habría de permanecer inalterable durante más de 200 años; se produjo un ordenamiento demográfico del Perú basado en la concentración de la población indígena en lugares estratégicos del territorio obligando a los indios a vivir en reducciones, es decir en poblaciones de nativos con plaza mayor, iglesia, cabildo y solares propios con lo que se facilitaba la labor de los sacerdotes y de las autoridades en general, todo un proceso de reconcentración de los ayllus dispersos que encontraron los invasores a su llegada; es más, fue una adaptación de estas comunidades a la lógica de la comunidad agraria ibérica como modelo traído por los españoles permitiéndoles ajustar todo el entramado a las necesidades mercantilistas del momento. Así, las *comunidades*, que a partir de ahí dan un salto en su desarrollo histórico, son un producto colonial derivado de la síntesis del antiguo ayllu y la comunidad agraria ibérica; es decir, una comunidad mestiza hispano-andina. Dentro de esto, hay que tener en cuenta que las reducciones de indios habían sido ya recomendadas por la Real Audiencia de Lima en octubre de 1549 y dispuestas por real cédula en 1551. Y, hablando de lugares de concentración indígena, habría que decir que antes de Toledo hubo un gobernador, cuyo nombre ahora no recuerdo, que había reducido 563 poblados antiguos a sólo 40. Esto de las fechas nos sirve para hacer notar que asuntos de esta naturaleza no se resuelven de la noche a la mañana. Bien, hasta donde yo sé, Diego Colón, masacrador de indios y esclavos e hijo de Cristóbal, fue el

primero que habló y trató de *crear* la denominada *República de indios* a inicios de la segunda década del Siglo XVI; pero es al Virrey Toledo a quien se le atribuye la *creación* de la *República de indios*, que, en general, hacía referencia a las reducciones de núcleos urbanos de más o menos 400 familias de naturales, con instituciones propias que contaron con el apoyo de los curacas y que, como ya dije, fueron diseñadas especialmente para *mezclar* la idiosincrasia indígena con la española y *armonizar* el resto de las instituciones indígenas vía *extirpación de idolatrías* y el *Tribunal de la Inquisición* instalado por el *Solón del Perú* como llamaban a Toledo. Pero, en particular, esta altisonante *República de indios*, hacía referencia a los indígenas nobles, a los descendientes de la élite cusqueña incaica y de sus panacas reales, aunque con el tiempo se aceptó a nobles de otras etnias. Así, a fines del Siglo XVI y a lo largo del XVII se establecieron los *nuevos nobles nativos*, descendientes tanto de la *noble* estirpe andina, y de su fecunda mezcla con la invasora, como del *noble* dinero producto del comercio directo que éstos tuvieron con la población española. Hay que destacar que estos *nobles indígenas* no sólo tenían acceso a tierras y chacras, también estaban exentos de tributar y de ir a la mita por lo que el comercio se convirtió en una fuente de ingresos importante para ellos y, aprovechando su condición, muchas veces hacían grandes negocios a costa de la población a la que *pertenecían*, de los nativos, los oriundos, los naturales, los autóctonos, los indios. Y que no se diga que esto no tiene ninguna importancia pues ello significaría ignorar las razones por las cuales la Corona buscó consolidar su posición creando colegios especiales para curacas. Así, sin tener en cuenta el proceso de desarrollo económico, político, social y toda la superestructura que se levantaba sobre esta tierra en plena simbiosis, hay quienes dicen que la llamada República de indios *convivió* con el sistema implementado para la llamada República de españoles. Por ver el árbol no perciben el bosque; y esta estupidez deslumbra y engatusa, aún en la actualidad, a un sinnúmero de estudiosos y pensadores, de los reales y de los falsos.

—Pobrecitos despistados.

—Eso. Ésa es, en síntesis, la *reagrupación* de las comunidades dispersas sin vínculos de unidad a la que en algún momento te referiste...

—Sólo para darte una mano, compadre —dijo Sebastián dándole un empujón a Leoncio en el hombro.

—... para darme una mano —continuó Leoncio con una sonrisa de oreja a oreja después de haber recogido su sombrero del suelo y dar saltitos para reacomodar el quipe a la espalda—; ésa es la Toledana *reagrupación* de una nación disuelta en comunidades dispersas; la

reagrupación de una *república* con una sociedad y economía completamente descompuesta y anonadada, con una historia escindida y con una formidable máquina de producción destruida, sin trabajo solidario ni orgánico; Toledo, el Solón virreinal, convertido en el resucitador de una indómita estirpe: Indio, levántate, recorre el país a lo largo y a lo ancho, porque a ti te lo he de dar...

—Eso fue lo que dicen que le dijeron a Abraham antes de la destrucción de Sodoma y Gomorra y después de la bacanal; y no a Lázarro, compadre —dijo Sebastián soltando una carcajada.

—Ya lo sé, carajo —replicó Leoncio de inmediato—. Pero ésa es la Sodoma y Gomorra que algunos tienen en la cabeza; lo que Toledo hizo no fue crear una *república*, y menos de *indios*, lo que hizo fue una reagrupación de nativos puesta al servicio de la recua española haciéndoles creer que respetaría los usos, costumbres, necesidades y estilos políticos, sociales y económicos prehispánicos; cosa que, salvo algunos intelectuales de la posteridad, los mismos indios, los del llano, no los nobles y curacas, sufrieron en carne propia tanto por los efectos directos como por los colaterales, ya que con esa famosa reagrupación se concentró a los indios en tierras en torno a nuevos linderos con lo que las tierras por ellos cultivadas quedaron abandonadas y tanto españoles como indios nobles se apoderaron de ellas y...

—Ya, compadre, frena el carro que ya entendí —dijo Sebastián fingiendo enojo.

—... sí se tiene en cuenta que luego de la invasión española, una vez rotos los vínculos de su unidad, la nación autóctona se disolvió en núcleos dispersos donde las tierras que trabajan, consideradas como ámbito de producción, no permitían en su cultivo división alguna del trabajo ni aplicación ninguna de la ciencia, entonces hay que aceptar que esas tierras tampoco admitían variedad de desarrollo ni diversidad de capacidades y menos aún riqueza de relaciones sociales; y esto fue así precisamente porque los vínculos de su unidad y su sistema de comunicaciones quedaron rotos tras la invasión y cada familia de la comunidad, del ayllu, se bastaba, de una u otra forma, a sí misma; la misma familia producía directamente la mayor parte de lo que consumía y obtenía lo que necesitaba para su subsistencia más bien en intercambio con la naturaleza que en contacto con *su* sociedad. *Su* sociedad, ahora *reagrupada* en torno a nuevos linderos gracias a los traslados masivos de población y en ese período de la historia, después de casi 50 años de la avanzadilla invasora de Francisco Pizarro, cobraba una nueva fisonomía gracias al aporte del Virrey Toledo. Y dentro de esto hay un dato a tomar en cuenta, casi 130 años después de la promulgación de las *Ordenanzas del Perú*

para un buen Gobierno, según los primeros censos, que a pesar de ser inexactos no dejan de mostrar el monstruoso genocidio, en las primeras décadas del Siglo XVIII, la población indígena no llegaba ni a 500,000 dentro del territorio que hoy en día se conoce como Perú. Bien. En aquellos tiempos, la población autóctona, o lo que quedaba de ella, formaba una masa de individuos que vivían en condiciones similares, concentrada en determinadas zonas pero dispersas entre sí, si se toma en cuenta el territorio en su conjunto, y sin que entre ellos existieran muchas relaciones. Su participación en el modo de producción los aislaba a unos de otros; en vez de establecer relaciones mutuas entre ellos, lo que se daba era una articulación puramente local y la identidad de sus intereses no engendraba entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional, ninguna organización política y mucho menos una república; esa masa de indios no formaba una clase revolucionaria que pudiera hacerle frente a los invasores españoles. Por lo tanto, en tiempos de Toledo, eran incapaces de hacer valer su interés en nombre propio, no podían representarse a sí mismos, por el contrario, tenían que ser representados. Y eso no llegaría a suceder sino hasta muchos años después tras una serie de conspiraciones, revueltas, levantamientos, sublevaciones o movimientos y cuya cumbre sería alcanzada con el movimiento de Túpac Amaru, pero no en la forma que muchos erróneamente suponen; este representante de la adinerada y amestizada *nobleza indígena*, de caciques y curacas, tal como algunos otros dirigentes que le antecedieron, se establece como una autoridad situada por encima de la masa indígena elaborando un programa que incluye a otros grupos sociales. Más adelante me centraré en esto.

—En que la *revolución* de Túpac Amaru *no sólo* la hicieron los indígenas.

—Eso, pero aguanta un rato; ya llegaremos al punto. Bien, ahora veamos una expresión concreta relacionada con lo que trato de decir. Aguanta. Escucha esto —dijo Leoncio revisando su libreta de notas—. Presta atención, Toledo le envía una carta al Rey Felipe II donde le dice: La mayor fuerza que para su seguridad acá se entiende, es que haya muchos pueblos, porque *las casas y las raíces* que en estos sitios tienen los pobladores, les hace desear la paz y la quietud... *No se pueden gobernar estos naturales sin que los caciques sean los instrumentos de la ejecución, así en lo temporal como en lo espiritual*, ni hay cosa que más pueda con ellos para el bien y el mal... Es necesario que estos caciques sean buenos, para que con su ejemplo se le pegue el bien, pues puede más una palabra destos *para que dejen sus ídolos y otras maldades*, que 100 sermones de religiosos. Ojo, te vuelvo a leer: No se pueden gobernar estos naturales sin que

los caciques sean los *instrumentos* de la ejecución... puede más una palabra destos para que dejen sus ídolos y otras maldades, que 100 sermones de religiosos. Genial, ¿no es cierto? El espejo del pasado en la realidad actual. Más claro, ni el agua cristalina de tus ojos miopes.

—No jodas, hombre, ya te dije que pares el carro —dijo Sebastián esta vez realmente enojado.

—Disculpa, hermano. Lo siento, no estaba pensando en ti sino en algunos pensadores de escritorio que dicen que *investigan* pero lo hacen muy mal; no descubren las leyes ni sacan lecciones, sólo gimotean. De verdad lo siento, compañero —dijo Leoncio mientras abrazaba a Sebastián.

—Disculpas aceptadas, don Jodido.

—Gracias, hermano. Bien, por otro lado, hay que tener en cuenta que esas *Ordenanzas* fueron ideadas para ser aplicadas en todo el Virreinato del Perú que era el más importante y abarcaba los actuales territorios que forman parte de Panamá, Colombia, Ecuador, Perú, Chile, Bolivia, Paraguay, Argentina, Uruguay, y toda la región oeste y sur del Brasil.

—Lo que no era poca cosa —comentó Sebastián.

—Sí, así es. A lo largo de los años del Siglo XVIII, con el fin de revitalizar la administración virreinal, se realizó una reorganización territorial que desmembró el Virreinato del Perú para conformar, al Norte, el Virreinato de Nueva Granada en 1711 y, al Sur, el Virreinato del Río de la Plata en 1776. Por otro lado, hacia el Este, los portugueses se habían apoderado de buena parte de lo que hoy es Brasil. Pero la cosa no queda ahí, hacia las 2 últimas décadas del Siglo XVIII, a causa de la política económica de los Borbones, que había cedido el tráfico comercial a través del Puerto del Callao a otros puertos, el nuevo Virreinato del Perú había perdido protagonismo como centro económico de España en esta parte del Continente aunque, en general, su peso continuó siendo relevante debido a su poder político, social y cultural. Y precisamente esto último jugará un papel primordial en nuestra historia. Bien, entonces, ¿qué tenemos hasta aquí? Inmediatamente después de la invasión, se estableció la encomienda, una institución socioeconómica que, como ya hemos visto, a partir de los Siglos VIII y IX, era una forma muy difundida en Europa y contribuyó al afianzamiento de las relaciones feudales. Allí, también lo hemos visto, los campesinos quedaban obligados bajo la protección de los señores feudales; así como que los pequeños señores feudales quedaban obligados bajo la protección de los grandes señores feudales en determinadas condiciones; por ejemplo, a prestar servicio militar y de otra índole al protector, al que entregaban toda su tierra y que luego la volvían a recibir en forma de posesión condicional. La

encomienda, a la que los campesinos eran sometidos a menudo por la fuerza, significaba para ellos la pérdida de la libertad personal y, para los pequeños señores feudales, la entrada en relaciones de vasallaje con los grandes. Aquí, en Hispanoamérica, la encomienda fue establecida como un derecho otorgado por el Rey desde 1503 a favor del invasor español para que, a nombre de la Corona, éste percibiera los tributos que los indígenas debían pagar a la Corona ya sea en especie, en trabajo o, a partir de 1697, en dinero. Así, el encomendero debería cobrar tributo a la masa indígena que le era *entregada*, en relaciones de dependencia, como beneficiario de la encomienda, y ese tributo era *recogido* por el curaca o el cacique de la comunidad indígena quien era el encargado de entregarlo al encomendero. Así, la encomienda permitió consolidar la dominación del espacio que se invadía y, a su vez, organizar a la población indígena como mano de obra forzada de manera tal que debería beneficiar a la corona española; pero, con esa mano de obra, los encomenderos crearon las primeras empresas agrarias y mineras y se expandieron hasta que la corona española mandó parar el festín y organizó un aparato de Gobierno que reducía la autonomía y prerrogativas de los encomenderos, lo cual, dicho sea de paso, no es más que la vívida expresión de que *los poderosos* también aprenden de la historia, asimilan sus lecciones, sacan conclusiones y las aplican en la práctica hasta donde la misma historia y la lucha de clases se lo permiten. Bien, entonces, ya no se trataba únicamente de los intereses personales de los Colón, de los Pinzón y de sus secuaces, sino de un grupo social que surge no sólo a causa de los efectos y los métodos de un espíritu y una economía que en Europa declinaba y que pertenecía al museo de la historia sino al hecho económico y las relaciones sociales que éste generó, con la mentalidad y el sistema económico que los invasores conocían y desarrollaban en estas tierras. Hay un fenómeno digno de estudiar a mayor profundidad y es que la encomienda, además de lo dicho, hizo lo suyo para la reestructuración de la nación; una buena parte de la diezmada masa autóctona, para evitar la encomienda y visto que los criollos de entonces estaban eximidos de ella, trataban por todos los medios de esconder o cambiar su pertenencia étnica vía matrimonio con españoles o criollos; situación que a la larga, en poco menos de 100 años, dentro del proceso de reestructuración, debilitaría la identidad nacional de nuestros autóctonos precipitando y desarrollando más el sincretismo, el mestizaje. Ese debilitamiento de la identidad nacional, acelerado por los reasentamientos y la concentración de los indios establecidos por Toledo y sus Ordenanzas, es uno de los factores que contribuyeron a que la encomienda ceda el paso al latifundio y a la formación de terratenientes y campesinos

como clases sociales con características bien definidas.

—Sobre las ruinas del Imperio Incaico, sin liquidar la esclavitud, nace, de la mano del invasor y del clérigo misionero y evangelizador, el régimen de servidumbre más conocido como *encomienda* y éste se transforma en latifundio consolidando la feudalidad y el régimen de propiedad como expresión del caduco medioevo católico —aportó Sebastián.

—Eso. Del mandato espiritual, religioso y administrativo que era la encomienda nace el latifundio como mandato económico donde Estado e Iglesia, hermanados por consustanciales criterios, evolucionan el despiadado e irracional despojo en algo supuestamente natural y racional. La gran propiedad territorial se establece como la base de un nuevo Estado. De ahí que se pueda entender mejor la llamada *convivencia* de comunidad y latifundio en el Perú y, en especial, el papel del ayllu como expresión socioeconómica y política de la dominación del Estado, ajustándose absolutamente a la teoría y la práctica feudales; también, ahora, se nos hace más fácil entender que los gamonalillos no sólo forman parte del latifundio sino también de la comunidad, del ayllu. No hay 2 Repúblicas, lo que se da es un paso más en el proceso de desarrollo histórico del *conjunto* de la sociedad y se da como un proceso de reestructuración de la nación donde el Poder del Estado va adquiriendo contornos más nítidos y las clases sociales, precisamente gracias al proceso de desarrollo económico, social, cultural, político e ideológico como un todo, como el desenvolvimiento de la ley de la contradicción, en unidad y lucha, surgen y se desarrollan con intereses comunes, en determinados casos, y antagónicos e irreconciliables, en otros. Bien. En los prolegómenos, en el prelude de este proceso, los encomenderos pretendieron, como dicen algunos, alzarse con el reino y rechazaron la intromisión de la Corona desatando la llamada guerra de los encomenderos hasta que, como ya he relatado con algo de detalle, fueron derrotados por Pedro de la Gasca a mediados del Siglo XVI. Y hay que recordar que este *virtuoso* cura, político, diplomático y militar español, que tenía como misión retornar al seno de la corona española al riquísimo Virreinato del Perú, no sólo barrió a los rebeldes gonzalistas sino que en el istmo de Panamá sofocó la rebelión que los hermanos Hernando y Pedro Contreras habían promovido en la provincia de Castilla del Oro o Tierra Firme, de cuyo Gobierno se habían apoderado violentamente con el plan de desposeer a España del Perú, rehacer el Imperio Incaico y ceñir su corona.

—Conocido programa que, con ligeras modificaciones históricas, llegaría a ser mestizo y republicano.

—A ver si los ilustrados intelectuales burgueses entienden tu sin-

tética y sincrética expresión dentro de las múltiples e insuperables contradicciones internas y externas y la respuesta que ante la opresión y explotación asumen las clases y capas sociales oprimidas que poco a poco convergen hacia un objetivo común —dijo Leoncio soltando una sonora carcajada.

—A ver si te entienden a ti —replicó Sebastián en medio de una cascada de risotadas.

—Eso. Vamos a ver, dijo el ciego. Pero, en verdad, si ellos lo entienden o no, me interesa un carajo y carece de importancia; de todas maneras, individuos como éstos ya están perdidos. Lo que nos debe preocupar es si lo comprenden y asimilan los nuestros y las masas, en especial la juventud.

—Para eso, precisamente, es que desde hace tiempo venimos preparando esta reunión y nos andamos peleando por ver la mejor forma de hacerles llegar la argumentación que explique con claridad la base sobre la cual se levantan y sostienen las necesidades del momento.

—Con el fin de satisfacer las necesidades del momento, el cómo continuar —insistió Leoncio—. Es la política de clase, la política de masas que está lejos de la política de un reducido número de intelectuales de café y escritorio o biblioteca. La política, ya sea revolucionaria o contrarrevolucionaria, constituye la lucha de una clase contra otra, y no la actividad de unos cuantos ensoñadores individuos. Sólo a través de la política pueden expresarse en forma concentrada las necesidades de la clase y de las masas. Durante un larguísimo período hemos recogido, planteado y difundido estas ideas más o menos en bruto; son ideas que surgieron y maduraron en el trabajo práctico, en la lucha de clases, pero también en largas reuniones de estudio y debate sincero donde tú y yo nos hemos ganado uno que otro enemigo, nada de importancia, claro. Lo fundamental es que a lo largo de todos estos años hemos recogido la opinión y la reacción de dirigentes, cuadros, militantes y masas y las hemos destilado, desmenuzando y separando sus elementos, para lograr una mejor comprensión; ha llegado el tiempo de concluir, de condensar, y devolver estas ideas a las masas para que tomen conciencia de ellas, puesto que tuyas son, y las lleven a la práctica con su acción transformadora; en ese proceso estamos y aún no hemos concluido, para eso son las reuniones que vienen, para preparar el gran salto. Ya hemos hecho el análisis, es tiempo de la síntesis que nos permita comprender la esencia del conocimiento para sacar la ley. Todo depende de los acuerdos a que lleguemos. Hay una gran expectativa, la hemos visto y sentido en los últimos meses...

—Y en especial en estos días.

—Cierto, así es. Soy consciente y estoy convencido de que el futuro está en manos de una nueva generación. Sí —dijo Leoncio luego de una larga pausa—. Sólo dediquémonos a cumplir nuestra pequeña parte en esta gran tarea; nada fácil, por cierto, pero estoy convencido de que daremos el salto. Tras un larguísimo período de andar lidiando contra la dispersión, la frustración, la desesperanza, la apatía, la destrucción y la traición, hemos logrado reagruparnos; somos 7 los que desde hace no mucho conformamos la dirección y a la reunión general asistirán 69 dirigentes y cuadros de base que representan a varios cientos de militantes y a varios miles de personas que forman parte de las masas más cercanas y, además, contamos con un amplio núcleo de simpatizantes que nos apoyan activamente y sin los cuales nada de esto habría sido posible sacar adelante. En ambas reuniones, en la de dirección y en la ampliada, tienes un papel importante que cumplir, te hemos otorgado una alta responsabilidad y no tienes que exponer mis ideas como abierta y jodidamente decías hace unos días, te lo reitero, tú puedes y debes decir únicamente lo que consideres correcto y necesario, aquello de lo que estés estrictamente convencido y nada más. Mis particulares puntos de vista los plantearé y defenderé yo mismo; bienvenida tu ayuda, si fuera el caso, y si no, entonces para eso está el debate. Soy yo el que está a tu lado, somos nosotros los que junto a los demás queremos sacar las cosas adelante, nadie tiene corona, somos una dirección colectiva y nuestro mensaje no va dirigido a los supuestos políticos, a esos decadentes intelectuales que trabajan a puerta cerrada, que presumen de eruditos y creen anunciar la revelación universal a una multitud despistada y desesperada.

—Sí —convino Sebastián—, ése es el punto. Partimos de las necesidades reales de las masas, y no de necesidades imaginadas por nosotros; partimos del deseo de las masas y la decisión que toman ellas mismas y no la que tomemos nosotros en su lugar. Si como organización deseamos seguir representando verdaderamente la voluntad del pueblo, debemos contar con la aprobación y el apoyo de las amplias masas. Para eso se recorre el camino de ida y vuelta, de las masas a las masas. El centralismo democrático es una necesidad insoslayable, sólo así podemos seguir siendo fuertes. Hay que persistir en tener una línea ideológica y una línea política justa y correcta, y no puede haber línea política justa y correcta si no hay justa y correcta ideología.

—Sí, así es; y es en la práctica revolucionaria donde se verifica o niega su validez. Por eso sostenemos que la clave de todo es la ideología —convino Leoncio moviendo reiteradamente la cabeza de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo—. Es algo que se ha constatado,

una y otra vez, a lo largo de la historia del Partido. Y lo que acabas de decir implica, además, reconocer el principio de subordinar las necesidades de la parte a las del todo. Lo sabemos no sólo por teoría sino porque además lo hemos asimilado a golpe de haber cometido errores; si una proposición es factible para una situación parcial pero no para la situación en su conjunto, es necesario subordinar la parte al todo. En el caso contrario, si la proposición no es factible para la situación parcial, pero sí para la situación en su conjunto, es preciso, igualmente, subordinar la parte al todo. No debemos separarnos de la mayoría de las masas, ni desinteresarnos de ella y precipitarnos adelante en forma aventurada a la cabeza de una minoría avanzada; debemos preocuparnos por forjar estrechos vínculos entre los elementos avanzados y las grandes masas; ya lo hicimos con éxito en los años 70 y 80, y a media caña después del despelote causado por la traición a inicios de los 90 pero hace buen rato que se ha superado esa insania, así que qué impide que lo sigamos haciendo. Nada ni nadie. Hay que pensar en función de la mayoría, ése es el punto clave. Es erróneo tomar decisiones arbitrarias y actuar de manera autoritaria sin tomar en cuenta la opinión de la mayoría; mayoría que incluye a todos aquellos que busquen ser nuestros aliados. Nuestra obligación es tomar en cuenta el todo, pensar en función de la mayoría y trabajar junto con los posibles aliados. Hemos tenido graves deficiencias a este respecto y debemos esforzarnos por superarlas.

—Sin olvidar que los aliados, por lo general, son temporales —añadió Sebastián.

—Y que pueden cambiar de bando según cambie la dirección del viento y la lluvia, más aún cuando la tormenta arrecia; bien lo sabemos —respondió Leoncio—. Sin embargo, del mismo modo, hay que tener en cuenta que cuando el viento sopla se lleva las hojas pero va quedando el grano.

—Cierto —convino Sebastián.

—Bien. Teniendo ya lo básico, concentrémonos un poco en el movimiento de Túpac Amaru.

—La introducción ha sido bien larga —comentó Sebastián con cierta ironía.

—La introducción ha sido necesaria, don Cachaciento —replicó Leoncio rápidamente—. Bien. De todo lo que hemos visto, ése fue el movimiento más importante que se dio contra la dominación colonial. Y ya estamos en el año 1780 de nuestra historia, 3 años antes del fin de la revolución burguesa de las 13 colonias; 9 años antes del inicio de la revolución burguesa francesa y 109 años después del triunfo de la revolución burguesa inglesa, sin dejar de lado los varios lustros antes de la metida de pata de Napoleón en la Península ibérica y

de la Guerra de Independencia española es decir, el movimiento de Túpac Amaru se da dentro de un período importante en la historia universal. El componente social de ese movimiento era básicamente indio campesino bajo dirección de curacas. Cierto, pero, les guste o no a algunos ilustrados, fue un serio intento de unir a los peruanos en torno a una idea y una necesidad: la emancipación, y para ello se convocó, salvo a los españoles peninsulares establecidos en estas tierras, a todos los sectores pobres, a un sector de criollos ricos y al clero provinciano. No hay que olvidar que el cacique Condorcanqui había estudiado en el Colegio de Caciques del Cusco dirigido por jesuitas, dominaba el quechua, el castellano y el latín y había leído textos de Voltaire y Rousseau.

—No poca cosa si recordamos las intenciones de las *Ordenanzas Toledanas* promulgadas 207 años atrás —anotó Sebastián.

—Eso. Sin embargo la convocatoria a indígenas, criollos y negros, a los mestizos de origen americano, no tuvo éxito porque se saltaba a la garrocha algunas contradicciones irreconciliables en ese momento. El programa que levantó Túpac Amaru era anticolonial y contemplaba los aspectos político, social y económico. Era separatista en cuanto proclamaba la unidad nacional y la restauración del Imperio de los Incas pero en una etapa más alta. Él, personalmente, como próspero comerciante, y a pesar de ser un curaca que tenía que mediar entre el corregidor y los indígenas, se vio afectado por el establecimiento de aduanas y el alza de las alcabalas así como que fue obligado por las autoridades españolas al pago de prebendas; por lo demás estaba en conflicto permanente con los arrieros que vivían en la región de la cuenca del Río de La Plata dado que éstos intentaban tener el monopolio del tránsito de mineral por el Alto Perú.

—Su supuesto linaje real inca no le sirvió para nada.

—Eso, supuesto o no, no le ayudó. El programa de Túpac Amaru iba un poco más allá de una simple restauración, ésta era condicionada a la construcción de una monarquía al estilo británico.

—A pesar de la lectura de Voltaire y Rousseau no había calado en él el espíritu democrático burgués y el republicanismo, como tampoco la idea de que la vida política de la sociedad debería basarse en la voluntad soberana del pueblo y la indivisibilidad de esa soberanía.

—Eso. Y no caló en él porque, por un lado, no entendía las contradicciones como el resorte del desarrollo de la sociedad; y por otro, él, a pesar de ser un mercader, un comerciante, no era un burgués, era un *intermediario* que actuaba dentro del proceso de separación entre la producción y el intercambio; y, además, seguía siendo un cacique indígena con influencia sobre las masas. No hay que olvidar que la invasión española se dio en un momento en que en estas tierras se

daba inicio a la lucha entre esclavismo y feudalismo, pugna en la cual una parte de las panacas reales ligada al Poder empezaban a exigir la propiedad de la tierra y la independencia del centro del Poder, o de los centros de poder...

—Lo que a su vez explica el relativamente fácil acomodo de la comunidad, del ayllu, al latifundio.

—Sí, no es difícil de entenderlo —dijo Leoncio—. Bien, sigamos. Como parte del programa del movimiento de Túpac Amaru estaba el respeto de la religión cristiana, aunque a ciencia cierta no se sabe si fue una maniobra o una concesión sólo para ganarse el apoyo del clero provinciano; personalmente pienso que no fue una maniobra sino algo sincero, toda esa gente era creyente hasta la médula del hueso; pero como fuere, lo que sí se sabe es que fue excomulgado y casi todos los curas se pusieron en su contra.

—Qué otra cosa se podría haber esperado de la arpía banda inquisidora.

—Evidentemente nada que sea contrario a la defensa de sus mezquinos intereses. En relación al sector indígena asumió sus principales reivindicaciones: la abolición del reparto y extinción de los corregidores; la abolición del tributo y la mita; y, aún más importante, propugnaba una distribución *más justa* de la tierra, con lo que, para esos tiempos y en estas tierras, ya era una pequeña señal anti-feudal. En relación a los sectores no indígenas, asumía la lucha contra los gravámenes que afectaban a la pequeña burguesía formada por mestizos y criollos pobres y contra la esclavitud de los negros decretando su libertad al iniciar la lucha. Pero de todas maneras, Túpac Amaru, desde el principio, actuaba con ínfulas de Inca. Y a pesar de todas las buenas intenciones, no se logró la unidad peruana porque, por un lado, la facción de los criollos ricos, ante el desborde de la masa campesina que ajustició corregidores y arrasó obrajes, poniendo de lado sus disputas, se alineó inmediatamente con los españoles peninsulares; y, por otro, del lado de las masas pobres, los campesinos, principalmente en el Alto Perú, vieron como enemigos a todos los no indios y desarrollaron acciones de violencia racial, lo cual empujó a los mestizos y criollos pobres a los brazos de sus enemigos y optaron por apoyar a la clase dominante; y los negros, enfrentados desde siempre con los indios, no entendieron o no quisieron entender el mensaje de Túpac Amaru. Así, el apoyo dado al movimiento por algunos negros, mestizos y criollos pobres, fue la excepción de la regla, pero fue un apoyo digno de elogio pues estuvo acompañado por una lealtad hasta el sacrificio; no hay que olvidar, entre otros, al *criollo* cusqueño Felipe Bermúdez que fue lugarteniente y miembro del consejo especial de Túpac Amaru. De ahí a decir que *la revolución*

de Túpac Amaru la hicieron los indígenas, aunque fuera todo un Mariátegui quien lo haya dicho, es poner de relieve sólo una parte de la realidad y resulta imposible explicarla claramente, como un todo, si no se analiza el proceso concreto en su desarrollo histórico dentro del movimiento de los contrarios en sus diferentes fases. Mariátegui, según mi modesta opinión, en el análisis concreto del movimiento de Túpac Amaru, presenta algunas limitaciones y se queda, posiblemente a falta de mejor información, en la superficie del fenómeno sin llegar a percibir la esencia de su programa; pero, el mismo Mariátegui, cuando analiza el conjunto de los levantamientos campesinos durante un larguísimo período de nuestra historia, sí llega a conclusiones magistrales que ponen en evidencia la verdadera esencia del fenómeno en su conjunto; y no sólo en cuanto al proceso de su desarrollo histórico sino, y esto es lo principal, en relación al futuro, al ¿qué hacer? Pero mejor veamos directamente algunos argumentos desarrollados por el propio Mariátegui. En el prefacio a *El amauta Atusparia*, entre otras cosas, dice que el indio, tan fácilmente tachado de sumisión y cobardía, no ha cesado de rebelarse contra el régimen semifeudal que lo oprime bajo la República como bajo la Colonia. La historia social del Perú registra muchos acontecimientos como el de 1885; la raza indígena ha tenido muchos Atusparia, muchos Ushcu Pedro. Exacto e indiscutible. Sigue. Oficialmente, no se recuerda sino a Túpac Amaru, a título de precursor de la revolución de la independencia, que fue la obra de otra clase y la victoria de otras reivindicaciones. Esto, para mí, como ya lo he dicho, es una verdad a medias. Sigue. Ya se escribirá la crónica de esta lucha de siglos. Se están descubriendo y ordenando sus materiales. Pues bien, yo digo que los materiales ya se han descubierto y están ordenados, así que vamos a ver. Más abajo, en el mismo documento, Mariátegui dice que el caudillaje de Atusparia y la misión histórica que Montestruque le asignó, ubican el movimiento en la serie de tentativas de filiación aristocrática y racista, en que se destaca, próxima la independencia, el movimiento de Túpac Amaru. Dicho entre paréntesis, Luis Montestruque era un intelectual mestizo y fue nombrado secretario general del movimiento que desencadenó la sublevación indígena campesino-minera de 1885 en Ancash y donde resaltan las figuras de Pedro Pablo Atusparia, que era campesino y alcalde de la comunidad de Marián y Pedro Cochachin más conocido como Ushcu Pedro, un obrero minero al mando de un grupo guerrillero y que asumió la dirección de la sublevación tras la caída en combate de Montestruque; este Montestruque fue quien editó el periódico titulado *El Sol de los Incas*, desde cuyas páginas reclamó la restauración del Imperio Incaico. Bien, hecha esta aclaración, retomo a Mariátegui; él dice, y repito una parte,

el caudillaje de Atusparia y la misión histórica que Montestruque le asignó, ubican el movimiento *en la serie de tentativas de filiación aristocrática y racista*, en que se destaca, próxima la independencia, *el movimiento de Túpac Amaru*. Insurrecciones encabezadas por curacas, por descendientes de la antigua nobleza indígena, por caudillos incapaces de dar a un movimiento de masas otro programa que una *extemporánea o imposible restauración*. Supérstites *de una clase disuelta y vencida*, los herederos de la antigua aristocracia indígena, no podían acometer con éxito la empresa de una revolución. Bien, en esto de la restauración y en lo de los sobrevivientes de una clase disuelta y vencida, Mariátegui tiene toda la razón del mundo; cierto, con la salvedad de que si Túpac Amaru hablaba de un retorno al Imperio Incaico, lo hacía condicionado a los moldes de una monarquía de nuevo tipo, la británica. O, tal vez dicho de otra manera, lo hacía con la intención de entronizar, en estas tierras, un molde monárquico *moderno*, se valía, a nivel de propaganda, de un *retorno*, de una *restauración*. En verdad, una *vuelta* en la espiral del desarrollo, pero a un nivel más alto. Ojo, no digo que sea correcto, ni que estoy de acuerdo, ni que lo justifico; sólo trato de entender el programa de Túpac Amaru, o del movimiento por él dirigido, dentro del proceso de desarrollo histórico de nuestra sociedad con sus particularidades y, en especial, dentro del desarrollo de las ideas políticas en nuestra patria; y dicho sea de pasada, en torno a la guerra de independencia, la cantidad de *precursores, próceres y libertadores* que abogaban por la *monarquía* no eran pocos. Ya veremos. Por lo tanto, en este caso, mi opinión es diferente a la de Mariátegui. Túpac Amaru, a pesar de contar con un ejército principalmente campesino, no levantó un programa excluyente, sólo para indígenas; el que las cosas hayan salido como salieron es otra cosa y explican las debilidades y limitaciones de ese movimiento; un poco prematuro para sus grandes objetivos de unidad nacional en este país de mestizos. Que Túpac Amaru era un cacique y actuaba con ínfulas de Inca es tan indiscutible como las riquezas que poseía; era sobreviviente de una clase disuelta y vencida, sí cierto; o mejor aún, según mi opinión, era un mestizo con complejos *reales*, pero, le guste a algunos o no, en el movimiento que él lideró, aunque *no podía acometer con éxito la empresa de una revolución*, se reflejó el descontento que los peruanos, los mestizos, los hombres y mujeres de estas tierras, tenían a causa del injusto régimen español y fue el primer gran intento de construir la unidad nacional en base a las clases y la lucha de clases; intento frustrado, fracasado, sí pues, pero tan real como por ejemplo, salvando las grandes distancias y los gigantescos abismos, la rebelión de Espartaco, la rebelión de esclavos que hizo estremecer al poderoso Imperio

Romano. En nuestro caso, ya lo he dicho, los grandes levantamientos campesinos y la violencia que desencadenaron movimientos como el de Juan Santos Atahualpa y, en especial, el de Túpac Amaru en defensa de derechos y reivindicaciones que movilizaron a cientos de miles de campesinos indígenas pusieron en grave riesgo el dominio virreinal y removió la América toda; y reitero una vez más, el de Túpac Amaru habrá sido un movimiento derrotado pero, guste o disguste a quien sea, agitó y socavó el Virreinato preparando así las condiciones para la emancipación, para la independencia. Una vez más, los materiales ya se han descubierto y están ordenados y por supuesto está que no soy yo quien ha hecho ese excelente trabajo de acopio, análisis y síntesis; yo sólo doy buen uso de los resultados compartiendo la opinión de investigadores serios que, para más datos, nada tienen que ver con nuestro punto de vista y concepción. Valga esta aclaración para despejar las dudas de los imbéciles de siempre que nos acusan de tener una mentalidad y un conocimiento de manual. Así, la violencia de ayer y hoy es medio usual del campesinado en su inconclusa lucha por *la tierra para quien la trabaja*. La violencia está inmersa en los milenios de historia de nuestra sociedad y en especial en las centurias de años de lucha del campesinado que, hoy en día, está enfrentado al Estado terrateniente-burocrático, especialmente contra el gamonalismo, que es su base y sustento.

—Esto último está bien empalmado —dijo Sebastián sin ánimo de lisonja.

—Gracias, hermano —respondió Leoncio convencido de que Sebastián ya conocía muy bien todo lo que estaba diciendo—. Pues bien, sin embargo, y es bueno reconocerlo, Mariátegui no se equivoca cuando arriba a la conclusión de que la insurrección de Túpac Amaru probó, en las postrimerías del Virreinato, que los indios eran aún capaces de combatir por su libertad. Y es más, Mariátegui, sacando experiencia de los 150 años posteriores a ese levantamiento, concluye que una política *realmente nacional* no puede prescindir del indio, no puede ignorar al indio. El indio, dice, es el cimiento de nuestra nacionalidad en formación. Esto ya lo hemos discutido así que, una vez más, lo paso por alto. Y continúa señalando que la opresión enemista al indio con la civilidad; lo anula, prácticamente, como elemento de progreso; los que empobrecen y deprimen al indio, empobrecen y deprimen a la nación. Explotado, befado, embrutecido, no puede el indio ser un creador de riqueza. Desvalorizarlo, depreciarlo como hombre equivale a desvalorizarlo, a depreciarlo como productor. Sólo cuando el indio obtenga para sí el rendimiento de su trabajo, adquirirá la calidad de consumidor y productor que la economía de una nación moderna necesita en todos los individuos. Cuando se habla

de la peruanidad, habría que empezar por investigar si esta peruanidad comprende al indio. Sin el indio no hay peruanidad posible. Esta verdad debería ser válida, sobre todo, para las personas de ideología meramente burguesa, demoliberal y nacionalista...

—Al que le caiga el guante que se lo chupe —dijo Sebastián con un tono de burla.

—Que se lo chante —corrigió Leoncio.

—No. Yo quiero que se lo chupe —dijo Sebastián en medio de un ataque de risas.

—Como mejor te parezca —convino Leoncio dándole un empujón a Sebastián que no cesaba de reír; y cuando éste dejó de festejar su propio chiste, continuó—. Bien. Mariátegui continúa y dice que el problema del indio, que es el problema del Perú, no puede encontrar su solución en una fórmula abstractamente humanitaria. No puede ser consecuencia de un movimiento filantrópico. La solución del problema del indio tiene que ser una solución social. Sus realizadores deben ser los propios indios. Este concepto conduce a ver en la reunión de los congresos indígenas un hecho histórico. Los congresos indígenas, desvirtuados en los últimos años por el burocratismo, no representaban todavía un programa; pero sus primeras reuniones señalaron una ruta comunicando a los indios de las diversas regiones. A los indios les falta vinculación nacional. Sus protestas han sido siempre regionales. Esto ha contribuido, en gran parte, a su abatimiento. Un pueblo de 4'000,000 de hombres, consciente de su número, no desespera nunca de su porvenir. Los mismos 4'000,000 de hombres, mientras no sean sino una masa inorgánica, una muchedumbre dispersa, son incapaces de decidir su rumbo histórico. Más adelante redondea magistralmente este tema cuando analiza la derrota de Atusparia y Ushcu Pedro; dice, es una de las muchas derrotas sufridas por la raza indígena. Los indios de Ancash se levantaron contra los blancos, protestando contra los *trabajos de la República*, contra el *tributo personal*. La insurrección tuvo una clara motivación económico-social. Pero, cuando la revuelta aspiró a transformarse en una revolución, se sintió impotente por falta de doctrina, de programa y de fusiles. Claro, preciso y genial.

—Partido, Frente Único y Ejército —redondeó Sebastián.

—Ni más ni menos. Y precisamente esas 3 unidades que forman un todo son la clave para poder comprender aquello de que la solución del problema del indio tiene que ser una solución social y que sus realizadores deben ser los propios indios. Pero no nos adelantemos...

—No soy yo quien se adelanta —dijo Sebastián mostrando sus verdosos dientes.

—Muy chistoso, compadre —dijo Leoncio dándole un ligero empu-

jón a Sebastián en el hombro—. Como es sabido, y ya lo he mencionado, el movimiento iniciado por Túpac Amaru, erigido en representante de la masa indígena, fue derrotado tras 3 años de una sangrienta guerra con más de 100,000 insurrectos muertos, incluyendo toda la dirigencia; y sí se toma la población total de indígenas que había en aquellos tiempos entonces se tendrá una visión cabal de la real magnitud del movimiento. Bien, lo que aún no he mencionado es que, y esto es algo que no hay que olvidar, la gran mayoría de caciques, en especial los más ricos, se puso al lado de los opresores y defendió su causa organizando milicias indias que enfrentaron a las fuerzas revolucionarias; entre los más conocidos de esos traidores está Mateo García Pumacahua, cacique de Chincheros, que, como temprano defensor de la monarquía española, llegó a ser coronel de infantería en el ejército realista. Los plumíferos de la historia oficial lo ensalzan como prócer indígena y precursor de la independencia del Perú por el papel que en su vejez cumplió en la llamada rebelión del Cusco de 1814, un levantamiento de criollos e indígenas que exigía el cumplimiento de la Constitución de Cádiz de 1812 en el Virreinato del Perú; pero para mí no es más que un traidor hijoeputa. Bien, tras la derrota de Túpac Amaru no sólo se desató una amplia campaña militar de represión y pacificación contra la masa indígena sino que, además, se desató una represión ideológica, ambas con el beneplácito del prócer Pumacahua; se prohibió a los indios el uso de sus trajes ancestrales; se ordenó destruir cualquier cosa que recuerde a los Incas y hasta algunos ejemplares de *Los Comentarios Reales* de Garcilaso fueron requisados. Como fuere, el asunto es que, evidentemente, el movimiento de Túpac Amaru sí fue un movimiento nacional contra la dominación colonial de España, pero no sólo eso, no se quedaba ahí, también se puede apreciar que tenía en la mira a la naciente burguesía comercial financiera de Lima y sus aliados los terratenientes feudales. Fue una lucha de clases en toda la línea; en el plano internacional, apuntaba contra la Corona y, en el plano nacional, apuntaba contra el poder detentado no sólo por los españoles peninsulares sino también contra los criollos ricos ligados a la corona española y ello incluía a los propietarios de minas y a los propietarios de esos centros laborales dedicados a la manufactura de textiles e hilos de lana llamados *obrajes*; no por gusto se hacía el llamado a todos los sectores oprimidos y explotados y, algo que muchos pasan por alto, al sector de criollos ricos ligado a los ingleses. Y esto explicaría, a su vez, por qué, inmediatamente desatada la insurrección, los grupos criollos de poder ponen de lado sus peleas con la Corona y se unen a los españoles peninsulares para aplastar la sedición que atentaba contra sus intereses de clase. El movimiento de Túpac Amaru fracasó, sí, pero

los criollos ricos y poderosos no salieron mejor parados. El visitador José Antonio de Areche en 1780, fecha del inicio del levantamiento, había abolido el *reparto* pues causaba la disminución del tributo que se cobraba en dinero y en 1784, un año después del asesinato de José Gabriel Condorcanqui Noguera, desmanteló el poder de los *corregidores*, el instrumento más visible de la dominación criolla; 2 cosas planteadas por Túpac Amaru, aunque por otras razones y con otros objetivos. Con ello se vino abajo todo el andamiaje sobre el cual se sostenía la dominación de la naciente burguesía comercial financiera de Lima y la maquinaria que hubiese facilitado su desarrollo como clase. Así, los terratenientes feudales quedan, otra vez, como la principal clase dominante y ésta se afianzó con el apoyo de la Corona y una serie de Gobiernos inclementes. Las aguas se apaciguaron dentro de un remozado cauce pero, a fin de cuentas, la contradicción principal no fue resuelta y la disputa entre españoles peninsulares y mestizos de origen americano siguió alimentando el independentismo en estas tierras. Pero la tranquilidad no duró mucho.

Se habían detenido a los pies de una colina cubierta de un manto verde ceniciento envejecido de soledad en esa bastedad corcovada y difusa; despojados de la carga, se sentaron sobre suelo parejo luego de extraer de las mantas algo para comer. Leoncio estaba mascando un poco de charqui cuando soltó una risa ligera; a insistencia de Sebastián, que pedía explicaciones, le contó la causa. Leoncio no veía la relación pero el hecho es que, dijo, mientras mascaba recordé lo que hace muchos años me contó el fenecido Julián; sin siquiera sonreír, aunque nunca supe si lo decía en serio o no, me contó que en la última cena le habían servido cuy a Jesucristo; que él mismo lo había visto en un inmenso cuadro en la catedral del Cusco. Sebastián abrió desmesuradamente los ojos, miró el charqui que tenía en la mano, le dio varias vueltas para observarlo mejor, le dio una buena mordida y se echó a reír dando vivas al cuy. Siguieron comiendo y bebiendo en silencio un buen rato; del firmamento colgaban unas cuantas nubes desgarradas, Leoncio las miraba recostado sobre su manta tratando de escuchar algo más que el pitido dentro de sus oídos, nada. Quietud, silencio, parecía que el viento no soplabá, extraño a esas alturas. Sacó unas cuantas hojas de coca y se las llevó a la boca con parsimonia antes de ofrecerle la bolsita de plástico a Sebastián sin darse cuenta que éste ya mascaba lo suyo. Media hora después retomaron la marcha.

—Los levantamientos campesinos fueron sólo una parte del proceso de lucha por la libertad, por la emancipación; parte del proceso y precursor del hecho militar que tras largos años de enfrentamiento

entre grandes ejércitos se define en la batalla de Ayacucho en 1824 —dijo Sebastián retomando el tema.

—Así es, los levantamientos campesinos forman parte de un proceso más complejo y que está precedido por un aspecto que es principal y anterior al hecho militar, sí. Aunque, dicho sea de paso, la bronca por la independencia no concluye en 1824 sino en 1826 —dijo Leoncio y esperó.

—Eso ya lo sé, compadre. Mi intención es recalcar que no se trata sólo de los movimientos rebeldes en sí sino también de los planteamientos ideológicos y políticos que en esos tiempos circulaban en todo tipo de escritos —continuó Sebastián.

—Exacto, a eso me refiero y en conjunto, lo ideológico, político y militar, forman las partes de un todo.

—Por 1,000 veces repetido pero todo cierto. Después de la derrota del movimiento de Túpac Amaru y la relativa calma, bastante relativa al margen de una que otra asonada, se produjo la crisis política española de 1808 durante la ocupación francesa, que ya has mencionado, pero que tuvo muy pocas repercusiones en el Virreinato del Perú a pesar de que en 1806 Gran Bretaña se había aventurado a un ataque directo a las costas americanas tratando de ocupar el puerto de Buenos Aires y que las fuerzas criollas porteñas rechazaron ese ataque demostrando su propia fuerza ante la debilidad española para defender sus colonias...

—Disculpa, Sebastián. Ya que tocas el tema de Buenos Aires, una cosa a señalar, aunque sea de pasada, es que, de una u otra manera, nos estamos centrando en la situación internacional y, por lo general, en lo acontecido en nuestra patria; pero eso no quiere decir que no conozcamos o que no tengamos en cuenta los movimientos a nivel continental; el asunto es que no lo podemos tocar en detalle porque si lo hiciéramos nos llevaría semanas para una sola exposición. En nuestro caso tenemos la rebelión de Túpac Amaru como la cúspide de todo un largo período de resistencia indígena al invasor; sí, así es. Luego de él, la espiral del desarrollo histórico de nuestra sociedad alcanza un punto más amplio y alto. Pero, de la misma manera, en todo el Continente se concibieron una serie de rebeliones como, por ejemplo, la de Guillén de Lampart, más conocido como Guillén Lombardo, en México, entre 1640 y 1642. Lampart era un irlandés desterrado y recién llegado al Virreinato, que cuestionó la legitimidad de la dominación española en Nueva España y propuso, como muchos en ésta nuestra tierra, la elevación de la nobleza indígena al rango de la española, la liberación de los esclavos y la igualdad de oportunidades para todos y, además, planteaba un sistema de castigos y recompensas, según su manera de actuar ante la rebelión, a los

diversos grupos de la población. Este señor redactó una *Proclama por la liberación de la Nueva España de la sujeción a la Corona de Castilla y sublevación de sus naturales*. Aunque fue una idea abortada ya en el papel escrito, y a pesar de que algunos estudiosos lo acusan de charlatán y aventurero, hay que fijarse en la argumentación a favor de la separación del Virreinato de Nueva España de la Corona a causa, según él mismo lo dice, del carácter injusto de la conquista y a la situación en que se encontraba la población indígena que, junto con otras capas sociales, padecían graves maltratos a pesar de ser los *dueños originarios* de esas tierras. A pesar de algunos desvaríos de este señor, como por ejemplo el de considerarse de sangre real irlandesa para justificar la legitimidad de su aspiración al *trono* de México y convertirse en el *Rey* de los mexicanos, su exposición de motivos es muy interesante. Ojo, año 1640 y aliguito más. Otro raro personaje que se adelantó a su tiempo y que, a pesar de ser un irlandés y un *extranjero* en tierras mexicanas, ya tenía una clara posición independentista. Lombardo apostaba por la liberación de Irlanda y al mismo tiempo por la de México; y en relación a ésta recordemos algunas de sus palabras, dice: He dispuesto tomar las armas, y con ellas por la vía más pacífica y piadosa posible, sacudir el grave yugo y tiranía que padecen estos reinos, dando libertad a todo género de oprimidos y relevando a todos de cualesquiera opresión que padecieren, en la forma y manera con las calidades y privilegios que se siguen... Porque juzgamos, y es cierto que para tener legitimada posesión, y derecho sin escrúpulo, nos y nuestros herederos, es necesario vencer y libertar estos reinos y vasallos por fuerza de armas... Hacemos notorio a todos que desde luego mandamos publicar y publicamos que en adelante sean desmembrados y apartados de la Corona de Castilla todos estos reinos de la gran América y sus adyacentes, sin obedecer a otro príncipe que al que fuere elegido a su tiempo, so pena de incurrir la indignación sonora... Y luego de una larga argumentación concluye: Por tanto, atendiendo a la infinita misericordia de dios nuestro señor y a la intercesión de su bendita madre nuestra señora, que nos alienta e inspira a esta justificada y heroica facción, amonestamos y exhortamos a todos, de cualquiera calidad que sean, que con toda paz y tranquilidad se reduzcan a la razón y justificación propuesta. Y serán premiados con suma grandeza. Y obrando en lo contrario será forzoso, aunque con sumo desconsuelo de nuestro corazón, tan inclinado a la clemencia y benignidad y liberalidad, proceder con el furor militar que en estas ocasiones es permitido, y procurar reducirlos por armas. Que no se puede conseguir menos que poner a riesgo manifiesto las vidas, que en nosotros que lo seguimos será de premio eterno por juntarnos con la verdad y piadosa hazaña como sacudir el

tirano yugo que tantos y tantos afligidos pueblos padecen. Y en los que resistieran no sólo pelagra la salud temporal de la vida entre las armas sino la de la eterna, por cuanto intentan interrumpir la equidad y la verdad, el sosiego y la paz pública y el común descanso de todos. Lo que el cielo no permita, pues hemos visto ejemplos manifiestos de buen y de feliz acierto desde el principio del mundo hasta hoy con los que animan y emprenden semejantes hazañas dirigidas al consuelo universal de todos, que se encamina primeramente al mayor servicio de dios, para que sus criaturas le sirvan con mayores veras, como más libres, más contentos, más dueños de sus causas, más refrenados del vicio y más alentados a la virtud y justicia, que mediante el *buen gobierno* se alcanza. Bien, bastante claro. Este caballero fue capturado en 1642 y, en 1659, quemado vivo en una hoguera gracias a la sentencia del tribunal de la Inquisición que lo acusó de practicar la hechicería y de pactar con el diablo. Y seguro que no lo quemaron sólo por ser un extravagante chiflado; no señor, hay que curar en salud.

—¡Amén! Otra vez la santa arpía. Pero dime, ¿Juan Huáscar Vélez de Córdova, para escribir su *Manifiesto de Agravios*, habrá tenido noticias de esa *Proclama*? —preguntó Sebastián con verdadero interés.

—Supongo que no, puesto que el documento fue requisado y escondido por la Inquisición; luego se perdió o, según otros, fue robado y recién en 1948 aparecieron algunos fragmentos y no es sino hasta hace muy poco que se dio a conocer la *Proclama* completa. Lo que sí se puede decir, al ver algunas similitudes, es que ya por entonces un fantasma recorría el continente americano.

—El fantasma del cambio —concluyó Sebastián.

—Eso. La necesidad de cambio. Bien. Pero hay más. Por ejemplo, y esto es muy interesante, la insurrección de los comuneros paraguayos de los Siglos XVII y XVIII. Aunque los antecedentes pueden ser rastreados casi a partir de la fundación de la ciudad de Asunción a fines de los 30 de 1500, y se relacionan a la elección al cargo de gobernador por voto popular para no permitir la imposición real o virreinal de alguien al cargo, no es sino hasta poco más de 100 años después que la inquietud por autonomía administrativa se torna en un espíritu emancipador. Entre los años 1640 y 1660 hay una prolongada sublevación acaudillada por el obispo de Asunción, el franciscano Bernardino de Cárdenas, que se enfrentó a la Compañía de Jesús y a su ejército de indios que controlaban 30 misiones jesuitas guaraníes localizadas en la geografía de los actuales territorios de las Repúblicas de Argentina, Paraguay y Brasil, en la proximidad de 2 de los más importantes ríos que conforman la cuenca del Plata, el Río Paraná y el Río Uruguay, en la selva tropical de la mata atlántica. Con

esta sublevación logran expulsar a la Compañía de Jesús en 1649; aunque la causa principal de esta primera insurrección de los comuneros paraguayos fue la lucha contra el absolutismo opresivo de la Corona, el centralismo del Gobierno y la conducta absorbente de los jesuitas. Más adelante los comuneros fueron derrotados, la sublevación fue ahogada en sangre, los jesuitas fueron restituidos y el obispo, expulsado. Murió exiliado en un pueblo de Cochabamba en 1668. Más adelante, entre los años 1717 y 1735, se vuelven a dar largas luchas, con la traición del más alto dirigente y todo, por libertad y buen gobierno. Pero, a fin de cuentas, en 1735, los comuneros fueron derrotados por un ejército compuesto por los mejores soldados al servicio de la Corona y varios miles de guaraníes de las Misiones; los líderes del movimiento que no traicionaron fueron apresados, asesinados y descuartizados, sus casas demolidas, sus tierras sembradas de sal y en todo el Paraguay se prohibieron las reuniones de la junta de gobierno y el común. Sin embargo, y esto hay que remarcarlo, los principios comuneros que se habían forjado siguieron latente en la mente y corazón del pueblo: El Rey y sus representantes no pueden obrar arbitrariamente, fuera del derecho natural; el Poder debe ser delegado por el pueblo y todo mandatario es responsable ante él y el mandato de un gobernador impuesto es ilegal. Y esto no es papel mojado ya que estos ideales hacen estallar levantamientos en Corrientes y en el Virreinato de Nueva Granada, hoy Colombia, aunque también fueron aplastados. Esta segunda insurrección de los comuneros paraguayos fue un movimiento popular, ambas habían tomado el nombre *comunero* a ejemplo de la sublevación de los comuneros en la España de 1500 y poquito más, que ya narré en detalle, y podría considerarse la apertura del camino hacia la independencia. Lo específico en Paraguay es que fue un levantamiento popular dirigido por los llamados criollos con la participación de miles de autóctonos en ambos bandos. Poco después se da la llamada *Guerra Guaranítica* que fue un conflicto armado que enfrentó, entre 1754 y 1756, a los indígenas de las restituidas misiones jesuíticas guaraníes y las fuerzas españolas y portuguesas como consecuencia del Tratado de Madrid de 1750 que permutaba 12 misiones, ubicadas a ambos lados de la cuenca del Alto Uruguay, por la posesión de la Colonia del Sacramento, que era una posesión portuguesa en la orilla izquierda del Río de la Plata al sur del actual Uruguay; la corona española, con este canje, quería asegurarse el dominio de la entrada de la cuenca de este río. Se trataba de la entrega a los portugueses de unos 500,000 kilómetros cuadrados de territorios dentro del cual se encontraban las más prósperas misiones jesuitas guaraníes que se hallaban en territorio que hoy forma parte de Brasil, al este del Río Uruguay, y algunas de las que se halla-

ban en territorio que hoy forma parte de Argentina, al oeste del Río Uruguay. Este inmenso, próspero y estratégico territorio debería ser entregado en el plazo de 1 año, y los casi 30,000 guaraníes que ahí vivían debían salir de la región con todos sus bienes y trasladarse a la parte española o quedarse y aceptar la soberanía portuguesa. Las hostilidades se desencadenaron mientras las coronas de España y Portugal, en un tira y afloje, trataban de fijar la frontera a perpetuidad sin tomar en cuenta las necesidades e intereses de los indígenas. Los guaraníes, por su parte, hicieron alianza con etnias, consideradas otrora enemigas, como los charrúas, guenoas y minuanes para ofrecer resistencia tanto a portugueses como a españoles. Lo mismo pasó en el bando contrario que, aunque inicialmente las fuerzas española y portuguesa actuaban cada una por su cuenta y con plan propio, terminaron formando una alianza contra los guaraníes y sus aliados. Los guaraníes, tras los éxitos iniciales al combatir a sus enemigos que actuaban por separado y ante el posterior avance de ambas fuerzas ya en alianza, decidieron replegarse practicando la táctica de la tierra arrasada quemando los pueblos que abandonaban hasta que fueron derrotados en una guerra de exterminio que dejó unos 10,000 nativos muertos. Los sobrevivientes fueron desplazados a la fuerza pero, finalmente, las misiones jesuíticas guaraníes no pasaron a manos de Portugal, ni Colonia del Sacramento a manos de España. En 1761, durante la *Guerra de los 7 Años*, el Rey Carlos III de España logró anular el Tratado de Madrid, que quedó sin efecto por medio del Tratado de El Pardo. Hay que recordar que se denomina *Guerra de los 7 Años* a una serie de conflictos internacionales que se desarrollaron entre 1756 y 1763, para establecer el control sobre Silesia y por la supremacía colonial en América del Norte y la India.

—Silesia —dijo Sebastián recordando lecturas que había hecho hacía algún tiempo—, ese pedacito de tierra recorre y concentra parte de la historia de los pueblos; sus primeros habitantes, sus *naturales*, fueron los silingos, un pueblo germánico ramificado de los vándalos, que se habían establecido en esas tierras desde muy temprano pero ante la presión de los godos tuvieron que abandonar su asentamiento y emigrar, junto con los burgundios, para establecerse en la zona del Río Meno. Dentro del proceso de la gran migración germánica, los silingos se fusionaron con los asdingos, otra ramificación de los vándalos, y, junto con otros pueblos germánicos, marcharon a conquistar al Imperio Romano llegando a la Península Ibérica hasta que fueron expulsados a África por parte de los visigodos. Pero por el territorio denominado Silesia, mucho más atrás en el tiempo, también habían pasado los celtas procedentes de Anatolia. Con la migración de los pueblos germánicos, esta zona quedó casi abandonada y

en los Siglos VI y VII fue repoblada por pueblos eslavos como los lusacios y sorabos, que en la actualidad más se los conoce como sorbios o serbios, divididos en los serbios blancos asentados en el Oeste y los croatas blancos asentados en el Este; y no es que estas etnias sean *blancas* sino que se les llama así por su lugar de asentamiento, los serbios blancos asentados en Serbia Blanca o Sorabia, ubicada en territorio hoy perteneciente a Alemania entre Sajonia y Brandeburgo; y los croatas blancos asentados en Croacia Blanca, ubicada en algún lugar aún no bien precisado entre Hungría y Moravia en la actual República Checa antes conocida como Bohemia. Los lusacios, asentados en Lusacia, eran primos y vecinos de los sorabos. También existe la Alta Lusacia y la Baja Lusacia, así como la Alta Sajonia y la Baja Sajonia entre muchas otras y muchos otros Altos y Bajos para designar a los de Arriba o a los de Abajo, lo que demuestra que esta forma de nominación no haya sido exclusividad de los Incas o similares. En fin, hacia fines del Siglo VII la mayoría de los croatas blancos y la gran parte de los serbios blancos marcharon hacia la Península de los Balcanes estableciéndose en las actuales Croacia y Serbia, siendo entonces la Silesia repoblada por polacos y checos. En los Siglos VIII y IX algunos sorabos se movieron un poco y regresaron para reasentarse en tierras hoy alemanas haciendo frontera con Polonia y la antigua Checoslovaquia; en aquellos tiempos, esas tierras también estaban casi desocupadas a raíz de la gran migración germana. En el Siglo IX Silesia pasó a formar parte de la Gran Moravia, imperio que en su expansión llegó a concentrar los actuales territorios de Hungría, Rumania, Polonia, Austria, Alemania, Serbia, Eslovenia, Croacia y Ucrania; con lo que quedó integrada como región en el primer Estado europeo. Luego el Estado de Gran Moravia se convirtió en parte de Bohemia. Silesia, durante los Siglos X y XII, fue escenario de numerosas guerras entre polacos y bohemios checos y una vez caída en manos polacas pasó a formar parte de un territorio que fue dividido numerosas veces durante la lucha fratricida entre príncipes hermanos, herederos y todo tipo de familiares hasta configurar más o menos el aspecto actual quedando gran parte de Silesia como la región más desarrollada de Polonia. A partir del Siglo XIII, las tierras subdesarrolladas y poco pobladas por los eslavos, fueron repobladas por los duques del Este, como la dinastía de los Piastas, con colonizadores alemanes, aunque los colonizadores alemanes llegaban en menos cantidad a Alta Silesia que a Baja Silesia. Esa época bastante importante para Alta Silesia es conocida como Ostsiedlung, término alemán que designa la colonización alemana en la Europa Central y Oriental. La intensificación de la conexión con la aristocracia alemana, y las pérdidas tras la Batalla de Liegnitz en 1241 contra los mongoles, fue-

ron los motivos básicos de la recolonización forzada. Los colonizadores cultivaron y desarrollaron Alta Silesia, las primeras minas de plata en Alta Silesia se establecieron a partir del Siglo XIII. Entre 1200 y 1350 los colonizadores alemanes construyeron 83 ciudades y 1713 pueblos. La influencia y las raíces alemanas, según dicen, se pueden ver hoy día en la estructura de los pueblos y las ciudades, en sus nombres o en muchos apellidos. Con la peste en los países alemanes, la repoblación de Alta Silesia terminó poco a poco. Hubo una mezcla con los eslavos silesianos, y se estableció una nueva *tribu* alemana con los colonizadores que migraron sobre todo de Turingia, Franconia, Sajonia, Baviera y Hesse. Por lo que se sabe, la mezcla de eslavos y alemanes en Alta Silesia se nota mucho más que en Baja Silesia por su idioma, el idioma silesiano que es una mezcla de polaco antiguo con alemán y checo. Pero, como tú siempre dices, ahí no queda la vaina, en el Siglo XIV Silesia pasó por las manos del Emperador romano germánico Carlos I Rey de Bohemia, también llamado Carlos IV de Luxemburgo, quien la incorporó al Sacro Imperio Romano Germánico; en el Siglo XVI el Reino de Bohemia junto con toda Silesia pasó a manos de los Habsburgo; tras la *Guerra de Sucesión Austríaca*, Silesia, como provincia, quedó bajo control de la Prusia de Federico II, llamado *El Grande*. En el Siglo XIX, dentro de la unificación alemana impulsada por Otto von Bismarck, Silesia pasó a formar parte del Imperio Alemán convirtiéndose en una de las provincias más leales de Prusia. Tras la Primera Guerra Mundial, parte de Silesia regresó a manos polacas; en 1920 estalló un conflicto militar fronterizo entre Polonia y Checoslovaquia que concluye con una división de la parte sureña de Silesia; y, al mismo tiempo, en 1919 y 1921 se desarrollaron 2 insurrecciones promovidas por los pro-polacos en Alta Silesia, encaminadas a la unión con Polonia. Un combinado de fuerzas de soldados franceses, italianos y británicos ocupó Alta Silesia y se estableció en esas tierras con el sempiterno pretexto de ser *tropas de paz*. Algo que aún hoy en día se ve por todas partes y sirve como punta de lanza de una invasión o como consolidación de lo ya invadido. Bueno, en 1921 se realizó un referéndum donde el 60% de los votos válidos fueron para que Silesia pase a formar parte de Alemania y 40% para que pase a formar parte de Polonia; así que los Aliados dividieron Alta Silesia en 2, la parte más pequeña pero más rica, con casi 75% de la industria, se la dan a Polonia y la parte más grande, el Oeste, a Alemania. Entre 1939 y 1945, la Alta y la Baja Silesia fueron otra vez brevemente unificadas como una sola provincia pero, a pesar de todo, la gran mayoría de los Silesianos apoyaba la *reunificación* con Alemania. A partir de 1945, los soviéticos ocuparon la parte Este de la Alemania nazi, incluyendo la Alta Silesia; y con los

soviéticos llegó el ejército de la República Popular de Polonia. Se produjeron las consabidas *matanzas, violaciones y deportaciones* de muchos silesianos a las que una gran parte de historiadores hacen mención achacando todo tipo de tropelías a las fuerzas soviéticas para promover y justificar, hasta el día de hoy, todo tipo de aversión contra el comunismo. Tras la Segunda Guerra Mundial, la parte de Silesia que todavía pertenecía a Alemania fue cedida a Polonia a cambio de las tierras orientales polacas anexadas por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en 1944, cuando los soviéticos expulsaron a los alemanes y declararon que su frontera con Polonia era la establecida en el pacto de no agresión entre el Tercer Reich y la URSS en 1939, más conocido como *Pacto Molotov-Ribbentrop*. La parte checa de Silesia anexionada por la Alemania nazi en el marco de la integración de los Sudetes, una cadena montañosa de Europa oriental ubicada en parte del territorio de la hoy República Checa, Alemania y Polonia y que recorre Bohemia, Baja Silesia, Silesia Checa y Sajonia, también fue vaciada de su población alemana. Así, las tierras de Silesia que hoy están dentro de las fronteras de Polonia ha sido un territorio que históricamente también ha pertenecido a la antigua Checoslovaquia y a Alemania y casi no hay familias cuyos antepasados sean *naturales* de la región. Y sin embargo siguen siendo eslavos. En toda Silesia hay checos, polacos y alemanes que, cada cual, tampoco tiene mucho de sus propios antepasados. Y sin embargo siguen siendo eslavos. En la actualidad, se desarrolla un gran movimiento que pugna por la autonomía de Silesia dentro del Estado polaco; por el establecimiento de una autonomía en lo fiscal, político y cultural de Alta Silesia en sus fronteras históricas en base, dicen, a su propio *idioma* y a una larga *historia* común; todo en función de la defensa de sus propios derechos. También hay de aquellos independentistas que sostienen que un país multiétnico es menos estable que un Estado nacional unificado, están a favor de la emancipación de Silesia y se oponen a su autonomía. Es evidente que Silesia sigue siendo una de las regiones más ricas de Polonia, financia a las regiones pobres situadas en la frontera con Ucrania y, además, alimenta a toda la maquinaria burocrática polaca. Aunque la nacionalidad silesiana no existe como nacionalidad minoritaria oficial en Polonia, según el censo demográfico que se llevó a cabo hace poco, en Alta Silesia la población que se *considera* silesiana pasa de los 800,000. En resumidas cuentas, la historia de Silesia ha sido bastante turbulenta, sus tierras han pasado por muchas manos y por todo tipo de disputa, rapiña y guerra incluyendo las mundiales; y su población, constituida en el devenir histórico, ha pasado y pasa por todo tipo de opresión y explotación; tienen su propio idioma y, sobre todo, su propia historia. Siguen siendo es-

lavos.

—Eso. Carajo, todo lo que sabes, hermano —dijo Leoncio y guardó un largo silencio en el que se puso a meditar sobre lo que acababa de oír; se preguntó si Sebastián le estaba jugando una larga broma durante los últimos días o meses, o si se hacía el cojudo y había asimilado tan bien todo el rollo que en 2 patadas y unas cuantas frases resumía con un simple ejemplo miles de años de historia; Sebastián, se dijo Leoncio para sus adentros, había expuesto en un sanseacabó lo que a él le llevó varios días y un montón de horas para explicar el desarrollo de la formación y la historia de los pueblos, de las naciones y de los Estados. No, se dijo, este compadre me está cojudeando y me deja hablar para alargar la vaina mientras redondea su exposición. Pero no importa. Claro, pensó mientras pateaba una rama caída en el suelo, lo explicado por Sebastián, quien siempre ha mostrado esa buena memoria y esa tremenda capacidad de síntesis que envidio, debería resultar claro y evidente para aquel que tiene algunos conocimientos de historia y por lo menos una mínima formación ideológica y política marxista, mientras que mi exposición, añadió discutiendo consigo mismo, está destinada para aquel que sabe poco, que desconoce muchas cosas y que ha estado sometido al engaño y la tergiversación permanentemente; ¿o es que Sebastián en principio está de acuerdo desde un inicio y sólo se hace el loco para ver hasta dónde llegan mis planteamientos y cuál es el fondo de la cuestión?; ¿o es que sobre la base de sus propios conocimientos mi argumentación le ha permitido reafirmar sus convicciones, dar un paso adelante y mostrar su acuerdo con lo esencial del tema teatralizando algunas cabriolas y reticencias?; ¿había llegado él mismo a conclusiones similares y exteriorizaba sus conceptos sin aspavientos en el convencimiento de que es necesario desarrollar más la conciencia política de clase?

—Compadre, no es que sepa más y mejor; la vaina es que nos complementamos, es algo bueno y está bien que sea así —dijo Sebastián como si hubiera leído el pensamiento de su mejor amigo y camarada y quisiera calmarlo tendiendo un puente entre ellos.

—Eso, gracias —dijo Leoncio luego de sacudir la cabeza para quitarse otras tantas preguntas y aclarar sus ideas—. Pero hay algo más, y seguro que lo sabes pero por algún motivo has dejado de mencionar; y es que Silesia se destaca, dentro del desarrollo internacional del capitalismo y de la burguesía, por ser parte integrante de uno de los pocos lugares donde la burguesía, la prusiana que había sido antifeudal hasta un día antes, restauró el feudalismo tras sangrientas luchas y ejecuciones cuando los campesinos de Prusia, y en parte los de Austria, aprovecharon la revolución de 1848 y 1849 para

emanciparse de golpe de todas las trabas feudales. Fue el acto más ignominioso cometido por la burguesía, y su partido *democrático*, contra el campesinado que en esos momentos del desarrollo histórico era su más viejo, indispensable y principal aliado en la lucha contra la feudalidad. Una traición no sólo contra su mejor aliado sino contra sí misma, una traición que nos enseña cómo se desencadenan las fuerzas más tenebrosas y retrógradas esgrimiendo, como hoy en día, el pretexto de *defensa de la democracia y la propiedad privada* cuando las masas populares desarrollan acciones encaminadas a la conquista y defensa de sus reivindicaciones, derechos y libertades. Pero bien, volviendo una vez más al marco internacional y a la *Guerra de los 7 Años*, no hay que olvidar que esa guerra fue un conflicto de gran magnitud que causó no menos de 1'500,000 de víctimas mortales; y, como ya dije, se desarrolló para establecer el control sobre Silesia y por la supremacía colonial en América del Norte y la India. Silesia en esos momentos, como ya lo has dicho, estaba en manos de Prusia tras la firma del tratado que daba por finalizada la *Guerra de Sucesión Austríaca* que tuvo lugar entre 1740 y 1748, guerra desatada por las rivalidades sobre los derechos hereditarios de la Casa de Austria a la muerte de Carlos VI, Rey del Sacro Imperio; disputas familiares a las que hay que sumar los intereses de Prusia, la rivalidad colonial entre Francia y Gran Bretaña y la de ésta con España. En esta guerra, la dinastía reinante en Austria, los Habsburgo, perdió, entre otras posesiones, Silesia. Hubo 3 grandes enfrentamientos. En 1740 Federico II de Prusia, sin declaración de guerra, invadió la Silesia austríaca y a inicios de 1741 selló la victoria. Poco más adelante, Francia se alió con Prusia y el Ejército francés penetró en territorio alemán. Para dividir a sus adversarios y lograr el aislamiento de los franceses, en 1742, María Teresa I de Austria ofreció un acuerdo secreto a Federico II, por el cual le entregaba Silesia a cambio de que éste, como contrapartida, se retirase de la guerra. Ello supuso el fin de la Primera Guerra de Silesia. En el acuerdo se establecía que una parte del sur de Silesia quedaba bajo el control de los Habsburgo. Dicha zona sería posteriormente denominada Silesia bohemia y, a partir de 1849, Silesia austríaca. Una pequeña parte de la denominada Silesia polaca no se vio implicada en esta guerra. La Segunda Guerra de Silesia se desarrolló entre 1744 y 1745. En 1743 las fuerzas conjuntas de Gran Bretaña, Austria, Hannover y Hesse derrotaron a los franceses. Federico II, inquieto por las victorias austríacas frente a los franceses, y llevado por su deseo de ocupar toda Silesia, además del temor de perder la parte que ya había ganado, invadió Bohemia y derrotó al ejército austríaco con lo que se había llegado a una situación que hizo posible que a finales de 1745, Federico II y María Teresa concluyese-

sen un Tratado según el cual Federico conservaba Silesia y a cambio reconocía como Emperador a Francisco de Lorena. El mismo año, en Flandes, los franceses, al derrotar a un ejército mixto anglo-holandés reforzado por algunas unidades austríacas, iniciaron la conquista de los Países Bajos austríacos, que terminó con la victoria francesa en 1746. La Tercera Guerra de Silesia quedó entrelazada en ese conflicto más amplio que es la *Guerra de los 7 Años*. Luego de varias contiendas menores, y con su poder militar reforzado, a mediados de la década de 1750, la Casa de Austria decidió recuperar Silesia, territorio que había quedado definitivamente en poder de Prusia tras el Tratado de Aquisgrán en 1748 y que había puesto fin a la *Guerra de Sucesión Austríaca*. Esta acción por parte de Austria es considerada el detonante de la *Guerra de los 7 Años*. María Teresa I contó con el apoyo de Sajonia, Rusia, Suecia y Francia para declarar la guerra a Prusia y Gran Bretaña. Pero, con buen olfato y por si los austríacos intentaban recuperar Silesia, Federico II de Prusia decidió llevar a cabo un ataque preventivo. Así, en la segunda mitad de 1756, invadió Sajonia, como lo había hecho antes en Silesia, sin previa declaración de guerra, y derrotó al ejército sajón. Después penetró en Bohemia, conquistando Praga a inicios de 1757. No obstante, poco después las tropas austríacas le infligieron una derrota, con lo que tuvo que evacuar Bohemia, mientras que sus enemigos penetraban a su vez en Silesia. Federico II consiguió, no obstante, restablecer la situación tras vencer en primer lugar, ojo, a los franceses a fines de 1757, y al derrotar después a los austríacos recuperó nuevamente Silesia. Por su lado, las tropas rusas alcanzaron el Río Óder, u Odra, a mediados de 1758; mientras que los austríacos vencieron a los ejércitos prusianos en agosto de 1760 y ocuparon el territorio sajón. Tras reagrupar sus tropas contra los austríacos, Federico logró recuperar Silesia y obligó a María Teresa a la firma de un Tratado en 1763. Así, Prusia conservó Silesia durante los siguientes 150 años. Bien. En la *Guerra de los 7 Años* tomaron parte, por un lado, el Reino de Prusia, el Imperio Británico junto a sus colonias americanas, el Imperio Portugués y como aliados otros reinos menores; y por otro lado, principalmente, el Sacro Imperio Romano Germánico de los Habsburgo, el Imperio Ruso, el Reino de Francia y el Imperio Español que recién se implicó a partir de 1761. A destacar es que en este conflicto se había producido un cambio de coaliciones con respecto a la *Guerra de Sucesión Austríaca* ya que en ésta, por un lado, combatían, principalmente, Prusia, Francia y España; y por el otro, lo hacían, principalmente, el Sacro Imperio y Gran Bretaña. Es decir, para la *Guerra de los 7 Años*, España y Francia se pasaron al lado del Sacro Imperio mientras Gran Bretaña se pasó al lado de Prusia.

—Por eso el ojo —dijo Sebastián con una sonrisa en los labios.

—Por eso el ojo, aunque supongo que ya lo sabías —contestó Leoncio devolviendo la sonrisa y dándole un empujón en el hombro a Sebastián—. Pero la cosa no queda ahí...

—Conociéndote, eso ya está claro —dijo Sebastián devolviéndole el empujón a Leoncio.

—Tanto en América del Norte como en la India —continuó Leoncio luego de recoger su sombrero, que con el empujón había caído al suelo—, la *Guerra de Sucesión Austríaca* se expresó entre 1744 y 1748 en guerras libradas entre Francia y Gran Bretaña disputándose las colonias. Y de la misma manera se entronca a ella otra guerra, la *Guerra del Asiento*, de 1739 a 1748 y fue un conflicto entre España y Gran Bretaña provocado por el contrabando de los navíos ingleses en América. ¿Qué acontecía en el mundo? Se desenvolvía un nuevo reacomodo de potencias, un nuevo reparto del mundo, un nuevo avance de la burguesía, aún revolucionaria, y un despertar de pueblos oprimidos y sojuzgados. En 1734, Montesquieu, quien era tenido en alta estima en las colonias británicas en América como un campeón de la libertad británica aunque no de la independencia norteamericana, publicó las *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y decadencia de los romanos* y en 1748, *El espíritu de las leyes*; la Guerra de la Independencia de las 13 Colonias Norteamericanas de Inglaterra se produjo entre 1775 y 1783 y la Revolución Francesa se desarrolló de 1789 a 1794. Ya lo sabemos, sólo para recordar y apuntalar fechas. Bien. Éstos son acontecimientos que ilustran el panorama mundial y nos proporcionan un gigantesco material basado en hechos reales sobre la historia del desarrollo de las sociedades en constante movimiento; hechos históricos indiscutibles que hay que reconocer, y quien reflexione sobre ellos comprenderá el verdadero significado de las indicaciones que nos proporcionan respecto a los aspectos y las tendencias del movimiento del desarrollo histórico de las sociedades y ante esto no es posible cerrar los ojos al pasado porque éste sea *pretérito*, porque el pasado ya pasó o porque sea tan absurdo el añorarlo como el querer volver a él tratando de repetirlo. De la misma manera, no es posible juzgar el pasado sin haberlo comprendido; de lo que se trata es de analizarlo lo mejor posible y sacar lecciones para poder entender el presente y construir el futuro. La actitud contraria, que lleva a un callejón sin salida, es un salto teórico, abstracto y especulativo, al futuro sin haber examinado completamente las condiciones del paso a éste; es pregonar el salto al reino de la felicidad sin la acción transformadora de la práctica revolucionaria en el aquí y ahora de cada quien, sin la aplicación de las leyes generales a la situación concreta. Bien, en la *Guerra del Asiento*, que acabo de men-

cionar, se enfrentaron las flotas y tropas de Gran Bretaña y de España principalmente en el área del Caribe, guerra que, como ya dije, a partir de 1742 se transformó en un episodio de la *Guerra de Sucesión Austríaca*, cuyo resultado en el teatro americano finalizaría con la derrota de los británicos y el retorno al statu quo previo a la guerra. A esa guerra le dan ese nombre, que parece extraño, porque hacía alusión a las concesiones comerciales que Gran Bretaña había conseguido del Imperio Español en América; y una de ellas era el llamado *asiento de negros* que les otorgaba la posibilidad de vender esclavos negros en la América hispana durante 30 años. Sin embargo, hay que reconocer que la piratería y el contrabando no fue el único motivo para desatar la conflagración; además, tenían problemas fronterizos entre la Florida española y la Georgia británica; reclamaciones en Gibraltar y Menorca y a fin de cuentas el control de los mares y el comercio. Bien, la paliza dada por los españoles a los británicos en la batalla naval y el desembarco en el llamado *Sitio de Cartagena de Indias* es digna de estudio no sólo porque demuestra que una fuerza débil y pequeña puede derrotar a una fuerte y grande sino...

—Porque los españoles utilizaron la inteligencia a lo grande —re-dondeó Sebastián.

—Eso, la extraordinaria eficacia del servicio de inteligencia español consiguió infiltrar agentes en la Corte londinense y en el cuartel general del Almirantazgo con lo que, con el plan táctico-operativo de los británicos en la mano, pudieron adelantárseles y derrotarlos. Bien. Guerras van, guerras vienen, y, dentro de esa concatenación, regresamos adonde me quedé, al plano continental y la *Guerra Guaranítica*. Con el fin de esta guerra también llegó el fin de la resistencia que los pueblos de las misiones del alto Río Uruguay opusieron directamente a la penetración portuguesa. Años después, y a pesar de la lucha tenaz que los criollos desarrollaron entre 1762 y 1763 contra portugueses y británicos en el Río de la Plata, la diplomacia volvió a dar Colonia del Sacramento a los portugueses y las misiones, arruinadas y vacías, a España de acuerdo al Tratado de París de 1763. Este Tratado, que pone fin a la *Guerra de los 7 Años*, da por ganadores a Gran Bretaña y Prusia con lo que algunas posesiones cambian de mano. Francia entrega a Gran Bretaña la Isla Menorca, Senegal y algunas posesiones en la India; en América le entrega Canadá, los territorios al este del Río Misisipi y al oeste de los montes Apalaches a excepción de Nueva Orleans; también entrega la Isla de Cabo Bretón, Dominica, Granada, San Vicente y Tobago y Gran Bretaña le devuelve Guadalupe y Martinica. España entrega a Gran Bretaña la Florida y las colonias al este y sureste del Río Misisipi. España recibe de Francia Luisiana y Gran Bretaña le devuelve el puerto de La Habana y la

ciudad de Manila en Filipinas que habían sido ocupadas durante la guerra. Prusia se queda con Silesia, pasa a ser potencia europea y se firman otros tratados que para el caso no tienen mucha importancia. En cuanto a los jesuitas, acusados de ser los instigadores de la resistencia guaraní y por formar un Estado dentro del Estado, habían sido expulsados de Portugal en 1758, de España lo fueron en 1767 y la Santa Sede, bajo la férula del Papa Clemente XIV, disolvió la Orden en 1773. Pero el insepulto cadáver se repuso y reapareció en 1814 para volver a ser a ser expulsado de España en 1835 bajo los Borbones y en 1932 bajo la II República; pero ésa ya es otra historia que contar.

Leoncio siguió caminando en silencio durante un corto momento en el que quiso guardar su libreta de notas pero se dio cuenta de que aún la necesitaba y desistió del intento. Desde que la había sacado del bolsillo interior de la casaca, Leoncio, había tenido su libreta de notas en la mano, incluso cuando se quedó dormido, y mientras caminaban la hojeaba repasando el esquema que tenía anotado y buscaba datos, nombres y fechas. Lo hizo una vez más bajo la atenta mirada de Sebastián.

—¿Y, cómo sigue? ¿A qué conclusión *queremos* llegar? —preguntó Sebastián.

—Que por los antecedentes que *hemos* mencionado, por su desarrollo económico, social, político e ideológico, por la peculiar insurrección de los comuneros paraguayos y por la temprana lucha contra españoles, portugueses y británicos, se podría explicar que el Paraguay, los mestizos del Paraguay, no haya necesitado de fuerzas aliadas para la gesta de su independencia como otros pueblos del Continente. Bien, aún tengo unos cuantos ejemplos más para mencionar pero ya no tienen mucha importancia; sólo valga decir que los llamados criollos, para mí los mestizos, del Paraguay se administraban a sí mismos, sin subordinación a Gobiernos exteriores, desde muy temprano y esta situación quedó sellada en 1811 tras la llamada *Revolución de Mayo*, que había sido gestada un año antes, con unos pocos encontronazos en las llamadas batallas de Paraguari y de Tacuarí donde fueron derrotadas las tropas realistas procedentes de Buenos Aires, Paraguay rechaza incorporarse al Estado denominado Provincias Unidas del Río de la Plata y su sucesor, la Confederación Argentina, que pretendía ejercer soberanía sobre todos los dominios del extinto Virreinato del Río de la Plata, incluida la Intendencia del Paraguay. La Revolución de Mayo, que puso fin al dominio colonial de España en la Intendencia del Paraguay, duró 2 días, fue incruento y concluyó con un cambio de Gobierno casi sin disparar un solo tiro, a excepción de una salva de 21 cañonazos a modo de saludo cuando el

jefe de la revolución hizo su ingreso a Asunción. Este mismo personaje, junto con otros *conspiradores*, sería ejecutado 10 años después por el Dictador Supremo de la República del Paraguay. Con idas y venidas, dictaduras más, dictaduras menos, conspiraciones descubiertas y otros gajes del oficio de la política y la economía, Paraguay se la había pasado sin proclamar formalmente su independencia un montón de años; fue la última de las antiguas colonias españolas de América continental en hacerlo. Y sin embargo, su independencia de hecho, tanto política como económica y cultural, era más completa que en cualquiera de las otras ex colonias españolas. A fines de 1842, 31 años después, se reunió un nuevo Congreso, creo que en todos esos años ya habían pasado unos 4 ó 5 Congresos del Paraguay, y el día de su inauguración sancionó el *Acta de la Independencia del Paraguay*, Acta que en su artículo primero declaraba que *La República del Paraguay, en el Río de la Plata, es para siempre de hecho y de derecho una nación libre e independiente de todo poder extraño*. ¿Qué había pasado? ¿Por qué tantos años después? En el discurso de inauguración del Congreso de 1854 se encuentra una posible aclaración, el Presidente de entonces dijo: La independencia de nuestro país fue declarada y proclamada en el Congreso reunido en octubre de 1813, pero por una negligencia inexplicable, ni se consignó esa declaración en un acto formal, ni se promulgó, ni se juró, ni se comunicó al exterior y quedó por consiguiente, desconocida y como si no existiese esa independencia.

—Olvidadizos los caballeros —comento Sebastián sin ánimo de burla.

—Y sin embargo hacía largo tiempo, incluso antes de 1813, que ya eran independientes y soberanos; se habían emancipado de España. Bien. En homenaje a ese valeroso pueblo hay que recordar una de las páginas más negras no sólo en la historia del Paraguay sino del Continente todo. Y es una experiencia que, aparte de la obligación de estudiarla con seriedad, no debe ser olvidada. Es un tema bastante largo pero que trataré de mencionar tan sólo lo indispensable como puntos referenciales. Entre 1864 y 1870 se desenvuelve la muy conocida *Guerra de la Triple Alianza*, una guerra genocida llevada adelante por el Imperio de Brasil, la República Argentina y el Estado Oriental del Uruguay contra la República del Paraguay por el control de la Cuenca del Plata y con el auspicio, bendición y beneplácito del Imperio Británico, que deseaba acabar con el modelo de desarrollo autónomo que el Paraguay llevaba adelante dentro de sus objetivos de unificación nacional y defensa del territorio; un mal ejemplo que podía cundir en el resto de América Latina. Lo acabo de decir, Paraguay había alcanzado su independencia, y no sólo política sino tam-

bién económica y cultural. Era una excepción en todo el Continente. Era la única nación en la que el capital extranjero no había deformado su política ni su economía. Las deformaciones tenían causas internas y no escapaban de los esquemas que se dieron incluso antes, durante y después de la emancipación de los otros países; los sueños monárquicos y dictatoriales en las variantes de Bolívar, San Martín y otros también estaban presentes en los líderes paraguayos; pero sobre eso no voy a profundizar, sólo que quede señalado. Y a pesar de todo lograron mantener su independencia en todos los aspectos hasta que esa bárbara y maldita guerra los devoró. Paraguay, como Bolivia hoy, por su situación geográfica, no tenía acceso a las rutas comerciales de ultramar y, en el caso paraguayo, dependía exclusivamente del Río Paraguay y del Río Paraná; el primero nace en Brasil y cruza Paraguay, en la actualidad, hace frontera con Argentina y desemboca en el Río Paraná que también nace en Brasil, en la actualidad, hace de frontera entre Paraguay y Brasil e inmediatamente entre Paraguay y Argentina, cruza tierras argentinas y junto con el Río Uruguay desemboca en el Atlántico. Toda esa zona era causa de problemas limítrofes. Al inicio de la colonización española la gobernación del Paraguay tenía salida al Atlántico pero a partir del control de los portugueses en el Brasil empiezan los primeros conflictos de intereses que incluso quedan irresueltos en el Tratado de Madrid que ya mencioné. Con la emancipación del Paraguay queda evidenciado el problema fronterizo y en consecuencia los intereses económicos de varios países. El Estado paraguayo inició la construcción de barcos a vapor y de la primera fundición de hierro de Sudamérica en 1856; de una línea férrea en 1857; y, entre otras cosas, la educación era obligatoria y gratuita. Como fuere, falso o verdadero, la vaina es que, y esto sí es comprobable, el desarrollo económico de Paraguay era autónomo y sostenido, tenían una autosuficiencia en alimentos y materia primas y los británicos no tenían acceso a las riquezas nacionales. Bien. Guste o no, el Gobierno paraguayo tomaba sus propias decisiones tanto en lo político como en lo económico sin consultar ni pedir permiso a nadie. La guerra fue un desastre para Paraguay en todos los planos, perdió el 80% de la población total y el 90% de la población masculina; antes del inicio de la guerra la población paraguaya era de 1'300,000 personas; durante la guerra, Paraguay movilizó a unos 150,000 combatientes, para 1870 su *ejército* contaba con 500 hombres; el ferrocarril nacional y las nacientes industrias fueron destruidos o intervenidos por compañías británicas la producción agrícola pasó a manos de empresarios y militares brasileños ligados a inversionistas británicos; las pérdidas territoriales tampoco fueron escasas. Y surge la deuda externa y el primer empréstito de

los bancos británicos. Paraguay queda arrasado.

—Pagó el precio de la lucha por la libertad y la soberanía.

—Un costo demasiado alto que hay que evitar a toda costa. Bien. Volviendo a las conspiraciones, levantamientos y otros acontecimientos a tener en cuenta que, para ser corto, sólo mencionaré. En Venezuela, en 1748, Juan Francisco de León, a pesar de que era un español canario, se rebeló contra el monopolio de la Real Compañía Guipuzcoana, la única empresa que podía importar y comercializar todo tipo de mercancías europeas en la provincia de Venezuela y, además, después de fijar los precios, compraba los bienes ahí producidos para su comercialización en España; en 1761, en Yucatán, México, se produce un levantamiento maya contra el yugo, la servidumbre y sujeción a los españoles, fue un levantamiento liderado por Jacinto Canek que había sido formado por curas franciscanos; en 1781, en el Virreinato de Nueva Granada, en lo que hoy es el Departamento de Santander, Colombia, se produjo una insurrección de comuneros contra los impuestos establecidos por la corona española, así como por una serie de aspectos sociales y políticos como la preferencia de los americanos para la provisión de ciertos empleos, la rehabilitación de la raza indígena y la libertad de los esclavos en las minas... etcétera, etcétera. En fin, todo esto, y poco más, nos es útil para reiterar, por un lado, que la inmensa mayoría de acontecimientos históricos, iniciados con la llamada conquista y que nos conducen inexorablemente a la necesidad de la lucha por la independencia, evidentemente, se desarrollaron muchísimo antes que la Revolución Francesa y su influencia internacional; y, por otro, que, a raíz de la invasión española en esta parte del mundo, se desarrolla un proceso de fusión indo-hispana, un mestizaje étnico y cultural, una simbiosis en toda la línea que lleva a materializar no sólo un nuevo hombre, el mestizo americano evolucionado por línea española o indígena, sino el surgimiento de clases sociales diferenciadas, con características propias y peculiaridades definidas. Naciones de larguísima data en constante desarrollo y movimiento; y, de hecho, la invasión trajo dentro de sí los gérmenes de la independencia. Entonces, la pregunta de cajón es ¿cómo queda aquello del *ideal americanista* planteado por Mariátegui en contraposición al, según él inexistente, *ideal nacionalista*? Yo diría que, en general, se podría hablar de una idea *americana*, de un *ideal americanista*, como *la tendencia* de esta parte del Continente en su cada vez más contradictoria relación con la metrópoli, pero el peculiar desarrollo económico, político y social de cada uno de los diferentes virreinos le pone el tinte de especificidad que llegará a caracterizar las diferentes identidades; he ahí, por ejemplo, el caso concreto de Paraguay que acabo de mencionar. Lo dicho, la idea de libertad hecha

conciencia que recorre un camino de ida y vuelta; una voluntad consciente que, en estas disímiles tierras mestizas, germinó en las particularidades de su gente para luego convertirse en ideal continental, en ideal americanista, que, luego de recorrer su camino de retorno, se materializa en las especificaciones conque surgirían los diversos países, con características particulares dentro del marco mundial de desarrollo del capitalismo.

—Tierras mestizas en las que el que no tiene de inga tiene de mandinga.

—Eso, ni querido Caverito. Y ya que lo mencionas, una cosa que a mi entender es muy importante a tener en cuenta es que, según los sabios, partiendo de Garcilaso de la Vega y pasando por las listas de las castas peruanas virreinales elaboradas en 1748 y 1780 para llegar a las eruditas discusiones de nuestros adocenados intelectuales que aún no se ponen de acuerdo, el español es aquel que procede de España; que el criollo es el *español nacido aquí*; que el negro o guineo es el esclavo africano traído a las Indias; que de la mezcla de español con india resulta el castizo, el mestizo real o el montañés; que de la mezcla de mestizo con india sale el cholo o el *tente-en-el-aire*; que de la mezcla de *tente-en-el-aire* con india sale el *salto atrás*; y así sucesivamente una serie de estupideces más hasta llegar a los mulatos, subdivididos en moriscos, recochos, chinocholos, trigueños, capulíes y otras barbaridades que rematan en la mezcla más confusa e indefinida al que denominan *no-te-entiendo*. Y claro, qué diablos van a entender si para cojudo no se estudia. Pero el asunto es que todas esas *variedades* de individuos tienen algo común bastante simple de entender; sincretismo y simbiosis. El mestizo resultante, es decir, el hombre nuevo no se agrupa en el resultado de dicha *mezcla*, ni en razas ni en castas sino en clases sociales; y la nación que forman no se caracteriza por los rasgos fenotípicos y culturales que tienen sino que se caracteriza por ser una nación dividida en clases sociales con intereses comunes, en determinados casos, y antagónicos e irreconciliables, en otros; una nación dividida en una minoría de clases que detenta el Poder y acapara las riquezas y una mayoría de clases desposeída que acumula miseria y pobreza... hasta que el desarrollo de la lucha de clases de las masas explotadas contra los explotadores logre plasmar una nueva sociedad dentro del continuo desarrollo del reino de la necesidad al reino de la libertad; pero ésta no caerá del cielo ni nos será dada en gracia, hay que luchar para plasmarla. Y, como ya hemos visto, el salto de la humanidad desde el reino de la necesidad al reino de la libertad no es concebible sin pasar por la destrucción del Estado en general, del Estado burgués en particular y la lucha por la transformación dialéctica de la necesidad en libertad

en el aquí y ahora de cada país.

—Y dentro de ese contexto —dijo conciso Sebastián— se comprende mejor la identidad; que en nuestro caso no es el desarrollo paralelo de la *identidad andina* y de la *identidad criolla* sino el largo desarrollo de la *identidad peruana* como síntesis y substancia de lo indígena, lo español y lo africano, al que se añade lo asiático a partir del Siglo XX.

—Eso, claro y concreto. Aunque este tema merece una mayor profundización y esclarecimiento que podemos dejar para el siguiente tema.

—De acuerdo —convino Sebastián.

—Bien, sigamos. El *proceso* de la lucha por la independencia de Venezuela se desarrolló entre 1810 y 1823 aunque el *Acta de la Declaración de Independencia de Venezuela* data de julio de 1811; evidentemente, para algunos, lo que cuenta es el hecho militar que subliman y lo aíslan del desarrollo de la sociedad en todos sus aspectos, incluido el político e ideológico. Aparte del ya mencionado caso de Juan Francisco de León en 1748, no hay que olvidar que el antecedente más inmediato fue el intento de crear un movimiento independentista iniciado en 1796 y que es más conocido como *La Conspiración de Gual y España*, nombre tomado de los apellidos de los 2 principales cabecillas de la conspiración y que planteaban la expulsión del Poder español; la creación de una República con la unión de las provincias de tierra firme de Caracas, Maracaibo, Cumaná y Guayana; la libertad de comercio y producción y también exigían la declaración de los derechos de libertad, propiedad, seguridad e igualdad entre las clases sociales. Pero un año antes, en 1795, hubo un levantamiento armado de esclavos negros e indígenas por la República, la abolición de la esclavitud, la libertad y la igualdad. Los dirigentes de ambos movimientos fueron apresados, ejecutados, descuartizados y sus cabezas y partes de sus cuerpos expuestas durante largo tiempo en distintos lugares como macabra advertencia para los insumisos.

—Y seguramente con la bendición de la Iglesia —dijo Sebastián después de lanzar un verdense escupitajo al suelo.

—Claro. Bien. Francisco de Miranda, ligado al Imperio Británico y a quien llaman pomposamente *El Precursor de la Emancipación Americana contra el Imperio Español* aparece en la escena venezolana después de los independentistas Manuel Gual, José María España y otros; al igual que Simón Bolívar, que recién en 1813, con la llamada *Campaña Admirable*, empieza a perfilarse como lo que ahora dicen que fue: un gran estadista y estratega, pero antes había rehusado adherirse a la revolución que estalló en Caracas en 1810 y que,

siendo el oficial encargado de la defensa de Puerto Cabello, huyó a Cartagena después de que un levantamiento en la prisión que él controlaba lo dejara con el rabo entre las piernas en 1812, lo cual queda ilustrado en la carta que Bolívar envió al general Francisco de Miranda después de esos sucesos y en la que concluye: Yo hice mi deber, mi general, y si un soldado me hubiese quedado, con ése habría combatido al enemigo, si me abandonaron no fue por mi culpa. Nada me quedó que hacer para contenerlos y comprometerlos a que salvaran la patria; pero ¡ah! ésta se ha perdido en mis manos. De su súbdito, Simón Bolívar.

—Pero el entonces coronel Bolívar, comandante político y militar de Puerto Cabello, la fortaleza más importante que tenía la ex Capitanía General de Venezuela en ese momento, se embarcó con 8 de sus oficiales y se dio a la fuga —comentó Sebastián mostrando sus verdosos dientes detrás de una amplia sonrisa.

—Sí pues, pero el pobrecito, en su carta a Miranda, *dice* que no le quedaba ni un solo soldado; que todos habían escapado...

—Lo que en verdad pasó es que el ilustre se embarcó con sus más cercanos acólitos sin dar aviso de lo que ocurría a sus propias tropas, y sí que las tenía. El muy pendejo simplemente se dio a la fuga —concluyó Sebastián volviendo a escupir.

—Cierto —añadió Leoncio—, tenía tropas que estaban bien perrechadas y eran más que suficientes para sofocar el levantamiento; el problema era la dirección encabezada por Bolívar, y no por inexperta sino por incapaz y cobarde. Pero lo más interesante viene pocos días después. Y es que, luego de la huida y la carta que el compungido súbdito envió a su general, el propio Bolívar, junto a otros 2 traidores que luego se pasarían a las filas realistas, apresó a Miranda y lo entregó a las fuerzas españolas comandadas por Domingo de Monteverde. A cambio de esa traición, Bolívar consiguió un salvoconducto español para exiliarse en el extranjero. Más interesante aún, ese tal Domingo de Monteverde era el jefe de las tropas españolas en Caracas ante el cual Bolívar había puesto los pies en polvorosa tras los hechos de Puerto Cabello; el mismo ante el cual Miranda capituló y el mismo que agradeció la traición de Bolívar diciendo: Debe satisfacerse el pedido del coronel Bolívar, como recompensa al servicio prestado al Rey de España con la entrega de Miranda. A lo que Bolívar, como buen *estratega*, retrucó diciendo que había hecho preso a Miranda para castigar a un traidor a su patria, y no para servir al Rey... Domingo de Monteverde, promotor de la caída de la I República llegaría a ser capitán general de Venezuela y Presidente de la Real Audiencia de Caracas...

—Y dicho sea al vuelo —interrumpió Sebastián—, Miranda tampono

co era un santo. Pocos días después de la huida de Bolívar de Puerto Cabello había firmado, a inicios de la última semana de julio de 1812, la capitulación del ejército patriota con lo cual Venezuela pasaba otra vez a manos españolas. Miranda, con esa capitulación, había hecho un buen negocio pues consiguió de los españoles un pase para embarcarse en una nave inglesa para darse a la fuga.

—Momentito —dijo Leoncio—. Valga la pena hacer algunas aclaraciones sin ánimo de profundizar, tarea que dejamos para aquellos a los que se les despierte un mayor interés en hacerlo. Miranda, a quien, ya muerto y 13 años después de haberlo entregado engrillado a los españoles, el zamero Bolívar llamaría *el más ilustre colombiano* y el *venezolano más universal*, cuando firmó la capitulación que refrendaba la caída de la I República lo hacía como portavoz de una decisión colectiva autorizada por el Ejecutivo y que luego fuera confirmada por el Gobierno patriota; evidentemente Miranda aprovechó su condición de portavoz para pedir y conseguir de los españoles un salvoconducto para darse a la fuga en un navío británico. Y otra cosa, Bolívar no sólo se ocupó de entregar a Miranda al enemigo en 1812 sino que también fue artífice del *Decreto de Guerra a Muerte*, dado a conocer en una declaración hecha en junio de 1813 durante la llamada *Campaña Admirable*, que establecía que a todos los españoles y canarios que no participen activamente en favor de la independencia se les daría muerte, textualmente dice el decreto: Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa por los medios más activos y eficaces será tenido por enemigo y castigado como traidor a la patria, y por consecuencia, será irremisiblemente pasado por las armas. Pero por otro lado, Bolívar plantea que todos los *americanos* descarriados serían perdonados incluso si hubieran cooperado con las autoridades españolas, textualmente dice el decreto: Y vosotros, americanos, que el error o la perfidia os ha extraviado de la senda de la justicia, sabed que vuestros hermanos os perdonan y lamentan sinceramente vuestros descarríos... Esta amnistía se extiende hasta los mismos traidores que más recientemente hayan cometido actos de felonía; y será tan religiosamente cumplida que ninguna razón, causa o pretexto será suficiente para obligarnos a quebrantar nuestra oferta... etcétera. Así, durante la *Campaña Admirable*, que da renombre al generalísimo, se fusilaron a todos los europeos y canarios sin excepción; y al concluir dicha campaña, Bolívar manda fusilar a casi 900 españoles prisioneros en Caracas y a unos 1,000 heridos y enfermos de las tropas realistas que se encontraban en el hospital de La Guaira. Esto en 1814, sin embargo, y a pesar de la brutalidad de estos actos, los fusilamientos continuaron hasta 1817 e incluirían a varios líderes de la revolución, siendo el más

notorio el fusilamiento del general Manuel Carlos Piar, considerado, con justicia plena, prócer de la independencia de Venezuela y que también había participado en la *Conspiración de Gual y España*. Piar, a diferencia del gran Bolívar, había sufrido una sola derrota en toda su carrera militar y era considerado héroe de las batallas del Juncal y San Félix con las que se liberó toda Guayana, una situación que dio un vuelco total en favor de los patriotas pues esta provincia sola les proporcionaba más recursos que las otras 7 provincias venezolanas juntas y, además, preparó la retaguardia que más adelante daría éxito al Libertador. Pero el Libertador acusaría a Piar de promover una guerra de casta por el simple hecho de que éste, Piar, anhelaba la independencia, el poder y los derechos políticos y sociales para el conjunto de los oprimidos y no sólo para los *blancos criollos* como en esos tiempos se llamaba a los *mantuanos*, a los mestizos blancos o *grandes cacao*s miembros de la aristocracia local enriquecidos con el cultivo y comercialización del cacao y que pululaban en las fuerzas patriotas, incluido Bolívar que descendía de una adinerada estirpe de encomenderos, latifundistas y comerciantes; y Piar hacía esa especificación no sólo porque él era mulato y sabía de lo que hablaba sino porque eran sus principios ya levantados en la *Conspiración de Gual y España*. Pero la cosa no queda ahí, Piar, en algún momento y con justa razón, había amenazado con someter a Bolívar, a quien llamaba el *Napoleón de las retiradas*, ante un consejo de guerra por desertión. Por eso es que Bolívar aprueba un plan para eliminarlo, y lo hizo fusilar. El gran estratega había *comprendido* que sin una jefatura única en la dirección sería imposible el triunfo bélico y que sin ella no habría independencia. Bolívar acusó a Piar de desobediencia, de falta de sujeción, aunque tal vez a Bolívar le haya faltado concretar que se trataba de una falta de *sujeción plena e incondicional*, y el veredicto fue pena de muerte. Sin embargo, al igual que en el caso Miranda, el gran Libertador, el Único, encontró las palabras adecuadas en el último recoveco de su alma para justificar la orden que dio para asesinar a alguien de su propia sangre pues Piar, se dice, era su primo: *Ayer ha sido un día de dolor para mi corazón*. Así, un traidor que traicionó a otro traidor; un malsano que mandó asesinar prisioneros de guerra, a heridos y a enfermos hospitalizados; un megalómano que mandó asesinar a varios de los suyos, se convirtió en *Dictador y Libertador de las Provincias Occidentales de Venezuela*. El iracundo generalísimo Simón Bolívar desplegó sus alas y alzó vuelo.

—Y Chávez lo adoraba levantando el mito de más vale el pájaro en la mano que cientos calando —dijo Sebastián soltando una sonora carcajada.

—Y sin embargo, es el Libertador de Venezuela —replicó Leoncio

festejando entre risas el cambio del refrán hecho por Sebastián, y luego agregó—... no el facho Chávez sino Bolívar. Bien, un par de antecedentes biográficos más. Francisco de Miranda, tras el pago de una buena cantidad de dinero y su cultivada preparación intelectual, obtuvo una patente de capitán que le permitió ingresar a un regimiento de infantería del ejército español en 1773 y en 1774 combatió en el sitio de Melilla, actual ciudad autónoma de España en territorio marroquí, contra el ejército del Sultanato de Marruecos que respaldado por británicos y mercenarios argelinos había puesto sitio a la ciudad; en 1775 participó y fracasó, junto a las tropas españolas, en el cerco a Argel; en 1781, en medio de la Guerra de la Independencia de las 13 colonias norteamericanas de Inglaterra, participó al lado español contra los británicos en una campaña iniciada un par de años antes para ampliar los territorios de Luisiana y recuperar Florida; en ese ínterin, Miranda compró 4 esclavos para su servicio doméstico; en 1782 participó en el ataque a las Islas Bahamas que terminó en la capitulación británica y el paso de las islas a manos españolas; luego de la Independencia de las 13 colonias, Miranda, tuvo que abandonar territorio norteamericano pues los franceses lo acusaron de traidor y desertor y responsabilizaban a España del fracaso de la invasión de Jamaica que era el último reducto británico en el Golfo de México; Miranda habría sido el espía español que en las intermediaciones de la Isla preparaba la acción conjunta, de españoles y franceses, de desembarco que no llegó a concretarse. Ese fracaso forzó la paz entre Gran Bretaña y Francia. En 1785 apareció Miranda en Londres para luego ir a pasearse por una serie de países hasta llegar a la corte de Catalina II de Rusia en la antigua Kiev en 1787; en 1791 tomó parte de la Revolución Francesa al lado de los girondinos con el grado de general y luego mariscal, lo que no lo salvó de que los propios girondinos lo metieran preso un par de veces y lo amenazaran con la deportación... por traición. Años van años vienen y Miranda, con el consentimiento político y el apoyo económico de estadounidenses y británicos, reaparece en Venezuela a inicios de 1806 con un plan de desembarco esperando obtener el apoyo de la población y comenzar la lucha definitiva por la independencia de Hispanoamérica, pero la corbeta con la que había partido de Nueva York fue interceptada por una fragata británica cuyo capitán desconocía los acuerdos secretos entre Miranda y el Imperio Británico. Pero a pesar de todo, y vista la necesidad de cambiar los itinerarios del plan original, semanas después de lo previsto hizo un primer desembarco que fracasó y lo obligó a refugiarse en Trinidad, de donde meses después volvería a partir, desembarcar y recular hacia Inglaterra al no encontrar apoyo popular. En abril de 1810 Venezuela inició su proceso independentista con

la destitución del capitán general de Venezuela por parte del Cabildo de Caracas y la formación de la Junta Suprema de Caracas; en marzo de 1811 se instaló el Primer Congreso Nacional con un triunvirato compuesto por Cristóbal Mendoza, Juan Escalona y Baltasar Padrón y en julio de ese año se firma el *Acta de la Declaración de Independencia de Venezuela* en la que se desconoce por completo la autoridad del Rey de España; los realistas se levantaron sin éxito en varias ciudades y luego de que la rebelión fue sofocada, el Congreso Nacional declaró la ciudad de Valencia como capital de la República, en enero de 1812. Ese año Juan Domingo de Monteverde, a quien precedía el prestigio ganado en las guerras napoleónicas, desarrolló una campaña militar que acabó con la caída de la I República de Venezuela; el éxito de Monteverde no se debió a sus propias fuerzas militares, que al inicio eran bastante ridículas y no sobrepasaban los 200 hombres, sino al descontento de la población con los nuevos gobernantes con lo que pudo unir sus fuerzas a la de los caciques locales que apoyaban a las fuerzas realistas desde hacía mucho. Miranda había regresado a Venezuela a fines de 1810 cuando los acontecimientos ya estaban en pleno desarrollo y, como ya dije, Bolívar se había opuesto a participar y no es sino hasta 1811 que muestra cierta actividad como parte de una llamada *Sociedad Patriótica* que desarrolló un movimiento para ratificar la *Declaración de Independencia* y que defendió posturas contrarias a la Constitución del 21 de diciembre de 1811 puesto que la consideraban una copia literal de la que regía en Estados Unidos y que no se adaptaba a la realidad del momento en Venezuela. La carrera militar de Bolívar recién se inició a fines de ese año cuando las fuerzas comandadas por Miranda lograron una victoria en Valencia contra los rebeldes de dicha ciudad que pretendían recuperar antiguos privilegios y es ahí donde Miranda propuso a Bolívar para el rango de coronel. Después de la huida de Puerto Cabello y la posterior entrega de Miranda a los españoles, Bolívar se refugió a fines de 1812, con salvoconducto español, en la Isla de Curazao ocupada por los británicos y de ahí se fue a Nueva Granada donde emite su conocido *Manifiesto de Cartagena*, en el cual hizo un análisis político y militar de las causas que provocaron la caída de la I República de Venezuela y exhortaba a la Nueva Granada a no cometer los mismos errores que Venezuela para no correr la misma suerte y proponía algunas fórmulas que ayudaran a remediar las divisiones y a promover la unión de los distintos pueblos de América para lograr el *objetivo común*, la independencia. Posteriormente, tras nuevas victorias y derrotas, en 1815, redactó la también famosa *Carta de Jamaica* donde Bolívar expone los motivos de la caída de la II República de Venezuela, materializada en el período que va de 1813 a 1814; hace

un llamado, o por lo menos eso se puede colegir de lo que escribe, a que Gran Bretaña se involucre en la lucha por la independencia americana; plantea la necesidad de unificar a Hispanoamérica en una sola nación con una sola cultura; y, en especial, recuerda que el Emperador Carlos V formó un *pacto* con los descubridores, conquistadores y pobladores de América. Pacto que para Bolívar era un *contrato social* por medio del cual se establecía que los americanos fuesen señores de la tierra, que organicen la administración y ejerciesen la judicatura en apelación... etcétera. Bien, pero la vaina es que, guste o no, es a Miranda a quien Bolívar debe el título de *Libertador*; sin él, sin Miranda, la historia de Bolívar posiblemente hubiera tirado para otro lado. Cabe señalar que la contribución de Miranda a las ideas independentistas fue la idea de un gran imperio independiente que agrupara a todos los territorios que estaban en poder de españoles y portugueses desde la margen derecha del Río Misisipi en el norte hasta la Tierra del Fuego en el extremo sur del Continente y que ese Imperio, que llevaría el nombre *Colombia* en honor a Cristóbal Colón, tendría una legislatura bicameral y estaría bajo dirección de un emperador hereditario llamado *Inca*, esta cursilería, claro, para intentar apaciguar el descontento del sector mestizo indígena que apoyaba a los realistas. Finalmente, la capitulación de Miranda, ¿fue o no traición? He ahí la cuestión. A Miranda se le puede acusar de algunas otras cosas, como de pretender construir un Imperio regido por un *Inca*, pero, seamos justos, no de esa capitulación pues, aunque era partícipe de las decisiones y consciente de lo que hacía, como ya dije, fue portavoz de una decisión colectiva autorizada por los mandos políticos del movimiento; por lo demás, algunas *capitulaciones* tanto como algunos *compromisos*, en determinados momentos y circunstancias son gajes del oficio y exigencias de las condiciones concretas en que se sopesan las posibilidades y las realidades; hechos objetivos bastante distintos a las actitudes cobardes del *Napoleón de las retiradas*, que emprendía la tocata y fuga a pesar de que tenía todas las de ganar. A lo largo de la historia hay muchas muestras de firmas de tratados y compromisos obligados por las circunstancias, entre los más polémicos, por ejemplo, está el Tratado de Brest-Litovsk de 1918, que era un compromiso de los bolcheviques con el imperialismo alemán, un compromiso inaceptable en principio, brutal, infame y funesto para la Revolución Rusa, pero precisamente era un compromiso *tal* y en unas circunstancias *tales* que hacía obligatoria su aceptación...

—O el Pacto Molotov-Ribbentrop de 1939 por el que acusan a Stalin de traición —contribuyó Sebastián.

—Eso. Pero ojo, estoy refiriéndome a casos muy concretos, el

de Miranda y algunos otros dados a lo largo de la historia antes o después de él, lo cual no es óbice para hacer generalizaciones que justifiquen capitulaciones, compromisos y cartas de ancianos reblan-decidos que sí son traiciones, y en toda la línea.

—¿Algo así como la necesidad insoslayable de algún Acuerdo de Paz con auténtica reconciliación nacional sin vencedores ni vencidos, sin venganzas, persecuciones y restricciones personales contra nadie? —dijo Sebastián mostrando su diáfana sonrisa.

—Por ejemplo —respondió Leoncio y le dio un empujón en el hombro a Sebastián—. Pero esa ya es otra historia a contar. Bien. Para no alargar la vaina. Las declaraciones de independencia de los que vendrían a constituirse en nuevos países americanos se dan entre 1811 y 1825. La lucha armada entre los americanos y los ejércitos coloniales se inició, según la mayoría de historiadores, alrededor del año 1810 en la mayoría de los dominios españoles aunque, si se miran las cosas con verdadero sentido histórico y social, repito, hay que reconocer que la invasión trajo dentro de sí los gérmenes de la emancipación que se consolida en la década de 1820, tras unos 300 años de heroica resistencia y lucha. En nuestro caso, la *Declaración de Independencia del Perú* es datada el 28 de julio de 1821, sin embargo recién en 1826 cae el último reducto español en el Callao, y en ese tiempo los únicos territorios dominados por los españoles en Hispanoamérica eran Cuba y Puerto Rico. Después del asedio final a la fortaleza de El Callao, no hubo otra operación militar desde España sobre las antiguas colonias hasta 1829, cuando la expedición de Isidro Barradas llegó a Tampico y fue derrotada por el ejército mexicano. Pero, del mismo modo como se recuerdan esas fechas, no podemos olvidar que los Gobiernos independientes enfrentaron guerrillas realistas, por ejemplo, entre 1823 y 1827 en Venezuela; entre 1827 y 1830 en Colombia; en el Sur de Chile, apoyados por mapuches y pehuenches, hasta 1832; y en el Perú, la guerrilla de Iquicha hasta la década de 1830. Paralelamente a las acciones militares con las que los realistas se negaban a reconocer su derrota definitiva, Estados Unidos, el Reino Unido y Francia establecieron relaciones comerciales con los nuevos Gobiernos americanos y posteriormente reconocieron la soberanía de los nuevos Estados a lo largo de la década de 1820. Mientras que España sólo abandonó los planes de reconquista después de la muerte de Fernando VII, ocurrida en 1833. Las Cortes españolas renunciaron a los dominios americanos en 1836 y autorizaron al Gobierno para que pueda realizar tratados de paz y reconocimiento con todos los nuevos Estados de la que había sido la América española. Bien, he puesto un poco más de detalle en 2 ejemplos extremos, el paraguay y sus comuneros y el venezolano

con su variopinto y girondino Francisco de Miranda porque nos muestran con suma claridad el desarrollo de las particularidades con que se expresan las leyes generales y, al mismo tiempo, la falsedad de los mitos que aún pretenden hacer creer que habría sido la Revolución Francesa la que *engendró* la independencia americana; que la *revolución* de Túpac Amaru la hicieron los indígenas; que la *Revolución* de la Independencia la hicieron los criollos y otros desaciertos históricos. Hemos visto que lo que se desarrolla y desenvuelve son levantamientos campesinos, levantamientos ciudadanos, guerrillas en el campo y la ciudad y enfrentamientos de grandes ejércitos. Es la historia del surgimiento y desarrollo de una burguesía comercial financiera, principalmente en Lima, que posteriormente se irá expandiendo y perfilando como burguesía compradora, llamada mercantil por Mariátegui, y burguesía burocrática; es la historia del surgimiento y desarrollo de terratenientes; es la historia del surgimiento y desarrollo del campesinado, esa poderosa fuerza que persiste en su inconclusa lucha por *tierra para quien la trabaja*, esa clase que, de una u otra forma dentro del proceso de desarrollo económico y social, aportó sus elementos para la formación de artesanos, de mineros, de proletarios agrícolas, del proletariado en general y, también, del lumpemproletariado. Es la historia de la relación material y espiritual de individuos y grupos sociales que recorren el proceso de desarrollo económico y social a lo largo de la comunidad primitiva, del esclavismo, de la feudalidad y del capitalismo con sus particularidades hoy expresadas en una sociedad semicolonial y semifeudal donde se desarrolla el capitalismo burocrático, también con sus particularidades dentro del desarrollo de las leyes generales. En fin de cuentas se trata de la historia de nuestra *nación*, en el sentido científico y no peyorativo del término, dentro del contexto de la historia universal, continental y nacional. Son sucesos bastante conocidos, mi contribución para esta parte de la exposición se limita al hecho de haber reunido algunas ideas expresadas al respecto y organizarlas dentro de una estructura que permita una mejor comprensión del por qué son correctas. Y sin tu ayuda y la de otros muchos esto hubiera sido imposible.

—Lo que ahora debemos hacer es apuntalar ese conjunto de opiniones para que la exposición sea fluida y motive el intercambio creativo de ideas en función de las necesidades reales y del plan de reconstitución que, desarrollándose en medio de la lucha de 2 líneas, permita restablecer la línea proletaria y la base de unidad partidaria; es indispensable persistir en la brega por el cumplimiento de nuestros objetivos y metas y en la defensa de la vida del Partido contra la capitulación y la proterva acción de renegados y traidores —dijo Sebastián.

—Eso, sí. Precisamente de eso se trata, y me alegra que seas tú quien lo diga —anotó Leoncio y se detuvo.

Habían reanudado la marcha luego de satisfacer el deseo de inhalar consciente y profundamente el aire puro y fresco que les llenaba los pulmones mientras, en el seno de la gran naturaleza, contemplaban el vasto horizonte que salpicado de caprichosos recovecos y pálidos macizos se abría delante de ellos. Leoncio había soltado un suspiro cuando mientras pensaba en lo hermoso y a la vez arduo que era asimilar y dar a conocer los principios del materialismo dialéctico y del materialismo histórico. Así como todos los fenómenos de la naturaleza tienen causas materiales —dijo para sus adentros—, así también el desarrollo de la sociedad humana está condicionado por el de fuerzas materiales, por las fuerzas productivas; del desarrollo de estas últimas dependen las relaciones que se establecen entre los hombres en el proceso de producción de los objetos necesarios para satisfacer sus necesidades y son dichas relaciones las que explican todos los fenómenos de la vida social, las aspiraciones del hombre, sus ideas y sus leyes. Los hombres, los seres humanos, mujeres y varones, aprenden a manejar y aplicar esas leyes para transformar la realidad en su beneficio; los seres conscientes pueden y deben transformar el mundo para beneplácito y felicidad de esa inmensa mayoría que hoy se encuentra explotada y oprimida... Suena a rollo, y del fácil —se dijo— pero entra difícil en la conciencia de los individuos que están permanentemente rodeados y acosados por la superchería, por las falsas esperanzas, por el idealismo, por el oscurantismo clerical y reducidos a un estado pasivo estimulado por todas las fuerzas reaccionarias, incluida la Iglesia, que se niegan a reconocer su estado agonizante y caduco; por esas fuerzas retrógradas que se niegan a reconocer que están condenadas a desaparecer de la faz de la Tierra y que en su deambular, como cadáver insepulto y en estado de descomposición, dan golpes de ciego preventivos. Pero por más que la descomposición total de la vieja sociedad sea inexorable, hay que ser conscientes de que las clases reaccionarias que la sustentan no entrarán al museo de la historia de buena gana ni por cuenta propia, estamos obligados a darles una manito, estamos obligados a actuar. La tarea central y la forma más alta de toda revolución es la toma del Poder por medio de la lucha armada, es decir, la solución del problema por medio de la guerra. Esto es algo que no se puede dejar de lado bajo ninguna circunstancia, ni siquiera en el llamado *repliegue de la revolución*, situación que algunos vienen utilizando como sonaja para enaltecer protervos intereses personales mientras se traiciona a la revolución. Hay que ser conscientes de que la tarea central no es

posible cumplirla, o seguir cumpliéndola, sin unidad de pensamiento y acción. Sin una base ideológica común a todos es imposible la existencia de un partido de clase, de un partido revolucionario, de un Partido Comunista; sin unidad ideológica y convicción profunda en nuestros objetivos y metas, simplemente no hay organización sólida que pueda enfrentar a los enemigos de la clase; y para lograr esa unidad hay que basarse en la lucha de 2 líneas, que es la fuerza impulsora del desarrollo del Partido. Cualquier unidad orgánica que no esté basada en unidad ideológica no pasa de ser un club deportivo o una tertulia de adocenados y sanhopancescos intelectuales que tarde o temprano se ponen al servicio del mejor postor. Sin un Partido Comunista asentado sobre la teoría revolucionaria marxista-leninista-maoísta, es imposible conducir a la clase obrera y a las amplias masas populares a la victoria en la lucha contra el imperialismo y sus lacayos; sin un grupo de hombres unidos por una auténtica comunidad de ideas y formado con el objetivo de aplicar en el Partido los principios en la forma más pura posible, no será factible conquistar el Poder para transformar la sociedad en función de los intereses del proletariado y del pueblo. Sin una dirección proletaria es imposible plasmar y dar continuidad a la organización que se requiere para dirigir políticamente a las masas en la consecución de su destino histórico, de su meta histórica precisa e inexorable. Esto es lo que ahora tenemos que lograr, y para que prevalezca la posición proletaria hay que pugnar por la unidad y la lucha a la vez. La unidad a través de la lucha es una necesidad, carajo —se dijo y sacudió la cabeza para despejar la mente y continuar camino.

—Sigamos —dijo Leoncio una vez salido de su ensimismamiento.

—Sigamos —repitió Sebastián.

—Se dice —reinició Leoncio la conversación con una restituida soltura— que Bolívar habría dicho sobre los peruanos de entonces que eran unos cobardes y que, como pueblo, no tenían una sola virtud varonil; los denuestos que profería Bolívar contra los peruanos siempre fueron ásperos y sin reserva acusándoles de lentitud y demora para reaccionar por *su* emancipación.

—El Napoleón de las retiradas, ejerciendo de juez universal olvidando que Lima era la capital del Virreinato del Perú, baluarte del poder español en América, centro de la reacción absolutista y, además, la ciudad más importante y de mayor prestigio en toda la América del Sur, lo que le reportaba grandes beneficios comerciales y administrativos; que era el lugar de mayor concentración de españoles peninsulares y de nobles mestizos americanos, tanto de la rama evolucionada por línea española como por línea indígena, que mantenían buenos vínculos con la metrópoli. Ya alguien había dicho que es de

suponer que Lima no se alza contra España porque Lima es España. Salvando las distancias, sería algo tan estúpido como esperar que hoy en día sea el proletariado estadounidense o el inglés el abanderado mundial en la lucha por el socialismo y el comunismo —dijo Sebastián casi con enojo.

—Eso —dijo Leoncio mostrando su acuerdo—, para quienes seguimos el camino de cercar las ciudades desde el campo, ése es un asunto claro. Además, hay que recordar que la política económica borbónica introducida por el visitador Areche no sólo desmanteló los planes de la naciente burguesía comercial financiera de Lima y la maquinaria que hubiese facilitado su desarrollo como clase sino que renovó y reforzó el Poder colonial y la maquinaria de control y sometimiento para mantener al Perú fiel a la Corona, haciendo de Lima la base más firme de la élite fidelista, de peninsulares y naturales, en toda la América del Sur; lo que a su vez agudizó las contradicciones entre Lima y las provincias. Pero, como siempre, hay algo más. Y es que el generalísimo de las pataletas, para espetar semejante cojudez, ignoró, no supo u olvidó por completo el desarrollo desigual que se da en nuestro suelo; y no sólo en los planos económico, político y social sino también en el desarrollo de la conciencia nacional. Y a lo dicho hay que añadir que el sur Andino era la región de mayor concentración de mestizos indígenas y mantenían el Cusco como capital mitológica del Tahuantinsuyo; que es precisamente en el Sur del Perú y en la Intendencia de la Paz donde se producirían una y otra vez levantamientos populares masivos contra la dominación española, contra el coloniaje y sus diversas formas de explotación y todo a pesar de que con la misma frecuencia eran derrotados. Bolívar se hizo el cojudo, *olvidó* que en estos levantamientos se invoca la unidad como un amplio frente de los diversos grupos sociales, no como *castas* sino como clases sociales. El napoleoncito mestizo americano quiso olvidar, de puro presumido, que mientras él había rehusado adherirse a la revolución que estalló en Caracas en 1810, hacía bastante tiempo que en estas tierras ya existía un movimiento nacional de mestizos americanos, con perfiles reformistas y americanistas, quienes pensaban que se podía llegar a ser buen peruano y al mismo tiempo buen servidor o súbdito del Rey de España, y que hacia el año 1808 empezó a perfilarse una clara posición independentista. Y esto ya sólo para hablar del Siglo XIX y no tener que repetir toda la disertación sobre los levantamientos de mestizos americanos, de ambas ramas, que se desarrollaron en los Siglos XVII y XVIII. Bien, este desarrollo desigual se expresa en que la actitud de Lima, con diferentes tendencias, era fidelista, es decir, de fidelidad a la Monarquía; mientras que a fines del Siglo XVIII, en regiones como Ayacucho, Cusco y en general en el Sur

del Perú y en el Alto Perú ya se desarrollaba un ambiente propenso a la insurrección debido a la agudización de las contradicciones entre las amplias masas y el Poder colonial incluyendo a sus representantes en Lima; contradicciones determinadas por la base económica y los diferentes elementos de la superestructura, sobre todo en lo concerniente a la categoría de la política; basta mencionar el levantamiento popular dirigido por Túpac Amaru, mestizo; Micaela Bastidas, hija de un descendiente de africanos; y Felipe Bermúdez, uno de aquellos que entonces eran llamados *criollos*; aunque otros designan a este último como *español* del Cusco. Mientras este movimiento y su antecesores cercanos, que recorrían el desarrollo de su propia naturaleza sin la *influencia directa* de la Guerra de la Independencia de las 13 colonias norteamericanas ni de la Revolución Francesa ni de Napoleón ni de cualquier otro proceso externo, se aproximaban al camino correcto de la lucha de clases determinado por las condiciones internas de su tiempo, el señor Bolívar se quejaba de la postración de los hispanoamericanos a causa de tener los *derechos políticos* denegados y su reducción a la condición de una infancia perpetua que le impedía llegar a la madurez política...

—Argumento que algunos doctos han elevado a categoría filosófica para pasar por lo bajo su mendicidad intelectual y su inveterado idealismo —comentó Sebastián.

—Eso. Si bien es cierto que los mestizos de origen americano evolucionados por la línea española tuvieron una mayor notoriedad en las guerras de independencia del Continente, también es cierto que éstas no habrían sido posibles sin la concurrencia de los mestizos de origen americano evolucionados de la línea indígena; es esa alianza de facto la que permitió el triunfo independentista. El cómo y el por qué del desarrollo de los acontecimientos posteriores al objetivo alcanzado es tema que exige mayor precisión y lo dejo para más adelante. Por el momento basta decir que la traición a la masa indígena, al campesinado, también obedece a razones materiales, económicas y políticas. No hay que olvidar que el motor de las luchas campesinas ha sido y es el problema de la tierra. Bien, pero concretemos un poco más para que no me acuses de andar dando vueltas y revueltas dentro de estas pequeñas pinceladas acerca de nuestra historia...

—Las vueltas y revueltas son algo inevitable en ti, pintor de brocha gorda —dijo Sebastián soltando una carcajada.

—No jodas, hombre —replicó Leoncio mientras también reía con ganas y le daba un empujón en la espalda a Sebastián—. Bien. Veamos, otro brochazo para que quede claro. Yo comparto la opinión de algunos estudiosos serios que plantean, con bien documentada y justa razón, que el movimiento de independencia en estos lares se

había desatado mucho antes de la invasión napoleónica que produjo la crisis de la Monarquía española. Eso para empezar...

—Para continuar, querrás decir.

—No, don Cachaciento, entramos a una parte ligeramente más alta en la espiral de la historia. Un punto clave a señalar es que, en medio de la feroz ocupación francesa y la resistencia española, en 1812 se promulgó la Constitución de las Cortes de Cádiz, una ciudad portuaria al sur de España y que en esos momentos se encontraba sitiada y sin contacto con los grupos guerrilleros que desarrollaban la resistencia al invasor francés. Esta ley fundamental debe analizarse para comprender mejor los antecedentes que luego señalaré. Aunque ya sé que lo sabes, y algo ya hemos visto en la pequeña historia de España, agradezco tu atención. Bien, es interesante esa Constitución no sólo por su intención de echar los cimientos de la nueva España en medio de la complejidad que planteaba la intención de resolver el destino de regiones tan vastas y disímiles en Europa, América y Asia sino porque fue una Constitución que llegó a ser repudiada y odiada por las coronas europeas por ser, decían, la más incendiaria invención del jacobinismo. Pero esa Constitución desapareció tan pronto como apareció, aunque trató de levantar cabeza entre los años 1820 y 1823 y después de 1836. No hay que olvidar que como telón de fondo tenemos un feudalismo que en la Península Ibérica se había organizado con nobles que tenían jurisdicción sobre distintos territorios con una estructura social algo diferente a la conocida en el resto de Europa: el Señorío, territorial y jurisdiccional, basado en la renta de la tierra, prestaciones de trabajo y pagos en especie o dinero, y en los derechos señoriales, de origen político y judicial, con el desarrollo de relaciones de dependencia y jerarquizadas entre los grupos sociales; se tenía una sociedad española que era eminentemente rural, y la mayor parte del campesinado estaba en situación de dependencia y servidumbre respecto a los grandes propietarios territoriales en ese régimen señorial. Bien. A la promulgación de la Constitución de 1812 le habían precedido ya una serie de acontecimientos en que los llamados *liberales* habían reducido, de 1810 a 1812, a los *serviles* de las cortes que eran partidarios de la vieja España. Con la Constitución en la mano atacaron el poder material eclesiástico aunque respetaron la tradición, la fidelidad religiosa y declararon que la religión católica, apostólica y romana, es la única religión verdadera; suprimieron la Inquisición; abolieron los diezmos en toda la monarquía, suspendieron los nombramientos para todas las prebendas eclesiásticas no necesarias para el ejercicio del culto y adoptaron medidas para la supresión de los monasterios y la confiscación de sus bienes. Además, propugnaron la soberanía nacional, las libertades fundamentales, la

división de poderes, la elección de la Cámara de diputados cada 2 años por sufragio indirecto y plantearon que la Cámara debería votar obligatoriamente los presupuestos y que el Rey constitucional tendría derecho de veto pero no podía disolver las Cortes ni prorrogar sus sesiones. El liberalismo español, que venía desarrollándose hacia buen tiempo, había desplegado sus velas con los vientos frescos de la revolución de finales del siglo anterior y en un audaz golpe abolió las jurisdicciones de señorío junto con todos sus privilegios exclusivos, privativos y prohibitivos que tenían, por ejemplo, de caza, pesca, bosques y molinos; las Cortes se proponían transformar las vastas extensiones de tierra yerma, las posesiones reales y las tierras comunales de España en *propiedad privada*; revocaron todas las leyes feudales relativas a los contratos agrícolas y algunos tributos. Y, ojo con esto, dado que uno de sus principales objetivos era conservar el dominio de las colonias americanas, que ya habían empezado a sublevarse, las Cortes reconocieron a los *españoles de América* los mismos derechos políticos que a *los de la Península*; proclamaron una amnistía general sin excepción alguna; dictaron decretos contra la opresión que pesaba sobre los indígenas de América y Asia, cancelaron las mitas y los repartimientos, abolieron el monopolio del mercurio y, al prohibir el comercio de esclavos, se pusieron en este aspecto a la cabeza de Europa. Lo interesante de esta Constitución es que desempolvó el *derecho a la insurrección* que no fue una reivindicación exclusivamente jacobina en 1793, como algunos suponen y sostienen, sino que ya estaba contemplado en el antiguo *Fuero de Sobrarbe* y en la antigua Constitución de Castilla. Sobrarbe es el nombre de una comarca ubicada en la provincia de Huesca al norte de Aragón y *fuero* es el sinónimo que se usa para expresar los conceptos ley, uso, costumbre o simplemente derecho; y en los documentos españoles, sobre el derecho de una comarca o *tierra*, aparece a partir de finales del Siglo X. En aquellos tiempos, el fuero comarcal suplía el vacío que supone la ausencia de una ordenación jurídica general del territorio y es recién en el Siglo XIII que surgen los fueros nacionales. Y, en concreto, el Fuero de Sobrarbe hace referencia a los derechos arrancados a Alfonso III, Rey de Aragón, en 1287 tras una rebelión de nobles, mesnaderos, caballeros e infanzones, o miembros de la baja nobleza, de los reinos de Aragón, Valencia, Ribagorza y de la ciudad de Zaragoza. El Fuero de Sobrarbe también es conocido como los *nuevos Privilegios de la Unión*, cuyo antecedente fue el *Privilegio General* de 1283; y es aquí, dentro de esos *nuevos Privilegios*, que se establece el derecho a la insurrección. El Rey Pedro IV abolió los fueros y ordenó quemar los registros que contenían las actas de las Cortes de Aragón en 1348 tras la batalla de Épila, en Zaragoza, donde

la Unión de Aragón, la liga que agrupaba a los rebeldes, fue derrotada y sus dirigentes ahorcados. El objetivo de esos fueros, o leyes, era limitar la autoridad del Rey y hacer compartir las principales funciones entre la Justicia y los nobles, quienes en caso de violación del pacto por parte del monarca estaban autorizados para apartarse de su fidelidad, o como decía la ley: para sustituir en su lugar, cualquier otro soberano, aunque fuera gentil. Hay algunos autores, cuándo no los intelectuales, que sostienen que estos fueros son un mito; pobre de ellos, basta ver el contenido de las sucesivas rebeliones para calar su realidad. La antigua Constitución de Castilla es la de 1520 y aquí puedes recordar lo que hemos visto sobre los Comuneros de España. Así, hay que colegir que la Constitución de las Cortes de Cádiz de 1812 es una reproducción de viejas reivindicaciones, leídas a la luz de la Revolución Francesa y adaptadas a las exigencias de la sociedad moderna. Pero, a fin de cuentas, la obra constitucional gaditana no sólo fue ignorada sino que fue liquidada en mayo de 1814. Los vientos cambiaron de rumbo y soplaron a contracorriente, no fue el fracaso de unos cuantos años sino de todo un siglo; la España negra impidió la adaptación de esa parte del mundo al desarrollo capitalista y a la primacía de la concepción liberal burguesa. El anacronismo español se hace ostensible bajo el puño de hierro de las clases más reaccionarias y la Iglesia. Fernando VII simplemente se limpió el culo con la Constitución de las Cortes de Cádiz y persiguió a muerte a los burgueses liberales, suprimió el Consejo de Estado para gobernar personalmente, restauró la Inquisición, cerró las universidades y acabó con la prensa libre.

—Y las personas de las colonias españolas en el continente americano decidieron que ya eran mayorcitas y podían gobernarse solas —dijo Sebastián tratando de acortar caminos.

—Exacto, y ése es el punto. La manzana de la discordia —dijo Leoncio agitando las manos al viento—. Veamos. Son muchos los que dicen que este lado del mundo había gozado del sabor de la libertad a causa del aislamiento provocado por la invasión napoleónica a la Península Ibérica y que con Bolívar y San Martín, quienes seguían el ejemplo de Estados Unidos de América, estallaron los movimientos independentistas que derrotaron a las fuerzas españolas. Sobre esto ya he dicho más que suficiente por lo que te privo del disfrute que te ocasionan mis repeticiones...

—Gracias, compadre, muy amable de tu parte —dijo Sebastián mientras daba un empujón a Leoncio.

—Pero déjame recordar un par de cosas que definen el escenario. Ya hemos visto y recordado la aplicación radical de las llamadas reformas borbónicas que ocasionaron el descontento y el desborde popu-

lar a causa del injusto régimen español; también hemos visto que se anula el reparto, que se dismantela el poder de los corregidores y la maquinaria que hubiese facilitado el desarrollo de la naciente burguesía comercial financiera de Lima como principal clase dominante, clase que por cierto no desaparece sino que pasa a desarrollarse, dentro de las particulares condiciones de nuestra base económica. Éste es el aspecto principal: la dominación, opresión y explotación española y la necesidad de liberarse de ellas. Además, como efecto del sistema burocrático de administración y del control directo de la Monarquía y el Estado español sobre sus virreinales dominios o colonias, hay que tener en cuenta que una buena parte de los descendientes de españoles que a lo largo de varias generaciones nacieron en este rincón del mundo, donde, según se decía en los buenos tiempos de la colonia, nunca se pone el sol, no tenían acceso al Gobierno ni a los cargos burocráticos ni, según ellos mismos, a un mejor reparto de las riquezas aquí producidas. Ya un funcionario español entronado en algún rincón de estas tierras había dicho, con colonial sabiduría, que *los criollos* no son de fiar, *son del país*. Éste es el aspecto secundario. Y ambos forjaron lo que algunos denominan, con parcial razón, el *criollismo* que acarrea el germen del *patriotismo separatista*; germen incubado en el espíritu de muchos criollos por lo menos, dicen y no comparto del todo, desde la última década del Siglo XVIII. Pero al respecto ya has escuchado mis opiniones con paciencia y sabes que sostengo, ¿sostenemos?, que, en verdad, los gérmenes de independencia y soberanía nacional habían sido sembrados cuando la suela de la pata de Colón holló tierra americana, nuestra tierra; gérmenes que se desplegaron con sucesivas rebeliones durante poco más de 3 siglos hasta dar parciales frutos con la guerra de independencia y que aún continúan su inexorable desarrollo; gérmenes vivos, gérmenes de renovación que tras la siembra de ideas clasistas, de conciencia y sentimiento de clase, hoy germinan a un nivel superior bajo la dirección del proletariado y servirán al futuro desarrollo socialista y aún más allá de él.

—Sí, en general y en cuanto al tema, eso sostenemos —remarcó Sebastián conciso.

—Eso, en general y en cuanto al tema —reiteró Leoncio—. Bien. Otro más. La Constitución de las Cortes de Cádiz parte del principio de que la *soberanía* tiene su origen esencial en el pueblo, el cual tiene, por esto, el derecho exclusivo de decretar las leyes fundamentales. Hasta aquí el telón de fondo. Así, teniendo en cuenta los antecedentes tanto a nivel internacional como nacional, sigamos. En 1805 se devela en el Cusco la conspiración de Aguilar y Ubalde, 2 mestizos de clase media provinciana que, ante las contradicciones existen-

tes entre la Audiencia, dominada por peninsulares, y ciertos sectores criollos, sobre todo de niveles medios y bajos, plantearon sustraer esta parte de la América del dominio del Rey de España; un objetivo claramente político, y, como ya hemos visto que era *tradición* general, también plantearon unir alrededor de un Inca a todos los *estamentos* de la sociedad peruana opuestos al régimen virreinal. Dentro de este contexto, no olvidar el movimiento de Túpac Amaru. Sigo. En 1811 se da un levantamiento en Huánuco encabezado por algunos criollos de la ciudad con apoyo indígena; la vida económica huanuqueña, otrora vigorosa, había decaído y se estancaba. En dicho levantamiento, la masa indígena tomó la ciudad pero se replegó ante el avance de las tropas realistas procedentes de Lima. Las reivindicaciones políticas, económicas y sociales, tanto de criollos como de indígenas, quedaron una vez más postergadas. En 1814 se produjo la rebelión del Cusco que ya mencioné... etcétera. ¿Queda o no claro, una vez más en el curso real de los acontecimientos, el planteamiento de una alianza de clases entre los mestizos de ambas ramas evolutivas? Yo pienso que sí. Por otro lado, un asunto que debe especificarse es que, junto a las alianzas de facto, se perciben claras discrepancias entre los diversos sectores criollos, discrepancias que encierran antagonismos económicos y sociales, en especial entre los de provincia y los de Lima; pero también entre los de diferentes regiones, aunque esto es secundario. La élite criolla de Lima, apoyando a los funcionarios españoles, tenía cierta influencia en la sociedad colonial; los de provincia, incluyendo a los poderosos de Cusco y Arequipa, tenían escasa o ninguna influencia en el conjunto de la sociedad. Es evidente que dentro de la población criolla que habitaba en la capital del Virreinato se encontraban los grupos más ricos y poderosos de nobles mestizos americanos, tanto de la rama evolucionada por línea española como por línea indígena, y, dentro de ellos, la burguesía comercial financiera. Aquí vale la pena reiterar, una vez más, que Lima fue uno de los centros más importantes del Imperio Español en América y que el Poder colonial estaba apoyado por un sector de estos grupos.

—Para esbozar un poco mejor la materialidad del cuadro, tal vez sea útil mencionar que, según algunos relatos de la época, la población de Lima en 1821 no llegaba, en números redondos, ni a las 70,000 personas, entre las cuales se menciona a unos 25,000 *españoles*, cifra que incluye a 2,500 monjas, monjes y miembros del clero secular; 15,000 mulatos; 15,000 esclavos; 7,200 mestizos y 5,000 indios y que, según las mismas fuentes, la mayoría de los catalogados como *españoles* en verdad eran *criollos* ya que buena parte de los nacidos en España ya habían abandonado el país...

—Eso, en general, útil referencia. Aunque esas cifras y otras hay

que manejarlas con un poco de cuidado; por ejemplo, en el censo de 1812, también redondeando las cifras, en Lima había unos 22,000 españoles; 69,000 indios; 14,000 mestizos; 18,000 pardos y 30,000 esclavos; lo que hace un total aproximado de 153,000 habitantes. Datos de 1827 fijan la población de Lima en unos 160,000; en ambos casos más del doble de la cifra que tú acabas de mencionar. Tal vez habría que anotar que entre las 2 fechas que yo menciono se desarrolló la guerra de independencia y que tu cifra cae dentro de ella.

—En todo caso —dijo Sebastián algo pensativo—, todas estas cifras no tienen punto de comparación con los casi 9'000,000 de habitantes que en la actualidad tiene Lima. Mi intención es hacer notar, comparativamente, la escasa población que en aquella época tenía Lima.

—Entiendo —convino Leoncio—, y ya que estamos en la onda comparativa, en 1812 la población del Cusco se estimaba en unos 220,000, la de Arequipa en unos 145,000 y ambas ciudades concentraban cerca del 40% de la población criolla del Virreinato; en 1827 la población del Cusco se estimaba en unos 250,000, la de Arequipa en unos 160,000; y, según los datos tanto de 1812 como de 1827, en todo el Perú vivía, más o menos, la misma cantidad de gente que murió en la *Guerra de los 7 Años*; es decir, alrededor de 1'500,000 personas. En la actualidad viven en el Cusco poco más de 1'300,000 personas, en Arequipa un poco menos que en el Cusco y en todo el país alrededor de 31'000,000 de peruanos. Bien, dejemos el cuadro comparativamente un poco mejor diseñado y sigamos con los matices de color en la escena de los hechos. Había dicho que los grupos más ricos y poderosos de nobles mestizos americanos, tanto de la rama evolucionada por línea española como por línea indígena, estaban asentados en Lima; que dentro de ellos se encontraba la burguesía comercial financiera; y también había dicho que el Poder colonial estaba apoyado por un sector de estos grupos. Para evitar la réplica absurda de algunos sabios, déjame recalcar que evidentemente los ricos y poderosos nobles mestizos americanos de la rama evolucionada por línea indígena no eran muchos ni tan relevantes como su par, pero ahí estaban. Bien, eso por un lado; pero, por otro lado, la mayoría de los grandes propietarios de minas, de obrajes, de haciendas agrícolas y algunos de los grandes comerciantes, que también eran mestizos americanos tanto de la rama evolucionada por línea española como por línea indígena, se habían desplazado a Lima dejando sus provincianas fuentes de riqueza en manos de lacayos de confianza. Así, estos grandes terratenientes y comerciantes también compartían favores, privilegios y, unos cuantos, hasta posiciones administrativas, aunque de media o poca monta, en el Gobierno colonial. Los criollos,

en general, solamente estaban excluidos de los más altos puestos de la administración y del Gobierno virreinal pero, a pesar de ello y con lo poco que podían arañar en sus lucrativos vínculos con la burocracia colonial ocupando puestos más o menos intermedios, era más que suficiente para que alcancen un gran prestigio social y establezcan sólidos vínculos entre ellos; añádase a esto los vínculos labrados, ya tradicionales en todos los tiempos, por matrimonio, amistad, negocios y otras cadenas que soldaban la solidaridad en torno a sus intereses de clase. Así, tenemos 3 grandes fuerzas en contienda: el Poder colonial, con su dominio directo, y 2 grupos sociales bastante diferenciados. Por un lado, tenemos un grupo minoritario, en su mayoría conformado por mestizos americanos evolucionados por línea española, dividido en 2 facciones: una facción conformada por capitalistas, terratenientes y comerciantes nativos que, de una u otra manera, apuntala el Poder colonial y otra facción de capitalistas, terratenientes y comerciantes nativos que, siendo fidelista, desea un Gobierno representativo moderado que respete sus privilegios y, además, que se les permita el autogobierno. Creo que no necesito insistir en que los *capitalistas* de aquellos tiempos eran miembros de la naciente burguesía comercial financiera, mientras que los *comerciantes* de entonces estaban conformados, principalmente, por miembros de ambas clases, por burgueses y terratenientes, pero también por un buen sector de mestizos americanos evolucionados por línea indígena que eran caciques de renombre. Por otro lado, tenemos a un grupo mayoritario conformado por varios sectores, un sector conformado por campesinos y trabajadores mineros que en su inmensa mayoría, aunque no sólo, procede de mestizos americanos evolucionados por línea indígena; tenemos otro sector conformado por pequeños y medianos propietarios y comerciantes evolucionados de ambas ramas; tenemos otro sector conformado por trabajadores independientes, sobre todo artesanos, también de ambas ramas de mestizos americanos; tenemos otro sector pobre de ambas ramas evolutivas que malvenden su fuerza de trabajo; y, tenemos a los esclavos también mestizos. Bien. Cada una de estas 3 grandes fuerzas cuenta con representantes que, en los afanes de hacer prevalecer sus intereses de clase o facción, sustentan, defienden y difunden los respectivos matices de sus concepciones ideológicas y políticas acerca del Estado, del Gobierno y de todo aquello que esté relacionado con sus intereses en medio de una pugna por la dirección del Estado; el Poder colonial lucha por mantenerse en el Poder y los otros 2 por arrebatárselo las riendas del Estado y Gobierno. Es en este proceso donde se atizan las divergencias entre el grupo minoritario y el grupo mayoritario, que luchan contra el Poder colonial; y, al margen o por encima de lo

planteado por Túpac Amaru y algunos otros probados dirigentes de las masas populares, es de la segunda facción del grupo minoritario de donde salió la mayoría de ideólogos e intelectuales separatistas o independentistas. Es evidente que ni el Estado ni la sociedad peruana podían llegar a ser homogéneos ni armónicos, plantear y esperar lo contrario es un absurdo metafísico; es evidente que la mestización no podía llevar a la uniformidad ni a la igualdad de la población peruana lo mismo que la nación no podía llegar a ser una nación integrada y unificada, y esto es así precisamente porque los peruanos nos dividimos en clases sociales con intereses comunes, en determinados casos, y antagónicos e irreconciliables, en otros; es así porque somos una nación, de larga data, dividida en una minoría de clases que detentan el Poder y acaparan las riquezas y una mayoría de clases desposeídas que acumulan miseria y pobreza; plantear y esperar lo contrario es proclamar a viva voz la muerte de la dialéctica y de la ley de la contradicción. Pero estas claras evidencias no son impedimento para reconocer que la lucha por la emancipación de España ha sido parte constitutiva de un complejo proceso de desarrollo nacional y el resultado del también complejo proceso de desarrollo de toma de conciencia colectiva, de identidad nacional, que lleva al hombre de estas tierras a decidir su propio destino dentro del también complejo desarrollo de la unidad y lucha de clases; al mismo tiempo, es una valiosa experiencia que debe ser tomada en cuenta para poder entender el presente y poder construir un futuro mejor. Bien, llegados a este punto, analicemos el pensamiento político de algunos personajes; pienso que esto nos dará una buena herramienta para poder explicar mejor lo que acabo de afirmar. Para empezar veamos algo de la prensa, pues ésta, como tribuna, juega un papel importante en la difusión de ideas. El *Mercurio Peruano*, mira, hasta *peruano* se llamaba, salió a la luz pública en 1791, cuando la Revolución Francesa andaba a media caña y Miranda se paseaba al lado de los girondinos. Este periódico fue editado por la *Sociedad Amantes del País*...

—Y vas a decir que mire, que hasta *amantes del país* se llamaba —dijo Sebastián celebrando su ocurrencia con una amplia sonrisa.

—Eso, gracioso y perspicaz caballero —retrucó Leoncio también con una sonrisa—. Y esa *Sociedad*, fundada para estudiar y promover los intereses del Perú, sostenía que su principal objetivo era defender el *bien general*, el *interés común*. El primer número del periódico arrancó con el artículo *Idea General del Perú*, en él escriben: El principal objeto de este Papel Periódico, según el anuncio que se anticipó en su Prospecto, es hacer más conocido el país que habitamos, este país contra el cual los autores extranjeros han publicado tantos paralogismos. Con la locución *paralogismos* se están refiriendo a sofismas

o razonamientos con que se pretende hacer pasar por verdadero algo que es falso...

—Ya lo sé, hermano.

—Ya sé que ya lo sabes, compadre, pero lo menciono para tenerlo en cuenta por si alguien no lo sabe, y es seguro que muchos de los asistentes a la reunión desconocen la expresión. Como fuere, sigo. Líneas más abajo hacen una descripción del Perú: Este grande Imperio, cuya fundación por los Incas queda envuelta en las tinieblas de un conjunto de fábulas y de una tradición incierta, ha perdido mucho de su grandeza local desde el tiempo en que se le desmembraron por la parte del Norte las provincias que forman el Reino de Quito, y sucesivamente las que al Este constituyen el Virreinato de Buenos Aires... La población del Perú, en cuanto a las cosas originales, se compone de españoles, indios y negros. Las especies secundarias más conocidas, que proceden de la mixtión de estas 3, son el mulato, hijo de español y negra; cuarterón, de mulata y español; y mestizo de español e india. Las demás subdivisiones que se forman por la mezcla sucesiva, son tantas como las diversas combinaciones posibles de esas razas primitivas... Hablando sobre el servicio doméstico dicen: Anteriormente, fuese por preocupación o por soberbia, se reputaba en cierto modo infame aquel criado, que no era negro o mulato. Algunos políticos ilustrados opinan que sería más feliz el Reino, y especialmente esta Capital, si este prejuicio se desarraigase enteramente... Luego siguen: El comercio del Perú ha tomado un incremento considerable desde que, con la venida de los navíos mercantes de España por el Cabo de Hornos, y con el permiso del *comercio libre*, se ha emancipado de la opresión bajo la cual gemía en el tiempo de los galeones, y de las ferias de Portobelo y Panamá... La habilitación de los Corregidores formaba el recurso principal de las negociaciones de esta Capital con el país interno. En pocas manos circulaban y se confundían los capitales más crecidos... Las fábricas del país se reducen a pocos obrajes de bayetas, que llaman de la tierra, cuyo uso se limita casi sólo a los indios, y negros. Hay algunas de colchas, de vidrios, de sombreros, pero no ocupan mucho lugar en el plan de las riquezas del Perú. El azúcar, la lana de vicuña, el algodón, la cascarilla, el cobre y el cacao, aunque estos 2 últimos y en parte el antecedente nos vengan de Guayaquil, son los únicos géneros de nuestra exportación... La minería es el principal, y tal vez el único manantial de las riquezas del Perú... Nuestra navegación es limitada... La pesca es un ramo de industria peculiar de los indios de la Costa; pero la practican informalmente, sin instrumentos proporcionados, sin barcos, y por lo mismo costeano siempre las orillas, no pudiendo alejarse más de 4 ó 5 leguas mar adentro... La agricultura en lo general podría

proporcionar lo bastante para que nuestra subsistencia no fuese tan precaria, ni dependiente de auxilios externos... La ilustración es general en todo el Perú, tanto por la natural grandeza y penetración de sus habitantes nativos, cuanto por su adhesión al estudio... Y finalizan diciendo: Creemos haber desempeñado la promesa del epígrafe inicial. Ésta es una idea del Perú tomada en términos generales, y no sujeta a un punto determinado de historia, ni de literatura... En otro lugar escribe algún miembro de la *Sociedad*: Amamos al Perú por principio de justicia, por natural propensión y por consecuencia del valer que lo distingue... El amor a la patria nos hace detestar aquel vicio de preferir más los defectos extraños que los propios y nos facilita seguir el orden que dicta la razón natural, prefiriendo el bien propio al ajeno... En un tercer lugar, otro escribe: Felices los días en que vamos presentando a la sabia Europa el verdadero retrato del Perú desvaneciendo las calumnias originadas de la absoluta ignorancia que se ha tenido hasta ahora de este país ventajoso... Bien. Los autores, aquí y en otros artículos, hablan de *patria* pero sólo muy ligeramente insinúan la idea de independizarse de España. Así es cómo algunos mestizos peruanos dan inicio a la difusión de la idea de patria y nacionalismo que venía desarrollándose, como hartas limitaciones, sí, pero, por el lado positivo, como fuerza integradora, como idea de comunidad de destino y como toma de conciencia de identidad. Hay que aclarar, y esto en forma categórica, que el Mercurio Peruano, aunque defendió la identidad del Perú y a pesar que apuntaló la afirmación general de *lo peruano* como una unidad que tiene entidad propia y que, además, se diferenciaba tanto de España como de otros pueblos hispanoamericanos, era una tribuna conservadora y racista que promovía la superioridad de los blancos. Por ejemplo y para prueba, escriben: El indio, como conquistado, odia por lo general cordialmente al español; auxilia y obedece al español sólo porque le ve superior; no es reducido al servicio sino por el miedo o el rigor; mira a los de raza diversa como rival o enemiga; fuera de varios otros signos característicos, concurren los fisionómicos y de cuerpo que los separa no menos del español por la naturaleza misma, y hacen más difícil la reunión total de ambas clases humanas...Y añaden: Todas estas y algunas más distinciones naturales que se dejan ver en todo indio de un modo u otro, aun cuando más se adorne y asee, son otras tantas diferencias que dificultan naturalmente esa unión ideada o propuesta en problema, etcétera. En relación a la desunión entre los grupos coloniales, según la división usada por ellos, español, indio y castas, señalan en el Mercurio Peruano que mientras ésta subsista no puede ser feliz el país, y añaden: Por consiguiente, el Gobierno a quien este país pertenece parece que por interés propio debe en cuanto pueda

tirar a refundir su constitución de un modo que le sea más ventajoso... Claro es que con aquello de *a quien este país pertenece* se están refiriendo a los españoles peninsulares y americanos; y de pasada ponen la primera piedra de cimiento: *...por interés propio debe, en cuanto pueda, tirar a refundir su constitución de un modo que le sea más ventajoso*. Bien, así, no es difícil sacar algunas conclusiones. A pesar del *peruanismo* del que hacen gala y a pesar de la condena al oscurantismo y la intolerancia del régimen colonial, los escritores del Mercurio Peruano abogaban por la igualdad y la libertad, sí, cierto, pero dentro de la estructura existente. Esta manera de ver las cosas era el claro reflejo de la situación en que se encontraba la élite criolla, sobre todo la de Lima, que prefería la seguridad al cambio y no deseaban poner en peligro su predominio social por amor a la independencia; preferían la continuidad del régimen político vigente porque garantizaba, de una u otra manera, la supervivencia de sus privilegios. Los liberales peruanos de fines del Siglo XVIII, y los colaboradores del Mercurio Peruano dentro de ellos, no formaron un movimiento de independencia, sólo pedían reformas políticas e igualdad para los criollos dentro del armazón colonial y levantaron un nacionalismo criollo. Ésta es la especificación de aquel sector de la élite peruana que, en lo particular, conceptualmente, identificaba sus intereses particulares como lo peruano; no entendían, o no querían entender, *lo peruano* como la expresión del conjunto de la sociedad dividida en clases. Y esto era así porque a ellos más les inspiraba el miedo que sentían a las revueltas sociales y el colapso de la ley y el orden que la lealtad a la Corona de España. Como te habrás dado cuenta que, a pesar de la especificación que hago sobre el desarrollo histórico de los mestizos americanos y el de los mestizos peruanos tanto de la rama evolucionada por línea española como por línea indígena, en determinados momentos sigo usando el vocablo *criollo*; debo aclararte que lo hago sólo para efectos de un mejor entendiendo en aquellos a quienes les han machacado el cerebro de tal manera que no resultará tan fácil plantar una nueva semilla.

—Cierto, lo noto y estoy de acuerdo.

—Gracias. Bien, esa manera de conceptualizar lo peruano poniendo de relieve sus particulares intereses de clase se puede apreciar en intelectuales como José Baquijano y Carrillo, fundador de la *Sociedad Amantes del País*, en Toribio Rodríguez de Mendoza, Hipólito Unanue y otros. Por otro lado, hay que recordar que algunos caciques, miembros de la nobleza indígena con influencia sobre la masa, ponían todas sus esperanzas en un proceso reformista que apacigué la opresión a la que estaban sometidos; y, confiando en las buenas decisiones del Rey de España y su Corte, esperaban que las cosas

mejoren, vía decreto o algo parecido, con la destitución de los funcionarios corruptos y el *mal gobierno*; esta especie servil, reactualizada y modernizada, aún sobrevive, agazapada o no, dentro de la comunidad campesina. Hay que recordar, también, que parte de la masa de indígenas y criollos pobres se lanzaba a la protesta y revuelta, sin doctrina, sin plan y sin meta clara, por el mendrugo y la reivindicación del día; meritorio y desesperado esfuerzo que sucumbía tras la bendecida masacre desatada por el invasor y sus sostenedores. Uno de tantos ejemplos es un levantamiento espontáneo del pueblo de Arequipa a inicios de 1780 bajo la dirección del platero Lorenzo Farfán de los Godos y el cacique del pueblo de Pisac Fernando Tambohuasco que se alzaron contra el administrador de la Aduana que intentó subir la alcabala del 2% al 6% y gravar con más impuestos al aguardiente; las masas de los barrios de Arequipa se movilizaron, invadieron el centro de la ciudad, destruyeron la Aduana, asaltaron la casa del corregidor y la cárcel, liberando a todos los presos, quemaron las tiendas de los principales comerciantes europeos y amenazaron con seguir con las de los nobles criollos. Precisamente ahí se acabaron los tímidos apoyos que en sus inicios había recibido la revuelta por parte del señorío criollo; el pánico cundió entre éstos. Un espontáneo movimiento de protesta contra los impuestos se convertía en una declarada guerra de pobres contra ricos. Una parte de la nobleza se refugió en los conventos y otra armó milicias con indios fieles a su servicio; y claro, no faltaron los traidores entre los caciques. La asonada fue derrotada y sus dirigentes ejecutados en la plaza principal. Quedaba en evidencia que una alianza de clases contra la administración colonial podía ser posible sólo al principio, pero en la medida que avanzaba la sublevación los intereses se bifurcaban. La incipiente burguesía y los terratenientes que apostaban por las reformas y por el autogobierno simplemente sentían terror ante el indio alzado. Así, ante la debilidad militar de la autoridad colonial, la defensa del caduco sistema pasaba a manos de la llamada oligarquía. En el Cusco se aprecia la misma vaina, algunos criollos, también afectados por la reforma tributaria y la ley de aduanas del visitador Areche, intentaron aprovechar el descontento general contra los corregidores para ver si era posible lograr paliar el programa impositivo que los agobiaba. Pero aquí también el terror se apropió de ellos cuando comprobaron el masivo apoyo que miles de indígenas y campesinos mestizos, de toda la zona desde el sur del distrito cusqueño hasta el Alto Perú, daban al movimiento de los Túpac Amaru y los Catari. Pero disculpa, me estoy adelantando. Dentro de este complejo panorama, lo más importante y aleccionador, lo que deseo señalar es que también había dirigentes, como autoridad situada por encima de la masa indígena,

no por estar en contra y separada de ella sino por tener un plan político y una mejor visión de las necesidades históricas, que sí tuvieron una mayor conciencia social. En general y para todos los tiempos, me estoy refiriendo a dirigentes que en períodos críticos son capaces de plantear la tarea del momento de un modo amplio y audaz adelantándose a la iniciativa de las masas, sirviéndoles de faro e indicándoles el camino para vencer las colosales dificultades que se presenten y poder alcanzar la victoria; los fracasos y las derrotas en el ínterin sólo son gajes del oficio. Las limitaciones de Túpac Amaru eran las de su tiempo y debo destacar, una vez más y aunque te moleste la reiteración, que los intentos de Túpac Amaru por reunir a *los peruanos* de todos los grupos sociales y étnicos, pasibles de ser unidos, fue un primer serio intento por consolidar la idea de nación que se tenía dentro de las condiciones sociales del momento. Y de una vez, para que quede claro, la *idea* de nación es posterior a la *existencia* de la nación en sí; el concepto, como abstracción, trata de reflejar la realidad lo más fielmente posible; el concepto no *crea* la realidad. Bien, así las cosas, veamos algunos pocos hechos reflejados en una muy amplia documentación de la época que hoy están a disposición de cualquiera que se interese sobre el tema. Dentro de esa vasta recopilación de documentos se encuentra información en torno a un personaje encargado de masacrar a los sublevados indígenas de la etnia Toba en la Sierra del Virreinato del Río de la Plata, el comandante general José Reseguín quien en su momento pasaría a ser el encargado de reprimir los movimientos de los Túpac Amaru y del aymara Túpac Catari en el Alto Perú.

—Ése que llegó a ser coronel y en 1784, como premio a sus 30 años de sanguinario servicio a la corona española, fue nombrado gobernador intendente de Puno —dijo Sebastián dando a entender que conocía bastante bien detalles sobre la trayectoria del susodicho personaje.

—Sí, aunque sólo asumió el cargo 2 años después porque andaba metido de espía al servicio del Virrey del Río de la Plata —respondió Leoncio tomando en cuenta el aviso—. Pero nada de esto tiene importancia y no quiero referirme a él mismo sino a algunos de los acontecimientos y planteamientos que, en torno a su accionar, se dieron y quedaron registrados en su propia correspondencia y en informes de terceros. En relación a estos hechos, por ejemplo, se lee: ...sabía que los indios Tobas, coligados con los de las inmediaciones de la ciudad de Jujuy, intentaban invadirla y saquearla... se logró desvanecer el proyecto de los sediciosos, y escarmentar a los Tobas, de que se siguió la entrega de las cabezas principales del motín, que sufrieron el último suplicio en la plaza pública de aquella ciudad... En tanto su-

cedían estos acontecimientos en los límites del Virreinato de Buenos Aires, en el de Lima ocurrían otros de no menor consideración, y se disponían para contener los enemigos estragos y desolación que ocasionaba el principal rebelde, José Gabriel Túpac Amaru, a la cabeza de sus secuaces que ya formaban un formidable ejército, no como los que encontraron Pizarro, Cortez y demás primeros conquistadores, sino armados con muchas armas de fuego, lanzas y algunos cañones de pequeño calibre, que había mandado fundir el tirano, asistido con exactitud de todo lo necesario, y pagado con puntualidad. Las disposiciones de este usurpador, más conformes con la humanidad, lo hacían menos aborrecible que sus capitanes, los cuales llenos de ferocidad no conocían otra providencia que el cordel o el cuchillo. Túpac Amaru, aunque en sus edictos proscribía todo europeo, perdonaba a cuantos se le presentaban, si conocía podía sacar algún partido de su habilidad u oficio, y particularmente lograban un seguro salvoconducto los que tenían algún conocimiento del manejo de las armas y profesión militar... Uno de sus generales, llamado Cicenaro, pasó a cuchillo en el pueblo de Ayabiri a cuantos vivientes halló de todas las castas, menos los de la suya, contra la expresa orden de su jefe. Reprendióle agriamente por su excesiva crueldad, y éste le representaba que si no extinguía a todos los que no fuesen puramente indios, era consecuente quedarían dominados por cualquier clase que animase parte de sangre española. A lo que José Gabriel respondió: No es tiempo aún, pensemos por ahora solamente en posesionarnos en el dominio de estas vastas y dilatadas regiones, que luego se buscare modo para deshacernos de todos los embarazos y obstáculos que se nos presenten. Y sigue el relato: Máxima, a la verdad, que si se hubiera seguido por sus subordinados, podía temerse con razón, y según la disposición en que se hallaban los ánimos de aquellos habitantes, hubiera dado al través con las pocas reliquias de fidelidad que habían quedado; pudiéndose asegurar esto sin recelo de exceder los límites de una prudente conjetura, pues, aunque en las ciudades capitales y en algunos rincones de pocas provincias, se aparentaba mucho afecto al partido del Rey, estaban muy pocos corazones de parte del Soberano; y si el tirano hubiese tenido 8 ó 10 sujetos capaces de conformarse y ejecutar sus deliberaciones, se hubiera visto seguramente representar en el Perú la segunda parte de la catástrofe acaecida en las colonias angloamericanas, y el nombre de Túpac Amaru y el de sus subalternos, en los siglos venideros sería tan admirado y respetado como el de Wáshington y de los demás generales de aquella nueva República. Es innegable, que la general sublevación que acabamos de experimentar, se estaba premeditando hacía mucho tiempo. Acreditan esto mismo infinitos documentos, tomados a

los capitanes indios, por los cuales consta, se trataba de ella 10 años antes que llegase el día fatal de verificarla; y aún se hubiera diferido algún tiempo, si Tomás Catari hubiese sido capaz de manejarse con más prudencia y circunspección... Tenía tratado el principal rebelde con este y otros indios los medios de sacudir el dominio español, en distintos viajes que hizo por todas las provincias, para lo que le daba proporción el oficio de arriero que profesaba... Ya dispuesto por José Gabriel Túpac Amaru lo más preciso para emprender su meditada usurpación, no se detuvo en más reflexiones. Se hizo cargo que nuestra Corte estaba empeñada en sostener una guerra contra los ingleses, que ocupaban toda su atención; que los excesivos clamores de los mercaderes y comerciantes, contra los nuevos impuestos repetidos muchas veces a los compradores, desde sus almacenes y mostradores, sin otro motivo que el de ver disminuida su excesiva ganancia, habían penetrado no sólo los corazones de los indios, sino los ánimos de todos; que se prestaban gratos los oídos a las voces de libertad e independencia, y que su propio corregidor, don Antonio de Arriaga, estaba excomulgado por el Obispo del Cusco, cuya providencia expedida imprudentemente por aquel prelado, en ocasión tan peligrosa, había atraído contra él los ánimos de sus provincianos, creyó no podía presentársele coyuntura más favorable para establecer su dominio; y persuadido por todos los accidentes que reconocía, hallaría un apoyo general para realizar su temerario intento, lo puso en ejecución. No se alejaba mucho de lo cierto, y hubiera visto seguramente verificados sus designios si, como empezó, hubiese seguido el método de admitir bajo sus banderas a cuantos se les presentaban, providencia eficaz, pero que inutilizaron la feroz condición de sus comandantes, y la barbarie de unas tropas que no supieron obedecer las muchas y repetidas órdenes que tenía dadas, para que se ejecutase de este modo, y para que no se ofendiese ni perjudicase a los españoles criollos, mestizos, cholos y zambos, en sus personas ni bienes... Interesante testimonio ¿no?

—Sí, a testimonio de parte, relevo de pruebas —sentenció Sebastián.

—Eso —exclamó Leoncio mientras ahogaba la palabra confesión en una sonrisa—. Y aquí parte de una carta redactada por el gobernador de Chocalla, un tal Pedro de la Cruz Condori, dirigida a los señores principales, así españoles como naturales y mestizos criollos de la doctrina de Santiago de Cotagaita: ...también hago saber a ustedes, para que no vivan recelosos, equívocos o confusos, como en esta doctrina de Tatasi o Chocalla tengo en prisiones, para aplicarles la pena de muerte, a ciertos bandoleros y facinerosos, que fingiendo ser comisionados de nuestro Monarca, Inca, y usurpando varios tí-

tulos furtivos, cometieron muchos delitos de alevosía y asesinato, y arrastraron muchos vecinos españoles y mestizos de varios pueblos, como son, Tolapampa, Ubina, este de Chocalla y otros, solamente llevados del perverso fin de robar y de su desordenada codicia. Contemplando lastimosamente la noticia que corre por acá, de que en ese pueblo de Santiago han muerto los naturales a su gobernador, y no sé a qué español criollo; amonesto a dichos indios naturales se contengan en ejecutar estas muertes, que sin tener facultades ni motivos las hayan cometido, que eso no manda nuestro piadoso Monarca, sino sólo rebatir el mal gobierno con el exterminio o expulsión de los corregidores europeos, y que armados todos los indios y españoles criollos, lo defendamos, en caso de que por alguno de los puertos de este reino venga alguna armada de soldados contrarios, y opuestos a su corona... etcétera. No pretendo aportar más pruebas, pero, efectivamente, en el edicto del 23 de diciembre de 1780, Túpac Amaru escribe lo siguiente: Hago saber a los paisanos criollos, moradores de la provincia de Chichas y sus inmediaciones, que viendo el yugo fuerte que nos oprime con tanto pecho...

—Pecho es la palabra que antiguamente se usaba para decir tributo —aclaró Sebastián.

—Eso. Que viendo el yugo fuerte que nos oprime con tanto pecho y la tiranía de los que corren con este cargo, sin tener consideración de nuestras desdichas, y exasperado de ellas y de su impiedad, he determinado sacudir este yugo insoportable, y contener el mal gobierno que experimentamos de los jefes que componen estos cuerpos... Sólo siento, de los paisanos criollos, a quienes ha sido mi ánimo no se les siga algún perjuicio, sino que vivamos como hermanos, y congregados en un cuerpo, destruyendo a los europeos. Todo lo cual, mirado con el más maduro acuerdo, y que esta pretensión no se opone en lo más leve a nuestra sagrada religión católica, sino sólo a suprimir tanto desorden, después de haber tomado por acá aquellas medidas que han sido conducentes para el amparo, protección y conservación de los españoles criollos, de los mestizos, zambos e indios, y su tranquilidad, por ser todos *paisanos y compatriotas, como nacidos en nuestras tierras, y de un mismo origen de los naturales*, y haber padecido *todos* igualmente dichas opresiones y tiranías de los europeos. He tenido por conveniente hacerles saber a dichos paisanos criollos que, si eligen este dictamen, no se les seguirá perjuicio ni en vidas ni en haciendas; pero si despreciando esta mi advertencia hicieren lo contrario, experimentarán su ruina, convirtiendo mi mansedumbre en saña y furia, reduciendo esta provincia a cenizas; y como sé decirlo, tengo fuerzas, pesos, y a mi disposición todas estas provincias comarcanas, *en unión entre criollos y naturales*, fuera de

las demás provincias que igualmente están a mis órdenes, y así no estimen en poco esta mi advertencia, que es nacida de mi amor y clemencia, que propende al *bien común* de nuestro reino, pues se termina a *sacar a todos los paisanos españoles y naturales* de la injusta servidumbre que han padecido... etcétera. ¿Qué se puede colegir de ambos testimonios?

—Si me lo dices, me entero —dijo Sebastián en compás de espera.

—He aquí un claro esbozo de nacionalismo y anticolonialismo que, como caras de una misma moneda, propugnaba un Gobierno multiétnico en manos de los mismos peruanos; aunque, de una u otra manera, se reconociera la autoridad de Carlos III de España y de la Iglesia Católica. A fin de cuentas, un movimiento separatista. El doble discurso de Túpac Amaru, que en algún momento has señalado, según mi opinión, obedecía a su idea de establecer una moderna monarquía, a la inglesa, bajo su reinado y mantener con España un comercio *justo*. Otro más, en enero de 1781, José Gabriel en un Oficio al Cabildo del Cusco escribe entre otras cosas: El ejemplar ejecutado en el corregidor de la provincia de Tinta, lo motivó el decirme que yo iba contra la Iglesia, y para contener los demás corregidores, fue indispensable aquella justicia. Mi deseo es, que este género de jefes se suprima enteramente; que cesen sus repartimientos; que en cada provincia haya un alcalde mayor de la misma nación indígena, y otras personas de buena conciencia, sin más inteligencia que la administración de justicia, política cristiana de los indios y demás individuos, señalándoseles un sueldo moderado, con otras condiciones que a su tiempo deben establecérselos; entre las que es indispensable una, comprensiva a que en esa ciudad se erija Real Audiencia, donde residirá un Virrey como Presidente, para que los indios tengan más cercanos los recursos. Ésta es toda la idea por ahora de mi empresa, dejándole al Rey de España el dominio directo que en ellos ha tenido, sin que se les substraiga la obediencia que le es debida, y tampoco el comercio común, como nervio principal para la conservación de todo el reino.

—Queda claro.

—Eso, no necesito hacer comentarios... salvo que dice *por ahora*. Pero escucha esto, en el edicto de coronación de Túpac Amaru se lee lo siguiente: Don José Primero, por la gracia de dios rey del Perú, Santa Fe, Quito, Chile, Buenos Aires y Continentes de los Mares del Sur, Duque de la Superlativa, Señor de los Césares y Amazonas con dominio en el Gran Paititi, Comisario Distribuidor de la Piedad Divina... etcétera. Por cuanto es acordado por mi Consejo en Junta prolija por repetidas ocasiones, ya secreta y ya pública, que los Reyes

de Castilla *me han tenido usurpada* la Corona y dominio de mis gentes cerca de 3 siglos, pensionándose los vasallos con insoportables gabelas, tributos, sisas, lanzas, aduanas, alcabalas, estancos, catasros, diezmos y quintos, virreyes, audiencias, corregidores y demás ministros, todos iguales en la tiranía, vendiendo la Justicia en almo-neda con los escribanos de esa fe a quien más puja, y quien más da, entrando en esto los empleos eclesiásticos y seculares sin temor de dios, estropeando como a bestias a los naturales de este reino, quitando las vidas a sólo los que no supieren robar; todo digno del más severo reparo. Por eso, y porque los justos clamores con *generalidad* han llegado al cielo: En el nombre de dios todopoderoso ordenamos y mandamos que a ninguna de las personas dichas se pague; ni se obedezca en cosa alguna a los ministros europeos intrusos. Y sólo se deberá todo respeto al sacerdocio, pagándoles el tributo, y el quinto a su Rey y Señor Natural, y esto con la moderación que se hará saber con las demás leyes que se han de observar y guardar. Y para el más pronto remedio de todo lo suso expresado, mandamos se reitere y publique la jura hecha de mi Real Coronación en todas las ciudades, villas, lugares de mis dominios, dándonos parte con toda brevedad de los vasallos prontos y fieles para el premio igual; y de los que se rebelaren para la pena que les compete, remitiéndonos la jura hecha con la razón de cuanto conduzca. Hecho en Tungasuca, a 18 de marzo de 1781. Don José Gabriel Túpac Amaru Inca Rey Perú. Punto. ¿El centro?

—Compadre, como si no supiera para dónde tiras. *Los Reyes de Castilla me han tenido usurpada la Corona y dominio de mis gentes cerca de 3 siglos* —dijo Sebastián con un movimiento de manos que rasgaba el aire delante de su pecho.

—Exactamente, caballero. Muy amable de su parte. ¿Qué hacemos con el guante?

—Que lo sigan chupando —exclamó Sebastián en medio de una cascada de risotadas y cabriolas.

—Eso, hermano. Y que dejen de joder la pita —dijo Leoncio uniéndose al festejo—. Bien. Es sabido que la preparación de la rebelión duró unos 10 años o poco más; que su estallido fue simultáneo en el Cusco y el Alto Perú con la participación de Túpac Amaru II y Túpac Catari como los dirigentes más visibles; que el movimiento se manifestó como una unidad y mancomunidad de ideas y fines: la independencia. También es sabido que Catari se proclamó Virrey, pero no del Rey de España sino de Túpac Amaru, reconociendo la autoridad del nuevo Rey y luego haciéndola extensiva a su sucesor, aunque en líneas generales y con algunas reservas que los llevaron a ciertos roces en cuanto a la relación con los llamados criollos. También es

sabido que luego de la prisión y asesinato de Túpac Amaru II el movimiento siguió durante un tiempo bajo el mando de Diego Cristóbal Túpac Amaru que controlaba vastas zonas cusqueñas y tenía bajo su dominio todo Puno, las serranías de Moquegua y las de Tacna. Diego Cristóbal actuaba en coordinación con Túpac Catari, Andrés Túpac Amaru, Miguel Bastidas y otros jefes, con los que llegó a controlar la integridad de la hoy Bolivia lo mismo que amplias zonas de Chile y Argentina. Es sabido, además, que en la caída de Túpac Amaru jugó un papel importante la conjura de traidores caciques hispanistas, entre los cuales se destacan, el cacique Mateo García Pumacahua Chihuantito, el cacique Choquehuanca de Azángaro y otros no menos importantes que proporcionaron una invalorable ayuda a las fuerzas colonialistas. Sin la ayuda de estos terratenientes, la historia hubiera sido probablemente otra...

—Pero la historia escrita no es un recuento de supuestos sino la historia de la lucha de clases basada en hechos reales, ¿no? —acotó Sebastián.

—Eso. Diego Cristóbal, se dice, era de carácter blando y con-temporizador. Había 3 grandes expediciones realistas que avanzaban desde Cusco, Arequipa y Buenos Aires y amenazaban con poner fin a su gobierno en Azángaro, capital de su reino. A esto se le suman 2 situaciones, por un lado, la actitud de algunos indígenas que traicionaban a sus jefes entregándolos a sus enemigos sin remordimiento alguno para obtener algunas miserables ventajas y la muerte y prisión de sus parientes y principales colaboradores hacía que su situación se tornara insostenible. Por otro lado, estaba disconforme con el acento racista que algunos de sus subordinados le daban al movimiento y dado que no podía contenerlos ni estaba de acuerdo con este proceder, a fines de 1781, se acogió al indulto general que los realistas habían ofrecido a los alzados en armas. Cayendo en el juego de los españoles y creyendo que esta oferta era sincera, se entregó con casi todas sus fuerzas tras negociar la paz en Lampa. No obstante, le quedó un enorme poder político, lo cual fue usado como pretexto por los realistas para involucrarlo posteriormente con la conjura de Carabaya y así poder tomarlo prisionero bajo la acusación de estar preparando un nuevo levantamiento y lo condenaron a la pena capital en la inmisericorde forma del atenuamiento, que consistía en amarrar fuertemente al reo para que el verdugo le arrancase la carne, lentamente y a pedacitos, con una tenaza calentada al rojo vivo en un brasero. ¿La razón? Como dijo uno de los jueces que los condenó a morir: Ni al Rey ni al Estado conviene, quede semilla, o raza de éste o de todo Túpac Amaru y Túpac Catari por el mucho ruido e impresión que este maldito nombre ha hecho en los naturales... Porque de lo contrario,

quedaría un fermento perpetuo...

—De lo contrario quedaría un *fermento perpetuo*... Qué tales hijos de puta, carajo —exclamó Sebastián.

—Sí. Un profundo pánico ante los gérmenes de renovación y las ideas clasistas. Aquí un testimonio: De todas las cabezas principales de esta revolución no quedaba más que Diego Cristóbal Túpac Amaru, a quien estos rasgos de perfidia hacían desconfiar de las promesas de los españoles. Pero, arrastrado de su destino, se dejó persuadir a entregarse voluntariamente al general Valle en su campamento de Sicuani; y no tardó en arrepentirse de esta confianza. Vivía retirado y tranquilo en el seno de su familia, cuando se le asechó y prendió para someterlo a un juicio, en que, por crímenes imaginarios, se le condenó a perecer bárbaramente en un cadalso. Areche, Medina y Mata-Linares, autores de tantas atrocidades, recibieron honores y aplausos; pero el aspecto de las víctimas, sus últimos lamentos, sus miembros palpitantes, sus cuerpos destrozados por la fuerza de los tormentos, son recuerdos que no se borran tan fácilmente de la memoria de los hombres; y debe perpetuarlos la historia para entregar estos nombres a la execración de los siglos. Pocos ejemplos ofrecen los anales de las naciones de una carnicería tan espantosa. No sólo se atormentó, y sacrificó a Túpac Amaru, su mujer, su hijo, sus hermanos, tíos, cuñados, y confidentes, sino que se proscribió en masa a todo su parentesco, por más remotos que fuesen los grados de consanguinidad que los unían. Sólo se perdonó la vida a un niño de 11 años, hijo de Túpac Amaru, que después de haber presenciado el suplicio de sus padres y deudos, fue remitido a España, donde falleció poco después. Así es que debe tenerse por apócrifo el título de Quinto nieto del último Emperador del Perú, que asumió Juan Bautista Túpac Amaru, para conseguir del Gobierno de Buenos Aires una pensión vitalicia. El único resultado útil de este gran sacudimiento fue la nueva organización que la Corte de España dio a la administración de sus provincias de ultramar, y la abolición de los repartimientos. De este modo quedó legitimado el principio que invocó Túpac Amaru para mejorar la suerte de los indios, que hallaron después en sus delegados, administradores más responsables, y por consiguiente más íntegros que los corregidores... etcétera. Esto sólo como información general. Bien, ahora permíteme hacer un pequeño paréntesis...

—Permiso concedido —dijo Sebastián rápidamente.

—... para aclarar un desacierto. Hay historiadores y estudiosos que tachan el movimiento de Túpac Amaru de racista, y esto no es cierto porque no ven la realidad histórica en su conjunto. Aparte de los edictos del mismo José Gabriel, están los edictos y las cartas de Micaela Bastidas, Andrés Túpac Amaru y Pedro de la Cruz Condori,

entre otros, donde plantean una clara posición de integración con otras fuerzas sociales; y es Andrés uno de los que más se preocupó por lograr la adhesión de los criollos. El mismo Túpac Catari, que en algún momento dictó un bando en el que, utilizando apócrifamente el nombre de Túpac Amaru II, ordena pasar a cuchillo a todos los no indios, cambia de posición en relación a los criollos; aunque no por ello otros dirigentes y parte de las masas dejaron de cometer desmanes. El susodicho bando dice: Manda el Soberano Inca Rey, que pasen a cuchillo a todos los corregidores, sus ministros y caciques, cobradores y demás dependientes. Como asimismo a todos los chapetones, criollos mujeres, niños de ambos sexos y toda persona que parezca ser española o lo sea, o que a lo menos esté vestida a imitación de tales españoles. Y que si esta especie de gentes se favoreciesen en algún sagrado o sagrados y algún cura u otra cualesquier personas impidiese o defendiesen el fin primario de degollarlas, también se atropelle por todo, ya pasando a cuchillo a los sacerdotes y ya quemando las Iglesias. En cuyos términos que tampoco oyesen misas, ni se confesasen, ni menos diesen adoración al Santísimo Sacramento... así mismo no tuviesen los indios sus consultas en otros lugares que no fuesen los cerros, procurando no comer pan, ni beber agua de las pilas o estanques, sino enteramente separarse de todas las costumbres de los españoles.

—A lo largo de toda la historia de la lucha de clases se puede apreciar una serie de excesos cometidos por una parte de las masas, a veces masivo, a veces reducido y focalizado, pero que por lo general acarrearán más daño que beneficio —comentó Sebastián.

—Cierto, aunque no se trata de criticar y condenar los excesos sino de explicarlos y corregirlos; y para corregir un error, en determinados momentos, hay que sobrepasar los límites justos; de otra manera, el error no podrá ser corregido. Esto no tiene nada que ver con promover el exceso a pesar de que hay excesos que, siendo el aspecto negativo, son sumamente necesarios. En toda guerra justa, en toda guerra revolucionaria, hay una parte de las masas que se desborda, que rebasa a sus dirigentes, y da rienda suelta a su descontento de siglos, a su justo resentimiento, a su cólera creciente y a su comprensible odio de clase. Esto no tiene nada que ver con fanatismo fundamentalista y otras huevadas. El asunto es que una vez producido el exceso, en cada caso concreto, hay que estudiar su raíz histórica y su manifestación del momento para poder contener el desborde, controlarlo, y hacerlo volver a su cauce; de lo contrario habrá una desviación muy perjudicial. Bien, así las cosas, retomo el hilo de la madeja. Aquí un punto interesante. Diego Cristóbal Túpac Amaru había denunciado a los caciques que formaban parte del cuer-

po terrateniente del país. Dijo que estos exigían de los indios variados servicios feudales y los hacían trabajar en sus propiedades; y justificaban estas actitudes diciendo que se trataba de tierras de los ayllus.

—Muy interesante, eso sí que no conocía —dijo Sebastián moviendo la cabeza de abajo para arriba, y viceversa.

—Mira, siempre hay novedades. Y continúa diciendo que estos curacas, bajo la apariencia de comunidades, siembran muchas chacras, sin pagar tampoco a los naturales lo correspondiente. Diego Cristóbal precisa que esos caciques usurpaban tierras a los indios comunes de los ayllus y con cualquier pretexto los despojaban de sus mejores chacras.

—Qué carajo, ya me doy cuenta —exclamó Sebastián sacándose el sombrero para secar el sudor de su frente.

—Aguanta, compadre, ya viene lo mejor. Bajo esta forma de apropiación es que los miembros del clan Choquehuanca de Azángaro en Puno llegaron a poseer 16 fundos; usurpando las tierras comunales bajo el cuento de una reagrupación de los ayllus. Una pendejada utilizada por muchos caciques y la aristocracia indígena a lo largo de nuestra historia, y no sólo en la del Imperio de los Incas. Cualquier parecido con la realidad actual no es pura coincidencia.

—Ya entiendo. Qué pendejo, qué pendejo.

—Así las cosas, viendo la realidad histórica en su conjunto, el movimiento de Túpac Amaru no sólo fue nacionalista y anticolonial...

—También fue, en parte, antifeudal —completó Sebastián.

—Nacionalista, anticolonial y antifeudal. Y si añadimos sus intentos de golpear a la naciente burguesía comercial financiera afincada en Lima entonces tenemos un panorama de lucha bastante avanzado para su época; evidentemente no exactamente tal como en la actualidad se entiende una revolución democrática y nacional, ni de lejos, pero para la época era, reitero, un programa bastante, pero bastante avanzado. El movimiento de Túpac Amaru, mal grado los prejuicios de la bazofia intelectual y su tendencia al chacoteo y al desprecio hacia la masa profunda, debe ser estudiado más a fondo, sobre todo, según mi opinión, para comprender las limitaciones, deficiencias y errores de ese movimiento y, en especial, el muy complejo entramado desarrollo histórico de la masa indígena, del campesinado, para sacar lecciones adicionales a la ya rica experiencia adquirida en el último medio siglo de lucha de clases en nuestra patria. Bien, sígo. Aquí una de las acusaciones que parecen no tener fecha de vencimiento y valen para todos los tiempos, se lee: Aunque los nuestros por 7 días continuos hicieron prodigios de valor y de constancia, no sólo rechazando los furiosos esfuerzos con que eran acometidos por aquella canalla, sino hiriendo y matando a muchos, cediendo ya las

fuerzas a la obstinada porfía y número desigual de los contrarios, y hallándose fatigados de hambre y sed, con total falta de pólvora y balas, y sin llegar el auxilio que repetidas veces habían pedido al comandante militar y a la Audiencia de la Plata, distante sólo 30 leguas, determinaron como último remedio retirarse al templo, creyendo que el respeto debido a la casa de dios fuese la más inexpugnable fortaleza, que les salvase las vidas. Pero ¡o barbaridad inaudita! no fue así, pues con oprobio de la misma racionalidad, y menosprecio del adorable Sacramento, de las sagradas imágenes, y de toda la corte celestial, se convirtió el templo en cueva de facinerosos, que con sacrílegas manos quitaron la vida al cura y a 5 sacerdotes, pasando a cuchillo más de 1,000 personas, entre hombres, mujeres y criaturas, quedando el santuario convertido en piélago de sangre inocente, y salpicados con ella los altares.

—Para albergar tantos cadáveres, ese templo debe de haber sido más grande que una catedral —comentó Sebastián.

—Y la mentira más aún —repuso Leoncio—. Un no poco mal intencionado relato, indilgado a la violencia de las masas tupacamariistas, queda estampado en un escrito del comandante español Joaquín de Orellana, corregidor de Puno y tenaz defensor del orden colonial hispano, se lee: Entré a Chucuito y no encontré a persona alguna, a quien preguntar por los demás, me dirigí a la Plaza, donde hallé el mayor horror que en este reino se ha visto *desde la conquista*. Fuera de los enterrados, se hallaban más de 200 cadáveres en aquél lugar, pasé a la casa del cura y también se encontraron sus cuartos abarrotados de cuerpos muertos, de manera que no se escapó alma que tuviese rostro de español que no pereciere.

—Para este cojudo no existió ni uno solo de los varios millones de indígenas asesinados en masa durante la invasión española; todo le debe haber parecido un falaz espejismo.

—Eso. A estas alturas de la contienda, y hablando sólo de lo acaecido en este rincón sudamericano, nadie niega la virulencia de los contrincantes; pero, si a las estadísticas nos atenemos y comparamos las más o menos 40,000 víctimas españolas y las más de 100,000 víctimas indígenas y las comparamos con el total de la población de cada quien en esta parte del Continente, entonces veremos con mucha claridad quién fue el genocida y quién la víctima. Y para completar los datos, más del 70% de los caídos en el bando español eran indígenas que los apoyaban y a quienes los españoles usaban como carne de cañón. La saña, la perversidad y la brutalidad del invasor español fue una constante desde la ocupación hasta su derrota en la guerra de independencia; la masa campesina se defendió pasando, de vez en cuando, los límites de lo razonable. Bien,

una perorata que lanza loas a los pusilánimes héroes de la represión, dice: Los pueblos del tránsito se esmeraron en dar las mayores pruebas de fidelidad, recibéndole con las más expresivas demostraciones que les permitía la infeliz constitución en que habían estado poco antes. Tenían dispuestos alojamientos, prontos los víveres y bagajes necesarios; se excedían en el cuidado de los enfermos; salían al encuentro a larga distancia los *indios gobernadores, acompañados de sus segundos y curacas*, con danzas y músicas a su uso, para acreditar el gusto y complacencia con que le recibían, de modo que parecía no había tenido aquel país alteración alguna. Estas circunstancias le proporcionaron la satisfacción de llegar a la Plata el día 19 del propio mes, donde entró por medio de las aclamaciones de un numeroso pueblo, acompañado de aquel comandante, y de toda la oficialidad de milicias y de muchas personas de la primera distinción, que habían salido a recibir aquel corto número de hombres, cubiertos de laureles, y de una gloria inmortal, que no podía borrarla el transcurso del tiempo, ni obscurecerla las negras sombras de la envidia... etcétera. Este comentario hace referencia a José Reseguín, teniente coronel de los Reales ejércitos, comandante general de las fuerzas del Virreinato de Buenos Aires y gobernador de Armas de la Audiencia de Charcas; masacrador de estirpe ante el cual Andrés Túpac Amaru se presentó en representación de su tío Diego Cristóbal Túpac Amaru para firmar el primer Tratado de Paz que suscribieron en noviembre de 1781 los dirigentes del movimiento y los representantes virreinales.

—Bonitos acuerdos de paz.

—Sí, muy lindos por cierto. Y al respecto un par de comentarios. Escucha lo que se lee en una copia original del Tratado firmado por Diego: En el campo de Lampa, en 11 de diciembre de 1781. El señor comandante de la columna de Arequipa, don Ramón de Arias, se congregó en compañía de varios oficiales suyos a hablar con don Diego Túpac Amaru, a fin de que por sus partes, y todos los individuos de la columna, se observara y cumpliera religiosamente el perdón e indulto general que la piedad del excelentísimo señor Virrey de Lima tiene concedido al dicho Túpac Amaru, como igualmente a todos los naturales de ambos sexos y edades, sin excepción de personas, según consta del bando. En cuya virtud prometo en nombre del Rey, el señor don Carlos III, que dios guarde, que no ofenderé, ni perjudicaré a ningún natural; que guardaré exactísimamente las órdenes del señor Virrey, dirigidas a tratar con suavidad y blandura a todos los naturales de estas provincias; bien entendido que dichos naturales deben observar la misma armonía, sin causar insultos, ni extorsiones al ejército de mi mando, ni a ningún español. Y en caso de que no se cumpla por parte de los naturales esta buena correspondencia refe-

rida, no se extrañará la defensa natural, y que procure el honor de las armas del Rey. Al mismo tiempo yo, dicho Túpac Amaru, ofrezco, como verdadero rendido, que mandaré y no permitiré que ningún natural ofenda a los españoles; y al mismo tiempo que se recojan a sus pueblos y vivan con los españoles en paz y unión como Dios manda, y quiere Nuestro Católico Monarca; de modo que, cesando las hostilidades, y todos los perjuicios ocurridos hasta ahora, sea todo tranquilidad y buena correspondencia entre españoles e indios, para que gire el comercio, se repueblen las estancias, se trabajen las minas, se doctrinen los indios por sus respectivos curas, y por último vivamos todos como verdaderos vasallos del Católico Rey de las Españas. En cuya virtud, y para que conste, firmamos este papel, en señal de la buena fe, que ambos debemos observar; lo firmamos con los señores curas, comisarios del ilustrísimo señor obispo del Cusco, y de varios oficiales de la Plana Mayor, y capitanes de esta columna en dicho campo. Siguen nombres... etcétera, etcétera. Y aquí algo aún más interesante; la exposición de Diego Cristóbal: Hoy, que en este ilustrísimo Ayuntamiento representáis la sacra y augusta persona de mi Rey y Señor, don Carlos III, que Dios guarde, que asimismo vais a usar conmigo, mi familia y el resto de errantes vasallos, el más generoso y benigno indulto que se habrá admirado en las edades; señor, postrado a vuestras plantas con el más profundo respeto, aquel escandaloso del Perú, aquel cuyos excesos y errada conducta, pusieron en el grado de caudillo y promotor de las muchas lástimas que llora este reino. Soy, señor, no ignoráis, Diego Cristóbal Túpac Amaru, hermano de aquel infeliz José Gabriel, primer móvil de esta revolución. Su conducta, sus pasos, sus intenciones y motivos él en vuestro tribunal lo expondría, y por su confesión os lo significué, señor. No ambicioso de honor, no movido de avaricia, menos con ánimo de rebelarme contra mi Rey y Señor, aunque las apariencias lo mostrasen; ignoré absolutamente sus ideas; jamás me comunicó sus proyectos; llamóme como a hijo, que así me trataba, y cuando ya tuvo decretado el primer yerro en Tungasuca, me ordenó con pena de muerte lo que había de obrar. Después así lo ejecuté, que es notorio, avasallando el ánimo de los indios, que con la dura opresión de los corregidores, se hallaban prontos a la extirpación de ellos y aun de sus nombres, de que harán presentes sus quejas, y así tengo fabricada con los yerros la cadena que arrastro. En todo me confieso culpado; no pretendo minorar mis delitos, que si ellos son grandes, ha sido mayor la piedad del Rey, mi señor. Disculpad mi flaqueza, y cubrid mis ignorancias con la real clemencia. Acordeme, señor, para engréir mis pensamientos, tener en mis venas algún asomo de Túpac Amaru, y hoy para anonadarme os traigo a la consideración esto propio, para moveros a

lástima, y a mí para mayor confusión, pues no obré como debía. Estas armas son las que ofendieron el acatamiento de mi Rey y Señor. Ahora las rindo con ánimo serio de no volverlas a tomar en mi vida, aunque me sea cierta una muerte. Allá en Azángaro quedan algunas piezas, que no las quise traer, porque los amotinados no presumiesen venía a fomentar más motines. Disponed de ellas lo que fuere del servicio del Rey, mi señor, lo propio de mi persona y familia; sólo os suplico, que no sea tan dura mi suerte; que pierda la libertad y honor, que para ello protesto perder la vida, si posible fuere, 1,000 veces en obsequio de la majestad ofendida. Fabricaré nuevos méritos, si me lo permitís, con que sepa granjearme nuevo nombre y séquito a mis operaciones, para que de este modo quede enteramente borrada la mancha que en el público tiene estampada nuestra desviada conducta; asegurando, como debo asegurar, que en lo futuro seré el más fiel servidor de Su Majestad Soberana, como el tiempo lo acreditará. Pues si la piedad del indulto se me antelase, tiempo ha sin duda que hubiera anticipado mi obediencia, de la que sólo me retardó el miedo a la muerte, porque por todas partes me amenazaba con edictos, que a mis manos llegaron; creyendo que esta misma merced se ampliase a mi difunto hermano, que tantas veces deseó acaeciese lo propio, pero la Divina Providencia que todo lo dispone rezagó esta dicha para mi felicidad. Con ella me admitid, señor, arrepentido, y nuevo hombre para la posteridad...

—Putá, carajo, eso apesta tanto como la necesidad insoslayable de la paz y la auténtica reconciliación nacional sin vencedores ni vencidos, sin venganzas, persecuciones y restricciones personales contra nadie —comentó Sebastián mientras se alejaba un poco de Leoncio para ir a orinar.

—Y a acuerdos de paz y solución política a los problemas derivados de la guerra interna; no represión, garantías para la vida e integridad física de los prisioneros de guerra —agregó Leoncio y esperó a que Sebastián regresara a su lado; luego continuó—. Diego Cristóbal, al rendirse y ante el miedo a la muerte, había implorado por su vida: sólo os suplico, que no sea tan dura mi suerte. ¿Y cómo pagaron los españoles su abdicación? ¿Cómo recompensaron los españoles el hecho de que haya renegado de los principios enarbolados por Túpac Amaru II? He aquí la lectura textual de la sentencia, para que se diga que estoy inventando: Atendiendo igualmente a hallarse renovados todos los delitos anteriores al indulto, debemos condenar, y condenamos al referido reo, Diego Cristóbal Túpac Amaru, en pena de muerte, y la justicia que se manda hacer es, que sea sacado de la cárcel donde se halla preso, arrastrado a la cola de una bestia de albarda, llevando soga de esparto al pescuezo, atados pies y manos,

con voz de pregonero que manifieste su delito; siendo conducido en esta forma por las calles públicas acostumbradas al lugar del suplicio, en el que, junto a la horca estará dispuesta una hoguera con sus grandes tenazas, para que allí, a vista del público, sea atenazado y después colgado por el pescuezo, y ahorcado hasta que muera naturalmente, sin que de allí le quite persona alguna sin nuestra licencia, bajo la misma pena; siendo después descuartizado su cuerpo, llevada la cabeza al pueblo de Tungasuca, un brazo a Lauramarca, el otro al pueblo de Carabaya, una pierna a Paucartambo, otra a Calca, y el resto del cuerpo puesto en una picota en el camino de la Caja del Agua de esta ciudad, quedando confiscados todos sus bienes para la Cámara de Su Majestad, y sus casas serán arrasadas y saladas, practicándose esta diligencia por el corregidor de la provincia de Tinta. Punto. A otros, en la actualidad, los dejan solos para que se pudran en la cárcel. Toda esa mierda no es más que la expresión de que el movimiento tupacamarista no pudo ser derrotado por la fuerza de las armas y los españoles se vieron obligados a recurrir primero a la diplomacia, a los acuerdos de paz y el perdón para todos los alzados, y luego a la traición; y ésta no sólo fue *virtud* de los españoles. La traición a la masa indígena vino de arriba, de sus propios dirigentes. Los Túpac Amaru, Diego y Andrés, deponen las armas en momentos en los que tenían prestigio y contaban con un gran reconocimiento por parte de las masas que los veían como líderes no vencidos y los seguían considerando sus guías. Pero estos dirigentes, una vez caídos prisioneros y ante las nuevas circunstancias, renegaron de todo lo que habían hecho. La bestia española, sedienta de sangre y por dictado del Rey de España, se lanza a degüello; un oprobioso festín que segó la vida de más de 100 personas, incluyendo familiares, allegados, amigos, empleados y criados, cuyo único pecado había sido la cercanía a quienes, en su momento, fueron capaces de plantear la tarea del momento, de levantarse en armas y con valentía y honor combatir por su libertad para cambiar el rumbo histórico sacudiéndose de la opresión y explotación; para construir un mundo mejor con sus propias manos.

—Las secuelas de tamaño genocidio fue un encono no menos brutal —añadió Sebastián—. Se prohibió todo aquello que podría suponer la imagen de un Inca; se prohibió el uso del apelativo, los trajes, las comedias indígenas relativas a sus costumbres, los cuadros, los retratos, los murales y todo aquello que mantuviera viva en la conciencia de la masa indígena las llamas de la rebelión. Se ordenó la requisa de los Comentarios Reales de Garcilaso de la Vega y ni siquiera los árboles genealógicos se salvaron del festín de la quema; se abolió los cargos de curacas; se dispuso castellanizar totalmente

a la población indígena y se anuló todos los reconocimientos y títulos dados a la nobleza indígena. Se descabezó el movimiento, que reitero no sólo fue indígena, y las masas perdieron sus dirigentes. La magnitud y alcance de este genocidio empequeñece el padecido por las huestes de Atahualpa, pero sigue los lineamientos generales de actos similares acaecidos en la historia universal. Es más, la sanguinaria represión, las matanzas, el genocidio de los pueblos y la limpieza étnica aún no cesa; al contrario, campea por doquier.

—Sí, y hay que señalarlo con toda su crudeza. Bien. Los demócratas sostienen que la democracia se basa en lo que decide la mayoría, mientras que los que prefieren la oligarquía piensan que deben decidir los que poseen mayores riquezas. Pero ambos son injustos. Si seguimos lo que proponen unos pocos, encontramos enseguida la tiranía, pues si una persona posee más que ninguna otra, de acuerdo con la justicia oligárquica este único hombre tiene derecho a detentar el poder supremo. De otro modo, si la superioridad en número es el criterio que prevalece, se perpetrará la injusticia con la confiscación de las propiedades de los ricos, que estarán en minoría y no podrán oponerse. El concepto de igualdad, que suscribirán ambas partes, deberá, por tanto, partir de la definición de *derecho común a ambos*. Esto no lo digo yo ni lo dijo Túpac Amaru. Fue Aristóteles quien ideó esta forma de concebir la igualdad como el derecho común a ambas partes en conflicto, a saber, a las mayorías y a las minorías. Túpac Amaru II no tuvo éxito en el logro de sus objetivos porque no tomó en cuenta algunas contradicciones irreconciliables que venían desarrollándose hacía ya buen tiempo. El mestizo José Gabriel Condorcanqui Noguera, Marqués de Oropesa, cacique de Tungasuca, Surimana y Pampamarca y, según algunos, portavoz de los indios ante los blancos, se saltó a la garrocha, en especial, la contradicción generada en la pugna que se daba por la dirección del Estado contra los invasores. Pugna que, por el lado de los nacionales, generaba 2 polos, uno de ellos encabezado por terratenientes y capitalistas, mestizos de origen americano evolucionados por la línea española, que contaban con el apoyo de buena parte de la nobleza indígena, también terratenientes; y otro polo en el que se agrupaban las amplias masas populares, las masas pobres de mestizos de origen americano evolucionados de ambas líneas de desarrollo, encabezado por la parte avanzada y progresista de caciques indígenas ligados al comercio. El movimiento de Túpac Amaru propugnaba la igualdad y la justicia social para *todos los paisanos y compatriotas* nacidos en estas tierras; una *igualdad* y una *justicia* que ni siquiera se podrían dar en el socialismo por ser abstractas, utópicas e inexistentes. En el socialismo, dicho sea de paso, habrá un *derecho igual*, sí, pero éste

aún será un derecho burgués, que, como todo derecho, presupone la desigualdad de hecho. Todo derecho significa la aplicación de un rasero igual a hombres distintos, a hombres que en realidad no son idénticos, que no son iguales entre sí ya que unos son más fuertes y otros más débiles, unos son casados y otros solteros, unos tienen más hijos que otros... etcétera; por tanto, el *derecho igual* es una infracción de la igualdad y una injusticia. Como ya hemos visto, en el socialismo el Estado todavía no se extingue del todo, por lo tanto no puede proporcionar *todavía* justicia ni igualdad ya que subsisten las diferencias de riqueza; subsisten diferencias injustas, sí, pero ya no será posible la explotación del hombre por el hombre, puesto que no será posible apoderarse, a título de propiedad privada, de los medios de producción, de las fábricas, de las máquinas, de la tierra... etcétera. Así, la sociedad socialista se verá obligada a destruir *solamente* aquella injusticia que consiste en que los medios de producción sean usurpados por individuos aislados, pero no estará en condiciones de destruir de golpe también la otra injusticia, consistente en la distribución de los artículos de consumo según el trabajo y no según las necesidades. Reitero, el paso de los medios de producción a propiedad común de toda la sociedad no suprime los defectos de la distribución y la desigualdad del derecho burgués, el cual sigue imperando por cuanto los productos son distribuidos según el trabajo y no según las necesidades. El derecho no puede ser nunca superior a la estructura económica y al desarrollo cultural de la sociedad por ella condicionado.

—Evidentemente este tipo de análisis es algo que no podía haberse esperado encontrar en precursores y próceres —dijo Sebastián con calma.

—Eso. Y con la misma claridad hay que decir que Túpac Amaru y muchos otros son hombres de su tiempo; no eran espectadores de la historia, fueron actores fundamentalmente políticos en la guerra nacional y anticolonial. Son protagonistas de la historia peruana.

—Por lo tanto, valga la pena reiterarlo una vez más, no es un problema de sobrevaloración de la memoria colectiva, de la memoria histórica, supuestamente tramposa que sólo recuerda inventos y embustes y que no es garantía de nada, sino de la producción de la conciencia —acotó Sebastián.

—Exactamente, de eso se trata, de la producción de la conciencia —puntualizó Leoncio—. Guste o no, lo niegue quien lo niegue, el movimiento de Túpac Amaru, sin artificio histórico, sí desbrozó el camino para la independencia; preparó las condiciones para la emancipación de nuestra patria.

—He ahí su virtud —acuyó Sebastián.

—Con claridad y justeza —refrendó Leoncio—. Bien. En la actualidad algunos levantan los nombres de Túpac Amaru II y Túpac Catari como el de los fundadores de la teoría de la liberación de los pueblos originarios de América y de otras cojudeces; esto es falso, su política nunca se restringió a los pueblos originarios o indígenas; por lo menos no en el exclusivista sentido que ellos lo usan. Además, el lado oscuro de estos personajes, sin explicación alguna, es dejado de lado como una irreverente mancha del fatal destino; esa manera de ver las cosas no sólo es parcial y absurda, es contraproducente. El nombre y la trayectoria de Bolívar, y de otros más, pasa por el mismo irreflexivo trato. Las desmesuradas loas, que encubren la trascendencia de los objetivos trazados y el verdadero calado de estos hombres, son fabricadas para devaluarlos y convertirlos en íconos inofensivos.

—Hay una sarta de intelectuales pequeñoburgueses que asumen y aceptan, desde la posición de la reacción, el uso de la *violencia* como patrimonio exclusivo del Estado para oprimir y para someter por la *violencia* a los adversarios; pero niegan y rechazan el uso de la *violencia* para acabar con la reacción, para acabar con la opresión y para aplastar la resistencia de los explotadores. De esta manera niegan el carácter de clase de la *violencia*, el carácter de clase de toda guerra. Indiscutiblemente nos oponemos a la violencia ejercida contra las naciones y en general a la violencia ejercida contra los hombres. Pero no nos oponemos a la violencia revolucionaria. Por tanto, hablar de *violencia* en general, sin distinguir las condiciones que diferencian la violencia revolucionaria de la violencia reaccionaria, es una reverenda tontería. Sólo con la violencia revolucionaria puede contestarse a la violencia reaccionaria.

—Sí, así es —convino Leoncio—. La violencia desempeña en la historia, además del de agente del mal, un papel revolucionario; es la partera de toda vieja sociedad que lleva en sus entrañas otra nueva; la violencia es el instrumento con la ayuda del cual el movimiento social se abre camino y rompe las formas políticas muertas y fosilizadas. Esto ya lo hemos analizado.

—Ya lo sé. Pero en este caso sí vale la pena reiterarlo para que quede claro que estamos resueltamente por la paz y contra la guerra —repuso Sebastián—. La historia conoce sólo 2, tipos de guerras: las justas y las injustas. Apoyamos las guerras justas y nos oponemos a las guerras injustas. Todas las guerras contrarrevolucionarias son injustas; todas las guerras revolucionarias son justas. Sólo hay un medio para eliminar la guerra, ese monstruo de matanza entre los hombres; la solución es que hay que oponer la guerra a la guerra, oponer la guerra revolucionaria a la guerra contrarrevolucionaria. No queremos la guerra, queremos la paz. Hacemos la guerra para poder

vivir en paz.

—Bien, valga la reiteración. Volviendo adonde me quedé. La contrapartida, en el desarrollo de esa guerra justa, fue que, a causa de los excesos cometidos por el desborde de las masas, recusables pero explicables excesos que nunca faltan, el movimiento de Túpac Amaru provocó rechazo y un miedo tan grande que los criollos se vieron obligados a sopesar el peligro que podría significar un movimiento a gran escala liderado por indígenas; un torbellino que arrastraría a la masa, según ellos, a una matanza de blancos, daños a la propiedad y anarquía general. Eso hizo que la contradicción se agudizara aún más; lo cual, a su vez, causó que los criollos se unieran a los españoles para aplastar la rebelión y que surgieran oportunistas y traidores como el cacique Pumacahua. A causa de este miedo, los criollos optaron por ocupar la dirigencia de los movimientos; y, además, se esforzaron por copar los cargos dirigentes y administrativos de la sociedad y suavizaron sus quejas contra el colonialismo borbónico...

—Y los obligó a pensar con mucho cuidado y más de 2 veces antes de entrar en alianzas con las clases más pobres de la sociedad —añadió Sebastián.

—Sí. He ahí el problema causado por la falaz idea de igualdad y justicia para *todos* en lugar de una correcta política de frente único, de alianza de clases contra un enemigo común según el momento concreto en el desarrollo de la lucha. Pero ojo, una pequeña aclaración. Una cosa son los resultados del análisis del *movimiento* de Túpac Amaru II en su conjunto y otra cosa es la posición defendida por él mismo; por ejemplo, sus divergencias con Cicenaro en el asunto de pasar a cuchillo a todo aquel que no fuera indio, esto de por sí ya expresa el desarrollo de la lucha interna y la existencia de 2 líneas al interior de la dirección del movimiento y de seguro también en sus bases. Lo mismo se puede apreciar en las discrepancias entre los otros Túpac Amaru y Túpac Catari.

—Lo daba por sobreentendido —dijo Sebastián levantando las manos hacia el firmamento.

—Gracias, pero tal vez sea mejor explicarlo; o por lo menos dejarlo explícito para los demás.

—Lo haré, sí, es mejor —convino Sebastián con agrado.

—Bien, entonces, generalizando experiencias. A pesar de que las conspiraciones, revueltas, levantamientos, sublevaciones y movimientos de los Siglos XVII y XVIII tuvieron objetivos variados, y la procedencia de su dirigencia era socialmente específica o mixta, es decir de una clase social o varias, en todas ellas se pueden encontrar elementos comunes que se desarrollaron a lo largo de todo el territorio nacional. Uno de esos elementos es el uso del derecho a la

insurrección como forma de lucha para conseguir el cambio o la mejora de las condiciones de los americanos en general; otro elemento es la lucha contra la injusticia, el abuso de poder y el mal gobierno también en general; y a estos 2 se añade la conciencia que fueron tomando los hispanoamericanos del poder o de la fuerza que alcanzaban al unir esfuerzos en su lucha contra los españoles. En todo caso, lo que trato de señalar es que la *sociedad peruana*, y no sólo la *idea* que ella tiene de sí misma, es anterior a la independencia y a la creación del Estado peruano. Y haciendo proyecciones, planteo que la defensa de la soberanía nacional, de la autodecisión o autodeterminación y de la integridad territorial, lo mismo que el internacionalismo y el nacionalismo revolucionarios, favorecen la unidad siempre y cuando nos apoyemos en nuestros propios esfuerzos y en las masas y mantengamos nuestra independencia ideológica, política y organizativa. Punto. Sobre esto, más adelante. Peliagudo, ¿no?

—Hereje, con eso del nacionalismo estás jugando con fuego — contestó Sebastián y soltó una fugaz carcajada.

—Momentito, compadre, no soy tan carismático como para esperar a todo nacionalismo un carácter chauvinista y fascista; para mí hay un nacionalismo revolucionario y otro reaccionario, y lo mismo pasa con el internacionalismo.

—Eso ya lo sé, y *tenemos* razón —dijo Sebastián siempre de buen humor.

—Gracias. Sigo. Así las cosas, lo aparecido en el Mercurio Peruano no es más que el resultado de un largo período de maceración, de fermento, que nada tiene que ver con trauma, frustración, resentimiento o postergación; simplemente es el resultado de la formación de una conciencia nacional. Les guste o no a los sabios plumíferos de la historia oficial y a sus volubles reivindicadores. El *nacionalismo continental* de los revolucionarios hispanoamericanos, sobre el cual escribió Mariátegui en algún momento, en mi opinión, tiene su punto de partida en las regiones de los diferentes virreinos puesto que tenían su identidad propia y era exaltada en *su* propia literatura por *sus* propios escritores; ese *americanismo*, ese *ideal americanista*, que correspondía a una necesidad histórica, es posterior a la identidad nacional desarrollada en los diferentes pueblos de la América española; si se analiza con detenimiento la lucha por la emancipación como un todo, antes, durante y después del hecho militar, y si dentro de ese proceso de desarrollo uno se centra en lo ideológico, político y económico, entonces se podrá llegar a esa conclusión con relativa facilidad. Bien, de esta manera, entremos a ver las opiniones de algunas personalidades. Tomemos, por ejemplo, al seminarista jesuita expulsado del Perú en 1767 Juan Pablo Viscardo y Guzmán, a quien

algunos llaman *precursor* de la independencia hispanoamericana y es más conocido por 2 Cartas; la primera, enviada al Cónsul inglés en Livorno, Italia, John Udny en 1781 y, la segunda, la muy conocida *Carta a los españoles de América*. Para profundizar algo más sobre este personaje, habría que remitirse al bien documentado estudio del catalán Miguel Batllori i Munné: *El Abate Viscardo. Historia y mito de la intervención de los jesuitas en la independencia de Hispanoamérica*. Pero veamos sólo algunos puntos de interés en lo escrito por el propio Juan Pablo. En la primera de sus Cartas, la enviada al Cónsul, Viscardo y Guzmán fundamenta, a su manera, la legitimidad de la independencia. Escribe: Los criollos, o sea españoles nacidos en el Perú, desde hace largo tiempo alimentan un resentimiento secreto por estar olvidados por la Corte, excluidos de los empleos públicos, obstaculizados en sus negocios comerciales; ellos veían cada día a los europeos conseguir los honores y las riquezas, por las cuales sus padres habían vertido mucho sudor y sangre... Muchas veces el Imperio Español hubiera sido puesto en peligro, si los criollos, que creían contraer una mancha indeleble para su honra al faltar de fidelidad a su soberano, no hubiesen contenido con su autoridad, y también con su fuerza, los ímpetus de los mestizos, los mulatos libres... etcétera. Éstos siempre han guardado un respeto y un amor tan grande hacia los criollos, que en cualquier ocasión a una sola señal se hubieran sacrificado por ellos... Los criollos, lejos de ser aborrecidos, eran respetados, e inclusive amados por muchos indios... y convertidos casi en un mismo pueblo... No quisiera que vuestra Excelencia se figurase que estas clases —aquí se refiere a los criollos, mestizos, mulatos e indios, especificó Leoncio— actúan separadamente, antes bien que se imaginase conmigo que tales clases forman *un todo político* en que los criollos tienen el primer lugar, las razas mestizas el segundo y los indios el último. Éstas son verdades de hecho, confirmadas por los acontecimientos... etcétera. Hasta aquí unos pocos puntos resaltados. Bien, estas opiniones, anteriores a las vertidas en el Mercurio Peruano, sitúan la primacía de los criollos como una *verdad de hecho* y no de principio; además, muestran un nacionalismo más completo al señalar vínculos entre los *paisanos* de las diferentes naciones que pueblan este país. Da a entender que el Perú, a pesar de la estratificación racial que menciona, es una comunidad nacional, constituida como *un todo político*, que se encuentra sometida a una metrópoli que ejerce su opresión a través de peninsulares, extranjeros advenedizos, usurpadores y enemigos de la gente del país. La Carta concluye planteando que no había para ellos, para criollos, mestizos e indios, otra salud que librarse del dominio español.

—¿No es en esa carta donde Viscardo y Guzmán opina favorable-

mente sobre el movimiento de Túpac Amaru? —preguntó Sebastián.

—Sí, así es. Viscardo, al notar el potencial insurgente de indios, mestizos y criollos, le sugiere al Cónsul que hablara con el Ministro Británico Sir Horace Mann sobre el movimiento que, según palabras de Viscardo, apunta a liberar a los indios de la esclavitud de España y a recuperar el imperio de sus antepasados, dice: ...las vejaciones hechas a aquellos pueblos no han hecho sino acelerar una revolución, que indudablemente habría acaecido de inmediato si por cualquier motivo se hubiere perdido el equilibrio entre las diferentes razas que componen la población del Perú, cuya recíproca desconfianza suspendía los efectos del descontento y del resentimiento que en cada una existía contra el Gobierno... todo ha concurrido a fortificar tales vínculos y a reunir los ánimos en un mismo propósito de sacudirse el yugo por todos aborrecido... Toda América Meridional desde el istmo de Panamá hasta Buenos Aires se separará del domino español... si se provee a estos pueblos armas suficientes y buenos oficiales...

—Posición diferente a la de los peruanos del Mercurio —dijo Sebastián.

—Diferente y anterior —especificó Leoncio—. Por favor, detengámonos un momento que me gustaría leerte algo. Gracias. Aquí está. En su *Carta a los españoles de América* redactada en francés mientras estaba de paso por Francia en 1791, Viscardo, al parecer ante las consecuencias sociales del movimiento indígena en el Perú y los sucesos revolucionarios en Francia a partir de 1789, permuta el *peruanismo* por el *americanismo*. En el fondo, según mi opinión, deja de lado a los mestizos y a los indios y, de pasada, menciona la vida, pasión y muerte de Túpac Amaru sólo para enaltecer las virtudes de quienes, en palabras de Viscardo y Guzmán, eran nacidos de la sangre real de los Incas, o cuyas madres eran hijas, sobrinas, o primas hermanas de la familia de los Incas, y los padres españoles y de los primeros conquistadores que habían adquirido tanta reputación. Aunque menciona a los indios, cosa que sólo hace 2 veces, y los trata de *compatriotas*, es evidentemente que su proclama la escribe para sus otros compatriotas y hermanos, los criollos. Pero veamos, en esta *Carta*, escrita en las proximidades de la celebración de los 300 años de la invasión del Continente por las huestes de Colón, se incitaba a los descendientes de españoles nacidos en América a luchar contra la opresión española y a formar un Estado soberano. Bien, te leo. En el primer párrafo de la *Carta*, escribe el señor Viscardo y Guzmán: El Nuevo Mundo es nuestra patria y su historia es la nuestra, y en ella es que debemos examinar nuestra situación presente, para determinarnos, por ella, a tomar el partido necesario a la conservación de nuestros derechos propios y de nuestros sucesores...

—Buen inicio, simple y concreto —alagó Sebastián.

—Sí. Creo que es lo mejor de todo el contenido. Y si, a pesar de sus limitaciones, se entendiera bien esa síntesis, nos habríamos ahorrado un montón de días de conversación, y hasta la exposición y posterior discusión serían sólo cuestión de horas y no de días como sospecho que será.

—Pero no se trata de que las cosas sean simples o complejas, lo que se requiere es dar una explicación y fundamentación con un mínimo de solidez que permita motivar, educar y convencer; así que no estamos perdiendo el tiempo por lo que la exposición y la discusión serán tan largas como sea necesario. ¿Cierto?

—Cierto. Sigo. Luego escribe Viscardo y Guzmán: ...nuestra historia de 3 siglos acá... se podría reducir a estas 4 palabras: ingratitude, injusticia, servidumbre y desolación... Más adelante, hablando sobre la luz de la verdad, Viscardo escribe: Ésta nos enseña, que toda la ley que se opone al bien universal de aquellos, para quienes está hecha, es un acto de tiranía, y que el exigir su observancia es forzar a la esclavitud, que una ley que se dirigiese a destruir directamente las bases de la prosperidad de un pueblo, sería una monstruosidad superior a toda expresión; es evidente también que un pueblo a quien se despojase de la libertad personal y de la disposición de sus bienes, cuando todas las otras naciones, en iguales circunstancias, ponen su más grande interés en extenderla, se hallaría en un estado de esclavitud mayor que el que puede imponer un enemigo en la embriaguez de la victoria... Un párrafo más abajo se lee lo siguiente: Desde que los hombres comenzaron a unirse en sociedad para su más grande bien, nosotros somos los únicos a quienes el Gobierno obliga a comprar lo que necesitamos a los precios más altos, y a vender nuestras producciones a los precios más bajos. Para que esta violencia tuviese el suceso más completo nos han cerrado, como en una ciudad sitiada, todos los caminos por donde las otras naciones pudieran darnos a precios moderados y por cambios equitativos, las cosas que nos son necesarias. Los impuestos del Gobierno, las gratificaciones al Ministerio, la avaricia de los mercaderes, autorizados a ejercer de concierto el más desenfadado monopolio, caminando todas en la misma línea, y la necesidad haciéndose sentir: el comprador no tiene elección. Y como para suplir nuestras necesidades esta tiranía mercantil podría forzarnos a usar de nuestra industria, el Gobierno se encargó de encadenarla... Y sigue más abajo: Por honor de la humanidad y de nuestra nación, más vale pasar en silencio los horrores, y las violencias del otro comercio exclusivo, conocido en el Perú con el nombre de repartimientos, que se arrojan los corregidores y alcaldes mayores para la desolación, y ruina particular de los desgraciados indios y

mestizos... Luego añade algunos puntos a destacar, saltando de uno a otro: Los intereses de *nuestro país*, no siendo sino los *nuestros*, su buena o mala administración recae necesariamente sobre *nosotros*, y es evidente que a *nosotros* solos pertenece el derecho de ejercerla, y que *solos* podemos llenar sus funciones, con ventaja recíproca de la patria, y de *nosotros* mismos... El sacrificio hecho a la España de nuestros más preciosos intereses, ha sido el mérito con que todos ellos pretenden honrarse para excusar las injusticias con que nos acaban. Pero la miseria en que la España misma ha caído, prueba que aquellos hombres no han conocido jamás los verdaderos intereses de la nación, y que han procurado solamente cubrir con este pretexto sus procedimientos vergonzosos; y el suceso ha demostrado que nunca la injusticia produce frutos sólidos. A fin de que nada faltase a nuestra ruina y a nuestra ignominiosa servidumbre, la indigencia, la avaricia y la ambición han suministrado siempre a la España un enjambre de aventureros, que pasan a la América resueltos a desquitarse allí con nuestra sustancia de lo que han pagado para obtener sus empleos. La manera de indemnizarse de la ausencia de su patria, de sus penas y de sus peligros, es haciéndonos todos los males posibles. Renovando todos los días aquellas escenas de horrores que hicieron desaparecer pueblos enteros, cuyo único delito fue su flaqueza, convierten el resplandor de la más grande conquista en una mancha ignominiosa para el nombre español. Así es que, después de satisfacer al robo, paliado con el nombre de comercio, a las exacciones del Gobierno en pago de sus insignes beneficios, y a los ricos salarios de la multitud innumerable de extranjeros que, bajo diferente denominación en España y América, se hartan fastuosamente de nuestros bienes, lo que nos queda es el objeto continuo de las asechanzas de tantos orgullosos tiranos, cuya rapacidad no conoce otro término que el que quieren imponerle su insolvencia y la certidumbre de la impunidad... Si corremos nuestra desventurada patria de un cabo al otro, hallaremos donde quiera la misma desolación, una avaricia tan desmesurada como insaciable; donde quiera el mismo tráfico abominable de injusticia y de inhumanidad, de parte de las sanguijuelas empleadas por el Gobierno para nuestra opresión. Consultemos nuestros anales de 3 siglos y allí veremos la ingratitude y la injusticia de la Corte de España, su infidelidad en cumplir sus contratos, primero con el gran Colón y después con los otros conquistadores que le dieron el imperio del Nuevo Mundo, bajo condiciones solemnemente estipuladas. Veremos la posteridad de aquellos hombres generosos abatida con el desprecio, y manchada con el odio que los ha calumniado, perseguido, y arruinado. Como algunas simples particularidades podrían hacer dudar de este espíritu persecutor, que en todo

tiempo se ha señalado contra los españoles americanos, leed solamente lo que el verídico Inca Garcilaso de la Vega escribe en el segundo tomo de sus Comentarios, Libro VII, capítulo 17... 3 siglos enteros, durante los cuales este Gobierno ha tenido sin interrupción ni variación alguna la misma conducta con nosotros, son la prueba completa de un plan meditado que nos sacrifica enteramente a los intereses y conveniencias de la España; pero, sobre todo, a las pasiones de su Ministerio. No obstante esto es evidente, que a pesar de los esfuerzos multiplicados de una falsa e inicua política nuestros establecimientos han adquirido tal consistencia que Montesquieu, aquel genio sublime, ha dicho: Las Indias y la España son potencias bajo un mismo dueño; mas las Indias son el principal y la España el accesorio. En vano la política procura atraer el principal al accesorio; las Indias atraen continuamente la España a ella... Fin de la cita de Montesquieu y continúa Viscardo: Esto quiere decir en otros términos, que las razones para tiranizarnos aumentan cada día. Semejante a un tutor malévolo que se ha acostumbrado a vivir en el fausto y opulencia a expensas de su pupilo, la España con el más grande terror ve llegar el momento que la naturaleza, la razón y la justicia han prescrito para emanciparnos de una tutela tan tiránica... Luego, más abajo añade: La conservación de los derechos naturales y, sobre todo, de la libertad y seguridad de las personas y haciendas, es incontestablemente la piedra fundamental de toda sociedad humana, de cualquier manera que esté combinada. Es pues una obligación indispensable de toda sociedad, o del Gobierno que la representa, no solamente respetar sino aun proteger eficazmente los derechos de cada individuo... Poco más abajo acentúa sus puntos de vista en una loa: ¡Generosos Americanos del Nuevo Reino de Granada! ¡Si la América Española os debe el noble ejemplo de la intrepidez que conviene oponer a la tiranía, y el resplandor que acompaña a su gloria, será en los fastos de la humanidad que se verá grabado con caracteres inmortales, que vuestras armas protegieron a los pobres indios, nuestros compatriotas, y que vuestros diputados estipularon por sus intereses con igual suceso que por los vuestros! ¡Pueda vuestra conducta magnánima servir de lección útil a todo el género humano!... Y va cerrando su convocatoria: En fin, bajo cualquier aspecto que sea mirada nuestra dependencia de la España, se verá que todos nuestros deberes nos obligan a terminarla. Debemos hacerlo por gratitud a nuestros mayores, que no prodigaron su sangre y sus sudores, para que el teatro de su gloria o de sus trabajos, se convirtiese en el de nuestra miserable esclavitud. Debémoslo a nosotros mismos por la obligación indispensable de conservar los derechos naturales, recibidos de nuestro creador, derechos preciosos que no somos dueños de enajenar, y que no

pueden sernos quitados sin injusticia, bajo cualquier pretexto que sea; ¿el hombre puede renunciar a su razón o puede ésta serle arrancada por fuerza? La libertad personal no le pertenece menos esencialmente que la razón. El libre uso de estos mismos derechos, es la herencia inestimable que debemos dejar a nuestra posteridad... El valor con que las colonias inglesas de la América, han combatido por la libertad, de que ahora gozan gloriosamente, cubre de vergüenza nuestra indolencia. Nosotros les hemos cedido la palma, con que han coronado, las primeras, al Nuevo Mundo de una soberanía independiente. Agregad el empeño de las Cortes de España y Francia en sostener la causa de los ingleses americanos. Aquel valor acusa nuestra insensibilidad. Que sea ahora el estímulo de nuestro honor, provocado con ultrajes que han durado 300 años. No hay ya pretexto para excusar nuestra apatía si sufrimos más largo tiempo las vejaciones; si nos destruyen, se dirá con razón que nuestra cobardía las merece. Nuestros descendientes nos llenarán de imprecaciones amargas, cuando mordiendo el freno de la esclavitud que habrán heredado, se acordaren del momento en que para ser libres no era menester sino quererlo. Este momento ha llegado, aconsejémosle con todos los sentimientos de una preciosa gratitud, y por pocos esfuerzos que hagamos, la sabia libertad, don precioso del cielo, acompañada de todas las virtudes y seguida de la prosperidad, comenzará su reino en el Nuevo Mundo y la tiranía será inmediatamente exterminada... Nuestra causa, por otra parte, es tan justa, tan favorable al género humano, que no es posible hallar entre las otras naciones ninguna que se cargue de la infamia de combatirnos o que renunciando a sus intereses personales, ose contradecir los deseos generales en favor de nuestra libertad. El español sabio y virtuoso, que gime en silencio la opresión de su patria, aplaudirá en su corazón nuestra empresa. Se verá renacer la gloria nacional de un imperio inmenso, convertido en asilo seguro para todos los españoles, que además de la hospitalidad fraternal que siempre han hallado allí podrán respirar libremente bajo las leyes de la razón y de la justicia... Listo. Hasta aquí algunos de los puntos más importantes reseñados en la *Carta a los españoles de América*. Bien, en algún momento dijiste que Humboldt había observado que, desde 1789, los criollos decían que ellos no son españoles sino americanos...

—Y tú dijiste que había sido una observación tardía —añadió Sebastián.

—Eso, pero no por ello errada. Acabo de leer una de las pruebas, aunque, como ya expliqué y reiteré varias veces, la idea completa y correcta es aquella que manifiesta que a raíz de la invasión española, mal llamada conquista, no sólo nació el nuevo hombre, o sea, esa

mezcla a la que llaman cholo, sino que el propio hombre antiguo, el nativo, el oriundo, el natural, el autóctono, el indio, se amestizó; lo que hizo al Perú un país de mestizos, de peruanos que con el desarrollo económico, social y político, y en medio de enfrentamientos armados, se irán perfilando nítidamente en diferentes y hasta antagónicas clases sociales con mestizos procedentes de las 2 principales ramas evolutivas y otros allegados. Y ojo con una aclaración importante. No es que a través de esta larga lectura esté tratando de decir que Viscardo y Guzmán haya sido un empedernido organizador de revoluciones; no, ni siquiera lo pienso. Él tampoco es la única fuente de inspiración independentista y antiespañola; pero, evidentemente, el arequipeño es la cumbre y tuvo una no muy desdeñable influencia continental. Francisco de Miranda, luego de la muerte del autor de *las cartas*, imprimió y publicó la segunda en Londres en 1799, y, traducida al castellano en 1801, fue distribuida principalmente en Venezuela, México, Argentina y Perú, aunque aquí fue censurada y recién apareció publicada en 1822 en *El Correo mercantil, político y literario* con la palabra *españoles* eliminada del título. Manuel Gual, el de la *Conspiración de Gual y España*, dijo haber leído la Carta con *sagrado entusiasmo*; el primer secretario de la Junta Argentina de 1810, Mariano Moreno, hizo su propia traducción de la primera edición en francés; Fray Servando Teresa de Mier, uno de los ideólogos mexicanos, construyó sus argumentos inspirado en la *Carta*; Miranda la usó como panfleto de propaganda durante todo su accionar y, aquí, fue utilizada por José de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete, bisabuelo del historiador José de la Riva-Agüero y Osma, para su propio plan monárquico separatista a partir de 1808; ideas que bien se reflejan en su proclama de 1816 más conocida como *Las 28 causas de la Revolución de América*. En 1810, la *Carta a los españoles de América* fue condenada y prohibida por la Inquisición mexicana.

—Sin comentarios —dijo Sebastián tras un verduoso escupitajo.

—Tu expresión basta y sobra —continuó Leoncio con una sonrisa a flor de labios—. Así, en estas tierras, el separatismo, como producto de la necesidad histórica y de nuestro peculiar desarrollo económico, social, político e ideológico, cobraba mayor fuerza mientras Bolívar, dolido por el fallecimiento de su esposa, se dedicaba a pasear por París y algunos lugares de Italia, según dicen, leyendo a los clásicos de entonces e ilustrándose en diversos campos del saber universal...

—Bolívar cría fama y se echa en la cama dándose un par de históricas autoalabanzas —comentó lacónico Sebastián.

—Eso. Bien. Disculpa que haya invertido tanto tiempo en esta larga lectura, pero me parecía necesaria. Incluso, si esta *Carta* se estudia con detenimiento, se podrán encontrar algunos elementos que

apuntan hacia una idea de nación étnico-cultural con algunas de las características que ya critiqué. Aquí tengo copiada la carta completa, si quieres leerla...

—No, gracias, ya la leí. Me parece que los puntos que has mencionado son los adecuados, pero para la exposición tal vez sea mejor hacer una síntesis de los mismos esbozando la idea en forma concisa y concreta.

—De acuerdo, mira tú cómo lo haces —dijo Leoncio reempeñando la marcha mientras que en el cielo revoloteaban unos pocos pardos nubarrones—. Entonces sigamos con el pensamiento de otros personajes. Mira al frente, creo que ya falta poco para llegar a Vinchos.

—Cierto, ahora que lo dices recién lo noto; pero no hay apuro, es temprano y tenemos tiempo. De todas maneras nos están esperando.

—Bien, entonces sigo. Veamos, por ejemplo, el señor José Baquijano y Carrillo, que era un reformista liberal fiel a la Corona, representaba al criollo que se sentía peruano pero creía en la monarquía, consideraba que el Perú formaba parte de España y que entre ambos existía una unidad política y espiritual; sin embargo, mantenía un posición crítica frente a la política del régimen imperial español. Ya sabemos que fue el fundador de la *Sociedad de Amantes del Perú* y colaborador destacado del *Mercurio Peruano*. Pero hay otros datos. Se doctoró en Leyes en la Universidad de San Marcos y, junto a otros cargos de importancia, como el de oidor de la Audiencia de Lima, ejercía la docencia universitaria. En España fue nombrado miembro del Consejo de Estado. Y para redondear antecedentes, era masón. Bien. Este señor pronuncia, en agosto de 1781, el conocido *Elogio* del excelentísimo señor don Agustín de Jáuregui y Aldecoa; caballero del orden de Santiago, teniente general de los Reales Ejércitos, Virrey, gobernador, y capitán general de los Reinos del Perú y Chile. Es interesante estudiarlo. Ahí se encuentra el perfecto golpe de carambola del buen billar político; apunta a un problema para sacudir otro. José Baquijano y Carrillo hacía referencia a los problemas que el Virrey Jáuregui afrontaba en Chile; pero, en el fondo, estaba hablando de la situación en el Perú, hay que tener en cuenta que hacía sólo 3 meses que Túpac Amaru II había sido asesinado. En el *Elogio* escribe: ¿Mas de qué modo serena Vuestra Excelencia la inquietud, ahuyenta la consternación, y fuerza a la ferocidad? La sangrienta política aconseja que el ultraje ha de tener término, pero no su castigo; que el perdón autoriza la ofensa, que es flaqueza ceder a la piedad. Se complace viendo al indio abatido luchar con los horrores de su suerte, e implorar el cuchillo para fin de sus tormentos. Pero Vuestra Excelencia desprecia esos partidos. Prudente, considera que la vida del

ciudadano es siempre preciosa y respetable; que destruir a los hombres no es ganancia, ni aquella paz apreciable a que debe aspirar la guerra, el combate, y la victoria; que las pérdidas igualan y equilibran vencedor y vencido; que las armas que sólo rinde el miedo, en secreto se afilan, brillan y esclarecen en la ocasión primera que promete ventajas. Bien. En opinión de algunos estudiosos, y tienen toda la razón del mundo, ésta no sólo es una clara alusión al asesinato de Túpac Amaru y otros dirigentes; además, es una crítica del sistema y en especial del visitador Areche que en esos momentos desataba toda su brutal ira contra la desarmada masa indígena. Baquíjano y Carrillo, párrafos más abajo, da un paso adelante y señala su disconformidad con la autoridad absoluta del monarca y hace alusión al poder de la voluntad popular y al derecho a la insurrección contra la tiranía, dice: ...no extenderá Vuestra Excelencia bajo su apacible y suave Gobierno las lágrimas, el disgusto, y desconsuelo. Su gran alma contempla que *el bien mismo deja de serlo, si se establece y funda contra el voto y opinión del público*; que cada siglo tiene sus quimeras y sus ilusiones, desdeñadas por la posteridad, disipadas por el tiempo, y que esta luz brillante ha convencido que mejorar al hombre contra su voluntad ha sido siempre el *engañoso pretexto de la tiranía*; que *el Pueblo es un resorte, que forzado más de lo que sufre su elasticidad, revienta destrozando la mano imprudente que lo oprime y sujeta*. Sabe Vuestra Excelencia que la primera obligación del buen gobernador es hacer amable la autoridad del Príncipe a quien representa; que la felicidad y desahogo del vasallo es el específico precioso, el óleo favorable, que allana, asegura, y facilita el áspero mecanismo del Imperio. No; el más equitativo, el más dulce de todos los Monarcas, el gran Carlos III, no tiene que temer abuse Vuestra Excelencia de su sagrado nombre para esparcir la consternación y los gemidos. No se verá esa extraordinaria repetición de órdenes y decretos, que vacilantes entre las desigualdades y precipicios de su escabrosa base, sólo sirven para fomentar el descontento. No se registrará Vuestra Excelencia en un orgulloso gabinete calculando fríamente la miseria y desesperación del súbdito, para exigir de ella los generosos esfuerzos de su obediencia, los tristes dones de su pobreza, y los últimos socorros de su celo. Bien, en el *Elogio* hay más pero lo dejamos pues esto es lo más saltante. Mucho después, en 1814, año del retorno al absolutismo en España, Baquíjano y Carrillo, a pedido del Rey Fernando VII, redacta un *Dictamen sobre la Revolución Hispanoamericana*. Entre otras muchas cosas le recuerda al Rey: ...que hacer la guerra a vasallos no es triunfo ni ganancia... y, la declarada a los americanos es la más atroz y sanguinaria. La humanidad se estremece al leer los partes de los jefes que sofocan las rebeliones; las paternales prevenciones de las

Leyes de Indias se encuentran ultrajadas en el obstinado rechazo de no querer escuchar sus propuestas de conciliación y en las atroces ejecuciones que se realizan. Y es que su constancia en pedir y la indiferencia que han obtenido como respuesta los ha llevado a recurrir al uso de las armas y a la guerra...

—Baquíjano y Carrillo muestra todo el tiempo su fidelidad hacia el Monarca pero ahora desde una nueva postura, la reformista autonomista —dijo Sebastián.

—Sí. Y no sólo eso. En general, a partir de 1814 la situación habría de cambiar en el Perú, y, en especial, en Lima, donde la fidelidad a la monarquía estaba bien enraizada. Con el retorno al absolutismo, muchos fidelistas, que no tenían ideas separatistas, se vieron empujados hacia la vía del independentismo pues empezaron a considerarla como la única que resolvería las contradicciones con el Imperio Español. Bien. Baquíjano y Carrillo, además, manifiesta su desilusión respecto a las Cortes de Cádiz porque, según él y sus partidarios, éstas traicionaron las expectativas del *ideal liberal* hispanoamericano; refiriéndose a la insurrección hispanoamericana, escribe: Las Cortes atizaron ese incendio, por sus impolíticos y arbitrarios decretos, por sus subversivos principios, y por la ultrajante condescendencia con que disimuló y aún aplaudió los excesos cometidos contra los americanos dentro y fuera del Congreso. Sería necesario formar una molesta y prolija historia si intentase recorrer todos los agravios inferidos a la América por el Congreso; contráigome, por evitar fastidio, a las 2 principales solicitudes de la diputación americana, a saber: la igualdad de representación y la libertad de comercio... Y con relación a la autonomía política, señala: Si la América es igual en derechos con las provincias de España, unifórmese el plan de Gobierno de las de Ultramar con las europeas; quede un capitán general encargado del gobierno político y además del ejercicio del vicepatronato, que hará muy mucho en expedir los graves delicados asuntos a que se extienden esas representaciones; pero cuide de la Real Hacienda un intendente de ella, y sobre todo en la administración de justicia, no haya otra intervención que la de los magistrados encargados especialmente de distribuirla... Finalmente, se puede ver con mucha claridad que el pensamiento político de Baquíjano y Carrillo no era separatista; era de fidelidad, un reformismo opuesto al absolutismo pero la autonomía que plantea no es completa ya que se diluye en una indeterminación de las funciones políticas centrándose en lo administrativo y judicial; en la igualdad de derechos y representación y de un orden económico con la libertad de comercio. Para él, deduciendo de la lectura de sus escritos, la religión, el idioma, el carácter y el origen vinculan íntimamente a América con España e impide que con

facilidad se rompan los lazos que unen a *ambas Españas*.

—Tal vez no esté demás indicar que... —empezó a decir Sebastián pero luego enmudeció y se sumergió en busca de la idea que se le pasó por la mente mientras escuchaba la explicación.

—Indicar el qué —preguntó Leoncio luego de una corta espera.

—El terror que los criollos sentían ante las reiteradas sublevaciones indígenas...

—Pero compadre, eso lo acabamos de ver hace unos pocos minutos —exclamó Leoncio sorprendido.

—Lo sé, pero hay una experiencia que no has mencionado.

—¿Y cuál? —preguntó Leoncio.

—La de Haití. En 1804, tras la feroz masacre y expulsión de los colonos franceses, la Isla se independizó con una gran sublevación de esclavos negros.

—Disculpa compadre, pero no le veo muy bien la relación —dijo Leoncio aún más sorprendido.

—Espera. Mira. En 1814, 3 meses después de que Baquíjano y Carrillo redactaba su *Dictamen*, se desataba la rebelión de Cusco...

—¿Y?

—Espera, pues, hermano. Aparte del oportunismo de la bestia Pumacahua, los hermanos José, Vicente y Juan Angulo y Gabriel Béjar, todos criollos sin fortuna y catalogados como cholos ignorantes y miserables, en alianza con grupos indígenas, y no sólo con el cacique traidor, se levantaron en el Cusco en defensa de la Constitución de Cádiz y en contra de la restauración del absolutismo de Fernando VII...

—Ya lo mencioné...

—Aguanta, carajo. Según algunos historiadores esta rebelión es señalada como el intento más serio que los peruanos hicieron para emanciparse de España y lograr su autonomía; lo que a su vez, mostraría un alto nivel de conciencia patriótica...

—Que no me jodan, carajo. En el fondo esa tesis niega toda la historia del Perú, la reduce a un sólo acto que pone como actor principal a Pumacahua. Pero está bien, disculpa, ya no te interrumpo. Por favor sigue, luego daré mi opinión —dijo Leoncio lamentando su exabrupto.

—Gracias. También hay quienes dicen que esa defensa de la Constitución era sólo un pretexto porque, a fin de cuentas, era un levantamiento que pretendía ganar tiempo en espera del avance de los patriotas del Río de la Plata que avanzaban desde Tucumán y Salta en la Argentina. Un argumento es que estos criollos eran oficiales del ejército realista, aunque de bajo rango. Pero los mismo criollos, a quienes los Angulo y Béjar, pretendían representar estaban en con-

tra del movimiento; en especial los criollos al sur del Cusco que se oponían a la participación indígena. Y todo se complicó más cuando la violencia de las masas se desató en su marcha hacia La Paz con la toma de haciendas y ciudades lo que provocó el aislamiento y la posterior derrota de la rebelión. La anécdota que de todo ello queda es que en la expedición de Pumacahua hacia La Paz una familia de criollos fue masacrada y el único sobreviviente fue un niño que luego fue recogido por unos pastores; años después fue recogido por un viajero y llevado a Lima. Este niño de tez blanca y cabellos rubios, que nada tenía de pastor salvo el corretear detrás de unas ovejas, era Rufino Echenique, y llegaría a ser Presidente de la República en 1851. Pero, anécdotas aparte, la vaina es que sí o sí, el terror a los indios estaba presente y la experiencia de Haití extendía el pánico de los criollos a la masa de esclavos. Eso era lo que quería añadir.

—Bien, disculpa, pero pienso que de todas maneras confundes un poco las cosas. En relación al pánico *criollo*, que de una u otra forma jugó en Lima un mayor papel que en el resto del país, aunque no es un factor fundamental, puede ser relacionado a la experiencia de Haití y deberías ponerla en el lugar adecuado de la exposición. De acuerdo, pero el centro no es el problema del *pánico* sino otro. Lo de Haití es una interesante experiencia que, según mi opinión, señala con claridad que la lucha no fue sólo contra España, fue una lucha anticolonial a nivel internacional que incluye amplias zonas de Asia y África; una lucha de liberación, de emancipación, separatista, independentista contra los Imperios Británico, Español, Portugués y Francés, entre otros; todo dentro de un nuevo reparto del mundo y el reemplazo de una potencia por otra; en nuestro caso, el relevo del dominio del Imperio Español por el Británico, que hacía su ingreso militar por la zona del Río de la Plata siguiendo el plan ideado por el general escocés Thomas Maitland, mientras que la presencia británica en el plano económico iba en aumento en esta parte del Continente. Y dicho sea de paso, es posible que San Martín haya conocido el Plan Maitland puesto que lo ejecutó casi al pie de la letra. Bien, unos movimientos triunfaron y otros fracasaron. Así es, pues. En todo caso, son expresiones de la necesidad y casualidad histórica. Pero en cuanto a lo de la llamada rebelión del Cusco, la cosa no queda clara en tu explicación; y yo mismo, si mal no recuerdo, apenas si le he dado importancia. Así que si te parece veámosla un poco más a fondo.

—No sé si valga la pena —dijo Sebastián un poco enojado consigo mismo.

—Sólo un pequeño resumen. José Angulo, en su *Manifiesto al pueblo del Cusco*, dice que las quejas de la América tienen 300 años

de antigüedad. Eso de las quejas no era nada nuevo, ya lo habían dicho, de una u otra manera, Túpac Amaru y Viscardo y Guzmán hacía 30 años; y antes que ellos, otros; es un argumento bastante viejo, que, como hemos visto, incluso parte del mismo Colón y sus huestes. Así que resulta poco relevante, pero lo menciono pues los plumíferos de la historia oficial consideran ese argumento digno de precursores y próceres. Un chiste de mal gusto, según mi opinión. Bien. Lo interesante en el levantamiento del Cusco, si algo de interesante tiene cuando no está fuera de contexto, es que ahí se dan de manifiesto las 2 tendencias, la reformista y la separatista, en pugna. El origen es el descontento secular que es canalizado, por los Angulo y demás, hacia la implementación de las garantías promulgadas en la Constitución de Cádiz de 1812 y que apuntaban a una mayor participación de los criollos en el Gobierno; cosa que, dicho sea de paso, ya había sido planteado por Rafael Ramírez de Arellano y otros más en un memorial de 1812 enviado al gobernador intendente y Presidente de la Audiencia del Cusco, el cacique fidelista y defensor del absolutismo Mateo Pumacahua. Para más detalle, si te interesa saber, en ese Memorial se lee: ...cuando el eco de la Nación en toda su soberanía exigido en Ley Constitucional había de ser el redentor político de la humanidad deprimida por la arbitrariedad, ignorancia, e injusticia, esperaba este pueblo con laudable impaciencia el momento feliz de su inauguración y cumplimiento... etcétera. Y exigen dar cumplimiento y pronta ejecución a la Ley fundamental de la Nación; es decir, poner en vigencia la Constitución promulgada en Cádiz como instrumento redentor de una humanidad deprimida por la arbitrariedad, la ignorancia y la injusticia. Bien, aquí se ve con claridad que en la etapa inicial primaban los reformistas, los constitucionalistas que no mencionan al Rey para nada y exigen la soberanía centrando sus expectativas en la confianza que el pueblo tiene en las leyes. Más adelante, desde un matiz constitucionalista, utilizando la Constitución como pretexto o no, los Angulo apuntaron al separatismo aunque en forma bastante ambigua y en medio de alianzas hasta cierto punto contradictorias. Proclamaban adhesión y fidelidad a Fernando VII pero al mismo tiempo destituían y encarcelaban a las autoridades virreinales y desarrollaban acciones armadas para someter a las provincias vecinas. En su *Memoria de Gobierno*, el Virrey Abascal había anotado que los *revolucionarios* del Cusco, como él los llama, habían procurado introducir el veneno de la insurrección bajo el velo de una afectada sumisión con el objeto de confundir y neutralizar a las autoridades virreinales, añadiendo que este ardid no ha sido nuevo. Y tenía razón, pues como se puede ver en la historia universal, esa manera de actuar no es nada extraña; y en este caso, en particular, tampoco lo sería si se toma en cuenta

que los levantiscos desconocían que la legislación gaditana había sido abolida por el restaurado Fernando VII. Cosa fácil de comprobar ya que la Constitución de Cádiz fue derogada en mayo de 1814; a falta de Internet, la noticia llegó a Lima recién en octubre y el levantamiento del Cusco ya se había producido en agosto; así que es fácil colegir que la argumentación del Virrey, aunque con razones de fondo y peso, queda fuera de sitio. Simplemente así se dio la evolución de las ideas políticas de los Angulo y demás dirigentes del levantamiento. Eran constitucionalistas en su variante separatista; era su forma de ver la solución a los problemas políticos de los peruanos como un todo. Y llegaron a esa posición empujados por la intransigente política reaccionaria del Poder virreinal encabezado por Abascal y la negación de éste a negociar. Punto. Pero con la restauración del absolutismo y la liquidación de la Constitución, el constitucionalismo quedaba fuera de combate. Por lo tanto, la radicalización del levantamiento era consecuencia lógica. Ahí es cuando José Angulo plantea que, madurada en el curso de la larga historia colonial, la conciencia nacional de los americanos había evolucionado y, como consecuencia, los injustos vínculos coloniales de dependencia no podían continuar; así, con toda la razón del mundo de su lado, descarta los medios pacíficos y se lanza a la lucha armada. He ahí una no muy tangencial ligazón al movimiento patriota que avanzaba desde Buenos Aires y trataba de tomar la Paz. Por otro lado, se materializaba el levantamiento de la provincia contra el Poder colonial centralizado en Lima. Los plumíferos de siempre, aunque los nombres y títulos de sus representantes cambien con el transcurrir del tiempo, alardean sobre la llamada rebelión del Cusco de 1814 como si de un levantamiento de *criollos* e *indígenas* se tratara; una revolución donde los indígenas quedan representados en la figura de Pumacahua, a quien endilgan el título de precursor de la independencia del Perú.

—Según tú, sin razón alguna.

—Exacto. Ese individuo, represor del movimiento de Túpac Amaru, absolutista y defensor del orden colonial, no sólo era cacique indígena; además, era un explotador y actuaba al servicio del absolutismo y del feudalismo como afilado y traidor cuchillo contra su propia clase. En la actualidad, sus símiles están por todas partes. Pumacahua, ya temprano, había delatado a Ramírez de Arellano y a otros constitucionalistas en una misiva enviada, de puño y letra, al Virrey Abascal. Más adelante, este individuo fue despedido del cargo de Presidente de la Audiencia del Cusco y, aquí sí, por resentimiento, más que por convicción, se pasó al otro bando. Y si se analiza con detalle los planteamientos de Pumacahua, se podrá notar que eran diferentes a los planteados por los Angulo y demás dirigentes; és-

tos ya habían dejado de lado la opción constitucionalista y bregaban de lleno por el separatismo mientras el cacique seguía adorando a su momentáneamente desaparecido Fernando VII y alegaba que no había legítimo sucesor y que si lo hubiera él sería su más fiel vasallo. Pruebas al canto. A inicios de 1815, Pumacahua declara ante el fiscal en Sicuani y queda anotado que, según él, los Angulo le hicieron creer que el soberano, don Fernando VII, había fallecido en la prisión en que lo tuvieron los franceses y que él, don *Putacahua*, debía defender la patria de cualquier otra dominación. En la misma declaración queda consignado el hecho de que, por esta razón y con ese fin, debía incorporarse al proyecto de sostener la independencia levantando a la indiada que tenía adhesión a su persona y para ello convino con la mayor repugnancia y dolor de su corazón al contemplar que este execrable hecho, el separatismo, lo conducía a la sensible pérdida de la paternal protección que había merecido del Rey. El hijoeputa lo seguía siendo y a toda honra; su miserable actitud era simple oportunismo, y, para remate, del más burdo. Ahí están sus actos y declaraciones. La vaina está bien clara, lo demás son babosadas de los plumíferos de la historia oficial que a través de una serie de especulaciones y malabarismos metafísicos lo quieren convertir en prócer de la independencia...

—Como si no hubiera más que suficientes.

—Eso, y de los verdaderos que, junto a precursores como Túpac Amaru, se han ganado un justo lugar en el discurrir de nuestra historia. Según mi opinión, lo que se debe rescatar del levantamiento del Cusco es la alianza que de facto sellaron las diferentes clases y sobre todo la establecida entre las masas pobres de mestizos de origen americano evolucionados de ambas líneas de desarrollo. En general, es parte de la historia del hombre americano desarrollado en estas tierras y no la del *criollo*, según la manera de interpretar de algunos esta acepción, como *el español nacido aquí*. Dentro de ella es, en particular, la historia del indio, del mestizo resultante en el discurrir histórico de nuestra realidad y no la historieta de un cacique y mucho menos la de un adocenado liderazgo criollo-mestizo-indígena. Es la historia de nuestra patria, de nuestro acervo nacional, de nuestro nacionalismo, concepto que unos tergiversan y ladinamente truecan por el de chauvinismo, y que a otros les quema como una papa caliente en la boca porque niegan su existencia y valor tratando de diluir al ser concreto, de un lugar concreto, en un espécimen universal, en un ilusorio hijo de *todas las patrias* sustituyendo el internacionalismo revolucionario por un internacionalismo reaccionario que pretende perpetuar el viejo orden globalizado; el internacionalismo no es, como se imaginan muchos obtusos tanto de derecha como de

izquierda, la negación del nacionalismo, en el momento adecuado, es la superación dialéctica de éste. Nacionalismo e internacionalismo están íntimamente unidos, no se contraponen, se complementan, pues son las 2 caras de una moneda. En la actualidad, cuando un país oprimido lucha por su liberación está reivindicando su nación, está apuntando contra el dominio extranjero. Cuando un país aplasta el dominio imperialista, evidentemente, está cumpliendo una función internacionalista, porque está apoyando la lucha de otros pueblos. La mejor forma de ser nacionalista es reivindicando su clase contra el dominio extranjero. Las diferentes organizaciones revolucionarias cumplen una función nacional dentro de sus linderos y una función internacional dado que con su lucha apoyan la lucha de otros pueblos. El nacionalismo, como el internacionalismo, no es sólo un ideal; es una realidad histórica, existe una realidad nacional y una realidad internacional. El nacionalismo burgués es patriotero, chauvinista; el nacionalismo proletario es complemento de la función internacionalista de los trabajadores. El internacionalismo burgués sirve para aplastar a la clase obrera; el internacionalismo proletario sirve para liberar y apoyar a los pueblos, para aplastar al imperialismo. Bien. La patria, sí, aquel vocablo fue el nombre más evocado por casi todos los llamados precursores y próceres de la independencia. Bien, volviendo al levantamiento del Cusco, la otra cara de la medalla es que, similar a lo ocurrido en el movimiento de Túpac Amaru, los Angulo no pudieron manejar las contradicciones que se dieron entre los intereses, métodos y objetivos de las diferentes clases y grupos sociales. Y pasó, una vez más, que las tropelías hechas por una parte de la masa indígena, excesos cometidos a nombre de una supuesta tradición agraria y comunal, hicieron pensar 2 veces a los mestizos americanos de otras provincias si deseaban o no la participación de sus *paisanos* y *compatriotas* indígenas. Es más, incluso una parte del pueblo cusqueño se puso de parte del Virrey y colaboró para que sus tropas derrotaran a los insurrectos.

—Una vez más salta a la palestra la necesidad de una correcta política de Frente Único —sintetizó Sebastián levantando la mano hacia el firmamento.

—Eso, y una vez más la experiencia práctica, bien asimilada, nos enseña qué debemos hacer y qué no; cuándo, cómo y dónde. Bien, sigamos. Otro personaje. Toribio Rodríguez de Mendoza, un reformista que sin llegar a ser revolucionario era un tenaz difusor de las llamadas ideas de las *luces*. Éste es un caso típico del papel cumplido por los ideólogos de aquellos tiempos. Un papel que desempeñaron en la lucha en el plano ideológico y en la solidaridad de sus destinos históricos. Rodríguez de Mendoza, con las necesarias adaptaciones a

su tiempo y espacio, sembró ideas de renovación; ideas que fructificaron en el camino hacia la consolidación del espíritu independentista y a la llegada de San Martín al Perú se adhirió a la causa de la independencia. En este caso sí es dable hablar de una clara influencia de la Ilustración francesa que en parte se manifiesta en la proclamación de la autonomía de la razón y de los métodos de las ciencias naturales basados en la observación como el único método confiable para el conocimiento y la acción; en el rechazo a la *autoridad* de las llamadas sagradas escrituras, de la tradición y de cualquier otra forma de conocimiento basado en una fuente no racional. Pero ojo, yo insisto en que esa influencia es, en general, secundaria; su adaptación a nuestra realidad es, en particular y en este caso, lo principal. Bien. En base a esto, es que Rodríguez de Mendoza, a su manera, implanta una reforma educativa en el Real Convictorio de San Carlos del cual fue rector de 1786 a 1817. En Europa, antes del triunfo de la Revolución Francesa, algunos ideólogos ya planteaban la necesidad de arrancar la educación a la influencia de la clase dominante que se centraban, principalmente, en una educación religiosa y la enseñanza de otras ramas del saber, aparte de elitista, era ninguna o muy escasa. Se planteaba que la educación no debería ser sólo para los futuros clérigos y caballeros como tampoco sólo para los hijos de los ricos y otros zánganos y vagos sino para todas las clases sociales; se hace una distinción entre la instrucción y la educación y se plantea que la escuela debe adquirir un carácter nacional. Uno de los llamados precursores de la Revolución Francesa, también mentor de la revolución educativa que excluía a los jesuitas, había dicho en 1763 que el arte de formar a los hombres en todos los países está tan estrechamente ligado a la forma de Gobierno, que no es posible hacer ningún cambio considerable en la educación pública sin hacerlo en la Constitución misma de los Estados; y que el Estado no debía abandonar la educación colocando en la dirección a personas que tienen intereses diferentes a los de la patria; la escuela debía preparar ciudadanos para el Estado, luego debía ser relativa a su Constitución y a sus leyes y por lo tanto debía estar dirigida por nociones civiles. La educación debía ser parte integrante de la política, dirigida por ella.

—La patria, mal grado los taimados, siempre presente —exclamó Sebastián.

—Eso. Y Rodríguez de Mendoza cumplió su papel, hizo su reforma, cambió el *Plan de Estudios* y del Real Convictorio salieron algunos de los dirigentes que junto a ideas liberales tenían el concepto de patria bastante arraigado. Sólo para citar un ejemplo concreto, dentro del plan de estudio diseñado se propugnaba una filosofía libre y moderna rechazando el sistema filosófico escolástico y aristotélico,

al que consideraba basado en ideas abstractas, imposibles de conciliar con la realidad ya que eran cuestiones metafísicas, confusas, enredadas y ridículas.

—Todo un piropo para el pobre Aristóteles —acotó Sebastián con un tono de ironía.

—Sí, un mazazo que golpea la parte negativa. Pero, evidentemente, no podía esperarse que este señor reformista reconociera que, a pesar de todo, Aristóteles había minado los cimientos del idealismo y contribuido al desarrollo de la forma antigua e inicial de la dialéctica facilitando así el desarrollo de la concepción materialista de la naturaleza; y no podía hacerlo porque él mismo era creyente, se tiraba contra la teología escolástica tachándola de especulativa, superficial e inútil pero, al mismo tiempo, planteaba el estudio de la teología como *ciencia* pues, según él, ésta tiene el fin de conducir al hombre a una felicidad sobrenatural y eterna, y ponía el acento en la moral ya que, otra vez según él, un cristiano que no sabe sus obligaciones no puede cumplirlas; y, además, con relación al derecho natural, sostenía que las leyes primitivas y originales que promulgó dios al género humano, según él, *por medio de la razón*, tiene por objeto las acciones libres que caracterizan al hombre de justo e injusto, de honesto o inhumano y torpe. Como es general, dice, ha sido comunicado a todos los individuos de la especie humana y todos son responsables a sus leyes. Con sólo ser hombres quedan obligados a cumplirlas... El Derecho natural es el fundamento de toda legislación. La sabiduría y la justicia de las leyes positivas se deben calcular por la mayor o menor conformidad que tienen con él... La ley fundamental de todo Estado es llenar las obligaciones que impone la ley eterna, la natural, promulgada al hombre... etcétera. De esta manera liga religión y Estado. Así, Rodríguez de Mendoza, propugna la formación de personas útiles, con una moral que estuviese al servicio de la Iglesia y el Estado.

—Con lo cual se aleja tremendamente de la Ilustración francesa que rechazaba la moral cristiana.

—Sí, ya lo dije, las ideas de *las luces* adaptadas a nuestra realidad; reajustadas a los intereses concretos de la clase, o las clases, que en esta realidad pugnaban por dirigir la independencia, que pugnaban por la dirección del Estado: los terratenientes y los rudimentarios burgueses con todas las taras que arrastraban del feudalismo. Aunque a los terratenientes les interesaba un carajo si las luces despejaban las sombras o no. Este sacerdote chachapoyano fue el que se preguntó: ¿Qué razón hay para ignorar la geografía y la historia del suelo que pisamos?

—Pregunta que no se hacen ni los mejores filósofos peruanos de

la actualidad pues creen que ya todo lo saben y conocen. Él es el que plantea la educación popular como camino para lograr la unidad del idioma.

—Eso. Bien, como fuere, la vaina es que, por el lado que se lo mire, sin afán de juzgar la justeza o no de cada una de sus palabras, los ideólogos peruanos de aquellos tiempos, para fortalecer sus posturas políticas, sostenían que los peruanos tenían ciertos derechos naturales, inherentes a la condición humana, que no eran respetados por la metrópoli; y de ahí se desprenden los conceptos de libertad y justicia frontalmente contrapuestos al despotismo. El desarrollo de la conciencia nacional de los peruanos desbrozaba, aún más, el camino para luchar activamente por la independencia, y ésta queda justificada. Pruebas al canto se encuentran, por ejemplo, en el hecho de que la tercera parte de todos los miembros, incluyendo suplentes, del Congreso Constituyente de 1822 estaba formada por miembros educados bajo los preceptos de Rodríguez de Mendoza; y lo mismo se puede decir de personalidades como Vicente Morales Duárez y Ramón Olaguer y Feliú, diputados peruanos en la Corte de Cádiz, quienes junto a otros representantes americanos presentaron las *Once Proposiciones* donde, entre otras cosas, se planteaba la igualdad de la representación nacional, en proporción a su población, entre las provincias de España, de América y Filipinas; se demanda, además, la libertad de sembrar, cultivar y promover la industria y las artes en América; lo mismo que medidas sobre la libertad de comercio y la abolición de los estancos; también sobre el reparto de los empleos públicos entre peninsulares y americanos...

—Pero además piden el retorno de los jesuitas —añadió Sebastián modulando sus palabras con un halo de expectativa.

—Cierto, nada extraño y una muestra más de que los jesuitas estaban infiltrados por todas partes.

—Lo mismo que los masones —apuntó Sebastián.

—Eso. Pero no por ello se puede hablar de conjura o cosas por el estilo —dijo Leoncio dándole a Sebastián un empujón en el hombro.

—Ya lo sé. Lo interesante es, y me consta, que los masones intentaron infiltrar la guerra popular bajo la modalidad de cooptar a algunos de sus cuadros y dirigentes.

—También lo sé, pero no tuvieron éxito —reconoció Leoncio en medio de risas—. Esos pendejos tienen buen olfato y tratan de penetrar los movimientos sociales que tienen las mayores posibilidades de tomar el Poder y las riendas del Gobierno. Para algunos puede parecer increíble, pero, por ejemplo, durante el Gobierno aprista no sólo habían senadores y diputados masones sino hasta porteros y todo tipo de ayudantes. Y no lo sé de oídas, como tú dices, me consta. Y

en la guerra de independencia también tenían sus representantes por todas partes. Pero ésa es otra historia y no es determinante. Bien, sígo. Entre otros personajes, frutos maduros de la aplicación del *Plan de Estudios* de Rodríguez de Mendoza, se encuentran Manuel Lorenzo Vidaurre y José Faustino Sánchez Carrión quienes cumplieron un destacado papel en el período de transición. Sánchez Carrión, hijo de minero y 2 veces alcalde de Huamachuco, fue muy activo entre 1812 y 1813. Entre sus primeros escritos, siendo él aún fidelista pero ligado al reformismo liberal de las Cortes de Cádiz, se encuentra una *Oda en homenaje a Baquíjano y Carrillo* donde deja traslucir la existencia de un creciente nacionalismo americano en pugna contra el absolutismo virreinal; en otro escrito, sostiene vivamente lo que él llama la defensa de los imprescriptibles derechos de la patria contra la arbitrariedad, el despotismo, la opresión y la tiranía del *antiguo* sistema. Más adelante, Sánchez Carrión, en nombre del Convictorio, emite una arenga dirigida al Virrey Abascal en el primer aniversario de la jura de la Constitución de Cádiz, dice: Cada uno de sus ilustres individuos, de la nación, siente en sí mismo la dignidad de un hombre y se precia de ser parte esencial de la soberanía... No hay duda, todos somos iguales delante de la ley, y la virtud y los talentos tienen abierta la carrera de la gloria en cualesquiera ciudadanos que se consagren a la patria... etcétera. Pero el escrito que lo hace más conocido es la *Carta del Solitario de Sayán* de 1822 donde expresa una clara posición abiertamente republicana y antimonárquica. Sánchez Carrión, que escribía bajo el seudónimo de *Solitario de Sayán*, fue uno, tal vez el principal, de los autores de la Carta Magna de 1823; además, fue uno de los interesados en solicitar la presencia de Bolívar en Lima y llegó a ser miembro del Consejo de Gobierno junto con Unanue y La Mar.

—Según las malas lenguas, se dice que, a los 38 años, fue envenenado por un acólito de Bolívar.

—Sí, muchas son las cosas que se dicen, pero en este caso no se puede verificar, así que las podemos ignorar —replicó Leoncio—. Bien, entre los llamados precursores y próceres, hay un montón de personalidades cuyos nombres destacan por encima de otro montón, no menos importante, de personas que, sin llegar a ser *personalidades*, han hecho pequeños, medianos y grandes aportes en el desarrollo de nuestra historia; analizar la actividad y el aporte de cada uno de ellos llevaría meses si no años de conversación y, por lo demás, como carezco de información concreta sobre muchos de ellos, mejor reducimos el círculo. Hay una infinidad de obras al respecto y quien quiera profundizar su conocimiento se puede remitir a ellas, que para eso están; habrá que aprender a diferenciar la especulación intelectual de la realidad y darle el lugar adecuado a cada quien. Así que,

para terminar esta parte, mencionaré a un par más y ahí lo dejo pues ya tenemos material más que suficiente para demostrar el largo proceso de formación y desarrollo de una conciencia nacional y el hecho de que la emancipación del Perú no vino de afuera, se procreó en sus entrañas, nació y se desarrolló aquí, en nuestro suelo, en nuestra tierra, fue obra de los mismos peruanos.

—Hay que poner el acento en la necesidad de ver la historia en su conjunto, como un proceso continuo, único, con aspectos generales y particulares que se desarrollan en unidad y lucha de contrarios.

—Sí, exactamente, ése es el punto y lo vengo diciendo todo el tiempo. *La independencia* debe ser vista como un proceso cuyo punto de partida está fuertemente cimentado en las realidades concretas, específicas, de cada región de los diferentes virreinos, con identidad propia y todo, e incluso en puntos específicos dentro de esas regiones; fue un largo proceso donde, por necesidad histórica, una serie de movimientos sociales, de diversos matices e *ideales* y hasta sin aparente conexión histórica entre ellos, se van articulando hasta convertirse en un movimiento continental, en ideal continental, para luego de avanzar de la periferia hacia el centro, tomar Lima, capital del Virreinato del Perú y consolidar *las independencias* para regresar, otra vez pero a nivel superior, a lo específico, a lo concreto, a las realidades nacionales, a las de cada quien; así, surgen los nuevos Estados y se arma la pelotera entre ellos con las guerras por recursos y fronteras... etcétera. Pero no nos adelantemos. Otros personajes que deseaba ver de pasada son Manuel Lorenzo Vidaurre, Hipólito Unanue y José de la Riva-Agüero.

—Y a ese trío llamas un par..

—No molestes y déjame terminar, compadre —dijo Leoncio dando otro empujón a Sebastián mientras caminaban distraídamente—. Vidaurre, como muchos otros, también fue un reformista fiel a la monarquía española que evolucionaría, sin oportunismo, hacia una postura separatista aportando a la causa de la independencia. Inicialmente sostenía que el abuso del Gobierno, el despotismo en los magistrados y jueces subalternos, el deseo de enriquecer de los que tienen algún empleo a nombre del Rey, perjudicaba más en las Américas que, en otras partes del orbe, el hambre y la guerra. Sostenía, además, que sólo mediante el ejercicio de la razón se podía hacer felices y libres a los hombres; que la grandeza de los pueblos estaba en relación con los progresos de la Ilustración y que sólo mediante el abandono del Gobierno tiránico y corrupto, el respeto a los derechos de los americanos, la igualdad entre criollos y peninsulares y la observancia de una política de conciliación y entendimiento, se podría asegurar la paz y mantener unidas a América y España. Sin embargo,

más adelante, él mismo explicaría que aquellos escritos tenían más de 10 años de antigüedad y que el tiempo había hecho que variasen muchos de sus pensamientos. Dicho y hecho, pero a diferencia de otros él entra un poco tarde al republicanismo; hasta 1823 pensó que la mejor forma de Gobierno era la monarquía...

—El cojudo de San Martín no pedía menos y estaba levantado en armas hacía buen rato —comentó Sebastián con un rápido gesto de manos delante de su nariz.

—Eso. Nada para escandalizarse. Pero mientras unos avanzaban con las armas en la mano, Vidaurre planteaba la necesidad de reformas políticas urgentes; era uno de esos ardientes defensores de la Constitución de 1812...

—Que hasta los Angulo ya habían desechado porque uno de sus grandes objetivos, precisamente, era conservar el dominio sobre sus colonias mediante la inclusión de un sistema unificado de representación y lo único que hacía esa Constitución era transferir las atribuciones de las castas privilegiadas a la representación nacional. Los hombres han sido siempre, en política, víctimas necias del engaño ajeno y propio, y lo seguirán siendo mientras no aprendan a descubrir detrás de todas las frases, declaraciones y promesas morales, religiosas, políticas y sociales, los intereses de una u otra clase. Los que abogan por reformas y mejoras se verán siempre burlados por los defensores de lo viejo mientras no comprendan que toda institución vieja, por bárbara y podrida que parezca, se sostiene por la fuerza de determinadas clases dominantes.

—Sebastián, mi hermano, siempre tan bueno para las síntesis —dijo Leoncio sonriendo con agrado—. Bien. Se puede sostener que Vidaurre, inicialmente, tenía una posición contrarrevolucionaria y criticaba la anarquía, que, según él, rompe en la sociedad todos los pactos, atrae consecuencias gravísimas y funestas, es la peste de los cuerpos políticos, es la tempestad que conduce al naufragio. Y reafirmaba su posición de que si seguimos la voluntad del Autor Supremo, aborreceremos de igual modo el despotismo y la anarquía. No hay que olvidar que Vidaurre fue oidor de la Audiencia del Cusco entre 1811 y 1815 y por entonces, refiriéndose a la monarquía, decía que el que quiere transformar el Gobierno legítimo, es enemigo de dios y del público. No hay régimen que no tenga sus inconvenientes; superarlos sin revolución es prudencia. Que el pueblo conciba que la rebelión no es un remedio, que la mudanza del que manda nada aprovecha y que la felicidad depende de unirse con el monarca, indagar los males, pesar y examinar sus causas, cortar los abusos, recorrer las leyes, rectificar las útiles, derogar las perniciosas, o las que ya no son de provecho por la alternativa de los tiempos, variedad del clima y cos-

tumbres. En una palabra, el Rey y el pueblo en una unión perfecta y religiosa se deben hacer felices desempeñando mutuamente sus derechos y obligaciones y formando aquella armonía que celebra un naturalista, en la que el menor quebrantamiento altera y perturba, destruye y descompone la justicia del plan primitivo... etcétera. Más adelante, vinculando sus ideas a la Constitución de Cádiz, introduce una variante en su pensamiento político al decir que la monarquía depende del pacto, tácito o manifiesto, con los individuos que la componen; los pueblos se vinculan con sus jefes para conseguir la seguridad, la tranquilidad y las comodidades que ofrece un Estado bien regido... Si faltan estos fines, el pacto se rompe y se procura un sistema que sea más ventajoso... El bienestar material y la tranquilidad dependen de una buena legislación fielmente ejecutada... Un Gobierno nuevo, una Constitución justa y una moderación sabia te harán más grande que tus riquezas... Igualdad de derechos y obligaciones; igualdad proporcional de representantes; igualdad de sentimientos: en esto consiste nuestra dicha. Sin embargo, hacia el año 1820 ya no le quedaban esperanzas de que la metrópoli respetara la Constitución y corrigiera las llamadas injusticias y plantea que no es posible una legislación favorable a la América; que la verdadera libertad se opone a la riqueza, grandeza y gloria de España; es por eso que con injusticia escandalosa nos negaron la representación que nos correspondía. Pero seguía siendo un contrarrevolucionario, escribió: Vosotros españoles, europeos y americanos, tened entendido que el menor pensamiento de revolución es contrario a vuestros intereses... jamás obren con otro objeto que el bien de la patria, la lealtad al soberano y la pureza de la religión católica... Es tan grande mal la guerra civil que estoy persuadido que ningún tirano puede perjudicar tanto en un siglo como lo ejecutan los ciudadanos entre sí en un año, cuando están en desacuerdo sus pareceres... el hombre no es fuerte sino por la reunión, no es feliz sino por la paz. El que desune, el que disloca, el que turba es un usurpador, es un asesino...

—¿Y a ese tipo fue a quien Bolívar llamó un genio eléctrico?

—Y no sólo eso, también dijo que el Perú necesita muchos Vidaurres, pero no habiendo más que uno, éste debe apresurarse a volar al socorro de la tierra nativa que clama e implora por sus primeros hijos, por esos hijos de predilección...

—Sí, pero...

—Aguanta pues, compadre; eso fue hacia el año 1823 y aún estoy en el 20, el tipo avanza y es precisamente por eso que Bolívar lo llama genio *eléctrico*. Porque, según dicen, Vidaurre sometía sus ideas políticas a una evaluación permanente y sistemática con lo que siempre llegaba a nuevas síntesis; de ahí lo de eléctrico. Como fuere,

lo importante es que el desarrollo del pensamiento político de los mestizos americanos que se inclinaron por el separatismo no fue armonioso, ordenado ni se dio al unísono; fue un desarrollo progresivo, sí, pero desigual. Ya dije, o lo di a entender, que no todos los reformistas se decantan por el separatismo; al contrario, en general, se van perfilando 2 bandos contrapuestos, antagónicos, y dentro de cada uno de ellos se desarrollan matices; ya lo hemos visto, incluso se pone de manifiesto en los levantamientos indígenas, en el movimiento de Túpac Amaru y en todos aquellos que le antecedieron. Ya hemos visto que el largo proceso de formación de las identidades nacionales en Hispanoamérica se inicia prácticamente con la invasión española a estas tierras y su apogeo se da a partir de la segunda mitad del Siglo XVIII. Bien, sigo. Vidaurre escribe, y con ello describe el discurrir de su pensamiento, dice: No es posible que la Europa domine en la América, si se quiere usar de la fuerza, en el momento que ella, la América, se penetre de lo que puede y lo que vale. Es muy fácil dominarla si se le dirige y gobierna de modo que halle su mayor felicidad en la administración europea... los Gobiernos no saben acomodarse a las circunstancias, ni advierten que la variedad de los tiempos, ilustración de los pueblos, el conocimiento de sus fuerzas, sus nuevas relaciones, los sitúan en una posición muy diferente de aquella en que se hallaban en anteriores siglos... no es hoy el americano lo que era en tiempo de Huayna Capac y Moctezuma... Están divididas las Américas en 2 partes. Pueblos que se mantienen leales, y pueblos rebeldes... La división entre los mismos americanos ha sido el verdadero ejército de Vuestra Majestad. Una reconciliación sincera será la base eterna de la independencia... Luego, Vidaurre recomienda al Rey que envíe un príncipe de la sangre real a que pacifique. Y pide que no traiga otras tropas que las precisas a su decoro; que venga a gobernar en justicia, y a hacer sensibles a los españoles americanos que serán felices en una subordinación moderada, muy distante del rigor y despotismo... etcétera. Hasta ahí llega su terquedad fidelista. Más adelante escribe: El americano a quien la virtud no le defiende, el americano que se ve privado de poder llegar a ciertos empleos, el americano que teme siempre ser visto como sospechoso, cualquiera que fuesen sus sacrificios, había de abominar un Gobierno opresivo e injusto, había de tomar las armas en defensa de sus derechos, había de morir como valiente soldado, y no un imbécil cobarde, sujeto a los dictámenes de un eclesiástico Nerón... Luego: Hubo tiempo de reconciliación, trabajaron los sabios, lo pidieron los pueblos, lo dictaba la razón y propia conveniencia. Se quiso guerra, se quiso sangre, se decretó exterminación; la tierra produjo héroes y el cielo comenzó a proteger la justicia... etcétera. Sí, eso es lo que se

rastrea en sus escritos. ¿El contexto? Ya dije que Vidaurre fue oidor de la Audiencia del Cusco durante los años de la rebelión; luego de que ésta fuera violentamente reprimida, el Virrey Abascal llamó a Vidaurre a Lima y le inició proceso acusándolo de complicidad con los rebeldes. Vidaurre solicitó su traslado a España para ser juzgado con imparcialidad, cosa que quedó en el limbo. Luego se desplazó por Francia e Inglaterra para finalmente volver a América tras ser nombrado oidor en la Real Audiencia de Puerto Príncipe, el actual Camagüey. En este ínterin metió su cuchara por todas partes, por lo que fue trasladado a la Real Audiencia de Galicia, en España. De ahí pasó a Filadelfia en Estados Unidos, donde escribió y publicó sus *Cartas americanas* y su *Plan del Perú*; de esos tiempos viene lo dicho por Bolívar y su solicitud de que regrese al Perú. En 1823, Vidaurre, en su *Discurso a los habitantes del Perú*, escribe como autocrítica lo siguiente: Me convencí que mis proyectos de unión y concordia nunca serían realizados; una Nación que ha dominado, nunca se conviene en nivelarse con aquélla a quien dominó... No pude conseguir que a las Américas se les señalase los representantes que por la Constitución les correspondían, ni que se privase del mando a los gobernantes insolentes y generales sanguinarios, que habían con sus atrocidades hecho más aborrecible la sumisión, que era contraria a la política y aún a las leyes de la naturaleza... Y a pie de página de su *Plan Perú* añade estas líneas: Este reproche no puedo hacerlo a nadie con más justicia que a mí mismo. Yo escribí muchas veces contra las repúblicas. Yo creí que esta clase de Gobierno no era capaz de perfección; yo me he desengañado de mi error. He visto países republicanos donde reina la paz interior y florecen las artes y el comercio... Aquí el primer Presidente será juzgado de un crimen como cualquiera de sus conciudadanos; aquí no se ven uniformes ni fusiles, porque se aborrecen los signos de opresión... aquí son desconocidas las cintas y las joyas, adornos exteriores de los cortesanos, las virtudes distinguen a los hombres y en la rectitud de sus procedimientos llevan las ejecutorias y los títulos... etcétera. Vidaurre, ya de regreso en el Perú, instala la Corte Superior de Justicia de Trujillo; fue vocal y Presidente de la Corte Suprema de la República; junto a otros redactó los estatutos de la Universidad de Trujillo, fundada por Bolívar, y más adelante forma parte de la comisión que redacta el proyecto sobre la creación de una *Sociedad Económica de Amantes del País*. Estuvo en Panamá como representante peruano ante el Congreso Americano. Participó en la redacción de las bases de la Confederación de naciones hispanoamericanas propuesta por Bolívar; pero no transcurrió mucho tiempo para que Vidaurre pase de adulón a contrincante de Bolívar a raíz de la aprobación de la Constitución Vitalicia impuesta por el Na-

poleón de las fugas. Así, Vidaurre, se suma al bando liberal antibolivariano encabezado por el clérigo Francisco Javier de Luna Pizarro, diputado por Arequipa al Primer Congreso Constituyente del Perú y mentor de las Constituciones Políticas de 1823, 1828 y 1834, para oponerse a la instauración de la tiranía y al régimen vitalicio. Durante la Junta de Gobierno presidida por el general Andrés de Santa Cruz, fue Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores por un par de meses. Más adelante ejerció la presidencia del Congreso General Constituyente y poco después fue implicado en una supuesta conspiración, por lo que fue desaforado del Congreso. Partió al exilio y cuando volvió al Perú en 1830 se reincorporó a la Corte Suprema de la que fue Presidente. Durante el Gobierno del mariscal Agustín Gamarra se encargó interinamente del Ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores; de entonces data una sentencia suya con la que justificaba la política represiva del Gobierno: Ha de reinar el orden. Si fuese preciso callarán las leyes para mantener las leyes. Escribió un proyecto de Código Eclesiástico que fue considerada por la Iglesia Católica como una obra disparatada y llena de contrasentidos, por lo que fue puesto en el Índice de libros prohibidos. Años después, Vidaurre se declaró arrepentido de dicha obra y publicó un libro titulado *Vidaurre contra Vidaurre*, donde se retracta de muchas ideas que había sostenido. Durante la Confederación Perú-Boliviana fue acreditado como Ministro Plenipotenciario en el Ecuador, con la misión de evitar que dicho país se sumara a la guerra restauradora desatada por los chilenos aliados con los emigrados peruanos. Derrumbada la Confederación, fue privado de todos sus cargos públicos, incluyendo su magistratura en la Corte Suprema y se refugió en su estudio de abogado, que había cerrado hacía más de 40 años, ejerció la profesión y fue nombrado decano del Colegio de Abogados de Lima en 1840. Ese mismo año fue vicerrector de la Universidad de San Marcos. Falleció poco después a la edad de 67 años. Un genio eléctrico hasta el último de sus días, habría dicho el Napoleoncito de Carabobo si hubiera sobrevivido a su tiránica megalomanía. Esta larga reseña la hago sólo para resaltar que, de una u otra manera, tanto precursores como próceres, lo mismo que los hombres y mujeres de a pie, del llano, de la masa, pasan por un proceso de desarrollo individual y colectivo; algunos logran hacerse, o les hacen un lugar en la historia; otros pasan por el discurrir histórico de la sociedad, sin pena, sin gloria y sin nombre, como anónimos constructores de lo nuevo. Todos son, todos somos, simples mortales llenos de virtudes y defectos, y ninguno de nosotros escapa a esta ley; la vaina es que a algunos grandes, como ellos, o pequeños, como nosotros, se les perdona sus fallas y fracasos, sus debilidades y deslices, sus bamboleos y burradas, pero a otros no, a

los traidores, no.

—Las personalidades que cumplen un papel relevante en las cuestiones sociales serán reconocidas, lo quieran o no, si es que expresan la necesidad histórica y actúan a favor de ella; pero el papel decisivo en la historia lo cumplen las masas. El pueblo, y sólo el pueblo, es la fuerza motriz que hace la historia mundial. Toda guerra civil genera a decenas de jefes, las clases generan un grupo de jefes y a su jefe; todo proceso, por necesidad y casualidad históricas, tiene un conjunto de jefes y, además, tiene un jefe que sobresale sobre los demás o que encabeza a los demás; si estas personalidades, si estos jefes actúan junto con las masas, y no al margen de ellas, si saben ganarse sus mentes y corazones, si saben atraerlas y guiarlas, podrán convertir en realidad sus objetivos y propósitos siempre y cuando expresen la necesidad histórica; y en la revolución también es así. Si hoy actúas bien, hoy serás reconocido; si mañana actúas mal, mañana serás repudiado y lo mismo pasa a la inversa, si hoy actúas mal, hoy serás repudiado; si mañana actúas bien mañana serás reconocido. Nadie lleva en la frente un sello que lo condene o glorifique, cada quien labra su propio camino y ya está —dijo Sebastián midiendo sus últimas palabras.

—Cierto. Aunque algunos borran con el codo lo que escriben con la mano. Queda claro y ya no insisto. A otro gallo. Hipólito Unanue. Su papel cobra relativa importancia a partir de 1791 recorriendo el camino del conocimiento de las cosas peruanas. Algunos lo consideran como un hombre de transición entre el Virreinato y la República. También pertenece al grupo que evoluciona sus ideas políticas del fidelismo al separatismo, aquéllos que evolucionan su pensamiento de acuerdo a las circunstancias históricas pugnando por sacar el mayor provecho para su patria. Ya dije que fue parte de la *Sociedad Amantes del País* y colaborador del *Mercurio Peruano*; una de sus obras, y hasta por el título se nota, estuvo encaminada a dar a conocer la realidad social, económica, política y cultural del país: *Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre*. Resalta las bondades del territorio peruano lo mismo que la grandeza de su pasado histórico anterior a la invasión española y la defensa de los derechos de los peruanos para disfrutar de los mismos privilegios que los peninsulares. Dice que las calidades de las regiones influyen en los espíritus que las pueblan, y añade que sin el conocimiento físico del Perú jamás podrían bosquejarse las eminentes ventajas de sus pasados o presentes moradores. Una cosa interesante a mencionar si se toma en cuenta que el ser humano, en su lucha por el espacio, la existencia en la naturaleza y el dominio de ésta, desarrolla un conjunto de ideas fundamentales que surgen,

por un lado, de la producción de medios de existencia, es decir, de la obtención de alimentos, vestido, vivienda y del perfeccionamiento de los instrumentos para conseguir o producir lo que necesitan; y por otro, de las relaciones sociales que este proceso genera...

—Ya lo has dado a entender 1,000 veces —dijo Sebastián bosquejando una ligera sonrisa.

—Ahora son 1,001 veces —respondió Leoncio y soltó una carcajada—. Bien. Unanue afirma que el Perú es el teatro de la grandeza y sabiduría del hombre y que esta patria amable une a las ventajas físicas que la distinguen, la inestimable de reposar en el dulce seno de la paz bajo la sombra sagrada de Carlos el piadoso, se refiere a Carlos IV.

—Como buen fidelista que era en sus inicios.

—Eso. Fidelista y defensor de la unidad imperial a través del reconocimiento de la autoridad del Rey de España. En un artículo sobre la repoblación del Valle de Vítoc, aprovecha para dar algunas ideas sobre lo que según él debe ser un buen Gobierno: Cuando el magistrado se persuade que el supremo y único fin de su alta dignidad es hacer feliz al pueblo a quien rige; nada le detiene, todo lo aventura y sacrifica por el bien de sus súbditos... El alma de una nación es el Gobierno; ella es grande y gloriosa, si éste es ilustrado, justo y activo; y por el contrario es infeliz, holgazana y perezosa, si éste carece de luces, equidad y energía... etcétera. Así por el estilo sigue, más o menos, la misma línea evolutiva que otros pensadores de la época. Y es así que también simpatiza y se hace defensor de la Constitución gaditana, la de Cádiz. Se convierte en reformista crítico de la monarquía, demanda reformas y condena a los rebeldes del Río de la Plata demandando que dejen de soplar la discordia entre hermanos... bastante sangre y lágrimas se han derramado; un argumento que sigue activo en la actualidad, que se escuchó en la llamada *Comisión de la verdad* y se lee en panfletos novelescos bajo la mascarada de arte y literatura. El nacionalismo peruano que Unanue promovía estaba orientado hacia la autonomía o soberanía conservando la unidad de lo que podría llamarse la comunidad hispánica. De todas maneras era un paso hacia la independencia. Luego de un período de perfil bajo, con la llegada de San Martín, publicó una serie de escritos donde explica su cambio de posición política de fidelista a separatista. Uno de ellos es un documento de 1824 titulado *Soberanía del Pueblo*. Ahí sostiene que no hay patria sin Gobierno, y no hay Gobierno si una fracción cualquiera del pueblo se abroga a cada instante la facultad de mandar, facultad que sólo existe en la masa general de los ciudadanos, y de la que se han desnudado cuando la delegaron en sus mandatarios y aceptaron el pacto social... La necesidad de derrocar

el régimen arbitrario y reconquistar los derechos del hombre aniquilados por la fuerza, justifica en el principio de las revoluciones los movimientos particulares, y el pueblo reasume entonces su soberanía, pero son injustos y criminales en el régimen constitucional, cuando están vigentes las garantías, cuando está en manos del pueblo afianzar su libertad por medios legales y cuando la constitución que él mismo ha dictado y que aceptó, lo escuda contra el Poder arbitrario... etcétera. Así, para Unanue no existe poder legítimo para gobernar sin un pacto social previo entre el pueblo y los gobernantes. Si este pacto se incumple la rebelión se justifica. Y en 1826 escribe: El tiempo de la independencia de América había llegado. Era imposible hacer retroceder a los pueblos del Perú del vehemente deseo y firme propósito de conseguirla... Hasta aquí con este señor que llegó a ser Ministro de Hacienda y Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores; luego ejerció la Vicepresidencia del Consejo de Gobierno y, en ausencia del mariscal José de La Mar y hasta su regreso, la Presidencia, la más alta función ejecutiva de la nación. En el aspecto económico, dictó el primer reglamento de comercio, dio impulso a la agricultura, a la minería y a la industria manufacturera. En fin, una vez más, duela a quién le duela, guste o no, una prueba de que la afirmación de la conciencia nacional preparó el camino para la emancipación del Perú.

—Y de que fue hecha por los nacionales —sentenció Sebastián.

—Eso, mi querido hermano, es cierto. Bien, ahora veamos a José de la Riva-Agüero. Este señor, a diferencia de los otros, desde sus inicios mostraba una marcada tendencia a la revuelta; en 1809 ya era agente secreto de las Juntas separatistas del Río de la Plata y Chile con la función de promover la lucha por la libertad en el Perú. Pero no sólo fue conspirador, también fue uno de los ideólogos producto de estas tierras...

—1,002 veces —dijo Sebastián mientras daba un empujón a Leoncio.

—Su participación en casi todas las conspiraciones que se desarrollaron en Lima son hartamente conocidas, así que no insistiré mucho en esa parte de su vida —continuó Leoncio luego de acomodarse el sombrero—. No hay que olvidar que Lima era el baluarte, la fortaleza del Poder español y el centro de la reacción absolutista; de ahí partían las tropas destinadas para sofocar las vivificantes llamas de la insurgencia en otros puntos del Continente. Tampoco hay que olvidar que, dentro de este colorido cuadro multifacético y desigual, en Lima, buena parte de los conocidos personajes y de la población recién adoptó una postura abiertamente separatista con la llegada de San Martín mientras que los Andes ya se estremecían; y sólo para mencionar un ejemplo de aquellos tiempos, desde inicios de 1800, toda la zona

que hoy es el departamento de Ayacucho estaba en plena ebullición y surgieron tenaces y corajudos dirigentes como el cangallino Pablo Basilio Auqui Huaytalla, que desacata las órdenes de las autoridades, se rebela contra la monarquía española y combate por la libertad y la tierra. Fue este morochuco el que acudió en apoyo a los Angulo y Béjar y, con la aplicación de novedosas tácticas guerrilleras, derrotó a parte de las fuerzas realistas que acudían a sofocar el levantamiento. La participación de Basilio Auqui en numerosas batallas es bien conocida; también es conocida la traición que provocó la derrota de la guerrilla, lo mismo que la prisión y asesinato de Basilio junto a toda su familia.

—Pero Lima era Lima.

—Eso, y Lima era España, y a pesar de ello en 1818 se dio la más importante de las conspiraciones ocurridas en Lima, y es conocida como la conspiración de Gómez, Alcántara y Espejo cuyo objetivo era la toma de la fortaleza del Real Felipe en el Callao, de la Real Cárcel de la Corte, de los cuarteles de Lima, en especial el de Santa Catalina, y del buque de guerra español llamado *Venganza*; también querían secuestrar al Virrey para hacerlo abdicar y apresar a los jefes militares; todo ello con la intención de tomar la ciudad y el reino para entregarlo a San Martín. Bien. Como fuere, el asunto es que fue Riva-Agüero el que desbroza el camino para el ingreso de San Martín...

—Y fue el primero que procuró directamente la cooperación del Gabinete británico a favor de la causa independentista americana — comentó Sebastián.

—Yo diría que el *primero* fue Viscardo y Guzmán, pero el *efectivo* fue Riva-Agüero, sí. Pero el chisme no tiene mayor importancia para nuestro tema; por lo demás, la penetración británica, sin interesarle para nada quién haya sido el primero, apuraba el paso. La vaina, a fin de cuentas, es que Riva-Agüero es conocido como *uno* de los primeros que proyectó un plan para la emancipación de la América; se puede quedar así, a mí no me importa el nombre de quién lo haya ideado, la cosa es que el *Plan* viene de adentro y no de afuera. Lo relevante del plan de Riva-Agüero es que, dado que el Perú era el bastión de España en América del Sur, para liberarlo, no bastaba con rebeliones internas, no bastaban conspiraciones, asonadas, levantamientos ni revoluciones limitadas geográficamente, era necesario un movimiento de mayor envergadura, un movimiento continental con la participación de otros países. Ésa era una visión mucho más amplia y completa que las anteriores de sus similares. Incluso llega a enviar a San Martín un detallado plan de ataque con desembarco en Pisco y Ancón, cantidad de hombres necesarios y un análisis del estado, cantidad y armamento de las tropas realistas. En algún lugar le señala

que para conquistar al Perú se necesita muy poco, porque la voluntad general es decidida a favor de la unión con Chile y Buenos Aires; que muchos oficiales de las milicias formadas por los hacendados con sus esclavos son decididos patriotas y solamente esperan la ocasión para reunirse con las tropas de la patria. Y añade que no debe perderse de vista que en los cuerpos que componen el ejército o guarnición de Lima hay muchos patriotas; éstos cuidarán de desordenar y aún tratarán de pasarse a los patriotas.

—Riva-Agüero se pega a San Martín porque ambos creían que el mejor sistema de Gobierno era la monarquía constitucional —acotó Sebastián.

—Cierto, defiende el sistema monárquico frente al republicano y acusa a éste de ser lento en las deliberaciones y mucho más en la acción; los clamores y el ruido, dice, ahogan la voz de la razón y el error usurpa el lugar de la verdad; en los Estados populares, añade, los pequeños cálculos del interés privado influyen demasiado sobre los negocios públicos. Riva-Agüero centra su lucha contra el despotismo del régimen español; pero a pesar de todo, y en cuanto a lo económico, plantea que España tiene intereses opuestos a los de América, por lo que a ésta no le quedaba otro camino que la independencia y afirma que sin seguridad personal y libertad de industria y de comercio, no es dable que haya felicidad en la Tierra. He ahí la clara relación entre la economía y la política. Bien, en su conocido Plan de Ataque, Riva-Agüero insiste en que el objetivo era liberar al Perú de la opresión y tiranía, a hacer a todos felices y ricos, no en clase de colonos, sino de nación unida libre de toda dependencia de Europa; y para lograr este objetivo, en su opinión, era necesario que San Martín respete la propiedad y las personas, proteja la religión, impida todo desorden de saqueo y violencia y guarde a cada clase sus privilegios.

—Una expresión más del temor a los desbordes populares.

—Eso, miedo a que se rasgue el pellejo de su aristocrática estirpe.

—Parece que Riva-Agüero es uno de los pocos que se dan cuenta de las limitaciones e intuye las intenciones de la Constitución de Cádiz; dice que las Cortes de Cádiz fueron constituidas de manera ilegítima y que la Constitución que promulgó en 1812, aunque contenía excelentes máximas, únicamente sirvió en la ciudad de Lima y en todas las del reino para que los gobernantes subalternos tiranicen a su antojo a los gobernados. Por lo tanto concluye que sólo se podría sanar al cuerpo político americano por medio de un Gobierno inmediato y establecido de concierto común; una nueva forma de Gobierno donde una Constitución libre y estable sea el único remedio.

—Eso, su argumento base es que la Constitución de 1812 no provenía de una autoridad con un origen legítimo. Es ambiguo, para no

decir que ecléctico, cierto; pero el hecho es que, en el fondo, lo que prevalecía en Riva-Agüero era su postura independentista, y cualquier política que le restara fuerza era rechazada por él. Por ejemplo, dice: Todos convendrán que las Cortes de España, que forman el nuevo lazo o contrato social con la América, fueron ilegítimas; y que se hizo una violencia y coacción con los americanos para que después eligiesen diputados con arreglo a las determinaciones de España y voluntad de sus virreyes y gobernadores... Y se pregunta: Si las Cortes declararon la soberanía en el pueblo, ¿por qué querían pues atacar sus propios principios haciendo la guerra a la mayor parte de los pueblos que no querían ser dominados por el de Cádiz?

—Buena pregunta.

—Y si se quiere recordar los primeros 4 artículos de esa Constitución, dicen: La Nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios; la Nación española es libre e independiente, y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona; la soberanía reside esencialmente en la Nación, y por lo mismo pertenece a ésta exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales; la Nación está obligada a conservar y proteger por leyes sabias y justas la libertad civil, la propiedad y los demás derechos legítimos de todos los individuos que la componen. Y el artículo 5, de los españoles dice que son españoles: Todos los hombres libres nacidos y avecindados en los dominios de las Españas, y los hijos de éstos; los extranjeros que hayan obtenido de las Cortes cartas de naturaleza; los que sin ella lleven 10 años de vecindad, ganada según la ley en cualquier pueblo de la Monarquía; y los libertos desde que adquieran la libertad en las Españas...

—La pregunta, entonces, no sólo es buena sino justa —añadió Sebastián.

—Eso. Riva-Agüero, por angas o mangas e incluso después de la restauración de Fernando VII, planteaba la lucha contra el despotismo y la tiranía, por la soberanía y la independencia. Una cosa queda clara tanto en Vidaurre como en Riva-Agüero, ambos perciben, a su manera, la formación, maduración y desarrollo de la conciencia nacional, de la identidad y del sentimiento patriótico de los mestizos americanos a lo largo de toda la dominación española y que el momento de la liberación nacional había llegado. En *Las 28 causas de la Revolución de América* de Riva-Agüero, se lee: Los tiempos han mudado el aspecto que la América tenía en su descubrimiento... La América habitada en aquella época por naciones sencillas e inocentes, al presente lo está por hombres ilustrados y que conocen mucho a los españoles. Por personas que saben que su propia conservación es de derecho natural, y que ninguno puede renunciarlo entera y ab-

solutamente. Que están persuadidos que la América no es ni puede ser un patrimonio, y que el pretendido derecho de propiedad que se atribuye a los Reyes de España, es una quimera engendrada por el abuso, y que ella puede excluir al soberano que le sea pernicioso... Tiempo es ya de que Fernando sepa que la América tiene justos motivos para hacerle la guerra; y que no es lícito abusar de la autoridad, del engaño, ni de la fuerza, para dominar despóticamente... Cuando el amor a la patria ha encendido el entusiasmo a un tal extremo, no hay que esperar que las crueldades apaguen este fuego sagrado, y antes sí que lo afirmen. Estrechados a elegir entre la victoria o la muerte, ellos prefieren la suerte de las armas, al ignominioso fin que les aguarda si se entregasen a sus tiranos... tienen que buscar la victoria para librarse de la muerte más llena de oprobio que los espera bajo la dominación de sus enemigos. No hay composición, ni el Gobierno de Fernando lo quiere, pues ha elegido el medio horroroso e inhumano de destruir con el hierro la población inmensa de América... etcétera. Hasta aquí con este y los otros señores. Bien, lo que sigue en nuestro desarrollo inmediatamente posterior a la guerra de independencia es una conocida historia de idas y venidas, de dictaduras encubiertas y abiertas, de cambios de bando, de traiciones, de golpes de Estado, de caudillismo, de militarismo y de otras miserias. Sin embargo, la titánica labor que el movimiento de Túpac Amaru y sus antecesores habían desplegado en el socavamiento del Virreinato y la preparación de las condiciones para la emancipación hizo que las predicciones de Viscardo y Guzmán se pudieran materializar; la línea ideológica del separatismo primó y el Perú se sacudió el yugo español... para caer en brazos de ineptos y de otra potencia. Bien. Entonces, para ampliar y redondear una idea ya mencionada. Con todo lo hasta aquí dicho, podemos apreciar con toda claridad, y la práctica social así lo corrobora, que en el desarrollo de la conciencia social aparece el nexo recíproco de las contradicciones nacionales e internacionales como una ley y esto es comprobable a lo largo de toda la historia de la ideología, historia que incluye la filosofía. Así, el pensamiento filosófico de cada pueblo depende, principalmente, de la evolución de su vida económica y de la lucha de clases que en ese país se da, pero también experimenta la influencia de la filosofía y el pensamiento social de los pueblos de otros países. Mientras existan los hombres, la historia de la naturaleza y la historia de los hombres se condicionan mutuamente. Y van 1,003 veces.

—Muy gracioso, compadre. Pero, bueno. La parte que *sigue*, y a la que señalas como conocida, tiene algunos bemoles —opinó Sebastián.

—Un montón, diría yo; pero a ver, dale —dijo Leoncio con expectación.

tativa después de aclarar la voz.

—Entre 1808 y 1811, se constituyeron varias Juntas de Gobierno en diferentes Virreinos, como en el de Nueva España, del Río de la Plata, de Nueva Granada y de la Capitanía General de Venezuela; estas Juntas eran autónomas, respetaban los derechos de Fernando VII, secuestrado por los franceses, pero no reconocían las autoridades nombradas por la Corona para el Gobierno de las colonias. Naturalmente que este proceso se dio en medio de la contienda entre restauración y contrarrestauración, en el enfrentamiento de ambos bandos, el realista y el patriota. Los levantamientos vienen y van y el proceso de la independencia va tomando cuerpo por la vía de la lucha armada. A partir de 1811 se establecen los Congresos Constituyentes Nacionales y a partir de 1813 se producen las primeras declaraciones de independencia de cada Estado...

—Sin olvidar el olvido de los paraguayos —anotó Leoncio levantando el dedo índice hacia el despejado firmamento.

—Sin olvidar la independencia de los paraguayos en 1811—concretó Sebastián y continuó tras una ligera reflexión—. Se independizan varios países al norte y al sur del Perú con Bolívar y San Martín a la cabeza de un montón de *libertadores* y líderes independentistas; en verdad la lista es bastante larga pero los que más bullas hacen, o a los que más piropos les deparan, son Bolívar y San Martín; pero, repito, no eran los únicos, cada nación tenía hartos de lo suyo, había una serie de mariscales, generales y oficiales de todo rango que destacaban no sólo por su bravura sino por su capacidad de mando y otros dones para resolver problemas tanto tácticos como estratégicos, sobre el papel y en el campo de batalla. Claro que por la historia también pasaron los si te vi no me acuerdo, los campeones de la tocata y fuga y de los que cambiaron de bando no sólo una sino varias veces. Bueno, como fuere, la vaina es que, una vez liberados los países de la periferia, para consolidar la emancipación tanto la del Continente como la de cada país, debían, necesariamente, tomar Lima, el centro, la fortaleza del Poder colonial; de ahí que el Perú y Bolivia hayan sido los últimos en caer, o mejor dicho, en emanciparse. La emancipación de Centroamérica, la de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, fue en 1821, casi a la par que la independencia nominal del Perú. La de Bolivia se dio en 1825 pero, como ya lo hemos visto, el último reducto, el Callao, cae recién en 1826 aunque la resistencia realista, vía guerrillas, se prolonga hasta finales de 1830. Entre las más destacadas de estas guerrillas se encuentra la de Iquicha, comandada por un indígena, por un cacique realista, Antonio Huachaca, a quien el Virrey La Serna incluso llegó a nombrar general de brigada del Ejército Real del Perú. Este tipo cap-

turó Huanta, abolió la República, restableció la monarquía y siguió su ataque hacia la actual Huamanga. En sus años mozos había combatido contra los hermanos Angulo para frenar el avance de sus tropas sobre la región de Ayacucho...

—Bastante consecuente el hijoeputa —comentó Leoncio.

—Eso. En aquellos tiempos la gran mayoría de iquichanos apoyaban al Gobierno absolutista...

—Y no hay que olvidar que, en 1983, algunos de ellos, los gamonalillos y sus secuaces, asesinaron a varios combatientes en las comunidades de Huaychao, Uchuraccay y en algunas otras más...

—No, claro que no; imposible olvidarlo. También asesinaron a varios periodistas y contribuyeron al establecimiento de los Comités de Defensa Civil y de las entonces llamadas base antisubversivas multi-comunales creadas por la Infantería de Marina y donde se agruparon muchas comunidades por voluntad propia. Pero bueno, adonde iba es a señalar que la emancipación misma, en su camino de ida y vuelta, como ya dijiste, de lo nacional a lo continental y de lo continental a lo nacional, desató una nueva serie de contradicciones...

—En la pugna por la dirección del Estado —adelantó Leoncio.

—Eso. Y si me dejas seguir te lo agradeceré —dijo Sebastián y le dio un empujón a Leoncio en el hombro.

—Disculpa, sigue.

—Gracias, hermano. La lucha se había polarizado al extremo, por un lado el Poder colonial en franca bancarrota y desintegración y por otro los terratenientes y capitalistas que ganaban terreno lentamente; las masas populares, liquidados sus mejores jefes y guías, optaron por apoyar a uno u otro bando con las expectativas puestas en la solución favorable de su problema básico: la tierra. Momento —dijo Sebastián cuando creyó percibir un amago de interrupción por parte de Leoncio—. Desacuerdos, disputas, diferencias y hasta enfrentamientos sangrientos en el bando *patriota* los hubo desde el inicio de la gestación de las ideas separatistas siendo aún la mayoría de esa gente fidelista con ansias más o menos autonomistas; pero más allá de lo anecdótico quisiera centrarme en lo que para mí, en ese momento, es esencial; es decir, en el papel de Bolívar y las fuerzas opositoras que desencadena su pensamiento y actitud. Y no me voy a referir a su *Decreto de Guerra a Muerte*, porque en verdad no fue su patrimonio. Por ejemplo, Nariño, líder independentista de Nueva Granada, había dicho que la patria no se salva con palabras, ni con alegar la justicia de nuestra causa. La hemos emprendido, la creemos justa y necesaria. Pues a ello; vencer o morir, y contestar con los argumentos de las bayonetas. Algo similar se ve en Mariano Moreno, uno de los impulsores de la Revolución de Mayo de 1810 en

la ciudad de Buenos Aires y miembro de la Primera Junta que abrió a los británicos la puerta del libre comercio, que se pregunta ¿por qué nos pintan a la libertad ciega y armada de un puñal? Y se responde, porque ningún Estado envejecido o provincias, pueden regenerarse ni cortar sus corrompidos abusos, sin verter arroyos de sangre. De estos ejemplos hay un montón y los españoles no se quedaban atrás, al contrario, parecía que tenían los derechos de autor. Sólo un ejemplo, en 1821, en Ica, un alto oficial realista emitió una circular en la que se conminaba a los pobladores a que en el término de 4 horas debían presentar 300 caballos y mulas en la casa de un tal marqués no sé qué; y que si así no lo hacían serán irremisiblemente pasados por las armas, quemadas y taladas sus haciendas y pasadas a cuchillos sus familias. Tal comportamiento era de uso común del depredador colonialismo; los rebeldes se defendían con la violencia revolucionaria. Ni una sola victoria de la libertad política sobre la clase feudal se logró sin una desesperada resistencia. Si recordamos la historia universal, podemos ver que ni un solo país capitalista se formó sobre una base más o menos libre o democrática sin una lucha a muerte entre las diversas clases de la sociedad. Y precisamente esto es lo que la mayoría de historiadores y especialistas dejan de lado. En cuanto a lo de los excesos estamos de acuerdo, sólo estoy tratando de precisar el fenómeno y las circunstancias que lo rodean...

—Lo entiendo —interrumpió Leoncio pensando en voz alta—. Sólo los cucufatos, los hipócritas y la recua de los plumíferos intelectualillos de la historia oficial al servicio, voluntario o no, de lo caduco se escandalizan ante la violencia revolucionaria pero aceptan la violencia reaccionaria, con regocijo y beneplácito, aunque supuestamente la condenen en sus novelitas, panfletos, artículos, investigaciones, documentos, libros y otros sesudos escritos. La lista es inmensa, abarca un amplio abanico que va de Vargas Llosa a algunos encumbrados novicios cuentacuentos aparecidos en el llamado boom de la narrativa de los años de la violencia política; haciendo la salvedad, claro, de los pocos justos que, sin siquiera ser simpatizantes de la guerra popular y aparte de tener buena pluma y mejor talento, asumen una mejor posición de clase aunque ellos mismos lo ignoren o no se den cuenta de ello.

—Eso. Bueno, decía que quiero centrarme en las fuerzas opositoras que desencadenan el pensamiento y la actitud de Bolívar. En algún momento de la historia ya narrada y donde a ojos vista se oía que en toda la zona que se conocía como la República de Colombia, o la Gran Colombia, dividida en 3 grandes departamentos constituidos por Venezuela, Nueva Granada y Quito, incluyendo la Provincia Libre de Guayaquil, iba a barrer el vendaval. Un demoledor golpe de Esta-

do, con el Libertador como Presidente dictador, que debería coadyuvar a la unidad de los militares venezolanos y la oposición conservadora. Bolívar ya tenía directamente el control de vastas zonas de la República, no bajo administración civil sino militar. Tras el Congreso de Cúcuta de 1821, que aprobó una Constitución y el plan unificador de Bolívar, fue el Vicepresidente, el general de división Francisco José de Paula Santander y Omaña, el encargado de organizar el nuevo Estado, cosa nada fácil pues la modernización social tenía a la Iglesia y a los viejos grupos de poder en contra. La toma del Poder no garantiza la automática desaparición de las personas y los grupos sociales favorecidos por el viejo orden. Quedaban los propietarios de esclavos que se negaban a la emancipación de los negros, tal como estaba previsto en el programa de la nueva República; quedaban los grandes comerciantes y los pequeños artesanos que se oponían al libre comercio que los ponía a merced del predominio británico. Otra vez, la experiencia de Haití les ponía los pelos de punta, y no sólo a la llamada oposición sino también a los propios *Libertadores*. Y Bolívar apunta a extender su dominio más allá de las aún inciertas fronteras gran-colombianas. En ese momento, para bien o para mal de la historia y según los gustos, se le ocurre a San Martín pedirle ayuda al otro Libertador. Es así que ambos se entrevistan en Guayaquil a mediados de 1822. Anécdotas van y vienen, incluyendo los retratos de Bolívar que con admiración guardaba San Martín, sobre todo una miniatura que le regalara personalmente el napoleoncito hispanoamericano al terminar la entrevista de Guayaquil; pero la vaina es que hasta ahora no se conoce el contenido de esas reuniones, salvo los resultados que ya hablan de por sí. San Martín se postra ante Bolívar, acepta con sujeción plena, cabal e incondicional su jefatura y dirección unipersonal y se retira del Perú, aparentemente, con absoluta convicción. Si llevaba el rabo entre las piernas al salir de la reunión nadie lo puede decir, pero las consecuencias de su sumisión fueron graves. Guayaquil era un territorio que el Perú consideraba suyo; y San Martincito, el monárquico *Protector*, se largó a la Argentina y no sólo dejó Guayaquil en manos del dictador sino que, además, le regaló todo el Perú, un país que ya estaba organizado; la labor de sus emisarios enviados a Europa para buscar un rey para el Perú saltó por los aires. Bolívar se tomó su tiempo antes de marchar sobre el Perú y se dedicó a pacificar brutal y sangrientamente algunas rebeliones realistas como la de Pasto; donde, dicho sea de paso, en el bando de Bolívar ya peleaban oficiales británicos. Hacia el año 1823 y luego de una serie de problemas en la Suprema Junta Gubernativa del Perú presidida por José de la Mar; más los fracasos de la llamada *Primera Campaña de Intermedios* en las batallas de Torata y Moquegua contra las

tropas realistas; y el Motín de Balconcillo, que exigía la elección de un Presidente como jefe supremo que ordene y sea velozmente obedecido, el Primer Congreso Constituyente del Perú, creado por San Martín, disolvió la Junta y nombró como primer Presidente del Perú a José de la Riva-Agüero, siendo también el primer golpe de Estado. Riva-Agüero, que hasta antes de su elección había sido prefecto del departamento de Lima, se esforzó por terminar la independencia del Perú con la acción de los propios peruanos, sin la participación de tropas foráneas, y organizó la *Segunda Campaña de Intermedios* bajo el mando del general Santa Cruz que, para no hacerla larga, también terminó en un estrepitoso fracaso. Las consecuencia de la debacle fue que los realistas tomaron Lima; parte del Congreso se pasó al bando realista; Riva-Agüero trasladó la sede de su Gobierno primero al Callao y luego a Trujillo; se creó, además del Poder Ejecutivo y Legislativo que ya existían, el poder militar bajo el mando de José de Sucre, segundón de Bolívar y que más adelante sería dueño de la victoria en la Batalla de Ayacucho y de la reunión de las provincias del Alto Perú que llevaría el nombre de Bolívar hasta que un año después a alguien se le ocurriría la frase: Si de Rómulo, Roma; de Bolívar, Bolivia, y así quedó. Bueno, el mismo Congreso, o lo que quedaba de él, dio a ese Sucre poderes iguales al Presidente de la República; dio de baja a Riva-Agüero, quien no aceptó el desplante y se mudó para Trujillo; y nombró como Presidente a Torre Tagle que a su vez cambiaría de bando varias veces para terminar muriendo en el Callao bajo la protección de los realistas. Mientras tanto, el despótico y arrogante Bolívar hacía buen rato que había puesto sus patas sobre nuestro suelo y sus tropas, que actuaban como tropas de ocupación, se habían entregado en cuerpo y alma al pillaje y el saqueo; y sin embargo, el ya varias veces mencionado Congreso, entregó poderes dictatoriales al señor Libertador. Con el tiempo, el Napoleón de las fugas, como Presidente y libertador de Colombia, protector y dictador del Perú y padrino de Bolivia, había alcanzado la cúspide de su gloria. Dueño de un buen dominio escénico, con una variopinta gama de pataletas y bajo la presión de sus bayonetas, ponía y deponía Juntas, Congresos, Cabildos Abiertos y todo lo que se le ocurría o favorecía para ampliar sus dominios y para que lo invistieran de poderes cosa que él, gustosa, humilde y patéticamente, aceptaba declarando estar dispuesto a tomar sobre sí la tan pesada carga del Poder si ésta recaía en sus hombros. Pero, a fin de cuentas, como todo no era un lecho de rosas y ya no bastaba hacerse la fama y echarse a la cama, a lo largo y ancho del Continente crecía el descontento y cada vez se hacían más numerosas y fuertes las protestas, las revueltas, los levantamientos y las insurrecciones. La Mar, ex general realista, amigo

de San Martín desde la guerra civil española y la campaña del Rosellón, siendo Presidente del Perú y embroncado con Vidaurre, Gamarra y Santa Cruz, invadió la Gran Colombia, que se encontraba en franco proceso de desintegración a causa de nuevos movimientos separatistas, para recuperar la región de Quito, que incluía la Provincia Libre de Guayaquil y todo lo que ahora es el Ecuador, pero fue vencido por Sucre que había renunciado a la presidencia vitalicia de Bolivia; Tumbez, Jaén y Maynas quedaron de lado peruano. La Mar fue depuesto por una banda dirigida por Gamarra y enviado al destierro para Costa Rica, donde murió, como dicen algunos, de olvido y melancolía. Sucre, delfín de Bolívar y aplicador incondicional de su visión política, fue asesinado por los nuevos separatistas enemigos de él y de Bolívar. Santa Cruz, que llegó a ser Presidente de la Junta de Gobierno del Perú, Presidente de Bolivia y supremo protector de la Confederación Perú-Boliviana, terminó en el exilio por ser considerado perturbador del orden público. Riva-Agüero, que formó un Gobierno paralelo en Trujillo e intentó enfrentarse a Bolívar y Sucre, fue apresado por sus propios oficiales que en lugar de fusilarlo, como era deseo de Bolívar, lo mandaron al destierro; años después regresó a Lima donde, apartado de la vida pública, se dedicó a las labores agrícolas. Gamarra, Presidente del Perú que quería anexarse Bolivia, cae en combate. Hacía ya buen tiempo que Venezuela había proclamado su separación definitiva de la Gran Colombia; José Antonio Páez había asumido la Presidencia y desterrado al Emperador Bolívar. Páez, que a esas alturas tenía a los británicos como guardaespaldas, había sido, en su lucha contra los españoles y mucho antes de ser aliado de Bolívar, un reconocido líder de los llaneros venezolanos más empobrecidos y humildes que desarrollaban la guerra de guerrillas como montoneras a caballo y con lanzas. Otro grupo de llaneros, que peleaban bajo órdenes realistas, había expulsado a Bolívar en 1814; poco después Bolívar mandaría asesinar a Piar por no aceptar su jefatura. Santander, Vicepresidente del Libertador en la Gran Colombia, intentó asesinar 3 veces a Bolívar, fue apresado, juzgado, hallado culpable, degradado y condenado a ser fusilado por la espalda; pero, cosas de la vida, Bolívar lo perdonó y su pena fue conmutada por el destierro; a la muerte de Bolívar llegó a ser Presidente de Nueva Granada y, después de rechazar la reelección y ante la división de sus partidarios, fue senador y Presidente del Congreso de Nueva Granada; murió después de una larga agonía y delirios causados por cálculos biliares. A Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Ponte Palacios y Blanco, más conocido como Simón Bolívar, se lo llevó temprano la tuberculosis; el mal fue desmentido y Hugo Chávez trajo de regreso el espíritu del Libertador; a Chávez se lo llevó, también temprano,

un cáncer de próstata, el mal también fue desmentido y Maduro trajo de regreso el espíritu del facho aunque no sabe qué hacer con él. San Martín, acusado de conspirador, partió en autoexilio y luego de venidas y vueltas a ir murió en Francia, de viejo y perdido entre sus recuerdos; había llegado a ser generalísimo del Perú, capitán general de la República de Chile y general de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Y así, el destino de muchos otros próceres y libertadores no fue mejor ni peor y casi todos están de regreso con el espíritu empotrado en estúpidos monumentos y estatuas que por lo general tergiversan los acontecimientos y el verdadero papel, brillante o no, que cumplieron en la historia. ¿Qué había pasado?

—¿Quieres que te conteste? —preguntó Leoncio.

—No, compadre. Me estoy preguntando a mí mismo. El ideal americano, el nacionalismo continental de los revolucionarios, la solidaridad continental de los pueblos que se rebelaban contra el dominio de España, había sido violado y suplantado por las ilimitadas ambiciones de poder del señor Bolívar. Madurado el proceso emancipador, se desató una pugna entre federalistas y centralistas; la unidad continental bajo un viable régimen unitario estratégicamente descentralizado en regiones autónomas, con igualdad de derechos y libertades, donde se podría aplicar un plan central único, era sustituido por un estúpido centralismo dictatorial bajo la férula de Bolívar que estigmatizaba y sojuzgaba a las diferentes fuerzas democráticas, políticas y militares, que habían conseguido liberarse del dominio español en cada uno de los territorios del ex Virreinato. Además, la dictadura encubierta de San Martín había sido reemplazada por la dictadura declarada de Bolívar que imponía las tropas colombianas donde mejor se le antojaba para proteger su imperio. Inaceptable. Esta situación provocó una infinidad de levantamientos que fueron seguidos por cada vez más amplios sectores de la sociedad. Diga lo que se diga, en el fondo, la pugna se daba entre una remozada monarquía vitalicia y las nacientes repúblicas cuyas fronteras aún no estaban claramente delimitadas. Un par de ejemplos de entre los muchos que hay, en 1826 Panamá rechazó la Constitución Bolivariana ya que el Congreso colombiano no aceptaba las solicitudes de franquicias comerciales para el istmo, lo cual frustraba las aspiraciones panameñas; así surgió un movimiento para separarse de la Gran Colombia y convertir a Panamá en un país hanseático bajo la protección de Gran Bretaña y Estados Unidos, pero el movimiento fue brutalmente reprimido por las tropas de Bolívar. Otro, aunque ya mencionado. Finalizada la lucha independentista en el Perú, sus relaciones con Colombia se fueron haciendo lentamente más tensas a causa de las disputas territoriales; Guayaquil era considerado parte del territorio peruano y no se veía con buenos ojos la

intromisión de Bolívar en los asuntos internos del Perú. Hacía ya buen tiempo que el problema de a quién le correspondía la soberanía de la rica provincia de Guayaquil era tema de disputa entre ambas Repúblicas hasta que Bolívar la anexó en 1828. Otro más. El Perú invade Bolivia y expulsa a los colombianos a inicios del mismo año porque se negaban a reconocer a la República de Bolivia como un Estado soberano y, además, estaba en contra de la influencia de Colombia en ella... etcétera. Lo que más sobran son los ejemplos. Pero bueno, así son las cosas. La vaina es que el regionalismo estaba a flor de piel. Si tomamos en cuenta sólo a partir del movimiento de Túpac Amaru, es factible decir que no es posible combatir casi ininterrumpida por más de medio siglo sin ideología ni objetivos ni planes ni coordinación. Las conspiraciones, revueltas, levantamientos, sublevaciones y movimientos lograron plasmarse en una guerra de liberación continental porque hubo planes, estrategias y, de una u otra manera, organizaciones políticas que operaban bajo la forma de sociedades patrióticas, sociedades amantes de tal o cual país, sociedades literarias y muchas otras formas incluyendo el espionaje y las logias; y sólo para mencionar algunas de sus manifestaciones ahí están los discursos, arengas, elogios, manifiestos, pronunciamientos, planes de ataque y un montón de etcéteras en los que se traza una línea ideológica lo mismo que planes tácticos y estratégicos políticos y militares. Se recuperaba el derecho a la insurrección y el legítimo uso de la violencia revolucionaria a escala continental contra la proterva violencia del invasor colonial, por la libertad y la república. Ya has mencionado en extenso los planteamientos de Viscardo y Guzmán, pero me gustaría repetir una frase que, en mi opinión, encierra un profundo significado y es lo que, a fin de cuentas, guió la guerra de independencia de principio a fin, y es cuando dice que los intereses de nuestro país, no siendo sino los nuestros, su buena o mala administración recae necesariamente sobre nosotros, y es evidente que a nosotros solos pertenece el derecho de ejercerla. Redondo. Es evidente que entre la población de las diversas regiones del antiguo Virreinato, tanto como en aquellas que poco a poco se fueron delineando, había diferencias idiosincráticas, disimilitud de caracteres, de usos, de costumbres y de intereses. El deseo común era la libertad, la autonomía, la emancipación, la independencia, sí; pero al mismo tiempo también se iba diseñando la autonomía territorial, las fronteras deseadas y factibles. También es evidente que había sectores sociales, políticos y económicos en cada país que nunca estuvieron interesados en un proceso de integración. En esos momentos, las posibilidades de organizar y gobernar tan extenso territorio, todo un Continente, no era factible ni real. Las ilusiones monárquicas del dictador Bolívar eran precisamen-

te eso, viejas ilusiones de dictador que fueron disipándose implacable y definitivamente con la lucha de clases y el resurgir de la secesión; en este caso, de cada pueblo, de cada nación y sus respectivas clases sociales. La guerra civil que se había transformado en guerra de liberación continental retorna a ser guerra nacional. Y las nuevas regiones se fueron desmembrando para ceder el paso, poco a poco, a los países que forman este Continente, sin que esto quiera decir que los llamados problemas fronterizos estén solucionados. Mientras las clases poderosas estén al mando del Gobierno y del Estado, estos problemas estarán presentes; las fronteras serán violadas, la rapiña no tiene ni respeta límites. Hacia fines de la década de 1820, los nuevos Gobiernos regularon el comercio, las instituciones públicas y, en el papel, habían decretado la abolición de la esclavitud. Pero las ya mencionadas discrepancias entre federalistas y centralistas pusieron el orden interno patas arriba, Bolívar, en la Gran Colombia, gobernó por decreto a partir de 1828 sin por ello poder evitar la separación y creación de nuevas repúblicas. Los terratenientes, las burguesías comerciales, cafetaleras y propietarias de esclavos sacaban las garras, Bolívar, San Martín y otros más se las habían afilado. El movimiento de liberación continental, las guerras de independencia anticolonial libradas y ganadas por las clases populares, sucumbía a manos de las clases que durante el proceso independentista se mantuvieron agazapas, a la espera de los resultados, o participaron tras la máscara de liberales y republicanos. Las fuerzas progresistas que se levantaron contra el colonialismo y la feudalidad se diluyeron a la sombra de una rancia aristocracia que supo aprovechar los éxitos y cosechar las victorias ajenas; las fuerzas revolucionarias no supieron, no pudieron o no quisieron poner fin al poderío económico de la oligarquía que se había fortalecido con el comercio de importación y exportación. La emancipación de Hispanoamérica trajo como consecuencia la aceleración del proceso que había comenzado en la segunda mitad del Siglo XVIII, así caímos en manos de la nueva potencia del mundo: Gran Bretaña. El camino estaba desbrozado, entre 1808 y 1811, aproximadamente la tercera parte del total de las exportaciones británicas tenía como destino Hispanoamérica. En 1817, Gran Bretaña, evidentemente a causa de sus intereses económicos y políticos en el Continente, simplemente ignoró el pedido de ayuda que Fernando VII formulara para combatir a los ejércitos de liberación. Gran Bretaña no podía ni quería abandonar Hispanoamérica; sus intereses y su superioridad económica determinaron que la expansión de su mercado fuese posible sin una intervención militar ni política directa, tal como China y Rusia lo hacen en la actualidad.

—Eso. La guerra de independencia continental dejaba una Hispa-

noamérica muy distinta a la de antes que comience, pero también distinta a la que debería de haber surgido después de ella. La lucha por la emancipación total y completa, en algún momento, cambió de rumbo; las masas populares habían levantado su efervescencia a tope pero una vez más fueron traicionadas. Lo anhelado desde antes de 1808 quedaba como estropajo pisoteado después de 1825. La pugna por la dirección del Estado quedaba zanjada, los terratenientes siguieron al mando, sin interesar un carajo si fueron realistas o patriotas, federalistas o centralistas, pero enfrentando a sangre y fuego grandes luchas campesinas. En nuestro caso, como en el de casi todos los actuales países del Continente, fuimos una colonia sujeta a España, no teníamos independencia política. También fuimos un país feudal ya que el sustento de la economía de nuestra sociedad se basaba fundamentalmente en el trabajo de la tierra. Como ya antes he dicho, en Lima había una naciente burguesía comercial financiera a la que el visitador Areche le echó por los suelos el andamiaje sobre el cual se sostenía su dominación; con ello queda claro que no es cierto que la burguesía *nace* en la década del 50 del Siglo XIX, eso es falso a pesar de que hayamos sido nosotros mismos quienes así lo sustentaban. Esa burguesía, que, reitero, a estas alturas del partido es más vieja de lo que uno imaginó, al quedarse sin la maquinaria que hubiese facilitado su desarrollo como clase se vio caer en manos de los terratenientes que, con sus taras feudales, la contaminaron hasta la médula del hueso, hasta la pepita del alma. Si no se entiende esto no será posible entender qué diablos pasó con la independencia de nuestros países. Bien. Cierto es que desde tiempos anteriores a la emancipación había comercio y las modalidades industriales empezaban a expandirse timoratamente pero el fundamento económico era la feudalidad y los terratenientes tenían el control político que les facilitaba la existencia de los grandes latifundios que pertenecían a unas cuantas familias; sobre esta propiedad latifundista se levantaba la servidumbre, es decir, la explotación de los campesinos, quienes por un pedazo de tierra tenían que prestar servicios personales, labrar la tierra del señor u otros servicios, incluido el doméstico. Nuestro país, como muchos otros, era un país atrasado donde lo fundamental eran las viejas formas de producción y las modalidades de Gobierno totalmente caducas. La burguesía no podía romper los lazos que la ataban a los terratenientes. Nuestro país arrastraba desde mucho antes de la guerra de independencia e incluso antes del inicio del movimiento de Túpac Amaru 2 problemas, los que con variaciones aún persisten: el primero es el problema de la tierra, el problema de la feudalidad, el de la servidumbre del campesinado, levantada sobre la propiedad latifundista; y el segundo es el problema de la soberanía nacional, el

de que nuestra nación era una colonia de España. La emancipación, evidentemente, se enfrentó a ambos problemas; al segundo, lo prueban las luchas de la independencia en cuanto a la soberanía, ya lo hemos visto y está más que claro; al primero, lo prueban los diversos decretos emitidos sobre la propiedad territorial así como los debates parlamentarios en los que, en lo tocante al problema de la tierra, se planteaba que la emancipación sólo podía asegurarse entregando la tierra a los campesinos. Las actas sobre esos debates están al alcance de cualquiera. Un ejemplo práctico se encuentra en el caso de México, donde José María Morelos mueve el centro de acción del Noroeste, de la plata y el maíz, hacia el sur en que la meseta baja hacia el Pacífico. Morelos se gana la confianza y la dirección sobre los demás jefes de pequeños grupos revolucionarios sobrevivientes a la dura represión y comienza a combatir las tendencias a la conciliación y la transacción con los realistas que en aquellos caudillos había aparecido. En 1812 domina el Sur y organiza fuerzas más disciplinadas que las tropas campesinas del cura Hidalgo, elabora un programa que incluye la independencia, la supresión de las diferencias de casta y, aquí lo importante, la división de la gran propiedad ya que ésta era una exigencia colectiva. Otro ejemplo, en el Río de la Plata las masas populares rurales serán acaudilladas por Artigas con un programa radical de reparto de la tierra. Hasta Bolívar tenía en cuenta el problema, de ahí que, por lo menos desde 1816 a su regreso de Haití, cuando comprendió que la independencia sólo sería factible con el pueblo levantado en armas, promovía la liberación de los esclavos, el fin de la servidumbre indígena y el reparto de las tierras, que durante la colonia era el núcleo central del poder de los hacendados y plantadores esclavistas. Pero la legislación de Bolívar chocó con 2 obstáculos. El primero, claro, fue la resistencia de las viejas clases dominantes a abandonar la base de su dominio social, la propiedad latifundista de la tierra. Y el segundo, y esto es una experiencia a la que hay que prestarle mucha atención, fue que sus medidas de reparto y división agraria fueron tomadas a bien por las comunidades indígenas que festejaban el fin de la servidumbre pero que defendían sus tierras comunales trabajadas colectivamente y veían como una amenaza la división de esas tierra. Esto da a entender con toda claridad que las medidas sociales dadas por el propio Bolívar podían ser sumamente progresistas frente al latifundismo, a las grandes plantaciones esclavistas, a los terratenientes y gamonales, de ahí que las clases dominantes y los principales propietarios de la tierra terminarán abandonando y combatiendo a Bolívar; pero, al mismo tiempo, las mismas medidas sociales resultaban perjudiciales si se aplicaban sobre los territorios de las comunidades indígenas; y este rechazo

generalizado, de una u otra manera, se expresó en todo el territorio continental. Bolívar había establecido en 1824 que cada individuo, de cualquier sexo o edad que sea, recibirá 1 fanegada de tierra en los lugares pingües y regados, y en los lugares privados de riego y estériles recibirá 2 fanegadas... los terrenos destinados a pacer los ganados serán comunes a todos los individuos. En 1825, promueve la abolición del tristemente célebre tributo real; los indios, dice, constituyen la clase más pobre de la sociedad, y deben quedar exentos de aquella carga. Además, sus decretos prohibían el trabajo forzado en minas, obrajes y haciendas y promovían que todo trabajador indígena debe recibir, sí o sí, un salario en dinero, previo contrato de trabajo voluntario, suprimiendo la mita, el yanaconazgo, el pongazgo y todo tipo de servicio personal gratuito, habituales en la dominación sobre el indígena. En pocas palabras, había prohibido la servidumbre en todas sus formas y dispuesto que se devuelva la tierra a los indígenas, sus legítimos dueños. Pero, como alguien lo recuerda, en 1824, Simón Bolívar dictó el decreto de Trujillo para proteger a los indios del Perú y reordenar allí el sistema de la propiedad agraria; sus disposiciones legales no hirieron en absoluto los privilegios de la oligarquía peruana, que permanecieron intactos, pese a los buenos propósitos del Libertador, y los indios continuaron tan explotados como siempre. Y para mayor ejemplo, lo que resalta mucho más el problema de la tierra, es que los realistas, en una operación políticamente inteligente, les prometían a los campesinos mantener sus tradicionales comunidades bajo protección real, mientras los patriotas de Bolívar promovían jurídicamente la división de la tierra. En fin, valgan estos ejemplos para enseñar mejor la importancia del aún irresuelto problema. Así, queda claro que el problema sigue pendiente y que la emancipación no condujo a una modificación radical de la propiedad de la tierra en todo el Continente. Las minas, plantaciones y latifundios siguieron en manos de las antiguas clases propietarias de la tierra y la burguesía comercial financiera continuó haciendo negocios, ya no con España sino con Inglaterra, mientras las mayorías populares, indígenas, negros, mulatos, zambos, mestizos, gauchos, llaneros, o como quieran llamar a la masa pobre de los mestizos americanos, continuaron explotadas. Los decretos abolicionistas de la servidumbre y la esclavitud quedaron en lo que eran, letra muerta...

—Pero logramos la *independencia política* —dijo Sebastián con sarcasmo.

—Para la mierda que sirve —replicó Leoncio.

—Eso —confirmó Sebastián.

—Así, una vez más, la emancipación sólo implicó romper las ataduras con España, y más rápido que pronto pasamos a ser domina-

dos por Gran Bretaña que, para entonces, ya era una gran potencia capitalista en el ámbito mundial. Antes de la emancipación éramos un país feudal y colonial. Cuando nos emancipamos, seguimos teniendo base feudal pero con cierta independencia política y pasamos a conformar una República pese a todos los avatares descritos. Inglaterra introduce modalidades más altas de desarrollo, modalidades capitalistas, fundamentalmente a través de su comercio y nos ata al comercio mundial del guano; y más adelante, del salitre, lo que creó una competencia de tal magnitud que acabaría desencadenando la devastadora Guerra del Pacífico, instigada por los intereses de británicos y franceses, entre 1879 y 1883 y donde Gran Bretaña se puso de lado de Chile, contra Bolivia y Perú, porque, dijeron, la causa de Chile se identificaba más con la libre empresa y la libertad de comercio. Esta guerra hundió la economía, volvió a frenar el incipiente desarrollo capitalista del Perú y mostró el sucio papel de las clases dominantes, parte de las cuales capitularon ante Chile; pero en este negro capítulo de nuestra historia hay que resaltar la heroica resistencia de las masas contra el invasor en defensa del pueblo y la integridad territorial, resistencia que se desarrolló con especial pujanza en las serranías del Centro-Sur del país donde se formaron las guerrillas; Cáceres, que era un militar terrateniente, cumplió un papel importante en ese momento. Esta parte es conocida así que no voy a profundizar salvo una anécdota guanera, tan palpable y pestilente como la cruda realidad. Hacia el año 1850 se promulgó la llamada ley de consolidación de la deuda interna, lo que significaba la unificación de la deuda contraída con particulares desde la época de la independencia bajo la forma de bonos o títulos; 8 años después el Estado comenzó a redimir los bonos, en base al dinero conseguido con el comercio del guano, cuando estos ya estaban concentrado en pocas manos y se suponía, o se esperaba, que las personas que recibían los vales de consolidación, los burgueses, los terratenientes, los comerciantes y hacendados, invertirían el dinero en la creación de empresas y negocios; un proyecto para forjar una clase empresarial, una burguesía nacional útil para poner a la nación en el camino del progreso. Surgieron algunos bancos y fábricas textiles y de bebidas sin mayor importancia, se dio inicio a la modernización de la agricultura costeña orientada hacia la exportación de azúcar y algodón pero la mayor parte del dinero, caído en manos de parásitos rentistas, fue vuelto a reciclar en la especulación financiera y la deuda estatal. Era más fácil prestarle dinero al Gobierno que hacer riesgosas inversiones en industrias dentro de un mercado inestable e incierto. Como fuere, y he aquí la *anécdota*, la persona que recibió la mayor cantidad de vales consolidados fue Antonio Leocadio Guzmán. Este individuo recibió

1'000,000 de pesos, un montón de dinero si se tiene en cuenta que para 1850 el presupuesto de la República era de 5'000,000 de pesos. El señor Guzmán, para más información, era el apoderado de los familiares de Simón Bolívar residentes en Caracas. Pero al margen de esa pequeñez, todo el proyecto fue un escándalo político. De ese período guanero proviene, entre otros, la expansión de la burocracia civil y militar que consumían el 53.5% de los ingresos derivados de la comercialización del guano; el sonado contrato con la casa Dreyfus; y la construcción de los ferrocarriles. Bien, el hecho de que Gran Bretaña traiga mercancías e introduzca métodos capitalistas acelera y estimula la destrucción de la feudalidad. Pero también comienza a controlar e introducir un proceso de colonización en el país. Así, la dominación inglesa implicó el comienzo de un cambio, el pase de una sociedad feudal y colonial hacia la conformación de una sociedad semifeudal y semicolonial en el país. Las burguesías que después de la independencia siguieron desarrollándose en América Latina, sin romper sus lazos y amalgamado con los terratenientes, lo van a hacer cada vez más ligadas al país dominante, de tal manera que estas débiles burguesías, en vez de desarrollarse independientemente, como lo hicieron las europeas al servicio de los intereses nacionales, se irán desarrollando como burguesías sometidas, dependientes, entregadas en cuerpo y alma a las potencias capitalistas; y, en la medida en que así evolucionan, van a convertirse en pudientes y desarrolladas burguesías intermediarias. Tras la Guerra del Pacífico, más o menos en 1895 se desarrolló la industria moderna con lo que se genera el *comienzo* del capitalismo burocrático, lo que a su vez da inicio al desarrollo de la sociedad peruana contemporánea. El proceso de desarrollo de la industria moderna en el Perú remata en la década del 20 del Siglo XX, década que marca el *impulso* del capitalismo burocrático bajo dominio yanqui. Así, nuestro país pasa a ser dominado por otra potencia mundial, pero esta vez por una potencia imperialista que ha desarrollado un sistema monopolista con grandes empresas que concentran la economía de país; por otro lado, en esos momentos, Estados Unidos es una potencia en expansión colonialista tanto en América Latina como en parte de Asia. En estas condiciones de dominio imperialista, nuestra sociedad *evoluciona* más su carácter *semifeudal*, pero no se destruye totalmente, y sigue sobreviviendo. Como bajo el dominio británico y especialmente después de la guerra con Chile, se da un mayor impulso a la destrucción de la feudalidad bajo el desarrollo de una *forma* de capitalismo ligado a los grandes monopolios y dependiente del imperialismo. Además de mantener su carácter semifeudal, nuestro país sigue siendo semicolonial; esto es, un país dominado que si bien tiene independencia política declarada,

vive bajo el dominio de una potencia imperialista en lo económico, diplomático, cultural y militar que hacen de la independencia política una cuestión meramente formal. Así es cómo la sociedad peruana, desde el Siglo XIX, ha evolucionado de una sociedad feudal a una semifeudal y de una sociedad colonial a una semicolonial. En este largo proceso, 3 potencias la han dominado y explotado: Primero España, formalmente, hasta 1824, aunque lo español siguió dominando muchas décadas más. Luego Gran Bretaña, que nos dominó más sutilmente, nos fabricó partidos políticos de corte burgués y mejoró el aparato estatal para sujetarnos mejor con un dominio solapado, más encubierto pero no menos explotador. Finalmente, el imperialismo, principalmente yanqui, que aún nos oprime, explota y domina en todos los planos. Lo dicho, cuando éramos un país colonial teníamos 2 problemas: el problema de la tierra y el problema nacional. Bajo el dominio de Gran Bretaña éramos una sociedad semifeudal y semicolonial, evidentemente mucho más elemental que la actual, pero con los mismos 2 problemas: el de la tierra y el nacional; porque la tierra seguía en pocas manos y la servidumbre seguía capeando en el país y porque estábamos bajo el dominio de Gran Bretaña. En la segunda década del Siglo XIX, el imperialismo yanqui sustituyó el dominio británico; y para ello, Estados Unidos, utilizó a sus intermediarios y copó el Poder estatal; éste es el significado y la función del golpe estatal de 1919 de Leguía y su oncenio. Este período es clave en el proceso nacional. Leguía, ese año, planteó algunas cuestiones; por ejemplo, la reivindicación de los recursos naturales, la concesión de tierras a quien las trabaja, la participación del pueblo a través del plebiscito y el remozamiento del aparato estatal. Leguía fue el instrumento político directo de Estados Unidos para impulsar el capitalismo burocrático en el país, a cuyo fin impulsó su propia burguesía intermediaria desplazando del aparato estatal a la burguesía ligada a Gran Bretaña en medio de una aguda lucha contra la llamada oligarquía. De este proceso debemos sacar una lección, entre otras, no basta que un régimen ataque a la llamada oligarquía o plantee reivindicar las riquezas naturales o hable de entregar la tierra a quien la trabaja para que se le tenga por revolucionario; puede tratarse, como en el caso de Leguía, Velasco y otros, de una renovación de burguesía intermediaria y del desarrollo del capitalismo burocrático. Así, Estados Unidos comenzó su dominio en el país y poco a poco fue introduciéndose en nuestra economía, cambiando sus formas según las fluctuaciones internacionales y la correlación de clases dentro del país. En un período el imperialismo estadounidense usa modalidades capitalistas de Estado, en otro la libre empresa como lo fundamental; en función de lo cual, el Estado interviene directamente en forma más

amplia en el proceso económico, impulsándolo o poniendo en primer plano su papel de cautelador de las libres relaciones de la empresa privada. Así, el capitalismo burocrático implica el desarrollo de nuestra condición semifeudal y semicolonial y signa todo el desenvolvimiento de la sociedad peruana, y su comprensión es indispensable para interpretar la lucha de clases en el Perú contemporáneo. En este período se entroniza la burguesía compradora y se convierte en el eje del proceso económico; en la década del 60, esa misma burguesía compradora, que antes fue burguesía inicial, se transforma en burguesía burocrática. Entonces podemos ver que hay una burguesía inicial, una burguesía compradora y una burguesía burocrática que, a pesar de tener denominaciones diferentes, se trata de la misma burguesía que en distintos momentos de la historia da saltos y se renueva. En este marco es en el que surge el proletariado moderno, que en algún momento también fue inicial, y cambia los términos de la lucha política; el proletariado peruano creció pero no sólo numéricamente; el desarrollo de la minería, de la textilera y de otras ramas de producción fabril le dieron una definida y cada vez más importante ubicación; en resumidas cuentas, implicó la aparición de una nueva clase y una meta precisa. Así, bajo el dominio, reitero, principalmente de Estados Unidos, seguimos siendo una sociedad semifeudal y semicolonial, mucho más evolucionada que la anterior, indudablemente, pero los problemas básicos del país siguen siendo los mismos: el de la tierra y el nacional. El problema de la tierra, porque aún las modalidades feudales de explotación superviven y, analizando nuestra sociedad en su conjunto, se nota que campea la mentalidad anticientífica y supersticiosa y la ideología, en general, así como las relaciones sociales y políticas, tienen mucho de feudalidad. Se comprueba la existencia de 2 caminos en el agro: el camino burocrático, que es reaccionario, que a fin de cuentas no destruye sino evoluciona la feudalidad y lleva a viejo Estado, y el camino campesino, que es avanzado, que sí destruye la feudalidad y lleva a nuevo Estado. El problema nacional se mantiene porque somos una nación oprimida; aparentemente libre, pero en el fondo sujeta de 1,000 formas y nos lleva a la necesidad de desarrollar una guerra de liberación nacional contra el imperialismo; una lucha nacional que, en último término, es un problema de la lucha de clases. Bien, sintetizando, la historia patria es la de la lucha de clases en una sociedad feudal y colonial que, bajo el dominio capitalista británico y del imperialismo yanqui sucesivamente, ha evolucionado hasta convertirse y ser en la actualidad una sociedad semifeudal y semicolonial con 2 problemas básicos no resueltos hasta hoy: el problema de la tierra y el problema nacional; 2 problemas que no pueden separarse uno del otro y definen el carác-

ter de nuestra revolución. Así las cosas, al ver la historia del Continente en su conjunto y la nuestra en particular, yo me pregunto: Cómo es posible que se siga repitiendo el desliz de José Carlos Mariátegui al sostener que un artificio histórico clasifica a Túpac Amaru como un precursor de la independencia peruana; que la revolución de Túpac Amaru la hicieron los indígenas; que la Revolución de la Independencia la hicieron los criollos. Increíble. Pero aún más increíble es que, sin mostrar el más mínimo interés en rebatir esas desatinadas tesis, se difundan las ideas de algunos intelectuales, como la del señor Heraclio Bonilla, que sostienen que la independencia de Hispanoamérica, y más aún la del Perú, no hubiera sido posible sin la intervención de fuerzas internacionales; aunque pone la cuña: no por lo menos en las fechas que se produjeron. Él niega que la Independencia haya sido el resultado de una toma de conciencia colectiva y acusa a quienes esto sostienen de plantear que esta toma de conciencia sería la manifestación más evidente de la mestización de la población peruana; acusación por demás absurda ya que la toma de conciencia no es manifestación de la mestización sino de la lucha de clases. Es más, esta acusación la hace extensiva al hecho de creer, echándole la culpa a los demás, que la mestización indicaría un proceso que llevó a la *uniformidad e igualdad* de la población peruana; otro absurdo, ya que, por el contrario, la mestización lleva a una lucha de clases más definida y diferenciada. Del mismo modo levanta una falsedad para derrumbarla y hacerla caer estrepitosamente, dice que, hacer aparecer al Perú *mestizo* como actor de la Historia y la Emancipación es postular, abusiva y erróneamente, una unidad inexistente e imposible; supongo que hay estúpidos que identifican *mestizo* con *unidad*, o que los convierten en sinónimos, lo cual no es más que una reverenda estupidez ya que en la lucha de clases lo que se da es la ley de la unidad de los contrarios donde los lados opuestos de una contradicción, en este caso la lucha de las clases en torno a las cuales se agrupan los mestizos, forman una unidad y a la vez luchan entre sí, lo cual produce el movimiento y el cambio de las cosas; y como bien sabemos, en cualquier cosa concreta, la *unidad* de los contrarios es condicional, temporal, transitoria y, por eso, relativa, mientras que la *lucha* entre los contrarios es absoluta. Pero no se queda allí, plantea que el Perú colonial no estuvo compuesto de *peruanos*; que la sociedad colonial peruana fue altamente estratificada y diferenciada y sus límites de separación y oposición fueron trazadas a partir de criterios económicos, raciales, culturales y legales. Evidentemente ésta es la base sobre la cual se sustentan las anteriores críticas; la total y completa negación de la existencia de clases sociales y la lucha entre ellas en el Perú colonial. Para remate y colmo de males, mi ex profe-

sor plantea: Cuando una historiografía puede deslizar errores tan gruesos no se puede sino reconocer su *carácter ideológico*: la manipulación del pasado en función de las exigencias del presente. El mensaje de esta ideología, dice, consiste en ocultar los intereses divergentes de los grupos y de los hombres, los conflictos y las luchas antagónicas que ellos generan para difundir la imagen de una sociedad *homogénea y armónica*... etcétera. Todo lo contrario, una vez más, lo que nosotros sostenemos es que la historia escrita no es sino la historia de la lucha de clases basada en hechos reales. Lo evidente es que este intelectual, como muchos otros, parte del prejuicio de considerar real la posibilidad de existencia de una sociedad homogénea y armónica donde prima la uniformidad, la igualdad y la unidad; ideas que se la achacan a otros para criticarlas y presentarse como los abanderados de lo nuevo. Recordemos algo que ya hemos visto y dicho por otro sabio: No hay ningún país en el mundo que haya llegado a ser nación ya que una auténtica nación *sólo podría ser* un país integrado y unificado. ¿Y qué dijo Mariátegui?: *La Paz* no ha sabido crear un sólo Estado nuevo que pueda ser reconocido como una *nacionalidad* homogénea y orgánica. De esta manera podemos constatar la *objetividad* de 2 sabios que toman a Mariátegui, malinterpretan y tergiversan sus palabras para deslizar metafísica, idealismo, eclecticismo y oscurantismo. Pero, otra vez, me estoy adelantando. Así llegamos a ver el pensamiento de José Carlos Mariátegui...

—No, compadre, así llegamos a ver Vinchos —dijo Sebastián poniendo una mano sobre el hombro de Leoncio y señalando con el dedo índice de la otra hacia adelante.

Media hora después tenían un imponente río delante de ellos, giraron hacia la izquierda y se aproximaron al pueblo entrando por el puente de la parte baja. Leoncio se detuvo casi a la mitad del puente y se puso a observar el violento discurrir de las turbias aguas que corrían bajo sus pies, Sebastián se ubicó a su lado y se puso a escuchar con atención el rugir de las aguas.

—Carajo, que está cargado fuera de tiempo; nada bueno —comentó Sebastián.

—Eso —dijo Leoncio distraídamente mientras sacaba su libreta de notas del bolsillo interior de la casaca.

Leoncio, absorto en quien, sabe qué, hojeó su libreta durante un momento no tan corto; la cerró de golpe, pero de inmediato volvió a abrirla; buscó con detenimiento y arrancó unas pocas hojas que dobló y guardó en el bolsillo interior de la casaca, enseguida arrancó otras más y las lanzó hacia las embravecidas aguas. Después de contemplar un largo momento cómo las desperdigadas hojas navegaban

río abajo, arrancó y tiró otro grupo de hojas, enseguida otras más y así repitió la misma ceremonia varias veces hasta que por último, tras vacilar lo que dura un pestañeo, lanzó la plastificada cubierta azul ajada por el uso y los años.

—¿Qué has hecho con tu cerebro, compadre? —preguntó Sebastián con voz algo entrecortada y casi sin poder salir de su asombro.

—A partir de ahora cada uno baila con su pañuelo —se limitó a decir Leoncio haciendo un desdeñoso movimiento de manos delante de su rostro.

—Pero qué diablos tienen que ver las citas con tu pañuelo, carajo —dijo Sebastián soltando una risotada.

—Que no quiero lamentarme si entro a Huamanga y me pescan con esas anotaciones, don Pelotas —respondió Leoncio y le dio un empujón a Sebastián en el hombro antes de ponerse en camino.

Quedan en evidencia 2 cosas, pensó Sebastián, la seguridad y la necesidad de recurrir a lo aprendido valiéndose de su propia reflexión. Una lástima, se dijo para sus adentros, tanto trabajo tirado literalmente al agua.

El velorio concluyó luego de cruzar el viaducto.

Entraron a Vinchos cuando la tarde languidecía y los últimos rayos de sol se posaban sobre la plaza de armas protegida por los arbolados y verdosos macizos que circundan parte del pueblo y se alzan a espaldas de la iglesia.

La plaza de armas la habían hermoseado, la pileta del centro, las vallas, los bancos y hasta las losetas de la vereda aún conservaban algo del esplendor de lo nuevo; el imponente y nuevo palacio municipal, con sus 3 pisos colmados de arcadas, se levantaba en una esquina estrenando pintura nueva.

—Qué bestia, aquí han invertido una millonada para la burocracia —dijo Sebastián sacándose el sombrero para secarse el sudor de la frente.

—¿Sebastián, hace cuánto que no pasamos por aquí? —preguntó Leoncio mirando a su alrededor.

—No me acuerdo, compadre. ¿Unos 3 ó 4 años? —respondió Sebastián levantando y dejando caer los hombros.

—Qué tal cambiazó, parece que uno se ha metido en otro pueblo, carajo —replicó Leoncio.

—Vinchos tiene unas 120 comunidades que regatean mendrugos mientras los corruptos y despóticos gamonalillos se regocijan en su palacio dorado.

Y mientras desvelaban los abusos de las autoridades y los padecimientos de las masas, se dirigieron hacia la municipalidad, tomaron la calle de la esquina con la que hacía ángulo recto y se dirigieron a

la parte alta de la ciudad.

Aldo los esperaba algo preocupado por la demora. Los jóvenes que fueron encargados para dar la noticia del paso de Leoncio y Sebastián por los diferentes lugares, por iniciativa propia, habían calculado el tiempo que les tomaría llegar a cada casa y así lo hicieron saber cómo si la fecha fuera segura.

Ajá, de ahí la preocupación de algunos, pensó Leoncio al enterarse del detalle.

Tras saborear algunos potajes típicos del lugar y una larga conversación, se fueron a dormir.

La conversación, sobre todo la parte evocadora de recuerdos agradables, había despertado en ambos una catarata de tempranas remembranzas que se remontaban incluso hasta la niñez; con el dormir y los sueños, recordaron su procedencia, el privilegio de la formación que habían podido gozar gracias al denodado esfuerzo y sacrificio de sus padres; los años de preparación profesional e ideológica y los difíciles pero gratificantes tiempos de participación en la construcción de lo nuevo.

El padre de Leoncio, hasta la tarde de un día aciago, había sido parcialmente aligerado de la carga del trabajo en el campo. Como campesino, hijo de campesinos descendientes de campesinos que descendían de campesinos sin tierras llegados de alguna parte y establecidos en las alturas de Huanta desde tiempos ya inmemorables y caídos en el olvido, había aprendido de su padre, y éste del suyo, el arte de modelar la madera. Su habilidad lo había llevado, desde su temprana juventud, a ser utilizado por el patrón en las tareas de reparación de la casa hacienda, de la empalizada que encerraba al ganado y en todo aquello que tenía que ver con la carpintería y otros arreglos mayores o menores. En su madurez, y ya con familia poco numerosa, recibió del patrón unas cuantas fanegadas de buena tierra que le permitieron vivir con alguna soltura pero con el mismo malestar de todos los demás campesinos. Y no sólo tenía que cuidar del sustento de su mujer e hijos sino, además, de varios de sus familiares y de los de su mujer.

Por los trabajos de carpintería que hacía en la hacienda recibía pago en dinero o especies no según lo justo sino lo que el buen o mal humor del hacendado determinara. Otro tanto le proporcionaban los trabajos que, a escondidas y en contra de la expresa prohibición del patrón, hacía para vender en las ferias y en la ciudad de Huanta a la que bajaba de vez en cuando por encargo del gamonal.

El día aciago, el padre de Leoncio, apenas empezada la tarde, se sintió sorpresivamente atacado por un malestar intestinal que desen-

cadeno una furibunda diarrea mientras hacia trabajos de sembrado en las tierras del patrón. Cagando por aquí y por allá, como él mismo solía contar con hilaridad cada vez que se pasaba de tragos, llegó a su casucha; al abrir y trasponer la puerta, se topó con la espalda del predador que con los pantalones caídos y un tufo a miseria y cañazo barato trataba de darle vuelta a la campesina acorralada en una esquina de la desbaratada y revuelta salita; el padre de Leoncio tomó una pata de la mesita que destrozada yacía delante de él y se lanzó sobre el energúmeno profanador propinándole un duro mazazo en la cabeza.

Don Jacinto no había visto el caballo pero de entre los pantalones caídos sobresalían las arrogantes espuelas de plata que el patrón llevaba por doquier para amenazar y perforar carnes con una blasfema coz; no bien vio la impía escena supo quién era el agresor.

Doña Juana no lloró inmediatamente después de sentirse salva-da, gritaba furiosa mientras pateaba el cuerpo caído; sólo cuando su marido le jaló la chompa diciendo iya basta! se puso a llorar. ¡Agarra a tus hijos, ropa y comida!, gritó don Jacinto luego de dar vuelta al cuerpo tendido sobre un charco de sangre a la altura de la cabeza. Notó que el patrón aún respiraba y luego de escupirle a la cara se dirigió al escondite del dinero y sacó lo poco acumulado en años de desvelos; luego cargó la vieja escopeta de caza que tenía debajo de la cama que él mismo había construido y metió el resto de la munición en el morral que su mujer había casi abarrotado con comida, se lo puso al hombro, empuñó la escopeta y cargó con el pequeño Leoncio. Doña Juana arrastraba a sus 2 hijos mayores. A sus espaldas, todos cargaban un pedazo de hogar envuelto en los quipes.

Si nos quedamos vamos a ver el infierno en vida, se dijo don Jacinto para sus adentros mientras trancaba por fuera la puerta de la que fuera su casita.

Y no pararon hasta llegar a Huamanga.

Corría el mes de enero de 1955, recordaría Leoncio por haberlo escuchado contar a su padre infinidad de veces, y mientras más viejo se hacía, más lo repetía. Para que no te olvides del hijoeputa del patrón, carajo. Le decía su padre arrastrando cada una de sus palabras con despacidad y furia. Sí la bestia y sus sabuesos hubieran seguido el reguero de mierda que dejé por todo el camino nos hubiesen atrapado, a pesar de la lluvia, en un cerrar y abrir de ojos; repetía una y otra vez en medio de risotadas y con los ojos aguados. Pero nadie se movió para darnos caza. Y tú, le decía a Leoncio mirándole a los ojos, con cada legua que avanzábamos pesabas más y más, carajo. Tiempo después, decía, me contaron que cuando el gamonal, después de despertar del maderazo que le propiné, regresó todo maltrecho a la

casa hacienda e hizo tocar las campanas a rebato, y cuando todos los paisanos se juntaron en el patio les contó que el cholo Jacinto intentó matarlo para robarle su platita y debían darle alcance para lincharlo, que sólo tenía unas 2 horas de ventaja pero lleva la carga de la puta de su mujer y la mierda de sus hijos. Nadie se movió. Y don Jacinto lloraba de felicidad incluso muchos años después. En la desventura se encuentran rastros de solidaridad, decía entre risotadas y lagrimones. A ese hijoeputa le aguanté un montón de pendejadas y maltratos y le hubiese seguido aguantado mucho más, pero al meterse con mi Juanita ya se fue en demasía; no pasó nada, pero no era garantía para que no lo intentase otra vez.

Era su vicio, ya lo había hecho con muchas vecinas de las afueras; había escuchado Leoncio decir a su madre algunas veces.

Habrían de pasar 3 décadas antes de que la casa hacienda sucumbiera a los dinamitazos y a las llamas que remediaron daños más grandes. El gamonal y su familia habían huido a la Capital a principios de los 80 dejando sus pertenencias en manos de lacayos de confianza y peones domesticados.

El tatarabuelo de Sebastián había bajado con toda su familia de las alturas de Huaraz para asentarse en Moche, al lado del mar y cerca de Trujillo. El pasar de vivir de los productos de la tierra en la Sierra a sobrevivir de la combinación de cultivar prácticamente en el desierto y la pesca no fue tarea nada fácil, según la narrativa familiar.

El padre de Sebastián, siguiendo los pasos evolutivos de su padre, era pescador neto y no había conocido de cerca los avatares de predicar en el desierto o de sobrevivir de lo poco que aquel entonces se le podía arrancar al valle que, según decía, era lo mismo.

Don Germán era sindicalista de los bravos y no se la pensaba 2 veces cuando había que luchar por los derechos del pescador y del consumidor. Qué carajo, decía, no nos la vamos a pasar arando en el mar por las puras huevas. Lo que sacamos del mar es nuestro, es producto de nuestro trabajo y el Estado y los industriales deben pagar lo justo. En la década del 60, durante la formación del imperio del empresario Luis Banchemo Rossi y en especial durante el Gobierno fascista del general Velasco Alvarado, había participado activamente contra la depredación del mar peruano por parte de las fábricas harineras. Su pecho y espalda, décadas después, aún conservaban las marcas dejadas por los perdigones disparados por los policías que reprimían las manifestaciones pacíficas de los pescadores.

Doña Anatolia, madre de Sebastián, tenía un puesto de venta de pescado en el mercado central de Moche donde vendía parte de lo faenado por su marido.

Sebastián acompañaba desde muy pequeño a su padre a pescar; se le pasaban algunos días y sus noches alejados varias millas de la Costa y del hogar. Antes que a leer, aprendió a descifrar los secretos del firmamento y los mensajes de las estrellas; a los 10 años ya podía distinguir y nombrar las constelaciones donde los demás sólo veían titilantes lucecillas, con su dedito trazaba el armonioso recorrido de las principales estrellas que conformaban las caprichosas figuras a las que la imaginación del hombre había dotado de nombre. A los 15 años ya conocía el origen de muchos de los antiguos mitos que daban vida a constelaciones y grupos de estrellas, incluyendo a las que él no podía distinguir. De mi padre, decía con orgullo, aprendí a observar el firmamento, y en los libros de la biblioteca perfeccioné mi conocimiento sobre las estrellas. Su afición por las matemáticas germinó en los días de pesca.

Leoncio no podía percibir en la madera el espíritu que le atribuía su padre, tampoco el arrullo de su canto; a pesar del denodado esfuerzo, nacido del profundo cariño que sentía por su padre, nunca pudo aprender más allá de un par de nombres para designar árboles, hojas, flores o animales. La botánica y la zoología no eran su fuerte. De joven púbero sólo aprendió el nombre de aquello que en verdad le atraía, con lo que podía hacer poesía o inventarse alguna travesía; no pasaba del roble, del molle, del capulí, del eucalipto, de la flor de retama o de una rosa si ésta era roja y se sentía enamorado del arco iris y de la hija de la vecina; de las hojas sabía que había enteras, onduladas, aserradas y las demás; que las había elípticas, lanceadas, acorazonadas y de cualquier otra forma; de las complicadas sólo recordaba la palminervia porque la asociaba con la palmera y los nervios. Cuando era niño, su padre lo llevaba algunos fines de semana de paseo al valle de Huatatas y, en el recorrido que hacían por la ribera del río o por las alturas, su padre arrancaba hojas de los árboles y le explicaba detenidamente sus características y otros complicados procesos como la fotosíntesis o la degradación de la naturaleza; también le explicaba sobre el sacrificio que hacían algunas flores para transformar su belleza en fruto; pero en especial lo aleccionaba sobre los árboles, sobre la estructura y composición de la madera, sobre su consistencia y cuál era la mejor para hacer puertas, ventanas, sillas, mesas o cualquier otra cosa. Ser campesino no es necesariamente sinónimo de ignorancia, se decía multitud de veces, pero a pesar de tantas enseñanzas, nada, o muy poco, anidaba en su juvenil y soñadora mente. Leoncio, cuando viajaba con su padre a la selva para comprar madera, no veía el campo y los bosques con ojos de carpintero, lo que más le interesaba y atraía era su gente, sus

gestos, sus tradiciones, sus ceremonias, sus ritos, sus creencias, sus costumbres, sus usos, sus normas y en especial su historia.

La madre de Leoncio vendía algunas de las obras salidas de las manos de su marido en el mercado central de la Calle 28 de Julio y el negocio no iba nada mal. Sentado en una pequeña silla con asiento de paja, Leoncio pasó parte de su niñez escrutando revistas ilustradas. Sus padres, a diferencia de muchos campesinos de su época, eran alfabetos, sabían leer y escribir con soltura a pesar de haber terminado sólo la primaria. Leoncio siempre les agradeció el hecho de que le estimularan la pasión por la lectura, la aprendió antes de pisar el colegio. De joven, desde los primeros años de la secundaria, devoraba todo lo que caía en sus manos, en especial aquello relacionado con la historia.

Aunque nunca hablaba de ello, recordaba, con cierto regocijo, el descubrimiento de uno de los libros que más influyó en su juvenil vida. Sucedió una tarde cuando fue a la casa de su compañero de pupitre en el colegio para que le ayudara a resolver algunos problema de matemáticas que les habían dejado como tarea para el día siguiente. El amigo, algo versado en los iniciales recovecos matemáticos, era hijo de un docente universitario que en la pared del fondo de la sala tenía una tremenda estantería llena de libros; cuando terminaron la tarea, Leoncio pidió permiso para acercarse a la estantería y echar una mirada. En algún momento, y luego de un largo rato, se topó con un título que llamó profundamente su atención y preguntó al amigo si se lo podía prestar, que mañana mismo se lo devolvería en el colegio. Claro, dijo el amigo, su padre no tenía inconveniente en que él prestara libros siempre y cuando los trataran bien y los devuelvan.

Leoncio, esa noche, leyó 3 veces consecutivas las 13 páginas del pequeño folleto que por pura casualidad cayó en sus manos. Se trataba de *El papel del trabajo en el proceso de transformación del mono en hombre*.

Y sólo fue el inicio.

Sebastián se había educado durante la primaria en una escuela fiscal y durante la secundaria en un colegio nacional de Moche; su padre deseaba que continuara sus estudios en cualquier instituto tecnológico ligado a la pesquería. Pero Sebastián quería, de todas maneras, estudiar en una universidad y, al cabo de algunas discusiones, su padre aceptó de buena gana costearle los estudios en la Universidad Nacional de Trujillo; lo haré con gusto, había dicho don Germán antes de añadir que allí hay una escuela de pesquería y, si había sido fundada por Simón Bolívar y por don José Faustino Carrión, para algo bueno habría de servir ahora. Sebastián había ganado la primera ron-

da de discusiones así que pasó rápidamente a la segunda planteando que no quería saber nada de la pesca, que prefería ir a Lima a estudiar ingeniería de petróleo y petroquímica en la Universidad Nacional de Ingeniería; que le gustaba el mar y la pesca pero que deseaba algo más; que en el mar frente a Piura están sembrando plataformas petroleras y necesitan ingenieros; y que no le venga con esas cosas de herencia, bote, tienda y cualquier otra cosa que para eso ya están sus hermanos metidos en todo el negocio y que lo hacen mucho mejor de lo que él podría hacerlo; así que no hay vuelta, quiero ir a Lima, había dicho Sebastián.

Dos semanas más tarde y después de varias noches de amargas discusiones, reprimendas, golpes sobre la mesa y otras menudencias, el padre de Sebastián se le acercó por la espalda cuando éste controlaba la subida de la red al barco con su preciada carga. Mira, le había dicho después de abrazarlo con fuerza, siempre te he observado y noto, incluso ahora, el gusto que te da hacer este trabajo, la pasión y la energía que le metes al asunto; pero tienes razón, si deseas otra vida te apoyaremos en lo que sea, he hablado con tu madre y con tus hermanos, a ellos debes agradecerles que me hayan convenido; le dio una palmada en la espalda y se retiró hacia la proa de la pequeña embarcación. Sebastián no dijo nada, el día era espléndido, diáfano y soleado; la red estaba medio llena, la mar muy serena y su cara bosquejaba una sonrisa.

El te queremos mucho pronunciado por sus padres a la hora de la despedida se convirtió en una remembranza que le ayudaba a salir de dificultades.

Sebastián alquiló un cuarto en una pensión a pocas cuadras de la Universidad de Ingeniería; algunos meses después ingresaba a la casa de estudios casi sin mayor esfuerzo.

Leoncio estudió parte de la primaria en la Escuela de Aplicación 625, entonces ubicada en la esquina formada por las Calles Lima y Garcilaso, y de ahí pasó a los Planteles de Aplicación Guamán Poma de Ayala, ubicados frente a la residencia de estudiantes universitarios en la Avenida Asamblea; ambos centros pertenecían a la Universidad de San Cristóbal de Huamanga.

Mientras Leoncio cursaba el último año de secundaria, la siempre presente rebeldía del pueblo ayacuchano, de las masas de la región, y en especial del campesinado, se puso una vez más de manifiesto el 69 en la lucha por la gratuidad de la educación popular, encabezado por el movimiento estudiantil como parte del estudiantado secundario a nivel nacional. Luego de casi 2 meses de pulso entre las masas populares y el Gobierno fascista de las Fuerzas Armadas encabeza-

do por el general Juan Velasco Alvarado, que había promulgado el Decreto Supremo 006-69, con el cual se pretendía cobrar 100 soles oro mensuales de abril a diciembre a todos aquellos alumnos que hubiesen desaprobado uno o más cursos del año escolar, y además se preparaba para dar inicio a la aplicación de la reforma agraria, se dieron los más fuertes encontronazos. Leoncio, algo fogueado gracias a su participación en manifestaciones de protesta y enfrentamientos con la policía en los últimos 3 años, se encontraba entre las primeras líneas al lado de otros honderos.

Tanto en Ayacucho como en Huanta los alumnos de secundaria habían formado un Frente Único de Estudiantes Secundarios, y el de Ayacucho se afilió al Frente de Defensa del Pueblo de Ayacucho casi de inmediato. Quien organizó, coordinó y dirigió estas luchas fue el Comité Regional de Ayacucho del Partido Comunista del Perú bajo la dirección del doctor Abimael Guzmán.

Los estudiantes de los Planteles de Aplicación Guamán Poma de Ayala y los de la Gran Unidad Escolar Mariscal Cáceres, apoyados por los estudiantes de la Universidad de Huamanga y los pobladores de los barrios pobres, se volcaron a las calles en defensa de sus inviolables derechos; con el paso de los días, la participación de las masas en los actos de movilización y agitación fue creciendo gracias a la extraordinaria labor de concientización desarrollada por el movimiento estudiantil. Y la represión no se hizo esperar.

Las Fuerzas Policiales huamanguinas, rebasadas por la potencia de la respuesta popular a las medidas del Gobierno, tuvieron que ser reforzadas por fuerzas represivas traídas de Huancayo y Lima; los varazos y las bombas lacrimógenas de la policía eran respondidos con piedras y bombas molotov lanzadas por los estudiantes, que avanzaban intrépidamente contra las hordas defensoras del Estado obligándolas a retroceder hasta refugiarse en su guarida, las comisarías.

El 17 de junio se desarrolló en la Plaza Sucre el más concurrido mitin jamás antes visto en la historia de la ciudad; no sólo estudiantes colmaban la plaza de armas, ahí estaba presente el pueblo huamanguino acompañado por delegaciones venidas de las provincias de Huanta, Cangallo, Víctor Fajardo, La Mar, Parinacochas y Huanca-sancos.

Del 20 al 22 de junio se desató la furia represiva que elevó con creces el número de muertos de los días anteriores; se desató una draconiana persecución, apresaron y encarcelaron a varios docentes universitarios, entre ellos al doctor Guzmán, lo mismo que a dirigentes del Frente de Defensa del Pueblo y de otros sindicatos, entre ellos al padre de Leoncio, que había participado activamente en la organización de las manifestaciones que bajaban del barrio de Carmen Alto

y sus alrededores. También apresaron a muchos estudiantes pero eso no frenó la lucha, por el contrario la atizó. Leoncio, como muchos otros, activo de día y escondido de noche, no pernoctaba en su casa.

El Gobierno tuvo que enviar un grupo de más de 200 Sinchis desde Mazamari, grupo represivo, especializado en la lucha antisubversiva, que ya era bastante conocido por su brutal participación contra las guerrillas del 65 y contra el movimiento campesino que recuperaba sus tierras mediante invasiones.

En Huanta, miles de campesinos dejaron los campos para bajar a la ciudad en apoyo del estudiantado, pero en el trayecto fueron duramente reprimidos por los Sinchis, que dejaron varias decenas de muertos y un reguero de sangre.

En Ayacucho, la policía, tras violenta represión y varios muertos, recuperó el control de la ciudad y decretó el toque de queda, pero ya era tarde; la victoria fue del pueblo dirigido por el Partido Comunista del Perú. El 24 de junio, el Gobierno militar fascista dio marcha atrás y derogó el Decreto 006. Ese mismo día se promulgó el Decreto Ley 17716, también denominado Ley de Reforma Agraria, que daba un paso más en el proceso de evolución de la semifeudalidad dentro del capitalismo burocrático; proceso que había sido iniciado por el Gobierno militar de 1962, seguido por Belaúnde en 1964 y que en 1969, junto a la Ley de Industrias y a la Ley de Educación, indubitablemente, ponía las bases que aseguraban una mayor participación del Estado en el proceso económico y el desarrollo del proceso de estatización al servicio de los intereses de la reacción nativa y del imperialismo, principalmente yanqui, introduciendo formas de Estado corporativista de nítido corte fascista.

Don Jacinto, al salir de la cárcel un mes después, se enteró de que entre los campesinos asesinados en Huanta se encontraban su hermano menor, un tío ya de edad y uno de sus cuñados. Su familia y amigos habían querido aligerarle las penurias de la prisión posponiendo la mala noticia. El taller de carpintería estaba casi vacío pues su mujer, para poder sobrevivir, había barateado todo lo que su marido había producido y la madera en bruto que no pudo vender era poca. Cuando descubrió la soledad en las 4 paredes de su taller fue que decidió que era tiempo de volverse a mudar.

A mediados de enero se posesionaron de un pedazo de tierra a la subida del cerro de Comas, a unas 15 cuadras de la avenida Túpac Amaru subiendo por la Víctor Andrés Belaúnde. En poco tiempo levantaron una amplia carpintería; la demanda de puertas, ventanas, mesas, sillas y cualquier otra cosa de madera salida de las manos de don Jacinto y sus ayudantes era abrumadora, durante los primeros meses no pudieron suministrar todo lo requerido, pero poco a poco la

familia y el negocio se establecieron. Ese mismo año ingresó Leoncio a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Después de los 2 años de estudios generales, Leoncio se decantó por la facultad de psicología porque le interesaba analizar el comportamiento social del ser humano, pero al descubrir que la mayoría de profesores y los mismos cursos en sí no satisfacían su insaciable curiosidad, y después de unos meses de intento fallido por encausarse en los vericuetos de la psicología social, pidió su traslado a la facultad de ciencias sociales, donde cursó la carrera de sociología. Según él mismo había dicho varias veces, fue una época intensa en la que pudo escuchar con mucha atención a tantos y tan buenos profesores, de plantilla o visitantes, como Pablo Maserá, Julio Cotler, Heraclio Bonilla, Virgilio Roel, Aníbal Quijano, Rodrigo Montoya, César Germán y otros tantos intelectuales de moda que después de oírlos, o de leer sus libros, había que romperse el cerebro estudiando bastante para intentar desmontar las falsedades que decían pero también para desentrañar el cúmulo de valiosa información que brindaban y tener en cuenta los puntos acertados que contenían. Aunque equivocados en sus conclusiones, pensaba, no todo lo que planteaban era falacia; la necesidad de reinterpretar los datos era necesaria. Y encontró el sendero correcto para hacerlo.

Sebastián y Leoncio se conocieron en una asamblea del Frente Estudiantil Revolucionario que se desarrolló a inicios del año 1972 en uno de los salones de la Universidad de Ingeniería. Para entonces estaban bastante comprometidos con el movimiento social.

Sebastián, luego del primer año de estudios, se vinculó a un grupo de estudiantes que apoyaba al Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, grupo que se había desprendido del APRA y dado un giro hacia la izquierda antes de emprender la lucha guerrillera en 1965; luego de liquidadas las guerrillas, el MIR se dividió en 3 grupos, el dirigido por Gonzalo Fernández Gasco era el de su preferencia pero al poco tiempo se desvanecieron sus esperanzas de acción revolucionaria a causa de lo que él calificó como fanfarronadas de un grupo de valerosos pequeñoburgueses anclado en lo mejor de su pasado y sin perspectiva alguna en la lucha por la libertad. A fines del 71 ya era miembro del FER.

Leoncio, a poco de ingresar a la universidad, donde se topó con un buen número de sus paisanos, participó en la formación de la Asociación de Estudiantes Ayacuchanos, cuyos miembros serían los más fervientes impulsores del desarrollo del FER en San Marcos. Algunos de los miembros de la Asociación, entre los cuales se encontraba Leoncio, se relacionaron rápidamente con los *bolcheviques*, como se

hacían llamar los miembros del Comité Regional de Lima, denominado 14 de Junio, del Partido Comunista del Perú. Fue una relación algo tirante y hasta se llegaron a preguntar si esos cojudos eran miembros del Comité Central del Partido.

Leoncio recordaba que, cuando estaba en Huamanga y ayudaba a su mamá en el mercado central, una vez llegó el doctor Guzmán, a quien ya conocía de vista, a comprar una pequeña mesa de comedor para 4 personas. Al día siguiente, cargando a sus espaldas la mesita, la llevó y entregó al doctor en su cuarto del Jirón Asamblea. Fue la primera vez, contó, que no le dieron propina, pero también fue la primera vez que le dieron la mano y las gracias con sincera amabilidad. Qué diferencia comparada con la arrogancia de este profesor de colegio que se hace llamar *bolchevique*, le había dicho al compañero con quien asistió a la reunión a la que los citaron en un restaurante cerca de la Plaza San Martín.

La Asociación de Estudiantes Ayacuchanos se desintegró, y Leoncio y los demás, tal como les habían *recomendado*, se dedicaron con más fuerza al trabajo del FER. Los jóvenes son como las olas del mar, unas veces están arriba y otras abajo; se dejan llevar por sus emociones, no saben muy bien lo que hacen y deberían estudiar más en estos peligrosos tiempos de represión fascista, les había dicho un bolchevique medio cojudo en el restaurante, donde bebieron una botella de Inca Kola a cuenta de aquel *bolchevique*. Leoncio no olvidaría esas ofensivas frases jamás, y no por las frases en sí sino por el desprecio que el mentor mostraba en relación al arduo trabajo que la Asociación había desarrollado para concientizar a los futuros feristas.

A inicios de 1973, algunos activistas del FER de varias universidades limeñas fueron convocados a una reunión de coordinación. Se dieron con la grata sorpresa de que la persona que dirigía la reunión era el doctor Guzmán; todos pensaban que estaba en Huamanga y se alegraron mucho cuando se enteraron de que había cambiado su lugar de residencia. De entre las tantas cosas que se debatieron, porque los feristas sí exponían con claridad sus opiniones y no se bamboleaban sobre la mudable cresta de las olas marinas, fue sobre la necesidad de remarcar la consigna del FER *Por el luminoso sendero de Mariátegui*, ojo, por el luminoso sendero, no por el sendero luminoso; decir por el *sendero luminoso* podría implicar la existencia de su contrario: por el sendero oscuro, eso no sería correcto y daría pie a que nos golpeen y hagan chacota por ese lado, había hecho hincapié el doctor. Leoncio dijo que lo mismo se podría hacer con luminoso sendero para derivarlo a oscuro sendero; pero como la gramática no era su fuerte, no insistió luego de la réplica. Con los años y gracias

a la contribución de los izquierdosos de la pequeña burguesía, parte de esa simple y concreta consigna sería utilizada como rótulo, mal-sanamente, para esconder y diluir el nombre del Partido Comunista del Perú; y para remate en su forma invertida: *Sendero Luminoso*. Con el paso del tiempo y en especial con el desarrollo de la guerra popular, la reacción, a través de toda la prensa escrita y oral, desató una campaña mediática para cincelar en la opinión pública nacional e internacional ese rótulo con el claro objetivo político de negar el carácter de clase, partidario y comunista de la dirección de la guerra popular y denigrar al Partido Comunista del Perú señalándolo como *grupo terrorista*. El afán era, y sigue siendo, desvirtuar la lucha de clases y el papel de la vanguardia organizada del proletariado en su lucha por la conquista y defensa del nuevo Poder, del nuevo Estado para el proletariado y el pueblo; etapa de la lucha de clases que sintetiza el proceso de cuestionamiento y negación del viejo Estado, la destrucción del viejo Estado, a través de la violencia revolucionaria, de la lucha armada, de la guerra popular; y la destrucción del viejo Poder necesariamente implica, como contraparte, la construcción del nuevo Poder. Ésa era la explicación que daban Sebastián y Leoncio en las escuelas populares. Y siempre añadían: *Sendero luminoso* no existe, nunca existió; la locución, *luminoso sendero*, es parte de una consigna establecida para el movimiento universitario y tiene un objetivo muy bien definido con José Carlos Mariátegui, con su pensamiento, como base fundamental.

Meses después de un intenso trabajo que catapultó al Frente Estudiantil Revolucionario a nivel nacional, varios feristas de las universidades limeñas y algunos obreros fueron convocados a la primera escuela de activistas, escuela de preparación ideológica y política para ingresar a la militancia como miembro del Partido.

Entre tanto, muchos de los varones y mujeres convocados habían pasado no sólo por el FER sino también por el Centro de Trabajo Intelectual Mariátegui, más conocido como CTIM y por el Centro de Autoeducación Obrera. La mayoría de los participantes, una vez concluida la preparación, solicitaron su ingreso a las filas del Partido Comunista del Perú; los pocos que no lo hicieron se ofrecieron a seguir colaborando dentro de los diferentes organismos de masas.

Las primeras exposiciones versaron sobre la línea ideológica y política del Partido y habían sido dadas por los más destacados representantes de los autodenominados *bolcheviques*, entre los cuales estaba Manuel, aquel profesor de colegio que se dio el lujo de pagar la Inca Kola y vapulear a unos entusiasmados jóvenes en aquel restaurante cercano a la Plaza San Martín.

Al inicio de la segunda semana de estudio apareció el doctor Guz-

mán, primero como oyente y luego como expositor. Al día siguiente, los *bolcheviques* que habían hecho las primeras exposiciones, y otros que asistieron por primera vez, ocupaban asientos al otro lado de la mesa desde donde el doctor Guzmán abrió la reunión. Los convocados, que ya tenían una ligera pero no muy precisa idea de la lucha de 2 líneas que se desarrollaba al interior del Partido, fueron partícipes de un intenso e inolvidable debate. La lucidez y la brillante estructuración de la exposición realizada por el doctor Guzmán fueron patentes y denotaban la comprensión, el manejo y la aplicación de las leyes de la dialéctica, especialmente de la contradicción, en la naturaleza, la sociedad y las ideas. Fue una participación arrolladora y demoleadora. Un espíritu transformador barrió la sala y levantó aún más el buen estado de ánimo de los convocados. Qué tal diferencia entre el ronroneo, el pesimismo, la letanía y la opacidad que mostraban los *bolcheviques* y el entusiasmo, el optimismo, la fuerza y la pasión que irradiaba el doctor, comentarían algunos al final del debate. Sebastián, en privado, había insistido varias veces que quedaba bien claro que nadie tenía la preparación suficiente como para poder juzgar con precisión la certeza de las tesis sostenidas por el doctor Guzmán, pero con la misma claridad se intuía un avanzado pensamiento científico y revolucionario. Y la práctica habría de demostrarlo.

Las largas horas de discusión entre el doctor Guzmán y los representantes de los autodenominados *bolcheviques* fue la continuación de un debate abierto a inicios de los años 70 en el Partido, en el Comité Regional de Lima y al interior del Centro de Autoeducación Obrera y que, salvo para los que habían pasado por el CAO, era conocido sólo a medias. El CAO, lo mismo que el Comité Regional de Lima, se encontraba bajo la férula de una línea liquidacionista de izquierda que limitaba su actividad política al estudio de algunos textos marxistas y había abandonado el trabajo sindical y el de masas, encerrándose en un paranoico ocultismo bajo el pretexto de que el fascismo en esencia es violencia, represión; que es la contrarrevolución más feroz y destruye todas las organizaciones populares.

En una reunión tras otra, los convocados empezaron a tomar posición y a deslindar con la línea liquidacionista de izquierda impulsada por los bolcheviques, línea que, entre otras muchas cosas, sostenía la idea de *estabilidad del capitalismo*; planteaba que el capitalismo burocrático se debe entender sólo como capitalismo de Estado; soslayaba el trabajo campesino y, basado en abstractas generalidades, recurría a la experiencia internacional; para ellos, José Carlos Mariátegui sólo había dejado un *legado*, se negaban a aplicar su pensamiento a la realidad concreta y a desarrollar su justa y correcta línea ideológica y política. La esencia de esta línea liquidacionista era liquidar el Parti-

do aislándolo de las masas populares y de la lucha de clases.

Tras semanas de ardua preparación ideológica y política bajo la dirección del doctor Guzmán, surgió un grupo de nuevos militantes fortalecidos en base al marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung y el pensamiento de Mariátegui. Poco después, con el trabajo de masas, la agitación y propaganda, se multiplicó con creces la vinculación del Partido con la clase obrera; los militantes del Partido se volcaron de lleno a la participación en la lucha reivindicativa, los sindicatos y las huelgas de los obreros y trabajadores.

Se había producido un salto cualitativo y cuantitativo. La larga lucha contra el liquidacionismo de izquierda permitió al Partido no sólo consolidar el trabajo de masas sino, y esto fue principal, apuntalar los fundamentos de la Reconstitución del Partido. Si la *constitución* del Partido fundado por Mariátegui se levanta sobre bases ideológicas y políticas, la *reconstitución* no sólo establece la necesidad de definir las sino de desarrollarlas y ajustarlas a las nuevas circunstancias. El que sea correcta o no la línea ideológica y política lo decide todo. Fue así que, sobre el trabajo partidario realizado durante la década del 60, surgieron los Organismos Generados como formas orgánicas para el trabajo abierto del Partido, su desarrollo a lo largo y ancho del territorio nacional fue vertiginoso; la lucha ya no se restringía al interior del Partido, también se daba fuera de él y tuvo que enfrenar al revisionismo y el revolucionarismo pequeñoburgués.

El Partido, bajo la dirección del doctor Guzmán, desarrolló un arduo trabajo de agitación y propaganda ligando la lucha reivindicativa con la lucha por el Poder, trabajo que se concretó en la formación de escuelas populares como forma de politización de las masas en la concepción y línea del Partido; en estas escuelas, librando la lucha de 2 líneas y desarrollando trabajo de masas, se llevaba a cabo un estudio sistemático, y meticulosamente planificado, en base a esquemas de estudio. A estas escuelas populares que se llevaban a cabo semanalmente, asistían las masas profundas que no pertenecían al Partido ni a los Organismos Generados; miles de mujeres y varones pertenecientes a las masas más pobres del campo y la ciudad pasaron por estas escuelas y, con el tiempo, serían los sostenedores de la guerra popular. De ahí saldrían los más probados en la lucha de clases que, luego de pasar por las escuelas de activistas, se incorporarían a la militancia del Partido. Lima cumplió una función muy importante y en aquellos tiempos la militancia estaba conformada, hablando en orden cuantitativo, por miembros que por su origen de clase procedían de la pequeña burguesía, del campesinado y del proletariado. En base a la construcción ideológica y política del Partido se desarrollaba, simultáneamente, la construcción orgánica en medio de la lucha de clases

de las masas y en la lucha de 2 líneas.

En 1975 se desarrolló una nueva capacitación ideológica y política que elevó aún más el nivel de conciencia tanto de la militancia como de los simpatizantes del Partido. El FER y el Movimiento Femenino Popular, que habían coadyuvado a la derrota de la línea liquidacionista de izquierda, pasaron a cumplir un mayor papel en el trabajo de masas.

Los orígenes del Movimiento Femenino Popular se remontan a 1968 con la construcción de la Fracción Femenina del FER en la ciudad de Ayacucho. Se partía de la necesidad de considerar que la lucha de las mujeres por su emancipación es parte de la lucha de la clase obrera; la lucha por la emancipación de la mujer es parte indisoluble de la emancipación del proletariado y se desarrolla en lucha contra la tesis burguesa de *liberación femenina*. En 1969, bajo la dirección de Augusta La Torre, la Fracción Femenina cumplió un destacado papel en la lucha por la gratuidad de la educación popular. El Movimiento Femenino Popular, ya construido como Organismo Generado a nivel nacional, alcanzó la cumbre de su actividad el año 1975 con una serie de eventos como, por ejemplo, las Convenciones de mujeres campesinas, de mujeres obreras, de mujeres pobres de barrios y barriadas y de universitarias.

Ambas organizaciones se lanzaron al trabajo de masas propagandizando y agitando las posiciones del Partido; más rápido que despaicio se pasó de las turbulentas e inacabables polémicas estudiantiles y de los enfrentamientos con la policía en las manifestaciones al trabajo de masas en barrios y barriadas. El FER y los feristas pegaron un espectacular salto al salir de las aulas y patios universitarios para ir a los lugares de trabajo y morada de obreros y trabajadores. Cientos de activistas, varones y mujeres, de ambas organizaciones se lanzaron con entusiasmo y combatividad al trabajo de masas; las fábricas y las barriadas fueron remecidas con la palabra y la acción en función de servir al pueblo de todo corazón. Sebastián fue destacado a la zona donde se encontraban las fábricas en la carretera central a partir del cruce con la Panamericana Norte y Leoncio a las barriadas que seguían el trazo del Río Rímac entre las Avenidas Elmer Faucett y Néstor Gambeta y a las fábricas de la Avenida Argentina. La brega fue ardua, militantes y simpatizantes se forjaron y templaron aún más con el ejemplo que daban los obreros y las masas populares en su lucha por la conquista y defensa de sus reivindicaciones de clase. La línea ideológica y política del Partido no sólo se hizo conocida por las masas sino que éstas la encarnaban, la hacían suya ya que de ellas mismas salía.

El trabajo político en las universidades continuó, aunque había dejado de ser el centro de la atención del Partido; es más, incluso surgieron y se desarrollaron organizaciones como el Frente Revolucionario de Estudiantes Secundarios, el Movimiento Estudiantil Secundario y la Juventud Barrial de Lima. El año 1975 fue decisivo en todos los aspectos. La lucha de 2 líneas continuó al interior del Partido y el trabajo de masas florecía aceleradamente. La relación entre trabajo abierto y trabajo secreto quedó firmemente establecida, lo mismo que la lucha reivindicativa con la lucha por el Poder. Fue el año en que el Partido planteó la consigna de Retomar plenamente a Mariátegui e impulsar la Reconstitución; así quedaba el problema del Poder como cuestión central y la guerra popular como concreción de la violencia revolucionaria.

Los siguientes años fueron de consolidación; los Organismos Generados, como puntos de apoyo para el trabajo abierto, desarrollaron eventos a nivel nacional apuntando a un trabajo coordinado y planificado para desembocar en un solo torrente en la lucha por la toma del Poder bajo la dirección de Partido siguiendo el camino de cercar las ciudades desde el campo, materializar la alianza obrero-campesina y llevar adelante la revolución de nueva democracia.

En 1977, para llevar adelante la construcción en todo el país, se realizó el primer desplazamiento de varias decenas de cuadros que habían sido cuidadosamente seleccionados por la Dirección Central del Partido y preparados, ideológica y políticamente, en la I Escuela Nacional de Cuadros, escuela que los capacitó para estudiar y reconocer el campo, coadyuvar al desarrollo del movimiento campesino y preparar el trabajo militar; esta labor, evidentemente, demandaba trabajar con los campesinos, vivir con los campesinos y luchar con los campesinos, principalmente con los campesinos pobres. Se contaba con un Plan de Investigación que, reajustado a las necesidades del momento, ya se había aplicado en 1968. Poniendo la ideología del proletariado al mando, se retomó el trabajo campesino de la década del 60, se lo perfeccionó y desarrolló con el objetivo de reconstituir el Partido en medio de la lucha de las masas campesinas, fundiéndose con ellas.

Hacia buen tiempo que había cristalizado una línea ideológica y política no sólo desarrollada sino justa y correcta; el Plan Nacional de Construcción se desplegaba exitosamente y se sentaban las bases desbrozando el camino para el inicio de la lucha armada. Las escuelas populares y los reordenamientos ideológico-políticos para incorporar nueva militancia habían cumplido sus objetivos con creces.

Leoncio fue desplazado al Sur, a Puno, y Sebastián al Norte, a

Cajamarca. Años después ambos confluirían en el Regional Principal, en Ayacucho.

El 17 de mayo de 1980 se inició la lucha armada. La lucha política pasaba a continuarse como guerra revolucionaria; la lucha de clases del proletariado y el pueblo peruanos daba un gran salto adelante.

Se había retomado y desarrollado a Mariátegui y reconstituido su Partido; la base de unidad partidaria pasó, de marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung, pensamiento de Mariátegui, a marxismo-leninismo-maoísmo, principalmente maoísmo y más adelante a marxismo-leninismo-maoísmo, pensamiento gonzalo, y la lucha de 2 líneas se desarrollaba contra el revisionismo contemporáneo como peligro principal.

El liquidacionismo, ese engendro de la contrarrevolución, en sus versiones de izquierda y derecha, había sido derrotado pero surgieron otras líneas contrarias; la lucha de 2 líneas nunca cesa, sólo cambia de forma y expresión. Una línea contraria a la del Partido, cualquiera que ésta sea, siempre es reflejo de la influencia burguesa en el seno del proletariado y su Partido, la lucha ideológica y política contra esa influencia es permanente y debe ser barrida constantemente. A cada paso que da el Partido se expresa su contrario, que pretende impedir su avance, de ahí que siempre hay necesidad de definir la línea contraria y los métodos de lucha que dependen de si la agudización y profundización de la lucha de clases en el seno del Partido ha devenido o no antagónica. Si ha devenido antagónica, esto lleva a que la contradicción en el seno del pueblo o entre camaradas se convierta en contradicción entre nosotros y el enemigo camuflado en las filas del Partido.

El inicio de la lucha armada, meticulosa y largamente preparado por el Partido Comunista del Perú bajo la dirección del camarada Gonzalo, seudónimo del doctor Guzmán, cogió desprevenido al Gobierno de Belaúnde y sus Fuerzas Armadas y Policiales; el avance de la revolución en los 2 primeros años fue arrasador y se llegó a controlar amplias zonas en la Sierra y la Costa. Contra todo lo que se pueda sospechar, nadie o casi nadie tenía preparación militar, las mejores armas de los combatientes eran la línea ideológica y política del Partido y su férrea voluntad. Las armas de fuego con las que se inició la lucha armada, aparte de palos, piedras y dinamita, eran escasas, caseras y obsoletas; las modernas se las arrancaron a las Fuerzas Policiales a punta de bravura y dinamita.

La lucha armada dio el salto a guerra popular dentro de un proceso que se desarrollaba de acuerdo a detallados planes de desarrollo

estratégico y planes militares elaborados por la dirección del Partido y eran bajados y discutidos, en medio de la lucha de 2 líneas y el trabajo de masas, en los respectivos eventos del Comité Permanente, del Buró Político y del Comité Central, y de ahí bajaban a los diferentes niveles partidarios hasta llegar a los combatientes y a las masas. Estos planes se sintetizaban en consignas generales y particulares.

A mediados de 1982, Leoncio había sido enviado al Comité Regional de Ayacucho como mando militar y actuaba en las alturas de Huanta; después de muchos años volvía a su antiguo terruño.

El proceso de vertebración de la guerra popular se encontraba en un momento de cambio cuando las fuerzas armadas, en diciembre de 1982 y luego de que las Fuerzas Policiales fueran derrotadas en el campo de batalla, ingresaron a reprimir y contener la revolución; en esos momentos, se pasaba de un plan estratégico, con sus respectivos planes militares, a otro.

De enero a marzo de 1983 se había desarrollado una reunión del Comité Central ampliado donde el Presidente Gonzalo había definido 4 tareas políticas: la reorganización general del Partido; la creación del Ejército Guerrillero Popular; la creación del Frente Revolucionario de Defensa del Pueblo y su concreción como Comités Populares en el campo y como Movimiento Revolucionario de Defensa del Pueblo en las ciudades; y la concreción del Plan Militar de Conquistar Bases. En el campo se daba un reordenamiento ideológico y político en medio de combates para preparar el paso al nuevo plan.

Y precisamente en ese momento es que las 3 Fuerzas Armadas, el Ejército, la Marina de Guerra y la Fuerza Aérea, dan inicio al aniquilamiento del campesinado y la destrucción de comunidades y pequeños poblados; a partir de allí se expande el genocidio en todo el ámbito del Comité Regional Principal. La coyuntura era la preparación del Partido para el cumplimiento de las nuevas tareas en una etapa más alta del proceso revolucionario y las elecciones municipales.

En 1984, el genocidio se puso de manifiesto con características macabras y llegó al horror en sus afanes de aislar a las fuerzas revolucionarias de las masas, extendiéndose a todo el país. El Partido, el Ejército Guerrillero Popular y el Nuevo Estado sufrieron duros golpes; en 2 meses, entre junio y julio del 84 y sólo en Vinchos, fueron asesinados 40 comisarios de Comités Populares.

El 84 y 85 fueron años de restablecimiento y contrarrestablecimiento muy duros y, en medio de la fluidez de la guerra, por la acción del enemigo y la del derechismo en las filas del Partido, se produjo una inflexión en todo el Partido Comunista del Perú. Uno de los golpes más duros que sufrió el Partido en el campo fue cuando tropas de la Marina de Guerra tomaron por asalto una morada donde se desarro-

llaba una reunión; según información, posteriormente recopilada por el Partido en base a testimonios de campesinos que cerca del lugar y a buen resguardo pudieron observar los hechos, se deduce que, tras una corta balacera y casi sin resistencia por parte de sus ocupantes, la cabaña cayó en manos de los navales, que no dejaron sobrevivientes; que lanzaron granadas sobre los caídos; que amontonaron los cadáveres y que prendieron fuego a la vivienda para borrar huellas y, según a la usanza de la bestia, declarar la masacre como *enfrentamiento*. Lo que la reacción nunca supo es que con esa única acción asesinaron a casi el 60% de los miembros del Comité Central desplazados al campo y a varios mandos políticos y militares que contaban con más de una década de preparación ideológica y política y una amplia experiencia en el trabajo político, militar y de masas; y todo por la traición y delación de un campesino.

Pero la guerra campesina dirigida por el Partido Comunista, pese al siniestro genocidio desarrollado por la reacción, en sus necios planes de separar las guerrillas de las masas, y al surgimiento de una nueva línea derechista a su interior, se desplegó, como el ave fénix de sus cenizas, y alcanzó una cumbre más alta llevando a cabo el plan estratégico de desarrollo de la guerra popular para desarrollar bases de apoyo.

A fines del 85, Sebastián había sido enviado como mando político a la parte sur del Comité Regional de Ayacucho. Pasaría aún más de 1 año para que se reencontrara con Leoncio.

En 1990 el Presidente Gonzalo planteó el llamado Equilibrio Estratégico en la preparación del II Pleno del Comité Central. En 1991 fue definido como acuerdo del Buró Político y dado a conocer públicamente a través de *El Diario*. El Comité Central tenía problemas para reunirse, por lo que algunos miembros del Buró Político tuvieron que desplazarse para retransmitir dicho acuerdo a los miembros del Comité Central. Recién en el III Pleno, en marzo de 1992, pudo el Presidente Gonzalo desarrollar su planteamiento y establecer que se requería el desarrollo de importantes cuestiones políticas, entre otros, el desarrollo del programa del Partido. Pero el Pleno no concluyó y como él mismo diría: La cuestión es que no hubo comprensión de lo que era el Equilibrio Estratégico en ninguno de ellos, fuimos nosotros, o sea él, quienes lo *impusimos* en el Comité Permanente y en el Buró Político. En setiembre de 1992 fue detenido y encarcelado.

Poco después se produciría la gran traición. Lo que no pudo la reacción con sus 3 Fuerzas Armadas y las Fuerzas Policiales reforzadas por rondas campesinas, comités de defensa y otras mesnadas de gamonalillos, lacayos y secuaces; lo que no pudo la más bárbara represión y genocidio, lo logró un sólo hombre, el renegado Guzmán.

Sebastián y Leoncio, mientras dormían y soñaban plácidamente, recordaban, en una serie de espaciados fogonazos, parte de sus vidas. A Sebastián le gustaba tocar la guitarra y jaranearse de lo lindo, combinaba las faenas de alta mar y el estudio con el aprendizaje de la danza y la música, en época de carnavales tendía a subir a los pueblos de la Sierra, donde había cultivado muchas amistades, para participar en las comparsas y en los concursos musicales. Leoncio era parte de un numeroso grupo de jóvenes que se reunían por las noches en la Plaza Sucre para conversar; los viernes, adentrada ya la noche y con algunos pocos tragos entre pecho y espalda, recorrían las calles de Huamanga dando serenata debajo de los balcones y ventanas de las enamoradas o las chicas a las que cada quien cortejaba. Guitarras, quenás y zampoñas elevaban su elocuente armonía mientras sonoras voces, una que otra vez desentonadas, escalaban las paredes de las casas para despertar la mente y los corazones de sus amadas. En Huamanga, como en otras muchas partes de la serranía a fines de los años 60, la serenata era de uso común y frecuente, a nadie molestaba salvo a alguna de las muchachas que se habían peleado con el enamorado o a algunas madres que no pasaban al pretendiente o a su familia, y ahí era donde se abrían las ventanas y los orines, macerados para la ocasión, volaban por los aires y alcanzaba a algunos de los risueños trovadores. Leoncio, a pesar de estar siempre rodeado por músicos natos, jamás aprendió a tocar instrumento alguno; carecía de talento musical, aunque eso nunca fue pretexto para que dejase de intentar arrancar una melodía a cualquier instrumento musical, de sentir por la música un aprecio especial y estudiar su teoría.

Con el trabajo en el FER y la militancia partidaria, los usos y costumbres cambiaron de forma, las serenatas y las danzas del carnaval pasaron al cofre de los recuerdos pero de cuando en cuando hacían fiestas, celebraban los cumpleaños, iban a bailar o simplemente se reunían los fines de semana para tomarse unas cuantas cervezas, tocar guitarra o escuchar música mientras discutías cuestiones políticas; en todas las reuniones siempre había música de fondo. No eran políticos revolucionarios inmaculados, nunca lo pretendieron, como todos los demás, se la pasaban discutiendo, incluso airadamente, y en no pocas oportunidades habían sido sometidos a duras críticas; un par de veces perdieron sus cargos partidarios, fueron sancionados por faltas reales o supuestas y bajados a bases desde donde deberían empezar casi de cero; sólo tras una arduo trabajo de masas recuperaban sus responsabilidades y obligaciones y adquirían un poco más de éstas. En alguna ocasión, o en algunas ocasiones, habían, según la jerga partidaria, *capitulado* abandonando el trabajo revolucionario

por cuestiones relacionadas a la mantención o sobrevivencia de la familia, por agotamiento y hasta por debilidad ideológica y política. Pero siempre regresaban, se autocriticaban y volvían a empezar. La preparación y el inicio de la lucha armada cambiaron sus vidas casi por completo; el alejarse, quién sabe hasta cuándo, de la amada mujer y los adorados hijos fue un proceso extremadamente duro y cada vez se hacían más raras las oportunidades en las que podían visitarlos. Lo que iba en aumento, y creciente, era la satisfacción por construir un mundo mejor, siempre estuvieron convencidos de que los sacrificios momentáneos serían compensados con creces en un brillante porvenir aunque para ello deberían dejar sus vidas en el camino; estaban convencidos de que en cualquier momento podían caer en combate y aunque sus nombres serían cubiertos por el polvo del olvido, su sangre vertida habría de fructificar la tierra sobre la cual surgiría el retoño de un nuevo amanecer. Lo que nunca imaginaron fue que esa palpable realidad, la consecución de ese futuro inexorable y brillante, se viera pospuesta por otros motivos.

Ambos amigos se habían reencontrado y vuelto a separar varias veces durante el cumplimiento del *gran plan militar de desarrollar bases de apoyo* a partir de 1987. A fines de 1989, algunos meses después de concluido el I Congreso del Partido Comunista del Perú, empezarían a trabajar y enfrentar problemas juntos. Se daba inicio al *plan militar de desarrollar bases de apoyo en función de la conquista del Poder*.

A Leoncio no le cuadraba aquello del equilibrio estratégico y a Sebastián no le cuadraba que éste no le cuadre a Leoncio. Discutían y se enfrentaban pero ambos cumplían con mucho esmero la aplicación de los planes elaborados por el Partido; en especial, y donde más confluyeron sus fuerzas, durante la aplicación del *nuevo plan estratégico de desarrollo de la guerra popular para conquistar el Poder en todo el país* acordado a inicios de 1992.

Inmediatamente después de su detención, en setiembre de 1992, el Presidente Gonzalo fue presentado al mundo entero delante de las cámaras de televisión. Qué espectáculo tan vergonzoso y ridículo, esa lastimera imagen se hacía recurrente en la mente de Leoncio mientras dormido se movía de un lado para otro, desnudarse voluntariamente ante las cámaras de televisión para que quede constancia de que no había sido golpeado, aunque sea sólo la camisa y el biverí, ya era demasiada desnudez; y no por la carne, la moral, la ética o cualquier otra estupidez. Era una cuestión de elemental principio. Cuántas veces había exhortado a los militantes para dar la vida por el Partido y la Revolución; cuántas veces los militantes habían ofrecido dar la vida

por el Presidente Gonzalo; y ahora éste se degradaba y desvestía voluntariamente ante un despreciable enemigo de clase que a sabiendas y malintencionadamente deseaba pulverizar una imagen que gracias a la prensa reaccionaria casi había tocado las puertas de la gloria. La figura del Presidente Gonzalo, para la militancia y las masas populares, había sido símbolo de grandioso ejemplo y el pronunciar su nombre despertaba un timbre de orgullo; y precisamente eso es lo que la reacción y sus plumíferos querían echar por tierra y enlodar. Era evidente que la trama apuntaba a despertar el desconcierto entre sus seguidores, prestarse voluntaria y mansamente al juego no caía en la esfera de la miseria de la filosofía sino en la de la miseria humana carente de principio y dispuesta a la componenda. De figura a figurón, de insurrecto a sumiso, de tigre a gatito, de alma acerada a sangre de horchata. Se descubría el felón.

Poco después vino el mal llamado discurso de la jaula y la fanfarria esa de *otra vez la nación está en riesgo, otra vez la república está en riesgo, otra vez el territorio está en riesgo*. Sí, sí, claro, cómo no, se decía una y otra vez Leoncio en sueños, de qué *nación* está hablando, de qué diablos está hablando. Nación, República, territorio, claro, cómo no. Seguro que Montesinos le había vendido la historietita de que el Perú estaba a punto de ser invadido por Ecuador o por Chile o por los 2 al mismo tiempo. A la vejez calateos, mariposeos y conciliábulos. Por eso es que el imbécil del Huallaga, al ser bajado del helicóptero con unos cuantos rasguños en sus pobres manitos gritaba como energúmeno desesperado que él era *comando*, que lo dejen pelear contra Chile. Pobres cojudos, el oportunismo al desnudo. Se olvidaron aquello de *lo que la vida te lo promete, cúmplese tú a la vida*. En relación al qué hacer, lo correcto en ese discurso fue lo que el Presidente indicó tajantemente: *Conquistar las metas, los éxitos, la victoria. Eso hay que hacer... Nosotros debemos proseguir las tareas establecidas por el III Pleno del Comité Central. Un glorioso pleno. Sépase que ya están en marcha estos acuerdos y eso va a proseguir... Eso es tarea, eso haremos, por lo que somos; por la obligación que tenemos con el proletariado y el pueblo... Debemos pensar con mucho sentido histórico, dejémonos de seguir cerrando los ojos... Entiéndase bien y compréndase, los que tienen oídos, úsenlos, los que tienen entendimiento, y todos lo tenemos, manéjenlos; basta de necesidades, basta de oscuridades*. Muy bíblico el santurrón: *el que tiene oídos para oír, oiga*; habría dicho Jesús según San Marcos en *El sembrador salió a sembrar*; pero este otro Santo no sólo se quedó sordo, además no volvió a abrir los ojos y se quedó ciego, aunque no mudo ni manco, y de puño y letra siguió sembrando necesidades y oscuridades. Leoncio se sabía de memoria el discurso completo y

tomaba como referencia algunas partes cada vez que discutía sobre el tema; lo repasaba una y otra vez hasta en sueños cuando dormía: *Conquistar las metas... eso hay que hacer... nosotros debemos proseguir... están en marcha estos acuerdos y eso va a proseguir... debemos proseguir... va a proseguir... eso es tarea, eso haremos, por lo que somos; por la obligación que tenemos... dejémonos de seguir cerrando los ojos... el que tiene oídos para oír, oiga... proseguir... eso haremos por lo que somos, por la obligación que tenemos... tarea... obligación... proseguir... ver... oír... por lo que somos... somos... ¿qué somos?...*

El 15 de setiembre de 1993 apareció la primera carta, firmada por Abimael Guzmán Reinoso y Elena Yparraguirre Revoredo, dirigida al señor *Presidente* Alberto Fujimori Fujimori en la que escribían: *Acudimos a usted en su condición de Jefe del Estado Peruano, para solicitarle celebrar conversaciones que conduzcan a un Acuerdo de Paz, cuya aplicación lleve a concluir la guerra que por más de 13 años vive el país. Damos este paso de gran trascendencia partiendo de nuestra ideología y principios de clase, cabalmente seguros de la necesidad histórica insoslayable del mismo y con la clara comprensión de que refleja lo que ha devenido en una necesidad del pueblo, la nación y la sociedad peruana en su conjunto. Sírvase, señor Presidente, prestar atención a nuestra solicitud y acceder a ella.* Leoncio, inmediatamente después de terminar de leer la misiva, manifestó abierta y tenazmente su repudio; esa miserable rendición, había dicho en voz alta, no refleja ninguna necesidad histórica ni la del pueblo, ni la de la nación y mucho menos de la sociedad peruana en su conjunto.

La segunda carta, del 6 de octubre de 1993, no fue menos halagüeña; ahí, derrotados y puestos de rodillas, ambos firmantes desnudaban sus almas y volvían a implorar: *... en las actuales circunstancias al Partido y, principalmente a su dirección, se le presenta tomar hoy una nueva y gran decisión; y como ayer bregamos por iniciar la guerra popular, hoy con igual firmeza y resolución se debe luchar por un acuerdo de paz. Ésta es una decisión histórica de necesidad insoslayable, más aún considerando que la paz ha devenido en necesidad del pueblo, la nación y la sociedad peruana en su conjunto.* Y, como muchas veces había dicho Leoncio, ambos sostenían que esa babosada era *producto del análisis concreto de la situación concreta, como comunistas, pensamiento gonzalo, meditando casi exclusivamente en estos problemas durante los últimos meses.* En lo que Guzmán había meditado *exclusivamente* durante los últimos meses era en cómo salvar su pellejito y nada más. Para remate, la mejor argumentación que ambos firmantes esbozaban era que bajo la dirección política de Fujimori, el antes genocida, vendepatria, proimperialista, títere, rep-

til, infausto, chumbequito, taimado y hoy *señor Presidente*, se había logrado objetivos avances, se había puesto las bases para el proceso económico y llevado adelante el reajuste del Estado; bajo la jefatura de Fujimori, aseguraban, se viabilizaba favorablemente el camino por él propuesto y liderado. Según los firmantes, de la noche a la mañana y tal vez por obra del espíritu santo, el taimado había alcanzado reales éxitos, había desenvuelto una estrategia sistemática, coherente y desarrollada en diferentes planos, en especial en el campo de la inteligencia; la captura de los 2 tórtolos, según ellos mismos, evidentemente constituye el más importante éxito del Estado peruano bajo la jefatura única del chumbequito; y para los idiotas, que quede bien clarito que la cuestión de dirección es, en consecuencia, decisiva, y ella, en nuestro caso, no podrá ser resuelta en buen tiempo, lo que repercute principalmente en el desarrollo de la guerra popular. Bravo, palmas al viento, hablaron los dueños de la verdad. La nación ya no está en riesgo, ahora sí que se jodió.

Leoncio se burlaba del contenido de las *cartas de paz* y de la condición de comunista de aquel que antes, durante décadas, enérgicamente encaraba a los demás y emplazaba a *que cada uno demuestre su condición de comunista*. Sí pues, habría dicho varias veces, eso es lo que somos, comunistas, y cada quien deberá demostrar esa condición empezando por él, por la cabeza.

La noticia había llegado rápidamente, primero se enteraron por radio y luego a través de los recortes de periódico traídos a la carrera; al día siguiente se mandaron a hacer fotocopias de Las Cartas publicadas en los periódicos y distribuidas en todo el Regional Principal. La reprimenda no se hizo esperar y sobre Leoncio blandía, una vez más, la amenaza de la pérdida del cargo. Me cago en la nota, fue su respuesta. Se reunió con 2 de sus mejores amigos y camaradas, pero los 3 no se ponían de acuerdo. Leoncio pasó de las vacilaciones, de las medias tintas y la diplomática persuasión al enfrentamiento abierto, argumentó una y otra vez que esas cartas eran indiscutible producto de la pluma y mente de Guzmán quien, a partir de ese momento, pasaba a encabezar la podre revisionista que pretende desarticular el Partido y la guerra popular; no había duda, era necesario oponerse enérgicamente y defender la vida del Partido o vendría el desbande. Horas y días pasaron, los otros 2 callaban, no opinaban con claridad, daban vueltas, que sí, que no, que tal vez, que habría que esperar. Luego de 3 días de ardua discusión Sebastián le dijo a Leoncio que debía cuidarse de opinar de esa manera, puede que tengas razón pero no es el momento ni el lugar ni la forma de discutir el asunto. Aldo argumentó sus dudas y dijo que tal vez el Presidente Gonzalo tenga razón, el problema de dirección es lo principal, estamos ante

un grave problema. Hay que definir y tomar posición; si no ahora, cuándo, carajo, replicó Leoncio exasperado. No hubo acuerdo.

Pasaron los días, las semanas, los meses y los años y en lugar de despejar las ponzoñosas sombras la discusión se enmarañaba; los que estuvieron de acuerdo con lo planteado por Guzmán abandonaron el campo, eran muy pocos. La posición que se impuso fue la estúpida idea levantada por el aparente *izquierdismo*, ese voluntarismo radicaloide y altisonante de esencia derechista que proclamaba a los 4 vientos que en el Partido todo marcha bien; de que la guerra popular se desarrolla victoriosa, siempre para adelante y sin contra-tiempos ni retrocesos; de que no hay problemas de dirección o que ya están superados gracias a las variadas panaceas y emplastos que aplica algún curandero de aldea, ungido y promovido a estandarte sacrosanto gracias a la propaganda panfletaria y barata de sus panegiristas, propaladores y adoradores de falsedades, como por ejemplo de aquel truculento invento adjetivado como *patraña*, majadería que causaba un daño mayor que el causado por la reacción y la podre revisionista juntos; que generaba un marasmo en las acciones de guerra y un dar vueltas y revueltas sin ton ni son; un bamboleo entre errantismo pequeñoburgués y un localismo y conservatismo sumamente erróneos, característicos de la mentalidad campesina; localismo que niega la necesidad de la creación de bases de apoyo, su desarrollo y expansión. La pérdida de perspectiva, que queda a salvo sólo en el discurso altisonante y huero, y la incapacidad de maniobrabilidad efectiva dentro del ámbito, como consecuencia de una deficiente orientación y dirección y de una casi nula centralización y descentralización, quedaban reflejados en un claro retroceso de la guerra popular a niveles largamente inferiores a los alcanzados en 1991, cuando el capricho de Guzmán impuso el *equilibrio estratégico*. La incapacidad de llevar adelante, o el oponerse tercamente al desarrollo de eventos partidarios, como sesiones plenarias del Comité Central, y los afanes de copar algunos comités regionales para anular las discrepancias, reflejaban una vez más que el *izquierdismo* es de esencia derechista y de ahí la necesidad de desenmascararlo y aislarlo. Ése era el discurso que Leoncio había escrito y repetido varias veces y su recuerdo intranquilizaba su dormir por las consecuencias que le acarrearía.

Leoncio, al encontrar apoyo en las masas de su antiguo terruño, se había separado de Sebastián y Aldo. Formó, aparentemente, un sólido grupo que dio inicio a una campaña de rectificación esforzándose por llevar a las bases los primigenios fundamentos ideológicos y políticos del Partido combatiendo la traición y la capitulación. Si no seguimos sembrando opinión pública por la conquista del Poder, de-

cía, las masas no la verán como necesaria conscientemente, menos aún ahora que la reacción, de la mano con el imperialismo yanqui y la podre revisionista con Guzmán a la cabeza, se esfuerza por sembrar la paz de los cementerios y la capitulación por doquier. Las masas quieren política, más aún, piden aprender la política del Partido y nuestro Partido siempre se ha caracterizado por ser fuerte en política.

Pero la persecución se intensificó, ya no sólo eran las fuerzas armadas, las policiales y las mesnadas de ronderos sino también los *patrañeros de proseguir* los que marchaban tras ellos. Leoncio insistía en discutir con los inventores de la tesis de la *patraña* para aunar fuerzas y evitar la escisión. Pero los otros no querían discutir, hubo enfrentamientos y varias bajas. Dentro de sus filas, Leoncio fue calificado de timorato y conciliador; un buena parte del contingente, dirigida por unos hermanos medio despistados, se retiró hacia la zona del valle conformado por los Ríos Apurímac y Ene. Años después, estos mismos individuos, en un exabrupto de arrogancia señorial, pidieron al Gobierno que les entregue a Guzmán para fusilarlo. La estupidez política no tiene límites, había dicho Leoncio varias veces. Acosado por todas partes, no le quedó otra más que la disolución del ya reducido contingente que lo acompañaba y la retirada estratégica. Palabra rimbombante para una simple huida, diría entre risas años después.

Iniciada la primera década del Siglo XXI, y en plena *retirada*, Leoncio se topó con Sebastián y estuvo bajo su protección durante varios meses. Sebastián había avanzado mucho en el análisis de la situación política y había llegado a conclusiones similares a las de Leoncio, aunque con algunas reticencias; por lo demás, éste le había comentado a Leoncio que hacía buen tiempo que Aldo se encontraba en Lima y que trabajaba con un grupo de compañeros que se habían visto obligados a abandonar diferentes zonas del campo para refugiarse en la cueva del lobo y que sus posiciones se asemejaba a la de ellos.

Leoncio se despidió de su amigo y camarada con un fuerte abrazo haciéndole saber hacia dónde se dirigía. Si sigues así, vas a terminar mal; le dijo Leoncio a Sebastián susurrándole en el oído para que no le oyeran los combatientes que los rodeaban. Mientras escalaba la falda del macizo, escuchó que entonaban una canción: *Asaltar los cielos con la fuerza del fusil, salvo el Poder todo es ilusión, obreros campesinos, rompan sus cadenas, levanten la bandera de la guerra popular, salvo el Poder todo es ilusión, asaltar los cielos con la fuerza del fusil...*

A las *cartas de paz* le había seguido un video que presentaban a

Guzmán leyendo su adefesio sobre la *necesidad histórica* de su acuerdo de paz mientras con su dedito acusador golpeteaba rítmica y machaconamente la mesa del infortunio; a ese video le siguió otro más perverso; mostraba al mismo Guzmán rodeado por 10 adulones y, en una esquina, a un erguido y altivo *doctor Montesinos* que, hinchado de orgullo por haber rendido y puesto de rodillas al cíclope, escuchaba atento el florido mensaje con que el felón, como *jefatura*, le mostraba su agradecimiento:... *le decimos y garantizamos que el partido siempre habrá de tener presente el papel fundamental que usted ha cumplido y continúe desempeñando en la histórica, compleja y difícil brega por la obtención de un acuerdo de paz y su cabal y completa aplicación en beneficio del pueblo, la nación y la sociedad peruanos...* Ahora Montesinos también se pudre en prisión. A la desvergonzada y pública presentación de la gavilla de revisionistas siguió una retahíla de documentos salidos de la pluma de Guzmán que *argumentaban* su posición y podría resumirse en unas cuantas palabras: La defensa de MI pellejito y sin Mí no hay nada; firmado por Yo el Único.

Hubo llamadas telefónicas al extranjero para convencer a incrédulos; algún miembro del Comité Central envió una carta a sus familiares en el extranjero: *Queridísimos hermanos, hermanas, sobrinos y sobrinas, nietos y nietas, a todos los que amo...Voy a darles algunas noticias que tengo la seguridad les interesarán, y que es un intento de resumir acontecimientos, principalmente en los dos últimos años: Lo ocurrido casi a fines del 92 lo conocen. En octubre de 93 el abuelo quiso hablar conmigo. Tras algunos vericuetos llegué a ver a abuelo y abuela y abrazarlos. Pueden imaginar mi profunda alegría. Luego de escucharlos les di mi total acuerdo sobre cómo disponer sobre la casa y todas las cosas que se tenían. Se me dijo entonces: un rayo de luz se filtra, es mejor que el predominio de las sombras. Es una idea clara y precisa. El rayo de luz que se nos dio se ha ido expandiendo y las sombras cediendo. ¡En buena hora! Se me dijo ante un entusiasmo excesivo: no es fácil, no es simple, cuesta esfuerzo, los hechos desde entonces probaron reiteradamente eso. Yo decía: pero ¿quién puede dudar? Mas la realidad objetiva es dura y le golpea a uno en el error. Fui donde mis primos, y cuando les dije que queríamos asumir la salida, hubo dudas, insinuaciones, maldiciones. Pero la luz se abre paso, y se cerró filas. Debíamos resolver varias cosas pero una principal. Persuadir que los inquilinos accedieran. Estos ya habían dispuesto de todo, se repartieron los muebles, destruyeron las pinturas, robaron todo lo que pudieron y como señores feudales impusieron su propiedad, se apropiaron de todo. Cuando les dijimos que era ilegal, y que no podían proceder así, dijeron que no teníamos derecho a hablar, las cartas del abuelo las rompieron, su argumento era: ¡que*

él mismo venga!, y icómo no puede venir tampoco puede hablar! ¿Se acuerdan del juego quien va a Sevilla pierde su silla? Esa es mentalidad de los usurpadores y los bandidos... En mayo del pasado año pude volver a buscarlo y conversar con el abuelo. Conversamos largo y tendido. Aunque yo no tenía una idea de cómo estaba toda la casa. Ahora ya sé que lo que se dijo hace un año está pasando. Han ido desmantelando todo lo que pueden. Espero nuevamente poder hablar para finiquitar los problemas... Y en un arranque filosófico asevera: idudar es perderse!

El familiar, destinatario de la epístola, cuando se publicaron *Las Cartas*, había dicho muy orondo: Ésa será la posición del Presidente Gonzalo, hay que esperar a ver qué dice el Partido; bien, el *partido* le había escrito una emotiva carta y apostó: *las cosas son como son*. Se habían ganado un obsecuente más. Y el imperio de la sombra se instauró sofocando la luz verdadera.

Elena Yparraguirre había publicado un ridículo cuento titulado *El viaje hacia el mar* y estaba dirigido a militantes, a obreros y a campesinos; dirigido a aquellos a quienes durante décadas se había preparado ideológica y políticamente en cosas tan extraordinarias como el materialismo dialéctico e histórico, en el manejo de la ley de la contradicción y se los había armado con la poderosa ideología del proletariado, el marxismo-leninismo-maoísmo, pensamiento gonzalo y, como si esto fuera poco, se exaltaba al campesinado por poseer una mirada penetrante, porque se daban perfecta cuenta de quién es malo y quién no lo es, de quién es el peor y quién no es tan perverso, de quién merece severo castigo y quién un trato clemente, y que muy rara vez el castigo no corresponde al crimen; estos héroes anónimos, los héroes reales e indómitos de las masas populares se habían convertido, de la noche a la mañana, en una recua de imbéciles a quienes había que contarles, patéticamente, la parábola de un estropeado camioncito, del inepto papá-chofer y del sinuoso camino que lo llevó a la isla de la fantasía. Escribe textualmente lo siguiente: *Esta es la historia de un viaje hacia el mar, una pequeña, pobre pero muy valerosa familia, heredera de una tradición de valientes, emprendió los preparativos para viajar de los Andes hasta el mar; conocerlo y navegar en sus tormentosas aguas para arrancar de él todas sus bondades y entregarlas a su pueblo era su único interés. Desde muy joven se empeño en conseguir un viejo camión abandonado por sus indolentes dueños y aherrumbrado por los años. Pacientemente lo reparó hasta dejarlo como nuevo, fue ayudado por los suyos y cuando sus hijos crecieron les enseñó a cuidarlo y conducirlo. Cuando por fin el camión estuvo listo y todos los preparativos concluidos iniciaron el*

largo viaje. El camino era escarpado, sinuoso y el frío de la tormenta los acechaba golpeándolos implacablemente, empero lucían felices en su denodada brega. Desplegaron seguros su marcha y avanzaron conducidos por el padre sabio y tenaz, firme y decidido; la gente de su pueblo y la región comentaban de ellos y salían a mirarlos. Más, en la ruta aumentaron las dificultades: unos quedaron en la mitad del camino, algunos enfermaron y otros también murieron, pero siguieron avanzando, sólo faltó tramontar la última cumbre, aquella donde las negras, crueles aves rapaces solían atacar más a los viajeros; negras nubes se aglutinaron en los cielos. La neblina espesó y el denso silencio de la puna, una indeseada presencia los detuvo: la patrulla de caminos, por la negligencia de uno de los hijos, faltaba justamente el documento que el guardia demandaba. El padre fue así conducido a la prisión. Los hijos desconcertados, aturdidos o callados se fueron manejando el camión. Más tarde el padre después de mucha reflexión pidió al comisario lo dejase hablar con su familia; quería decirles que era preciso guardaran el camión, el escollo final, era el tramo más duro. Tendrían que soportar el ataque de muchos buitres, descifrar lo que el cielo presagiaba y sus hijos aún eran jóvenes. Continuar así en esas malas condiciones encerraba graves riesgos, se imponía un viraje, un cambio en los planes: la suspensión del viaje. Tras de muchas tentativas el padre logró convencer al oficial pero éste no los dejó verlos sino sólo hablarles por radio, lo hizo hasta dos veces pero no obtuvo respuesta alguna. Fue que los hijos habiendo oído el llamado, primero lo negaron y se enzarzaron luego en la disputa si terminar o proseguir el viaje de inmediato hasta que al final decidieron prescindir del padre, y usurpando su lugar prosiguieron la marcha, arrancaron para proseguir muy ufanos y altaneros, como a quien cae del cielo la ocasión soñada, más al salir se desviaron del camino, se estrellaron contra las rocas y cayeron al abismo. Tiempo después... las hijas y los hijos de los hijos del padre, empapados con su luz, condenaron a los otros, reconstituyeron el camión, reemprendieron el camino y llegaron hasta el mar.

Más adelante se divulgaron otros videos, como el de un Zorba nada griego pero sí bastante desorejado para patear sobre suelo parejo; o el ridículo besamanos de Yparraguirre a Guzmán cuando Montesinos les pone un video de Frank Sinatra cantando *My way...* *A mi manera...* la canción favorita de Augusta La Torre, ex mujer de Guzmán y amiga íntima de Elena. También se dio a conocer el video del velorio de la suicidada camarada Norah, donde Guzmán ensalza a Augusta por *ser capaz de aniquilar su propia vida para no levantar la mano contra el Partido*. Una mentira para encubrir asuntos de infidelidad y cama con asuntos del Partido.

Las cabezas inventoras del infundio *patraña-proseguir* habían sido detenidas una tras de la otra; y los sobrevivientes del heroico combatiente, el Partido Comunista del Perú, se dispersaban en desorden. Las pruebas estaban sobre la mesa pero, a pesar de ello, había quienes seguían sosteniendo que no sólo se trataba de una patraña, sino que era una maniobra y fabricación de la CIA y del SIN; que Guzmán estaba muerto y habían puesto a un doble en su lugar; que le habían lavado la cabeza; que Las Cartas habían sido escritas por otro; que es un montaje y otras majaderías por el estilo. En Sebastián y muchos otros había calado un hondo sentimiento de desasosiego; por fin, solitos se habían convencido de que efectivamente se trataba de una nueva estrategia, de una nueva línea política general, de una nueva política general, de una nueva táctica y de un montón más de cosas nuevas planteadas por el Presidente... Pero no se atrevían a calificar a Guzmán, como abiertamente lo hacía Leoncio, de renegado y traidor. Si había o no otro que pensase de la misma manera, nadie lo sabía; y si alguien así lo pensaba, no lo decía. El temor a enfrentarse a un antiguo ídolo convertido en fetiche incuestionable bajo la fe ciega de su pregonada invencibilidad era espeluznante, había dicho varias veces Leoncio cuando le pedían cordura o lo querían acallar.

No pasó ni un año antes de que Sebastián emprendiera el camino seguido por Leoncio. Recordaba y conocía muy bien la comunidad campesina hacia la que su amigo y camarada se había dirigido.

Sebastián hizo su ingreso en la comunidad conducido por un grupo de campesinos jóvenes que lo traían con las manos atadas a la espalda. Leoncio se partió de risa al verlo cariacontecido, harapiento, extenuado y medio muerto de hambre y sed; delante de él se reflejaba exactamente la misma imagen de su propio ingreso *triumfal* a los dominios de quienes eran tachados de *chutos* por algunos campesinos racistas. Leoncio explicó a los jóvenes quién era el intruso, le quitó las ligaduras, le dio un fuerte abrazo, lo levantó en el aire, lo volvió a dejar sobre el pedregoso suelo, se apartó de él unos pocos pasos, dio varias vueltas alrededor de Sebastián para sopesar su desgarrada figura, le dio un pequeño empujón en el hombro y lo volvió a abrazar. Carajo, que estás hecho una mierda, le dijo. No jodas, carajo, tengo hambre, contestó Sebastián con un hilo de desfallecida voz.

Tras una semana de cuidadosas atenciones, Sebastián estaba otra vez en forma. Leoncio le había informado detalladamente sobre sus iniciales peripecias. Estuvo 3 días detenido y recluso en una casucha a las afueras de la comunidad antes de que llegara a relevar la guardia un campesino que había sido comisario de seguridad de uno de los Comités Populares arrasados en la zona de Vinchos y que había

sobrevivido a la masacre del 84. Cuando Remigio entró al cuchitril, se quedó pasmado mirando, con los ojos casi fuera de su órbita, el estropajo que yacía en el suelo. Leoncio escuchó pronunciar el seudónimo que usaba en los años difíciles y sabía que muy pocos lo conocían. Tardó largos segundos en reconocer la cara que se escondía tras una amplia y nerviosa sonrisa; sí, soy yo, había dicho, y tú, de dónde has resucitado, preguntó. A partir de ahí, todo fue un vértigo de acontecimientos emocionantes y agradables.

Remigio condujo a Leoncio ante las autoridades de la comunidad luego de contarle que lo había encerrado por considerarlo *yanahuma*, cabeza negra, y esperaban a que regrese el presidente de la comunidad para ver qué hacían con él. Remigio ignoraba que Leoncio era conocido por la mayoría de los dirigentes; que durante la década del 80 había estado varias veces ahí y había recibido un apoyo incondicional de ellos y las masas; que varias decenas de campesinos jóvenes, y de los no muy jóvenes también, se habían unido a la guerrilla y regado con su sangre el arduo camino de la construcción del nuevo Poder; que había un Comité Popular clandestino que luego pasó a ser abierto; y que, nadie sabe por qué cosas del desigual desarrollo histórico, esa comunidad, que era una de las más productivas de toda la zona, jamás fue tocada por la represión; en todos los años de guerra, las Fuerzas Armadas y Policiales no habían pisado esas tierras más de 5 veces y siempre para *recoger* ganado y aprovisionarse de víveres, la última vez fue a poco de la llegada de Leoncio. Así que cuando compareció ante las autoridades, la sorpresa no fue poca, todos lo habían dado por muerto o por desaparecido. A la comunidad habían llegado varios *refugiados* procedentes de diferentes partes del Regional Principal pero ninguno, salvo Remigio, había sido militante del Partido u ocupado algún cargo en las bases de apoyo; habían sido combatientes del Ejército Guerrillero Popular o integrantes de alguna de las fuerzas en las bases de apoyo; de las 12 personas que encontraron refugio en la comunidad, sólo 3 conocían a Leoncio ya que habían combatido a su lado. Había nerviosismo.

El presidente de la comunidad regresó de Huamanga a los 2 días de la liberación de Leoncio. En el camino ya había sido informado de su presencia, así que cuando se encontró con él, y después del abrazo, soltó la pregunta a boca de jarro: ¿qué quieres, compañero?

A Leoncio le llevó varias horas explicar, en presencia de todos los dirigentes de la comunidad, qué había sucedido al interior del Partido a partir de fines 1992 y expuso con claridad, sin rodeos, sin palabras rebuscadas, diplomáticas o complicadas, las conclusiones a las que había llegado y finalizó diciendo que lo único que necesitaba era un lugar para descansar y luego integrarse al trabajo de la comunidad

en el lugar que ellos decidan. Cuando terminó con su exposición, le pidieron a él y a Remigio que salgan de la casa del presidente de la comunidad. Al cabo de 20 minutos fueron llamados nuevamente para que entren. La deliberación había terminado.

Le dieron una bienvenida fraternal y sin condiciones.

A los pocos días, Leoncio fue encargado de la educación de los niños, el maestro de la escuelita había abandonado la zona hacía más de un año y las autoridades regionales de educación no enviaban un sustituto. Poco después organizó a los *refugiados* y desarrollaron una amplia campaña de alfabetización para mayores. Trabajó la tierra con ahínco y acompañó a los pastores y arrieros hasta que aprendió el oficio.

Sebastián, recuperado de los padecimientos, se incorporó al trabajo con gran entusiasmo. En menos de 2 años ya manejaban 5 *escuelitas* que sobrepasaban la centena de escolares y habían logrado que las autoridades de educación envíen un profesor de educación primaria que trabajaba en Andahuaylas y que en la década del 70 estuvo ligado al FER de Huamanga.

A partir del tercer año de permanencia en la comunidad, ambos se convirtieron en los encargados del pastoreo y comercio del ganado. Coordinando un grupo no muy numeroso de campesinos, viajaban para vender ganado y productos agrícolas en las ferias de diferentes pueblos. Eso les dio la oportunidad de conocer a mucha gente, bajar a las ciudades y vincularse con algunos dirigentes y cuadros que habían quedado aislados después de la dispersión; entre ellos a Aldo, que había retornado de Lima. Reunirlos fue un arduo trabajo de varios años. En el ínterin lograron acceso a bibliotecas públicas y rodantes lo mismo que a libros de particulares, sobre todo de profesores de educación primaria y secundaria.

El acopio de información fue un proceso lento y lleno de dificultades pero la satisfacción de su análisis era grande. Encontraron apoyo en un pequeño local que tenía un lacónico letrero vertical que sobresalía de la pared, encima de la puerta, con sus letras negras que de arriba para abajo se deslizaban sobre un fondo amarillo y se podía leer casi desde cualquier lugar: Internet. Estaba a las afueras de un pueblo y, por el grifo y los restaurantes que lo circundaban, era lugar obligatorio para que tanto los vehículos de transporte de pasajeros como los privados se detengan, ya sea para alimentarse, proveerse de combustible, comunicarse vía Internet o simplemente utilizarla para leer noticias o enterarse del tiempo que hacía en sus lugares de destino.

El dueño del local había iniciado su negocio con 2 pequeñas computadoras y una conexión telefónica que era más lenta que una tor-

tuga, pero la fluidez de clientes era tal que en poco menos de un año instaló 11 máquinas y podía costear los gastos de una línea bastante respetable para esos años de despegue de las telecomunicaciones en la Sierra peruana. De las 11 máquinas, 10 de ellas se apiñaban en una pequeña salita y la onceava estaba en un pequeño depósito ubicado entre el baño y el dormitorio de Eusebio y su mujer, que además eran dueños de la gasolinera.

Cuando Leoncio y Sebastián acudían al local de Internet, lo hacían vestidos de ciudadanos pero la cara y las manos quemadas por el frío no les ayudaba mucho a pasar desapercibidos; no pasó demasiado tiempo antes de que Eusebio, que de cuando en cuando miraba de reojo lo que ambos leían, se les acercara y les propusiera, sin mediar mayores palabras, que vengan de noche, que era mejor y que tendrían más tranquilidad y libertad para buscar los asuntos que les interesaban. Con el tiempo se hicieron amigos, compartieron conversaciones, discusiones y cenas juntos y, más adelante, un rincón donde poder descansar y usar la computadora de Eusebio en exclusiva durante varios días con sus noches cuando se aparecían por ahí algún fin de semana cada 2 ó 3 meses durante varios años.

Parte de la información que Leoncio sacaba de los libros y de Internet la anotaba con letra menuda en una pequeña libreta de notas con plastificada tapa azul.

La mayor parte del tiempo que ambos pasaban juntos, aparte de husmeo en línea, discurría en las ferias de los pueblos donde efectuaban los negocios de la comunidad o durante los días en que llevaban al ganado a pacer y, al final de la jornada, encerrarlo en un corral que quedaba a unas 2 horas de camino fuera del núcleo de la comunidad y que estaba dividido y cercado por una muralla de piedras que tenía data y tradición casi milenaria. Compartían frío, vivienda, alimentación, penurias y alegrías con el grupo de campesinos que se dedicaban a la crianza del ganado y el cultivo de algunas zonas cercanas.

De vez en cuando ambos amigos se enzarzaban en una acalorada discusión que terminaba en un mortificante silencio que a veces duraba algunos días.

En la comunidad vivían en casuchas separadas y algo distantes una de otra, el presidente de la comunidad, que desde el inicio supo distinguir algunos de los particulares puntos de vistas de cada uno, decidió que esa separación era por el bien de todos, según la interpretación dada por Sebastián. Con el tiempo aprendieron a limar sus asperezas y a tomar los puntos de coincidencia como lo primordial.

A pesar de las *recomendaciones* de los dirigentes de la comunidad para que busquen la mujer adecuada, ellos vivían solos y se concentraban en el trabajo y el estudio. No podían ni querían echar

raíces en un bello lugar que algún día habrían de abandonar.

Las discusiones más fuertes y frecuentes se centraban, fundamentalmente, en lo que Leoncio calificaba como el devastador papel jugado por Guzmán, y la obsecuente recua de sus seguidores, en la momentánea derrota de la revolución. Sostenía con vehemencia que la podre revisionista trataba de apoderarse por completo de las Luminosas Trincheras de Combate, las cárceles donde se encuentran nuestros presos políticos y prisioneros de guerra, para transformarlas de heroicos bastiones de la revolución en guarida de capituladores donde poder *seguir hozando* para demoler el Partido y vender la guerra popular por un pútrido plato de lentejas que nunca llegarán a probar; que son traidores que pretenden usar el Partido para negociar y vender a la clase; que el sátrapa trata de medrar con los honores, las glorias y los éxitos del Partido y de la guerra popular para elevar su recién adquirida presuntuosa figurita a categoría sacrosanta y colocarla en el pódium de los maestros del marxismo. El ex Presidente Gonzalo no es más nuestro Presidente pues ha creado su propio partido, un nuevo partido que es revisionista, que reniega de los principios básicos del proletariado y traiciona su ideología. Guzmán ha traicionado al Partido, a la clase, al pueblo y a la guerra popular en busca de prebendas personales; ha devenido renegado y traidor, se ha convertido en enemigo del Partido, del proletariado y del pueblo.

Estas afirmaciones de Leoncio inicialmente exasperaban a Sebastián. Pero poco a poco, gracias al estudio más profundo de las fuentes del marxismo, al concienzudo estudio de los documentos del Partido Comunista del Perú sobre los años de preparación, inicio y desarrollo de la guerra popular, y gracias a las interminables y reiterativas discusiones, su convencimiento y aproximación a las posiciones de Leoncio fue cada vez mayor, sus últimas reticencias cedían paso a la cordura y el entendimiento; pero no se atrevía a mencionar los conceptos *renegado* y *traidor*, estaba cohibido e inhibido, se sentía infructuoso y temeroso.

12

Sebastián y Leoncio fueron despertados por Aldo mucho antes del amanecer, tal como habían acordado la noche anterior. Después del aseo y aligeramiento del cuerpo se desayunaron opulentamente, luego salieron de la casa tras rechazar las provisiones que con amable reiteración les ofrecía su amigo; tenemos más que suficiente y pensamos hacer el viaje de un tirón, así que llegaremos por la noche, dormiremos en la parte alta y al día siguiente por la mañana entraremos a Huamanga, habían dicho. Lo que Leoncio aceptó fue el par de velas que Aldo les ofrecía; por si acaso, dijo. Se abrazaron.

—Nos volveremos a ver dentro de unos días —dijo Aldo.

—Eso —contestaron al unísono.

Después de un rápido recorrido de casi 2 horas en completo silencio se detuvieron para beber un poco de agua y llevarse a la boca las primeras hojas de coca. El cielo despejado estaba lleno de titilantes y luminosas estrellas, siguieron.

Poco después percibieron que el alba estaba a punto de anunciarse.

—Pienso que lo de Mariátegui es la parte más sencilla y, en general, se maneja con más soltura —dijo Sebastián dando inicio a la conversación.

—Si se maneja con más soltura o no es algo que realmente ya no sé, ha pasado demasiado tiempo —replicó de inmediato Leoncio—. Recuerda que después de harta investigación hasta nosotros mismos tenemos algunas diferencias en torno a temas muy puntuales y no estoy muy seguro de si será imprescindible necesario tocar estos puntos en la reunión.

—Visto así, parcialmente tienes razón. Sin embargo, por otro lado, si no se explica el desarrollo del esclavismo y sus particularidades durante el Imperio Incaico; si no se explica el desarrollo de la contradicción feudalismo-esclavismo durante el mismo período y el papel de las panacas, que como parte del sistema sociopolítico exigían la independencia de cualquier centro del Poder y la consolidación del derecho de propiedad sobre la tierra y de quienes la trabajaban, no se entenderá el desarrollo histórico del Ayllu como expresión socioeconómica y política de la dominación del Estado; como el reflejo

y la materialización de las leyes sociales y la lucha de clases dentro de las comunidades campesinas. Y lo mismo pasa con el desarrollo histórico de la nación y la necesidad de analizarla mejor como concepto; como tú dices, la necesidad de volver a tallar el concepto de nación. Si no se explican éstas y otras cosas, no se comprenderá la necesidad de discutir las.

—Bien, retiro lo dicho. Tienes razón —convino Leoncio.

—Como punto de partida, pienso que debemos centrarnos en los principios fundamentales del pensamiento de Mariátegui, luego ver cómo se da la discusión y preparar las condiciones para profundizar las imprecisiones con las que nos hemos topado. Y tan en desacuerdo ya no estoy, muchas de las cosas que has planteado, aunque no caen por su propio peso, han repercutido en mi interés por ampliar el análisis y tras meditarlo cuidadosamente veo que tiene una lógica a la que hay que prestar atención.

—Si tu lógica la elevamos a nivel de dialéctica, tal vez encontremos el camino correcto para motivar a los demás a que sigan investigando. Pero, como dices, lo fundamental es analizar el pensamiento de Mariátegui y, sobre todo, su desarrollo en medio de la lucha de 2 líneas, de la lucha de clases y la revolución.

—Eso —dijo Sebastián con un rápido movimiento de manos—. La concepción proletaria, la posición de clase y el método de Mariátegui son diáfananamente claros, y no porque él mismo se haya calificado como un marxista convicto y confeso sino porque en sus escritos se encuentran sus múltiples aportes. Él mismo remitía a sus acusadores a las fuentes, a sus propios escritos, públicos o privados; escritos que, como él, están lejos de ser utopismos teóricos. Mariátegui no sólo hizo, en lo fundamental, una correcta interpretación de la realidad peruana desde una posición de clase, de ideología proletaria y de método materialista dialéctico, sino que en la práctica echó a andar la maquinaria necesaria para transformar esa realidad y liberar al pueblo peruano, a las clases sociales que padecen la explotación y opresión y que son la mayoría en esta nación. Una práctica revolucionaria, una labor combatiente de hombre pensante y operante, que marcó un hito en la historia al fundar el 7 de octubre de 1928 el Partido de la clase obrera del Perú, el Partido Comunista, como expresión del proletariado políticamente organizado para conducir el proceso revolucionario uniéndose con el campesinado, como fuerza principal, en una sólida alianza obrero-campesina; proceso revolucionario que no significa otra cosa más que el uso de la violencia revolucionaria para la destrucción de la feudalidad, del capitalismo burocrático y del dominio imperialista, en esencia, para la destrucción del Estado de la burguesía por la revolución proletaria como única perspectiva históri-

ca del país en la construcción de una nueva sociedad, para el pueblo y el proletariado, que nos enrumbe a abolir las clases, al comunismo, la sociedad de la gran armonía y libertad.

—Claro y concreto, nada de pedante eclecticismo que tras una grandilocuente verborrea pretende encubrir un idealismo antimarxista cuando se habla de un abstracto tránsito del reino de la necesidad al reino de la libertad como si fuera un simple paseo en el discurrir histórico de la humanidad en lugar de concebirlo como un salto de la humanidad que necesariamente debe pasar por la destrucción del Estado en general, del Estado burgués en particular y la necesidad de instaurar la dictadura del proletariado para la lucha por la transformación dialéctica de la necesidad en libertad en el aquí y ahora de cada país —dijo Leoncio de buen humor y con creciente expectativa.

—Gracias. Entonces, para mayor precisión habría que ver los puntos básicos de la línea política general de Mariátegui sobre la revolución peruana.

—Dale.

—Bueno. Partimos de que ningún partido político puede conducir un gran movimiento revolucionario a la victoria si no posee una teoría revolucionaria, un conocimiento de la historia y una comprensión profunda del movimiento práctico. Veamos. El pensamiento de Mariátegui se forjó y desarrolló en la lucha de clases, como él mismo lo señala, en el período del capitalismo de los monopolios, del capital financiero, de las guerras imperialistas por el acaparamiento de los mercados y de las fuentes de materias primas; de ahí que para comprender su pensamiento debemos ligarlo necesariamente a las luchas internacionales y a las de nuestro país.

—En el plano internacional —intervino Leoncio—, se tiene la Primera Guerra Mundial, una guerra de rapiña imperialista iniciada en 1914, y, bajo la dirección de Lenin, el triunfo de la Revolución de Octubre en 1917 con lo cual se abría la etapa de la construcción del socialismo bajo la dictadura del proletariado dirigida por el Partido Comunista. Estos hechos nos demuestran, en la práctica, el cumplimiento de los planteamientos de Marx y Engels acerca de la necesidad de un Partido Comunista que dirija la revolución, la necesidad de la violencia revolucionaria para derrumbar el viejo orden establecido y la necesidad de instaurar la dictadura del proletariado para construir el socialismo y marchar a la futura sociedad sin clases; y el marxismo ingresaba a una nueva etapa, la del marxismo-leninismo.

—Eso. Y del saque, para deslindar una vez más con la recua de intelectualoides pequeñoburgueses, hay que señalar que la dictadura del proletariado, como ya hemos visto, no es una dictadura de partido sino una dictadura de clase, una dictadura de la clase trabajadora.

Bueno, en el plano nacional, tenemos la Guerra del Pacífico, o Guerra del Salitre, acaecida entre 1879 y 1883 y que concluye con el triunfo chileno, la pérdida de territorio peruano con la consecuente pérdida de fuentes de riqueza y la pérdida del litoral boliviano. A fines de octubre de 1883 se firmó el Tratado de Ancón que entregaba a Chile a perpetuidad la provincia peruana de Tarapacá y, en prenda por 10 años, Tacna y Arica; las últimas tropas invasoras abandonaron lo que quedaba de territorio peruano al sur del país recién 10 meses después. Con el Tratado de Lima de 1929 se recupera Tacna pero se pierde para siempre su puerto natural, Arica. Tras la claudicación frente al enemigo, se desata una guerra civil, que se prolongaría hasta fines de 1885, entre Iglesias, Presidente al servicio de los grandes propietarios de tierra y marioneta de los chilenos, y Cáceres, militar terrateniente, que era considerado héroe de la resistencia y aún era apoyado por las guerrillas campesinas que le dieron el triunfo. La invasión chilena en el Perú causó la devastación de los campos de cultivo en la Costa, el saqueo a la propiedad pública y privada y el desmantelamiento de la administración e instituciones en todos los niveles. La masa de campesinos armados durante la campaña militar de Cáceres contra los chilenos empezó a tomar haciendas, recuperar tierras y ganados de manos de terratenientes colaboracionistas con el invasor. En 1885, en Ancash, se produce la sublevación campesino-minera en la que sobresalen figuras como las de Atusparia y Ushcu Pedro. A fines de ese año, Iglesias, derrotado, tuvo que abandonar Lima y Cáceres, después de formar un Gobierno provisional y convocar a elecciones, se convirtió en el nuevo Presidente de la República a mediados de 1886. La pérdida del guano y el salitre como principal fuente de ingresos fiscales obligó al nuevo Gobierno peruano a introducir una amplia reforma fiscal para aumentar los ingresos del Estado. Así, entre 1885 y 1899, se realizan un conjunto de reformas que algunos llegan a calificar como el período de la reconstrucción nacional. Cáceres impulsa la descentralización fiscal como una solución conciliadora entre el centralismo burocrático, tesis sostenida por los civilistas desde 1873, y el federalismo, de raíz e inspiración feudales, que era una reivindicación del gamonalismo; cada uno de los 18 departamentos en que entonces estaba dividido el Perú debería cobrar sus impuestos y organizar sus gastos, todo en armonía con la ley general de presupuesto que debería ser aprobada por el Congreso de la República. Como los recursos fiscales no llenaban las arcas del Estado, el Gobierno recurrió otra vez a la contribución personal, *contribución* que llegó a representar el 70% de los ingresos del presupuesto departamental y reavivaba el recuerdo del abolido tributo indígena. Cáceres se aleja de sus aliados, los campesinos.

Esta *descentralización* fue reformada en 1895 y liquidada en 1919. En la década de 1890, la economía peruana empieza a dar señales de recuperación; la agricultura de la Costa comenzó a reemplazar a los coolíes chinos por peones japoneses y aparceros o arrendatarios enganchados en la Sierra. Los terratenientes de la Costa empezaron a construir infraestructura de riego, líneas de comunicación en base a líneas férreas e implantaron la mecanización en el proceso de producción azucarera. La exportación de productos agrícolas se centró en el azúcar, café, lana y algodón; en la minería, la exportación del cobre reemplazó al de la plata obligando la modernización de la minería. El impuesto fiscal se amplió a bienes de alto consumo como el tabaco, el opio, los fósforos y la sal siguiendo el ejemplo del establecido estanco de alcoholes. Así se logra reconstruir el aparato de ingresos fiscales sobre la base de bienes de consumo, se reducen los gravámenes a la exportación y se deroga la llamada contribución personal. A fines de siglo, los ingresos fiscales eran el doble de lo alcanzado al final de la guerra con Chile y la tendencia era el crecimiento. El Estado organiza su presupuesto respetando la actividad privada, cuidando de no entrar en conflicto con ella y planteando, además, la posibilidad de asociación de capital público y privado en compañías mixtas. Durante el Gobierno de Cáceres se crea La Cámara de Comercio de Lima y el Registro de la Propiedad Inmueble, que facilitan las transacciones de la propiedad raíz y su prenda hipotecaria para reanimar el crédito interno. Se crea la Bolsa de Valores de Lima permitiendo el desarrollo de las compañías por sociedad anónima y la asociación económica y la colocación de capitales de inversión. También se crea el Registro Civil, con lo que se le quita a la Iglesia el control que tenía sobre la información poblacional gracias a los bautizos y defunciones. Aparece una nueva generación de bancos, que pasan a controlar la reconstrucción económica del país. Con el tiempo, la inversión extranjera desplazaría a la inversión nacional aunque la deuda externa aún se encontraba, en su mayor parte, en poder de beneficiarios ingleses. Dentro de este período, hacia 1895 y 12 años después de la culminación de la conflagración armada, es cuando se produce el salto hacia el desarrollo de la industria moderna, con lo que bien se puede decir que se produce el comienzo del capitalismo burocrático, lo que a su vez da inicio al desarrollo de la sociedad peruana contemporánea.

—Pero no fue un proceso libre de contratiempos. La explotación del guano y el salitre había enriquecido en la Costa a un buen número de especuladores y contratistas mestizos herederos del pasado colonial y que al lado de otros nuevos ricos, en un proceso gradual de sincretismo, fueron evolucionando hacia una nueva burguesía capitalista. Así, parafraseando a Mariátegui, sobre un suelo feudal, crece

una economía burguesa que, por lo menos en su desarrollo mental, da la impresión de una economía retardada —indicó Leoncio.

—Cierto —confirmó Sebastián—. Pero con todo, es el inicio de la moderna sociedad peruana con sus particularidades.

—Eso, con sus nítidas particularidades.

—Bueno. Cáceres había pretendido perpetuarse en el Poder en base a una sumisa y parasitaria clientela que cosechaba prebendas y ganaba posiciones. Luego de su primer mandato entre 1886 y 1890, dejó en el Poder a su Vicepresidente Remigio Morales Bermúdez. Cáceres fue reelegido en 1894, aunque de forma ilegal y que terminó por quitarle lo poco que de autoridad y prestigio le quedaba. Nicolás de Piérola desconoció el nuevo Gobierno y se desató otra guerra civil que terminó meses después con el triunfo de Piérola. El otrora *Demónio de los Andes* pasó sus últimos años entre el autoexilio, el retorno y las confabulaciones e injerencias políticas durante el período de la mal llamada *República Aristocrática* o el *Segundo Civilismo*, que surge para oponerse al prolongado Gobierno de los militares; este *civilismo* nació inspirado por el ideario del caudillo civilista Manuel Pardo que, aparte de ser cabeza visible de los grandes propietarios de haciendas azucareras y algodonerías, había sido Presidente de la República entre 1872 y 1876; pero Cáceres, en la cumbre de su senectud, no se queda contento, también forma parte de las conspiraciones que llevarían al Poder a Leguía tras un golpe de Estado en 1908. Pero al margen de lo folclórico y anecdótico, lo importante es señalar que con Piérola, al posesionarse del Poder en 1895, se inicia un período de reorganización económica del país sobre las llamadas bases civilistas; de esta manera se volvía a impulsar la formación de una economía capitalista interrumpida por la Guerra del Pacífico, lo que a su vez planteaba la necesidad de revisar el régimen y los métodos de la enseñanza para adaptarlos en forma gradual a las necesidades de esta economía en desarrollo. Así, con el inicio del desarrollo de la industria moderna, se inicia el desarrollo del capitalismo burocrático. La ideología de esta clase intermediadora con los capitalistas extranjeros descansaba en el desarrollo del llamado sistema capitalista de libre competencia y se preocupaba más por el desarrollo capitalista y el progreso material que por las masas populares.

—Los latifundistas, los terratenientes, en la producción de algodón y azúcar, actuaban como intermediarios o agentes del capitalismo extranjero. Este sistema económico ha mantenido en la agricultura una organización semifeudal que constituye el más pesado lastre del desarrollo del país; es producto de nuestro peculiar desarrollo económico, político y social y sus características se acentúan en la medida que la penetración imperialista facilita la formación de una

burguesía que le es afín, una burguesía intermediaria, mercantil o burocrática, según los momentos históricos concretos; una burguesía ligada y sometida a la metrópoli. La economía del Perú, su movimiento, su desarrollo, está subordinada a los intereses y a las necesidades de los grandes mercados extranjeros. Estos mercados miran nuestra patria como un depósito de materias primas y un lugar donde vender sus baratijas. La llamada *independencia* y el *libre* mercado, mientras no afecte los intereses de los poderosos, son relativos y si afecta simplemente no existe —acotó Leoncio.

—Eso. Pero no te adelantes —inquirió Sebastián—. Ya lo explicó Mariátegui en su tiempo al decir que este fenómeno se explicaba no sólo por el hecho de que los antiguos señores feudales habían conservado la propiedad de la tierra y adoptado, como intermediarios del capital extranjero, la práctica mas no el espíritu del capitalismo moderno; sino, además, por la mentalidad colonial de esta casta de propietarios, acostumbrados a considerar el trabajo con el criterio de esclavistas y negreros. El yanaconazgo y el enganche, dijo, no son la única expresión de la subsistencia de métodos más o menos feudales en la agricultura costeña; el ambiente de la hacienda se mantiene íntegramente señorial; las leyes del Estado no son válidas en el latifundio, mientras no obtienen el consenso tácito o formal de los grandes propietarios; la autoridad de los funcionarios políticos o administrativos se encuentra de hecho sometida a la autoridad del terrateniente en el territorio de su dominio, éste considera prácticamente a su latifundio fuera de la potestad del Estado, sin preocuparse mínimamente de los derechos civiles de la población que vive en los confines de su propiedad; cobra arbitrios, otorga monopolios, establece sanciones contrarias siempre a la libertad de los braceros y de sus familias. Los transportes, los negocios y hasta las costumbres están sujetos al control del propietario dentro de la hacienda; y con frecuencia las rancherías que alojan a la población obrera no difieren grandemente de los galpones que albergaban a la población esclava.

—Y también dijo que el *yanaconazgo* es una variedad del sistema de servidumbre a través del cual se ha prolongado la feudalidad hasta nuestra edad capitalista en los pueblos política y económicamente retardados, y que el *enganche* asegura a la agricultura de la Costa el concurso de los braceros de la Sierra en condiciones ventajosas para los hacendados —amplió Leoncio.

—Sí. Bueno, pero volvamos a lo que yo decía. Mencioné la mal llamada *República Aristocrática* y dije que es *mal llamada* porque pienso que no sólo se trataba del dominio de la clase terrateniente sino de una burguesía de larga data que no pudo levantar cabeza. Ya hemos visto el papel del visitador Areche, que desmanteló los planes

de la naciente burguesía comercial financiera de Lima y liquidó la maquinaria que hubiese facilitado su desarrollo como principal clase dominante en los tempranos tiempos de la colonia; hemos visto la alianza de esa burguesía con los terratenientes feudales para aplastar el movimiento de Túpac Amaru; hemos visto su papel antes y durante la guerra de independencia y cómo los terratenientes feudales recuperan y quedan, otra vez, como la principal clase dominante; hemos visto también que la burguesía, y no sólo en estas tierras, después de la independencia, sigue desarrollándose sin romper sus lazos y amalgamado con los terratenientes; y todo esto dentro de las particulares condiciones de nuestra base económica como condición *determinante* y sobre la cual influye la dominación extranjera, la del imperialismo. Así, debe quedar claro que la *nueva burguesía* es producto de un proceso gradual de sincretismo con una parte de los terratenientes más ricos; es nueva, sí, pero con taras feudales y ello no implica que *los terratenientes*, como clase, desaparezcan, no, no es así; la economía terrateniente, y por tanto la clase terrateniente, es evolucionada en un proceso muy lento y prolongado hacia una forma capitalista siguiendo el camino burocrático, que consiste en introducir técnicas y modalidades capitalistas manteniendo la gran propiedad agraria y resguardando el poder de la clase terrateniente feudal; por este camino, la economía terrateniente es evolucionada internamente y en lugar de liberar al campesino, aprovecha al máximo la explotación del trabajo gratuito y otras modalidades feudales para lograr una acelerada acumulación de capitales. El campesino sufre este largo proceso de transformación, en que es succionado su trabajo y sus bienes, y se ve despojado de sus pocas tierras e incluso es lanzado fuera del campo. El latifundio y la servidumbre se mantienen, ocultos bajo nuevos nombres, y se ligan más estrechamente al capitalismo burocrático y al Poder estatal.

—Mariátegui había constatado con gran precisión que el capitalismo, como sistema económico y político, se manifiesta incapaz, en América Latina, de la edificación de una economía emancipada de las taras feudales; en la agricultura, el establecimiento del salariado y la adopción de las máquinas no borran el carácter feudal de la gran propiedad; simplemente perfeccionan el sistema de explotación de la tierra y de las masas campesinas. Dentro de ese contexto es que se desarrollan las 2 clases que consustancial y concomitantemente oprimen y explotan a las masas populares; esas 2 clases son la gran burguesía y los terratenientes feudales —añadió Leoncio.

—Eso. Bueno. Las clases dominantes, ya en aquellos tiempos, toman el Estado como palanca de la economía buscando amasar enormes capitales y monopolizar las arterias vitales de la economía junto

con los inversores extranjeros; o, mejor dicho, como testaferros al servicio de ellos. En 1900 se dictan nuevos códigos de minas que fomentaron la seguridad en la inversión minera; en 1902 se dictaron nuevos códigos de aguas para favorecer la agricultura mercantil y se trajeron técnicos extranjeros para difundir nuevas técnicas agrícolas y de riego; la Peruvian Corporation concluyó la construcción de las líneas del ferrocarril en el Centro y Sur del país favoreciendo la explotación de las minas; entre 1901 y 1908 se desnacionalizó la minería, con lo que los ricos yacimientos de la Sierra Central pasaron a manos de la bastante conocida compañía estadounidense Cerro de Pasco Cooper Corporation; los yacimientos petroleros en la Costa Norte fueron comprados por compañías británicas y estadounidenses. Así es cómo se inicia la penetración en gran escala del imperialismo yanqui; a través de la minería y el petróleo comienza el dominio estadounidense en el Perú. El civilismo controlaba las riendas del Poder, del Estado, y voluptuosamente se entregaba, con zapatos y todo, a la lujuria del capital. El proceso de desarrollo de la industria moderna en el Perú remata en la década del 20, década que marca el impulso del capitalismo burocrático bajo dominio yanqui. Así, nuestro país se ve dominado por otra potencia mundial, pero esta vez por una potencia imperialista que ha desarrollado un sistema monopolista con grandes empresas que concentran la economía del país; por otro lado, en esos momentos, Estados Unidos es una potencia en expansión colonialista tanto en América Latina como en parte de Asia. ¿Qué conclusiones podemos sacar de todo esto?

—Cosas que ya hemos visto más o menos en detalle, que el proceso de industrialización en estas tierras *se engendra* en una sociedad semifeudal cuya economía se desenvuelve cada vez más sometida al imperialismo estadounidense que desplaza el dominio inglés y que el capitalismo burocrático implica el desarrollo de nuestra condición semicolonial y semifeudal marcando a fuego todo el desenvolvimiento de nuestra sociedad y la lucha de clases en ella. Este tipo de capitalismo evoluciona la semifeudalidad, la pequeña producción campesina sigue siendo la base de la explotación feudal y está ligada a la gran propiedad de la tierra. El capitalismo burocrático está ligado a la feudalidad, *se sustenta* en ésta y no la liquida, no la destruye; se sirve de viejas formas atrasadas en el campo para mantenerse y desarrollarse introduciendo la máquina y el asalariado sobre la base de la gran propiedad de la tierra; penetra en el campo con nuevas modalidades de concentración de tierras; el vaciamiento del campo, el desarrollo de la pequeña minería y la llamada producción informal son clara señal de lo mismo.

—Cierto, ya lo hemos visto —convino Sebastián—, pero no está

mal ampliarlo, especificarlo y reiterarlo porque precisamente ésta es la base económica sobre la que se levantan y sustentan el pensamiento de Mariátegui, su correcta línea ideológica y política y la línea política general que estableciera para la revolución peruana.

—Pensamiento que además es consecuencia y cumbre del desarrollo de las ideas políticas en nuestra patria. Sí, tienes razón. Pero a propósito de especificaciones déjame recordarte algo. Hace unos días, opinando sobre el capitalismo burocrático, dijiste que es un capitalismo *generado* por el imperialismo en los países atrasados... momento, momento, espera, compadre —dijo Leoncio levantando las manos hacia el cielo al notar que Sebastián se proponía aclarar algo—, y ya sé que eso es lo que *hemos* venido sosteniendo durante años. Sin embargo, hace un ratito, al explicar las particularidades del desarrollo de la burguesía peruana, cuyos gérmenes se pueden rastrear hasta los antiguos *corregidores*, has reiterado lo que yo dije ayer, es decir, que esta clase se desarrolla sin romper los lazos que la ligan a los terratenientes y que esta burguesía se *amalgama* con ellos, con los terratenientes o con parte de ellos, y que este proceso se desarrolla dentro de las particularidades de una organización económica que tiene especificaciones, la nuestra; y que ese desarrollo de las fuerzas productivas sociales y las específicas relaciones de producción son la condición *determinante* y sobre la cual *influye* la dominación extranjera, la del imperialismo; con lo que, según tus propias palabras, debe quedar claro que la nueva burguesía peruana es *producto* de un proceso gradual de *sincretismo* con una parte de los terratenientes más ricos. Muy bien, en mi opinión, prácticamente sintetizas una buena parte de lo que hemos venido conversando hasta este momento. La dominación extranjera, desde la primera invasión que padecemos, es decir la española, encuentra en nuestro suelo, y dentro de las leyes generales del desarrollo histórico de las sociedades, las condiciones particulares que le permiten *influir* sobre ellas para desbrozar el camino que facilite su dominio, opresión y explotación; al mismo tiempo, crea ciertas condiciones y posibilidades objetivas para el desarrollo de la producción capitalista, porque la desintegración de los cimientos de la economía natural abre al capitalismo un mercado para sus productos, y la ruina de gran número de campesinos y artesanos le proporciona un mercado de mano de obra; hecho que se da en medio de una intensa y enmarañada lucha de grupos sociales que poco a poco irían perfilándose nítidamente como clases sociales dentro del proceso de desarrollo histórico del *conjunto* de nuestra sociedad; y, como parte del desenvolvimiento de la ley de la contradicción, estas clases se desarrollan en unidad y lucha, en algunos casos, con intereses comunes, y en otros, con intereses anta-

gónicos e irreconciliables. El Estado, lo mismo que las clases sociales, va adquiriendo contornos más nítidos gracias al proceso de desarrollo económico, social, cultural, político e ideológico *como un todo*. Así, la economía mercantil que se desarrollaba en nuestra sociedad llevaba ya en su seno los gérmenes del capitalismo, de no haber sido por la acción de Areche, que no es más que la expresión personificada de una sociedad tan retrógrada como la española de aquella época, habría podido transformarse, tempranamente, en capitalista aún sin mediar la acción del capitalismo extranjero. La posterior *penetración* del capitalismo británico y luego la del imperialismo estadounidense *impulsa y acelera* esta transformación en la dirección que más le convenía. El capitalismo extranjero desempeñó un papel muy importante en la *evolución* del régimen socioeconómico peruano, sí, pero lo que permitió que así sea fueron las particulares condiciones de nuestro desarrollo económico, social, político, ideológico y todo lo demás, lo cual, a su vez, está estrechamente ligado a nuestro desarrollo como nación. La clase terrateniente y la clase burguesa se convierten en apéndices de la burguesía internacional, y a tal punto que su existencia y desarrollo ya dependen del imperialismo. He ahí la clave de la importancia de entender el capitalismo burocrático y su desarrollo ya que su comprensión es indispensable para interpretar y dirigir la lucha de clases en el Perú.

—Y he ahí una ampliación más, no sólo se trata de *interpretar* la realidad peruana sino, principalmente, de dirigir la lucha de clases para *transformar* esa realidad.

—Y ésos son los cimientos que Mariátegui estableció con su pensamiento y acción —dijo Leoncio remarcando cada una de las palabras que acababa de mencionar—. Pero antes de que sigas, déjame reiterar una especificación. Ya hemos visto que desde los tiempos del Virreinato, la comercialización de todo tipo de mercancías, de entrada y de salida, principalmente se realizaba en Lima por el Puerto del Callao; de ahí que los grupos más ricos y poderosos de nobles mestizos americanos, tanto de la rama evolucionada por línea española como por línea indígena, habitaba en la Capital del Virreinato, y es dentro de ellos que va surgiendo la burguesía comercial financiera que posteriormente se irá expandiendo y perfilando como burguesía compradora y posteriormente como burguesía burocrática; pero en ambos casos como intermediaria sometida al centro de Poder. A notar es que el Poder colonial se apoyaba en un sector de este grupo. Con la penetración del capitalismo británico y la del imperialismo estadounidense se produce el mismo fenómeno, se perfecciona e intensifica; los capitalistas extranjeros empleaban agentes nativos para llevar a cabo su agresión económica. Éstos son los *compradores*. La burgue-

sía compradora era mantenida por los capitalistas de los países imperialistas y no sólo servía directamente a sus intereses sino que, además, estaba unida por 1,000 vínculos a las fuerzas feudales del país. El capitalismo que se desarrolla en los países atrasados está atado a la feudalidad, no sirve a las grandes mayorías sino a los imperialistas, a la gran burguesía y a los terratenientes feudales. Lo mismo sucede con el capitalismo burocrático y esto conlleva el desarrollo y la profundización de nuestra condición semifeudal y semicolonial. En resumidas cuentas, lo ya dicho, nuestra burguesía, en la medida en que crece hasta convertirse en pudiente y desarrollada burguesía intermediaria, se desarrolla cada vez más ligada al país dominante, y, en vez de desarrollarse independientemente y al servicio de los intereses nacionales como lo hicieron las burguesías europeas, va desenvolviéndose como burguesía sometida y dependiente.

—Bueno, hecha la reiteración, que también en parte ya mencionaste ayer, sigamos. Y sólo para colocar algunos hitos, pues ya lo hemos visto, diré que en la segunda década del Siglo XX, el imperialismo yanqui sustituyó el dominio inglés; que la acción de Estados Unidos se centra en utilizar a sus intermediarios y copar el Poder estatal; que el golpe de Estado dado por Leguía en 1919 y sus siguientes 11 años cumplen un papel determinante, y son años de entronización e inicio de la dominación de la burguesía compradora, o *mercantil* como la llamara Mariátegui; que es recién a partir de la Constitución de 1920 que el Estado peruano se organiza como democracia burguesa formal y que bajo la dirección de la burguesía compradora se impulsa el desarrollo del capitalismo burocrático. Bueno. Basta esto para decir que, dentro de la línea política general de la revolución peruana, el pensamiento de Mariátegui establece las leyes generales de la lucha de clases en el país, y parte por especificar el *carácter de la sociedad peruana* como semifeudal y semicolonial.

—Eso. Un extraordinario estudio sobre el sistema de plantaciones azucareras en Lambayeque durante el período 1920-1950 queda plasmado en la obra *Capital burocrático y lucha de clases en el sector agrario* del profesor Lorenzo Huertas; en esa obra están las documentadas pruebas que confirman los planteamientos de Mariátegui al mostrar con precisión que el capitalismo que se desarrolla sobre nuestro suelo no tenía ni tiene la más mínima intención de modernizar el Perú para convertirlo en un país capitalista avanzado; nada de eso, lo que este capitalismo hizo y hace es mantener y aprovecharse de las estructuras tradicionales para readaptarlas, extrayéndolas de su contexto económico y geográfico, para generalizarlas y aplicarlas en otros sectores como, por ejemplo, el minero, donde se crea el llamado *latifundio minero* y lo mismo sucede con el *trasplante* del

yanaconaje y el *enganche* a los grandes latifundios de la Costa. Con la penetración del imperialismo en nuestra patria se *desarrolla* el capitalismo, sí, pero el otro aspecto, que es concomitante, es la colusión del imperialismo y de la gran burguesía con las fuerzas feudales para imposibilitar el desarrollo del capitalismo nacional. Por otro lado, hay que señalar que el imperialismo, con todo su poderío financiero y militar, intenta preservar y perpetuar todas aquellas formas de explotación precapitalistas, especialmente en el campo, que son la base de la existencia de sus aliados reaccionarios; apoya, alienta, cultiva y conserva las supervivencias feudales con toda su superestructura. Y guste o no, de una u otra manera, el Ayllu, como realidad económica, social, política e ideológica donde se desarrollan las contradicciones de clases y la lucha entre ellas, y como ente donde el gamonalismo, la servidumbre y los gamonalillos han encontrado un grato refugio donde seguir ejerciendo la explotación y la opresión de la masa campesina, no escapa a esta tendencia.

—Salvo lo del Ayllu, que es tu opinión, o *nuestra* opinión, y está a años luz de lo planteado por José Carlos, lo antes dicho nos lleva a otro punto establecido en el pensamiento de Mariátegui: *Las 2 etapas de la revolución peruana...*

—Si prefieres puedes dejarlo en *tu* opinión y quitar *nuestra* opinión —dijo Leoncio soltando una sonora carcajada.

—No jodas, carajo —replicó Sebastián con una serena sonrisa—, lo dejamos en *nuestra* y punto. Bueno, Mariátegui, percibiendo que la filosofía es producto social, producto de la práctica social, plantea que cada civilización tiene su propia intuición del mundo, su propia filosofía y su propia actitud mental que constituye su esencia y que las ideas brotan de la realidad e influyen luego sobre ésta modificándola; la filosofía no puede entenderse al margen de la base material que la genera, sí, claro, pero, algo fundamental es que ésta también vuelve sobre aquélla y actúa para modificarla. Evidentemente este proceso no se desarrolla en calma sino en medio del enfrentamiento entre materialismo e idealismo, con lo cual, una vez más, se establece que la filosofía tiene un carácter de clase; que es un instrumento de la lucha de clases para la conquista del Poder y su defensa y sigue el derrotero de la clase que la genera. Mariátegui reconoce el carácter dialéctico de la filosofía marxista, y señala que lo medular de la dialéctica está en la unidad y lucha de contrarios; señala, por ejemplo, que el hecho de que en la relación entre base y superestructura una de ellas sea el aspecto principal depende de las condiciones concretas. Por otro lado, Mariátegui considera el materialismo histórico como un método de interpretación histórica de la sociedad y concibe a la base económica, al sustento de toda sociedad, como un conjunto de rela-

ciones sociales de producción y a la superestructura, el ordenamiento jurídico y estatal, como el remate de un sistema de ideas. El hombre, dice, no es de una naturaleza invariable sino que es el producto de las relaciones sociales y por tanto históricamente se genera en la práctica social, está especialmente modelado por la lucha de clases. Así, el hombre, estando determinado por las leyes del mundo social en que se desenvuelve, a la vez, tiene voluntariedad, tiene una capacidad para actuar como desbrozador de camino en cumplimiento de las leyes necesarias de la historia. He ahí la unidad indivisible entre determinismo y voluntariedad, la historia quiere que cada cual cumpla, con máxima acción, su propio rol y que no haya triunfo sino para los que son capaces de ganarlo con sus propias fuerzas, en inexorable combate. Mariátegui sostiene que si hay algo grande sobre la tierra es el hombre, que es lo principal en todo proceso económico, y, que los hombres agrupados en masas, son la gran fuerza de la historia; además, sostiene que las masas concretadas en clase obrera se movilizan hacia una meta, hacia un *mito* moderno. Y para que los pendejos no se vayan por la tangente habría que indicar la frase completa, en sus propias palabras José Carlos dice que el proletariado tiene un mito: *la revolución social*, y añade que hacia ese mito se mueve con una *fe vehemente y activa*. Hacia la revolución social con una fe vehemente y activa; hacia la revolución activamente con una filosofía, con una ideología, la proletaria, no con metafísica, idealismo, eclecticismo y oscurantismo; con el marxismo, no con la especulación profesoral o doctoral llena de embustes y bazofia ecléctica. Bueno, así, Mariátegui nos muestra con magistral evidencia que la economía y la política se relacionan. Es él quien dice, al igual que los demás clásicos del marxismo y quienes los siguen, que no es posible comprender la realidad sin buscar y mirar el hecho económico; que el hecho económico encierra la clave de todas las otras fases de la historia; y que, probablemente, la economía no explica la totalidad de un fenómeno y de sus consecuencias, pero sí explica sus raíces. Mariátegui concibe la economía, las relaciones sociales de explotación, como raíz de los procesos políticos; y como si fuera poco, no ve la economía de un país aisladamente sino dentro del sistema económico internacional; analiza la economía en función política para encontrar las leyes que sigue la lucha de clases de un país; y, en nuestro caso, analiza nuestra economía en la historia, las relaciones de producción agraria, la industrialización y demás términos económicos con un solo fin, establecer las leyes generales de la revolución peruana. Mariátegui, coincidiendo con Lenin, al analizar la etapa del imperialismo no sólo ve su carácter económico sino que, en especial, resalta su carácter político reaccionario y señala que llegada la etapa de los monopo-

lios y del imperialismo, toda la ideología liberal correspondiente a la etapa de la libre competencia, ha cesado de ser válida; todo induce, dice, a creer que en esta época de monopolio, trustificación y capital financiero, las crisis, inherentes al sistema, se manifestarán con mayor violencia. Dentro de esto, merece especial atención lo dicho por él hace tanto tiempo: Los grandes Estados capitalistas han entrado, fatal e inevitablemente, en la fase del imperialismo. La lucha por los mercados y las materias primas no les permite fraternizar cristianamente. De modo inexorable, los empuja a la expansión. Además de los imperios en acción existen los imperios en potencia. Al lado de los imperialismos viejos, se oponen a la paz del mundo los imperialismos jóvenes. Éstos tienen un lenguaje más agresivo y ardoroso que los primeros. La limitación de armamentos navales, discutida en Ginebra puede parecerle a más de un pacifista de viejo tipo un paso hacia el desarme. Pero la experiencia histórica nos prueba en una forma demasiado inolvidable que después de varios pasos como éste, el mundo estará más cerca que nunca de la guerra.

—Como si estuviera analizando acontecimientos de actualidad, una lucidez extraordinaria. Y, aparte de tu buena memoria, he ahí una verificación de que el pasado nos interesa en la medida en que puede servirnos para explicarnos el presente y así poder prever lo mejor posible el futuro; además, los hombres que no recuerdan de dónde vienen no saben adónde van —dijo Leoncio con lentos movimientos afirmativos de cabeza y manos.

—Eso. Evidentemente esas tesis sobre el imperialismo siguen siendo vigentes. Dentro de este panorama es que Mariátegui analiza la condición semifeudal y semicolonial de los países latinoamericanos y en especial del nuestro; demuestra que la industrialización en los países atrasados está atada al imperialismo y es desarrollada en función de los intereses imperialistas, en nuestro caso, del imperialismo yanqui. Es él quien plantea que el imperialismo no *consiente* a los países atrasados desarrollar una economía nacional ni una industrialización independiente; que sobre la base semifeudal de esos países se instaure un capitalismo de monopolios que está ligado a los terratenientes feudales y que genera, según sus propias palabras, una *burguesía mercantil*, una burguesía controlada por el imperialismo, del cual es intermediaria, y que succiona las riquezas nacionales y explota al pueblo. A remarcar es su planteamiento acerca de la condición económica de las Repúblicas latinoamericanas, señala que esa condición es, sin duda, semicolonial; y, he aquí lo específico y genial, explica que *a medida* que crezca su capitalismo y, en consecuencia, la penetración imperialista, *tiene que acentuarse* este carácter de su economía. ¿Y cuál es el carácter de su economía?

—Semifeudal y semicolonial.

—Gracias, por recalcar lo evidente, hermano —dijo Sebastián iluminando su rostro con una sonrisa de oreja a oreja—. Entonces, ¿se cumple o no esa tesis?

—No te voy a contesta lo evidente —replicó Leoncio dándole un empujón en el hombro a Sebastián.

—El que tenga ojos para ver, vea —dijo Sebastián y le devolvió el empujón a Leoncio.

—Y ahora tenemos El Evangelio según Sebastián —dijo Leoncio tras una risotada y continuó soltando su inventiva en una catarata de frases—. El Renegado, en la charada de sus últimos días, se ha impuesto representar en simultáneo el bíblico papel de Jesús y de Judas; estoico y con simbiótico ardor recorre su propio sendero hacia el Gólgota como manso cordero al matadero. No le flaquean las piernas bajo el peso de su traición. En algún lugar, entre los recuerdos de otras mujeres, Miriam, postrada y servil, derrama sus últimas lágrimas de pasión. Gimotea. El felón, en la cúspide de su aberración, y ya con el tiempo a cuestas, recorre con opacada mirada el panorama de lo hasta ahí acontecido y vivido; y al llegar al llano, mira a sus discípulos de los últimos días tratando de reconciliarse con el clavo ardiente de su quijotesca perfidia, les sonríe con anuencia y dulzura; luego, como último recurso de lo vivido, eleva su mirada hacia el cielo y, en vez de piedad, sólo ve oscuros nubarrones de desprecio. Desde la gloriosa, remozada y reverdecida colina de enfrente surge un rumor que, de entre tremolantes banderas rojas, le llega con claridad y le causa un último estremecimiento: Hombres, no le perdonen, porque él sí sabe lo que nos hizo. Empezó a llover. Cae el felón. El que tenga ojos para ver, vea. El que tiene oídos para oír, oiga.

—Ese fue El Evangelio según Leoncio, pendejo —dijo Sebastián batiendo palmas mientras reía con alegría por la ocurrencia—. Pero dejemos a Judas Iscariote retozar en paz y sigamos con lo nuestro. Bueno, la vaina es que esta acertada tesis sobre el imperialismo se comprueba cada día y a cada paso. Y una cosa que resulta más que extraordinaria, la tesis de Mariátegui se delinea casi al mismo tiempo que la tesis planteada por el Presidente Mao al respecto.

—¿Me permites una interrupción, compadre? —preguntó Leoncio posando su mano sobre el hombro de Sebastián que caminaba ligeramente adelantado.

—¿Qué pasa, hermano? —preguntó Sebastián volviendo el rostro hacia Leoncio.

—Sólo una aclaración a tener en cuenta. Mariátegui nunca usa el término capitalismo burocrático...

—Eso ya lo sé, carajo —replicó Sebastián levantando las manos

hacia el cielo—. Se trata del contenido, de la particularidad, definición y especificación del tipo de capitalismo que se desarrolla sobre este suelo como una realidad concreta y no como la *imposición* de un determinado capitalismo o imperialismo; esta fuerza externa *influye, impulsa y acelera* en su beneficio un proceso que sigue el desarrollo de sus propias contradicciones internas.

—Espera pues, compadre. En eso estamos de acuerdo. Lo que me gustaría señalar, y ya sé que también lo sabes, es que ni siquiera el propio Mao usó desde un inicio el término capitalismo burocrático; al igual que Mariátegui, como tú mismo das a entender, arranca del estudio concreto de la realidad concreta y llega a desentrañar, al igual que Mariátegui, el desarrollo de las múltiples contradicciones internas y externas en el discurrir del proceso económico y social; en el desenvolvimiento de las contradicciones fundamentales existentes entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas, entre la superestructura y la base económica.

—Eso.

—Bien. Si se rastrea con cuidado y atención, se podrá ver que en las obras completas de Mao el término *capitalismo burocrático* aparece por primera vez en una nota del editor al artículo *Conversación con la corresponsal norteamericana Anna Louise Strong*, del año 1946, en la que se hace referencia a un discurso pronunciado varios años más adelante, en 1958. En la nota del editor hay una referencia que dice que en una reunión del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de China, en diciembre de 1958, Mao dijo que para destruir la dominación del imperialismo, del feudalismo y del *capitalismo burocrático* en China, el pueblo chino necesitó más de 100 años y perdió decenas de millones de vidas antes de lograr la victoria en 1949. El término *clase capitalista burocrática* aparece también por primera vez en una nota a un artículo de 1946; el artículo se llama *Un balance de 3 meses* y en dicha nota se explica que la burguesía nacional es el sector de la burguesía que tiene poca o ninguna conexión con el imperialismo, y se diferencia de la gran burguesía o de la *clase capitalista burocrática* porque esta última depende estrechamente del imperialismo y que es de carácter *comprador*. Esto en cuanto a las notas que figuran en los pies de páginas. Dentro de un texto escrito por el mismo Mao, el enunciado *la clase capitalista burocrática*, entre paréntesis *la gran burguesía*, aparece por primera vez en *La situación actual y nuestras tareas* de 1947; luego lo reitera en *Problemas de la actual política del Partido* de 1948; en *Informe ante la II Sesión Plenaria del Comité Central* de 1949; y en *Sobre la dictadura democrática popular* del mismo año. El término *burguesía burocrática* recién aparece por primera vez en el tomo V de sus obras completas

en el artículo *La contradicción entre la clase obrera y la burguesía* del año 1952; lo reitera en *Unidad del Partido y sus tradiciones* de 1956 y en *Tratamiento correcto de las contradicciones* de 1957. La locución *capital burocrático* aparece en una nota al artículo *Reformemos nuestro estudio* en 1941 y en varios textos a partir de 1945, como por ejemplo en *Sobre el gobierno de coalición*. El término *capital burocrático-comprador* aparece en *Saludemos el nuevo ascenso de la revolución China* en 1947 y en *El gobierno de Chiang Kai-shek* del mismo año. Mientras que el término *capitalismo burocrático* aparece masivamente recién a partir de 1948, como por ejemplo, en *Corregir los errores de izquierda en la propaganda de la reforma agraria*. Bien. En José Carlos Mariátegui, tanto la *definición* como la especificación de la *burguesía mercantil* aparecen a fines de la década del 20. Lo dicho, en sus escritos ya se encuentra aquello de que sobre suelo feudal crece una economía burguesa. Y lo explica magistralmente al decir que la clase terrateniente no ha logrado transformarse en una burguesía capitalista, patrona de la economía nacional. La minería, el comercio, los transportes, se encuentran en manos del capital extranjero. Los latifundistas se han contentado con servir de *intermediarios* a éste en la producción de algodón y azúcar. Este sistema económico, ha mantenido en la agricultura, dice, una organización semifeudal que constituye el más pesado lastre del desarrollo del país. La supervivencia de la feudalidad en la Costa, se traduce en la languidez y pobreza de su vida urbana. El número de burgos y ciudades de la Costa, es insignificante. Y la aldea propiamente dicha, no existe casi sino en los pocos retazos de tierra donde la campiña enciende todavía la alegría de sus parcelas en medio del agro feudalizado. Nuestros latifundistas, nuestros terratenientes, cualesquiera que sean las ilusiones que se hagan de su independencia, no actúan en realidad sino como *intermediarios o agentes* del capitalismo extranjero; y en algún otro lugar, explicando sobre la política de empréstitos y los contratos de obras públicas, escribe que el eje de nuestro capitalismo comienza a ser, en virtud de este proceso, la *burguesía mercantil*. La aristocracia latifundista sufre un visible desplazamiento...

—Sí, pero...

—Momentito, pues. No importa quién lo dice primero ni quién después; la paternidad, los supuestos derechos de autor y otras huevadas me interesan un carajo y me tienen sin cuidado. Hay que tener en cuenta que Mao ya utiliza el término *burguesía compradora*, la raíz y esencia de todo lo que viene después, en 1920 y la define, junto con la clase terrateniente, como verdaderos *apéndices* de la burguesía internacional, dice que su existencia y desarrollo dependen del imperialismo e impiden el desarrollo de las fuerzas productivas del

país. Punto. Además hay que tener en cuenta que estoy haciendo referencia a aquello que está escrito, lo cual no necesariamente quiere decir que uno de ellos o ambos ya antes no hayan pensado o hablado sobre el tema; no, nada de eso. A cada quién lo suyo. Lo relevante es señalar que ambos, al usar el método marxista y analizar la realidad concreta, llegan a conclusiones similares.

—Bueno, así las cosas, entonces también estamos de acuerdo en esto. Y si me permites continuar, gracias, diré que la tesis de Mariátegui se asemeja a la planteada por el Presidente Mao al respecto y que la tesis sobre el capitalismo burocrático, en nuestro caso, hay que considerarla teniendo siempre presente las condiciones específicas de América Latina.

—Eso.

—Mariátegui plantea, además, un par de cuestiones relevantes a tomar en cuenta. Cuando analiza *El problema de las razas en la América Latina*, dice que el realismo de una política revolucionaria, segura y precisa, en la apreciación y utilización de los hechos sobre los cuales toca actuar en estos países, en que la población indígena o negra tiene proporciones y rol importantes, puede y debe convertir el factor raza en un factor revolucionario. Es imprescindible dar al movimiento del proletariado indígena o negro, agrícola e industrial, *un carácter neto de lucha de clases*. El Estado actual en estos países reposa en la alianza de la clase feudal terrateniente y la *burguesía mercantil*. Abatida la feudalidad latifundista, el capitalismo urbano carecerá de fuerzas para resistir a la creciente obrera. Lo representa una burguesía mediocre, débil, formada en el privilegio, sin espíritu combativo y organizado que pierde cada día más su ascendiente sobre la fluctuante capa intelectual. Mariátegui añade que la doctrina socialista, a través de propagandistas indios, por la naturaleza de sus reivindicaciones, arraigará prontamente en las masas indígenas. Lo que hasta ahora ha faltado es la preparación sistemática de estos propagandistas. El indio alfabeto, al que la ciudad corrompe, se convierte regularmente en un auxiliar de los explotadores de su raza. Pero en la ciudad, en el ambiente obrero revolucionario, el indio empieza ya a asimilar la idea revolucionaria, a apropiarse de ella, a entender su valor como instrumento de emancipación de esta raza, oprimida por la misma clase que explota en la fábrica al obrero, en el que descubre un hermano de clase. José Carlos especifica que la labor, en todos sus aspectos, será difícil; pero su progreso dependerá fundamentalmente de la capacidad de los elementos que la realicen y de su apreciación precisa y concreta de las condiciones objetivas de la cuestión indígena. El problema no es racial, sino social y económico; pero la raza tiene su rol en él y en los medios de afrontarlo. Por ejemplo, en cuanto sólo

militantes salidos del medio indígena pueden, por la mentalidad y el idioma, conseguir un ascendiente eficaz e inmediato sobre sus compañeros; una conciencia revolucionaria indígena tardará quizás en formarse; pero una vez que el indio haya hecho suya la idea socialista, la servirá con una disciplina, una tenacidad y una fuerza, en la que pocos proletarios de otros medios podrán aventajarlo. Y remata diciendo que sólo el conocimiento de la realidad concreta, adquirido a través de la labor y de la elaboración de todos los Partidos Comunistas, puede darnos una base sólida para sentar condiciones sobre lo existente, permitiendo trazar las directivas de acuerdo con lo real. Nuestra investigación de carácter histórico es útil, pero más que todo debemos, controlar el estado actual y sentimental, sondear la orientación de su pensamiento colectivo, evaluar sus fuerzas de expansión y de resistencia; todo esto, lo sabemos, está condicionado por los antecedentes históricos, por un lado, pero, principalmente, por sus condiciones económicas actuales. Éstas son las que debemos conocer en todos sus detalles. La vida del indio, las condiciones de su explotación, las posibilidades de lucha por su parte, los medios más prácticos para la penetración entre ellos de la vanguardia del proletariado, la forma más apta en que ellos puedan constituir su organización; he aquí los puntos fundamentales, cuyo conocimiento debemos perseguir para llenar acertadamente el cometido histórico que cada Partido debe desenvolver.

—Y eso es lo que se ha hecho durante varias décadas.

—Eso. Por ello es que es importante comprender que Mariátegui, al establecer el carácter de la sociedad, lógicamente, o mejor dicho, dialécticamente, también establece el camino a seguir, el carácter de la revolución peruana y sus 2 etapas.

—Sí. Mariátegui, al exponer sus tesis sobre la economía en los países atrasados, señala que los planes imperialistas posteriores a la Primera Guerra Mundial se centran en descargar sus problemas sobre esos países y para ello *impulsa* el desarrollo de sus economías atrasadas en función de las necesidades económicas y políticas de las potencias imperialistas. Algo similar se puede apreciar en la actualidad. Pero hay que tener en cuenta que esos planes se estrellaron, se estrellan y se estrellarán contra el movimiento nacional, pues, como el mismo Mariátegui dijera, con esos planes se trata de reorganizar y ensanchar la explotación económica de los países coloniales, de los países incompletamente evolucionados, de los países primitivos de África, Asia, América, Oceanía y de la misma Europa; se trata, dice, de que aquella parte *menos civilizada* de la humanidad trabaje para la parte *más civilizada*. Pero su plan de reorganizar científicamente la explotación de los países coloniales, de transformarlos en sus solícitos

proveedores de materias primas y en sus solícitos consumidores de artículos manufacturados, tropieza con una *dificultad histórica*. Esos países coloniales se agitan por conquistar su *independencia nacional*. Palabras que los años y la actualidad confirman, hoy más que nunca.

—Cierto. Bueno. Mariátegui deslinda campos entre el viejo reformismo socialdemócrata y el comunismo, y en relación a los del primer campo dice que quieren realizar el socialismo colaborando políticamente con la burguesía; mientras que los del segundo campo, los marxistas, quieren realizar el socialismo confiscando íntegramente el poder político para el proletariado. Una línea divisoria que muchos pretenden saltarse a la garrocha.

—Es una línea divisora que delimita lo irreconciliable; no se puede juntar el fuego con el agua o el barro con el hierro. Una línea que separa 2 campos que se repelen.

—Eso. Mariátegui enseña que las causas de la crisis de la democracia burguesa, cuyos síntomas se percibían desde antes de la Primera Guerra Mundial, se pueden observar en lo que él llama el acrecentamiento y concentración paralelos del capitalismo y del proletariado; es decir, en el desarrollo del monopolio, característica del imperialismo, y en el cuestionamiento del orden burgués por el proletariado. Destaca que, bajo el régimen burgués y al impulso de la máquina, la industria se desarrolla extraordinariamente desbrozando el camino para el surgimiento de grandes empresas industriales; y dado que las formas políticas y sociales son determinadas por la base económica que la sustenta, José Carlos concluye que la expansión de estas nuevas fuerzas productivas no permite la subsistencia de los antiguos moldes políticos. Este hecho ha transformado la estructura de las naciones y exige la transformación de la estructura del régimen. La democracia burguesa ha cesado de corresponder a la organización de las fuerzas económicas formidablemente transformadas y acrecentadas. Por esto, dice, la democracia está en crisis; que la institución típica de la democracia es el Parlamento, así que la crisis de la democracia es la crisis del Parlamento.

—Esta tesis compagina plenamente con la concepción científica de Lenin que establece el carácter reaccionario del imperialismo, y ambos combaten resueltamente el *cretinismo parlamentario* —añadió Leoncio.

—Eso, combaten y desenmascaran el cretinismo parlamentario que no es otra cosa sino la fe que profesan los oportunistas al *creer* que el sistema parlamentario de gobierno es omnipotente y la parlamentaria la única y principal forma de lucha política en todas las circunstancias. Así, Mariátegui definió de un modo magistral que la revolución es la gestación dolorosa, el parto sangriento del presente;

que el Poder se conquista a través de la violencia; y que el Poder sólo se conserva a través de la dictadura. Punto. Los intelectualoides de la pequeña burguesía, esa parte de la intelectualidad reducida al estado de escoria en la lucha de clases, que pretenden hacerse pasar por *marxistas* pero que en el fondo no son más que adoradores del mito de la democracia burguesa y luchan por su *mejoramiento y perfeccionamiento*, pueden echarse a llorar ante todo el mundo diciendo que les estamos propinado una crítica despiadada. Toda la ralea de revisionistas y oportunistas cabalgadora sobre las masas, cualesquiera sean sus representantes individuales o colectivos, no es más que miasma que hay que barrer.

—Por la vía del cretinismo parlamentario sólo podrán mejorar y perfeccionar el filo de la navaja que degüelle a la masa, a la clase, al pueblo. La crítica es certera, que no jodan, carajo. Incluso hay bellacos que pretenden hacer extensiva esa *democracia* al interior del Partido; que, petulantemente y mientras se rascan las pelotas, le exigen un balance y una autocrítica por su accionar durante los años de guerra popular y, con el más descarado de los desparpajos del oportunista ecléctico, exigen que *realmente* se practique una *democracia interna* con una *dirección colectiva* que sea *permanentemente evaluada y controlada* de abajo hacia arriba en la práctica diaria. Sócrates tardío o Soquete tarado, un pirómano filosofastro —exclamó Leoncio soltando un escupitajo de menosprecio.

—Esa basura es una injuria y una ofensa que hay que desensmascarar con toda energía; hay necesidad de volver a explicar sobre la dirección, su condición de clave y la importancia de jefes y una Jefatura; es un tema ampliamente esclarecido por el marxismo. Pero eso para más adelante. Bueno. Mariátegui especifica el papel de la clase obrera, aclara que el proletariado no ingresa en la historia políticamente sino como clase social; en el instante en que descubre su misión de edificar, con los elementos allegados por el esfuerzo humano, moral o amoral, justo o injusto, un orden social superior. Y ya que de pasada tocamos el tema, Mariátegui, por ejemplo, acerca del papel de Lenin, señala que en Rusia existía, además de una profunda agitación del pueblo, un Partido revolucionario *conducido* por un genial hombre de acción, de miras claras y netas. Así las cosas, al grano. A partir de la condición semifeudal y semicolonial del país, Mariátegui analizó las fuerzas de la revolución fundamentando que hay dos *clases básicas* que son el proletariado y el campesinado; que el campesinado es la *fuerza principal* por ser mayoría y soportar el peso semifeudal y que la clase obrera, el proletariado, es la *clase dirigente*. Resalta que los campesinos sólo podían cumplir su papel con la aparición del proletariado; que la doctrina socialista es

la única que puede dar un sentido moderno, constructivo a la causa indígena, que, situada en su verdadero terreno social y económico y elevada al plano de una política creadora y realista, cuenta para la realización de esta empresa con la voluntad y la disciplina del proletariado. Señala, también, que al campesinado y al proletariado se une la pequeña burguesía, clase que si bien ha jugado siempre un papel subsidiario y desorientado en el Perú, puesta bajo la presión del capitalismo extranjero, parece destinada a asumir, a medida que prosperen su organización y orientación, una actitud *nacionalista revolucionaria*. Mariátegui señala que éstas son las *fuerzas motrices* a las que se junta, en ciertas circunstancias y condiciones, la burguesía nacional, a la que él llama *izquierda burguesa*. Así, hay 4 clases que, al unirse, apuntan contra los blancos de la revolución, y estos blancos son el imperialismo, el capitalismo burocrático y la semifeudalidad. El Amauta, en el programa del Partido Comunista, define las etapas de la revolución peruana y precisa su carácter, dice que la emancipación de la economía del país es posible únicamente por la acción de las masas proletarias, *solidarias* con la lucha antiimperialista mundial. Sólo la acción proletaria puede estimular primero y realizar después, las tareas de la revolución democrático-burguesa que el régimen burgués es incompetente para desarrollar y cumplir; y añade que cumplida su etapa democrático-burguesa, la revolución deviene, en sus objetivos y su doctrina, revolución proletaria. El partido del proletariado, capacitado por la lucha para el ejercicio del Poder y desarrollo de su propio programa, realiza en esta etapa las tareas de la organización y defensa del orden socialista. Así condensa, espléndidamente, el problema de la revolución peruana y sus 2 etapas; la primera, la revolución democrático-nacional, o revolución democrático-burguesa de nuevo tipo, según el lenguaje del Presidente Mao, y, la segunda etapa, la revolución proletaria; son 2 etapas ininterrumpidas de un mismo proceso revolucionario, pero que en modo alguno pueden confundirse en su carácter y contenido. Ésta es una verdad fundamental de la comprensión marxista de las leyes de nuestra revolución; el meollo del problema es que la clase obrera y sólo ella, a través de su Partido, es capaz de conducir la revolución democrático-nacional y más aún, que sólo con su preparación y organización en la misma es capaz de desarrollar la segunda etapa, la proletaria; en consecuencia, si la revolución democrático-nacional no es dirigida por la clase obrera en modo alguno podrá cumplirse ni mucho menos construirse el socialismo, proceso revolucionario que implica, o requiere, la destrucción del viejo orden existente. Esta es una cuestión sustantiva pues la contrarrevolución y el revisionismo niegan ésta gran verdad; es una cuestión clave que diferencia nítida-

mente a revolucionarios de contrarrevolucionarios.

—Sebastián —dijo Leoncio—, una cosa a señalar, y disculpa la interrupción, es que lo que a mediados de la década del 70 se conocía como revolución democrático-burguesa, a fines de los 70 ya se había especificado como *revolución de nueva democracia*.

—Sí, lo sé y fue a consecuencia de que las masas y el Partido marchaban hacia el inicio de la lucha armada para destruir el viejo orden y construir un Estado de nueva democracia; las condiciones habían madurado y el pueblo pasa a definirse por el uso de la fuerza de las armas para la construcción de un nuevo Estado. Fue el desarrollo del pensamiento de Mariátegui y su engarzamiento con lo que en aquel tiempo se llamaba el pensamiento maotsetung. Gracias, pero recuerda que estoy tratando el problema dentro del derrotero en que se retoma el pensamiento de Mariátegui.

—Bien, disculpa, hermano.

—Bueno. Ahí tenemos 2 cuestiones indesligables, una es la lucha antifeudal y otra, la lucha antiimperialista. La primera es la cuestión de la feudalidad con sus 2 elementos, el latifundio y la servidumbre. Mariátegui fue quien dijo que el problema agrario del Perú es el de la destrucción de la feudalidad cuyas relaciones tiñen toda nuestra sociedad de arriba abajo, de la base a la superestructura. Por lo que ya hemos visto, en el repaso de nuestra historia, es que el motor de las luchas campesinas ha sido y es el problema de la tierra y que las leyes agrarias no han resuelto ese problema. Mariátegui, pasando revista al régimen de trabajo agrario, destacó la existencia de relaciones feudales de explotación tras aparentes modalidades capitalistas. Este asunto no pertenece al pasado, es vívido presente que aún debemos investigar con más ahínco para encontrar la encubierta esencia semifeudal que subyace tras la aparente y propagandizada destrucción de la feudalidad tan cacareada por intelectuales pequeñoburgueses y otros leguleyos al servicio de la reacción y las clases dominantes. De ahí que Mariátegui sentó que la bandera de las luchas campesinas es la tierra para los que la trabajan, expropiada sin indemnización y que su movilización exige el armamento de obreros y campesinos para conquistar y defender sus reivindicaciones. Ya hemos visto parte de este tema cuando Mariátegui analiza la insurrección de Atusparia y Ushcu Pedro y plantea que su derrota se debió a la falta de doctrina, de programa y de fusiles; es decir a la falta de Partido, Frente Único y Ejército. Entonces, la bandera de lucha, la consigna, *tierra para quien la trabaja*, implica, necesariamente, que hay que destruir la feudalidad confiscando las tierras y esto sólo pueden conseguirlo los obreros y campesinos armados, pues no hay otra forma de quebrantar la feudalidad, de destruir el latifundio y abolir la servidumbre. No olvi-

demos que las leyes peruanas vienen *normando* relaciones agrarias y *aboliendo* la servidumbre desde hace unos 190 años pero su único objetivo es mantener la feudalidad subyacente. En consecuencia, la lucha antifeudal es el motor de la lucha de clases en el campo y es la base sobre la que se levanta la revolución de nueva democracia. La segunda es la cuestión de la lucha antiimperialista. Mariátegui dijo, y por favor no me interrumpas, ya sé que lo hemos visto en detalle, sólo quiero recordar las palabras de Mariátegui que tú mismo has mencionado. Repito, Mariátegui, analizando el asunto de la nacionalidad, dijo que esa *peruanidad*, profusamente insinuada, es un mito, es una ficción; que la realidad nacional está menos desconectada, es menos independiente de Europa, de lo que suponen nuestros nacionalistas; que el Perú contemporáneo se mueve dentro de la órbita de la civilización occidental; que la mistificada realidad nacional no es sino un segmento, una parcela de la vasta realidad mundial. Y se pregunta: ¿Existe hoy una ciencia, una filosofía, una democracia, un arte, existen máquinas, instituciones, leyes, genuina y característicamente peruanos? ¿El idioma que hablamos y que escribimos, el idioma siquiera, es acaso un producto de la gente peruana? Como respuesta dice que el Perú es todavía una *nacionalidad en formación* que los aluviones de la civilización occidental lo están construyendo sobre los inertes estratos indígenas; añade que la conquista española aniquiló la cultura incaica; que destruyó el Perú autóctono; que frustró la única peruanidad que ha existido; que los españoles extirparon *del suelo y de la raza* todos los elementos vivos de la cultura indígena; que reemplazaron la religión incásica con la religión católica romana; que de la cultura incásica no dejaron sino vestigios muertos; que los descendientes de los conquistadores y colonizadores constituyeron el cimiento del Perú actual, etcétera, etcétera, ya sabemos lo que sigue. Dentro de ese contexto estampa una frase muy hermosa, dice que la historia no le da razón a la gente negativa y escéptica, sino a la gente afirmativa, romántica, heroica, que pensó que son aptos para la libertad todos los pueblos que saben adquirirla. Me encanta, es dialéctica, la libertad es para todos los pueblos que *saben* adquirirla. Bueno, también dice que la independencia aceleró la asimilación de la cultura europea; que el desarrollo del país ha dependido directamente de este proceso de *asimilación*; que el industrialismo, el maquinismo y todos los resortes materiales del progreso nos han llegado de afuera; que hemos tomado de Europa y Estados Unidos todo lo que hemos podido; que cuando se ha debilitado nuestro contacto con el extranjero, la vida nacional se ha deprimido; que el Perú ha quedado así *insertado* dentro del organismo de la civilización occidental; que una rápida excursión por la historia peruana nos entera de todos

los elementos extranjeros que se *mezclan* y *combinan* en nuestra *formación nacional*; que contrastándolos, identificándolos, no es posible insistir en aserciones arbitrarias sobre la peruanidad; dice que no es dable hablar de ideas políticas nacionales, etcétera. Por lo que hasta ahora hemos visto, parece que Mariátegui patina pues sí hay un claro desarrollo de ideas políticas nacionales que se dan, y Mariátegui mismo lo explica claramente, en un largo proceso de inserción dentro del organismo de la civilización occidental donde los elementos extranjeros que se *mezclan* y *combinan* en *nuestra* formación nacional. Un proceso de asimilación donde lo interno se conjuga con lo externo, lo nacional con lo internacional que da paso a *lo peruano* como la expresión del conjunto de la sociedad dividida en clases tras un largo proceso en el cual invadidos e invasores se sincretizan y fusionan, algo que el mismo Mariátegui da a entender cuando dice que la fisonomía étnica, política y moral de la América Hispana se uniforma y esta unificación se construye sobre la *desarticulación* de las nacionalidades y naciones ya existentes en nuestra tierra, no sobre la *liquidación* de las mismas. Mezcla, sincretismo y simbiosis. En todo el mundo se pueden ver pequeños y grandes problemas de naciones y nacionalidades dentro de un mismo país, y dentro de las nacionalidades no sólo se trata de minorías nacionales étnicas sino de naciones que aunque se encuentran en distintos niveles de desarrollo tienen una larga historia. Tenemos diferencias con las *interpretaciones* que se hacen de lo planteado por Mariátegui e incluso con sus propios planteamientos pues, lo dicho, no somos una *nacionalidad en formación* ya que sostenemos que nuestra nacionalidad, nuestra peruanidad, nuestra *identidad* está formada y hace buen tiempo, no permanece inmóvil, fluye en un proceso constante de transformación, de incesante cambio. Así, como tú ya has planteado, el hombre nuevo, el mestizo resultante, no se agrupa en el *resultado* de dicha mezcla, en un *peruano* abstracto e idealizado, ni en razas ni en castas sino en clases sociales; y la nación que forman no se caracteriza por los rasgos fenotípicos y culturales que tienen sino que se caracteriza por ser una nación dividida en clases sociales. Y, a mi entender, hay muchos que olvidan algo dicho por Mariátegui con absoluta claridad; y es que la República, tal como existe, es un *hecho histórico*; que contra los hechos históricos poco o nada pueden las especulaciones abstractas de la inteligencia ni las concepciones puras del espíritu; que la historia del Perú no es sino una *parcela* de la historia humana; que en 4 siglos se ha formado una *realidad nueva*; que la han creado los aluviones de Occidente; que es una realidad débil pero es, de todos modos, una realidad. Sería excesivamente romántico decidirse hoy a *ignorarla*.

—Cierto, no es posible ignorar ese proceso, ese desarrollo histórico real y concreto, por eso lo estamos repasando —remarcó Leoncio—. Pero a pesar de nuestras diferencias con algunos pocos planteamientos de Mariátegui, y es bueno reconocerlo y reafirmarlo, él no se equivoca cuando arriba a la conclusión de que, por ejemplo, la insurrección de Túpac Amaru probó que los indios eran aún capaces de combatir por su libertad. Y es más, sacando experiencia de ese levantamiento, concluye que una política *realmente nacional* no puede prescindir del indio, no puede ignorar al indio. Ésa es la clave.

—A eso iba, compadre. Ya hemos visto que el mismo Mariátegui dice que el problema de los indios es el problema de 4'000,000 de peruanos; es el problema de las 3/4 partes de la población del Perú; es el problema de la mayoría; es el problema de la *nacionalidad*. Y agregó que una política *realmente nacional* no puede prescindir del indio, no puede ignorar al indio; el indio es el cimiento de nuestra nacionalidad en formación; la opresión enemista al indio con la civilidad; lo anula, prácticamente, como elemento de progreso; los que empobrecen y deprimen al indio, empobrecen y deprimen a la nación; sin el indio no hay peruanidad posible; esta verdad debería ser válida, sobre todo, para las personas de ideología meramente burguesa demoliberal y nacionalista, etcétera, etcétera. Hemos visto que Mariátegui dice que el Perú es todavía una *nacionalidad en formación* y que no dice que el Perú es todavía una *nación en formación*. Nosotros, después de un largo debate, llegamos a la conclusión de que la *nacionalidad*, que en nuestro caso está estrechamente ligada a la *peruanidad*, se expresa como una forma de ser, como un sentimiento de pertenencia y como una *identificación* con algo que une, se den cuenta o no, a los *ciudadanos* a pesar de la variedad de formas y contenidos con que se expresa esta forma de ser, sentir e identificarse; aquí, inexorablemente, se combinan y fusionan lo autóctono con lo foráneo, lo nacional con lo extranjero, lo particular con lo universal para formar la *identidad nacional* que se basa en la nación; nación y nacionalidad están estrechamente ligados, sí, pero no son uno y lo mismo. Llegamos a la conclusión de que el vocablo nacionalidad hay que entenderlo en su acepción social; es decir, como una identidad, como un sentimiento; un sentimiento que refleja el carácter nacional de un pueblo; la identificación de un grupo social con la nación, su nación. La nacionalidad, en nuestro caso la peruanidad, es el reflejo de una formación social, la nación es más que eso. La identidad nacional se basa en la nación. La nacionalidad, la peruanidad, no puede confundirse ni usarse como sinónimo de nación. Así, vista nuestra historia dentro del contexto mundial, concluimos que somos una nación históricamente ya formada; somos una nación de naciones; una

nación que habita un país semifeudal y semicolonial constituido en un Estado de dictadura burguesa que se desarrolla como un Estado multinacional en el que conviven, fusionadas o no, las diferentes naciones, nacionalidades, pueblos y etnias que conforman esta nación y que tienen una unidad histórica jalonada durante todo el proceso de su desarrollo económico, social, cultural, político e ideológico. Somos una nación dividida en clases sociales con intereses comunes, en determinados casos, y antagónicos e irreconciliables, en otros. Somos una nación dividida en una minoría de clases que detenta el Poder y acapara las riquezas y una mayoría de clases desposeída que acumula miseria y pobreza; una mayoría que, bajo la dirección de la clase más avanzada, el proletariado, habrá de construir y desarrollar, cada vez más, los instrumentos necesarios para lograr la plasmación de su unidad de destino y la defensa de los intereses comunes de la nación basada en la alianza obrero-campesina y en los principios de soberanía, independencia y autodeterminación.

—Eso.

—Así, condensando, el problema del indio es el de las mayorías de las cuales prescinde la política del Estado peruano; es el problema de actuar al margen de la mayoría de la población poniendo los ojos en la metrópoli imperialista que por turno nos domina; y no me refiero sólo al campesinado sino a las mayorías, al pueblo. Profundizando el problema, Mariátegui sentó que el problema del indio es el problema de la tierra; en consecuencia, el problema nacional se basa en el problema de la tierra no pudiendo en modo alguno separarse uno de otro; éste es un planteamiento estrictamente acorde con las tesis del marxismo y está probado por la práctica de la lucha de clases de nuestras propias masas que, incontrovertiblemente, expresa el carácter de nuestra revolución. Sobre esta base, el fundador del Partido Comunista analizó las clases y la lucha antiimperialista en nuestro país y en América Latina en general; partió de que las burguesías latinoamericanas, solidarias y ligadas con los intereses imperialistas, se sienten lo suficiente dueñas del poder político como para no preocuparse de la *soberanía nacional*; dice, mientras la política imperialista logre administrar o manejar los sentimientos y formalidades de la soberanía nacional de estos Estados, mientras no se vea obligada a recurrir a la intervención armada y a la ocupación militar, contará absolutamente con la colaboración de las burguesías; aunque enfeudados a la economía imperialista, estos países, o más bien sus burguesías, se considerarán tan dueños de sus destinos. Así quedó desenmarañada la relación de la *burguesía mercantil* peruana y su posición frente al imperialismo. En relación a nuestra realidad concreta, al tratar el problema del frente único y al definir la posición de lo

que hoy llamamos burguesía nacional, Mariátegui planteó la posibilidad de unirse con la *izquierda burguesa liberal* en el caso de que ésta esté dispuesta, de verdad, a la lucha contra las formas feudales de explotación, a las que él llama las taras y los rezagos de feudalidad, y contra la penetración imperialista; y precisó que, como ya hemos visto, la pequeña burguesía, en la medida que aumente el dominio extranjero, desarrollará una actitud *nacionalista revolucionaria*. Por otro lado, Mariátegui, teniendo en cuenta que sólo el proletariado, unido al campesinado, puede conducir un antiimperialismo consecuente, señaló que el antiimperialismo no constituye ya, ni puede constituir por sí solo, un programa político, un movimiento de masas apto para la conquista del Poder, y concluyó que somos antiimperialistas porque somos socialistas, porque somos revolucionarios, porque oponemos al capitalismo el socialismo como sistema antagónico, llamado a sucederlo, porque en la lucha contra los imperialismos extranjeros *cumplimos nuestros deberes de solidaridad* con las masas revolucionarias del mundo. Así, la lucha antifeudal y la antiimperialista se hermanan como 2 cuestiones indisolubles y como partes integrantes de la revolución de nueva democracia que sólo la clase obrera es capaz de conducir, a condición de establecer la alianza obrero-campesina como punto de partida del frente único de la revolución.

—De acuerdo, va a ser una buena exposición, así es cómo el Partido planteó las cosas ya a mediados de la década del 60 y lo desarrolló aún más en la del 70 —dijo Leoncio frotándose las manos algo entumecidas por el frío—. Sólo una pequeña aclaración, desde mi punto de vista, no *parece* que Mariátegui patina; por las limitaciones o razones que fueren, Mariátegui patina en algunas cuestiones pero eso no desmerece la importancia de sus planteamientos, no disminuye la lucidez de su razonamiento ni opaca la brillantez de su pensamiento. El pensamiento de Mariátegui, en determinado momento de nuestra historia, fue un faro, una lumbre, que guió al Partido en la ardua tarea de desbrozar el camino que puso al Partido en el centro de la lucha de clases, en el centro de la contienda política. Pero ese pensamiento, una vez retomado, ha sido desarrollado. Hoy tenemos una cumbre más alta.

—Eso, cierto —convino Sebastián—. Hay que señalarlo con mucho énfasis ya que hay una manada de clarividentes que invitan a *regresar* al pensamiento de Mariátegui, lo mismo que al *marxismo* de Marx, sin tener en cuenta el desarrollo que ya se ha hecho de ambos, para siniestramente medrar y tratar de vender gato por liebre, oscurantismo por luz, eclecticismo por dialéctica, idealismo por materialismo. *Teóricamente*, no niegan ni que el Estado sea el órgano de dominación de clase, ni que las contradicciones de clase

sean irreconciliables. Pero pasan por alto o esconden que si el Estado es un producto del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase, si es una fuerza que está por encima de la sociedad y que se divorcia cada vez más de la sociedad, es evidente que la liberación de la clase oprimida es imposible, no sólo sin una revolución violenta, sino también sin la destrucción del aparato del Poder estatal que ha sido creado por la clase dominante y en el que toma cuerpo aquel *divorcio*. Y precisamente ésta es la conclusión a que llega Marx, con la precisión más completa, a base del análisis histórico concreto de las tareas de la revolución. Y esta conclusión es precisamente la que esta pandilla oportunista olvida y falsea. Así que a qué viene la payasada de regresar al *marxismo* de Marx si es precisamente él quien llega a esa brillante conclusión. Trafican con poses y fanfarronadas supuestamente izquierdistas para inculcar en las masas el pacifismo sanchopancesco del redomado supuesto ciudadano mundial, para negar la violencia revolucionaria y la dictadura del proletariado tras el cascabel de la *democracia verdadera*, esa democracia que, según algún pirómano filosofastro, como *forma de Gobierno*, debería descansar en el binomio justicia-libertad en representación de los viejos principios de justicia, libertad y confraternidad que *resurgen* con el papel revolucionario de la burguesía en su lucha contra la feudalidad; y con fanfarria ciudadana afirman que la realización de la democracia es tarea de un nuevo sistema, de una nueva sociedad, de la *sociedad* de la ciudadanía mundial. La tesis del ciudadano mundial, aparte de ser reaccionaria, conduce al pantano del idealismo subjetivo y al solipsismo del sólo existo yo. Dicen que esa nueva sociedad significará el fin de todo Gobierno como *forma accidental* de cómo se exterioriza el Estado; dicen que en una sociedad sin clases, ya no hay necesidad del Estado, consecuentemente tampoco del Gobierno y menos de la democracia como una forma de éste. Un sancocado de papas preparado por papanatas que, salvo un encandilado deseo egocéntrico, no exponen cómo se habrá de alcanzar ese objetivo, esa supuesta sociedad del futuro que tiene como base la auto-gestión, la auto-determinación, el auto-control, el consenso. Claro, así como no se puede esperar peras del olmo tampoco se puede esperar nada de quienes comulgan con la idea de Michel Foucault quien dice que el ejercicio del Poder consiste en guiar la posibilidad de *conducta* y poner en orden sus efectos posibles. Básicamente *el Poder es más una cuestión de Gobierno que una confrontación entre 2 adversarios o la unión de uno a otro*. La palabra *Gobierno* debería considerarse en su más amplio significado, el que tuvo en el Siglo XVI, que no hacía referencia sólo a las estructuras políticas o a la dirección de los Estados, sino que designaba *la forma en que la conducta de los*

individuos o de los grupos debería ser dirigida: el gobierno de los niños, de las almas, de las comunidades, familias, de la enfermedad. Este señor también sostiene que gobernar no sólo cubre las formas legítimamente constituidas de sujeción política o económica, sino también modalidades de acción más o menos consideradas y calculadas, orientadas a actuar sobre las posibilidades de acción de los otros. Gobernar, dice, en este sentido, es *estructurar el posible campo de acción de los otros*. El efecto de relacionamiento propio del Poder no se encontraría en todo caso en el campo de la violencia o de la lucha, tampoco en el campo de la unión voluntaria, todos los cuales son, en el mejor de los casos, *instrumentos del Poder*, sino en el área de modos de acción singulares que son los Gobiernos; modos de acción que no son necesariamente ni jurídicos ni de guerra. De ahí que algunos coligen que el Gobierno es la forma cómo se *exterioriza* el Poder; que es el *estilo* cómo se organiza el Poder en general y el Estado en particular; que es el *modo* cómo comparten, cómo ejercen el Poder los distintos sectores o clases sociales, *particularmente* las dominantes; grupos que por naturaleza están en constante pugna y unidad entre sí. Y ufanos dicen que las grandes mayorías tienen derecho a preguntarse: ¿En función de qué se hace la revolución? Y se responden: En función de la *felicidad* humana ya que ésta, como acción generalizada, descansa, de igual modo, en la *justicia* y la *libertad*. Esto pasa incondicionalmente por saciar plenamente el vientre. Dar rienda suelta a la fantasía. Y traficando con la hermosa frase de Mariátegui que dice que son aptos para la libertad todos los pueblos que saben adquirirla, estos obtusos afirman que la felicidad humana deben disfrutarla los que la merecen, los que luchan sin pausa por su realización. No en vano dicen luchar por un *mañana* donde los seres humanos puedan sentirse ciudadanos del mundo como parte de la felicidad humana en el largo tránsito del reino de la necesidad al reino de la libertad. Bonita e ilusoria forma de entender la historia de las sociedades y la historia de la lucha de clases sin pasado ni presente, sin el aquí y el ahora; la felicidad ciudadana en un supuesto y amorfo futuro sin lucha ni contradicciones; un enunciado que, para repetir su propia monserga doctoral, no pasa de ser *sólo ideología*, nada más que deseo sin sustento en la realidad político-social; a fin de cuentas, una forma soterrada y manipuladora para perpetuar el Poder de la burguesía. Esta bazofia acerca de la felicidad ideal apunta a embrutecer al pueblo con ayuda de un idealismo alambicado.

—Tu razonamiento es válido, correcto y aleccionador —dijo Leoncio dando saltitos para acomodarse la carga sobre la espalda—. De pasada no sería malo señalar que el antagonismo y la contradicción no son en absoluto una y la misma cosa; que, por ejemplo, bajo el

socialismo, desaparecerá el antagonismo pero subsistirá la contradicción y esto significa que el antagonismo es una forma, pero no la única, de la lucha de los contrarios; y esta fórmula no puede aplicarse de manera mecánica y en todas partes. La supuesta sociedad del futuro sobre la que peroran estos individuos y que tendría como base la auto-gestión, la auto-determinación, el auto-control y el *consenso* no anulan la contradicción. Es más que sabido que en la desgracia habita la felicidad y en la felicidad se oculta la desgracia; a esa conclusión se llega con el simple examen de la cuestión en todos sus aspectos, hay que ver no sólo el anverso de las cosas sino también su reverso. Por lo demás, es cierto que sólo con el socialismo, y más aún con el comunismo, se conocerá la verdadera felicidad; indiscutible, sí, pero la vaina es cómo se llega a ellos, al socialismo y al comunismo, y no hay otro camino más que con el uso de la violencia revolucionaria; tomando el Poder político por la fuerza de las armas; tomando el Poder estatal y reteniéndolo; todo esto y mucho más implica aniquilar toda contrarrevolución; hay que destruir la *máquina* estatal burguesa; liquidar no sólo *los poderes* del viejo Estado sino hay que destruir el viejo y caduco Estado en sí; hay que derrumbarlo y hay que construir un nuevo Poder, un nuevo Estado; hay que plasmarlo y desarrollarlo. Esta tarea no es posible llevarla a cabo sin Partido, frente único y un poderoso Ejército que desarrollen la actividad política de las masas a través de la guerra popular como forma principal de lucha que genere el nuevo Estado y la dictadura conjunta que transforme la sociedad de dominio del imperialismo, capitalismo burocrático y semifeudalidad en una República Popular de Nueva Democracia, culminando así la revolución democrática que prepare el salto a la revolución socialista. Así de fácil son las cosas. ¿Qué es la felicidad? Es la lucha, y trabajar es luchar aquí y ahora. No hay que esperar un amorfo futuro, sin lucha ni contradicciones, para ser feliz. Hay que desechar y barrer las ilusiones sembradas por los eclécticos y demás idealistas *críticos* de la democracia burguesa. No luchamos por mitos ni utopías, combatimos por una nueva realidad, concreta y palpable. Punto.

—Gracias, hermano —dijo Sebastián con una amplia sonrisa dibujada en su curtido rostro—. Bueno, de regreso al tema de Estado y Gobierno. El marxismo, al que estos sujetos dicen abrazar, aunque es el abrazo del oso, sostiene al respecto totalmente lo contrario a lo planteado por amañados y melifluos intelectualillos pequeñoburgueses y filisteos que tienen una posición filosófica hecha de retazos de citas que ni siquiera entienden. El marxismo establece una clara diferencia entre sistema de Estado y sistema de Gobierno, aunque son partes de una unidad, el primero hace referencia al lugar que ocupan las clases dentro del Estado y el segundo a la forma en que se orga-

niza el Poder. Hay energúmenos que dicen que Lenin y el Presidente Mao no diferencian Estado y Gobierno, que confunden los conceptos; pero ésa no es más que una aseveración supina de quienes, en un ardid demasiado burdo, pretenden darse a conocer como eruditos reproduciendo interminables citas sacadas de contexto como si fueran recetas de cocina para saciar su propio apetito egocéntrico. Veamos. Y sin intención de ofender a nadie, diré que no necesito ninguna libreta de notas para expresar lo siguiente. Comentando el folleto *La dictadura del proletariado* del renegado Kautsky, donde éste, tergiversando a Marx, afirma que en su sentido literal la palabra dictadura significa dictadura de una sola persona, Lenin dice que la dictadura supone y significa una *situación* de violencia revolucionaria de *una clase* sobre otra y que este hecho es algo imposible de ocultar. Distinguir entre *situación* y *forma de Gobierno* es un absurdo que salta a la vista. Hablar en este caso de forma de Gobierno, dice Lenin, es triplemente necio, porque cualquier niño sabe que *monarquía* y *república* son *formas de Gobierno* distintas. Al señor Kautsky, dice, es necesario demostrarle que estas 2 formas de Gobierno, como todas las *formas de Gobierno* de transición bajo el capitalismo, no son sino *variedades* del Estado burgués, es decir, de la *dictadura* de la burguesía. En fin, añade, hablar de *formas de Gobierno* es falsificar a Marx de manera no sólo necia, sino torpe, porque Marx, claramente, *se refiere aquí a la forma o tipo de Estado, y no a la forma de Gobierno*. La *revolución proletaria* es imposible sin destruir violentamente la máquina del Estado burgués y sin sustituirla por otra nueva, que, según las palabras de Engels, no es ya un Estado en el sentido propio de la palabra. Esto ya lo hemos visto, pero, increíblemente, aún hay estúpidos que a propósito crean embrollos y una gran confusión sobre el tipo de Estado, sistema de Estado y sistema de Gobierno. Y ya veremos por qué. Lenin plantea que la *dictadura* no es una *forma de Gobierno*, que eso es un absurdo ridículo; que Marx no habla de *forma de Gobierno*, sino de *forma o tipo de Estado*, lo que es absolutamente distinto, lo que se dice absolutamente distinto. Totalmente inexacto es también eso de que no puede gobernar *una clase*, semejante absurdo sólo puede decirlo un *cretino parlamentario*, que no ve nada más allá del Parlamento burgués, que no advierte nada más que los *partidos gobernantes*. Cualquier país europeo, dice, puede ofrecer a Kautsky ejemplos de Gobierno ejercido por la clase dominante, por ejemplo, los terratenientes en la Edad Media, a pesar de su insuficiente organización. En *El estado y la Revolución*, Lenin escribe que la democracia es una *forma de Estado*, una de las variedades del Estado. Y, consiguientemente, representa, como todo Estado, la aplicación organizada y sistemática de la violencia sobre los

hombres. Esto, de una parte. Pero, de otra, la democracia significa el reconocimiento formal de la igualdad entre los ciudadanos, el derecho igual de todos a determinar el régimen del Estado y a gobernar el Estado. Y esto, a su vez, se halla relacionado con que, al llegar a un cierto grado de desarrollo de la democracia, ésta, en primer lugar, cohesiona al proletariado, la clase revolucionaria frente al capitalismo, y le da la posibilidad de destruir, de hacer añicos, de barrer de la faz de la tierra la máquina del Estado burgués, incluso la del Estado burgués republicano, el ejército permanente, la policía, la burocracia, y de sustituirla por una máquina más democrática, pero todavía estatal, bajo la forma de las masas obreras armadas, como paso hacia la participación de todo el pueblo en las milicias. En otro escrito, Lenin, respondiendo a Plejánov, dice que es mucho más fácil, naturalmente, gritar, insultar y vociferar que intentar exponer, explicar y recordar cómo enjuiciaban Marx y Engels en 1871, 1872 y 1875 las experiencias de la Comuna de París y qué decían acerca del *tipo de Estado* que necesita el proletariado. En un tercer documento, Lenin aclara que la democracia soviética o proletaria ha nacido en Rusia. En comparación con la Comuna de París, se ha dado el segundo paso de importancia histórica universal. La República Soviética Proletaria y Campesina ha resultado ser la *primera república socialista* sólida en el mundo. Esta República no puede ya morir *como nuevo tipo de Estado*. Esta República ya no está sola en el mundo. Para continuar la obra de la *construcción del socialismo*, para llevarla a cabo, aún hace falta mucho, muchísimo. Las Repúblicas Soviéticas de los países más cultos, donde el proletariado goza de mayor peso e influencia, cuentan con todas las probabilidades de sobrepasar a Rusia, si es que emprenden *el camino de la dictadura del proletariado*. La dictadura revolucionaria del proletariado es un Poder conquistado y mantenido mediante la violencia ejercida por el proletariado sobre la burguesía, un Poder no sujeto a ley alguna. ¿Cómo queda aquello de que Lenin no sabe diferenciar los conceptos Estado y Gobierno, que los presenta como si fueran sinónimos?

—Como lo que es, un infundio; pura mierda digna de un sofista charlatán pedante y arrogante al servicio de lo más retrógrado del oscurantismo clerical y profesoral. Y que esto no se tome como un insulto, es un cumplido de reconocimiento para todos los intelectuales que prestan servicios voluntarios y gratuitos a la reacción, a la contrarrevolución.

—Eso. Ahora, a ver si el Presidente Mao es tan incapaz de diferenciar el sistema de Estado y el sistema de Gobierno y presentarlos como sinónimos tal como dice un gamonalillo sin feudo; aunque este atorrante habla de Estado y Gobierno a secas. Pero no importa.

El Presidente Mao arranca por explicar una cuestión elemental, dice que la revolución china se divide en 2 etapas históricas; la primera, es la revolución de nueva democracia; ésta es la *nueva* característica histórica de la revolución china. Ahora bien, ¿cómo se manifiesta concretamente esta nueva característica en las relaciones políticas y económicas internas de China? El Presidente Mao hace una larga explicación que por el momento no es necesario recordar, pero sí sus conclusiones. Dice que está perfectamente claro que, en China, ganará la confianza del pueblo quien sepa dirigirlo en la lucha por derrocar al imperialismo y a las fuerzas feudales, porque tanto aquél como éstas, en especial el imperialismo, son los enemigos mortales del pueblo. En la actualidad, decía en 1940, el salvador del pueblo será quien sepa dirigirlo en la lucha por expulsar al imperialismo japonés y establecer un *sistema democrático*. La historia ha probado que la burguesía china no es capaz de cumplir esta tarea, la cual, por lo tanto, recae inevitablemente sobre los hombros del proletariado. En consecuencia, como quiera que sea, el proletariado, el campesinado y los intelectuales y demás sectores de la pequeña burguesía de China constituyen las fuerzas fundamentales que deciden el destino del país. Estas clases, unas ya conscientes y otras en vías de serlo, necesariamente se convertirán en los elementos básicos en la *estructura del Estado y del Poder de la república democrática* china, con el proletariado como fuerza dirigente. La república democrática china que queremos establecer ahora, sólo puede ser una república democrática bajo la *dictadura conjunta* de todos los sectores antiimperialistas y antifeudales, dirigida por el proletariado, es decir, una *república de nueva democracia*; esta república de nueva democracia será diferente, por una parte, de la vieja república capitalista, al estilo europeo y estadounidense, bajo la *dictadura de la burguesía*, esto es, la república de vieja democracia, ya caduca. Ojo, ya caduca. Por otra parte, será diferente también de la república socialista, al estilo soviético, bajo la *dictadura del proletariado*, república que ya florece en la Unión Soviética y que se establecerá también en todos los países capitalistas y llegará a ser indudablemente la forma dominante *de estructura del Estado y del Poder* en todos los países industrialmente avanzados. Esta forma, sin embargo, no puede ser adoptada, por un determinado período histórico, en la revolución de los países coloniales y semicoloniales. Consecuentemente, en todos estos países, la revolución sólo puede adoptar en dicho período una *tercera forma de Estado*: la república de nueva democracia. Ésta es la *forma* que corresponde a un determinado período histórico y, por lo tanto, es *una forma de transición, pero obligatoria y necesaria*. De esto se desprende que los *múltiples sistemas de Estado* en el mundo

pueden reducirse a 3 tipos fundamentales, si se clasifican según el carácter de clase de su Poder; primero, república bajo la dictadura de la burguesía; segundo, república bajo la dictadura del proletariado, y tercero, república bajo la dictadura conjunta de las diversas clases revolucionarias. Luego especifica que el primer *tipo* lo constituyen los Estados de vieja democracia. En la actualidad, dijo entonces, después del estallido de la Segunda Guerra Imperialista, ya no queda rastro de democracia en muchos países capitalistas, transformados o en vías de transformarse en Estados donde la burguesía ejerce una sangrienta dictadura militar. Pueden ser incluidos en este tipo los Estados bajo la dictadura conjunta de los terratenientes y la burguesía. El segundo *tipo* es el vigente en la Unión Soviética, y se halla en gestación en los países capitalistas. En el futuro, ésta será la forma dominante en todo el mundo por un determinado período. El tercer *tipo* es una forma de Estado de *transición* que debe adoptarse en las revoluciones de los países coloniales y semicoloniales. Cada una de dichas revoluciones tendrá necesariamente características propias, pero éstas representarán ligeras diferencias dentro de la semejanza general. Siempre que se trate de revoluciones en colonias o semicoloniales, *la estructura del Estado y del Poder* será forzosamente idéntica en lo fundamental, es decir, se establecerá un Estado de nueva democracia bajo la *dictadura conjunta de las diversas clases antiimperialistas*. Pero el Presidente Mao va más allá aún y explicando la situación concreta en 1940 dice que en la China de hoy, el *frente único* antijaponés, ojo, el frente único, *representa esta forma de Estado de nueva democracia*. Es antijaponés, antiimperialista, y es, además, una *alianza* de las diversas clases revolucionarias, un *frente único*. Desgraciadamente, aunque la Guerra de Resistencia lleva ya tanto tiempo, la labor de democratización del Estado apenas si se ha iniciado en la mayor parte del país, salvo en las bases de apoyo democráticas antijaponesas, dirigidas por el Partido Comunista, debilidad fundamental que el imperialismo japonés ha explotado para penetrar a paso largo en China. Si no se cambia de política, el futuro de nuestra nación correrá grave peligro...

—Se parece mucho a eso de que *la nación está en riesgo* —dijo Leoncio soltando una sonora carcajada.

—Muy ocurrente, compadre... aunque viéndolo bien... la mala copia tiene algunas analogías... No molestes, hermano. No me cambies el tema —dijo Sebastián dándole un empujón en el hombro a Leoncio—. Bueno. El Presidente Mao dice que estamos hablando aquí de la cuestión del *sistema de Estado*. Decenios de disputas, comenzadas en los últimos años de la dinastía Ching, no han conseguido esclarecer esta cuestión. En realidad, *el problema se refiere simplemente al*

lugar que ocupan las diversas clases sociales dentro del Estado. La burguesía oculta siempre el lugar que ocupan las clases y ejerce su *dictadura de una sola clase* bajo la etiqueta de *nacional*. Tal ocultación no beneficia en nada al pueblo revolucionario y a éste hay que explicarle con claridad el asunto. El término *nacional* está bien, pero no debe abarcar a los contrarrevolucionarios y colaboracionistas. El *tipo de Estado* que necesitamos hoy es *una dictadura de todas las clases revolucionarias* sobre los contrarrevolucionarios y colaboracionistas.

—Muy claro y contundente.

—Eso. Y añade que en los Estados modernos, el llamado sistema democrático está en general monopolizado por la burguesía y se ha convertido simplemente en un *instrumento de opresión* contra la gente sencilla. En cuanto a la cuestión del *sistema de Gobierno*, dice, se trata de la *forma* en que se organiza el Poder, la forma que una clase social determinada imprime a los órganos de Poder que establece con miras a *luchar contra sus enemigos y protegerse a sí misma*. Sin órganos de Poder adecuados que lo representen, no hay Estado. En las circunstancias actuales, China puede adoptar un sistema de asambleas populares: asamblea popular nacional, provincial, distrital, territorial y cantonal, correspondiendo a las asambleas populares de los diversos niveles elegir los respectivos gobiernos. Pero este sistema debe fundarse sobre elecciones con sufragio realmente universal e igual para todos, sin distinción de sexo, creencia, fortuna, instrucción, etcétera; sólo un sistema electoral así dará a cada clase revolucionaria una representación acorde con el lugar que ocupe en el Estado, permitirá expresar la voluntad del pueblo, facilitará la dirección de la lucha revolucionaria y encarnará el espíritu de la nueva democracia. Éste es el *centralismo democrático*. Sólo un Gobierno basado en el centralismo democrático puede poner en pleno juego la voluntad de todo el pueblo revolucionario y luchar con la mayor eficacia contra los enemigos de la revolución. El espíritu de *no permitir que sea propiedad exclusiva de unos pocos*, debe reflejarse en la composición del Gobierno y del ejército; sin un sistema auténticamente democrático no podrá alcanzarse este objetivo, y *no habrá correspondencia entre el sistema de Estado y el sistema de Gobierno*. Como *sistema de Estado, dictadura conjunta* de las diversas clases revolucionarias; como *sistema de Gobierno, centralismo democrático*. He ahí la política de nueva democracia, la república de nueva democracia, la república de frente único, esto es, *la forma de Estado y de Poder* de nueva democracia, basada en la alianza de las diversas clases democráticas.

—Y para el Perú, como sociedad semifeudal y semicolonial sobre

la que se desenvuelve un capitalismo burocrático, ya lo definió el Partido hace muchísimo tiempo al establecer que el carácter del viejo Estado reaccionario en el Perú es del primer tipo de Estado; es decir, de dictadura conjunta de terratenientes y grandes burgueses, burocráticos o compradores que, en colusión y pugna, contienden por la dirección del Estado; siendo la tendencia histórica en el Perú que la burguesía burocrática se imponga, lo que necesariamente implicará una muy aguda y larga lucha; hoy está la burguesía burocrática al mando del viejo Estado terrateniente-burocrático. Con esto se destaca que lo principal es definir el *carácter de clase* de un Estado ya que las formas de Gobierno que introduzcan pueden ser civil o militar, con elecciones o de facto, demoliberal o fascista y siempre representarán la dictadura de las clases reaccionarias; si no se ve así el viejo Estado, se cae en el error de identificar dictadura con régimen militar y pensar que un Gobierno civil no es dictadura, poniéndose a la cola de una de las facciones de la gran burguesía tras el cuento de defender la democracia o cuidarse de los golpes militares, posiciones que en vez de destruir el viejo Estado lo sostienen y defienden, tal como lo hacen los revisionistas, oportunistas, eclécticos y sofistas de distinto pelaje.

—Eso. Bueno. Sigamos. Así, la violencia revolucionaria en nuestra historia cobra nueva dimensión con el proletariado, concretándose con Mariátegui y su Partido; desde la fundación del Partido Comunista, la vieja revolución burguesa devino revolución de nueva democracia, devino revolución antiimperialista y antifeudal que sólo el proletariado a través de su Partido puede conducir; la violencia revolucionaria se concreta como guerra campesina dirigida por el Partido en el camino de cercar las ciudades desde el campo. Así, se pone en evidencia que la llamada democracia moderna no representa en sí otra cosa que la libertad de predicar lo que convenga a la burguesía, esto es algo que muchos se niegan a entender y abarca la tan careada libertad de prensa. Ya hemos visto en extenso que desde la aparición de las clases, la libertad, ese derecho primigenio e irrenunciable, es engrillitada; que las grandes mayorías se ven privadas de ella; que en una sociedad donde existe lucha de clases hay libertad para que las clases explotadoras exploten al pueblo trabajador pero no hay libertad para que éste no sea explotado; que hay democracia para la burguesía pero no la hay para el proletariado y el resto del pueblo trabajador. De esta manera queda claro que aquellos que piden libertad y democracia en abstracto creen que la democracia es un fin y no un medio; sin embargo, la democracia a veces parece un fin pero en realidad sólo es un medio. El marxismo nos enseña que la democracia forma parte de la superestructura y pertenece a la categoría

de la política. Esto significa que, por donde se la mire, la democracia sirve a la base económica. Lo mismo ocurre con la libertad. Así las cosas, se puede hacer la siguiente especificación: la nueva democracia es un desarrollo de la teoría marxista del Estado que establece la existencia de 3 tipos de dictadura; la *dictadura de la burguesía*, tanto en las viejas democracias burguesas, como por ejemplo en Estados Unidos, así como la dictadura existente en las naciones oprimidas como las latinoamericanas; la *dictadura del proletariado*, como en la Unión Soviética o en China antes de la usurpación del Poder por los revisionistas; y la nueva democracia como *dictadura conjunta* basada en la alianza obrero-campesina dirigida por el proletariado encabezado por el Partido Comunista, lo que en China se plasmara durante su revolución democrática y en el Perú se concretara en Comités Populares, bases de apoyo y República Popular de Nueva Democracia en organización. Dicho una vez más y para que no quede dudas, es fundamental resaltar dentro de este desarrollo de la teoría del Estado la diferenciación clave entre *sistema de Estado* como dictadura de la clase o clases que ejercen el Poder, que es lo principal, y *sistema de Gobierno* como organización para el ejercicio del Poder. La revolución de nueva democracia implica una nueva economía, una nueva política y una nueva cultura, obviamente derrumbando el viejo orden y levantando lo nuevo con fusiles, única forma de transformar el mundo. Finalmente, es importante resaltar que la nueva democracia, como revolución democrática si bien cumple, principalmente, las tareas democráticas, también, complementariamente, avanza en algunas tareas socialistas; de esta forma se resuelve a fondo la cuestión de las 2 etapas, la democrática y la socialista, que corresponden a países como el nuestro garantizándose, concluida la democrática, la prosecución como revolución socialista sin intermedio alguno, ininterumpidamente.

—Evidentemente las tesis de Mariátegui se basan firme y definitivamente en la concepción del proletariado y esto no puede ser negado, no hay artificio ni pendejada que valga —dijo Leoncio levantando las manos hacia el cielo—. La posición del fundador del Partido Comunista frente a la filosofía marxista, a la economía política y al socialismo científico revelan, para un recto y justo pensar político desde la posición de la clase obrera, que se fundamentan en el marxismo-leninismo, mostrando la maduración del pensamiento de Mariátegui en su participación teórica y práctica en la lucha de clases, y que a tal comprensión llegó, además, luchando contra el viejo revisionismo y sus representantes europeos y en contra de sus pares en el país.

—Eso —dijo Sebastián—. Vistos los problemas básicos del carácter de la sociedad y de la revolución y la lucha antifeudal y antiimpe-

rialista, surge la cuestión de los instrumentos de la transformación social; es decir el Partido, el Frente Único y el Ejército en el pensamiento de Mariátegui. Bueno, veamos. La lucha política, dice el punto 3 del *Acta de constitución del Partido*, exige la creación de un partido de clase, en cuya formación y orientación se esforzará tenazmente por hacer prevalecer sus puntos de vista revolucionarios clasistas. De acuerdo con las condiciones concretas actuales del Perú, el Comité concurrirá a la constitución de un Partido Socialista, basado en las masas obreras y campesinas organizadas. Esto quiere decir que la lucha de clases exige del proletariado su organización independiente como partido político, con intereses propios para la consecución de la meta histórica de la clase obrera. Así, el Partido es consecuencia del desarrollo de 2 factores: de la lucha de clases en nuestra patria y de la aparición, desenvolvimiento y madurez del proletariado; en resumidas cuentas, es una necesidad del desarrollo lógico de nuestra historia, de la existencia de las clases, de la existencia de la clase obrera y, por tanto, en modo alguno puede considerarse el Partido de la clase obrera, del proletariado, como algo superado o innecesario sino, por el contrario, es el instrumento principal e indispensable para la toma del Poder por la clase obrera y para la construcción de la nueva sociedad peruana, es necesario en tanto hayan clases y mientras la sociedad sin clases no sea una realidad. Bueno, el punto 9 de los *Principios Programáticos del Partido Socialista*, es decir del programa, ratifica y puntualiza lo anterior; dice que el Partido Socialista del Perú es la vanguardia del proletariado, la fuerza política que asume la tarea de su orientación y dirección en la lucha por la realización de sus ideales de clase. Aquí Mariátegui resuelve el problema político de nuestra patria, sabe perfectamente que el proletariado tiene formas orgánicas; sindicatos, alianza obrera, armamento obrero. Pues bien, Mariátegui sabía que estas 3 cosas son nada si es que no existe el cerebro que guíe todo esto. Mariátegui plantea entonces la formación del partido proletario y crea el partido del proletariado en nuestro país. Cualquier persona que estudie mínimamente el desarrollo de las ideas políticas en el Perú se verá obligada a reconocer esto. Sin embargo, existen individuos como Carlos Tapia, por ejemplo, que no se cansan de repetir, evidentemente con mala intención, que Mariátegui no creó el Partido Comunista del Perú, que Mariátegui creó el Partido Socialista porque Mariátegui era un hombre de un amplio concepto, de un amplio espíritu; que Mariátegui no era sectario ni era de mentalidad estrecha; que era muy caballeroso en sus ideas y otras huevadas por el estilo, argumentos que hasta ahora repiten otros energúmenos. Claro es que para algunos desprevenidos esto parece una defensa de Mariátegui pero es la más grave injuria que se le

puede hacer. Hay defensores a los que hay que decirles mejor no me defiendan, hijitos, porque me hundan; eso es lo que hay que decirles a esos supuestos defensores de Mariátegui, a esos mentecatos que dicen que Mariátegui no fue sectario, que fue amplio y democrático; tan amplio y democrático que por lo visto, según estos adalides de la democracia, confundía explotadores con explotados. Mariátegui, guste o no a las sabandijas, creó el Partido Comunista y claro que no se llamó así al comienzo ya que se llamó Partido Socialista. Eso no lo discute nadie, salvo el señor Ravines que en su tiempo decía que podía probar con documentos en la mano, que Mariátegui creó el Partido Socialista y no el Comunista; el Partido Comunista lo creé yo, decía ese miserable. Pero eso es falso, Mariátegui creó el Partido Socialista, es cierto, pero afiliado a la III Internacional y sometido a los principios planteados por Lenin en el año 1919, aunque de hecho la III Internacional fue creada en 1918 cuando el largo proceso de la lucha contra el oportunismo y el socialchovinismo condujo, sobre todo durante la guerra, a la formación de Partidos Comunistas en una serie de naciones, de ahí que muchos Partidos que hasta entonces detentaban el nombre *Socialista* lo corrigieron por el de Comunista. Entonces, cómo es posible pensar que Mariátegui crea un Partido Socialista que no es comunista, pero que sí está afiliado a la *Internacional Comunista*. Ese esquema mental sólo cabe en los burócratas del pensamiento para quienes los papelitos hablan, sólo se fijan en el título no calan el contenido. Mariátegui redacta el *Acta de constitución*, el acta de nacimiento y también establece con firmeza el programa del Partido, el contenido. Al respecto, algo similar que puede ayudar a la comprensión y solución del problema, Lenin recuerda lo dicho por Engels en 1894, año y medio antes de su muerte; Engels escribía que en todos los artículos se emplea la palabra *comunista* y no la palabra *socialdemócrata*, pues por aquel entonces socialdemócratas se llamaban los proudhonistas en Francia y los lassalleanos en Alemania. Dice: Para Marx y para mí era sencillamente imposible emplear, para denominar nuestro punto de vista especial, una expresión tan elástica. En la actualidad, la cosa se presenta de otro modo, y esta palabra, *socialdemócrata*, puede, tal vez, pasar, aunque sigue siendo *inadecuada* para un partido cuyo programa económico no es un simple programa *socialista* en general, sino un programa directamente *comunista*, y cuya meta política final es la superación total del Estado y, por consiguiente, también de la democracia. Pero los nombres de los *verdaderos* partidos políticos nunca son absolutamente adecuados; el partido se desarrolla y el nombre queda. Y continúa: Marx y yo teníamos un hermoso nombre, un nombre científicamente exacto, para el partido, pero no teníamos un verdadero partido, es

decir, un partido proletario de masas. Hoy, dicho esto a fines del Siglo XIX, existe un verdadero partido, pero su nombre es científicamente inexacto. No importa, *puede pasar*, lo importante es que el Partido se desarrolle, lo que importa es que el Partido no desconozca la inexactitud científica de su nombre y que éste no le impida desarrollarse en la dirección certera. Y Lenin sentencia: El dialéctico Engels, en el ocaso de su existencia, sigue siendo fiel a la dialéctica; y añade que la cuestión del nombre del Partido es incomparablemente menos importante que la cuestión de la *posición del proletariado revolucionario con respecto al Estado*. Genial. Fin del paréntesis y de la discusión al respecto. Bueno, sigamos. Entonces, el programa, establecido por Mariátegui, aparte de dejar bien claro que el Partido es la vanguardia del proletariado, la fuerza política que asume la tarea de su orientación y dirección en la lucha por la realización de sus ideales de clase, dice también un par de cosas que habría que resaltar...

—Disculpa, Sebastián, aunque en la exposición tal vez sea mejor leer el acta y el programa en toda su extensión, lo mismo que el programa actual —interrumpió Leoncio.

—Sí, pero de todas maneras déjame resaltar algunos puntos.

—Bien, sigue.

—Mariátegui enseña que la organización de los obreros y campesinos con carácter netamente *clasista* constituye el objeto de nuestro esfuerzo y nuestra propaganda, y la base de la lucha. Dice también que el capitalismo se encuentra en su estadio imperialista. Es el capitalismo de los monopolios, del capital financiero, de las guerras imperialistas por el acaparamiento de los mercados y de las fuentes de materias primas. La praxis del socialismo marxista en este período, dice, es la del marxismo-leninismo. El marxismo-leninismo es el método revolucionario de la etapa del imperialismo, y de los monopolios. El Partido Socialista del Perú, insiste, lo adopta como método de lucha. El capitalismo se desarrolla en un pueblo semifeudal como el nuestro; en instantes en que, llegado a la etapa de los monopolios y del imperialismo, toda la ideología liberal, correspondiente a la etapa de la libre concurrencia, ha cesado de ser válida. El imperialismo no consiente a ninguno de estos pueblos semicoloniales, que explota como mercados de su capital y sus mercancías y como depósitos de materias primas, un programa económico de nacionalización e industrialismo; los obliga a la especialización, a la monocultura, petróleo, cobre, azúcar, algodón, en el Perú, sufriendo una permanente crisis de artículos manufacturados, crisis que se deriva de esta rígida determinación de la producción nacional, por factores del mercado mundial capitalista. La economía pre-capitalista del Perú republicano que, por la ausencia de una clase burguesa vigorosa y

por las *condiciones nacionales e internacionales* que han determinado el lento avance del país por la vía capitalista no puede liberarse bajo el régimen burgués, enfeudado a los intereses capitalistas, *coludido* con la feudalidad gamonalista y clerical, de las taras y rezagos de la feudalidad colonial. La emancipación de la economía del país es posible únicamente por la acción de las masas proletarias, *solidarias* con la lucha antiimperialista mundial. Sólo la acción proletaria puede estimular primero y realizar después las tareas de la revolución democrático-burguesa que el régimen burgués es incompetente para desarrollar y cumplir. Cumplida su etapa democrático-burguesa, la revolución deviene, en sus objetivos y su doctrina, revolución proletaria. El partido del proletariado, capacitado por la lucha para el ejercicio del Poder y el desarrollo de su propio programa, realiza en esta etapa las tareas de la organización y defensa del orden socialista. Redondo, qué más quiere la parvada de intelectualillos de escritorio. Éstos son los fundamentos de un Partido Comunista y no de un Partido Socialista. Así las cosas, el Partido del proletariado no es ni puede ser un aparato electorero sino una organización para la toma del Poder, por tanto, para el Partido, la cuestión es forjarse como sistema de organizaciones, como maquinaria de guerra para la conquista del Poder mediante la violencia revolucionaria para derrumbar el orden social imperante, pues la historia nos enseña que todo nuevo Estado social se ha formado sobre las ruinas del Estado social precedente y que entre el surgimiento de una y el derrumbamiento del otro ha habido lógicamente, un período intermedio de crisis. La fundación del Partido Comunista es la culminación de la lucha teórica y práctica de Mariátegui y de su participación directa en la lucha de clases, fue su más grande contribución y servicio al proletariado. Mariátegui, contribuyendo a la *construcción* de nuestro Partido, lo dotó de bases ideológico-políticas las que encontramos en el *Acta de constitución*, el *Programa del Partido* y en sus 3 tesis fundamentales que se encuentran en *Antecedentes y desarrollo de la acción clasista*, *Punto de vista antiimperialista* y *Esquema del problema indígena*; así como en toda la obra de Mariátegui en la que destacan *Siete Ensayos*, *Historia de la crisis mundial*, *Peruanicemos el Perú* y otras más; en cada una de ellas plantea y resuelve problemas de la lucha revolucionaria. En consecuencia, la obra escrita de Mariátegui debemos entenderla como parte de la construcción y de la fundamentación ideológico-política del Partido. Su lucha por el Partido la remató José Carlos Mariátegui con sus *Tesis de afiliación a la III Internacional*, ahí dice: El Comité Central del Partido adhiere a la III Internacional y acuerda trabajar por obtener esta misma adhesión de los grupos que integran el Partido. La ideología que adoptamos es la del marxismo militante y revo-

lucionario, doctrina que aceptamos en todos sus aspectos: filosófico, político y económico-social. Los métodos que propugnamos son los del socialismo revolucionario ortodoxo. No sólo que rechazamos, sino que combatimos en todas sus formas los métodos y las tendencias de la socialdemocracia y de la II Internacional. El Partido es un Partido de clase y, por consiguiente, repudia toda tendencia que signifique *fusión* con las fuerzas y organismos políticos de las otras clases.

—El Partido reconoce que, dentro de las condiciones nacionales, la realidad nos impondrá la celebración de pactos o alianzas, generalmente con la pequeña burguesía revolucionaria —intervino Leoncio—. El Partido, decía Mariátegui, podrá formar parte de estas alianzas de carácter revolucionario; pero, en todo caso, reivindicará para el proletariado la más amplia libertad de crítica, de acción, de prensa y de organización.

—Cierto, por eso es que Mariátegui dice que repudia toda tendencia que signifique fusión; eso queda claro. Bueno, finalmente, en este punto, Mariátegui sostiene que los partidos no nacen de un conciliábulo académico y que el Partido no es ni puede ser una apacible y unánime academia; sino que el Partido se forja en medio de la lucha de clases de las masas y avanza en medio de la lucha interna de 2 líneas.

—De ahí que para entender la historia del Partido hay que entender la lucha de la línea proletaria contra la línea no proletaria que siempre se ha levantado, abierta o solapadamente, contra el pensamiento de Mariátegui y su desarrollo.

—Así es. Y esto de la lucha de clases de las masas está estrechamente ligado al problema del frente único. El Amauta dijo: Mi actitud, desde mi incorporación en esta Vanguardia, ha sido siempre la de fautor convencido, la de un propagandista fervoroso del frente único; él partía de que somos todavía pocos para dividirnos y que había mucha tarea común para cumplir al servicio de la clase. A lo que ya hemos visto habría que agregar que Mariátegui, consecuente difusor del frente único, lo exigía como acción solidaria, concreta y práctica de los que sin *confundirse* ideológicamente deben sentirse unidos por la solidaridad de clase, *vinculados por la lucha común contra el adversario común*, ligados por la misma voluntad revolucionaria y la misma pasión renovadora; y partiendo de reconocer que la variedad de tendencias y la diversidad de matices ideológicos es inevitable en esta legión humana que se llama el proletariado, demandaba que lo que importa es que esos grupos y esas tendencias sepan entenderse ante la realidad concreta del día; que no se estrellen bizantinamente en excomuniones y exconfesiones recíprocas; que no alejen a las masas de la revolución con el espectáculo de las querellas dogmáti-

cas de sus predicadores; que no empleen sus armas ni dilapiden su tiempo en herirse unos a otros, sino en combatir el viejo orden social, sus instituciones, sus injusticias y sus crímenes. Estas palabras siguen siendo vigentes hoy, hay que unirse para cumplir los deberes históricos comunes de desarrollar conciencia de clase y sentimiento de clase, sembrar y difundir ideas renovadoras y clasistas, arrancar a los obreros de las falsas instituciones que dicen representarlos; combatir al Estado y la represión; defender la organización, la prensa y la tribuna de clase; luchar por las reivindicaciones del campesinado; en resumidas cuentas, como dijera el mismo Mariátegui, deberes históricos en cuyo cumplimiento se encontrarán y juntarán nuestros caminos. Las masas reclaman la unidad, las masas quieren fe. Y, por eso, su alma rechaza la voz corrosiva, la voz disolvente y pesimista de los que niegan y dudan, y busca la voz optimista y cordial, juvenil y fecunda de los que afirman y de los que creen. Sobre esta base Mariátegui planteó la conformación del *frente antiimperialista y anti-feudal* que bajo la dirección de la clase obrera, y basado en la alianza obrero-campesina, aglutinase a obreros y campesinos, a la pequeña burguesía y, en ciertas condiciones y circunstancias, a la izquierda burguesa, lo que llamamos hoy burguesía nacional. Así, el frente único es un arma fundamental de la revolución de nueva democracia, pero sólo puede desarrollarse basado en la alianza obrero-campesina y dirigido por el proletariado, en modo alguno por la burguesía ni por la pequeña burguesía. En este frente, la clase obrera entra en alianza con otras clases, a través de su Partido; pero, en todo caso, reivindicará para el proletariado la más amplia libertad de crítica, de acción, de prensa y de organización. He aquí la política de frente único y de independencia política de clase que nunca debe abandonar el Partido. Mariátegui resaltó, por otro lado, que ante la amenaza revolucionaria la burguesía se une también en frente único, provisoriamente, sólo mientras se conjura el asalto decisivo de la revolución; después cada uno de los grupos de la burguesía trata de recobrar su autonomía. Dentro de la burguesía existen contrastes de ideología y de intereses, contrastes que nada puede suprimir; así, el bloque burgués necesariamente se rompe por el desarrollo de sus propias contradicciones internas y el desenvolvimiento de la lucha de clases. Estas tesis, probadas por la realidad, exigen también la superación del sectarismo que hoy es un mal generalizado, hay que tener en cuenta que las masas reclaman la unidad y prestar oídos atentos a estas vigentes y perentorias palabras dicha por el Amauta: Los espíritus nobles, elevados y sinceros de la revolución, perciben y respetan así, por encima de toda barrera teórica, la solidaridad histórica de sus esfuerzos y de sus obras. Pertenecen a los espíritus mezquinos sin horizontes y sin

alas, a las mentalidades dogmáticas, que quieren petrificar e inmovilizar la vida en una fórmula rígida, el privilegio de la incomprensión y de los egotismos sectarios. También dijo que una política reaccionaria causará finalmente la polarización de las izquierdas, provocará la fusión de todas las fuerzas proletarias. Añadió que la contraofensiva capitalista hará lo que no ha podido hacer el instinto de las clases trabajadoras: el frente único proletario; y, que vivimos en un período de plena beligerancia ideológica; los hombres que representan una fuerza de renovación no pueden concertarse ni confundirse, ni aún eventual o fortuitamente, con los que representan una fuerza de conservación o de regresión; los separa un abismo histórico; hablan un lenguaje diverso y no tienen una intuición común de la historia. Pienso, dijo Mariátegui, que hay que juntar a los afines, no a los dispares; que hay que aproximar a los que la historia quiere que estén próximos; que hay que solidarizar a los que la historia quiere que sean solidarios; y agregó: Ésta me parece la única coordinación posible, la sola inteligencia con un preciso y efectivo sentido histórico. Y finaliza diciendo: Soy revolucionario, pero creo que entre hombres de pensamiento neto y posición definida es fácil entenderse y apreciarse aun combatiéndose; sobre todo, combatiéndose. Con el sector político que no me entenderé nunca es el otro, el del reformismo mediocre, el del socialismo domesticado, el de la democracia farisea.

—Sabias palabras que no deben caer en oídos sordos —comentó Leoncio.

—Cierto, aunque parece que lo que más abunda son oídos sordos, ojos ciegos y cerebros anquilosados —replicó Sebastián con cierta amargura—. Como fuere, sigamos. Ya hemos visto que Mariátegui analiza la insurrección de Atusparia y Ushcu Pedro y es ahí donde plantea que su derrota se debió a la falta de doctrina, de programa y de fusiles y eso es lo que estamos viendo. Bueno. Analizando el problema militar, el problema del ejército, Mariátegui enseñó que no hay revolución mesurada, equilibrada, blanda, serena, plácida; que el Poder se conquista a través de la violencia y se conserva sólo a través de la dictadura; que mientras la reacción es el instinto de conservación, el estertor agónico del pasado, la revolución es la gestación dolorosa, el parto sangriento del presente; que si la revolución exige violencia, autoridad, disciplina, dijo, estoy por la violencia, por la autoridad, por la disciplina; las acepto, en bloque con todos sus horrores sin reservas cobardes.

—Más claro, ni el agua cristalina.

—Eso. Pero Mariátegui va más allá y dice, en forma contundente, que una revolución no es un golpe de Estado, no es una insurrección, no es una de aquellas cosas que aquí llamamos *revolución* por uso

arbitrario de esta palabra. Una revolución no se cumple sino en muchos años. Con frecuencia tiene períodos alternados de predominio de las fuerzas revolucionarias y de predominio de las fuerzas contrarrevolucionarias. Así como el proceso de una guerra es el proceso de ofensivas y contraofensivas, de victorias y derrotas, mientras uno de los bandos combatientes *no capitule* definitivamente, mientras *no renuncie a la lucha*, no está vencido. Su derrota es transitoria pero no total. Y, conforme a esta interpretación de la historia, la reacción, el terror blanco no son sino episodios de la lucha de clases, un capítulo ingrato de la revolución. He aquí, pues, la correcta posición marxista ante la lucha entre revolución y contrarrevolución, la inalterable confianza en el triunfo necesario de la revolución; éstas siguen siendo las tesis que nos guían. Mariátegui establece la relación entre política y guerra; deriva la debilidad del frente militar de la debilidad política lo mismo que a la inversa, la fortaleza militar está ligada a la fortaleza política. Analizando la guerra mundial, dice: Como en todos sus otros aspectos, los factores políticos, los factores morales, los factores psicológicos tuvieron mayor trascendencia que los factores militares. Así queda señalado que la guerra sigue a la política. Del mismo modo, plantea que la revolución genera un *ejército de nuevo tipo* con tareas propias y diferentes de los ejércitos de los explotadores; dice que el ejército rojo es un caso nuevo en la historia militar del mundo, es un ejército que siente su papel de ejército revolucionario y que no olvida que su fin es la defensa de la revolución. De su ánimo está excluido, por ende, todo sentimiento específica y marcialmente imperialista. Su disciplina, su organización y su estructura son revolucionarias. Ése es el ejército de nuevo tipo. Así Mariátegui, partiendo de la reivindicación básica de tierra para quien la trabaja, planteó el armamento de obreros y campesinos para conquistarla y defenderla; el armamento de las masas campesinas y obreras para llevar adelante la revolución democrático-nacional. Destacó su desenvolvimiento como revolución campesina que avanza desde el campo y que se desenvuelve en partidas revolucionarias, como *montoneras* unidas por la solidaridad de soldados y jefes en unidad orgánica, por cuyas venas circulaba la misma sangre y unidas a las masas con igual relación solidaria que la existente dentro de ellas; así revela la esencia de la relación entre guerrillas y masas populares, su indesligable unidad y la condición de las guerrillas como la parte más activa, batalladora y dinámica de las masas, parte integrante de las masas y nunca una acción desligada de ellas. Éstos son los puntos fundamentales que conforman el pensamiento de Mariátegui sobre el problema militar, a más de su tesis básica de que los levantamientos campesinos no pueden triunfar por sí solos y si alguna vez triunfaron fue bajo la dirección burguesa en

los viejos tiempos, pero que hoy, en la época del imperialismo, y precisamente en nuestra América, corresponde al proletariado y sólo al proletariado conducir a las masas campesinas a la destrucción de la feudalidad a través de la guerra prolongada del campo a la ciudad en la revolución democrático-nacional...

—En la revolución de nueva democracia —precisó Leoncio.

—Sí, claro. Bueno, aquí vemos que en el fondo de todos estos planteamientos hay una posición, una línea de masas, cuestión básica del pensamiento de Mariátegui, pero que se la trata de ignorar. Mariátegui considera que la presencia de las masas llena la época contemporánea, que las muchedumbres, como él dice, son protagonistas de la escena actual; que las inmensas mayorías cuajadas como clase obrera tienen un mito, una meta: la revolución social, meta que el proletariado enarbola y a la cual marcha con una fe vehemente y activa, contrastando con el escepticismo y la decadencia burguesas; que las masas combaten por la lucha final seguras de su triunfo. Las masas, protagonistas de la historia, hoy más que nunca, con su fuerza van definiendo la historia mundial y el camino que no encuentran los profesionales de la inteligencia lo encontrarán las multitudes, las masas conformadas por los héroes anónimos; masas cuyos intereses son solidarios frente a los intereses contradictorios y concurrentes de los burgueses; masas que trabajan por crear un orden nuevo y a las cuales hay que servir e interpretar, pues a los individuos y a los jefes se les juzga en función del acierto con que hayan servido e interpretado a las masas revolucionarias.

—Eso también es clave, hermano.

—Cierto. Mariátegui resalta que las masas, en último término, son las masas básicas, los obreros y campesinos; dice que Marx está vivo en la lucha que por la realización del socialismo libran, en el mundo, innumerables muchedumbres animadas por su doctrina. Debemos agregar que no es posible afirmar que los grandes movimientos sociales, que las revoluciones son obras realizadas por un pequeño grupo de militantes; ello no sólo es absurdo, es estúpido. Sin el concurso de las amplias masas no hay revolución. Mas lo dicho no implica negar la importancia de los jefes en la lucha de clases, jefes cuya dimensión, reitero, se mide por la identificación con los intereses de las clases revolucionarias y servicio que le prestan, particularmente al proletariado, clase que genera un nuevo tipo de hombre pensante y operante. Refiriéndose a la acción de los revolucionarios, Mariátegui demandaba tener en cuenta la lucha de clases en la mente del hombre; da a entender que la decadencia y la revolución que coexisten en el mundo, coexisten también en los mismos individuos. La conciencia es el circo agonal de una lucha entre los 2 espíritus, la

comprensión de esta lucha, a veces, casi siempre, escapa al propio individuo pero finalmente uno de los 2 espíritus prevalece. El otro queda estrangulado en la arena. Y sobre el héroe, dice que éste llega siempre ensangrentado y desgarrado a su meta; sólo a este precio alcanza la plenitud de su heroísmo; hoy como ayer, dice, no se puede cambiar un orden político sin hombres resueltos a resistir la cárcel o el destierro; y, para un revolucionario, una prisión es simplemente un accidente de trabajo. Bueno, todo lo anterior conforma los puntos básicos de la línea política general de Mariátegui sobre la revolución peruana; sí, pero no es toda su labor. Además, el fundador del Partido Comunista del Perú, desde la posición de la clase obrera y en función de la transformación revolucionaria de nuestra sociedad peruana, sentó líneas políticas específicas para el trabajo sindical, obrero, femenino, juvenil, magisterial e intelectual, lo mismo que para otros frentes de trabajo. Estas políticas específicas fueron la base que permitió desarrollar una línea de clase en cada frente del trabajo de masas; y precisamente esa ardua labor fue lo que permitió, más adelante, retomar el camino de Mariátegui y desarrollarlo de acuerdo con las circunstancias concretas de la lucha de clases en nuestra patria.

—Labor que se desarrolló en medio de la lucha de clases y la lucha de 2 líneas y permitió que se alcance la siguiente cumbre en el desarrollo de las ideas políticas en nuestra patria, una cumbre mucho más alta; sobre la base material objetiva, y sobre la base del pensamiento de Mariátegui, se desarrolló el pensamiento guía del Presidente Gonzalo, que luego devendría pensamiento gonzalo.

—Exacto. Pero no nos adelantemos. Vamos por partes —dijo Sebastián acompañando sus palabras con un rápido movimiento de manos que rasgaban el aire—. La fundación del Partido Comunista del Perú marca un hito fundamental en el proceso de desarrollo del camino de Mariátegui, camino que surge y se desarrolla en la lucha de clases contra el orden social existente, contra el sistema reaccionario de ideas imperantes y contra el APRA, que negaba la necesidad del partido del proletariado. Pero la lucha de Mariátegui no sólo se dio fuera de las filas del Partido, dentro de él combatió por adherirlo al marxismo-leninismo y a la III Internacional Comunista. Ya hemos visto los detalles. Casi inmediatamente después de su muerte, al interior del Partido se desarrolló toda una línea oportunista que solapadamente comenzó a hablar de *proletarización* y *superación* de Mariátegui; mientras fuera de las filas partidarias la ralea aprista tildaba a Mariátegui de *intelectualizado* y *uropeizante* con el escondido propósito de negar su línea y destruir su Partido. Con el correr de los años, a inicios de los 40, surge el cuestionamiento del basamento marxista de Mariátegui a la vez que, hipócritamente, le reconocían su gran

calidad. Posteriormente Del Prado y compañía, a la vez que se llamaban discípulos de Mariátegui, hacían de éste un icono inofensivo al que envolvían en incienso mientras negaban su camino. Así se desarrolló un período de negación y cuestionamiento de la línea de Mariátegui; sin embargo, la línea de Mariátegui siguió viviendo encarnada en la lucha de las masas obreras y campesinas principalmente y en la mente y acción de los comunistas que llevaron adelante sus banderas y jalaron la lucha dentro del Partido en la búsqueda del camino de Mariátegui. La década del 60 estremeció el mundo comunista internacional con la lucha entre el marxismo-leninismo y el revisionismo, lucha que repercutió en nuestra patria, principalmente a través de las grandes obras del Presidente Mao y de la importantísima lucha librada por el Partido Comunista de China junto a otros Partidos hermanos contra el socialimperialismo soviético. Simultáneamente en nuestra patria, los años 60 implicaron la agudización de la lucha de clases y el gran auge del movimiento de masas, particularmente campesinas; tenemos, entre otros, los antecedentes de la lucha campesina en la que toma parte Vallejo en Jauja en 1962; Javier Heraud en Puerto Maldonado en 1963 y Hugo Blanco en Cuzco en 1963; así como la heroica lucha guerrillera del MIR, Movimiento de Izquierda Revolucionaria, y del ELN, Ejército de Liberación Nacional, en 1965, que aunque no siguieron la concepción del proletariado sobre la guerra popular ni estaban bien ligadas al campesinado han dejado grandes experiencias para nuestro pueblo. Esa misma década el país vivió la profundización del capitalismo burocrático, camino que aún se desenvuelve; los obreros desarrollaron grandes movimientos huelguísticos y acrecentaron su organización sindical; el campesinado llevó adelante espontáneamente, las más de las veces, la conquista de la tierra por sus propias manos y en oleada incontenible la invasión de tierras para recuperarlas; mientras la pequeña burguesía, en especial maestros y estudiantes, se incorporaba más a las luchas populares. Paralelamente al desarrollo del movimiento popular, el ordenamiento demoliberal parlamentario entró en crisis, como en otras partes de América, y sus partidos políticos reaccionarios se enzarzaron en febril pugna por ganar posiciones y cosechar prebendas. Todo esto presentó a la reacción la exigencia de cumplir 2 tareas: *profundizar* el capitalismo burocrático, tomando como palanca económica principal al Estado, y *remodelar* la sociedad peruana corporativamente para superar la crisis del parlamentarismo burgués. He ahí las condiciones y la causa del golpe de Estado y del surgimiento del Gobierno fascista de Velasco Alvarado en 1968, primero, y de Morales Bermúdez en 1975, después, como parte de las tareas que se imponen cumplir por encargo de las clases explotadoras y el imperialismo que vieron el

peligro de cuestionamiento de su orden que encerraba el auge ascensional de las masas y sus luchas, de las cuales es la lucha guerrillera la que dejó importantes lecciones para el futuro del pueblo. Es en medio de estas condiciones de aguda lucha que se desarrolló la acción teórica y práctica de los comunistas, de los marxista-leninistas peruanos que, tomando el pensamiento de Mao Tsetung y sus sabias enseñanzas, pugnaron por retomar el camino de Mariátegui y reconstituir su Partido. A inicios de 1964, el Partido Comunista del Perú, el PCP, expulsó de sus filas a la camarilla revisionista de Del Prado y compañía, hecho que marca un hito en el largo camino del Partido; así, en la IV Conferencia del Partido, se dio un paso al adherir al marxismo bajo la guía del pensamiento maotsetung. Otro punto de avance fue la V Conferencia de 1965, que centró su atención en la comprensión de nuestra sociedad y su revolución, acercándonos más a la línea de Mariátegui. Otros momentos que jalónaron el retomar a Mariátegui y reconstituir el Partido fueron las exitosas luchas que el Partido libró contra la línea oportunista de derecha disfrazada de izquierda, cuyo remate fue la VI Conferencia Nacional de 1969, evento en el cual se sancionó la *Reconstitución del Partido a partir de la base de unidad partidaria, el marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung, pensamiento de Mariátegui y la línea política general de la VI Conferencia*, cuya piedra angular era Mariátegui; ello implicaba reconstituir el Partido para la guerra popular. Así se culminó un largo período de búsqueda de Mariátegui abriéndose la etapa de retomar el camino de Mariátegui, una de cuyas partes es la Reconstitución del Partido, como cuestión necesaria y decisiva. En la lucha de 2 líneas, terminaba una etapa y comenzaba otra. Lo dicho, se pasa de una etapa a otra, la lucha no termina pues es constante. El surgimiento del Gobierno fascista del general Velazco Alvarado y su programa contrarrevolucionario repercuten en las filas del Partido generando una línea liquidacionista, un oportunismo de derecha, que apuntó peligrosamente contra la propia vida del Partido; esta lucha tuvo como hitos, en 1970, el II Pleno del Comité Central, Pleno de la VI Conferencia, que caracterizando la lucha contra el oportunismo liquidacionista de derecha llamó a combatirlo en defensa de la vida del Partido y por su reconstitución hasta su total culminación; y, en 1973, el III Pleno del Comité Central que, comprobando la derrota del liquidacionismo de derecha, sentó las bases políticas y organizativas de la Reconstitución, y sancionó la línea de clase en el trabajo de masas y el desarrollo de organismos generados por el proletariado en función de la Reconstitución del Partido. El IV Pleno, en 1974, se desarrolló bajo la consigna guía de *Retomar plenamente el camino de Mariátegui para desarrollar el trabajo de masas tomando como centro el*

Partido, esto es clave. En ese Pleno se establece que el Partido no rehúye el trabajo de masas ni niega el trabajo legal; que lo que combate es la renuncia a la dirección de las masas en beneficio de la reacción; y, lo que no acepta es el legalismo; se reafirma que se está por el trabajo de masas y uso del trabajo legal en función de la revolución. De esa manera, sustentándose en los principios marxistas, se liga el trabajo secreto y el trabajo abierto del Partido. En cuanto a la construcción orgánica se fija el centralismo democrático, poniendo el acento en el centralismo. Así, el Pleno establece firmemente que la reconstitución del Partido tiene que darse necesariamente en medio de la lucha de clases y no al margen de ella y que es imposible tener una correcta comprensión del desarrollo revolucionario de la sociedad peruana al margen de las luchas mundiales. El camino de Mariátegui pasa a ser definido como la línea política general del Partido; fue la cuestión decisiva de la Reconstitución en medio de la lucha de clases, del trabajo de masas y de la lucha contra las posiciones del liquidacionismo de *izquierda* que practicaba con entusiasmo el ocultismo, que anunciaba frenéticamente a los 4 vientos la falacia aquella de *basta línea* y se oponía al trabajo de masas y, en especial, a desarrollar *Organismos Generados*, como organizaciones generadas por el proletariado en los diferentes frentes de trabajo, con sus 3 características: adheridos a Mariátegui, organizaciones de masa y ceñidos al centralismo democrático. Atrás quedaba un largo camino de defensa de la vida del Partido, iniciado en el II pleno, y se pasaba a desarrollar el trabajo de masas en los diferentes frentes para impulsar la Reconstitución, y fue lo que llevó a desarrollar la línea política y al fortalecimiento del Partido previniendo la escisión. Este Pleno del Comité Central sancionó, oficialmente, el Retomar el Camino de Mariátegui como la cuestión decisiva de la Reconstitución. En síntesis, como la línea política general en torno a cuya aplicación y desarrollo se debía reconstituir el Partido de Mariátegui. Y así se hizo. ¿Qué significa esto? En resumidas cuentas, en los años 60, el pensamiento de Mariátegui se va imponiendo cada vez más firmemente. Sin embargo, en ese período a la vez que crece el interés, dentro y fuera del país, por Mariátegui, se desarrolla también una negación del mismo en 2 planos: unos que atacan y niegan el fundamento marxista del pensamiento de Mariátegui y otros que niegan su vigencia. Quienes cuestionan su basamento marxista sostienen que la base ideológica que lo sustenta es el idealismo irracionalista y las concepciones predominantes del pensamiento filosófico occidental, particularmente europeo. Como ya hemos visto las tesis de Mariátegui sobre la filosofía marxista, la economía política y el socialismo científico, está demás analizar esas observaciones; baste reiterar que el carácter marxista del basamento

de Mariátegui es suficientemente claro, y señalar que tales impugnadores en el fondo tienen un argumento central: la imposibilidad de que el marxismo se desarrolle en un país con escaso número de obreros. Tal punto de partida encubre una posición mecanicista inaceptable; para que el marxismo apareciera, a nivel mundial, fue necesario el desarrollo de la clase obrera hasta el grado que alcanzó a mediados del Siglo XIX en Europa, sobre cuya base material Marx y Engels crearon el marxismo, desde entonces, y en contra de lo que algunos sostienen, se desenvuelve y se difunde pujante por los 5 continentes. Los revolucionarios de los países atrasados, países con inmensas masas campesinas y proporcionalmente reducidas clases obreras, encontraron el marxismo como instrumento guía para su acción y tomando sus principios los fundieron con sus condiciones revolucionarias específicas; así, el marxismo-leninismo se fundió con las condiciones concretas de los movimientos de liberación nacional y sus revoluciones democráticas. Y, en consecuencia, se desarrolló. Una muestra incontrovertible es lo que en aquellos tiempos se denominaba el pensamiento maotsetung, que nadie, absolutamente nadie, excepto los renegados revisionistas, podía considerar seriamente sino como marxismo desarrollado. El pensamiento maotsetung devendría más adelante maoísmo. Pero eso ya lo hemos visto, aunque tal vez se deba profundizar un poco más. Bueno. Al igual que el Presidente Mao, Mariátegui también aplicó el marxismo-leninismo a un país semifeudal y semicolonial, más aún, analizó incluso a los similares países latinoamericanos; y, participando directamente en la lucha de clases de nuestra patria, pudo desenvolverse como marxista y aplicar los principios universales en forma creadora, de ahí la similitud de muchas de sus tesis con los planteamientos del Presidente Mao. Y los años transcurridos muestran cada vez más fehacientemente la esencia marxista del pensamiento de Mariátegui. Lo que sucede es que, a los poco advertidos, desorienta el lenguaje propio que utiliza al cual no se está acostumbrado, se ignora las condiciones de nuestra América Latina y, lo básico, se parte de posiciones contrarias al marxismo. En su momento, quienes cuestionan la vigencia del pensamiento de Mariátegui alegan que si bien éste fue marxista, y notable pensador, sus posiciones habían quedado atrás con el transcurso de los años. Sin embargo, los estudios e investigaciones posteriores, salvo cosas que ya hemos discutido y por razones concretas, no niegan sino confirman las tesis fundamentales de Mariátegui; y, lo principal, que no habiéndose rematado la revolución democrático-nacional ni mucho menos iniciado la proletaria, el pensamiento de Mariátegui y su Camino, su línea política general de la revolución peruana, en la década del 70, seguía plenamente vigente; las 4 décadas transcurridas des-

pués de su muerte y más aún la necesidad de retomar su camino nacida de las grandes luchas de la década del 60 así lo demostraron. Hay que reiterar que Mariátegui es expresión política culminante del proletariado peruano; y, por otro lado, que los casi 50 años de *desarrollo* del Camino de Mariátegui demuestran que las banderas por él levantadas son las de la clase obrera, fueron probadas durante décadas y ha quedado claro que el éxito del proletariado está en asirlas firmemente y llevarlas adelante, mientras su fracaso está en abandonarlas o soslayarlas. Ninguna clase en el Perú ni ningún Partido, que no sea el Partido Comunista, puede mostrar tal experiencia acumulada ni tan altas banderas comprobadas por la lucha de clases. Así las cosas, la clave en ese momento era retomar el camino de Mariátegui; y eso implicaba poner a la clase obrera al mando de la revolución, imprimir la dirección de la única clase consecuentemente revolucionaria al proceso que derrumbará el orden social imperante; implicaba desarrollar la vanguardia organizada del proletariado, el Partido Comunista, para que cumpla su papel de estado mayor sin el cual no puede haber revolución; implicaba adherir a Mariátegui como expresión política concentrada de la clase obrera; en síntesis, era luchar por la dirección de la clase obrera en la revolución peruana. Así, Mariátegui devino bandera del pueblo peruano, base de unidad de los explotados y camino anchuroso y único de nuestra revolución democrático-nacional. Pero además, lo que es sustantivo, retomar el camino de Mariátegui implicó reconstituir el Partido Comunista, su Partido; era trabajar por su construcción ideológico-política, desarrollando los fundamentos que le diera su fundador y era, simultáneamente, pugnar por su construcción organizativa reajustando lo orgánico a lo político. Reconstituir el Partido fue, en síntesis, impulsar su reconstitución retomando a Mariátegui y apuntando al desarrollo de la guerra popular. El desarrollo de todo este proceso se puede resumir en 3 momentos: el del surgimiento del camino de Mariátegui y de la fundación del Partido; el de la búsqueda del camino de Mariátegui; y el de retomar el camino de Mariátegui y de la reconstitución del Partido. Los 3 momentos que conforman parte de nuestra historia partidaria, de la historia del proletariado peruano y de la historia de la lucha de clases en el Perú contemporáneo. Esa ingente tarea, que permitió poner al Partido en las condiciones necesarias para preparar, iniciar y desarrollar la guerra popular, fue obra de un conjunto de militantes del Partido bajo la dirección de un hombre, del doctor Abimael Guzmán, del Presidente Gonzalo.

—Eso, así se logró alcanzar una cumbre más alta y plantar la bandera que aún flamea al viento: el pensamiento gonzalo, antorcha que hasta aquí nos trajo y que seguirá guiándonos en la tenaz e in-

declinable tarea de persistir en el combate, con mano firme y segura, por conquistar el Poder en todo el país.

—Eso. Bueno, siga. El V Pleno, en 1975, se guió por la consigna de *Retomar plenamente a Mariátegui e impulsar la Reconstitución*. Ahí se analizan 3 problemas fundamentales. Primero, el Partido y el problema del Poder, que expresa la necesidad del Partido y que la cuestión central es conquistar el Poder para el proletariado a través de la guerra popular como concreción de la violencia revolucionaria; segundo, impulsar la Reconstitución del Partido, en base a las leyes generales de la lucha de clases en el país establecidas por Mariátegui en la línea política general; y tercero, el desarrollo de las masas es la tendencia en nuestro pueblo, desarrollo que en esos momentos se manifestaba en el paso de la oposición aislada a la oposición general al Gobierno fascista a través de la lucha democrática concretada en combatir por beneficios, conquistas, derechos y libertades. Así fue cómo después de 6 años de sancionada oficialmente la Reconstitución ésta entraba a ser *impulsada* y devenía tendencia principal del Partido. El V Pleno precisó los 5 caracteres fundamentales del camino de Mariátegui, o línea política general, concretada en las 5 cuestiones básicas que ya hemos visto; el carácter de la sociedad peruana, o sea la condición semifeudal y semicolonial de nuestra sociedad; el carácter de la revolución con sus 2 etapas, la primera etapa que es de carácter democrático nacional o de nueva democracia y la segunda etapa de carácter socialista; las tareas de la revolución, que en la primera etapa son la de destruir la semifeudalidad y la de barrer el dominio imperialista; los instrumentos de la revolución, o las indispensables 3 *varitas mágicas*, que son el Partido, el Frente Único y el Ejército de nuevo tipo o Ejército Popular, de los cuales el Partido Comunista es el decisivo; y, finalmente, la línea de masas que sustenta todo el trabajo revolucionario. El Pleno acuerda que parte del camino de Mariátegui era la Reconstitución de su Partido, su más grande obra revolucionaria. En esos momentos, 1975, después de casi 5 décadas de la fundación del Partido en 1928 y de ardua lucha que demostraba su validez y vigencia, se lograba establecer la línea política general diseñada por Mariátegui y la indispensable necesidad de *Retomar a Mariátegui y Reconstituir su Partido* sobre esa línea política general, pero *desarrollándola*. Así, se abrió para el Partido de Mariátegui una cada vez mejor perspectiva en el cumplimiento de su misión histórica; el camino de Mariátegui, definido en el IV Pleno, tomaba un gran impulso y pasaba a ser desarrollado.

—Una gran victoria de la línea roja, de la línea proletaria dirigida por el camarada Gonzalo, que hasta mediados de 1975 usara el seudónimo de Álvaro, en ardua lucha contra el liquidacionismo de

izquierda cuyas posiciones fueron totalmente derrotadas en la lucha de masas.

—Eso. El VI Pleno, en 1976, desbrozó el camino para la *Culminación de la Reconstitución del Partido* y, en su desarrollo, ante la existencia de divergencias en el problema campesino, deviene trascendental evento de lucha contra las posiciones del liquidacionismo de derecha e *izquierda* como modalidades del revisionismo. El Pleno analizó, entre otros importantes problemas políticos, la situación internacional y la lucha entre revolución y contrarrevolución en China; en cuanto a política nacional, el camino de cercar las ciudades desde el campo; en cuanto el problema de la construcción, se vio su ligazón a poner al campesinado, principalmente el campesinado pobre, como base y sobre ella construir los 3 instrumentos de la revolución; también se analizó la necesidad de sentar bases para la construcción orgánica que exigía formar el Departamento de Organización que se haría cargo de la planificación y ejecución del Plan de Construcción a nivel nacional; un plan que debía desarrollarse movilizándolo a los Organismos Generados como un torrente para poner el trabajo campesino como base y la revolución como directriz; se acuerda, además, la reconstitución del Partido desde el campo y desarrollar el camino de cercar las ciudades desde el campo y vertebrar y desarrollar la izquierda como fracción. A fin de cuentas, en apretada síntesis, se analizan y acuerdan cuestiones fundamentales: la política, principalmente el camino de cercar las ciudades desde el campo; desarrollar la lucha interna; y sentar bases para la construcción; cuestiones que muestran con meridiana claridad el desarrollo, la situación y las tareas del Partido en aquel momento histórico; y estas 3 cuestiones esenciales se irán desarrollando durante todo el proceso de Culminación de la Reconstitución del Partido. El avance del Partido, las circunstancias políticas y el desarrollo de la construcción ideológico-política exigían dar un salto en la construcción organizativa a fin de preparar el aparato orgánico partidario al nivel de las necesidades de la dirección política; y así se hizo. Finalmente se convoca el VII Pleno del Comité Central del Partido para tratar el *Plan Nacional de Construcción*. Así, el VI Pleno sentó sólidas bases para el éxito del VII Pleno, uno de los más importantes en la historia del Partido.

—Me parece que en la exposición de este punto se debe remarcar un poquito más el hecho de que el problema era *culminar*; es decir, dar por terminada la Reconstitución del Partido y sentar las bases para iniciar la lucha armada; y junto a esto habría que especificar un poco más acerca de la lucha interna y la aparición de una línea campesinista burguesa reaccionaria que se sustentaba en los rezagos del liquidacionismo de derecha, línea que resurgía en nuevas circuns-

tancias y como forma de revisionismo. Una línea derechista que se oponía rabiosamente al camino de cercar las ciudades desde el campo; una mezcla de economismo y revolucionarismo pequeñoburgués que restringía todo el trabajo a la actividad sindical. Línea contraria que se irá desarrollando bajo otras modalidades hasta el IX Pleno, evento en el cual fue derrotada. A fin de cuentas, una lucha contra el revisionismo tanto fuera como dentro del Partido; lucha que, como hemos visto, no tiene visos de terminar ni siquiera después del triunfo de la revolución. La lucha contra el revisionismo y el oportunismo tendrá que ser especificada, como hasta ahora, en cada período del desarrollo de la lucha de clases puesto que el viejo revisionismo y el viejo oportunismo tienden a camuflarse dentro de *nuevas formas* incluyendo el eclecticismo; una lucha larga, ardua, dura, difícil y hasta cruenta que tendrá altos y bajos, avances y retrocesos, victorias y derrotas pero siempre debe ser certera e implacable.

—Cierto, tienes razón, habrá que desarrollar la exposición un poco más. No hay problema, es factible. Bueno, el VII Pleno se llevó a cabo, en 1977, bajo la consigna *Desarrollar la construcción, principalmente del Partido, en función de la lucha armada*, cuyo centro fue, como la consigna misma lo dice, la construcción. A la preparación de este evento contribuyó la encomiada labor del Departamento de Propaganda, dirigido por la camarada Norah, que posibilitó la recopilación, selección y publicación de una gran cantidad de documentos partidarios como material de estudio que abarcaba la filosofía, la economía política y el socialismo científico así como la lucha de clases a nivel internacional y nacional en un período de 150 años; se publicaron, además, documentos producto de la investigación partidaria sobre economía y política y, en especial, sobre la lucha del campesinado a nivel nacional; de la misma manera se publicó una selección de documentos sobre la cuestión militar y la experiencia del proletariado internacional así como la experiencia militar antes, durante y después de la emancipación. Un gran aporte que ayudaba a una mejor y más profunda comprensión de aquello de quien quiera que desee tomar el Poder estatal y retenerlo, tiene que contar con un poderoso ejército; todo ello acorde con la necesidad de elaborar un Plan Nacional de construcción en función de la lucha armada. Quedaba claramente comprendida la consigna de que salvo el Poder todo es ilusión. La conquista del Poder político ha devenido el gran deber de la clase obrera. Lo dicho, el Partido del proletariado es para luchar por tomar el Poder para la clase obrera, el Partido se construye y combate para derrumbar el viejo Poder por la violencia y, sobre las ruinas del caduco orden social de explotación, levantar la dictadura del proletariado que conduzca hasta la sociedad sin clases, hasta la sociedad

comunista. Hay que recordar que en esta sesión plenaria se aprueba la defensa del marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung, principalmente este último, pues ser marxista en la actualidad, se decía en aquel entonces, es ser marxista-leninista-pensamiento maotsetung; hay que combatir implacablemente al revisionismo contemporáneo hasta barrerlo cabal y completamente; tenemos 3 espadas: Marx, Lenin y Mao. La tarea de los marxistas es la defensa del marxismo. Bueno, en el VII Pleno la lucha de 2 líneas se desarrolló apuntando a liquidar el liquidacionismo para avanzar y desarrollar la lucha de 2 líneas contra el revisionismo como peligro principal centrándose en los 3 problemas del Partido y su interrelación; es decir, en la construcción del Partido, del Ejército de nuevo tipo y del Frente Único como una unidad indisoluble que, en una sociedad como la nuestra, no puede darse si no sigue el camino del campo a la ciudad. Así, el VII Pleno es la concreción de un largo recorrido que se plasma en el Plan Nacional de Construcción; una década de tenaz y persistente lucha en la que cristaliza una justa y correcta línea ideológica y política que no sólo retoma el pensamiento de Mariátegui sino que lo desarrolla en la práctica revolucionaria, en la lucha de masas y en la lucha de 2 líneas; se sientan las bases organizativas que permitieron al Partido dar el gran salto histórico de iniciar y desarrollar la guerra popular con la heroica gesta de militantes, activistas, simpatizantes y masas populares bajo la dirección del camarada Gonzalo. Así queda evidenciado que en determinados momentos la construcción pasa a ser la cuestión sustantiva. Bueno, inmediatamente después del Pleno se desarrolló la I Escuela Nacional de Cuadros, que fue una escuela de preparación ideológica y política que permitió el desplazamiento al campo de decenas de cuadros, rigurosamente seleccionados por la Dirección Central, para llevar adelante la construcción en todo el país. El Plan de Construcción, aunque no libre de dificultades y desviaciones, se aplicó exitosamente en medio de la lucha de clases y la lucha de 2 líneas. A fines de 1977 se efectúa el primer balance de la aplicación del Plan Nacional de Construcción. Este período concluye con un llamado a bregar por el VIII Pleno Ampliado que debería convocar a la realización del V Congreso y debatiría la línea del Partido sobre el trabajo de masas como punto central. Surgen los comités regionales para desarrollar la construcción regional como base de la construcción nacional. La cuestión de *sentar bases* para iniciar la lucha armada, implicaba pasar a *Iniciar* y esto exigía fijar tiempo, un período de tiempo que fue fijado *dentro de los próximos 5 años*; y como contrapartida, claro, se agudiza la lucha.

—Si el Partido es para la conquista del Poder y el Partido está reconstituido, entonces debe iniciarse la lucha armada. Ésa es la es-

pecificación de *sentar bases* para desarrollar la lucha armada. Terminado un período, debe empezar otro. Así se hizo, pero el Congreso se pospuso —dijo Leoncio señalando con el dedo índice hacia el cielo.

—Sí, pero aguanta el carro, compadre. El VIII Pleno del Comité Central del Partido se desarrolló, en 1978, durante 3 sesiones; en la sesión del Comité Central Ampliado, en la sesión del Comité Central y en la sesión del Buró Político. Estos 3 eventos forman una sola unidad centrada en la construcción de los 3 instrumentos de la revolución, sobre todo del Partido. Se venía de un intenso año de desarrollo de los Organismos Generados y del Comité Metropolitano, Comité que resuelve el problema de la forma orgánica de la Capital como plan piloto para la organización partidaria en las ciudades, según lo establecido en el Plan Nacional de Construcción. Pero resulta que algunos cuadros que habían regresado del campo planteaban que allí no habían encontrado lucha de clases y que no existía feudalidad, por lo que se desató una lucha campal de la izquierda contra la línea oportunista de derecha que pretendía asaltar la dirección del Partido y cambiar la línea; es en ese momento cuando el camarada Gonzalo plantea que para limpiar el Partido de impurezas se debe desarrollar la autocritica y así poder conjurar la escisión. Y así se hizo, se conjuró la escisión pues 2/3 del Comité Central vacilaron y 1/3 se mantuvo en una firme posición, la dirección impuso condiciones y marcó el rumbo superando el difícil momento en el que se desenvolvía el Partido Comunista del Perú. Así, el VIII Pleno sancionó terminar la Reconstitución y pasar a sentar bases para iniciar la lucha armada; se aprobó la línea política general y su desarrollo; y el Esquema para iniciar la lucha armada, base de la línea militar del Partido, como una unidad tanto en campo como en ciudad, tomando el campo como el teatro principal de las acciones. En la sesión del Pleno ampliado del Comité Central, se hizo el segundo balance de la aplicación del Plan Nacional de Construcción que debería determinar si estaban maduras las condiciones para la realización del V Congreso. Dado que en la lucha de 2 líneas la izquierda se enfrentaba a una línea contraria en su interior, una línea oportunista de derecha que se oponía a seguir el camino de cercar las ciudades desde el campo, se estableció la necesidad de guiarse por las *5 unificaciones*; es decir, la unidad de concepción, de política, de plan, de mando y de acción para plasmar la necesidad de unir a todo el Partido. La experiencia acumulada desde la derrota del liquidacionismo de izquierda en el V Pleno del Comité Central de 1975 y el proceso de desarrollo de la línea oportunista de derecha desde el VI Pleno de 1976, tras un concienzudo análisis de su derrotero, hacen percibir que tanto la línea derechista en el campo como la línea derechista en la ciudad no eran sino partes componentes de la misma

línea oportunista de derecha; línea que en el VIII Pleno Ampliado, actuando una vez más contra la línea política general y su desarrollo, apuntaba centralmente contra el esquema para la lucha armada y en contra de terminar la Reconstitución a fin de pasar a la preparación del inicio de la guerra popular. El balance pone como centro la necesidad de seguir orientándose por lo que entonces se denominaron los 5 puntos que deberían guiar la construcción; en lo ideológico, la lucha armada como concreción de la violencia revolucionaria; en lo político, la línea política general y su desarrollo; en lo organizativo, el desarrollar la construcción en función de la lucha armada tomando como base el trabajo campesino; en la lucha de clases de las masas, el levantar al campesinado bajo la dirección del proletariado representado por su Partido; y en la lucha de 2 líneas, evitar que la línea contraria se asiente, corregir la desviación y barrer el revisionismo...

—Un punto a destacar —interrumpió Leoncio—, es que durante la discusión de los temas tratados se combatió posiciones y convergencias que llevaban a la formación de grupos como, por ejemplo, los llamados *afines*, que era un grupo en el cual convergía parte de la nueva militancia de procedencia universitaria limeña; los *clanes*, dentro de los cuales tendían a agruparse los antiguos militantes de Ayacucho; y los *anarquistas*, que agrupaba a militantes de procedencia magisterial con criterios de anarquismo señorial. Las posiciones de este último grupo fue el centro de las críticas, sobre todo se combatió sus criterios militaristas que planteaban la formación de *células militares* en contraposición a lo correctamente planteado por la posición proletaria que sostenía que lo principal es la línea política, la línea política general y su desarrollo y no la violencia al margen de la política, lo cual plantea la necesidad de desarrollar fuerzas militares de nuevo tipo dirigidas por el Partido cuya dirección orgánica se plasma en la formación de células partidarias dentro del ejército revolucionario; el Partido manda al fusil y jamás se debe permitir lo contrario. Eso por un lado, y por otro, es que a partir del Pleno Ampliado se estableció que la línea política general se guiaba por la ideología del proletariado, esto es el marxismo-leninismo-maoísmo, principalmente maoísmo, en términos actuales puesto que por entonces aún se decía pensamiento maotsetung; la línea política general es concebida dentro de un programa comunista de 2 revoluciones, la democrática y la socialista, ininterrumpidas y en función del comunismo como meta histórica; y, finalmente, la línea política general está integrada por línea internacional, línea de la revolución democrática, línea militar, línea de construcción y línea de masas.

—Eso, sí, es una de las claves. Bueno, al concluir el segundo balance del Plan Nacional de Construcción se acordó posponer el V

Congreso ya que, según el planteamiento del Buró Político, su realización no estaba suficientemente madura; el planteamiento era justo y correcto y ponía en evidencia la labor de zapa del revisionismo y su siniestro bloqueo al VIII Pleno, lo que hacía inviable la celebración del V Congreso. La mascarada de la línea oportunista de derecha era el pretender realizar el Congreso a toda costa planteando que *aún* había la necesidad de proseguir la Reconstitución para superar los *problemas* del Plan Nacional de Construcción; decían que primero debía celebrarse el V Congreso del Partido y recién en él debería aprobarse la línea política general y su desarrollo y, en consecuencia, el Esquema para iniciar la lucha armada; así, todos los esfuerzos debían concentrarse en la realización del Congreso, evento que, además, sostenían, debería seleccionar con la máxima organicidad el nuevo Comité Central; sin embargo, y a pesar de la perorata, su claro objetivo era empantanar al Partido en interminables discusiones bizantinas, con riesgo de divisiones, para impedirle el cumplimiento de su tarea central, lo dicho, ya reconstituido el Partido, éste debería abocarse a conquistar el Poder a través de la violencia revolucionaria, de iniciar la lucha armada siguiendo el esquema planteado por la dirección del Partido. En consecuencia, y luego de una enconada lucha de 2 líneas, que en algunos momentos tuvo visos de abierto antagonismo, en que la izquierda combatió y, aunque no desapareció pues siguió desenvolviéndose, derrotó una línea revisionista estructurada que intentó asaltar la dirección para cambiar línea, se unifica al Partido; se sanciona la línea política general y su desarrollo; se plantea poner término a la Reconstitución del Partido en la práctica sin esperar la realización del Congreso y se da comienzo oficial a sentar bases para iniciar la lucha armada; se sanciona la reorganización general del Partido para ajustarlo al VIII Pleno y se fundamentó un nuevo plan de construcción, desarrollando el del VII Pleno que venía siendo aplicado desde 1977, tomando en consideración 5 puntos para la aplicación del Esquema: el proceso social e histórico del país, especialmente en lo militar; la importancia de la Sierra, principalmente del Centro al Sur en nuestra historia; la importancia de la Capital; la ubicación del Perú en América Latina, en Sudamérica particularmente, y en el contexto internacional; y la revolución peruana dentro de la revolución proletaria mundial. Finalmente, se precisa que la línea contraria implicaba cuestionamiento de línea política general y cuestionamiento del Partido; una vez más, con lúcido acierto, se conjuró el plan de escisión. Así pues, se reitera que lo que se tenía al frente era una línea revisionista como peligro principal; se reitera que no basta línea; teniendo una línea política, es necesario organizar la lucha para aplicarla; sobre la línea y a través de la lucha se deben construir los

aparatos orgánicos; se establece la necesidad de distribuir los cuadros partidarios y ejercer el control del cumplimiento de las tareas asignadas aplicando el control desde arriba, esto es de la Dirección, y desde abajo, es decir de las masas. Se plantea la necesidad de desarrollar una campaña contra la estupidez política, la primera lealtad es la lealtad frente al Partido; hay que ponerse de lado del Partido y no de personas ni de grupos, debía cumplirse la estricta sujeción a la centralización partidaria como aspecto principal del centralismo democrático. Pero la vaina no queda ahí, hasta aquí el relato podría dar la impresión que todo fue relativamente fácil y que la izquierda victoriosa echaba a andar la maquinaria sin tropiezo alguno.

—Sólo un iluso podría pensar eso —dijo Leoncio riendo.

—Eso, aunque ilusos hay por montones. Como fuere, a fines de 1978 hubo una reunión del Buró Político Ampliado donde la derecha volvió a levantar cabeza oponiéndose a la reorganización general del Partido en función del Esquema, lo que en esencia significaba su reticencia a preparar el inicio de la lucha armada. El centro del debate fueron problemas de construcción ligados a la estructura partidaria; al sistema de dirección; al reajuste de zonas y regiones; al funcionamiento de las células y del comité de células; a la organización de los departamentos; a los desplazamientos de contingentes al campo, principalmente del Comité Metropolitano; y a la distribución de los miembros del Buró Político para encabezar el trabajo en las diferentes regiones. La bronca se desató en el mismo Buró Político lo que lo llevó a debatir sobre su unidad, llegando a la conclusión sobre la necesidad de ampliarlo en la próxima reunión del Comité Central. Todo esto causó el empantanamiento que pospuso las urgentes tareas establecidas por el VIII Pleno por lo que se optó por reunir al Comité Central en una sesión extraordinaria que se realizó en enero de 1979 con el objetivo principal de llevar adelante la reorganización general del Partido de inmediato. Una vez más la derecha fue golpeada, y entre otros acuerdos se planteó que el Buró Político debía proceder inmediatamente a ejecutar la distribución y desplazamiento dentro del Plan Estratégico aprobado; y a convocar al IX Pleno Ampliado del Comité Central para tratar la Reorganización General del Partido, el inicio de la campaña de rectificación y la recomposición del Comité Central ya que éste es la expresión última del mando centralizado del Partido. De esta manera se puso en marcha la inmediata reorganización general del Partido para iniciar la lucha armada.

—Sí, pero, a fin de cuentas, lo fundamental es que luego de un largo recorrido había quedado establecido el desarrollo de Mariátegui y que sin ese desarrollo el Partido no podía avanzar ya que sólo con la lucha armada, con la guerra popular, es factible llegar a ser una

vanguardia reconocida. Y a todo eso se oponía la derecha.

—Cierto —convino Sebastián—. Así quedaba sellado el término de la reconstitución del Partido Comunista del Perú; una larga etapa, iniciada a inicios de la década del 60, tocaba a su fin; la izquierda, dirigida por el camarada Gonzalo, cumplió su papel histórico de persistir en la incansable, insoslayable e indoblegable brega por el comunismo. Bueno. El IX Pleno del Comité Central, en 1979, sancionaría una nueva etapa en la vida partidaria y el inicio de la lucha armada. Casi 50 años después de que Mariátegui fundara el Partido se puso término a su reconstitución y se pasaba a forjar una dirección única, a recomponer el Comité Central, y a reconocer al camarada Gonzalo como Jefe del Partido y la revolución.

—Cosa nada fácil pues todo ello se daba en una tenaz lucha contra el oportunismo y el revisionismo, que se oponían al inicio de la lucha armada, inicio que demandaba la necesidad de contar con una estructura, sistema y trabajo partidario único y centralizado; es decir que no basta un Partido unido sólo en torno a un programa y una táctica justa y correcta, sino que, además, requiere la unidad de organización para la centralización del trabajo partidario.

—Cierto —dijo Sebastián con movimientos afirmativos de cabeza—, no es correcto el reconocimiento platónico de las relaciones de organización que propugnan la idea burocrática de estructurar el Partido bajo supuestos moldes *democráticos* con una *dirección colectiva* controlada de abajo hacia arriba; lo que se requiere, junto al sistema organizativo y de control, es el centralismo democrático, que pone el acento en el centralismo, y el reconocimiento de la necesidad histórica de que la clase, el Partido y la revolución promuevan a sus propios dirigentes, a sus propios jefes y, es más, a su Jefatura. La diferencia que hay que resaltar es que *dirigente* es un cargo orgánico en tanto que *jefes* y *Jefatura* son aquéllos y aquél a quienes y a quien se reconoce su autoridad partidaria y revolucionaria adquirida y probada en una larga brega; autoridad de quienes en la teoría y en la práctica demuestran que son capaces de dirigir y guiar al Partido, al Ejército y a las masas populares en el avance y la victoria en la consecución de los ideales de clase, de los ideales del proletariado; jefes, de entre los cuales, por necesidad y casualidad histórica, surgiría la Jefatura, el Jefe.

—Eso —dijo Leoncio señalando con el índice hacia el firmamento—. Ya lo hemos visto en detalle cuando analizamos el papel de individuo en la historia y comprendimos que la necesidad histórica no menoscaba en nada el papel del individuo ya que toda la historia se compone, ciertamente, de acciones de individuos que, quieras o no, surgen y se desarrollan, innegablemente, como personalidades. La

vaina que se presenta al valorar la actuación social del individuo es que esta valoración implica, principalmente, el reconocimiento del papel *decisivo* de las masas y de las clases en la historia; consiste en saber qué condiciones aseguran el éxito de esta actividad y qué garantiza que esa actividad no resultará un acto aislado que se pierda en el mar de los actos opuestos. Así, para romper los mitos creados por los pusilánimes eruditos de libros mal leídos, hay que reiterar hasta el cansancio que el reconocimiento del papel del individuo en la historia implica, necesaria e incuestionablemente, el reconocimiento del papel decisivo de las masas y de las clases en la historia; y que el éxito de la actividad de las personalidades históricas relevantes en las cuestiones sociales, y el cómo se convierten en realidad sus objetivos y propósitos, se mide por el grado en que expresa la necesidad histórica y si actúa junto con las masas, atrayéndolas, guiándolas, y no al margen de ellas. Eso quiere decir que al valorar la actuación social del individuo hay que saber qué condiciones aseguran el éxito de esa actividad y qué garantiza que esa actividad no sea un hecho aislado que marcha en contra o al margen de la necesidad histórica. Una vez más, y por si quedan dudas, ello implica, principalmente, el reconocimiento del papel decisivo de las masas y de las clases en la historia. Punto. Dejemos que los malabaristas de laboriosas construcciones verbales sigan lidiando con sus propios mitos y fantasmas.

—Eso. Y para que no se nos tiren encima viendo quimeras donde no hay contradicción con lo dicho, hay que aclarar que, por el momento, cuaja y se desarrolla una dirección colectiva de la cual nosotros formamos parte y es así por las exigencias impuestas por las actuales necesidades; pero ello no quiere decir que, tarde o temprano, surja un grupo de reconocidos jefes y dentro de ellos el nuevo Jefe que dirija el Partido y la revolución. Tiempo al tiempo, personalmente pienso que nosotros ya no lo veremos pero no por ello hay que cruzarse de brazos y dejarle la tarea a los quejosos señoritos de escritorio.

—Exactamente, ése es el punto. Sólo la brega por la libertad de todo el pueblo desbroza el camino que conduce a la victoria sobre el enemigo y nos proporcionará el más alto dirigente como jefe reconocido del Partido y de la revolución. Y estoy de acuerdo contigo en que es un acontecimiento que no veremos, pero eso a quién diablos le importa —señaló Leoncio levantando un poco el tono de voz.

—Eso. Bueno, sigo. En el IX Pleno, donde asistieron 18 de los 23 miembros del Comité Central de entonces, se aprueba el plan de definir y decidir el inicio de la lucha armada. De los 5 ausentes, 3 eran cabezas de la línea oportunista de derecha y se dio la consigna de combatirlos y expulsarlos. En el Pleno Ampliado se sientan las bases para la construcción y reorganización del Partido a través de una dura

lucha de 2 líneas con la finalidad de desarraigar la línea oportunista de derecha que negaba el inicio de la lucha armada y luchar contra el sectarismo cuya manifestación en ese momento era el individualismo y el subjetivismo en el terreno organizativo; y también se acuerda establecer un sistema nacional de dirección en función de la lucha armada para recomponer el Comité Central. Esto último implicaba reconocer una cabeza, una jefatura, un jefe que tenga autoridad y ascendencia reconocida y crear un sistema de regionales y zonales en todo el país.

—Lo que no quiere decir que no existían los regionales y zonales, ya que en la reunión estaban presentes, entre otros, los responsables del Comité Regional del Centro, del Metropolitano, del Sur y de los Comités Zonales de Andahuaylas, Cangallo-Fajardo.

—Cierto, tienes razón. De lo que se trata es del *sistema* de regionales y zonales, haré la aclaración correspondiente en la exposición. Gracias. El 7 de junio de 1979 el Comité Central organizó el *Acto de la Bandera* donde se reconoce al camarada Gonzalo como la persona que había reconstituido el Partido y había desarrollado el pensamiento de Mariátegui, por lo cual, los presentes lo reconocen como Jefe del Partido y de la revolución; por otro lado, como consecuencia de la lucha de 2 líneas que se había tornado antagónica, se expulsa del Partido a 11 dirigentes del Comité Central y del Buró Político; y se acuerda convocar la I Conferencia Nacional para antes de fin de año. En esa solemne y trascendental reunión, el camarada Gonzalo hace una conmovedora elocución que posteriormente se publicó bajo el título *Por la Nueva Bandera: Muchos los llamados y pocos los escogidos*. No somos los únicos. Todos estamos sujetos a la tempestad; el viento se lleva las hojas, pero va quedando el grano...

—El Partido ha entrado a una gran tormenta —continuó Leoncio—, todo se va a incendiar; hace tiempo estamos por convertirnos en centro polar, ya comenzó la convergencia. Nuestro camino está bien; todos los problemas serán resueltos... Somos los incendiarios; la masa está lista, la masa nos espera, quieren luz no sombras, quieren espadas no mantequillas fuego no hielo. La izquierda debe cumplir su papel; el problema es simple, incluso para los que tienen alma dura; el problema es abrir el corazón con resolución, es fácil hacerlo, lo demanda la revolución. Basta de podridas aguas individuales, estiércol abandonado. Nueva etapa: lavarnos el alma, lavarnos bien. Pensar en la revolución y en el Partido, que implica el pueblo y la clase; la necesidad lo exige, vayamos al fondo de nuestros problemas pero sin envolver nuestros ojos, vayamos al fondo de nuestras posiciones para clavar en nuestras almas definitivamente la bandera del Partido...

—Eso, fue un brillante manifiesto —dijo Sebastián con acento suave y emocionado—. Y concluye diciendo: La Bandera Roja prevalecerá, arranquemos la bandera negra, que cada uno demuestre su condición de comunista. La bandera flamea en otra cumbre más alta, muchos ya empiezan a reconocerla; otros vientos se gestan en nuestra patria; cada uno analice sus problemas dentro de la línea y enlode sus banderas raídas. Algo nos ayuda: la Bandera está más alta; cómo no vamos a cumplir nuestro papel. Espero que lo cumplamos, espero.

—Y seguimos esperando. Eso es algo que él mismo debería leer y releer para recordar lo que nos indicó en el pasado y así no manchar nuestra Bandera como él lo hace en el presente —dijo Leoncio lacónico.

—Eso. En la II sesión del IX Pleno, llevada a cabo en 11 reuniones de candela, los regionales y zonales presentaron sendos informes en base a estudios realizados por la militancia en los últimos años sobre los aspectos geográficos, económicos, sociológicos y políticos de sus diferentes regiones y zonas encaminados al inicio de la lucha armada; estudios que a su vez se basaban en investigaciones hechas en la última década, las ampliaban y actualizaban. Se acuerda crear escuelas populares y conformar células entre los más avanzados y enviar cuadros al campo para preparar el inicio de la lucha armada y, paralelamente, desarrollar el aparato logístico del Partido. En la III sesión se toma el acuerdo de que el Partido debe ser clandestino y se replantea la marcha del sistema organizativo que debería ser sancionado en la I Conferencia Nacional del Comité Central Ampliado. Es en esta sesión, la III del IX Pleno, donde se elige al camarada Gonzalo como Presidente del Buró Político y a un nuevo Comité Central. En esa reunión el camarada Gonzalo sustenta que se estaba gestando un amplio movimiento campesino que iba a ser la clave para la constitución del Ejército Guerrillero Popular, de lo cual se desprende la necesidad de enviar más cuadros al campo para incrementar el trabajo político dentro de los campesinos pobres. En otra reunión plantea que el desarrollo de los Comités Locales, bases del Partido, debería estar en función del nuevo sistema organizativo. Entre otros acuerdos, se toma el de intensificar el trabajo de masas para captar nuevos trabajadores de la ciudad para el Partido y crear escuelas populares en el campo orientadas a la conformación del Movimiento de Campesinos Pobres; se hace un balance de las actividades del Frente de Defensa del Pueblo de Ayacucho y del Frente Estudiantil Revolucionario de Huamanga y se acuerda que el Frente de Defensa debía seguir los lineamientos para desarrollar investigaciones de las zonas rurales en función del inicio de la lucha armada. Bueno, a fines de 1979, se lleva a cabo la I Sesión de la I Conferencia Nacional Ampliada del Comité

Central...

—Momentito, disculpa —dijo Leoncio—, todo lo que acabas de decir es significativo, cierto y correcto, pero pienso que lo principal a destacar del IX Pleno es la elección del camarada Gonzalo como Presidente del Buró Político y que en ese Pleno es que se acuerda el inicio de la lucha armada. Ya sé que has mencionado ambas cosas, lo sé, te estoy escuchando con mucha atención. Y me parece que es necesario remarcarlo porque el evento, y tú mismo lo acabas de decir, sanciona una nueva etapa en la vida partidaria. El Partido tuvo que reconstituirse durante años de intensa, tenaz e incesante lucha. Después de la expulsión del revisionismo de las filas partidarias, de Del Prado y compañía, en la IV Conferencia Nacional de enero de 1964, el Partido entra a un largo y complejo proceso de reconstitución que fue acordado en la VI Conferencia de enero 69 y esto implicaba hacer del Partido, lastrado de revisionismo, un Partido de nuevo tipo; es decir, un Partido marxista-leninista-maoísta. Cumplida esta ardua y gran tarea, la IX Sesión Plenaria del Comité Central, en 1979, acuerda iniciar la lucha armada. Así, la monumental obra del camarada Gonzalo, que dirigía y era apoyado por una masa de militantes entregados al trabajo práctico, quedaba plasmada en un Partido reconstituido, con una teoría verdaderamente revolucionaria y apoyándose en una clase verdaderamente revolucionaria que despertaba para alzarse en toda su talla y desplegar todas sus fuerzas de gigante, el proletariado presto a dirigir al campesinado en el camino de cercar las ciudades desde el campo. Para iniciar la guerra popular fue necesario dar lucha contra una línea oportunista de derecha que se oponía a iniciar la guerra popular, se produjeron expulsiones y una depuración del Partido. Es necesario hacer comprender que el Comité Central es expresión última del mando centralizado del Partido y que la depuración fortalece, no hay por qué temerla. Pero la lucha no termina ahí, sigue y seguirá aún por mucho tiempo, ya lo hemos visto. Lo que debe quedar claro de ese evento es el destacado papel del Presidente Gonzalo, el reconocimiento que se hace de su dirección y el establecimiento del inicio de una nueva etapa. El elegirlo Presidente no fue un premio a su figura, fue un reconocimiento a su ingente labor cumplida en la dirección de la reconstitución del Partido y por haber desarrollado una línea ideológica y política justa y correcta que se expresa y plasma en hechos irrefutables; la cuestión decisiva, evidentemente con justeza establecida por el Presidente Gonzalo, es el marxismo-leninismo-maoísmo porque el problema es tener una línea ideológica y política justa y correcta, y no puede haber línea política justa y correcta si no hay justa y correcta ideología; la del proletariado, el marxismo-leninismo-maoísmo, guste o no a los bellacos de

siempre.

—Bueno, valga la aclaración. A fines de 1979, se lleva a cabo la I Sesión de la I Conferencia Nacional Ampliada del Comité Central...

—En noviembre de 1979 —concretó Leoncio.

—Sí. En esa reunión, el Presidente Gonzalo planteó la tesis de la necesidad de la militarización del Partido a través de acciones basándose en las tesis de Lenin que dice que hay que centrar el trabajo en lo militar, que concluyan los tiempos de paz y se entraba a los tiempos de guerra por lo que todos los efectivos debían ser militarizados; se toma al Partido como eje de todo y en torno a él se construye el Ejército y con estos instrumentos, con las masas en guerra popular, construir en torno a ambos el nuevo Estado.

—Y es lo que se conoce como la construcción concéntrica —intervino Leoncio.

—Eso. La militarización del Partido debe entenderse como el conjunto de transformaciones, cambios y reajustes que éste necesita para *dirigir* la guerra popular como forma principal de lucha que genere el nuevo Estado y la dictadura conjunta que transforme la sociedad de dominio del imperialismo, capitalismo burocrático y semifeudalidad en una República Popular de Nueva Democracia, culminando así la revolución democrática para pasar de inmediato a la revolución socialista y marchar hacia comunismo, contribuyendo, de esta forma, a la heroica gesta de los pueblos de los diferentes países en su lucha contra la dominación, tanto la imperialista como la de las diferentes clases reaccionarias nativas, en sus respectivas patrias.

—Estás tocando un punto clave que habrá que desarrollar —comentó Leoncio.

—Bueno. En el evento, entre otras cosas de importancia, se acuerda la línea militar, como centro de la línea política general, que consta de 3 elementos: la guerra popular unitaria, campo principal y ciudad complemento; la construcción de las fuerzas armadas revolucionarias, que se especifica como Ejército Guerrillero Popular, que tiene como particularidad la incorporación de la milicia para avanzar hacia el mar armado de masas, al armamento del pueblo; y, la estrategia y táctica aplicando planes políticos y militares que cuentan con estrategia política y estrategia militar. En marzo de 1980 se lleva a cabo la II Sesión Plenaria de la I Conferencia Nacional del Comité Central con la consigna de *Desarrollar la militarización del Partido a través de acciones*; el evento se desarrolló en 2 partes; la primera, donde se debatió la situación del Partido y su ligazón con las masas; y la segunda, donde se estudió la situación del Partido a la luz del marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung a partir de la década de 1960. En esta reunión se apuntó a establecer la orientación que

el Partido debía seguir para concretizar la línea militar en base al desarrollo de la militarización de todo el Partido; lo cual demandó el reajuste general partidario pero, esta vez, centrando en lo militar, hasta sancionar el Plan de acciones para el inicio de la lucha armada. Se aprueba, en consecuencia, una campaña de rectificación. También se acuerda realizar la I Escuela Militar y, después de ella, ampliar el Comité Central. Los integrantes del Comité Permanente pasan a ser 6 luego de la incorporación de un nuevo miembro. Se acuerda propagar las siguientes consignas: Las masas claman organizar la rebelión. Que las acciones hablen. Desarrollar la militarización del Partido a través de acciones; y...

—Comencemos a derrumbar los muros y a desplegar la aurora, una de las consignas más hermosas que concretan y condensan un largo período de la historia de nuestro pueblo y nuestra patria; para mí, claro —comentó Leoncio.

—Y no te falta razón, hermano —dijo Sebastián dándole un empujón en el hombro a Leoncio—. A inicios de abril se llevó a cabo la I Escuela Militar donde asistieron los miembros del Comité Central y los miembros de los comités y aparatos partidarios. El 19 de abril, el Presidente Gonzalo pronuncia el discurso *Somos los Iniciadores* con motivo de la clausura del evento.

—Somos los iniciadores, esto debemos grabárnoslo profundamente en nuestra alma. Esta reunión es histórica —empezó Leoncio a recordar en voz alta alguna de las partes del discurso—. Camaradas, revolución y contrarrevolución contienden también en nuestro país, somos 2 partes de una unidad ligadas y en lucha creciente. Los reaccionarios centrados, artillados, defendidos en las urbes, en las capitales; nosotros nos arraigaremos en el campo, en los poblados pequeños, con la masa, con el campesinado pobre en especial, con la fuerza, con el poder desorganizado para organizarlo en un poderoso ejército. Pero esto no será fácil, sus huestes negras y siniestras irán contra nosotros, montarán poderosas agresiones, grandes ofensivas. Nosotros responderemos, los desvencijaremos, los dividiremos; sus ofensivas las convertiremos en multitud de pequeñas ofensivas nuestras y los cercadores serán cercados y los pretendidos aniquiladores serán aniquilados y los pretendidos triunfadores serán derrotados y la bestia finalmente será acorralada y como se nos ha enseñado, el estruendo de nuestras voces armadas los hará estremecer de pavor y terminarán muertos de miedo convertidos en pocas y negras cenizas. Así ha de ser camaradas, así ha de ser. Sin embargo, la brega será dura, larga, difícil, cruenta; hay que acerar el alma, ser fuertes, vigorosos, no temer y estar seguros de la victoria; que la confianza en su conquista anide en nuestro corazón pues servimos al pueblo

y a la clase. El problema es que con decisión y firmeza iniciaremos la lucha armada, la desplegaremos y sus banderas poblarán nuestra tierra, con rotundas acciones que registrará la historia. Camaradas, nuestro pueblo entra a tomar el Poder por las armas; está en marcha la gesta más grandiosa que nuestra patria ha visto. Como eso, no se verá nunca más, será grandioso. Eso haremos nosotros; a eso serviremos y serviremos, el pueblo y la clase, el proletariado, lo mandan. No podemos, no debemos fallar... El Partido es Partido de nuevo tipo. Este Partido de nuevo tipo es para tomar el Poder para la clase obrera y para el pueblo en esta patria. El Partido ya no podrá desarrollarse más sino a través de las armas, a través de la lucha armada. Dura lección hemos aprendido en 50 años, una gran lección que nunca olvidaremos: no tenemos Poder porque no tenemos fusiles. Como ha sido escrito por el Presidente Mao: quien tiene más fusiles tiene más Poder y quien quiera tomar el Poder forje un ejército y quien quiera mantenerlo cuente con un poderoso ejército. Eso haremos nosotros. El Partido ha entrado a desarrollarse a través de la lucha armada, históricamente ése es el paso que estamos dando, no podremos volver atrás... Los comunistas hoy deben estar muy claros, qué es lo nuevo y qué es lo viejo. Reitero, lo nuevo es la lucha armada, son las ardientes llamas inmarcesibles de la guerra popular, es el acero que debe devenir más fino, aguda espada, punzante lanza para herir las entrañas de la reacción, eso es lo nuevo; sólo eso es lo nuevo, lo demás es lo viejo, es el pasado y de ese pasado hay que guardarse porque el pasado siempre pretende restablecerse de 1,000 formas en lo nuevo... Somos los iniciadores. Comenzamos diciendo somos los iniciadores, terminamos diciendo, somos los iniciadores, ¿Iniciadores de qué?, de la guerra popular, de la lucha armada que está en nuestras manos, brilla en nuestra mente, palpita en nuestro corazón, se agita incontenible en nuestras voluntades. Eso es lo que somos. Un puñado de hombres, de comunistas, acatando el mandato del Partido, del proletariado y del pueblo, en ese 19 de abril, dirá la historia, puestos de pie expresaron su declaración de fe revolucionaria, con el corazón ardiendo de pasión inextinguible, voluntad firme y resuelta, y con mente clara y audaz asumieron su obligación histórica de ser los iniciadores; y lo que decidieron un 19 de abril lo plasmaron en otoño en boicot y cosechas, prosiguieron en acciones contra el Poder reaccionario, apuntando al Poder local, lo continuaron con invasiones y con las masas campesinas alzadas arrancaron las guerrillas, y las guerrillas generaron el poderoso ejército que somos hoy y el Estado que se sostiene sobre él. Nuestra patria es libre; así dirá, camaradas, así dirá. Eso se concreta en nuestra decisión partidaria aparentemente simple pero de gran dimensión histórica... Camara-

das, entramos a la gran ruptura. Hemos dicho muchas veces que entramos en ruptura y que muchos lazos hemos de romper pues nos atan al viejo orden podrido y si no lo hacemos no lo podremos derruir. Camaradas, la hora llegó, no hay nada que discutir, el debate se ha agotado. Es tiempo de actuar, es momento de la ruptura y no la haremos en lenta y tardía meditación, ni en pasillos ni en cuartos silenciosos, la haremos en el fragor de las acciones bélicas, será la forma de hacerlo, una forma adecuada y correcta, la única forma de hacerlo. Ahí en las acciones, como hemos estudiado, la capacidad consciente de los hombres se intensifica, la voluntad es más tensa, la pasión más poderosa, la energía endiablada. Camaradas, ahí encontraremos la energía, la fuerza, la capacidad suficiente para la gran ruptura. A eso hemos entrado. Las trompetas comienzan a sonar, el rumor de la masa crece y crecerá más, nos va a ensordecen, nos va a atraer a un poderoso vórtice, con una nota: seremos protagonistas de la historia, conscientes, organizados, armados y así habrá la gran ruptura y seremos hacedores del amanecer definitivo. En eso hemos entrado, camaradas. Más o menos esas fueron algunas de las palabras pronunciadas por el Presidente Gonzalo. Y sólo meses antes, en el discurso *Por la Nueva Bandera*, había dicho: Unos hemos bregado porque se acuerde pasar al lenguaje de las acciones militares y otros con pertinacia se han opuesto con argucias, maniobras y hasta arterías. Pero se ha impuesto, está definido porque nuestra patria pide definiciones, porque nuestro pueblo pide decisión; el pueblo clama y nosotros respondemos a ese clamor, a esa exigencia, sentimos lo que sienten y queremos lo que quieren, quieren que sus manos hablen el lenguaje preciso y contundente de los hechos armados. ¡Sí! Desarrollar acciones siempre son los hechos de las masas, del pueblo. Cuando abre el surco es la acción que habla; cuando el yunque forja es la acción que habla; cuando los hombres investigan, sacan leyes, es la acción que habla; cuando manos armadas se alzan, es el pueblo que combate. Primero es el hecho y luego la idea, y esa idea te lleva a acción más alta cada vez. Somos reflejos certeros y justos de nuestra realidad. Hemos predicado, llamado a las armas, a la lucha armada. Nuestra voz no ha caído en el desierto, la semilla cayó en buen surco, comienza a germinar. Las voces que lanzamos son ecos poderosos, crecientes, voces que atronarán nuestra tierra. Aquellos a quienes dijimos ponerse en pie, levantarse en armas, sembrando en su voluntad, responden: estamos prestos, guíennos, organicénnos, actuemos; y cada vez nos requerirán más. O nosotros cumplimos lo que prometimos o seremos hazmerreír, fementidos, traidores. Y eso no somos nosotros... Así sellaba el Presidente Gonzalo un compromiso con la historia, con la clase y con el Partido. ¿Cómo fue posible

que haya tirado todos estos juramentos al tacho de la basura para convertirse en el renegado y traidor que es ahora?

—Aguanta, frena el carro, compadre. Déjame terminar y después puedes seguir; dame sólo un par de minutos —replicó Sebastián posando cuidadosamente su mano sobre el hombro de Leoncio que parecía abstraído en las profundidades de su pensamiento.

—Disculpa —dijo Leoncio sacudiendo la cabeza y ya de regreso.

—Bueno. Al final de la Escuela se acuerda concretizar el Plan de inicio de la lucha armada guiado por las consignas de Lucha Armada, Gobierno de obreros y campesinos; Centro es el campo, ciudad complemento; Cosechas e invasiones, boicot a las elecciones; Sabotajes; ILA, en base a las iniciales de Iniciar la Lucha Armada; y, Abajo el Gobierno reaccionario. El día señalado para el inicio de la lucha armada fue el 17 de mayo de 1980.

—Un día antes de las elecciones del 18 de mayo —puntualizó Leoncio.

—Eso. Todo este pequeño y apretado resumen, que posiblemente deja de lado algunas cosas también importantes o de relevancia, se encuentra en los documentos partidarios; pero pienso, tal como tú, que en la exposición debo ampliar un poco más y remitir a los camaradas a las fuentes. Espero que los encargados hayan cumplido con editar e imprimir la recopilación de documentos que hemos propuesto.

—Cuando saliste a orinar anoche, Aldo me ha dado a entender que todo está listo para la reunión incluyendo la documentación y el abastecimiento para poco más de 3 semanas; el problema, supongo, va a ser el traslado de todo ese material para los 76 que vamos a asistir. En cuanto a la exposición, hay que ver qué se puede resumir y qué ampliar; pero lo que necesitamos es, en todo caso, coherencia, fluidez y solidez lógica centrándonos en las ideas fundamentales para motivar con razones, y no con adjetivos, el estudio minucioso de los correspondientes hechos. Nada fácil.

—Cierto, nada fácil pero pasible de lograr sin descartar la bronca que den los que se opongan y aquellos que no comprendan bien la esencia del problema a resolver.

—El problema principal a resolver es uno sólo y es lo que debemos sacar adelante; necesariamente va a salir adelante, no hay otra opción válida. En cuanto a la bronca, que sea bienvenida; aunque supongo que inicialmente no habrá una resistencia fuerte. La mayoría de los asistentes están, en general, de acuerdo y, además, preparados para asumir las responsabilidades que se avecinan. Los últimos 3 años de discusión y gestación no han caído en saco roto, nos hemos cohesionado depurándonos del oportunismo y del chovinismo;

pienso que los problemas habrán de presentarse en la aplicación y en la sujeción a los planes trazados. Para tratar debidamente cualquier problema, sabemos que éste sólo puede ser enfocado con seguridad y confianza si se echa una mirada a la historia de su desarrollo en conjunto, y precisamente ese proceso es el que tratará de ser resumido en la exposición principal. De dónde venimos, dónde estamos y hacia dónde debemos dirigirnos. Qué hacer y cómo, ése es el punto. Hay que sentir seguridad y confianza en la clase y las masas. En lo interno, lo importante es la plena y fraternal confianza mutua entre los revolucionarios. Indiscutiblemente necesitamos esa confianza. Es un deber y evidentemente no se trata de una mera confianza sin un control que exija a cada uno a responder por las decisiones tomadas por uno mismo y por el conjunto pues de lo que se trata es del punto de vista del Partido que obliga a seguir la vía formalmente señalada para imponer las ideas y los deseos que emanan de esta confianza mutua; vía que exige la observación de procedimientos controlados y formalmente determinados para expresar y comprobar esa confianza. Para esto es necesaria una auténtica comunidad de ideas; un grupo de hombres unidos por esa comunidad de ideas, con el objetivo primordial de influir sobre el Partido en determinada dirección, con el objetivo de aplicar en el Partido los principios en la forma más pura posible; esa unión es una obligación insoslayable. La centralización y la disciplina más rigurosas son imprescindibles en el Partido político del proletariado. Sólo un profundo debate de ideas puede garantizar esa confianza entre camaradas, entre revolucionarios; sólo un profundo debate de ideas puede garantizar la unidad en torno a una comunidad de ideas y su centralización. El motor impulsor es la lucha de clases y la lucha de 2 líneas. Estoy convencido de que podemos llevar adelante esta tarea impuesta por la necesidad del momento —concluyó Leoncio.

—De acuerdo, un comunista que tiene posición de clase y espíritu de Partido es capaz de actuar con desinterés absoluto y puede adaptarse a los cambios; no brega por ningún interés personal sino por los intereses del Partido y de la clase. Eso es lo que nos permite dar los saltos que la realidad nos exige.

—Eso.

—Bueno. El Partido, el Partido Comunista del Perú ya reconstituido inicia un desafiante golpe político de gran trascendencia, proclama que la rebelión se justifica; que el Poder nace del fusil y convoca al pueblo, principalmente al campesinado pobre, a ponerse en pie armadamente; a encender la hoguera y estremecer los Andes; a escribir la nueva historia en los campos y recovecos de nuestra tumultuosa geografía; a derrumbar los podridos muros del orden opresor, conquistar

las cumbres y asaltar los cielos con la fuerza del fusil para abrir la nueva aurora. Así se dio el inicio. Lo que siguió fue el desarrollo de planes estratégicamente centralizados y tácticamente descentralizados, que son *Planes Estratégicos* que abarcan las acciones y la construcción; se desarrollan a través de campañas, y con el transcurso del tiempo y la amplitud de las campañas estos planes comienzan a ser más complejos y de mayor duración; después se desarrollan subplanes o planes circunscritos dentro de los planes generales. Entre 1980 y 1992 se dan 4 Planes de Desarrollo Estratégico: el Plan Estratégico de inicio, entre 1980 y 1982; el de Conquistar bases de apoyo, entre 1983 y 1986; el de Desarrollo de la guerra popular para desarrollar bases, entre 1987 y 1991; y el de Desarrollo de la guerra popular para conquistar el Poder en todo el país, a partir de 1992, Plan que se vio frustrado por la detención del Presidente Gonzalo y la incapacidad de los que asumieron la responsabilidad de persistir en el desarrollo de la guerra popular. Todos estos Planes de desarrollo estratégico contaban con sus respectivos planes militares. Como cualquiera podría notar, la vida orgánica partidaria siempre fue muy activa; si tomamos como referencia la década del 60 tenemos el IV Congreso Nacional de 1962; la IV Conferencia Nacional de 1964; la V Conferencia Nacional de 1965; la VI Conferencia Nacional de 1969 con 9 Plenos que se desarrollan entre 1969 y 1979; con el Partido ya reconstituido tenemos las Conferencias Nacionales, que entre 1979 y 1986 fueron 4; la I Escuela Militar en 1980; y entre 1988 y 1989 se desarrolla el I Congreso del Partido en lucha armada, con sus respectivas Sesiones Plenarias del Comité Central; y a todo esto hay que sumarle un sinnúmero de reuniones especiales de planificación y balance de los planes estratégicos y militares, con sus respectivas campañas, en el Comité Permanente, el Buró Político y el Comité Central.

—Habría que especificar que es en 1985 cuando el Partido acuerda poner en marcha el plan de desarrollo estratégico con, valga la redundancia, un criterio estratégico que permita actuar a todo el Partido en función de la conquista del Poder en todo el país; así, este objetivo pasaba a ser el objetivo político de toda la guerra popular.

—Eso, queda claro. Los Planes, cada uno con su estrategia política y militar, se elaboran con la finalidad de expandir la guerra popular en todo el ámbito nacional a través de ejes, o rumbos generales, y subejos, o rumbos específicos; de la misma manera se establece la dirección de movimientos y las líneas de movimientos. Ello obligaba a conocer las características militares del país y cada cierto tiempo se debían reajustar de acuerdo al desenvolvimiento de la guerra popular para mantener el rumbo estratégico de la misma. De esta manera se logra diferenciarlos del Plan Estratégico de Desarrollo y

del plan Estratégico Operativo; y, fin de cuentas, es el resultado de la experiencia; el resultado de haber aprendido a manejar la guerra con un plan estratégico único aplicando el principio de centralización estratégica y descentralización táctica; con un plan único con partes, por campañas, con planes estratégico-operativos, planes tácticos y planes concretos para cada acción; pero la clave de todo es el plan estratégico único, es lo que permite manejar la guerra como una unidad y eso es clave en la dirección de la guerra popular.

—Una buena parte de los asistentes son ex combatientes con experiencia y que han manejado, de una u otra manera, los ejes y subejos tanto como la dirección y las líneas de movimiento así que no les será difícil comprender algo que sólo en apariencia puede presentarse como enrevesado y que está vinculado, en esencia, al manejo del rumbo estratégico de la guerra y su fluidez que permitía, y permitirá, evitar el erratismo con el cual algunos se movían como locos sin rumbo ni sentido. Su establecimiento se basaba en una investigación de la zona y del desarrollo de las contradicciones en ella lo mismo que los aspectos históricos, geográficos, económicos, sociales, políticos, ideológicos, militares y la situación concreta del imperialismo, lo mismo que el papel de las escuelas populares y el trabajo organizativo en la zona. Si hay necesidad de aclarar más al respecto se hará, de todas maneras esa parte se verá con más detalles cuando presentemos los planes militares a desarrollar. Sigue, por favor.

—Bueno. Lo que queda por resaltar es la realización del I Congreso del Partido en guerra popular con sus 3 sesiones plenarias entre 1988 y 1989. Aquí hay algunas cuestiones claves a señalar. En la I Sesión Plenaria del Congreso, desarrollada entre fines de enero e inicios de febrero de 1988, se hace el balance del camino recorrido desde la década del 60 hasta el inicio de la lucha armada; luego se sanciona ese camino recorrido y se establece la base de unidad partidaria, que es el marxismo-leninismo-maoísmo, pensamiento gonzalo...

—Disculpa, hermano, para mejor entendimiento hay que señalar y explicar que fue en el Congreso donde se reconoció oficialmente el pensamiento gonzalo; que en 1981 el Partido ya había definido el pensamiento maotsetung como maoísmo y que en la II Conferencia Nacional, a inicios de 1982, lo estableció como tercera, nueva y superior etapa del marxismo.

—Así es. Bueno, el Congreso también sanciona el programa, la línea política general, el esquema de los estatutos y un esquema sobre los problemas de la historia del Partido. Se hace una selección de los miembros titulares, suplentes y candidatos del Comité Central; se selecciona a los miembros del Buró Político; a los del Comité Permanente y, lo más importante, se nombra al camarada Gonzalo como

Presidente del Partido Comunista del Perú.

—Que hasta entonces y desde 1979 era Presidente del Buró Político.

—Eso. Que la aclaración valga para cerrarle el pico a todo tipo de especuladores y cuentacuentos aficionados a la mitología y otros senderólogos que atribuyen el cargo a una autodenominación. Sigo. Luego de la reunión preparatoria, la II Sesión Plenaria del Congreso, desarrollada entre fines de agosto y mediados de septiembre de 1988, fue abierta por el Presidente Gonzalo con un informe sobre la campaña de rectificación para conquistar y construir mediante la guerra popular; una campaña de rectificación ideológica y política cuyo objetivo fue fortalecer y desarrollar el Partido para conquistar el Poder y construir limpiando el Partido para ajustarlo a la base de unidad partidaria; es decir, al marxismo-leninismo-maoísmo, pensamiento gonzalo; se buscaba unir ideológica y políticamente a todos los organismos del Partido para la conquista del Poder como perspectiva. En esa Sesión también se hace un balance de la primera parte de la III Campaña Militar que en esos momentos había concluido exitosamente y que había sido acordada como plan piloto. Se pasaba a la segunda parte de la III Campaña bajo la consigna de Gran culminación del plan piloto y se calculaba que el nuevo plan debería rematar el Plan de desarrollar bases y prepararse para el salto estratégico o el Gran salto hacia la guerra de movimientos. Al final de la reunión se acuerda aprobar los informes de la sesión preparatoria, el informe resumen sobre construcción, sobre la campaña de rectificación y sobre el programa concreto; también se sancionan los proyectos del programa concreto, estatutos y problemas de la historia del Partido. Se acuerda además, la publicación de una serie de documentos como Contra el revisionismo; Sobre la izquierda unida; Situación política nacional; Situación política internacional; Viva el maoísmo; Proceso del marxismo-leninismo-maoísmo; Lecciones sobre construcción y documentos sobre construcción. Documentos que junto con otros muchos hemos logrado recuperar y estudiar reiteradamente.

—Y que nos ha permitido llegar hasta aquí.

—Eso. Algo más, el evento, como todos los anteriores y posteriores, se da en lucha; consecuencia de ello es la suspensión de los derechos de una camarada pero no de sus obligaciones y queda sujeta a evaluaciones trimestrales. Uno de los puntos a resaltar es el balance hecho acerca del maoísmo y la necesidad de que éste sea considerado como mando y guía de la revolución mundial; lo que implicaba que sin enarbolar, defender y aplicar el marxismo-leninismo-maoísmo, principalmente el maoísmo, no avanzaría la revolución mundial. Y esto debería bastar para callar a la serie de rufianes que propalan

la falacia de que el Partido consideraba al Presidente Gonzalo como la *Cuarta Espada* del marxismo.

—Eso, una falacia.

—Sí. Finalmente se convoca el III Pleno para mediados de junio de 1989. Éste se inicia con un informe central del Presidente Gonzalo Sobre la III Sesión y la Agenda. Se analiza la situación de la lucha armada a 9 años del inicio; se evalúa el plan piloto del gran plan de desarrollar bases de apoyo y se aprueba el gran plan de desarrollar bases en función de la conquista del Poder, que debía empezar en agosto de 1989. Entre los acuerdos más importantes se encuentra el de publicar un documento sobre los 9 años de guerra popular; el ajustar todas las organizaciones del Partido en función a los acuerdos del Congreso; realizar una contraofensiva firme y resuelta contra la nueva ofensiva contrarrevolucionaria revisionista encabezada por Gorbachov y Teng Siao-ping; reconocer como miembros históricos del Comité Central a la camarada Norah, fallecida el 14 de noviembre de 1988 entre la II y III Sesión del I Congreso, y a otros 9 miembros...

—Suicidada, querrás decir —intervino Leoncio.

—Y declarada, en una resolución especial, gran dirigente y ejemplo imperecedero de dar la vida por el Partido y la Revolución...

—Una gran pendejada. Frases construidas sólo para acallar las voces que pedían una exhaustiva investigación de los hechos, pues si se hubiera seguido investigando la muerte de *la más grande heroína del Partido y la revolución*, se habría encontrado un lío de faldas en el cual la *heroína* sorprende a su marido metido en la cama con su mejor amiga y camarada, también miembro del Comité Permanente *histórico*. Y aunque Guzmán, en el velorio de Norah, haya dicho que ella, en su lamentable confusión, prefirió aniquilarse antes de escindir al Partido, la verdad es otra. Peor aún, al señalar que con ello, con su acto *inmolatorio*, Norah enseña qué camino seguir, qué hacer, es decir, seguir el camino de aniquilar su propia vida para no levantar la mano contra el Partido, lo único que se hace es pronunciar frases altisonantes pero huera puesto que no resisten el más vulgar de los análisis y menos aún uno dialéctico. ¿Todo aquel que *sospeche* que su actitud apunta a escindir el Partido, en lugar de corregirse, debe suicidarse? Si una persona, si un camarada, es capaz de *sospechar*, o de darse cuenta, de lo peligroso que resultan sus ideas para el Partido lo lógico sería corregirse y no suicidarse. Eso por un lado. Por otro lado, si un camarada, a pesar de saber que sus ideas son correctas pero no quiere *levantar la mano* contra el Partido, pues ello causaría la escisión del mismo, es decir la división en por lo menos 2 partes y una de ellas dirigida por él, en lugar de insistir en lo justo y correcto de sus puntos de vista o, en este caso, de su línea, ya que el desenlace sería

la escisión, la pregunta de cajón es ¿por qué suicidarse si cree tener la razón y no insistir en la lucha de 2 líneas hasta derrotar y, si fuera necesario, expulsar a una parte de los miembros del Partido, a la parte corrosiva, a la parte que se opone al avance del Partido? No sería la primera ni la última vez que algo así ocurre; y por donde se lo mire, la argumentación de Guzmán no pasa de ser una estupidez política. Además, ¿acaso no nos habían enseñado a no temer a la crítica sino a desarrollarse en ella? ¿Acaso no nos habían enseñado que la única línea marxista consiste en explicar a las masas que la escisión con el oportunismo es inevitable e imprescindible; en educar a las masas para la revolución en una lucha despiadada contra el oportunismo; en aprovechar la experiencia para desenmascarar todas las infamias de la política antipartido que los oportunistas desarrollan y no para encubrir las? ¿Acaso no nos habían enseñado que la depuración fortalece y que no hay por qué temerla? ¿Acaso no nos habían enseñado que al interior del Partido la lucha se libra en defensa de la unidad, demandando que se debe tener el valor de renunciar a los éxitos inmediatos en aras de cosas más importantes, enseñando la autocrítica y el enjuiciamiento serio de los errores y, lo que debe resaltarse mucho, señalando la raíz de la lucha y de la escisión; y que si ésta se produce no hay que temerla? Evidentemente que Guzmán, autor de la perorata en el velorio de Norah, tiene en cuenta estos aspectos contradictorios de su infundio y, para ponerse a cubierto, señala, sin querer queriendo, o con precisión calculada, que Norah estaba *confundida* así que no hay necesidad de buscar una actitud lógica, menos dialéctica, en sus actos; la *confusión* borra los límites entre la pasión y el pánico; ante actos desesperados no caben preguntas porque no hay respuestas. En otro momento, al detalle de la *confusión*, se añade la palabreja *su enfermedad* y se cierra *el caso* sancionando a quienes pidieron profundizar la investigación. Peor aún, a esa absurda argumentación se añade la estupidez de decir que una persona *enferma* y *confusa*, toda una heroína, nos señala el pletórico camino a seguir para no escindir el Partido; es decir, hay que suicidarse. Es Guzmán quien debería haber seguido ese estúpido heroico ejemplo. Aunque el suicidio ideológico lo cometió atizando y materializando la división del Partido, los capituladores, los renegados y traidores pasaron a armar tienda aparte, en la otra colina, en componenda y contienda con el enemigo de clase, su mimado y dilecto aliado del momento. Como fuere, la única *enfermedad*, si enfermedad se quiere llamar a algo tan doloroso como universal, que Norah padecía eran los celos; celos arteralmente provocados por un irresponsable e irrespetuoso descarriado que utilizaba el cuerpo de sus víctimas como botadero seminal. Y no fue la primera vez que Norah sorprendió a su marido tratando

de aprovecharse de alguna camarada; en 1982, después de aguantar varias *aventuras* del susodicho, lo emplazó delante de todo el Comité Central para que se autocritique por abuso de autoridad, pero el interpelado no se sintió aludido, sonrió y dio por concluida la reunión. Ojo, ni siquiera lo acusaba de ser infiel, ni de pinga loca, como había hecho algún delfín antes de darse a la fuga y levantar vuelo sin parar hasta llegar a algún lugar del Viejo Continente dizque para proteger a su mujer del fogoso tigre; no, la imputación era certera, precisa, justa y correcta: abuso de autoridad. Y la camarada Norah no estaba confundida, estaba serena, diáfana y solitaria. En 1988, después del hecho consumado por los 2 sorprendidos *históricos* en el lecho mancillado, se armó una pelotera de los 1,000 demonios que no pasó desapercibida; días después contó lo sucedido a una persona de su confianza y finalmente decidió quitarse la vida. ¿Qué la llevó a una extrema e innecesaria medida a los 43 años de edad y en pleno desarrollo victorioso de la revolución? ¿Quería aguarle a fiesta a su marido? ¿Llamar la atención? ¿Despertar algunas adormecidas conciencias obligándolas a reflexionar? ¿Desilusión? ¿Agotamiento moral? ¿Clara comprensión de su soledad? ¿Agrio desencanto ante la falta de solidaridad de sus más cercanos camaradas? ¿Pleno entendimiento de que la defensa del más elemental respeto que se merecía caía en un pozo en cuyas aguas ya se ha escupido? ¿Despecho por un inmenso amor no correspondido? ¿Hartazgo de escuchar una fatua prédica sobre principios y camaradería por parte de alguien que tercamente se negaba a poner bajo control su fogoso instinto haciendo abuso de su autoridad? ¿Era culpable él por aprovecharse de las debilidades humanas? ¿O la culpa era de aquellas endebles pero astutas palomas por *ceder* al capricho de su jefatura? Si uno pone la bandeja y alguien se sirve de lo que hay en ella ¿recae el peso de la responsabilidad en el que la ofrece, en quien se sirve o en ambos? Quién es el pendejo o quién la pendeja. Nadie obliga a nada, se sirve sólo quien lo desea. ¿Pero, hay o no abuso de autoridad? Las respuestas a estas y muchas otras preguntas están bajo tierra hace mucho tiempo...

—Yo no creo que haya necesidad de resucitar a la muerta —dijo Sebastián con un tono de fastidio y discordancia—. No pienso que sea necesario destapar estos detalles y darle armas al enemigo para que se nos tiren encima con todo y por nada...

—Qué carajo, compadre, ¿cómo que por nada?

—Disculpa, no quería expresar eso, de lo que se trata es que en estos momentos no es conveniente tocar esos temas, en el mejor de los casos, o en peor de los casos, debe quedar entre nosotros.

—No jodas, carajo —dijo Leoncio levantando la voz—. No será un tema de vida o muerte ni algo que afecte el futuro de la revolución,

pero es algo sobre lo cual, dentro del Partido, se debe tomar posición para sentar precedente. Posiblemente sea un tema a no resolver de inmediato por sus connotaciones sociales, cierto. Es más que sabido que el origen de la monogamia no fue fruto del amor sexual individual, con el que no tenía nada en común, sino el más puro cálculo. La monogamia fue la primera forma de familia que no se basaba en condiciones naturales, sino en condiciones económicas, y concretamente en el triunfo de la propiedad privada sobre la propiedad común primitiva, originada espontáneamente. Los únicos objetivos de la monogamia, abiertamente proclamados por los griegos, lo hemos estudiado más de una vez, fueron la preponderancia del hombre en la familia y la procreación de hijos que sólo pudieran ser de él y destinados a heredarle; por lo demás, el matrimonio era para ellos una carga, un deber para con los dioses, el Estado y sus propios antecesores, y era un deber que se veían obligados a cumplir. En Atenas, la ley no sólo imponía el matrimonio, sino que, además, obligaba al marido a cumplir un mínimo determinado de lo que se llama deberes conyugales. Por tanto, la monogamia no aparece de ninguna manera en la historia como una reconciliación entre el hombre y la mujer, y menos aún como la forma más elevada de matrimonio. Por el contrario, entra en escena bajo la forma del esclavizamiento de un sexo por el otro, como la proclamación de un conflicto entre los sexos, desconocido hasta entonces en la prehistoria. Conocemos aquella frase de Marx y Engels que dice que la primera división del trabajo es la que se hizo entre el hombre y la mujer para la procreación de hijos; frase que luego precisó Engels al decir que el primer antagonismo de clases que apareció en la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer en la monogamia; y la primera opresión de clases, con la del sexo femenino por el masculino. Así pues, la monogamia fue un gran progreso histórico, pero al mismo tiempo inaugura, juntamente con la esclavitud y con las riquezas privadas, aquella época que dura hasta nuestros días y en la cual cada progreso es al mismo tiempo un regreso relativo y el bienestar y el desarrollo de unos se verifican a expensas del dolor y de la represión de otros. La monogamia es la forma celular de la sociedad civilizada, en la cual podemos estudiar ya la naturaleza de las contradicciones y de los antagonismos que alcanzan su pleno desarrollo en esta sociedad. La llamada libertad sexual es una institución social, que, aparte de ser una lacra, también es una corrompida manifestación del primitivo matrimonio por grupos, en provecho de los hombres. Ve tú a saber qué habría pasado si fuera Norah quien hubiera tratado de cepillarse a algunos miembros del Comité Central. Mejor ni pensar en la lucha de 2 líneas que se hubiese desatado contra quienes utilizaban todos

medios posibles para *tirarse contra la Dirección y cuestionarla*. Esa pendejada, ese libertinaje sexual, no es más que el reflejo de la sociedad en el Partido; el comportamiento de Guzmán, en este exclusivo caso, no vendría a ser sino el desprecio y el rechazo a la mujer para proclamar, como ley fundamental de la sociedad, la supremacía absoluta del hombre sobre el sexo femenino. Y todo en contra de los principios del Partido donde se tiene en alta estima a la mujer y su papel tanto en la dirección como en la misma lucha por la emancipación del proletariado y el pueblo. Y no me vengas con que esta forma de presentar el problema daría más armas al enemigo para que nos acusen de un montón de maldades y de cómo maltratamos a nuestras camaradas e incluso para que, como hacen unos cuantos imbéciles, nos califiquen de machistas y hasta de racistas. Déjalos que proyecten sus propios complejos y debilidades en nosotros, me tiene sin cuidado lo que digan; la verdad se abrirá paso a través de la lucha de clases y en la medida en que podamos arrancar la podre y la cizaña de nuestra filas desbrozamos el terreno para que pueda crecer el buen grano. No es un problema individual, es un problema social y su solución pasa, evidentemente, por el cambio de sociedad, por la creación de una nueva sociedad. Estoy seguro que algunos mostrarán su indiferencia considerando que ése es un asunto a ser tratado con sumo cuidado; que sería como meterse en la casa del jabonero, donde el que no cae resbala. Lo sé, presiento las malas conciencias. Y que conste que no tengo la más mínima intención de pasar por moralista, puritano o cualquier otra huevada parecida; el que no tenga pecado, que arroje la primera piedra antes de que lo lapiden ya que igual le va a caer lo suyo. Yo no voy a tirar la primera piedra, ni siquiera la segunda pues aquí nadie va a tirar piedras contra nadie; se van a revelar problemas para tratarlos y encontrar soluciones concretas y reales. No se trata de vender carne de perro exhibiendo una cabeza de cordero; ya sabemos que el único método adecuado y eficaz es tratar la enfermedad para salvar al paciente y no de matarlo. Yo considero que ésta es la mejor forma de rendir homenaje a Norah, a la dirigente, a la mujer, que inútilmente sacrificó su vida para mostrar su padecimiento; para dejar expuesto el lado desconocido de su corta pero fructífera vida; para revelar, para sacar a luz al causante de su desgracia, de su debilidad y sufrimiento. Y, repito, no se trata de darle o no armas y gratuitos argumentos a los enemigos; simplemente éstos no las requieren ya que habrán de inventar lo que mejor les parezca para desacreditar nuestros principios y planteamientos; crearán artificios y echarán baratijas al viento, recurrirán a la infamia para desprestigiarnos ante la clase y el pueblo. Por ejemplo, por ahí ha aparecido un energúmeno que afirma que la conducta personal,

los métodos prácticos de trabajo y el *estilo de vida* de los dirigentes de *Sendero Luminoso* obedecen a la de grandes o pequeños terratenientes, gamonales y burócratas; a la de conocidos o anónimos leguleyos o tinterillos. Y esa acusación, sin que nadie le haya dado a rumiar pienso al cretino de marras, proviene precisamente de un pedante cultor del espíritu de gamonalillo intelectualizado, de un parásito social y de un lujurioso machito de pacotilla atormentado por sus complejos freudianos. Incluso el imbécil de Feliciano utilizó la argumentación de *las mujeres* del *Presidente Gonzalo* para desprestigiar el *pensamiento gonzalo*, y ninguna de las 2 variantes son tolerables ni pueden dejarse pasar como si nada ocurriera o si de un chiste se tratara, pues, a estas alturas del partido, *Presidente Gonzalo* y *pensamiento gonzalo* no son uno y lo mismo. Y precisamente ése es uno de los puntos principales a debatir; hay que desenmascarar al renegado y traidor Guzmán, que aún se hace llamar Presidente Gonzalo, y enarbolar, defender y aplicar el pensamiento gonzalo. Una cosa es, o fue, el Presidente Gonzalo y otra es el renegado Guzmán. Una cosa es la evolución de la persona y otra la de *su* pensamiento, aquí no hay derechos de autor ni cojudeces parecidas. Punto.

—Bueno, bueno, bueno, no te enojas, hermano —dijo Sebastián en tono conciliador—. Por lo demás, y para esclarecer, Norah es *declarada* la más grande heroína del Partido y la revolución debido a toda su trayectoria y en especial a su participación en Ayabamba, acción guerrillera por ella dirigida...

—La dirigió, sí, pero no participó directamente en la acción, y de *toda* su trayectoria habría mucho que discutir; y si al final de *toda* su trayectoria quiso levantar la mano contra el Partido, entonces qué, ¿eh? qué carajo, en qué quedamos, que no jodan, no cuenten cuentos. Pobres los pueblos que necesitan ese tipo de héroes que optan por la flaqueza en lugar de persistir en la lucha para imponer sus ideas si son correctas o para corregirse si les demuestran que son erróneas. Durante años Guzmán ha machacado sin contemplación todo intento, todo asomo, de idea contraria incluso antes de que aparezca en la cabeza de uno de nosotros pero al cadáver de su suicidada mujer, suicidio provocado por él, le dice que no tiene nada que reprocharle; no, no te reprocho nada, amorcito mío, que si querías levantar la mano contra el Partido y te suicidaste para no hacerlo has obrado muy bien, muy requetebién, te felicito, gracias cariño, salvaste mi pellejo, sí, así se hace; le besa la gélida frente y le planta un par de ilusorias medallas; más adelante, en el papelito, la declara heroína, se pasa página y, sin querer queriendo o borrando con el codo lo que se escribe con la mano, se achaca a la heroína esa neurastenia angustiada que conduce al suicidio a los lunáticos personajes

de novelas... que no fastidie.

—Ya está bien, compadre, aguanta el carro. Ya basta, pisa freno. Como fuere, déjame terminar mi rollo —dijo Sebastián levantando ambas manos hacia el firmamento aparentando darse por rendido—. Otro acuerdo de relevancia en el Congreso fue la selección de los 18 miembros titulares, 3 suplentes y 3 candidatos del Comité Central, 24 en total aunque 3 de ellos estaban ya en prisión. El Buró Político fue encargado de velar por el cumplimiento de los acuerdos del I Congreso en guerra popular; I Congreso marxista-leninista-maoísta, pensamiento gonzalo que establece la base de unidad partidaria; hito de victoria que plantea cumplir con la deuda pendiente de la conquista del Poder con las armas en las manos y la necesidad de *construir* la conquista del Poder. Por otro lado, en el Congreso se definió que la lucha de 2 líneas en el Partido se desenvuelve contra el revisionismo como peligro principal. Se llegó a la conclusión de que, en esos momentos, en el Partido no había una línea oportunista de derecha sino que solamente se daban actitudes, ideas, criterios y hasta posiciones de derecha aislados. Pero, precisamente profundizando el problema, el Congreso concluye que plantearse combatir el revisionismo como peligro principal es la mejor forma cómo el Partido puede prevenirse y conjurar y que en él pueda expresarse una línea oportunista de derecha que, a fin de cuentas, sería revisionista. El Partido es una contradicción y la contradicción tiene 2 aspectos en lucha, guste o no, eso es así y de esa ley nadie puede escapar. Y es así cómo, a través de la lucha de 2 líneas, el Congreso dota al Partido de una férrea unidad como producto de la necesidad de desplegar lucha para tener una línea clara, definida y una igual comprensión que permite golpear contundentemente. Por ello es que se dice que el Congreso es hijo del Partido y de la guerra, sin la guerra popular no se hubiera cumplido esa tarea histórica pendiente durante 60 años desde la fundación en 1928, pero lo importante está en que el Congreso potencia el desarrollo de la guerra popular, le devuelve a la guerra popular con creces lo que ésta ha hecho por su plasmación. Finalmente, se vuelve a acordar una campaña de rectificación para reajustar el trabajo del Partido con la base de unidad partidaria, con el programa y la línea política general, cuyo centro es la línea militar, para conjurar el revisionismo como peligro principal. La campaña de rectificación se concibe como instrumento que iba a permitir afrontar cualquier línea oportunista de derecha que se presente y servía para el desarrollo de la guerra popular, fortaleciendo el Partido y toda la construcción. Luego vendría lo del equilibrio estratégico, la detención del Presidente Gonzalo y el despelote causado por los majaderos inventores del cuento de la *patraña* para negar la autoría de las cartas

que el Presidente Gonzalo y la camarada Miriam dirigieran a Fujimori solicitando conversaciones que condujeran a concretar un Acuerdo de Paz, de cuya aplicación derivara terminar la guerra.

—No eran majaderos, esa absurda posición de calificar *Las Cartas* y todo lo que vendría después como producto de una *patraña* creada por la reacción dejó las puertas abiertas para que una variopinta gama de oportunistas y arribistas, agrupados en la otra cara de la medalla del oportunismo, el de *izquierda* de fondo revisionista, dé rienda suelta a sus apetitos puestistas para cabalgar sobre los éxitos del Partido y pretender aparecer ante las masas como los *continuadores* y *herederos* del Presidente Gonzalo. Fue la otra cara de la medalla del oportunismo que en su tiempo combatimos y desenmascaramos sin olvidar que el combate principal en ese momento era contra la línea oportunista de derecha, revisionista y capituladora encabezada por el renegado Guzmán y que hoy, después de dividir al Partido, ha armado tienda aparte para converger con la reacción en su lucha contra la guerra popular y el Partido Comunista del Perú.

Leoncio había puesto la mano sobre el hombro de Sebastián para pedirle que hagan un alto para comer y reposar. Habían subido, aproximadamente, de los 3,200 a los 3,800 metros y de ahí bajado a los 3,400 durante unos 10 kilómetros de calma en medio de un diálogo que los había agotado mentalmente.

Hacía poco que habían dejado atrás Yanayaco dando un rodeo. Cuando cruzaron la carretera, se toparon con un transporte de pasajeros, un ómnibus bastante moderno, que recogía a una campesina que cargaba un abultado costalillo lleno de lana de oveja, sus costuras rebosaban de ella. A la vera del camino discurría una amplia y pedregosa planicie moteada de eucaliptos y otros árboles y arbustos; en las cercanías de la casucha, de donde había salido la campesina acompañada de su alegre marido que la despedía, estaban anclados 2 tractores, uno azul, algo maltrecho, y uno rojo que despedía sensación de pujanza. Troncos caídos y diseminados; cercos de piedra maltrechos o derrumbados; variopintos animales paciando por aquí y por allá; un niño con las manos detrás de la cabeza yacía tendido sobre un verdoso montículo, estaba rodeado de multicolores prendas de vestir recién lavadas que esperaban con displicencia y despreocupación el regreso del astro Rey que había quedado temporalmente atrapado tras oscuros nubarrones. El paisaje de remozada lozanía se extendía cercado por macizos que a lo lejos majestuosos se levantan cubiertos por grisáceas nubes bajas que velan el escalado de sus cumbres. Un ligero viento soplaba del Este y prometía despejar el cielo de la entrada tarde. Un cuadro de aparente armonía digno de

ser inmortalizado en singular acuarela mientras bajo su suelo bullen tumultuosos ríos prestos a estallar reclamando libertad. No todo es evidente a los ojos de todos, y mucho menos a los ojos del observador superficial que sólo ve lo que quiere ver.

Bordearon las últimas casuchas, remontaron una colina pedregosa y se perdieron tras las primeras arrugas del páramo. Escupieron la bola de hojas de coca que llevaban en la boca y, después de hacer sus necesidades, buscaron un lugar para acomodarse y dar buena cuenta de parte de las raciones que les quedaban, bebieron con tranquilidad y en un silencio apacible.

Intercambiaron un par de comentarios triviales, se adecuaron a las imperfecciones del suelo, reposaron la cabeza sobre los quipes ya vueltos a anudar y a poco se quedaron profundamente dormidos.

Ni bien llegué, me arrastraste tras una ilusión adormecida.

Me llevaste al cementerio a visitar varias tumbas, eran de los nuestros y de cuando en cuando, me dijiste, les rendían clandestino homenaje; algunos de los nichos no tenían nombre o eran de *desconocidos*, algunos sí llevaban nombre pero eran falsos. Me enseñaste el nicho de Alejandro, de César, de Ana, de Carmen, de José y otros muchos más, todos ellos sí que son verdaderos héroes de la revolución. Se sabía que la mayoría de ellos habían sido asesinados tras su detención en el campo de batalla y que otros cayeron en combate, guardamos silencio.

Sobre el piso, flores envejecidas, caídas y marchitas por el olvido gritaban ante tanta perfidia. Con el corazón turbado y la mano temblorosa encomendaste tus rojos claveles sobre la esperanza aniquilada y traicionada musitando rabia contra la actual indiferencia. Héroes anónimos de la guerra popular, preludio de nuevos vientos y horizontes incendiados por el ocaso que presagia un nuevo amanecer. Tus claveles y tus ojos llenos de esperanza en el mañana. Todas las manos todas, todas las voces todas, todas las sangres todas contra éstos, que se creen dioses mientras traicionan nuestros sueños y realidades.

Luego visitamos la tumba de Edith, y no sé por qué recordé al gran poeta, sus versos aún golpean mi vida tan fuerte que ya no sé... *Hoy estoy en el poyo de la casa, donde nos haces una falta sin fondo*. Siempre supe que le gustaba ese poema. Como dijo el poeta, repitió alguna vez entre sonrisas, pienso que yo nací un día que dios estaba enfermo. Mala suerte. Hierba silvestre aroma puro, te ruego acompañarme por mi camino, serás mi bálsamo y mi tragedia, serás mi aroma, serás mi gloria. Bajo la tumba hay un vacío.

Algunos ya quisieran tener un entierro tan apoteósico como el de

ella, donde asistieron unas 30,000 personas; y lo dijiste con serenidad y firmeza, sin rencor y con razón. La cobardía y la traición, te dije, nunca serán arropadas por el calor del pueblo y su esperanzado corazón.

El día se nos escurrió como el agua por entre los dedos de la mano, me habías llenado de honores y estaba muy agotado. Una rosa roja tiritó de frío ante nuestro impetuoso paso, fueron días de un invierno que no notamos.

Agobiado me despedí de ti con un beso de hermano y nos fuimos, cada uno por su lado, a dormir. Sólo una tapia nos separa.

El ruido de la calle, otrora insoportable, me arrulló antes de succumbir a las sombras de la noche y la soledad. No sabría explicar si fue sueño o pesadilla pero sentí el peso de un cuerpo acurrucarse contra mi espalda; me sobresalté y pensándote a mi lado desperté de golpe dándome cuenta que tan sólo era un deseo largamente reprimido que hasta entonces no lo había conocido. A pocos segundos de volverme a dormir ocurrió una segunda vez, abrí los ojos y seguía tan solo como la primera. Fue una sensación grata y sonreí lamentando mi simpleza y falta de cordura. Mi cabeza apuntaba hacia tu espalda, te tenía al alcance de la mano pero al mismo tiempo estabas tan lejana que me daba tristeza. Toqué la fría pared. Tuve la sensación de tocarte, me pareció percibir tu calor, tu sigiloso respirar llegaba a mí como el lejano rumor de nuestro río, como un presagio. El agua correrá y correrá sin llegarse a juntar.

Llegó el nuevo día. Te brindo mi alma y mi fe, mi esperanza y mi pasión pero sé que nunca los tomarás. Debo romper ese absurdo pedestal sobre el que pusiste mi imagen, la equívoca imagen que te hiciste de mí. Y tuvimos una catarata de confesiones, largas horas de confesión de hombres libres que no venden su alma por una pena ni sucumben a los amores sin saber del mañana.

Salimos de la casa tras un frugal desayuno, nos dirigimos al campo y recorrimos la orilla de nuestro río sin guardar el silencio que me había prometido. Nos dimos el uno al otro lo que nadie nos podrá dar desde aquella cumbre en busca del camino desconocido. Las aves piaban, las flores florecían como si fuera primavera sin darse cuenta que no hallarán el camino del cielo pues el recorrido está lleno de invierno. Me duele ver la marca de tu añorada calzada sumergida allí abajo, en la orilla. Me duele la oscuridad que ha de llegar pues habrá que irse y a casa regresar, la cena nos espera. Dejaremos nuestras huellas en el polvo y en el lodo de nuestro caminar, callarán nuestras quejas, la pasión naufragará sin alcanzar la esquina. Romper ese pedestal y tú que no, que no, que no lo hay. Mañana dejaremos este cauce para trepar el macizo del lobo y su capa roja.

La misma pared de la noche anterior nos volvió a separar. Una eternidad. Reloj no marques las horas, no hagas esta noche perpetua. La ilusión quedó opacada por el amanecer. ¿Qué pensamientos pensaste, qué sueños soñaste? Tardaste un siglo de ausencia en juzgar mi última pregunta, la anotaste en el libro de tus meditaciones sin notar que con la noche caía el telón. Cuando tocaba tu mano la retirabas llena de cortesía para no herir a ese muchacho tonto que no quiere perder tu sonrisa. Y fuimos a la arboleda llena de sol en el macizo enrojecido por los inclinados rayos del temprano sol; y me enseñaste la hondonada de un imaginario lago rebosante de cisnes, patos y gaviotas que no hacen verano pero llenan nuestra voluntad. Reías con alegría. Y ese maldito pedestal que no me permite ser hombre común y corriente, con más defectos que virtudes; y tú, ciega de corazón, desembocas por una senda con la garganta anudada para no dejar salir lo que anida por compartir; damos vueltas y revueltas sin dejar de hablar del pasado, del presente sin futuro rompiendo quebrantos, buscando el fondo de las cosas y las razones de lo sucedido o por suceder. ¿Hacia dónde se encamina la humanidad? Vendrá un nuevo amanecer pero ya no estaremos recorriendo estos senderos de la vida. Me tendiste tu mano amiga y solidaria. Quedé callado y derrotado, ya no podía más. Habías vencido, una victoria en todos los frentes; sobre un jardín de rosas, con conciencia férrea y una sonrisa a flor de labios te abrías paso ante mi encrucijada. Todo bajo control.

¿Recuerdas?

Te quedaste mirándome con extraordinaria fijeza y atención, escuchabas con rígida cortesía cada una de mis palabras cual si las meditaras todas o como si aquella pregunta tendiera a crearte un problema o a arrancarte algún secreto.

Seguimos caminando por ese sendero adusto y solitario; nadie pasaba por allí en tiempos normales y la maleza casi lo había borrado. Nuestras huellas sobre el lodo eran como marcas que ponía a prueba tus creencias.

La incredulidad resiste más que la fe porque se sustenta en los sentidos. El amor es intangible y a ti te asalta la incertidumbre, te dije.

¿Por qué respondes con el silencio a mis alusiones? ¿Por qué apartas tus ojos de los míos cuando te tiendo la mano?, te pregunté.

Adivinabas lo que se te venía encima, sabías que sin mañana no hay futuro. Tenías a tu lado a alguien que sin proponérselo descubriría ante tus ojos un nuevo mundo, un mundo del que no podías disfrutar.

¡Somos amigos y así seguiremos! Habías levantado la voz para ahogar el miedo que te brotaba de las entrañas, por lo menos eso imaginé.

En ese momento me pareció que estabas dotada de un uso de razón intransferible para navegar sin tropiezos por entre los azares de la realidad.

Había un vasto cielo sin nubes, habíamos llegado a la frescura y el sosiego de tu lago imaginario. Me miraste a los ojos, hasta el fondo del alma, y te diste cuenta de que yo estaba a punto de llorar.

El viento arañaba el silencio con garra lenta, como si hubiera llegado de ninguna parte, ni fuera hacia parte alguna.

El sol colorado se hundía entre las sombras de los árboles deshojados, el macizo empezaba a sumergirse en su marasmo de siglos.

Vamos a la casa, empiezo a sentir frío y se va a poner oscuro, dijiste. Me pareció oír tu fuerte respiración claramente a través del silencio, la vastedad y el vacío.

El camino de regreso lo hiciste sin mirarme, ya no tenías deseos de filosofar sobre posibilidades inciertas y menos a una hora tan extraviada como en la oscuridad que estaba por venir.

Yo me sentía saturado por el relente opresivo de la desidia y las tinieblas.

De regreso a casa, cruzaríamos por última vez nuestro río; me pareció tener las venas abiertas y que se me iba lo poco que me quedaba de vida. Miramos correr a nuestros pies el agua que nos acompañó en estos días de encuentro torbellino, querías conocerme; aquí me tienes, sin pedestal, lleno de polvo y barro, un pobre mortal como todos.

Tomé tus dedos entre los míos, te dije que pidieras un deseo y luego besé tu mano; no sé lo que tú deseaste pero yo sí sé que el mío no se cumplió. Buenas noches.

Y se hizo más de noche. La última de nuestras noches. Sobre el solitario colchón me maldije por ser, ante tus ojos de aurora, quien no soy. Abre tus ojos llenos de melancolía y mírame bien; ¡Despierta! Tan sólo soy una cortina de humo, un soplo al viento, un suspiro en el vacío sin canciones de amor, marchito y derrotado. No supe si ya dormía cuando creí escuchar el murmullo de tus pasos; no podía ser, por un instante me desconcerté, no supe si abrir los ojos y regalarte una sonrisa de bienvenida o mostrar un falso gesto de sorpresa ante tu inesperada iniciativa. Mi corazón se desbocó de puro espanto, me pareció sentirlo estallar de alegría, no conseguía soportar más la espera, las cuerdas de mi alma estaban tensadas a más no poder. Simplemente abrí los ojos. Y allí estaba, sentada como una diosa griega cuidando las pirámides de la virtud y la fidelidad. Estefanía la princesa sin corona, la reina de la oscuridad, me miraba con sus inmensos ojos gatunos y se relamía el bigote. Tu gata se me quedó mirando un largo rato hasta que se aburría de mí, dio media vuelta

y se fue con el mismo murmullo que confundí como tuyo. Cuando se alejó, me pareció escuchar el ronroneo de tus palabras repetidas una y otra vez sin dar el corazón a torcer: Todo bajo control.

Y sin embargo llega la duda y con ella la tristeza que corroe el alma, el corazón enmudece y el pensamiento se atolondra; la nada reina en medio del desconcierto. Por qué callar ante la esperanza, por qué callar ante de desdicha. ¿Soportar? ¿Sólo soportar? El tiempo es inclemente, se puede matar lo que no se cuida o por desdén se abandona a la inercia de los días, donde el amor encuentra su tumba. Si tan sólo pudiera pedir perdón, si el perdón pudiera poner remedio a lo irreparable... Soy como tú, somos uno y lo mismo sin estar unidos; tenemos las mismas dudas, las mismas ilusiones, ambos corremos tras los mismos sueños. Disculpa, nunca quise ofenderte. Perdóname por abrir mi corazón ante ti, indulta mis palabras necias con la clemencia de tu sapiencia. Callaré para que seas feliz y para que al final te quede un grato recuerdo, entonces habré cumplido mi tarea y podré partir en paz. Lo siento, el corazón se me salió de quicio.

Despliego mis alas y levanto vuelo. De mi sueño me despierta Humala con su letanía: Quisiera saber por qué nuestro amor se enredó entre las flores negras de un imposible, yo canto por no llorar, para olvidar este amor que tanto amé y no podré y no podré... Sin futuro, sin mañana, no, nada; así dijiste al alejarte de mí, y te perdí toda.

Ay, carajo, la casa del jabonero. Recordar después de tantos años aquella carta que nunca envió le provocó una sonrisa, pero no sabía si lo pensaba o soñaba. Fueron momentos de nostalgia, de abandono y depresión. En el autodesierto adquirí el talante lúgubre, la catadura sigilosa, la índole contemplativa, las maneras lánguidas, el habla despaciosa, y una vocación mística que parecía condenarme a una celda de clausura, decía Leoncio parafraseando esa lóbrega descripción que había leído en alguna novela de la que ya no recordaba título ni autor pero le caía a pelo. Tiempos difíciles en los que 2 banderas, una negra y otra roja, pugnaban en su interior. Ayudado por la masa hizo holocausto con la bandera negra y la roja predominó. No fue nada fácil. Debilidades largamente superadas a punta de labrar la tierra hundiendo el arado, de enseñar el abecedario, de compartir el grano, de cuidar el ganado, de estudio metódico y concienzudo y de volver a aprender la necesidad de plantar la bandera en una cumbre más alta.

Aldo le había dicho que Ruth estaría presente en la reunión, que ella había preguntado por él con una sonrisa y un asomo de lágrimas; vete a la mierda, con la vejez el viento me juega malas pasadas, le había dicho dándole un empujón cuando Aldo le preguntó si le afloaban buenos recuerdos.

Había pasado cerca de una década cuando Leoncio, algo deprimido, pasó por Huamanga y visitó a Ruth. Ella lo consideraba poco menos que una leyenda de sobrevivencia y gato con 7 intactas vidas; estaba bien informada sobre sus trajines y se alegró mucho de volver a verlo, había pasado mucho tiempo desde que combatieron juntos en las alturas de Huanta. Había envejecido y enviudado por culpa de una delación, algo subidita de peso arrastraba viejas heridas pero seguía siendo la misma ágil gacela que despertaba envidia; no sólo corría y disparaba con acierto, su agilidad mental y sus conocimientos dejaban lelos a los más avezados academicistas y filosofastros; su carácter ameno desbordaba alegría, dulzura y esperanza. Mantenía el vívido vocabulario lapidario de siempre: Carajo, por qué mierda no dejas de chacchar coca, bruto; en lugar de educar al campesinado en la ideología estás mamando de las coloniales taras del pasado. ¿Qué? ¿También chupas aguardiente? Si no serás cojudo. Le había dicho a Leoncio cuando a la puerta del cementerio éste había querido sacar unas cuantas hojas de coca de la bolsita de plástico del bolsillo de la casaca y ella se la quitó y la tiró dentro de uno de los tachos de basura que habían al costado de la puerta de ingreso; soltó una sonora carcajada, lo abrazó, le dio un beso en la mejilla y luego lo empujó con fuerza.

En silencio se alegraba del gran reencuentro en tierras de heroico combate, en tierras de fe creadora, de una fe sin límites en el porvenir. Se sentía orgulloso de estar en Ayacucho, en la tierra de sus entrañas; de su alma, corazón y vida.

¿Acaso no le había sido factible comprender la situación de la camarada Norah? Sí, claro que sí. Y él conocía la situación muy bien; no era el primero ni el último ni el único que había tenido cuitas por lo menos una vez en la vida. Conocía a Norah, había trabajado bajo su mando y férrea disciplina; de cuando en cuando había probado la virulencia de su demoledora crítica, así como la pérdida de alguna responsabilidad gracias a su directa intervención pero de la misma manera sabía que contaba con su sincera ayuda para volver a recuperarla; como 2 gallitos de pelea se medían con cautela sin nunca llegar a clavarse el espolón. Él la admiraba y la tenía en alta consideración por sus hechos, por su nobleza, por su entereza de militante y también por sus conocidas debilidades; ella, desplazada al campo en plena efervescencia, en la soledad nocturna y refugiada en sí misma, lloraba la ausencia de su Abi.

Leoncio, sobre todo, respetaba a Norah; y no pocas veces le había protegido las espaldas con tanta resolución como en las aciagas horas de 1982.

Pero, aquella vez, también se vio obligado a proteger a la transgresora que, con el calzón caído, retozaba de pie con el Presidente cuando fueron sorprendidos por la camarada Norah; y Leoncio la tuvo que proteger puesto que ella misma se lo había suplicado y no podía negarse, era parte de su trabajo. Así que no sólo se encontró entre 2 fuegos sino que, además, el Presidente no le quitaba la mirada de encima. El alboroto se calmó cuando la afectada y su marido, que también se hallaba presente en la reunión, se dieron a la fuga y no se supo de ellos sino hasta muchos años después.

Lo realmente vergonzoso fue que nadie, absolutamente nadie, se atrevió a respaldar la interpelación ni a prestar oídos a la justa reclamación de la camarada Norah.

Un manso rebaño de borregos. Todos nos convertimos en cómplices, fuimos unos cobardes, nos comportamos como obsecuentes pusilánimes sin opinión propia, sin razonamiento propio, sin condura ni valentía, sin solidaridad e incapaces de obrar en defensa de la dignidad contra el abuso de autoridad. Esa devastadora imagen la tenía Leoncio delante de los ojos y hurgando su cerebro durante largos años.

Leoncio comprendía bien la situación porque había observado los padecimientos de la camarada Norah de cerca; sabía muy bien de lo que hablaba pero no podía dejarse llevar por las emociones, era un asunto serio que debía ser aclarado de una vez por todas para crear precedente.

Inesperadamente recordó un diálogo que tuvo con un buen amigo cuando en algún momento y estando por asuntos de la Federación de Estudiantes en Huamanga cruzaban la Plaza de Armas dirigiéndose hacia el local de la Universidad. Hablaban sobre la afición de algunos a cambiar de mujer como quien se cambia de camiseta y, en medio de las risas, su amigo le confesó que él mismo, muy de vez en cuando, buscaba en otra mujer lo que la suya no podía darle. Y entonces fue que pasó. Leoncio se detuvo y después de un corto silencio interpeló a su camarada: Qué pasaría si tu mujer buscara en otros hombres lo que tú no puedes darle; o acaso piensas que sí le das todo lo que ella necesita y desea. Y sin esperar respuesta continuó: Si un hombre se tira varias mujeres es un *gran pendejo*, pero si una mujer se tira varios hombres es una *gran puta*. ¿Qué es lo que necesitas, qué te falta y tu mujer no puede darte? Ahí mismo concluyó una gran amistad.

El instinto, heredado durante la evolución, se había convertido en una manía, en una pendejada tan antigua como la humanidad y de la cual el mismo Leoncio tenía algunas cuentas que rendir; él lo sabía, era consciente. Y no era asunto de mojigatería.

Mas este caso era diferente. Había que sentar línea. No sólo era un asunto de régimen u orden sexual, en los que, evidentemente, se encuentra la aplicación de una serie de fenómenos históricos y sociales; tampoco se trata sólo de un código de moral sexual ni de una pedagogía y política sexual; menos aún se trata de buscar, encontrar y *explicar* el colectivo subconsciente freudiano en el que, remontando los tabús religiosos, algún atorrante intelectualoide encontraría una discreta licencia para justificar su conducta erótica y libertina, su instinto de carácter histórico, mientras premeditadamente repudia la de otros; la de Guzmán, por ejemplo. No, nada de eso. Lo que se busca es establecer los posibles mecanismos políticos de control que eviten, a toda costa, que alguien haga mal uso de su poder, en todos los aspectos, no sólo en el sexual; y aplicable en todos los niveles, no sólo a los altos dirigentes. Sí, contra el abuso de autoridad en todos los aspectos y en todos los niveles. Tarea casi imposible de cumplir, pero si tan sólo...

Sus reflexiones en medio del duermevela se interrumpieron cuando Sebastián despertó dando un grito quedo.

—¿Otra vez el perro negro? —preguntó Leoncio saliendo de su letargo.

—Sí. Han pasado tantos años y la situación aún me persigue, carajo —respondió Sebastián mientras se incorporaba.

El pelotón de Sebastián había emboscado a una patrulla militar, le había causado varias bajas y se habían apoderado del armamento de los caídos y de los que abandonaron sus armas en la fuga; curaron a 2 soldados que cayeron heridos y no pudieron correr como los otros; les dejaron comida y bebida y partieron cantando. A los pocos días, en plena retirada, tuvieron un enfrentamiento con una avanzadilla de las tropas que les estaban tendiendo un cerco; los vigías del pelotón habían detectado la presencia de los soldados la noche anterior por lo que pudieron batirlos al amanecer y seguir el desplazamiento a marcha forzada. Conocían el terreno a la perfección y la meticulosa planificación les proporcionaba una extraordinaria ventaja; sin embargo, y a pesar de todo, romper el cerco no les fue muy fácil. Pocas horas de sueño, intensa caminata para atravesar un terreno abrupto, escasez de alimentos y agua, enfrentamientos esporádicos, rodeos y retrocesos para hostigar a la soldadesca y salir otra vez a la carrera. Luego de 3 intensos días de persecución y fuga lograron escapar del cerco militar. Sebastián decidió no parar sino hasta bien entrada la noche, envió a 2 miembros del grupo de reconocimiento para que localicen un lugar de descanso. Cuando agonizaba la tarde regresó el más joven de los exploradores y los guió al lugar seleccionado.

Llegaron a medianoche luego de cruzar un pequeño arrollo y subir la última cuesta de la jornada y, ni bien entraron a la abandonada casucha, se tumbaron a descansar siguiendo las indicaciones del otro explorador que durante la espera a que el pelotón llegara había preparado el recinto y reconocido los alrededores. La primera guardia la hizo Sebastián acompañado por otros 3 voluntarios, luego de 2 horas fueron reemplazados por el siguiente turno, también de voluntarios entre los que estaban los guías, a quienes tuvieron que despertar no sin poco esfuerzo. Poco antes de que se disipen las sombras de la noche, Sebastián escuchó un frenético ladrido de perro que lo arrancó del sueño y se puso a dar órdenes para que los combatientes desalojen el refugio y emprendan la retirada lo más ordenadamente posible. Corrieron trepando la falda del macizo guiados por los 2 compañeros del grupo de reconocimiento que habían encontrado la casucha y explorado con meticulosidad la zona. No habían pasado ni 15 minutos cuando escucharon las primeras explosiones de granadas de mano seguidas de una balacera infernal. Sebastián, una vez llegado el pelotón a la base de apoyo donde habían podido descansar a pierna suelta y alimentarse a discreción, había recordado a sus camaradas que si no fuera por el perro negro que lo alertó con sus ladridos no estarían ahí para contarlo; cesaron las risas, se hizo un grave silencio como si fuera un pesado lastre y sólo uno se atrevió a preguntar: ¿Qué perro? Sebastián explicó que los ladridos de un perro lo despertaron y por eso dio la orden de retirada; y cuando salió y se quedó al lado de la puerta a esperar que salga el último de pelotón vio a un perro negro, que estaba cerca de la casucha, al costado, en la curva de la planicie y ladraba como descosido mirando hacia la ladera que subía del arroyo. Silencio, en un ambiente de tensión se cruzaron inquietas miradas y luego casi todas se posaron en los asombrados rostros de los compañeros que en el momento de la salida hacían la vigilancia. Éstos levantaron las manos hacia el cielo diciendo casi al unísono: disculpe camarada pero no hemos visto ni oído nada, incluso nos dio un susto tremendo que salieran en tropel, sólo atinamos a seguir sus órdenes para no crear más confusión, asumimos que era una retirada de emergencia y nos pusimos a la cabeza para orientar la columna hacia la mejor salida que era trepar, ganar altura y girar hacia la hondonada que nos trajo hasta aquí; lo siento, dijo uno de ellos, el más viejo, yo hice el reconocimiento del lugar durante varias horas antes de que ustedes lleguen, no había ni un alma, tampoco perros, y hasta el momento que arrancaron como ánima del Purgatorio, todo estaba aburridamente tranquilo.

Sebastián intentó decir algo pero desistió del empeño hundiendo la cuchara y la vista en el pocillo que tenía delante de sus ojos. Se-

gundos después la conversación recobró la alegría y pasión anterior.

En las alturas andinas, por lo general, soñar con un perro negro es señal de mal augurio; Sebastián lo recordaría poco después, y sin embargo ese premonitorio e intuitivo sueño les había salvado la vida. El ladrido del perro negro no los vendió ni delató, todo lo contrario, pero para Sebastián se convirtió en pesadilla.

Leoncio, ya reiniciada la marcha y a poco de emprender el corto ascenso de 2 ó 3 kilómetros para alcanzar la cumbre y que luego los llevaría a descender a los 3,000 metros sobre el nivel del mar antes de entrar en Huamanga, rompió el silencio.

—Creo que, en los más o menos 10 kilómetros del recorrido que aún nos falta, podemos concluir la preparación final de nuestras intervenciones en la reunión del reencuentro.

—De seguro, aunque mi parte está prácticamente terminada —convino Sebastián.

—Eso. Ya queda poco por dilucidar. Bien has dicho que la gigantesca obra de retomar el camino de Mariátegui y reconstituir el Partido para el cumplimiento cabal y completo de sus tareas históricas fue obra de un conjunto de militantes dirigidos por el Presidente Gonzalo en medio de la lucha de clases y la lucha de 2 líneas al interior del Partido; ésa es una realidad incuestionable, sí, así es. Y los cretinos que ahora, y desde las comodidades de su embeleso, se dan el lujo de exigir la *autocrítica* del Partido Comunista del Perú deberían, aparte de aprender a sonarse los mocos para no decir a limpiarse el que te dije, deberían intentar estudiar la historia del Partido en su conjunto y no recurrir reiterativamente a sus propios mitos y veleidades ideológicas; como fantoches de la filosofía burguesa, estos nuevos exégetas pretenden doctorarse de senderólogos y tomar la posta de la mesnada erudita. Pobres plumíferos, y para colmo de males, alguno de ellos pega el salto de ayayero a tráfuga. Cuánta razón tenía el Amauta cuando dijo que el indio alfabeto se transforma en opresor de su propia raza, y es porque se pone al servicio del gamonalismo. Y que después no se pongan a lloran gimoteando que esto es expresión de racismo pues no es así, es simple constatación de un hecho real ligado al fenómeno cuyo factor central es la hegemonía de la gran propiedad semifeudal en la política, en el mecanismo del Estado y en el cerebro de algunos iluminados pensadores de escritorío. Pero por el momento no nos ocupemos del estercolero ni su miasma, de ese montón colosal de basura que debe ser necesariamente barrido gradualmente y por partes.

—El papel, individual o colectivo, que estos sujetos se han autoimpuesto es el de confundir a las masas con el claro objetivo de

perpetuar la opresión y explotación; de arrancar a las masas trabajadoras del camino que las conduce a la cabal consecución de su meta final y arrojarlas a los brazos del imperialismo, de la burguesía y de los terratenientes y gamonalillos.

—Eso. Bien, volviendo al tema. Soy de la opinión de que el Presidente Gonzalo no hubiera podido alcanzar sus objetivos si no conseguía aglutinar en torno suyo a un conjunto de militantes que, tanto en la lucha interna como en la lucha de clases, apliquen en la práctica sus planteamientos. Y lo mismo a la inversa, ese conjunto de militantes nunca hubiera logrado plasmar esas concepciones sin la dirección de un Jefe *generado* por la lucha del proletariado y sus irrenunciables intereses de clase. El hombre y el nombre concreto no son más que producto de la casualidad y necesidad histórica; y esta casualidad y esta necesidad recayeron en la persona del doctor Abimael Guzmán, les guste o no a los imbéciles de siempre, a los adoradores del solipsismo. Y el doctor Guzmán asumió extraordinariamente bien su responsabilidad hasta que dejó de hacerlo; lo último no desmerece ni borra lo primero. Los méritos, la perseverancia, la consecuencia y la férrea disciplina del Presidente Gonzalo se vieron plasmadas en lo que hoy conocemos como pensamiento gonzalo. Bien, a lo ya dicho por ti, que es una recapitulación escueta y bastante apretada que no pretende ser la historia del Partido ni hacer un balance, me gustaría añadir algunas cosas que considero relevantes.

—Momento —dijo Sebastián levantando el dedo índice hacia el cielo—. Vale la pena reiterar, y hay que hacerlo en la reunión para que no haya confusión, que nada de lo dicho pretende ser historia y balance, ésa es tarea aún pendiente y en algún momento habrá que hacerla; pero tampoco se debe pensar, muy a la ligera, que lo que estamos haciendo es puro hueveo y devaneo, ahí sí que se equivocan. Lo que tratamos de hacer es crear puntos de referencia que nos ayuden a motivar la discusión cuya conclusión nos conduzca al cumplimiento de las tareas pendientes y a la elaboración de un borrador que sirva de referencia para el análisis del camino recorrido en estas últimas décadas, en especial a partir de la detención del Presidente Gonzalo.

—Eso. Además hay que recordar a propios y extraños que el Partido, por boca del Presidente Gonzalo, ha hecho un balance de su recorrido y accionar en diferentes etapas de su desarrollo desde la fundación del Partido hasta inicios de los 90, ahí están los eventos que lo confirman; sólo para mencionar algunos, contamos con el balance de la Reconstitución, con el balance de los 10 primeros años de guerra popular y una infinidad de análisis que muestran el largo proceso de desarrollo del Partido y su accionar en medio de la lucha de 2 líneas y

la lucha de clases; balances que muestran lo logrado, que señalan los reajustes necesarios a hacer y sobre todo que señalan las condiciones para dar el siguiente paso; en pocas palabras, se hace un balance del camino recorrido, se sacan y señalan las lecciones positivas y negativas y las leyes que rigen el proceso, leyes que se manejan y se aplican para transformar la realidad en beneficio del proletariado y el pueblo, al servicio de la revolución. Hasta inicios de los 90, el balance está hecho y definido, lo ratificamos porque es justo y correcto y las pocas enmiendas que podamos hacer no niegan ni desmerecen lo alcanzado. El balance está hecho, la historia está escrita, no hay necesidad de mirar atrás, hay que mirar adelante y señalar el camino a seguir. Quienes *exigen* que el Partido haga un *balance* quieren que se haga uno a su gusto y medida, lo reclaman sólo para darse importancia; estos petulantes sólo pueden engatusar a un reducido auditorio por un reducido tiempo. Hay que desenmascararlos. Los documentos partidarios hablan por sí mismos, ahí están, léanselos, estúdienselos. Por otro lado, no nos interesa la *historia* del señor Guzmán ni el balance que de ella él mismo haga, esa historieta no pasaría de ser más que burdas cinceladas con las que se pretende esculpir la estatua de un histriónico ególatra como personaje de la épica popular que pretende sancionar *su* victoria y declamar a los 4 vientos: El Partido soy Yo. La historia y el Partido no están para mezquindades. Lo que nos interesa es la historia del Partido, de la revolución y del papel del Presidente Gonzalo como producto y parte de ambas. Cosa que se concreta en el pensamiento gonzalo...

—Seguirán saliendo los que afirman que no puede haber pensamiento gonzalo sin Presidente Gonzalo —dijo Sebastián con una irónica sonrisa.

—Dejemos que las cucarachas salgan del desagüe, que abandonen su refugio invernal y expresen lo que quieran; que salgan de una en una o todas juntas a irradiar cantos de sirenas violadas. Me interesa un carajo y me tiene sin cuidado. Ya hemos quemado nuestras naves, no hay vuelta atrás y no tenemos nada que perder sino un mundo nuevo por ganar. Y aunque lo diga el mismísimo Guzmán, que ya lo dijo, ese argumento es baratija deslumbrante pero inocua; propia de pusilánimes incapaces de debatir cosas de fondo. No estamos en una discusión sobre derechos de autor y regalías. El pensamiento gonzalo se forjó en medio de la lucha de clases, en medio de la lucha interna del Partido y no es un objeto de propiedad privada y marca registrada. El pensamiento gonzalo, reconocido oficialmente en el I Congreso del Partido Comunista del Perú, dejó de ser el pensamiento guía *del* Presidente Gonzalo y pasó a ser propiedad intelectual del proletariado y de las masas de nuestra patria contribuyendo así, y

sólo así, a la revolución proletaria mundial. Es un pensamiento filosófico, marxista-leninista-maoísta, alcanzado en la aplicación del marxismo a una realidad concreta, en este caso a la nuestra, y no un recetario inamovible, para ser loado y recitado mientras que en la práctica se desparrama un podrido revisionismo que cubre de lodo el honor de los gloriosos militantes, combatientes y masas que entregaron y entregan su valiosa sangre por el Partido y el pensamiento gonzalo.

—Te estás exaltando, compadre —opinó Sebastián mientras le propinaba a Leoncio un empujón en el hombro.

—Déjame reventar, carajo, ya estoy harto de estupideces, hermano. El incienso que algunos reparten alrededor de la efigie de un supuesto semidiós alado no es más que ponzoña para el espíritu de la militancia y las masas. El mito Gonzalo y otras huevadas son inventos de obtusos filisteos contrarrevolucionarios que fabrican y levantan un icono inofensivo para dejarlo caer, hacerlo añicos y cubrirlo de lodo y estiércol con el afán de hacerse a sí mismo un lugarcito bajo el sol como pensador de alto calado. Que graznen lo que quieran, que obren con la peor maldad de la que son capaces. La historia registra en sus páginas gloriosas un Presidente Gonzalo y un pensamiento gonzalo que no son ficción, son realidad clara y palpable. Por otro lado, y dicho sea de pasada, no es nada raro que otros usen palabras como *cuestionamiento de la Jefatura*; *cuestionamiento de la Dirección*; *usurpación de la dirección del Partido* y otras variopintas especies que no tienen otro fin más que el de poner a buen recaudo la actual sacrosanta figurilla de un fante, venerarla y protegerla de cualquier crítica; pero, en estos momentos, ya no se trata del Jefe de la revolución, de la jefatura del Presidente Gonzalo, sólo se trata de un individuo, de un renegado y traidor. Ya lo analizamos, los dirigentes, los jefes y la jefatura del Partido no sólo existen, son una necesidad de toda revolución y son generados por ella, por el proletariado, por la guerra popular; son reconocidos por el Partido y por la clase; y como Jefatura se reconoce la autoridad partidaria y revolucionaria adquirida y probada en una larga brega; autoridad de quienes en la teoría y en la práctica demuestran que son capaces de dirigir y guiar al Partido, al Ejército y a las masas populares en el avance y la victoria en la consecución de los ideales de clase, de los ideales del proletariado y no por y para satisfacer sus apetitos personales ni sus delirios de grandeza. Y ese proceso fue recorrido por el doctor Abimael Guzmán hasta que fue reconocido como el Presidente Gonzalo. El esperpento en el que se transformó luego de caer preso forma parte de otra historia. Pero tienes razón, vamos a los argumentos.

—Eso es lo que estoy esperando, hermano —dijo Sebastián mos-

trando su buen humor empujando otra vez a Leoncio.

—Ya compadre, ya está bien —dijo Leoncio devolviendo el empujón—. Hemos repasado parte de la historia universal y parte de nuestra propia historia a grandes trazos; hemos visto y remarcado un corto compendio del desarrollo de nuestra sociedad, de la lucha de clases en ella y del surgimiento y desarrollo del Partido Comunista del Perú; hemos visto por lo menos una parte importante del desarrollo de las ideas políticas en nuestra patria cuya cumbre es coronada con el pensamiento de Mariátegui. Pero, también lo hemos analizado, la vaina no queda ahí. El desarrollo de la lucha de clases que sintetiza el proceso de cuestionamiento y negación del viejo Estado, es decir, la destrucción del viejo Estado a través de la violencia revolucionaria, lleva a la necesidad de retomar el pensamiento de Mariátegui, pensamiento que fuera abandonado por el oportunismo y el revisionismo en las filas del Partido, a retomar su camino y desarrollarlo reconstituyendo el Partido del proletariado, fundado por Mariátegui, para cumplir con la tarea de conquistar el Poder con las armas en las manos; destrucción del viejo Poder que necesariamente implica, como contraparte, la construcción del nuevo Poder. A esta tarea se abocó, como bien has resumido, el doctor Guzmán, el camarada Álvaro que posteriormente adoptaría el seudónimo de Gonzalo, dirigiendo un amplio contingente de comunistas y revolucionarios. Así, sobre una base material objetiva, nuestra sociedad y la lucha de clases, y sobre la base del pensamiento de Mariátegui, se desarrolló primero el *pensamiento guía* y luego el pensamiento guía del Presidente Gonzalo; pensamiento guía que, habiendo llegado a un determinado punto de su desarrollo y marcando un hito en la vida partidaria, da un salto cualitativo de decisiva importancia para el Partido y la revolución y deviene *pensamiento gonzalo*.

—Queda evidenciado que las revoluciones generan un pensamiento que las guía, mire donde se mire y en el tiempo que sea, la historia de la humanidad, y en especial la de la lucha de clases, así lo demuestra.

—Eso. Y ese pensamiento, que guía, es el fundamento de toda jefatura como resultado de la correcta aplicación de la verdad universal de la ideología del proletariado internacional a las condiciones concretas de nuestra patria. En toda revolución el pensamiento guía, o *un* pensamiento guía aplicado a *una* realidad concreta, es necesario para lograr la victoria, conquistar el Poder, continuar la revolución y mantener el rumbo hacia la meta, que es el comunismo. Evidentemente ese pensamiento adopta el nombre de quien lo plasmó en la teoría y en la práctica; para nosotros, para el Partido y la revolución aquí y ahora, se denomina pensamiento gonzalo. No es un *ismo*, no

es gonzalismo. Tampoco *cuarta espada*, no existe esa huevada. El pensamiento gonzalo no es un título de propiedad privada ni gloriosa condecoración por servicios prestados; no, simple y llanamente es la constatación de que el proceso revolucionario, por necesidad y casualidad históricas, ha generado ese pensamiento; y lleva el nombre del Presidente Gonzalo porque precisamente fue él quien, en la aplicación creadora del marxismo-leninismo-maoísmo a las condiciones concretas de la realidad peruana, ha dotado al Partido y a la revolución de un pensamiento que los guía. Punto. Muy simple. El pensamiento gonzalo es un pensamiento filosófico, materialista y dialéctico, que se ha forjado durante años en medio de la lucha de clases; en la lucha por enarbolarse, defender y aplicar el marxismo-leninismo-maoísmo; en la lucha por retomar el camino de Mariátegui y desarrollarlo; en la lucha por reconstituir el Partido y, principalmente, en la lucha por iniciar, mantener y desarrollar la guerra popular en el Perú sirviendo a la revolución mundial y a que el marxismo-leninismo-maoísmo, principalmente el maoísmo, sea en la teoría y en la práctica su único mando y guía; y en la lucha de 2 líneas, se ha forjado combatiendo y aplastando el revisionismo y las líneas oportunistas tanto de derecha como de *izquierda*. Para comprender mejor el pensamiento gonzalo, tal como lo estamos haciendo, hay que partir del contexto histórico y ver la base ideológica que lo sustenta, he ahí una de las razones de nuestra exposición, y es necesario precisar su contenido; es decir, la línea política general cuyo centro es la línea militar que apunta al problema del Poder, de su conquista; el Presidente Gonzalo, aplicando el materialismo dialéctico a la cuestión de la violencia revolucionaria, resume las leyes de la guerra, de la guerra revolucionaria en general y de las leyes específicas de la guerra revolucionaria en nuestra patria. Esto es clave porque apunta a profundizar las particularidades de la revolución peruana, lo específico y propio que debemos desarrollar dentro de la perspectiva de conquistar el Poder en todo el país. No es calco ni copia, es creación heroica. Hasta aquí nada nuevo, todo esto está en los documentos partidarios.

—Cosas elementales que los críticos senderólogos se niegan a ver —intervino Sebastián.

—Claro que se dan cuenta, y bien; la vaina es que la tergiversación que hacen de la realidad obedece a un plan delineado por la mesnada erudita al servicio de la gran burguesía: Carlos Tapia, Gonzalo Portocarrero y Carlos Iván Degregori; el estratega, el ideólogo y el propagandista. Tapia se felicita y jacta de ser el artífice de la derrota de Sendero; Portocarrero, ese pequeño y ridículo Berkeley que da explicaciones teológicas y mecanicistas del desarrollo de la sociedad y del proceso revolucionario, pretende develar las raíces culturales

de los profetas del odio y el fenecido Degregori propalaba qué difícil es ser dios para Guzmán ante una minoría, ante una élite intelectual provinciana andina y mestiza.

—Y el épico cretino mundial vanamente se esfuerza por compendiar a los 3 en 1, en él mismo, para darle a *su* ciudadano un rostro humano; escarbando en la basura con ansias de convertirse en fiduciario de la mesnada erudita se siente Ganímedes copulado por Zeus.

—Bravo. No podrías haberlo resumirlo mejor, compadre —dijo Leoncio soltando una sonora carcajada—. Bien. Lo que éstos y otros *pensadores* pretenden es adosarnos la etiqueta de terroristas, siguiendo la táctica del imperialismo de tildar de terrorista tanto a los que así actúan como a cualquier movimiento que no le sea afín, en especial a los movimientos revolucionarios, para desprestigiar al Partido y la ideología del proletariado; para aislarnos de las masas y poder aplastarnos a sangre y fuego. Pero para refutar esa diatriba baste recordar las palabras de Lenin cuando dice: Esto no es ya un complot contra un personaje cualquiera odiado, no es un acto de venganza, no es una salida provocada por la desesperación, no es un simple acto de *amedrentamiento*, no: esto es el comienzo, bien meditado y preparado, calculado desde el punto de vista de la correlación de fuerzas, es el comienzo de las acciones de los destacamentos del ejército revolucionario; afortunadamente, han pasado los tiempos en que por falta de un pueblo revolucionario *hacían* la revolución *terroristas revolucionarios* aislados. La bomba ha dejado de ser el arma del *petardista* individual y ha pasado a ser elemento necesario del armamento del pueblo. Esas palabras de Lenin, y en especial nuestro accionar, resumen que los tiempos han cambiado, que la bomba, la dinamita, pasa a ser arma de combate de la clase, del pueblo; que ya no se trata de una conjura, de una acción individual aislada, sino de la acción de un Partido, con un plan, con un sistema, con un ejército presto a asaltar los cielos y tomar el Poder para la clase y el pueblo. Y aquí un paréntesis, disculpa pero pienso que es necesario. No sólo se nos acusa de ser terroristas, sino también de asesinos, genocidas y otras tantas infamias. Por ejemplo, se toma la acción de Lucanamarca en 1983 y se la agita para hacer al Partido responsable de genocidio, de la masacre de indefensos pobladores. Babosadas. Para empezar, aunque en parte lo hubo, no fue un programado acto de represalia ni de venganza, tampoco de ojo por ojo y diente por diente. Fue un programado acto de guerra, un contraataque y una defensa; un contundente golpe a la política de mesnadas; una certera respuesta a las furiosas mesnadas de la reacción que, desarrollando el plan de restablecimientos de las Fuerzas Armadas, habían cometido una larga serie de asesinatos de combatientes del Ejército Guerrillero

Popular, de dirigentes y cuadros del Partido a quienes arteralmente acogían con un disfrazado entusiasmo cuando llegaban a sus pueblos, hacían fiesta, les daban de comer y beber alcohol para luego asesinarlos arteralmente, con una crueldad inaudita, moliéndolos a pedradas y hachazos mientras dormían. Valga decir que para remate de males algunos dirigentes, cuadros y combatientes seguían entrando en algunos pueblos sin tomar medidas de seguridad y los seguían matando; no se sacó la lección adecuada, se confiaba ciegamente en *las masas*, en abstracto, en general, y sin recordar que aún en tiempos de revolución la reacción sigue influyendo sobre buena parte de las grandes masas populares y la ideología reaccionaria anida en la mente de algunos. ¿Acaso debíamos olvidar quiénes son nuestros enemigos y quiénes nuestros amigos? Pues no, no deberíamos; aunque en esos momentos algunos sí lo hicimos, bajamos la guardia y los miserables siguieron aniquilándonos como a mansos corderitos. Inicialmente las mesnadas estaban integradas por licenciados y campesinos ligados a las autoridades, al gamonalismo y sus lacayos, no faltaban los ligados al abigeato, los espías, los soplones y los traidores; ahí están los hechos de Huaychao, Sacsamarca, Uchuraqay, Iquicha, Huambo, Huamanquiquia y muchos otros pueblos sobre los cuales nadie dice nada o muy poco; incluso el artero y cobarde asesinato de 8 periodistas en Uchuraqay en enero de 1983 recae en las ensangrentadas manos de las mesnadas. Las fotos están a vista de todos pero se echa la culpa a la ignorancia, a la confusión, a la *cultura andina* y a otras huevadas literarias producto de la viperina pluma de Mario Vargas Llosa que encubre y exculpa desenfrenadamente la responsabilidad del Gobierno y de las Fuerzas Armadas. Luego las mesnadas ampliaron su radio de acción utilizando masas presionadas como carne de cañón pero más adelante se incorporaron a ellas campesinos que voluntaria y conscientemente servían a la guerra contrarrevolucionaria. Las mesnadas desataron el terror blanco en el campo deteniendo, torturando y asesinando a militantes del Partido y combatientes de las guerrillas; a dirigentes de masas y campesinos pobres; a hombres, mujeres, ancianos, jóvenes y niños desarrollando verdaderas cacerías de revolucionarios y simpatizantes; llevaron adelante operativos de arrasamiento contra comunidades o pueblos vecinos y hasta alejados; participaron en operaciones de hostigamiento y caza de las fuerzas del Ejército Guerrillero Popular. Luego formaron bajo su égida bases civiles concentrando campesinos al estilo de las llamadas aldeas estratégicas de los yanquis en Vietnam o, al de las *reducciones* del Virrey Toledo; estas *bases civiles* estaban bajo directo mando militar y de los cabezas negras que dirigían las mesnadas y en ellas se desarrolló la militarización de campesinos organizándolos

en *rondas* y *comités de defensa* para robar, violar, saquear, incendiar, torturar y matar; de esa manera aplicaron la siniestra política de robar todo, quemar todo y matar a todos dictada por la reacción y sus Fuerzas Armadas. Por lo tanto eran, son, y serán enemigos del Partido y la clase. Fue, es y seguirá siendo un enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución. Nada de *hermanos* contra *hermanos* ni de *campesinos* contra *campesinos*. El enfrentamiento entre diferentes fuerzas, y en especial entre las fuerzas progresistas y las retrógradas, con la participación de partes de una misma etnia y clase agrupadas en ambos bandos enfrentados es una constante en la historia universal y en nuestro suelo también se dio mucho antes del Imperio Incaico y durante su desarrollo, durante la invasión española y la colonia, durante la lucha por la independencia y la República y se dará aún muchas veces más. De la misma manera, en la actualidad y durante nuestra historia, las rivalidades entre comunidades es un hecho incuestionable y real. Así, dentro de un panorama, histórico y real, en el cual el Partido había perdido una base de apoyo, es decir la expresión y concreción del nuevo Poder, y se había restablecido el viejo Poder, se desarrolla la acción de Lucanamarca, lugar donde también las mesnadas habían capturado, torturado, linchado y quemado vivos a varios combatientes, militantes y dirigentes de las masas y el Partido, una orgía de sangre que no perdonó ni a los familiares de algunos combatientes. Así que la respuesta, en la que esencialmente participaron campesinos pobres y entre los cuales se encontraban algunos que habían visto cómo las mesnadas habían asesinado y prendido fuego a sus familiares, no se trataba de una venganza sino de darles un contundente golpe para sofrenarlos. No era una respuesta a un caso aislado, fue producto de todo un proceso desarrollado durante varios meses y estábamos dejándonos dar duro de puro ingenuos. Sobre este asunto se levanta mucho polvo y seguirá siendo así aunque la verdad pura salga a luz y le demostremos a las masas lo contrario a lo propalado por la propaganda oficial. Esa campaña contra el Partido, y que aún sigue después de tantos años, es una prueba de cómo se fabrica opinión pública en base a mentiras y rumores, de cómo se cocina una *verdad* a fuego lento para desprestigiarnos. Muy bien, ellos no lo olvidan y nosotros tampoco. Así que de qué mierda se quejan. El hecho de que haya habido una manifestación de exceso, el hecho de que las masas hayan desbordado la dirección de los mandos responsables sobre el terreno mismo de la acción y hayan creado un montón de problemas al Partido, es una cosa y algo ya resuelto por y en el Partido, lo cual no es garantía ni quiere decir que, lamentablemente, no pueda presentarse en cualquier otro momento de la futura historia patria. Cuando la reacción y

sus Fuerzas Armadas hacen lo mismo o algo aún peor, multiplicando por miles los cadáveres, se encubre la política institucional, la línea estratégica del Gobierno y su aparato represivo, y se le sopla el muerto a un Hurtado o a cualquier otro loquito, atarantado, desquiciado, atormentado o frustrado pistolero para negar el uso sistemático de la barbarie por parte del Estado. Pero hay que recordar las declaraciones del general del Ejército Peruano Luis Cisneros Vizquerra, entonces Ministro del Interior, quien dijo que las Fuerzas Armadas tendrían que comenzar a matar senderistas y no senderistas, porque ésa es la única forma como podrían asegurarse el éxito; matan 60 personas y a lo mejor ahí hay 3 senderistas... y seguramente la policía dirá que los 60 eran senderistas. Ése es el mismo tipo que dijo que la obligación general de un concepto militar de guerra caballeresco no vale, de lo que se trata es de destruir una ideología, decía que no podía entender cómo en una zona de guerra, una zona prácticamente extraterritorial, se pretende mantener el Estado de derecho, para él, en la guerra no hay derechos humanos. Más aún, recordar cómo preparaban a la tropa para matar. Había que pasar la *prueba de valor* matando civiles, traían a un presunto subversivo y nos obligaban, relató un ex miembro de tropa de las Fuerzas Armadas a la llamada *Comisión de la Verdad y Reconciliación*, a alistar los cuchillos y nos decían: hoy se *bautizan*, hemos traído un *Chifa*, refiriéndose a la persona que iba a ser asesinada. Este declarante recordaba que a un señor se lo asesinó, se lo mató en el baño, se lo descuartizó, porque cada uno tenía que sacarle un brazo, y el otro tenía que sacarle la muñeca y que un oficial, un Teniente o un Mayor, había dado una orden de que tenían que traer los dedos índices de la persona que estaba muerta y esos dedos lo utilizaban como llaveros. Que había un Mayor que tenía el dedo de una persona, un dedo seco, con incrustaciones de oro, era un llavero que él tenía, la uña la tenía pintada. Y el *bautizo* de los soldados y oficiales novatos no es para menos. Creo que lo hemos leído juntos también en el documento final de la *Comisión* donde transcriben la declaración de un suboficial de tercera que narra que los subalternos se formaban detrás de los oficiales y que el bautizo consistía en que cada uno mataba un terruco, a un terrorista. El individuo decía que era cosa que tenían que hacer para que la tropa los acepte, para ser uno de ellos, y añadía: En ese momento, para serle franco, no sentí nada, era parte de la guerra, lo tomé como una cosa normal, acepté el bautizo, lo realicé. Y continúa narrando: A los terroristas los ponían en fila y a nosotros también nos ponían en fila. Uno iba corriendo y gritábamos y le hundíamos el arma; recuerdo que había un capitán que agarró un clavo y le clavó en el oído a uno de ellos. Eso delante de todos. Fue previo al bautizo. Le metió un clavazo, convul-

sión y murió. Lo arrastraron y se lo llevaron. Yo, resumía otro criminal, cuando llegué a la ciudad de Ayacucho he visto casos increíbles y el *bautizo* para un novato era que mate a una persona con un puñal. O sea se captura a una persona y el novato tiene que bautizarse y matar a una persona con un puñal que además no tenía filo. Y todos esos criminales andan sueltos...

—Pero el exceso sigue siendo exceso —interrumpió Sebastián.

—Si pues, en nuestro caso, eso es lo que estoy diciendo; pero en el caso de la reacción no se trata de excesos ni de casos aislados de despistados. El genocidio es clara y concretamente una política aprobada y ordenada por el Gobierno del Estado Peruano a propuesta de sus Fuerzas Armadas y aplicada por las propias Fuerzas Armadas auxiliadas por las Policiales siniestra y bárbaramente desde el año 1983, intensificada de forma cruenta y cruel el año 1984; prácticamente fue aplicada sistemáticamente todo el tiempo y volverán a recurrir a la barbarie y al genocidio en el momento en que las cosas se les vuelvan a poner feas; o tal vez antes, como golpe preventivo. Reitero, es una política institucional, una línea estratégica; es el terror institucionalizado que iniciara el gran demócrata Belaúnde y seguido por todos los demás.

—Sí, cierto, hay diferencias —convino Sebastián.

—Al analizar el movimiento de Túpac Amaru, ya hemos visto que, por lo general, los excesos cometidos por una parte de las masas durante toda la historia de la lucha de clases acarrearán más daño que beneficio y que el asunto es que una vez producido el exceso hay que estudiar su raíz histórica y su manifestación del momento para poder contener el desborde, controlarlo, y hacerlo volver a su cauce; de lo contrario habrá una desviación muy perjudicial. La acción en Lucanamarca fue un acto de guerra en el que hubo exceso por parte de las masas que ahí participaron. Lo más terrible es que se mató indiscriminadamente, sin la necesaria investigación, sin averiguar quién era quién y para remate asesinaron niños que nada tenían que ver con lo que pudieran haber hecho sus padres, si es que algo hicieron y aunque lo hubieran hecho los niños o familiares de los autores directos, si no han apoyado o participado, nada tienen que ver con el asunto; ya hemos hablado de que el castigo debe corresponder al crimen, que hay que saber discernir quién es malo y quién no lo es, quién es el peor y quién no es tan perverso, quién merece severo castigo y quién trato clemente. Así debe de ser, pero en este caso fue un miserable comportamiento el mostrado por una parte de las masas que ahí actuaron; es repudiable, sí, pero de ahí a que los ayayeros de Guzmán busquen un chivo expiatorio entre los que dirigieron y entre los que participaron en la acción de Lucanamarca pidiendo que

se autocritiquen, hay un gran abismo y lo único que buscan, incapaces de defender los principios, es expiar sus propias culpas y las de Guzmán. Se dice que fue Hildebrando Pérez Huarancca quien dirigió esa acción pero esa información no es verdad, es completamente falsa; ni siquiera estuvo cerca de la zona, tampoco en Lima donde estábamos nosotros. Hildebrando no era cuadro ni dirigente ni tenía mando alguno, no podía serlo, no le estaba permitido, ni siquiera era militante del Partido; fue un combatiente más del Ejército Guerrillero Popular, valeroso y heroico como muchos otros, que dio su vida por la revolución sin mezquindades, sin tapujos ni remilgos; cayó en combate, una bala enemiga truncó sus sueños y nos privó de su amistad y camaradería, de su alegría y talento. Y si alguien tiene más interés por la acción de Lucanamarca que le pregunte a los Quispe Palomino, que ellos mismos alardean que sí estuvieron ahí ¿qué hicieron? Ellos bien lo saben, pues que lo cuenten. Los ayayeros, más papistas que el papanatas, señalan la acción como matanza extrema y expresión aislada de extremismo militarista burgués absolutamente al margen de la línea política del Partido; imbéciles, se sacuden el polvo de encima y echan tierra a los ojos de los demás. Lo que prevalece, y hay que decirlo 1,000 veces, es lo positivo: se sofrenó la acción de las Fuerzas Armadas y la de las mesnadas a su servicio, se sofrenó el restablecimiento del viejo Poder y se posibilitó el contrarrestablecimiento del nuevo Poder a través de la guerra popular. Y sí, pues, en Lucanamarca hubo un desborde, un exceso, algo innecesario, injusto, brutal, injustificable; ha habido un juicio justo y se ha aplicado correctamente la ley del pueblo contra los que cometieron esos excesos, no se han repartido condecoraciones a nadie, y no tenemos por qué rendir cuentas al enemigo de clase, bien lo sabe Guzmán y sus serviles adoradores. Hay veces en que los inescrutables caminos del odio de clase enceguecen y envilecen a parte de la masa; el exceso sigue siendo repudiable y la mejor forma de corregirlo fue sacar lecciones y evitar que se repita tan luctuoso acontecimiento, el mismo Guzmán cuando era Presidente Gonzalo lo hizo correctamente.

—Aunque Feliciano dijo que Lucanamarca se reprodujo en todas partes.

—Ese nuevo converso, que dice que fue un error histórico haberse afiliado al Partido, sólo pretende salvar su pellejo haciéndose pasar por arrepentido para acogerse a la colaboración eficaz y tirar dedo a todo el que pueda; como buen militarista derrotado, juega su partida de ajedrez tratando de arrancarle un tablas al enemigo. Lo que dice no es cierto, al contrario, muchos Lucanamarcas fueron evitados. Lo sabes tan bien como yo. Como fuere, para mí, lo principal fue sofrenar las mesnadas y en parte se hizo aunque no fue suficiente; la

mala comprensión que teníamos sobre las comunidades campesinas impidió una mejor y más profunda acción contra el gamonalismo y los gamonalillos. El exceso sigue siendo exceso y repudiable. Aún quedan algunas lecciones por sacar, algunas síntesis por hacer. Un solo muerto ya es un muerto demás, es innecesario, es algo fatal, irremediable; la vida es un bien muypreciado y éste es un pensamiento que me acompaña desde siempre. Lamentablemente, sucede que, al margen de nuestros deseos y voluntades, la historia, mientras existan las clases, se mueve, avanza y desarrolla en una espantosa vorágine de violencia y ésta sólo acabará cuando acaben las causas que la generan. Y, les guste o no, no somos terroristas, somos revolucionarios.

—Y comunistas para mayor orgullo.

—Eso. A otra cosa dentro de este paréntesis. ¿Quién nos acusa de terroristas? El imperialismo y sus lacayos. Pues bien. Hay un hecho histórico que es conmemorado mundialmente a todo dar y con mucha pompa. El llamado día D, el día más largo, el desembarco en Normandía. La cara oculta de esa *liberación* es un hecho por el cual nadie ha pedido perdón y muy pocos historiadores hablan de ello; se trata del cruel martirio por el que tuvo que pasar la población civil normanda a causa del bombardeo aéreo y marítimo de los aliados antes, durante y después de la invasión. La vida de casi 20,000 civiles normandos ajenos a la contienda fue segada por las manos de sus *liberadores*. Sólo en las primeras 24 horas de la invasión murieron 3,000 civiles; cifra que duplica la de los 1,465 soldados estadounidenses y la de los aproximadamente 1,200 soldados alemanes muertos en el mismo lapso de tiempo. La cifra de civiles franceses muertos por la acción de los aliados, ojo, por acción de los aliados y no por la de los alemanes, durante toda la guerra, sólo en Francia, fue de 70,000, muchos más que los civiles británicos muertos durante los bombardeos aéreos de los nazis. Pero estas espantosas y frías cifras estadísticas, para los críticos de salón, carecería de valor si a su lado no se pone que, durante los casi 2 meses y medio que duró la contienda en Normandía, la docena de países aliados que participaron en la invasión tuvieron unos 68,000 soldados muertos. ¿Se justificó la sangría de civiles? Roosevelt, en esos momentos Presidente de Estados Unidos, se dio el lujo de decir: Por lamentable que sea la consiguiente pérdida de vidas humanas, no estoy dispuesto a imponer desde aquí ninguna restricción a la acción militar emprendida por los mandos responsables, algo que, a su juicio, podría causar pérdidas adicionales de vidas entre nuestras fuerzas de invasión aliadas. Algún historiador alega que el desembarco en sí terminó con un coste de vidas incluso por debajo de las estimaciones previstas por los generales al mando.

Vaya consuelo. Normandía fue el cordero ofrecido en sacrificio para la liberación de Francia. Ellos sí pueden hacer esas previsiones, si nosotros hacemos algunas estimaciones, por más ingenuas que estas sean, es señal de nuestro resentimiento voraz e insaciable que nada puede calmarlo. Los combates posteriores al desembarco fueron de una ferocidad tal que llegó a superar la sangría del frente ruso. Todo vale, no importa para nada la masacre de civiles. Claro, los aliados eran los buenos de la película y los franceses sólo una cifra dentro de los daños colaterales. Hubo casos donde algunos soldados aliados protagonizaron actos de saqueo y pillaje sin el menor escrúpulo y bastante brutal contra la población civil normanda, hubo violaciones, cortaban las orejas de los soldados alemanes muertos para hacerse collares y los dedos para robar anillos de matrimonio. Otros habían matado soldados alemanes y utilizaban sus cuerpos para practicar con la bayoneta. La invasión se tornó en un combate despiadado entre ambos bandos; en la práctica había una evidente violación de la Convención de Ginebra. Al parecer, en todos los tiempos, todas las guerras han despertado los instintos primitivos de alguna gente. Año tras año se conmemora el famoso día D, año tras año se ignora a los civiles asesinados por las bombas y balas aliadas. El desembarco se convirtió en ocupación y luego de 50 años de ostentosas celebraciones nadie pide perdón a los familiares y descendientes de los asesinados, nadie rinde honores a los civiles normandos sacrificados, casi nadie los recuerda.

—Hannah Arendt dice que el perdón es una de las más grandes capacidades humanas y quizá la más audaz de las acciones en la medida en que intenta lo aparentemente imposible, deshacer lo que ha sido hecho, y logra dar un nuevo comienzo allí donde todo parecía haber concluido —comentó Sebastián acentuando el tono irónico de su voz.

—Y con esa audaz acción ella misma perdona la banalidad de los malos actos de los otros —dijo Leoncio con una mueca de desprecio.

—Eso. Aunque, para algunos, sería extravagante comparar Luconamarca con 77 días de la Segunda Guerra Mundial.

—Seguro, y tal vez con razón; pero para mí no se trata de hacer comparaciones sino de ir a la esencia del fenómeno. No hay que ver sólo la magnitud del hecho pues sabemos que la esencia se disimula siempre tras el fenómeno y es sólo yendo más allá del fenómeno cómo se puede descubrir la esencia. Pero bien, la cosa no queda ahí, en la historia reciente, en el día a día, tenemos los ejemplos más saltantes de las matanzas indiscriminadas y también de las muy bien planificadas por el imperialismo y sus lacayos. Tenemos los ejemplos en Somalia, Afganistán, Iraq, Paquistán, Yemen y dentro de poco

Siria, sólo para mencionar algunos de los países bombardeados por aviones no tripulados y que masacran hombres y mujeres, ancianos y niños no combatientes que pasan a engrosar por miles la lista de los denominados *daños colaterales*; y aquí sí, de cuando en cuando piden disculpas pero inmediatamente después siguen con el inmisericorde asesinato a control remoto. ¿Quién es el terrorista? Veamos un poco del detalle. Los drones, como se llaman a esos aviones de la muerte no tripulados, apenas si se oyen cuando pasan por encima de uno, más parece que fuera un moscardón y vuelan lo suficientemente alto como para no distinguirlo incluso en cielo despejado. Cada uno cuesta unos 13'000,000 de dólares y se han convertido en un símbolo provocativo del poder de Estados Unidos que tiene unos 20,000 de esos aparatos para sus crímenes y forman parte de una organización paramilitar que conduce la actual guerra secreta de Obama, claro que con el beneplácito del complejo militar-industrial y sus representantes en ambas cámaras. En la actualidad los drones son el arma estrella de Obama para llevar a cabo los asesinatos y en parte tiene que ver con la tendencia estadounidense de ver la tecnología como una panacea para todos los problemas, incluidos los militares; controlado a larga distancia, los *pilotos*, disparan el misil destruyendo las viviendas y matando o hiriendo a pobladores y cuando la gente se acerca a ayudar a los heridos, cae un segundo misil y mata a quienes acudieron en ayuda; después del segundo disparo, evidentemente, los cuerpos de las víctimas quedan tan deshechos que es imposible diferenciar entre niños, jóvenes, adultos y ancianos, y los tienen que enterrar como animales en una fosa común.

—Y nadie asume la responsabilidad.

—Claro que no, son daños colaterales en los usos de la guerra. Es sabido que hay un equipo compuesto por los máximos responsables de la inteligencia estadounidense que presenta al Presidente su lista de candidatos a ser ejecutados extrajudicialmente en algún rincón del mundo. El demócrata Obama, lista en mano, evalúa los pros y los contras de esa operación clandestina, valora la importancia del sujeto, valora las consecuencias políticas que pueda tener el asesinato, y, entonces, el mundo se convierte en un circo romano donde el Premio Nóbel de la paz decide con su tierno dedito quién debe vivir o morir.

—Por lo tanto él es el responsable.

—Eso, él es el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. Un jefe que copia casi literalmente las costumbres del Gobierno reaccionario de Israel donde un equipo compuesto por representantes de las Fuerzas Armadas, del Mossad y asesores antiterroristas, ofrece al Primer Ministro periódicamente la lista con los distintos candidatos a morir víctimas de un misil lanzado por un dron, por medio de los dis-

paros de fuerzas especiales camufladas que actúan en territorio palestino ocupado o por agentes que llevan a cabo asesinatos selectivos en el exterior. Pero, ojo, este programa descansa en la legitimidad personal del Presidente; por lo tanto, las ejecuciones a distancia son legales porque el Presidente así lo decide.

—Muchos han olvidado que a mediados de 2001 el Gobierno de Estados Unidos increpó al Gobierno israelí por su política de *asesinatos selectivos* de palestinos y que a su juicio eran realmente *homicidios extrajudiciales*.

—Cierto. Pero poco después y en base a los atentados del 11 de septiembre, la administración Bush levantó la prohibición de ejecutar asesinatos extrajudiciales, lo que fue sólo una de las tantas políticas ilegales que se autorizó dentro del diseño y la aplicación del Nuevo Orden Regional impuesto por Estados Unidos a Medio Oriente tras la guerra contra Iraq de 1991 y permitió asentar las bases para afianzar la hegemonía estadounidense en la zona. Bien, cuando Obama llegó a la presidencia prometió blanquear la negra imagen de Estados Unidos tras los 8 años de la administración Bush y su *guerra contra el terror*. Entre otras cosas, prometió cerrar Guantánamo, acabar con el programa secreto de secuestros y vuelos de la CIA y adoptar una postura diferente frente al mundo musulmán. Pero nada de eso ha sucedido. Hoy ya se sabe lo que antes era secreto, y es que 3 días después de que Obama asumiera el mando, el 23 de enero de 2009, ordena el primer ataque con drones de su era en Paquistán, donde aniquilan a un supuesto cabecilla de Al Qaeda, pero también a otras 15 personas. Cuando Obama recibe el Premio Nóbel de la paz, 11 meses después de asumir su cargo, ya había ordenado más ataques militares con drones y había provocado más víctimas que en los 8 años de la era Bush. Así, el dron pasa a ser la varita mágica para manipular la opinión pública interna e internacional y posponer una invasión con miles de hombres, al estilo Bush, con la que quedaban visibles los constantes abusos, torturas, excesos y matanzas cometidas por los mercenarios de las compañías privadas al servicio del Pentágono. El uso de drones, probados ya en las guerras yugoslavas, disfraza las matanzas y reduce las bajas propias. Un periodista dijo que en ocasiones, las malas acciones producen resultados positivos; por lo tanto, si vas a hacer algo cruel, hazlo rápido; si harás algo generoso, que sea lento. Y añadió que aún no es posible gobernar perfectamente con las manos limpias; ahí afuera permanecen terroristas preparando planes para matar estadounidenses; entonces, dijo, el líder se enfrenta a una decisión maquiavélica; y se pregunta: ¿Tengo que actuar brutalmente para proteger a la gente a la que gobierno? ¿Tengo que usar drones, que a veces matarán niños inocentes para

frustrar el terrorismo y salvar la vida de los míos? La respuesta es que el fin justifica los medios. Así, se puede apreciar con claridad que el programa de aviones no tripulados da al Gobierno estadounidense licencia para matar fuera del alcance de los Gobiernos o de las normas fundamentales del derecho internacional. Estados Unidos sigue utilizando su doctrina de *guerra global* para justificar una guerra sin fronteras contra Al Qaeda, los talibanes, el Estado Islámico y en general contra todos aquellos a los que considera sus enemigos, incluido nosotros. Obama dice que la guerra que libra contra el *terrorismo* es una guerra *justa*; que es una guerra *proporcional*, como último recurso y en *defensa propia*. Lo cual no es nada cierto, muchos de sus *enemigos* nada tuvieron que ver con el repudiable derribo de las Torres Gemelas y la matanza de más de 3,000 civiles estadounidenses, y la guerra que lanzó Bush, y hoy continúa Obama, no fue un último recurso; ni siquiera lo fue contra los talibanes ni los iraquíes, que nada tenían que ver con ello...

—Y hoy se sospecha que fue el mismo Pentágono y la CIA quienes orquestaron el crimen de las Torres Gemelas para justificar la invasión organizada por Bush y su pandilla.

—Sí, tiene todos los visos de ser así. Bien, a pesar de que Obama reconoce la muerte de personas inocentes en los ataques teledirigidos de Estados Unidos, se defiende con el argumento de que al eliminar a miembros operativos de Al Qaeda y de otros grupos, a los que denomina terroristas, desbarata planes terroristas y así salva vidas. Señala, además, que la cantidad de musulmanes muertos en ataques terroristas de Al Qaeda excede ampliamente cualquier *cálculo* de las bajas civiles producidas por los ataques con drones; y que no es probable que poner tropas en el terreno vaya a causar menos bajas civiles que los ataques con drones. Por otro lado, un despliegue convencional llevaría a que el resto del mundo viera a Estados Unidos como un ejército de ocupación, lo que produciría una catarata de consecuencias tan impredecibles como no deseadas. Las guerras impulsadas por Estados Unidos se irán librando cada vez más con menor riesgo para sus propios soldados; quieren sustituir a la tradicional carne de cañón por un ejército de robots que les haga el trabajo sucio. Los drones llegaron para quedarse, no se olvidan del desastre de Vietnam. ¿Percibes lo que quiere decir el Premio Nóbel?

—Que mientras haya la sospecha de que los *terroristas* estén *planeando* ataques, no es razonable pedir a Estados Unidos que renuncie a cualquier oportunidad que se le presente para matar a los líderes que ellos consideran *terroristas* y a otros posibles participantes en tales *supuestos* ataques. En todo caso, se trata de golpes preventivos y selectivos.

—Y que será una lástima que se lleven de encuentro a un montón de civiles; que es una pena pero es un mal necesario para alcanzar un fin justo. Que no jodan, si a nosotros tan sólo se nos *ocurriese* argumentar algo ligera y sospechosamente parecido, nos cuelgan de las pelotas por resentidos, por profetas del odio que juegan a ser dios por razones de sangre; pero si lo dice el Premio Nóbel de la paz se levantan de sus asientos y aplauden a rabiar. Y que conste que los famosos daños colaterales no son hechos aislados. Se repiten hasta la saciedad con puntualidad y precisión maléfica. Hemos visto el largo video donde se ve cómo asesinan con pasmosa saña a un grupo de periodistas desde un helicóptero estadounidense en Iraq, ése es un claro ejemplo de insania premeditada que los pinta de cuerpo entero.

—Eso bastaría como prueba irrefutable de la perversidad del imperialismo y sus lacayos; pero no, no es así.

—Cierto, y no sólo no pasa nada; por el contrario, la ciega y sorda justicia reaccionaria se pone en movimiento para justificar la aplicación de una política criminal. Veamos. Si tenemos en cuenta el período que va desde la primera incursión letal con drones, en 2002, hasta 2009, 7 años, se puede constatar que se habían producido 48 ataques que causaron unas decenas de muertos; en la era Obama la cifra se disparó hasta las nubes, en 5 años se han efectuado alrededor de 400 ataques con un saldo de aproximadamente 5,000 víctimas mortales de las cuales más de 2/3 son indiscutiblemente civiles; del tercio restante de víctimas, sin que se pueda comprobar que efectivamente eran *combatientes terroristas*, sólo entre el 1.5% y el 2% eran dirigentes de algunos de los grupos que los yanquis combaten y ninguno de ellos tuvo un proceso judicial antes de ser ejecutado. Y ojo que estamos hablando sólo de los ataques realizados por drones yanquis y no por drones británicos, ni por drones franceses ni por drones de otros secuaces del imperialismo yanqui. Obama cree haber encontrado en los drones la fórmula mágica para hacerse el cojudo y continuar con la injusta guerra de Bush que en el fondo no es una guerra contra el terrorismo, ese sólo es un pretexto, es una guerra de agresión, una guerra expansionista por el reparto y reajuste del botín, por la apropiación de las fuentes de riqueza, por un nuevo orden regional y mundial y por el aislamiento y cerco a Rusia y a la próxima superpotencia mundial, China; a fin de cuentas, una guerra de sistemática destrucción del aparato productivo, y de las mismas fuerzas productivas, patrocinada por los monopolios industriales y financieros, los cuales, a su vez, encuentran los momentáneos paliativos a las crisis económicas bajo la modalidad de *reconstrucción* de las infraestructuras del Estado soberano que han hecho pedazos y sumergido en la barbarie, *reconstrucción* que les asegura la con-

quista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. No por gusto el Gobierno estadounidense promueve y dirige estas guerras sino que, además, ya cuenta con más de 800 bases o instalaciones militares en el extranjero que están repartidas en más de 130 países y en todos los Continentes. Y el desarrollo tecnológico armamentista sigue desarrollándose, hace poco han hecho una exhibición y han mostrado al mundo un cazabombardero F16, que es uno de los modelos más utilizados en las guerras de Iraq y Afganistán, convertido en un dron. ¿Nos dice algo eso?

—Pues sí. Que la guerra está cambiando.

—Sí y no, compadre. Es cierto que se desarrolla una nueva doctrina militar. Y los imperialistas rusos y chinos se verán obligados a reajustar sus propias estrategias. Sí, así es. Desde que Obama asumió el mando se ven cambios. Aunque ya aparece en los viejos manuales de contrainsurgencia y en los manuales de la guerra de baja intensidad, en los últimos tiempos se propalaba a viva voz que la contrainsurgencia implica ganar corazones y mentes; en la actualidad, esto se acentúa aún más y se amplía a dirigir la reconstrucción del Estado, previamente por ellos desarticulado y destruido; a hacer operaciones militares en menor escala; y a la implementación del uso de asesores, consejeros, instructores y el despliegue de un amplio sistema de infiltración e inteligencia. Obama baja el número de tropas porque, primero, la presencia militar yanqui da la idea de ocupación; segundo, porque el presupuesto, aunque lo acaban de ampliar, es reducido; así que con el uso de los drones la estrategia es la de agitar, golpear y retirarse casi sin bajas que lamentar en sus propias filas. Por otro lado, el nuevo artífice de la prolongación de la agonía del imperialismo, evita el rechazo nacional, cada vez mayor, que provocaba en Estados Unidos la muerte de los miles de jóvenes soldados caídos en las guerras de Iraq y Afganistán. La *sustitución* de la tradicional carne de cañón se restringe a sus propias tropas pero la misma se amplía e intensifica con el uso de fuerzas nativas; se puede verificar que la carne de cañón es aportada por algunas tribus y etnias en Libia, en Afganistán y en otros países de África, por ejemplo. Se usa y espolea con pasmosa efectividad las disputas tribales y religiosas lo mismo que a los primitivos señores de la guerra, según los intereses de imperialismo aunque de cuando en cuando les sale el tiro por la culata cuando sus protegidas marionetas le sacan la vuelta y tiran para su propio lado como por ejemplo los talibanes, Al-Qaeda y Osama bin Laden utilizados contra la ex Unión Soviética; Sadam Hussein utilizado para contener a Irán; Muamar el Gadafi utilizado para garantizar los negocios del petróleo, prebendas y otras vías de comunicación hacia el interior de África. Otro ejemplo se encuentra en la variopin-

ta *revolución de colores*, en la aparatosamente llamada *primavera árabe* en los Estados islámicos y en una serie de movimientos impulsados bajo esa bazofia denominada *métodos de persuasión y lucha no violenta* como enfoque estratégico con tácticas cotidianas, que incluyen la exhibición de tetas al aire, para volver, según dicen, la opresión contra sí misma; en Ucrania, por ejemplo. O el más sonado caso, el ahora famoso Estado Islámico que, si uno analiza con cuidado su estrategia y táctica militar, avanza por los antiguos territorios de las civilizaciones que conformaron el Reino de la Media Luna Fértil, alrededor del año 2500 antes de nuestra era, y controlaban el recorrido de los Ríos Éufrates y Tigris; lo mismo que por los territorios de lo que fue la Gran Siria. Este retrógrado movimiento es otro engendro del imperialismo estadounidense que utilizó para combatir contra el Gobierno sirio de Bachar al-Assad, y ahora que se les fue de las manos, para combatirlos sobre el terreno, utilizan a una facción de los curdos como carne de cañón de la misma manera como lo hicieron al enfrentar a Fatah contra Hamás.

—Y como tendrá que hacer entre curdos cuando éstos instauren su propio Estado —comentó Sebastián.

—Exactamente, el imperialismo estadounidense deberá utilizar a curdos como carne de cañón contra curdos, o a iraquíes, o a turcos contra curdos. Y esa tendencia ya se ve, pues están levantando a los peshmergas del Curdistán iraquí como los buenos de la película, mientras en verdad fueron los combatientes del Partido de los Trabajadores del Curdistán provenientes de Turquía y Siria quienes rechazaron las embestidas del Estado Islámico. De todas maneras, ya lo veremos en un futuro no muy lejano. Bien, el mediático Presidente Obama también se dio cuenta de que la guerra protagonizada por drones, dirigidos por control remoto desde miles de kilómetros de distancia, le permitía a Estados Unidos eliminar las tibias críticas de la llamada comunidad internacional ante el cúmulo de atropellos cometidos contra la población civil. En resumen, la guerra, desde ese punto de vista, está cambiando, sí. La utilización de aviones no tripulados no sólo se convierte en una doctrina de seguridad para Estado Unidos, sino también en una doctrina militar que está alcanzando nivel general. Hay quienes dicen que los drones transforman todo, desde las tácticas hasta la doctrina, la estrategia general, y cómo los líderes, los medios de comunicación y el público conceptualizan y deciden sobre esto que se llama guerra. Pero, de la misma manera, también sabemos que es la tropa de a pie, el hombre, quien decide la guerra en la lucha final, en la lucha casa por casa, cuerpo a cuerpo; ahí está Siria como ejemplo, y desde este punto de vista la guerra moderna no ha cambiado mucho. Hay una combinación de ambos

factores. Mientras usen sólo la aviación y el bombardeo desde barcos, seguirán masacrando civiles y aunque con ello logren imponer marionetas en los Gobiernos, la lucha no termina; ahí tenemos, una vez más, Afganistán e Iraq, sólo para mencionar algunos ejemplos. Déjame recordar algunos pasajes de la declaración de Obama cuando recibió el Premio Nóbel de la paz. En algún momento de su alocución, dijo que la guerra, de una forma u otra, surgió con el primer hombre; que en los albores de la historia no se cuestionaba su moralidad; simplemente era un hecho, como una sequía o la enfermedad, la manera en que las tribus y luego las civilizaciones buscaban el poder y resolvían sus discrepancias. Con el tiempo, a medida que los códigos legales procuraban controlar la violencia dentro de los grupos, los filósofos, clérigos y estadistas también procuraban controlar el poder destructivo de la guerra. Surgió el concepto de guerra justa, que proponía que la guerra solamente se justifica cuando cumple con ciertas condiciones previas: si se libra como último recurso o en defensa propia; si la fuerza utilizada es proporcional y, en la medida posible, si no se somete a civiles a la violencia. ¿Sebastián, estás prestando atención? —preguntó Leoncio cuando creyó notar a su amigo algo distraído.

—Soy todo oídos, compadre, todo oídos; sólo estoy tratando de recordar esos pasajes que hemos leído —dijo Sebastián mientras esquivaba un piedra cruzada en su camino.

—Bien. Sigue diciendo que por supuesto sabemos que durante gran parte de la historia se ha cumplido pocas veces con ese concepto de guerra justa. Y añade que la capacidad de los seres humanos de idear nuevas maneras de matarse unos a otros resultó ser inagotable, como también nuestra capacidad para tratar sin ninguna piedad a quienes no lucen como nosotros o le rinden culto a un dios diferente. Y más adelante añade que las guerras entre naciones con mayor frecuencia han sido reemplazadas por guerras dentro de las naciones. El resurgimiento de conflictos étnicos o sectarios; el aumento de movimientos secesionistas, las insurgencias y los Estados fallidos han atrapado a civiles en un caos interminable. En las guerras de hoy, mueren muchos más civiles que soldados; se siembran las semillas de conflictos futuros, las economías se destruyen; las sociedades civiles se parten en pedazos, se acumulan refugiados y los niños quedan marcados de por vida. Habrá ocasiones, dice, en las que las naciones, actuando individual o conjuntamente, concluirán que el uso de la fuerza no sólo es necesario sino también justificado moralmente. Y para finalizar la parte que quiero remarcar, Obama afirma que el mundo debe recordar que no fueron simplemente las instituciones internacionales, no sólo los tratados y las declaraciones,

los que le dieron estabilidad al mundo después de la Segunda Guerra Mundial. Independientemente de los errores que hayamos cometido, hay un hecho clarísimo: Estados Unidos de Norteamérica, dice, ha ayudado a garantizar la seguridad mundial durante más de 6 décadas con la sangre de nuestros ciudadanos y el poderío de nuestras armas, etcétera. Compárese los hechos con las palabras y se verá con claridad el resultado. A Obama nadie podrá acusar de ser marxista pero podría dar la impresión de ser más extremista que Guzmán y su póstuma perorata sobre la *tendencia* a resolver la guerra y los conflictos mediante acuerdos políticos y diplomáticos. Así las cosas, es a Obama a quien deberían llamar el Zar de los Asesinos. Él y Bush son los mayores genocidas del mundo. Entonces, ¿hay o no, en esencia, una relación entre Lucanamarca y los hechos que acabo de analizar?

—Sí y no —dijo Sebastián levantando su sombrero para rascarse la cabeza—. Todo depende del punto de vista del observador.

—Todo depende del punto de vista de clase, de los intereses de clase y a qué clase pertenece tu observador, compadre. La jurisprudencia y doctrina antiterrorista en este país, dice que no se criminalizan las ideas, ni el pensamiento, ni las finalidades perseguidas, sino los medios violentos empleados, de tal manera que es necesario distinguir que una cosa son los objetivos políticos del terrorismo y otra los intereses sociales que protege la norma penal; pero al tratarse de una violencia política, la necesidad de diferenciar la incriminación de las ideas políticas frente a los actos de violencia ejecutados en nombre de una ideología, se erigen en cuestión nuclear; por lo tanto, el programa o proyecto de un grupo político, sea que cumpla o no con todos los requisitos de la legislación de la materia, puede ser transformador, radical, revolucionario, puede sustentarse en ideologías comunista, anarquista o fascista, y no será perseguido penalmente por ello, siempre y cuando no mate, lesione, secuestre, etcétera. Se criminalizan sólo los medios violentos, no las ideas políticas.

—Los muy pendejos —comentó Sebastián lacónico.

—Eso. Así que les importa un carajo lo que pensemos y digamos; no les interesa, legalmente, nuestra ideología ni nuestra política, siempre encontrarán un resquicio para juzgarnos y condenarnos por terrorismo; les basta esgrimir el argumento de que pertenecemos al Partido para que nuestro comportamiento sea punible. Lo que tenemos que hacer, simple y llanamente es ganar la guerra. Punto. Finalmente, antes que me olvide, en cuanto a los drones y la nueva-vieja doctrina militar, para nosotros, si a falta de buenas armas antiaéreas no podemos derribar en el aire los helicópteros y aviones de combate que usen contra nosotros, ni los drones, que ya vienen a invadir nuestro cielo, simplemente hay que evitar que despeguen.

Podemos hacerlo, debemos actualizar y desarrollar el arte de la guerra en nuestro suelo. Hay que recordar que incluso Mao, en relación al armamento, dijo algo usando el condicional: *Una vez equipado con armas modernas*, el ejército de las regiones liberadas de China se hará aún más poderoso y podrá derrotar definitivamente a los agresores japoneses. Y, China *debe hacer todo lo posible* para aumentar el número de *armas modernas*, de modo que esté plenamente en condiciones de efectuar ataques contra las posiciones enemigas *en la etapa de contraofensiva estratégica*. En esta etapa, la guerra de posiciones tendrá sin duda mayor importancia, pues entonces el enemigo se aferrará a sus posiciones, y a menos que lancemos contra ellas potentes ataques para apoyar la guerra de movimientos, *no podremos* alcanzar nuestro objetivo de recuperar el territorio perdido. Sabemos y estamos convencidos que la guerra es un medio utilizado en los conflictos de clase; que es solamente por medio de la guerra cómo se pueden eliminar las clases y sólo eliminando las clases se puede eliminar para siempre la guerra; sin guerra revolucionaria no se pueden eliminar las clases; no creemos que sea posible hacer desaparecer la guerra y las armas sin eliminar las clases; en la historia humana de las sociedades de clases, todas las clases y todos los países han tratado de ocupar una posición de fuerza; se trata de una tendencia inevitable de la historia. Una vez más, a la reacción y a los reaccionarios les interesa un carajo que luchemos por la libertad de la clase y el pueblo; a nosotros nos debe interesar un carajo que nos acusen de lo que quieran, si caemos en sus garras y mazmorras, les restregaremos por las narices sus propias leyes. Nuestro deber y obligación es ganar la guerra y cuando la revolución consiga la victoria entonces les ajustaremos las cuentas a la manera jacobina, o, si prefieren, a la plebeya. Marx dijo en 1848: Todo el terrorismo francés no fue sino un procedimiento plebeyo para ajustar las cuentas a los enemigos de la burguesía: al absolutismo, al feudalismo y al filisteísmo. Y Lenin, al respecto, preguntó: ¿Han pensado alguna vez en la significación de estas palabras de Marx los que intimidan a los obreros socialdemócratas rusos con el espantajo del *jacobinismo* en la época de la revolución democrática? El proletariado debe imprimir su sello claro a la revolución, si el triunfo no es completo, si la victoria no es decisiva, no se conseguirá ajustar las cuentas a la reacción a la manera proletaria. El Estado peruano, sus Fuerzas Armadas, la reacción y las mesnadas que le prestan servicios gratuitos son quienes usan el terrorismo y el genocidio como uno de sus medios de lucha contra la clase, contra el pueblo peruano. La benignidad política es errónea y se paga caro. Ganar la guerra, ésa es la tarea. Punto.

Se detuvieron para beber unos sorbos de agua, con la madura vejez de la tarde habían alcanzado la última cumbre antes de emprender el descenso hacia Huamanga. Se quedaron largo rato contemplando el paisaje desde lo alto; todas las gamas del verde, matizado por algo de pardo y gris, teñían el entresijo de macizos que discurría hacia delante. Tupidas arboledas separadas por amplios y desordenados campos de cultivo, casuchas desperdigadas por las faldas de los cerros y el trazo de la carretera que zigzagueante discurría abriéndose paso como una herida abierta en las sinuosidades del terreno eran un regalo para la vista; el aire fresco y la tenue bruma que envolvía las cumbres matizaban con las primeras sombras que se estrellaban contra la parte baja del colosal Apu que tenían a un costado. Con bastante conocimiento y algo de fantasía, siguiendo la quebrada que descendía y se abría bajo sus pies podían percibir el latir huamanguino. Emprendieron la bajada.

—¿Y, cómo sigue? —preguntó Sebastián tras largos minutos de reflexión.

—Estaba hablando de cómo se desarrolló el pensamiento guía hasta plasmar el pensamiento gonzalo. Bien, hay que tener en cuenta que en el ámbito internacional había triunfado la Revolución China, después de la Segunda Guerra Mundial, en medio de las luchas de liberación nacional contra el imperialismo en los países semif feudales y semicoloniales; luego surgió el llamado campo socialista, que para mí, aparte de China y a duras penas uno que otro país, más fue un campo revisionista. En esta parte de nuestro Continente triunfó la revolución cubana, que repercutió en muchos países latinoamericanos; luego vino la aguda lucha entre marxismo y revisionismo y su remate con la Gran Revolución Cultural Proletaria en China. La clave de todo este proceso es el surgimiento de una nueva etapa de la ideología del proletariado, la tercera. El marxismo-leninismo, que signó el triunfo de la Revolución Rusa, pasó a una etapa superior: el marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung, pensamiento que más adelante, comprendiendo su validez universal, sería definido por el Presidente Gonzalo como maoísmo. Así es que en la actualidad, y aún por muy largo tiempo, se establece el marxismo-leninismo-maoísmo, principalmente el maoísmo, como la expresión actual del marxismo. Si falta una de estas imprescindibles partes constituyentes, simplemente no hay marxismo. En el ámbito nacional se tiene la parte que ya hemos visto sobre el desarrollo de las ideas políticas antes, durante y después de la lucha por la independencia y en especial la aguda lucha de clases en las décadas del 60 y 70; se suceden los Gobiernos militares fascistas de los generales Velasco Alvarado y Morales Bermúdez y la colusión y pugna entre la burguesía compradora y burguesía

burocrática, como facciones de la gran burguesía, y el apoyo que les brinda el oportunismo, principalmente el revisionismo. Se da un largo proceso de luchas campesinas en torno a la tierra y las luchas del movimiento obrero alcanzan un nivel superior; se desarrolla la lucha armada, especialmente la del Movimiento de Izquierda Revolucionaria y la del Ejército de Liberación Nacional con los antecedentes del subteniente de la Guardia Republicana Francisco Vallejo, de Javier Heraud y Hugo Blanco. Tenemos la propia historia del Partido que en parte ya hemos visto y lleva a comprender la necesidad de retomar el camino de Mariátegui, a desarrollarlo y a reconstituir el Partido Comunista del Perú por él fundado; y es este proceso el que permite construir un Partido marxista-leninista-maoísta. Aquí lo básico del pensamiento gonzalo es que en él se encuentra una profunda comprensión de la sociedad peruana que tiene como centro el problema del capitalismo burocrático; que ve la necesidad de reconstituir el Partido para conquistar el Poder y defenderlo con la guerra popular. Así, sin marxismo-leninismo-maoísmo no se puede concebir el pensamiento gonzalo ya que éste es la aplicación de aquél, como verdad universal, a las condiciones concretas de la revolución peruana; de ahí que el pensamiento gonzalo sea específicamente principal para el Partido Comunista del Perú y la revolución que dirige. Aquí hay que tener en cuenta que la clave está en la comprensión del proceso histórico del desarrollo de la ideología del proletariado, de sus 3 etapas plasmadas en marxismo-leninismo-maoísmo y del maoísmo como la principal. Ésta es su base ideológica dentro de un claro contexto nacional e internacional. En el pensamiento gonzalo debemos resaltar su solidez teórica, la comprensión de la historia y buen manejo práctico de la política. En la teoría se destaca el cómo comprende y aplica las 3 partes integrantes del marxismo-leninismo-maoísmo, principalmente el maoísmo; la importancia que da a la filosofía marxista, la necesidad de formarnos en ella y especialmente la aplicación de la ley de la contradicción al estudio de todo problema, apuntando siempre a definir el aspecto principal y el proceso de las cosas; en economía política, la comprensión de las relaciones de explotación y muy especialmente del capitalismo burocrático, que madura las condiciones de la revolución, y la repercusión de la guerra popular en la base, así como su atención a las relaciones económicas del imperialismo buscando sus consecuencias políticas; en socialismo científico, cómo centra en la guerra popular y su concreción en el país, cómo tiene siempre presente el problema del Poder y, particularmente, su plasmación y desarrollo como Nuevo Estado. La parte más sustantiva y desarrollada del pensamiento gonzalo se encuentra en la línea política general del Partido, este pensamiento es el que directamente

sustenta la línea y sus 5 elementos, siendo el punto de partida de esta sustentación cómo comprende y mantiene firmemente el rumbo del programa. Así, lo fundamental en el pensamiento gonzalo es el problema del Poder; en concreto, la conquista del Poder en el Perú, cabal y completamente en todo el país, como parte de la conquista del Poder para el proletariado a nivel mundial; conquista que sirve al establecimiento de Repúblicas Populares y, principalmente, a instaurar la dictadura del proletariado porque sin ella no se puede marchar hacia el comunismo; todo bajo la conducción de Partidos Comunistas, con ejércitos revolucionarios de nuevo tipo, mediante la guerra popular y con el desarrollo de revoluciones culturales. Ya lo hemos visto con más detalle pero valga reiterar que el pensamiento gonzalo se desarrolló a través de una firme y tenaz lucha de 2 líneas contra el oportunismo y el revisionismo contemporáneo, defendiendo la línea proletaria y derrotando, sucesivamente, líneas contrarias. Lo decisivo, para nosotros, es asimilar y, principalmente, aplicar el pensamiento gonzalo para servir más y mejor al Partido, al desarrollo de la guerra popular y a la revolución proletaria mundial.

—Pero hay algunos desarrollos que deben ser remarcados —intervino Sebastián.

—Sí, claro. Veamos. La línea política general es un desarrollo que el Presidente Gonzalo hace de Mariátegui. José Carlos era de la época del marxismo-leninismo, no de la del maoísmo, y, a pesar de que ya esbozaba algunos lineamientos generales, el capitalismo burocrático no se había desarrollado. Son 2 cuestiones relevantes que Mariátegui no había visto, una ideológica y otra política, y que era necesario desarrollar; lo que a su vez implica una transformación ideológica constante y poner siempre la política al mando. Mariátegui tampoco vio, por razones históricas, el problema de la guerra popular sustentado por Mao; aunque sí planteó, en sus propios términos, los 3 instrumentos de la revolución. De ahí que la línea política general necesariamente debía desarrollarse según las nuevas circunstancias, pero además, para llevar adelante la revolución no bastaba *línea* en su forma tradicional, sino que debía especificarse la línea militar como centro porque sólo así se podía iniciar la lucha armada. Una de sus expresiones es la reorganización del Partido por células para el trabajo de masas, lo que más adelante se desarrolla como la militarización del Partido. Mao había desarrollado la construcción del Partido en torno al fusil y planteó la construcción de los 3 instrumentos; el Presidente Gonzalo estableció la tesis de la militarización de los Partidos Comunistas y la *construcción concéntrica* de los 3 instrumentos. Éste es un punto clave que muchos tratan de ocultar o negar. Y como ya lo hemos visto, no voy a insistir salvo

recalcar su importancia, un extraordinario desarrollo que incluso supera lo planteado por Mao y corresponde a los momentos actuales, a la realidad actual. La especificación sobre el nuevo Poder, sobre cómo crear Poder, se dio en durísima lucha contra quienes querían aplicar mecánicamente lo planteado por Mao; contra una línea derechista que era mecanicista, dogmática, formalista, general, y no veía la especificación, la particularidad de la guerra popular en el país; no veían la necesidad de desarrollar los Comités Populares, ni siquiera lo entendían. Estos Comités se iniciaron como Comité de Reparto, después como Comité Popular clandestino, luego abierto; finalmente se estructura y desarrolla en su forma final, en el *Frente Revolucionario de Defensa del Pueblo*, que solamente se construye en el campo y se concreta como nuevo Poder, como Comité Popular; esos Comités Populares en una zona conforman una Base de Apoyo y el conjunto de las Bases es lo que llamamos la República Popular de Nueva Democracia, en formación. Y no es poca cosa ya que las masas deben ser organizadas armadamente en el Ejército Guerrillero Popular; y en las bases de apoyo, todos los hombres y mujeres de cada Comité Popular deben estar organizados militarmente. En las ciudades también actúa el Ejército Guerrillero Popular y se aglutina progresivamente a las masas en las diversas nuevas organizaciones en y para la guerra popular; el *Movimiento Revolucionario de Defensa del Pueblo* es la concreción del *Frente* en las ciudades y su objetivo es llevar a las masas a la resistencia, servir a la guerra y en función de la futura insurrección. La especificación en lo referente a la lucha de 2 líneas, como fuerza impulsora del desarrollo partidario, es la lucha por la línea ideológica y política correcta en la guerra popular, combatiendo al derechismo y actitudes, ideas, posiciones de raíz revisionista como peligro principal; es decir, se plantea combatir al revisionismo como peligro principal pues ésta es la mejor forma cómo el Partido puede prevenirse y conjurar que en él pueda expresarse una línea oportunista de derecha, que sería revisionista. En resumidas cuentas, es la aplicación del marxismo-leninismo-maoísmo a la revolución peruana la que ha generado el pensamiento gonzalo, y esta aplicación se ha dado en medio de la lucha de clases de nuestro pueblo, del proletariado principalmente, de las incesantes luchas del campesinado y en el gran marco de la revolución mundial; así es cómo se ha plasmado el pensamiento gonzalo. Lo que antes fue nominado como pensamiento guía dio un salto con el desarrollo de la guerra popular y, comprobada su validez, fue sancionado por el Congreso del Partido como pensamiento gonzalo señalando que es específicamente principal para nuestro Partido, para la guerra popular y para la revolución en nuestro país; hay que subrayar que dice *específicamente principal*. Pero,

para nosotros, viendo la ideología en términos universales, lo principal es el maoísmo, reiterándolo una vez más. Es un pensamiento que no le pertenece a un individuo, que no está sometido a derechos de autor y ha pasado a ser arma ideológica de lucha para el Partido, la clase y el pueblo en nuestra patria.

—Hay que señalar, además, la importancia de la base de unidad partidaria y su relación con la lucha de 2 líneas; sin esta base y sus 3 elementos, la ideología, el marxismo-leninismo-maoísmo, pensamiento gonzalo, el programa y la línea política general, con su centro la línea militar, no hay sustento para la construcción ideológico-política del Partido; pero sin lucha de 2 líneas no hay base de unidad partidaria —aportó Sebastián.

—Eso, gracias. Bien, una de las cosas que me gustaría ampliar un poco, a pesar de que una buena parte ya la hemos visto, es lo relacionado al capitalismo burocrático. ¿Por qué? Porque hay una tendencia a confundir capitalismo burocrático con capitalismo estatal, con capitalismo de Estado. Bastaría decir que es erróneo considerar que el capitalismo burocrático es el capitalismo que desarrolla el Estado con los medios económicos de producción que tiene en sus manos; pues, de ser así, si el capitalismo burocrático fuera *solamente* el estatal, bastaría con que se confiscara ese capitalismo estatal y listo, ya está. Pero la pregunta de cajón es: ¿Y el otro capitalismo, el capitalismo monopolista no estatal? ¿En qué manos quedaría? La respuesta es evidente: en manos de la reacción, en manos de la burguesía. Y ahí sí que tenemos un problema de concepción, un problema de línea. Esa interpretación de identificar capitalismo burocrático con capitalismo monopolista estatal es una concepción revisionista. El hacer una clara diferenciación nos da instrumentos de comprensión para no ponernos a la cola de ninguna de las facciones de la gran burguesía, ni de la compradora ni de la burocrática, que es lo que en el Perú ha hecho el revisionismo y el oportunismo y siguen haciéndolo al señalar a una facción de la gran burguesía como burguesía nacional, progresista, y apoyarla. Una correcta comprensión del capitalismo burocrático permite entender bien la diferenciación entre burguesía nacional y gran burguesía y comprender la táctica correcta que hay que seguir. Hay que entender que la reacción, la gran burguesía, en determinados momentos, según la situación política y sus necesidades, se centra en usar el Estado como palanca económica principal, mientras que en otro momento decide establecer la actividad no estatal como palanca principal para el desarrollo económico. Analizando nuestra historia, vemos que en nuestro país se desarrolla la profundización del capitalismo burocrático utilizando particularmente el capital monopolista estatal como palanca de la economía buscando amasar enormes ca-

pitales y monopolizar las arterias vitales de la economía. Este capitalismo se desenvuelve ligado a los grandes capitales monopolistas que controlan la economía del país, capitales formados por los grandes capitales de los grandes terratenientes, de los burgueses compradores y de los grandes banqueros; ya hemos visto que el capitalismo burocrático se generó atado a la feudalidad, sometido al imperialismo y hay que tomar en cuenta que es monopolista. El capitalismo burocrático, llegado a cierto momento de evolución, se combina con el Poder del Estado y usa los medios económicos del Estado, lo utiliza como palanca económica y este proceso genera otra facción de la gran burguesía, la burguesía burocrática; de esta manera se va a dar un desenvolvimiento del capitalismo burocrático que era ya monopolista y deviene a su vez estatal, pero este proceso lo lleva a generar condiciones que maduran la revolución; políticamente hablando, éste es otro concepto importante. Si comprendemos el capitalismo burocrático, podemos muy bien entender cómo en el Perú se da una situación semifeudal, un capitalismo burocrático y un dominio imperialista, principalmente yanqui. Eso es lo que debemos comprender, pues permite entender y manejar la revolución democrática. Pero hay algo más, Mao dice que la revolución democrática cumple algunos avances socialistas lo cual, dice, ya se expresaba por ejemplo en la *ayuda mutua* que se daba en el campo, en las bases de apoyo; pues bien, para pasar de la revolución democrática a la socialista es clave, desde el punto de vista económico, la confiscación *de todo* el capitalismo burocrático, lo cual permite al nuevo Estado controlar la economía, manejarla y servir a desarrollar la revolución socialista. Hay que comprender que éste es un concepto estratégico de gran importancia, no se puede soslayar.

—Disculpa —dijo Sebastián aminorando la marcha—, una pregunta para dilucidar mejor otro problema; algunos dirán que en el Ayllu también se daba la ayuda mutua, lo mismo que en la comunidad campesina. ¿Cómo compagina esto con la ayuda mutua que se desarrolla en las bases de apoyo? Esto teniendo en cuenta que el Partido ha sostenido que Mariátegui, al analizar el problema de la tierra, resaltó la lucha que enfrenta comunidad y latifundio; dijo que la comunidad mostró su superioridad económica y social destacando que la comunidad había dado fuerzas a las mayorías campesinas para resistir el asalto usurpador de los terratenientes feudales durante siglos; y que la comunidad encierra gérmenes vivos que servirán al futuro desarrollo socialista. El Partido, haciendo un somero recuento de la evolución del hombre sobre estas tierras, también dijo, y está escrito en los documentos, que el ayllu es la concreción de la expresión comunitaria agraria de este pueblo.

—No sólo sé que el Partido ha dicho eso sino que sé en qué documentos está escrito. Te faltó señalar que en el mismo párrafo dice que Mariátegui, pasando revista al régimen de trabajo agrario, destaca la existencia de relaciones feudales de explotación tras aparentes modalidades capitalistas; y que, dice el Partido, estas cuestiones no son pasado, son presente que debemos escudriñar para encontrar la encubierta esencia semifeudal que subyace tras la aparente y propagandizada *destrucción de la feudalidad* por la llamada reforma agraria. Interesante lo que planteas. Veamos. En primer lugar, una cosa es decir, tal como lo hacen unos cuantos bellacos, que hay que *hacer del ayllu el centro y la base del nuevo Estado*. Y otra, bien distinta, es lo que acabas de expresar, el Partido dice que la comunidad campesina *encierra gérmenes vivos* que *servirán* al futuro desarrollo socialista. Son dos cosas diametralmente opuestas, por demás incompatibles. Repito, lo que tú acabas de mencionar no dice, ni siquiera da a entender, que la comunidad es algo de lo cual hay que hacer centro y la base del nuevo Estado sino dice que la comunidad *encierra gérmenes vivos* que *servirán* al futuro desarrollo socialista. La diferencia es abismal. Una vez más, y no sólo lo he dicho sino que lo he demostrado, el Ayllu, que algunos traen de los pelos para especular con su propio idealismo, ya no es el Ayllu de los tiempos de la comunidad primitiva en nuestro suelo, ni siquiera antes del incanato lo era. Con la invasión española la cosa se torna peor aún, pues, como ya he dicho varias veces, las comunidades campesinas, los Ayllus, fueron reorganizadas al estilo de las de Castilla con lo que garantizó, sin excepción, este medio de producción vital para los indígenas. Su reestructuración respondió al prototipo antiguo del Consejo Castellano *para entroncarlo* con las costumbres locales de los ayllus. Las tierras comunales fueron fijadas en los alrededores o cercanías de esos pueblos también llamados *reducciones*, dirigidas por el Cabildo de indios, y, las *comunidades* así reconocidas, quedaron como inalienables y perpetuas, en el papel. Así es como se acentúa su carácter de ser arma de doble filo, muy bien aprovechado por los incas y perfeccionado por los españoles. Durante la República no mejora la situación, por el contrario se acentúa su particularidad como expresión concentrada de determinadas fuerzas productivas y de determinadas relaciones sociales de producción; se acentúa su condición de refugio y bastión económico, político, social, cultural, mítico y religioso del gamonalismo que aún sobrevive y se desarrolla, agazapado o no, dentro de la comunidad campesina. Por lo tanto vemos que se nos presentan problemas nuevos a resolver.

—¿A saber?

—Lo que ya sabes. No es el caso de todas las comunidades cam-

pesinas, por ejemplo, ese fenómeno no se presenta en la comunidad de la cual venimos pues ahí ha prendido y aún se mantiene, gracias a la experiencia de sus dirigentes y a nuestra influencia, un embrión del nuevo Poder; pero ahí donde se presente, hay que destruir el Poder de los gamonalillos dentro de las comunidades campesinas; y, haciendo un uso adecuado de los gérmenes vivos que servirán al futuro desarrollo socialista, hay que *transformar* las comunidades campesinas en bases de apoyo, en sólidos cimientos del nuevo Poder. Así como están las comunidades campesinas, simplemente no sirven a la revolución, y hemos pagado bien caro nuestra ingenuidad. El Gobierno de las bases de apoyo, cosa que se ignora en las comunidades campesinas bajo el dominio de los gamonalillos, está organizado según el centralismo democrático, y es una contradicción. En nuestro caso ambos aspectos son necesarios; la base es la democracia, la directriz es el centralismo. Debemos persistir en el centralismo democrático para desarrollar el Nuevo Estado y que se exprese más la democracia. No se trata de la *autogestión* ni es un problema de *ayuda mutua*. El problema está particularmente ligado a cómo desarrollar la relación con el campesinado, en concreto, a la *dirección* del proletariado sobre el campesinado. Algunos atorrantes y malintencionados ideólogos burgueses y pequeñoburgueses insisten e insistirán que pretendemos sustituir la voluntad de las masas y sus formas de organización, en especial las del campesinado; esto es totalmente falso, la cuestión es que nosotros, el Partido, creamos el nuevo Poder y necesitamos desarrollarlo más, y la base del mismo es construir Comités Populares, así transformamos y desarrollaremos la comunidad y el trabajo campesino en su conjunto. Debemos hacer ver al campesinado que la comunidad está atada a una legislación reaccionaria, que las formas orgánicas actuales son para sojuzgarla y controlarla; en tanto que el Comité Popular proporciona al campesinado, principalmente pobre, el ejercicio concreto del Poder en todas las formas, en alianza con el proletariado y dirigido por éste mediante el Partido Comunista. Debemos esforzarnos para hacer marchar la Asamblea Popular, así como los organismos que la conforman; preocuparnos porque el Comité Popular organice cada vez más la vida social de todo el pueblo y que las masas obtengan reales y concretos beneficios; hacer ver en los hechos al pueblo, principalmente al campesinado pobre, que el Comité Popular, que el nuevo Poder los beneficia, que sirve a sus intereses; y bregar porque los de abajo ejerzan más el Poder, ellos mismos. Esto no es simple teoría, ya lo hemos hecho, ha funcionado; donde hemos mostrado ingenuidad, debilidad y torpeza nos han golpeado y se ha restablecido el viejo Poder. Hoy tenemos las cosas más claras y la experiencia acumulada no es en balde. La tarea aún está pendiente.

Nuestra obligación es cumplirla mal grado los renegados y traidores.

—Por fin la idea queda completa, gracias, compadre —exclamó Sebastián dándole un empujón a Leoncio.

—Gracias a ti, hermano —respondió Leoncio devolviéndole el empujón—. Bien. ¿Qué más? Se ha planteado lo fundamental sobre el capitalismo burocrático, de cómo se da este sistema y de cuál es el derrotero de la burguesía en el Perú. Veamos algo sobre la situación actual centrandó en la cuestión económica. Pero antes, disculpa, recordemos algo sobre la función del capital financiero, capital burocrático-comprador, y el surgimiento de los bancos nacionales que financian diversas empresas industriales y comerciales, pero que se mueven dentro de un ámbito estrecho, enfeudados a los intereses del capitalismo extranjero de la gran propiedad agraria. Ya Mariátegui planteaba que los burgueses al crear bancos, por ejemplo, generan un capital enfeudado al imperialismo y atado a la feudalidad. Bien, hacia fines de los años 50 del Siglo XIX, comienzan a formarse en el Perú los bancos y, en la parte final del siglo, acrecientan su poder y financian la industria y el comercio, pero siempre ligados a los países imperialistas y a los terratenientes. Se desarrolla una burguesía con poder financiero, con poder monetario, pero no una burguesía industrial. La burguesía en el Perú no es de capital y de industria, es parasitaria; no le importa *industrializar*, su afán principal es sólo invertir para obtener una mayor ganancia, para vivir, como decía Lenin, *del recorte del cupón*, y que está ligada al imperialismo y a los terratenientes; es decir, enfeudados a los intereses del capital extranjero y de la gran propiedad agraria. Es un período en el que la burguesía, robustecida, desplaza a la aristocracia y se convierte en el eje de la economía. Al decir que a la burguesía no le importa *industrializar* no queremos decir que no genere industria; de lo que se trata es de remarcar la *particularidad* de nuestro desarrollo económico que en estos momentos pasa por una profundización del desarrollo del capitalismo burocrático que sigue teniendo como base el problema campesino y en éste imprime una más amplia y profunda evolución de la propiedad terrateniente feudal que implica mayor concentración de la propiedad de la tierra, mantención de formas serviles de explotación, sistemas burocráticos de administración y control directo del Estado sobre la renta territorial, a la vez que enraizamiento del capitalismo burocrático en el campo. Esta profundización apunta al *proceso de industrialización*, con las características señaladas y genera, en síntesis, una industria más dependiente del imperialismo, principalmente yanqui, así como una mayor participación estatal, especialmente en las industrias llamadas básicas y en las extractivas. De esta manera, el Estado asume la función de ser motor impulsor del proceso eco-

nómico y, además, asume el papel principal en la banca y finanzas, y hasta en el comercio. Sólo para mostrar lo más representativo, y ya lo hemos visto con bastante detalle, hay que recordar que de los 25 grupos económicos más importantes en el Perú, 5 de ellos son los más beneficiados con la concentración de tierras; tenemos a los Rodríguez Banda con 2 subsidiarias distintas, Coazúcar y Gloria; al grupo Romero; al grupo Oviedo, al grupo Dyer y al grupo Gandules que en más o menos 5 ó 6 años han reconcentrado en sus manos grandes cantidades de hectáreas incluso violando la legislación que pretende evitar que una empresa resulte tan beneficiada de la inversión estatal. Estos grupos, aparte de ejercer el control sobre la propiedad de la tierra, monopolizan el sector agroexportador; el agroindustrial; el importador y la comercialización mayorista de alimentos, insumos industriales y productos congelados; el manufacturero de papeles y cartones; el de acero y galvanizado; el de pesquería; el de transporte y muchos otros más. Sobre esta base es que se impulsa el proceso capitalista en el Perú. Quedan demostrados la supervivencia de la feudalidad, el desarrollo del capitalismo en relación a la penetración imperialista y el surgimiento del capitalismo burocrático en el Perú. Está demostrado que la clase terrateniente no ha logrado transformarse en una burguesía capitalista, patrona de la economía nacional, y que la minería, el comercio y los transportes se encuentran en manos del capital extranjero y sus lacayos; que la clase terrateniente se mantiene en el Perú y se ha contentado con servir de intermediario al imperialismo; que, sobre una base feudal, se han desarrollado la burguesía compradora y la burguesía burocrática, ambas facciones de la gran burguesía, ligadas al imperialismo y a los terratenientes; que el capitalismo burocrático comprende capitales de los grandes terratenientes, de los grandes banqueros y de los magnates de la gran burguesía y ejerce explotación sobre el proletariado, el campesinado y la pequeña burguesía y restringe a la burguesía media; que el capitalismo burocrático, en su desarrollo, atraviesa un proceso en el cual se desenvuelve como gran capital monopolista no estatal, pero en otro momento se combina con el poder del Estado y deviene capitalismo monopolista estatal, comprador y feudal. Así, pues, por milésima vez, el capitalismo que se desarrolla sobre nuestro suelo es un capitalismo burocrático que está atado a la semifeudalidad, está sometido al imperialismo y no permite desarrollar la economía nacional; es un proceso de desarrollo tardío con particularidades concretas y no permite sino una economía al servicio de los intereses imperialistas; es un capitalismo que representa a la gran burguesía, a los terratenientes y al campesinado rico de viejo y nuevo tipo, a gamonales y gamonalillos que son la base del Estado reaccionario en el agro, cla-

ses que constituyen una minoría y explotan y oprimen a las grandes mayorías, a las masas; y, dentro de este proceso de industrialización y mantenimiento de condiciones feudales, paralelamente se produce el desarrollo de la clase obrera, ya lo hemos visto pero vale la pena remarcarlo por ser el aspecto principal de la contradicción. Así, todo esto, al llegar a la cúspide de su desarrollo, madura las condiciones para el desarrollo y triunfo de la revolución; por lo tanto, confiscar el capitalismo burocrático es clave para coronar la revolución democrática y es paso decisivo para pasar a la revolución socialista.

—Eso —dijo Sebastián con ligeros movimientos afirmativos de cabeza.

—Bien. Mariátegui ya había demostrado el carácter de la sociedad peruana, la supervivencia de la estructura semifeudal, con sus caracteres en la Costa y en la Sierra y el desarrollo formal de un capitalismo; demostró que no se contraponen, como algunos creen, el capitalismo y el feudalismo, olvidando que de la entraña misma de la feudalidad surge el capitalismo. Mariátegui analizó el Perú en relación al dominio extranjero, la semifeudalidad y, dentro de ella, abordó el problema de la industria y de la burguesía, mercantil como él la llamaba, para, finalmente, plantear el problema del proletariado, afirmando que aún puede desarrollarse en condiciones de negación de las libertades democráticas elementales. Bien, esto ya es conocido y de una u otra forma lo hemos visto en la preparación para la exposición. ¿Ha cambiado esta situación? ¡No! Lo único que ha pasado es que nuestra condición de país semifeudal y semicolonial se ha acentuado. Más, no. O tal vez sí, sólo se han cambiado mocos por babas.

—Eso. Y que las repeticiones valgan sólo para remarcar el problema.

—Gracias por tu comprensión, hermano —dijo Leoncio sonriendo—. Bien. Este pequeño repaso, o repetición como tú dices, hay que tenerlo como telón de fondo pues, y esto para mí es importante, el renegado Guzmán, una vez en prisión, aparte de reiterar su sempiterna metililla de que se coloca una bomba para volarse a la Dirección Central; que la derecha quiere quitarle la Dirección, *su Dirección*, para cambiar línea política y otras babosadas por el estilo, ha argumentado, para vender la revolución, traicionar al Partido, a la clase y al pueblo, que el *capitalismo se viabiliza*. Pero déjame fundamentar un poco más. Guzmán, cuando era el Presidente Gonzalo, a mediados de 1980 y en medio del desarrollo de la guerra popular decía correctamente que la economía moderna, el capitalismo burocrático desde su nacimiento está atado al cadáver insepulto de la semifeudalidad y sometido al agonizante imperialismo que cada vez vive más de la sangre de los oprimidos, obtenida por la explotación garantizada por

sus propias armas y las de sus lacayos mientras se debate en incesante crisis y contienda por el dominio mundial que libran principalmente las 2 superpotencias, en aquel entonces: Estados Unidos y la Unión Soviética socialimperialista. En conclusión, escribía, vivimos la *crisis general* de la sociedad peruana y *esta crisis implica la del capitalismo burocrático que ha entrado a su parte final* madurando así, plenamente, las condiciones para el desarrollo y triunfo de la revolución; porque la crisis general que la vieja sociedad padece la *abarca en todo su conjunto y manifestaciones*. Y añadía solemnemente: Ésta es nuestra realidad, ésta es la base que sustenta la sociedad peruana y la raíz material de nuestros problemas y de las desgracias de nuestro pueblo. Éste es el sistema social que usufructúan y defienden a sangre y fuego las clases dominantes y su amo imperialista yanqui mediante su Estado terrateniente-burocrático sustentado en su fuerza armada reaccionaria, ejerciendo constantemente su dictadura de clase, de gran burguesía y terratenientes, ya sea mediante un Gobierno militar de facto o mediante Gobiernos surgidos de elecciones y llamados constitucionales. Así, decía, los Gobiernos en el Perú, civiles o militares, no son sino las camarillas de turno, electas o no, que ejercen la dictadura sobre el pueblo, sobre el proletariado, el campesinado, la pequeña burguesía y hasta sobre la burguesía nacional o media en beneficio de la gran burguesía, especialmente de los grandes banqueros, y de los terratenientes, particularmente en su expresión de *gamonalismo como ejercicio de Poder en el campo*; en resumidas cuentas, en beneficio de las clases dominantes y del imperialismo yanqui y totalmente en contra de los intereses populares y nacionales. Y esto, decía, no necesita mayor recuento histórico ni demostración, pues la prueba está ante nuestros ojos: el actual Gobierno de Belaúnde y su pandilla; un Gobierno elegido, salido de las urnas, del *sacrosanto sistema electoral*, es precisamente el Gobierno que ha vendido más el país al imperialismo y hundido la sociedad peruana en la más grande crisis de su historia moderna; y ha sumido al pueblo en el más implacable hambre y lo ha perseguido, apresado, torturado y asesinado hasta llegar a la matanza y el genocidio porque, con el Partido Comunista, se ha atrevido a levantarse en armas enarbolando *la rebelión se justifica*, irrenunciable derecho de todo pueblo sumido en la explotación y opresión, irrevocable derecho de todo pueblo y toda clase que se niegan a ser esclavos. Ésta es la realidad del país, de la sociedad peruana y la función de los Gobiernos de turno; y lo mismo seguirá siendo mientras no derrumbemos el orden imperante por la fuerza de las armas revolucionarias mediante la guerra popular. La historia del mundo y la nuestra propia lo han demostrado, etcétera, etcétera, etcétera, hasta de memoria me la sé.

Está en el documento: *No votar: sino generalizar la guerra de guerrillas para conquistar el Poder para el pueblo* de febrero de 1985. En otro documento escribe que con el inicio de la guerra popular el capitalismo burocrático entra en crisis general y a su destrucción final. Siendo un capitalismo que nace crítico, enfermo, podrido, ligado a la feudalidad y sometido al imperialismo, en este momento entra en crisis general, a su destrucción, y *ninguna medida lo salvará, a lo más alargará su agonía* y, por otro lado, como bestia agonizante se defenderá buscando aplastar la revolución, etcétera. En un tercer documento llama a no confundir crisis general de la sociedad peruana con crisis económica, que es un término económico, y que en el Perú, desde la Segunda Guerra Mundial, se desenvuelve en la segunda mitad de cada década y cada vez desde un punto más bajo que el anterior, en períodos más cortos y peores, etcétera. Hay más pero esto basta. Muy bien, correcto desde todo punto de vista. Pero, una vez encarcelado, da por derrotada la guerra popular; como siempre, dice, el problema es Dirección, él está preso así que se jodió la revolución. Aparte de la muletilla sobre su figurilla y sacrosanta dirección personal, su argumento central lo plantea más o menos así: El largo plan de liberalismo y prolongado Gobierno de concentración absoluta del Poder en el Ejecutivo, es lo que el Gobierno de Fujimori, con apoyo de las Fuerzas Armadas, encarna y lleva adelante y que con las bases económicas puestas, *los avances logrados en la reestructuración estatal y los éxitos alcanzados contra la guerra popular*, no sólo han *viabilizado* el camino burocrático, sino que como resultado político específico, ha llevado a la reelección de Fujimori en el 95 y le ha salido nueva perspectiva de reelección, dentro de su necesidad de prolongado Gobierno de concentración absoluta del Poder, en el 2000, etcétera. En un documento de los serviles aduladores del renegado Guzmán, haciendo una recopilación de sus desvaríos, escriben: El año 1990 Fujimori asume el Poder para cumplir con las 3 necesidades del Estado Peruano, previstas y analizadas por el PCP: reimpulsar el capitalismo burocrático, reestructurar su Estado y aniquilar la guerra popular. Hoy demuestran que la gestión del actual Gobierno, *especialmente desde el golpe de Estado de 1992*, ha logrado objetivos avances en su camino: ha puesto las bases para su proceso económico y llevando adelante el reajuste de su Estado; y en lo que se refiere al PCP y a la guerra popular, ha desenvuelto la estrategia de guerra de baja intensidad, desarrollando en especial el campo de inteligencia, logrando la captura de cuadros y dirigentes y en especial de nuestra jefatura, el Presidente Gonzalo. De esa manera el camino burocrático que propende y lidera el Gobierno de Fujimori *sienta bases y se viabiliza*. En aplicación magistral de la ideología y principios

proletarios y analizando a fondo la situación concreta y perspectivas, el Presidente Gonzalo nos plantea hoy asumir y combatir por una *Nueva gran decisión*: ¡Luchar por un acuerdo de paz! Etcétera. Aquí vale la pena recordar un bodrio titulado *Declaración de militantes* aunque lo correcto sería denominarlo *Delación de militantes*, bazofia firmada por 4 chivatos, entre los cuales figura el Teng Siao-ping peruano, el sempiterno derechista, cacique de aldea y encargado de la prisión de Yanamayo, el mismo que con todo cariño fabricó con sus propias desertoras manitos un retablo ayacuchano para regalárselo, ante las cámaras de televisión, al otrora chumbeque, reptil, genocida vendepatria y mediocre Fujimori, convertido por y para estos perjurios de mentalidad sanhopancesca y espíritu poltrón en estimado señor Presidente, dice: Apoyamos Las Cartas del Presidente Gonzalo y la camarada Miriam dirigidas al señor Presidente de la República Ingeniero Alberto Fujimori Fujimori, solicitándole conversaciones para llegar a un Acuerdo de Paz, cuya aplicación conduzca a concluir la guerra que por ya más de 13 años vive el país, petición que hacemos nuestra y reiteramos. *Alertamos* y *llamamos* a la militancia a tener muy *alta vigilancia* contra toda acción desesperada, aventurera, o de provocación de terceros, pues sólo apuntan a socavar e impedir la consecución del Acuerdo de Paz propuesto, *previniendo* al máximo tales actos y *denunciándolos* rotunda e inmediatamente. Asumimos firme y resueltamente esta nueva gran decisión, porque expresa y sirve a los intereses del pueblo, la nación y la sociedad peruana. Bravo, para cojudo no se estudia, genial. Incluso llegan a la obsecuencia más absurda y juran a todos los dioses y santos de la tierra y los cielos: nos reafirmamos en *no dar un sólo paso* sin la dirección personal del Presidente Gonzalo, plenamente convencidos de que es el más grande marxista-leninista-maoísta viviente sobre la tierra y que, así como nos condujo ayer, nos conducirá hoy, mañana y siempre hasta nuestra meta, el dorado comunismo. Los pedos más hediondos de Guzmán les huelen a hierba silvestre, agua de margarita y flor de retama. Traidores y soplones. Dan ganas de vomitar; pero un momento, ¿de qué año están hablando?

—Retrospectivamente se refieren al período 1990-1992 —dijo Sebastián con una amplia sonrisa intuyendo lo que se venía.

—¿Cómo? ¿1990-1992? ¿No que estábamos en el famoso equilibrio estratégico? ¿Qué pasó, carajo? Si todo estaba bien bacán y no faltaba más que darle una empujadita, una patadita a la pelota, y ya teníamos la pelota en el arco y el Poder en el bolsillo...

—Es que se perdió la pelota, atraparon y metieron preso al Presidente Gonzalo.

—Ah, sí, verdad, lo olvidé. Y se jodió el Perú.

—La revolución.

—Y el mundo entero. Genial, los destinos del universo dependen de los caprichos de una sola persona. Pero hay más. Cuando la pun-donorosa Nancy se autocritica, es decir cuando sigue el guión que le escribió *la Dirección*, dijo: Mi oposición anterior se debe a que estuve hundida en una línea escisionista burguesa. Lo que ha sucedido es que en un momento en que el Partido debía resolver nuevos y complejos problemas a nivel internacional, nacional, partidario y de la guerra se produjo la detención del Presidente Gonzalo, jefe de nuestro Partido y garantía de triunfo y de la camarada Miriam miembro del Comité Permanente Histórico *lo cual implicó un giro estratégico: ya no se podía conquistar el Poder y la guerra debía terminar*, eso no lo comprendimos yo y otros camaradas del Bloque Escisionista cegados por el oportunismo que se desbocó ante la detención. No vimos el *giro estratégico* porque no quisimos ver que *la detención era el más duro golpe dado al Partido en toda la guerra popular* ni menos quisimos ver que *como contraparte era el principal éxito del Estado peruano y servía a viabilizar su camino*. El problema arrancó desde que por ceguera oportunista los del Bloque Escisionista no cogimos el giro estratégico que derivaba de la detención: el que *ya no se podía conquistar el Poder por el principal problema de falta de dirección proletaria. Además que la otra colina viabilizaba su camino y la situación internacional era desfavorable*, pues la revolución mundial entró en repliegue, por tanto si ya no se podía conquistar el Poder, la guerra popular iniciada el 80 debía terminar mediante un Acuerdo de Paz. Estuve enferma ideológicamente, estuve enferma de línea escisionista burguesa, el cáncer revisionista era el que me estaba carcomiendo. Y luego sigue con un par de huevadas más. Palabras premonitorias, pero de lo que sí no se curó fue del servilismo que aún le carcome el cerebro y se puede comprobar pues la *confundida* olvida lo que Guzmán escribió sobre ella en un rimbombante documento titulado: *Está comenzando el sellamiento de la unidad del Partido*, escribe: Aquí quiero recordar algunas cuestiones que sobre la camarada Nancy dijimos, es *araña que teje* y los hechos probaron que no erramos, el 77 le dije: *usted aplica la política de A rey muerto rey puesto* no me creyó y se resintió; también le dije que mientras yo dirigiera el Partido ella no sería jamás del Buró Político porque sus afanes de mandar y de poder personal no son buenos, pero en el Congreso, en el Comité Permanente fue propuesta por un miembro, el otro apoyó y mayoría define, pero yo estuve en contra, pude *influnciar y cambiar* la propuesta fundamentando mi posición en el Comité Central, pero dije que los hechos prueben a las gentes, que se demuestre en la práctica y los demás vean lo que no ven hoy, y aquí estamos. Lo que yo siempre he dicho

es que ella no tenía condiciones para encabezar, por eso nunca se le puso como cabeza de aparato alguno, pero se sentía pospuesta y lo que es más, resentida, dice en su primera autocrítica escrita *el Presidente me dijo que no tenía condiciones para nada*. La camarada Norah la criticó de creerse la presidenta del Partido, etcétera, etcétera. Pintaditos de medio cuerpo desnudo los actores principales que empujan el carro de la democratización de la sociedad peruana, de la solución política a los problemas derivados de la guerra para concretar y cumplir realmente los objetivos de concluir la guerra en una verdadera amnistía general en función de una futura reconciliación nacional que no sólo es necesidad del pueblo, de la nación y de la sociedad peruana en su conjunto sino para el propio Estado que lo requiere para desenvolver su camino, que se viabiliza con el arrullo de la paloma en mar serena y la spondylus en la mano. Qué carajo, pero si todo estaba bien bacán...

—Ya, ya compadre, para tu carreta y no me vengas otra vez con eso de qué pasó con lo del equilibrio estratégico —dijo Sebastián fingiendo enojo.

—Aunque no te guste la chatarra ésa sigue siendo la pregunta del millón, hermano, pero no te preocupes, por ahora no insisto; lo dejo para más adelante. Bien, el renegado Guzmán y sus secuaces afirman haber demostrado que sin el dueño de la pelota la guerra popular no puede desarrollarse y que, por ello, el camino burocrático se viabiliza; que el Estado peruano había anotado un golazo en su tarea de aniquilar la guerra popular con la detención del dueño, no sólo de la pelota sino también del club y la cancha. Pues bien, déjame centrarme en eso de que el capitalismo burocrático sienta bases y se viabiliza.

—Estoy esperando.

—Ciertamente han transcurrido 2 décadas desde la detención...

—Acaban de transcurrir 22 años —puntualizó Sebastián.

—... y se podría decir que vistas las cosas tantos años después de los hechos concretos tendríamos la ventaja de analizar las cosas desde la distancia, con el tiempo transcurrido y los hechos concluidos, pero la verdad es que ya lo dijimos hace poquito más de 22 años. Recordarás que después de plantear algunos de estos puntos tuve que salir corriendo.

—Y aunque inicialmente yo no estuve de acuerdo poco después, cuando lo comprendí y opiné abiertamente, me tocó el turno.

—Sí, lo recuerdo —dijo Leoncio riendo—. Bien. Para no perderme al tratar de referir en qué documento se encuentra, voy de lleno a la argumentación. Guzmán, en base a supuestos fundamentos ideológicos y políticos por él esgrimidos dentro de la situación que él deno-

minaba como *repliegue de la revolución mundial*, y que tanto utilizó para fundamentar su capitulación, pasa a resumir la situación a fines de 1980 e inicios de la década del 90, argumenta que, en relación a la opinión pública internacional como parte de lo ideológico, si bien la tendencia que se desenvuelve *hace años*, y que así proseguirá, es la solución de la guerra y los conflictos *mediante acuerdos políticos y diplomáticos*, deben considerarse que tal tendencia se da en medio de la *ofensiva general del imperialismo*; que el imperialismo yanqui, dentro de la ofensiva general por él encabezada, se desenvuelve como potencia hegemónica única descargando siniestros zarpazos guerreristas *como forma principal* de su acción contrarrevolucionaria que apunta a demoler lo más posible, a conjurar la revolución y el avance de las naciones oprimidas y del pueblo para imponer su orden imperialista en todo el orbe sacando principalmente el mayor provecho posible del repliegue político general de la revolución proletaria mundial; y, orondo, el renegado Guzmán *llega* a la conclusión de que ha terminado una etapa de la revolución proletaria mundial y que la revolución se encuentra en un repliegue político general a nivel mundial como consecuencia del proceso de restauración capitalista, lo que ha llevado a una *opinión pública desfavorable de la revolución*. Y para remate, en un exabrupto de sensatez, confiesa que todo esto ya fue establecido por el Partido desde agosto de 1991. Bonita fecha, cualquier coincidencia con otras imposiciones son pura coincidencia. Por el momento no deseo decir nada acerca del famoso equilibrio estratégico, sólo quiero llamar la atención de que él dice que hay repliegue de la revolución mundial, que hay ofensiva general del imperialismo y que la tendencia, que se desenvuelve hace años y que así proseguirá, es la solución de la guerra y los conflictos mediante acuerdos políticos y diplomáticos. Pero basta echar una ligera mirada a nuestro alrededor para notar que este aprendiz de brujo se salta el proceso dialéctico y se echa a llorar sobre sus excreciones. Los acuerdos políticos y diplomáticos que vemos a nivel internacional intensificados a partir de la famosa caída del Muro de Berlín, a raíz de la descomposición del revisionismo y la bancarrota y desintegración del socialimperialismo soviético, no son más que para crear conflictos y hacer la guerra; crear disturbios, mover fronteras, hacer cercos e intensificar la disputa y la rebatiña. Pero no, qué va, mejor nos lamentamos y afirmamos que por culpa de los avances del imperialismo ha terminado una etapa de la revolución; que mientras ellos están en ofensiva nosotros entramos a repliegue con opinión pública en contra, perdón, *desfavorable* para ser preciso. Muy gracioso. ¿Desde cuándo nos ponemos a la cola de lo que el enemigo hace? ¿Dónde queda la iniciativa, el qué hacer? Desde el punto de vista de la historia mundial, hay una

regla que adquiere carácter universal y es que un gran desarrollo de las fuerzas productivas proviene siempre de la transformación de las relaciones de producción; esto exige que la superestructura *deber ser* transformada primero y hay que poner a punto el aparato de Estado antes de que sean propagadas las ideas que permiten adquirir el poder real. De ello resulta un sacudimiento profundo de las relaciones de producción. Cuando las nuevas relaciones de producción son bien establecidas, entonces se abre la vía al desarrollo de las fuerzas productivas. Esto, que parece algo complicado, nos dice: primeramente crear opinión pública y apoderarse del poder político; y luego resolver el problema de los sistemas de propiedad para llegar, por fin, a un gran desarrollo de las fuerzas productivas. Si la opinión pública está en contra, o es desfavorable, pues hay que cambiarla, crearla con la acción práctica no con jeremiadas. Simple, pero no, qué va. Mala suerte, a llorar a moco tendido en la playa de la isla de la fantasía, retozando con nueva esposa y concubina. ¿Pero acaso no sabemos que todas las guerras de agresión, más la agresión y la opresión política, económica y cultural provocan el odio al imperialismo y que esta situación hace que la masa se detenga a pensar cada vez más en qué significa todo esto y la obliga a poner en pleno juego su espíritu revolucionario y a unirse en la lucha? Yendo al fondo del problema, ¿acaso no es sabido que la historia de todas las revoluciones ha probado que no es necesario tener previamente fuerzas productivas plenamente desarrolladas para poder transformar las relaciones de producción caducas? A partir de Marx, para el proletariado y las masas populares, la revolución comienza por la *propagación* del marxismo y gracias a esta difusión, nace una nueva opinión pública que facilita la revolución. ¿Qué nos enseña esta experiencia? Que primero hay que derrocar la antigua superestructura por medio de la revolución para que las antiguas relaciones de producción puedan ser abolidas; que es después de la eliminación de éstas cuando se pueden crear nuevas relaciones de producción, abriendo un camino al desarrollo de las fuerzas productivas de la nueva sociedad y al mismo tiempo para la transformación de las relaciones de producción y de las ideologías. Y no es sólo teoría, es práctica histórica. Las masas lucharon, fracasaron, lucharon de nuevo, fracasaron de nuevo, volvieron a luchar; acumularon una experiencia de años, una experiencia de centenares de luchas, grandes y pequeñas, militares y políticas, económicas y culturales, con derramamiento de sangre, y sin él, y sólo entonces obtuvieron la victoria. Éstas son las condiciones morales sin las cuales la revolución no habría podido triunfar en la Rusia de Lenin ni en la China de Mao. ¿Por qué vamos a echarnos para atrás? ¿Porque el camino burocrático sienta bases y se viabiliza? ¿Porque las revolucio-

nes fueron vendidas por sus propias jefaturas en Turquía, Nepal y en especial en el Perú? Que no jodan. ¿A quién diablos le interesa que el camino burocrático se viabiliza? No es nada nuevo. ¿Acaso no es una perogrullada aquello de que las crisis son inherentes al sistema, que son cíclicas y que tramontadas entran en un período de recuperación transitoria como preludio de futuras crisis? ¿Acaso no es una perogrullada aquello de que hoy hay mejores *condiciones objetivas* para la revolución que ayer y que la recuperación transitoria del imperialismo no lo salva de su lenta y larga agonía pero inexorable muerte? Ciertamente es que, como fruto de los grandes avances tecnológicos de los últimos tiempos, hay momentos de recuperación transitoria; pero, también es cierto que la crisis económica mundial, en el fondo, aún no ha concluido y es preludio de un debacle mayor. Los ciclos e intervalos son cada vez más cortos, el ámbito de la crisis es tanto local como mundial, cambia de nombre en un país o región, lo mismo que cambia el nombre del artífice de la prolongación de la agonía del imperialismo; y si no movemos un sólo dedo, tarde o temprano, un imperialismo será reemplazado por otro en medio de tormentas y tempestades sociales.

—Sí pues —dijo Sebastián—, pero el asunto es que no hay ni organizaciones populares ni Partidos Comunistas que dirijan la revolución.

—Sí claro —replicó Leoncio—, por eso hay que tirarnos bajo el sol con la panza al aire, rascarnos las pelotas y jurar no dar un sólo paso sin la dirección personal de Pedro Tinieblas. No jodas, carajo. Hay clase, el proletariado y el pueblo que van en aumento; hay ideología, que es el maísmo; y si no hay opinión pública, entonces hay que crearla; si no hay organizaciones, hay que crearlas; si no hubiera Partido Comunista, y sí lo hay por lo menos en el Perú, habría que construirlo. ¿O es que acaso hay que comulgar con la rueda de molino propalada por el renegado Guzmán quien proclamó el término de su papel de dirección partidaria para convertirse en *asesor* de entuertos y encargar a sus abogados que le creen un Movimiento por Amnistía y Derechos Fundamentales para negociar en pos de amnistía y alistamiento preparando su capitulación para servir al orden y participar en él tras una felona reconciliación nacional sin vencedores ni vencidos? Y todo refrendado con desparpajo por Elena Albertina quien gimotea en una entrevista publicada por la revista *Caretas* en mayo de 2007, donde aparte de quejarse que había bajado de 57 a 42 kilos, dice: Cometimos errores, pero valió la pena la revolución, porque el Estado peruano *era* una porquería y *era* la única manera de acabar con las diferencias. Nuestros seguidores fueron cerca de 70,000 personas a inicios de los años 90; *lo cual hizo imposible que pudiéramos manejar*

a todos los miembros que desataron el terror en Lima y los principales departamentos andinos con bombas, apagones y asesinatos selectivos a las más altas autoridades. Les enseñaron a usar armas antes de entender la ideología... reconozco que todo se *descontroló*. Pobrecita, dice que les fue imposible *manejar* a los que desataron el terror; los culpables son los otros, siempre los otros. El más grande marxista-leninista-maoísta viviente sobre la faz de la Tierra resultó ser un incapaz, incapaz de *manejar* a sus 70,000 seguidores, o a parte de ellos, que aprendieron a usar las armas antes de entender la ideología. ¿Pero quién, o quienes, les enseñó a usar armas antes de entender la ideología? Claro, seguro que los otros. Qué pena. Si todo se descontrola y no pueden manejar a 70,000 personas, ¿qué será con el montón de millones que presupone unir en un frente único a más del 90% de la población? A confesión de parte, relevo de pruebas. Pero no importa, aquí un consuelo: Miriam, mi única, a tu lado siempre, considero que hace tiempo estamos, tú y yo, al margen del vaivén de las olas sociales y sus luchas concretas; pues, desde nuestra detención, hace 15 años, todo lo que hemos hecho ha sido plantear terminar la guerra popular, proponer una solución política a los problemas derivados de la misma y, últimamente, desarrollando nuestras propuestas, plantear la necesidad de una solución política, amnistía general y reconciliación. Nuestro papel, el tuyo y el mío, ya ha sido cumplido, ha terminado con nuestra participación en el megaprocés. Estamos al margen, ha terminado nuestro papel. Miriam, bien mío, ayudemos una vez más tú y yo en la solución, previo análisis, de estas cuestiones y sobre los cuales hace tiempo ya conversamos. Miriam, mi única, si bien esta carta es breve, cuándo no, todo mi amor de siempre, indeclinable y creciente y más aún, cercano setiembre, mi alma va a ti. Firmado: Abimael. Unos tortolitos de serie romántica; la guerra popular reducida a un miserable capítulo de telenovela barata... Entre rejas; El viejo y la isla; Carroña y Ponzona bailan Zorba al vaivén de las olas; Un Némesis sobre el tejado caliente; Qué importa que la gata sea blanca o negra con tal que coma. Cualquiera de esos títulos de telenovela vulgar tendría un buen argumento hecho de Puño y Letra. Dejan el Partido y el país hecho una mierda y se van de retiro, los muy pendejos.

—Ya compadre, ahora en serio —dijo Sebastián levantando las manos hacia el oscuro firmamento.

—Estoy hablando en serio, hermano, bien en serio —replicó Leoncio antes de sumergirse en un prolongado silencio.

Leoncio tuvo la impresión de que la noche había desplegado su oscuro manto de pronto y sin aviso previo; o tal vez no percibió que

esto había sucedido hacía buen rato porque la noche estaba estrellada o por el ardor del tema. Rozamientos y conflictos particularmente agudos quedaban a flor de piel. Una serie de contradicciones entre la fidelidad apasionada a los grandes ideales y el anhelo de lucha para esclarecer con la mayor diaphanidad posible la crónica de una traición no anunciada hacía surgir de nuevo la llama viva de los conflictos inevitables entre amigos y camaradas, conflictos que a veces debilitan y hasta desarman a todos los que marchan en pequeño grupo unido por un camino escarpado y difícil, fuertemente cogidos de las manos, rodeados por todas partes de enemigos y casi siempre bajo su fuego. No intentaba desempeñar el papel de un propagandista consciente, simplemente debía cumplir la misión del comunista convencido e ideológico; había la necesidad de unir la fidelidad más abnegada a las ideas comunistas con el arte de deslindar los campos de un modo resuelto y definido para después unirse y avanzar en la conquista del Poder. Lo que quedaba a la vista era la necesidad de organizar y construir la unidad de la nación mediante la intensificación consciente de la lucha de clases y la lucha nacional, la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado en el ámbito nacional e internacional, y el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo. Qué carajo —se dijo Leoncio para sus adentros—, se presenta la necesidad de barrer la podre revisionista y aplastar la capitulación desarrollando más la guerra popular.

—Sebastián —dijo Leoncio sacudiendo la cabeza para despejar el ligero sentimiento de fatiga causado por los largos días de caminata y polémica—, si el fundamentalismo islámico, que representa la sobrevivencia de lo más retrógrado de la Edad Media por sus concepciones religiosas, ideológicas, políticas y sociales que preconizan la vuelta a la estricta observancia de las leyes coránicas en el ámbito de la denominada *sociedad civil*, es decir de las leyes de ordenamiento de la sociedad, y que se está convirtiendo en el arma reaccionaria contra la insurrección y la revolución, está logrando espectaculares triunfos militares y avanza a pesar de las decenas de países que en colusión los combaten con las armas más modernas que poseen y de casi toda la opinión internacional en su contra, no sólo por las bárbaras matanzas y degüellos televisados que hace sino, en especial, por la propaganda manipuladora del imperialismo; ¿por qué el Partido, que se sustenta en la más grande ideología que ha visto la Tierra, el marxismo-leninismo-maoísmo, principalmente maoísmo, el arma más poderosa hoy en el mundo, va a tener vedado el triunfo?

—Porque falta dirección.

—Increíble, compadre, estás repitiendo, tal vez inconscientemente, la monserga esgrimida por Guzmán quien en 1993 decía que hay

quienes se oponen al acuerdo de paz y esto equivale a cerrar los ojos a la realidad ya que nadie con 2 adarmes de sesos, alegaba, podría negar que la ofensiva contrarrevolucionaria general ha repercutido en la opinión pública internacional. Hoy, decía, prácticamente no existen movimientos de masas que se sustenten en el marxismo y es innegable que el marxismo, en comparación con los años 70 y comienzos de los 80, ha perdido influencia en las masas. Otra vez, bravo y a llorar al parque. Aparte del Partido, ¿qué movimientos de masas que se sustenten en el marxismo había los años 70 y comienzos de los 80? ¿En Turquía, en Nepal, en la India, o algunos de los *movimientos de masas* dirigidos por los revisionistas encaramados en el llamado Movimiento Comunista Internacional? Por favor, nuestra participación en ese movimiento fue para intentar enderezar las cosas, para tratar, entre otros, el sustancial y decisivo problema del marxismo-leninismo-maoísmo como única, verdadera y nueva etapa del desarrollo de la ideología del proletariado, de vigencia universal y principalmente el maoísmo como clave de la cuestión pero el mandamás del Partido Comunista Revolucionario de Estados Unidos, el revisionista Bob Avakian, opuso férrea resistencia a nuestra influencia. La verdad es que ni la Revolución Cultural China impidió el avance del revisionismo; descartando sus excesos, son necesarias 1, 2, 3, 4, 5 ó más revoluciones culturales para barrer la influencia burguesa en la sociedad y en las filas del mismo Partido, para barrer el revisionismo como avanzada de la burguesía en las filas del proletariado. La Revolución Cultural frenó la influencia de la burguesía y el avance del revisionismo en el Partido, sí, pero no lo liquidó; la prueba está en el papel de Teng Siao-ping tras la muerte de Mao y la restauración del capitalismo en China. Incluso, el poderoso movimiento de liberación nacional que se desarrolló en los años 50 y 60 bajo la influencia del triunfo de las Revoluciones Rusa y China fue cayendo paulatinamente en las garras del socialimperialismo soviético; y el amplio movimiento de masas que, espontáneo o no, se desarrolló durante los años 70, y que en parte estuvo canalizado o dirigido por la influencia China, finalmente se deslizó hacia la charca del socialimperialismo soviético; otra parte de ese amplio movimiento fue canalizado por supuestos *izquierdistas* con golpes de Estado y derrocamiento de regímenes corruptos; y también hubo importantes movimientos de masas encabezados por dirigentes *populistas con fraseología de izquierda* como Gamal Abdel Nasser, que de marxista tenía lo que nosotros de curas. Pero fue el revisionismo el que impulsó o el que se *apropió* de esos movimientos, algunos de ellos incluso fascistas que llegaron a formar parte del llamado movimiento de países no alineados. Y dicho sea de paso, a partir de la derrota de Suez, una de las piedras angulares de

la política exterior estadounidense fue organizar, fomentar y armar el fundamentalismo islámico moderno; se gastaron grandes sumas de dinero en operaciones especiales dirigidas por la CIA y el Pentágono y suministraron ayuda, estrategia y entrenamiento a los fanáticos religiosos. Así que cuando iniciamos la lucha armada, la guerra popular, estábamos prácticamente solos y a pesar de ello avanzamos y logramos grandes triunfos en la construcción del nuevo Poder...

—Porque había dirección y Partido.

—¿Y el fundamentalismo islámico tiene dirección y Partido? ¿Sí? No molestes, las sectas fundamentalistas armadas que momentáneamente están frenando el avance imperialista yanqui, en su desembocada guerra de rapiña por fuentes de materias primas y energéticas, no tienen dirección centralizada y menos Partido; ese movimiento es la suma de decenas de grupos movidos por una fe, la musulmana, y en su seno se encuentran diversas tendencias, tanto moderadas como fanáticas, que incluso son antagónicas como los sunitas, chinitas, wahabitas y otras más; están los Hermanos musulmanes de tendencia suní, una organización que representa a la gran burguesía islámica que controla la banca, la industria y el comercio en varios países árabes, surgidos a finales de los años 20 e implantados fundamentalmente en Egipto pero también en otros países del occidente musulmán como Sudán, Yemen y Siria; el movimiento Hamas, que baila sobre la cuerda floja ya que siendo un movimiento ligado a los Hermanos musulmanes y alineado con las potencias suníes, como la monarquía absoluta de Catar, se aleja un poco de sus aliados chiitas como los gobernantes de Irán y el movimiento libanés Hizbulah que le prestan ayuda financiera y militar; pero también está la Yihad Islámica, el Estado Islámico, la red Al Qaeda, la secta nigeriana Boko Haram y un montón más cada uno de ellos con su sagrado y venerado líder religioso que propala la restauración del Islam originario como la única alternativa viable ante las crisis y el secularismo causados principalmente por Occidente y sus lacayos que en tierras mahometanas instigan al abandono de la fe islámica. ¿Dónde está la dirección y el Partido? En general el Islam, que significa *entrega a dios, sumisión a su voluntad*, no sólo es una religión; más bien es un proyecto sociopolítico de base religiosa. El Islam se define a sí mismo como una ideología que engloba religión, sociedad y política y que se basa en un texto sagrado llamado Corán, y el profeta Mahoma, lo mismo que Moisés y Jesús, intentó organizar la sociedad, en este caso la musulmana, con numerosas reglas sociales. Sabemos y somos conscientes de que el Islam, ojo aquí no estoy hablando del fundamentalismo islámico, desplegó por siglos un poderoso potencial creativo, artístico, filosófico y científico superior en su época al del Occidente cristiano;

ahí están su colosal arquitectura, el álgebra, los avances médicos, su arte y montón de cosas más como testigos de un gran momento de esplendor, ya lo hemos visto. El fundamentalismo islámico, ojo aquí no estoy hablando del Islam, que vemos desenvolverse en la actualidad tiene dentro de sus planes lo que ellos consideran el rescate de los valores propios e intrínsecos al Islam; la restauración del Estado Islámico y la oposición a todo lo que haya entrado en la sociedad musulmana como innovación o *modernidad*. Y avanzan por la fe arraigada en la juventud de los estratos más pobres. Guste o no guste, el fundamentalismo islámico hoy se presenta como un frente único de clases que se opone a la *globalizada modernidad laica* como causa de los actuales sufrimientos de las masas oprimidas en lugar de oponerse a la opresión y explotación imperialista. No por gusto se pregunta en ese librito de fábulas llamado Corán: ¿Cuál de los 2 vale más? ¿El que ha establecido los fundamentos de un templo sobre el temor de dios y sobre el deseo de agradarle o el que los ha sentado sobre un escarpado monte de arcilla minado por un torrente y dispuesto a derrumbarse con él en el fuego del infierno? dios no conduce a los malvados. El templo que han construido no cesará de ser una fuente de profundo desasosiego a menos que sus corazones sean cortados en muchos pedazos hasta que mueran; dios es sabio y prudente. Ciertamente, *dios ha comprado a los creyentes sus vidas y sus bienes para darles a cambio el paraíso; luchan por la causa de dios, matarán y serán muertos*. La promesa de dios es verdadera; la ha hecho en el Pentateuco, en el Evangelio, en el Corán, y ¿quién es más fiel a su alianza que dios? Regocijaos del pacto que habéis contraído; es una dicha inmensa. Los que vuelven a dios arrepentidos cada vez que han pecado, los que adoran a dios, los que lo alaban y persisten en buscar *Su* complacencia, y se inclinan ante Él y se postran en adoración, los que mandan el bien y prohíben la conducta inmoral y guardan los límites prescritos por dios, serán recompensados. Anuncia, oh Profeta, la buena nueva de la promesa de dios a todos los creyentes, etcétera. Claro que muchos dirán que, lo mismo que para la Torá y la Biblia, el contenido se presta para la libre interpretación y que, a fin de cuentas, los yihadistas son malos musulmanes; que el Corán no aprueba la guerra santa de agresión; que hay que dedicarse a rezar y nada más. Bueno, a ver cómo les queda el ojo tuerto y el oído sordo al ver y oír que el pacífico Corán dice que cuando encontréis infieles, matadles hasta el punto de hacer con ellos una carnicería y estrechad fuertemente las trabas de los cautivos. Luego ponedlos en libertad o entregadlos mediante un rescate, cuando la guerra haya cesado. Obrad así. Si dios quisiese, triunfaría de ellos por sí mismos; *los exterminaría, pero os hace luchar para probaros a unos por otros*.

Los que hayan sucumbido en el camino de dios, dios no hará perecer sus obras. Los dirigirá y hará sus corazones rectos. Los introducirá en el paraíso que les ha hecho conocer ya. ¡Oh creyentes! Si asistís a dios *en su guerra contra los malvados*, él también os asistirá y dará firmeza a vuestros pasos. En cuanto a los incrédulos, *ojalá perezcan* y ojalá haga dios nulas sus obras. Ésta será la retribución de su aversión por las revelaciones de dios, ¡ojalá aniquile sus obras! Etcétera. ¿Lo dejamos a la libre interpretación?

—Dice que hay que rezar —exclamó Sebastián soltando una carajada.

—Bastante libremente interpretado, hermano —dijo Leoncio riendo—. Es evidente que en el judaísmo, el cristianismo, el islamismo, y en todas las sectas religiosas, hay corrientes fanáticas. Pero si nos remitimos a los textos fundamentales, y por si los sabihondos y geniecitos de siempre lo ignoran, este pasaje se aplica después de Mahoma a todos los infieles y forma parte del derecho de guerra musulmán. En fin, meter esa retrógrada bazofia en la cabeza de la gente es función de algunas escuelas religiosas o coránicas; así es cómo se difunde el fundamentalismo étnico, social, político y religioso. Y aunque así no fuera, al imperialismo sí que le interesa que así sea. Hay que recordar que un polaco nacionalizado estadounidense, ultraderechista y asesor de la Seguridad Nacional durante la Presidencia de Carter, admitiendo públicamente que Wáshington había fomentado deliberadamente el fundamentalismo islámico para tenderle una trampa a la Unión Soviética, dijo: Ahora tenemos la oportunidad de darle a la URSS su propia guerra de Vietnam y llenarle su patio trasero de mierda; y luego se preguntó: ¿Qué es lo más importante para la historia mundial, los talibanes o el colapso del imperio soviético? ¿Varios musulmanes fanáticos o la liberación de Europa Central y el fin de la Guerra Fría? Bonitas declaraciones ¿no? Dicho y hecho. La mierda está esparcida. El imperialismo yanqui ha sido derrotado y prácticamente, salvo pequeñas tropas mercenarias y asesores, hace buen rato que se ha retirado de los territorios ocupados, y partir de ahí ya se pueden contar más de 3,000 muertos entre los civiles en Afganistán y la cifra de víctimas civiles en Iraq es aún mayor. La criatura que crearon los imperialistas sigue dando signos de vida; o mejor dicho, de muerte. Siembran vientos y cosechan tormentas, que no se quejen de las barbaridades que haga la bestia reaccionaria creada por el imperialismo. ¡Viva la democracia, el petróleo y el gas! Como fuere, la bestia del fundamentalismo islámico ha sacado las garras y los pies del plato, se ha independizado de su amo y creador y hoy avanza, sin dirección centralizada ni Partido, formando un conglomerado de grupitos y bandas bien armados por sus ex patrones,

con clérigos e ideas propias, con masas y fe. Están todo lo equivocado que se quiera; son todo lo miserable que se quiera y hasta todo lo arcaico, sanguinario y reaccionario que se quiera; pero dan la pelea y podrían avanzar más si lograran cambiar de táctica y estrategia, aunque su ideología se lo impide, y si no se dedicaran, tan torpemente como lo están haciendo, a una guerra de posiciones que les creará un fuerte desgaste y, llegado el momento, no podrán reponer sus bajas a la velocidad con que lo están haciendo en estos momentos y serán derrotados. ¿Y nosotros? Bien, gracias, rascándonos las pelotas y esperando el regreso del Mesías.

—No, compadre, preparándonos y marchando hacia la reunión del reencuentro.

—Ah, pendejo, ahora sí que recuerdas lo que estamos haciendo, ¿eh? abogadito del diablo —dijo Leoncio dándole un empujón a Sebastián que muerto de risa casi cae al suelo—. Disculpa, hermano, no quería darte un empujón tan fuerte.

—Sí, claro, cómo no —dijo Sebastián después de acomodarse el quipe a la espalda y con una sonrisa dibujada en el rostro—. Sigue que te escucho.

—Tenemos ideología, tenemos Partido y una dirección que hay que afianzar, en eso estamos, sí. Yo pienso, y por eso los ejemplos que traje a colación, que, como ya sabemos, las condiciones objetivas están podridas hace tiempo; que el imperialismo, como sistema, está agonizando pero aún no está muerto y eso lo hace más peligroso; pero, en especial, me parece que en medio del desarrollo tecnológico ha aprendido a prolongar su agonía. Esto, por cierto, no es nada nuevo y lo dice mucha gente. La perspectiva, según mi opinión, es el reemplazo del imperialismo estadounidense por el chino con el ruso agazapado en medio de la contienda. Siendo el imperialismo chino un imperialismo fresco, robusto, dinámico, agresivo, salvaje y despiadado, pero a la vez tan frágil como los cimientos sobre los que se levanta, la contienda será más aguda; y, por lo tanto, la preparación de la vanguardia del proletariado mundial será larga y difícil. La conjetura de Mao, expresada en los años 60, de que los próximos 50 a 100 años serán del barrimiento del dominio del imperialismo y todos los explotadores, calculado para el 2060 como máximo, o sea más o menos 200 años contando a partir de la Comuna de París, ha quedado obsoleta y con los fundamentalistas islámicos como marioneta contrarrevolucionaria. Pero eso no es motivo para desaliento, por el contrario hay que esforzarse más para desbrozar el camino; la rueda de la historia no puede ser parada en su avance. Hay que desarrollar más las condiciones subjetivas. No hay nada que esperar, hay que apurarse, y si el Partido no toma las riendas la vaina va a demorar

más todavía. Y ya lo dije, los acuerdos políticos y diplomáticos, a la larga, no son más que para crear conflictos y hacer la guerra; basta darle una ligera mirada al actual problema de Ucrania para entender esta incuestionable verdad. Una vez terminada la guerra, los nuevos acuerdos políticos y diplomáticos serán para refrendar los resultados en el campo de batalla.

—Hay que entender que lo dicho por el Presidente Gonzalo acerca del repliegue de la revolución mundial se refería a la situación política a inicios de los 90 y que incluso ellos mismos, de un tiempo a esta parte, reconocen que se ha iniciado la salida del repliegue.

—Lo sé, en algún momento dijeron que el movimiento popular había *empezado a desenvolverse* para salir del repliegue; y en esas mismas circunstancias pregunté si acaso las masas habían dejado de luchar, los emplacé a que digan cuándo las masas habían abandonado la lucha de clases. Incluso llegué a la herejía de atreverme a preguntar qué luchas son las que determinan ese supuesto inicio de la salida del repliegue y bajo qué dirección. Recibí la callada por respuesta, y no podían responder porque simplemente las masas no han dejado de luchar, nunca lo han hecho; todo fue una maniobra del renegado Guzmán y sus revisionistas contemporáneos que, contrarios a la lucha por el Poder, promueven y desarrollan economicismo puro, legalismo ramplón desde la cabeza hasta los pies. Pero ya no voy a caer en tu provocación, así que salto y sigo, don Jodido. Pues bien, de lo que se trata es de armar la mente de las masas, pero hay que hacerlo más y mejor cada vez. Si se gana la mente se arma el brazo, no en vano nuestro Partido se ha caracterizado por ser fuerte en política y la política no es sino la aplicación concreta de la ideología para luchar por conquistar el Poder. Nuestra ideología, el marxismo-leninismo-maoísmo, sigue siendo atacada por todos y en todos los aspectos y los ataques se van a incrementar más con la ayuda de los fundamentalistas islámicos que tienen más en común con el catolicismo y la extrema derecha que con los simples *izquierdistas* de la pequeña burguesía; y son enemigos acérrimos de los infieles e incrédulos comunistas. La historia y las ideologías prosiguen sus batallas movidas por la lucha de clases, no se detienen. Debemos persistir en despertar y afirmar la conciencia revolucionaria de la clase en el proletariado y el pueblo; sin la conciencia y la organización de las masas, sin su preparación y su educación por medio de la lucha de clases abierta y frontal contra la gran burguesía, los terratenientes y el imperialismo, ni hablar se puede de revolución. Pero sin Partido y disciplina esto no es factible, por lo tanto, la primera pregunta que surge es: ¿cómo se mantiene la disciplina del partido revolucionario del proletariado? ¿Cómo se controla? ¿Cómo se refuerza? Primero, por la conciencia

de la vanguardia proletaria y por su fidelidad a la revolución, por su firmeza, por su espíritu de sacrificio, por su heroísmo. Segundo, por su capacidad de vincularse, aproximarse y fundirse con las más grandes masas trabajadoras, en primer término con la masa proletaria y campesina, pero también con la masa trabajadora no proletaria ni campesina. Tercero, por lo acertado de la dirección política que lleva a cabo esta Vanguardia; por lo acertado de su estrategia y táctica política, a condición de que las masas más extensas se convengan de ello por experiencia propia. Sin estas condiciones, no es posible la disciplina en un Partido revolucionario, verdaderamente apto para ser el Partido de la clase avanzada, llamada a derrocar a sus enemigos de clase y a transformar toda la sociedad. Sin estas condiciones, los intentos de implantar una disciplina se convierten, inevitablemente, en una ficción, en una frase, en gestos grotescos. Pero, por otra parte, estas condiciones no pueden brotar de golpe. Van formándose solamente a través de una labor prolongada, a través de una dura experiencia; su formación se facilita a través de una acertada teoría revolucionaria, que, a su vez, no es ningún dogma, sino que sólo se forma definitivamente en estrecha relación con la práctica de un movimiento que sea verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario. Ya lo dijo Lenin, ya lo demostró el Partido en los años de reconstitución y en los del desarrollo de la guerra popular; así que no nos queda otra cosa más que persistir, persistir y persistir. Además, si el Partido deviene organización oportunista, revisionista, debemos pugnar, luchar por hacer de él un verdadero Partido revolucionario del proletariado, un Partido Comunista. Punto.

—Si mal no recuerdo —dijo Sebastián—, ya en 1927 el Partido, analizando la experiencia mundial, estableció que hay que diferenciar el desarrollo desigual de la situación revolucionaria y tener en cuenta que ésta incluso puede darse en una región y que la propia acción revolucionaria puede generalizarla a todo el país y que, además, la lucha armada puede iniciarse en medio de un repliegue general de la revolución como lo prueba el levantamiento de la cosecha de otoño, de agosto 1927 en China; y que el Partido debe combatir resueltamente y sin titubeos toda tendencia a la vacilación, conciliación, capitulación o traición.

—Eso, mi querido hermano. Cae a pelo e ilustra perfectamente la situación, es práctica histórica. El único criterio de verdad de una teoría es su concordancia con la realidad, así que la pataleta del renegado Guzmán no es más que extravagancia revisionista que crea disturbios y conchabes para proteger su pellejito y obtener ventajas personales como la famosa charada de su matrimonio, de sus huelguitas de hambre y otras payasadas. Por otro lado, junto a aquello que la

lucha armada puede iniciarse en medio de un repliegue general de la revolución, bien sabemos que la agresión imperialista engendra la reacción nacional. Bien, podemos pasar a la globalización y las crisis...

—Al fin —exclamó Sebastián dándole un empujón a Leoncio—. Pero antes aguanta un rato que tengo que mear.

Descargados de los quipes, se detuvieron un momento largo a contemplar el firmamento impasible y repleto de estrellas, Sebastián recorrió con el dedo índice los trazos de un par de constelaciones, Dragón caía en picado vertical, Hércules se enfrentaba a la Hidra de Lerna, y la Corona Boreal, de cabeza, les señalaba el camino. Leoncio ponía cara de serio y aguzaba la vista casi en vano pero disfrutaba y compartía la alegría de Sebastián cuando escudriñaba el cosmos. Bebieron unos cuantos sorbos de agua, picaron más que comieron, guardaron lo que tenían que guardar, hicieron los nudos de siempre, quién sabe por qué se estrecharon la mano, cargaron con los quipes y reanudaron el camino.

—Maestro —dijo Leoncio después de aclararse la voz por milésima vez en los últimos días—, ya estamos casi a punto de concluir la preparación de la exposición y de llegar a la muy Noble y Leal; y debo decirte que me llena de alegría tu compañía y solidaridad, en este montón de años que hemos pasado juntos por contentos y disgustos, por satisfacciones y pesares, por victorias y derrotas, por alianzas y luchas no he tenido oportunidad de manifestarte mi sincero aprecio; eres de los que tienen madera, madera tallada por el Partido y el pensamiento gonzalo. Espero que con desparidad y calma logremos éxitos en la reunión para así, todos unidos y fuertemente cogidos de las manos, poder plantar nuestras rojas banderas en una cumbre más alta. Gracias.

—¿Qué pasa, compadre, nos estamos poniendo sentimentaleros y suspirosos o es que extrañas el torbellino de la acción y te despidas del cielo estelar? Y que quede constancia, me solidarizo sólo con las ideas correctas, nada más; soy pescador y me encanta tirar el anzuelo para que no se me descarrien algunas beligerantes almas; así que las gracias se las damos a las masas y en especial a las de la comunidad que nos acogió y apoyó todos estos años. Tal vez simplemente hemos llegado a ser carne y uña...

—Con mugre y todo —completó Leoncio con una sonrisa—. Y, para que también quede constancia, de tu solidaridad no esperaba otra cosa. Bien. Me gustaría que tengamos como telón de fondo, y a modo de resumen, algunas cuestiones básicas que ya hemos analizado. Marx, en *El Capital* no analiza la sociedad en general, sino la sociedad *moderna* y dice que su punto de vista consiste en que con-

sidera el desarrollo de la formación económicosocial como *un proceso histórico natural*. Esto es interesante recordarlo puesto que hace mucho tiempo, y hoy revive con insensata estupidez, economistas y sociólogos planteaban que sólo la producción de valores se encuentra supeditada a leyes económicas, mientras que la distribución, según ellos, *depende de la política*, es decir, de la forma en que las autoridades, los intelectuales y otras sabandijas ejerzan su influencia sobre la sociedad. Hablan de la sociedad en general, sobre sus fines y su esencia, y en tales disquisiciones, estos subjetivistas afirman que el fin de la sociedad consiste en procurar ventajas para *todos* sus miembros, y que por ello la justicia exige una organización determinada, y los sistemas que no corresponden a esta organización ideal son anormales y deben ser eliminados; sólo les interesan las condiciones sociales en que tal o cual necesidad de la naturaleza humana *es satisfecha*, pero en modo alguno les interesan las formaciones sociales que, por añadidura, pueden estar basadas en fenómenos tan en pugna con la *naturaleza humana* como la esclavización de la mayoría por la minoría. Desde el punto de vista de esta gente, no es posible considerar el desarrollo de la sociedad como un proceso histórico natural. Ojo, me estoy basando en las enseñanzas de Lenin. Bien. Marx habla de la *ley económica del movimiento de la sociedad*, llamándola, ley natural. Ésa es la idea fundamental de *El capital* donde Marx se refiere a una sola formación económicosocial, a la capitalista, es decir, afirma haber investigado la ley del desarrollo sólo de esta formación y de ninguna otra; y lo hace a través del estudio minucioso de los correspondientes hechos. Los subjetivistas plantean que al reconocer algo como deseable o indeseable debe hallarse las condiciones necesarias para realizar lo deseable o para eliminar lo indeseable, para realizar tales y cuales *ideales*; según este punto de vista, no es posible hablar siquiera de un desarrollo, sino de diversas desviaciones de lo deseable, de defectos, que se han producido en la historia como consecuencia de que los hombres no han sido inteligentes, no han sabido comprender bien lo que exige la naturaleza humana, no han sabido hallar las condiciones para realizar estos regímenes racionales. Ya hemos visto en detalle que Marx llegó a su idea fundamental separando de los diversos campos de la vida social el de la economía, separando de todas las relaciones sociales las de producción, como relaciones fundamentales, primarias, que determinan todas las demás y estableció que tanto las relaciones jurídicas como las formas políticas no pueden ser deducidas de razones jurídicas y políticas ni explicadas exclusivamente por ellas; aún menos posible es explicarlas e inferirlas de la llamada evolución general del espíritu humano. Tienen sus raíces exclusivamente en las relaciones

materiales de vida, la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política. Es decir, en la producción material, los hombres deben establecer determinadas relaciones mutuas, relaciones de producción. Éstas corresponden siempre al grado de desarrollo de la productividad que han alcanzado en determinado momento sus fuerzas económicas. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se erige la superestructura jurídica y política, y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. De tal modo, el régimen de producción condiciona los procesos de la vida social, política o puramente espiritual. La existencia de dichos procesos, no sólo no depende de la conciencia del hombre, sino, por el contrario, esta última depende de ellos. Pero en determinada fase del desarrollo de su productividad, las fuerzas chocan con las relaciones de producción establecidas entre los hombres. Como consecuencia, los hombres entran en contradicción con lo que constituye una expresión jurídica de las relaciones de producción, es decir, el régimen de propiedad. Entonces, las relaciones de producción dejan de corresponder a la productividad y comienzan a trabarla. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se modifica más o menos rápidamente toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian estas revoluciones hay que distinguir siempre rigurosamente el cambio material ocurrido en las condiciones de producción, que debe ser verificado con la exactitud propia de las ciencias naturales y el cambio en las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas y filosóficas: en una palabra, las formas ideológicas que *introducen en la conciencia* de los hombres la idea del conflicto e implican una lucha latente por resolverlo. Como no podemos juzgar a un individuo por lo que piensa de sí, tampoco podemos juzgar estas épocas de revolución por la conciencia que tienen de sí mismas. Por el contrario, hay que explicar esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las condiciones de producción y las condiciones de productividad. Así, Marx puso fin a la concepción de la sociedad como una suma mecánica de individuos sujetos a toda clase de cambios por voluntad de las autoridades o, lo que es lo mismo, por voluntad de la sociedad y de los Gobiernos, suma que se produce y cambia casualmente, y formula, sobre una base científica, el concepto de formación económico-social, como conjunto de determinadas relaciones de producción y no de los fenómenos de la vida cotidiana de un país, o de un pueblo, o aún de una clase, al establecer que el desarrollo de estas formaciones constituye un proceso histórico natural. Esto, sólo como repaso y reiteración de que el materialismo dialéctico es la única concepción científica de la

historia.

—Por tercera vez, si mal no recuerdo; pero claro, esta vez como telón de fondo. Jodido, no importa, sigue —comentó Sebastián moviendo la cabeza de un lado para otro y dando el caso por perdido.

—El que lo note ya no lo pasará por alto, don Cachaciento. El principio del fin...

—¿Es un paréntesis?

—El principio del fin del feudalismo como sistema económico — continuó Leoncio sin inmutarse— quedó marcado en 1215 cuando la nobleza inglesa obligó al Rey Juan a firmar la Magna Carta Libertatum, más conocida como Carta Magna. En esos tiempos parte de la nobleza había empezado a cuestionar las *verdades inmutables* que la fe y los caprichos del Rey y de la Iglesia los imponían como obediencia desde hacía unos 1,000 años. La firma de esa Carta, sin ser un texto revolucionario y que algunos consideran como antecedente para los sistemas políticos modernos y contemporáneos y el origen de las libertades políticas, presupuso los privilegios estrictamente feudales de la baronía inglesa, asegurando sus derechos feudales frente al poder del Rey; las libertades de la Iglesia de Inglaterra y la posesión de sus derechos y privilegios; y reducía el poder y las funciones del Rey a los límites de las funciones de un monarca feudal limitado por un Consejo o algo similar. Así se abría un período de cambio de un sistema a otro, sí; pero esto no hubiera sido posible sin el auge económico que en el Norte de Europa supuso la expansión del comercio a partir de mediados del Siglo XII. Proceso que dentro de la dinámica de la historia tendría un desenlace sangriento. Todos los Imperios fueron poderosos en su momento porque eran capaces de alcanzar volúmenes espectaculares de producción y de generar, o apropiarse, una enorme cantidad de valor económico que, a la larga o la corta, genera crisis de toda clase, sobre todo crisis económicas; y las crisis aumentan a su vez en proporciones enormes la tendencia a la concentración y al monopolio. Bien, las crisis económicas, por lo menos las más sonadas, pueden ser rastreadas a partir de 1600. Mientras Alemania se desangraba en la Guerra de los 30 años, Holanda había alcanzado su apogeo mercantil convirtiéndose en superpotencia comercial. Entre otros productos se comerciaban los bulbos de tulipán importados del Imperio Otomano a partir de 1559; de Holanda eran exportados a Francia y de ahí a todo el mundo. A raíz de su gran popularidad entre la nobleza, en poco tiempo se convirtió en un negocio especulativo, había poca oferta pero una altísima demanda en un enorme mercado donde los clientes estaban dispuestos a pagar cifras astronómicas por poseer una de aquellas extrañas y exóticas plantas que denotaban status social y símbolo de riqueza; esto se acrecentó aún

más cuando a los tulipanes les afectó el llamado virus del mosaico lo cual provocó que de los bulbos infectados nacieran ejemplares únicos con los pétalos teñidos de caprichosos matices. La exclusividad hacía que subiera el precio de aquella planta. Pero el virus, además, contribuyó a que los precios se elevaran por un motivo puramente especulativo; es decir, introdujo la incertidumbre acerca del tipo de tulipán que se obtendría de los bulbos que constituían el objeto de los contratos. Tal incertidumbre incentivó la compraventa especulativa de contratos, dando renovados impulsos para que el tulipán llegara al mercado a un precio aún más elevado. Lo interesante aquí, y por eso alargo un poco la vaina, es que se trata de una estrepitosa crisis especulativa. Veamos. Con los tulipanes se hacían 2 tipos diferentes de transacciones comerciales; una en primavera, que era cuando la flor se vendía al público, y otra en verano, en que comerciaban sólo los productores. La flor del tulipán tiene una vida breve y el período de producción, a partir de bulbos y bulbillos, en aquel entonces podía demorar más de 2 años. Para garantizar la propiedad del tulipán, que nacería de un bulbo concreto, los comerciantes fueron capaces de idear algo muy similar a lo que hoy en día sería un mercado de futuros; es decir, durante el período de gestación se vendían los derechos sobre los bulbos de tulipán, los productores prometían entregar un bulbo determinado en la época en que floreciese y los compradores adquirían un derecho de entrega a través de la firma de un contrato. En muchos de los casos, ni el comprador ni el vendedor habían visto en su vida el tulipán que se estaba comerciando, tan sólo operaban con un bono sobre un teórico tulipán que estaba plantado en algún lugar. Así comienza un proceso especulativo y, llegada la primavera, los tulipanes serían vendidos en los mercados a individuos pudientes quienes con su desembolso sostenían la cadena de intermediarios. En otras palabras, un comerciante tiene un bulbo que, para su fortuna, está contaminado con el virus mosaico y aparece un segundo comerciante que le compra al primero el derecho sobre el bulbo. El acuerdo se cerraba, digamos por ejemplo, en 10 florines de los cuales sólo desembolsaba 1 florín a la espera de que el bulbo haya crecido para abonar los 9 restantes. En este acuerdo no había dinero en efectivo de por medio, sino que se hacía a través de pagarés ante notario. Mientras se hacían miles de operaciones financieras como ésta, el precio de los tulipanes subía y subía sin parar. El negocio parecía ser tan bueno que muchos agricultores y profesionales de otros oficios dejaban sus dedicaciones para centrarse única y exclusivamente en el cultivo del tulipán. Durante este proceso de subida de precios altamente especulativo, aparecían, entonces, otros compradores a los que se vendían los derechos firmados ante notario. Estaban ven-

diendo el derecho sobre el futuro tulipán que le habían comprado al primero de los comerciantes. Y así, uno tras otro, incrementaban astronómicamente el precio creando una cadena de pagarés. Así que el segundo comerciante, que lo ha comprado por un valor de 10 florines y ha pagado 1 florín, se lo vende a un tercero por 20 florines por una señal de 2 florines; el tercero lo vende a un cuarto por 30 florines, con una señal de 3 florines, y así sucesivamente. Fácil es deducir que la rentabilidad sobre los bulbos, que se vendían al comprador final a 50 ó 60 florines, era altísima y siempre había alguien dispuesto a pagar más. Dinero fácil a ganar con lo que sería una sola operación de *futuros sobre tulipanes*.

—Por lo que todo el mundo quería negociar no con 1 ó 2 tulipanes sino con la mayor cantidad posible de ellos.

—Eso, las transacciones eran enormes. Hay archivos de estos contratos en los que se puede ver que se llegaron a firmar compromisos de pago por un valor comparativo a más de 500,000 dólares actuales. Uno de los casos más sonados es el de un comerciante que avaló un contrato de futuros con 5 hectáreas de tierra por un solo bulbo de tulipán. El innovador mercado de futuros y la entrada de pequeños inversores terminó por disparar el precio de un bulbo de tulipán hasta que los beneficios obtenidos mediante la especulación llegaron al 500%. El inicial interés por la posesión del tulipán se suplió por un creciente mercado de compraventa de derechos. En muchas ocasiones ni siquiera se llegaba a tener en las manos el producto adquirido antes de venderlo por una jugosa rentabilidad adicional. Pero al tratarse de un producto sujeto al devenir de las condiciones climatológicas, cuando las cosechas de 1637 resultaron malas, comenzaron las tensiones; las ventas de primavera no fueron tan buenas como se esperaba. La escasa demanda hizo que se desatara el pánico. A partir de ahí, tras caer en la cuenta de que habían comerciado con humo, los incumplimientos de los contratos a futuro se produjeron en cadena y el castillo de naipes construido por los intermediarios se desmoronó. Los comerciantes empezaron a demandarse entre sí queriendo cobrar lo que se había pactado en los contratos notariales. Y comienza un efecto dominó, en el que el segundo intermediario no le puede pagar al primero de la lista mientras no le pague el tercero; el tercero no le puede pagar al segundo hasta que a él no le pague el cuarto y así sucesivamente, demanda tras demanda. Una cadena de impagos interminable. El caos organizado llegó a ser de tal calibre que el Gobierno holandés tuvo que poner orden y tomar cartas en tan grave asunto que afectaba a toda la economía nacional. Las autoridades declararon que los contratos de bulbos habían sido papel mojado y carecían de valor. No había un bien. Sólo había una *opción* de fu-

turo. El Gobierno dictaminó que resultaba un absurdo el obligar a un pago futuro con un precio ridículamente elevado y se convino que se debería abonar tan sólo el 10% del importe pactado. Por lo general el 10% del valor total del contrato se aproximaba bastante al importe abonado en la señal inicial. En fin, era el resultado de una sucesión de despropósitos a los que se llegó por una ambición desmedida y por haber pensado que siempre habrá alguien que vaya a pagar más que el anterior por un bien cuyo precio ya es alto desde el punto de partida. Si se tensa demasiado, la cuerda termina por romperse. En pocos días los pequeños inversores habían entrado en quiebra perdiendo todas las posesiones que habían hipotecado; familias enteras quedaban en bancarrota, de un plumazo se acababa el sueño de ser rico al instante, miles de personas habían perdido trabajo, casa o familia; no tenían absolutamente nada. Bancos, prestamistas y acreedores fueron algunos de los pocos ganadores. Aquella crisis golpeó de lleno la economía holandesa, sí, pero la potente máquina comercial de los años del *boom* no se perdió en el olvido. Los Países Bajos, con el tiempo, se convirtieron en el mayor exportador mundial de flores; según algunos, la floricultura fue el legado positivo de la que ha sido catalogada como la primera burbuja especulativa de la Historia.

—Y cuyos patrones se repiten una y otra vez en las crisis financieras de los Siglos XX y XXI —dijo Sebastián con desdén.

—Crisis económica y financiera que evoluciona poco a poco hasta convertirse en crisis de sistema. Otro ejemplo es la crisis de la Compañía de los Mares del Sur de 1720. Hacía poco que había concluido la Guerra de Sucesión Española, contienda dinástica desatada por Felipe V de Borbón, y de acuerdo con el Tratado de Utrecht de 1713 Gran Bretaña se quedaba con Menorca y Gibraltar, con varias posesiones francesas en América del Norte y obtenía el *derecho de asiento* sobre las rutas comerciales con las colonias españolas en América durante 30 años, que generaría una nueva guerra de casi 10 años a partir de 1739. Ya lo hemos visto, sólo lo menciono. Bien. Los británicos habían sacado la mejor tajada de la torta en el reparto, los borbones franceses podían quedarse con España pero ellos se hicieron con el monopolio sobre el comercio con América. En 1711, 2 años antes de la firma del Tratado, el Ministro de Hacienda inglés, Sir Robert Harley, había fundado la Compañía de los Mares del Sur y no fue casual que este personaje tuviera un papel destacado en la redacción de las condiciones estipuladas en la Paz de Utrecht. Con el monopolio del comercio en el bolsillo, sólo faltaba buscar socios capitalistas para poner en marcha la empresa. Para compensar a la corona británica por la cesión del monopolio, la Compañía adquirió 10'000,000 de libras en bonos del Tesoro a cambio de acciones a una

tasa de interés del 6%, lo que equivalía a una renta perpetua para los inversores, ligando así el futuro de las cuentas del Estado a la buena marcha de esta empresa. Como se contaba con el aval del Estado, fueron muchos los que invirtieron en el negocio y las acciones de la Compañía de los Mares del Sur empezaron a subir desmedidamente. La actividad de la Compañía, centrada inicialmente en el tráfico de esclavos, terminó convirtiéndose en un febril contrabando, realizando operaciones no estipuladas en los acuerdos con España, y constantemente transbordaba carga en alta mar con otros navíos para eludir los controles. Desde 1718 la Compañía de los Mares del Sur ya arrastraba algunas dificultades. Con una cotización totalmente disparada en base a noticias y rumores cada vez más extravagantes sobre el valor potencial de su comercio con el Nuevo Mundo se desató una especulación incontrolable; era una época de promesas financieras y de gran entusiasmo a la hora de invertir en el mercado de valores, el consumismo fue en aumento. Pero a mediados de 1720 empezó a cundir el nerviosismo de los accionistas. Para mantener las cotizaciones, la Compañía empezó a recomprar sus títulos con el objetivo de mantener artificialmente elevadas las cotizaciones y permitir la especulación pero finalmente la situación se hizo insostenible; las órdenes de venta se dispararon y la cotización de la Compañía se desplomó llevándose por delante a accionistas, bancos e incluso a las cuentas del Estado y al propio Gobierno, que fue destituido debido al escándalo financiero. Una investigación formal puso al descubierto una trama de engaños, corrupción y sobornos, estando implicados tanto responsables de la empresa como funcionarios del Gobierno. Varios miembros del Parlamento quedaron arruinados, algunos directivos de la Compañía, tras las rejas y la Compañía fue intervenida por el Estado ya que con ella podía hundirse también la deuda pública de Inglaterra. Así, la tristemente célebre Compañía de los Mares del Sur dejó de dedicarse exclusivamente al comercio con las colonias españolas en América para limitarse a ser una simple gestora de la deuda pública británica. Y un fenómeno también interesante. Muchos de los escritores que Inglaterra estaba produciendo en el Siglo XVIII eran contratados por las altas esferas del Poder como periodistas y redactores a su servicio; hicieron prosperar el formato panfleto, que era económico, rápido y producía gran impacto en la población, y también utilizaron la novela como forma de difundir literatura en medio del debate intelectual, político, económico y social. El tal Robert Harley, como político, supo reconocer la importancia de los medios de información y la propaganda, y no dudó en utilizar la prensa y especialmente los panfletos y octavillas como medio de intercambio de información nuevo e innovador para influir en la opinión pública y en

el estado de ánimo de la población; esto hace que algunos analistas lo consideren el precursor de la prensa económica. Él había utilizado el talento de los autores de las novelas Robinson Crusoe y Los viajes de Gulliver, como escritores políticos, para que le escribieran panfletos en contra de sus adversarios políticos.

—Se dice que Isaac Newton habría dicho: Puedo predecir el movimiento de los cuerpos celestes, pero no la locura de la gente cuando se enteró de que sus ahorros se habían esfumado en pocos meses tras haberlos invertido en lo que todos creían un buen negocio —comentó Sebastián.

—Sí, pero quién sabe. La vaina es que hasta los verdaderos genios quedan deslumbrados por el ensueño de la ganancia fácil y rápida.

—Paralelamente a la crisis económica que acabas de detallar se produjo otra en Francia —dijo Sebastián con ánimo—. Y es el caso de la Compañía del Mississippi o Compañía de Occidente que entre 1719 y 1720 se haría con el monopolio del comercio con las Indias Occidentales y América del Norte lo que durante un corto tiempo le reportaría jugosas ganancias y dominio. La creciente influencia de los británicos sobre esa extensa región preocupaba al Rey de Francia, quien intentaba un acercamiento con Nueva España desarrollando una política también motivada por el afán de lucrarse con las minas y el comercio de las colonias españolas. En 1716 la Luisiana francesa no era más que una colonia que aspiraba algún día a alcanzar la libertad. En ese año, John Law, un escocés que llegó a ocupar el cargo de Inspector General de Finanzas en Francia luego de convertirse al catolicismo, creó un Banco General Privado que más adelante pasaría a llamarse Banco Real y a funcionar como Banco Central de Francia; y en 1717 compró la Compañía del Mississippi que en poco tiempo monopolizó las relaciones comerciales entre Francia y su colonia, una actividad que incluía la gestión de impuestos e incluso podía emitir papel moneda a través de su banco; los billetes estaban abalados por las reservas de oro y plata del banco y circularía como medio de cambio. En aquellos tiempos, el papel moneda era un nuevo concepto para los franceses, tradicionalmente para ellos el dinero era el oro y la plata. En un año la compañía había monopolizado todo el comercio mundial de Francia a excepción del europeo. En 1719, la Compañía del Mississippi absorbió a otras compañías coloniales francesas y terminó fusionándose con el Banco.

—El principio del fin.

—Eso. El banco se encargaba de realizar las operaciones típicas de un intermediario financiero: descontaba letras de cambio, cambiaba moneda extranjera, custodiaba los depósitos de los comerciantes,

efectuaba transferencias a otros países y, sobre todo, emitía deuda en forma de billetes bancarios. Esta deuda tenía unas características especiales, era pagadera a su presentación en monedas de plata del mismo peso y calidad que tenían en la fecha en que se habían emitido los billetes. Esto significaba que las reacuñaciones de moneda no afectaban al valor de los títulos. Por otra parte, el Gobierno decretó que los impuestos podían ser pagados en billetes emitidos por el banco. Los bonos del Estado que cotizaban por el 40% de su valor nominal eran admitidos al valor del 100% a cambio de acciones, lo que indujo a los inversores decepcionados con el Estado, a cambiar una deuda incierta por acciones, inciertas también, pero con expectativas. La fama de las acciones se extendió por todo el país y el banco empezó a abrir sucursales. El sistema era respetado por el Gobierno, que observaba sorprendido cómo los comerciantes aceptaban el reemplazo de las monedas por el papel sin recelo alguno. En recompensa el Gobierno concedió a la Compañía la recaudación de los impuestos directos y llegó a recaudar todos los impuestos de Francia; poseía los derechos de explotación de las colonias norteamericanas, monopolizaba el comercio ultramarino y poseía la mayor parte de la deuda del Estado. Pero, siempre hay un pero, en este caso también las acciones de la Compañía se volvieron tan populares que se pusieron por las nubes alcanzando una subida del 1,900% en poco tiempo y se llegó a la estrambótica situación de necesitarse la impresión de más billetes para poder mantener la liquidez de la colonia, algo de lo que se encargó la propia Compañía. Lo curioso del caso es que los beneficios que generaba la empresa eran reembolsados a los accionistas en estos nuevos lotes de moneda que eran ligeramente diferentes al franco francés, por lo que cuando la crisis estalló, al descubrirse que la empresa estaba imprimiendo mucho más dinero de lo que podía responder, los inversores se dieron cuenta de que lo único que tenían en su poder era papel mojado. El flamante Inspector General de Finanzas, con cargo de Ministro, intentó vanamente detener la hemorragia, primero devaluó las monedas con respecto a los billetes un 5%, después un 10%, posteriormente prohibió que el banco cambiase más de 100 libras de billetes por oro. Pero nada de eso evitó que las monedas siguieran saliendo del país, se enterrasen o se convirtieran en joyas. En un desesperado intento por salvar la situación prohibió el uso de las monedas. Ningún súbdito podía tener más de 500 libras en monedas so pena de ser multado y confiscada la diferencia. Al mismo tiempo prohibió la compraventa de joyas y ofreció a los conocedores de estas operaciones la mitad de lo confiscado si delataban a los culpables. En este estado de terror, según algunos estudiosos, la mayoría de los franceses se podía clasificar en alguna

de estas 3 categorías: sospechoso, espía o traidor. Alguien dijo que es indudable que John Law se ha convertido al catolicismo, la prueba está en que ha establecido la Inquisición en Francia. El tipo había pasado en menos de 4 años, de ser un aventurero protestante escocés, a católico francés, Ministro de Francia, director del Banco Central y señor de las más bellas colonias del país.

—Bien, aquí tenemos como ejemplo el funcionamiento de 2 compañías que, en general, bien podrían hacer comprender la estructura del sistema. Veamos el fondo del problema apuntando a las similitudes y diferencias saltando lo anecdótico. A comienzos del Siglo XVIII, tanto el Tesoro de Francia como el de Gran Bretaña habían elevado su endeudamiento a niveles insostenibles. Para tratar de evitar la bancarrota, ambos Gobiernos recurrieron a compañías que se ocuparían de sanear las cuentas públicas a cambio de concesiones comerciales en régimen de monopolio. Para ello ofrecerían a los poseedores de deuda pública la posibilidad de cambiarla por acciones. Mediante este mecanismo se suponía que todos ganaban; es decir el Tesoro se saneaba financieramente, las compañías engrosaban su capital, y a los poseedores de deuda se les ofrecía la posibilidad de obtener rendimientos por encima de lo que les proporcionaba la deuda pública. Pero, como bien se puede notar, el éxito de la operación pasaba por que el precio de las acciones subiera; y sólo si este precio era lo suficientemente alto, los inversores ganarían más y cuanto más alto, mayores ganancias y, además, más crecería el capital de las compañías al canjear la deuda pública. El origen de ambas crisis se encuentra en el canje masivo de deuda pública por acciones, en una extraordinaria confusión entre lo público y lo privado que a fin de cuentas vino a incorporar los títulos de deuda pública a lo que hoy se denomina bonos convertibles ya que el título de deuda pública es un título valor de renta fija que el inversor puede revender con pérdida o ganancia dependiendo del tipo de cambio de mercado. Hay que recordar que actualmente una de las formas que tienen los Bancos Centrales de actuar sobre la base monetaria, para mantener la estabilidad de los precios y del tipo de cambio, lo que supuestamente debe permitir que la economía mantenga una elevada tasa de crecimiento, es mediante operaciones de mercado abierto; es decir, mediante la compra-venta a las entidades financieras de títulos de deuda pública. Si el Banco Central compra deuda pública está aumentando la liquidez del sistema; así, las entidades financieras estarán sustituyendo valores de renta fija por liquidez que pueden destinar a la concesión de préstamos. Lo común es que si la economía se desacelera, los Bancos Centrales tratarán de relanzarla bajando los tipos de interés para impulsar la inversión y con ella el crecimiento; y si la economía crece

a un ritmo excesivamente elevado, tratarán de frenarla un poco para evitar que surjan tensiones inflacionistas que terminen por afectarle muy negativamente. Para ello intentarán aumentar los tipos de interés para reducir la inversión y enfriar el crecimiento. Tampoco hay que olvidar que China es el mayor inversor extranjero en Estados Unidos y ha acumulado una gran cantidad, más del 8% del total, de la deuda pública estadounidense; y eso muestra la precaria situación económica de Estados Unidos y su incapacidad de balancear el déficit público. Un paréntesis...

—Cuándo no —dijo Sebastián con su sonrisa de siempre.

—Un paréntesis necesario, compadre. Fíjate, ya lo hemos visto en Marx y tiene actualidad. Se trata del análisis de Marx de la *acumulación del capital*, es decir, de la transformación de una parte de la plusvalía en capital, que se descompone en medios de producción más capital variable, y de su empleo para renovar y ampliar la producción con singular rapidez. Esta posibilidad, relacionada con el crédito y la acumulación de capital en medios de producción, nos proporciona, entre otras cosas, la clave para comprender las crisis de superproducción, que estallan periódicamente ya no sólo en los países capitalistas sino también en los países semifeudales y semicolonias en los que se desarrolla el capitalismo burocrático. La sobreproducción, por otro lado, provocaba que los empresarios menos fuertes pierdan su capital mientras que el de los más fuertes crece más; es por eso que el capital se concentraba cada vez en menos manos. El capital financiero, concentrado en un puño y que goza del monopolio efectivo, obtiene un beneficio enorme y se acrecienta sin cesar con la constitución de sociedades, con la emisión de valores, con los empréstitos del Estado y otras operaciones que permiten consolidar la dominación de la oligarquía financiera, clase del imperialismo y especificación de la gran burguesía, imponiendo a toda la sociedad los impuestos en provecho de los monopolistas. Bien. Sigo con las similitudes y diferencias. En ambos ejemplos vemos que los gestores de las compañías pusieron todo su empeño en aumentar el optimismo de los inversionistas haciéndoles creer que el precio de las acciones seguiría subiendo y trataban de garantizar esa tendencia con distintas ampliaciones de capital; pero, a la par, se hacía crecer el precio restringiendo la oferta de acciones disponibles; por ejemplo, distribuyendo derechos de suscripción entre los ya accionistas. Pero las posibilidades de mantener los precios en constante crecimiento chocaban con las limitaciones que imponía la escasez de liquidez derivada de la circulación de dinero. Aquí hay que recordar que la plusvalía no puede brotar de la circulación de mercancías, pues ésta sólo conoce el intercambio de equivalentes; tampoco puede provenir de

un alza de los precios, pues las pérdidas y las ganancias recíprocas de vendedores y compradores se equilibrarían; para obtener plusvalía el poseedor del dinero necesita encontrar en el mercado una mercancía cuyo valor de uso posea la cualidad peculiar de ser fuente de valor, una mercancía cuyo proceso de consumo sea, al mismo tiempo, proceso de creación de valor y no humo carente de valor. Y esta mercancía existe: es la fuerza de trabajo del hombre. Su consumo es trabajo y el trabajo crea valor. Bien, en los 2 casos encontramos una diferencia acerca del modo de proveer de liquidez al mercado. En Francia se puso en marcha algo que era toda una novedad para Europa, se intentó sustituir el dinero basado en los metales preciosos, la moneda, por dinero fiduciario, el papel moneda, con un emisor público, el Banco Real encargado de controlar la oferta monetaria. Para ello, se puso en marcha una batería de medidas tendentes a favorecer que el papel moneda, o los billetes bancarios emitidos por este Banco, fueran usados como medio de cambio. Y así se pudo lograr que la oferta monetaria creciera. Inicialmente se aliviaban los impedimentos al desarrollo económico derivados de las estrecheces nominales. Pero la contrapartida fue un aumento generalizado de los precios de los bienes y servicios existentes en el mercado; es decir, una inflación generalizada y vertiginosa de donde nació la contradicción que provocó el derrumbe. Los dirigentes franceses se vieron atrapados entre 2 objetivos contrapuestos: o bien controlar la oferta monetaria a expensas de hundir el precio de las acciones, o bien garantizar el precio de las mismas disparando la oferta monetaria. Las decisiones que oscilaban entre ambas alternativas crearon incertidumbre, y la incertidumbre se alió con la desconfianza para hacer caer el precio de las acciones.

—En este caso los inversores también estaban atrapados entre la tenencia de acciones o de billetes bancarios, y su valor oscilaba en función de que la desconfianza fuera más grande hacia aquellas o hacia éstos.

—Eso —dijo Leoncio y continuó—. Mientras en el caso de los ingleses, éstos recurrieron a un instrumento más simple. Les bastó que la sociedad acompañara las distintas emisiones de acciones con préstamos a los que ya eran accionistas; es decir, el dinero que la compañía obtenía mediante las ampliaciones de capital se devolvía a los accionistas mediante préstamos destinados a cubrir nuevas ampliaciones de capital. Estos préstamos, además, contribuían a generar escasez en la oferta de acciones, porque los accionistas que los aceptaban tenían que depositar en la compañía las acciones poseídas como garantía. Otra diferencia fue que aquí se tejó una amplia red de sobornos y corrupciones que doblegó cuantas voluntades se cruzaron

en su camino.

—Otra diferencia, mientras que la Compañía del Mississippi era una compañía que al menos sí llegó a controlar el comercio de ultramar de Francia, el comercio de la Compañía de los Mares del Sur, a pesar de que detentaba el monopolio del comercio de Gran Bretaña con la América española y debido a las limitaciones impuestas en los propios acuerdos con España, fue casi inexistente.

—Sí, y algo más. La Compañía del Mississippi no tenía competidores mientras en Gran Bretaña, a la vista de la manía especulativa desatada en torno a la Compañía de los Mares del Sur, y al amparo de la libertad de mercado, un sinnúmero de otras empresas llamadas *Burbujas* fueron creadas. De ahí proviene el nombre de *burbuja financiera* que en la actualidad algunos utilizan para tratar de explicar las *causas* de las crisis dejando de lado las razones de fondo. Pero como fuere, la vaina es que la mayoría de esas empresas eran fraudulentas o pura pantalla y, como en muchos casos actuales, nada tenían que ver con la producción real de bienes y servicios, pero competían con la Compañía para captar fondos, por lo que ésta, gracias a su red de influencias, logró que algunas competidoras fueran obligadas a abandonar el mercado. El efecto fue desastroso. Los accionistas de las sociedades expulsadas del mercado perdieron importantes sumas, y así, de repente, los inversores también se enfrentaban a la posibilidad de perder dinero. Este temor, hermanado con la incertidumbre, puso en marcha, de manera inexorable, la tendencia a la baja de los precios de las acciones. Esta desconfianza, sembrada en una legión de inversores contrariados y sedientos de venganza, generó una disminución generalizada de la actividad económica, una recesión aguda, que se extendió por Francia, Inglaterra, Holanda, el Norte de Italia y Alemania, y ha llegado a ser considerada prácticamente como la primera crisis económica internacional.

—Y, a pesar de la experiencia perniciosa, ambas modalidades aún están en uso —comentó Sebastián.

—Eso, sólo que de manera mucho más refinada y artera; estos simples ejemplos nos pueden mostrar en forma práctica cómo actúa la especulación dentro de una serie de mecanismos de mercado y su relación con lo que hemos visto acerca de la centralización de los capitales donde un capitalista derrota y expropia a muchos otros, proceso donde los expropiadores son expropiados.

—Y donde mucha gente, sin ser ni tener nada que ver con los capitalistas, que, al haber caído en la trampa, actúa como *inversor*, corriendo tras una ilusión creada por los buitres de la economía en el siniestro mercado de la bolsa de valores, al invertir sus exiguas rentas o los ahorros de toda una vida con la esperanza de arañar unas

cuantas migajas al dinero fácil pero que, por lo general, quedan en la más completa de las ruinas.

—Cierto, así es; la ruina de mucha gente común y corriente que cae en un juego donde la ignorancia y la codicia van de la mano. Espantoso juego donde se materializa una pequeña parte de las leyes del desarrollo económico del imperialismo. Bien. Hay algunas otras crisis pero la de 1929 hizo que el mundo sí se tambalee. No voy a profundizar pues éste es el suceso económico histórico más estudiado de la actualidad y es relativamente bien conocido. Sólo algunos puntos que incluyen los antecedentes. Casi inmediatamente después del término de la Primera Guerra Mundial, los controles militares sobre la mayoría de precios se eliminaron rápidamente y las empresas empezaron a invertir y a adquirir bienes en previsión del relanzamiento de la economía; hay que tener en cuenta que el regreso de las tropas aumentó la fuerza laboral y que se llevaron a cabo cambios en la política fiscal y monetaria. Pero a mediados de 1920 este auge llegaría a su fin y le siguió una gran contracción comercial y financiera que ocasionó el movimiento contrario al anterior, una gran caída de precios hacia niveles previos a la Guerra. Así, en medio de la transición de una economía de guerra a tiempos de paz, entre 1920 y 1921, se desató una recesión que duró 18 meses en Estados Unidos y se caracterizó por una deflación intensa y rápida que supuso, en 1 solo año, la mayor disminución porcentual de los precios en los últimos 140 años a partir de aquella fecha. En Estados Unidos se producía una recesión con tintes deflacionarios.

—Teniendo en cuenta las recesiones que habían acaecido a finales del Siglo XIX y principios del XX, se sabe que la recesión de 1873 a 1879 duró 65 meses; la de 1882 a 1885 duró 38 meses; la de 1893 a 1894, 17 meses; la de 1907 a 1908, 13 meses; la de 1910 a 1912, 24 meses; la de 1913 a 1914, 23 meses; la de 1920 y 1921, 18 meses; y la llamada Gran Depresión de 1929 duró 43 meses.

—Carajo, que si te acuerdas, ya no extraño mi libreta de notas —dijo Leoncio mientras jalaba del poncho a Sebastián.

—Y cómo no recordarlo si en los últimos años hemos visto el asunto varias veces y hasta me acuerdo de la variedad de cuadros y diagramas de colores que hacías con éstos y otros datos.

—¡Qué tiempos!, ¿verdad?

—Y aquí estamos, no fue tiempo perdido.

—No, no lo fue. Bien, sigamos. El Sistema de Reserva Federal de Estados Unidos flexibilizó el crédito, sin bajar las tasas de interés, que eran altas, evitando, inicialmente, pánicos bancarios pero sin eludir la deflación. Las altas tasas redujeron considerablemente el importe de los préstamos bancarios en el país, lo mismo que a otros

bancos como a los consumidores y a las empresas, reduciendo la liquidez circulante y ocasionando una severa caída de precios posterior. Y durante la recesión el desempleo aumentó fuertemente. Hacia la segunda mitad de 1921, dándose cuenta del problema causado por el ahogamiento del crédito, las tasas se redujeron de forma pronunciada y la depresión se terminó una vez que el dinero y la liquidez retornaron al sistema. En contraste con la deflación de Estados Unidos, la inflación extrema apareció en Europa central y Rusia. El aumento de la emisión por parte de estos países, a causa de guerras civiles y revolución, generó una inflación de 14,000% en Austria, 17,000 % en Hungría y de 2'000,000% en Rusia y Polonia. Alemania decidiría quitarse de encima su gran deuda de guerra generando una hiperinflación mediante una emisión monetaria cada vez mayor. El propio papel en el que se imprimía el marco valía más que el valor que representaba. Francia finalmente ocuparía el Ruhr para cobrarse en hierro y carbón sus compensaciones. Resultaba evidente que Alemania no podría compensar a los aliados en metálico y aunque una parte de los pagos se efectuaba en mercancías y materia prima, no era suficiente. Finalmente Estados Unidos emitió un gran empréstito que posibilitó a Alemania pagar una décima parte de lo establecido inicialmente. El patrón oro volvería en un intento por recuperar la época de crecimiento. Las cosas comenzarían a ir bien hasta la Gran Depresión del 29. En 1925, Gran Bretaña había vuelto al patrón oro y a un tipo de cambio sobrevaluado, lo que provocó un flujo masivo de oro desde el Reino Unido hacia Estados Unidos. Con el objeto de apoyar la libra esterlina, la Reserva Federal adoptó una política monetaria de dinero barato que inundó de crédito los mercados. Una vez que el patrón oro fue restaurado, las bolsas europeas comenzaron a ascender. Bruselas, Ámsterdam, Berlín y Frankfurt experimentaron auge bursátiles similares a los de Wall Street mientras las redes eléctricas, los electrodomésticos y los automóviles se popularizaban rápidamente. Las ciudades crecían y parecía que la ola de progreso no tendría fin. Fue una época de alto crecimiento, Estados Unidos crecía a tasas del 4% anual, acompañadas de una inflación reducida. Mucha gente tenía la sensación de que había empezado una era donde el desarrollo económico era la constante; logró un crecimiento sostenido que se reflejaba en las cotizaciones de las acciones de ciertas compañías. Sin embargo, este auge trajo consigo el aumento de las firmas de inversión y de fondos que contrataban líneas de crédito utilizando el endeudamiento de otros para financiar una inversión y especular con la expansión económica que parecía no tener fin.

—Se repite la historia a un nivel superior.

—Eso. Y surgen las innovaciones financieras que contribuyen a

generalizar las compras de acciones que permiten reducir el capital propio inicial que es necesario aportar para una inversión que, en caso de que funcione la transacción, aumentará la rentabilidad a obtener; y esto da lugar a estructuras financieras piramidales. Los 2 vehículos principales usados para tales compras fueron las operaciones con margen y las sociedades de inversión. Las *operaciones con margen* constituyen una manera *milagrosa* de multiplicar las ganancias en un mercado alcista. Su mecánica consiste en que los corredores bursátiles ofrecen al inversor un préstamo para adquirir acciones, que son usadas como garantía del préstamo y, a cambio, además de las correspondientes comisiones, el inversor se compromete a mantener un margen mínimo. Este margen es una cantidad de dinero que el inversor debe mantener depositada a favor del corredor bursátil; y si la diferencia entre el precio de las acciones y el préstamo cae por debajo de este margen, el inversor debe vender las acciones o aumentar la cantidad depositada. De este modo, si el mercado sube, la devolución del préstamo puede realizarse vendiendo las acciones, con la correspondiente ganancia de capital. Y ahí está el milagro multiplicador. Al hallarse intensamente condicionada la inversión, 1 dólar de dinero propio permitía comprar una cartera de acciones que estaba valorada, pongamos un ejemplo, en 10 dólares y que generaba un beneficio de unos 5 dólares en un año; es decir, una rentabilidad del 500% por cada dólar de dinero propio invertido. Sin embargo, cuando el mercado baja, o bien se restablece el margen o bien se venden las acciones. Si se venden las acciones, las operaciones con margen fomentarán pro-cíclicamente la tendencia a la baja, que es lo que sucedió cuando la burbuja pinchó en 1929. Para entonces, la difusión de esta manera de invertir había crecido exponencialmente; frente a unos 1,500'000,000 de dólares a comienzos de 1920, los préstamos de los corredores bursátiles ascendían a finales de 1927 a 3,400'000,000 de dólares, y a finales del verano de 1929, a 7,000'000,000 de dólares. Por su parte, las *sociedades de inversión*, que crean un fondo con las aportaciones de un gran número de inversores, ofrecen a los pequeños ahorradores la opción de tomar su parte del pastel bursátil. En los años previos a la quiebra financiera del sistema económico, estas sociedades adoptaron la forma legal de sociedad anónima. Y ahí fue donde el apalancamiento alcanzó su materialización más pura. Para explicar el funcionamiento de la relación entre crédito y capital propio invertido, supongamos que se forma una sociedad de inversión con un capital inicial de 150'000,000 de dólares, que se halla dividido en partes iguales entre acciones ordinarias, que convierte a su poseedor en socio-propietario de la empresa emisora, y en acciones extraordinarias, que tienen preferencia en el

pago de dividendos y un valor constante. Si el valor de los activos de la empresa se revalorizara en un 50%, éstos pasarían a valer 225'000,000 de dólares. Por tanto, al mantenerse constante el valor de las *acciones preferentes* en 75'000,000 de dólares, *las acciones ordinarias* valdrían ahora 150'000,000; es decir, se habrían revalorizado un 200%. Así pues, al corresponder la totalidad del rendimiento a la aportación de capital ordinario, un mercado alcista logra realizar el milagro de la multiplicación de los beneficios. Y para remate de la truculenta osadía bursátil, bastaría que las acciones ordinarias de una sociedad de inversión fueran propiedad de otra sociedad de inversión cuyas acciones ordinarias son también propiedad de una tercera sociedad de inversión construyendo, así, un entramado piramidal en el que la aportación inicial de capital propio puede llegar a ser irrisoria. Tan irrisoria que, por ejemplo, una de esas sociedades de inversión logró dominar, gracias a un único desembolso inicial de 500 dólares, una cartera de activos valorada en 1,000'000,000 de dólares. La rentabilidad de esta modalidad era tan astronómica que las sociedades se multiplicaron enormemente. Si en 1921 había 40, entre 1928 y 1929 surgieron 453. Durante 1928 y los primeros 9 meses de 1929, la subida de precios en el mercado bursátil fue poderosa. A primeros de septiembre el índice bursátil Dow Jones industrial llegó a los 452. Había subido un 500% desde 1924. Entonces, como en un efecto mariposa, algunos cambios relativamente insignificantes de las condiciones pusieron en marcha una cadena de acontecimientos imparable que provocaría el colapso de los mercados financieros y la disminución sostenida de la producción y el consumo, de la depresión posterior. Los rumores comenzaron en septiembre. Salieron a la luz varios escándalos de fraude y de manipulación de los precios relacionados con inversores financieros. Un directivo de General Motors hizo explícito lo que parecía flotar en el aire, que la expansión tocaba a su fin por exceso de producción. Se extendió el rumor de que los grupos financieros, ante la expectativa de que las acciones bajarían, se disponían a realizar ventas en corto masivas. Y así, poco a poco, la mariposa agitó sus alas, y el 24 de octubre, el llamado *jueves negro*, mientras Winston Churchill visitaba la Bolsa de Nueva York, apareció el pánico. El Dow Jones, que maneja unos 130,000 índices bursátiles, se desplomó un 12% ese día, y no cayó más gracias a que un grupo de banqueros intervino en el mercado para tratar de contener la hemorragia. Pero al lunes siguiente desistieron de su intento y el Dow Jones bajó un 13%. El *martes negro*, el 29 de octubre de 1929, frente al 1'000,000 habitual, el volumen negociado fue de 16'500,000 de acciones. Gigantescos paquetes de hasta 50,000 acciones se ofrecían en el mercado a cualquier precio. El precio de las acciones se derrum-

bó. El valor perdido en la Bolsa de Nueva York ascendió a 14'000,000 de dólares en un solo día, y a 30'000,000 en una semana. Todo el edificio piramidal se esfumó como humo y, entonces, llegó la gran crisis y la más grande depresión desde el comienzo del sistema capitalista; más grande aún que la crisis del capitalismo industrial iniciada en 1873 y que terminara con la caída de Imperio británico.

—Wall Street aparentó ignorar los fundamentos económicos y desencadenó la manía especulativa con la consecuente alza de los precios de las acciones basada en la expectativa de nuevas subidas. El problema, como en ocasiones anteriores, fue un exceso de confianza y creer que esa expansión sería para siempre; ambas falacias fueron inducidas por el propio puñado de monopolistas que controlaba el capital financiero, la bolsa de valores y la prensa. Así se fue inflando el precio de las acciones de manera sostenida y financiada por los ríos de crédito que corrían en aquel momento. Sin embargo, cuando llegó el momento de pagar, también fue el momento de despertar en un nefasto, histórico y recordado martes negro que sufrieron las bolsas luego del jueves negro.

—Eso. La crisis económica que se desencadenó tras la Primera Guerra Mundial afectó a todo el planeta; tuvo su centro en Estados Unidos, sí, pero se extendió por el mundo cuestionando la supervivencia del sistema capitalista tal como se venía planteando hasta ese momento. Las consecuencias de la quiebra del 29 no fueron verdaderamente superadas sino hasta la Segunda Guerra Mundial; la guerra equivale a producción, pero, tras el fin de las hostilidades, y teniendo en cuenta el aumento de la capacidad productiva así como de la productividad que el sistema podía afrontar en función de los constantes nuevos avances, tanto en el plano de la técnica como de la organización, era preciso aumentar la dimensión de los mercados, y para ello era necesaria la liberación de los intercambios internacionales; pero para profundizar la liberación del comercio a escala mundial debían abordar la remodelación del sistema monetario, que no favorecía los intercambios porque las soberanías nacionales tenían un peso decisivo en las consideraciones particulares con que los Estados trataban sus respectivas monedas; de ahí que se les hacía imprescindible un nuevo sistema monetario cuyo objetivo fuera facilitar el comercio internacional. Así, en 1942, en plena contienda mundial, se celebraron una serie de reuniones secretas entre economistas británicos y estadounidenses con el fin de trazar las líneas maestras de un sistema monetario para el mundo que surgiera de la guerra. De ahí nace la Conferencia Monetaria y Financiera de las Naciones Unidas celebrada en Bretton Woods en Estados Unidos en 1944, donde se trazan los principios de funcionamiento del nuevo modelo económico-social, y

por lo tanto político, de la postguerra apuntando hacia la acumulación de capital a partir del pleno empleo de todos los factores productivos y construido de tal manera que facilitaba el expansionismo del imperialismo estadounidense y, a su vez, como freno a la previsible expansión del socialismo. El resultado fue un nuevo sistema monetario que vinculaba el dólar al oro y establecía instituciones que concedían ayuda sólo a los países que se sometían a sus políticas económicas; es el surgimiento de verdaderas espadas de Damocles como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y otras más.

—Pero ello no evitó las crisis —dijo Sebastián.

—No, por el contrario, se aceleraron. Con el tiempo se implanta la costumbre de llamar *burbuja* a toda crisis económica; sólo para mencionar algunas, después la *Guerra de los seis días* de 1967 con que Israel ocupó los territorios de Cisjordania, el Sinaí y los Altos del Golán, los árabes empezaron a prepararse para el desquite y a inicios de octubre de 1973, Egipto y Siria, con la ayuda de la prácticamente totalidad de los países árabes de la región, efectuaron un ataque coordinado y por sorpresa contra Israel aprovechando la festividad religiosa hebrea del Yom Kipur. La superioridad numérica abrumadora de los árabes puso en un aprieto al ejército israelí, que estuvo a punto de ser desbordado por los ataques enemigos en 2 frentes: uno en el norte a través del Golán, y otro en el sur por la Península del Sinaí, pero a mediados del mismo mes las tropas israelíes se encontraban ya a tiro de piedra de El Cairo y Damasco, forzando pocos días después un alto el fuego entre los países beligerantes con ventajosas condiciones para Israel.

—Poco después, los países árabes productores de petróleo acordaron imponer un embargo de crudo a aquellos Estados de Occidente que apoyaron a Israel en la guerra, subiendo de forma inmediata además los precios de venta del petróleo del que dependía la economía mundial. Lo que fue un duro golpe para Europa y Estados Unidos, que por primera vez en su historia se dan cuenta de lo delicado que era su suministro energético, y de que éste dependía de una serie de países que distaban mucho de ser sus aliados. Ahora vemos por dónde marchan. Una interesante experiencia que ayuda a entender mejor conflictos actuales.

—Eso. El embargo se vivió con bastante crudeza en Europa, pero sobre todo fue duro para Estados Unidos, donde la escasez del crudo, unida a la imposibilidad material de adaptarse a la nueva situación, provocó un importante desabastecimiento, la pérdida de productividad de sus empresas y, en los años siguientes, una recesión económica que se prolongaría hasta entrada la década siguiente. En 1979, la revolución iraní, el derrocamiento del Sha y el comienzo de

la guerra Irán-Iraq provocaron una nueva crisis que se prolongó hasta 1981. Los precios del petróleo, hasta hacía poco, superaban con creces los de los peores momentos de las crisis de 1973 y 1979, pero actualmente otra vez están por los suelos, los actores y la táctica son diferentes pero la estrategia la misma. Bien. Luego tenemos la llamada *burbuja de la codicia* de 1987. A partir de 1984, la política monetaria de la Reserva Federal, o del Banco Central de Estados Unidos, que es lo mismo, se había relajado. El objetivo era hacer frente al encarecimiento del dólar, que había disparado el déficit por cuenta corriente de Estados Unidos. Se esperaba, además, que el estímulo económico resultante de la reducción en los tipos de interés ayudaría a reducir el déficit público estadounidense, fruto de las reducciones impositivas y del aumento del gasto militar de la era Reagan. El resultado de esta política monetaria expansiva fue que el dólar se depreció y, al mismo tiempo, como en 1929, se inundó el mercado de liquidez. Esta inundación de crédito barato, junto con el aumento de la renta disponible fruto de las reducciones impositivas, un dólar depreciado que abarataba las inversiones extranjeras en Estados Unidos, y la bajada de los precios del petróleo desde las cimas de los 70, fueron el empujón necesario para poner en marcha la máquina de la especulación bursátil e inmobiliaria. Hay 3 innovaciones financieras que tuvieron un papel protagonista en inflar la máquina bursátil hasta hacerla explotar. La primera son los *bonos basura*, que son activos que ofrecen un rendimiento muy elevado debido a que sus emisores tienen una calificación de solvencia muy baja. La trampa está en hacer creer que la tasa histórica de incumplimientos por parte de los emisores no justificaba, ni la nota de solvencia ni, por tanto, la prima por el riesgo de los bonos basura; o dicho de otro modo, el rendimiento de estos activos es sobradamente generoso y compensa el riesgo; lo que no se dice es que la idea de que la calificación de una empresa refleja la probabilidad de que esa empresa se declare insolvente y esto adquiere su sentido pleno cuando llegan los malos tiempos. El mercado de bonos basura, valorado en millones de dólares y en el que cientos de empresas logran financiación, funciona al margen de los canales bursátiles habituales. La segunda innovación viene a ser las *adquisiciones apalancadas de empresas* o compra financiada por terceros; o sea, la adquisición de una segunda compañía usando como financiamiento el valor de los activos previamente adquiridos de la misma compañía que se compra. Como en los años 20, estas compañías volvían a realizar el milagro de multiplicar las ganancias. Y lo reeditaban de un modo parecido, haciendo inversiones con dinero ajeno. La idea era comprar empresas con dinero prestado, que sería devuelto mediante el flujo de caja asociado a la actividad normal de

la empresa o vendiendo partes de la misma. Y una vez reducido el endeudamiento y saneada la empresa, ésta era vendida. Al financiarse fundamentalmente mediante deuda, las compras apalancadas eran para el comprador como una opción de compra, en el sentido de que, si iba bien, ganaba una fortuna, y si iba mal, quien perdía era el acreedor. Y además, se hallaban fiscalmente incentivadas, por ser deducibles los intereses de la deuda. La relación entre las compras apalancadas y los bonos basura se halla en que la mayor parte de la financiación mediante deuda de este tipo de adquisiciones se hacía a través de la emisión de bonos basura. Pero la calidad de los tratos, al crecer exponencialmente las compras apalancadas financiadas con bonos basura, se fue deteriorando, y la fragilidad que amenaza a los edificios construidos con dinero ajeno fue en aumento. La tercera innovación fue la *operación comercial programada*, que en octubre de 1987 alcanzaba una cifra de inversión de entre 60,000'000,000 y 80,000'000,000 de dólares. Esta forma de inversión consiste en que las decisiones de compraventa de acciones son tomadas por ordenadores, que han sido programados para descubrir un cambio de tendencia en el precio de los activos tan tempranamente como sea posible y, una vez descubierto, tomar decisiones acordes con la nueva tendencia. De este modo, las emociones se eliminan de las decisiones de compraventa, y en su lugar, se recurre a una disciplina férrea y automática. Desde el punto de vista del mercado, uno de los inconvenientes de este tipo de *comerciar* radica en que, tan pronto se detectara un giro en las cotizaciones, los ordenadores dispararían las órdenes de venta, hundiendo los precios en un efecto pro-cíclico, que son las variables que tienden a subir durante las expansiones económicas y a caer en las contracciones económicas, y que se re-actualiza a sí mismo. Así, la operación comercial programada era una bomba de relojería, lista para estallar cuando la burbuja diera los primeros síntomas de agotamiento. El desencadenante del pinchazo no deja de ser un tanto casual, lo que pone de manifiesto la debilidad del edificio construido y las bombas que anidaban en sus cimientos. En otoño de 1987, un volumen considerable de inversores japoneses vendieron Letras del Tesoro estadounidense con el objeto de adquirir acciones de la compañía telefónica japonesa, que estaba siendo privatizada. Dada la magnitud de los déficits simultáneos en las cuentas de las administraciones públicas y en la balanza comercial de Estados Unidos y con el dólar en caída libre, estas ventas encendieron las alarmas y desestabilizaron el mercado. Así, la rentabilidad del Bono yanqui a 30 años se disparó hasta el 10%. Y el Dow Jones, otra vez en octubre de 1987, después de haber subido un 32% en los 9 meses previos, se desplomó un 22.6%. Como una ola que recorriera el pla-

neta al ritmo que marcaban las campanas de apertura de las bolsas, los índices bursátiles de todos los países se fueron hundiendo. Sólo la decidida intervención de las autoridades públicas evitó que la caída vertiginosa de las cotizaciones en la mayoría de las bolsas de valores se convirtiera, como sucedió en 1929, en una recesión mundial.

—Una novedad más es la intervención de las autoridades públicas —comentó Sebastián.

—Se acentúa, diría yo, pues ya se planteó en la crisis de 1929. En aquel entonces las consecuencias de la crisis fueron tremendas en todos los aspectos. Además del desastre económico como la quiebra de los bancos y el cierre de muchas empresas, en el aspecto social, las consecuencias fueron también terribles: desocupación, indigencia, aumento de la delincuencia y muchas cosas más. Aunque aquí el problema más importante a destacar es la desocupación, ya que, tras el cierre de muchas fábricas, aumentó de forma espectacular el número de obreros sin trabajo, lo que en Alemania originó el ascenso de Hitler y el nacionalsocialismo, que prometía puestos de trabajo; por ello no es nada raro ver que en tiempos de crisis la extrema derecha levante cabeza y despunte el nacionalismo reaccionario, el racismo y la xenofobia que son fomentados para, además de asegurar la existencia de mano de obra barata, romper la solidaridad de clase que debiera establecerse entre la masa trabajadora sin importar su lugar de procedencia. Y desde el punto de vista político, los Estados, que hasta entonces habían seguido el lema de dejar libremente a la economía, van a adoptar un intervencionismo creciente para intentar evitar la repetición de una crisis como ésta.

—Cierto, tienes razón.

—Bien. Tenemos más. *La burbuja kamikaze* de 1990, una burbuja inmobiliaria y bursátil originada en Japón. Tras el derrumbe bursátil de 1987, y con el fin de estimular la demanda interna y reducir, así, los efectos sobre su economía de la caída del dólar, Japón llevó a cabo una política monetaria laxa que mantuvo los tipos de interés en mínimos históricos. Las facilidades para el endeudamiento derivadas de la abundancia de liquidez hicieron crecer el precio de los activos y, poco a poco, se fue formando una burbuja inmobiliaria y bursátil de un tamaño colosal, que, finalmente, explotaría en enero de 1990, en medio de una marea de escándalos que puso de manifiesto ciertas fallas estructurales del sistema de relaciones que sustentaba a la sociedad y la economía japonesa. El crédito barato y las burbujas inmobiliarias suelen darse la mano con cierta facilidad, y en el caso de Japón con mayor motivo.

—Más adelante caería España en la trampa.

—Y en Estados Unidos, a consecuencias de la política de Reagan,

se unieron los efectos de la especulación financiera e inmobiliaria habida en los años 80, así como los de la Primera Guerra del Golfo en 1991, que socavó la confianza de los consumidores estadounidenses y, de rebote, la del resto del mundo inmerso en una asfixiante visión de la economía desde el lado de la oferta. El sistema se acercó peligrosamente a la parálisis y la solución fue el recurso al crédito barato para estimular el consumo. La recesión de 1991 ha sido una de las más breves de la historia económica de Estados Unidos y halló la solución al problema que él mismo había creado. Se empieza a conceder un préstamo hipotecario a una persona con un bajo nivel de crédito debido a sus circunstancias, lo que justifica que, al ser su riesgo superior, también lo sea el tipo de interés que se aplicará al préstamo que pudiera concedérsele. Lo que a su vez implica la fe en una revalorización continuadamente al alza del precio de las propiedades inmobiliarias hipotecadas, que anularía las consecuencias de los impagos de estos créditos.

—Y dispara el consumismo, pero la *solución* se convierte en una bomba de tiempo.

—Exactamente. Sigo. En 1994 el Gobierno de México es incapaz de mantener su tipo de cambio fijo frente al dólar y anuncia la devaluación de la moneda. La falta de confianza en su economía provoca una gran salida de capital, los créditos se interrumpen, la producción disminuye y el desempleo se incrementa más de un 60%. Sus efectos negativos sobre el resto de América Latina se bautizaron como el *efecto tequila*. En 1995 se produce uno de los casos más extravagantes y fue considerado el mayor escándalo de la historia de la industria aurífera, un tipo fundó en Canadá una pequeña compañía minera y tuvo la ocurrencia de inventarse, en complicidad con un geólogo, el descubrimiento en Indonesia de un yacimiento que, decía, atesoraba alrededor de 6,500 toneladas de oro lo que viene a ser el equivalente al 8% de las reservas mundiales de ese metal. Paradójicamente, nadie se tomó las molestias de comprobar si el hallazgo era cierto, pero el caso es que el valor de la empresa subió hasta los 6,000'000,000 de dólares. La euforia atrajo a todo tipo de inversores, incluidos los Gobiernos de Canadá e Indonesia. Pero en 1997 se destapó el fraude. Una investigación demostró que en aquel yacimiento había menos oro que en una dentadura postiza, y las acciones de la compañía se desplomaron un 97% en sólo 10 minutos. Entre 1997 y 2001, se produce la burbuja del *puntocom* causada por las nuevas tecnologías de la información, más conocida como Internet, y un intercambio de acciones donde una compañía compra o se fusiona con otra compañía haciendo que el conjunto de acciones de este mercado se dispararan un 240% en pocas horas y generaran un episodio de expectativas sin

antecedentes, pero una vez que estalló la burbuja, se produjo una verdadera caída libre, que llevó al cierre masivo de compañías que días antes valían millones de dólares, con el correlato de inversores que veían perder enormes fortunas, el mercado perdió en 2 años nada menos que 5 billones de dólares, algo así como el 50% del PBI de Estados Unidos de ese año.

—Esto se sigue produciendo todos los años pero en forma no tan espectacular —comentó Sebastián.

—Eso. Hay quienes opinan, y no con poca razón, que tras la primera crisis del sistema capitalista, provocada por la Primera Revolución Industrial, que fue una crisis de niñez por falta de experiencia, se pone de manifiesto el agotamiento del sistema mercantilista y el triunfo de una nueva ideología burguesa, que posibilitó un nuevo orden social caracterizado por la contradicción entre la pujante clase burguesa y el pueblo utilizado como herramienta acumuladora, centrada en el individuo, en el egoísmo, en la maximización del beneficio individual. Había la necesidad de una nueva contextualización de la realidad representada por el desarrollo del maquinismo, del capital, y fue recogida por Arthur Schopenhauer en *El mundo como voluntad y representación*, la obra maestra del servilismo. De ahí que una y otra vez se reproduzcan los mismos trucos, centrados en el egoísmo del yo, con las consecuentes miserias y catástrofes. Bien. En 1997 se da la *crisis financiera del Sudeste Asiático* con repercusión y resonancia en otras regiones del mundo. Tailandia devaluó su moneda y tras ella cayeron las de Malasia, Indonesia y Filipinas, lo que repercutió también en Taiwán, Hong Kong y Corea del Sur. Arrastró al resto de economías y esta crisis, que en un primer momento parecía regional, acabó convirtiéndose en crisis global. El Fondo Monetario Internacional elaboró una serie de paquetes de rescate para salvar a las economías más afectadas y promovió reformas estructurales. En 1998 se produce *la crisis del rublo*. Rusia colapsó su sistema bancario nacional, con una suspensión parcial de pagos internacionales, la devaluación de su moneda y la congelación de los depósitos en divisas. El Fondo Monetario Internacional concedió créditos multimillonarios para atajar la caída libre de su divisa y que el impacto fuera irreparable en el mercado internacional. También instó a sus autoridades a acelerar las reformas estructurales internas para fortalecer su sistema financiero. En 1999 la crisis brasileña más conocida como *Efecto samba*, producto de una economía orientada a la exportación que introdujo una nueva moneda para tratar de reducir la inflación y *estabilizar* su economía mediante la congelación de precios y salarios.

—Pero cuando se desató la crisis del Sudeste Asiático y la del rublo, todo el sistema se vino abajo con un efecto dominó por oleadas

poniendo en evidencia la vulnerabilidad de las economías dependientes.

—Eso —convino Leoncio—. Bien, siga. En 2001-2002 se produce *la crisis argentina*. El Gobierno de Argentina carece de fondos para mantener la paridad fija del peso con el dólar e impone restricciones a la retirada de depósitos bancarios, conocido como *corralito*, para evitar la fuga de capitales. A fines de 2001 suspende el pago de la deuda, de casi 100,000'000,000 de dólares, lo que constituye la mayor quiebra de la historia. En enero de 2002 el Gobierno se ve obligado a terminar con la paridad y convierte en pesos los depósitos bancarios en dólares. En 2007-2010 Estados Unidos sufre su mayor crisis financiera desde la década del 30, consecuencia de una relajación en la evaluación del riesgo, la cual se contagia al resto del mundo. El detonante fue el estallido de una enorme *burbuja inmobiliaria*, que reveló que los bancos habían extendido hipotecas basura, llamadas Subprime, a personas que no podían pagarlas, con la expectativa de que el precio de las viviendas seguiría subiendo. Esas hipotecas fueron titulizadas y vendidas en los mercados, lo que causó cientos de miles de millones de dólares en pérdidas a los inversores. El Presidente George W. Bush creó un programa de rescate financiero dotado con 700,000'000,000 de dólares, que él y su sucesor, Barack Obama, usaron para refloatar a bancos, aseguradoras y la industria automovilística. Obama impulsó también un plan de estímulo de 787,000'000,000 de dólares para revitalizar la economía a golpe de infraestructuras, educación, ayudas al desempleo y subsidios a las energías alternativas. Al mismo tiempo, Obama promueve la mayor reforma financiera desde los años 30, que se complementa con una iniciativa para endurecer las normas bancarias a nivel internacional. En 2009-2010 se da la *crisis de la deuda en Europa*. El Gobierno de Grecia reconoce que el déficit del país es muy superior a lo revelado anteriormente, lo que hace que el interés de sus bonos se dispare en los mercados. La Unión Europea y el Fondo Monetario Internacional negocian durante meses un programa de ayuda para evitar una extensión de la crisis a otras economías con problemas similares, en particular Portugal, España, Irlanda e Italia, aunque los temores en los mercados hundieron el valor del Euro. En 2010 se produce una *guerra de divisas y desequilibrios mundiales*. Estados Unidos renueva sus presiones sobre China para que deje que el yuan se revalorice y potencie la demanda interna, mientras que China, la Unión Europea y otros miembros del G20 critican la inyección de dinero de la Reserva Federal por ahondar en los desequilibrios globales. Algunos países industrializados critican que algunas economías emergentes intervienen sus monedas para hacer más competitivas sus exportaciones con

el objetivo de acelerar su salida de la crisis. La Reserva Federal Estadounidense inicia una política monetaria expansiva para estimular la recuperación mediante una inyección de dinero en el sistema que devalúa el dólar. Se acelera la creación de flujos de capital especulativo mientras Japón interviene en el mercado de divisas por primera vez en los últimos años para frenar la constante apreciación del yen frente al dólar. Así, en este apretado recuento, se puede apreciar que la actual crisis internacional es mucho más que una crisis económica o financiera. Es una crisis de sistema que desde su comienzo abarca otras esferas de la sociedad y su entorno; también es, entre otras, una crisis energética, alimentaria, ambiental, ecológica, cultural, ideológica y política. Durante años hemos visto que en nuestro país los comerciantes en productos nacionales y los productores independientes se ven empujados cada vez más a la quiebra. Se acentúa la situación de quiebra que enfrentan la pequeña producción industrial y el pequeño comercio, así como la pequeña minería; hasta los medianos productores son golpeados en esta situación. En el campo, la superproducción lleva igualmente a la bajada de los precios y a la ruina de los campesinos. Y la vaina sigue y seguirá por los mismos caminos hasta que el viento y la lluvia destruyan al tigre de papel, a ese imperialismo que es como un coloso podrido de la cabeza a los pies y rezume pus por todos los poros.

—La vaina sólo cambiará cuando se instaure en definitiva la dictadura del proletariado y la explotación y opresión sean borradas de la faz de la Tierra.

—Exactamente, hasta que el comunismo se imponga brillante y luminoso en toda la Tierra, meta irrenunciable a la cual marchamos inevitablemente. En el fondo, para mí, la crisis del sistema es una gran burbuja llena de pequeñas burbujitas que constituyen las partes de un todo con diferentes nominaciones y van estallando en ciclos cada vez más cortos; la gran burbuja presenta en su membrana grietas que van siendo parchadas con emplastos temporales que sólo permite retrasar un poquito más su estrepitoso e inexorable estallido. No hay que esperar a que esto ocurra de por sí solo, hay que darle una manito para que estalle, hay que propinarle el pinchazo final. He ahí el papel histórico del proletariado y de las tareas más urgentes del Partido como el heroico combatiente por la liberación de toda la masa trabajadora: la destrucción del viejo y podrido sistema imperante y, en definitiva, la creación y forja de un nuevo mundo para los hijos de nuestros hijos. Lo dicho, el imperialismo ha aprendido a prolongar su agonía a través de una serie de truculentos mecanismos; paliativos que a fin de cuentas no evitarán su destrucción. Una de las cosas que dentro de esta línea se destaca es el papel de los Estados, como

palanca económica, y su intervención en el rescate de la banca, la industria, el comercio y de las clases dominantes en períodos de crisis. Es evidente que la opinión pública no estaría de acuerdo con que los Gobiernos retornaran a la pasividad sino que esperan que el mercado se regule y reglamente. La gente ha visto, algunos con indiferencia pero otros con pavoroso asombro, que se han dado sumas considerables para recapitalizar los bancos que estaban a punto de caer en la ruina bajo el pretexto de eliminar la bancarrota para proteger a los ahorristas; pero se sabe muy bien que estos recursos públicos serán financiados, al fin y al cabo, por el incremento del endeudamiento público que recaerá sobre el contribuyente. Estas intervenciones masivas alejaron momentáneamente el riesgo de bancarrota generalizada pero el sistema no está saneado, aún se sigue observando pérdidas y debilidades de grandes empresas multinacionales y otras entidades. Las finanzas internacionales están llenas de verdaderos agujeros negros; los paraísos fiscales, los fondos especulativos y las agencias de calificación, no sujetas a supervisión y pagadas por aquellos a quienes tiene que calificar, ponen lo suyo.

—La teoría keynesiana sostiene que el Estado dinamizaba la economía impulsando la generación de empleos, los trabajadores con sus ingresos aumentaban la demanda de bienes y servicios; por ende, la inversión genera más empleo y comienza el ciclo del crecimiento económico.

—Pero esa constatación no es el remedio, es precisamente el paliativo que en algunos casos ha llevado a que se agudice y complique más el problema de fondo. Por otro lado ya en 2004, a nivel internacional, por primera vez, se reconoce públicamente que se está produciendo un crecimiento económico con una muy reducida creación de empleo del factor trabajo. El carácter monopolista, parasitario y agonizante del imperialismo es irreversible y muestra su incapacidad para resolver los problemas de fondo; las crisis capitalistas, cada día más cortas en tiempo, son el instrumento de la regeneración de la economía, pero un bálsamo no es la solución. Las crisis ponen en evidencia, ponen al descubierto, el parasitismo del capitalismo; que la situación es cada vez más insostenible y conlleva al derrumbe de las principales economías del mundo. La crisis económica no la pueden ni podrán resolver, es más, va a empeorar. Sólo con Partidos Comunistas al mando hemos de prepararnos para la perspectiva de la humanidad y la inevitabilidad del triunfo del proletariado. Bien. A partir de la Segunda Guerra Mundial, las crisis económicas de la sociedad capitalista son algo diferentes de las que se producían en tiempos de Marx y Engels y hasta en los tiempos de Lenin y Mao. Evolucionan en medio de ciclos cada vez más cortos que, a pesar de los paliativos

y la recuperación transitoria, hasta dan la apariencia de ser permanentes. La situación internacional actual es mucho más tensa que la que se conoció luego de la Primera Guerra Mundial. En tal momento, el capitalismo se encontraba todavía en un período de *estabilidad relativa*. La revolución fracasó en todos los países a excepción de la Unión Soviética. Inglaterra y Francia ostentaban un aire orgulloso y la burguesía de todos los países no temía todavía demasiado a la Unión Soviética. El sistema del colonialismo imperialista permanecía aún intacto aunque se arrebataron sus colonias a Alemania. Luego de la Segunda Guerra Mundial, 3 potencias imperialistas vencidas se hundieron. Inglaterra y Francia, debilitadas, declinaron. La revolución socialista triunfó en más de 10 países. El sistema colonialista se desintegraba, el mundo capitalista no había encontrado la *estabilidad relativa* que conoció después de la Primera Guerra Mundial. Éstas son palabras de Mao, y hasta esta situación ha cambiado. Rusia y China son países imperialistas en colusión y pugna que se enfrentan, por el momento pacíficamente, con el imperialismo estadounidense y sus aliados; no hay un solo país donde haya triunfado la revolución; el revisionismo campea en todas sus variantes oportunistas incluyendo el eclecticismo; en los países del Tercer Mundo se impulsa, acelera y profundiza el desarrollo del capitalismo burocrático, la evolución de la semifeudalidad, acentuando la condición semicolonial y semifeudal de estos países, incluido, evidentemente, el nuestro.

—Queda al descubierto que los países desarrollados, las grandes potencias, recurren al proteccionismo, que usaban cuando aún no eran países ricos, que nos niegan a nosotros.

—Exactamente, y vamos entrando al meollo del problema en cuanto a la defensa de la soberanía nacional. Recordemos 2 cosas que Lenin establece, la primera dice que la división usual en épocas históricas es ésta: la primera entre 1789 y 1871; la segunda entre 1871 y 1914 y la tercera a partir de 1914. Evidentemente no puso fecha límite a la tercera porque en esos momentos la vaina estaba en pleno desarrollo. Y luego especifica que la primera época, de la gran Revolución Francesa a la guerra franco-prusiana, es la época del auge de la burguesía, de su completa victoria. Ésta es la línea ascendente de la burguesía, la época de los movimientos democrático-burgueses en general, de los movimientos nacional-burgueses en particular, la época del rápido derrumbe de las anticuadas instituciones feudales absolutistas. La segunda época es la del completo dominio y la declinación de la burguesía, una época de transición de la burguesía progresista a la reaccionaria, incluso la más reaccionaria, del capital financiero. Ésta es la época en que se están preparando y agrupando lentamente las fuerzas de una nueva clase de democracia contempo-

ránea. La tercera época, que está apenas comenzando, dice, coloca a la burguesía en la misma *posición* que ocuparon los señores feudales durante la primera época. Ésta es la época del imperialismo y de las convulsiones imperialistas y de las convulsiones producidas por el imperialismo. Acertado análisis que hay que actualizar. La segunda cuestión a recordar es cuando dice: A mi parecer, cuando triunfemos a escala mundial, pondremos urinarios públicos de oro en las calles de algunas de las ciudades más importantes del mundo. Éste sería el empleo más *justo*, gráfico e instructivo del oro para las generaciones que no han olvidado que, a causa del oro, fueron sacrificados 10'000,000 de hombres y mutilados 30'000,000 en la *gran guerra liberadora* de 1914-1918, en la guerra en que se ventilaba el grandioso problema de qué paz era peor, la de Brest o la de Versalles; y que a causa de ese mismo oro hay quien se dispone, seguramente, a aniquilar a 20'000,000 de hombres y mutilar a 60'000,000 en la guerra que quizá estalle por allá, por 1925 o por 1928, acaso entre el Japón y Estados Unidos, o entre Inglaterra y Estados Unidos, o algo por el estilo. Se equivocó de fecha, se quedó corto en el número de víctimas; pero no se equivocó en el análisis del fondo y contenido del problema.

—Y seguimos en las mismas, aunque ahora más sea a causa del petróleo.

—Y de otras materias primas indispensables para el desarrollo tecnológico. Bien. La pregunta que me salta a los ojos es si las convulsiones imperialistas y las convulsiones producidas por el imperialismo han cesado o disminuido. Cualquiera que lea periódicos y escuche noticieros pensará que ésta es la pregunta más tonta que ha oído. Y de seguro tiene razón, pero lo que a mí me interesa es anotar que en ningún momento, a partir de la Segunda Guerra Mundial, el imperialismo ha tenido estabilidad, ni siquiera relativa como plantean algunos economistas e intelectuales partidarios del libre mercado. Veamos. Para no ir tan lejos y evitar, en la medida de lo posible, repeticiones, y no te rías que a pesar de la oscuridad te estoy viendo, compadre, habría que decir que a partir de los años 80, y en especial de los 90, el control de la inflación fue la más grande prioridad política de muchos países. Las entidades internacionales, como el Fondo Monetario Internacional, exhortaban a los Gobiernos a controlar el gasto público para no alimentar la inflación con déficits presupuestarios. En la actualidad aún vemos este comportamiento por todas partes pues el cuco de la inflación recorre el mundo. En esas décadas, también se estimulaba a dar una independencia política a los bancos centrales para que pudieran subir a niveles altos los tipos de interés a pesar de suscitar protestas populares que los Gobiernos serían incapaces de

afrontar. Y se supone que en la mayoría de los países la inflación fue controlada y mantenida a niveles bajos. Según datos del Fondo Monetario Internacional, entre 1990 y 2008, la tasa media de inflación bajó en 97 de 162 países en comparación a los valores de los años 70 y 80; sobre todo en los países ricos, donde la inflación caía del 7.6% al 2.6% según datos del año 2000. Datos antiguos pero ilustrativos para lo que deseo señalar. El año pasado el crecimiento mundial no pasó del 2.1% y en la actualidad hay unas 12 economías, o países, que presentan una inflación superior al 10%, sobre todo en el Sur de Asia y África; y en los países desarrollados lo que se espera es una deflación, es decir una bajada generalizada y prolongada del nivel de precios de bienes y servicios, mientras las cuotas de desempleo, en algunos países, ronda el 30% involucrando al 50% de la juventud como el caso de España y Grecia. El volumen de exportaciones mundiales ha decrecido hasta situarse sólo en un 2.3%; el crecimiento del comercio de bienes se ha debilitado, el de servicios parece tener una recuperación más rápida que el de bienes; el precio del petróleo cae en picada y la inflación de Rusia sobrepasa el 9% mientras que la economía china pisa el freno o encuentra piedras en su desbocado y angurriente camino. La vaina es que, en resumidas cuentas, el mundo se ha vuelto *más estable* si se considera que *el único* indicador de estabilidad económica es una inflación baja... para los cojudos, pues no es así. Y eso lo puede comprobar cada persona en su quehacer diario.

Leoncio hizo un alto en el camino, le hizo una seña con la cabeza a Sebastián para que se acercaran al árbol que tenían ahí cerca; se descargó el quipe, lo abrió y sacó una de las velas que les había proporcionado Aldo; del bolsillo interior de su casaca sacó las últimas hojas que quedaban de su libreta de notas y la cajita con los fósforos; se puso detrás del árbol y haciendo una cuenca con la mano encendió la vela para iluminarse.

—Escucha —le dijo Leoncio a Sebastián—. En 1993, en un alarde de sapiencia, Guzmán dijo que la década del 90 le presentaba al Estado peruano y al imperialismo 3 tareas: reimpulsar *al* capitalismo burocrático, restaurar el viejo Estado y aniquilar la guerra popular. Sólo quiero recordar lo que dijo sobre la *primera tarea*: El 92, en los documentos básicos del III Pleno y en lo avanzado del mismo, volvimos a ver cómo estaban sus 3 tareas. Hoy, al cabo de 1 año, vemos que *objetivamente* su camino se desenvuelve en medio de una serie de cambios *precipitado principalmente* por la caída del Presidente Gonzalo y la camarada Miriam. Esa muletilla ya la hemos visto así que no insisto. Pero le sirve para afirmar que, así, el camino burocrático *sienta bases y se viabiliza*. En cuanto al reimpulso del capitalismo

burocrático, dice, vemos así en lo económico, sienta bases, *hoy no se ha estabilizado la economía*. Muy bien, dice que la economía, en 1993, no se ha estabilizado. Pero, acerca de la inflación, dice que han *acabado la hiperinflación y reducido la inflación* pero no en tiempo corto y no tanto como pensaban. Luego se pregunta: y ¿cómo ha sido reducida la inflación? Con el *shock* de agosto del 90 que fue un reajuste a fondo: 400% en un mes, el más grande de América Latina y del mundo *aplicando deflación*; su problema está en bajarla al 15% anual, es igual a ¿300%? No, pero también entendemos cuál es su cuello de botella. La recesión ya tiene 5 años consecutivos, este año podría haber un pequeño incremento, pero del 83 al 93 el PBI bajó 20% y aumento poblacional de 30%; así que hay un 20% de descompensación de modo que necesitan crecer más del 6% que estiman ha aumentado hasta agosto. La Sociedad Nacional de Industrias, dice, exige que resuelvan el precio del dólar y que así podrían reimpulsar algo el 94. El desarrollo del capitalismo burocrático se da en decreciente crisis y sus reimpulsos son de puntos más bajos, ese fenómeno es el que hoy día se quiere superar, romper con esa pendiente en gradiente, es el problema de las crisis de las potencias y superpotencias del imperialismo en general pero el Perú carga ya 30 años de retraso en su economía industrial lo cual no implica que sea durante toditos los 30 años, recuérdense las 4 partes de cada ciclo de crisis: impulso, aceleración, crack y estancamiento; en el Perú cada uno de estos ciclos de crisis duran entre 5 y 10 años; los niveles económicos son similares a los de algunos países de África, en América, en situación crítica sólo nos supera Haití y Chile, Ecuador y hasta los bolivianos están en mucho mejor pie. Precisamente, continúa, el proceso del reimpulso del capitalismo burocrático apunta a romper esa pendiente en gradiente, lo acaba de decir pero insiste en su teoría de la gradiente, y continúa, de otro modo la sociedad peruana se desintegraría, se destruiría, rompería, éste es el gran desafío que tiene. Son 30 años de retraso, crisis y 13 años de guerra popular. No confundir crisis general de la sociedad peruana con crisis económica que es un término económico que en el Perú, desde la Segunda Guerra Mundial, se desenvuelve en la segunda mitad de cada década y cada vez desde un punto más bajo que el anterior, en períodos más cortos y peores; esto último es reiteración de un documento escrito en 1985, 8 años antes de este sesudo análisis.

—Ya sé de dónde sacas la manía, compadre —dijo Sebastián soltando un carcajada.

—No soples que se apaga la vela, carajo. La costumbre la tenemos todos —apuntó Leoncio mostrando su sonrisa tras el tenue fulgor de la llama de la vela—. Bien. Guzmán sigue, dice: Precisamente

estamos en la segunda mitad de la primera parte de la década y su problema es si se va a presentar o no el 95, es gran prueba para el capitalismo burocrático. Eso en cuanto a su camino. Así *primero*, década del 90 y 3 tareas; *segundo*, shock agosto del 90 que es reajuste a fondo, deflacionario que acumulaba recesión, dentro del sistema del Fondo Monetario Internacional y liberalismo, para superar la inflación; *tercero*, plan para reducir la inflación y *estabilizar la economía*, dijimos en 1 año no podrían, ni en 18 meses, ya van 3 años y no se ha resuelto; *cuarto*, leyes para reimpulsar el sistema económico el 91, a fines; *quinto*, resultados de su plan: 40% a 50% de inflación, calculada al 93, crecimiento del PBI esperan 6%, no creemos, máximo será 2% de aumento real; *todo esto es poner base* considerando las leyes específicas de la crisis en el país y lo que pretenden conjurar. Mas si se resuelven el pago de la deuda de la banca privada, la subvaluación del dólar para hacer la industria de exportación más competitiva, en mayo del 94 empezaría la *recuperación económica*. Estos son hechos no imagerías, ver así el movimiento real de la lucha de clases y no el movimiento fantástico de la cabeza, esto además también lo reconocen otros, claro con su manera distinta de ver, pero cuando nosotros lo decimos dicen que es falso. Y sigue: En el agro, la guerra popular, al destruir como nadie la semifeudalidad, desbrozó el campo y los 2 caminos en el campo y lo real es que nosotros no podemos entregar la tierra al campesinado ya que la reforma agraria se cumple recién con el Poder en la mano, con las bases de apoyo desenvueltas y hasta ahí no hemos llegado; en cambio el Estado, como parte del reimpulso del capitalismo burocrático, como parte del reimpulso económico que necesita, le puede facilitar préstamos o generar inversiones, puesto que no hay capitales para invertir a través de esas empresas multicomunales o cajas rurales en la Sierra y las facilidades para exportación en la Costa; además, deben montar planes de desarrollo en las zonas de emergencia con los préstamos o las ayudas extranjeras, a fin de promover el mercado que requieren, entonces el campesinado ¿qué va a hacer? Si tiene necesidades fundamentales que satisfacer y *ve que no hay perspectivas de triunfo en el otro camino*, sobre todo los ricos y medios, también los pobres que viven en las comunidades, serían parte de tales empresas multicomunales, pues van a ingresar en ese camino. Por tanto, su camino se viabiliza pero no decimos que ellos van a destruir la semifeudalidad, a lo más, podrán evolucionarla, llevarían el capitalismo burocrático al campo y por ley de esta tesis sabemos cuál es la perspectiva; Lenin nos dijo, nada tememos de un desarrollo capitalista en el campo, ¿devendrían proletarios agrícolas? Es una posibilidad, dice. Genial, bravo, todo un genio. ¿Te das cuentas por dónde tira?

—Más o menos, creo —dijo Sebastián levantando su sombrero para rascarse la cabeza.

—¿Más o menos? Fíjate. Dice: Se ve carencia de capitales, es un problema mundial, hay mucha demanda de capitales, es insuficiente en el mundo y acá no hay inversión; la agricultura de la Costa se orienta a la exportación; por esto están dándose leyes como la ley de empresas comunales y cajas rurales en la Costa, también es pues más fácil para los bancos invertir ahí, no así en la Sierra, ésa es la razón de las empresas multicomunales, cuyo objetivo es *llevar* capitalismo burocrático al campo, apuntan a desenvolver el agro y usan planteamientos que vienen de los años 60 ó 70. ¿De qué otras formas garantizan esas pocas inversiones? Esas empresas multicomunales abarcan hasta una provincia. ¡Ojo!, dice, y chocan con el neoliberalismo que tratan de imponer, y ligado a lo que Velasco planteó, sólo que ahora con inversión más alta de capitales. *Esto es para que su camino se viabilice*. ¿Quién va a manejar esa base económica? Debemos ver también la parte política de esas empresas, van a actuar las rondas creadas por ellos, por las Fuerzas Armadas, son la base política sobre la cual se va a sustentar la reestructuración estatal, son quienes van a garantizar su acción para *dar estabilidad al camino burocrático* porque es una fuerza activa organizada en el campo, es sustento de su proceso tal cual lo hacen hoy en su guerra contrasubversiva, *darán* sustento al Estado en el campo y por tanto control político, *serán* neogamonalillos, analizarlo, partir del proceso histórico del Estado peruano, el Estado *los va a usar* y son las Fuerzas Armadas quienes los controlan y orientan, verlo ligado al proceso de reimpulso del capitalismo burocrático atado al imperialismo o lo que se llama la reinsertión dentro del sistema imperialista. Luego pasa a la industria y dice que en la industria la cuestión es convertirla en industria de exportación, etcétera, etcétera. Y finaliza diciendo que todo esto es, pues, reimpulso de su economía dentro de la reinsertión completa al sistema imperialista así tengan hoy contradicciones con Estados Unidos las tienen con una parte no con todos transitoriamente. Pero hay que pensar, ¿cuáles son las condiciones de este país para lograrlo? Son bien duras, el 80% es campo y tiene un atraso mucho mayor que el de la industria y si no crece el mercado interno, la industria no desarrollará, tienen serias limitaciones para desarrollar, por eso su proceso sólo podrá *evolucionar*. Así probamos que su camino se hace viable, sienta bases, es como avanzan en sus 3 tareas y las hemos puesto así porque: primero, es realidad; y segundo, porque debemos ver cuál es la base, el fundamento objetivo que lleva a necesidad de un Acuerdo. Carajo, qué apabullante lógica del señor.

—A ver, aclara.

—Mira, te voy a traducir este simple acertijo. Dice que el 92 en el III Pleno del Comité Central ya todo estaba dilucidado y que los documentos así lo refrendan; claro, el equilibrio estratégico también estaba dilucidado en ese Pleno y en sus documentos. Plantea 5 puntos con los que, dice, *objetivamente* el camino burocrático sienta bases y se desenvuelve; pero, siempre hay un pero, dice que hoy, o sea el año 1993 en que afirma lo anterior, no se ha estabilizado la economía. Sí y no, no y sí. Se desenvuelve pero *aún* no se ha estabilizado. No importa. Sigue argumentando: reajuste a fondo para superar la inflación, reducir la inflación y estabilizar la economía; ya van 3 años y no se ha resuelto. No y sí, sí y no. Tampoco importa. Descubre que se dan leyes para reimpulsar el sistema económico; que el Perú carga ya 30 años de retraso en su economía industrial; que el desarrollo del capitalismo burocrático se da en decreciente crisis y sus reimpulsos son de puntos más bajos; y que ese fenómeno es el que hoy día se quiere superar, romper con esa pendiente en gradiente... Genial...

—Pero fue así.

—Del 94 a hoy. Pero en eso todavía no estamos. Aguanta y escucha. Los 5 puntos, ¿los tienes, o te los vuelvo a leer?

—Tengo la idea, gracias.

—La década del 90 y las 3 tareas; el shock del 90 y reajuste; plan para reducir la inflación y estabilizar la economía; leyes para reimpulsar el sistema económico el 91; y, resultados: reducción de la inflación y crecimiento del PBI.

—Te dije que tenía la idea.

—Ahora tienes, además, los puntos; de nada. Bien. ¿Qué más? Guzmán plantea que, y es él quien establece el condicional para salir de la crisis, *si* se resuelven el pago de la deuda de la banca privada y la subvaluación del dólar para hacer la industria de exportación más competitiva, en mayo del 94 *empezaría* la recuperación económica. Bravo.

—Y fue así.

—Sí, claro. Ahora, quién no lo sabe. Él lo profetizó. Pero aguanta. Dice: 40% a 50% de inflación calculada al 93 y exactamente fue de 48.6%; genial, un halago más para el aprendiz de brujo, para el analizador de hechos, no de imaginerías. Pero fíjate en lo siguiente si quieres hacer comparaciones, en 1980, al inicio de la lucha armada, la inflación fue de 59.2%. En 1989 había sido poquito más de 3,300%, en 1990 poquito más de 7,400% y el año pasado la inflación fue de 2.8%. Nota lo siguiente, en 1990 la inflación estuvo por encima del 7,400% y en esa coyuntura, suponiendo que se desencadenaría un auge revolucionario en todo el país, Guzmán intentó imponer su equilibrio estratégico pero recién en el III Pleno, en 1992,

logró desarrollar su planteamiento y sacar un acuerdo. No lo olvides. Pero ahí no queda la vaina. Guzmán vaticinó que, 1 año después, en mayo de 1994, *empezaría* la recuperación económica. Quitándole lo del mes, otro punto más a su favor; en la actualidad la mayoría de economistas dice que así fue; pero en lo que respecta al control de la inflación, según los mismos datos, éste se inicia en 1991. Fíjate aquí: en 1989 la inflación fue de 3,398.6%; en 1990 fue de 7,481.7%; en 1991, de 409.5%, en 1992, de 73.5%; en 1993, de 48.6%, en 1994, de 23.7%; en 1995, fue 11.1%, y así sigue bajando continuamente hasta 1999; y de ahí para adelante, con subidas y bajadas pequeñas, se mantiene en cuotas relativamente bajas. Pero como fuere, el período 1994-1995 es considerado como el del inicio de la recuperación económica. Pero, al mismo tiempo y según la misma fuente de estos datos estadísticos, el ingreso per cápita en 1994 era más o menos el mismo de 1964 pero un 30% menos que en 1980 cuando se inicia la guerra popular...

—La recuperación empezaría...

—Ya sé, lo acabo de decir, espera, pues. Si quieres lo reitero: la recuperación económica empezó en 1994 y no para. ¿Contento? Pero, a pesar de todo, el ingreso per cápita era el 30% menos que en 1980 cuando se inició la guerra popular. ¿De acuerdo? Bien. ¿Qué más dice Guzmán? Dice: que la guerra popular, al destruir como nadie la semifeudalidad, desbrozó el campo y los 2 caminos en el campo; pero, como nosotros no pudimos entregar la tierra al campesinado, y nos fuimos de vacaciones especulativas a la isla de la fantasía, entonces, el Estado, ahora, sin nosotros y como parte del reimpulso del capitalismo burocrático, como parte del reimpulso económico que necesita, le puede facilitar préstamos o generar inversiones y otras cojudeces que viene haciendo desde hace 190 años o más. Y para remate de felonías dice que el campesinado tiene necesidades fundamentales que satisfacer y como ve que no hay perspectivas de triunfo en el otro camino, el democrático, el de la revolución, es decir en el nuestro, entonces, ¿qué va a hacer? Fácil, pasarse al otro bando, claro, ni cojudo que fuera, según el renegado. Qué más dice el iluminado. Habla de *llevar* capitalismo burocrático al campo como si hace rato que no estuviera ahí. Y orondo concluye: Por tanto, su camino se viabiliza pero no decimos que ellos van a destruir la semifeudalidad, a lo más, podrán evolucionarla, *llevarían* el capitalismo burocrático al campo... Dime una cosa, Sebastián, ¿es esto una gran novedad? ¿*Llevarían* el capitalismo burocrático al campo? ¿No es que ya está ahí y campea hace tiempo? Para algunos es una gran novedad, claro. Y sigue: *llevarían* el capitalismo burocrático al campo y por ley de esta tesis *sabemos cuál es la perspectiva*; Lenin nos dijo, nada tememos de un

desarrollo capitalista en el campo... Genial, trae a Lenin para que le saque las castañas del fuego. Presta atención, dice: Lenin nos dijo, nada tememos de un desarrollo capitalista en el campo, ¿devenirían proletarios agrícolas?, se pregunta. Es una posibilidad, se responde. ¿No te das cuenta de la pendejada? Liga esto con la alharaca que vienen haciendo con aquello de *acumulación originaria* y verás que muy pronto dirán públicamente que nuestra sociedad es predominantemente capitalista con fuertes rezagos semif feudales, o algo parecido a lo planteado por el oportunismo en la década del 70 por boca de Rodrigo Montoya y otros a quienes el Partido desenmascaró y combatió con firmeza.

—Eso ya lo hemos visto.

—Pero hay que tomarlo en cuenta una y otra vez, pues parece que la gente *olvida* fácilmente algunas cosas. Y para que a nadie le quede duda, incluso ya circulan documentos de esta gente donde afirman, sin desfachatez alguna, lo *sancionado* por el renegado Guzmán, que la sociedad peruana *actual* es capitalista, dependiente del imperialismo y con rezagos semif feudales subsistentes. Elena Yparraquirre, en agosto de 2012, respondió por escrito a un cuestionario preparado por un periodista de la revista The Economist donde afirma, sin demostrar, que *después de 20 años el Perú ha devenido capitalista dependiente del imperialismo con rezagos semif feudales en ideas, usos y costumbres*; y añade sin desparpajo que en este momento el Perú es una de las mejores economías de América Latina como indica la CEPAL; tiene un importante crecimiento sostenido de 6% hace como 11 años. Pero la cuestión es qué tipo de crecimiento es, para nosotros es *capitalista*, es decir, *basado en la plusvalía* que exprime a la clase como limón y despoja al campesinado generando gran propiedad capitalista con inmensas concentraciones de tierra para traficar con el hambre mundial en marcha, esquilmando además nuestros recursos naturales, dañando el medio ambiente y mellando la soberanía nacional, etcétera, etcétera. Nuestra gran dirigente histórica, convertida en verdulera y limonera, no hace análisis propio sino repite lo que dice la CEPAL sin dudas ni murmuraciones; incluso aquello de crecimiento *sostenido* de 6% es inexacto pues en esos 11 años a los que hace referencia, el crecimiento no es sostenido sino bastante variable, tan variable que va del 0.7% en 2001 al 6.0% en 2012 y en el medio, en 2 años contiguos, se encuentran cifras tan dispares como 9.1% y 1.0%; el promedio de la suma total arroja un 5.5%. Pero no importa, para ella lo dejamos al 6% y sostenido. Lo importante es que no habla para nada del capitalismo burocrático, ni siquiera lo menciona, se le olvidó. Dice: para nosotros es capitalista basado en la plusvalía. La limonera acaba de descubrir la pólvora y la

pepa del limón al mismo tiempo. Y lastimera se queja de que el Gobierno abandonó su inicial *gran transformación* y prosigue el neoliberalismo impuesto con Fujimori, aunque en condiciones de la crisis general del sistema, desarrollando una política económica que cuenta con un plan de *nueva acumulación originaria*. Sí, claro, la nueva acumulación originaria, el nuevo cascabel de carácter seductor en manos del sonajero y la recua de renegados y traidores que tratan de esconder su latrocinio tras un oropel inútil; cosa que ese mamarracho denominado Movadef repite orgulloso y levantando el culo. Bien. Pero profundicemos un poco. En un magistral discurso pronunciado por el doctor Guzmán, entonces camarada Álvaro, 19 años antes del documento de marras, en 1974 en el Sindicato de Docentes de Huamanga, la misma persona que ahora pretende pasar por novedoso, creativo, juicioso, virtuoso misionero y astuto titiritero, dijo que el capitalismo burocrático, sin pretender que éstas sean las únicas, desarrolla 3 líneas en su proceso: una línea terrateniente en el campo, una burocrática en la industria y una tercera, también burocrática, en lo ideológico; y precisa que introduce la línea terrateniente en el campo mediante leyes agrarias expropiatorias que no apuntan a destruir a la clase terrateniente feudal y su propiedad sino *evolucionarlos* progresivamente mediante la compra y pago de la tierra por los campesinos. En un documento de 1978, titulado *Contra las ilusiones constitucionales por el Estado de nueva democracia*, se hace un análisis sobre la situación económica y la crisis, donde se puede leer que desde la Segunda Guerra Mundial *se profundiza el desarrollo del capitalismo burocrático*, el cual puede rastrearse hasta finales del siglo pasado; esta profundización *se acentúa* en los años 60 principalmente después de octubre de 1968, con el régimen actual, se refiere al régimen fascista de Velasco; y, tiene como base el problema campesino, en éste imprime una más amplia y profunda *evolución* de la propiedad terrateniente feudal que implica *mayor concentración* de la propiedad de la tierra, mantención de formas serviles de explotación, sistemas burocráticos de administración y control directo del Estado sobre la renta territorial, a la vez que *enraizamiento del capitalismo burocrático en el campo*. Esta profundización apunta al proceso de industrialización y genera, en síntesis, una industria más dependiente del imperialismo, principalmente yanqui, así como una mayor participación estatal, especialmente en las industrias llamadas básicas y en las extractivas. De esta manera, el Estado asume la función de motor impulsor del proceso económico y, además, papel principal en la banca y finanzas y hasta en el comercio. Así, la *profundización del capitalismo burocrático* es la continuación del proceso capitalista que ya Mariátegui señalara: un capitalismo sometido al imperialismo yanqui

y ligado a la feudalidad. Pues bien, es este proceso y esta profundización *los que han generado la actual crisis* que soporta la sociedad peruana, acentuada por la crisis mundial. *La crisis, en esencia, es la inevitable consecuencia de profundizar, de impulsar el desarrollo capitalista en un país semifeudal y semicolonial*; es la necesaria derivación de evolucionar la semifeudalidad, *de no destruirla*, y del desarrollo de la semicolonialidad, de no barrer la dominación del imperialismo, principalmente yanqui. De ahí que, a casi 3 años de medidas económicas para conjurarla, nos debatamos en una profunda crisis cuyo término aún no se avizora o se le ubica en 1980, etcétera, etcétera. Todo esto lo sabemos hasta de memoria y es parte de la preparación de la exposición pues sigue siendo actual con los antecedentes y las especificaciones que ya hemos visto. Fue dicho a fines de la década del 70 y expresaba la realidad objetiva del desarrollo y desenvolvimiento de nuestra sociedad y de la lucha de clases en su seno; las investigaciones hechas por el Partido y la misma experiencia de la guerra popular durante los 80 demostraron su validez. Ahora, ¿reniegan de la guerra popular y de todo lo que se hizo? ¿Plantean, disimuladamente, que nos equivocamos en la teoría y la práctica? Elena, en 2012, escribió textualmente, repito: después de *20 años* el Perú *ha devenido* capitalista dependiente; y no se necesita ser nada inteligente para que con una simple resta retrocedamos al año 1992. ¿Te das cuenta? ¿Sin comentarios? ¿Eh? Tomo tu silencio como señal de reflexión; de eso se trata, de que reflexionemos, de que todos juntos reflexionemos para actuar y avanzar. Nada más. Bien. En resumidas cuentas el renegado Guzmán, negándose a sí mismo, habla de que el camino burocrático, con sus 5 puntos, pone base y que, entre otras cosas, las empresas multicomunales son para que su camino se viabilice vía crédito en el campo; y que las rondas campesinas, creadas por las Fuerzas Armadas, y los neogamonalillos son la *base política* sobre la cual se *va a sustentar* la reestructuración estatal, son los que van a garantizar su acción para dar *estabilidad* al camino burocrático porque es un fuerza activa organizada en el campo, es sustento de su proceso tal cual lo hacen hoy en su guerra contrasubversiva, etcétera, etcétera. Aquí, quitando esa tontería de *dar estabilidad* al camino burocrático, en lo que concierne a lo que dice sobre los neogamonalillos, tiene razón sólo en parte; y digo sólo en parte porque no es que son la base política sobre la cual se *va a sustentar la reestructuración estatal*, sino que precisamente esta plaga, los gamonalillos que no tienen nada de nuevo, es la que sustenta al Estado y a todas sus reestructuraciones desde los tiempos antiguos en el campo; salvo honrosas excepciones, los campesinos ricos, una buena parte de campesinos medios y hasta campesinos pobres forman parte de

agrupaciones de gamonales, gamonalillos y sus secuaces, incluyendo las rondas campesinas, y hacen de la comunidad campesina un refugio que es el bastión económico, político, social, cultural, mítico y religioso del gamonalismo sostenedor del Estado; gamonalismo que no sólo sobrevive sino que se desarrolla dentro de las comunidades. No *va a ser*, es bastión. Por eso he tratado de analizar a fondo el problema de las comunidades campesinas; no por lo que dice Guzmán sino por lo que la experiencia nos ha enseñado a golpes, a duros golpes. Bien. Luego, seguro que poniendo cara de sabio, Guzmán se pregunta: ¿cuáles son las condiciones de este país para lograrlo? Y se responde: si no crece el mercado interno, la industria no desarrollará, tienen serias limitaciones para desarrollar por eso su proceso sólo podrá evolucionar. Otro descubridor de pólvora mojada. Pero líneas arriba, el renegado y traidor, ya había puesto el sello de oro a su mandato afirmando que estos son hechos, no imagerías, es realidad... Bravo. Indiscutible, así habló Guzmán y predijo el parto de los montes. Genial. En concreto, no dice nada nuevo; es más, se comporta como un redomado ecléctico; sí pero no, no pero sí, tal vez, quién sabe, vamos a ver. Muy pendejo. Pero la clave es que toda su bravata apunta a lo siguiente, dice: es el fundamento *objetivo* que lleva a *necesidad* de un Acuerdo, se refiere al acuerdo de paz, al tiro que le salió por la culata. Punto. Casi las mismas cifras sobre recesión, inflación y otras cuestiones económicas vistas a la volada que le fueron útiles para argumentar tanto el inicio de la guerra popular, como el equilibrio estratégico y su capitulación; más, no. En resumidas cuentas, pura manipulación estadística para justificar su capitulación, traición y contribución personal para servir a la reestructuración del Estado Peruano.

—¿Las mismas cifras? —preguntó Sebastián sintiéndose algo incómodo.

—Casi las mismas. Pruebas al canto, veamos lo que se escribe en documentos partidarios —dijo Leoncio luego de volver a encender la vela que inesperadamente se había apagado—. Aquí está. Veamos cómo es que se niega a sí mismo. En *Sobre las 2 colinas*, documento de estudio para el balance de la III Campaña, fechado el año 1991. Se lee: La lucha de clases en el país se caracterizó por la coyuntura de un año de nuevo Gobierno reaccionario dirigido por el *cínico y taimado* Fujimori, el gobernante más descaradamente pro imperialista yanqui hasta hoy. Gobierno que nació altamente desprestigiado ante el pueblo y que en su primer año de gestión actuó en el marco de la aplicación de las *3 tareas* que se le presentaban como necesidades a la reacción peruana y al imperialismo: *reimpulsar* el capitalismo burocrático, *aniquilar* la guerra popular y *reestructurar* el viejo Estado.

Ahí aparecen enunciadas, aunque en otro orden o secuencia, las 3 tareas. Bien. Sigue: En la primera tarea ha revelado *falsos éxitos*, pues, *la inflación*, pese al shock del 8 de agosto de 1990 y de las medidas de diciembre de 1990 y de enero de 1991, con la correspondiente muda de Ministros de economía, *no ha sido conjurada*; *la recesión se ha mantenido* por tercer año consecutivo y particularmente este año *se ha acentuado más*; se ha mantenido un precio *bajo*, ficticio del dólar para aparentar una baja inflación. La tónica ha sido ajustarse a todas las exigencias del Fondo Monetario Internacional, aplicando un plan que internacionalmente se considera uno de los más duros del mundo. *El costo social*, reconocido por los propios economistas del imperialismo yanqui, ha sido gravísimo y, si ayer hubo 12'000,000 de peruanos en situación de pobreza, hoy son más y la *mayoría* en nivel de pobreza crítica. Su *plan de estabilización* ha fracasado, y necesitan uno nuevo, su *reinserción* se ha reducido a ser declarados elegibles por sus amos imperialistas yanquis; la deuda no fue condonada ni en mínima parte, sino refinanciada para incrementar los pagos. Así, *el 92 será* un año difícil; la situación de las masas *será* peor, las exigencias del imperialismo, mayores. Esto aparte de que el año 91 no significó dejar de pagar ni recibir el cacareado dinero fresco; pues, a los pocos dólares que entran se tienen que sumar más de donde no hay para pagar la parte de deuda que corresponde: y, más aún, el 93 asumirán los fuertes pagos contraídos. En buena cuenta, *no conjuraron la inflación, la recesión prosigue y se ahonda y no han culminado la reinserción*; entonces, *no han logrado la ansiada estabilización y posponen más la reactivación económica*. En consecuencia, en la tarea de reimpulsar el capitalismo burocrático no han alcanzado los objetivos que se trazaron, y se cumple *la ley del capitalismo burocrático* de madurar las condiciones para la revolución; así, en nuestro caso, maduran las condiciones para la conquista del Poder en *todo* el país. ¿Has prestado atención? La misma persona analiza, en 2 documentos diferentes, el mismo tiempo-espacio histórico y saca 2 conclusiones diametralmente opuestas. ¿Te los vuelvo a leer?

—No gracias, ya entendí.

—Al fin, qué bien. Entonces, ¿qué nos presenta lo escrito en este documento ante nuestros ojos? Una coyuntura con *inflación* por encima del 7,400% que no se conjura; una *recesión* que prosigue y se ahonda; una *reinserción* no culminada; una *ansiada estabilización* no lograda; una *reactivación* económica pospuesta para más adelante. Es decir, la primera tarea, la de reimpulsar el capitalismo burocrático, dirigida por el cínico y taimado Fujimori revela falsos éxitos y la perspectiva, para nosotros, es la conquista del Poder en todo el país. Es lógico que a Guzmán, y a nadie más que a él, se le haya ocurrido

imponer el equilibrio estratégico. Había que forzar la marcha en la conquista del Poder en todo el país; las condiciones estaban dadas. En esa coyuntura Guzmán intentó imponer su equilibrio estratégico pero nadie, ni siquiera Miriam, secundó su despropósito, al inicio; y tuvo que lidiar hasta el III Pleno, en 1992, para poder desarrollar su planteamiento y sacar un acuerdo. No lo olvides. Las condiciones estaban dadas, sí, ¿pero cuáles? Evidentemente, las objetivas. Era una cresta altísima de la crisis económica y una coyuntura especial, casi única, que debía ser aprovechada al máximo. Recordemos la preparación del inicio, fue necesario dar lucha contra las líneas oportunistas que se oponían al inicio de la lucha armada, de la guerra popular; se expulsa a miembros del Buró Político y del Comité Central, se depura el Partido; se desata una lucha campal de la izquierda contra la línea oportunista de derecha que pretendía asaltar la dirección del Partido y cambiar la línea; sólo 1/3 del Comité Central se mantuvo firme mientras que los 2/3 restantes vacilaron; entonces fue cuando la dirección impuso condiciones y marcó el rumbo a seguir. En la vaina del equilibrio estratégico se podría haber hecho lo mismo y mejor aún pues estábamos en medio del desarrollo de la guerra popular. El Presidente Gonzalo había planteado que la guerra popular había demostrado palmariamente que el Estado peruano era un tigre de papel; que el proceso de desarrollo de la construcción *llevaría* a desarrollar el equilibrio estratégico y esto requería desarrollo de cuestiones políticas como el desarrollo del programa del Partido; que era necesario el traspaso del peso del Partido del campo a la ciudad, que había comenzado, pero que no era *aún* el centro y que eso *exigía* desarrollar la guerra en el campo y eso *implicaba* potenciar la guerra en Ayacucho como principal, como locomotora, y los fundamentales, como Huallaga; el traspaso tenía como contraparte *potenciar* la guerra en el campo y el *desenvolvimiento* de la guerra en ciudad en Lima, desplegando todas las formas de lucha de las masas teniendo la guerra popular como forma principal. De acuerdo, el plan era bueno. Pero, ¿por qué no se podía hacer algo similar como al inicio de la lucha armada? Hay un documento que, para mí, es una joya que debe ser estudiada a profundidad pues analiza y sintetiza una larga experiencia, saca lecciones y conclusiones brillantes; es el Informe Central del III Pleno fechado en marzo de 1992. Uno puede estar en desacuerdo en algunos puntos específicos tratados en el documento, por ejemplo, en lo referente al llamado equilibrio estratégico pero eso no desmerece el calado, la profundidad de su contenido. Yo estaba y estoy de acuerdo con el Plan, como perspectiva a desenvolver en el momento en el cual se hayan alcanzado determinadas condiciones subjetivas de desarrollo, pero no en la forma que se impuso y mucho

menos en esa coyuntura pues no se trataba sólo de las condiciones objetivas ni mucho menos de cuestiones coyunturales centradas únicamente en el proceso inflacionario; en la reunión voy a dedicar un buen tiempo al estudio de ese documento pero ahora sólo deseo tocar un punto específico que nos permitirá dilucidar la diferencia de condiciones antes del inicio de la lucha armada y la situación de imposición del equilibrio estratégico; el por qué del triunfo de uno y el fracaso del otro. Lo que deseo resaltar se encuentra en estas líneas, dice: En *buena parte* del Partido, qué estamos viendo hasta hoy: *empirismo*, en la *mayor parte* de los Comités que se han analizado, tiene que ver ¿con qué? con problemas del estudio, en último término con *la contradicción, cómo vemos el mundo, cómo lo manejamos*. Así tratar, de esta manera. La situación del Comité Regional del Norte nos permite apuntar a *renovar métodos*, forma de enjuiciar, es la primera vez que vamos a aplicar en este Comité y lo vamos a lograr, va a *llevar a estudiar las contradicciones en sentido práctico, no para saber sino para hacer, para aplicar*. Bien, este punto es clave. ¿Qué pasaba en el Partido? En la mayor parte de los Comités, dice, había empirismo. ¿Por qué? El documento no lo especifica pero he aquí lo que yo pienso. La preparación del inicio de la lucha armada duró casi 2 décadas y la del 70 fue de una intensa preparación ideológica y política, en medio del trabajo de masas y la lucha de 2 líneas, que cristalizó en un poderoso núcleo dirigente conformado por cuadros antiguos y nuevos por lo que la renovación y depuración del Partido era de un coste, no sólo necesario, sino relativamente fácil de asumir; la incorporación de sangre nueva a los organismos de dirección partidaria facilitó tremendamente la labor de la preparación final y el inicio de la lucha armada. La inmarcesible luz del marxismo-leninismo-maoísmo permitía que dirigentes, cuadros, militantes, simpatizantes y masas rebosen de inagotable entusiasmo; éramos fuertes, optimistas, vigorosos del alma y marchábamos a la guerra unidos por el ideal del socialismo y comunismo; hacia el avance y la victoria en la consecución de nuestros ideales de clase. Un pequeño grupo unido con la mirada puesta en el porvenir y avanzamos contra viento y marea; sin apoyo internacional; en contra de la llamada opinión pública; venciendo la oposición interna; en contra de la chacota, los augurios y los malos presagios que nos deparaban los oportunistas de toda laya encaramados al carro de la gran burguesía y su orden demoburgués parlamentario. Fue la clase la que se expresó con contundencia y la luz se hizo acero, se abrió la aurora y la oscuridad se aclaró. Tiempo después, analizando retrospectivamente, el Presidente Gonzalo planteó que la situación en su conjunto mostraba una coyuntura muy favorable para iniciar la guerra popular y que desmiente el criterio de

que no se puede iniciar lucha armada, o en nuestro caso la guerra popular, cuando hay un nuevo Gobierno; los hechos han demostrado la falsedad de esa posición. Eso fue lo que calculamos, dijo, así como la situación en que entraba el nuevo Gobierno, que los militares salían después de 12 años y fácilmente no podrían asumir una lucha inmediata contra nosotros, ni podrían de inmediato retomar el timón del Estado, porque se habían desgastado políticamente y desprestigiado; eran hechos concretos, una realidad. Nosotros, continúa, ya habíamos planteado desde antes que la participación en la Constituyente era incorrecta; que sólo cabía el boicot, porque participar en la Constituyente era simplemente servir a la reestructuración del Estado Peruano y a que se diera una Constitución como la que tenemos; y todo eso era previsible, no había nada que no se pudiera prever en este caso; por tanto nos planteamos ya desde antes sentar bases para el inicio, arrancar antes de que comenzara el nuevo Gobierno y así lo hemos hecho puesto que comenzamos el 17 de mayo, un día antes de las elecciones. Como lo hemos hecho, pensamos que en esas condiciones podríamos desenvolver nuestra acción y llegar hasta desplegarla y avanzar lo más que pudiéramos pensando en que en la *segunda parte del decenio* tenía que darse *una crisis* más grave que la anterior y, por tanto, mejores condiciones para avanzar. Sobre estas consideraciones se planificó el inicio de la guerra popular, pero dicen que no hemos pensado sino aplicado dogmáticamente, ¿en qué?; hay quienes hablan de dogmas siendo beatos que comulgan con ruedas de molino. Por eso escogimos ese momento, los hechos nos han confirmado; era obvio que Belaúnde, y también lo ventilamos, tendría un temor: el golpe de Estado y por tanto restringiría a la fuerza armada; ¿era difícil de prever?, no, por la experiencia que tuvo el año 68; eran cosas calculables y se nos ha enseñado a calcular, a analizar, a sopesar, así nos han enseñado. El Presidente ha sido muy exigente en esos problemas sobre todo en cuanto se refiere a preparación. Los hechos nos han confirmado, 2 años y no pudieron entrar las Fuerzas Armadas; ¿fue así o no? Luego ha venido la crisis; han entrado los militares con contingentes mayores cada vez y lidiando con ellos varios años estamos más pujantes, vigorosos y en desarrollo. Esas fueron las razones de iniciar el 80 y los hechos demostraron que no se erró o, por lo menos, no se erró en los grandes lineamientos que es en lo que no hay que errar. Avanzamos, sí. Con el ingreso de las Fuerzas Armadas llegaron las masacres y los genocidios, la masa y el Partido se desangraron. Empezamos a perder dirigentes y cuadros cuya preparación ideológica y política, adquirida en las décadas anteriores, era muy alta. Cuando la dirección se dio cuenta del desgaste ordenó que los mandos políticos no participaran

de las acciones armadas a no ser que sea necesario e inevitable. Para el 85, las pérdidas a nivel de dirigencia en el campo eran grandes entre muertos, heridos y prisioneros. El genocidio del 86 en las Trincheras de Combate fue protervo y aumentó la cuota. Hasta el ingreso de las Fuerzas Armadas, es decir en casi 3 años de guerra, sólo hubo 14 bajas en las masas y ningún desaparecido; en 1983 las Fuerzas Armadas del Estado asesinaron a 1,767 hijos del pueblo y desaparecieron a 730 lo que hace un total de 2,497 personas pertenecientes a las masas populares; en 1984 se produjeron 5,403 víctimas en el seno del pueblo: 2,522 asesinados y 2,881 desaparecidos. Así, las Fuerzas Armadas, en sólo 2 años, causaron 7,900 víctimas; 4,303 muertos y 3,611 desaparecidos. En los datos partidarios, hasta mayo de 1986, se aprecia con claridad que la política reaccionaria de masas contra masas, genocidio y desaparecidos había costado a nuestro pueblo 11,300 muertos; sumando los 1,668 de las Fuerzas Armadas y Policiales, más sus agentes y soplones, gamonales y déspotas, y agregando los 1,738 caídos del Ejército Guerrillero Popular, la suma asciende a 14,706. Según la Comisión Especial sobre Violencia y Pacificación del Senado, un organismo dirigido por Bernales, basándose en informaciones del Ministerio de Defensa, dijo que hasta el mes de setiembre de 1991 las víctimas fueron 23,196. Y según la revista Quehacer en su número 64 del año 1990, presenta un cuadro basado en información del Ministerio del Interior sobre la cifra de muertos por la violencia política entre 1980 y 1990, donde pone un total de 12,055 muertos; 997 miembros de las Fuerzas Armadas y Policiales; 381 autoridades gubernativas; 5,477 civiles y 5,200 presuntos subversivos. Como fuere, el Partido, el Ejército Guerrillero Popular y el nuevo Poder sufrieron duros golpes, la sangría continuó. Aquí están los datos que se ajustan más o menos a la realidad y desmienten las astronómicas cifras inventadas por la llamada Comisión de la Verdad. A inicios de los 90, cuando se quiso sacar adelante el equilibrio estratégico, nuestro armamento dejaba mucho que desear y se había perdido un altísimo porcentaje de dirigentes y cuadros teórica y prácticamente experimentados, con capacidad de asumir, exitosamente, responsabilidades y decisiones propias. Evidentemente que las bajas habían sido reemplazadas con creces; gente de valor, heroicos combatientes forjados en las llamas de la guerra, dotados de una voluntad firme y resuelta y con mente clara y audaz pero, entre otras limitaciones, muchos de los nuevos cuadros y dirigentes acarreaman problemas de empirismo, lamentablemente, y corregir los defectos demandaba mayor tiempo. Esa pequeña diferencia marcó el fracaso del llamado equilibrio estratégico y todo lo que ello implicaba. Guzmán había sobreestimado sus propias capacidades. En ese mismo

documento hay una frase que no sólo es hermosa sino que conlleva todo un mensaje, dice: cuando hay pasión firme no hay jeremiadas, no estamos para lloriqueos, estamos para convertir el dolor en fuerza, para convertir en poderosas energías para demoler al enemigo, saber qué heroicidad se derrocha y para qué. Y en eso estamos, camarada, en eso estamos. Ése era nuestro Presidente Gonzalo, carajo; no el esperpento que ahora se hace llamar tal.

—Hay que centrar la atención, nuestro esfuerzo, nuestra pasión, nuestra voluntad, en desarrollar la guerra popular, porque de ella sí devendrá la emancipación del pueblo y del proletariado que es la definitiva y verdadera emancipación.

—Eso. Por eso nuestra obligación perentoria es desarrollar las condiciones subjetivas; hay experiencia y sí sabemos cómo hacerlo.

—A pesar de todos los años que llevamos discutiendo todos estos temas, es en este corto viaje por las tierras del alma mía que voy comprendiendo mejor algunas cosas.

—Este Ayacucho de mis entrañas es el que me da fuerzas para enfrentar las tremendas dificultades y seguir cumpliendo con nuestras tareas primigenias.

—Aunque no estoy de acuerdo con algunas de las cosas que sostienes, hay empujones que das y sí surten efecto —dijo Sebastián mientras le propinaba un empujón a Leoncio en el hombro.

—Me alegra —dijo Leoncio sonriendo—. Bien. Regresemos a las referencias. Mientras que en un documento se dice que Fujimori es un cínico y taimado incapaz de nada salvo de ejercer el Poder como el Gobernante más descaradamente pro imperialista yanqui hasta hoy; en la famosa segunda *Carta* de la traición, Fujimori se convierte en el señor Presidente más exitoso de la historia patria, el renegado dice: Desde comienzos de los años 60 trabajamos por preparar el inicio de la lucha armada en una sociedad como la peruana, semifeudal, semicolonial y de *capitalismo burocrático*, con un sistema estatal de seudodemocracia burguesa y caducos partidos políticos parasitarios, una sociedad cuya opresión y explotación, desde siglos atrás, sume al pueblo en el hambre, la miseria, la ignorancia y el atraso que constriñe sus fuerzas productivas impidiendo el desarrollo y la democracia que las masas demandan y necesitan. Nuestra acción se desarrolló deslindando con la llamada izquierda y especialmente combatiendo al revisionismo, cuyos partidos no son sino socios menores de los otros y sostén del viejo sistema. Hasta aquí todo muy bien, pero ahora presta atención, sí, sí, ya sé que te la sabes de memoria, pero, por favor, enmárcala dentro del contexto que estamos analizando —dijo Leoncio al notar que Sebastián se impacientaba—. Sigue Guzmán: La guerra popular que iniciamos en mayo del 80 surgió y se desarrolló

en esa década contra ese orden imperante, enfrentando primero al Gobierno de Belaúnde, basado en la alianza de Acción Popular y el Partido Popular Cristiano; y, posteriormente, al de Alan García, sustentado en el APRA. El primero, luego de llamarnos *abigeos* desató una sangrienta represión del pueblo; mientras el segundo, luego de decir que no combatiría la *barbarie con la barbarie*, siguió igual camino genocida, hundiendo además al país en la peor crisis económica de su historia. Hasta aquí sigue por buen camino. Pero, atención, dice: Luego usted asume el Poder. Y los hechos muestran que *su gestión ha logrado objetivos avances*, especialmente después de los sucesos del 5 de abril del 92, situación que claramente *se veía* venir como una necesidad del Estado peruano, a cuyo efecto *se han puesto las bases para el proceso económico y llevado adelante el reajuste del Estado*; y, en lo que a nosotros más directamente se refiere, a partir de esa fecha y *bajo su dirección política*, ha desenvuelto *una estrategia sistemática, coherente y desarrollada* en diferentes planos, en especial en el campo de la inteligencia, *alcanzando reales éxitos* principalmente en la captura de cuadros y dirigentes, entre ellos a nosotros los firmantes, lo que evidentemente constituye el más importante éxito del Estado peruano bajo su jefatura, en esos 13 años de guerra. *De esta manera se viabiliza favorablemente el camino que usted propende y lidera...* Éstas son las razones, señor Presidente, por las cuales en nuestra anterior solicitud le pedimos, y hoy reiteramos, celebrar conversaciones que conduzcan a un acuerdo de paz, de cuya aplicación derive concluir la guerra que desde hace más de 13 años vive el país. Sírvase usted tener en cuenta también estas consideraciones y acceder a nuestra petición. Firmado de rodillas, Abi y su banda de obsecuentes. Bárbaro, en unos cuantos meses de cínico y taimado a genio político y sabio estratega. ¡Qué tal metamorfosis! Pero no me refiero a la de Fujimori, me refiero a la del sátrapa...

—En Las Cartas, el Presidente Gonzalo sólo hace una constatación. El centro sigue siendo, principalmente, la captura de cuadros y dirigentes, y en especial el de la dirección —dijo Sebastián alejándose un poco de Leoncio.

—Si no serás jodido, carajo. Mira Sebastián, déjate de cojudeces. Esa constatación lo lleva a la capitulación y a pedir la firma de acuerdos de paz, ahí está y te lo acabo de leer; si el problema de fondo es *la dirección y no su dirección*, entonces la solución, incluso en ambos casos, está en forjar una nueva dirección y no en reclamar derechos de autor. Punto. Pero lo que se forja ahora es un hazmerreír que busca alianzas de lo más rastreras para participar en las elecciones municipales y presidenciales dizque como verdaderos demócratas, por una solución política, amnistía general y reconciliación nacional sin

vencedores ni vencidos, sin venganzas, persecuciones y restricciones personales contra nadie; es decir sin restricciones personales contra los tórtolos y en especial contra el dueño del destartalado camioncito que se desbarrancó cuando se dirigía hacia el mar durante el desequilibrio estratégico. No molestes, si el problema es dirección, entonces debe forjarse una nueva dirección en el cumplimiento de las primigenias tareas trazadas por el Partido, en la consecución de sus objetivos y metas luchando por servir a la clase en el avance hacia la victoria, en la consecución y materialización de los ideales de la clase y sus incuestionables metas. ¿Qué diablos se hizo sino durante los años 60 y 70? ¡Se forjó dirección contra viento y marea! Punto. ¿Estamos de acuerdo en esto o no estamos de acuerdo?

—Sí, camarada, estamos de acuerdo —dijo Sebastián retornando otra vez al lado de Leoncio.

Leoncio guardó silencio, dirigió la vela hacia las últimas hojas que le quedaban de su azul libreta de notas y dejó que se quemaran; las cenizas se esparcieron alrededor del árbol, sopló la tenue llama de la vela y apretó la mecha con el pulgar y el índice humedecidos con su saliva; la dejó sobre su quipe y se alejó unos pasos para orinar. A su regreso, ambos amigos bebieron un poco de agua y reiniciaron la marcha.

—Mira, Sebastián, hace buen rato que estoy explicando el problema de la crisis del sistema imperialista y sus manifestaciones en la crisis económica y social, lo mismo que los mecanismos a los que recurre para prolongar su agonía; de la misma manera me he esforzado por explicar el significado del control de la inflación. Me bastaría decir que sí, efectivamente, la economía peruana, como muchas otras, ha sido reinsertada en el sistema imperialista y en forma que algunos podrían señalar como exitosa y completa. Y se puede apreciar con claridad que Guzmán, en torno a la *crisis económica*, diferenciándola de la crisis general de la sociedad peruana, prácticamente usa, contradictoriamente, los mismos datos para fundamentar tanto la imposición del famoso equilibrio estratégico como su ulterior capitulación y traición. Los documentos están ahí, que la gente los estudie. En la reunión voy a exponer estos puntos con la documentación adecuada.

—Esperemos que lleven los documentos.

—Seguro que sí, hay que confiar en la gente. Bien. Un par de cosas más. Yo pienso que la economía peruana iba a ser reinsertada al sistema imperialista sí o sí, con guerra popular o sin ella; mientras no triunfemos, da lo mismo. Lo iban a hacer y lo hicieron, no se puede negar. No se necesita ser aprendiz de brujo ni genio para llegar a esa conclusión. Y no fue un fenómeno latinoamericano sino mundial. Un

simple ejemplo: el PBI de Iraq entre 1999 y 2011 se duplicó, y eso en medio de una brutal guerra de agresión. Aquí, durante 1995, la política monetaria del Banco Central de Reserva tuvo como objetivo, al igual que en años anteriores, reducir la inflación. La política cambiaria mantuvo el régimen de flotación, con intervenciones del Banco Central para evitar fluctuaciones excesivas en la tasa de cambio. El control inflacionario se logró gracias a la aplicación de una estricta política fiscal y monetaria, enmarcada dentro de los acuerdos del Fondo Monetario Internacional. La inflación de ese año fue la más baja de los últimos 23 años en el Perú y la tercera menor en la región, luego de Argentina y Chile. Todo un éxito, pero eso no dice nada, o no mucho, porque la inflación no es el único factor a analizar. Ya lo dije. Y en verdad, entre nosotros, ni siquiera deberíamos hablar de ello puesto que bien lo sabemos; no hay mucha necesidad de explicar, aisladamente, si se ha controlado o no la inflación, si se ha logrado el crecimiento económico o no ni cómo o por qué; lo que hay que explicar, y a fondo, es *para quién* se ha hecho todo eso; quiénes son los que ganan con los reajustes, controles y medidas económicas. Junto a otros datos de la macroeconomía, hay quienes dicen que durante el cuarto trimestre de 2013, el Producto Bruto Interno, a precios constantes de 1994, creció en 5.2%, acumulando 17 trimestres consecutivos de crecimiento económico como resultado del dinamismo de la demanda interna. Muy bien. ¿Pero qué ha cambiado? ¿Cómo está la distribución de ingresos? ¿Cómo están los grupos sociales? ¿Las desigualdades? ¿La pauperización? Todas estas preguntas ya tienen respuestas y las hemos analizado durante los últimos días. Teniendo en cuenta toda la historia económica republicana del Perú, se puede decir que al país nunca han ingresado tales dimensiones de capital extranjero ni durante tanto tiempo como en las últimas 2 décadas. Cierto. Y no lo digo yo sino los directivos del Banco Central de Reserva del Perú. El monto ingresado equivale al 5% del PBI, al 22% de las exportaciones de bienes y servicios y al 28% de la inversión bruta fija privada tanto nacional como extranjera de ese mismo lapso, todo esto en cifras redondas. De ese total, 90% es atribuible a la inversión extranjera directa y el 10% a la inversión en cartera, que es la inversión que no implica un control sobre la empresa en la que se invierte sino que la que busca un rendimiento financiero a través de los intereses o ganancias de capital. También hay inversión puramente especulativa, claro. La inversión extranjera directa se mantuvo a un ritmo relativamente constante entre 1994 y 2004, para luego aumentar espectacularmente entre 2005 y 2013. Durante ese período se calcula que la reinversión de las utilidades obtenidas por el capital extranjero en el país fue un 53%. El negocio era redondo.

Dicho en apretado, en las 2 últimas décadas la inversión extranjera desempeñó un papel esencial para impulsar y darle *sostenibilidad* económica al modelo neoliberal, fundamentalmente por la expansión de las *exportaciones* primarias y los impuestos que generó. ¿Recuerdas el período del guano y el salitre?

—Claro, representaba un modelo de crecimiento guiado por el comercio exterior como principal fuente de ingresos fiscales; su pérdida obligó a desarrollar un conjunto de reformas encaminadas a la reconstrucción nacional y a la consolidación de una nueva burguesía capitalista aliada con los terratenientes feudales.

—Eso, todos los caminos conducen a Roma. Bien. El Perú no escapó a la tendencia mundial ni a los caprichos del Fondo Monetario Internacional que en muchos países de América Latina ha implementado reformas económicas orientadas a corregir sus desequilibrios macroeconómicos e incrementar el grado de eficiencia del aparato productivo. Pero, ¿para quién o para quiénes? Para unas cuantas familias poderosas. Para la gran burguesía, los terratenientes feudales y el imperialismo. Así que no es cuestión de inflación, deflación, recesión, desarrollo, desequilibrio, estabilidad o cualquier otro parámetro económico *aislado de la vida social*. El viejo orden está podrido, las condiciones objetivas están podridas hace tiempo. Pero bien sabemos aquello de que ni la opresión de los de abajo ni la crisis de los de arriba basta para producir la revolución, lo único que producirán es la putrefacción del país, si un país dado carece de una clase revolucionaria capaz de transformar el estado pasivo de opresión en estado activo de cólera y de insurrección. No es lo mismo, por tanto, situación revolucionaria o condiciones objetivas de la revolución que condiciones subjetivas, y éstas son la clase y los instrumentos capaces de convertir la situación revolucionaria en violencia revolucionaria, lo que en nuestro país implica guerra popular, frente único y un Partido que maneje a ambos; un proletariado capaz de dirigir y cumplir su papel de clase dirigente y un campesinado capaz de levantarse en armas. Ya sé que algunos podrían salir a decir que si nos lazamos a continuar la lucha sin dirección, sin tener desarrolladas las adecuadas condiciones subjetivas, estaremos cometiendo un error infectados por el mal de la precipitación revolucionaria; que llenos de ilusiones situadas al margen de las clases, por encima de ellas, sólo queremos realizar acciones aventureras; que no hay por qué precipitarse ni exponerse a ser golpeados. Pero la vaina es que esa posición no es nueva, es una variante del revisionismo que pretende liquidar el Partido encerrándolo entre 4 paredes; bajo el pretexto de que hay que estudiar más y acumular fuerzas se oponen a la forja de la dirección en medio del trabajo de masas del Partido que politiza, moviliza, organiza y

arma a las masas en y para la guerra popular; dada la experiencia del Partido, su trayectoria y desarrollo, no es cuestión de empezar de cero, como si nada se hubiese hecho, el Partido se forja en medio de la lucha de clases de las masas y avanza en medio de la lucha interna entre 2 líneas; por lo tanto, una nueva dirección también se ha de forjar en medio de la lucha de clases y nunca al margen de ella.

—El Partido ha demostrado que ha sabido generar la dirección que corresponde a nuestra realidad, a nuestra necesidad; el mismo Presidente Gonzalo dijo que la dirección podría ser desaparecida, en parte, no toda, pero los dirigentes que quedaran deben y pueden proseguir los planes, la lucha, la guerra popular; estamos forjados en que la revolución no se detiene, no se paraliza, el Presidente Mao enseñó: recogimos a nuestros muertos, curamos a los heridos y seguimos combatiendo.

—Pues bien, sigamos su enseñanza sin más dilaciones. Basta de andar quejándose de que el problema es Dirección, hay que forjar una nueva y listo. Hubo un tiempo en el que era justo y correcto resguardar la dirección del Partido y en especial al Presidente Gonzalo cuando se desataba una lucha contra aquellos que, consciente o inconscientemente, apuntaban contra la dirección; pero más adelante, *la defensa de la dirección*, se convirtió en manía o paranoia, uno se tiraba un pedo e inmediatamente saltaba el dedito acusador señalando que se pretende asfixiar a la dirección... no te rías, carajo, que bien lo sabes. Pero esos tiempos ya pasaron a la historia; ahora no tenemos Presidente Gonzalo, ha desaparecido, y estamos obligados a demoler el imperio de la sombra propagada por el renegado Guzmán durante las últimas 2 décadas, la luz debe abrirse paso cualesquiera que sean los encontronazos y los traspies que podamos darnos. Dar un sacudón a nuestro espíritu y hacer tenaces esfuerzos es nuestro deber. El imperialismo sigue siendo el prelude de la revolución social del proletariado. En nuestro país, un poco más del 1% más rico sigue concentrando más del 30% del ingreso nacional, los demás ricos concentran el 53%. En el otro extremo, en el tercio más pobre de la población, se reparte el 5% del ingreso nacional. El abismo que los separa es inmenso, y en medio, entre una variada gama que va desde trabajadores especializados, empleados, burócratas y pequeño burgueses hasta burgueses nacionales, se reparte el resto del ingreso nacional. Estos datos, no poco disimulados por la estadística oficial, colocan al Perú entre los países con la mayor desigualdad, no sólo en América Latina, sino en el Tercer Mundo. Cada año, 500,000 jóvenes se incorporan al mercado laboral, el nivel de sobrecostos laborales aquí es del 50% por lo que las empresas dejan de contratar personal, o lo hacen en forma ilegal o a través de la locación de

servicios; el Gobierno pone lo suyo, disminuye sueldos y salarios, aumenta la jornada de trabajo, flexibiliza y facilita el despido, reduce el tiempo de vacaciones y alarga el tiempo de jubilación. Hay un amplio desarrollo del empleo precario, las tasas de desempleo y subempleo aumentan a pesar del crecimiento o a causa del *crecimiento*. En determinado momento, el incremento del PBI fue posible por las altas tasas de crecimiento de la construcción y la pesca, que son sectores donde el empleo es transitorio o estacional, que acompañaron a la recuperación transitoria de la manufactura y el comercio. En resumidas cuentas, nuestro sistema productivo se desarrolla en beneficio de la gran producción, de la gran burguesía, de los terratenientes y del imperialismo. Las cifras estadísticas las conocemos y de una u otra manera las hemos visto hace unos días. La concentración de la riqueza sigue estando en pocas manos y en unas cuantas familias. Sostenibilidad no es lo mismo que estabilidad. Simplemente no hay estabilidad del capitalismo, ni siquiera *relativa* como señalan algunos economistas e intelectuales oportunistas. No hay ningún argumento válido, desde el punto de vista del desarrollo económico ni desde ningún otro, que obligue al abandono de la violencia revolucionaria para la toma del Poder.

—Con nosotros o sin nosotros, la revolución necesariamente avanzará y triunfará.

—Muy complaciente, Sebastián. Sabes que lo que acabas de decir es una reverenda estupidez, no se trata de *nosotros*; cierto es que tarde o temprano la revolución habrá de triunfar, pero si *aquí y ahora* no se hace bien el trabajo revolucionario, es muy posible que la historia retroceda en cierta medida, desandando un poco más lo ya andado, tal como ha sucedido por la acción nefasta de Guzmán y su obscuro clan.

—Tienes razón, fue un desbarre aunque quería decir otra cosa. Lo que quería decir es que la tarea principal es impulsar el proceso; quien lo haga, la o las personas que lo hagan es secundario.

—Sí, pero siendo *nosotros* conscientes de esa necesidad, entonces, por el momento, la tarea es nuestra y hay que asumirla con agrado. Y no me refiero a tu persona o la mía, sino al conjunto de personas que están empeñadas en esta labor, para eso es la reunión del reencuentro; y, en general, se incluye, de antemano, a todas aquéllas que en el futuro se incorporen al cumplimiento de tan necesaria tarea.

—Cierto.

—Bien. Volviendo a lo de la *estabilidad*. La vaina es que si uno sólo se fija en la inflación como el único indicador económico, puede caer en el espejismo de ver estabilidad donde no la hay. Lo cierto es

que el mundo, en las últimas 3 décadas de dominio del libre mercado y de las rigurosas políticas antiinflacionistas, se ha vuelto más inestable y la prueba es la frecuencia y gravedad de las crisis financieras. Para parafrasear a alguien, cualquiera, con 2 adarmes de sesos, se puede dar cuenta que, entre fines de la Segunda Guerra Mundial y mediados de 1970, casi ningún país ha sufrido una crisis bancaria y que, si tomamos la inflación como rasero, ningún país era mucho más inestable que en la actualidad. Es más, según algunos economistas, en el período que va desde mediados de la década del 70 y fines de la del 80, cuando la inflación se aceleró en muchos países, el porcentaje de los que sufrieron crisis bancarias se situó entre el 5% y el 10%, calculándolo según su participación en la renta mundial. A mediados de la década del 90, momento en el que supuestamente se había logrado domar a la fiera de la inflación y casi lograr la esquiua meta de la *estabilidad* económica, el porcentaje de países con crisis bancarias se disparó hasta el 20%. Después, a mediados de la primera década del Siglo XXI, el porcentaje se redujo a cero durante unos pocos años, pero a partir de la crisis financiera de 2008 se volvió a disparar hasta pasar el 40%. El mundo se ha vuelto más inestable, no por inflación, sino porque durante las últimas 3 décadas, para mucha gente, se ha acentuado la inseguridad del puesto de trabajo. La liberalización del comercio ha destruido muchos puestos de trabajo *formales* y seguros haciendo que el sector *informal* despunte. En los países ricos, y en algunos no tan ricos también, gracias a la especulación y a las veleidades de las bolsas de valores, de la noche a la mañana, miles de personas quedaban de patitas en la cochina calle con una mano adelante y otra atrás porque no sólo habían perdido sus puestos de trabajo sino que, además, perdían casa, autos, ahorros y familia. Posiblemente hasta en ese orden. En nuestros países, la cosa se agravó en la década del 90, además, por las políticas macroeconómicas restrictivas que perseguían por encima de todo el control de la inflación. Guzmán, inicialmente, había percibido muy bien el problema pero luego se descarrió al poner su figurita como centro del universo. En la actualidad, a pesar de la recuperación transitoria, los signos de un nuevo ciclo de recesión económica comienzan a sentirse con la desaceleración del PBI mundial y el desplazamiento de la inversión extranjera, que disminuye su inversión en los países de alto desarrollo económico para trasladarse a los llamados países emergentes o en vías de desarrollo. En consecuencia, la estabilidad de los precios no dice mucho; lo más *desestabilizador* que suele pasarle a la mayoría de la gente es quedarse sin trabajo o que le quiten su casa, si es que la tiene, a causa de una crisis financiera, no la subida de los precios a no ser que sea a magnitudes hiperinflacionarias. En

nuestro país el binomio trabajo-desocupación es el más relevante; por contradictorio que parezca, y que no lo es, el trabajo precario y la pobreza crecen con la inversión de capitales extranjeros. A nivel internacional se puede detectar que el porcentaje de países con crisis bancarias guarda una estrecha relación con el grado de movilidad de los capitales, y aquello es producto del libre mercado. Esa movilidad se fomenta porque la principal razón de que los titulares de activos financieros obtengan más beneficios que los activos físicos y humanos es que pueden desplazarlos con mayor rapidez; la necesidad del control de la inflación se debe a que muchos activos financieros tienen tasas de rentabilidad fijadas de modo nominal, por lo que la inflación reduce su rentabilidad real. El bienestar de las masas trabajadoras les interesa un carajo. La flexibilidad del mercado laboral se exige porque desde el punto de vista de los inversores financieros una mayor facilidad para contratar y despedir a los trabajadores permite que las empresas se reestructuren más de prisa y que se puedan vender y comprar más fácilmente a corto plazo y con mejores balances y más rentabilidad financiera. Después de la crisis de 2008 se ha rediseñado el sistema financiero, sí, pero tampoco asegura la estabilidad con que algunos sueñan pues a causa de la política monetaria de los Bancos Centrales se genera una reubicación de los flujos de capital en el mercado mundial haciéndolo aún más inestable, con consecuencias imprevisibles que obligará, una vez más, al uso de políticas proteccionistas con la intervención del Estado.

—En el Manifiesto del Partido Comunista —dijo Sebastián señalando hacia el firmamento con un dedo—, Marx y Engels escriben: Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar del antiguo aislamiento y la amargura de las regiones y naciones, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y eso se refiere tanto a la producción material, como a la intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal. Mer-

ced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza.

—Sí, y China es el ejemplo más actual que puede mirarse en ese espejo; pero, ojo, en una etapa superior, que es el imperialismo. En los países del Tercer Mundo tenemos el capitalismo burocrático que no fue visto ni podía ser previsto por Marx y Engels. Sin embargo, el modo de producción industrial basado en la acumulación de capital y en el maquinismo había significado el triunfo de la burguesía industrial, sí, pero también había demostrado que sólo los que mejor se adaptan a las cambiantes y agresivas circunstancias incrementaban su cuota de poder económico. Por lo que, en la nueva fase, en la fase imperialista, con modificaciones más rápidas, con una economía más globalizada, más interrelacionada y más compleja, el capitalismo financiero aumentó la necesidad de ampliar mercados a fin de rentabilizar al máximo las inversiones realizadas, junto con la necesidad de invertir para ganar cuota de mercado exterior generando un avance, a través de la firma de acuerdos internacionales, en la liberación comercial y en la agilización de las transacciones financieras. Ya lo dije, la intervención de los Estados en el rescate de la banca, la industria y el comercio no apunta a defender la soberanía nacional ni las economías nacionales su proteccionismo es el de las clases dominantes dentro del sistema económico imperialista mundial. Así, en la actualidad, la economía que actúa a nivel mundial sí socava los cimientos de las economías nacionales y la soberanía nacional. Se socava la nación, correctamente entendida, y su defensa sólo puede ser llevada adelante por el proletariado y su vanguardia organizada en la lucha contra sus enemigos de clase y por el triunfo de la revolución aunque inicialmente sea en un solo país. Hay quienes, aparentemente desde posiciones marxistas, consideran que bajo el capitalismo el derecho de las naciones a la autodeterminación es imposible, y, bajo el socialismo, superfluo. Esto no pasa de ser una estupidez. Ante el asalto, la toma y el control de los centros materiales vitales de las sociedades mediante el simple manejo del desenvolvimiento común y corriente de la vida de sus ciudadanos se debe defender la independencia y autodeterminación de los pueblos, de las naciones y de

los Estados esgrimiendo la soberanía popular como fuente de todo poder. La lucha por la libertad es un imperecedero paso en el desarrollo de la lucha popular y está estrechamente ligada a la soberanía popular. Y, como ya hemos visto, la defensa de la soberanía nacional, de la autodeterminación y de la integridad territorial, lo mismo que el internacionalismo y el nacionalismo revolucionarios, favorecen la unidad siempre y cuando nos apoyemos en nuestros propios esfuerzos y en las masas y mantengamos nuestra independencia ideológica, política y organizativa. Nuestros Gobiernos son Gobiernos entreguistas y vendepatrias a los que hay que derrotar a través de la violencia revolucionaria; el desarrollo del capitalismo burocrático acentúa la condición semicolonial y semifeudal de nuestros países madurando la revolución; por lo tanto, estamos obligados a concentrar todas las fuerzas de destrucción contra el Poder estatal con el objetivo, no de perfeccionar la máquina del Estado, sino de destruirla, de aplastarla. De ahí la inmensa importancia que tiene el desarrollar las condiciones subjetivas de la revolución; hay que retomar el pensamiento gonzalo y reconstituir el Partido.

—Pero hay quienes quieren regresar a nuestras raíces primigenias del pensamiento marxista —dijo Sebastián.

—Sí, pero por qué. ¿Por qué algunos quieren regresar a Mariátegui? Tú mismo ya lo has explicado muy bien. A fin de cuentas, hay algunos geniecillos que se levantan como abanderados de Mariátegui pero lo hacen para renegar sistemáticamente de su pensamiento y traicionar con la acción lo que consideran un *legado* de Mariátegui. Lo que en el fondo pretenden es negar su desarrollo; Mariátegui no ha sido superado en el sentido de que su pensamiento ha caducado, José Carlos seguirá siendo el gran Amauta, pero su pensamiento ha sido desarrollado y hoy tenemos el pensamiento gonzalo. Evidentemente hay que estudiar las obras completas de Mariátegui y hay que hacerlo con la luz prendida y sin anteojeras idealistas, eclécticas y egocéntricas. Sólo entendiendo a Mariátegui y el maoísmo y analizando la realidad concreta a la luz de ambos, especialmente del maoísmo, es posible comprender, adherir y aplicar el pensamiento gonzalo pues éste es síntesis y desarrollo del primero y aplicación concreta del segundo. Todos nuestros esfuerzos rematan en esta reunión del reencuentro para establecer cabalmente la perentoria necesidad de *retomar* el pensamiento gonzalo, corrigiendo los errores que en la práctica se hayan cometido, y *reconstituir* el Partido para volver a ponerlo a la altura de las circunstancias históricas persistiendo en *desarrollar* la guerra popular y *construir* el nuevo Poder. Son 4 problemas claves a los que no se puede escurrir el bulto; eludir esa responsabilidad es renegar de los principios básicos del proletariado y traicionar

su ideología; traicionar al Partido, a la clase, al pueblo y a la guerra popular. Nuestra grandiosa tarea, concertando el nacionalismo y el internacionalismo revolucionarios, es enarbolar, defender y aplicar el marxismo-leninismo-maoísmo, principalmente el maoísmo poniéndolo como mando y guía de la revolución mundial. Los marxistas no somos adivinos. Debemos y podemos señalar sólo el rumbo general del desarrollo futuro y los cambios venideros; no debemos ni podemos fijar en forma mecánica el día y la hora del triunfo de la guerra popular ni del triunfo de la revolución proletaria mundial; pero tenemos la obligación de intensificar nuestro trabajo para acelerar poderosamente las condiciones y desarrollar la situación revolucionaria, no como voluntarismo subjetivo y metafísico sino como necesidad histórica y dialéctica. Y en eso estamos.

—Leoncio, mira —dijo Sebastián con el corazón en la mano.

Aún era de noche cuando alcanzaron la cumbre...

En Ayacucho a fines de 2014.

Epílogo

Aurelio Ramos Yalcupar* despertó y resurgió a la vida con el nuevo amanecer. Había pasado una noche de tormento; relámpagos, truenos y rayos ofuscaron su reposo. El traquetear de la lluvia, los fongazos de rayos y relámpagos, y la perfidia de la sombra lo mantuvo en vilo por un difuso espacio de tiempo. Sentía su cuerpo adolorido, molido y triturado: era como si lo hubiesen masacrado, apaleado y lapidado. Se incorporó lentamente. Se sentó al filo del lecho apoyando los codos sobre las rodillas; y, hundiendo sus largos dedos entre sus rebeldes cabellos color azabache, recordó toda su vivencia y pensó en el porvenir. Debía levantarse y lo hizo. Ya no sentía miedo, sus lágrimas se habían secado, su alma ya no se agitaba en la soledad y su corazón volvía a latir remozado. Sí, recordó el camino recorrido y meditó en el porvenir. Lo debo escribir, se dijo. Dejó de lado la rutina del aseo de cuerpo y espíritu; los ejercicios contra el olvido; las quejas irreparables y el letargo inevitable. Se acercó a su mesita luego de abrir la ventana del flanco izquierdo, como cada mañana hacía, para dejar entrar el aire puro y fresco de su entrañado terruño. No había tiempo que perder, debía verter sobre páginas blancas y puras el sentido de su martirio, tal vez alguien lo rescate de la infamia y el olvido. Apiló unos cuantos cuadernos sobre la mesita de roble añejo, tomó el primero de ellos, lo abrió, pasó una página, y luego otra. Posó la mano en medio del albor y presionó con fuerza para que la página no revierta y se cierre. Tomó entre sus desentumecidos dedos un lapicero color azul de mar intenso, miró a través de los cristales de la lumbrera que tenía enfrente, vio cómo en el viejo manzano otra vez se abrían con vigor los aromáticos pétalos de la fruta en flor y percibió el fulgor del nuevo amanecer. Se puso a escribir: Aún era de noche cuando alcanzaron la cumbre...

*Aurelio Ramos Yalcupar, natural de Sarhua, fue mando militar del Distrito; los ronderos de la zona, encabezados por gamonalillos de Sarhua y Huarcaya, lo asesinaron con palos y piedras en 1986.

Nota del autor

Ésta es una obra de ficción creada a punta de hilar retazos. Los personajes, acontecimientos, lugares y hasta los nombres son producto de la imaginación del autor o están utilizados de modo ficticio como espejo de la realidad. Cualquier parecido con hechos y personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

